EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, ABRIL 12 DE 1918 TOMO I - N.º 1

Un drama en la selva

POR

HORACIO QUIROGA

Ilustraciones de MALAGA GRENET y SIRIO

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

DIRECCIÓN: CORRIENTES 633 — ADMINISTRACIÓN: PERÚ 856

TELÉFONO: 722 Avenida — TELÉFONO: 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "**EL CUENTO ILUSTRADO**" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "**EL CUENTO ILUSTRADO**" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de mas de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

DIRECCIÓN: CORRIENTES 633 — ADMINISTRACIÓN: PERÚ 856

TELÉFONO: 722 Avenida — TELÉFONO: 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, **"EL CUENTO ILUSTRADO"** solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de **"EL CUENTO ILUSTRADO"** irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de mas de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

CACHETS FUCUS

FARMACIAS

QUE PERMANECERÁN ABIERTAS EL

DOMINGO 14 DE ABRIL

CACHETS FUCUS

Alsina 2002
Alm. Brown 1302
A. S. Martín 1349
Av. Saenz 989
A. La Plata 1602
B. Mitre 1416
B. Mitre 1999
Bebedero 5702
Belgrano 2301
Belgrano 2802
Belgrano 3078
Belgrano 3802
Berutti 3100
Blandengues 1781
Boedo 1500
Bolívar 831
Brandzen 600
Brasil 501
Cabildo 1541
Cabildo 2738
Cangallo 2101
Cangallo 2602
Caning y S. S.
California 999
California 1888
C. Pellegrini 86
C. Pellegrini 504
Caseros 1000
Caseros 2000
Caseros 3217
Callao 265
Constitución 1402
Corrientes 400
Corrientes 3202
Corrientes 3901
Chacabuco 22
Charcas 1371
Charcas 2902
Charcas 3500
Chicago y J.
Defensa 201
D. Vélez 3899
Directorio y T.
D. Alvarez y S. O.
D. Alvarez 2025
Echeverría 3301
Entre Ríos 1230
Entre Ríos 1701
F. Lacroze 2816
Florida 501

CACHETS

FUCUS

Quitan el dolor de cabeza ✤ Libran de los resfríos y dominan la influenza ✤

CAJITA DE UN CACHET: 0.25

Paraguay 901
Paraguay 4201
Paraguay 5202
Pavón 2301
Goyena 601
Pedernera 504
P. Unidas 4550
Republiquetas y S.
Reconquista 1066
Rioja 1000
Rioja 1501
Rivadavia 2199
Rivadavia 2916
Rivadavia 3599
Rivadavia 4402
Rivadavia 6851
Rivadavia 7801
Rivadavia 8400
Rivadavia 10835
Rivera 2
Rivera 456
Rivera 1002
S. Peña 1920
Salcedo 3200
San Juan 799
San Juan 2102
San Juan 2499
San Juan 3400
San Juan 3857
San Juan 4200
Santa Fé 1000
Santa Fé 1900
Santa Fé 2400
Santa Fé 3857
Santa Fé 4402
San Pedrito y C.
Sarmiento 1589
Sarmiento 2300
S. América y M D.
Tacuarí 800
Tornquinst y G. P.
Triunvirato 400
Triunvirato 4900
Tucumán 2900
Venezuela 1199
Venezuela 1502
Viamonte 2400
Villa Lugano
Irala y L
Iriarte 2200

CACHETS FUCUS

Florida 716
Formosa 1
French 2302
Garay y J.
Gaona 529
Gaona 1786
Helguera 3716
Holmberg y A. T.
Independ. 2900
Independ. 3599
J. Newbery 3815
Lavalle 1600
Lavalle 3222

Las Heras 2400
Las Heras 3602
Lima 1101
Lima 1602
Mansilla 2499
Monroe y M
M. de Oca 1401
M. de Oca 1801
Moreno 688
Moreno 1001
Muñecas 802
Nazca 899
Necochea 800

CACHETS FUCUS

AL LECTOR

Hemos adoptado el Cuento *y la* Novela corta *para la difusión de nuestro Arte, por estas dos razones fundamentales: porque el cuento es el género literario más interesante, y porque es el que se ha cultivado entre nosotros con más intensidad. Por interesante entendemos lo que es capaz de gustar a todos, grandes y chicos. Un cuento cuyo argumento no tiene suficiente interés para que merezca ser* contado, *no es cuento. Podrá ser muy bien un pulido trozo de análisis sicológico, un alegato, cualquier cosa. Pero si todo esto no está vibrando por el calor de los personajes que lo encarnan; si no hay en todo ello una* fábula, *un* cuento *que autorice su condición de obra de arte, no hay pieza de teatro posible, ni novela, ni muchísimo menos, cuento. Si el cuento no interesa, a quienquiera que sea; si aburre, si cansa, no obstante lo que se da en llamar* bello estilo, *el cuento, como cuento, es malo.*

La plataforma es dura. Por lo mismo, no debemos ni podemos, en un país nuevo con literatura también nueva, exigir lo imposible. Nuestro arte no ha adquirido la madurez que sería de desear. Pero es un chico muy robusto, y como tal querámosle, porque nos va a dar más de un momento de orgullo.

De hecho y de derecho, pues, "El Cuento Ilustrado" *es la casa de los novelistas y de los cuentistas. Lo que aparezca en él será la expresión más alta de nuestra literatura. Y al decir nuestro, vamos, sobre la base del arte argentino, a toda nuestra América y a España.*

En este concepto, no es posible manifestar preferencias de nacionalidad, pues la casa es de todos los escritores narrativos — lo hemos dicho. Pero lo que sí deseamos con toda intensidad es que la obra sea de la tierra: campo o ciudad, clases cultas o no, litoral o Cuyo. De cualquier parte, si ella respira profundamente el ambiente natal, porque lo que el autor sintió, absorbió y vivió, lo sentirá fatalmente el lector, pues esa obra realiza entonces la expresión artística de la Verdad.

A nosotros, en América, en la Argentina, nos sobra ese ambiente característico. Por poco que nuestros escritores respondan a esa honda vibración maternal — y algunos responderán brillantemente —, habremos hecho obra de gran Arte. Y el lector lo apreciará.

La Dirección.

En el próximo número: **¡Puerto Deseado!** por Elsa Jerusalem, ilustrado por Sirio.

HORACIO QUIROGA

Esta página será dedicada a la biografía del autor del cuento que se publique en cada número. El propósito no envuelve una amenaza para los autores, pues se comprende que señalar el día de su nacimiento, especificar la fecha en que metió las piernas en el primer pantalón largo o vistió el primer traje escotado, según los casos, — también tendremos autoras — sin que ninguna circunstancia particular determine el interés del dato, sería pueril y monótono, aparte de la inútil mortificación que resultaría para algunos de los aludidos.

Sirva esto para aclarar las ideas y justifique el porqué en este primer número me ocupo de Horacio Quiroga, — no director en el trance — sino autor. Y como tal no encuentro razón para sustraerle a la curiosidad de los lectores.

Donde carecemos de escritores con personalidad definida Quiroga tuvo que destacarse aun sin otros méritos, aun sin condiciones de fabulista, aun sin cualidades de amenidad narrativa.

Fundo mi afirmación en lo siguiente: Los escritores abundan, los que escriben correctamente, que saben mucho de literatura y que conocen al dedillo la manera y la tendencia de las lumbreras del arte. Cuando se proponen escribir algo, lo inventan. El fruto no tiene ni sabor ni perfume, porque carece de substancia de la tierra y de hálito de vida. O digo que tienen a la mano serrucho, garlopa, escoplo y martillo y pretenden con tales herramientas trabajar en barro, cuando lo que necesitan es madera.

Y Quiroga halló el material y supo utilizarlo echando una mirada a los hombres o a las cosas que lo rodean. De ahí que lo que escribe resulte interesante porque todo en la vida, aun lo menos interesante, cuando se sabe ver, es interesante. Ahora, para destacar, para dar relieve, está la imaginación, que no inventa y que aporta otros hechos, otros detalles que el artista enlaza y armoniza con lógica. Para ello está el artista. La dificultad se halla en el olfato. El caballo enredado en la soga, de Benito Lynch, es indicio de ese olfato artístico que sabe apreciar el poder evocador de un detalle. Y el carácter del muchachote de Güiraldez que sale desnudo con una marca de iodo en el anca a brincar y relinchar como un potro por todo el patio de la escuela, para abandonarla en seguida, queda imborrablemente definido. A esto llamo saber ver y tener imaginación. Claro, que hay que estar en contacto con la vida. Y Quiroga ha vivido. Como todos los que pudieron, cuando muchacho, fué a Europa. Quería ser profesional del ciclismo. De las circunstancias del regreso y del carácter de Quiroga, recordaré que se embarcó en Génova, en tercera, y que para fumar traía un toscano, que debía durar, y duró, hasta Buenos Aires. Vivió en el Chaco. Fué plantador de algodón y se fundió.

En Buenos Aires, su banco de carpintero, sus herramientas y su entusiasmo por serruchar y martillar alborotaron a los habitantes de muchas casas de pensión.

Vivió en Misiones siete años. Y el contar lo que vió y aprendió allí, es principalmente lo que le ha personalizado.

Decorosamente no puedo decir nada más de Horacio Quiroga.

Rodolfo Romero.

EL CUENTO ILUSTRADO

Director: Horacio Quiroga

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 12 DE 1918 — TOMO I N.º 1

UN DRAMA EN LA SELVA

EL IMPERIO DE LAS VIBORAS

Ilustraciones de MÁLAGA GRENET y SIRIO

Aún a esa hora — las diez de la noche — hacía un calor sofocante. El tiempo, cargado desde dos días atrás, pesaba sobre el bosque, sin un soplo de viento. El cielo negro se desteñía de vez en cuando en vagos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del sur estaba aún lejos.

Por un sendero de vacas en pleno espartillo blanco, avanzaba *Lanceolada*, con la lentitud genérica de las víboras. Era una hermosísima yarará, de un metro cincuenta, con los negros ángulos de su flanco bien cortados en sierra,

escama tras escama. Avanzaba tanteando la seguridad del terreno con la lengua, que en los ofidios reemplaza perfectamente a los dedos.

Iba de caza. Al llegar a un cruce de senderos se detuvo, se arrolló prolijamente sobre sí misma, removióse aún un momento acomodándose, y después de bajar la cabeza al nivel de sus anillos, donde asentó la mandíbula inferior, esperó inmóvil.

Minuto tras minuto esperó cinco horas. Al cabo de este tiempo continuaba en igual inmovilidad. Mala noche! Comenzaba a romper el día e iba a retirarse, cuando cambió de idea. Sobre el cielo lívido del este se recortaba una inmensa sombra.

—Quisiera pasar cerca de la Casa — se dijo la yarará. — Hace días que siento ruido, y es menester estar alerta...

Y marchó prudentemente hacia allá.

La casa a que hacía referencia *Lanceolada* era un viejo edificio de tablas rodeada de corredores, y toda blanqueada. En torno se levantaban dos o tres galpones. Desde tiempo inmemorial el edificio había estado deshabitado. Ahora se sentían ruidos insólitos, golpes de metal, relinchos de caballo, conjunto de cosas en que trascendía a la legua la presencia del Hombre. Mal asunto...

Pero era preciso asegurarse, y *Lanceolada* lo hizo mucho más pronto de lo que acaso hubiera querido.

Un inequívoco ruido de puerta abierta llegó a sus oídos. Irguió la cabeza, y mientras notaba que una fría claridad en el horizonte anunciaba la aurora, vió una forma negra, alta y robusta, que avanzaba hacia ella. Oyó también el ruido de las pisadas, el golpe seguro, pleno, enormemente distanciado, que denunciaba también a la legua al enemigo.

—¡El Hombre! — murmuró *Lanceolada*. Y rápida como el rayo se arrolló en guardia.

La sombra estuvo sobre ella. Un pie cayó a su lado, y la yarará, con toda la violencia de un ataque al que jugaba la vida, lanzó la cabeza contra aquello y la recogió a la posición anterior.

El hombre se detuvo: había creído sentir un golpe en las botas. Miró el yuyo a su rededor, sin mover los pies de su lugar; pero nada vió en la oscuridad, apenas rota por el vago día naciente, y siguió adelante.

Pero *Lanceolada* vió que la casa comenzaba a vivir, esta vez real y efectivamente con la vida del Hombre. La yarará emprendió la retirada a su hueco de piedra, llevando consigo la seguridad de que aquel acto nocturno no era sino el prólogo del gran drama a desarrollarse en breve.

II

Al día siguiente la primera preocupación de *Lanceolada* fué el peligro que con la llegada del Hombre se cernía sobre la Familia entera. Hombre y Devastación son sinónimos sabidos desde tiempo inmemorial en el Imperio entero de los Animales. Para los Ofidios, en particular, el trastorno que los amenazaba adquiría caracteres de desastre, pues fuera de la posibilidad del arado que aniquila a los roedores, y con ellos el alimento capital de las víboras, existía la seguridad del abominable machete, escarbando y destrozando el vientre de la selva, vale decir, la Vida misma.

Tornábase, pues, urgente prevenir aquello. *Lanceolada* esperó la nueva noche para ponerse en campaña. Sin gran trabajo halló a dos compañeras, que lanzó a dar la voz de alarma. Ella, por su parte, recorrió hasta las doce los lugares más indicados para un feliz encuentro, con suerte tal que a las dos de la mañana el Congreso se hallaba, si no en pleno, por lo menos con mayoría de especies para decidir qué se haría.

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura, y en pleno bosque, desde luego, existía una caverna, disimulada por los helechos que obstruían casi la entrada. Servía de guarida desde mucho tiempo atrás a *Terrífica*, una serpiente de cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos segmentos. Su largo no pasaba de un metro cuarenta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos, vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo

lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno, que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente constituídos de todas las víboras existentes.

Fué allí en consecuencia, ante la inminencia del peligro, y presidido por ella, donde se reunió el Congreso de las Víboras. Estaban allí, fuera de *Lanceolada* y *Terrífica*, las demás yararás del país: la pequeña *Coatiarita*, benjamín de la Familia, con la línea rojiza de sus costados bien visible y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí, negligentemente tendida, como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y café de su lomo, sobre largas bandas salmón, la esbelta *Neuwied*, dechado de belleza, y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba *Cruzada* — que en el sur llaman víbora de la cruz — potente y audaz, rival de *Neuwied* en punto a belleza de dibujo. Estaba *Atroz*, de nombre suficientemente fatídico; y por último, *Urutú Dorado*, la yararacusú, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus ciento setenta centímetros de terciopelo negro, cruzado oblícuamente por anchas bandas de oro.

Es de notar que las especies del formidable género *Lachesis*, o yararás, a que pertenecían todas las congresales menos *Terrífica*, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y el color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellos.

Según las leyes de las víboras, ninguna especie poco abundante y sin dominio real en el país puede presidir las asambleas del Imperio. Por esto *Urutú Dorado*, cuya especie es más bien rara, no lo pretendía a pesar de su potencia, cediendo de buen grado aquel derecho a la víbora de cascabel, más débil, pero que abunda milagrosamente.

El Congreso estaba pues en mayoría, y *Terrífica* abrió la sesión.

—¡Compañeras! — dijo. — Hemos sido todas enteradas por *Lanceolada* de la presencia nefasta del Hombre. Creo interpretar el anhelo de todas nosotras, al tratar de salvar nuestro Imperio de la invasión enemiga. Sólo un medio cabe, pues la experiencia nos dice que el abandono del terreno no remedia nada. Este medio, Vds. lo saben bien, es la guerra al Hombre, sin tregua ni cuartel, desde esta noche misma, a la cual cada especie aportará sus virtudes. Me halaga en esta circunstancia olvidar mi especificación humana: No soy ahora una serpiente de cascabel; soy una yarará, como Vds.; las yararás, que tienen a la Muerte por negro pabellón. ¡Nosotras somos la Muerte, compañeras! Y entre tanto, que alguna de las presentes proponga un plan de campaña.

Nadie ignora, por lo menos en el Imperio de las Víboras, que todo lo que *Terrífica* tiene de largo en sus colmillos, lo tiene de corto en su inteligencia. Ella lo sabe también, y aunque incapaz por lo tanto de idear plan alguno, posee, a fuer de vieja reina, el suficiente tacto para callarse.

Cruzada, recogiendo un poco la cola, dijo entonces:

—Soy de la opinión de *Terrífica*, y considero que mientras no tengamos un plan, nada podemos ni debemos hacer. Lo que lamento es la falta en este Congreso de nuestras primas sin veneno, las culebras.

Se hizo un largo silencio. Evidentemente, la proposición no halagaba a las víboras. *Cruzada* se sonrió de un modo vago, y continuó:

—Lamento lo que pasa... pero quisiera solamente recordar esto: si entre todas nosotras pretendiéramos vencer a una culebra, no lo conseguiríamos! Nada más quiero decir.

—Si es por su resistencia al veneno — objetó perezosamente *Urutú Dorado*, desde el fondo del antro — creo que yo sola me encargaría de desengañarlas...

—No se trata de veneno, — replicó desdeñosamente *Cruzada*. — Yo también me bastaría... — agregó con una mirada de reojo a la yararacusú. — Se trata de su fuerza, de su destreza, de su nerviosismo, como quiera llamársele!; cualidades de lucha que nadie pretenderá negar a nuestras primas. Insisto en que en una campaña como la que queremos emprender, las culebras nos serán de gran utilidad; más, de imprescindible necesidad!

Mas la proposición desagradaba siempre.

—¿Por qué las culebras? — exclamó *Atroz* — son despreciables.

—Tienen ojos de pescado, — agregó la presuntuosa *Coatiarita*.

—Me dan asco! —protestó desdeñosamente *Lanceolada.*

—Tal vez sea otra cosa lo que te dan...— murmuró *Cruzada,* mirándola de reojo.

—¿A mí? — silbó *Lanceolada,* irguiéndose. — Te advierto que haces mala figura aquí, defendiendo a esos gusanos corredores!

—Si te oyen las *Cazadoras...* — murmuró irónicamente *Cruzada.*

Pero al oír este nombre, *Cazadoras,* la asamblea entera se había agitado.

—¡No hay para qué decir eso! — gritaron — ¡Ellas son culebras, y nada más!

—¡Ellas se llaman a sí mismas las *Cazadoras!* — replicó secamente *Cruzada* — Y estamos en Congreso!

También desde tiempo inmemorial es fama entre las víboras la rivalidad particular de las dos yararás: la del norte, *Lanceolada,* y *Cruzada,* la del sur;— cuestión de coquetería en punto a belleza, según las culebras.

—Vamos, vamos! — intervino *Terrífica* — Que *Cruzada* explique para qué quiere la ayuda de las culebras, siendo así que no representan la Muerte como nosotras.

—Para esto! — replicó *Cruzada,* ya en calma. — Es indispensable saber qué hace el Hombre en la casa; y para esto se precisa ir hasta allá, a la casa misma. Ahora bien, la empresa no es fácil, porque si el pabellón de nuestra especie es la Muerte, el pabellón del Hombre es también la Muerte, — y bastante más rápida que la nuestra! Las culebras nos aventajan inmensamente en agilidad. Cualquiera de nosotras iría y vería. ¿Pero volvería? Nadie mejor para esto que la *Ñacaniná.* Estas exploraciones forman parte de sus hábitos diarios, y podría, trepada al techo, ver, oír y regresar a informarnos antes de que sea de día.

La proposición eran tan razonable que esta vez la asamblea entera asintió, aunque con un resto de desagrado.

—¿Quién va a buscarla? — preguntaron varias voces.

Cruzada desprendió la cola de un tronco y se deslizó afuera.

—Voy yo, — dijo. — En seguida vuelvo.

—¡Eso es! — le lanzó *Lanceolada* de atrás — Tú que eres su protectora la hallarás en seguida!

Cruzada tuvo aún tiempo de volver la cabeza hacia ella, y le sacó la lengua— reto a largo plazo.

III

Cruzada halló a la *Ñacaniná* cuando ésta trepaba a un árbol.

—¡Eh, *Ñacaniná!* — llamó con un leve silbido.

La *Ñacaniná* oyó su nombre, pero se abstuvo prudentemente de contestar hasta nueva llamada.

—*¡Ñacaniná!* — repitió *Cruzada,* levantando medio tono su silbido.

—¿Quién me llama? — respondió la culebra.

—¡Soy yo, *Cruzada!...*

—¡Ah! la prima... ¿Qué quieres, prima adorada?

—No se trata de bromas, *Ñacaniná...* ¿Sabes lo que pasa en la Casa?

—Sí, que ha llegado el Hombre... ¿Qué más?

—¿Y sabes que estamos en Congreso?

—Ah, no; eso no! — repuso la *Ñacaniná,* deslizándose cabeza abajo contra el árbol, con tanta seguridad como si marchara sobre un plano horizontal.

— Algo grave debe pasar para eso... ¿Qué ocurre?

—Por el momento, nada; pero hemos llamado a Congreso, precisamente para evitar que nos ocurra algo. En dos palabras: se sabe que hay varios hombres en la Casa, y que se van a quedar definitivamente. Es la Muerte para nosotras.

—Yo creía que ustedes eran la Muerte por sí mismas... No se cansan de repetirlo! — murmuró irónicamente la culebra.

—Dejemos esto! Necesitamos de tu ayuda, *Ñacaniná.*

—Para qué? Yo no tengo nada que ver aquí!

—Quién sabe? Para desgracia tuya, te pareces bastante a nosotras, las Venenosas. Defendiendo nuestros intereses, defiendes los tuyos.

—Comprendo! — repuso la *Ñacaniná* después de un momento, en el que meditó de nuevo sobre la suma de contingencias desfavorables para ella en aquella semejanza.

—Bueno; ¿contamos contigo?

—¿Qué debo hacer?

—Muy poco. Ir en seguida a la Casa, y arreglarte allí de modo que veas y oigas lo que pasa.

—No es mucho, no! — repuso negligentemente *Ñacaniná,* restregando la cabeza contra el tronco. — Pero es el caso — agregó — que allá arriba tengo la cena segura...: una pava del monte a la que desde anteayer se le ha puesto en el copete anidar aquí...

—Talvez allá encuentres algo que comer — la consoló suavemente *Cruzada.* Su prima la miró de reojo.

—Bueno, en marcha, — reanudó la yarará. — Pasemos primero por el Congreso.

—¡Ah, no! — protestó la *Ñacaniná.* — Eso no! Les hago a ustedes el favor, y en paz! Iré allá cuando vuelva... si vuelvo. Pero ver antes de tiempo la cáscara rugosa de *Terrífica,* los ojos de matón de *Lanceolada,* y la cara estúpida de *Coralina,* eso no!

—No está *Coralina.*

—No importa! Con el resto tengo bastante.

—Bueno, bueno! — repuso *Cruzada,* que no quería hacer hincapié. — Pero si no disminuyes un poco la marcha, no te sigo.

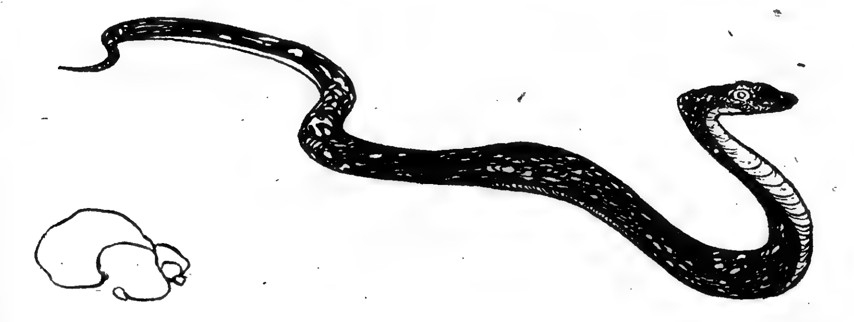
En efecto, aún a todo correr, la yarará no podía acompañar el deslizar casi lento para ella, de la *Ñacaniná.*

—Quédate, ya estás cerca de las otras — contestó la culebra. Y se lanzó a toda velocidad, dejando en un segundo atrás a su prima venenosa.

IV

Un cuarto de hora después la Cazadora llegaba allá. Velaban todavía en la Casa. Por las puertas abiertas de par en par salían chorros de luz, y desde lejos aún la *Ñacaniná* pudo ver cuatro hombres sentados alrededor de la mesa.

Para llegar con impunidad, un solo detalle era necesario evitar; y éste



consistía en la existencia problemática de un perro. ¿Los había? Mucho lo temía *Ñacaniná*. Por esto deslizóse adelante con mucha cautela, sobre todo cuando tuvo que entrar en el corredor.

Ya en él, observó con atención. Ni en frente, ni a la derecha, ni a la izquierda había perro alguno. Sólo allá, en el corredor opuesto, y que la culebra podía ver por entre las piernas de los hombres, un perro negro dormía echado de costado.

La plaza, pues, estaba libre. Como desde el lugar en que se encontraba podía oír, pero no ver el panorama entero de los hombres hablando, la culebra, tras una ojeada arriba, tuvo lo que deseaba en un momento. Trepó por una escalera recostada a la pared bajo el corredor, y se instaló en el espacio libre entre la pared y techo, tendida sobre el tirante. Pero por más precauciones que tomara al deslizarse, una leve astilla, una insignificancia, cayó al suelo y un hombre levantó los ojos.

—¡Se acabó! — se dijo *Ñacaniná,* conteniendo la respiración.

Otro hombre levantó también los ojos.

—¿Qué hay? — preguntó .

—Nada — repuso el primero. — Me pareció ver algo negro por allá.

—Una rata.

—Se equivocó el Hombre — murmuró para sí la culebra.

—O alguna *ñacaniná.*

—Acertó el otro Hombre — murmuró de nuevo la aludida, aprestándose a la lucha.

Pero los ojos bajaron otra vez, y la *ñacaniná* vió y oyó durante media hora.

La Casa, motivo de preocupación de la selva, habíase convertido en establecimiento científico de la más grande importancia. Conocida ya desde tiempo atrás la particular riqueza de víboras de aquel rincón de Misiones — una península sofocada por el Yabebirí en casi todos sus lados — el Gobierno de la Nación había decidido la creación de un Instituto de Seroterapia Ofídica, donde se prepararían sueros contra el veneno de las víboras. La abundancia de éstas favorecía tal creación, pues es sabido que la carencia de víboras de que extraer el veneno, es el principal inconveniente para una vasta y segura preparación del suero.

El nuevo establecimiento podía comenzar casi en seguida, pues contaba con dos animales — un caballo y una mula — ya en vías de completa inmunización. Habíase logrado también disponer la caballeriza, el laboratorio y el serpentario. Este último prometía enriquecerse de un modo asombroso, por más que el Instituto hubiera traído consigo no pocas serpientes venenosas—las mismas que servían para inmunizar a los animales citados. Pero si se tiene en cuenta que un caballo, en su último grado de inmunización, necesita inyecciones de *seis gramos de veneno,* cada una, cantidad suficiente para matar doscientos cincuenta caballos, se comprenderá que deba ser muy grande el número de víboras en disponibilidad que requiere un Instituto del género.

Los días, duros al principio de una instalación en la selva, mantenían al personal superior del Instituto en vela hasta media noche, entre planes de laboratorio, y demás.

—Y los caballos, cómo están hoy? — preguntó uno, de lentes negros, y que parecía ser el jefe del Instituto.

—Muy caídos — repuso otro. — Si no podemos hacer una buena recolección en estos días...

La *Ñacaniná,* inmóvil sobre el tirante, ojos y oídos alerta, comenzaba a tranquilizarse.

—Me parece — se dijo — que las primas venenosas se han llevado un susto magnífico. De estos hombres no hay gran cosa que temer...

Y avanzando un poco más la cabeza, de modo que su nariz pasaba ya de la línea del tirante, observó con más atención.

Pero un contratiempo evoca otro.

—Hemos tenido hoy un día malo — agregó alguno. — Cinco tubos de ensayo se han roto...

La *Ñacaniná* sentíase cada vez más inclinada a la bondad.

—¡Pobre gente! — murmuró. — Se le han roto cinco tubos...

Y se disponía a abandonar su escondite para explorar aquella inocente casa, cuando oyó:

—En cambio, las víboras están magníficas... Parece sentarles el país.

—¿Eh? — dió una sacudida la culebra, abriendo inmensos ojos — ¿Qué dice ese pelado de traje blanco?

Pero el otro proseguía:

—Para ellas sí, el lugar me parece ideal... Y las necesitamos urgentemente, los caballos y nosotros.

—Por suerte vamos a hacer una famosa cacería de víboras en este país. No hay duda de que es el país de las víboras.

—Hum... hum... hum... — murmuró *Ñacaniná*, arrollándose en el tirante cuanto le fué posible. — Las cosas comienzan a ser un poco distintas... Hay que quedar un poco más con esta buena gente... Se aprenden cosas curiosas.

Tantas cosas curiosas oyó, que cuando al cabo de media hora quiso retirarse, el exceso de sabiduría adquirida le hizo hacer un falso movimiento, y la tercera parte de su cuerpo cayó a lo largo de la pared, azotando la madera. Como había caído de cabeza, en un instante la tuvo enderezada hacia la mesa, la lengua vibrante.

La *Ñacaniná*, cuyo largo puede alcanzar a tres metros, es valiente, con seguridad la más valiente de las serpientes americanas, y por algo se llama *Phrynonax sulfureus* a su especie. Resiste un ataque serio del hombre, que es inmensamente mayor que ella, y hace frente siempre. Su propio coraje le hace creer que es muy temida. Por esto se sorprendió un poco al ver que los hombres, enterados de que se trataba de una simple *ñacaniná*, se echaron a reír tranquilos.

—Es una *ñacaniná!*... Mejor; así nos limpiará la casa de ratas.

—Ratas?... — silbó la otra. Y como continuaba provocativa, un hombre se levantó al fin.

—Por útil que sea, no deja de ser un mal bicho... Una de estas noches la voy a encontrar buscando ratones dentro de mi cama.

Y cogiendo un palo próximo, lo lanzó contra la *ñacaniná*, a todo vuelo. El palo pasó silbando y golpeó con terrible estruendo en la pared.

Hay ataque y ataque. Fuera de la selva, y entre cuatro hombres, la *ñacaniná* no se hallaba a gusto. Se retiró a escape, concentrando toda su energía en la cualidad que, conjuntamente con el valor, forman sus dos facultades primas: la velocidad para correr.

Perseguida por los ladridos del perro, y aún rastreada buen trecho, lo que abrió nueva luz respecto a las gentes aquéllas, la culebra llegó a la caverna. Pasó por encima de *Lanceolada* y *Atroz*, tendiéndose a descansar, muerta de fatiga.

V

—¡Por fin! — exclamaron todas, rodeando a la exploradora. — Creíamos que te ibas a quedar con tus amigos los hombres...

—¡Hum!... — murmuró *Ñacaniná*.

—¿Qué nuevas nos traes? — preguntó *Terrífica*. — ¿Debemos esperar un ataque, o no tomar en cuenta a los Hombres?

—Tal vez fuera mejor esto... y pasar al otro lado del río — repuso.

—Qué?... Cómo?... — saltaron todas. — ¿Estás loca?

—Oigan, primero.

—Cuenta, entonces!

Y la *Ñacaniná* contó todo lo que había visto y oído; la instalación del Instituto Seroterápico, sus planes, sus fines, y la absoluta decisión de los hombres de cazar cuanta víbora hubiera en el país.

—¡Cazarnos! — saltaron *Urutú Dorado, Cruzada* y *Lanceolada*, heridas en lo más vivo de su orgullo. — ¡Matarnos, querrás decir!

—No! Cazarlas, nada más! Encerrarlas, darles bien de comer, y extraerles cada veinte días el veneno. ¿Quieren vida más dulce?

La asamblea quedó estupefacta. *Ñacaniná* había explicado muy bien el fin de esta recolección de veneno; pero lo que no había explicado eran los medios para llegar a obtener el suero.

¡Un suero antivenenoso! Es decir, la curación asegurada, la inmunización de hombres y animales contra la mordedura, la Familia entera condenada a perecer de hambre en pleno bosque natal!

—Exactamente! — apoyó *Nacaniná.* — No se trata sino de esto; el caso es bien concreto.

Para la *Ñacaniná,* el peligro previsto era mucho menor. ¿Qué le importaban a ella y sus hermanas las cazadoras, a ellas que cazaban a diente limpio, a fuerza de puños, que los animales estuvieran o no inmunizados? Un solo punto oscuro había en esto, y era el excesivo parecido de una culebra con una víbora, que favorecía confusiones mortales. De aquí el interés de la culebra en suprimir el Instituto.

—Yo me ofrezco a empezar la campaña, — dijo *Cruzada.*

—¿Tienen un plan? — preguntó ansiosa *Terrífica,* siempre falta de ideas.

—Ninguno. Iré sencillamente mañana de tarde a tropezar con alguien.

—Ten cuidado! — le dijo *Ñacaniná,* con voz persuasiva. — Hay varias jaulas vacías...

—Allá veremos! Pero pido que se llame un Congreso pleno, para mañana de noche. Si yo no puedo asistir, tanto peor...

—Ah, me olvidaba! — exclamó *Ñacaniná,* dirigiéndose a *Cruzada.* — Hace un rato, cuando salí de allí... Hay un perro negro muy peludo... creo que sigue el rastro de una víbora... Ten cuidado.

Nueva sorpresa de la Asamblea.

—¿Perro que sigue nuestro rastro?... ¿Estás segura?

—Casi. Ojo con ese perro, porque puede hacernos más daño que todos los hombres juntos!

—Yo me encargo de él — exclamó *Terrífica,* contenta de — sin mayor esfuerzo mental — poder poner en juego sus glándulas de veneno, que a la menor contracción nerviosa se escurría por el canal interno de los colmillos.

Pero ya cada víbora se disponía a hacer correr la palabra en su distrito, y a *Ñacaniná,* gran trepadora, se le encomendó especialmente llevar la voz de alerta a los árboles, reino preferido de las culebras.

A las tres de la mañana la Asamblea se disolvió. Las víboras, vueltas a la vida normal, se alejaron en distintas direcciones, desconocidas las unas para las otras, silenciosas, sombrías, mientras en el fondo de la caverna la reina sin súbditos quedaba arrollada e inmóvil, fijando sus duros ojos de vidrio en un ensueño de mil perros paralizados.

VI

Era la una de la tarde. Por el campo de fuego, por bajo las matas de espartillo, se arrastraba *Cruzada* hacia la Casa. No llevaba otra idea, ni creía necesaria tener otra, que matar al primer hombre que se pusiera a su encuentro. Llegó al corredor y se arrolló allí, esperando. Pasó media hora. El calor sofocante que reinaba desde tres días atrás comenzaba a pesar sobre los ojos de la yarará, cuando un temblor sordo avanzó desde la pieza. La puerta estaba abierta y ante la víbora, a treinta centímetros de su cabeza, apareció el perro, el perro negro y peludo, con los ojos entornados de sueño.

—Maldita bestia! — se dijo *Cruzada* — Hubiera preferido un hombre...

En ese instante el perro se detuvo, husmeando, y volvió la cabeza... Tarde ya! Ahogó un aullido de sorpresa y movió desesperadamente el hocico mordido.

—Ya tiene éste su asunto listo... — murmuró *Cruzada,* replegándose de nuevo. Pero el animal iba a lanzarse sobre la víbora, cuando sintió los pasos de su amo, y se arqueó ladrando a la yarará. El hombre de los lentes negros apareció junto a *Cruzada.*

—¿Qué es? — preguntaron desde el otro corredor.

—Una *Alternatus*... lindo ejemplar — respondió el hombre. Y antes que la víbora hubiera podido defenderse, se sintió estrangulada en una especie de prensa al extremo de un palo.

La yarará crugió de orgullo al verse así; lanzó su cuerpo a todos lados, trató en vano de recoger el cuerpo y arrollarlo en el palo: le faltaba el punto de apóyo en la cola, el famoso punto de apoyo, sin el cual un poderoso boa se encuentra reducido a la más vergonzosa impotencia. El hombre la llevó así colgando, y fué arrojada en el Serpentario.

Había allí, en un espacio de doscientos metros cuadrados, circundado de altas barreras de cinc liso, treinta o cuarenta víboras. *Cruzada* cayó sobre el césped, y se mantuvo un momento arrollada y congestionada bajo el sol de fuego.

La instalación era evidentemente provisoria; grandes y chatos cajones alquitranados servían de bañadera a las víboras, y varias casillas y piedras amontonadas ofrecían reparo a los huéspedes de ese paraíso improvisado.

Un instante después la yarará se veía rodeada y pasada por encima por cinco o seis compañeras que iban a reconocer su especie.

Cruzada las conocía a todas; pero no a una gran víbora que se bañaba en una jaula cerrada con tejido de alambre. ¿Quién era? Era absolutamente desconocida para la yarará. Curiosa a su vez, se acercó.

Se acercó tanto, que la otra la vió y se irguió en seguida. *Cruzada* ahogó un silbido de estupor mientras caía en guardia, arrollada: la gran víbora acababa de hinchar el cuello, pero monstruosamente, como jamás había visto hacerlo a nadie. Quedaba realmente extraordinaria así.

—¿Quién eres? — le preguntó *Cruzada*. — ¿Eres de las nuestras?

Es decir, venenosa. La otra, convencida de que no había habido intención de ataque en la aproximación de la yarará, aplastó sus dos grandes orejas.

—Sí, — repuso. — Pero no de aquí... muy lejos... de la India.

—¿Cómo te llamas?

—*Hamadrías*... o cobra capelo real.

—Yo soy *Cruzada*.

—Sí, no necesitas decirlo. He visto muchas hermanas tuyas ya... Cuando te cazaron?

—Hace un rato... No pude matar.

—Mejor hubiera sido para ti que te hubieran muerto...

—Pero maté al perro.

—¿Qué perro? ¿El de aquí?

—Sí.

—La cobra-real se echó a reír, a tiempo que *Cruzada* tenía una nueva sacudida: el perro lanudo estaba ladrando...

—¿Te sorprende, eh? — agregó *Hamadrías* — A muchas les ha pasado lo mismo.

—Pero es que mordí en la cabeza... — contestó *Cruzada*, cada vez más aturdida. — No me queda una gota de veneno! — concluyó, mostrando a la asiática la boca abierta.

—Para él es lo mismo que te hayas vaciado o no...

—¿No puede morir?

—Sí, pero no por cuenta nuestra... Está inmunizado. Pero tú no sabes lo que es eso...

—Sé! — repuso vivamente *Cruzada*. — *Ñacaniná* nos contó...

La cobra real la consideró entonces atentamente.

—Tú me pareces inteligente...

—Tanto como tú... por lo menos! — replicó *Cruzada*.

El cuello de la asiática se expandió bruscamente de nuevo, y la yarará cayó en guardia.

Se miraron bien fijo largo rato, y el capuchón bajó lentamente.

—Inteligente y valiente — murmuró *Hamadrías*. — A ti se te puede hablar... ¿Conoces el nombre de mi especie?

—*Hamadrías*, supongo...

—O *naja búngaro*... o *cobra capelo real*. Nosotras somos, respecto de

la vulgar cobra capelo de la India, lo que tú respecto de una de esas coatiaritas... ¿Y sabes de qué nos alimentamos?

—No.

—De víboras americanas... entre otras cosas — concluyó balanceando la cabeza y mirando irónicamente a *Cruzada*.

Esta apreció rápidamente el tamaño de la ofiófaga.

—¿Dos metros cincuenta?... — preguntó.

—Sesenta... dos sesenta, pequeña *Cruzada* — repuso la otra, que había seguido sus ojos.

—Es un buen tamaño... más o menos el largo de *Musurana,* una prima mía. ¿Sabes de qué se alimenta?

—Supongo...

—Sí, de víboras asiáticas... — y miró a su vez a *Hamadrías*.

—Bien contestado! — repuso ésta; y después de refrescarse la cabeza en el agua, agregó perezosamente:

—¿Prima tuya, dijiste?

—Sí.

—¿Sin veneno, entonces?

—Así es... y por esto justamente tiene gran debilidad por las extranjeras venenosas.

Pero la asiática no la escuchaba ya.

—Oyeme! — dijo de pronto. — Estoy harta de hombres, perros, caballos, y de todo este infierno de estupidez y crueldad! Tú me puedes entender, porque lo que es ésas... Llevo año y medio encerrada en una jaula como si fuera una rata, maltratada, torturada periódicamente; y lo que es peor, despreciada, manejada como una soga por viles hombres... Y yo, que tengo valor, fuerza y veneno suficientes para concluir con todos ellos, estoy condenada a entregar mi veneno para la preparación de los sueros antivenenosos! No te puedes dar cuenta de lo que esto supone para mi orgullo! ¿Me entiendes? — concluyó mirando fijamente a la yarará.

—Sí, repuso la otra. — ¿Qué debo hacer?

—Una sola cosa; un sólo medio tenemos de vengarnos hasta las heces... Acércate, que no nos oigan... Tú sabes la necesidad absoluta de un punto de apoyo para poder desplegar nuestra fuerza. Toda nuestra salvación depende de esto. Solamente...

—¿Qué?

La cobra real miró otra vez fijamente a *Cruzada*.

—Solamente que puedes morir...

—¿Sola?
—Oh, no! *Ellos*, algunos de *ellos*, también morirán...
—Es lo único que deseo! Continúa.
—Pero acércate aún... más cerca!
El diálogo continuó un rato, y el cuerpo de la yarará se desescamaba rozando las mallas del alambre. De pronto la cobra se abalanzó y mordió por tres veces a su amiga. Las víboras, que habían seguido de lejos el incidente, gritaron:
—Ya está! Ya la mató! Es una traicionera!
Cruzada se alejó, arrastrándose pesadamente dos o tres metros por el pasto. Luego quedó inmóvil, y fué a ella a quien encontró el empleado del Instituto cuando tres horas después entró en el Serpentario. El hombre vió a la alternada, y empujándola con el pie, la hizo dar vuelta como a una soga y miró su vientre blanco.
—Está muerta, bien muerta...—murmuró. — ¿Pero de qué?—Y se agachó a observar a la víbora. No fué largo su examen: En el vientre y en el cuello notó huellas inequívocas de colmillos venenosos.
—Hum! — se dijo el hombre — Esta no puede ser más que la *Hamadrías*... Allí está, arrollada y mirándome como si yo fuera otra *Alternatus*... Veinte veces les he dicho que las mallas del tejido son demasiado grandes. Ahí está la prueba... En fin — concluyó cogiendo a *Cruzada* por la cola y lanzándola por encima del muro de cinc: — un bicho menos que vigilar!
Fué a ver al Director:
—La *Hamadrías* ha mordido a la yarará que introdujimos hace un rato. Vamos a extraerle muy poco veneno.
—Es un fastidio grande, — repuso aquél — pero necesitamos para hoy el veneno. No nos queda más que un solo tubo de suero... ¿Murió la otra?
—Sí, la tiré afuera... ¿Traigo a la *Hamadrías?*
—No hay más remedio... Pero para la segunda recolección, de aquí a dos o tres horas.

VII

... Se hallaba quebrantada, exhausta de fuerzas. Sentía la boca llena de tierra y de sangre. ¿Dónde estaba?
El velo denso de sus ojos comenzaba a desvanecerse, y *Cruzada* alcanzó a distinguir el contorno. Vió — reconoció el muro de cinc, y súbitamente recordó todo: el perro negro, el lazo, la inmensa serpiente asiática, y el plan de batalla de ésta, en que ella misma, *Cruzada,* iba jugando su vida. Recordaba todo, ahora que la parálisis provocada por el veneno comenzaba a abandonarla. Con el recuerdo, tuvo conciencia plena de lo que debía hacer. ¿Sería tiempo todavía?
Intentó arrastrarse, mas en vano; su cuerpo ondulaba, pero en el mismo sitio, sin avanzar. Pasó un rato aún; su inquietud crecía.
—¡Y no estoy sino a treinta metros! — murmuraba. — ¡Dos minutos, un solo minuto de vida, y llego a tiempo!
Y tras nuevo esfuerzo, consiguió deslizarse, arrastrarse desesperada hacia el laboratorio.
Atravesó el patio, llegó a la puerta en el momento en que el empleado con las dos manos sostenía colgando en el aire a *Hamadrías,* mientras el hombre de los lentes negros le introducía el vidrio de reloj en la boca. La mano se dirigía a oprimir las glándulas, y *Cruzada* estaba aún en el dintel.
—No tendré tiempo! — se dijo desesperada; y se lanzó adelante en un supremo esfuerzo.
La cosa fué breve como un relámpago: El peón, al sentir los dientes de la yarará en su pie, lanzó un grito y tuvo una sacudida. No mucho; pero suficiente para que el cuerpo colgante de la cobra real oscilara y alcanzase a la pata de la mesa, donde se arrolló velozmente. Y con ese *punto de apoyo,* arrancó su cabeza de entre las manos del peón, y fué

a clavar hasta la raíz los colmillos en la muñeca izquierda del Director — justamente en una vena.

Ya estaba! Ambas, la cobra asiática y la yarará, huyeron sin ser perseguidas.

—Un punto de apoyo! — murmuraba la cobra volando a escape por el campo — Nada más que eso me faltaba. Y lo conseguí por fin!

—Sí, — asentía la yarará a su lado, muy dolorida aún. — Pero no volvería a repetir el juego...

Allá, de la muñeca del Director pendían dos negros hilos de sangre pegajosa. La inyección de una hamadrías en una vena es cosa demasiado seria, para que un hombre pueda resistirla largo rato con los ojos abiertos. Los del herido se cerraron para siempre a los doce minutos.

VIII

El Congreso estaba en pleno. Fuera de *Terrífica* y *Ñacaninú*, y las yararás *Urutú Dorado*, *Coatiarita*, *Neuwied*, *Atroz* y *Lanceolada*, había acudido *Coralina* — de cabeza estúpida, según la *Ñacaninú* — lo que no obsta para que su mordedura sea de las más dolorosas. Además, es hermosa, incontestablemente hermosa, con sus anillos rojos y negros.

Siendo, como es sabido, muy fuerte la vanidad de las víboras a este respecto *Coralina* se alegraba bastante de la ausencia de su hermana *Frontal*, aunque ésta sea de tamaño y veneno muy superiores. Su color, además, dividido en triples anillos negros y blancos sobre fondo de púrpura, coloca a esta víbora de coral en el más alto escalón de la belleza ofídica.

Las *Cazadoras* estaban representadas esa noche por *Drimobia*, cuyo destino es ser llamada yyararacusú del monte, aunque su aspecto sea bien distinto. Asistían *Cipó*, de un hermoso verde, y gran cazadora de pájaros; *Radínea*, pequeña y oscura, que no abandona jamás los charcos; *Boipeva*, cuya característica es achatarse completamente contra el suelo, a penas se siente amenazada; *Trigémina*, culebra de coral, muy fina de cuerpo, como sus compañeras arborícolas; y por último *Esculapia*, también de coral, cuya entrada, por razones obvias, fué acogida con generales miradas de desconfianza.

Faltaban asimismo varias especies de las venenosas y las cazadoras, lo que motiva una aclaración.

Al decir Congreso pleno, hemos hecho referencia a la gran mayoría de las especies, y sobre todo de las que se podría llamar *reales* por su importancia. Desde el primer Congreso de las víboras se acordó que aquéllas, estando en mayoría, podrían dar carácter de absoluta fuerza a sus decisiones. De aquí la plenitud del Congreso actual, bien que fuera lamentable la ausencia de la yarará *Surucucú*, a quien no había sido posible hallar por ninguna parte, hecho tanto más de sentir cuanto que esta víbora, que puede alcanzar a tres metros, es, a la vez que reina en América, vice-emperatriz del Imperio Mundial de las Víboras, pues sólo una serpiente la aventaja en tamaño y potencia de veneno: la hamadrías asiática.

Alguna faltaba — fuera de *Cruzada* — pero las víboras todas afectaban no darse cuenta de su ausencia.

A pesar de todo se vieron forzadas a volverse, al ver asomar entre los helechos una cabeza de grandes ojos vivos.

—¿Se puede? — decía alegremente.

Como si una chispa eléctrica hubiera sacudido todos los cuerpos, las víboras irguieron con pasmosa unanimidad la cabeza al oír aquellas palabras.

—¿Qué quieres aquí? — gritó *Lanceolada*, con profunda irritación.

—¡Este no es tu lugar! — clamó *Urutú Dorado*, dando por primera vez señales de vivacidad.

—¡Fuera, fuera! — gritaron varias con intenso desasosiego.

Pero *Terrífica*, con silbido claro aunque trémulo, logró hacerse oír.

—¡Compañeras! Se olvidan de que estamos en Congreso, y todas conocemos sus leyes: nadie, mientras dure el Congreso, puede ejercer acto alguno de violencia. Entra, *Musurana!*

—¡Bien dicho! — exclamó *Ñacaninâ*, con sorda ironía. — Las nobles palabras de nuestra reina nos aseguran. Entra, *Musurana!*

Y la cabeza viva y simpática de *Musurana* avanzó, arrastrando tras de sí dos metros cincuenta de cuerpo oscuro y brillante. Pasó ante todas, cruzando una mirada de inteligencia con la *Ñacaninâ*, y fué a arrollarse con leves silbidos de satisfacción junto a *Terrífica*, que no pudo menos de hacer un movimiento de costado, extremeciéndose.

—¿Te incomodo? — le preguntó cortésmente *Musurana*.

—No, de ninguna manera! — contestó *Terrífica*. — Son las glándulas que me incomodan, de hinchadas...

Musurana y *Ñacaninâ* tornaron a cruzar una mirada irónica, y prestaron atención.

La hostilidad bien evidente de la asamblea hacia la recién llegada, tenía un cierto fundamento, que no se dejará de apreciar: la intrusa era fuertemente inclinada a hacer de las víboras venenosas su plato favorito, siendo, por lo demás, de un vigor a toda prueba, y de una inmunidad perfecta respecto del veneno de aquéllas. El sueño de *Terrífica*, *Lanceolada* y otras, había sido más de una vez turbado por pesadillas en que la viva culebra entraba en más de un ciento por ciento; y de aquí la poca gracia de un tropiezo en el bosque con la cortés *Musurana*. Añádase a esto su inclinación al hombre, pues jamás la Cazadora, valiente como la *Ñacaninâ*, ha mordido ni intentado morder a persona alguna; y se comprenderá así de sobra cuán duro les era a las venenosas aceptar el parentesco de *Musurana*, adversión que alcanzaba a *Esculapia*, la culebra de coral, tachada de igual viciosa alimentación.

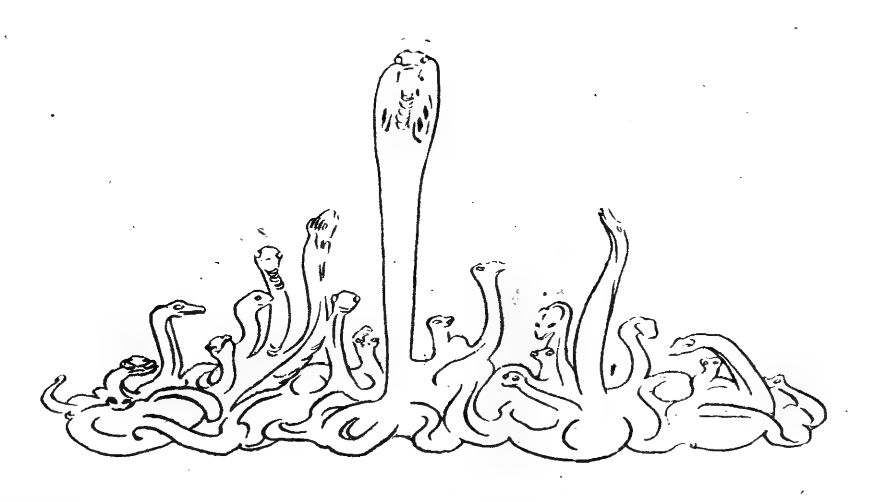
Pero *Atroz* acababa de tomar la palabra.

—Creo que podríamos comenzar ya — dijo — Ante todo, es menester saber algo de *Cruzada*. Prometió estar aquí en seguida.

—Lo que prometió — intervino la *Ñacaninâ* — es estar aquí cuando pudiera. Debemos esperarla.

—Para qué? — replicó *Lanceolada*, sin dignarse volver la cabeza a la culebra.

—¿Cómo para qué? — exclamó ésta, irguiéndose — Se necesita toda la estupidez de una *Lanceolada* para decir esto!... ¡Estoy cansada ya de oír en este Congreso disparate tras disparate! No parece sino que las venenosas, representaran a la Familia entera! Nadie, menos ésa — señaló con la cola a *Lanceolada* — ignora que precisamente de las noticias que traiga *Cruzada* depende nuestro plan... ¿Qué para qué esperarla?... ¡Estamos frescos si las inteligencias capaces de preguntar esto dominan en este Congreso!



—No insultes — le dijo gravemente *Coatirita.*

La *Ñacaniná* se volvió a ella:

—Y a ti, quién te mete en esto?

—No insultes! — repitió la pequeña, dignamente.

Ñacaniná consideró al pundonoroso benjamín, y cambió de voz.

—Tiene razón la minúscula prima — concluyó tranquila — *Lanceolada,* te pido disculpa.

—¡No sé nada! — replicó con rabia la yarará.

—No importa!; pero vuelvo a pedirte disculpa.

Felizmente *Coralina,* que acechaba a la entrada de la caverna, entró de golpe.

—Ahí viene *Cruzada!*

—¡Por fin! — exclamaron las congresales, alegres. Pero su alegría transformóse en estupefacción, cuando detrás de la yarará vieron entrar a una inmensa víbora totalmente desconocida de ellas.

Mientras *Cruzada* iba a tenderse al lado de *Atroz,* la intrusa se arrolló lenta y paulatinamente en el centro, y se mantuvo inmóvil.

—*Terrífica!* — dijo *Cruzada.* — Dale la bienvenida. Es de las nuestras.

—Somos tus hermanas! — murmuró la reina, observándola inquieta.

Todas las víboras, muertas de curiosidad, se arrastraban hacia la recién llegada.

—Parece una prima sin veneno — decía una, con un tanto de desdén.

—Sí, — agregó otra. — Tiene ojos redondos.

—Y cola larga.

—Y además...

Pero de pronto quedaron mudas porque la desconocida acababa de hinchar monstruosamente el cuello. No fué más que un segundo; el capuchón bajó, mientras la serpiente se volvía a su amiga con la voz alterada.

—*Cruzada*: díles que no se acerquen tanto... no puedo dominarme.

—Sí, déjenla tranquila! — exclamó *Cruzada.* — Tanto más — agregó — cuanto que acaba de salvarme la vida, y tal vez la de todas nosotras.

No era menester más. El Congreso quedó en un instante pendiente de la narración de *Cruzada,* que tuvo que contarlo todo: el encuentro con el perro, el lazo del hombre de lentes oscuros, el magnífico plan de *Hamadrías,* con la catástrofe final, y el profundo sueño que acometió luego a la yarará hasta una hora antes de llegar.

—Resultado: — concluyó — Dos hombres fuera de combate, y de los más peligrosos. Ahora no nos resta más que eliminar a los que quedan.

—O a los caballos! — dijo *Hamadrías.*

—O al perro! — agregó la *Ñacaniná.*

—Yo creo que a los caballos, — insistió la cobra real — y me fundo en esto: mientras queden vivos los caballos, un solo hombre puede preparar miles de tubos de suero, con los cuales se inmunizarán contra nosotras. Raras veces — ustedes lo saben bien — se presenta la ocasión de morder en una vena... como ayer. Insisto pues en que debemos dirigir todo nuestro ataque a los caballos. Después veremos! En cuanto al perro, — concluyó con una mirada de reojo a la *Ñacaniná* — me parece despreciable.

Era evidente que desde el primer momento la serpiente asiática y la *Ñacaniná* indígena se habían disgustado mutuamente. Si la una, en su carácter de animal venenoso, representaba un tipo inferior para la *Cazadora,* esta última, a fuer de fuerte y ágil, provocaba el malhumor de *Hamadrías,* complicado con un poco de celos. De modo que la vieja y tenaz rivalidad entre serpientes venenosas y no venenosas, llevaba señas de exasperarse más aún en aquel 4039 Congreso.

—Por mi parte — contestó *Ñacaniná* — creo que caballos y hombres son secundarios en esta lucha. Por gran facilidad que podamos tener para eliminar a unos y otros, no es nada esta facilidad comparada con la que puede tener el perro el primer día que se les ocurra dar una batida en forma, y la darán, estén bien seguras, antes de veinticuatro horas. Un perro inmunizado contra cualquier mordedura — aún la de esta señora con sombrero en el cuello — agregó señalando de costado a la cobra real — es el enemigo más

temible que hay, y sobre todo cuando ese enemigo ha sido adiestrado a seguir nuestro rastro. ¿Qué opinas, *Cruzada?*

No se ignoraba tampoco en el Congreso la amistad singular que unía a la víbora y la culebra; posiblemente más que amistad, estimación recíproca de su mutua inteligencia.

—Yo opino como *Ñacaniná,* — repuso. — Si el perro se pone a trabajar, estamos perdidas.

—Pero adelantémonos! — replicó *Hamadrías.*

—No podríamos adelantarnos tanto!... Me inclino decididamente por la prima.

—Estaba segura — dijo ésta tranquilamente.

Era esto más de lo que podía oír *Hamadrías* sin que la ira subiera a inundarle los colmillos de veneno.

—No sé hasta qué punto puede tener valor la opinión de esta señorita conversadora — dijo devolviendo a la *Ñacaniná* su mirada de reojo. — El peligro real en esta circunstancia es para nosotras, las Venenosas, que tenemos por negro pabellón a la Muerte. Las culebras saben bien que el hombre no las teme, porque son completamente incapaces de hacerse temer!

—He aquí una cosa bien dicha! — dijo una voz que no había sonado aún.

Hamadrías se volvió vivamente, porque en el tono tranquilo de la voz había creído notar una vaguísima ironía, y vió dos grandes ojos brillantes que la miraban apaciblemente.

—A mí me hablas? — preguntó con desdén.

—Sí, a tí — repuso mansamente la interruptora. — Lo que has dicho está empapado en profunda verdad.

La cobra real volvió a sentir la ironía anterior, y como por un presentimiento, midió a la ligera con la vista el cuerpo de su interlocutora, arrollado en la sombra.

—Tú eres *Musurana!*

—Tú lo has dicho! — repuso aquélla inclinándose.

Pero la *Ñacaniná* quería de una vez por todas aclarar las cosas.

—Un instante! — exclamó.

—No! — interrumpió *Musurana.* — Permíteme, *Ñacaniná.* Cuando un ser es bien formado, ágil, fuerte y veloz, se apodera de su enemigo con la energía de nervios y músculos que es particular de él, como lo es de todos los luchadores de la creación. Así cazan el gavilán, el gato onza, el tigre, nosotras, todos los seres de noble extructura. Pero cuando se es torpe pesado, poco inteligente, y se es incapaz por lo tanto de luchar francamente por la vida, entonces se tiene un par de colmillos para asesinar a traición, como esa dama importada que nos quiere deslumbrar con su sombrero!

Efectivamente, *Hamadrías,* fuera de sí, se había erguido para lanzarse sobre la insolente. Pero también el Congreso entero se había erguido amenazador al ver esto.

—Cuidado! — gritaron varias a un tiempo. — El Congreso es inviolable!

—¡Abajo el capuchón! — alzóse *Atroz,* con los ojos hechos ascua.

Hamadrías se volvió a ella, con un silbido de rabia.

—¡Abajo el capuchón! — se adelantaron *Urutú Dorado* y *Lanceolada.*

Hamadrías tuvo un instante loco ímpetu de rebelión, pensando en la facilidad con que hubiera arrollado a cada una de sus contrincantes en plena selva; pero ante la actitud de combate del Congreso entero, bajó el capuchón lentamente.

—Está bien — silbó. — Respeto el Congreso. Pero pido que cuando se concluya... no me provoquen!

—Nadie te provocará — dijo *Musurana.*

La cobra se volvió a ella, con reconcentrado odio:

—¡Y tú menos que nadie, porque tienes miedo!

—¡Miedo yo! — contestó *Musurana,* avanzando.

—Paz!, paz! — clamaron de nuevo. — Estamos dando un pésimo ejemplo! Decidamos de una vez lo que debemos hacer!

—Sí, ya es tiempo de esto, — dijo *Terrífica.* — Tenemos dos planes a seguir: el propuesto por *Ñacaniná,* y el de nuestra aliada. ¿Comenzamos el ataque por el perro, o unimos nuestras fuerzas contra los caballos?

Ahora bien, aunque la mayoría se inclinaba acaso al plan de la culebra, el aspecto, tamaño e inteligencia demostrada por la serpiente asiática había impresionado favorablemente al Congreso en su favor. Estaba aún viva su magnífica combinación contra el personal del Instituto, y fuera lo que pudiere ser su nuevo plan, es lo cierto que se le debía ya la eliminación de dos hombres. Agréguese que, salvo la *Ñacaniná* y *Cruzada* que habían tenido que ver con él, ninguna se daba cuenta precisa del terrible enemigo que había en un perro inmunizado y rastreador de víboras. Se comprenderá así que el plan de la cobra real triunfara al fin.

Aunque era ya muy tarde, era también cuestión de vida o muerte llevar el ataque en seguida, y se decidió partir sobre la marcha.

—Adelante, pues! — concluyó la de cascabel. — ¿Nadie tiene nada más que decir?

—Nada! — gritó la *Ñacaniná,* — sino que nos arrepentiremos!

Y las víboras y culebras, inmensamente aumentadas por los individuos de las especies cuyos representantes salían de la gruta, lanzáronse hacia el Instituto.

—Una palabra! — advirtió aún *Terrífica.* — Mientras dure la campaña, estamos en Congreso y somos inviolables las unas para las otras! — ¿Entendido?

—Sí, sí; basta de palabras! — silbaron todas.

La cobra real, a cuyo lado pasaba *Musurana,* le dijo mirándola sombríamente.

—Después...

—Ya lo creo! — la cortó alegremente aquélla, lanzándose como una flecha a la vanguardia.

IX

El personal del Instituto velaba al pie de la cama del peón mordido por la yarará. Pronto debía amanecer. Un empleado se asomó a la ventana, por donde entraba la noche caliente, y creyó oír ruido en uno de los galpones. El nuevo director sacó la cabeza a su vez, y prestó oído.

—Me parece que es en la caballeriza... Vaya a ver, Fragoso.

El adudido encendió el farol de viento y salió, en tanto que los demás quedaban inmóviles, con el oído alerta.

No había transcurrido medio minuto, cuando sentían pasos precipitados en el patio, y Fragoso aparecía, un poco pálido de sorpresa.

—La caballeriza está llena de víboras! — dijo.

—Llena? — preguntó el nuevo Director. — ¿Qué es eso? ¿qué pasa?...

—No sé...

—Vayamos.

Y se lazaron afuera.

—¡Daboy! ¡Daboy! — llamó el nuevo Director al perro que gemía soñando bajo la cama del enfermo. Y corriendo, entraron en la caballeriza.

Allí, a la luz del farol de viento, pudieron ver al caballo y a la mula debatiéndose a patadas contra sesenta u ochenta víboras que inundaban la caballeriza. Los animales relinchaban y hacían volar a coces los pesebres; pero las víboras, como si las dirigiera una inteligencia superior, esquivaban los golpes y mordían con furia.

Los hombres, con el impulso de la llegada, habían caído entre ellas. Ante el brusco golpe de luz, las invasoras se detuvieron un instante, para lanzarse en seguida silbando a un nuevo asalto, que dada la confusión de caballos y hombres, no se sabía contra quien iba dirigido.

El personal lel Instituto se vió así rodeado por todas partes de víboras. Fragaso sintió un golpe de colmillos en el borde de las botas, a medio centímetro de su rodilla, y descargó su vara — vara dura y flexible que nunca falta en una casa de bosque — sobre la atacante. El nuevo Director partió en dos a otra, y el otro empleado tuvo tiempo de aplastar la cabeza, sobre el cuello mismo del perro, a una gran víbora que acababa de arrollarse con pasmosa velocidad al pescuezo del animal.

Esto pasó en menos de diez segundos. Las varas caían con loco vigor sobre

las víboras que avanzaban siempre, mordían las botas, pretendían trepar por las piernas. Y en medio del relinchar de los caballos, los gritos de los hombres, los ladridos del perro y el silbido de las víboras, el asalto ejercía cada vez más presión sobre los defensores, cuando Fragoso, al precipitarse sobre una inmensa víbora que creyera reconocer, pisó sobre un cuerpo a toda velocidad y cayó, mientras el farol, roto en mil pedazos, se apagaba.

—¡Atrás! — gritó el nuevo Director. — ¡Daboy, aquí!

Y saltaron atrás, al patio, seguidos por el perro que felizmente había podido desenredarse de entre la madeja de víboras.

Pálidos y jadeantes, se miraron.

—Parece cosa del diablo... — murmuró el nuevo Director. — Jamás he visto cosa igual... ¿Qué tienen las víboras de este país? Ayer, aquella doble mordedura — como matemáticamente combinadas... Hoy... Por suerte ignoran que nos han salvado a los caballos con sus mordeduras... Pronto amanecerá, y entonces será otra cosa.

—Me pareció que allí andaba la *Hamadrías* — levantó los ojos Fragoso, mientras se ligaba la muñeca distendida.

—Sí, — agregó el otro empleado — yo la vi bien... ¿Y Daboy, no tiene nada?

—No; muy mordido... Felizmente puede resistir cuanto quieran.

Volvieron otra vez al enfermo, cuya respiración era mejor. Estaba ahora inundado en copiosa transpiración.

—Comienza a aclarar — dijo el nuevo Director asomándose a la puerta. — Usted, Antonio, podrá quedarse aquí con Jordán. Fragoso y yo vamos a salir.

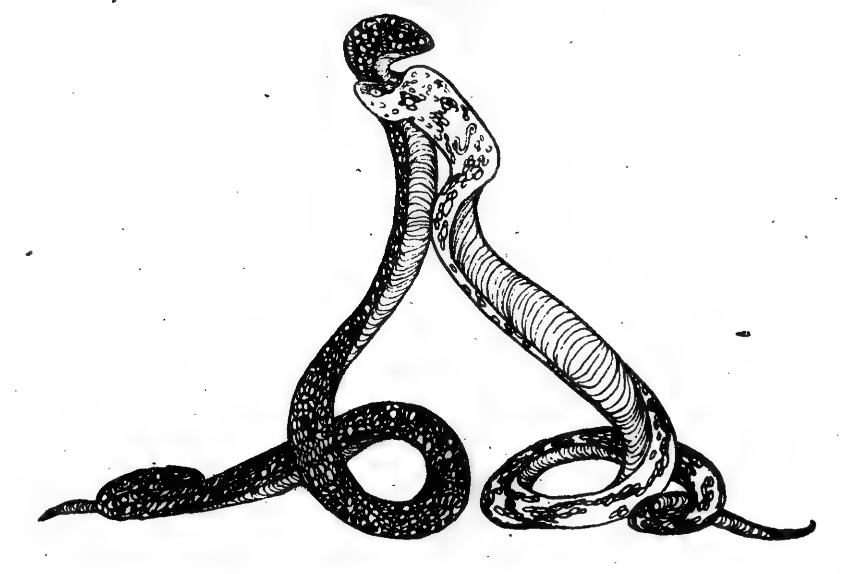
—¿Llevamos los lazos? — preguntó Fragoso.

—Oh, no! — repuso el jefe, sacudiendo la cabeza. — Con otras víboras, las hubiéramos cazado a todas en un segundo. Estas son demasiado singulares... Las varas, y, a todo evento, el machete.

... ...

No singulares, sino víboras que, ante un inmenso peligro sumaban la inteligencia reunida de las especies, era el enemigo que había asaltado el Instituto Seroterápico.

La súbita oscuridad que siguiera al farol roto, había advertido a las combatientes el peligro de mayor luz y mayor resistencia. Además, comenzaban a sentir ya en la atmósfera la inminencia del día.



—Si nos quedamos un momento más — exclamó *Cruzada* — nos cortan la retirada — ¡ Atrás !

—¡ Atrás, atrás ! — gritaron todas. Y atropellándose, pasando unas sobre las otras, se lanzaron al campo. Marchaban en tropel, derrotadas, viendo con consternación que el día comenzaba a romper a lo lejos.

Llevaban ya veinte minutos de fuga, cuando un ladrido, claro y agudo, pero distante aún, detuvo a la columna jadeante.

—¡ Un instante ! — gritó *Urutú Dorado.* — Veamos cuántas somos, y qué debemos hacer.

A la luz aún incierta de la madrugada, examinaron sus fuerzas. Entre las patas de los caballos habían quedado dieciocho, entre ellas las dos culebras de coral. *Atroz* había sido partida en dos por Fragoso, y *Drimobia* yacía allá, con el cráneo roto cuando extrangulaba al perro. Faltaban además *Coatiarita, Radínea* y *Boipeva.* En total, veintitrés combatientes aniquilados. Pero las restantes, sin excepción de una sola, estaban todas magulladas, pisadas, pateadas, llenas de polvo sobre las escamas rotas.

—He aquí el éxito de nuestra campaña — dijo amargamente *Ñacaniná,* frotando contra un arbusto su cabeza llena de sangre. — Te felicito, *Hamadrías!*

Pero para sí se guardaba lo que había oído tras la puerta cerrada de la caballeriza — pues había salido la última—: En vez de matar, habían salvado la vida a los caballos, que se extenuaban precisamente por falta de veneno!

Sabido es que para un caballo que se está inmunizando, el veneno le es tan indispensable para su vida diaria como el agua misma.

Un segundo ladrido de perro sobre el rastro, sonó tras ellas.

—¡ Estamos en inminente peligro ! — gritó *Terrífica* — ¿Qué hacemos?

—¡ A la gruta ! — clamaron todas, deslizándose a toda velocidad.

—¡ Pero están locas ! — gritó la *Ñacaniná,* mientras corría — ¡ Las van a aplastar a todas ! ¡ Van a la muerte ! Oíganme : ¡ desbandémonos !

Las fugitivas se detuvieron, irresolutas. A pesar de su pánico, algo les decía que era ésa la única medida salvadora, y miraron alocadas a todas partes. Una sola voz de apoyo, y se decidían.

Pero la cobra real, humillada, vencida en su segundo esfuerzo de dominación, repleta de odio para un país que en adelante debía serle eminentemente hostil, prefirió hundirse del todo, arrastrando con ella a las demás especies.

—¡ Está loca *Ñacaniná!* — exclamó — Separándose, nos matarán una a una, sin que podamos defendernos... Allá, es distinto. ¡ A la caverna !

—Sí, a la caverna ! — respondió la columna despavorida, huyendo. — A la caverna !

La *Ñacaniná* vió aquello, y comprendió que iban a la muerte. Pero viles, derrotadas, locas de pánico, las víboras iban a sacrificarse, a pesar de todo ! Y con una altiva sacudida de lengua, ella que podía ponerse impunemente a salvo por su velocidad, se dirigió con las otras directamente a la Muerte.

Sintió así un cuerpo a su lado, y se alegró al reconocer a *Musurana.*

—Ya ves — le dijo con una sonrisa — a lo que nos ha traído la asiática !

—Sí, es un mal bicho... — añadió *Mesurana,* mientras corrían una junto a otra.

—Y ahora las lleva a hacerse masacrar todas juntas!...

—Ella, por lo menos — advirtió *Masurana* con voz sombría — no va a tener ese gusto...

Y ambas, con un esfuerzo de velocidad, alcanzaron a la columna.

Ya habían llegado.

—¡ Un momento ! — se adelantó *Musurana,* cuyos ojos brillaban. — Ustedes lo ignoran, pero yo lo sé, con certeza, que dentro de diez minutos no va a quedar una de nosotras. El Congreso y sus leyes están, pues, ya concluídos. ¿No es eso, *Terrífica?*

Se hizo un largo silencio.

—Sí, — murmuró abrumada *Terrífica* — Está concluído...

—Entonces, — prosiguió *Musurana* volviendo la cabeza a todos lados. — Antes de morir, quisiera... Ah!, mejor así! — concluyó satisfecha al ver a la cobra real que avanzaba lentamente hacia ella, mirándola con fijeza.

No era aquél posiblemente el momento ideal para un combate. Pero desde que el mundo es mundo, nada, ni la presencia del Hombre sobre ellas, podría evitar que una Venenosa y una Cazadora solucionen sus asuntos particulares.

El primer choque fué favorable a la cobra real: sus colmillos se hundieron hasta la encía en el cuello de *Musurana.* Esta, con la maravillosa maniobra de la especie, de devolver en ataque una cogida casi mortal, lanzó su cuerpo adelante como un látigo y envolvió a la *Hamadrías,* que en un instante se sintió ahogada. La culebra, concentrando toda su vida en aquel abrazo, cerraba progresivamente sus anillos de acero; pero la *naja búngaro* no soltaba presa. Hubo aún un instante en que *Musurana* sintió crujir su cabeza entre los dientes de la *Hamadrías.* Pero hizo un supremo esfuerzo, y esta postrer sacudida de voluntad decidió la balanza en su favor. La boca de la cobra semi asfixiada se desprendió oscilando, mientras la cabeza libre de *Musurana* hacía presa en el cuerpo de la *Hamadrías.*

Poco a poco, segura del terrible abrazo con que inmovilizaba a su rival, su boca fué subiendo a lo largo del cuello, con cortas y bruscas dentelladas, en tanto que la cobra sacudía desesperada la cabeza, abriendo la boca. Los dientes pequeños y agudos de *Musurana* subían siempre, llegaron al capuchón, que se extendieron bruscamente, treparon, subieron, alcanzaron la garganta, subieron aún, hasta que se clavaron por fin en la cabeza de su enemiga, con sordo y larguísimo crujido de huesos masticados.

Ya estaba concluído. Los anillos se distendieron y el macizo cuerpo de la cobra real cayó pesadamente a tierra, muerta.

—Por lo menos, estoy contenta... — murmuró *Musurana,* cayendo a su vez exánime sobre el cuerpo de la asiática.

Fué en ese instante cuando las víboras oyeron a menos de cien metros el ladrido agudo del perro.

Y ellas, que diez minutos antes atropellaban aterradas la entrada de la caverna, vieron subir a sus ojos la llamarada salvaje de la lucha a muerte, por la Familia entera.

—¡Entremos! — gritaron sin embargo algunas.

—¡No, aquí! ¡Muramos aquí — ahogaron todas con sus silbidos. Y contra el murallón de piedra que les cortaba toda retirada, el cuello y la cabeza erguidos sobre el cuerpo arrollado, los ojos hechos ascua, esperaron.

No fué larga su espera. En el día ya claro y contra el fondo oscuro del monte, vieron surgir ante ellas las dos altas siluetas del nuevo Director y de Fragoso, reteniendo en trailla al perro, que loco de rabia se abalanzaba adelante.

—Se acabó! Y esta vez definitivamente! — murmuró *Ñacaniná,* despidiéndose con esas seis palabras de una vida bastante feliz, cuyo sacrificio acababa de decidir. Y con un violento empuje se lanzó al encuentro del perro, que suelto — y con la boca blanca de espuma, llegaba sobre ellas. El animal esquivó el golpe y cayó sobre *Terrífica,* que le hundió los colmillos en el hocico. Daboy agitó furiosamente la cabeza, sacudiendo en el aire a la del cascabel; pero ésta no soltaba.

Neuwied aprovechó el instante para hundir los colmillos en el vientre del animal, mas también en ese instante llegaban sobre ellas los hombres. En un segundo *Terrífica* y *Neuwied* cayeron muertas, con los riñones quebrados.

Urutú Dorado fué partido en dos, y lo mismo *Cipó. Lanceolada* logró hacer presa en la lengua del perro, pero dos segundos después caía en tres pedazos, por el doble golpe de vara, al lado de *Esculapia.*

El combate, o más bien exterminio, continuaba furioso, entre silbidos y roncos ladridos de Daboy, que estaba en todas partes. Cayeron una tras otra, sin perdón que tampoco pedían, con el cráneo triturado entre las mandíbulas del perro o aplastadas por los hombres. Fueron quedando masacradas frente a la Caverna de su 4039 — y último — Congreso. Y de las últimas, cayeron *Cruzada* y *Ñacaniná.*

No quedaba una ya. Los hombres se sentaron, mirando aquella total masacre de las especies, triunfantes un día. Daboy, jadeando a sus pies, acusaba algunos síntomas de envenenamiento, a pesar de estar poderosamente inmunizado. Había sido mordido 64 veces.

Cuando los hombres se levantaban para irse, vieron que *Musurana*, a quien habían creído muerta, volvía de su desmayo.

—Hermoso ejemplar — dijo el nuevo Director, acariciándola. — Pocas veces alcanzan este tamaño. Deberíamos llevarla... Hoy ha vengado a su modo al pobre Ruiz... Acaso nos salve un día la vida a nosotros, contra esa chusma venenosa.

Y se fueron, llevando colgada de un palo que cargaban en los hombros a *Musurana*, que herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en la *Ñacaniná*, cuyo destino, con menos altivez de su parte, podía haber sido semejante al suyo, pues, por poco que a ella, *Musurana*, le dejaran alguna libertad para recorrer su selva, sería bien feliz, pues al fin y al cabo valía más ser aliada del Hombre, para exterminar malos bichos, como la dama asiática, *Terrífica* y el resto.

Cuando los hombres se levantaban para irse, vieron que *Musurana,* a quien habían creído muerta, volvía de su desmayo.

—Hermoso ejemplar — dijo el nuevo Director, acariciándola. — Pocas veces alcanzan este tamaño. Deberíamos llevarla... Hoy ha vengado a su modo al pobre Ruiz... Acaso nos salve un día la vida a nosotros, contra esa chusma venenosa.

Y se fueron, llevando colgada de un palo que cargaban en los hombros a *Musurana,* que herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en la *Ñacaniná,* cuyo destino, con menos altivez de su parte, podía haber sido semejante al suyo, pues, por poco que a ella, *Musurana,* le dejaran alguna libertad para recorrer su selva, sería bien feliz, pues al fin y al cabo valía más ser aliada del Hombre, para exterminar malos bichos, como la dama asiática, *Terrífica* y el resto.

EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE

Frasco Grande
$. . . . 3.20

Frasco Medi
$. . . . 1.95

Frasco Cuarto
$. . . . 1.45

Frasco Chic
$. . . . 0.40

Pidanla en todas las buenas Perfumerias y Farmacias

ANÍS CARABANCHEL
"DEU"

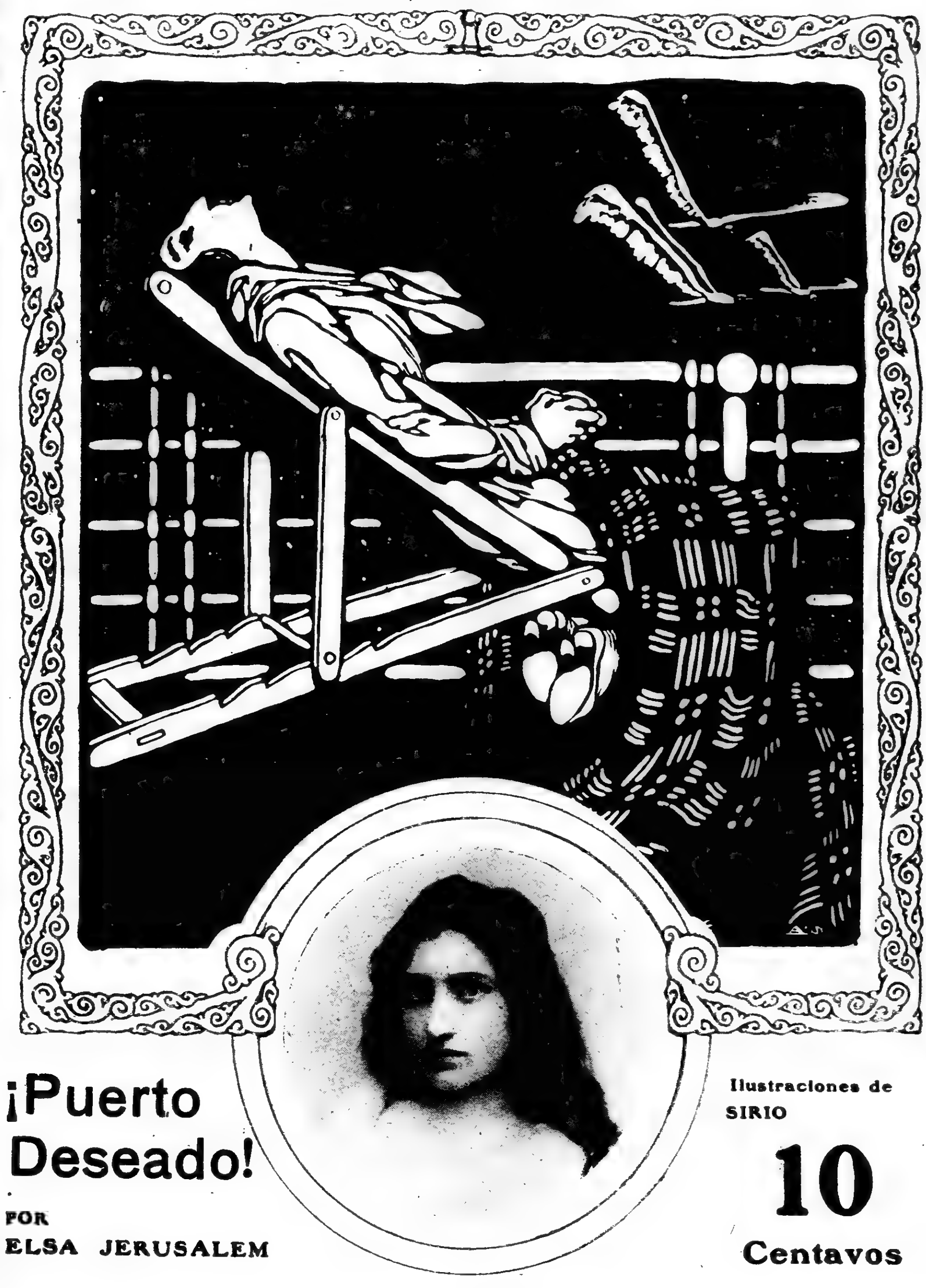
Unicos importadores:

Pagés, Isern & Cía.

Buenos Aires

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 19 DE 1918 — TOMO I - N.º 2



¡Puerto Deseado!

POR

ELSA JERUSALEM

Ilustraciones de SIRIO

10 Centavos

CUE
No. 2

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

DIRECCIÓN: CORRIENTES 633 — ADMINISTRACIÓN: PERÚ 856
TELÉFONO: 722 Avenida — TELÉFONO: 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de mas de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

DIRECCIÓN: CORRIENTES 633 — TELÉFONO: 722 Avenida

ADMINISTRACIÓN: PERÚ 856 — TELÉFONO: 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, **"EL CUENTO ILUSTRADO"** solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de **"EL CUENTO ILUSTRADO"** irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de mas de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

ELSA JERUSALEM

La autora de "Puerto Deseado" escribe en alemán porque ést es su lengua materna, aunque ella no sea precisamente alemana. Est observación tiene en los actuales momentos una poderosa razón d ser, que no escapará a nadie. Nos sería, en efecto, muy poco agrada ble una gratuita imputación de parcialidad como la que podría mo tivar el origen de la autora, cuando precisamente hay en esta cas muy escasas simpatías para el centro de Europa.

Querríamos ser más claros aún: la inmensidad del problema qu prima hoy sobre cualquier otro en el mundo; su vital transcendenci para la inteligencia y el alma humanas, imponen forzosamente, tant al particular como a una publicación, su delimitación abierta y franc en la actual lucha de dos modos de comprender la civilización. *E Cuento Ilustrado* la comprende, en un todo y de una pieza, como e comprendida en el Oeste de Europa. Y con profundo amor, tal com la expresa hoy la palabra de nuestra América del Norte.

Hecha esta aclaración, pasemos adelante.

En 1909 apareció en Viena una novela cuyo éxito resonó inme diatamente en Europa. Bajo un bravo realismo artístico, la novel encerraba una alta dosis de idealidad, que fué la razón de su triunfo La novela se llamaba "El Escarabajo Sagrado", y su autora resultab ser una joven hebrea, perfectamente desconocida hasta el momento Las ediciones se agotaron una tras otra, hasta llegar a ochenta, e 1914; en Rusia se hicieron tres traducciones al mismo tiempo, y l traducción francesa, aunque gravemente mutilada en detrimento d la autora, puso sobre el tapete el siempre cálido tema de la redenció de la mujer bajamente caída, que con tan inesperada maestría habí tocado la autora.

Elsa Jerusalem, la joven judía que firmaba "El Escarabajo Sa grado", es la autora del presente cuento. "Puerto Deseado"—demá está decirlo — se desarrolla en la región de igual nombre, en el ex tremo sur de nuestra República, y en un ambiente que Elsa Jerusalen conoce muy bien.

Porque la joven hebrea está hoy casada, y vive desde hace cinc años en la Argentina, aquí en Buenos Aires, donde su esposo ocup una alta posición científica oficial. Sobre las condiciones de la nove lista, su asombrosa frescura descriptiva y el pícaro desenfado de s sicología, el lector los volverá a hallar en estas mismas páginas.

EL CUENTO ILUSTRADO

Director: Horacio Quiroga

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 19 DE 1918 — TOMO I N.º 2

¡PUERTO DESEADO!

Ilustraciones de SIRIO

Trabajosamente entra el vapor en Puerto Deseado.

Las corrientes oceánicas son muy fuertes a lo largo de la costa patagónica. Los duros vientos que vienen de las inmensas llanuras no hallan ningún obstáculo, y sin encontrar ni montes, ni pueblos, ni siquiera un solo árbol, se precipitan sobre el mar; de modo que hasta en la resguardada bahía hay fuerte oleaje. El Atlántico se cansa en estas regiones de batir el flanco de acero de los buques. En las

costas patagónicas no existe todavía una alianza duradera entre las fuerzas de la naturaleza y la voluntad del hombre. Son testigos de la fácil victoria de los elementos los buques naufragados sobre las piedras de la orilla, los montones de aparejos deshechos y de velas desgarradas. Los marinos odian a Puerto Deseado, y limitan su estadía cuanto pueden.

Aparecían ya a la vista de los pocos pasajeros que se encontraban sobre cubierta, — y en orientación de anfiteatro — las casitas y los galpones hechos todos de cinc. Veían las rocas de pórfido que alzadas en lúgubres colinas áridas corren desamparadas a lo largo de la costa.

—Ahí está: "Puerto Deseado! — decía una mujer joven. Y dejando de mirar através del binoclo:

—No me parece que aquí se pudiera realizar un solo deseo!

—No puede tratarse de eso — le contestó su marido con aire suficiente; un médico alemán de Buenos Aires. — Para los primeros que llegaron acá era en realidad un puerto deseado; pero ellos no venían de una vida sin tormentas como la tuya.

El primer comisario les mostraba las nubes de tierra que pasaban por el paisaje.

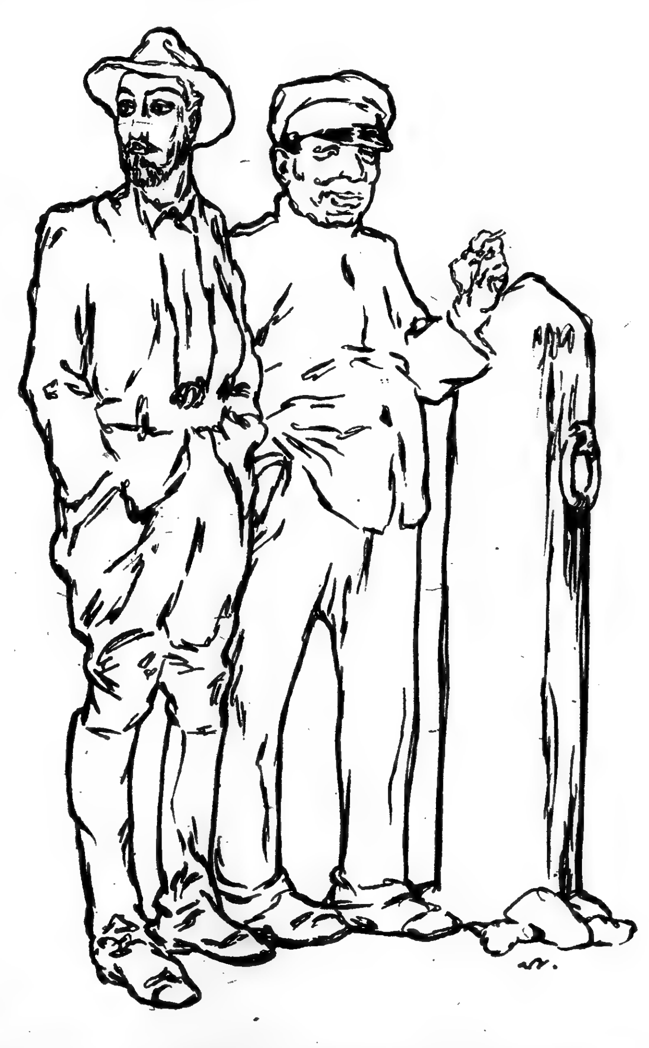
—Mucha, mucha tierra, señora — les decía.

—Por suerte tengo gaggels — replicó la mujer, sacando unos anteojos de automovilista. Y sin cuidarse de las risas de los marineros ni de la desfiguración de sus facciones, se los puso.

—Verdad? Quieres ir a tierra? — preguntó el doctor B., pasándose la mano por la barba.

Por toda respuesta, ella lo tomó del brazo y lo llevó hacia la escalera.

Al lado del vapor la lancha esperaba a los pasajeros que querían bajar a tierra. Una criolla pálida con lentes se encontraba ya en la lancha, teniendo en la mano la jaula de su pájaro. Durante todo el viaje había encantado a sus compatriotas tocando hábilmente en el piano tango tras tango. Ahora miraba a la cubierta del vapor y saludaba, mientras que su marido, un hombre servicial, vigilaba el transporte del equipaje a la lancha de carga.



Despacio, y un poco inseguro, el doctor B. bajó la escalera; su mujer lo siguió con toda la rapidez que le permitían sus botines con clavos. Llevaba un poncho, del cual emergía su cuello libre y luciente. Tenía un chal verde que envolvía su cabello rubio. Su corta pollera de paño dejaba a la vista sus botines, gastados por excursiones a la montaña.

El pequeño capitán les gritó maliciosamente:

—*Beaucoup de plaisir!*

—No ves que todos se ríen! — rezongaba el marido, un poco enojado.

—Déjalos, no más! —contestó la mujer. Y con un valiente

salto pasó del último peldaño de la escalera a la lancha a vapor sin tocar la mano pecosa del gordo escocés, que se la tendía amable y animosamente.

—Crees que será posible andar a caballo?

Ella era todo vigor y alegría; quitó los gaggels de sus ojos claros y verdes, y examinó la costa.

—Que Dios me guarde! — murmuró el asustado marido, palpándose los muslos.

La lancha fué finalmente cargada con bolsas de harina, cajones de cerveza, equipajes y macetas de flores. Y los marineros comenzaron a atarla a la lancha a vapor. Tiraron la soga, cuya extremidad estaba cargada de plomo al vaporcito; el foguista la tomó, la aseguró, y en el momento en que el servicial argentino entraba el último, la maquinita se puso en movimiento, jadeando.

El viento cortante y feroz hacía bailar a la lancha; pero ello era simplemente un juego, y nadie tenía miedo porque ahí estaba el gran vapor que lo vigilaba todo. La mujer de los ojos verdes lanzaba una carcajada cada vez que chocaba contra la espalda del terrible escocés; hasta que acabó finalmente por apoyarse contra él. Su marido encontró eso un poco chocante; pero se calló la boca porque él mismo tenía a veces que molestar a la criolla, para poder mantenerse seguro.

Llegaron, por fin. Pasaron por sobre los equipajes, barriles y bolsas de la barca, y subieron sobre las espaldas de unos changadores semidesnudos que los llevaron a tierra. El doctor B. movía gravemente la cabeza y decía:

—Suficientemente salvaje...

—Verdad? — contestaba ella radiante. Y saltó a tierra un poquito risueña, pero suficientemente satisfecha de abordar a aquel áspero país.

Había allí bolsas de lana y montañas de pieles, y alfalfa comprimida en grandes fardos. Todo esto venía del interior del país situado detrás de los escollos, donde están las grandes estancias de tierra fecunda. Y todo estaba destinado a ser transportado al sur. La alfalfa tenía que ir hasta Ushuaia, a la Tierra del Fuego.

Todo esto lo contó el comisario que vigilaba la carga, mientras prestaba también atención a sus anzuelos. Quería pescar pejerreyes, que en ninguna parte son sabrosos como allí.

Pero la mujer no tenía tiempo.

—Ven, ven! — apuraba a su marido, que manifestaba muy pocas ganas de caminar, y que hubiera preferido aceptar la invi-

tación del comisario a comer pejerrey a *lo spiedo,* con cerveza bien fresca. La siguió, sin embargo, hundiendo a cada paso sus pies en el pedregullo. La mujer, con sus buenos botines tiroleses, pasó mejor. Tenía ahora los gaggels sobre la frente, y sus ojos salu-

daban el mundo con miradas curiosas, y tenía el aspecto de una jovencita que se lleva a una fiesta.

En el momento en que habían pasado el pedregrullo y alcanzaban la fila de las casas, llegó un sulky, que avanzaba por la estrecha calle destinada a los vehículos. El pescante de este cochecito ocupábalo un hombre joven que apoyaba sus pies contra una valija de cuero. Llevaba un saco de cuero amarillo y un sombrero igual, que le dejaba la frente libre. Al bajar del sulky, se pudo ver que llevaba en el cinto dos revólveres y un cuchillo. Además tenía los breeches bastantes usados, pero las botas eran nuevas.

Un tipo poco común! Se distinguía de los bajos y robustos españoles por su excelsa estatura y la finura de sus extremidades. Encuadraba su cara una barba rubia que brotaba indómita, y que tenía ese color y esa flexibilidad ondulada de la barba que no ha sido nunca cortada.

Parecía el hombre un tipo conocido; el comisario del puerto le dió la mano y le preguntó adónde iba.

—A Ushuaia; a cazar guanacos... Las pieles ya escasean y se aproxima el invierno.

—Mira un nuevo pasajero — le dijo el doctor B. a su mujer; y se detuvo. Ella lo miró con indiferencia. En el mismo momento el joven héroe vestido de cuero se sacó el sombrero y lo colocó en las correas de su valija. Su cabello largo y rubio revoloteaba alrededor de su cabeza. Sus ojos claros se encontraron con los ojos claros e interrogantes de la mujer, que examinaba su persona un poquito extrañada y con una sonrisa humorística. La mirada de él expresó por lo pronto sorpresa, y después relampagueó de admiración ingenua:

—Qué raro es! — dijo ella a su marido, cogiéndolo del brazo.

—Despacio! — murmuró él. — Es posible que entienda el alemán.

En ese mismo momento se levantó un golpe de viento; la mujer se puso los gaggels y corrió ligera a través de la nube de tierra que se movía hacia el mar.

Dos horas más tarde el matrimonio volvía con la lancha a vapor. El doctor B. estaba disgustado y curaba sus ojos inflamados. Una espesa capa de tierra cubría su cuello, su saco y su sombrero. Sus botines amarillos estaban lastimados en muchos sitios.

Ella se apoyaba en la obra muerta, un poco cansada y bien

envuelta en su poncho. Su cara expresaba el frío que sentía y la poca satisfacción que experimentaba. Tierra y arena brillante habían penetrado a través de sus vestidos, y la irritaban.

El primer oficial, de impermeable, manejaba el timón de la lancha, y las olas le empapaban el varonil rostro quemado por el sol.

—*Protegez vous de l'eau!* — gritaba contra el viento a los pasajeros.

—Por qué habla en francés? — dijo resentido el doctor B. — Entiendo también el español.

—No se acuerda, seguramente — explicó ella, cansada y condescendiente. Estaba contenta de que su marido no le hiciera reproches, porque en realidad había sido infame la estadía en el pueblo, con sus calles vacías y desconsoladoras, por las cuales solamente de vez en cuando corrían perros abandonados o rebaños de ovejas asustadas. Y en todas partes ese estrato de pedregullo de medio metro de profundidad, sobre el cual se tenía que caminar con las rodillas cansadas, que se doblaban al fin. Terribles eran también aquellos galpones de cinc, los almacenes con comestibles ordinarios, con montones de vestidos oliendo a moho, con pieles y frazadas indígenas, por las cuales los vendedores pedían precios exorbitantes.

Y qué hotel! No había ni leche, ni manteca, ni cerveza... Con una mirada de compasión, levantó los ojos al mártir. Ella misma sentía un ardor de arena y de sequedad salada en la garganta. En realidad, nadie había bajado para maniobras turísticas, sino ellos. Se sintió responsable de aquella arribada tormentosa, de las olas que habían penetrado en la lancha, y sentía un doloroso sentimiento de gratitud de que él lo hubiera aceptado todo tan callado.

Tomó suavemente la mano de él para retenerla.

—*Attention!* — gritó el primer oficial. Y por estribor saltó sobre el techo del vaporcito. Vino la soga desde el vapor, a cuyo lado aquél se había detenido, danzando y saltando; pero su extremidad cargada fué cogida por el viento, de modo que no alcanzó a la lanchita. Cayó al agua.

—Otra vez... Caramba! — gritó el primer oficial, manteniéndose con dificultad en equilibrio.

De nuevo falló la maniobra, y el vaporcito danzaba como una hoja al viento. La cara del oficial se puso colorada. Sus facciones se estiraron de tal modo, que apareció en su mejilla una larga cicatriz blanca. De un golpe saltó al timón, arrebató la soga de la

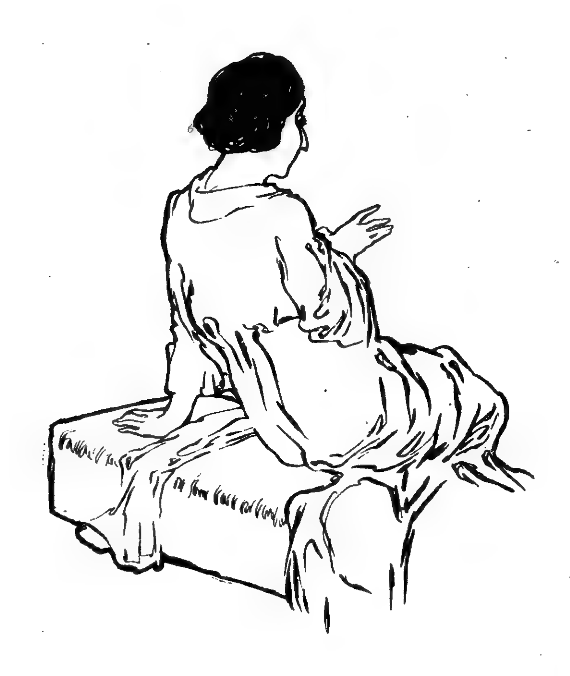
lanchita, y la lanzó a la cubierta del vapor con la seguridad de una flecha que sale del arco..

Diez manos la agarraron y aseguraron la lancha.

La señora de B. había observado todo con ojos brillantes.

—Un tipo antipático!... — murmuró el doctor B., que acababa de chocar violentamente contra la borda.

—Muy mucho! — contestó su mujer, sin que sus ojos brillantes se apartaran de la cara morena y viril del antipático. Este fijó



la escalera con el brazo derecho y con el izquierdo ayudó a subir. La señora de B. apenas hizo uso de él, y con un ligero salto subió. El doctor B. se apoyó concienzudamente, y dió cortésmente las gracias.

Era una delicia bañarse y frotarse con esencias y ponerse un traje blanco y suave, que no tenía ganchos ni ballenas.

—Oh, la Kultura! — gruñía el doctor B., frotándose el cabello con agua de Colonia. — La Kultura, mi hija querida...

Comieron bien. — después del mal paseo. El capitán bro-

meaba con sus deseos de haber tenido aventuras en la costa de la Patagonia; lo que no se prestó ni a la fantasía ni al temperamento de las damas.

—*Mais, malgré tout, cette côte est comm'un dragon qui veille la plus jolie des femmes* — concluyó aludiendo a esa tierra bendita y fecunda de adentro.

La señora B., que sentía dolor de cabeza, renunció a tomar postre y café, y se fué al salón, cuyas puertas abiertas daban al mar.

Se sentó en un rincón, en uno de los bancos forrados de rojo, y recostó la cabeza. Se había puesto suavemente el chal sobre los cabellos, como una pequeña y leve onda verde. Sus ojos rodaron largo tiempo hacia arriba, sin fijarse en nada; después se cerraron.

La sien izquierda, *la enemiga,* comenzó a latir y a golpear. Apoyó más la cabeza, y se entregó enteramente al suave rolido del buque. Sus ideas se alejaron de las voces que salían del comedor, y comezaron a caer en un abismo profundo, cada vez más profundo, de modo que la señora B. no pudo juzgar dónde iba a terminar esa caída.....

....

La visión de una soga cargada con un pedazo de plomo cayendo en el mar, la acompañaba y vibraba como una cuerda sonante. Parecíale oír una melodía, una canción de chicas que en su ciudad natal había cantado... Y este sonido la llevó instantáneamente hacia atrás, a un tiempo muy lejano de su pasado.

—Tiene una voz encantadora! — decía la maestra de grado a su mamá. Tendría que hacerla estudiar.

El padre decidió:

—Una loca de teatro? Nunca!

—Pero querido! Concierto e iglesia. Nada más que eso! — protestaba la madre....

Después se veía en otra ciudad, en el pensionado, con otras dos chicas; y estudiaba, estudiaba con ardor... La maestra, una famosísima y vieja señora, castigaba a sus alumnas. Y la que más golpes recibía era ella, porque tenía más talento y representaba la estrella venidera...

Ejercicios y más ejercicios...

Pero a hurtadillas cada alumna cantaba su trozo preferido. Ella cantaba su *Isolda,* repetía siempre el primer acto, clandestinamente, tal como se visita al amante...

Tras un año de trabajo y de miedo, un debut tímido e insuficiente, después de la comida en una fiesta de escuela... Y esa vez la garganta estaba cerrada... Y en vez de los sonidos bien fuertes, salieron lágrimas...

Sus padres se impacientaban; el estudio ya duraba años.

—Cuándo y dónde, el debut? — preguntaron. — Iglesia o concierto?

La vieja maestra lanzó una carcajada estridente. Ejecicios y más ejercicios!.... — caçareaba rabiosa, dándole golpes en la espalda.

Luego viene la debâcle... Todos los cantos retenidos y quebrantados se libertan... ¡Grita y grita!... Cree que canta, mientras sus compañeras espantadas huyen...

En el sanatorio... Hay en el jardín pabellones silenciosos y escondidos... Allí está sentada; mira el parque y llora silenciosa-

mente... Una hermana de caridad seca sus lágrimas... Viene el médico, el de la barba negra y de las manos suaves...

—Por qué se llora?... Por qué llora la chica?

—Doctor! — solloza ella. — No me dejarán nunca más cantar?

—Sí, la dejarán, sí...

Y durante la noche, cuando nadie los ve ni los oye, el buen médico va a buscarla, y pasando despacio delante de la hermana dormida, la conduce al salón de música.

—Cante, no más — le dice — tan fuerte y tanto como le sea posible...

Y ella se sienta al piano, y todos los deseos pasan de una vez por su corazón como un golpe de viento. Cosas nuevas y viejas al mismo tiempo... Sus manos pálidas hacen sonar las teclas... Un sonido — y otro más: — y como un suspiro, pasa por el espacio el atormentado canto de obstinación de Isolda:

"Para mí nacido,
para mí perdido;
sublime y cobarde,
arrojado y suave..."

E inclina la cabeza sobre las teclas:

—Nunca más cantaré esto!... No, nunca más!

—Oh! — dice el buen médico, oprimiéndola contra su corazón. — Por lo pronto tienes que sanar, queridita mía... Tienes que ponerte fuerte y alegre...

Y ya es su novia!... Ahora está ella de nuevo en su casa, en su ciudad natal, y sentada a la ventana no se cansa de esperar largo meses, hasta que llega la carta:

"En Buenos Aires me ofrecen un puesto de médico en jefe. Te animas?"

Qué alborozo, qué relámpagos de alegría en esa promesa! Qué entusiasmo brillante y rojo! Lontanaza, perfumes y torrentes, exhalaba esa carta!

—Vida de aventuras en Sud América?... Nunca! — tornó a decir el papá

—Pero amigo mío! — adulábalo la madre. — El tiene un contrato con el Ministerio... El Ministro de la Argentina se encargó... Y tiene además buen sueldo.

Ondea el mar... el verde mar querido. Cinta clara entre el pasado y el presente....

Estaban después a bordo, y ella cantaba al océano las canciones más sentidas y hermosas. Conjugaba sus cantos más brillantes con su feroz mugido y sus vagidos... El mar era como su viviente voluntad: no mentía nunca!

Y luego en Buenos Aires... En esa ciudad enorme todo se adormece: esperar y querer, cantar y soñar... Infinidad de cosas indiferentes suben del suelo, crecen, se tornan grandes... Y al final son ellas solas las que tienen razón. Hogar, chicos, vida social... Y en medio de todo esto, algo da vueltas despacio, más despacio, siempre más despacio, hasta que chirria...

Y todo ha concluído: tal ha pasado con su voluntad.

La herida se cicatriza; se vive en el hogar, con los chicos; se hace vida social; se vive entre visitas y conferencias; — ya no se espera nada del porvenir... no se tiene más opinión personal... — ningún criterio, ningún gran deseo, y pocos pequeños...

Y por fin llega un día en que uno empieza a creer firmemente

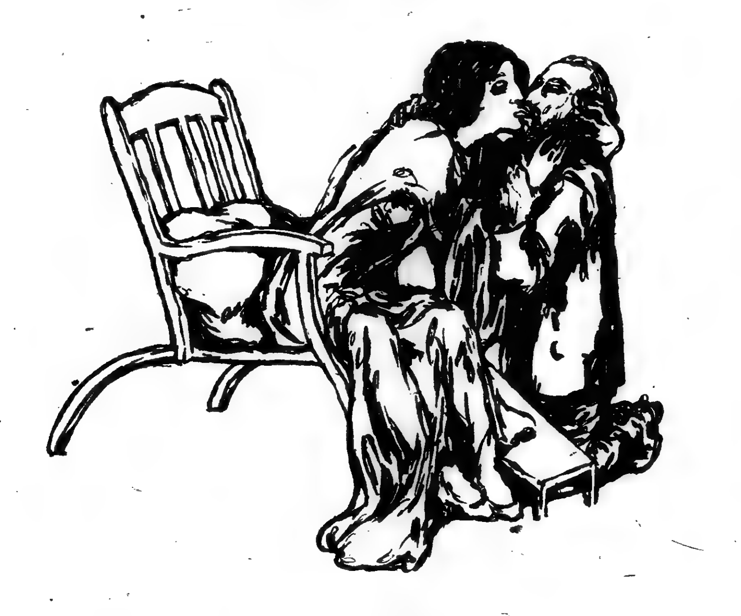
en el determinismo de esta vida, y se acepta al fin la meta a que se ha aspirado: *Al cabo de diez años, vivir independiente en Europa...*

....

Despacio, la señora B. abre los ojos y mira las aguas que brillan a la luz de la luna...

Cinta verde y clara — querida! — qué vas a unir — y reunir otra vez? — Yo hamaco y columpio lo que debe dormir... Orgullo y nostagia, armas sonantes y muerte...

Y he aquí que ahora sucede algo que estaba muy por fuera



de la señora B., que soñaba en el rincón del salón, y cuyos ojos de color vidrio miraban las aguas sin verlas.

Y ahora sucedió algo que le pareció en ese momento mismo la cosa más sencilla y comprensible, de modo que no tuvo que despertar bruscamente y con temblores; algo que provocó solamente su saludo y su suave sonrisa; sucedió algo en esa sala, que más tarde, cuando recordaba ese momento, le parecía como un milagro que adornado y armado únicamente para ella, hubiera salido del fugar barquito del momento, y que a pesar de todo ya se había anunciado antes de penetrar hasta su subconciencia, en acordes sonantes, dando un fundamento sólido a sus sueños...

Y es que de repente había resonado a través del silencio del salón el tormentoso canto de obstinación de Isolda:

"Para mí nacido — para mí perdido — sublime y cobarde — arrojado y suave"

Y tan repentinamente como había comenzado, terminó.

(*La cortina azul que cierra la carpa de Isolda se alza, y el héroe Tristán mira desconcertado a una mujer presa*. ...)

Estaba en esto todo el apremiante contenido de un segundo. El joven viajero cerró el piano, se sentó en un rincón, y sacó su pipa.

El rey Marke... — no! — el doctor B. pasó con una feliz sonrisa de digestión. Acarició a su mujer con su buena mano — que en este momento tenía precisamente un olor demasiado material, — y preguntó:

—Dormiste? Tienes todavía dolor de cabeza? Subo al puente de mando; vienes conmigo?

Ella sacudió la cabeza.

—Já já! — reía aún el capitán allá arriba. — Puerto Deseado!... — Y negaba rotundamente con el dedo.

La señora B. proseguía sentada, envuelta en su milagro como en un manto de encanto que la volviera impenetrable. A través del humo que en chorros salía de la pipa, ella miraba esa cara de hombre con la barba undulante de color castaño-rubio, que empezando en una sien, bajaba, daba vuelta por el mentón, para subir hasta la otra sien; barba nunca cortada, que le parecía un poquito infantil. Pero ese Parsifal tenía en sus facciones la más gallarda promesa de hombre. No había otra boca como ésa:... Frío como el hielo y lejano como roca en el cual la voluntad dormía solitaria como un águila, era aquel mentón!

Inclinada así adelante, se quedó sentada y lo miró, — le pareció que bastante tiempo. Después, dijo con un gesto imperativo, en alemán:

—No sigue tocando?

El contestó:

—Siento mucho... No sé tocar.

—Pero en este momento no estaba usted tocando *Tristán?*

—Usted conoce esta música? — repuso él animadamente. — Es una melodía que he oído muchas veces tocar a mamá... Así la aprendí de ella. Pero no sé más.

En este momento volvió a entrar el doctor B.

—Ven, mi hija; concluyamos este lindo día.

El joven hizo un leve ademán para incorporarse, y saludó. El doctor B. tocó su gorra.

—Entiende alemán — murmuó a su mujer. — Ya vez que uno tiene que cuidarse.

Y desaparecieron los dos en uno de los camarotes de lujo, cuyas puertas quedaban a ambos lados del salón.

Las ventanas del camarote estaban cerradas; el doctor B. era muy sensible a los enfriamientos súbitos. El aire del pequeño com-

partimento estaba gastado y tenía olor a tierra y a vaho recalentado de máquinas. El dormía vuelto a la pared, la boca medio abierta, y poco a poco sus piernas eliminaron a su mujer de su sitio, hacia fuera del barrote de la cama de bronce.

La señora B. se había acomodado en el resto del sitio que le quedaba, con un brazo por debajo del almohadón. Con el otro abrazaba la reja de la cama. No dormía; pero la hora estaba ya seguramente adelantada; había oído cómo los mozos secaban platos y vasos; había sentido el golpe de las luces que se apagaban sobre cubierta, y el ruído de las últimas puertas que se cerraban.

Todo eso lo había oído, pero extrañó el ruído de ciertos pasos, de *sus pasos*. El sueño estaba tan lejos de sus sentidos, como si hubiese sido medio día en vez de media noche.

Algo muy liviano: música de baile o champaña, corría por todas sus ideas, tornándolas sin peso alguno. Sentía una débil presión en la cabeza; quitó de sus cabellos un peine de carey; sentía una opresión en las caderas: sacó las piernas de la cama, lejos de las rodillas del señor B., que gozaron de poder ocupar en seguida el sitio que le abandonaban.

Estaba sentada en el borde de la cama, y el aire caliente y viciado la oprimía por todos lados.

Tomó el kimono, se lo puso, así como las zapatillas de baño, a tiempo que el señor B., levantaba la cabeza y preguntaba:

—Qué hay?

—Hace calor; me voy a tomar un poquito de aire a la cubierta.

—Sí... í... — contestó el marido.

El ocupaba ahora toda la cama; tenía los brazos extendidos en la embriaguez del sueño. Ella abrió la puerta y salió. Todas las lámparas del salón estaban encendidas, y casi se asuntó de toda esa luz que lo iluminaba a *él*.

—Por qué están encendidas todas las lámparas? — le preguntó.

—Yo creía que usted no iba a volver... Si las apagara...

Ella misma las apagó.

—Y no estoy yo lo mismo aquí? — murmuró ella.

—Sí, por Dios, sí!

Salieron del salón a la cubierta oscura y callada.

Amigas y alegres, levantaron sus voces las olas del mar. Su música llevaba el acompañamiento de un canto muy viejo y oscuro.

El señor B. dormía cómodamente en la ancha cama de bronce, y alrededor velaban los caballeros y los héroes de su corte, glorificando los hechos de su vida.

Pero el otro estaba arrodillado delante de la señora B., y su cabeza descansaba en las manos de ella.

—Nunca había pensado antes en una mujer; pero cuando te vi, me asusté... Tú no lo notaste, te reíste, te reíste...

—No, querido...

—Sí, te reíste!

—Cállate!....

En el puente de mando, tocaron dos golpes de campana.

—Hay un cuento — susurraba ella a su oído — de dos mortales que se querían y murieron de tanto amor. Es lo que tocabas, ya lo sabes! Ahora, tienes que decirme por qué tocabas eso, precisamente eso!

El la tenía por las espaldas, y mirándole la cara, decía:

—No había dejado en toda la tarde de pensar un momento en ti... Durante la cena, yo estaba sentado a tu frente; ni una sola vez me miraste!

Hizo una pausa. Ella vió cómo el recuerdo lo atormentaba, y sonrió. El continuó:

—Después salí, y te encontré sola, y deseaba... deseaba ar-

dientemente que me mirases... Toqué la única melodía que había aprendido, para que despertaras... y despertaste!

—La única melodía? — repetía ella.

—No sabía más. Nunca quiso mi madre que estudiáramos música. Solía decir que no era bueno exaltar el alma en cualquier cosa que fuera.

—Tenía razón! — apoyó ella.

—No tenía razón — replicó el triunfador — porque solamente con la música, con este poquito — abrió y cerró los dedos: — te he recibido!...

—Recibido... — repitió ella, sin preguntar y sin acento.

—Te reirás de mí — continuó él — porque sé tan poco... Mi vida pasa así... Tenemos muchísimo trabajo en casa... Y siempre con la escopeta en la mano, contra los leones. En el fondo

de Camarones, lejos, lejos del mar, mi padre tiene su estancia. Tenemos un millón de ovejas...

Hizo una pausa, para dejarle tiempo de extrañarse. No contestando ella nada, él prosiguió:

—Y también flores, tenemos flores... pero es un arte difícil conservarlas... Alrededor de cada planta, he construído una pared de madera, tan fuerte que no hay tormenta capaz de destruir mis flores. Además tenemos dos grandes buques... Los cargamos con lana para Buenos Aires... Te daré todo lo que desees! — abrió los brazos.

—Cómo puede un hombre florecer así!, — pensaba ella, conmovida.

Y él:

—Y pensar que quería ir a Ushuaia a cazar guanacos! — murmuró tomándola en sus brazos.

Un viento frío y ligero pasó por el mar como el mensajero de un magnate.

En el puente de mando la campana sonó tres veces.

El estaba recostado sobre el estrecho *board-chair*, pero su cabeza sobresalía, y la de ella estaba apoyada sobre su hombro.

De repente empezó a temblar; él se echó sobre ella; pero el temblor de su cuerpo seguía, aumentaba, amenazando arrojarla de la silla.

—Ven, ven!.... Te mueres!....

¡Era la voz de un chico, la que salía de su garganta! Bruscamente ella se levantó, y con manos temblorosas agarró la cabeza de él. Los ojos de él la miraban como ojos de un animal, con mirada estúpida y fiel.

—No te mueras!....

—Oh, hombre querido, cállate! No tenemos tiempo, no. Ya

llega el día... Pero tienes que obedecerme. Todo depende — todo! — tu vida y la mía, de tu obediencia incondicional.

El se arrodilló delante de ella:

—No me despidas!

—Qué quieres, mi pobre hombre!... Tú deseas que yo sea tu mujer... Pero soy la mujer de otro hombre. Además, sabes qué edad tengo?

Ella levantó su cara, y su boca habló cerca de la suya:

—Tengo treinta y cuatro años.

—Cierto?... Eso es imposible!

Ella sacudió lenta dos veces la cabeza. El se mordió los labios Como una raya sangrienta lucían estos labios en el crepúsculo naciente.

—Yo no me ocupo de tus años! — dijo él. — Ahí, en los arrecifes de Camarones, nadie pregunta... y yo te quiero. Basta!

—No! — contestó desesperada ella, agarrándole fuertemente el brazo. — Me quieres porque soy la primer mujer en tu vida, nada más!

Se arrodilló a su lado, tomó su cabeza, y le dijo despacio, observándolo y acentuando cada palabra:

—Tienes que bajar a tierra en el primer puerto que toquemos. Si no, pudiera ser muy bien que ambos tuviéramos que morir.

Lo besó con labios fríos y fugaces. Estaba ya un poquito lejos de él, y lo inmovilizó con ojos fosforescentes:

—A mí me esperan dos chicos en Buenos Aires... y a tí la dicha verdadera.

Y sonrió, como saben sonreír solamente las mujeres que están por desesperarse. Y se escapó.

Los sueños de la mañana, los sueños livianos, juguetones y bromistas, habían empujado otra vez al señor B., al medio de la cama. Estaba tendido de espaldas, y respiraba pacíficamente.

El frío de hielo de pies vecinos lo despertó.

—Por Dios! Te caíste al agua? — refunfuñó.

—Me dormí en cubierta... — replicó ella, castañeteando, y mordiendo las sílabas.

—Extravagante! — murmuró él, desenvolviéndose él mismo de la frazada para taparla a ella.

Reconocida y obediente como una chica castigada, ella se hundió en el sobrante de su calor.

Toda la mañana la señora B. se quedó en cama. El buque rolaba mucho, y el señor B. tenía que hacer pruebas de acróbata para vestirse. Logró concluir sin haber despertado a su mujer.

Cuando el buque arribó al puerto de San Julián, el señor B. entró en el camarote.

—Al salir de este bailar, gracias a Dios, almorzaremos en paz. No te levantas?

—No puedo comer — murmuró ella con los ojos cerrados.

—Miren, miren! La mujercita ésta, mareada!

El estaba muy orgulloso de su resistencia, y veía con muy buenos ojos que su emprendedora mujer se quebrara una vez.

—Dicen que la noche ha sido peligrosa — continuaba él. — No sé nada de eso.... He dormido muy bien. Pero el capitán ha dicho: verdaderamente crítica!

Cuanto más se acercaban al puerto, más se sentía un fuente olor a descomposición y podredumbre, que llenaba todo el aire con su vaho agrio. Los marineros que acababan de volver del puerto con sus botes, contaron qua había llegado la época de la gran mortandad de cangrejos. A millares el mar vomitaba su cría roja; y pisados, molidos y podridos, llenaban por muchas millas la tierra con su olor. En el agua verde gris del puerto, flotaban los cadáveres purpúreos.

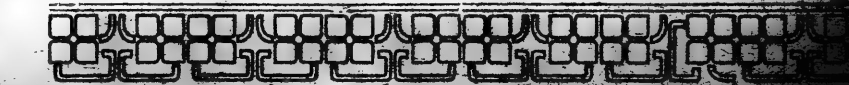
Después de comer el señor B. entró otra vez en el camarote. Estaba alegre y se frotaba las manos. El olor de su fuerte cigarro se expandía de un modo benéfico en el aire pesado del camarote.

—Imagínate! Nadie quería comer cangrejos. Solamente yo no me he resistido. Viste el puerto? Mira afuera: triste y abandonado; para morirse!

—Seguiremos pronto viaje? — preguntó ella, de entre sus almohadas.

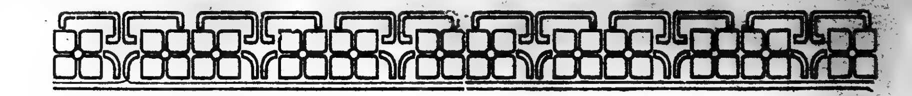
—Creo que sí... Hubo también una escena curiosa con el cazador... Ayer quería ir a Ushuaia... Hoy dudaba. Quería bajarse en medio del mar... El comisario le ha hecho un largo discurso... Ni una fonda existe allá abajo. Era para morirse de risa, con el muchacho ése! Para concuir, compró a Emilio el *board-chair* y con éste se puso en viaje. Probablemente querrá dormir esta noche en el sillón...

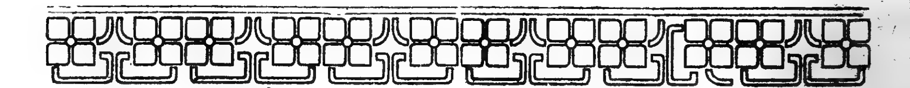
Se abrió el chaleco y tiró el resto del cigarro. Despacio, el buque se puso en movimiento. El doctor B. se acostó a dormir la siesta. Su mujer se volvió hacia la pared.



EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE

Pídanla en todas las buenas Perfumerías y Farmacias





Otero y Co. impresores, Perú 856-58, Bs. As.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 26 DE 1918 — TOMO I - N.º 3

Un Sabandija

POR
VICTOR PEREZ PETIT

Ilustraciones de
PELAEZ

10
Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

DIRECCIÓN: CORRIENTES 633 — ADMINISTRACIÓN: PERÚ 856
TELÉFONO: 722 Avenida — TELÉFONO: 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

Dirección: CORRIENTES 633 — **Teléfono:** 722 Avenida

Administración: PERÚ 856 — **Teléfono:** 73 B. Orden

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

VICTOR PEREZ PETIT

Siendo muchacho aún, el autor de "Un Sabandija" estrenó *Cobarde*, drama en 3 actos, con éxito muy vivo. Poco después lanzaba una novela, *Gil*. El muchacho estudiaba entonces derecho, y peleaba a brazo partido con la miseria.

Esta no le abandonó, aún después de recibirse de abogado. "Sin pleitos— nos informa — sin empleo, sin adular a nadie; ejerciendo de periodista a ratos, las más de las veces sin sueldo, pasé amarguras que yo solo conozco. Pero a fuerza de voluntad — he tenido siempre una voluntad de hierro — continué escribiendo y abriéndome camino a codazos".

En efecto, ha luchado como poco nuestro autor. El año 1895, registra el momento tal vez más simpático de su carrera: cuando en compañía de Rodó y los hermanos Martínez Vigil, fundó la *Revista Nacional*, que suponía entonces un titánico esfuerzo, y que fué en realidad una gran revista. Le suceden luego las obras del autor: *Los Modernistas, Estudios* sobre Zola y Cervantes; *Joyeles bárbaros;* reedición ampliada de *Gil*. Ha sido más fecunda su producción de teatro: *Cobarde, Claro de Luna, Yorick, La Rondalla, El esclavo-rey, El baile de Misia Goya, La Rosa Blanca, La ley del Hombre, Mangacha, Noche buena, Los Picaflores, El Príncipe Real.* Obra fecunda, como se ve. Desde 1908 a 1915 fué director y redactor de *El Tiempo*, de Montevideo, y es actualmente presidente de la *Sociedad de Autores Dramáticos Uruguayos*. "Fuera de mi cargo en el Consejo Directivo de la Asistencia Pública — nos informa él mismo — trabajo de abogado y de periodista, y aún me queda tiempo para escribir cuentos, versos, dramas y críticas". Sobre sus obras próximas a publicarse, avanzaremos detalles en una nueva ocasión. Pero como obra casta, de carácter, con vigor de diálogo poco común, "Un Sabandija", que damos hoy, es uno de los mejores trabajos que han salido de las manos de este escritor uruguayo.

EL CUENTO ILUSTRADO

Director: Horacio Quiroga

AÑO I — BUENOS AIRES, ABRIL 26 DE 1918 — TOMO I N.° 3

UN SABANDIJA

VICTOR PEREZ PETIT

Ilustraciones de PELAEZ

I

Al fin, después de buscarlo inútilmente por el corral, por el galpón de la alfalfa, entre el cardal y el montecito de cinacinas, le descubrió allá abajo, cerca de la vieja cachimba, al borde de una charca donde los patos iban a refocilarse.

—¡Celestino! ¡Celestino! — llamó la muchacha.

Pero el gurí estaba entretenidísimo y no la oía. Se había hecho unas magníficas boleadoras con dos chiquisuelas y un trozo de piolín, y armado con ellas se entretenía en correr a los patos, largándoles tiros al pescuezo. Los pobres animales huían en fila, tendidas las alas, estirados los cuellos; pero el demonio del muchacho les cortaba siempre la retirada, boleando al que iba en punta.

—¡Celestino! ¡Celestino! — repitió Deolinda.

Entonces, oyendo el llamado, se volvió.

—¡Vení p'acá!

—¿Qué hay?, ¿qué querés? — contestó, sin muchas ganas de abandonar su juego.

—¡Vení p'acá, te digo!

A regañadientes, esperando una retahila de rezongos de la muchacha y acaso algunos guascazos del viejo, así que aquélla le enterara de sus fechorías, se vino lentamente, ocultando las famosas boleadoras.

—Iba a tráir los patos, que siempre se disparan pá lo del zurdo.

—Yo te viá dar patos a vos, dejá no más. Dejá que tatita se entere que los andás corriendo y asustando.

—Mentira, que yo no los corría; los quería tráir, no más.

—Vení p'acá, — insistió Deolinda.

—Y bueno, acá estoy, — replicó el gurí, sin acercarse, con notable espíritu práctico, pues sabía por una serie de experiencias anteriores que los dedos de la morruda chinita, así que hacían presa en las orejas de un gurí eran remolones para volverse a abrir.

—Vení p'acá. ¿Ande pusiste el vaso pá el apoyo?

—¿El vaso pá el apoyo? — inquirió Celestino, haciéndose el zonzo, porque presentía que el tal vaso iba a acarrearle otra enojosa historia. — ¿Y no te lo puse anoche aicito no más, en la cocina, al lao del balde pá la leche?

—¡Mentiroso, zafado! Decí que lo rompiste anoche y lo escuendiste entre la leña.

—Yo no juí, Deolinda; mirá, por ésta, — y colocando los dos índices en cruz los besó, para atestiguar su dicho con la solemnidad de un juramento.

—Güeno, caminá; tatita te arreglará las cuentas.

—No le digás nada, Deolinda, — suplicó el mísero.

—Caminá, — insistió ella.

Y, rezongando la muchacha contra aquel perdulario que no dejaba títere con cabeza, ni tranquilos a los animales; y llorando el chico por la lluvia de azotes que vislumbraba en un no muy lejano porvenir, se encaminaron ambos hacia los ranchos.

Era Deolinda una rozagante muchacha de veinte años, alta, bien formada, apetitosa. Tenía un rostro bonito y picaresco. Dos ojazos negros, profundos, sombreados por larguísimas pestañas, ardían como fanales en aquel semblante trigueño, redondo, donosamente ovalado en la barbilla. Su nariz era un tanto gruesa y sensual; pero se disimulaba muy bien en el conjunto y, sobre todo, por la vecindad de la boca más hermosota y reidora del mundo. La boca de Deolinda era el panal de mieles detrás del cual se desesperaba toda la mozada del pago. Bien recortada, con unos dientes que de puro blancos parecían luminosos y unos labios sangrantes como dos flores de seibo, se contraía tan provocativamente en la mueca, la burla o la sonrisa, — sobre todo en la sonrisa, porque entonces a ella se unía el encanto de un irresistible hoyuelo en el rinconcito de la mejilla izquierda, — que no había alma de cristiano que no se condenara por un beso de aquella boca. Después te-

nía una mata de pelo admirable, negra como las alas del cuervo, que se envirutaba airosamente sobre la frente y las sienes, pálidas, con reflejos de nácar. Y el busto, firme, duro, escultural, y las caderas amplias, bien torneadas, tentadoras, concluían de hacer de ella la muchacha que más justicieramente mereciera el viejo dictado de: "la flor del pago".

Ya cerca de los ranchos, Celestino, con ese arte del gambeteo propio de los más corridos ñandús, insinuó diplomáticamente:

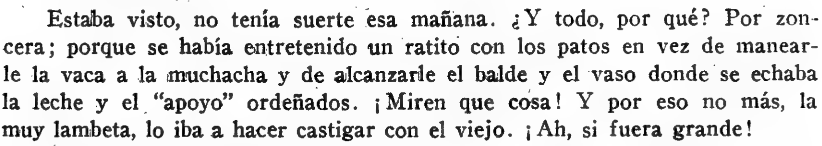
—Voy atráite unos carditos pá encender el juego.

—Ya está encendido, no te cansés, — replicó Deolinda.

El otro no se dió por vencido. Quería ser servicial a toda costa:

—¿No querés, Deolinda, que suelte la vaca negra?

—Ya está soltada.



Estaba visto, no tenía suerte esa mañana. ¿Y todo, por qué? Por zoncera; porque se había entretenido un ratito con los patos en vez de manearle la vaca a la muchacha y de alcanzarle el balde y el vaso donde se echaba la leche y el "apoyo" ordeñados. ¡Miren que cosa! Y por eso no más, la muy lambeta, lo iba a hacer castigar con el viejo. ¡Ah, si fuera grande!

En ese instante el viejo Abdón salía de la cocina. Era un hombre chiquito, enteco, poquita cosa; parecía tener la piel pegada a los huesos: lo más grande de toda su persona era la cabeza, sin duda por aquellas barbas revueltas y grisáseas, y aquel pelo desordenado y crespo, que acarneraban la figura. Por lo demás, un paisano hecho y derecho, honradote, servicial, capaz de dar su pan a otro y morirse él de hambre. No se le conocía más que un vicio: era que ni pintado para largar "bolazos"; pero como sus mentiras resultaban de todo punto inocentes, nadie se dolía por ellas. Hacía cinco años que corrido por la mala suerte se había venido de Mercedes al Rosario Oriental, donde tenía algunos parientes. Allí había arrendado aquel campo a don Nicasio Pereyra, que residía en su estancia del Arroyo de la Virgen, y como vecino pacífico y trabajador, muy pronto se había captado las generales simpatías.

—¡Vaya! — exclamó al encontrarse con la muchacha — al fin te dejás ver. Esta calabaza es una lavativa y no sé ande han metido la yerba.

—Es que andaba campeando a este facineroso, — repuso Deolinda; — figúrese, tatita, que me lo hallé allá abajo, al lao de la cachimba, corriendo y boleando los patos. ¿Y no sabe otra cosa? Rompió el vaso de la leche de apoyo.

Dicho lo cual cogió la calabaza que le tendía el viejo Abdón y se quedó mirando al culpable, que no despegaba los ojos del suelo. El viejo guardó silencio una momento; después, sin agitarse, con aplastante cachaza y con una voz reposada y casi amistosa, dijo dirigiéndose al chico:

—¿Ha oído, amigo? Vaya a buscar mi rebenque y traigameló.

—Perdón, tatita, — suspiró lacrimoso Celestino; — le prometo que no lo voy a hacer más.

—Vaya, amigo y tráigame el rebenque, — insistió con calma don Abdón; — un hombre no debe llorar, pero tampoco hacer cosas feas.

—Perdón, tatita...

—Vaya... vaya...

El gurí fuése hasta el rancho hecho un mar de lágrimas. Entonces, cuando se quedaron solos, intercedió Deolinda:

—No le pegue, tatita. Con el susto tiene bastante. ¿Me promete?

—Está bien, hija. Un chirlazo, no más, pá que no se le haga tuíto el campo orégano.

Deolinda se entró a la cocina para cambiarle la yerba al mate, mientras Abdón, sacando un pucho de tabaco negro de detrás de la oreja, fué a darle lumbre sentándose en un tosco banquito que había enmedio del patio. Pero como el muchacho no aparecía, gritó al fin:

—¡Celestino!

Esperó un instante. Celestino no aparecía. Sin duda se lo había tragado la tierra.

—¡Celestino! — volvió a llamar Abdón.

Entonces apareció el muchacho en la puerta del rancho, llorando siempre y tragándose los mocos.

—No lo encuentro, tatita... — moduló.

—¿No lo encuentra? Vea en el respaldo de la silla que está al lao de mi cama. Allí debe de estar, porque allí lo dejé aurita no más. Y muévase, amigo, que de no la ración va a ser doble.

Entróse el pergenio y a poco volvió a aparecer con el rebenque. Pero, esta vez, para llegar hasta el viejo, el camino se le hizo pesado. Avanzaba lentísimamente, de una manera casi imperceptible; suplicando y llorando:

—No me pegue, tatita... No lo voy a hacer más... Le juro que no lo hago más, tatita querido...

—Venga p'acá, amigo; yo le voy a enseñar a correr los patos y a romper tuítas las cosas; venga p'acá.

Deolinda había aparecido con el mate.

—Pordoneló, tatita, por esta vez.

—Perdón, tatita querido, — berreaba el chico entre sollozos y lágrimas.

Pero ya el viejo le había cogido por el brazo:

—¡Yo te viá a enseñar, bandido, a hacer fechurías! ¡Tome, p'á que aprienda!

Y le arrimó un par de rebencazos.

—¡Ay, ay! — chillaba el pobre gurí.

—Basta, tatita; perdoneló; yo se lo pido.

—Está güeno, — dijo entonces el viejo; — dé las gracias a su hermana porque no lo mato a guascazos. Pero que lo güelva a agarrar haciendo fechurías.

Y cogió el mate que le tendia Deolinda. El chico, ahogado por las lágrimás, se fué al galpón.

—Y diga, tatita, — saltó de pronto la muchacha; — ¿no iba a dir hoy a lo de ño Cirilo?

—Mesmo. En seguidita me voy; pero antes quería matear un poco.

—¿Está bien ansina?

—Sacále un poco de yerba, m'hija. Pues, sí; vamos a ver si llegó anoche el patrón.

—¿Usté no lo conoce, no, a don Nicasio?

—No. Cuando le arrendé el campo hice la operación con el apoderado. Creio tamién que dende hace años no viene po' acá. Andá, tráime otro mate.

Entró Deolinda a la cocina y a poco tornó con la calabaza.

—¿Qué tal hombre será don Nicasio?

—Dicen que es medio duro de pelar. Yo no sé cómo recibirá la noticia que no le puedo pagar más que la mitá del arriendo.

—Y lo recibirá bien, tatita; cuando no hay, no hay... ¿qué le vamo a hacer?

—Te asiguro, hija, que ya quisiera haber pasáo este trago. Es cosa fiera no poder cumplir.

—El año ha venido mal...

—La seca, la rigolución, la garrapata.. ¡mal haiga!

—Que tenga pacencia don Nicasio. Al fin y al cabo él es rico, según las mentas, y nosotros pobres...

—Yo no sé como agarrará la cosa. En fin, ya veremos. ¡Gurí! ¡gurí! — llamó luego; y cuando el chico, todavía mocoso y lagrimeante, apareció por el galpón, ordenó: — tráime el caballo del palenque.

—Se fué Celestino a cumplir el mandato y él devolvió el mate a la muchacha. El pobre viejo estaba muy contrariado. Hacía cinco años que tenía arrendado a don Nicasio Pereyra, aquel campito y era esta la primera vez que no podía cumplir sus compromisos. ¿Cómo lo recibiría el patrón cuando le expusiera el caso? Lentamente se puso en pié y empezó a pasearse de arriba a abajo. Pensaba todo lo que había de decirle al patrón; las excusas y explicaciones que debía darle; pero todo le parecía sin suficiente poder de convicción. ¿Qué le importarían a don Nicasio las plagas que merman la hacienda y arruinan al hombre de campo? El tenía que cobrar su platita y lo demás lo tendría sin cuidado. ¡Mal haya con la suerte perra!

—Aquí está el caballo, — dijo el gurí, apareciendo.

—Tome otro mate antes de dirse, — añadió Deolinda, alcanzándole la calabaza.

Lo sorbió en silencio y cuando hubo concluído:

—Adiós, hijos.

Y se fué.

II

Era una tarde de sol, límpida, serena. Los campos se tendían hasta el el confín reverberando su esmeralda. Aquí y allá, diseminados en la distan

cia, los ranchos de terrones con techo de paja brava, ponían su nota opaca y misérrima. El camino desigual, ondulado, lleno de baches barrosos, festoneado a veces por algunos escuetos árboles, otras desamparado, matizado de cuando en cuando por matas de cardo, se estiraba sobre el campo, desaparecía trás de un loma y volvía a aparecer luego más lejos, trepando por otra cuchilla, pero en distinta dirección. Algunos teros escandalosos iban siguiendo al viandante y lanzándole sus agudos gritos.

Nicasio Pereyra trotaba despacito, contemplando su heredad. Iba para la casa del viejo Abdón, a quién parecía haber cobrado estima en los pocos días que llevaba en el pago, y a quien, después de un par de visitas a su rancho había concluído por conceder la espera que solicitaba para concluir de pagar el arriendo. Todos los días, ahora, el patrón, como llamaban a don Nicasio sus arrendatarios, hacía ese paseíto.

Dobló al fin el cardal que trepaba todo a lo largo de la loma y de pronto se halló frente a los ranchos del viejo Abdón. El perro Libertad salió el primero a su encuentro.

Bajóse del "gateado" con presteza, soltándole un terno y un arreadorazo al perro, que le ladraba furiosamente, y dirigiéndose al rancho principal dió dos palmadas y pronunció el sacremental:

—¡Ave María!

Sonó dentro el ruído de un lata que cae al suelo y a poco apareció en el marco de la puerta Deolinda, quien, al tiempo que se hacía pantalla con la mano derecha al ras de las cejas para ver al visitante contra la luz del sol, contestó:

—Sin pecao concebida.

—Güenas tardes, Deolinda, — dijo Nicasio; — está el viejo?

Pero, como el perro continuara "ronciando" al forastero con sordos gruñidos, chilló la muchacha:

—¡Juera, Libertá! ¡Juera, perro del demonio!

Rezongando, con un ronquido de tormenta que se aleja poco a poco, el fiel centinela fuése hacia la chinita que le llamaba dándose palmadas en el muslo, y allí no más, mal de su grado, se tendió en el suelo, recogidas las patas traseras, las dos de adelante a lo largo, como para levantarse oportunamente, y siguió mirando, con sus ojos estriados de sangre, al visitante, lo mismo que si fuera un enemigo.

—Vigilante el "chicho", — sonrió el paisano.

—Alléguese, don Nicasio. Es que Libertá no lo conoce entuavía. ¿Qué anda haciendo?

—Ya vé, de pasada. Tuve que dir a lo de Sinforiano por un cabresto que le encargué, y al golverme pá mi cueva, se me ocurrió darle al viejo las güenas tardes. ¿Qué no está su tata?

—Jué con Pedro y Celestino a lo de Díaz.

—¿Están trillando?

—Mesmo.

Entonces Nicasio quedó repentinamente sin asunto, mirando al suelo. Deolinda dijo:

—Si quiere dentrar, patrón, dentre, y asina descansa un poco.

Era lo que esperaba sin duda el visitante porque, murmurado en voz baja un breve "güeno", llevó de la rienda su gateado hasta el ombú que se erguía enmedio del patio, casi al lado del pozo, y allí, sin abandonar su cachaza, le

ató a un argolla fija en el viejo tronco del árbol. Después volvió lentamente y penetró en el rancho, balbuceando:

—Con permiso.

El perro lanzó otro gruñido, pero Deolinda se apresuró a echarlo de allí. Decididamente, el llamado Nicasio no se había conquistado las simpatías del denóminado Libertad.

III

Nicasio Pereyra era un hombre bajo, regordete, de unos cuarenta años, muy rico y muy malo también. Su rostro, de hombre "buen mozo", era una máscara traidora que encubría el alma más baja y torpe del mundo. Sonreía con una gracia particular que agradaba de inmediato a todas las mujeres e inspiraba confianza a los hombres más prevenidos. Sus ojos no de-

nunciaban de ningún modo la astucia; antes bien, redondos, negros, plácidos, parecían los de un sér bondadoso y tierno. Su trato era ameno, insinuante; contaba "sucedidos" con mucha gracia y siempre tenía algún donaire o algún chiste oportuno para halagar y hacer sonreír a las mujeres. Holgado de fortuna por herencia paterna, mostrábase amigo de jaranas y fiestas. Todo, pues, a primera vista, prevenía a su favor. Pero, en el fondo era un mal hombre a carta cabal. Desde su juventud, nadie había podido con él: ni sus padres, que hubieron de arrojarle de casa por su insolencia e insubordinacion, ni tres o cuatro dueños de estancia que le tuvieron sucesivamente a sus órdenes. Después de una de esas contiendas civiles conque pintorescamente hemos ido enrojeciendo la historia del país, Nicasio quedó incorporado a un batallón de línea, en el que quiso sentar plaza de voluntario; pero allí mismo concluyó con la paciencia de sus jefes. Ladrón y pendenciero, se pasó las tres cuartas partes del tiempo encalabozado, terminando al fin por dar con su cuerpo en la Correccional por una heridas que infirió traidoramente,

por la espalda, al sargento, que según él, le tenía ojeriza. A su salida de la cárcel vivió largo tiempo a costa de dos o tres mujerzuelas a las que pagaba con palos las monedas que le entregaban. Un día, sin embargo, se le fué demasiado la mano y estropeó a una de ellas, con lo cual se le abrieron de nuevo las puertas de la cárcel. Después de su segunda condena, así que logró de nuevo la libertad, tuvo la humorada de volver al Rosario Oriental, a la casa paterna. Parecía arrepentido y dispuesto a trabajar. El padre, un hombre rústico y sencillote, que ya se iba sintiendo viejo — y que ignoraba en absoluto las anteriores andanzas de su señor hijo — perdonó a Nicasio y le retuvo a su lado. Fué entonces que el mocito conoció a Joaquina, la hija del napolitano Foggiani, un puestero de su padre.

Joaquina era una "gringuita" pizpireta y querendona. No quería mucho a su padre, por ser napolitano; pero le gustaba bastante Nicasio, por ser criollo. Empezaron, como siempre, con bromas y dicharachos, y concluyeron por formalizarse. Es decir, la pobre muchacha se enamoró ciegamente de su galán, que tan apuesto y sonriente se le aparecía y que tan dulces y bien coordinadas palabras le susurraba al oído; en cuanto a Nicasio, la sonata era muy distinta. Con el caudal de experiencias sensuales que se había hecho en la Capital frecuentando mujerzuelas, no veía en Joaquina otra cosa que una buena presa. Cayó al fin la desdichada y el fruto de esos amores fué una niña.

Cuando Foggiani se enteró de la deshonra de su hija, en un arranque de su temperamento meridional, la emprendió a golpes con ella, dejándola en lamentable estado; y luego, no pensó más que en buscar al seductor para obligarlo a reparar la falta cometida. Pero, casualmente, al llegar a la casa del padre de Nicasio, se encontró conque el pobre viejo había muerto esa misma noche de un ataque cerebral. La estancia estaba medio revuelta con el suceso; las mujeres lloraban por los rincones; el mismo Nicasio parecía afectadísimo. A pesar de su ira, Foggiani no se atrevió a abordar con el seductor de su hija la explicación que deseaba, y se concretó a decirle que otro día tendrían que hablar "por el asunto de la mochiachas".

Nicasio se dió, naturalmente, por notificado, y como no abrigaba el menor propósito de dar su nombre a Joaquina, sobre todo ahora que iba a heredar una buena fortunita, una mañana, muy tempranito, con las primeras barras del día, montó a caballo y se marchó del pago.

Cuando el infeliz napolitano adquirió el convencimiento de que el pájaro había volado y que su hija quedaba deshonrada para siempre, entró en una cólera incontenible, y ciegamente, fuera de sí, profiriendo las palabrotas y juramentos más bajos, le dió de puñaladas. La infeliz quedó muerta en el acto. En resumen, que Foggiani fué a parar a la panitenciaría y la hijita de Joaquina a manos de la vieja Saturna, que la adoptó.

Después de esta lamentable historia, Nicasio no había vuelto por el Rosario. Concluída y cerrada la testamentaría de su padre, dueño ya de una cuantiosa fortuna, fuése a "poblar" unos campos en San José, sobre el Arroyo de la Vírgen. Y allí permaneció durante quince años, pleiteando y discutiendo con los vecinos, haciendo malas jugarretas a las mozas e imponiéndose a todos con la insolencia de su dinero o con las mañas endiabladas de su perversidad.

Los pleitos, las trampas, y, sobre todo, la vida desordenada que Nicasio llevaba, particularmente cuando bajaba a la Capital, le pusieron al fin

en el duro trance de vender algún campito. Tenía ya hipotecado el del Rosario, así es que ahora se había venido a visitar a sus arrendatarios, entre los que se hallaba don Abdón, el padre de Deolinda, para ver si podía venderlo con ventaja a alguno de los vecinos interesados.

IV

Sentado en el rústico banco que la hija de Abdón le había ofrecido y chupando tranquilamente el mate amargo que ésta le había brindado, Nicasio hablaba de sí mismo con esa vaga melancolía que tanto agradaba a las mujeres. Sí, es verdad, había venido al Rosario, para deshacerse del campo. De todos modos, él no tenía mujer ni hijos; era solo en el mundo; no tenía ni un afecto ni un cariño: ¿para quién entonces guardaba aquéllo? "¿Pá el Estado?" Mejor era liquidarlo, cobrar los pesos e írselos a disfrutar solito a Montevideo. Siempre tendría el fisco de sobra con el campo del Arroyo de la Vírgen, — agregaba el muy ladino, para hacer ver que aún era dueño de algo muy valioso..

—Pero, ¿y por qué no se casa, patrón? — interrogó ingénuamente la muchacha.

—¿Con quién? — replicó él.

—Con quien... con quien... ¡qué sé yo! Con alguna que le guste y que lo quiera.

Entonces Nicasio, que al fin había traído la conversación al punto que deseaba, empezó su habitual jeremiada. Era un infeliz, no había más que verlo. Nunca había hallado un amor sincero; nunca una mujer que se compadeciera de su sino. Había llegado a los cuarenta años, como quien dice, al linde de la vejez, sin una alegría, sin una esperanza. Ahora, ¿a quién iba a hablar amor? Todas las muchachas se le reirían en la cara.

—Aí está, Deolinda, — concluyó; — ya vé: la plata no sirve pá nada. Con tuita mi plata no he sido güeno pá conquistar el corazón de una moza.

—No habrá sabido buscar, o no se ha fijado, — arguyó Deolinda. Y luego, con sinceridad y candor: — ¡Pero qué!, patrón, si entuavía está usté juerte y de güen parecer, ¿por qué se desespera?

—Vamos a ver, Deolinda, — dijo entonces Nicasio de pronto. — ¿Me quedría usté a mí?

La muchacha se puso roja como una amapola y sólo atinó a decir en medio de la consión que le había echado encima aquel exabrupto.

—¡Qué ocurrencia, patrón!

Entonces él, con ese acento de tristeza que tan bien fingía, murmuró:

—¿Lo vé? Y ansina es siempre: tuitas me rechazan.

Entonces Deolinda, conmovida, deseando dar un consuelo a aquella pobre alma atribulada empezó un embrollo de explicaciones:

—No, don Nicasio. No es lo que se figura. Yo, al contrario. Pero, usté comprenderá. ¿No es cierto? ¡Qué más quisiera yo, la hija de un puestero! Pero, ¿cómo va a fijarse usté en mi, patrón? Yo no soy nada, y usted... usted es el patrón. Usté pué tener otras más, más, no sé como decir. En fin, y que yo soy muy chiquilina para usté. ¿Comprende?

Nicasio no contestó. Había hundido la cabeza entre las manos, apoyando los codos en ambas rodillas. Y así permanecía, como abismado. Deolinda estaba conturbada, no sabía ya que decir. Al fin Nicasio se puso en pié, y medio de lado, con el pañuelo pareció secarse unas lágrimas. Esto concluyó de perturbar a la inocente muchacha.

—Nicasio... — balbuceó.

—Deje, Deolinda; no es nada. Ya estoy acostumbrado a recibir estos golpes. ¿No se lo dije antes? ¡Bah! El día que me harte de esta perra vida, me pego un balazo aquí, en la cabeza, y sanse acabó...

—¡Don Nicasio! — exclamó aterrorizada la joven.

—Vaya, me voy... Déle recuerdos al viejo... ¡Ah! Y no le hable de esto que hemos hablado. ¿Pá qué enterarlo, no es cierto?...

—Diga, don Nicasio... Antes de irse, júreme que no hará eso que dice... — suplicó la inocente.

—Deje, Deolinda... No vale la pena...

—Pero...

—¿A usté qué puede importarle que yo muera o no...? Más le importaría ese perro, que anda por ái...

—¡Ave María! ¿Me cree usté con tan mala entraña?

—No, Deolinda, yo sé que usté es güena. Pero, pá llorar por la muerte de una persona hay que quererla un poco...

—Está bien, patrón; pero júreme...

Entonces Nicasio, con voz profundamente conmovida, concluyó:

—Vea, Deolinda... Usté me parece tan güena como bonita. ¡Vaya!, déme siquiera una esperanza... No, no me diga nada ahora. Yo golveré mañana. Piénselo bien; piénselo esta noche; pero usté sola, sin consultar a naides, ni a su viejo... Quiero que me conteste usté lo que le diga su mesmo corazón. Sólo ansí le juraré lo que quiera...

—Jesús! Yo no sé... — quiso decir ella, aturdida.

—No, ahora no. Mañana golveré. ¿Podremos hablar solos?

Entonces ella, dominada, entontecida, balbuceó:

—Sí; tata se va tempranito.

—Entonces, hasta mañana.

Y, lentamente, balanceando su cuerpo, salió Nicasio. Desató el gateado, después de revisar la cincha, montó rápido, sofrenó el caballo que ya partía, y, volviéndose una vez más hacia la joven que permanecía en el marco de la puerta, se tocó el ala del sombrero.

—Hasta mañanita.

—Hasta mañana.

El perro le despidió con sus ladridos hostiles.

V

Poco a poco el ladino gaucho se fué ganando la confianza de Deolinda. No sentía ésta verdadero amor, naturalmente, por el patrón; pero la verdad

es que estaba dominada por él. Ella misma no habría podido discernir lo que eran en realidad sus sentimientos. Al principio, le había acogido con piedad, ya que las desventuras que Nicasio le narrara, le habían tocado en lo más íntimo de su alma generosa y buena. Luego, seducida un tanto por lo meloso e insinuante de su conversación y por las cosas lindas que le susurraba al oído, en un verdadero deshojamiento de flores, había experimentado un poco de miedo íntimo y recóndito que la asaltaban repentinamente cuando quedaba a solas, cuando no tenía al lado a aquel embrujador de mujeres. ¿Cómo un patrón rico podía enamorarse de su insignificante personita? ¿Cómo don Nicasio, a quien todos le temblaban en el pago, empezando por el viejo Abdón, se mostraba tan bueno, tan sencillo con ella? Pero, el frecuente trato diario; las oportunísimas ocurrencias del galán; su asiduidad y atenciones, fueron haciendo despacio su obra. La muchacha caía inocentemente en la red qu le tendía aquel cazador furtivo.

Un día, muy de mañana, Nicasio andaba recorriendo el campo. Sin propósito de visitar los ranchos del viejo Abdón, porque tales visitas las verificaba invariablemente de tarde, se acercó a los confines de la heredad, un sitio apartado y bajo por donde corría una ancha cañada. En un remanso, entre el juncal, Deolinda, que había estado lavando ropa, se disponía a marcharse.

—¡Don Nicasio! — hizo ella, más que asombrada, aterrada porque tenía que atravesar el agua y no podría hacerlo sin arremangarse las ropas hasta la rodilla.

—¡Deolinda! — murmuró Nicasio, también sorprendido con el encuentro. — ¿Qué está haciendo?

—Ya vé; lavando trapos.

—¿Le falta mucho?

—No, ya acabé...

—Entonces venga, que toque yo esa mano pá llevarme tuito el perfume del campo.

—Es que...

—¿Qué?, ¿qué hay?

—Tengo que cruzar la cañadita y estoy descalza.

Se hizo cargo él, inmediatamente de los pudores de la muchacha, y

—No, don Nicasio. No es lo que se figura. Yo, al contrario. Pero, usté comprenderá. ¿No es cierto? ¡Qué más quisiera yo, la hija de un puestero! Pero, ¿cómo va a fijarse usté en mi, patrón? Yo no soy nada, y usted... usted es el patrón. Usté pué tener otras más, más, no sé como decir. En fin, y que yo soy muy chiquilina para usté. ¿Comprende?

Nicasio no contestó. Había hundido la cabeza entre las manos, apoyando los codos en ambas rodillas. Y así permanecía, como abismado. Deolinda estaba conturbada, no sabía ya que decir. Al fin Nicasio se puso en pié, y medio de lado, con el pañuelo pareció secarse unas lágrimas. Esto concluyó de perturbar a la inocente muchacha.

—Nicasio... — balbuceó.

—Deje, Deolinda; no es nada. Ya estoy acostumbrado a recibir estos golpes. ¿No se lo dije antes? ¡Bah! El día que me harte de esta perra vida, me pego un balazo aquí, en la cabeza, y sanse acabó...

—¡Don Nicasio! — exclamó aterrorizada la joven.

—Vaya, me voy... Déle recuerdos al viejo... ¡Ah! Y no le hable de esto que hemos hablado. ¿Pá qué enterarlo, no es cierto?...

—Diga, don Nicasio... Antes de irse, júreme que no hará eso que dice... — suplicó la inocente.

—Deje, Deolinda... No vale la pena...

—Pero...

—¿A usté qué puede importarle que yo muera o no...? Más le importaría ese perro, que anda por ái...

—¡Ave María! ¿Me cree usté con tan mala entraña?

—No, Deolinda, yo sé que usté es güena. Pero, pá llorar por la muerte de una persona hay que quererla un poco...

—Está bien, patrón; pero júreme...

Entonces Nicasio, con voz profundamente conmovida, concluyó:

—Vea, Deolinda... Usté me parece tan güena como bonita. ¡Vaya!, déme siquiera una esperanza... No, no me diga nada ahora. Yo golveré mañana. Piénselo bien; piénselo esta noche; pero usté sola, sin consultar a naides, ni a su viejo... Quiero que me conteste usté lo que le diga su mesmo corazón. Sólo ansí le juraré lo que quiera...

—Jesús! Yo no sé... — quiso decir ella, aturdida.

—No, ahora no. Mañana golveré. ¿Podremos hablar solos?

Entonces ella, dominada, entontecida, balbuceó:

—Sí; tata se va tempranito.

—Entonces, hasta mañana.

Y, lentamente, balanceando su cuerpo, salió Nicasio. Desató el gateado, después de revisar la cincha, montó rápido, sofrenó el caballo que ya partía, y, volviéndose una vez más hacia la joven que permanecía en el marco de la puerta, se tocó el ala del sombrero.

—Hasta mañanita.

—Hasta mañana.

El perro le despidió con sus ladridos hostiles.

V

Poco a poco el ladino gaucho se fué ganando la confianza de Deolinda. No sentía ésta verdadero amor, naturalmente, por el patrón; pero la verdad

es que estaba dominada por él. Ella misma no habría podido discernir lo que eran en realidad sus sentimientos. Al principio, le había acogido con piedad, ya que las desventuras que Nicasio le narrara, le habían tocado en lo más íntimo de su alma generosa y buena. Luego, seducida un tanto por lo meloso e insinuante de su conversación y por las cosas lindas que le susurraba al oído, en un verdadero deshojamiento de flores, había experimentado un poco de miedo íntimo y recóndito que la asaltaban repentinamente cuando quedaba a solas, cuando no tenía al lado a aquel embrujador de mujeres. ¿Cómo un patrón rico podía enamorarse de su insignificante personita? ¿Cómo don Nicasio, a quien todos le temblaban en el pago, empezando por el viejo Abdón, se mostraba tan bueno, tan sencillo con ella? Pero, el frecuente trato diario; las oportunísimas ocurrencias del galán; su asiduidad y atenciones, fueron haciendo despacio su obra. La muchacha caía inocentemente en la red qu le tendía aquel cazador furtivo.

Un día, muy de mañana, Nicasio andaba recorriendo el campo. Sin propósito de visitar los ranchos del viejo Abdón, porque tales visitas las verificaba invariablemente de tarde, se acercó a los confines de la heredad, un sitio apartado y bajo por donde corría una ancha cañada. En un remanso, entre el juncal, Deolinda, que había estado lavando ropa, se disponía a marcharse.

—¡Don Nicasio! — hizo ella, más que asombrada, aterrada porque tenía que atravesar el agua y no podría hacerlo sin arremangarse las ropas hasta la rodilla.

—¡Deolinda! — murmuró Nicasio, también sorprendido con el encuentro. — ¿Qué está haciendo?

—Ya vé; lavando trapos.

—¿Le falta mucho?

—No, ya acabé...

—Entonces venga, que toque yo esa mano pá llevarme tuito el perfume del campo.

—Es que...

—¿Qué?, ¿qué hay?

—Tengo que cruzar la cañadita y estoy descalza.

Se hizo cargo él, inmediatamente de los pudores de la muchacha, y

hábil en la preparación de sus golpes, para demostrarle que podía tener confianza en él, le dijo:

—Está güeno. Yo me doy güelta; usté pasa; se pone los zuecos, y cuando sea tiempo, me avisa.

—¿Palabra?

—Palabra. Lo que prometo, cumplo. Y si dejo de cumplir alguna vez, no me mire más a la cara.

Se bajó del caballo y le dió la espalda. Cruzó ella entonces el vado, sin apartar los ojos de él; después, llegada a la orilla, arregló su pollera, se calzó, y, muy contenta por su atención y finura, fuése hasta él.

—Dése güelta.

—¿Cumplí?

—Lo mesmo que un Ray.

—Entonces deme la mano, y adiosito.

—¿Se va ya?

—Sí; ansí naides nos ve y no puede andar charlando por ái que nos buscamos por los rincones.

—Dice bien. Entonces, adiosito.

—¿Me da permiso pá que le bese la mano?

—¡Ah, eso sí que no! ¿No ve que he estado lavando?

Sin embargo, él se la retuvo un instante, mientras la miraba amorosamente hasta el fondo de los ojos:

—No es nada eso pá usté; y a mí me haría tan feliz...

—Entonces, como quiera, — murmuró Deolinda.

Nicasio se inclinó, le dió el beso y se marchó en silencio. Aquella partida, muda, después de aquel extraño beso, impresionó a la muchacha. Un buen rato permaneció allí en pié, con su atado de ropa debajo del brazo, viéndole alejarse al trote de su caballo. Cuando coronó la cuchilla, Nicasio se volvió y le hizo con la mano un amistoso saludo; luego se alejó al galope.

VI

Otro día, volvió el viejo Abdón de casa de Cirilo con el cuento de un suceso que sin la intervención decidida de Nicasio hubiera tenido quien sabe que trágicas consecuencias.

Había allí dos peones que se llevaban mal de algún tiempo atrás. Antes habían sido dos grandes amigos, dos verdaderos hermanos; pero cierta vez, por una apuesta estúpida que el perdedor se obsecó en no pagar — y era un cigarrillo la puesta, — tuvieron una discusión agria y concluyeron por no hablarse más. Desde entonces se miraron romo enemigos y cada día, de un modo verdaderamente inmotivado, fué acrecentándose su odio. Ahora solo faltaba un incidente cualquiera para que estallara aquella rivalidad en quien sabe que lucha cruel y bárbara.

Esa tarde, Rogelio, uno de los mocetones, al desensillar el caballo del patrón, ño Cirilo, dejó caer la sobrecincha, y, sin advertirlo, llevóse todo el recado para adentro dejando tendida aquélla junto al palenque. Nemesio, el otro mozo, que entró algún rato después, y que no había presenciado la cosa naturalmente, pasó por el palenque y encontró la sobrecincha. Entró con

ella a la cocina, donde estaban ya reunidos los peones, riéndose y bromeando por esas futilezas que suelen divertir a los seres ingénuos:

—¿Quién es el mozo diablo que desensilló hoy el caballo a ño Cirilo?

Hubo un silencio. Nemesio prosiguió, sin sospechar que pudiera ser su rival:

—¡Mozo ladino pá perder las pilchas!, — y mostró a los circunstantes la sobrecincha.

—Más vale perder una sobrecincha que no la vergüenza, — prorrumpió la voz enconada y trágica de Rogelio.

Nemesio quedó un instante estupefacto, pues no se aguardaba la atropellada del otro; pero, muy pronto es repuso, y contestó tranquilamente:

—Salí pá juera.

En ese instante, en que todos atropelladamente abandonaban la cocina — los unos para calmar a Nemesio, los otros para detener a Rogelio que ya salía en su busca, — cruzó el patio don Nicasio Pereyra que iba en busca de don Cirilo.

—¿Qué hay?, ¿qué sucede?

Nadie le oyó ni se dió cuenta de su presencia. Rogelio y Nemesio habían desnudado los cuchillos y apartaban airadamente a los que pretendían detenerlos. Querían pelear y estaban ciegos de furor.

Nicasio se cruzó enmedio:

—¿Qué es eso, muchachos?, ¿están locos? A ver, Rogelio, guardá eso; y tú también, Nemesio.

El primero, con el hondo respeto del peón de campo por los patrones, se contuvo, vacilando. Pero el otro, ardiendo en ira todavía por el insulto que se le había inferido, se rebeló con toda la altivez de su temperamento indómito:

—¿Y a usté quién lo mete?

Nicasio le miró fijamente, sin desplegar los labios, creyendo intimidarle con eso solo. Pero, Nemesio, ciego y obcecado, agregó todavía:

—Salga del medio, pues.

Nicasio cogió el rebenque por la sotera y se arrolló ésta en la diestra.

—Largá el cuchillo, — dijo.

Nemesio no se intimidó:

—Mire, don...

—Largá el cuchillo, te digo...

Nemesio retrocedió dos pasos, porque como Nicasio avanzaba sobre él, quiso conservar el arma y las distancias. Y profirió, amenazador:

—No se meta, don, que lo vandeo.

Aquello fué rápido como el relámpago. Apenas Nemesio le había tirado a Nicasio un par de puñaladas, que este paró a pié firme con admirable destreza, cuando ya su rebenque de cabeza de plomo había caído como un mazazo sobre el mocetón. Fué tan rudo el golpe, que éste extendió los brazos, dejó caer el cuchillo, y, dando una media vuelta, se desplomó como una res.

—Lo mató!, — dijo alguien.

—No, — replicó Nicasio; — debe estar desmayado: socorranló.

Y se fué, muy tranquilo para adentro. Allá al cabo de un rato, cuando ya el peón se había repuesto, volvió a salir, sin haberle dicho nada a don Cirilo del incidente, y se vino derechito a la cocina.

—¿Ande está ese mozo?, — y como los demás peones se apartaran, en silencio, descubriendo a Nemesio, se dirigió a éste, tranquilamente: — No quiero que me guarde rencor, Nemesio. Usté es un buen mozo, valiente y trabajador. Se ha cegado como me cegué yo. Pero los hombres se estiman después de la prueba. ¿Quiere venir a trabajar a mi estancia?

Nemesio le miraba asombrado. Nicasio prosiguió:

—O se viene conmigo, o se da la mano con Rogelio. Dos viejos amigos no tienen porque odiarse ansina.

—Con usté no voy, gracias, — replicó Nemesio.

—Entonces es porque se queda aquí. Muy bien; a ver Rogelio, vos el primero, dále la mano.

Y obligó a los dos mocetones a que se reconciliaran. Después él se marchó, despacito, serenamente.

—Debías haberlo visto, — dijo el viejo Abdón, concluyendo su cuento a Deolinda, — se impuso a tuitos, por valiente.

Deolinda quedó enajenada con la historia.

VII

Ya se tuteaban, con toda confianza, y el viejo no había advertido aún sus amoríos. Por otro lado, Nicasio tenía muy hábilmente preparada a la muchacha:

—Por ahora no diremos nada a naide. Yo vendo el campo, me voy pá Montevideo, compro los muebles y cuando tenga tó preparao, me vengo aquí, nos casamos y ¡zás! a nuestro nidito. ¡Encandilao se va a quedar el paisanaje, y el primero de tuitos, tu viejo! Ya verás.

Deolinda encontraba muy bien todas las combinaciones de Nicasio, — ya había perdido éste el don. Confiada, iba cegándose cada día más con su amado. La gran piedad que al principio experimentó por él se había transformado definitivamente en un más serio cariño.

Se veían a hurtadillas; buscaban los momentos propicios para quedar solos. Un día le pidió un beso. Deolinda con la mayor franqueza y naturalidad, se lo dió de inmediato. "Velay", — se dijo el muy cínico, — la cosa está más madura de lo que yo me figuraba. Tengo que pegar la gran atropellada antes que me pateen el nido".

Había que alejar al viejo Abdón con un lógico pretexto, a fin de disponer del tiempo necesario para la hazaña. Esta no sería una cosa difícil, por aquello de que "el primer beso es el primer nudo que el pudor desata"; pero a Nicasio le gustaba llevar adelante sus empresas con comodidad y tiempo. No tardó, pues en combinar su plan.

Una tarde cayó de visita al rancho de Abdón. El gran perro negro salió a recibirle con sus hoscos ladridos, y a los ladridos del perro, apareció el viejo por el galpón.

—Güenas tardes, patrón; apéese.

—No, vengo de pasada no más, a ver si puede usté hacerme un favor.

—Mil, si usté quiere. No tiene más que pedir.

—Pero si no puede, paciencia: veré a su compadre el ñato. Ansina que me contesta sin cumplidos, derecho viejo no más.

—Hablé, patrón, y dé la cosa por hecha.

—Vamos a ver entonces — prosiguió Nicasio. — Tengo necesidad de quedarme acá unos cuantos días más pá ver si acabo con este negocio del campo. Y precisaría un hombre de confianza que me llevara uña carta a Cirilo.

—¿El de allá abajo?

—El de mi estancia de San José, mesmamente. ¿Puede hacerme de propio, viejo?

—Ni que hablar, patrón. Usted ha sido muy güeno conmigo, esperándome con el arrendamiento vencido. ¿Cuando hay que dir piallá?

—Mañana o pasado, cuando le venga mejor.

—Pues mejor es mañana que pasado.

Entonces Nicasio tendió una carta al viejo, agregando luego:

—Por la muchacha no se apure. Si quiere la tray a lo de don Cirilo, donde yo estoy parando; de no, por unos días no se la van a comer los caranchos.

—¡Avise, patrón! Deolinda es corajuda y pué quedarse sola una semana enterita.

—Entonces, hasta la güelta, no?

—Hasta la güelta, patrón. ¿Hay rispuesta?.

—No.

VIII

A las tres de la tarde del día siguiente estaba ya lejos del Rosario el viejo don Abdón. Había montado a caballo a eso de las cinco de la mañana, — quiere decir que llevaba diez horas de viaje, — y, confiado y tranquilo, trotando y con galopitos cortos, se iba por el camino en dirección a San José. En lo del compadre Salustio pensaba cambiar de caballo.

Era una tarde de sol, reverberante y quieta. No obstante, hacia el oeste avanzaba una tormenta. Una barra de nubes plomizas ascendía despacio y un trecho más abajo, el macizo de nubes negras, negras como tinta, se rompía continuamente con el resplandor de los relámpagos. Sobre los verdes cam-

pos, alegres bajo la luz del sol, aquella tormenta lejana se erguía como un mónstruo amenazador.

—¡Qué modo de rejucilar! — se había dicho el viejo Abdón. — Vamos a tener ún aguacero de no te muevas. Pero a las cinco estoy en lo de Salustio y entonces veremos como pinta la cosa.

A esa misma hora, Nicasio marchaba a pié por el camino en dirección a los ranchos del viejo. A pesar de que éste se había ido de madrugada, no quiso adelantar su visita para tener la certeza de que, por cualquier motivo, Abdón no se había vuelto atrás.

De lejos, de entre un cardal donde andaba olfateando alimañas, el perro Libertad le sintió llegar y se le vino encima, ladrando con furia. A pesar de las frecuentes visitas de Nicasio, Libertad, con la seguridad de su instinto se negaba a tratarle como conocido, y siempre le dispensaba el mismo recibimiento hostil. En vano el paisano había tratado de captarse su buena voluntad llamándole cariñosamente por su nombre o regalándole a veces con algún bocado; el animal no se le acercaba sino avanzándole, y no comía sino gruñéndole.

Esta vez, como siempre, le habló con dulzura, pero sin descuidar el arreador de cabeza de plomo que tenía en la mano:

—Vamo, Libertá, quieto!.... Quieto, chicho!

El gurí asomó por el galpón al mismo tiempo que Deolinda por la puerta del rancho.

—¡Juera, Libertá, juera!

—Paice que adivinara que vengo a robar la raina del pago, — susurró Nicasio dulcemente, mientras saludaba a la muchacha.

—¡Qué perro más cargoso! No acaba de conocerlo, — contestó ella.

Y en seguida lo invitó a pasar.

—Aquí vengo pá hacerle un ratito de compañía. Como por mi culpa la han dejado sola...

—Sola no, está el gurí.

—Valiente personaje!

—No crea. Es el diablo este muchacho. Vivo como la luz y valiente como las armas. No se achica ansina no más ante el peligro, créame.

—Mirá!

—Cuando la última rigolución era el único que teníamos aquí que nos sirviera p'algo. Y vea, una vez que cruzó cerca una partida quería dirse con ella de voluntario. A ver, gurí, contá la cosa.

—No, si yo... — hizo tímidamente el chico, y en seguida, para escapar compromiso, dió media vuelta y se mandó mudar.

—Lindo el pergeño, — argumentó Nicasio; pero es mejor que se haiga ido.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿y me lo preguntás, mi alma? Porque así podré decirte cuanto te quiero.

Entonces, dulcificando la voz y poniendo en juego todas sus artes de seductor, empezó a hablarle de sus proyectos y esperanzas. El negocio del campo ya lo tenía concluído. Así que volviera el viejo Abdón se marchaba inmediatamente para la capital a preparar el nido. Iba a alquilar una casita con puerta en los fondos. Amueblaría un dormitorio, pero "macuco" eh?, digno de tan linda prenda, y pondría un comedor como el que tienen los magnates. No le importaba lo que pudiera costar todo eso: era para ella, y

todo le parecía poco. Además, ¿para qué le servía la plata sino era para regalarse con esos lujos? ¿no es cierto? Cuando se es rico, hay que disfrutar y saber hacerse los caprichos. Por otro lado, ella se merecía eso y mucho más. ¿No era su Deolinda la que le había venido a endulzar la vida, cuando ya él se hallaba desesperanzado y harto?

—Ya te acordarás, si ño es por vos, creo que habría hecho una barbaridá.

—¡Feo! — reprochó la muchacha.

Si, ella le había salvado la vida; a ella se lo debía todo. Y por ella haría todos los sacrificios, todas las locuras. Ahora no podría vivir sin el amor de su Deolinda. Ella era su alegría, su luz, su esperanza. No vivía más que pensando en ella y de noche soñaba con ella también.

—¡Zalamero!

—¡Por esta cruz!, decía él, ofreciendo la garantía del juramento. Y luego: — Pero no me has dáo un beso entuavía, mala.

Deolinda le presentó la roja flor de sus labios. El la sorbió ansioso, con toda el alma.

—Otro, a ver, otro...

—Estáte quieto, loco, — murmuraba ella, recocijada interiormente con el juego.

Y aproximándose la chinita, clavó sus labios en los de ella, y empezó a marearla con su sabiduría erótica. Muy turbada, sintiendo que por sus venas corría un extraño fuego, Deolinda quiso apartarle; pero él la conservó estrechada entre sus brazos, enardecido ya, y continuó hablándole bajito al oído y enloqueciéndola con sus besos. Su voz se había hecho más grave; tenía modulaciones taciturnas; la acariciaba como una felpa. Deolinda sentía que las palabras de su galán le cosquilleaban dulcemente en el oído y le aromaban el corazón. El aliento de Nicasio le electrizaba la nuca.

—Basta, estése quieto, — susurró, recurriendo al "usted" como a un eficaz argumento.

—Fea, debemos aprovechar aura que estamos bien solos. Considerá que me voy a dir por unos cuantos días y que no golveré sinó pá casarme con vos. ¿No querés darme un recuerdo pá la ausencia?

—¿Y qué quiere que le dea? — interrogó la moza, ingénuamente.

—¡Mirá que sos pava! — susurró él, hablándole quedo, abrasándola con su contacto, mareándola con sus manoseos.

Deolinda se defendía:

—No, déjame... Estése quieto...

Pero, se defendía mal, como quien se abandona más que por la voluntad ajena, por la fuerza incontrastable del propio deseo. Se resistía aún por un resabio del pudor; y en realidad se entregaba inconscientemente, pues que no huía cuando su amante, haciéndose el ofendido por sus resistencias, la dejaba libre.

—¿No vás a ser dentro de poco mi mujercita? — argumentaba el desalmado, con voz melosa. — Si yo me llevara tu recuerdo, no podría olvidarte nunca. Golvería más prontito, pá no vivir desesperáo...

—Está mal eso, querido; está mal, — repetía inconscientemente Deolinda, apelotonada contra el pecho de su amante, sin defenderse ya.

Nicasio la sintió suya. Entonces soltó a la muchacha y la ordenó como un dueño:

—Andá a ver qué hace Celestino. Yo me quedo aquí con vos esta noche. Si te pregunta por mí, le decís que me juí.

IX

Al salir al patio, un repentino resplandor fosfórico que iluminó lívidamente los campos sorprendió a Deolinda. Había tormenta. El cielo, de un negro profundo, lucía más brillantes sus estrellas; pero, hacia el oeste, el campo y el cielo estaban como boca de lobo. Una barrera maciza de nubes fantasmales avanzaba despacio, ahogando los astros y tragándose la tierra. Víboras de fuego culebreaban entre aquellas nubes, casi sin interrupción; pero no se oía un trueno.

En la cocina estaba Celestino, quien aprovechando la ausencia del viejo, se había largado al campo sin acordarse de volver a casa. Por llenar las formas, la muchacha le reprendió duramente:

—Y de tuitos modos, yo qu'iba a hacer? — contestó el gurí. — Vos estabas ai con ese... ¿Se jué?

—¡Qué rato hace! — replicó Deolinda.

—¿Entonces podemos cenar?

—No tengo gana; cená vos.

Entonces, como el chico se dispusiera, silenciosamente, a comer solo, agregó Deolinda:

—Y a dormir, dispués; yo voy a acostarme.

Una vez dentro del rancho, Deolinda trancó la puerta y preparó la mesa para cenar con Nicasio. Este, que se había levantado al fin al oír la conversación de la moza con el chico, desenvolvió los pasteles y el frasco de caña que había traído consigo.

—Pá entrar en calor, — dijo.

—¿Qué es eso? — interrogó Deolinda.

—Caña.

—¡Uf! ¡qué porquería!

—¡Te parece! Probá un traguito y después decíme lo que pensás.

—Yo no; no estoy acostumbrada.

—No te hará nada; al contrario, esto entona.

Y a pesar de su rebeldía le obligó a beber un sorbo. Deolinda creyó que tragaba fuego.

—¡Uyyy! ¡que cosa!

—¡Rica! — paladeó Nicasio. Y repitió otro trago con el frasco.

Cenaron. La muchacha, toda entregada a su nueva dicha, disfrutaba extraordinariamente de aquella escapada. La comida era una porquería, — un trozo de asado frío, un poco de queso y los pasteles; — pero a ella le supo a gloria. En cuanto a Nicasio, más honores le hizo al "burro" de caña que a los comestibles. Al fin de la comida, estaba algo alegre.

Güeno, aura al cucho, que mañanita hay que madrugar.

Y se llevó junto al lecho el frasco de caña "por si en la noche sentía frío".

Antes de acostarse, Deolinda intranquila volvió a salir afuera para ver si el gurí había dejado todo en orden y se había ida a acostar. El perro Libertá, así que la vió aparecer, se vino alegremente hacia ella, meneando la cola, y la acompañó en todas sus andanzas. Puso orden Deolinda en la cocina que el muchacho había dejado medio revuelta y fué luego hasta el galpón para convencerse de que se había acostado.

—¿Qué hay? ¿Quién está ái? — interrogó vigilante Celestino apenas sintió los pasos de Deolinda.

—Soy yo; venía á ver si te habías acostado.

—Hace rato que me acosté. Y vos, ¿no ibas a acostarte?

—Sí, aurita no más voy.

—Como me dijistes que ibas en seguida a acostarte... — murmuró el chicuelo. Y de pronto: — ¿No hay naides allá adentro?

Deolinda tuvo un sobresalto, pero se repuso en seguida.

—Naide, ¿quién va estar?

—No sé. Como ibas a acostarte y al salir de la cocina vide luz. ¿No hay naides, entonces?

—Pero, ¿quién vá a haber, papanata?

Enmudeció Celestino y Deolinda se fué, algo molestada por la pregunta del gurí. ¿Habría reparado aquel demonio que Nicasio no se había ido?

Apenas el muchacho se cercioró que Deolinda había entrado en el rancho, abandonó su rincón en el suelo y fué a aplicar su oído en el puerta. Libertad, que estaba tendido por allí cerca, vino a colocársele al lado, curiosamente.

La verdad es que el gurí, al concluir de cenar, advirtió la luz que filtraba por la puerta del rancho, y, curioso como buen muchacho, se había aproximado. Fué así como creyó advertir dentro la conversación de dos personas, y quedó desconfiado. Pero, ¿con quién podía hablar Deolinda? ¿por qué había de encerrarse sola, de noche, con alguno?

Largo rato permaneció allí, mas no oyendo ningún ruído, concluyó por irse a dormir. Ahora el cielo estaba iluminado por un resplandor continuo y lívido.

Deolinda, entretanto, se había quitado las ropas y se disponía a acostarse también. Nicasio, que en su ausencia había hecho nuevas libaciones, la apuraba con palabras atrevidas, que a la infeliz le sonaron mal. Pero fué la impresión de un momento: ciega y apasionada como lo estaba, no podía adivinar el espíritu bestial y torpe de su amante que el alcohol empezaba a sacar a la superficie.

X

De pronto, los ojos de Nicasio se posaron sobre una medalla que tenía Deolinda pendiente al cuello.

—¿Qué es eso? ¿tenés una medalla?

—Sí, es un recuerdo de mama, — contestó la joven, metiéndose rápidamente en el lecho.

Nicasio no paró mayor atención en el dije. Al sentir a su lado el cuerpo de la linda chinita, no pensó más que en la satisfacción de sus brutales instintos. Entonces pretendió darle un beso, pero su aliento emponzoñado de alcohol le dió en la cara a la muchacha, haciéndole volver la cabeza.

—Vamo, no te hagás la sonsa.

Y enderezándose sobre un codo, procuró ladearle la cabeza. Con tales esfuerzos, la medalla volvió a quedar en descubierto sobre el pecho desnudo de Deolinda. La luz de la vela dió en pleno sobre ella y Nicasio pudo verla más distintamente.

—Sacáte eso, — ordenó, asaltado por un vago instinto supersticioso; — no precisamos aquí la estampa de la Vírgen.

—Si no es la Vírgen, querido, — arguyó Deolinda; y para demostrárselo, dió vuelta al dije, agregando: — Es un adorno, no más. ¿Ves?

Súbitamente, Nicasio se extremeció como si una pila eléctrica se hubiera descargado en él. La medalla, que en el anverso tenía una imagen femenina

cualquiera, en el reverso, que ahora le ponía Deolinda ante los ojos, tenía grabado un nombre de mujer, Joaquina; encima de éste, una palomita con una piedra roja en el pico; y debajo, una fecha. Un recuerdo vibró nítido al través de la niebla de su borrachera.

—¿Qué medalla es ésta? ¿Diánde las has sacáo?, — inquirió con angustia, pasándose la mano por la frente porque dudaba de su razón.

—Pero, ¿no te lo dije ya, querido? Es un recuerdo de máma.

—¿Se llamaba Joaquina la mujer del viejo Abdón?

Entonces Deolinda, movida por ese deseo de las confidencias que mueve a las muchachas enamoradas, se apelotonó mimosamente contra él y empezó a decir muy bajito:

—Te viá a contar. Yo no soy hija del viejo Abdón. A mi me recogió cuando chica una vecina de aquí, que aura es finada, llamada Saturna...

Da un salto, Nicasio estuvo en pié al lado de la cama. Sus ojos, extraordinariamente fijos, devoraban a Deolinda, reconociendo en ella las facciones de la muerta. Empezó a temblar como un azogado.

—¿Qué hay? ¿qué te pasa? — inquirió ella, asombrada.

—¿Quién jué tu máma? ¿quién jué tu tata? — preguntó ansiosamente Nicasio con voz sorda y precipitada.

—A tata no lo conocí nunca. La finada Saturna me decía siempre que jué un mal hombre, que había engañado a máma y que juyó del pago pá que no lo matara el tata de mi máma, que era el italiano...

—Foggiani? — rugió Nicasio, vibrante, sin esperar el nombre que ella iba a decir.

—Foggiani, — ratificó Deolinda; — ¿cómo sabés?

Algo así como un gemido animal y rudo salió de la garganta de Nicasio. Tambaleándose, retrocedió unos pasos y fué a apoyarse contra la mesa; pero sus ojos, vidriosos y turbios, clavados en la muchacha, empezaron a revelar el creciente extravío de su razón. En medio de su borrachera, los recuerdos empezaron a danzar como fantasmas. Ya no distinguía bien la realidad presente de todo aquél trágico pasado que de pronto despertaba en su memoria. En la mujer viva creía ver renacer la muerta. Perdió la noción del sitio en que se encontraba y el miedo empezó a morderle el corazón. Y en ese preciso instante el estallido formidable de un rayo, revibrando en el espacio, como si se hubiera abatido sobre el rancho mismo, concluyó de enloquecerlo.

Nicasio de irguió, pasándose la mano por la frente. Todo su cuerpo temblaba. La boca, espesa de alcohol, tartajeó angustiosa:

—¿Qué es eso?

—Debe haber tormenta, porque cuando salí hoy al patio pá ver al·gurí el cielo estaba lleno de rejucilos. Pero, ¿qué tenés? ¿por qué estás ansí?

Levantándose, a su vez, procuró acercársele. Nicasio, demente, como quien rechaza una visión, aulló:

—Salí, no te acerqués...

—¡Nicasio! — balbuceó la joven, atemorizada a su vez; — ¿qué hay? ¿qué pasa?...

—Salí, salí, salí, — repetía él, rehuyéndola, pero sin poder apartar los ojos de aquella medallita que en otros tiempos regalara a Joaquina.

La tempestad se desencadenaba fuera con furia inaudita. El resplandor de los relámpagos filtraba continuamente por el resquicio de la puerta. La lluvia caía a raudales y el viento silbaba frenético, con estridores verdaderamente lúgubres. Otro trueno enorme se desgajó en el espacio y una brusca

racha de viento sacudió la puerta del rancho como si fuera a hacerla saltar.

—¿Qué hay? ¿quién es? — clamó Nicasio, volviéndose hacia la puerta.

El terror y la ebriedad le robaron en ese momento el último lampo de inteligencia. Transfigurado, demente, en el paroxismo del miedo, empezó a decir:

—Es el italiano... No hablés...

—Tengo miedo, — susurró Deolinda, sin comprender.

—¡Chist! Es él... ¿No lo óis? Detrás de la puerta...

—¡Por el cielo, Nicasio!, — clamó Deolinda, — ¿qué querés decir? ¿qué es lo que sentís?

—Es él, el italiano, ¿no lo óis? Viene a vengarse; viene a matarme porque engañé a Joaquina...

Deolinda se irguió. Un presentimiento rápido, fulminante, la hirió en mitad del pecho como una puñalada. Pero, no; no podía ser! Al primer sentimiento de horror, sucedió en su ánimo otro de angustia. Y entonces, anhelante, marchó hacia Nicasio y posó las manos como garfios sobre sus hombros:

—¿Tú juíste el que engañaste a máma?

—¡Chist! ¡qué no te oiga!

—¡Tú sós mi tata, entonces?

—¡Pero, calláte, por el demonio! ¡Me vas a perder!

—Hablá, hablá! — aulló Deolinda, enloquecida, sacudiéndole como un estropajo; — ¿sós mi tata, no? ¿sós mi tata, no?

Y él, inconscientemente, dominado por el terror e idiotizado por la borrachera, contestó:

—Yo no sé; pero no me perdás...

Entonces Deolinda se revolvió como una fiera, buscando algo, no sabía qué, — algo para fulminar al miserable que había deshonrado a su madre, como acababa de mancharla también a ella. Un latigazo de odio le extremeció el corazón, y de pronto un ánsia irrefrenable de venganza animó todo su ser. Convertida a su vez en fiera, miraba a aquel hombre, temblando, enfebrecida, sin saber como castigarlo. Quería hacer algo;, escupirle al rostro su engaño; maldecirle; destrozarle con sus uñas; no sabía, en fin... Pero, de súbito, iluminada por una idea, marchó hacia la puerta, la abrió de par en par sobre la negrura horrenda de la noche, y aulló:

—¡Libertá! ¡Aquí, Libertá! ¡Aquí, Libertá!

El perrazo negro oyó los alaridos de su dueña y vió en el marco de la puerta su sombra blanca. Desde el galpón donde se había refugiado, llegó corriendo a saltos, bajo el torrente de lluvia.

—¡Aquí, Libertá!

Y cogiendo entonces al perro por la piel del cogote, le enseñó aquella sombra blanca que temblaba azotada por el terror en el otro extremo de la habitación:

—¡Chúmbale, Libertá!

El perro saltó como una fiera. Nicasio le vió venir derecho sobre él, y en su demencia clamó todavía:

—¡El italiano!....

Pero ya el temible animal le había cogido en una de sus piernas desnudas. Un aullido de dolor se escapó de su garganta, y se bajó para desprenderse de aquel fantasma negro que le atarazaba. Hubo un momento de lucha feroz entre las sombras. El perro gruñía rabiosamente; el hombre,

gemía por el dolor dilascerante. De pronto, la mesa, empujada violentamente, cayó sobre el animal, dándole enmedio del espinazo. Soltó Libertad su presa un instante, y entonces Nicasio echó a correr, desnudo y sangrante, por enmedio del patio, bajo la lluvia frenética que caía a oleadas, en movibles columnas...

Deolinda creyó que se escapaba:

—¡Aquí, Libertá! ¡pronto!

Pero el perro, sin aguardar la orden, se había lanzado como una flecha detrás del fugitivo. A la luz de un vivísimo relámpago, Deolinda pudo ver a Nicasio huyendo hacia el cardal y a sus alcances el perro. Entonces, ella también dió a correr detrás de ambos.

—¡No lo dejés escapar, Libertá! ¡Chúmbale! ¡chúmbale!

Otro grito de dolor del fugitivo le reveló que el perrazo le había dado alcance. Y, en efecto, cuando llegó al camino, que festonaba el ancho cardal, advirtió una pelota informa que se revolvía entre el fango y la lluvia.

—¡Socorro! ¡Socorro!,—clamaba Nicasio, debatiéndose con el feroz animal.

Y Deolinda a su vez, repetía rabiosamente:

—¡Chúmbale, chúmbale!

Tropezó Nicasio en unas matas y rodó al suelo. El perro, enardecido, le saltó al cuello.

—¡Soco..., — quiso clamar el miserable; pero los dientes feroces e implacables se cerraron, hundiéndose, en la garganta, y la palabra se trocó en un ronquido sordo y estertórico. El perro, bien cogida la presa, la sacudía ahora rabiosamente, desgarrando las carnes, el esófago, la carótida. En vano las manos crispadas del hombre habían cogido por el pescuezo al animal; poco a poco se distendieron y quedaron rígidas.

Entonces, con la seguridad de su instinto, Libertá soltó su presa. El hombre no se movía; estaba muerto.

Un largo relámpago viboreó en el cielo y casi en seguida un trueno enorme se desgajó sobre le tierra, conmoviéndola hasta las entrañas.

EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE

genía por el dolor dilascerante. De pronto, la mesa, empujada violentamente, cayó sobre el animal, dándole enmedio del espinazo. Soltó Libertad su presa un instante, y entonces Nicasio echó a correr, desnudo y sangrante, por enmedio del patio, bajo la lluvia frenética que caía a oleadas, en movibles columnas...

Deolinda creyó que se escapaba:

—¡Aquí, Libertá! ¡pronto!

Pero el perro, sin aguardar la orden, se había lanzado como una flecha detrás del fugitivo. A la luz de un vivísimo relámpago, Deolinda pudo ver a Nicasio huyendo hacia el cardal y a sus alcances el perro. Entonces, ella también dió a correr detrás de ambos.

—¡No lo dejés escapar, Libertá! ¡Chúmbale! ¡chúmbale!

Otro grito de dolor del fugitivo le reveló que el perrazo le había dado alcance. Y, en efecto, cuando llegó al camino, que festonaba el ancho cardal, advirtió una pelota informa que se revolvía entre el fango y la lluvia.

—¡Socorro! ¡Socorro!,—clamaba Nicasio, debatiéndose con el feroz animal.

Y Deolinda a su vez, repetía rabiosamente:

—¡Chúmbale, chúmbale!

Tropezó Nicasio en unas matas y rodó al suelo. El perro, enardecido, le saltó al cuello.

—¡Soco..., — quiso clamar el miserable; pero los dientes feroces e implacables se cerraron, hundiéndose, en la garganta, y la palabra se trocó en un ronquido sordo y estertórico. El perro, bien cogida la presa, la sacudía ahora rabiosamente, desgarrando las carnes, el esófago, la carótida. En vano las manos crispadas del hombre habían cogido por el pescuezo al animal; poco a poco se distendieron y quedaron rígidas.

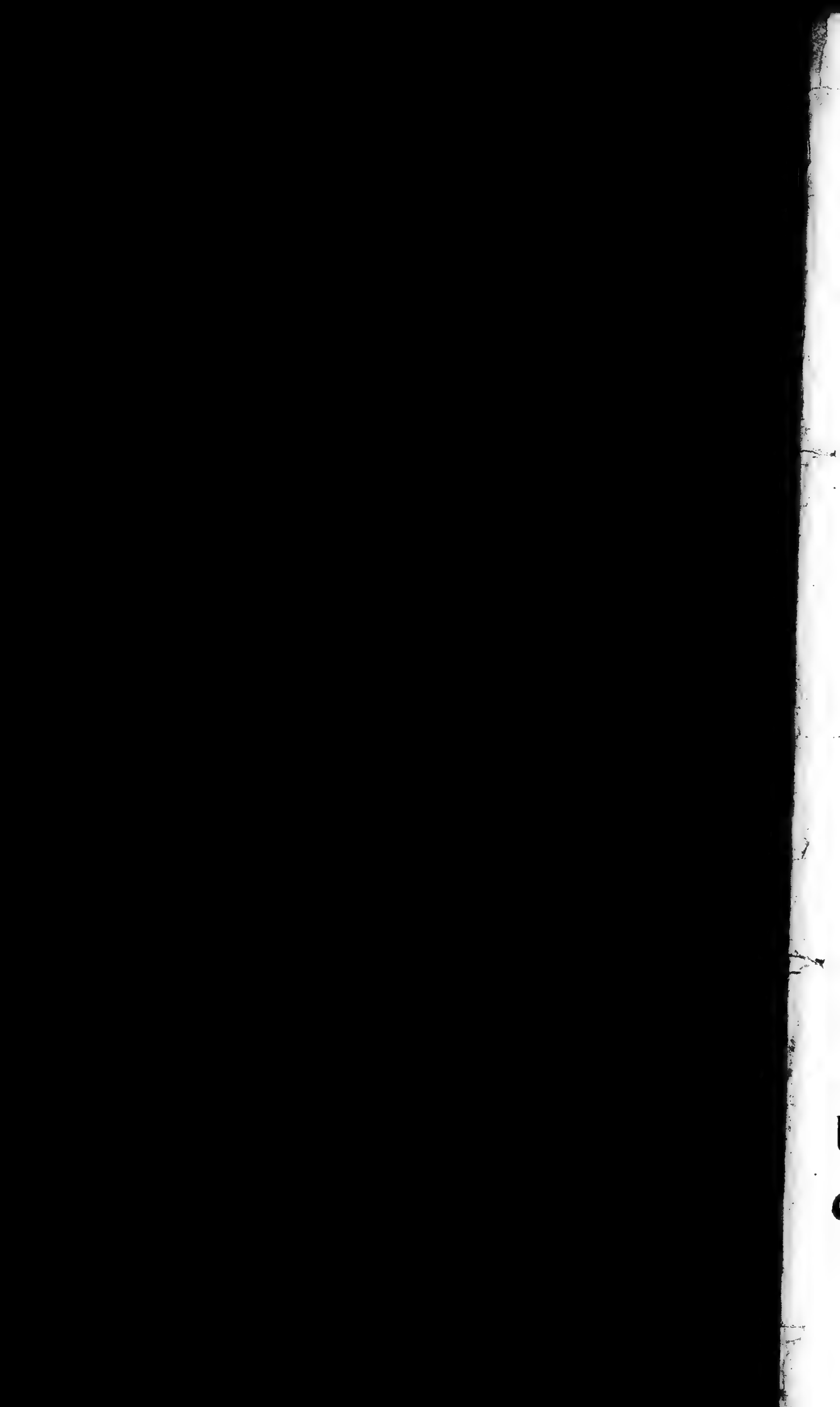
Entonces, con la seguridad de su instinto, Libertá soltó su presa. El hombre no se movía; estaba muerto.

Un largo relámpago viboreó en el cielo y casi en seguida un trueno enorme se desgajó sobre le tierra, conmoviéndola hasta las entrañas.

EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE

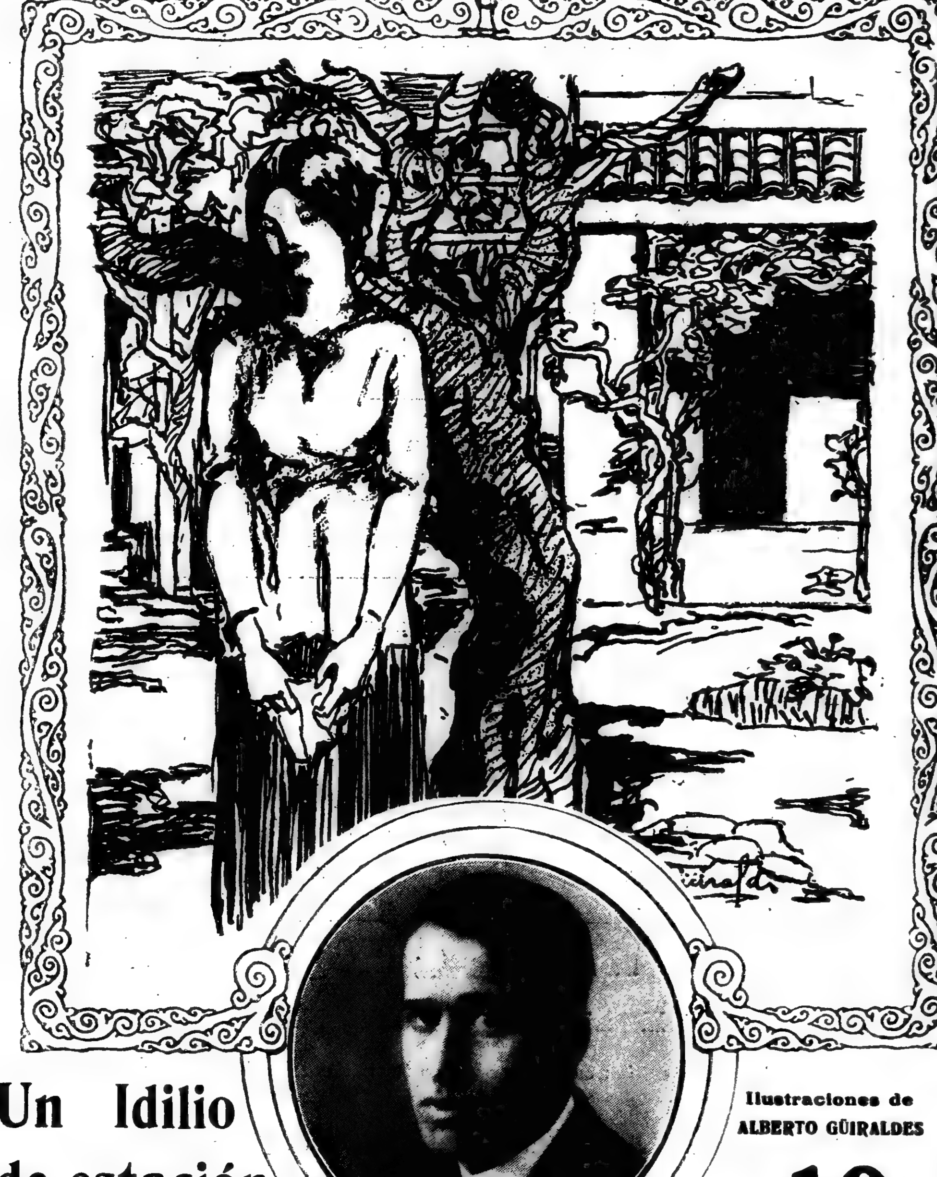
Pídanla en todas las buenas Perfumerías y Farmacias

Otero y Co. impresores, Perú 856-58, Bs. As.



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, MAYO 3 DE 1918 TOMO I - N.º 4



Un Idilio de estación

POR

RICARDO GÜIRALDES

Ilustraciones de

ALBERTO GÜIRALDES

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

ADMINISTRACIÓN: PERÚ, 856 — U. T. 73 B. O.

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.

El próximo Viernes publicará:

El botón del calzoncillo

del renombrado periodista **Eustaquio Pellicer,** ilustrado por **Rojas.**

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

ADMINISTRACIÓN: PERÚ, 856 — U. T. 73 B. O.

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: **10** cts.

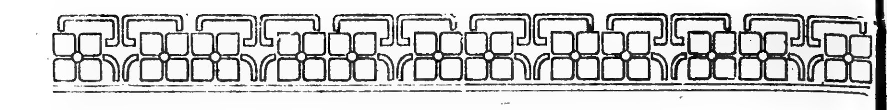
NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.

El próximo Viernes publicará:

El botón del calzoncillo

del renombrado periodista **Eustaquio Pellicer,** ilustrado por **Rojas.**



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 3 DE 1918 — TOMO I N.º 4

Con el presente número, el señor Horacio Quiroga abandona la dirección de EL CUENTO ILUSTRADO.

UN IDILIO DE ESTACIÓN

RICARDO GÜIRALDES

Ilustraciones de ALBERTO GÜIRALDES

I

Lobos es un pueblo tranquilo, en medio de la Pampa. Por sus calles, franjeadas de árboles, vaga un aburrimiento indiferente; pocos peatones asonan en sus veredas, pasos delatores como lonjazos, y salvo la hora del

tren y los estivales paseos por la plaza, fresca de quietud nocturna, nada se estremece en la seria siesta, que una moral de solterona impone a las expansiones francas.

Lobos posee una plaza, como todos nuestros pueblos. La plaza, como la de todos nuestros pueblos, se estira, frente a la iglesia, rapada por un

reciente sacrificio de plantas viejas: y el verde del césped, refrescado a diario por el flexible y largo biberón de una manga, se envanece de su artificial lozanía.

La iglesia es al estilo colonial, con grande atrio de baldosas rojas, ribeteado por una escueta franja de mármol, que simula un escalón. Frente al templo, plaza de por medio, está la comisaría, con su escudo ad-portas y su comisario u oficial, venteándose al compás isócrono de un policía ex-delincuente, que le ceba mate a venia limpia. En una de las cuatro esquinas, muy "rastaquoére", la sucursal del Banco de la Nación mira de arriba, pues tiene dos pisos; en la segunda esquina, invita a "hacer la tarde" la confitería del Jardín, que los parroquianos designan por "lo del basco"; y mientras en la tercera ríe la vidriera de un almacén, en la cuarta, la botica recuerda que existen dolores.

Esto es cuanto requiere el pago: Justicia, alimento, dinero, vicio e ideal, por cortas dosis.

Una de las calles laterales de la plaza, es la arteria principal del vivir pueblero. Se llama "La calle Real" y está empedrada. Entre el caserío apunta, ya, la pretensión de un Luis, diez y pico, imitación piedra, afortunadamente atenuado por dos troncudos paraísos viejos, que el dueño de casa se encargará de voltear, cuando sea intendente, so pretexto de que no son árboles finos.

Atraídos por el privilegio de aquel adoquinado, ruidoso bajo las llantas y las herraduras, se han alineado: el "Hotel de París", el "Club Social", la "Platería del Globo", la "Tienda del Progreso" y la "Zapatería Modelo".

Hacia cualquier lado, a cinco o seis cuadras del centro, constituído por diez manzanas, la edificación cerrada codo a codo, en monótona seguidilla de edificios incoloros, comienza a alegrarse de una que otra planta, cuya copa serena asoma por sobre los terrosos ladrillos de los tapiales, rematados en vértice, como los castillos de barajas. Algunas casas se enjabelgan de rosas, celestes y verdes de papel secante; los contramarcos de puertas y ventanas, enrejadas las más de éstas, se recuadran de un color opuesto al de la fachada y, por los zaguanes, entrévense parrales, a veces reflejados en las espejeantes baldosas del piso.

La pulpería arrabalera, antiguo hospedaje de troperos en el callejón, huele a desierto por más que, casera e inofensiva la tornen un par de "tungos legañosos" (uno palomo, otro picazo) durmiendo entre las varas de un "charré" chacarero. Y las quintas hacen su guión efímero, entre el pueblo y los vastos horizontes de las estancias, a las cuales los patrones de veraneo, traen periódicamente el único estrépito de vida rica, del partido.

Lobos tuvo su alma sencilla y primordial como el macachín de otoño. Lobos pensaba, amaba, vivía a su modo; mas vino la paralela infinitud de los rieles veloces y el tren, pasando férreo de indiferencia, de horizonte a

horizonte, de desconocido a desconocido, esfumó sobre el pequeño pueblo su penacho pasajero y Lobos padeció de aquel veneno.

II

Venía esa tarde, en un vagón del F. C. S. un joven vestido a la europea, irreprochablemente: Corbata, cuello, traje de briches y botas de curva impecable. A su lado tambaleaba una valija a la cual adheríanse pedazos coloreados de papel, indicando residencias pasadas en playas y balnearios de moda; colgando de la incómoda percha venía el gabán y los guantes de abultada costura fingían amputadas manos sobre la polvorienta mesa, en cuyo centro bailoteaba un litro de agua, hecho esfera dentro de la panzuda jarra de pretencioso cuello.

La prestanza del tal mozo, bien decía su educación ultramarina; su tez mate dividida por la nariz fina y descarnada, los pómulos cetrinos y exangües, el porte de ósea rectitud, delataban un puro origen castizo, y una ingénua alegría de raza nueva, hacía fuerte la franca alegría de su sonrisa fácil.

El inspector lo llamó Don Carlos, al pedirle los boletos. Su edad oscilaba entre los veinticinco y treinta; su actitud era displicente, pues miraba en un diario los precios de las ventas en corrales.

Dieron los vagones una zamarreada a descompás; calló el asmático jadear de la máquina; pasó un farol amarillo, fajado de un letrero ilegible; alzó el nivel de la tierra el andén, limitado por una fila de plátanos; detúvose el tren frente al iluminado corredor de la estación, techada a buena altura, quedando así apartada la noche.

"Lobos".

Bajó gente, subió gente; la caldera chistaba con alivio de globo que se deshincha; un zumbido de avispero cruzaba entre los paseantes: políticos en campaña, mozos elegantes de orión gris y capellada clara, personajes luciendo sus personalidades oficiales, compadritos de chambergo listo a escurrirse por la frente y melena engrasada de perfumes pringosos, cocheros esperando viajes, peones en busca de correspondencia o encomiendas, y, como flores de aroma entre el bosque bruto, las muchachas de Lobos, esas muchachas coquetas y virtuosas, exuberantes y puras como las madreselvas olorosas.

Mirábalas Carlos con indiferencia de "amateur de lujo"; unas iban, otras volvían, con discretos recatos o exageradas risas, nerviosas quién sabe porqué.

Tres pasaron del brazo, marchando con pausa: una de celeste caramelo, otra de rosa caramelo, otra de amarillo caramelo; hacia la ventanilla de Carlos, miraron con tan descarada curiosidad que éste se sintió molesto, listo a erguir el pecho y congestionarse en agresivas violencias, ante aquellas chicas que se mofaban de él. Para defenderse, miró a una de entre ellas, pensando sería fácil intimidarlas aisladamente, pero la chica aguantó la fuerza de sus pupilas como una madera una cuña. Alejábanse ya. Dos o tres veces recorrieron así el andén de punta a punta, ablandando el andar con muelle pereza de engatuzadoras. Carlos no se ofendió más, por si broma había en la cosa; satisfacíase en amontonar su vista en torno a aquel cuerpito gentil y ondeante que se alejaba como a disgusto, o en concentrar sus ojos en las pupilas claras, que se hacían penetrables y mansas como las límpidas aguas de los manantiales.

Y es que ella también se sorprendía de sentir sus ojos así, abiertos, como ventanas descuidadas y su cuerpoo primido por extraña aureola de languidez. Sus amigas la habían enervado, con adjudicárselo a ella, como adorador, con cierto sonsonete de hostil sospecha.

—¿Quién sabe si no lo conocías ya?

Pero todo eso era broma y cuando el tren arrancó con anuncio de pito y campana, como el mozo elegantemente ensolapado del vagón-comedor les insinuara un saludo, rieron francamente, corrigiendo aquella burla, con una

escasa reverencia de cabeza que se desmaya hacia el hombro derecho, casi como un abandono.

El furgón pasó ligero, golpeando los vidrios de la estación, con vibrante eco cercano.

III

Se llamaba Rosaura Torres y era hija del viejo Crecencio, dueño de la más acaudalada cochería del pueblo, pues no bajaban de cinco las volantas, bien provistas de guarniciones y tiradas por una caballada gorda.

Era grande hasta una media manzana la propiedad de ladrillo y barro sin revocar.

Al frente principal daba la vivienda, con zagúan, dormitorio, comedor y cocina, todo extendido en hilera a lo largo de la vereda. Formando reparo, por la parte interna, caían del alero como delgadas y largas boas sensuales, complicadas enredaderas, voraces de abrazos. Una pequeña quinta poseedora de un ceibo, tres frutales y cuatro angostos caminos pálidos, crecía nutrida a ambos lados de un parral en bóveda.

Limitando este conjunto de cosas quietas, por donde las mujeres arras-

traban sus faldas en domésticos quehaceres, un cerco de alambre tejido sostenía la urdimbre insidiosa de madreselvas y rosales.

El corralón era casi el campo; con su alero de zinc de media agua, para el descanso de los rodados, un corralito de mala muerte provisto de comedero y bebida para encerrar la mancarronada de turno, un gallinero que aprovechaba las sobras del yeguarizo y un cordero guacho, introducido y dañino, a pesar de su cencerrito de remilgos de niño bien.

Se llamaba Rosaura Torres y era bonita. Sus zapatillas le golpeaban los talones con indolencia de babuchas árabes, sus manos eran hábiles, su risa golosa, sus sueños sencillos; la vida esperaba curiosa detrás de su boca infranqueada.

La mañana era alegre, vivir un regalo de todos los días, las flores hermosas, los gallos cantores de bronces guerreros, las tardes risueñas y quietas, con algo de cuna que mece el cansancio.

Rosaura era bonita y esperaba meter las manos hábiles en la vida, como en su matinal canasto de flores.

IV

Tenía que caminar dos cuadras por una estrecha vereda alta de metro y medio sobre el nivel de la carretera polvorienta, para llegar a la calle Real.

Rosaura salía a eso de las cinco y media, con su traje de amarillo caramelo, empolvada sin razón, y muy contenta, gozando los repetidos incidentes de su peregrinación hasta el andén-corso, donde esperaba, como todos el paso del expreso.

Cruzando la boca-calle, cuidaba de no pisar en falso con sus taquitos Luis XV y no deslucir en la tierra arenosa el brillo tornasol de sus zapatos. A media cuadra dábase las buenas tarde con la vieja Petrona, parada en el umbral de su casa blanqueada, los brazos cruzados sobre la muelle convexidad de su vientre, siempre tembloroso de gruesas risotadas:

—Adiós, doña Petrona.

—Dios te ayude, hija... si vas hecha un alfiñique... pobre mozada...

Rosaura no oía el final siempre crudo de aquellas bromas; apuraba el taconeo menudo de sus zapatitos tornasol, sabiendo que al cruzar la esquina, los ojos masculinos le dirían mejor aún aquellos piropos halagüeños pero repulsivos.

Estaba en la calle Real: Lobos elegante se paseaba de la estación a la plaza, de la plaza a la estación, recamando de saludos y sonrisas el silencio de las veredas de piedra.

Ibanse diligentes y fáciles los minutos, entre conversaciones hueras rectificadas por graciosas o importantes exterioridades; la palabra era como un traje sobre la desnudez sentimental de hombres y mujeres codeándose: ellas con pretensiones de joya expuesta, ellos con prudencias de "amateur" interesado en ocultar sus predilecciones.

La tarde comenzaba a enredarse en los rincones sombríos, cuando el pasear, hasta entonces sin rumbo, se encauzaba hacia la estación. Allí crujían las planchas del salón de espera por donde se accedía al andén invadido gradualmente.

La estación es a Lobos lo que Hide Park a Londres, el Retiro a Madrid, las Aguas de Europa a Constantinopla... si existe modesta y desconocida, culpa suya no es.

Pero olvídense estas evocaciones si no quiere uno hastiarse del lugar. Llega de afuera; el primer tren; son las seis, momento de apogeo hasta las seis y treinta y cinco hora en que pasará el segundo, el importante, el surtidor de emociones bonaerenses. Sobre el flanco de los coches podrían entrelazarse las iniciales de un idilio tanto polvo traen, pero ¿quién se inscribe en tan transitoria página? Rosaura empero puso su nombre en aquel vagón-comedor que traía el elegante ensolapado de la broma.

Tren despiadado para quien el horizonte no es un ideal y que pasas abandonando al repetido aburrimiento del pueblito, la soñadora fantasía de la sentimental Rosaura que escribió en tus flancos su destino.

Rosaura vió muchas veces pasar a aquel mozo elegantemente ensolapado; las amigas siempre la embromaron por las miradas insistentes que ellas tal vez deseaban y la chica sintió algo extraño nublarle agradablemente la razón, cuando aquel mozo la miraba sonriendo, fronterizo al saludo.

Crecía en Rosaura la emoción de un suspiro más grande que su pecho, henchido en la blusa de amarillo caramelo. Y una tarde, como él, bajara so pretexto de caminar un poco y pasara a su lado muy, muy cerca, parecióle que iba a caer inexplicablemente arrastrada por el leve aire que iba trás el hombre aquél.

V

¡Oh, tierna melancolía del jardincito con parra pequeña, jazmines olorosos, laureles blancos y fríos y claveles sexuales, algo está allí ahora para llenarte de milagrosas eclosiones: En Rosaura la simple pueblerita hasta entonces incipiente, de alma sencilla y pastoral como los primordiales macachines del otoño, florece el milagro de un gran amor.

Yo no son monótonos los días, ni largas las horas. Rosaura vive cerrando los ojos para poseerse en sus más intensas emociones. Ya no son inútiles sus coqueterías. Es para él que sus brazos caen significando el consentimiento, es para él que sus pupilas sufren como dos concentraciones sentimentales, es para él que ondea el cuerpo blando de pasividades ignotas, cuando camina absorvida de ensueños, es para él también, que el pecho se le hace grande, grande como un mundo que fuera todo.

¡Qué inmenso es ahora para Rosaura ese mundo insospechado; a veces piensa y teme: ¿Qué será de su vida desde ahora? ¿Es eso amor? ¿La querrá también aquel mozo, inverosímilmente elegante y distinguido? Piensa y teme y deja irresueltos esos problemas que planan imposibles de fijar.

Rosaura cierra los ojos para mejor poseerse en sus más intensas emociones.

Ya no son monótonos los días, ni largas las horas en el pequeño jardín insospechado del mundo, allí perdido en la pampa, que canta su eterno cantar de horizonte ignorando el amor de Rosaura.

Ya está santificado el ambiente y como la primavera no es ensueño, viene la primavera y en los cercos florece a la glicina colgante entre las torceduras de sus gajos llenos de abrazos, la pompa clara de racimos lilas y en las enredaderas que caían del alero como delgadas y largas boas sensuales apenas si se atreve a salpicar la florescencia del jazmín blanco de timidez y vibrante como un campanazo disemina eflúvios de trópico en la madreselva, mientras en sus macetas congestiona a los claveles, purpúreos como crestas de orgullo sanguinario.

El alma de Rosaura se vá en perfume de amor turbado como el olor de las madreselvas; sus mejillas se hacen de jazmín, alucínanse le las orejas con transparencias de uva y en sangre le madura la boca con extraña necesidad de morderse los labios.

El alma enamorada de Rosaura, lentamente se ingiere en su cuerpo.

VI

¡Qué extraño! Esa noche el pasajero considerado como un intangible ideal que pasa sin más misión que sugerir novelas irrealizables, bajó con gran valija, cruzó entre el gentío del andén para tomar uno de los coches del viejo Torres, precisamente.

¿A qué vendría?

Rosaura, como siempre, había esperado en inquieto pasear, el inconsútil idilio de las miradas declaratorias. ¿Vendría? ¿No vendría?

Anticipadamente evocaba en el cuadrado de luz demarcado por la ventanilla, el perfil fino de la cara magra de distinción pálida, abandonando el diario para buscarla a élla con premura delatadora, entre todas las muchachas del andén populoso. Y eran sus ojos nerviosos los que la penetraban de un divinización potente, la seguían posados en sus trenzas negras, en sus hombros, en sus movimientos repentinamente acompasados por inexplicable molicie. Mirarle de frente era casi duro como una violencia material que le encarminaba el rostro con una peligrosa enagenación de ideas. Temía en esos momentos caminar torcido, caer ridículamente a causa de un paso mal movido o darse, contra alguna persona que adivinara su turbación.

En tales evocaciones caminaba Rosaura del brazo de sus amigas, enredándose en conversaciones sencillas de una penosa insipidez, para disimularse.

Cambió la señal luminosa de un verde plácido a la ensangrentada pasión de un rojo; a dos metros sobre las vías corrió aumentando su lumbre, la centella del ojo ciclopeo, que no mira desde la férrea frente de la locomotora, apuntada al horizonte; pasó la estrepitosa emoción del hierro que sufre una vida pasiva de esclavo, al querer de su alma ignea. Rosaura sufría colgada del brazo de sus amigas indiferentes, con sus risas domingueras. Para ella pasada el mundo.

Y esa tarde, ¡qué extraño!, mientras Rosaura buscaba en el marco de la ventanilla el perfil esperado y caía en decepción vió bajar al pasajero, casi con la sorpresa de quien ve vivir un sueño, que ya nos era todo en su inmaterialidad.

Fué demasiado fuerte; Rosaura se sintió brutalizada por aquel acto, parecióle además cambiada su sonrisa y cuando le vió tomar un coche de su padre, con ademán de patrón que entra en sus bienes, sospechando una posible conversación o un saludo ante todo el mundo, sintió en su alma punzar angustias de vírgen poseída.

No gustó de las bromas agresivas, directas y ahora con causa de sus amigas; dejólas sin mayores cariños ni risas, recamar las veredas de insípidos saludos y conversaciones, para entrar en su casa, sorprendida, temerosa como una torcaza encandilada.

VII

Durante toda aquella noche de sueño irregular, Rosaura sufrió la persecusión de un hecho vago y grande sucedido de improviso y cuya influencia sería definitiva en su existencia.

Ya despierta, oyó a su padre andar por la cocina, quebrando leña para el mate mañanero.

Se levantó, reunióse al viejo sorprendido por aquella madrugada innecesaria:

—¿Pon dónde irá a salir el sol?

—Es usted, tata, el que me ha recordao.

—Güeno, andate p'ol gayinero a ver si te trais unas astillitas.

Despertaban claridades diurnas en el corralón, cuando Rosaura, en busca de las consabidas astillitas, vió la volanta de Lucio preparada para salir.

Se encontró sobre el paso de ésta y fingió asombrarse ante aquella partida imprevista.

—Voy al Hotel, niña, a yevar un forastero que viene a ver haciendas.

—¿Y por qué has atao cadenero?

—Parece que vamos a andar mucho... tal vez hasta que cierre la noche.

Lucio ladeó la boca entreabierta, haciendo sonar la lengua contra el paladar, en señal de arranque; la atadura despareja desapareció por el portón y la volanta se descaderó en un pozo con cómica desverguenza de china corrida.

—Hasta luego, niña!

Fué exageración del cochero; cuando Rosaura bajó a la tarde por la Calle Real, luego de haber saludado a doña Petrona, y cuidadosa de no ensuciar en el polvo de las boca-calles sus zapatitos tornasol, recibió como un golpe, la sorpresa de ver a Carlos, sentado en torno a una pequeña mesa, frente al Hotel de París, acompañado del caudillo Barros, del martillero de ferias González, del intendente Iturri y de otros personajes de momentáneo auge.

Fuerza fué que Carlos la saludara, como los demás y fuerza fué que Rosaura respondiera cortésmente a todos, aunque se sintiera desnudada por el sonrojo. ¡Qué trabajo mantener el paso natural, y qué verguenza delatarse de esa manera ante diez hombres de descarado mirar!

El amor propio de Rosaura sufría de su impotencia. Era odioso venderse así y la chica herida por aquella supuesta delación de su sonrojo, odió vehementemente al forastero causante de todo. ¿Por qué no quedaron las cosas en su estado anterior, tan fácil en en cual se sentía audaz de entregarse en largas miradas declaratorias? Intensamente la poseyó el temor de tener que hablar en público con Carlos. Su amor fuera hasta entonces tan secreto y juzgaba sus actitudes y coqueteos del andén, tan demostrativos... ¿De qué podrían hablar?... Lo natural fuese tal vez el silencio de las manos unidas, pero era demasiado brusco, demasiado repentino... ¿A solas?... ¡No!, no era eso lo que en Rosaura levantaba un rencor hacia Carlos, era esa confesión pública de seguro comentada torpemente por sus compañeros de aperitivo.

...¡Oh, sí! Le haría pagar cara su humillación y no tendría nadie motivo de hacer chisme a propósito de sus blanduras para con el presuntuoso forastero.

Y esa tarde, en el momento glorioso para el andén de la estación de Lobos, Rosaura, herida en el pudor de su pasión romántica y hasta entonces lejana, estuvo singularmente locuaz y atenta a la cháchara de sus amigas, respondiendo con gracia a las agudezas que le apuntaban como aleznas, y ensañándose con energías de suicida en ridiculizar, al elegante mozo del vagón-comedor que la seguía en sus caminatas con ojos atentos, como faros de automóvil prendidos a la ruta.

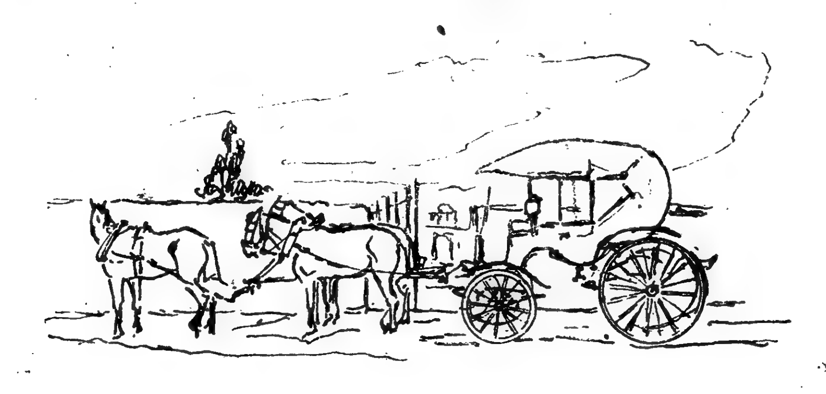
Cuando Rosaura llegó a su casa, extenuada, convencida de haber perpetrado una cobardía inútil, se arrojó sobre el lecho donde patéticamente despeinada, lloró con grandes hipos de dolor, su pasión perdida.

VIII

Por suerte no duró aquel estado de cosas; Rosaura hubiese muerto de pesar. No era posible llorar así durante días y días, enrostrándose culpas tan grandes.

Carlos partiera al amanecer siguiente de aquella tarde incomprensible, dejando en Lobos un dolor mortal, como consecuencia de su paso breve por el pequeño pueblo.

Faltábanle hechos o por lo menos palabras concretas para creer que aquellos coqueteos de la atrevida "chica del andén, se debieran a algo más que a un pasatiempo de pocos minutos y aunque herido por la insolencia



de la mirona de amarillo caramelo, no llevaba más allá sus meditaciones amorosas, ignorando la gran pasión trocada en cuita inconsolable, dejada tras suyo al arrancar de la estación en el cortante frío de una madrugada ventosa.

En el jardin oliente a jazmines, madreselvas y claveles, la pequeña Rosaura se doblegaba de quebrantos como una flor brutalizada por el zumbante paso de un mangangá viajero, que le sorbiera el perfume con agúda penetración de su estileto cruel. Concluyéranse para siempre las alegres salidas a las cinco de la tarde, los saludos a doña Petrona, los cuidados coquetos al cruzar las boca-calles, los remilgos de protesta ante las miradas brutales de los hombres, estacionados frente al Hotel París, los encuentros con las amigas, y los para siempre transfiguradores paseos por el andén, bajo los ojos que la vivificaban de cálidas penetraciones. No quedaba sino llorar. siempre llorar sobre esos recuerdos que llenarían su vida triste ahora y para siempre, como las flores marchitas llenan las tumbas de primaveras pasadas, imposibles de resuscitar.

Rosaura se hubiera muerto, enrostrándose sus culpas, pensando que Carlos, el hermoso y elegante Carlos no volvería nunca más y pasaría en el tren, indiferente a ella, como el ojo ciclopeo de la locomotora al ideal del horizonte.

Eran las cinco, Rosaura recordaba hasta con gestos la que fué su costumbre de años y años; la impaciencia precipitábala hacia el tocador, pero una brusca preciencia de martirio la volteaba de rodillas ante el nicho exornado por palmas cruzadas en ojiva, donde mística rezaba por los siglos de los siglos su virgencita azul estrellada de oro.

"Oh, que se lo devolvieran, con una sonrisa de perdón, que recibiera dos líneas de cariño, para no morir ahogada por esa cosa tan grande, más grande que ella".

Sonaron secos golpes de nudillos en la puerta, anunciando la prudencia

de alguna visita; Rosaura ordenó a prisa el patético desórden de su semblante y entró Carmen, la amiga de rosa caramelo, tanto tiempo abandonada en el desconsuelo del quebranto amoroso.

Y como el abrazo de Rosaura lleno de sollozos y estrujones apasionados fuera una confesión, Carmen encantadora de consuelos, habló sin disimulo:

—¡Ave María!, estate quieta m'hija, si te traigo una noticia que te va hacer reír.

Rosaura vuelta hacia el muro para esconder sus lágrimas, vibraba de hombros a pies, con temblores a veces sacudidos por hondos sollozos de congoja.

—No llorés así... mejor sería que te ocuparas de prepararte un vestido bien paquete para el baile que dá el Clú la semana que viene... ¿No te importa?... Mirá, no seas sonsa, seguí mi consejo, que si no te vas a quedar sin verlo a tu amor!!

—No estoy para bromas, Carmen, sabés.

—¿Bromas?... Sentate y escúchame que te voy a dar datos de primera... Ya sé quién es, lo qué piensa de vos, para qué ha venido y una punta de secretos más.

—¿Y quién te ha contado tantas cosas?

—González, pues, que es el que le ha ofertao las vacas que vino a ver el otro día... y mirá, más te vas a asombrar cuando sepás cómo se llama... Mirá, si pasa por acá siempre es que va a Alvear, a la estancia de Lorenzo Ramallo.

—¿Y qué tiene que ver con Lorenzo Ramallo?

—Que es hijo d'él.

Lejos de desesperarse por aquel apellido conocido entre los más ricos de la República, Rosaura exaltó su pasión con aquel nuevo imposible. Mientras Carlos pasara en el tren, mientras viniera de vez en cuando al perdido pueblito de Lobos y la mirara como hasta entonces, su amor no encontraría sino motivos de crecer.

—¿Y qué más te han dicho? musitó palpitante.

—Que le parece que sós una maravilla, así como lo oís y que va a venir al baile del Clú para conocerte... ¡Ahora llorá, si querés!

Rosaura no lloraba pero empalidecía inverosímilmente. Sufría una tortura de placer demasiado grande y era dolorosa como una preñez aquella plenitud. Más que nunca se le alucinaron las ojeras, bajo los párpados medio caídos, y mientras Carmen parloteaba con alegres comentarios, una sonrisa le ascendió a los labios desde el fondo calmo de su inmenso amor en contemplación.

IX

Vino una época tranquila para la cochería de Torres. Bajo el alero limitado por la fresca florescencia de las enredaderas, el jardincito germinaba acariciado de sol: la quinta abultaba sus legumbres a ambos lados del parral en bóveda, el ceibo aún rojo de copa esparcía finos reflejos en el aire claro de cambiantes luces, el guacho traveseaba entre las faldas femeniles, balanceando las plateadas gotas de su cencerrito endeble.

Rosaura cosía, recostada en su sillón de paja; roturas de sol caían, al través de lianas y hojas, sobre su vestido y cuando con perezoso empuje de su indolente pie, imprimía oscilaciones al sillón, las roturas de sol ondulaban sobre sus formas con imperceptible caricia de calor.

A su derecha un costurero de combadas patas, abría como una nuez su cráneo rebosante de utensilios y a su izquierda, sobre un taburete desequilibrado por el desnivel de las baldosas, amenazaba caer una revista de modas prestada por una amiga estanciera, en ocasión del futuro baile del Club Social.

Feliz, feliz la preciosa Rosaura de fisonomía atenta al trabajo, enhe-

brando promesas a su amor pletórico, bajo el alero sombreado del jardincito quieto de germinaciones primaverales.

De entre los figurines, Rosaura había elegido un modelo de muselina de seda blanca exornada de pimpollos y hojas de helecho finas, como telarañas; el escote apenas fingiría un triángulo tímido y un gran cinturón con moño al costado se dilataría como rosa abierta.

Cuanto sabía ahora sobre Carlos tan poco tiempo hacía, misterioso y de vida ignorada. Carlos se educara en Europa donde más de cinco años durante, estudiara ganadería en un colegio de Cukfield y en visitas por cabañas de Inglaterra y Francia. A su vuelta, don Lorenzo le había confiado el manejo de su campo en General Alvear, lo cual no fué impedimento, para que el muchacho hiciera nuevos viajes hacia Italia, Suiza, Alemania y otros países fabulosos para la imaginación de Rosaura.

Que nuevo galón de gloria le valió todo eso en la admiración de la romántica pueblerita.

Ella iría con él; ella iba con él, como sucede en los cuentos de hadas, hacia tierras preciosas y encantadoras donde todo era fácil como el sueño y donde amarse era cumplir el más sagrado de los deberes. Ella tendría su mano puesta en la de él y él todo lo explicaría sabiéndolo todo; después volverían al jardincito de los viajes y vivirían en la vecindad del corralón para recordar tiempos pretéritos. . .

Rosaura se pinchaba un dedo, sonrojábase más intenso uno de los pimpollos de la muselina y fastidiada por la estúpida interrupción, oprimía con rabia la yema del dedo herido, haciendo así fluir un pequeño manantial rojo.

Estuvo a tiempo concluído el traje.

X

A la vera de la calle empedrada, el Club Social acaparaba veinte varas con su fachada plomiza, desde cuyas ventanas radiantes de luces festivas, manaba una promesa de alegría.

A las nueve de la noche, latían de impaciencia los corazones, siendo ésta hora de dar los últimos toques a los trajes que valdrían sucesos o envidias. A las nueve de la noche toda joven Lobera, sufría cuantiosas angustias de vanidad. Sólo Rosaura pálida como una desposada, cinglada de escalofríos en la primaveral galanura de su muselina floreada de pimpollos, permanecía indiferente a las mezquindades del éxito colectivo, acaparada por su idea fija.

Se había vestido respetuosamente, calzando con cuidados de imaginera, las largas medias de seda áspera, los escarpines de charol fulgente, los hilos tersos de la ropa blanca estrellada de moños amarillos, el corset-estuche rosado como un pudor y había llamado a la madre para con grande miramiento penetrar en los crugientes forros.

Era la hora. Caminó hacia el espejo saboreando en las medidas genuflexiones del paso la sutileza apenas tangible de las telas huyentes, caminó perfilada, con liviandades de aparición, sonrió apenas, alzando en desconcertado asombro sus cejas inquietas y pensó que le gustaría, por aquella inefable docilidad de sus ojos anunciadores de milagro.

Era la hora y estaba lista, pura y vibrante como un cristal herido por la nota lejana de un campanazo broncino. Casi desfallecía en virginales madureces de sacrificio, sintiéndose así adorada por las intactas telas también

vírgenes y solemnes, en su pompa de ornatos requeridos para la ofrenda... "Oh, sí, toda, toda de él" — y una momentánea pérdida de conocimiento la tambaleó hasta el apoyo de la cómoda de donde quedó su mano exagüe y fría como su márfil sobre la roja lucidez de la caoba.

—Vamos, vamos!...

Abríase la puerta, arrojando al cuarto breve y sonante vocerío. Eran las de Sosa que pasaban a buscarla según convenio. Rosaura se cerró sobre sí misma, celosa como una sensitiva.

En el salón de fiestas del Club Social, inconsideradamente detallada por la crudeza hiriente de las luces, la comisión receptora, solemne de distinción, esgrimía un idioma de circunstancia.

Carlos llegara temprano para estarse cómodo en los rincones desapercibidos. Conocía ya el recato enguantado de aquellas fiestas en que rigidez tomaba rango de distinción y esperaba el amontonamiento de horas más tardías. Dominaba ya un espíritu de ingénua cordialidad y era mayor la costumbre del traje ocasional cuando el rematador González pasando su mano de izquierda a derecha pronunciaba quedo los nombres:

El Señor Carlos Ramallo, la Señorita Rosaura Torres.

Para Rosaura aquel acoplamiento de sus nombres y la retirada de González luego de hecho su gesto, cobró la significación de una pregunta ante el altar.

—Mucho gusto, Señor, dijo, y le pareció haberlo dicho todo.

El le ofreció el brazo, como debía ser.

—Si es así, Señorita, será mutuo el placer, pues confieso que para mí era casi una necesidad hablar con usted, considerándola ya como una amiga de mucho tiempo.

Sonrojábase Rosaura.

—Es verdad nos hemos visto tanto!

¡Oh!, el musical encanto de caminar así, los brazos unidos y la palabra emocionada en proximidades de confesión: Y todos Lobos que los veía.

—¿Quiere que nos sentemos?

—Como guste.

Buscaron instintivamente aislarse; salieron por el zagúan rumbo hacia un banco entrevisto en el patio de pronto engrandecido de luminosas elaboraciones estelares, allí muy lejos en el cielo infinito, recuadrado por la cornisa ingénua de color plomizo.

—Aquí se está bien.

Sintiéronse aliviados de ficciones, la noche nada sabe de etiquetas y el amor está en todo, naturalmente.

Callaron. Rosaura mirando el broche de su guante puesto para la fiesta, interrogó en el tono fraternal que la noche imponía:

—Yo quisiera saber algo de Vd. ¿no le incomoda contarme...? he vivido tan solita aquí.

Permanecía Carlos en silencio; contar a la pequeña Lobera sencilla sus complicadas aventuras de elegante fuera sacrilegio de Tenorio barato.

—No crea que valgan gran cosa mis diversiones.

—Pero y todo lo que ha viajado por esas tierras de Dios.

—De algunas tengo buenos recuerdos...

Y poco a poco, dejándose resbalar en fantasías, sugeridas por la proximidad de la preciosa Rosaura, parecióle encontrar recién a las cosas lejanas, sus verdaderos encantos.

Sorprendióse al oír su voz pronunciar con sincero acento:

—Esos viajes entristecen cuando uno los hace solo!

¿Qué ridiculeces más iba a decir?

Rosaura empero no sabía aún que ridículas fuesen las palabras de gastado romanticismos y columbrando una indirecta alusión jugó más que antes atenta, con el broche de su guante comprado para la fiesta.

Maliciando una moda, otras parejas siguieron a Carlos y Rosaura hacia

el patio y ya la noche quebrada en su silencio perdió imperio. Carlos recordó otras escenas donde también gorgeaban risas y mareaban perfumes.

—¿No quiere bailar una pieza?

No bien entraron al salón, un mozo reclamó de Rosaura el compromiso para aquella polca. Carlos se encontró de pronto solo y como pasara cerca su amigo el rematador, rogóle le presentara niñas, diciéndose que así disimularía el motivo de su asistencia a la fiesta.

Bailó poco, temiendo que su costumbre del tango le traicionara en un paso y le expusiera a una escena de decoro. En cambio, conversó esforzándose en ser locuaz.

La hija de Barros, era una hermosa guarangota de voz llamativa, de cuya rolliza delantera de paloma buchona salían en balumba los más desconcertadores discursos.

Qué descanso, qué placer, cuando nuevamente se encontró con la simple Rosaura, toda amor, en un banco del patio ahora desierto por la gula del bufete donde se engulle gratis.

—¡Oh, Señorita, cómo me cansan sus amiguitas de Lobos!

—No me diga señorita.

—Gracias, Rosaura, cómo me aburren, todas estas personitas de fiesta. — Verdad, si no me fuera casi necesario sentirme amigo al lado suyo, escaparía a todo trote. Quédese conmigo un rato, tan largo como quiera o pueda sin compromisos, y le agradeceré.

—¡Ya vé que pronto nos entendemos!, rió Rosaura, pero, desgraciadamente, tendría mucho que sufrir del chisme quedándome con usted, el tiempo que quisiera.

—¿Y es mucho ese tiempo?

Rosaura volvió a absorverse atenta al broche de su guante y callaron subyugados por lo que recíprocamente adivinaban.

Y fuerza es cuando no quiere decirse lo que el alma dicta, tocar puntos sencillos para no distraerse de lo que en uno canta.

—¿Siempre se aburre, Rosaura?

—... Antes no; me bastaba con los quehaceres y los paseos a la estación o la plaza, donde me encontraba con mis amigas y nos divertíamos con bromas y pavadas. . . ahora me faltan otra porción de cosas... me parece tan triste el pueblo y pienso que usted, por ejemplo, corre tanto mundo, vé tanta cosa. . .

—Y, sin embargo, ya vé que vengo al pueblo.

Por decir algo, sintiéndose sin embargo aterrorizada por su decir, Rosaura, murmuró:

—¡Algún motivo tendrá!

—¿Y no lo sabe?

—¿Cómo lo había de saber?

—Por su amiga Carmen.

Esta vez Rosaura sufría; en las cejas de Carlos una contracción decidida le endurecía la expresión, algo vago en la sonrisa presagió no sé qué frase terrible.

—Por favor, Carlos, cáyese!

Distendiéronse las cejas, borróse la sonrisa forzada?

—No necesitamos decirnos mucho.

Era la verdad y como estuviera en pie difícil, aquél diálogo fraternalmente comenzado, Carlos contó cosas de la vida europea, ante la infantil atención de la pueblerita curiosa, de ojos crédulos.

Pasado un grande rato fácil y de confiadas charlas, Carlos tomando rango de consejero prudente dijo en chanza.

—Bueno y ahora vaya a bailar con sus amigos, si no van a decir que somos novios...

—¡Ave María!

—De todos modos, si Vd. quiere, seremos buenos amigos.

—Sí... ahora vaya a saber, cuándo vuelve!

—Ya verá... tengo arregado un programita para que no sea tan de tarde en tarde...

Rosaura entró al salón, separóse de Carlos sin ocurrírsele una pregunta explicativa.

Y esa noche, concluyó la primera entrevista de la pequeña pueblerita, con el joven elegante del vagón-comedor, convertido ya en cordial amigo, lo cual es mucho decir para un ideal que pasa sugiriendo grandes ensoñaciones irrealizables.

XI

Desde aquel día de fiesta tan saturado de aproximaciones amorosas, el tren de las 6 y 35 dejó de pasar, como ideal intangible, al joven del vagón-comedor elegantemente reclinado en el recuadro de su ventanilla lumbrosa. Carlos encontrara solución mejor y haciendo el sacrificio de voltear perezas, de mal dormido, a las cinco de la mañana embarcábase para pasar el día en Lobos.

Blanqueaba ya muy arriba el sol, cuando Carlos descendía entorpecido por su valija londinense, cuadriculada de avisos hoteleros.

Un coche del viejo Torres manejado por Lucio le llevaba hasta el Hotel de París, donde "hacía la mañana" con González, Iturri y otros personajes de auge momentáneo; almorzaba con apetito de viajero y dormía una reponedora siesta, hasta las cuatro, hora en que tomaba te a la vera de la calle empedrada, amagada de precursiones paseanderas.

Y todo esto, sólo por la media horita de la tarde en el andén populoso de la estación abigarrada de compacta concurrencia.

De punta a punta del andén flanqueada de sus amigas la de rosa caramelo y la de celeste caramelo, Rosaura marchaba con muelle pausa de engatuzadora, respondiendo con sonrisas de flor que se abre a las miradas de Carlos ahora su amigo de cariñosas palabras.

Muchas veces pasaba así y Carlos amontonaba su vista en torno a aquel cuerpito gentil y querido que se alejaba como a disgusto, o concentraba sus ojos en las pupilas claras, penetrables y mansas como ventanas abiertas para una cita de amor.

Pero venía por fuerza el momento: Llegaban los vagones del expreso zamarreados a descompás; callaba el asmático jadear de la máquina; deteníase el tren luminoso frente al corredor techado, quedando así apartada la noche.

Subía gente, bajaba gente, golpeábanse los minutos barranca abajo del reloj que siempre camina; sobre los flancos polvorientos del vagón-comedor, mientras decía sus últimas frases de discreta despedida, Rosaura inscribía entrelazadas iniciales de idilio. Y de improviso, haciendo una gran rasgadura de dolor en el alma de la pueblerita enamorada, anunciaba el chiflido brutal, el arranque. Separábanse los coches como estiradas vértebras de reptil en fuga, sonaban desde la máquina al furgón los férreos tirones de las coyunturas y paragolpes, Carlos saludaba de pronto empequecido por brusco distanciamiento; el furgón pasaba ligero, golpeando los vidrios con vibrante eco cercano.

Y era al frente la honda indiferencia de la noche estrellada en la cual se apagaba dolorosamente el estrépito fugaz del tren, que se va, mirando con la blanca ceguera de su ojo ciclopeo, el horizonte cuya atracción no entiende.

Pobre Rosaura, así abandonada con su pasión, demasiado grande para ella, en el insípido aburrimiento del pueblito, perdido en la Pampa, que ignora la vida de las pequeñas románticas pasionarias.

XII

Sin embargo, salvo los desconsoladores momentos de la partida dolorosa como un hecho definitivo, la existencia de Rosaura rebosaba felicidad.

En su jardín ahora pletórico de impulsos primaverales derrumbaba, en cataratas lilas, sus pesados racimos la glicina; y el alero, sombrío, se cortinaba de hojas, salpicadas por coloreadas campanillas, jazmines y madreselvas.

Influída por estivales sopores, Rosaura languidecía al correr de las horas en deriva.

Sentada en un sillón de hamaca, bañada de perfumes florales, trabajaba sin descanso, la aguja rápida en sus manos hábiles.

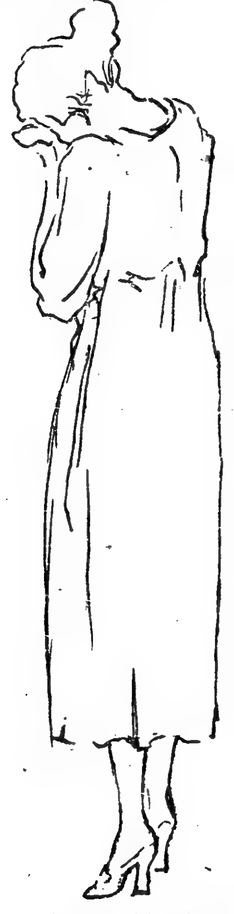
A su derecha el costurero, de combadas patas, abría como una nuez su cráneo rebosante de utensillos y a su izquierda sobre un taburete desequilibrado por el desnivel de las baldosas desparramábanse multicolores figurines, conseguidos de su amiga estanciera, que ya le enviara sus revistas, cuando los preparativos para el baile del Club Social.

Feliz, más allá de lo explicable, la preciosa Rosaura de fisonomía atenta al trabajo, evocando recuerdos de entrevistas con el bienamado Carlos tan digno de todas las pasiones.

Rosaura tenía muchos figurines, porque de pronto se encontrara abominablemente provinciana, en sus ropajes de tienda campera. Y qué placer dedicar así su vida a aciahiciarse de ropas sabias en coqueterías interiores. ¡Oh, los moños y los hilos blancos, como hostias, en torno de su cuerpo virginal, todo ofrenda para los misteriosos ritos de la adoración! Lentos los arrullos de venideras felicidades, invadían su fantasía. Ella sería digna de él, simple, sí, e ingénuo como los macachines del otoño, pero pasional, olorosa, exuberante, como las madreselvas salvajes, bajo el gran sol de un amor todo en holocaustos.

Inefablemente idénticos, íbanse los días por el jardincito de la cochería de Torres, sublimizando por el alma intensa de Rosaura, la soñadora pueblerita que supo querer, confiada siempre en su Carlos, emblema de todas las perfecciones, que pasaría mañana, pasado mañana o la semana entrante, para decirle a ella su amor con los ojos, darle la mano, un ramo de

extrañas flores puebleras, e irse a la tarde en la angustia de una separación dolorosa como un hecho definitivo, pero para volver mañana, pasado mañana, o la semana entrante, porque ése era su destino.



XIII

La noche que sabe de sortilegios, tornaba casi fantástica la insípida plaza del pueblo. La noche, el azul, los astros, la reducción del mundo visible a unos cuantos charcos de luz llorados por los faroles tristes de inmóviles aislamientos, condenados a estar siempre ahí malgrado el desesperante anhelo de ser estrella que da la primaveral infinitud del cielo tan inalcanzablemente profundo.

La gente limitada en sus cuerpos, va por la esclavitud de caminos placeros hechos para caminar, y que, no pueden evadirse en los deseos perdurables y dignos, que lo hacen a uno superior en esta tierra de pequeñeces materiales. Por esto los cuerpos, paseando, se lanzan en locos futuros imposibles y las almas migran de amor a amor, como la luz de astro a astro, hollando el vacío interpuesto a la victoria de la materia.

La plaza es empero la de siempre. Los arbustos y los cercos tusados como clines prolijas, forman geométricas figuras verdi negras a veces caricaturescamente símiles a formas humanas. Los caminos hacen curvas, a falta de mayor espacio para ser verdaderos caminos que saben donde van.

Algunos árboles se enternecen reverdeciendo bajo aquella benignidad primaveral que vino a la cita de siempre.

Los grupos de muchachas, son como grandes vidrieras de almas que amarán, y los hombres padecen el imposible anhelo, de hacerlas ramo entre sus manos fervorosas.

Carlos viene cuando puede, a este dominguero desfile por la plaza, estirada en la noche estelar, bajo la santa vigilancia del campanario colonial, desde el cual Dios bendice con infinitos perdones, la pasagera locura de sus borregos extraviados en tartamudeos sentimentales.

En la evidencia luminosa de las claras faldas y blusas y abanicos, la más hermosa es Rosaura y también la más evadida de sí, en grandes aspiraciones de protagonista romántica que languidece por el héroe, caído de un país inverosímil con la aureola de un fantástico origen ignoto.

¡¡Oh!!, ser así la elegida de entre todas por aquél ser noblemente superior!

La noche, que sabe de sortilegio, infiltra su palabra de tentación en los corazones de aquella gente, que gracias a Dios posee su moral; y por esto no concluye, aquí, en la más natural de las soluciones amorosas, este relato.

Así llegó Rosaura a la cúspide de su felicidad. Los intervalos de ausencia eran siempre felices porque eran breves para saborear cada palabra, cada gesto, en las plenitudes de diálogos amorosos, en que una adivinación común hacía supérfluas las declaraciones.

Y parece que aquél estado de sus almas hubiese llamado la desgracia, como llaman el rayo las oratorias cruces de las cúpulas.

Carlos fingiendo no dar importancia a su revelación inesperada anunció a Rosaura un próximo viaje a Europa.

—¡Oh! por muy poco tiempo, tres o cuatro meses, cuando más... la duración del verano, en fin!... No puedo dejar de ir, mi padre se extrañaría si no lo hiciera y hasta es posible que se enojara... usted comprende Rosaura, es un amigo de él que quiere llevarme de secretario a Londres.

Rosaura, mortalmente herida, le oyó hablar con una secreta angustia de duda.

—¡Dígame, Carlos. ¿No es el señor Ramallo el que lo manda?

—¡Vaya una idea m'hija! ¿Y por qué?

—Hombre, no sé... tal vez le hayan dicho que usted pierde el tiempo en un pueblito por ahí.

—No, Rosaura, ¡qué ocurrencia!

Carlos retornaba a sus explicaciones. ¿Quién podía saber ni en caso de saberlo, atribuir a nada malo sus visitas a Lobos?

—Tres meses o cuatro... me parece tan largo, Carlos!

Por primera vez respondió éste con intención directa.

—Rosaura, créame que aunque fuesen seis, es muy poco para borrar ciertas cosas.

—¿Seguro?

—Muy seguro..

Renacía poco a poco el ánimo en la pequeña pueblera; Carlos hablaba con tanta seguridad, que le pareció más llevadero el tiempo de ausencia; y la inflexión especialmente tierna con que le hablaba, fué un lenitivo engañador para su alma sensible de pasionaria. Además, Rosaura poseía la grandeza de una noble credulidad y un extraño, femenino goce en sacrificarse, a las voluntades de su ídolo. Carlos no podía, a su entender, obrar sino bien; y esa noche, esa pobre noche de separación, sus manos más que nunca se confesaron amor por sobre todos los inconvenientes humanos.

XV

Fué verano y de Carlos no quedaba en Lobos sino el, cada vez más grande, amor de su Rosaura y una carta breve de despedida, en manos de ésta.

La existencia era la de siempre en la cochería de Torres, salvo la largura de los días pesados, el mayor cansancio de caballos y gentes, las reverberaciones de las horas de siesta, y la tristeza agobiadora de la pobre loberita, ahora doblada, como las flores exhaustas, bajo la abrumadora plenitud de sol.

Sin embargo, sublimizada de fe en su Carlos, Rosaura trabajaba, siempre, para embellecerse; desaparecieron, casi totalmente, las anteriores ropas de manufactura provincial y nadie hubiese, por el traje,, diferenciado a la antes vistosa pueblerita de amarillo caramelo, de una porteñita a la moda.

Esas ropas, que la abrazaban de sabias coqueterías, eran algo legado por él, en el afán de aparecerle elegante y colmaban, aunque muy imperfectamente, los vacíos ocasionados por la falta de otras caricias.

Cuán audaz es el ensueño y cómo a fuerza de familiarizarse con visiones de cosas que sucederían, parecíale a Rosaura haber sido incomprensiblemente tímida.

No sabía, cómo, pero estaba segura que en volviendo Carlos, tomarían sus amores cursos más humanos y esto apuraba sus ansias de ver pasar aquellos largos días, que aún faltaban.

Y malgrado la aparente lentitud, se iban los días mientras Rosaura se mecía de promesas, trabajando para hermosearse, cuidadosa de su persona, como de un ídolo perteneciente a otro, y de cuya preciosidad ella fuera depositaria responsable. En ese estado de cosas, nunca la fiel Rosaura dudó del amor de su Carlos.

XVI

Desoyendo las esperanzas de Rosaura, una tristeza irremediable, flotaba en el jardincito de la cochería de ¡Torres, exhalada por las proximidades invernales, que ya marchitaban las flores tan alegremente traídas por la primavera. Quemábanse de frío los pétalos otoñales, caían en la quinta los últimos duraznos mal crecidos, despojábase de uvas el parral y la quintita lastimeramente empobrecida trocábase en áridas durezas infecundas.

Bajo el alero cortinado de enredaderas, antes tupidas, colábase una resolana inofensiva, dorándose en las hojas terrosas y Rosaura, descolorida por los primeros sufrimientos de mujer, perdía su juvenil tersura de jazmín, su exuberancia de madreselva, mientras victoriosos por los sucesivos insomnios, copiosos de llantos, ahuecábanse muy hondos los violetas de sus ojeras, transparentes como el tinte de las uvas.

Pobrecita Rosaura, tierna eclosión del pueblo perdido, digna de eternizar por la noble fragancia de su amor único, la prosaica insipidez de un pueblo, que sin ella nada valdría ser en los recuerdos del mundo.

Pobre vírgen purificada de martirio y de fe,.

Pobre Rosaura, nostalgia irremediable de las cosas sencillas, hacia la complicación de los oropeles vistosos y vacíos, en su fe sencilla por las promesas de un más allá superior estriba toda su desgracia.

Su destino fué sufrir y no otro, porque así dice un refrán del terruño "que quien mira mucho arriba, peligra quebrarse la nunca".

Su tristeza fué grande, pura y fatal, como la descendente orientación de los deshielos cumbra abajo.

Así está, inmensamente triste, el jardincito de la cochería de Torres. Del alma de la pequeña patrona fluyen ensueños desconsoladores, mientras el otoño cae como una mortaja sobre aquel rincón del mundo, perdido en medio de la pampa inmutable que nada sabe de amores románticos.

XVII

Una nerviosidad febril vivificó a Rosaura distrayéndola de los desalientos en que vivía. Habían pasado ya los meses de plazo, y Carlos vendría de un momento a otro.

La hija de Crescencio Torres, retornó a sus habitudes de antes y salvo Carmen, y los que poseían en el pueblo el don de la adivinación, la sociedad de Lobos ignoró el cambio definitivo en el ánimo de la preciosa criollita.

A eso de las cinco y media salía Rosaura con blusa vaporosa, abierta en triángulo sobre el pecho, falda azul marino angosta, zapatos escotados de becerro, aunque en cabeza, para no hacer mancha entre sus amigas. A media cuadra, dábase las buenas tardes con la vieja Petrona, incansablemente parada en el umbral de su casa blanqueada, los brazos cruzados sobre la muelle convexidad de su vientre, temploroso de gruesas risotadas.

—Adiós, doña Petrona.

—Dios te ayude hija... Jesús qué pollera, ni que fueras pialada... que indecencia, vírgen María, si vas luciendo lo más tapao.

Pero Rosaura no quería oir.

En la calle Real, Lobos elegante paseaba, recamando de sonrisas y saludos las veredas, sombreadas por añosos paraísos.

Ya la tarde se enredaba en los rincones, cuando la gente invadía gradualmente el andén populoso.

¡Qué emoción insostenible la de la espera, qué turbación y qué eco desmayante producía en Rosaura, la aparición del foco frontal de la locomotora, al ras de las vías.

Si, vendrá... esta tarde, lo descubrirá en su ventanilla, saludándola con brillante alegría en las pupilas... o mejor aún, bajará entorpecido por su gran valija londinense... su alma adivinará su presencia y todas sus alegrías anteriores bastarán con impulsos de aurora... oh, caer en sus brazos!...

Pero en el luminoso recuadro de la ventanilla, antes portadora de vida, no pasó nadie.

XVIII

Caían las hojas, encogíanse los primeros fríos, sufría Rosaura, como los pequeños macachines de otoño, que se helaban faltos de sol, y nadie venía.

¿No fué ilusión todo aquel romance?

Casi podía creerlo así la pobre chica decepcionada, diariamente, por el vacío de la ventanilla del vagón-comedor.

Pero no! No lo fué, porque una tarde, como iba a descorazonarse, Cármen vino y tomándole del brazo, le dijo temblorosa, ella también, ante la magnitud de la noticia.

—Vení m'hija, vení, ya lo he visto en otro coche.

¡Oh, Rosaura, ¿cómo no gritar en ese momento? rehusábanse las piernas a seguir adelante, mientras su amiga la arrastraba del brazo... era cierto, venía.... "Carlos! Carlos!... oh, caer sobre su pecho amado y decirle que nunca dudó de su vuelta y luego tantas, tantas cosas más..."" por una ventanilla oscura le reconoció, casi estirándole los brazos allí delante de todos, levantó su mentón sonriéndole, con palideces vecinas a un desmayo, y él la saludó, simplemente, como si nunca hubiera mediado entre ellos, más que una lejena relación de paso.

XIX

Rosaura cayó en el coma de un dolor intenso; todos en la casa supieron que algo extraño acontecía en ella, y la madre se enteró del drama, en aquella noche de delirio que siguió al, para otros, imperceptible incidente de un saludo.

El amor de Rosaura, arraigado en ella como un organismo parisitario, lamataba al morirse.

Cármen, la amiga que antes le trajera las primicias, le traía la lápida.

—Mirá, hija... no vale la pena sufrir por ese mal hombre.

—Por favor, Cármen, no hablemos más.

—Es que te voy a decir... mirá... si querés fijarte otro día, cuando pase, verás que va con otra mujer... una muy emperifollada con esos trajes que te gustan a vos...

—Por Dios, cayate, Cármen!

Esta tragó todo el mar de datos que traía, para aproximarse a su amiga lívida, que lentamente, con pucheros infantiles pero los ojos secos comenzó a proferir un llanto largo, cada vez más largo, doloroso como entrañas de alma arrancadas despacio, para intensificar el martirio.

XX

Rosaura ha venido a la estación, en su traje de muselina floreada, recuerdo de aquella noche inolvidable del Club Social. En su corpiño ha guardado la breve carta, única de Carlos, que decía un adiós y en sus manos, convulsas por una nerviosidad invencible, hace cenizas los pétalos secos de flores que guardaba porque él se las había dado.

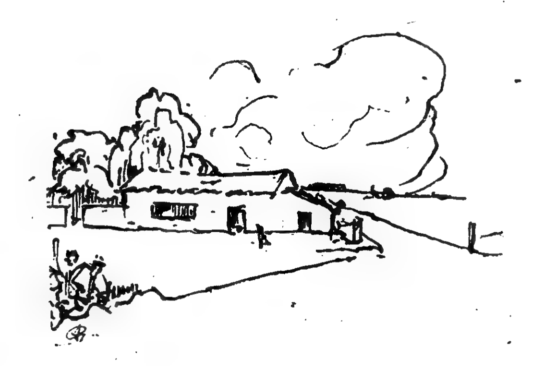
Rosaura debe estar un poco loca para venir así vestida al andén; pero ¿qué le importa el decir de los otros, cuando ella ha hecho su decisión?

Cármen la acompaña cuidándola como enfermera, inquieta de aquellas extrañas fantasías y está siempre vestida de rosa caramelo, no habiendo, como su amiga, sufrido la intensa influencia de cosas exteriores.

De pronto la mano de Rosaura se hunde en la carnosa blandura del brazo de su amiga:

—Vamos, Cármen! vamos, por Dios, que no puedo más!

Así unidas caminan hasta el límite del andén. Carlos (oh, la horrible



inconsciencia) viene en un compartimento, con la mujer extraña, y Rosaura no quiere verle.

—Oh, ya no puedo, no puedo más!... y ahora dejame, te lo pido, por lo que más quieras!... dejame y volvé con todas allá que yo me voy a casa.

—Pero, m'hija, no querés que te abandone, así, en ese estao?, yorando como una perdida y sola?

—Sí, por lo que más quieras, dejame!

¿Qué potente sugestión? ¿qué terror invencible y sumiso ha hecho obedecer a Cármen?

El chiflido de la locomotora anuncia la partida. Cármen retorna hacia la estación. Los hierros comienzan a sonar y bufa la máquina sus grandes penachos venenosos sobre Lobos, en jadeantes esfuerzos de partida. El tren va a continuar viaje de desconocido a desconocido, de horizonte a horizonte.

Entonces la pequeña Rosaura, vencida por una locura horrible, grita, llora, despedazando con los dientes convulsos de un dolor sobrehumano, frases incomprensibles; y, como una mariposa primaveral y ligera, lánzase a correr entre la paralela infinitud de los rieles, los brazos hacia adelante, en una ofrenda inútil de inmenso amor, clamando al horizonte su nombre, el nombre de Carlos, por quién es una voluptuosidad morir así, en el camino que le lleva lejos de ella para siempre.

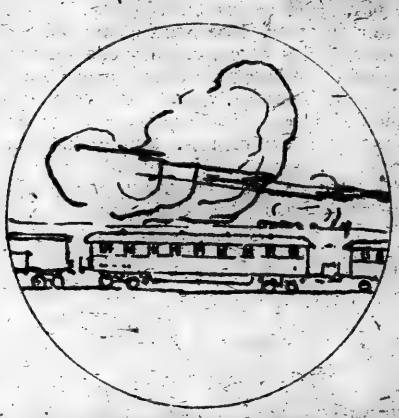
—¡Carlos!... ¡Carlos!...

El férreo estrépito se aproxima. Nada son para la veloz victoria del tren sonante, aquellos gritos de una pasión que supo llegar hasta la muerte.

—¡Carlos!...

Y como una pluma ligera y blanca, cede paso la fina figura, despedazada en su muselina floreada, a la indiferente progresión de la máquina potente y ciega, para cuyo ojo ciclopeo el horizonte no es un ideal.

RICARDO GÜIRALDES.



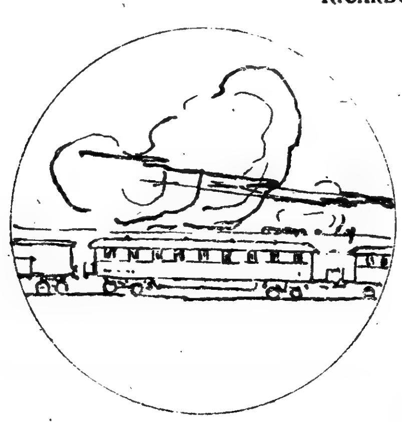
—¡ Carlos!... ¡ Carlos!...

El férreo estrépito se aproxima. Nada son para la veloz victoria del tren sonante, aquellos gritos de una pasión que supo llegar hasta la muerte.

—¡ Carlos!....

Y como una pluma ligera y blanca, cede paso la fina figura, despedazada en su muselina floreada, a la indiferente progresión de la máquina potente y ciega, para cuyo ojo ciclopeo el horizonte no es un ideal.

RICARDO GÜIRALDES.



EAU DE COLOGNE RÊVE ROSE

Otero y Co. impresores, Perú 856-58, Bs. As.

El

de

I

E

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 10 DE 1918 — TOMO I - N.° 5

El botón del calzoncillo

POR

Eustaquio Pellicer

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.

El próximo Viernes publicará:

Un hombre de acción

del conocido literato y poeta **C. Martinez Paiva** ilustrado por **Hohmann.**

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y nó premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.º Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 10 DE 1918 — TOMO I N.° 5

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PERÚ, 858 — U. T. 73 B. O.

EL BOTÓN DEL CALZONCILLO

POR

EUSTAQUIO PELLICER

Ilustraciones de ROJAS

Polidoro era un joven pálido, de ojos soñadores y labio caído, lo que no le impedía exteriorizar un espíritu risueño, pues amaba el tango con corte, hacia juegos de palabras, tocaba el acordeón (definido por todos los autores como el menos filosófico y enternecedor de los instrumentos) y prefería los periódicos festivos al Kempis y al Diario de Sesiones.

Sus padres, pobres, pero tucumanos, habían predicho, desde que vió la primera luz, — que por cierto fué la de una lámpara de kerosene, pues nació en la madrugada de un 8 de Abril — que Polidoro no venía al mundo para ser una simple expresión demográfica, sino para algo más honroso, elevado y digno de la especie.

—¿Te has fijado en el gesto que pone cuando le aplican la esponja del agua fría en la región glútea? — observaba don Hildebrando, padre del recién nacido, a doña Efigenia, su consorte?

—Sí, — contestaba ésta — pero todos los niños se estremecen igual.

—No lo creas; los niños vulgares lloran, encojen las piernas y se revuelven en guarangas contorsiones, revelando un natural chúcaro y una grosería ingénita. El nuestro es sóbrio en la protesta, moderado en el vagido y temperante en el pataleo, lo que acusa un sentido de la circunspección y de la urbanidad que solo puede atribuirse a su precoz discernimiento. Obsérvale cuando mama: primero examina el recipiente lácteo, como si le interesara conocer el mecanismo que encierra; después aplica los labios, suave y parsimoniosamente, a la vivificadora canilla, y una vez en la tarea de la succión, el ritmo pausado con que traga deja ver claramente que la angurria no se asocia a su instinto de conservación, porque la considera como una falla del bebe correcto.

—Anoche me dió un mordisco por querer alimentarse afanosamente.

—Soñaría con que se lo daba a Ugarte en el cogote, sabiéndome distanciado del partido conservador. No te quepa duda de que el nene reune todas las condiciones necesarias para figurar entre los conspícuos.

Polidoro fué creciendo bajo los mejores auspicios para la vanidad paterna, que todo lo interpretaba en favor del purrete. ¿Agarraba éste un tintero o el tacho del engrudo para beber su contenido? Pues denunciaba sed de escribir o de pegar. ¿Metía su dedito por un ojo del gato? Pues era para explorar su encéfalo con fines psicológicos. ¿Clavaba las tijeras en la pulpa del aya? Pues no pretendía hacerla brincar de dolor, sino someterla a una prueba de inmutabilidad estóica para mejor calcular la fuerza de sus facultades volitivas.

Solò un día flaqueó en su fe el papá de Polidoro, y fué aquél en que el maestro de primeras letras le dijo:

—Señor, su nene, si no estoy muy equivocado, va a ser una mulita, y perdone la comparación.

—¿Qué dice usted? — repuso airadamente el progenitor del presunto irracional.

—Lo que oye. Llevo ya muy cerca de tres meses tratando de embutir-

le el abecedario, y aun estoy en la *jota,* de la que no puedo hacerle pasar ni a cañonazos.

—Su abuelo fué aragonés y no tiene nada de particular que esa letra en que se ha empacado le abstraiga y ensimisme por ineluctables tendencias líricas y coreográficas.

—Puede que sea asi, pero es que además hace bolitas de pàpel con las hojas del silabario, dice cosas feas de mi señora madre, imita con la boca ruidos que no corresponden a esa parte del cuerpo, y se come la tiza de los pizarrones.

—Todo eso es propio de los niños prescientes. La travesura infantil denota imaginación vivaz, rápido entendimiento y energías vitales de que carecen todos los retardados física y moralmente.

—Opino, señor, todo, lo contrario, y tan firme es mi convicción de que estoy trabajando "al cuete", que desde ahora renuncio a insistir en que avance una sola letra de la *jota,* aunque me de usted mil pesos por cada una más que aprenda.

Le preocupó mucho a don Hildebrando esta actitud resuelta del educador, evidentemente aterrado ante la perspectiva de desarnar a Polidoro; pero no tardó en reaccionar y, de nuevo engreído con las extraordinarias dotes de su vástago, se transportaba a un futuro en que le veía ocupando la silla presidencial, ciñendo a sus sienes la mitra del arzobispo, inventando una máquina para extraer aluminio del alcaucil, emulando a Salomón o reduciendo a poroto a Hindenburg, Moreira y demás peleadores famosos de la clase civil y militar.

Polidoro, no obstante, conjugaba a los 12 años *hacido* por *hecho, piensado* por *pensado* y *cuezco* por *cuezo,* pero en cambio imitaba a maravilla el

gruñido del chancho, fumaba expeliendo el humo por las narices y corría en cuatro pies con la agilidad de un "Botafogo", haciendo pensar a la gente que ya había encontrado la carrera más acomodada a sus aptitudes.

No fué, sin embargo, la hípica su verdadera vocación, pues cierto martes... pero no precipitemos los acontecimientos.

Dos o tres años después de producirse fonéticamente como un digno sucedáneo del cerdo, Polidoro leía de corrido los títulos de los diarios, sumaba de memoria hasta 10, distinguía los barómetros de los relojes, se ondulaba el cabello con arte singular y sin otro auxilio que el de una lapicera, y hacía sus prístinos balbuceos en el acordeón, con tan notorio dominio

del armonioso artefacto, que al poco tiempo expresaba con él lo que quería, y aun repite su padre de memoria el suelto que publicó "El Susurro Social" con motivo del concierto organizado a beneficio de un viudo al que atropelló una motocicleta cuando volvía de enterrar a su mujer, sacándole de quicio una porción de huesos indispensables.

"Pero el éxito de la noche — se decía en dicho suelto — lo constituyó el joven Polidoro Mojarrita, a cuyo cargo estuvo el solo de acordeón que figuraba en el programa. Principalmente en las piezas "Manggiá que t'es cucho", "A mí, con la piolita" y "Sácame l'alpargata, sácame", demostró una sensibilidad tan melódica, puso tal riqueza de matices, desarrolló una técnica tan vigorosa y persuasiva, supo penetrar tan en lo hondo el corazón de la concurrencia, que algunos del auditorio, presas de una emoción irreprimible, prorrumpieron en aclamaciones y vítores al artista, a sus papás y parientes más cercanos y a don Victorino de la Plaza, de quién se sabe que es el principal estimulador de las singulares disposiciones musicales de Polidoro, pues al serle presentado el novel concertista para que le tocase algo, tuvo ocasión de apreciar su extraordinaria soltura, tanto en el manejo de la tecla como en el del fuelle captador del aire, el que hincha y deshincha con ímpetus ora enérgicos, oro suavés, según que la sonoridad deba reproducir la imprecación o el sollozo, el dulce lamento de la melancolía o el detonante arrebato de la iracundia".

—Este chicuelo — afírmase que declaró el ex vice en ejercicio — lo expresa todo neumáticamente, y en el primer acuerdo que celebre para tratar de asuntos notables o en que intervengan notas, propondré que se le otorgue una beca para que siga estudiando el acordeón en cualquier academia poliacústica de Bulgaria o en el Murgatorio Imperial de Petrogrado.

Cada vez más chocho con su hijo, don Hildebrando no veía en todas las paredes de la casa espacio bastante para las coronas que los triunfos de Polidoro hacían inminentes, y había que oirle en el club, en la calle o en la botica que frecuentaba por la noche para jugar al truco con el idóneo, el jefe del correo, un dentista de la localidad y algunas veces el juez de menores.

—No me hablen de Hileret — decía cuando se suscitaba alguna discusión sobre los adelantos de la industria azucarerera. — El más grande ingenio de esta provincia es el de mi Polidoro.

Y si la conversación recaía sobre el "sprit", la agudeza o la chistosa elocución, tenía para su hijo frases como esta:

—Donde está Polidoro, boca abajo todo el mundo, aunque sea de Alta Gracia. Yo, cuando tengo el labio partido, tengo que huir del pebete, porque no puedo contener la carcajada y se me abre todo.

Cumplía los 19 años un martes del mes de Abril (y aquí viene el acontecimiento que no queríamos precipitar) cuando la caprichosa suerte, el iró-

nico acaso, la burlona casualidad quisieron poner en manos de Polidoro un libro, y que este fuera de Conan Doyle y que se titulara "Aventuras de Sherlock Holmes".

Por ese tiempo ya había logrado Polidoro leer bastante aprisa, porque renunciaba a toda puntuación que implicase soluciones de continuidad retardatarias, aunque ello atentase contra la buena construcción gramatical y el sentido de las oraciones. Así es que, en poco más de una semana, ya se había embuchado íntegra la obra, verdaderamente revolucionaria para su espíritu, porque determinó un cambio radical en todas sus modalidades. Dejó de tocar el acordeón; contrajo el ceño en sombríos arrobos; empezó a ver con displicencia el zapallo, su manjar favorito; se mostraba inquieto a todas

horas, principalmente en las nocturnas, y fué abandonando su cabello hasta el punto de no ondulárselo con artificio.

Sus padres, muy especialmente don Hildebrando, se sintieron invadidos por la aprensión y la zozobra, no sabiendo a qué atribuir aquélla súbita transformación de las aficiones, costumbres y manera de ser de Polidoro.

—Puede que sean los desiquilibrios sintomáticos del génio — observaba

don Hildebrando para mitigar la alarma y congoja de su mujer, — Dios sabe lo que estará maquinando ese cerebro azaz llameante y hervoroso.

—¿Estás seguro de que habrá comprendido bien todo lo que leyó en ese librote? — interrogaba la recelosa madre, más pesimista que su esposo en cuanto a las entendederas del chico.

—¡Cómo no voy a estarlo! No ha de ser más incomprensible que aquél manifiesto publicado recientemente por el comité autonomista, y ya viste la facilidad con que descubrió que se trataba de producir una excisión con los del grupo que sigue al doctor Lisandro de la Torre.

Con el ensimismamiento, el desaliño, el desasosiego y la inapetencia, coincidió otra anormalidad que no pudo pasar desapercibida para los que observaban atentamente a Polidoro, quien a partir del instante en que terminó la última página de aquella afortunada obra con que se estrenase como lector de libros, se entregó furiosamente a las crónicas policiales de los

diarios, sección informativa por la que nunca había demostrado el más pequeño interés, y que, a decir verdad, más bien aborrecía desde que por ella supo que en una cervería frecuentada por alemanes fué seriamente lastimado en el apéndice nasal un joven catamarqueño, por el simple motivo de haber tocado "La Marsellesa" en el acordeón, no explicándose Polidoro que, ni por razones de patriotismo, pudiera ser nadie acordeonófobo.

—¿Ha venido "El Orden"? ¿Trajeron "La Gaceta"? — preguntaba desde que las primeras claridades del astro naciente disipaban las negruras de la noche.

Y azorado, nervioso, intranquilo, caminaba del balcón a la puerta de calle y de esta al balcón, sin dar punto de reposo a sus remos inferiores, hasta que el repartidor venía con la anhelada hoja.

Nadie podía interrumpirle durante la lectura sin desafiar los más graves riesgos, lo que determinaba una quietud y un silencio de tumba en toda la casa.

A cada atracón de sucesos policiales sucedía un letargo parecido al de las serpientes ahitas de alimento, durante el cual se le veía a Polidoro recogido en sí, con los ojos entornados, tironeándose del belfo, las piernas estiradas y la cabeza caída para atrás. De pronto se incorporaba como im-

pelido por un resorte, extraía un lápiz del bolsillo del chaleco y una libreta del interior del saco, y, con los diarios ante los ojos, hacía anotaciones y algunas figuras geométricas, después de lo cual se entregaba a extraños menesteres que ponían en movimiento a todo el mundo.

—¡A ver dónde hay una lupa! ¡Necesito un poco de cera! ¡Qué me traigan un compás! ¡Me urge un bigote postizo! ¡Búsquenme goma de borrar y una piel de conejo!

Aquella boca no cesaba de pedir cosas raras, mientras lo restante del cuerpo se movía en vertiginosas ambulaciones revolviendo estantes, trasegando, ropas y abriendo cajones.

—Hildebrando, nuestro hijo ha perdido la chaveta definitivamente — musitaba misia Efigenia, medio atorada por la aflicción.

—No macanees, mujer. Cuando pide todo eso y aun busca algo más, será porque lo necesita. Bien agitada estuviste vos el otro día, yendo de aquí para allá y haciendo mil preguntas, incomprensibles para mí, y sin

embargo, no te supuse alienada sino urgida de algo, que luego resultó ser el tarrito del ungüento contra los bichos colorados.

Un lamentable acontecimiento social vino a constituir el tema de todos los comentarios y a monopolizar el celo inquisitivo de los repórteres policiales, para quienes la tinta existente en Tucumán era poca si habían de escribir con la extensión reclamada por un suceso tan subyugante.

Se trataba del robo de una pulsera que le había sido regalada a una señorita con motivo de su enlace, habiéndose notado la substracción duran-

te la fiesta con que se celebraba el casamiento en la casa de la novia, consistente en un baile amenizado con masas, sandwichs, refrescos y licores finos.

La joya desaparecida, tasada en mil trescientos cincuenta y siete pesos por uno de los circunstantes, se exhibía junto a los demás regalos, valiosos también algunos de ellos, sobre una consola colocada en lugar preferente, ante la cual se habían oído muchas frases de admiración igualmente gratas para los obsequiantes que para los obsequiados.

La policía, como medida previa, había detenido a los sirvientes y a un caballero de pronunciación extranjera y bastante cargado de espaldas, que se hizo notar por sus reiteradas visitas a la consola y sus frecuentes acometidas a los sandwichs de anchoa y a las botellas de guindado. Dijo ser viajante de una fábrica de escofinas para las durezas de la epidermis y haberle invitado a la recepción un canónigo amigo del párroco que bendijo la coyunda, con quien había hecho relación en Cacheuta cuando estuvo en aquél establecimiento termal para curarse de unos dolores agudos, que empezó a sentir en la rabadilla desde que se cayó de una escalera de mano al colgar un mosquitero.

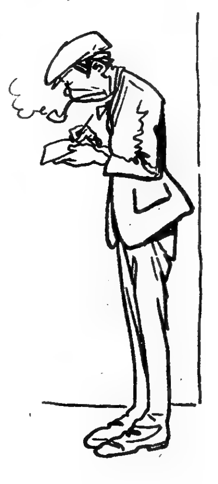
No necesitó más Polidoro, para orientar definitivamente su acción y sus aptitudes. Nada de música con o sin fuelle. El había nacido para detective como Sherlock Holmes, al que de fijo eclipsaría en cuanto se lo propusiera, disponiendo de la perspicacia, astucia, sagacidad e intrepidez que le dió Natura.

—Esta es la mejor oportunidad para hacer mi debuto — se dijo en cuanto leyó el primer relato del suceso delictuoso, y por su exclusiva cuenta y con olímpico desdén por los trabajos policiales, se lanzó a la búsqueda del raspa.

La tarea se le presentó erizada de dificultades, y el plán a seguir debía ser objeto de gran meditación para que el olvido de un solo detalle no malograra el éxito de la pesquisa.

Lo primero que se procuró fué un plano de la casa en que se había efectuado el robo, con la exacta ubicación de los muebles en sus respectivas habitaciones, lo que es de suponer el ímprobo trabajo que le exigió y los disgustos que le acarrearía, pues las personas que le encontraban en el momento de aplicar la cinta métrica a un muro del zaguán, a una puerta o a una persiana, trepado a las balaustres del balcón, le creían llevado de malos fines, y hubo un lechero vasco que le agarró por las piernas y le hizo bajar a tirones, creyendo que trataba de apoderarse de unas cortinas.

Considerándolo elemental, obtuvo una lista de los regalos hechos a los novios, que podían dividirse en dos categorías: suntuosos y prácticos. Entre los primeros figuraba, con la rica pulsera que se hizo humo, un anillo de oro representando una lagartija enroscada en sí misma como para echarse a rodar; un par de aros de oro y brillantes de segunda agua, pero muy filtrada; un collar de ojos de merluza asiática engarzados en cobre, y un prendedor de platino en forma de corazón hipertrofiado con perlas. Y entre los de segunda categoría: un bastón con puño de fémur de ternera; una pieza de género de algodón con mezcla de hilo y otra del mismo género, pero sin hilo, sistema Marconi; una cigarrera de piel de carancho; kilo y medio de papas en estuche, envase que justifica el alto precio a que hoy se vende este tubérculo; un frasco de Colonia pura, es decir, sin ruleta; un molde para budines; un limpia-tubos de carey; una imagen de San Francisco de Sales; un frasco también de sales; una letra a la vista por la suma de $ 125.50 contra una casa de negocio de Tafí Viejo, y un reloj para mesa de luz, que da las horas, despierta con "La Marianina", hace el café, corta el pan en rebanadas y lo manteca después de tostarlo, lía y enciende un cigarrillo y lustra los botines.

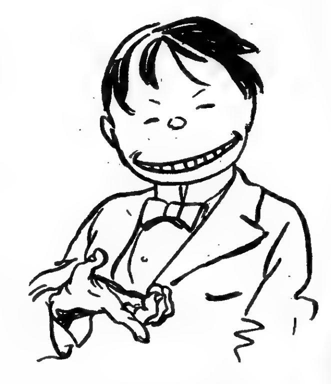


Está lista de regalos fué complementada con la de sus donantes, especificando profesiones, edades estado civil y económico, rango social, antecedentes de familia, y cuanto pudiera convenir al más rápido y seguro esclarecimiento del robo.

De tales elementos provisto, restábale a Polidoro examinar minuciosamente el terreno en que operó el punguista, por si había dejado algún rastro, aunque solo fuera por llevar la contraria al conde de Luxburg, enemigo

declarado de toda señal o vestigio que revele algún hecho execrable. Pero ¿cómo introducirse en aquél hogar tan desdichadamente inaugurado? Era, sin duda, la mayor de las dificultades que Polidoro necesitaba vencer, y a ello consagró por entero su inventiva.

Toda una noche se pasó esprimiendo el meollo y mordiéndose el labio con que, a guisa de válvula de escape, acostumbraba desahogar sus impaciencias y nerviosidades, a lo que se debía que le tuviese gordo como el de un hotentote y extraordinariamente caído.

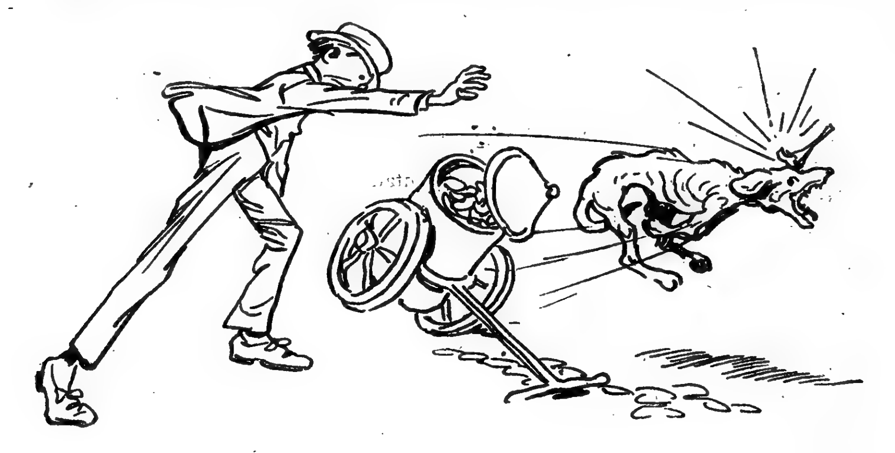


Serían próximamente las 4.30 de la madrugada, cuando una sonrisa de satisfacción vino a iluminar su rostro, anticipándose a Febo. ¿Había encontrado la solución que perseguía?

Algo de eso debió ocurrir, porque ráudo, como en todas las manifestaciones dinámicas de su naturaleza impulsiva, se dirigió a una cómoda, sacó del primero de sus cajones una lente de aumento con manija de jacarandá, un pañuelo de la nariz, una pinza, una linterna eléctrica de bolsillo y una caja de bombones de chocolate, sujeta por una cinta con los colores de la bandera nacional. Después se encaminó al vestíbulo, tomó del perchero una galerita algo longeva, pero a la que ningún Berisso había roto las alas, y se precipitó por la escalera, llegando en tres brincos a la calle.

Empezaba a amanecer y eran fáciles de contar los transeuntes que circulaban a esas horas por "El jardín de la República": algunos vendedores ambulantes, tal cual china en tren de aprovisionamiento, unos cuantos peones municipales, escoba en ristre, varios canes nocharniegos olfateadores de tachos con basuras, y los vigilantes que, estratégicamente distribuídos, velaban por el orden y la seguridad del vecindario. Era Polidoro el único ser humano que se mostraba con galerita a los más madrugadores.

Doblando a la derecha por la primera esquina, caminó tres cuadras, volviendo a doblar por otra de las vías transversales, en la que le esperaba un episodio ingrato por todos conceptos, pues había recorrido unos quince o



veinte varas apenas, cuando un pichicho de los que husmeaban resíduos comestibles, creyendo tendenciosa la rapidez de la marcha de Polidoro, porque no era el primer puntapié que había recibido de los que iban hacia él con igual paso, salió a su encuentro mostrándole los colmillos, y como viera que el bípedo transeunte, lejos de aceptar la provocación, abandonaba prudentemente la vereda, para esquivar el encuentro con su adversario, no vaciló en írsele a las gambas y hacer presa en una de sus pantorrillas. Sin más armas con qué defenderse que la lupa, la pinza y la caja de bombones, optó por dirigirse al recipiente en que momentos antes metiera su hocico el animal, y extrayendo de él una costilla de vacuno impúber, la arrojó contra la cabeza del pendenciero, con tan exacta puntería, que el animalito, seriamente lesionado en la tapadera de los sesos, metió el rabo entre las piernas y disparó como lanzado por una catapulta.

No triunfó "de arriba", sin embargo, el joven Polidoro, pues un ligero examen de la zona atacada comprobó una rasgadura en el pantalón y un desperfecto de carácter erosivo en la molla pernil.

El término de su jira lo señaló un edificio de altos y de construcción moderna que se levantaba entre otros dos más antiguos y de una sola planta. Correspondía al número 251 de la calle, que por sumar 8 presagiaba los más felices resultados para su empresa, porque 8 era el día de su nacimiento, 8 los años que tenía cuando logró salir de la jota, 8 la fecha en que tocó para el viudo desencuadernado por la motocicleta, 8 los pesos que le había costado el acordeón (de segunda mano), y 8 las letras de éste, las de su propio nombre, el de la madre y el de don Hipólito Irigoyen.

La puerta de calle permanecía cerrada aún, y se puso a pasear por la vereda sin perder de vista a ninguno de los perros que pasaban. El sonido de una llave y la apertura de dos macizas hojas de cedro, anunciaron la presentación de una mujer morocha, de cabello abundante y negro como la conciencia del fisco, nariz ligeramente arqueada y húmeda en su parte inferior, ojos oblícuos, pero fulgurantes, boca más bien chica, estatura regular y menguadas carnes, salvo algún sitio del tórax en que se habían acumulado para curvar la línea en pronunciada convexidad. La acción del tiempo no acusaba estragos que permitieran atribuir más de 25 primaveras a la poseedora de aquél físico, y por su indumentaria modesta y la canasta que pendía de su brazo colegíanse las funciones de sirvienta que desempeñaba. Conocíala Polidoro por haberla visto en la hojalatería donde varias veces le compusieron el acordeón, y fué verla a tiro de saludo y decirla dulce y cariñosamente:

—¡Buen día, Ramona!

—Buen día, niño.

—Al mercado ¿eh?

—Sí, señor. Es el primer día que voy desde hace una semana, porque ya sabrá usted, que me tuvieron detenida.

—Lo sé, y bien injustamente por cierto, pues nadie puede creerla capaz de una acción tan mala.

—El comisario tampoco lo creía, pero como precisaba detener a alguno.....

—Ayer supe que la habían puesto en libertad, y para demostrarla que me alegro mucho he venido a traerla estos bombones de chocolate, que son las preferidos de usted, según me dijo el hojalatero.

—Muchas gracias. ¿Por qué se ha molestado?

—No hay tal molestia. Hay que recompensar de algún modo la virtud cuando triunfa de la malevolente sospecha.

—Es usted muy bueno y generoso.

—¿Y no sabe usted si la policía adelantó algo en la investigación?

—Creo que nó, porque la señora sigue desesperada y dice que todos son unos "ineztos".

—Pienso del mismo modo, y si a mi me facilitasen los medios de intervenir en la pesquisa...

—¿Entiende usted de buscar ladrones?

—He estudiado mucho sobre ese particular, y por lo que sé de la actuación que hasta hoy ha tenido la policía, yo le garanto que el robo quedará "impugne".

—¡Sería un escándalo!

—Pues téngalo por seguro, y si usted desea evitarlo y que su patrona recupere la alhaja, hágala saber que estoy dispuesto a seguir las averiguaciones independientemente de la policía y con grandes esperanzas de esclarecer en breve plazo este asunto tenebroso.

—Cuente usted con que la señora aceptará sus servicios, porque no ve el momento de juntarse con su pulsera. En cuanto vuelva del mercado voy a decírselo.

—¿Cuándo y cómo podré saber la contestación?

—Yo misma iré a llevársela.

—¿Sabe mi domicilio?

—Sí, junto a lo de Pengüin, frente por frente de la zapatería "El zueco dorado".

—Allí mismo. Probablemente me encontrará usted esperándola en la puerta.

—Pues hasta después, que no quiero demorar su encargo.

—Adiós, Ramona.

—Y muchas gracias otra vez por los bombones.

—De nada, mi prenda.

Retornó a su hogar Polidoro tan embriagado por el contento que varias veces tuvo que pedir disculpas por sus ciegas embestidas a la gente que encontró en el trayecto, en una de las cuales derribó a una vieja, en otra a un atáxico y en la última la parihuela de baratijas que transportaban dos turcos, cuya cólera abortó en simples denuestos gracias a los nueve puntos que el atolondrado joven dió a sus tabas, ganoso de poner toda la tierra posible entre sus mejillas tiernas y los acerados puños de aquellas dos furias otomanas. Y convengamos en que el paroxismo jubiloso no era para menos ante la probabilidad de conseguir que se le allanara un camino tan áspero y duro como el que se disponía a recorrer con su oficiosa gestión detectivesca.

Dos horas y pico permaneció apostado en el dintel de la puerta de su casa, y quien posea nervios un poco reacios a la calma reflexiva y una vehemencia como la que Polidoro ponía en todo lo que le apasionaba, no creerá exagerado que éste considerase su plantón, a la espera de Ramona, tortura equivalente a la de haber tenido que escuchar durante ese tiempo un discurso parlamentario sobre finanzas, en sus relaciones más directas con el presupuesto.

Pero todo llega en el mundo, menos el fallo del interventor federal que ahora ejerce el mando en aquella provincia, y Ramona llegó también, agitada, aunque sonriente, porque era portadora de una buena noticia para Polidoro. La señora había accedido a confiarle la pesquisa a condición de que lo ignorase su esposo, algo pariente del comisario, e invitaba al discípulo de Sherlock Holmes para que la visitase sin pérdida de tiempo, a fin de aprovechar la ausencia de Serafín, el dueño de casa, que entre 12 y 12.30 volvía del escritorio en que trabajaba como tenedor de libros para un constructor de tranqueras, tacos de billar y embudos.

Polidoro casi no escuchó las últimas palabras de la maritornes, pues con rapidez meteórica se encaminó al domicilio de la recién casada, al que llegó jadeante, con la corbata torcida, los charoles polvorientos y la faz demudada.

Recibido por la señora sin el menor reato protocolar, pues ni siquiera se cuidó de recogerse el cabello ni de cambiar las chancletas que llevaba por un calzado más distinguido, no tardó Polidoro en verse dentro de su campo experimental, cual era la propia sala en que el ladrón de la pulsera habíala arrebatado al embeleso de su propietaria.

—Sobre esta consola y una mesita que tuvimos que adosar a ella, estaban

los regalos que nos hicieron — expuso la señora.

—¿Qué sitio ocupaba la pulsera? — inquirió Polidoro.

—El centro, por ser la alhaja mejor y más vistosa.

Polidoro sacó la cinta métrica y midió la distancia que había entre el centro de la consola y los bordes de la misma, entre estos y la puerta, entre la puerta y uno de los balcones, entre el balcón y el taburete del piano, y entre dicho asiento y el que ocupó la mayor parte de la noche un señor, representante de una casa inglesa exportadora de polvos para matar cucarachas, a quién la policía había querido detener en los primeros momentos juntamente con el de las escofinas.

Hecho lo cual, con las correspondientes anotaciones en la cartera, Polidoro siguió interrogando:

—A qué hora dejó de verse la pulsera?

—Serían las nueve y media aproximadamente.

—¿No lo sabe con exactitud?

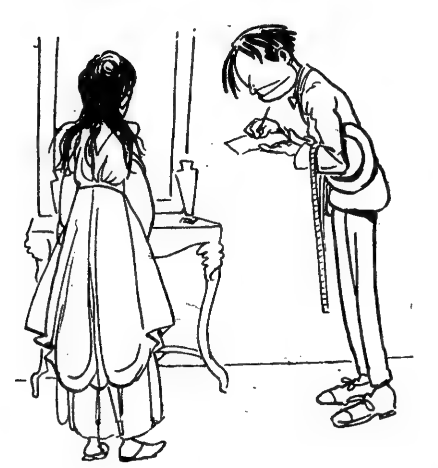
—Con exactitud no, señor; pero recuerdo que a las 9 en punto llegaron las de Corvejón y se pusieron a tomar en seguida un helado de zanahoria con crema de vainilla que nos enseñó a preparar un escribano amigo nuestro, y con la última cucharada se fueron a ver los regalos y ya no estaba la pulsera. ¿No cree usted que estoy acertada al calcular en 30 minutos el tiempo que pasó desde que vinieron hasta que acabaron de tomar el helado?

—Según lo frío que estuviera.

—Al señor se le pasaban los dientes.

—¿Han barrido ustedes la casa alguna vez desde el día del casamiento?

—Todos los días. ¿La encuentra usted muy sucia acaso?



—Precisamente me disgusta verla limpia, porque la escoba ha debido borrar importantes huellas. ¿Tenía bolsillos exteriores su traje de novia?

—¡Qué esperanza! No se llevan.

—Fué su papá el obsequiante de la pulsera ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Apolinario Mondonguete, para servirle.

—¿Sabe dónde compró la joya?

—No nos lo ha dicho.

—¿Juega al poker el esposo de usted?

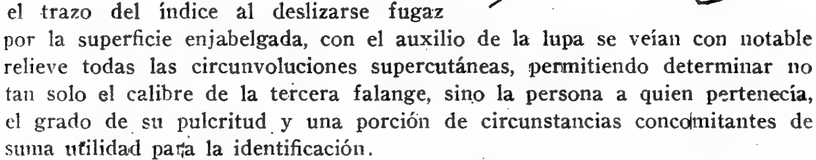
—No, señor. De naipes no conoce más que el tute de en medio.

—¿Abandonó la casa algún invitado a la hora del robo?

—Ninguno enteramente. El único que salió unos momentos fué papá, temeroso de que cerrasen la botica donde compra el remedio que sabe tomar para el flato ardiente, al que es muy propenso.

Y como la gentil e ingénua dama le observase que eran más de las once y

que su marido no tardaría en llegar, Polidoro dió punto a su inconmensable interrogatorio para entrar en lo técnico de su labor, y con la venia de la señora, que le autorizaba a escudriñarlo todo, "peló" el lente y, empezando por la habitación en que se hallaba, no dejó suelo, mueble, ropa ni objeto alguno que no sometiera a un examen minucioso a través del vidrio de aumento. En decúbito ventral unas veces, para reconocer el piso con la lupa, gateando otras por debajo de las camas con el mismo fin, y subido sobre armarios y aparadores en busca de insospechados indicios, Polidoro llegó hasta la pieza más angosta, obscura y de ambiente más peculiar que tenía la casa.



Ansioso de impresiones digitales, en ningún otro sitio podía reunir más copioso material de observación y análisis científico como en este a que lo llevara su fino olfato de investigador.

¡Qué nitidez la de las huellas que presentaba el revoque de las paredes laterales! Si a simple vista se apreciaba el trazo del índice al deslizarse fugaz por la superficie enjabelgada, con el auxilio de la lupa se veían con notable relieve todas las circunvoluciones supercutáneas, permitiendo determinar no tan solo el calibre de la tercera falange, sino la persona a quien pertenecía, el grado de su pulcritud y una porción de circunstancias concomitantes de suma utilidad para la identificación.

Daba Polidoro por terminado con esta pieza el reconocimiento de la casa, cuando la señora le dijo que aun quedaba la de los baules, pero que creía innecesario inspeccionar, porque nadie entró en ella extraño al servicio.

—No lo crea usted, — replicó Polidoro. — Es cabalmente la que mejor pudo aprovechar el que necesitara ocultarse. Permítame que la vea.

La señora le condujo a un altillo en que, efectivamente, se guardaban tres baules grandes, una valija, un catre de lona, varias sombrereras, una jaula de loro deshabitada y algunos cachivaches más.

Ayudado de Ramona, cuyo auxilio requirió para remover el baúl más grande y pesado, pues contenía libros y papeles, trabajó como una bestia, pero no sin fruto, porque instantes después de levantar en vilo aquella especie de Piedra del Tandil con figura de cofre, Polidoro lanzó un grito salvaje, que hizo pensar a la señora en la rotura de una tripa a consecuencia del esfuerzo.

—¡Un botón de calzoncillo! — vociferó estentóreamente.

—Pues de Serafín no es, por que los que lleva en la ropa interior son de nácar y este es de hueso y de los más ordinarios — alegó la señora apenas hubo acercado a sus ojos el botón encontrado.

—Eso proyecta más luz sobre su procedencia. ¿Está usted segura de que en la casa nadie usa botones como este?

—Segurísima, porque los de Ramona son de pasta, y el muchacho que viene a lavar la escalera y hacer los mandados no gasta calzoncillos, según asegura Ramona.

Sujetándolo con las pinzas y ayudado por la lente, Polidoro reconoció por todos sus lados la vulgar pieza, cuya cara exterior o anverso, moldeada en forma de presentar la periferia más prominente que la parte central, donde tenía los agujeros para el cosido, difería solo en esto de la otra cara o reverso, que era completamente lisa.

Envuelto el botón en un papel, con el mismo cuidado que hubiera exigido una reliquia del Apóstol San Pedro, la guardó Polidoro en el bolsillo, dirigió a la señora algunas otras preguntas relacionadas con los invitados al ágape nupcial, principalmente las de Corvejón, y expresado que hubo su reconocimiento por las atenciones recibidas en su misión investigadora, se disponía a partir, cuando los pasos de una persona que subía la escalera denunciaron la llegada de Serafín, el jefe de la casa.

—¡Ahí está mi esposo! — exclamó aterrada la señora — ¡Por Dios, que no le vea!

Y empujando a Polidoro hacia un corredor, salió al encuentro de su marido, no tanto por halagarle con tal recibimiento, como por dar al joven detective el tiempo necesario para esconderse bien.

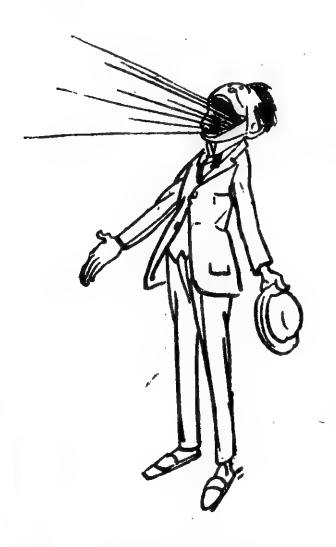
Polidoro se introdujo en el primer cuarto que encontró abierto y que resultó ser el que la señora empleaba como "Cabinet de toilette", y en el que había un ropero con vestidos, muy a propósito para servir de refugio en tan críticos momentos. En él se metió, cubriéndose con una amplia salida de teatro, suspendida en una percha de colgar junto a otras prendas femeninas.

Quiso el demonio que a Serafín se le ocurriera entrar en el "toilette" en busca de un "polissoir" para lustrarse las uñas, y a Polidoro se le paralizó completamente la sangre, poniéndole en los bordes del síncope. Nunca sintió más necesidad de toser y de estornudar; nunca le crujieron tanto las rótulas al menor movimiento, y nunca, como en ese instante había deplorado no aceptar la invitación que le hiciera un amigo francés, naturalizado aquí, para que le acompañase a luchar en las trincheras contra los teutones.

Con un Dios aparte sin duda, Polidoro experimentó la inmensa dicha de ver salir al temible compañero de "toilette", sin que se le antojase buscar nada en el ropero.

Hasta más de la una permaneció en su escondrijo, y cuando la señora dió con él, después de haberle buscado por todos los rincones desde que se fué Serafín, lo encontro rígido como una momia y hasta algo comatoso.

—¡Váyase pronto, por la Vírgen, no sea que se le ocurra volver! —díjole la señora golpeándole suavemente en la boca del estómago para comprobar que aún vivía.



Polidoro lanzó un suspiro apamperado con el que hubiera podido apagar doscientas bujías a la vez, y sacando una pierna y al rato la otra, abandonó el ropero mirando recelosamente a todas partes, no muy seguro de estar a solas con la dueña de la alhaja desaparecida.

Y, una vez en la calle, se creyó resucitado, lo que le habilitada para seguir su pésquisa con el mismo ardimiento que la empezó.

—Este insignificante disco de hueso —decía contemplando el botón — va a ser el venero de mi fama y de mi fortuna.

Para averiguar la procedencia del botón, tuvo Polidoro le benedictina paciencia de interrogar una por una a todas las lavanderas de Tucumán y a los sirvientes de todas las familias que habían visitado la casa de los novios el día de la boda. Y no contento con esa investigación, efectuada por barruntar que entre los sirvientes y las lavanderas pudiera haber alguno a quien conviniese ocultar el nombre de la persona que tenía botones iguales al encontrado en la pieza de los baules, resolvió comprobarlo por sí mismo, haciendo uso del coraje y la "caradurez" que siempre aplicaba con éxito a sus audaces empresas.

El primero a que abordó fué don Abundio, un profesor de volapuk, de sesenta y tres años de edad y lo menos ciento cuarenta kilos de peso, del

que decía un chacotón amigo suyo que era un gerundio metido en una barrica de chinchulines.

Polidoro fué a visitarlo con el pretexto de averiguar lo que cobraba por sus lecciones, y a las primeras de cambio se le fué a la panza con la diestra, y asegurando haber visto una araña que se le metía por debajo del chaleco, le desabrochó este y luego la pretina del pantalón para dejar al des-

cubierto la de los calzoncillos, cuyos botones resultaron no ser como los que Polidoro necesitaba que fueran para declarar presunto caco al voluminoso profesor de volapuk.

Recurriendo a otro expediente, logró ver en calzoncillos o don Sofanor, otro de los invitados a la epitalámica fiesta. Don Sofanor es perito agrónomo casi de nacimiento, pues su padre, su abuelo y el autor de éste ejer-

cieron la misma profesión. Alegando necesitar con urgencia la mensura de un patio que iba a destinar al cultivo de la berengena, se presentó Polidoro en su casa al despuntar el día, para sorprenderle en la cama. La mensura

de un patio y en hora tan temprana tenía que sobrecoger a cualquiera, por muy perito que fuese, y prueba que nuestro hombre se sobrecogió también, el hecho de haber abandonado la cama "in continenti" y acudido a la presencia de Polidoro sin otro atavío que la carpeta del comedor sobre las ropas menores.

Percatado de la patraña con que su intempestivo visitante interrumpió lo más dulce de su sueño, hubo de matarle con el trípode de un teodolito que halló a mano, pero especialista en fugas desde que las practicó en el acordeón, en el caso de los turcos y después de su cautividad en el ropero, Polidoro se puso a buen recaudo del agrimensor, aunque no sin verle todo lo que quiso.

La policía mientras tanto no cejaba en su empeño de encontrar la pista del ladrón, y aprovechando la presencia en Tucumán de un agente de investigaciones de la metrópoli, que se había trasladado a aquella provincia para visitar a un tío residente en Agua Dulce, le había solicitado una "manito" en la pesquisa, obteniendo la promesa de una desinteresada cooperación.

Y puesto en campaña el aludido funcionario, averiguó por Ramona que se había encontrado un botón de hueso, extraño a los calzones y calzoncillos de la casa, y que ese botón se lo había llevado Polidoro.

—Este joven debe ser un pájaro de cuenta — pensó el perspicaz agente — porque ya he sabido por varios conductos que anda en pasos muy sospechosos. Lo que me contó el lechero vasco, inclina a creer que se había trepado al balcón de don Serafín con algún rapaz intento, que muy bien pudo haber sido el de quedarse con las cortinas. Hay que detenerle sin demora antes de que se esfume.

Y al atardecer de un domingo 7 (bastaba que no fuese 8 para ser aciago) don Hildebrando entraba en la habitación de su hijo, que en ese momento contemplaba una fotografía de las impresiones digitales encontradas en las paredes de aquel pequeño recinto examinado en la casa de Serafín.

—Ahí está un caballero que desea verte, — le dijo.

—¿Quién es?

—No me ha dado su nombre.

—¿Qué ropa usa?

—Como hay poca luz no lo he visto bien, pero me parece que lleva un jaquet color tórtola y una corbata café con leche, pero menos leche que café, atrevesada por un alfiler que representa un gallo con chispas.

—¿Con chispas?

—Sí, con chispas de brillantes.

—Dile que entre.

Y entró el caballero del jaquet y del gallo, y después de saludar a Polidoro, ver la lupa, la fotografía, los planos y todo el arsenal "investigológico" de que estaba provisto y afirmarse en la creencia de que se hallaba ante el propio ladrón de la joya, le pidió cortesmente que le acompañara para una breve diligencia, y, una vez en la calle, le aseguró la mano izquierda con una esposa y se lo llevó al departamento de policía, donde fué registrado, encontrándosele, entre otras cosas, el botón del calzoncillo, envuelto en el mismo papel que había sido guardado. En seguida lo metieron en un calabozo, donde quedó rigurosamente incomunicado.

Cuando los diarios hicieron conocer al público la sensacional detención, los padres de Polidoro se conmovieron al punto de sufrir don Hildebrando un semiataque de hemiplegía que le dejó duro el dedo gordo del pié y casi sin movimiento el ojo del mismo lado. En cuanto a sus relaciones y amistades, se manifestaron llenas de estupor, no faltando quien propusiera enviar colectivamente un telegrama al presidente de la República, al internuncio apostólico y a Wilson, protestando contra la arbitraria disposición policial y pidiendo la inmediata liberación del detenido.

Pero aun le esperaban otras sorpresas de más formidable efecto y la primera fué la de descubrirse que el botón encontrado era del mismísimo Polidoro. Un minucioso registro practicado en la casa del preso permitió comprobar que Polidoro tenía un par de calzoncillos a los que les faltaba un botón, y que el encontrado era exactamente de la misma forma, substancia, tamaño y color que los otros dos botones que aun le quedaban a la prenda.

Sólo faltaba ya encontrar la pulsera, pues en cuanto a que Polidoro fuese el raspa, no había la menor duda.

Obtenido lo más difícil de la pesquisa, gracias a la habilidad del agente metropolitano, no tuvo éste por qué retrasar más tiempo su visita al tío de Agua Dulce, y hacia aquel punto rumbeó en el primer tren que Dios y los huelguistas quisieron proporcionarle.

Si hay en el mundo personas suertudas, este pesquisante de la gran urbe argentina merece el primer puesto, porque todo lo que se diga es poco de lo que le favorece el hado benévolo. ¿Quieren ustedes creer que en su viaje a Agua Dulce encontró la pulsera buscada? Tal como lo oyen. En el mismo compartimiento que él, viajaba una señora que lucía la alhaja perteneciente a la esposa de Serafín. Y conocía de la joya tantos detalles el agente, que no vaciló un segundo para decir a la pasajera:

—Señora, esa pulsera ha sido robada.

—¿Robada? Usted me confunde, caballero.

—¿En cuánto se le vendió Polidoro?

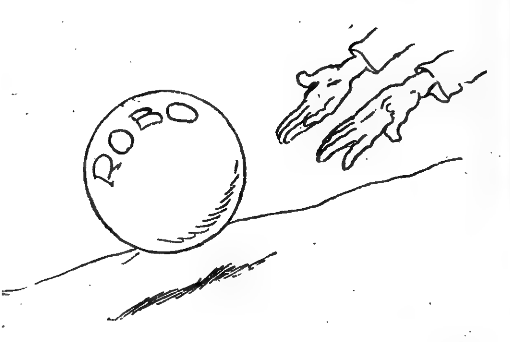
—A mí no me la ha vendido ningún Polidoro. La heredé de mi finada mamá, que en paz descanse.

—¿Nunca se desprendió usted de ella?

—Sólo una vez, por un gran apuro económico, tuve que empeñarla en lo de don Apolinario; pero fué rescatada la víspera de su vencimiento, pagando lo que me prestó por ella, más los intereses. Por cierto que lo hice bien entrada la noche, porque debía partir en las primeras horas del día siguiente para Ranchillos y no quería exponerme a perder la alhaja por caducidad de la póliza. Le mandé decir a don Apolinario que si, por el casamiento de su hija, efectuado esa misma noche, le era incómodo que yo me presentase en su casa para la operación del rescate, me enviara la pulsera a la mía con persona que a su vez recibiese el dinero, y, no teniendo, por lo visto, ninguna de su confianza en ese momento, vino él mismo a traerme la pulsera, y aquí la tiene usted desde esa noche, pues yo cuando viajo no me la quito ni para dormir.

Por estos y los demás informes se puso completamente en claro lo ocurrido, que no fué robo, aunque sí acción punible ante el Divino Tribunal. Don Apolinario, prestamista por convicción y por utilidad, tenía como axiomático que las joyas de alto valor no rescatadas en las horas hábiles de la víspera del vencimiento, eran abandonadas por el prestatario irremisiblemente. La pulsera la consideró perdida y como lo que había prestado por ella era menos de la mitad de su valor, quiso que fuese el regalo que necesitaba hacer a su hija. Sorprendido por la reclamación de la prenda pignorada, no se atrevió a afrontar las consecuencias de una negativa injustificada y se decidió a tomar de la consola la pulsera, aprovechando una momentánea ausencia de los invitados al comedor y llevársela a la empeñante, a reserva de compensar a su hija con otra alhaja de valor equivalente o con su importe en efectivo. Advertida la desaparición y lanzada al aire la palabra robo, dejó que la bola corriera, pensando que a nadie podía perjudicar sino a él, como único autor, pues la hija recuperaría lo perdido en plata o en objeto.

Queda explicada la salida que hizo, pretextando ir a la farmacia, y en cuanto al botón de los calzoncillos de Polidoro, no hay que ser muy lince

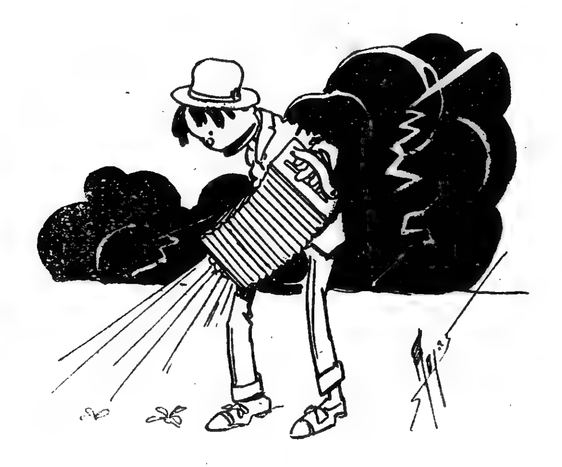


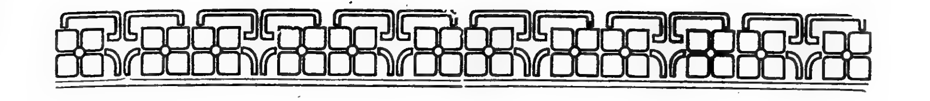
para suponer que saltó de la tela en uno de los esfuerzos que hizo para levantar con Ramona el baúl de los libros y papeles. Esos calzoncillos hubo de mudárselos rápidamente al llegar a su casa por razones que ignoramos, pero que son de colegir después de haberle visto con la bata que sacó del ropero, y es muy natural que en el apuro de cambiarse los calzoncillos no se fijara en la pérdida del botón de los que llevaba puestos.

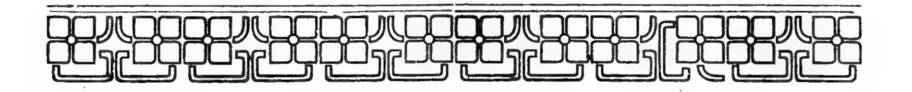
Obvio es decir, en honor de la justicia tucumana, que lo pusieron en libertad con los pronunciamientos más favorables; pero ha jurado por Dios y por Bascary. no volver a meterse en andanzas sherloholmescas, y lo primero que hizo al restituirse al hogar de sus atribulados padres, fué reemplazar una pequeña bovina, incorporada a los servicios sanitarios de la casa, con la obra de Conan Doyle, lo que reconocemos una herejía.

Nos han dicho que ahora trabaja Polidoro con un herrador de caballos, pero que aprovecha sus ócios tocando el acordeón, ventoso utensilio al que sin duda debe sus desgracias todo el que lo emplea, porque es sabido que "quién siembra vientos....."

EUSTAQUIO PELLICER.







EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I   BUENOS AIRES, MAYO 17 DE 1918   TOMO I - N.° 6

Un hombre de acción

por C. MARTINEZ PAIVA

10 centavos

Ilustraciones de HOHMANN

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

AÑO I BUENOS AIRES, MAYO 17 DE 1918 TOMO I N.º 6

EL CUENTO ILUSTRADO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PERÚ, 858 — U. T. 1036 B. O.

UN HOMBRE DE ACCIÓN

POR

C. MARTINEZ PAIVA

Ilustraciones de HOHMANN.

Ramón Novara paró el auto en un golpe recio de contramarcha y saltó a la vereda, dejando el gobierno del volante a su chaffeur. Arrimóse a una vidriera en un movimiento maquinal, y se puso a mirar los estantes llenos de adornos femeninos: bandas, encajes, cuellos, volados, espumillas abullonadas con arte y coquetería.

De repente hizo un gesto de contrariedad y se apartó. Había visto un maniquí vestido con un traje blanco y vaporoso, exactamente igual al que se había puesto aquella mañana, Mercedes su esposa, y no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—Siempre ella! ¡uff!

Caminó unos pasos y sintió el deseo vehemente de insultar a alguien.

El chaffeur hacía en ese momento, la difícil evolución de colocarse retrocediendo junto al cordón de la vereda y Novara vió la ocasión de satisfacer aquel impulso repentino.

Con una agilidad sorprendente, cruzó corriendo la calzada y apoyando las dos manos en la puerta del coche saltó adentro, pisando al caer las piernas del chaffeur.

—¡Sos un torpe! Dame ese volante. El día menos pensado me hacés pedazos el coche.

Tomó la rueda de dirección, marcó los puntos de primer avance y al virar hacia la izquierda para penetrar de frente, destrozó los faroles contra la rueda de un carro. El rostro se le puso rojo de ira y buscó al carrero con los ojos fulgurantes.

—Imbécil! Qué hace ahí: no ve como he roto el coche porque a usted, se le ha ocurrido dormirse en el pescante?

Severo y reposado, el carrero, se volvió hacia su ofensor.

—Es usted el que viene a estrellarse contra un carro parado y todavía se enoja.....

Ramón Novara, arrimó el auto.

—¿Qué dice? ¿Repita eso a ver?

—Bah... no me provoque amigo...

Iba a decirle alguna otra cosa, pero la palabra se le ahogó en un hipo repentino. El puño de Novara, le golpeó en la nuca y el hombre se sintió

caer hacia la vereda. Quiso asirse del barandal pero erró los maderos, dió la frente contra la llanta de hierro, y en un vuelco trágico fué a estrellar la parte posterior de la cabeza contra el duro embaldosado. Aturdido por el golpe se levantó tambaleante, miró a su adversario, y la sangre que manaba de la ceja izquierda partida de través en el filo de la llanta, lo enceguecíó; intentó echarse encima del autor, herir, morder, desgarrarse del todo, contra alguna cosa y se sintió oprimido de los brazos...

La ley llegaba oportunamente... y Novara abrió todas las válvulas de la máquina. El auto dió un formidable empuje hacia adelante y cuando del tumulto de la calle salió un curioso a investigar el nombre del heridor, no quedaba en todo lo largo de la vía más que el humo oscuro e irritante de la nafta.

Pasado el peligro, Novara dió el gobierno del coche al chaffeur.

—¡A casa!

Se tiró en el fondo del coche, contra los almohadones bordados en anagrama rojo y se puso a meditar.

Maldita mujer la suya!

Por culpa de ella había estado expuesto a que lo llevaran preso. En el lugar que estuviese, algo tenía que recordársela para disgustarle. Verdad que ahora, antes de ver el vestido blanco que se la recordara por su mal, tan exactamente como era, había estado en la casa de ese vicioso de Carlos Peña, donde perdiera al pocker, tres mil pesos ¡la única plata con que contaba para esa semana!: Verdad era también que al salir mal humorado por la pérdida, había tenido que darle un bofetón al negro portero para que aprendiese a cuadrarse cuando él pasara. Pero asi mismo, su disgusto, y el choque y el golpe al carrero y aquella obligación de tener que volver a casa con el coche roto el día que se lo tenía prometido con "propietario y todo" a la "Bella Gitana" esa andaluza insigne que se marcaba un "zapateao" hasta encima de una silla, era por culpa exclusiva de su mujer.

Inconscientemente se puso a hacer una revisión de su "hora tonta" cuando fué su novio.

Se habían visto en el Tigre, en unas regatas.

De blanco toda entera, ocultos casi los ojos claros, bajo el ancho sombrero de brin y las manos breves chapoteando el agua, junto al bote en que él estaba observándola desde que llegara.

Cuando la noche se hizo, la siguió hasta el tren, ocupó el asiento posterior al que ella ocupaba con su familia y al descender en Retiro, la siguió nuevamente hasta su casa.

Después habían sido las largas pasadas por la cuadra, al acecho en Palermo, los atisbamientos en el teatro, y esa desesperación de todos sus sentidos, ante aquella mujer que lo miraba siempre con la misma mansedumbre, castos los ojos entre las pestañas de oro, y en los labios rojos y apretados la enigmática sonrisa inalterable.

Su historia, corta, pero nutrida por mil episodios pasionales en que la hombría incipiente era superior en golpes dados que recibidos, se había sentido excitado por esa muñeca de cera, hecha para atormentarle con aquel silencio pudoroso que le cerraba el camino a su palabra audaz.

Por fin uno noche se decidió. En lugar de cruzar junto al balcón se detuvo y la habló. ¡Ni recordaba ya lo que le había dicho! Tenía presente, eso si, la cara de espanto y de sorpresa que ella pusiera y su pedido angustioso.

—Camine, váyase, por favor....

Dejó pasar dos noches y a la tercera, se detuvo nuevamente. Una semana más tarde la pedía en casamiento. ¿Por qué? No se lo explicaba. De aquella mansedumbre pensó hacer un contrapeso moral para su vida turbulenta y disparatada.

Le pareció que casándose con ella adquiriría para el hogar esa dignidad tranquila que él se sentía incapaz de mantener en la calle. En la quietud de Mercedes iba a hallar el estímulo necesario para la reorganización de sus costumbres.

A los seis meses de noviazgo estaba casado y al año del casamiento, completamento aburrido de su mujer: ahora hacía dos que sufría ese aburrimiento.

En el hogar había resultado lo mismo que en el balcón de la casa de sus padres. Tímida, incapaz de una de esas bromas que hacen el placer de los maridos jóvenes....

—¡Uff! ¡Qué mujer aquella!

Eso era un adorno demasiado zonzo a fuerza de ser perfecto.

De ahí que desde el día que se sintió cansado de ella, comenzó a despreciarla o a hacerla enrojecer diciéndole groserías "asi nomás, a las claras" para que abandonase esas inocencias fuera de uso.

Ahora "los muchachos" habían empezado a titearlo por su contracción al hogar en que ya algunos sabían que tenía una "Santa Teresa inconfesada". "No te quiero Señor para ofenderte" ¡Oh! A ver, a ver, grandísimo reconcentrado, como son esas pláticas amantísimas en que se exalta tu beatitud de Jesús trasnochador!

¡Y aquel insolente de Panchito Ramírez, que le ponía en ridículo a cada momento: ese Ñato Ramírez, su obsesión.

En el día de inocentes le habían mandado una botella de agua bendita envuelta en una enagua de mujer.

Tenía que terminar aquella situación que amenazaba a sus prestigios masculinos. Verdaderamente los muchachos estaban en un término medio de razón. Su casa era un convento. ¡Ni siquiera hijos que gritasen y rompiesen vidrios!

Fué necesario que el chaffeur le abriese la portezuela, diciéndole que habían llegado ya, para darse cuenta que estaba en su casa. Se levantó sorprendido pero con ligereza.

—Bueno: llévate el coche y que lo arreglen para mañana sin falta.

Pasó sin mirar a Paco que le abría la puerta del ascensor y subió por la escalera. Cuando llegó ante la puerta de su escritorio ya estaba Paco allí.

—¿Debo anunciar que ha llegado el señor?

—Sí.

Paco salió caminando con lijereza. Al doblar por la galería se acordó del anuncio de Ramírez y volvió corriendo.

—Señor, usted disculpe, ha hablado el señor Ramírez.

—¿El ñato Ramírez? ¿Y qué ha dicho?....

—Que le espere usted a las 12, pues tiene algo interesante que comunicarle.

—Bien: hacelo pasar así que llegue. —Entró a su escritorio.

La luz del día, daba de lleno por la ventana abierta. Sobre la mesa halló dos cartas.

Desgarró el sobre de la primera y lo arròjó en seguida al canasto, conjuntamente con la carta. Era de Emilio Carreras al que le había prometido prestarle 500 pesos, para que atendiese a lo necesario a su último año de estudio. Una buena acción amenazada de fracaso.

¡Ese Peña y ese pocker de las 7 de la mañana donde él había caído como una hermosa carnada entre tiburones que habían estado toda la noche enseñándose los dientes sin poder herirse! Para que había ido.

En el otro sobre vió letra de mujer y la abrió con cuidado. Era de la "Bella Gitana".

—¡Jesús! ¡Qué letra y que ortografía tenía aquella bandida irresistible.

"No tiolbides que espero lauto. ¿Bendrás tu también con nel?"

Sonrió de muy buena gana.

"¿Con nel?" ¡Como la iba a fastidiar asi que la viera!

Presintió el mohín que haría cuando se lo dijese, y se sentó a contestarle.

"Gitana: Gitana mía: (no creas que te escribiré en verso para disculparme)", había recordado la conocida canción y le agregó ese paréntesis.

Una mano blanca abrió la puerta y Novara dió vuelta el block de papel tapando a un mismo tiempo la carta de la "Bella Gitana" y lo que él comenzaba a escribirle.

—¿Se puede?

—Entrá.

La esposa de Novara entró al escritorio de su marido. Venía con el mismo traje blanco que se la recordara a su esposo en el maniquí de la vidriera. Realzada por el albor de la tela, la carne de su rostro tenía una blancura de mármol, manchado por el azul intenso de los ojos y el oro de los cabellos.

Mercedes besó en la frente a Novara.

—¿Cómo te a ido?

—Bien.

—¿Paseastes mucho?

—Sí.

—¿Has visto alguno de casa por el centro?

—Nó.

Hubo un silencio inesperado y angustioso. Mercedes se sentó en un sillón Americano y quedó con los ojos fijos en los de Novara, inclinados hacia la mesa del escritorio como si estuviera leyendo.

—¿Qué tienes Ramón, estás enfermo?

—Nó.

—Entonces te ha pasado algo en la calle?

Novara frunció el ceño.

—Es curioso Mercedes. Generalmente soy yo el único que habla en casa; jamás he logrado que fueses tú la que animases las conversaciones o les diese comienzo, pero es hoy el día que yo me hubiera propuesto no conversar con nadie y es este el día que se te ocurre a tí transformarte en una máquina preguntadora.

—No exageres Ramón: te he visto preocupado y era natural que desease saber lo que tenías.

—Mirá, a propósito: una de las cosas que tengo es el disgusto enorme que me produce ese vestido que te has puesto, demasiado.... "elocuente", demasiado "alegre", para tus costumbres apacibles.

Mercedes se levantó conmovida.

—Pero Ramón, ¡si lo he hecho por tí mismo! ¿No me dijistes los otros días que el traje crema me hacía una estátua de cera?

—Te lo habré dicho o nó, pero el que tienes puesto no puede ser aceptado ni discutido. Vete ante un espejo y comprenderás que decentemente, media palabra más en el asunto significaría una ofensa para tí.

El rostro de Mercedes se veteó de grandes manchas rojas y en sus ojos azules de mar sereno, se hizo el cristal opaco de la ola amarga.

Contuvo las lágrimas apretándose los párpados con las manos y volvió a sentarse en el sillón avergonzada y desfallecida.

Novara dió vuelta el block, rompió en un rasgo de papel sin importancia la carta de la andaluza y se puso a continuar la respuesta.

"Gitana: Gitana mía: (no creas que escribiré en verso para disculparme): Lo primero porque tengo un odio cordial a todos esos que han envenenado a la humanidad con una serie de pavadas epilépticas (¿sabes lo que quiere decir epilepsia? no vayas a agarrarte el terminito ese para tu uso porque lo emplearías muy mal), y lo segundo porque si yo te mandara una carta en verso tu la harías un couplet inmediatamente, sin conseguir yo ni siquiera por eso que me perdonases. Sabrás entonces que estoy dis-

puesto a dar como no dichas las maldiciones que me echarás cuando sepas que no te puedo mandar el auto.

Se le han roto los faroles y aunque sé que bastaría con tus ojos, no quiero que incurras en contravención por falta de luz: — bien que en homenaje a tu insigne sabiduría de andar a oscuras sin chocar con nadie la municipalidad debía de premiarte.

No te beso en la carta porque estoy seguro que la tirarás sin terminar de leerla y arrojar un beso mío al canasto sería exponerte a que te arrepientas mañana cuando te mande el coche.

¡A tí que no has querido cantar la canción de la "Magdalena" por no tener que arrepentirte aunque sea en música y por un momento!

Ramón.

Tocó el timbre, escribió la dirección y llegando hasta la puerta dió la carta a Paco.

—Tomá, mandá esta carta con un mensajero al señor Domínguez — y miró al sirviente de una manera especial. Caminó después y fué a pararse ante la ventana.

Abrió los postigos y observó el paisaje. Era al medio día y la Avenida Alvear, caldeada a fuego por el sol de Enero resplandecía en una opalescencia clara. El asfalto reblandecido se pegaba a las llantas de goma de los automóviles, y los caballos flácidos de los pocos placeros circulantes, iban con la cabeza gacha, pesado al trote y las riendas sueltas casi, en las manos del cochero aletargado.

Allá en el fondo como huyendo del sopor asfixiante, emergían los grandes árboles del bosque, al extremo izquierdo el cinturón opaco del terraplén ferroviario y en último término el techo blanco de las graderías del Pac Dock. ¡Palermo!

Cuantas cosas le recordó todo aquello.

Su vista se detuvo en la Avenida de las Palmeras y la memoria le llevó inmediatamente al recuerdo de un episodio pintoresco.

Hacía cuatro años, época del apogeo de sus prestigios belicosos. Una francesa cocainómana le había propuesto hacer una reconstrucción pagana. "El Sátiro y la Ninfa" y él la trajo una madrugada en una "voituret", casi desnuda ya, sorbiendo éter en un pañuelo empapado previamente en esencia de violeta, mezcla extrañísima que le producía un intenso placer y que evitaba al mismo tiempo según decía, los eruptos fétidos que se producen después de las inhalaciones.

La representación había comenzado con una pureza helénica indiscutible. Envuelta en un tul transparante la francesa disparaba por entre los árboles sacudiendo al pasar las ramas cargadas de rocío y profiriendo gritos apagados, llenos de timideces sensuales: era una fuga faunesca, un capricho de La Touche. La *pantomima* seguía su desarrollo por entre la arboleda interminable, pero él empezaba a sentir los pies mojados y el frío de las madrugadas de Abril, le iba poniendo el cuerpo de gallina. En un momento en que ella, la Ninfa, debía de entregarse, vencida y fatigada al Sátiro tenaz, y cuando más armoniosamente lo llamaba desde un grupo de helechos, donde él se esforzaba en no verla:

—"Sátigo, aquig estoig, Satigüito mío". Apareció un guardián.

—Ya voy yo, indecente!

Su mente presintió en un momento la escena que se venía encima. El escándalo, la alarma, los arañazos, ayes, gritos...

De un salto estuvo al lado del celador, le aplicó un directo en la mandíbula, fué a buscarlo donde había caído y antes de que hubiera reaccionado le hizo hacer goal en el lago de un punta pie en el espinazo. En seguida había corrido hacia el auto. Entraba ya en la Avenida de Eucaliptus del zoológico, cuando volvió la cabeza al oir unos gritos. Era la francesa sin tul ya, corriendo por el medio de la calle, gritándole desaforada y seguida de cerca por el guardián empapado.

—¡Vení! ¡Lagdron! ¡Sinvegüenza!

Al recuerdo de aquella escena final el rostro de Novara se contrajo en una risa sonora y desenfadada. Volvió inmediatamente la cara temiendo el ridículo ante Mercedes y se quedó sorprendido. Su esposa, no estaba allí.

* * *

Doña Rosario, la viejo gobernanta de Mercedes, hizo una aspiración larga y arrugó el ceño.

—¡Um! Agua de Rosas, el diablo en casa.

Revisó la sala, desdobló los altos cortinones de la galería en que ella sabía esconderse para llorar, subió al mirador refunfuñando entre dientes y al bajar más enojada que cuando subiera vió a Mercedes por la ventana de la salita de cuadros, sentada en un sillón combado.

Cruzó con toda la velocidad que fué posible las habitaciones interiores, y se presentó de improviso en la puerta de la sala.

En contra de su costumbre Mercedes se sintió incapaz de disimular su enorme angustia. Doña Rosario fué derecho a su objeto.

—¿Lágrimas, nó? Siempre lo mismo, como si todos los hombres juntos valiesen una sola lágrima de mujer. ¿Qué ha pasado?

—Ramón, lo de siempre, Rosario, sin que yo sepa porque se ha enojado conmigo: soy muy desdichada, Rosario, — y continuó llorando tapada la cara con el pañuelo humedecido en "Rosa de Chipre" su bálsamo habitual.

La gobernanta la miró de soslayo.

—Está bien: muy bien. Porque nadie tiene la culpa sino usted. ¿Qué razón hay para que la haga sufrir así?

Jamás ha querido usted hacerme caso. ¡Y bien que se lo previne al mes de casados. Su marido es un muchachote mal educado, y tan falto de años como de juicio. Procure no ser dominada sin que por ello él crea que intenta dominarle. No le ponga a todas sus observaciones, el cúmplase de su silencio.

Amelo profundamente pero sin la sumisión de la esclava, porque nada gasta más el afecto, que el amor domesticado. Entréguele todo su corazón, pero no su voluntad porque a él mismo le será molesto mañana esa abdicación suya y se cansará de verla inútil para afrontar una situación imprevista. No se haga aborrecer, sí señora, esa es la palabra, no se haga aborrecer a fuerza de hacerse dócil. Consérvese mujer y persona para su hogar y su esposo. Salve su cariño y el de él, evitándole que la confunda con un mueble utilizable y estimado en medida de su novedad. ¡Todo eso le dije hace tres años, a los pocos días de casada, cuando a través de sus inclina-

ciones y atolondramientos descubrí el inquisidor de hoy: a ese que nos ha encerrado al fin, bajo la doble llave de sus caprichos. Todo eso le dije, ¿y usted, que hizo en bien de su propia felicidad?

Nada, sí señora, nada, o peor que nada, esto es, consentir que él lo hiciera y lo dijera todo. Pero ahora estoy dispuesta a abandonarla inmediatamente.

Mercedes levantó la cabeza.

—¿A irte? ¿A dejarme sola, Rosario?

—Sí señora, a dejarla, a irme.

—¿Y qué he hecho yo Rosario, para que también tú me mortifiques?

—¿Qué ha hecho?.... Esa es la verdad triste: la desgracia, de todos; usted no ha hecho nada, ya se lo he dicho, nada, no ha sido nada en su casa y con ello ha dado ocasión, a que el señor Novara, no viese más que sirvientes a su alrededor.

—¡Rosario!

—Sí señora: enójese, evíteme el dolor de despedirme, despidiéndome usted por mi resolución de no callarme más, pero en sus lágrimas se han amargado nuestros corazones y en su silencio han encontrado ambiente propicio los gritos con que su marido nos enloquece a diario.

Mercedes se echó en los brazos de su gobernanta: la única amiga ver-

dadera!, su madre casi, ya que la que le diera el sér se "fuera a Dios" cuando ella era muy chica.

—Rosario, por favor, no me trates así. ¡Si yo no puedo decirle nada! ¡Si no podré nunca! Me faltan palabras para hablarle. Mil veces he querido explicarle serenamente mi amargura de todos los momentos. Decirle lo cruel que es conmigo tratándome con una dureza a la que jamás estuve acostumbrada. Pedirle la explicación de mis faltas y el motivo de sus injusticias; hablarle mucho con ternura inmensa, mas sin dejarme vencer por el corazón, pero no puedo Rosario, no puedo hacerlo. Mis ojos no resisten la mirada de los suyos, mi boca se entorpece a las primeras palabras y cuando creo que voy a expresar todo lo que siento, no en contra de él, sinó por culpa de él, me ahoga el dolor y lloro en su presencia sin poderlo evitar.

Rosario apretó contra su pecho la cabeza atormentada de Mercedes. El deseo de llorar contenido hasta entonces iba a traicionarla a ella también y quiso anticiparse al sollozo estéril.

—Bueno Mechita, tu explicación me consuela y con ella has vuelto a mí como cuando eras muy chiquitita, y muy rubia, y muy cariñosa conmigo. Por eso mismo yo quiero también volver a ti en esa edad feliz y te trataré así, de "tú" como entonces, creyéndome tu propia madre al llenar con mi presencia el lugar de la que tuviste por tan poco tiempo, y al ocupar tú en mi corazón, el lugar vacío del hijo que no tuve nunca!

Tú eres mía en el alma y en la virtud, y yo debo cuidar lo que me pertenece. Hoy mismo delante de tí, en la mesa, ante el que lo encuentre diré a tu esposo, que Dios ha concebido gracia al condenado y que el suplicio termina.

Mercedes se desprendió de los brazos de Rosario.

—¡No por Dios, Rosario! No le dirás nada. Sí, yo soy la única culpable: si tú misma lo has dicho. La anciana movió la cabeza negativamente.

—Por favor, Rosario: no le digas nada; ¡nó! nó; se enojaría; diría que yo te lo he pedido. Ramón no es malo, te lo juro; si todavía puede quererme, si todavía podemos ser felices, Rosario, todavía...

La voz tímida de Paco, impidió la respuesta trémula de Rosario.

—¿Irá a la mesa la señora?

Mercedes, vaciló.

—Sí... no, no iré, — le contestó sin volver el rostro por que no se le viese bañado en lágrimas.

Rosario se dirigió al sirviente en actitud resuelta.

—Vaya usted, y haga servir como de costumbre: la señora irá a la mesa.

—No Paco, diga usted que nó; no iré, no puedo ir Rosario.

La vieja aya no hizo caso a estas palabras.

—Vaya usted y haga lo que le he dicho: la señora irá, debe ir a la mesa. — Le cerró la puerta en las narices para que no hubiese dudas al respecto, y abrazando a Mercedes la besó en la frente..

—Ahora soy yo la que mando, yo tu madre. Hoy tienes que ir a la mesa porque es el único momento en que puedo agarrarlo a él frente a tí. Yo quiero defenderte, sabes Mechita: Quiero que sientas por fin un cariño sincero al lado tuyo: me comprendes Mecha, me comprendes?... y la apretó muy fuerte contra sus senos estériles, creyéndose madre de verdad en el amor inmenso hacia aquella criatura sin carácter que sentía, tan débil y des-

dichada entre sus brazos, blandos y amorosos, hechos como para proteger a alguien...

* * *

Ramírez entró llevándose todo por delante. Abrió de un empujón la puerta del escritorio y antes que Paco pudiera anunciarlo fué a dar contra el macizo de la biblioteca.

—¡Como te va, Abelardo, Casto José, Pafnucio!

Novara se levantó con los brazos abiertos.

—Qué andás haciendo ñato calavera.

Lo abrazó con verdadero cariño y lo apróximo a una silla.

—Sentate, alcohol desnaturalizado.

—¡Tenés razón hermano: Wisky con soda y azúcar. ¡Champagne inglés, ché! ¡un néctar! "¡miel hiblea!", como dicen los que escriben con veneno, toda una confitería de cosas dulces.

Se dejó caer en la silla y quedó frente a Novara, con los ojos entornados y una mueca desfachatada en el rostro congestionado por la bebida.

—Explicate ahora ñato sinvergüenza, que es lo que has venido a hacer.

—El asunto es fácil. Se reduce a esto: Vos sos un desertor. Hace años que abandonaste la "honesta sociedad" que te hizo el alto honor de llamarte un día "su ilustre jefe". Te redujiste a la vida indigna del hogar, según nos la comunicabas "de pasada" alguna vez que te podíamos ver y detenerte un segundo. Pero ahora hemos comprobado que hay mentira o arrepentimiento. Justito Santana nos ha probado con papeles en la mano, que vos tenés un lío muy canallescamente formal con la Bella Gitana, y he sido comisionado para exigirte que reingreses en la noche de hoy, en la honorabilísima corporación que abandonaste.

Novara casi no podía hablar de risa.

—Qué loco. ¡Pero como pensás eso! No, no, ¿La Gitana? ¡Si es un lance al cruce y nada más! Tendrás que volverte solo: yo no puedo ñato: decíselo a los muchachos, no puedo andar nuevamente haciendo locuras. — Reía siempre y hablaba sin poner mucha convicción en las palabras, ya que en el fondo, su deseo vehemente, era ese, reintegrarse al placer antiguo, olvidar entre sus amigos los tres años de hastío de su vida de casado.

Ramírez se levantó y tomando los sombreros, se puso el suyo y le encasquetó el otro a Novara.

—Sabrá usted que no nos conformaremos con palabras. ¡A la calle, amigo! ¡A la calle! ¡A la calle! ¡A la calle! — Y comenzó a repetir la misma frase, a grito vivo y con la entonación del "Allons enfants" de la "Marsellesa".

Novara trató de apagar aquella voz en falsete que escandalizaba su casa.

—Cállate, ñato: ¡Oh! pero ¿qué estás haciendo? ¡Soltame hombre! No ves que vendrán los sirvientes, no grites. Bueno, vos te callás, y yo accedo, me voy en tú coche, te acompaño a dónde quieras.

—¡Aceptado!

—Aceptado.

Se dieron la mano, y Novara se volvió a recojer todo el dinero que encontró en los cajones del escritorio. En ese instante apareció Paco en la puerta.

—La señora lo espera en la mesa al señor.

—¡Bah!, que almuerce sola.

—Me ha dicho que insista ante usted, para que por lo menos pase por el comedor, antes de retirarse.

—¡Qué insistencia!, voy en seguida.

Cerró el escritorio y dejó a Ramírez, frente al ascensor.

—Espérame un momento.

Caminó apresurado por la galería, entró al "fumoir", cruzó el "toilet", de dos zancadas, atravesó la habitación de los guardarropa y penetró al dormitorio de su esposa.

Había creído encontrarla por allí, ahogando en lágrimas y suspiros el recuerdo de la escena del escritorio, y se extrañó no viéndola por ninguna de las habitaciones. ¿Estará en el comedor? Era extraño, siempre lo esperaba en las habitaciones intermedias. Se puso a pensar un momento.

Era indudable que lo llamaba para lo de todos los días, para disculparse gimiendo en una fastidiosa oración de palabras deshilvanadas. "Tú siempre enojado conmigo", "Porque eres tan malo, Ramón" "Yo quisiera morirme" "soy tan desdichada", y después... lágrimas a torrentes, a mares, como una lluvia. Seguramente que si llorase menos lo convencería más. Ese lagrimear por cualquier cosa, lo tenía cansado.

A más en él, la compasión era una simple frase sin sentido. Hacía el bien o el mal sin medir el alcance de ninguno de los dos actos. Vivía de impulsos, amaba lo que le satisfacía, odiaba lo que estaba fuera de sus costumbres, y esto sin pensar en el perjuicio o en el beneficio, que tal proceder pudiera reportarle. Mercedes le había subyugado un día con su dulzura silenciosa, ahora le hastiaba con su sollozar interminable. Si no la amaba ya, ¿debía soportarla compasivamente? No, ¡imposible!, eso estaba bien para los débiles... un hombre verdadero, fuerte, digno del atributo de masculinidad, debía proceder como él lo hacía, poniendo en el rostro y en la palabra y en los ademanes toda la contrariedad que sentía en el corazón. Arriba de la cama vió un pañuelo de batista todo arrugado.

Lo tomó: estaba humedecido y al desdoblarlo le inundó el perfume de Agua de Rosa. Iba a arrojar el pañuelo y se contuvo. Aquel perfume le hizo recordar quien sabe porqué coincidencia agresiva, una noche lejana, la primera que penetró con élla en ese mismo dormitorio. El había sido el que le trajera un pañuelo empapado en "Rosa de Chipre" para que se frotase las manos resecas de los guantes y ella había adoptado ese perfume.

¡Qué diferencia desde entonces en la aplicación de la esencia!

¡Ayer embebiendo las manos para hacer más suave la caricia: hoy, aplacando en el corazón, la angustia de una desinteligencia cada vez más profunda.

Impensadamente levantó la cabeza: allá cerca de la corona del dosel, como la colocara en esa ocasión, estaban los retratos. El y élla.

Su propia mano los había orlado de violetas, y al medio, luciendo aún el matiz de jaspe que la eterniza, la "siempre viva" que pusiera Mercedes.

¡Ingénua mentira! Asi era el mundo: un breve paso por la gloria: Una sucesión dolórosa de equivocaciones! Se miró en el retrato.

Indudablemente, su estado físico no había sufrido modificación.

El bigote no más, recortado ahora al borde del labio, lo diferenciaba un

poco de aquel mocetón que los tenía afinados en punta, con un orgullo indecible. Lo demás, era lo mismo: la frente ancha y tersa, las mejillas llenas, y en los ojos oscuros la perenne "luz hostil" que le sabía decir su padre. De pronto se fijó en Mercedes. Las cejas se le contrajeron y lanzó una exclamación.

¡Cómo ha cambiado! Efectivamente: aquella mujer de ternura, de boca quieta y sonriente, tocada de castidad por el tul cristiano y el cabello suave detenido en el arco diminuto de la oreja, esa figura levantada en espiral entre el vestido de seda, quietas las manos como una santa que orara y en la mirada tranquila, presentida de zafiro, bajo la diadema blanca de azahares, traduciéndose fielmente toda la belleza de su alma, tenía una diferencia muy grande con la Mercedes de ahora, demacrada y dolorida.

Una inquietud extraña le invadió el pecho y volvió a escapársele otra exclamación.

¡La pobre Mecha: como ha sufrido!

Reaccionó inmediatamente y pareció interrogarse a sí mismo.

¿Y qué? ¿Es por tú culpa? ¡Vaya! ¡A ver si te vas a incorporar a la sensiblería en marcha!

Arrojó con violencia el pañuelo y quiso mirar por última vez el retrato suyo y de su esposa, en el día lejano de su casamiento, pero no pudo. Por primera ocasión se sintió cobarde. Le había sido necesario mirar al suelo para absolverse en ese breve interrogatorio sin respuesta, y ahora comprendía que no era capaz de mirar frente a frente aquella figura silenciosa, para ratificar ante la dulzura inmóvil de sus ojos, la convicción arbitraria que acababa de imponerse.

Se "empujó" hacia afuera. La claridad tamizada por una especie de "velarium" le puso una coloración cárdena en la cara y en las manos.

Su rostro volvió a cobrar el mismo gesto adusto y al llegar a la puerta del comedor, la presencia de Mercedes, sentada junta a la mesa con el rostro inclinado sobre el mantel y los ojos inflamados por el llanto, no le inspiró más que la enojosa antipatía de siempre.

Mercedes tembló al sentir llegar a su marido. ¿Qué le iba a decir? ¿Para qué lo había mandado llamar? Si aquello era inmodificable. No tenia ni remedio, ni solución. Por lo menos de su parte, se sentía incapaz de producir con sus palabras un cambio favorable en la vida de Novara. La lección de Rosario, ese fragmento de pieza fiscal en que le había dado argumentos indiscutibles para que lo acusase directamente, exigiéndole un comportamiento mejor, se le olvidó por completo.

Novara, la interrogó con rigidez.

—¿Me puedes decir para qué me has mandado llamar?

—Para hablarte Ramón, es decir, para preguntarte... si vas a comer en otra parte!....

—Sí, tengo que liquidar unas ventas de novillos y quizás no pueda regresar hasta muy tarde.

—Entonces, Ramón, no nos veremos hasta mañana?

—Asi es, hasta mañana: no esperaba este inconveniente, pero me comunican por teléfono que depende de mi presencia el término de una operación en trámite y salgo al momento.

Se habían hablado sin mirarse, ella inclinada siempre hacia abajo y él, abotonándose el saco y tirándose las mangas con impaciencia.

Iba Novara a agregar alguna frase de despedida, cuando desde el fondo del comedor, donde había estado sin ser vista, gesticulando de asombro ante el pasmo de Mercedes, habló Rosario.

—Nó, señor Novara: Usted no se irá sin antes saber que se le ha llamado, no para verle y confirmar que usted hace lo que se le antoja en esta casa, olvidando las más elementales leyes del hogar, sino para preguntarle si persiste usted en seguir procediendo como un mal caballero.

Novara dió vuelta con una ligereza de resorte: le temblaron los labios y Mercedes que levantó la cabeza y lo miró a la cara, tuvo miedo al verle palidecer de ira.

—¡Pero es posible! ¿Qué dice usted, Rosario? ¿Qué dice usted?

La anciana aya pareció no intimidarse.

—Lo que oye señor Novara: que usted maltrata indignamente a Mercedes, y que si la madre de su esposa ha muerto y su padre es un descuidado, yo que la he criado, me constituyo en el lugar de la que ya no existe, dispuesta a ampararla con toda la fuerza de mi cariño.

Ha llegado la hora de la verdad y por mi boca sabrá usted, que en este hogar hay una señora dueña de nuestros respetos, y más dueña aún de los suyos porque a ello se obligaron ante Dios.

Novara estaba atónito. Aquello le parecía inverosímil.

¿Era a él que se dirigía esa vieja llena de humildad, que andaba siempre evitándole de pura inofensiva? ¿A él que ni a su padre le había consentido reprensiones fuera de tono?

De repente estalló. Eran como ronquidos entrecortados, de timbración muy baja y sordos acentos.

El valor ficticio de Rosario se trocó en espanto, y la pobre anciana buscó amparo trás una mesita de mármol rojo sobre la que estaba una estatua de Diana cazadora, apoyada en las aspas de un cervatillo, la mano fuerte levantado el arco y a la espalda el carcaj lleno de dardos.

—¡A mí! ¡vieja loca! ¡Charlatana! ¡Insolente! ¡Cómo se atreve, en mi casa! — se volvió en seguida hacia Mercedes con la mano abierta moviendo las articulaciones como si tuviese algo que se le pegara entre los dedos. — Pero nó: ¡si aquí, la única culpable sos vos! ¡vos, la instigadora, la cómplice de los sirvientes deslenguados, la que sienta en el comedor a los que debieran estar en la cocina! Levantá esta cabeza, la desvergüenza oculta el rostro cuando la verdad aparece. Simuladora, desleal ¡vos! ¡vos!, ¡hipócrita! — Y Mercedes que había escondido la cabeza entre los brazos en un presenti-

miento horroroso de ser infamada por la mano de Ramón, sintió como los dedos de esa misma mano le rozaban la nuca en una vibración de garfios temblorosos apenas contenidos en su intensión de clavárseles en el cuello.

Después oyo un portazo terrible, en su pecho serenado de improviso, repercutió el estrépito de un espejo que cayó haciéndose pedazos, y por último la voz de Rosario que la abrazó sollozando.

—¡Mechita! yo soy la culpable, Mechita, perdóname. Es un cruel. Ese hombre no te ha querido nunca, Mechita! ¡Nunca!...

Cuando ya se desvanecía, un riego cálido le bajó por la mejilla.

Aflojó los brazos y le pareció morir desfallecida, llenos el cuerpo, y el alma de una dulzura inefable, que la iba invadiendo lentamente.

*
* *

Habían hecho la comida del día en lo de Santana, dónde ya los esperaban, Clemente Arcilla, Carlos Peña, Raúl Aneiros y Rómulo Farías.

Ramírez cargó el auto de botellas, y al descender tuvieron que sacarlo del coche "con especial cuidado" para que no le estallasen las que traía metidas en los bolsillos.

Allí supo Novara que el de la infidencia había sido Peña. No existían "papeles" sino la simple relación que él le hiciera de sus cosas con la andaluza y que éste trasmitiera a Santana.

Festejaron su reintegración, heróicamente, entre explosiones sucesivas de botellas descorchadas. Y al caer de la tarde, salieron en el automóvil grande de Santana, rumbo al Tigre, por la blanca carretera propicia a los 60 kilómetros que le imprimía Arcila, pegado como un mono a la rueda de gobierno, los ojos fijos en el camino, con una inquietud superior a su beodez y al entusiasmo que querían infundirle con su locas exclamaciones los que iban adentro. En el Hotel de la "Villa" lacustre, entraron como a saco, llevándose todo por delante.

Comenzaba en ese momento la partida de la tarde, y pasaron al salón de la ruleta.

El único que jugó fué Novara y apuntando al negro, "el color de su destino". Lo que nunca, se le repitió cinco veces el color favorablemente. La suerte ciega confirmaba el vaticinio. Hizo la última prueba, pues no jugaba esa tarde, para ganar.

"Al trece". A ver, vaya esto al número malo", y como si fuera el dinero que dejara caer, quien la detuviese, la bolilla se paró en la celdilla del trece, con un movimiento que a Novara, sorprendido yá, le pareció brusco y anormal.

Hubo palmoteos y manotones. ¡Bien por el pálpito! ¡La fortuna llega y el amor dispara! Vámonos. Salían del salón en el momento mismo en que Ramírez tumbaba de la columna en que lo habían colocado, a un grupo en bronce de tercios Españoles, encabezados por la figura ecuestre de Pizarro.

¡Yo soy Atahualpa y a mi no hay gallego que me conquiste! y se tiró a fondo, en una monstruosa estocada, con un plumero que había sacado quien sabe de donde.

El palo golpeó sobre el duro pecho del conquistador y todo el grupo heróico cayó indignamente al suelo.

Uno de los empleados de la casa lo levantó precipitadamente y señaló un desperfecto.

—Aquí tiene señor la mano de este soldado, se ha torcido.

Ramírez se tomó la respuesta.

—Y que significa torcer la mano de bronce del que se llevó todo el oro de America! ¿Eh? vamos a ver. Contestá traídor de tu continente. Mercenario a paga de propina.

Algunos de las mesas, los que perdían talvez, aplaudieron y era indudable que Ramírez hubiera armado el primer escándalo del día, sinó lo sacan a tirones, prendidos del saco, de la corbata, haciendo Peña, una especie de caballo de cuarta con las dos tiras del suspensor que se le había desprendido de la parte de adelante.

... ...

Era próximo de la media noche cuando llegaron a la puerta del Cabaret más beodos que en el Hotel del Tigre, que en los Bars visitados entre las seis y las once. Ahora era a Novara al que traían agarrado entre todos, con Ramírez, por delante, haciendo de puntero. Entraron chocando con los empleados, golpeando las sillas con los pies.

—¡Oh! Baco pródigo! Aquí está el tránsfuga! Entrá apóstata! Vas a purificarte de nuevo en la juvencia perfumada y efervescente!

El gerente del establecimiento se puso al lado de Ramírez.

—Arriba, ñato, arriba. Hay un compartimento con doce sillas. Es especial para ustedes. Ramírez soltó a Novara que sonreía amistosamente y se colgó del pescuezo del gerente.

—A tus brazos me entrego querido — imitó una voz cursi, de mujer y lo besó en la mejilla. — ¡Tuya soy, llévame donde quieras! — y dejó que el otro lo arrastrara escaleras arriba, seguido por el pataleo y la gritería de los demás que ascendían trás ellos, empujándolos con los bastones. Ya en el salón, el gérente sentó a Ramírez sobre un ámplio diván adamascado.

—Que loco es este, ñato.

Ramírez se irguió esforzándose por poner seria la cara.

—Mirá gringo, a mi no me trates de ché, porque te voy a romper la cabeza. Levantó el puño en una amenaza rápida de accionar, y cuando Raúl Aneiros se le iba a echar encima para contenerlo, estalló en una carcajada.

—¡Pero que zonzos! Cómo creen hombre! Si éste tiene más confianza conmigo que mi padre. Andá gringo, traete lo de siempre, ya sabes, champagne, cigarros y mujeres, ¡muchas mujeres!

La tropa alegre aprobó el pedido delirantemente. Carlos Peña, se subió a la mesa y comenzó un discurso contorsivo, lleno de ademanes solemnes.

—Queridos amigos míos: hermanos en Sileno, la vid frondosa bajo cuyas ramas eximen el placer las bocas rojas, ha florecido nuevamente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

El orador continuó.

—La selva propicia a la ronda caprípeda y beoda, ha vuelto a estremecerse. Silvano corre trás la ninfa inquieta con un racimo de uvas en la mano: en los oscuros rincones flecha Cupido con dardo de oro y sobre los pastos

humedecidos por el rocío, las espaldas femeninas se erizan de sensualidad. El temblor sagrado mueve todas las cosas y desde el fondo esmeralda de la sierra viene Flora, desnudos los senos blancos, entre las guirnaldas de rosas que la envuelven.

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Incomparable!

De repente Peña se sintió oscilar en el aire. Ramírez le había metido la cabeza entre las piernas y lo levantó de la mesa en un esfuerzo extraordinario. Se sintió estrellado contra el suelo, pero Farías y Arcila lo apuntalaron de los pies, y recorrió el salón, con la cabeza a tres metros de altura, esquivando el choque con las lámparas colgantes, mientras le aturdía los oídos el gritar desaforado de los que le llevaban en triunfo. Al llegar a la mesa, Novara, hércules y admirable, lo arrancó del pescuezo de Ramí-

rez. Llegaba en ese instante el "garçon" con el champagne "frappé", oscilando en una ancha bandeja de madera los dos baldes de metal resplandeciente, y hubo un sonoro recibimiento.

Jadeando aún por el esfuerzo reciente, tomó Ramírez una botella.

—Hay que hacer la rebautización del inocente, señores.

—¡Aprobado! ¡Aprobado!

Novara se resistió. — Eso nó muchachos, si lo hacen conmigo yo lo hago con los demás.

El ñato Ramírez, avanzó ya con el corta alambre en la mano, pronto a descorchar.

—¡Silencio! ¿Cree usted que lo vamos a bañar en el sagrado licor? Le mojaremos apenas la mollera, para que pueda actuar en santidad después de su sacrílega apostasia.

Destapó la botella y mientras Novara se inclinaba en una complacencia de circunstancia y los demás iniciaban una letanía gangosa de ritmo ininte-

rrumpido y letra sospechosa, Ramírez, le mojó la coronilla, acompañándose con la mano el conjuro ritual.

—En el nombre de Baco, señor y protector nuestro, yo te absuelvo de tus horrendos pecados.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!, pero que moy bien, y no me digan uztedez que er niño no es de teta.

Todos se volvieron con grato asombro.

Era la "Bella Gitana" que entraba seguida de "La Alondra" una "irresistible" venida a menos, no por la baja de sus encantos, sino por la "cochiná de los jombres" según el decir de su protectora de último momento.

En segunda tanda llegaron dos francesas coristas y una rubia imprecisa, de cuerpo delgado, ojos muy azules y largas crenchas enruladas cayéndole sobre los hombros. La Gitana hizo las presentaciones previa explicación.

—Pues digo: os vide pazá enristrao como langostinoz y me dije: vamo, que tiés que ir ante que te yamen: Ezpigué der conjunto lo mejorzito, que ya es mucho dezi y ahi teneis esa cozilla. Y ya que están aqui, son a sabé. "La Alondra"... argo espeziá. Mercedilla, franceza de corazó pero internacioná en zentimiento amorozo; María Luisa... ídem y esta... que... mardito sea, nunca le recuerdo el nombre, pero a la que se lo podeis preguntá sin ninguna dificurtá. Yo en tanto me didicaré al rebautizao este: a ver si e cierto aquello de que er niño que no llora... no ez comò los otros niños.

Se abrazó al cuello de Novara y cayeron en un diván dándose besos.

Ramírez tomó de la cintura a la Mercedita, y comenzó a bailar un tango que tocaban abajo los músicos con el extraño acompañamiento de unos ingleses que seguían a grandes voces el ritmo trunco de la música. Peña lo imitó con la "Alondra" y Arcilla con María Luisa, mientras Santana, sentimental siempre llevó de la mano a la rubia indefinible y fué a sentarse en el "chaisse longue" donde comenzó a hablarle de un supuesto país, del que debía ser ella, brumoso y triste, en el que la aurora era blanca en la plenitud de la nieve eterna y silenciosa, y el ocaso rojo como un sueño de "Viking"

La tuvo largo tiempo haciéndole referencias de esa región misteriosa y encantadora recitándole los pasajes más legendarios del héroe de Macpherson, inquiriéndole sobre las veladas de invierno, al calor de la lumbre nocturna, cuando se gime con Malvina en la desolación del Morven, junto al guerrero herido por un acero más duro que el que da la muerte en los combates: la incertidumbre. El mareo alcohólico le daba una elasticidad verbal poco común, vigorosa y llena de color.

La rubia escuchaba sonriente y muda. Santana la creía dominada por su elocuencia romántica:

De pronto tembló con la carcajada de la "Gitana".

—Pero Gachó: já, já, pero si me había orvidao de dezirte que la niña no entiende ni "mu" en españó. Ez hija de alemane, nacia en Portugá y criá en er Japón, conqué; figurate zi ze habrá enterao der pitorreo que le haz metío. Podía haberte dicho su nombre y na, má.

Ramírez abandonó a su compañera, preso de un extraordinario acceso de risa.

—Yo lo veía... já... já... yo lo veía, déle conversación... y la otra déle señas. Já, já. Un papelón a la violeta, já, já, já.

Se tiró encima de Santana, que se había puesto rojo de vergüenza, besó

en la boca a la rubia silenciosa, y fué a caer sobre la mesa, ahogado por esa risa incontenible, que da más susto que alegría: risa de las dos de la mañana, cuando la acción etílica ha perturbado el sistema nervioso y es necesario descargar en alguna forma la sobre exitación acumulada.

Novara le levantó la cabeza.

—Te vas a morir reventado, ñato. ¿O lo hacés para despistar?

Ramírez seguía riendo, detenido a instantes por un hipo extraño, y aquél creyó prudente remojarlo. Allí donde estaba llevó el balde de helar el champagne, y se lo volcó encima golpeándole la cabeza con los pedazos de hielo. Para quitarse el susto, Arcila y Peña habían comenzado a danzar cantando y haciendo sonar fuertemente los piés. La Gitana tomó una botella y comenzó a trotar tras las parejas mientras las hacia beber llevándoles la copa a la boca y rociándolos luego con el resto. Las francesas daban aullidos cortos, seguidos de un taconeo ensordecedor y hasta Santana, queriendo estar en la "órbita" del momento abrazó a la rubia y salió a dar traspies por el salón, esforzándose en aparecer lo más brutal que le fuera posible, en aquel vértigo de piernas. El tropel se había hecho infernal y de la sala grande de baile salieron voces ofensivas.

—¡Borrachos! ¡Patoteros!

Ramón Novara, se irguió al oir aquellos gritos, movido por el impulso agresivo de otros tiempos.

—Ya está, fin de programa. Aquí hay que darle una pateadura a ese señor que grita.

El ñato Ramírez se levantó también de la mesa, el cabello aplanado sobre la frente, por el chapuzón, las ropas empapadas, el cuello desprendido y la corbata con el moño en la nuca. Parecía más trastornado que cuando se echara sobre la mesa.

—¿A patear han dicho?... ¿Eh?... Aquí estoy yo: víctimas al frente.

La Gitana se dirigió a Novara.

—Ramonillo ¿tú? amos jombre!.... Fué una observación inexacta, en verdad, lo que deseaba, era eso, una pelea, donde viese reaparecer al caudillo elegante. Le faltaba admirarlo en ese aspecto bravío por el cual le estimara sin conocerle, y al verlo en su actitud impulsiva, decidida, deseó presenciar el lance.

—Déjalo: ¿qué nos insurta? Gueno, no fartará ocazió de que le pruebez que no tiez mieo...

—¿Miedo yo?: vení y tomá palco de sol en esta plaza de toros que se va a armar aquí abajo, y te convencerás de lo contrario.

Agarró una botella y avanzó hacia el barandal, rematado en un pasamano de terciopelo rojo, que daba hacia la sala del baile.

—A ver, señor de la flauta, pare de soplar un momento.

Los músicos bajaron los instrumentos y todas las cabezas se levantaron. Novara se dirigió al conjunto.

—Digánme caballeros: ¿no podría hacer el bien de individualizarse entre todos ustedes, el que nos acaba de insultar?

Nadie contestó y algunos bajaron la cabeza sonriendo con disimulo.

—Entonces — dijo Novara, después de esperar un instante — si ninguno se responsabiliza, todos son unos cobardes....

Los pocos que quedaban mirándolo bajaron los ojos evitando el incidente. Novara se inclinó hacia abajo y los volvió a provocar.

—Y unos gallinas, y unos mal educados... y unos sinvergüenzas.

Un señor que estaba sentado junto a una columna se levantó al oir este insulto mirando a Novara, con ojos llameantes. La Gitana se estremeció de miedo y de placer.

—Ten cuidado Ramonillo: debe haber sio aquer señó.

Novara ni le contestó se oyó un silbido de bala y la botella fué a estrellarse en la columna. El señor de altivo gesto casi se cayó de la sorpresa, se miró las manos se palpó la cara a ver si lo habían herido los vidrios, más comprobando que estaba exento de lesiones caminó adusto hacia la salida. Por desgracia, la puerta de calle coincidía con la escalera del primer piso y al llegar a ella, se encontró frente a Novara que había descendido en dos saltos. La escena tuvo la brevedad de un relámpago: el brazo diestro de Novara golpeó en el estómago del hombre altivo como sobre un "Puchin Ball" y éste cayó hacia atrás dando un gemido. Quiso Novara echársele encima pero lo contuvo el grito de Aneiros.

—¡Dejalo que lo has muerto, bárbaro!

Efectivamente el hombre parecia un cadáver: tieso, mudo, con los ojos cerrados y brazos apretados al cuerpo. El gerente de la casa llegó corriendo.

—¡Lo que ha hecho señor, Novara; lo que ha hecho usted. ¡Pronto a ver, un médico, este hombre se muere!

Peña bajó con todo el aparato de un médico consumado.

—Esto es un simple desmayo. Contracción del diafragma con repercusión en el esófago, no hay que inquietarse, ¡arriba con él!

Lo tomó de los brazos y comenzó a trepar con el desmayado, ayudado del mismo Novara que alzándolo de lo cintura lo llevaba en peso, casi solo, sorprendido de veras antes la lividez silenciosa de su supuesto enemigo. Le acostaron sobre un sofá y comenzaron a darle fricciones y masajes. En un instante reaccionó, movió las brazos, gimió suavemente y los ojos se le abrieron. Casi en seguida se enderezó e hizo como si se esforzase en recordar lo sucedido. Después se levantó, caminó hacia Novara que se había retirado al fondo del salón, no sabiendo que actitud tomar, y de improviso, alegre, sonoramente, le habló con sorna, al mismo tiempo que le estiraba la mano.

—Vaya una pata de mula, esa que tiene usted, por brazo, amigo mío!

Novara le tendió las dos manos en un sincero impulso de satisfacción y el ñato Ramírez que había estado haciendo monosílabos aferrado a una cortina, se desprendió de su punto de apoyo yendo a caer abrazado a la cintura del desconocido.

—¡Muy bien! ¡Usted es un hombre!

El presunto muerto pasaba de unos brazos a otros, hasta que desprendiéndose de todos llamó al mozo a grandes palmadas y se presentó en el barandar del salón para que comprobasen los de la planta baja, que estaba vivo y contento. Luego comenzó a pedir.

—Champagne, una cena improvisada con pechuga de pavo, rodajas de jamón de York, pastelillos de relleno, y varias etcétera. Comprendido naturalmente, que todo lo paga mi ofensor — y se quedó en una actitud magnífica apuntando a Novara con el dedo. — Fué un nuevo palmoteo y otro

apretujamiento de abrazos. Hasta Ramírez hizo una espantosa concentración de energías y consiguió prendérsele de los hombros al par que le hablaba con amor sin límites.

—Amigo: a su lado soy capaz de sacarle plata hasta mi viejo que me tiene en cuarentena desde hace años.

La Gitana llegó silenciosa y conmovida. Estaba admirada y convencida, aquello era ser hombre. Novara la atrajo hacia si, con alegre ademán y ella se ocurrucó en sus brazos, dolorida y mimosa, quejándose de aquel incidente que pudo haber puesto en peligro su vida. La había subyugado ese detalle de la fuerza, el coraje en acción, y ahora sentía por él, un afecto respetuoso, un apego obediente que desde ese instante, no iba a hallar placer más hondo, que el de acatar la voluntad y el capricho del ser amado.

En un recodo, Farías y Aneiros, que andaban huérfanos de compañera, se resarcían de su aislamiento anterior con un par de rusas allegadas al olor de las fuentes en marcha, en tanto que el hombre del desmayo, completamente restablecido, ordenaba el arreglo de la mesa, hacía abrir botellas, mandaba a los mozos que trajeran "de lo mejor" pedía un plato, rechazaba otro, establecía un movimiento circular de copas llenas y vacías, tuteaba a Novara sacándole los cigarros del bolsillo, y todo ello, con el desahogo de una persona que tiene vieja confianza con los que trata, y que está segura de poder hacer frente aunque sea con una parte, al gasto en perspectiva.

... ...

Cuando la luz del día comenzó a invadir el salón, el único hombre que quedaba "de pie" era el desconocido. Había comido y bebido en proporción mayor a los demás, pero se conservaba inalterable. Como si él fuera a hacerse responsable de la deuda, pidió la adición, regateó algunos precios, en la lista enorme, y luego dióse a sacarles la plata a todos, hecho lo cual, pagó la cuenta, dió la propina y reservóse para si una cantidad que no contó, pues según le dijo al mozo que lo miraba sorprendido, si él les dejaba aquello, se lo gastarían, motivo por el cual no los abandonaría hasta que se refrescasen a objeto de devolverles el dinero. Hizo venir de continuo coches cerrados y los comenzó a despachar por yuntas, con la dirección que les daban los empleados de la casa. A Ramírez hubo que transportarlo en una especie de camilla que hicieran con las servilletas y dos palos de escobas, y a Peña lo hallaron tirado sobre la alfombra de un pasillo al que había llegado con la "Alondra" ausente a esa hora;tenía los bolsillos dados vueltas y las ropas desprendidas. Las únicas fieles habían sido la Gitana y esa rubia obsedante que impresionara a Santana. Con la dificultad consiguiente, se entendían a señas, o en un francés originalísimo, mezcla extravagante de voces latinas y arrullos germanos que la rubia le endilgaba a éste, con elocuentes muestras de cariño. Novara fingía dormir, sin mucho esfuerzo, apoyado al seno de la Gitana, y cuando el desconocido, lo llamó propinándole los más sonoros calificativos, con una confianza que ni él mismo ponía en dudas ya; tuvo pena de separarse de ella, y la invitó a acompañarlo.

—Vamos, te llevo a casa, y a la tarde te acompaño en el auto, que estará listo.

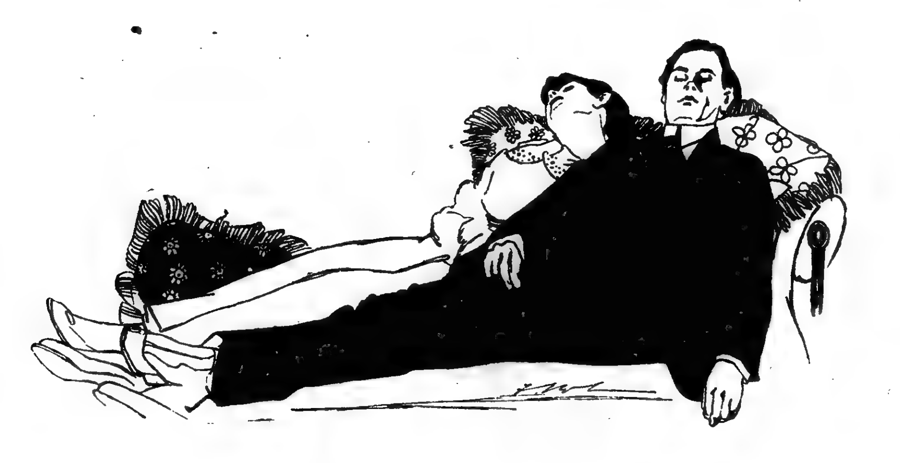
La Gitana no se hizo repetir la invitación; arreglóse lo mejor que pudo,

alisó las faldas, se empolvo a la ligera y bajó ayudando a descender a Novara que erraba los escalones con asombrosa facilidad. En la calle el desconocido los empujó adentro del coche, cerró la portezuela y a grito pelado les dió su dirección.

—¡Méjico y Piedras, a tus órdenes: Yo ya se donde viven ustedes, los visitaré pronto, adiós! — Les hizo un saludo afectuoso y cuando el vehículo partió, hundió la mano en el bolsillo, constató la existencia que había retenido para "que no lo gastasen" y se fué a pie en una firme resolución de ahorrarse gastos, satisfecho y engestado, revestido de ese orgullo exterior que nos hace tan respetable la presencia de un hombre.

*
* *

Mercedes despertó sobresaltada: tenía el pecho oprimido y la cabeza afiebrada. En un sillón de hamaca vió profundamente dormida a la anciana Rosario. Su presencia le trajo inmediatamente el recuerdo de lo sucedido



y se estremeció ¿Dónde estará Ramón? Mujer al fin, su primer pensamiento fué de perdón para su marido y al juzgar que había pasado la noche fuera, se sintió inquieta. Se vistió sin hacer ruído cruzó el comedor iluminado por el sol. Caminó después por el pasillo que iba al escritorio de su esposo y se detuvo: aún no había vuelto, la puerta estaba cerrada. Aquello la apenó profundamente. ¿Dónde había pasado la noche? Pensando en el disgusto acaso, repitiéndose las palabras del comedor: esas frases horribles, violentas y excesivas, que poco a poco, sin embargo le iban pareciendo casi lógicas, dado el carácter de él. El reloj grande del comedor martilló el primer golpe y se puso a contar las horas: una, dos, tres, ¡las 11 de la mañana y él sin venir!

Se dirigía ya para la pieza del teléfono a inquirir discretamente por él, en las casas que creyera conveniente, cuando vió luz en el escritorio, por la rendija de la puerta. ¡Oh!, ¿la lámpara encendida? instintivamente se inclinó y miró por la cerradura. En verdad, la bomba alta estaba con luz, pero sobre la pantalla se había colocado algo verde oscuro, que dejaba casi en sombras la parte baja. Gradualmente, el ojo fué penetrando aquella opalessencia, y llena de angustia y lástima, pudo ver un brazo y la cabeza de Novara, que dormía sobre el diván ancho, de terciopelo floreado. Se enderezó con los ojos anegados en lágrimas. ¡Pobrecito! Toda la noche allí, tirado sobre el diván, mortificado y solo. Se echó toda la culpa del disgusto. Su falta de tacto y esa complacencia malhadada para con Rosario, habían sido los motivos únicos de lo sucedido.

Tanteó el picaporte y sintió que la puerta estaba con llave. Se acordó de la que tenía en su llavero particular y fué en su busca. Al volver con ella, temblaba de emoción. Esta vez si que tendría palabras de ternura, lo suficientemente eficaces para hacerse amar y perdonar. Sería fiebre quizás lo que la ponía en ese estado febril, pero no importaba, se sentía en el instante lúcido, en la hora oportuna. Abrió la puerta suavemente y avanzó hacia el divan, balbuceando su nombre.

—Ramón. Ramón...

Cuando iba a tomarle la cabeza y a arrodillarse a su lado, para besarlo en la frente, se echó atrás como si le hubieran quemado las pupilas con fuego y toda la casa vibró al grito espantoso que se escapó de su pecho.

—¡¡¡Ah!!!

Tuvo la timbración de un estallido, fué como el ¡Ay! de la muerte, cuando todas las fuerzas físicas se resumen en un alarido de horror que hiela el alma. Allí, antes sus ojos, semi oculta la cabeza, bajo el brazo de su marido vió una mujer, las ropas revueltas, el cabello en desorden, y una pierna cubierta en media de seda negra, cruzando de través las de Novara.

Los ojos de Mercedes se habían abierto desmesuradamente, el dolor, la vergüenza, lo repugnante de aquella escena no le permitían hablar, y retrocedió. Al oir el grito, Novara, se incorporó después de librarse con no pequeño esfuerzo del brazo de la Bella Gitana que lo tenía asido de la cintura. Fijó su mirada vaga, en Mercedes, que ya estaba junto a la puerta, y con lengua torpe y ademanes sucesivos del brazo casi sin gobierno, la increpó soezmente.

—¿Quién te manda que entres... sin pedir permiso ¿eh? ¿Quién te manda? ¿Me lo querés decir hipócri... — sin abrir los ojos la Gitana le puso la mano en la boca.

—Que te calles, digo...

Se creía aún en el Cabaret, y en ella, como en Ramón, el fenómeno de sentirse más mareada después de unas horas de sueño, le cerraba los párpados, y hacía latir sus sienes con violencia.

Mercedes había salvado en ese instante el umbral de la puerta y al darse vuelto vió a Rosario, que llegaba alarmada por el grito.

—Mechita ¿qué hay, Mecha?

Presintió otra escena con Novara y quiso asomarse. Mercedes dió otro grito y la arrastró trás de sí.

—¡No! No mires, ven, ven conmigo, pronto, ven — y se la llevó trás

de si, tironeándole con fuerza, en tanto que la pobre anciana, le hacía preguntas.

—¿Pero qué sucede? ¡por Dios!, no me tires asi, que se me salen las chanclas. Dime lo que pasa, vamos a ver, despacio Mecha, que me volteas.

Mercedes la arrastró hasta el dormitorio, tomó su sombrero, buscó unos guantes, se arregló a prisa y obligó a Rosario a ponerse un traje de calle, con una precipitación a la que la anciana no podía darle significado. En el momento de abandonar la habitación le trató de explicar lo sucedido, contestando a la pregunta de "adonde vamos" que le hiciera su aya y gobernanta.

—A casa Rosario, a casa de mi padre.

La anciana abrió la boca movida de enorme asombro.

—¿Es posible?

—Sí, si Rosario. ¡Oh, que asco! ¡Qué asco Rosario! ¿Ves? Ya no lloro, mírame, tiemblo pero es de vergüenza. ¡Oh! todo se ha rebelado en mí.

—Pero que sucede Mechita: explícate.

Mercedes le apuntó con el dedo el escritorio de Novara.

—Ves, allí, allí está él, él si, Ramón, borracho, sabes, borracho y con una mujer de "esas'. Oh que infamia, con una mujer de "esas". ¿Comprendes?

La anciana fué ahora la que comenzó a temblar no dando con una respuesta oportuna.

—¿Eh? ¡Oh! ¡Ah! — Y a su vez comenzó a tirar de la mano a Mercedes, en dirección a la escalera por donde bajaron en fuga, como dos almas santificadas de pureza, que hubieran caído por equivocación en la casa del pecado. Al llegar a la planta baja las halló Paco.

—¿Salen en auto, señora? Está ya el coche compuesto...

—No, nada de aquí, nada, — y salieron por el zaguán, tratando de no tocar ni los maderos de la puerta, como si todo el edificio estuviera contaminado de aquella infamia a la que iban huyendo, con una ansiedad indecible. Intrigado y sorprendido, el sirviente, subió al primer piso. Oyó el timbre del escritorio, y sintió doble inquietud. ¿El señor Novara? Lo había visto, salir, para no regresar. Afirmado en la puerta del escritorio vió a su amo: no precisó más que una ojeada para darse cuenta del estado en que se hallaba y se adelantó a su palabra.

—La señora acaba de salir en compañía de su gobernanta.

Novara dió un cabezazo.

—¡Ah ¿sí? — e instantáneamente cruzó la verdad por su mente. — Se va, se va Mecha... Bueno... — y se sonrió para si mismo con cara de despreocupación. — ¡Al fin solo!....

Paco sintió la indignación de los humildes, ante aquella tragedia silenciosa que imaginó a través de esos monosílabos.

—Se fué si, y al parecer aflijida: ella que es tan buena...

Novara lo barajó con una insolencia.

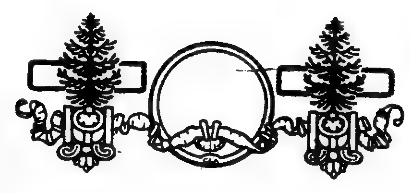
—Y a vos quien te mete a razonar sobre lo que no te importa? ¿Se ha ido la señora? bien: te lleva la ventaja de que ella sale por sus pies, y vos vas a salir cualquier día por la punta de los míos. Andá al dormitorio, arreglá la cama, y vení a avisarme. Poné dos almohadones, — luego se volvió

trastabillando hacia adentro y fué a despertar a la andaluza, tirándole la nariz.

—¡He, ché! ¡Gitana, levantate, nos acaban de dejar el dormitorio vacío y te lo he alquilado con comida y buen servicio para todo el año.

Se sentó al borde del sofá y se puso a hacerle cosquillas en las piernas para obligarla a despertar.

C. Martinez Paiva.



El

de

POR

Vicen

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, MAYO 24 DE 1918 TOMO I - N.º 7

El pecado de la virtud

POR

Vicente A. Salaverri

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla..

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

AÑO I BUENOS AIRES, MAYO 24 DE 1918 TOMO I N.º 7

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

EL PECADO DE LA VIRTUD

POR

VICENTE A. SALAVERRI

Ilustraciones de EUSEVI.

I

LA ASCENSION

En la tarde invernal, luminosa y gloriosa, resonó bizarro el grito del piloto:

—¡Larguen!

Todas las manos que asían la red del globo soltaron a un tiempo, pero el aerostato apenas logró otra cosa que cabecear.

—¡Fuera lastre!

Cayeron plúmbeas dos bolsas más de arena. Tampoco subía y maldijo desesperado el piloto:

—¡Es un gas detestable!

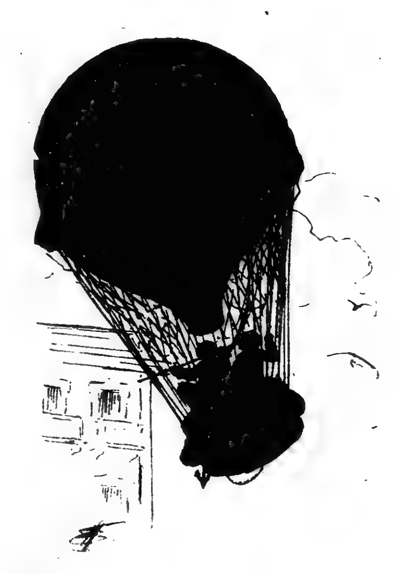
María Luz libraba combate con sus nervios. Hizo cuánto le fué posible por aparecer tranquila. De pronto advirtió que la barquilla no mantenía contacto alguno con la tierra:

—¿Subimos al fin? — fué a decirle a su joven compañero.

Pero la inminencia de un peligro impensado no le dejó tiempo sino para suplicar:

—¡Chocamos!...

Sin una hábil maniobra del aeronauta, hubiéranse estrellado contra la única construcción alta que era posible ver en tal paraje. Llegaban hasta ellos los rumores del público: palmoteos intermitentes, alaridos triunfales.... De pronto el globo aceleró la subida. Marcó el barómetro 100 metros:



—¡Qué bonito!... ¡Soberbio!...

—Y está conjurado todo peligro, mientras permanezcamos en el aire —dijo Marcial.

Bajo sus pupilas, el espectáculo era único. Poco importaban los detalles; lo inenarrable, lo grandioso, era el conjunto. Se veía esa lengua de tierra sobre la cual Montevideo se extiende como con pereza. Blanquearon las casas, en tanto los campos destacaban su verdor azulado. Dijo Marcial a María Luz, muy cerca ya de los 500 metros:

—¡Mire que chicos se ven ahora los hombres!

—Salvo contadas excepciones, amigo mío, sus congéneres siempre me han parecido así.

Hizo reír al piloto aquel sarcasmo. Marcial halló ocasión de asombro con la entereza de su acompañante que supo sobreponer la voluntad al instinto, mientras esparcía en la atmósfera diáfana su lluvia de oro el sol. El cielo era como una infinita campana de turquesa y, abajo, el trazado de la ciudad traía a las mientes uno de esos dibujos banales que hacen los muchachos.

—Me parece que voy asomada a un balcón de quimera.

—Justo — le replicó Marcial —: el globo es un balcón maravilloso. Solo que no a todos les está reservada la dicha de asomarse.

Encontrábanse a unos 700 metros de altura y el viento empujaba el aerostato hacia el mar. Miró para arriba el sportman y fué grande su contento:

—Si arrojo todo el lastre, encontraremos a mil o mil doscientos metros, ráfagas que nos permitan seguir viajando siempre por cima de la tierra.

—¿Y eso como puede saberlo?

—Observando esas nubes más altas.

Volcó Marcial la arena de las cuatro bolsas colgadas en la parte exterior de la canasta. Algunas piedras debieron de dar sobre techumbres de cinc:

—¡Capaz de contestarnos con un tiro!

—¿Tan salvaje es la gente?

—No lo sabe usted bien.

Y refirió Marcial el número de víctimas hechas a la aerostación por las balas de los campesinos.

El sol complicaba su alquimia sobre el mar, que se hacía de ambar en algunos trechos. Vapores y barcas ponían un leve toque hostil por las periferías del puerto. María Luz observó incansable:

—¡Mirando la orgía de colores y de luz dan ganas de no pintar en lo sucesivo. Esto si que no podrá copiarse nunca. Tengo envidia de Argos, porque como él, quisiera ser yo todo ojos ahora.

—¡Mil metros! — clamó victorioso Marcial, descorchando la consabida botella de champagne, con que se rocía a los catecúmenos de los aires.

—¡El bautismo!

Salpicó de espuma los cabellos de la pintora, que tenían un reflejo azulado bajo el ténue casquete de gasa.

—¡Novelesco, admirable!... — palmoteó María Luz.

Bebieron los dos en la botella:

—Por vuestra gloria, artista — musitó donjuanesco.

—Por vuestro triunfo, aeronauta.

No pareció advertir la mirada insistente y provocativa de su compañero.

Estaba "apoteósica" como a buen seguro habría dicho el pedante de Aureliano Morales. El sol la congestionaba un poco. Algunos mechones vibraban al viento y eran como áspides azotando su frente. A través de la frágil blusa de seda cruda, el seno matronesco tenía un ritmo augusto.

Sólo las manos daban en aquella mujer sensación quebradiza, con los dedos pulidos y las uñas de ágata.

Marcial creyó vivir un capítulo de novela. Pensó que raptaba a María Luz, que la sustraía a la admiración de todos, que hacíala suya para siempre, celebrando los esponsales en el aire... La tarde quieta, al no reclamar un atento gobierno del aerostato, se aliaba a su imaginar febril...

Sentía impulsos de precipitarse sobre ella, oprimiéndola con hombruna rudeza, entre aquellos sus brazos atléticos...

Y la miraba hasta el fondo de las negras pupilas inocentes, embelesadas con el espectáculo:

—¡Te adoro!... — iba a gritarle en un furioso transporte, sublevada la pasión que había dormido en su pecho varios meses, desde que sus ojos se fijaron en la grana tentadora de aquella boca vampiresa.

Pero se acordó de las palabras de María Luz, una tarde en que hablaban solos junto a la terraza de Pocitos:

—No pido a mis amigos sino que se olviden de mí como mujer. Bastantes asechanzas me toca soportar por el pecado de no parecerme a las otras.

Y recordó Marcial el caso de Dionisio Mata, el crítico de "El Mundo", a quien María Luz arrojó de su casa:

—Yo saludo a mis amigos dándoles la mano. Si alguno me la aprisiona, es mi enemigo. ¡Salga usted de aquí, para siempre!

¡Extraña mujer!... ¡Singular, curiosísima psiquis!... Tan prendado de ella se sintió, que tuvo impulsos criminales: rajaría el globo, incendiaríalo para perecer en los espacios abrazado a su cuerpo. Pero al verla entusiasta y confiada, el hombre leal impuso su cordura a la vesanía del amante:

—Estamos descendiendo.

Miró el barómetro María Luz, ajena a la tempestad que tan cerca de ella rugía.

—Y para rebasar los mil metros ya no queda lastre — adujo el sportman, un poco más tranquilo.

Tiraron la botella de champagne, bastando eso solo para que el esférico subiese nueve metros.

—¡Hurra!... ¡Hurra!...

Pasaban sobre una cancha de football. Público y jugadores saludaron el paso del aerostato. Mil puntos blancos estremecíanse abajo:

—Mire el efecto de los pañuelos — festejó María Luz — ¡Hurra!... ¡Hurra!...

Entre tanto soltaba el "guide rope" su compañero; la gruesa cuerda, con una dimensión de sesenta metros, atenuaría la caída, cuando se dispusieran a aterrizar. A la siniestra iba quedando el Cerro.

—Pueblo Nuevo de la Unión se llama aquel paraje — dijo Marcial, señalando a la derecha.

—¿Dónde era el antiguo hipódromo? — preguntó María Luz.

—Exactamente. He ahí un buen punto para ir a caer.

—¿Tan pronto?

—Nos conviene. Estamos descendiendo mucho y la capa de aire que encontramos en seguida acaso nos arrastre más allá de Carrasco.

—¡Siempre el peligro del agua!

Miró la pintora el rumbo que indicaba Marcial, distinguiendo las arenas reverberantes de la playa. Por la costa una lancha a nafta y tres remolcadores parecían vigilar el globo.

—Vea las previsiones del capitán; ellas se deben a que viaje usted.

Y pensó en el marino, viejo sátiro, que acaso se extremeciera de placer pensando en la probabilidad de sacar, por sus propias manos, a María Luz del agua.

Observó atentamente el aeronauta. Calculó la altura y dió tres golpes secos, que mantuvieron abierta la válvula por espacio de medio minuto. Hubo un ruido de telas azotadas. El gas impregnó con su hediondez el aire purísimo:

—¡Bajamos!... Atención.

El "guide rope" pasó rozando la copa de unos eucaliptos gigantescos. Maniobraba enérgicamente Marcial:

—¡Fondo ahora!

Instruída de antemano, sentóse ella en el fondo de la barquilla, pasando los brazos por una recia cuerda atravesada en su interior.

La imitaba Marcial, cuando un golpe seco anunció la caída. El sportman se colgó de la "cinta de desgarre" y el globo abrióse en dos mitades.

—¡Los alambrados!... ¡No saque la cabeza!

Rodaron cuarenta o cincuenta metros, impelidos por el viento. Un poco más allá el ancla quedó enganchada en un rancho:

—Si el señor y la señora necesitan descansar... — les ofrecían albergue, con ademán rendido, dos mujeres esqueléticas.

Marcial y María Luz rieron viéndose tomados por matrimonio:

—Voy a pasar yo sola.

Mientras tanto el piloto logró ayudantes para doblar su aerostato. Dió suelta a las palomas del Estado Mayor.

Un momento más tarde, en automóvil, llegaba el doctor Langle:

—¡Es un espectáculo soberbio! —balbucía María Luz, prendida al cuello del esposo.

Las dos mujeres miraron un poco sorprendidas el desenlace de la escena:

—¡El marido!

Y hubo en los rostros famélicos un avieso mohin.

II

EL AMBIENTE

Marta, la doncellita avispada y solícita, corrió hasta el dormitorio de la señora:

—Está Darío con el automóvil.

—¿Pero no te has vestido aun, Julio César? — inquirió María Luz.

Y llegó grave, desde el cuarto contiguo, la voz del doctor Langle:

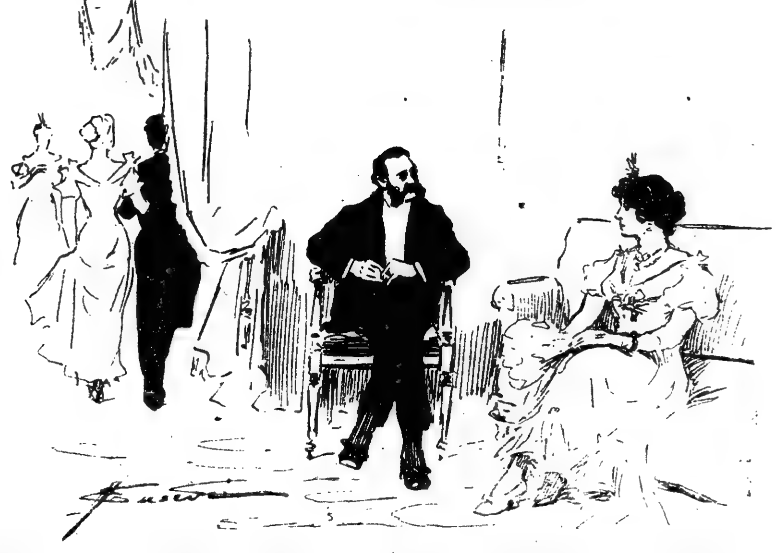
—Hace rato que estoy listo.

—¡Podías venir entonces!

—Prefiero esperarte aquí.

Tuvieron un dejo triste tales palabras. Comprendió la artista. Su ascensión en globo fué para el esposo motivo de contrariedades. Opúsose a ella, pretextando el riesgo que corría la vida de María Luz.

Pero no era eso, por cuanto en Tolón la vió sumergirse con un subma-



rino. Antes de casarse conocía ya su carácter novelero y voluntarioso. Una noche en París, celebrándose con fines de beneficencia cierto baile al que acudió toda la colonia americana, convinieron el matrimonio. Ambos estaban desorbitados: no danzaban, no decían frases triviales, no incurrían en adulaciones elegantes...

La diferencia con los otros, les hizo entrever una similitud espiritual que acaso no existía. Cada cual, a su modo, era "un tipo de excepción". Pero

mediaba un abismo respecto a su actitud filosófica ante los hombres, y frente a la vida. Se hablaron con franqueza:

—Matrimonio y no mutua esclavitud — dijo ella.

—Por supuesto.

—Cada cual en lo posible, y dentro de lo lícito, conservará su libertad de acción.

—Conformes.

—Y no supeditará absurdamente su existencia.

—Antes que nada, soy un hombre de estudio. Eso me parece bien.

—Tendremos cada cual nuestros amigos; sin perjuicio de que algunos puedan resultar con el tiempo amigos de los dos.

—No hay inconveniente.

—Exijo confianza absoluta. De todos los ultrajes, ninguno comparable al del cónyuge que duda de la dignidad de su mujer.

—Los celos se me antojan un sentimiento arbitrario.

—Inferior por lo menos.

—Y nosotros somos dos almas superiores.

—Como almas superiores sabremos comportarnos.

Hubo una breve pausa, tras la que el doctor Langle balbució sentimental:

—Creo que el definir demasiado nos está empequeñeciendo un poco.

Al mes se efectuaba el connubio. Fué una severa ceremonia civil, presenciada apenas por veinte personalidades descollantes. Mechnikoff y el célebre cirujano Paul Delbet fueron los testigos de Julio César Langle. A la novia la representaban dos literatos de su estima. Paul Adam y Enrique Gómez Carrillo.

El enlace se comentó en toda América. En el Uruguay, la patria de los contrayentes, la prensa transcribió informaciones por espacio de veinte días consecutivos.

No faltó quien calificase el matrimonio de locura:

—¡Un sabio y una excéntrica! Eso no puede terminar bien.

El doctor Langle a los 47 años, tenía fama de investigador entre todo el cuerpo médico de Francia. Se le hizo académico como indispensable recompensa que estimulara el celo del estudioso. Sus trabajos en el Instituto Pasteur poníanle entre los bacteriólogos de mayor aliento. Estallada la guerra, se reveló cirujano extraordinario en la clínica de los hospitales militares. Le otorgaron entonces la Legión de Honor.

María Luz era quince años más joven, de carácter inquieto, impulsivo, independiente. Langle aparecía meditabundo y parco. Después del enlace, no trastornaron sus hábitos gran cosa. Ella abandonó a los tíos con los cuales se hospedaba en el Hotel Imperial, abriendo su "atellier" en un lujoso de-

partamento que tenía vistas al Sena. Mientras Julio César enceguecía inclinado sobre el microscopio, la compañera planeaba entusiasta nuevos lienzos para la futura exposición.

Todos los viernes iban al estudio de la pintora artistas franceses y americanos. María Luz atendía con deferencia a los visitantes, que observaban el progreso de sus cuadros. No eran elogios vanos los que se le dirigieron. La uruguaya reveló pronto un talento vigoroso; cuando la crítica fué a juzgar los primeros lienzos que expuso al público, creyó que era un hombre quien con tal pujanza componía. Durval, joven poeta acribillado por las balas alemanas al año de declararse la guerra, puso en verso "el genio humano y el hechizo divino" de la artista extranjera.

Langle andaba poco entre aquella gente que solo parecía vivir para preocuparse de cuestiones artísticas. Entre escritores de fama y músicos consagrados, su cortedad semejaba misantropía. Sin embargo, amó y admiró devotamente a María Luz.

Junto a ella, olvidóse de los sinsabores y fatigas que sus extenuantes tareas, hechas en favor de la humanidad que sufre, le acarreaban. El alma optimista de la joven era luz y calor sobre su gélido espíritu de sabio.

Fueron, pues, felices a su modo. El arte y la ciencia, por sobre su cariño, eran suficiente acicate para no despreciar la vida. Había algo de camaraderil, de fraterno, en aquel amor sereno que les enlazaba. En el ambiente intelectual de París, nadie podía extrañarse de que María Luz y Julio César se considerasen venturosos.

Pero llegó el momento en que el trabajo quebrantó la salud del doctor Langle. Enfermó del estómago y la vista. Pasaron un verano en Lausanne. Las montañas suizas mejoraron algo el achaque estomacal pero los ojos sufrían con el agrio espectáculo de las cumbres nevadas:

—¿Y si volviésemos a nuestro país? — le dijo la esposa.

María Luz que apenas trató a sus compatriotas en Francia, deseaba "reinar" durante una temporada en Montevideo. ¿Cómo comentarían su independencia y su talento allá?... Para evitar versiones malévolas en el Río de la Plata, impidió por todos los medios que fueran gentes que no le merecían confianza a sus recibos parisinos. Sólo dos excepciones hizo y pronto se tuvo que arrepentir. Sucedió que irrumpieron en París dos jóvenes matrimonios uruguayos. Componía el primero una muchacha riquísima, de nervios en desequilibrio, unida a un mozalbete que en su vida sirvió para nada de provecho. Consentía él cuantas estridencias se le antojaban a la cónyuge, reservando su "integridad marital" para hacer el cobro de los quinientos pesos mensuales que ella le asignó concertando el enlace. La otra pareja era por el estilo. También gozaba la esposa de absoluta libertad. Tan completa, que se pasaba las horas a solas con la millonaria, cuyos cheques consentían el boato de todos.

En una de sus reuniones, María Luz sorprendió a la histérica abrazándose con un pintor guatemalteco. De inmediato los arrojó en forma violenta:

—¡Oh, que mala táctica! — le dijo el psicólogo Prevost. — He ahí sus más obtinadas difamadoras cuando vuelvan a América.

Y sucedió eso en efecto. Fueron hasta Montevideo cartas horrendas, de cuyo contenido se impuso todo el mundo. El doctor Langle quedaba en situación poco airosa:

—Imbéciles! — se limitó a balbucir María Luz.

Pero, de retorno en la patria, tanto Julio César como su mujer, comprendieron que la calumnia había esparcido por todas partes el veneno maldito.

. . . .

—¿Pero no vienes aún?...—reclamó de nuevo su presencia la cónyuge.

Interrumpía estos pensamientos el doctor Langle.

En diez minutos, desde que se ciñera el frac, recordó todos los episodios de su vida de casado. En tumulto, surgieron ahora cien molestas impresiones que le perseguían desde su arribo al país. A medida que el organismo reaccionaba, el espíritu languideció.

Para la generalidad de sus compatriotas, aquella retahila de títulos ilustres que consignó la prensa, eran muy poco. Desvivirse por la salud de los que sufrían, buscando el germen de cien enfermedades desconocidas, no era empresa que mereciese la gratitud. — ¡siquiera el respeto! — de nadie.

Una intriga vulgar, un chisme, daba al traste con todos los merecimientos. A sus espaldas, infinitas personas se le reirían:

—Tanto de sabio y tan poco de hombre!....

Por su gusto, habría vuelto de inmediato a París. Una sorda hostilidad circundaba en la patria su nombre de triunfador. Los colegas, por envidia, eran los primeros en esparcir los díceres calumniosos. Y afectaban un aire de conmiseración:

—¡Pobre, haber trabajado tanto para eso!

Con tan pérfida táctica, estaban eximidos de organizarle homenajes, de rendir pleitesia al que, cuando muriese, todos iban a proclamar — ¡sin duda! — "gloria del Uruguay".

Advirtió Langle que mucha gente ni siquiera por su nombre le llamaba. Pudo constatarlo varias veces, atrapando finales de diálogos callejeros:

—¡El marido de María Luz Tenreiro!

¿De qué le valían sus años de obstinada lucha, sus vigilias, su omnisciencia: aquella vasta cultura científica que respetaban todas las eminencias de Europa. En su propia patria, el sabio se le conocía del mismo modo despectivo que a cualquiera de esos badulaques que se casan con una tiple de zarzuela, verbi gracia:

—¡El marido de la Tellez!

III

MIENTRAS CANTA CARUSO

Desborda de público la sala del Solís, porque va a cantar Caruso. Los claros vestidos femeninos, entre los fracs solemnes, dan una sensación sen-

sual. Hay quinientos escotes afrodisíacos y un perfume que enerva. En la cazuela se ven infinitos rostros congestionados. Tal es la aglomeración. De pronto se produce un incidente:

—¡Podía poner los pies en otro sitio!

—Si le parece, me los cortaré.

—No. ¡Sería una desgracia para el mundo!

—Dile que con que se saque las herraduras basta.

—Herraduras, tiene su madrina ¿sabe?

—¡Mal educada!

—¡Arrabalera!

—Insolente.

Interviene el acomodador. Las mujeres se preparan para agredirse.

—¡Las mechas!.... ¡Las mechas!.... — se refocilan los chuscos en el paraíso.

Hay un alboroto en todo el teatro. Por palcos y plateas propágase el rumor, las miradas buscan a las promotoras del tumulto.

—Me presta usted los jemelos, María Luz. Creo que conozco a esa rubia insurgente — ha musitado Marcial.

En el palco del matrimonio Langle-Tenreiro, a más del sportman, hállase Aureliano Morales, un joven espigado, de hierática apostura, con toda la belleza de un efebo. Cuándo habla, parece que declama. Se embriaga de frases como con absinthio el bebedor.

—Columbre, eximia artista. Todas las miradas nos buscan esta noche. Son los efectos de su proeza aeronaútica. Ha producido el hecho la misma sorpresa que el último mensaje de Wilson.

Marcial, satisfecho de que toda la atención la concitase aquel palco, enarcaba el busto para que le vieran junto a la hermosa pasajera cuya vida estuvo en sus manos aquella misma tarde.

—Han querido verme de dos o tres diarios. Estoy seguro que si les fuese posible, la mitad de los que aquí están me preguntarían si es usted efectivamente intrépida.

—¡Desde el momento que ha subido! — subrayó Morales.

El doctor Langle, entre tanto, charlaba con un amigo en el pasillo, esperando que principiase el espectáculo. El efebo hizo notar:

—La guerra ha convulsionado nuestra sociedad. Fíjense en las familias que ocupan los palcos. Escasos apellidos de abolengo. La burguesía desalojó a la "élite". Los acaparadores, los estancieros, los comerciantes, retienen en su poder las localidades más costosas. En el Colón bonaerense ha pasado otro tanto.

Marcial y María Luz constataron la certeza de estas singulares apreciaciones. El efebo sonreía satisfecho. Pasaba por ser un intelectual de talento, a pesar de que sus obras — tres o cuatro folletos con pretensiones de libro — eran de una inaguantable flatulencia. El frac le hacía más pálido y esbelto, con la atracción de una acicalada cabellera rubia. Tenía unas ojeras profundas que él llamó "livores orgiásticos" en un poético "autoretrato". Sin embargo, las malas lenguas juraban en ciertos cafés centrales como nunca intervino en aventuras femeninas. Sus asedios, sin duda, eran de un platonismo desconcertante para las mismas que los sufrían. Maldiciente hubo que le comparó a San Luis Gonzaga. Y dijo aludiendo a las ojeras:

—Para que no crean que es misógino, se las pinta con tintura de yodo.

La frase hizo época entre los inmortales del Círculo de la Prensa.

María Luiz notó que, cuando se quedaban solos, Morales mirábale a los labios, encendidos de continuo por un sabio toque de carmín.

Su "maquillage" a la francesa y aquel carácter desenvuelto adquirido con la vida intelectual de París, daban pábulo a las insinuaciones. La envidia aldeana incubó negros buitres que fueron a ensañarse en su conducta inalterablemente honesta.

Y es que la sociedad tartufa no podía admitir que de la noche a la mañana alguien pudiera destacarse en el ambiente elegante, desdeñando las triviales consagraciones. Donde se perdonaban todos los vicios exigiendo tan sólo un poco de discreción, de hipocresía, no era factible tolerar la virtud con apariencias de libertinaje. Se citaron sus ideas, alardeando de independencia:

—Cómo dice mi maestro Larra, y perdonen ustedes que no me apoye en opiniones más actuales, pero en materia de filosofía ando por Séneca aun, la sociedad es un cambio mútuo de perjuicios recíprocos. ¿Por qué he de ir yo a una casa donde cuando dicen que se hace fiesta, las señoras se meten en un rincón para hablar de las enfermedades de sus hijos, o, lo que es peor, para tijeretearse las unas a las otras?.... A mí me gusta el trato de personas que hablan de cosas espirituales. Para estar con seres "têrre a têrre" hablo conmigo misma que, al fin y al cabo, resulto más entretenida.

¡Era "mucha mujer" María Luz!

Belleza subyugante, espíritu independiente, talento artístico, elegancia excéntrica... ¡y una renta crecida!

No podía perdonársele tanto. Era preciso, pues retacearle algo. Y por eso atacaron lo más frágil en la reputación de toda mujer intelectual: su virtud. Hubo un pretexto para decir que "se le cerraban las puertas" y para no confesar su hermosura llena de seducciones:

—Yo de esa mujer no puedo dar razón. ¡Ni la miro!....

La miraban, sí. A hurtadillas, pero no se cansaban de mirarla. Y algunas toiletas y algunos sombreros vierónse en los paseos, que no eran sino burdas imitaciones de las toiletas y los sombreros de María Luz.

—Hoy Fulana o Zutana — decía la pintora — para no saludarme, me dió vuelta a la cara. ¡Qué risa!

Pero Langle sufría lo que no es para contado.

Ahora mismo, en el teatro, María Luiz dábase cuenta de la atención que su presencia suscitaba. Advertía los cuchicheos de todas aquellas damas y damiselas hostiles.

—Me deben estar sacando tiras de piel — previno a sus acompañantes.

—Túrdigas, que decimos los clásicos — asintió Morales — ¡Oh, sí, seguramente!....

—Pero no es una excepción — atenuaba Marcial. — Es característica de nuestra idiosincracia: ¡pocos, pero mal avenidos!

—Además es el tributo...

María Luz interrumpía al efebo:

—De mi superioridad, lo comprendo. Y, en el caso de que así no fuera, soy dichosa porque lo pienso así.

—¡Niesztcheana!.... ¡Magnífico!....

Encontró al fin Morales el momento de hacer una cita bizarra:

—Lo ha dicho con estas o muy parecidas frases un filósofo: "Cuando os emancipeis de la vulgaridad, mejor que quejaros, es aceptar para siempre la trágica condición de vuestra propia vida".

—¡Hermoso! — ponderó Marcial.

—Humano, por lo menos — festejaba María Luz.

Prendiéronse de pronto las candilejas, al paso que se apagó la araña central y demás luces de la sala, quedando ésta en penumbra. Hubo un murmullo molesto: gente que se sentaba, las puertas de los antepalcos entornándose. La orquesta había atacado el preludio de "Pagliaci"...

IV

LA VIDA AMARGA

—¿Puede retirarse tú doncella?

—¡Sí, Marta, váyase a acostar!

La muchacha había despojado a María Luz de su joyante vestido perla, envolviéndole el cuerpo con vaporoso peplo de espumilla. Semejaba una figura de tragedia griega.

Comprendió que su esposo apetecía hablarle sin tardanza y le dijo mientras echaba el azúcar a las tazas humeantes:

—Soy toda oídos.

—Si te parece, tomaremos primero el te.

—Es lo mismo.

Pusieron las tazas sobre la mesita chinesca. El gabinete parecía un trasunto del Oriente. Cuándo dejaron de resonar los pasos de la fámula, habló Langle. Había en sus palabras una emoción irreprimida:

—Ya has visto la actitud de cierta gente, a la salida del teatro.

—No puede llamarse gente a cuatro muchachuelos desvergonzados.

—Tienen apellidos distinguidísimos — aseveró Julio César.

—Peor para los apellidos.

Tras los lentes de oro del sabio los ojos parpadearon graves:

—No es cuestión de hacer frases brillantes, María Luz. Hace tiempo que tu ingeniosa dialéctica nos produce un mal horrible. Reflexionemos con sagacidad.

—Es que no veo motivo alguno de alarma. No fué a nosotros, sino a Morales a quien le dirigieron las frases.

—Pero se ensañaron con él a causa de que nos acompañaba.

—¿Y te inquieta cuestión tan baladí?

—Me inquieta por lo que significa.

—¿Y eres tú el espíritu superior?....

—Empiezo a dudarlo mucho. Creo que, en lo psíquico, no tengo diferencia alguna con el portero y el chauffeur. Sensibilidad mayor, lo cual me perjudica.

—De modo que...

Completó su idea el doctor Langle:

—Una de dos: o cambiamos fundamentalmente de norma de vida, mientras estemos en Montevideo, o, si te sientes incapaz de hacer un sacrificio en gracia a nuestra íntima ventura, regresaremos a Francia.

—¡Ni lo uno ni lo otro! — aseveró con rudeza la artista.

Pudo advertirse que Langle sufría acerbadamente:

—¡No nos pongamos más en ridículo, María Luz!

—No cederé en forma alguna.

—¿Por qué esa tenacidad?

—Porque sería hacerle el gusto, como decimos los criollos, a las envidiosas que me calumnian.

—¿Y te importa mucho eso?

—¡Lo que tú no te figuras! Y mira lo que son las cosas: estoy dispuesta a seguir una táctica contraria. ¿Me odian?... ¿sí?... Pues exacerbaré ese sentimiento ponzoñoso. Desde mañana, voy a exhibirme más, complicaré mis "toilets" de modo que detonen entre esta gente que viste siempre de gris porque tiene gris el alma; a mis recibos vendrán nuevos invitados, que he de seleccionar entre la política y el cuerpo diplomático. ¡Toda gente de "estruendo", sabes?.... Y, antes de que termine Septiembre, haré una exposición de cuadros, retratando a mis amigos más excéntricos.

—Te lapidarán.

—Me impondré. Tú sabes mi firmeza, la energía de mí carácter.

—Eres obstinada, pero con obstinación de muchacho caprichoso. Conseguirás que la maledicencia nos aplaste.

—¡No me importa!

—¡Me importa a mí, María Luz!

—Lo siento. Sin embargo, tienes una salida, tienes un recurso...

Adivinó Julio César:

—¿El divorcio?

—Sí, el divorcio.

—Pero eso podría ser si yo no estuviera tan prendado de tí — ¡más prendado de tí! — que el día en que nos unimos. Sin tí, mi existencia carece de objeto:

—¿Y tú ciencia?

—¡Es menos que tú, María Luz!

—Al fin dejas escapar una galantería. ¡Ahora si estás en lo cierto! La gloria es una palabra vana; la realidad somos nosotros, y, por desdicha, lo que nos aplaude o nos hostiliza: lo circundante. Ya ves: tú sacrificaste los mejores veinte años de tu vida en un laboratorio austero. Estás ciego, envejeces... ¿Y qué lograste, sobre todo, en tu patria? Ni siquiera un poco de consideración. La humanidad es perversa, pues hagámonos verdugos.

—Me desconciertas con tus palabras.

—Pues reacciona. Se enérgico. Imita mi ejemplo. ¿El ambiente es cobarde? ¡Vayamos contra el ambiente! Aspirábamos a un poco de simpatía colectiva; se nos niega... ¡Pues pongamos a todos los mezquinos un yugo! El de nuestro orgullo, el de nuestra superioridad, el de nuestra soberbia, el de nuestra fortuna si es preciso.

Se había transfigurado con la cólera. Era una heroína de Berstein.

—¿Por qué te persiguen?.... Por que eres más que ellos, por que tienes una mujer hermosa, porque no necesitas mendigar un puesto o una prebenda. A la gente le gustaría verte, a tí como al resto de los mortales: vencido, derrotado. Entonces vendrían con unos zapatos viejos: "¡Pobre, habiendo estudiado tanto, enfermo y sin botines!". Te humillarían protegiéndote. ¿Es posible que no lo comprendas? Te casas con una rica y la gente gruñe: "¡No

se perdió al elegir!". Te unes a tu lavandera y se mofan: "¡Si será desgraciado!".

Esta vez, como otras tantas, triunfaba la lógica positivista de María Luz. Viéndo a Julio César rendido, le echó, amparadora, ambos brazos al cuello:

—¡Vamos sabio, mi sabio tonto!.... — le dijo dulcemente — ¡No se ponga usted así! Todo lo externo queda reducido a un pequeño sainete que no nos hace reir porque lo vemos desde demasiado cerca. Vamos a elevarnos.

Y besó la frente pensativa del esposo:

—¡Sabes que te quiero mucho, niño grande!

El reloj anunció la tres de la madrugada. María Luz fijóse en la esfera con alarma. Había quedado en ir a su taller antes de las nueve.

V

EL TALLER DE MARIA LUZ

—Está el señor Morales, que dice fué citado para ahora.

Miró María Luz el reloj, sujeto por una ajorca de platino a su antebrazo izquierdo, dibujando un mohín de contrariedad:

—Va a ser mediodía y no hemos terminado de iluminar las figuras.

Volvió a fijarse en la esfera del cronómetro "mignon" y dijo con voz autoritaria:

—Siga cada cual en su sitio. Cómo si en el taller no fuese a entrar otra persona.

Ordenó al portero:

—Diga al señor Morales que pase a la antesalita.

Las modelos no pudieron por menos de reprimir su nerviosidad oyendo el taconeo del visitante:

—¡Quietas todas he dicho!

En seguida gritaba sin dejar los pinceles:

—¿Quién está ahí?

El huésped balbució su nombre.

—¿Solo o en compañía?

—Solo — replicóle aquel.

—¿Entra el hombre o el artista?

Se pudo notar, desconcertado — por el distingo — al visitante. Debió intuir la escena, toda vez que repuso en seguida:

—¡El artista!

La pintora le correspondió con un "Adelante" casi victorioso. Aureliano Morales avanzó unos pasos, sobrecogido. Creyó sumirse en uno de aquellos sueños ardientes que tan caros le eran: "¡Venus Afrodita rediviva!". Ante la pintora, dos, tres, quince modelos posaban sin más atavíos que los que ostentó Eva antes de ser sugestionada por la serpiente.

Flores por todas partes: en el suelo, en el plinto de la estatua de Pan, en las columnas... Senos como capullos y capullos tal que senos. Todo levedad, todo fragancia y armonía.

El estudio era vasto, lujoso y coquetón. Morales estaba realmente impresionado. Su pecho se oprimía; respiró con dificultad... Fué a mirar en su torno y sintió un a modo de desvanecimiento. Era la primera vez que María Luz le dejaba entrar en aquel santuario, donde sólo algún amigo dilecto tenía acceso.

Todos los lugares estaban repletos de objetos artísticos: cofres tallados, arcones, bargueños, bronces del Medio Evo, cerámicas antigüas, collares venecianos, ataujías, espadas que acaso triunfaron en Flandes oprimidas sus cruces por un recio puño de capitán español; retratos de artistas célebres con álgidas dedicatorias; tallas sobre marfil, traídos de Asia; copias de cuadros célebres; artefactos moriscos; pañolones de Manila, fragantes aun con el perfume de los talles ebúrneos que envolvieron...

A la derecha, semiocultos entre cortinas, complicada la penumbra por el débil parpadeo de una mariposa prendida dentro de un vaso rojo, dos almohadones de Persia.

Todo refinado, intelectual y sensual.

—Con permiso un instante — dijo al recien llegado María Luz: — pretendo impresionar esta coloración que da a las carnes la luz de la mañana.

Y continuó pintando.

Morales no podía resistir más. Salió al balcón. Ante sus ojos extendíase solitaria la rambla de Pocitos. El mar rugía, en tanto sus olas embravecidas arremetieron, como escuadrones fantásticos, contra la arena. A lo lejos, semejante a un bajel de enorme arboladura, insinuaba su perfil la Isla de Flores.

Cuando volvió a entrar en el estudio, las modelos se vestían a toda prisa, con el apremio de las 12 que estaban al caer.

—No va a sernos posible, poeta, empezar su retrato.

—¡Usted manda, señora! — replicó el efebo dócilmente.

Y pensaba si todo aquello no sería un ardid de la hermosa, para excitarle, obligándolo a salir de aquella su actitud cándida y respetuosa.

—¡Deben costarle mucho! — glosó a tiempo que salían las modelos. — Algunas parecen muy bonitas.

—Sobre todo, de buen cuerpo. Tres de ellas son vírgenes. A esas fué a las que tuve que pagar más para que vinieran. La miseria las obliga a hacer por dinero lo que una francesa o una italiana realiza casi por mero sentimiento artístico.

—En España también debe haber modelos muy hermosas?....

—Sí, pero con una peculiaridad: que nunca posan "deshabilles". La mujer más honesta de Italia surgiría desnuda ante el caballete de Rafael: en cambio la más corrumpida daifa de Castilla sentiría vergüenza quitándose la camisa en el estudio de Velázquez.

—Sin embargo, la "Maja" de Goya...

—Tenía "sangre gabacha", no lo dude.

Extrajo de un anaquel varios cuadernos y comenzó a mostrarle a Morales algunos bocetos atribuídos al pintor de las majas y los chisperos. Estaban ambos en pie, junto a una mesa de dibujo.

Morales, para comprobar su presunción, afectando no advertirlo, rozó con su pierna el muslo venusiaco de la artista, que evitó el contacto apenas establecido.

Fué a insistir y ella le miró severamente. El efebo confundióse del todo.

—Entonces... vuelvo... — tartamudeaba.

—Si se encuentra menos nervioso que hoy, venga mañana — adujo ella con ironía.

—¡Hasta mañana!....

Tropezó con una columna, con una caja de colores, en la puerta..... María Luz habíalo despedido indiferente:

—¡Por si creiste de mí algo que no debías! — se dijo.

Aureliano Morales, diez minutos más tarde, sentado en una de las casetillas de la terraza, se aborrascaba la cabellera confundido:

—¡Es rara esa mujer!.... Yo tampoco la entiendo!....

VI

LA ZARPA DE LA HIENA

Julio César Langle cayó en una horrenda postración espiritual. Su desaliento quiso combatirlo leyendo libros optimistas.

Pero se le escapaban de las manos sin que su mente asimilase una idea. Cómo no hubo colega que no defraudara sus esperanzas — quien con su mezquindad, aquel otro con su indiscreción, el de más allá con su indiferencia — gustó del apartamiento. Se hizo misántropo.

Meses antes había anunciado a varios ex compañeros de estudio el propósito de ejerçer la medicina en el país.

—¡Oh, tú no necesitas! — protestaron. — ¡En cambio a nosotros posiblemente nos causes un mal!

¡Siempre "el marido de María Luz Tenreiro", excéntrica y casi millonaria! Estaba condenado a que no resultase lícito para él eso de ganar lo que cualquier individuo obtenía por su trabajo lógicamente.

Nunca olvidó el mal que algunos titulados camaradas le hicieron con su torpeza:

—¡Dios nos libre siempre de los obtusos! — hubo de sentenciar con su impulsividad acostumbrada la cónyuge.

Aquel compañero de la infancia que un día le buscó afanoso para decirle: "El Presidente de la República, apenas se impuso de tu llegada quería darte un cargo digno de tu fama. Pero no se atrevió porque... ¡cómo dicen de tu mujer ahora esas cosas!" le hizo más daño que si le clavasen un estilete por la espalda. Ni siquiera quedábale el recurso de abofetear al oficioso.

¡Ah, su situación!

Era desoladora, aniquilante. Estaba perdido. ¿De qué le servía su prestigio en cien centros extranjeros, donde no se levantaría una sola voz que hiciera justicia al hombre?....

Y lo hundieron en el ridículo, de la manera más estúpida. Aun en el supuesto de que María Luz dejara de serle fiel, ¿no le constaba a todo el mundo que entre los apellidos que iban saliendo a diario en la "crónica social" había cuarenta casos semejantes?..

Estaba en lo cierto su esposa: aquellos maridos complacientes eran unos pobres diablos. No valía la pena de arremeter contra ellos. Harta desgracia tenían. En cambio, qué voluptuosidad la de decir: "Este compatriota nuestro, que en el extranjero tanto se respetó, aquí lo vejamos, lo pisoteamos, lo amargamos hasta el punto de que luego nos inspira lástima a nosotros mismos".

La sociedad saciaba sus instintos de hiena. La Rochefoucauld, con cuatro palabras en forma de máxima, le dió la exegesis de todo:

"El mal que hacemos no suscita contra nosotros tanta persecución ni tanto odio como nuestras buenas cualidades".

Hizo su autoanálisis: él había sido un hombre sin más ambiciones que las muy legítimas de labrarse con esfuerzo y talento. una gloria. Su vida

fué siempre modesta, sin complicación de ningún género. De nada hizo alarde. Contra nadie pugnó. Por carecer de vicios, ni siquiera fumaba. Cuándo le fué posible atenuar la desgracia de un semejante, lo hizo con el sacrificio de su propia vida. Así pudieran verlo en un hospital de Burdeos cediendo parte de su sangre para que no sucumbiese un operado.

Se unió a una mujer hermosa y rica cerrando los ojos para todo lo que no fuera su porte espiritual. ¿Quién podía echarle en cara ser haragán, avaro o dilapidador?.... Todo en su vida sujetóse siempre a los principios de la moral más rígida. Pero este era el fondo de la cuestión. Y a "los otros" apenas si les interesaba otra cosa que las apariencias, a efectos del comentario. Les interesaban para explotarlas y malsinar.

Herido en lo más sensible, apenas si halló consuelo intuyendo — a través de sus crueles artículos — las amarguras y tribulaciones, que soportara Larra. Y repetía hermanando su alma dolorida con el alma de "Figaro":

"En esta sociedad de ociosos y habladores, nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin".

Antes jamás había pensado Langle, en tamaña maldad colectiva.

Culminó el escándalo a raíz de abrirse la exposición de María Luz. Decían que aquellos cuerpos desnudos eran su cuerpo, sorprendido en diferentes actitudes por una diabólica combinación de espejos. Y respecto a los artistas, diplomáticos y políticos retratados, aseguraron que cada obra ponía fin a un pecaminoso episodio galante.

Llovían anónimos sobre la casa de Langle.

Hasta a la poetisa Juana Amelia Muñoz "la metieron en danza" — frase entre sportiva y coreográfica de Marcial — por el delito terrible de que María Luz hubiérala retratado, con su figura varonil y el brillo incomparable de sus ojos taciturnos.

En tanto los diarios ensalzaban en artículos el genio de la pintora, los circulillos sociales devoraron lo que quedaba incólumme en la reputación de la mujer. Sesionando la "Liga de las Buenas Obras", la señora Achain de Pereda, que tuvo una juventud harto poco ejemplar, sentenció:

—¡Todos sus amantes aparecen en la exposición!

E hízose esto voz corriente a tiempo que María Luz, empeñada en molestar a quienes tan mal la querían, surgió vestida de amazona en los paseos más concurridos:

—Démosle a las fieras el pasto abundante que las fieras necesitan.

Langle, entre tanto, restituído a su laboratorio y su biblioteca, buscaba algo que debía orientarle sobre la existencia de otro microbio más:

—¡Ah, si fuera el de la murmuración! — le había dicho, siempre sarcástica, su compañera.

VII

ECCE HOMO

Se notó sin pulso.

Sentía un dolor tan vivo en el corazón, que de buena gana habríase abierto el pecho para ahogar los torturantes latidos de la víscera.

No quedaba nadie en la casa aquel domingo. Salió el cocinero, el mucamo, el portero, la doncella... A las tres de la tarde llamó al chauffeur.

—Si quiere, usted también puede irse de paseo.

—¿Van a precisar el coche para el teatro?

—No. La señora, por lo menos esta noche, tendrá que permanecer en casa.

Sonrió con una sonrisa cortante y enigmática, que inquietaba.

María Luz partió de mañana para la Barra de Santa Lucía. Era una excursión cinegética. En la estancia de Marcial iba a verificarse un simulacro de la caza del zorro. Cómo las damas "le hacían el vacío" a la pintora, fué preciso invitar a las actrices de María Guerrero. Seis marcharon a caballo con el grueso de los expedicionarios. Tres que no sabían montar, fueron en automóvil.

A Langle le había prevenido ya María Luz:

—Aunque sean las ocho y no haya regresado, no te inquietes. Cómo se trata de un día de campo, queremos aprovecharlo.

Langle buscó la soledad para ordenar un poco sus ideas. Estaba resuelto a eliminarse. Dentro de aquel laberinto en que se sumiera su alma, solo con el suicidio encontraba salida. No tuvo ánimos para recorrer por última vez su casa, ni siquiera entró en el laboratorio que tantas crueles zozobras había ocultado en los últimos meses. El estudio de María Luz era lo único que le atraía. Escribió allí una carta para el juez y estas breves líneas que puso sobre la mesa de trabajo:

"Perdóname. Siempre te he querido. En este minuto trágico, tu recuerdo me acompaña".

El silencio llegó a darle espanto. Desfilaron vertiginosas por su mente las etapas todas de la vida. Acaso "el hijo que no llegó" hubiera transformado a su conyuge. Pero el destino, en eso como en otras muchas cosas, le hizo una mala pasada. Perdida la ilusión de ser célebre, sin paz posible sobre la tierra, le pareció que era la muerte su única y lógica aspiración:

—¡Morir!.. ¡Dormir!..

Acordábase de Hamlet. ¡Y eso que el príncipe de Dinamarca no conocía estas sociedades frívolas que soportan las democracias!

—Un usurero o un santo, una mujer honesta o una cortesana, para todos rige la misma pauta. A nadie se honra, sino con grandes restricciones en vida, por mayores que sean sus merecimientos; a nadie se lleva a la hoguera por más crímenes que perpetre.

Para él, vivir ahora era como vivir en 1830 para Larra. Todo se reducía a recitar un monólogo desesperante. Nadie se inquietaba por descubrir la horrible tragedia que había de conducirle al suicidio.

No atreviéndose a pegarse un tiro, fué hasta el consultorio donde cargó un inyectador con morfina. De regreso a la alcoba, besó emocionado el retrato de la madre, la noble viejecita que tanto se desvivió para darle una carrera.

Recordaba su infancia Julio César. ¡Cuán lejanos los días de hambre y despreocupación! Y la faz de la anciana, dentro de la rígida cartulina, reprochábale ahora:

—¡Cobarde!.. ¡Huye del mundo, huye de tu mujer!.. Todo menos cortar una vida que yo te dí en medio de atroces sufrimientos, desangrándome, desfalleciendo de dolor.

Abrió el balcón que daba sobre Pocitos. Moría en una mar de fuego, como un enorme erizo incandescente, el sol. Desde aquella altura dominábase toda la rambla, y, al fondo, se extendía la ciudad con la nota hostil de enormes chimeneas. Aquellas como fortalezas humeantes, hablaban al espíritu de Langle de miserias, de sufrimientos, de futuros estigmas... Mientras perdían su salud unos cuantos hombres junto a los hornos, o dentro de talleres sombríos, una sociedad caduca — caduca en plena juventud — desvirtuaba el noble fin de la vida con mezquindades y asechanzas...

Solo el dolor triunfaba en esta pugna egoísta, que marchitaría del mismo modo inícuo y brutal a muchas otras generaciones...

El frío dejó sin concurrencia la rambla. Apenas si ocho o diez ingleses iban dando largas zancadas junto a la orilla del mar.

Una ráfaga húmeda erizó el cabello de Langle, que internóse en la alcoba, donde las sombras iban tejiendo su velo de misterio. Prendió la mariposa, asustado por la obscuridad. Aspiró por última vez el perfume que exhalaban las ropas de María Luz. Oprimía su retrato con una mano, mientras con la otra sepultó en sus carnes la aguja de la jeringuilla:

—¡Dentro de una hora todo habrá terminado! — se dijo estoico.

Rechinaron los muebles del diván al recibir el peso de su cuerpo...

... ...

Un dulce sopor le invadía. Sus párpados iban plegándose lentamente. Notó cómo los brazos y las piernas le pesaban más...

... ...

La casa en sombras indicó a María Luz que algo grave había ocurrido.

¿Un robo? ¿Ladrones acaso?.. Cuándo entró al taller en busca de su revólver hallóse con las líneas trágicas del sabio.

Adivinando el drama, corrió desolada rumbo a sus habitaciones:

—¡Langle!.. ¡Langle!..

Sus gemidos hicieron abrir los ojos al moribundo:

—Por mi vida ¡te lo juro!... ¡Si mi alma nunca la poseiste, mi cuerpo fué solo tuyo!..

Con un supremo esfuerzo, entre los singultos de la agonía, Julio César, tartajeó con amargura:

—¡Lo sé!.. ¡Lo sabemos!.. Pero... los otros... ¡los otros!..

Rodó desde el diván. María Luz, levantaba del suelo su cabeza. El cuerpo quedó inerte. Pendíanle los brazos distendidos, como a Cristo cuando lo bajaron de la cruz...

Vicente A. Salaverri.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300. cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ **2.50**	Por 6 meses:	oro **1.50**
» un año:	» **5.—**	» un año:	» **3.—**

Número suelto: 10 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.

El próximo Viernes publicará:

Un relato de amor

Interesante y original novela de **Máximo Sáenz**

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300. cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ **2.50**	Por 6 meses: oro **1.50**
» un año: » **5.—**	» un año: » **3.—**

Número suelto: **10** cts.

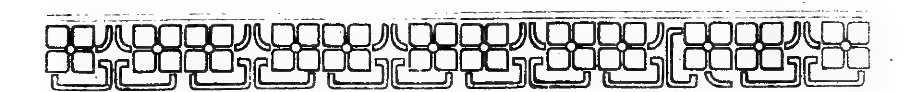
NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.

El próximo Viernes publicará:

Un relato de amor

Interesante y original novela de **Máximo Sáenz**



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, MAYO 31 DE 1918 — TOMO I - N.º 8

[U]N RELATO DE AMOR

POR

[]Máximo Sáenz

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablèmente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL PRIMER ENCUENTRO!

No había pasado todavía la borrasca. Hervían aún rencores en el fondo! Huraños y sombríos, contenida la respiración anhelosa, apretados los labios, brillantes los ojos, permanecían frente a frente en un hosco silencio, como medrosos de hablarse y hasta de que se encontraran sus miradas.

Si había orgullo en uno; había dignidad en la otra. Ambos estaban de pie; él, congestionado; ella pálida. Recostado él, sobre el aparador: apoyada ella en la chimenea. Los ojos de él obstinadamente fijos en el fuego; los de ella, en los vidrios de la ventana.

Era la primera vez que reinaba entre ambos una incomprensión. Habían discutido. Se habían acalorado, no habían logrado ponerse de acuerdo; y sobre el amor que es sumisión y mansedumbre había triunfado, siquiera fuese por un instante la juventud que es impulsos y vehemencias.

Sin ruído, lentamente, fué abriéndose la puerta del comedor que daba al vestíbulo.

Se hubiera dicho empujada por una mano invisible; si en el momento mismo no apareciera en el vano, deliciosa en su gracia y fragilidad, como la figurita de un gnomo, la de una encantadora criatura blonda y rosada.

Difícil fuera precisar el estupor infantil. Tornóse serio — con esa divina gravedad de la infancia — el rostro sonriente; y quedó fijado en su sitio, entre azorado y suspenso, sin atreverse a adelantar un paso.

Tal era en él la costumbre de que los brazos mimosos se tendieran a su encuentro, mientras irrumpía armonioso el coro de exclamaciones apasionadas: "A nene", "¡La ricura! ¡El tesorito! ¡Amor! ¡Mi hijo!; cosas todas que no comprendía muy bien acaso; pero que, como le sonaban a agasajo, las pagaba con su risa franca y bulliciosa, mientras alzado en el aire, era materialmente cubierto por una lluvia de besos, ardientes y sonoros.

—No lo habrían sentido! — Resolvió anunciarse y sin moverse de su sitio:

—Ma... má... pap...aaa y tendió los bracitos.

Formaban un solo racimo humano las tres cabezas; y eran la trinidad gloriosa del amor, el encanto, la juventud.

Los bucles dorados del niño, estaban húmedos. Límpidos y hondos, con un reflejo de mar y de cielo, los ojos de él. Los negros, suaves y aterciopelados ojos de ella, aún velados ligeramente. Solo las mujeres que aman, y son muy amadas, saben la misteriosa irradiación magnética que adquieren los ojos después de haber llorado lágrimas de placer...

—Diga conmigo, mi amor: "Papá fué malo con mamita".

—Nene! Mi hijito! No. Diga con papito, que la queremos mucho a mamá, para ser malos con ella...

Se encontraron las manos, sobre las manitas rosadas del niño; y cuando al cabo de un segundo, bajó ella los ojos, fascinada, había renunciación, había abandono total, había en ese gesto de mujer y de madre, frente al esposo y frente al hijo, todo un poema; y fué augusto el silencio que lo consagró.

—Sellamos la reconciliación?, — dijo él sonriendo.

—¡Julio! y la carita morena de la madre, buscó hundirse entre los rizos dorados del niño.

—¡Emilia! ¡Mi mujercita! Ven luego a buscarme, con el nene. Quiero que hoy...

—No, Julio! No! — Interrumpió ella, vehemente. — ¡Déjame pedirte! No quiero que tu elijas hoy!

—Por qué?

—Es tan largo.

—¡Bueno! ¡Como quieras!.... Pero ¿puede saberse qué es ello?

—¡Curioso! — Y haciendo un mohín de contrariedad de todos modos, no es un secreto. Vale menos que las perlas!.... Y lo necesitamos más...

—Pero mi alma! ¡Me matas de ansiedad!

—Sí! Julio! Es un jueguito de sala! Vieras que mono! ¡En el Palacio de la Industria!....

Eduardo H. Herrera.

AÑO I BUENOS AIRES, MAYO 31 DE 1918 TOMO I N.º 8

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

UN RELATO DE AMOR

POR

MÁXIMO SAENZ

Ilustraciones de ROJAS.

I

"Pensión... Pensión de primera... Pensión... Pen..." Basta, basta, es demasiado... Elijamos una al azar; de todos modos...

El caso, el terrible caso es, que en el año que llevo viviendo en Buenos Aires, ya he cambiado siete veces de pen... no, no la llamemos así digamos alojamiento. La otra, la terrible palabra me crispa los nervios, me hace daño.

Con todo, analizando imparcialmente la cosa, convengo en que la culpa es mía, totalmente mía. Hay en esta ciudad miles de seres que se amoldan a eso: yo no, pero yo... yo soy un pobre diablo de provinciano lleno de sensibilidad, que no puede vivir sin un poco de cariño, quizá menos, sin un poco de simpatía, pero eso, claro, no lo voy a encontrar aquí, en las columnas de avisos de este diario.

Hay en todo esto un mucho de capricho de mi parte, lo confieso. Cuando solo se posee en el mundo, un solar que renta 272.50 por trimestre, uno no debe empeñarse en seguir una carrera, aun cuando esa carrera sea gloriosa y noble como la que estudio. Naturalmente, un hombre de sentido común busca un empleo, trabaja y vive: pero yo no soy un hombre de sentido común, felizmente.

Sin embargo, debo decidirme: cerraré los ojos, dejaré al azar el dedo y allí donde se detenga...

Ya he corrido el dedo, ya lo he detenido, y con todo, continúo con los ojos cerrados, soñando... soñando que he encontrado un hogar humilde donde se vive honradamente, donde hay flores en un vaso y un poco de simpatía para el muchacho soñador que llega.

Es que debe haber algo de esto, sí, debe haber en alguna parte, una viejita buena que preside la mesa pobre, de mantel limpio, a cuyo alrededor la gente joven de la casa come alegremente el puchero cotidiano...: debe haber, sí; quizá esté aquí, bajo mi dedo. Abramos los ojos, veamos.

"Pensión decente, en familia, precio módico, único inquilino".

Si esto fuera verdad... si esto fuera verdad yo sería un hombre de suerte.

—La pieza no es grande, pero usted tendrá pocos muebles ¿no? Además ¡el precio!... Si usted es estudiante como dice, aquí encontrará tranquilidad, silencio: no hay ruidos aquí.

No, la pieza no es grande, pero mis muebles, en efecto, son pocos, demasiados pocos quizá. Sin embargo, yo voy a contestar cualquier vaguedad y no volveré más a esta casa. Es que comienzo ya a sentirme mal: comienza a invadirme el tedio del ambiente, el horror a la... a la pensión.

Mi ánimo se encoge al pensar que he de vivir en común, en la casa de este hombre antipático, cuyos ojos hundidos me miran con fijeza, como desde muy lejos.

Además, este tipo me intimida sin que pueda adivinar porqué. Es flaco, nervioso: se mueve incesantemente de un lado a otro, con movimientos bruscos, sin objeto. Viste con desaliño, pero con relativa elegancia que descubre épocas mejores. Una arruga profunda le divide la frente, sobre la que cae el cabello, rebelde o descuidado. Parece, como si una impaciencia constante lo consumiera, o que su pensamiento estuviese lejos siempre. Pero esto es acaso una sujestión de mis prejuicios: tal vez no sea más que un pobre diablo como yo, aunque lo dudo: los ojos son malos, duros, fríos... y voy a decir la frase ambigua que me libre de explicaciones, cuando, sin ruido, suavemente, una sombra viene a apoyarse en el marco de la puerta. Es una niña, diez años a lo sumo; flacucha, pálida, de ojos pardos, grandotes, que, muy abiertos, me miran con candorosa suavidad. Tiene la cabecita inclinada sobre un hombro: una pierna encogida y las dos manos juntas bajo la barbilla. Su mirada cae sobre mí como una caricia: tal vez mire siempre así, pero al soñador que soy, se le figura que los ojos de terciopelo se han suavizado solo para decirme en su mudo lenguaje.

—Quédese amigo: yo soy una buena chica.

Y lo que es torpe, lo que es estúpido, incomprensible y ridículo, es que yo *me quedo.*

—Así que entonces... ¿Convenido no? Hasta mañana. ¿A qué hora se muda?

Voy ya a salir, pero el hombre me detiene.

—Mi señora... el pensionista... ¿Robles dijo?

La señora es, por fortuna, la madre de la nena: sus mismos ojos, más profundos, más obscuros, grandes, aterciopelado. Nos saludamos, y cuando definitivamente voy a irme, he aquí que la chica me sigue.

—Entra Maruja.

Es la voz de la madre que la llama, pero Maruja solo se ha detenido en la puerta, y al volverme encuentro una sonrisa en su boca grande, una sonrisa que yo traduzco.

—Seremos buenos amigos, de seguro: gracias... gracias...

Pero heme ahora furioso, indignado conmigo mismo. Eres un imbecil, eres un simple, eres un pobre diablo. Y la verdad es que tengo razón, porqué la casa no me gusta, la pieza es obscura, el hombre es sospechoso... y yo sé todo esto positivamente, desde el primer momento, y sin embargo he dado mi seña: luego pues, estoy obligado, *materialmente* obligado a mudarme mañana.

—Pero dime — me interrogó — ¿Por qué eres así? ¿De qué sublime pasta estás hecho? ¿No viste la cara odiosa del hombre? ¿No observaste la humedad de la pared, la escasa luz?

Tiemblo de indignación contra el pobre diablo que llevo dentro. El pobre diablo se limita a hundir la cabeza entre los hombros, reconociendo toda la razón de mi enojo: el infeliz se hace pequeño, se encoge, se humilla, y a mis reproches sólo objeta, despacio, muy bajito, humildemente. — ¿Viste a la pequeña?

¡Qué desgracia ser así, Santo Dios!

II

—¿Y... le gusta la casa, amigo?

—Sí.

—Aquí hay tranquilidad, que es lo que usted necesita.

—Desde luego.

—Ahora, si la comida no le gusta... usted hable, diga, ¿me entiende?

Sí, te entiendo, imbécil. — ¡Uf, que hombre!

Decididamente, el hombre tiene razón. Aquí hay tranquilidad; una tranquilidad de santuario; de nicho, mejor. Cuando él no está en casa, creyérase que yo soy el único ser que alienta y respira. María, — he debido llamarla asi a instancias del marido — se desliza como un fantasma, las cosas se hacen sin un rumor, la pequeña juega en silencio.

Debo advertir que me he llevado chasco con la pequeña. Confié en su mirada y en su sonrisa para creer que nos haríamos amigos, y aunque lo somos, bien lo veo, el caso es que lo somos menos de lo que yo quisiera. Muy seria, la chica, muy grave para sus diez años: como impregnada de esa melancolía que flota, desde la puerta hasta el fondo de esta casa.

Sin embargo, no estoy desconforme. Estudio a mis anchas, con fruto: las nociones entran facilmente en mi cerebro que se ablanda, que se esponja en esta calma inalterable, en esta calma gris. Sólo que, a veces el silencio es demasiado grande y se llena de misterio. *Por suerte,* el hombre pone alguna vez la nota discordante de su brutalidad, y esto basta para atemperar el exceso de quietud: siento rabia contra él un instante, y esa válvula de escape, usada moderadamente, basta para calmar mis nervios.

El pobre diablo que llevo dentro, se permite ahora ciertas ironías. — No estamos tan mal, compañero... buena comida... gente sosegada... ¿eh?

¡Este pobre diablo siempre el mismo!

Bueno, a la verdad que, si pudiese llegar a un grado mayor de intimidad con Maruja, me daría por satisfecho.

¿Maruja? Ahí está. Ha salido al patio con su muñeca en brazos y se pasea mimándola, con un reojo de vez en cuando hacia mi cuarto, cuya puerta abierta debe tentarla. La interpelo.

—Eh Maruja, ¿cómo andamos?

Se detiene indecisa: dulzura sin igual en sus ojos de terciopelo: ahora ha vuelto a la postura en que la conocí, una pierna encogida, la cabeza hacia un hombro. Tímida toda ella, sólo se da por entero en sus miradas. Me adelanto.

—¿Quieres jugar conmigo?

Duda: instintivamente vuelve la vista hacia las persianas del comedor, desde donde de seguro la mamá, observa.

—Dí, ¿quieres que juguemos?

Mueve la cabeza con melancolía. — No.

—¿Nó; por qué chiquita?

Se ruboriza y vuelve a mirar hacia las persianas. Adivino.

—¿Quieres que le pida permiso?

Otro rubor, otra mirada cada vez más breve. La tentación es grande. ¡Jugar con alguien, ella que siempre juega sola!

Pero he aquí que la madre asoma.

—Maruja, estás molestando al señor.

Protesto.

—Perdón, señora, soy yo... yo soy el importuno. Figúrese que he invitado a Maruja a jugar conmigo...

Ella lo sabe, puesto que estaba ahí, detrás de las persianas, pero sonríe, como en duda indulgente.

—Un poco chiquillo todavía. Si usted me permite voy a doctorarme por un momento. Esta muñeca no está bien, Maruja, mira que pálida.

Esto último va dirigido a la chica, indecisa aún, pero como la sonrisa se acentúa en la boca de la mamá, quien ha salido también del todo al patio, la cosa se formaliza en un instante.

—¿Usted es el doctor, entonces?

—Por supuesto, y voy a curártela. A ver, desnúdala.

Mamá no solo sonríe, sino que se ha acercado más: es una mujer menuda.

delicada de rostro, con la magrura de quien ha sido esbelta y es flaca ahora: la boca grande, hecha para sonreir, la nariz afilada, perfecta, pero esto, desteñido, borroso, como ensombrecido por un desaliento que lo cubre todo a manera de un velo muy ténue. Durante ocho días he estado viviendo junto a esta mujer, sin haberla observado jamás. Hay hombres para todo.

Entretanto, Maruja ha quitado sus ropas a la muñeca, y aparece la madera pintada.

—Ves, está enferma: ¿tose?

La niña afirma sonriendo, ganada ya por el placer del juego.

—Tiene fiebre: de seguro ha andado al sol.

El juego se interrumpe un momento, porque la madre dice.

—¿Usted estudia medicina?

—Sí, señora.

Ahora que no está el marido debo llamarla así: ella me lo agradece con un leve rubor.

—¿Le falta mucho aún?

—Sí, bastante, cuatro años, apróximadamente.

—¡Ah!

Como calla, vuelvo a Maruja.

—Le daremos un remedio para que no tosa, ¿oyes?, un remedio dulce que la pondrá buena.

—¿Y grande?

—Ah no: eso lo hará el tiempo.

—¿Quién?

Me río, un poco confuso porque no encuentro la explicación fácil.

—Digo que... crecerá con el tiempo... como tú.

Se ha roto el hielo, y ya somos los mejores amigos del mundo; tanto, que la madre, un poco olvidada por nosotros, se ha marchado sin ruído, tranquilizada seguramente. Jugamos un buen rato; Maruja tiene la misma voz de su madre, dos tonos más aguda: a veces pone un desmayo de languidez en sus vocablos interrogantes.

—¿Se curará pronto?

No la he besado aún, pero cuando se va, llamada desde adentro, le tomo la cabeza entre mis manos, dándole un beso en el cabello sedoso y lacio.

—¿Jugaremos mañana?

Es ella quien pregunta.

—Si mamá quiere...

Mamá asoma la cara, sonriendo un poca confusa.

—¡Usted se molesta por la chica!

—¿Molestarme? ¡Pero si yo soy también un poco chiquillo!

Mueve la cabeza afirmando, siempre sonriente, y yo me quedo en la duda, de si habrá asentido a que juegue mañana con Maruja, o si habrá confirmado mi aserto de que soy medio criatura. Bah... Estoy contento, ahora que tengo a mi amiguita. Esta noche el pobre diablo no dejará de sonreir allá adentro.

Luego, cuando ha venido el hombre, hemos cenado en común, como siempre, pero no ha sonreído nadie.

III

A medida que pasa el tiempo, mi amistad con Maruja va haciéndose más íntima y creo que, de faltarme la pequeña, no quedaría un instante más aquí.

He descubierto un tesoro en mi amiguita. Aunque yo amo a todas las criaturas, quizá en memoria de mi hermana muerta en la niñez, el hecho es que esta chica me da la impresión de ser excepcional. Excepcional no, extraña. Es como si en ella despuntaran todas las exquisiteces del sexo, comprimidas aun por la edad: es como si se transparentara en la fragilidad de sus diez años la vida intensa de la mujer del mañana. ¡Pero de una mujer!... Y todo eso espontáneo, más aun a pesar suyo, porque noto que, a veces, la chica se retrae, se *esconde,* como temiendo mostrarse demasiado, a los ojos de un observador curioso en exceso.

He cambiado impresiones respecto a esto con la madre, y nuestro diálogo ha sido fecundo. Lo he empezado así.

—¿Verdad que Maruja es rara? Tiene cosas que asombran.

Ella se ha inmutado de golpe, y corrige.

—Que asustan.

Después queda silenciosa, huraña.

—Será precioso vigilar incesantemente su espíritu, — insinúo yo. — Advierto demasiada lucidez, excesiva lucidez en todo lo que ella piensa y discurre.

La mujer me mira con una sospecha en la negrura de los ojos.

—¿Por qué dice eso?

—Por todo — contesto. — Es una niña precoz, cuya mente se adelanta diez años a su edad. Ayer, por ejemplo...

—Sí, si, ya se.

Me ha interrumpido, delatando asi que ella ha escuchado nuestro diálogo de ayer, durante el cual, Maruja ha insistido sobre la conveniencia de morir joven *para no sufrir como mamá.*

Quedamos confusos un buen rato: ella explica la cosa así.

—Sí, yo no soy muy feliz, en efecto, pero esto, como comprenderá usted, es cosa sin importancia; lo que me preocupa es, que mi hija sufra conmigo todos mis dolores, sin que haya modo de cerrar a la verdad sus ojos perspicaces. Con todo, usted ha hecho bien al aconsejar a Maruja, como lo hizo, yo también lo hago, pero yo... — un sollozo contenido — yo no siempre tengo la tranquilidad necesaria para persuadir...

Se ha puesto a llorar, pero reponiéndose de inmediato. Es fuerte.

—Perdone esto, señor: claro que mis pequeñas miserias no habrán escapado a usted, viviendo en casa, pero... a veces me es necesario confiar a alguien mis angustias... quiero decir... mis terrores, porque yo tiemblo por Maruja... ¡es tan sensible y tan delicada que!... ¿Usted no la encuentra débil?

Si, la encuentro débil, peligrosamente débil, y por esto he aconsejado muchas cosas a su madre, que no se si ella podrá proporcionar a Maruja: entre otras, aire, sol y calma, amén de tónicos.

IV

Esta vida misantrópica de recluso, me obliga a llenar el espíritu con la vida de los otros. De este modo voy, a pesar mío, tejiendo la historia de mis vecinos.

No se en que pueda ocuparse el hombre. Duerme toda la mañana, levantándose recien a la hora del almuerzo, y eso, no siempre. Despierta con una fatiga mental que se nota en sus incoherencias, en sus frecuentes trueques de palabras de olvidos absurdos que le hacen llamar copa a una taza, etc. Habla

poco y cuando lo hace es conmigo. Algunas veces, por excepción, tiene alegrías exhuberantes, nerviosas, bruscas, como todo lo de él.

Cierta ocasión me atreví a aventurar una pregunta respecto a sus medios de vida, y me respondió secamente, con los ojos fijos en su mujer.

—Trabajo de noche.

Por la tarde, o duerme o se aletarga en una mecedora, entre nubes de humo, porque fuma bárbaramente. Luego de cenar, sale y no vuelve hasta la madrugada.

Esto, en cuanto al empleo de su tiempo, en lo demás, es sencillamente incomprensible. Mezquino y tacaño para los gastos de la casa, escatima a su mujer hasta lo indispensable (asi andan a veces las comidas), pero, a ocasiones parece desconocer el valor del dinero: lo he visto vender a un ruso en una insignificancia, cierta joya de gran valor, y ahora, so pretexto de que está cansado de verlos, tiene en trato sus muebles, que no son malos, por una bagatela.

Sin embargo, a pesar de sus apuros de dinero, que son manifiestos, anoche me ha llevado a cenar en un restaurant de lujo, donde gastó más de lo necesario para comer en casa una semana. Incomprensible, el tipo. Más lo es aun. la inconsciencia de que hace alarde, al introducir en su hogar a un desconocido, como soy yo, llevando la vida que lleva. Verdad que yo... Pero él, ¿acaso lo sabía?

Su mujer y su hija sienten por este hombre un terror profundo, junto a una gran repulsión, pero todo esto se confunde con una resignada pasividad de ovejas junto al lobo. En cuanto a mí, sin dejar de reconocer que continúa intimidándome algo, lo estudio con curiosidad, con la misma curiosidad medrosa que estudio un cadáver en el anfiteatro.

V

Maruja no sale de su cuarto desde hace algunos días, y esto me ha hecho intimar más con la madre. La chica está constipada: un leve catarro que no será de cuidado si se evitan las imprudencias.

Yo he tranquilizado a María — porque me he decidido a llamarla asi, aun a solas — quién quería recurrir a un médico.

Diariamente, cuando el hombre se va, después de la cena, voy a hacerle tertulia a mi amiguita, y la madre cose al otro lado de la cama.

A veces la niña se duerme temprano: entonces, a pedido de María, prolongo mi visita un momento más, y conversamos, casi siempre de la pequeña: es este un tema que no cansa a ninguno de los dos. Ella me cuenta pormenores que no conoce nadie: cosas de la chica, que el padre ignora seguramente, por pueriles, y esto me pone contento, como si estrechara más el círculo de nuestra intimidad alrededor de la querida criatura.

Entretanto, estudio con ahinco, con verdadera pasión, y noto que en este apasionamiento tiene parte también mi intimidad con la vecina. Se interesa por mi carrera; le agrada oírme disertar sobre algunas enfermedades nerviosas: ella ha levantado mi ánimo, un poco decaído ya, con la suavidad de sus exhortaciones casi maternales, y estas palabras en su boca grande y simpática, aun dichas sin mirarme, porque sus ojos están siempre en la costura, han dado a mi espíritu la convicción de que he encontrado, en esta casa tan triste, la simpatía errante que yo andaba buscando.

Maruja se ha agravado repentinamente. ¡Mi pobre criatura!

Anoche, tarde ya, cerca de las tres (yo velaba sobre un texto rebelde) oí entrar al *verdugo*: lo llamaré así desde ahora. Un momento después advertí que conversaba airadamente con María: gritaba casi. De pronto creí notar un ruído confuso de lucha, breve, entrecortada: luego, esto nitidamente, el caer de un cuerpo, y un grito, alarido más bien, de Maruja.

Me puse de pie, temblando, con un frío terrible en todo mi cuerpo, a punto de correr hacia allí, pero contenido por el temor, no al hombre, al marido. ¿Qué podría justificar mi presencia en una escena de familia? Con todo, los sollozos de Maruja me sacaron de quicio y acudí, resuelto a todo. El *verdugo* se marchaba en ese instante: oí el ruído de la puerta de calle al cerrarse: llegué sin disimularme y toqué la persiana con los dedos.

—María...

Adentro se debilitaban los sollozos de Maruja, sofocados quizá contra el pecho materno. Insistí.

—María, ¿qué sucede?

Después de un silencio María contestó a media voz.

—Espere, voy a abrir.

Mientras ella se vestía, reconstruí la escena. Alguna exigencia del hombre, quien sabe que odiosa exigencia, provocando una rebeldía en la víctima, luego la brutalidad del golpe presenciado por la niña.

—Entre.

Entré. Maruja estaba en su camita, muy pálida, temblando, con los dientes apretados, el pulso loco, la frente afiebrada.

—¿Ha oído usted?

Afirmé con una seña y continué con Maruja.

—Cálmate querida, no te alarmes sin motivo: has soñado, ¿sabes? has soñado.

Me miró intensamente.

—No, mentira; él le pegó.

—Calla, pobrecita, calla, cierra los ojos, dame tu mano. ¿Ves como te hace bien?

En un momento dispuse algo para calmar sus nervios, y luego, cuando la vi más tranquila, me ocupé de María cuya boca sangraba. No hubo una sola explicación, innecesaria por otra parte, e iba a librarla de mi presencia, juzgándola enojosa, dado lo anterior, pero ella me rogó, medio entre dientes.

—Quédese.

Estuvimos asi largo rato, contemplando a Maruja, dormida ahora; ella rompió el silencio, hablando como para si propia.

—Esto no puede seguir... Esto es horrible...

Un llanto tristísimo la interrumpió, y desahogado asi su dolor tendióme una mano que temblaba.

—Gracias Emilio, usted es muy bueno.

Después salí, pero no pude cerrar los ojos en el resto de la noche.

Maruja está peor: tiemblo al escribirlo. He traído a Cuenca, mi profesor, quien lo teme todo, dada la débil constitución de mi amiguita.

Hace dos días que el *verdugo* no viene. María está espantosamente pálida pero con una tranquilidad que asusta. No me muevo del lado de Maruja: si el *verdugo* viniese... si el verdugo viniese no se lo que haría.

Lo más terrible de todo esto es que mi bolsillo está vacío: las últimas recetas lo han agotado, y es preciso traer nuevos medicamentos, cada vez más enérgicos y ¡ay! cada vez más caros. No se como decírselo a María.

¡Desesperante, desesperante!

Está visto que María no tiene dinero. Hoy casi no hemos comido: suerte que mis libros han dado para las recetas. ¡Y este hombre sin aparecer!

—Amigo mío, es necesario que lo moleste a usted todavía. ¡Qué bueno es usted Emilio! — Ha sonreido tristemente — ¿Lo será aún?

—¿Qué debo hacer? — respondo.

—Es preciso comunicar a mi marido que Maruja agoniza; porqué agoniza. ¿Verdad?

En vez de negarlo, me echo a llorar como un imbécil. Es ella quien...

—Cálmese Emilio: míreme a mí.

Parece de cera: bajo sus ojos, las ojeras descienden, amoratadas. Sin embargo, conserva toda la calma aparente de una estatua.

—Yo sabía que esto era inevitable. Lo sabía... era fatal... Bueno, vaya usted, lo encontrará quizá en esta casa — me alarga un papel — es un garito, ¿sabe?, un garito bajo apariencias de club. Dígale que...

No puede más: se ahoga. Yo salgo enloquecido.

VI

Son tan intensos los sucesos, tan imprevistos y rápidos, que mi espíritu, transtornado, vive en una fiebre perpétua. La vida agena, los dolores de los demás, se han metido en mí corazón, como en una caja mal cerrada, y el aislamiento egoísta de mí existencia anterior, es ya una cosa lejana, de la cual me he olvidado.

Maruja y María ocupan todo lo que hay de vibrante en mí: si la ciudad entera ardiese, no me desviaría un ápice del lugar en que vivo, solo por estos dos seres que no son para mí más que... ¿Lo se acaso?

El hecho es, que la obscuridad se ha disipado, y, actualmente, veo claro en la historia de mis vecinos. ¡Jugador! Esto explica todo.

Voy pensando asi mientras me encamino al garito, y aunque preveo la dificultad de la entrevista, no intento coordinar lo que debo decir al *verdugo*. Si él tuviera la osadía de incomodarse por mi intromisión, cosa muy posible, espero que encontraré fuerzas para contenerme y no saltar a su cuello como deseo ardientemente hacer.

He debido insistir tercamente para que el hombre se resolviese a venir hasta el saloncillo de espera, a donde me han hecho pasar.

—¡Ah!, ¿es usted?

Viene nervioso, febril, impaciente: sus facciones trasudan un vaho de fiebre: el hálito de su boca huele acremente.

—¿Qué le pasa?

—Maruja se muere.

—¡Eh... qué... quién!..

Veo que el hombre pugna por desprenderse del vaho que lo envuelve, del magnetismo potente del tapete que continúa en torno suyo.

—Maruja, la nena: está muy grave, creo que...

No es compasión lo que me inspira, ni asco, es curiosidad: miro en él a un enfermo, a un demente. Se ha sentado y me mira en silencio, secándose el sudor que brilla en toda su faz.

—¡Qué es lo que me dice! ¿Maruja?..

Ahora parece estar en posesión de sus facultades. Me observa: la boca se le contrae en una mueca maligna.

—Comprendo — dice — es un golpe de María para llevarme a casa. Usted es un vecino complaciente por lo que se ve.

Se levanta y me pone una mano en el hombro, sonriendo con sorna. Muy friamente le replico.

—Puede usted creerlo o no, pero Maruja se muere, ¿oye?, se muere. Ha ocurrido un trastorno súbito en su organismo, una conmoción violenta que se la lleva a escape.

La sonrisa se enfría en sus labios.

—¿Viene?

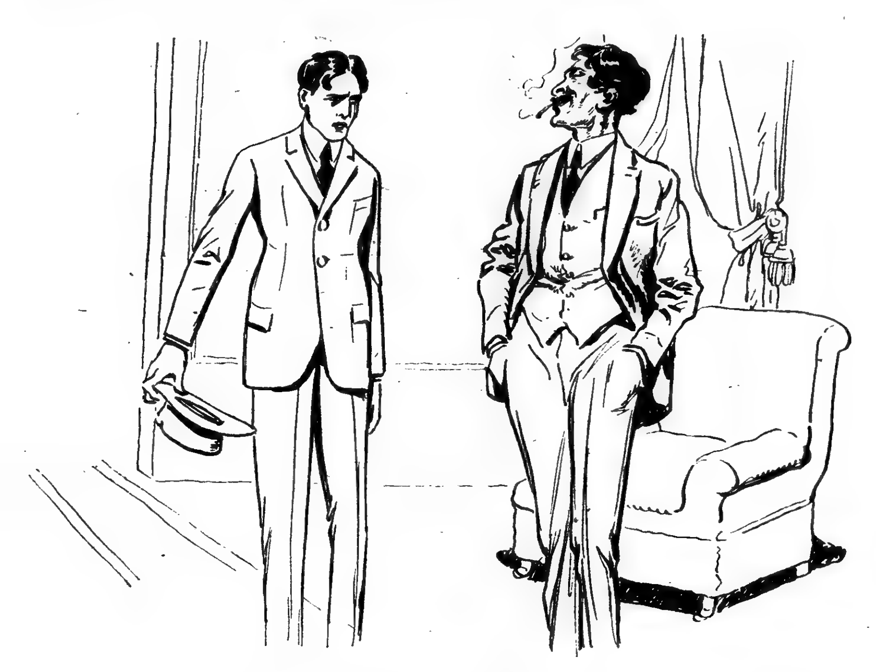
Se sienta de nuevo y medita. Espero la reacción, inevitable después de la sacudida brutal del dolor: hasta imagino posible un llanto de arrepentimiento, un salto hacia la puerta, cualquier cosa, cualquier cosa menos lo que en realidad va a suceder. He aquí, que el *verdugo* saca un cigarrillo, lo enciende, fuma, y escupiendo una hebra de tabaco que se le pega a los labios dice:

—No puedo.

Lo contemplo con tanto asombro que repite más fuerte.

—No puedo, no, no puedo.

A medida que habla, la voz se le enronquece, mientras los párpados, entrecerrándose, le hacen pequeños los ojos.



—¿Qué quiere usted que haga yo allí? No tengo un centavo: estoy esperando a un amigo cuya presencia puede modificar esto, ¿sabe? traerá dinero. Además, mi presencia en casa acabaría de trastornarlo todo. Allá me aborrecen: me tiemblan, pero me odian: tendrán sus razones, desde luego, pero el caso es que me odian. Imagine mi llegada, sin un peso, oyendo recriminaciones, viendo... No, no: no voy.

La medida se colma: yo veo la cara lívida de Maruja, sus ojos en blanco que miran ya hacia lo desconocido, sus manitas que se contraen... Mi asco, mi desprecio, debe asomar muy afuera, porque él los ve claramente, y a tiempo, que me vuelvo para marcharme, me detiene.

—Sí, ya veo lo que usted piensa... sí, si yo conozco eso. ¿Soy un mónstruo, verdad?

Está horrible, jamás lo he visto así. Es como si la inmundicia de su alma saliese afuera de golpe por los poros de su cuerpo. Se ha envilecido en un segundo con el envilecimiento entero de toda la humanidad que palidece ante el vaivén de la fortuna, y se ríe nerviosamente con una risa que es igual al tintineo de la bolilla sobre la rueda dentada de una ruleta.

—Sí, sí, yo soy un monstruo... un padre que renuncia al placer de contemplar la agonía de su hija... sí, yo soy eso, pero yo... pero yo...

Quiero escapar, porqué me asusta, me espanta, y el me detiene.

—Ha de oírme... ha de oírme... ¿por qué se va?

Por más que retiró la cara, la suya está sobre mí, y lo veo a mi pesar, inmundo, en la desnudez cínica con que presenta su alma al descubierto.

—Es que ustedes no saben.... Ustedes los que no tienen el demonio dentro, pueden ir, venir, detenerse, gobernar su vida... esto es fácil; pero yo... nosotros, los que vivimos con el aspid clavado en el pecho, con la sangre envenenada por la pasión del azar, ¿qué... qué podemos hacer? — Dígale a un loco que deje de serlo, exíjale cordura; dígale a un ciego que vea... haga eso, hágalo... No, usted no lo hará, sería insensato. Y bien, nosotros vivimos esclavos de lo irremediable. ¿Qué Maruja se muere? Sí, se morirá, lo creo, pero su pérdida no puede arrancar esto de aquí, ni nada que suceda, solo la muerte. ¿Sabe usted lo que es un cáncer? Bueno: es eso lo nuestro: corte en un sitio, en otro, arranque, queme... todo inútil, todo en vano: el mal está allí, acá, en todas partes. Y ustedes, los inmunes no ven eso, solo ven el enfermo, al mal no.

A través de la manga, su mano me quema: el temblor de su cuerpo sacude el mío: prosigue, lentamente ahora.

—Es terrible, sí, es terrible, pero es así. Nuestra vida solo alienta para eso: sacudirse, agitarse, pugnar por huir,... todo inútil. ¡Cuántas noches de insomnio contemplando la obscuridad del abismo!.... ¡Cuántos retrocesos hacia la vía recta!.... ¡Para qué! En vano todo, el cáncer no se cura; el mal se acaba con nosotros.

Me suelta, quedándose silencioso.

—Ahora usted ya lo sabe: puede seguir pensando lo que quiera. Quizá todo esto resbale sobre su incapacidad para comprender, pero el caso es así, tal como lo digo.

De afuera lo llamaron.

—Eh, ¿vienes?

Ya se iba, cuando se volvió para decirme.

—Si gano iré: si no...

VII

Estoy aquí otra vez. Durante mi ausencia, Cuenca ha venido pero no ha recetado nada. Es el fin.

Maruja quema: no me conoce, ni tampoco a su madre. Ambos estamos junto a la camita, uno a izquierda, otro a derecha de la criatura. Miramos fijamente su boca, de donde sale un silbido acompasado. Nuestro pensamiento debe estar acorde en esta idea. "Dentro de una hora, o de un minuto, su boca enmudecerá, y todo habrá terminado".

Tic tac, tic tac, tic tac: el reloj suena burlonamente. María se vuelve hacia mí.

—Párelo, Emilio.

Ahora solo oímos el silbido, que se interrumpe, que se reanuda, que se alarga y se acorta...

Pasan los momentos, pasa una eternidad, sin que ella ni yo podamos substraernos a la contemplación de la boca entreabierta.

—Siéntese María.

Ella obedece y se sienta en el borde de la silla que le he alcanzado. La blancura de su vestido sigue hasta el límite obscuro donde los cabellos se destacan sombriamente. Hay también una mancha violácea bajo los párpa-

dos, y una leve pincelada de rosa desteñido acusando los labios. Hay en todo esto un sagrado encanto de sufrimiento: el dolor diviniza esa angustiosa cara exangüe.

Siento una necesidad violenta de arrodillarme a sus pies, y de besar el extremo de sus dedos pálidos, cuyas uñas son pálidas también.

Noto que su vista se ha desviado: ya no mira a la criatura: la fijeza de sus ojos se ha detenido en una mancha de remedio que ensucia la sábana.

De repente, como un latigazo, me sacude una sensación. Es que el silencio se ha hecho del todo: es que Maruja ya no respira: es que...

Todo acabó ya. No me atrevo a moverme por temor de delatar el suceso, y en presencia del cadáver de mi adorada amiguita, contengo sollozos, angustia, respiración, esperando el momento próximo en que la madre advierta... y cuando esto sucede, cuando ella ha visto, sus ojos han quedado fijos también, su cuerpo no se ha agitado, su boca no se ha movido...

La tensión de mis nervios cede a la angustia y sollozo: ella continúa inmóvil, hipnotizada.

—María...

No me responde, sigue en la misma postura, extática.

—María...

¡Oh! Es preciso que suceda algo, que oiga un grito, que advierta un sollozo... porqué yo tengo miedo, entre este cadáver que se enfría y esta madre que no vive...

—María... María...

Parece despertar de un sueño: se levanta, se inclina sobre el cadáver, y de pronto, tras de una vacilación, se desploma hacia atrás. He llegado a tiempo: está en mis brazos: de improviso sus ojos se abren bajo los míos, y es tanto el dolor que nada en el lago obscuro de sus pupilas, tanta la fuerza de su terrible angustia, que sucede algo increíble, brutal, inhumano... ¡por qué mis brazos la estrechan apasionadamente, y mi boca besa la suya con delirio!...

VIII

Lo que ha sucedido después queda borrado, escondido, sepultado en una niebla.

Solo recuerdo que las lágrimas han resbalado incesantemente durante horas, largas horas, por sus mejillas, y que mi pecho tuvo el peso leve de su cabeza, que se abrigaba en él, como un pajarito yerto al encontrar de pronto el calor de un nido.

Más tarde la he hecho acostar, y durante el resto de la noche, solo con el cadáver y la durmiente, he decidido mi destino con la claridad extraordinaria de los que se juegan el todo por el todo.

Amo a María desde hace unas horas, pero la amo con tan furioso y salvaje amor, que no trepidaría en consumar un crimen con tal de asegurarme su pertenencia para siempre.

¿Cómo ha sucedido esto? No lo se. Tal vez el amor viviese latente en mi alma, escondido bajo los velos de ese curioso pudor masculino, más fuerte cien veces que el de las mujeres: tal vez mi carne, virgen al amor, despertó a él, apenas el contacto de la hembra agena, encendió su dormida voluntad de vencer. ¡Qué se yo! El caso es, que la idea del crimen se presenta espontánea a mi espíritu, apenas recuerdo que puede presentarse el *verdugo*. Y es tan fuerte esta idea que, apesar de mi deseo de echarla fuera, apesar de que me inclino sobre la frente pura de mi amiguita muerta, buscando así la paz espiritual, ella perdura siempre, ella me grita obstinadamente, con un martilleo continuo. "Si viene, lo matarás".

Por suerte no ha venido. Cuenca, llamado por mí, ha escuchado estupefacto la incoherente relación de lo que pasa, y apremiado por mi insistencia, me ha cedido algunos cientos de pesos, y un refugio momentáneo para María. Ahora voy a conducir a Maruja al lugar del descanso.

IX

Lo más sorprendente de todo esto, es el fenómeno inexplicable que se ha operado con el pobre diablo que llevo dentro. Jamás mi raro compañero y yo hemos podido llegar a un acuerdo sobre algo: hoy pensamos al unísono que lo hecho, está bien, y tan extraña es esta conjunción de mis dos naturalezas psíquicas, que llego a la convicción de habernos equivocado juntos por primera vez.

Bueno, esto es, incuestionablemente, de segundo orden. En el buen camino o en el malo, antes me haré cortar en pedazos que desandar lo andado: suceda lo que suceda, esta mujer es mía, mía, mía.

Nos hemos instalado en un albergue modesto, y solo espero liquidar mi pequeño fundo, para huir con María lejos de aquí.

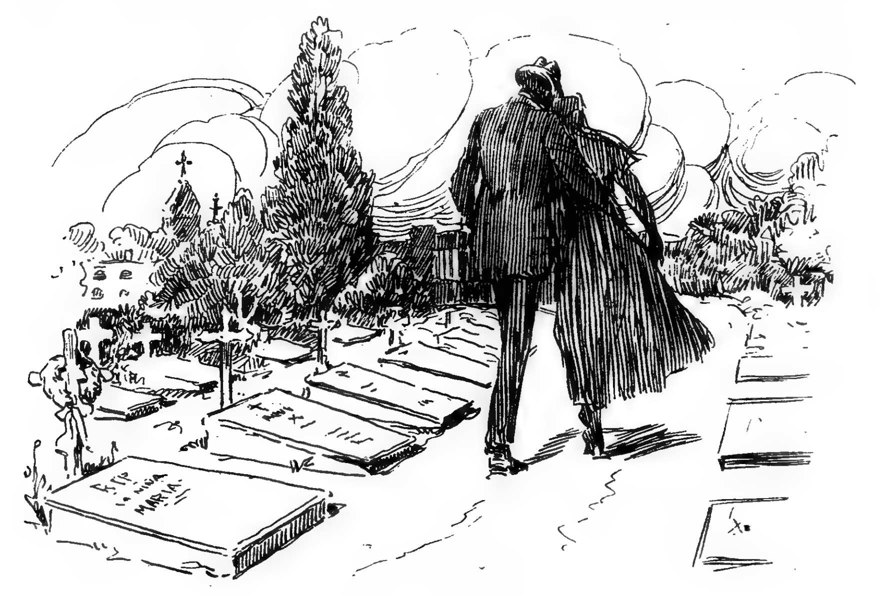
He telegrafiado a Montera, mi viejo amigo del pueblo natal, para que venda a cualquier precio la tierra. Montera pide algunos días, asegurando el negocio. Me muero de impaciencia. ¡Me muero!... ¿Y ella? ¡Pobre amada mía!

Pronto hará una semana que *vivimos* (nuestra existencia anterior ha sido olvidada) y me sorprende comprobar que el silencio es, entre nosotros, un huésped bien acogido, un compañero suave y discreto, capaz, él solo, de llenar nuestra vida. ¿Qué podríamos hablarnos? ¿Qué queda por decirnos desde el minuto aquel en el cual su boca recibió el beso de la mía?

Amar, amar; amar en silencio; tal es nuestra vida. La lámpara arde desde temprano, y los postigos se entreabren cada día más tarde: en cambio, nuestros abrazos son cada vez más estrechos, y los labios encuentran siempre encanto nuevo que descubrir en los besos mudos que terminan en suspiros.

La dulce amada ha encontrado en mi hombro un rincón de descanso. A veces, su inmovilidad me hace creer que duerme, pero son sus ojos quienes lo desmienten, sus ojos, negros como el dolor, abriéndose un segundo para sonreir un instante.

Montera me anuncia que mañana llegará el adquirente, para liquidar el asunto de la venta. ¡En buena hora! María sufre demasiado: lo advierto, aunque ella procura disimular su terror, porqué es el miedo quien hace temblar a esta mujer valerosa, cada vez que suenan pasos en el corredor de



nuestro refugio. He temido por su salud, pero Cuenca, llamado aprisa, me ha devuelto la tranquilidad. Nervios.

Ocupamos una piecita amueblada en casa de gentes sencillas: salimos, es decir, salgo yo, apenas lo indispensable, y ella espía mi regreso con tal ansia, con tal desesperada angustia, como si todos los peligros del mundo se cerniesen sobre mí. Pero de sus terrores no me ha dicho una sola palabra. Bien comprendo que ella teme al *verdugo,* que de noche, cuando se estremece, es porqué hasta en sueños el hombre la persigue; pero yo, en cambio tengo un terrible valor del cual jamás advertí indicios antes. Si ese hombre viene, lo mataré.

Pero el hombre no vendrá. Su vida está lejos de la nuestra, y además, mañana estará todo listo y luego partiremos.

Olvidaba anotar nuestra única salida: hemos ido a visitar la tumba de Maruja, y allí nuestro amor se hizo más firme si cabe, porqué dimos a esa visita la solemnidad de una confirmación a nuestro vínculo: una especie de desposorio ante la niña que tanto nos amó y a quien amamos tanto. Juro que al salir de allí, mi alma se sintió alijerada de un postrer remordimiento: fué como si sintiéramos el espíritu de Maruja diciendo a nuestro oído. Amaos, amaos siempre.

X

¡Por fin! El hombre ha llegado ya: he aquí su carta que confirma el negocio y me cita en la escribanía. Mañana estaremos lejos de aquí. Mañana habrán terminado tus terrores, amada mía. ¡Con cuánta fuerza me ha estrechado entre sus brazos al saberlo!

Ahora se ha acostado, y con la cara cubierta por la sábana, hace esfuerzos para dormir, para dormir hasta mi regreso, porqué la pobrecilla teme todavía.

Voy a dejarla, para terminar el asunto y recibir el dinero: dentro de una hora estaré de vuelta y ya no nos separaremos nunca.

—Hasta luego.

No me contesta: quizá se ha dormido: me iré...

—Emilio,.... Emilio...

Se ha levantado de un salto y está colgada de mi cuello estrechándome apasionadamente.

—¿Qué te pasa? Tranquilízate, regresaré en seguida. Vamos, ten calma, cierra por dentro y no temas.

Ella me palpa el bolsillo donde sabe que llevo el revólver: luego me estrecha de nuevo y fingiendo un valor que no tiene, me empuja hacia la puerta...

—Vuelve pronto, pronto...

Ha cerrado con llave y oigo el ruido de su cuerpo al caer de nuevo en el lecho. Solloza. Ea, arranquémonos a esta ridícula preocupación... ¡falta tan poco!

En efecto, todo ha sido breve. Ya tengo mi dinero: Cuenca que oficiaba de testigo, me ha dado un abrazo de despedida, y, aunque a regañadientes ha aceptado la devolución de su préstamo. ¡Querido amigo!

Desde ahora hasta mañana que sale el Vassari, los minutos van a trans-

currir brevemente, es decir, transcurrirán cuando la tenga entre mis brazos, porqué ahora, mientras me encamino a nuestro rincón, yo también me siento inquieto, como si todo el terror de María se hubiera venido conmigo.

Antes, tenía un curioso modo de acortar las distancias, en mis largas caminatas a la Facultad: soñaba. El terreno desaparecía, llevando el espíritu en alto, lejos de mí. Soñaba en quimeras, en cosas irrealizables... Ahora me será más fácil, puesto que las quimeras se han realizado. Probemos.

No, no puedo: todo se embarulla en mi mente: todo fracasa y se extravía.... Es preciso llegar...

Aquí estoy. ¡Camino interminable!

¡Con cuanta ansia me esperará ella! Me parece oír el latido de su corazón a través de la puerta. No: es el mío que tiembla.

Golpeo suavemente. ¡Mi amor, soy yo! Aunque sé que la puerta está cerrada, hago girar el pestillo, que, contra toda probabilidad, cede: la puerta se abre. María no está.

XI

María no está. ¿Es esto bastante? María se ha ido, me ha abandonado; estoy solo; no la veré ya más...

Después de repetirme cien veces que esto es una locura, he debido ponerme en frente de la realidad espantosa, porqué, en efecto, María se ha ido para no volver.

Hace dos días que inútilmente la espero. ¡Dos días! Esto es, cuarenta y ocho horas, que mi corazón salta dentro del pecho con brusquedad inauditas: cuarenta y ocho horas cuyos minutos han envejecido mi alma de dolor, sin que atinara a otra cosa que a esperar, esperar siempre...

Los vecinos explican la cosa de este modo. Una carta traída por un mensajero, que éste debió pasar por debajo de la puerta, a indicación de María. Luego, un lapso de tiempo durante el cual no se oyó un solo rumor adentro: más tarde María salió apresuradamente, sin decir una sola palabra. Y esto es todo. De la carta no han quedado huellas; ni una línea de su mano... nada, nada. Es como para enloquecer, o para levantarse la tapa del cráneo. Pero yo no me mataré, ni quiero volverme loco, porque yo "quiero encontrar a María": más aun: "quiero recuperar a María".

Cuando me haya convencido de la imposibilidad de mi deseo, entonces, si estoy en mi juicio aún, me romperé la cabeza.

Ahora no puedo hacer sino una cosa; dormir. Hace dos días que no duermo y mi cerebro sufre alucinaciones peligrosas. A veces la veo.... Otras, me encuentro con el revólver en la diestra, el agujero del caño mirándome fijamente. He hecho traer láudano, y dado órdenes por si ella...

No ha regresado. No importa, la encontraré. Bien vale mi vida el trabajo de buscarla. Quizá mañana...

Nada aún. Sin embargo, espero siempre.

Nada. La casa del *verdugo* está vacía. Los muebles fueron vendidos. Nadie sabe donde fué él a parar. Sigo buscando.

Pongamos término a esto: sufro demasiado. Si mañana no tengo indicios, dejaré de buscar, y entonces dejaré de sufrir.

Ya es *mañana*: se acabó. Ahora que me encuentro en el umbral de la muerte, reflexiono con lucidez, como no lo hacía desde tiempo atrás.

Evidentemente, la huída de María solo puede explicarse de un modo. Estaba cansada de mí: la carta del otro llegó en el momento oportuno, y se fué.

Bueno; el caso es que voy a matarme. Antes, voy a dar una ojeada a aquello que fuí en su tiempo: una despedida al estudiante casto y bueno en cuya vida se cruzó una mujer.

¡Pero es que no me encuentro! ¡Es que antes de María todo está vacío, todo ha desaparecido!.. ¡María... María!.. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué dejaste de quererme?

Pero, ¿es que ella pudo dejar de quererme? No: eso no es posible. ¿Cómo he admitido tal absurdo? Ella no mentía, ella me amaba, ella me ama: esto lo *se*, lo creo. Se fué porqué... ¡Porqué! ¿Sabemos acaso el por qué de algo? ¿Vale la pena saberlo?

No quiero pensar más. Comprendo que voy a enloquecer, y antes de eso es preferible matarse. Antes que el hospicio, el cementerio. ¡El cementerio! ¡¡El cementerio!! ¡Que luz! Dios santo, si, es posible, si, allí... allí, a la tumba de Maruja... allí irá María... hoy, mañana, otro día, algún día, no importa cuando, pero irá... irá...

XII

Hace diez días que monto guardia en la puerta de cementerio. Vendré otros diez, y luego otros, y volveré mil veces diez días hasta encontrarla: porqué ella vendrá. Estoy de eso tan seguro como de que vivo.

En estos diez días he aprendido una cosa: que la amo inmensamente. Desde mi puesto de observación he visto desfilar cientos de mujeres, algunas hermosas, no pocas bellísimas: he pensado si este fuego que siento, podría extinguirse en el deleite del placer y he imaginado a sas mujeres palpitando entre mis brazos. Y bien, ni un sobresalto en mi carne, ni un anhelo en mi espíritu. Todo yerto, frío, inerme. Pero he visto hoy a una mujer cuyo andar tenía algo del andar de María, y toda mi sangre se ha encendido en un frenético bullir.

Esperaré, ella vendrá.

Ha venido: yo estaba de eso tan seguro, que su aparición no ha producido en mí ánimo el efecto que pudiera suponerse. La he visto descender de un tranvía y la he seguido desde lejos. Paso a paso, hemos andado de nuevo aquel camino que otra vez hiciéramos cogidos del brazo. Yo bien se donde va: cuando esté allí, me acercaré y María saldrá conmigo, como la otra vez, o yo quedaré para siempre junto a Maruja.

Ya llega a la tumba modesta donde descansa mi amiguita: se arrodilla y ora. Bien, la dejaré rezar y cuando termine...

—María...

Ha dado un gran grito.

—Tú,... tú...

—Sí, yo: ¿no esperabas encontrarme aquí? Vengo a buscarte, a llevarte conmigo. No quiero que me digas nada, todo me es igual: sólo te pido que vengas. ¿Vienes María?

Mi voz tiembla, como mis manos, como mí corazón. Ha bajado los ojos y mira fijamente la cruz.

—¿Qué respondes María?

Me ha mirado largamente y el abismo de sus ojos se ha hecho más profundo al responderme su boca.

—No puedo.

Esparaba eso. Me lo había ya dicho su actitud.

—¿No me amas ya?

Recien ahora sus lágrimas asoman. Sonríe tristemente, como en un dulce reproche, antes de responder: su vez es débil, apagada, al decirme.

—Emilio, ¿cómo puedes preguntar eso? Emilio, vete, no me busques más, no podré seguirte. Prométeme solo que no pensarás mal de mí...

He oído una cosa únicamente.

—¿No vendrás conmigo?

—No.

—¿Quién te lo impide?

Calla: me mira como si sus ojos quisieran llevarme en lo más hondo: luego se vuelve y con un soplo de voz se despide.

—Adiós.

—Adiós.

Se va. Yo podría correr tras ella, besar su boca, oprimir su cuerpo, caldear su carne con el ardor de la mía... pero no lo hago. Algo más fuerte que mí voluntad, me detiene. Es como si la que reina en esta mansión sombría, hubiese puesto su helada mano en mi mano ardiente. Ya no sufro, ya no pienso. He aquí el revólver...

—No, no, no: no quiero Emilio, no...

Es su voz. Es María que viene hacia mí, precipitada, anhelante. Es su mano la que toma el revólver y lo aprieta convulsivamente...

—No quiero ¿oyes? no, no... tómame, llévame... corramos... pronto...

Y corremos, como si la muerte viniese tras nosotros: corremos, abrazados, jadeantes...

—María, María, mi amor...

Ella llora: no puedo arrancarle una palabra. Llora sobre mi pecho, estrechándome apasionada, mientras el auto corre. Sólo más tarde, cuando la tengo bajo mis labios, toda mía en la tranquilidad de este hotel suburbano, consigo que me explique.

—Amor mío, ¿cómo puedes haber dudado de mí? ¡Amor mío!.. Tu no sabes cuanto he sufrido al dejarte... tu no puedes saber... Aquel día, ¿recuerdas? tu me dejaste sollozando, presa del más formidable de los terrores. Todo mí ser, *sabía* positivamente que tú no volverías más. ¿Comprendes esto? Que tú no volverías más porqué él, iba a matarte, y cuando más mis lágrimas te lloraban, más el remordimiento arrancaba dolores nuevos a mi corazón, que creía conocerlos todos. Entonces golpearon a la puerta y ante mi negativa a abrir, alguien deslizó dentro un papel. ¿Sabes lo que decía? Oye. "Si no quieres que lo mate, ven: te espero". Y entonces fuí. Yo no quería tu muerte, yo no quería que tu cadáver pesara en mi conciencia; yo te amaba tanto, que preferí volver... ¿Tú sabes lo que es volver?

—¡Amor mío, amor mío, mi pobre amor!..

Ahora los besos y las lágrimas se funden en un solo y exquisito deleite. La vida renace y el encanto comienza de nuevo...

Esta noche sale el "Infanta".

XIII

El "Infanta" sale dentro de media hora. María ha vuelto a sentirse presa de sus terrores; la vaguedad de su mirada me hace pensar en cosas terribles.

—Valor, amada: no temas, yo estoy aquí, a tu lado ¿no me ves? ¿Qué te asusta? Ya no te abandonaré más: ¿me oyes?

He posado las manos sobre su frente y he cerrado sus ojos con besos en los que pongo todo el fuego de mi amor pero ni aun así ella puede substraerse al temblor febril que de improviso sacude todo su cuerpo.

—Está ahí, cerca, muy cerca: lo adivino, lo presiento...

Y es en balde que yo le repita mil veces la imposibilidad en que él se encuentra de seguir nuestro rastro: ella persiste, obstinada,, convencida.

—Está ahí, cerca, muy cerca.

Como si el acaso quisiera confirmar sus locuras, he ahí que alguien llama a la puerta cerrada de nuestro camarote.

—Señor...

Quedamos en silencio. Ella, sin un estremecimiento, inmovilizada de espanto: yo atónito.

De afuera insisten.

—Señor...

Por lo bajo, digo a María, quien se aferra a mis brazos.

—Déjame querida, déjame un instante.

Ella me enlaza estrechamente, me inmoviliza. Entonces, en el silencio profundo, oímos el roce de un papel bajo la puerta.

Los dos nos hemos puesto de pie vivamente. El papel está ahí como un enigma pavoroso. ¿Quién puede escribirme? Nadie sabe mi resolución. Hace cinco horas yo estaba aun en la puerta del cementerio, esperando a María: luego hemos huído a todo el andar de un automóvil: más tarde otro nos ha traído aquí. ¿Quién es el anónimo personaje que me envía éso?

Me decido. Ocultando el contenido a María, leo. "Estoy aquí, junto al vapor. Si no baja usted los haré prender a los dos. Es la última carta de mi juego".

En un instante tomo mi partido. Bajaré, y la última carta de su juego dirá la voluntad del destino. El o yo: cara o cruz.

—Es Cuenca, ¿recuerdas? No se como puede haber dado conmigo: vuelvo al instante.

¿Cómo es que me ha dejado salir? ¡Bah! ¿acaso puede ocultársele a ella que es preciso jugar la última jugada? No. María sabe bien que, o vuelvo yo, y entonces él habrá muerto, o vuelve él...

Mi pulso es firme, mis piernas se mueven tranquilamente. ¡Qué felicidad tan grande, ir asi al encuentro del verdugo, sabiendo que voy a matarlo!

XIV

Estamos frente a frente, bajo la sombra protectora de un guinche gigantesco. A cien pasos, el vapor iluminado es una hermosa visión alegre. El verdugo y yo nos miramos un minuto. Está flaco, demacrado: sus ojos bri-

llan como ascuas. En cambio, yo estoy tranquilo: no pienso ya en el revólver que me delataría con su estampido. Son mis manos las que van a matarlo.

El habla al fin.

—Quiero decir a usted una cosa antes.. Será inútil explicarle como he podido llegar hasta usted. Eso podrá imaginarlo quién ya supo encontrarla a ella: debe ser el instinto del macho que busca a la compañera.. Sabía que ustedes me huirían; este es el único vapor que sale... ¿fácil verdad? Bien, lo que debo decir es esto. Yo no soy el mismo hombre que usted conoció: soy otro. Desde la muerte de Maruja, he sentido en mí una cosa inexplicable, feroz, terrible: el remordimiento. ¿Comprende eso? Sufrí mucho: no podía dormir, veía alucinaciones... veía a Maruja... Pues bien, en el desvarío del insomnio, llegué a pensar que María pudiese salvarme: María, la madre de mi hijita. Lo pensé, y de inmediato me puse tras su pista. ¡Oh, es curioso! Un detalle insignificante bastó: el doctor Cuenca, su amigo: sabía que él visitaba a Maruja cuando la enfermedad. Espié su casa, pacientemente, tan pacientemente como usted debió espiar a mi mujer en el cementerio. Al fin, supe su escondite: lo demás usted lo sabe, pero lo que de seguro ignora es, que la presencia de María a mi lado puso término a mis sufrimientos. ¿Cómo? No lo se: ella se prestó a curarme, permitió que pusiera la fiebre de mi frente sobre el hielo de sus manos, y esto bastó. Ella no hubiese consentido más, porque, debo confesarlo, lo adora a usted, y yo se la cedería de buen grado si no fuera que... que yo la necesito, porque ahora, ¿curioso eh?, ahora yo la adoro... ¿Entiende eso? La adoro... Además, no podría vivir sin María, por cuanto, apenas desaparecida, las visiones han recomenzado: he visto a Maruja otra vez.

Un silbido ronco ha cortado su exposición: es el vapor que anuncia su partida: acabemos. El lo advierte también.

—Ahora solo quedan dos soluciones. O usted me mata y el asunto termina de un vez por todas, o yo lo mato y me quedo con mi mujer. Digo esto porque supongo que, de buen grado, usted no querrá...

No lo he dejado terminar: mis manos han hecho presa en su garganta y rodamos por el suelo enredodos como serpientes. Estoy sobre él; hundo mis dedos en su carne al tiempo que sus garras me oprimen como tenazas: creo que voy a estrangularlo porque sus ojos salen ya de las órbitas, cuando él, en un esfuerzo supremo alcanza con su boca una de mis muñecas y me muerde: siento en el hueso la dureza de los dientes que persisten, que se encarnizan... y el dolor me enceguece un segundo, bastante sin embargo, para que el verdugo vuelque todo su peso sobre mí.

Ahora veo allá arriba la negrura del cielo tachonado de estrellas: lo veo quizá por última vez porqué siento la angustia de la asfixia que cierra mis ojos a la vida... es un momento cruel... todavía oigo el rumor de la máquina del "Infanta" que se prepara a partir... aunque tal vez sea el primer rumor del más allá. Ahora todo está en reposo.. veo luces que titilan... son como estrellas... no, son estrellas... son las estrellas... ¿Vivo pues?

—Emilio...

¿Sueño? ¡Es la voz de María!

—Emilio, pronto, huyamos...

Me ayuda a incorporarme, me palpa, busca mis ojos...

—¡Emilio mío!

—¿Pero entonces él?... — El está ahí, a mis pies: de su espalda sobresale el mango de un estileto.

—¡María, tú!..

Ella me aparta del cadáver, me conduce como a un niño: transponemos la planchada, y siempre conducido, vacilante, me dejo llevar.

—¿Qué has hecho María?

El silbido del "Infanta" ahoga su respuesta: se oyen adioses a lo largo del muelle.

Quedamos en silencio, abrazados, hasta que el vapor sale lentamente.

La bóveda sombría del cielo, se ennegrece más con una humareda densa, que se renueva a cada jadeo de la máquina. A lo lejos se agitan pañuelos...

Yo contemplo la negrura del cielo y la negrura de las aguas: en ambas brilla el fulgor de las estrellas. Acaso deba ser así: acaso la luz necesite, para mostrarse, el fondo obscuro del abismo.

MÁXIMO SAENZ.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.

El próximo Viernes publicará:

ALMA DOLIENTE

novela original del **Dr. Cyro de Azevedo,** ministro plenipotenciario del Brasil en Montevideo, intelectual de valer autor de *Ensayos Sociales y Literarios, Un año en la prensa, La palabra y la pluma, Chermin Faisant.*

—Ahora solo quedan dos soluciones. O usted me mata y el asunto termina de un vez por todas, o yo lo mato y me quedo con mi mujer. Digo esto porque supongo que, de buen grado, usted no querrá...

No lo he dejado terminar: mis manos han hecho presa en su garganta y rodamos por el suelo enredodos como serpientes. Estoy sobre él; hundo mis dedos en su carne al tiempo que sus garras me oprimen como tenazas: creo que voy a estrangularlo porque sus ojos salen ya de las órbitas, cuando él, en un esfuerzo supremo alcanza con su boca una de mis muñecas y me muerde: siento en el hueso la dureza de los dientes que persisten, que se encarnizan... y el dolor me enceguece un segundo, bastante sin embargo, para que el verdugo vuelque todo su peso sobre mí.

Ahora veo allá arriba la negrura del cielo tachonado de estrellas: lo veo quizá por última vez porqué siento la angustia de la asfixia que cierra mis ojos a la vida... es un momento cruel... todavía oigo el rumor de la máquina del "Infanta" que se prepara a partir... aunque tal vez sea el primer rumor del más allá. Ahora todo está en reposo.. veo luces que titilan... son como estrellas... no, son estrellas... son las estrellas... ¿Vivo pues?

—Emilio...

¿Sueño? ¡Es la voz de María!

—Emilio, pronto, huyamos...

Me ayuda a incorporarme, me palpa, busca mis ojos...

—¡Emilio mío!

—¿Pero entonces él?... — El está ahí, a mis pies: de su espalda sobresale el mango de un estileto.

—¡María, tú!..

Ella me aparta del cadáver, me conduce como a un niño: transponemos la planchada, y siempre conducido, vacilante, me dejo llevar.

—¿Qué has hecho María?

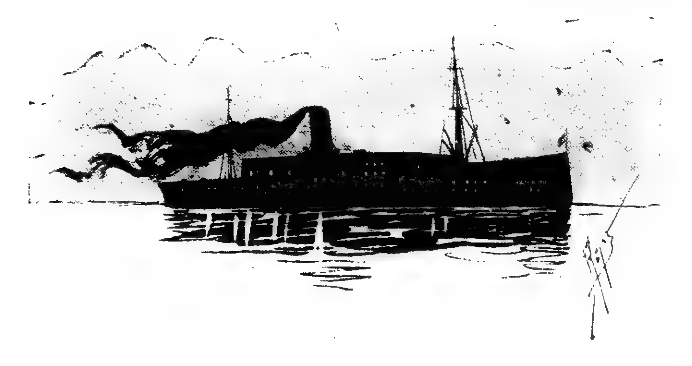
El silbido del "Infanta" ahoga su respuesta: se oyen adioses a lo largo del muelle.

Quedamos en silencio, abrazados, hasta que el vapor sale lentamente.

La bóveda sombría del cielo, se ennegrece más con una humareda densa, que se renueva a cada jadeo de la máquina. A lo lejos se agitan pañuelos...

Yo contemplo la negrura del cielo y la negrura de las aguas: en ambas brilla el fulgor de las estrellas. Acaso deba ser así: acaso la luz necesite, para mostrarse, el fondo obscuro del abismo.

MÁXIMO SAENZ.



EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR

Por 6 meses: **$ 2.50**
» un año: » **5.—**

EXTERIOR

Por 6 meses: oro **1.50**
» un año: » **3.—**

Número suelto: 10 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud,** de Vicente A. Salaverri.

El próximo Viernes publicará:

ALMA DOLIENTE

novela original del **Dr. Cyro de Azevedo,** ministro plenipotenciario del Brasil en Montevideo, intelectual de valer autor de *Ensayos Sociales y Literarios, Un año en la prensa, La palabra y la pluma, Chermin Faisant.*

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, JUNIO 7 DE 1918 TOMO I - N.º 9

ALMA DOLIENTE

OR EL

Cyro de Azevedo

Ilustraciones de HOHMANN

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

No. 9

APARECE LOS VIERNES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: **10** cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Victor Perez Petit.
4. — **Un Idilio de Estación,** de Ricardo Güiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor,** de Máximo Saenz.

El próximo Viernes publicará:

UNA MUJER DESHONESTA

por el conocido escritor F. DEFILIPPIS NOVOA. Ilustraciones de ROJAS.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 1. Un idilio. «Lema: Vestris».
» 2. La pasión de Jesús Antón. «Lema: Tucumán».
» 3. Por un beso. «Lema: Benedictus»
» 4. Cuadros al fresco. «Lema: Goya».
» 5. La ingenuidad de Mary. «Lema: Sardanápalo».
» 6. La loba. «Lema: The Times».
» 7. El poder de la gloria. «Lema: Voe Victis».
» 8. El dolor de amar. «Lema: Sultana.
» 9. La flor del pago. «Lema: O el primero o ninguno.
» 10. Cuando el amor se vá. «Lema: Plegaria».
» 11. Evocación. «Lema: Stuars».
» 12. El romance de Andresillo. «Sin lema».

En los números sucesivos se irán publicando los recibidos dentro de cada semana.

Dr. Cyro de Azevedo

El autor de "Alma Doliente" reparte sus actividades entre la diplomacia y las letras. Desde los 28 años de edad representa a su patria en el extranjero, investido del alto carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Brasil, habiendo desempeñado misiones en el Perú, en la Argentina (por dos veces, de 1891 a 1893 y de 1900 a 1905), en Méjico, Alemania y en Austria, durante el largo período de diez años, siendo de Viena trasladado por su gobierno a la importante Plenipotencia de Montevideo. Su actuación como político no fué menos notable en su país, donde ha dejado marcada huella como tribuno y periodista. Fué por ocasión de la propaganda por la abolición de la esclavitud en el Brasil y en los primeros arranques del sentimiento republicano, cuando el joven abogado, Dr. Cyro de Azevedo, asumió decisivo papel en el escenario público, figurando en todos los comicios en pro de sus ideales democráticos. Son de esa época ardientes sus obras: "Ensayos sociales y literarios", prefaciada por Quintino Bocayuva, el apóstol de la República Brasileña; "Un año en la prensa", "La palabra y la pluma", "Conferencias republicanas". Llenas de fé y buriladas por un escritor correcto y elegante, tales obras de juventud ya denunciaban el autor de "Apariencias y Dorios", cuentos de fina observación y de elevado criterio moral, donde no se oculta el ánimo combativo del político, aterciopelado por las conveniencias diplomáticas. "Chemin faisant...", vigoroso estudio sobre el arte hollandés y flamenco, en que, al lado de la descripción ligera, sutil como el polvo de los museos o como el de arroz que cubría las cabelleras de aquellas damas que figuran en las galerías de Reynolds, se nota el pensamiento elevado, que se pierde en las divagaciones que sugiere el arte o la belleza del paisage en la Flandes humida, pero que aprovecha cada oportunidad para volar alto hacia las otras regiones de la filosofía y de la sociología. El Dr. Cyro de Azevedo también es escritor dramático. Su comedia "Cuscuta", es una pieza de conflictos psicológicos, que el autor resuelve temerariamente, en contra de los prejuicios tan engañadores que constituyen el eje de la vida social. "Hilanderas", representada en Montevideo y que pron-

to lo será también en Buenos Aires, es una fina comedia, donde las almas se agitan y los corazones se revelan, como en las mejores piezas del teatro francés. Las eternas hilanderas, que tejen ese velo, más tupido que los que arreglan las manos peligrosas de las Normas, hijas solitarias del Destino, en que se enredan las mejores reputaciones, imoladas por esas Furias implacables, aparecen en toda su trágica acción en la comedia del Dr. Cyro de Azevedo.

Escritor ya divulgado en América, apreciado en los centros cultos de Europa, será ahora popularizado en el Río de la Plata por "El Cuento Iustrado". "Alma Doliente" es un estudio más que un cuento. Como hay escultores, (y el escritor de que tratamos lo es también), que dejan en sus bronces y sus mármoles reflejar la luz interior que los anima, así hay novelistas que no guardan para su fuero interior ni las imperfecciones de la humana naturaleza ni la grandeza de sus caracteres. En "Alma Doliente", se ve, sobretodo, que el espíritu que los anima literariamente es de una gran elevación. Esa es la característica del Dr. de Azevedo, en toda su obra literaria. Romántico de acción, vive en las serenas regiones de los principios y en el nimbo de oro de la fantasía sana.

Su estilo correcto no se ha corrompido por las largas permanencias en Europa y conserva la frescura de las flores de su maravilloso país. Enganalado para las fiestas de Corte, es sencillo en la choza de los humildes. Su estilo revela esa naturaleza delicada, sin reticencias, y el hombre es como el escritor.

En la rica literatura brasileña, cuyo tesoro el autor de esta obra ha revelado en la Universidad de Montevideo y en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, su producción cuenta por la variedad de asuntos que ha tratado, por la galanura de su estilo, y la corrección de sus observaciones, con la consagración pública, habiendo, agotado varias de sus ediciones. No desmaya en el sendero literario. Nuevas obras prepara el psicólogo, porque esa es su principal característica.

Lucio d' Alba.

AÑO I BUENOS AIRES, JUNIO 7 DE 1918 TOMO I N.° 9

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

Alma Doliente

POR

CYRO DE AZEVEDO

Ilustraciones de HOHMANN.

Era un tímido. Una de esas naturalezas suaves, incapaces de acción enérgica, hechas por la tranquilidad de una existencia modesta, pues la tensión prolongada de la voluntad, la decisión del espíritu tan necesaria en la fluctuación tormentosa de la vida, o las vence por el cansancio o las inutiliza por el descreimiento.

Su carácter irresoluto, movedizo y neutro estaba sujeto a bruscas oscilaciones. Algo de impulsivo solía lanzarlo a ruidosas cóleras, siempre excesivas, siempre en desacuerdo con el hecho o circunstancia eventual que las determinaba. La voluntad tanto tiempo doblegada, temerosa de la acción, se desencadenaba con explosión nerviosa y el efecto ultrapasaba la causa, para ocultar la turbación del espíritu, su ingénua docilidad.

Vivió siempre en ese conflicto del pensamiento con la acción. de inteligencia clara, golpe de vista claro y asimilación fácil, concebía sin esfuerzo, el plan de sus resoluciones dibujábasele nítidamente, y entonces trataba de querer; pero en cuanto se hallaba en presencia del hecho, obligado a obrar, a manifestar su idea o sus sentimientos, asaltábanlo dudas, temores, y se abstenía, desanimado e indignado por su propia debilidad.

Así, una pregunta inesperada, la presencia de gente extraña,

lo fortuito de una circunstancia común que provocara una determinación concreta, todo lo arredraba, todo asumía para él un aspecto agresivo y duro que lo intimaba.

Considerándose un enfermo, buscaba ansioso el medio de integrar su carácter, de vencer aquella especie de presentimiento del miedo.

Con la idea de que la conciencia de la robustez física le daría ánimo, entregóse a la educación y al desarrollo del músculo. Aquella fué para él la época de la gimnasia en todas sus modalidades, del ejercicio del cuerpo sano y joven, que se perfeccionaba en destreza, resistencia e impulso, ayudado por una aptitud natural, guiado por la inteligencia aguzada con la aspiración de un remedio al mal profundo.

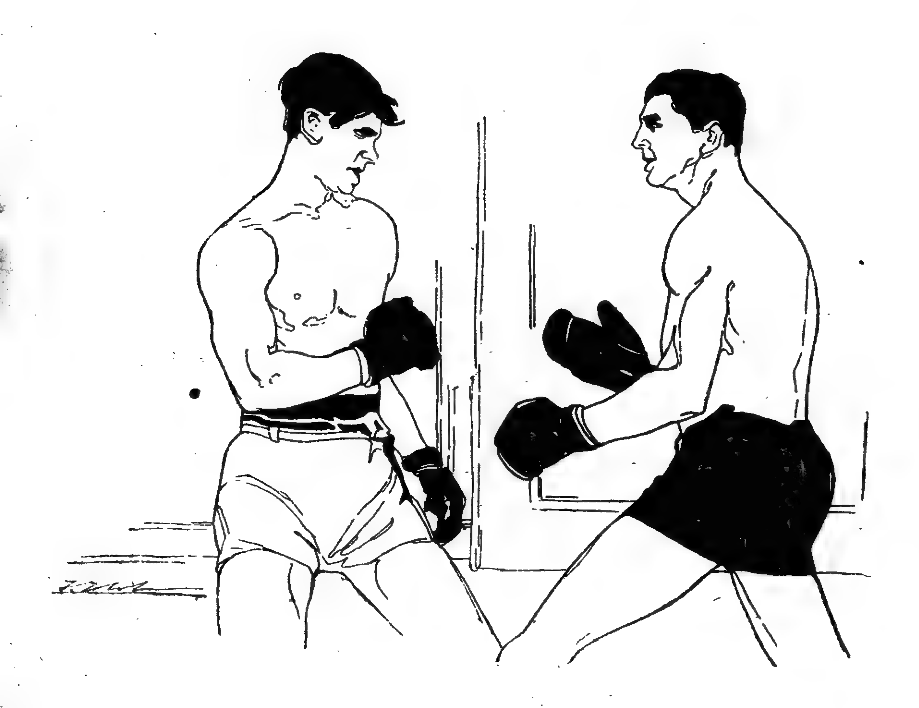
Y durante algún tiempo se creyó curado. Sintiéndose fuerte, oyendo los comentarios lisonjeros de maestros y amigos, y adquiriendo la impresión orgullosa de cierta superioridad, tuvo la ilusión de la salud, del equilibrio que anhelara con tanta avidez y tan íntimo dolor. Más de una vez, su profesor de esgrima o de box, tuvo que señalarle un límite que no podía ultrapasar sin peligro para la salud de los músculos y la elegancia de los movimientos. Estas limitaciones de la prudencia, estos consejos de los entendidos en el empleo de la acción muscular, en el equilibrio del esfuerzo para alcanzar un resultado más inmediato, duradero y práctico, lo llenaron de tal satisfacción insinuándole la creencia en su victoria, que consiguió olvidar la preocupación del acto, la previsión de su tortura, al fijar y dar forma externa a sus decisiones.

Cierto día, al llegar a la sala de gimnasia, se encontró con algunas visitas que, a invitación del profesor, estaban presenciando los ejercicios. El maestro, deseoso de ofrecer a sus invitados un espectáculo interesante, propuso a Almeida un asalto de box. Cortado y sorprendido, trató de evitar la exhibición, pero la insistencia del maestro sofocó sus excusas, vistió pasivamente el traje de combate, y se presentó pálido, con los labios apretados y la mirada incierta.

Produjose la expectativa precursora de todo encuentro de dos fuerzas, de toda lucha, aún simulada, y que exterioriza un ansia ciega, una impresión nerviosa, inconsciente, penosa casi.

—En guardia! — dijo el maestro, y le tiró un puñetazo a la cara.

Almeida paró el golpe, alzando el brazo izquierdo a la altura de la frente, con movimiento seguro y rápido, y distendiendo el brazo derecho dió al profesor un fuerte puñetazo en pleno pecho. Y siguió, violento, pasando de la defensa al ataque, sin transición, precipitando los golpes, descuidando la parada, siempre adelante. Y en aquel movimiento de dos cuerpos que se bajaban, saltaban,



retrocediendo el uno, avanzando el otro; en aquella agitación de brazos y golpear de piés, lo que impresionaba como una obsesión terrible, era aquella gran mano de gamuza, rojiza y grosera, que se agitaba locamente al extremo de un brazo desnudo y para ella desproporcionado y raquítico, descargando puñetazos en el rostro, en el pecho, en el vientre, saltando luego a las sienes del profesor, aturdido y airado contra aquella granizada de golpes sin plan, sin los amagos preparatorios que evitan o contrarían la réplica, dando la impresión, no de un asalto combinado según las reglas del juego,

sino de un arrebato loco, de un acceso de demencia. Aguijado por el temor de parecer miedoso, Almeida era víctima de la impulsión ciega del movimiento iniciado, que ya no podía refrenar. Por fin, retrocediendo de un salto y avanzando luego, el profesor se bajó fingiendo preparar un golpe de vientre, y levantándose como un resorte, descargóle un violento puñetazo en la cabeza que lo inmovilizó.

Al día siguiente, enervado aún por el combate de la víspera, con el cuerpo machucado y la cabeza pesada, Almeida recordaba las censuras del profesor por la desenfrenada violencia de su ataque, tratando de analizar el estado de espíritu que determinara aquella inepta agresión, volvió a descubrir con tristeza el mal intenso, la pesadilla constante de su temor de parecer tímido. Comprendió entonces lo irremediable de aquella falta de su carácter, la inutidad del esfuerzo físico para corregir ese desequilibrio tan íntimo, tan mezclado de su inteligencia, a su voluntad y a su sentimiento, tacha fatal que lo acompañaría durante su vida entera, deformación resultante de una exageración de sus cualidades morales: la sensibilidad delicada y altiva que lo retraía de los contactos bruscos e influía en la dirección de la voluntad, la percepción intuitiva de la ironía, de la hostilidad primordial que caracterizan las relaciones humanas.

—No es el músculo lo que debo robustecer y adiestrar, —pensó. — Lo que debo acostumbrar a modelarse determinada, concreta y oportunamente, es la voluntad. Lo que debo educar es el alma, para que no se perturbe, no se altere, no flaquée y no se encoja.....

Nuevas dudas lo asaltaban, y con ellas insinuábase la incredulidad, la muda desesperación que siega las esperanzas y va embotando las energías una por una. Pero su inteligencia clara y vivaz le sugería una ilusión consoladora, a la que se aferraba su orgullo de no abandonar la lucha antes de agotar todos los recursos, todos los artificios posibles, por lo menos para no revelar al mundo aquella terrible llaga.

¿Cómo alcanzar esa astucia para la comedia de la vida? ¿Seríale posible llegar a la perfección del fingimiento, cuando no había podido educar su timidez?.... ¿De qué le servía haber estudiado todo cuanto Ribot ha escrito sobre las enfermedades de la personalidad, sobre los desvíos de la voluntad, sobre la desintegración

del carácter? ¿De qué le servía haber perdido noches enteras leyendo los libros de cuántos han discutido esa rama de la literatura científica, si ninguno de ellos le procuraba el remedio deseado?..

—La conciencia de su mal! — pero si esa misma era incompleta, porque la erudición adquirida en sus lecturas, no le explicaba el porqué de su enfermedad y el medio seguro de combatirla.....

¿—Por qué no he de hacer como esos pájaros que, para librarse de sus agresores, toman el plumaje, el aire fanfarrón y el canto armonioso y fuerte de sus hermanos más robustos? ¿Por qué no he de imitar a las flores, que, para distinguirse, para atraer a los insectos que ayudan a su conservación individual y a la de la especie, se lanzan a la lucha del lujo de color, de riqueza de forma, de pródiga ostentación de belleza?.. ¿Por qué no he de seguir el ejemplo del hombre salvaje o del bárbaro que, para causar impresión al enemigo, aumenta la fiereza de su aspecto con pinturas, plumas, pieles y todo el atavío escénico de la simulación del heroísmo brutal?... Fingir, fingir siempre es el medio salvador que me resta.

Venciendo las repugnancias de la sinceridad, engañando su temor a la mentira, sintió que su nueva tentativa representaba la postrer esperanza del supremo recurso. Aquella fué la época del dolor angustioso, de la duda cruel que lo conducía casi hasta desear la muerte, que le perturbaba el espíritu y lo dejaba horas y horas pensando que no podía "querer", que un destino fatal lo condenaba... Y lo salvó el apego animal a la existencia, el deseo intenso y profundo de goce de cuanto bueno puede haber en vivir.....

Almeida había heredado de su padre alguna fortuna y tierras de labor que vendió a buen precio, dejando intacta apenas, la hacienda primitiva en que se alzaba la solariega casa de altos. Acostumbrado a la vida de la capital, a donde fué a estudiar siendo muy joven, no tenía, el amor a la tierra, tan natural y tan grande en los que la cultivan, y que en ella confían por que de ella viven.

Consideraba el campo como una decoración agradable. Y la naturaleza de su tierra, espléndida de efectos escénicos, con la crepitante orquesta de las cascadas, los juegos de luz que se quebra-

ban en penumbra del bosque para derramarse como lluvia de oro sobre el llano florido, y centellar irisada en las traviesas aguas del arroyo, le parecía demasiado bella, de una afectación sensual demasiado sugerente para que la empequeñeciera la labranza y la desconcertara en su dramática belleza la presencia de campesinos groseros, de gente miserable que, en vez de adorarla como amante, la explotaba como ruda sierva.

Y se quedó en la ciudad encomendando la dirección de la hacienda, a su primo que, de tiempo en tiempo, iba a rendirle cuentas, cuando él olvidaba visitar la vieja casa en que naciera y a que apenas lo vinculaba la añoranza de sus muertos queridos.

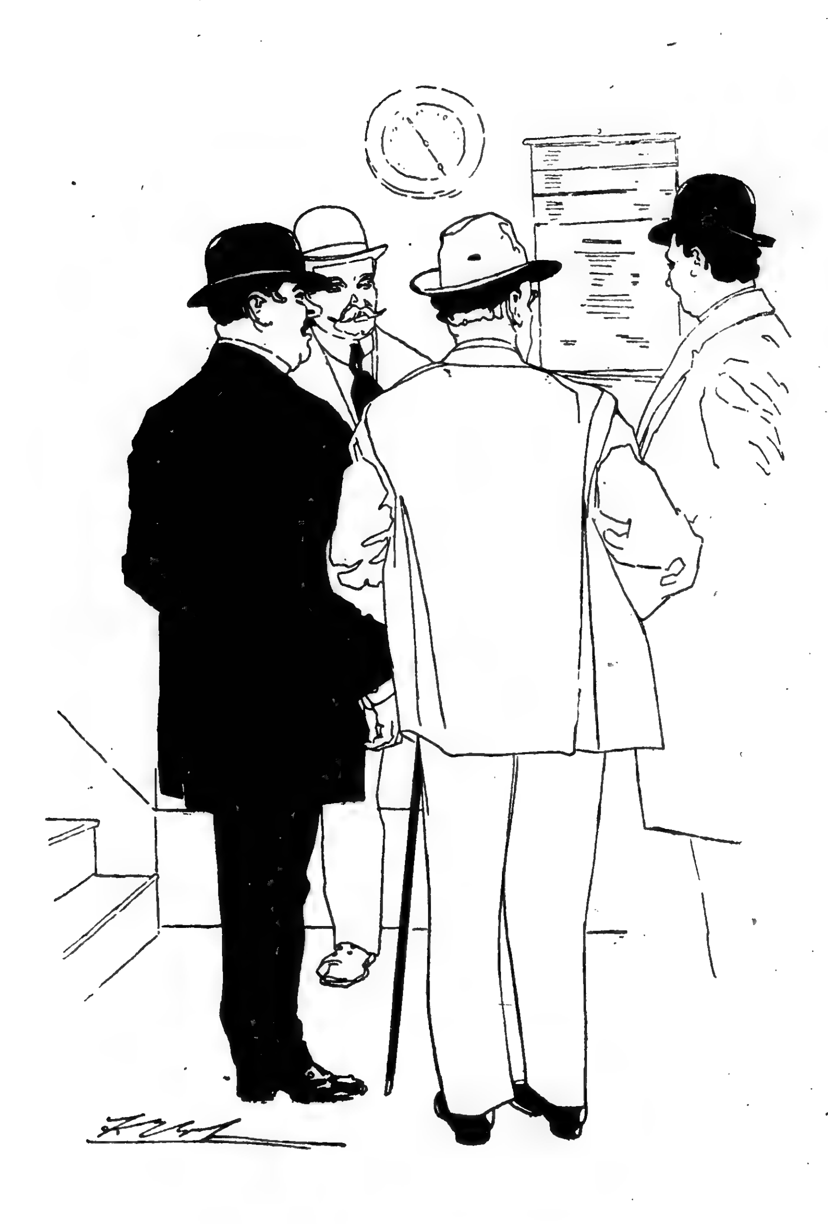
Hízose hombre de negocios, considerando que en el mundo especial de la brega por ganar dinero, mundo de cálculo, de acción contínua y rápida, de iniciativa atrevida, de habilidad sutil, podría ocultar su mal. No tardó en hacerse conocer por la irregularidad de su osadía, que ora lo aventuraba en arriesgados golpes, ora desmayaba dejando escapar la oportunidad feliz. Sus competidores y amigos no comprendían su juego desconcertador, fundado casi siempre en sorpresas, en arranques. Más de una vez se comentó su pérdida del día, capaz de derribar al mejor jinete del cambio, más de una vez difundióse la noticia de una arremetida genial de Almeida que, echando a rodar todas las combinaciones, le daba una ganancia fabulosa, y su nombre surgía desde la masa, refulgente de victoria.

No sólo se le atribuía un olfato especial, sino también una adaptación extraña a esa *prestidigitación* de títulos encaminada a que la fiebre de la demanda les dé el espejismo del valor y permita realizarlos durante la excitación de la refriega ambiciosa, cuando el hipnotismo del lucro atonta a los más despiertos y arrasa al grueso de las espectadores con el curioso contagio de una ansia loca, con la fascinación del oro, tan humana y tan mezquina.

—El mocito es muy vivo! — decía un viejo corredor sin escrúpulos en un corro de bolsistas. — Sería capaz de liquidarnos a todos. Yo, en cuanto veo llegar a ese diablo de nariz repingada, nariz de olfateador de fortunas, me quedo helado esperando el golpe. Dígase lo que se diga, para mí, cuando pierde, el pícaro hace juego de engañabobos para burlarse de los papanatas, mientras tiene las cartas seguras, y se trae escondida la bolada seria.

—Es hombre de pocos amigos, — agregaba otro, — aunque se sepa que es buen compañero y generoso. Pero tiene sus prontos; cuando se emperra no se mueve ni a palos. Y tiene una fortuna sólida: es cultivador de café, y sus tierras son excelentes.

—Bah!, lo mejor que tiene es la querida, — observó Mesquita, un sujeto pequeño, de cabeza de tortuga, puntiaguda y chata, mejillas exangües de hepático, ojos de japonés, husmeador de chismes, hablador y entrometido, que fingía conocer a todo el mundo y se



introducía en todas partes, llevando y trayendo siempre alguna intriga, la noticia de alguna aventura canallezca.

—Cómo!.. ¿Es decir que ustedes no conocen a esa rusa alta, que tiene carruaje con dos poneys negros, y anda siempre sola y toda llena de brillantes?....

—Si!, pues esa misma es la querida de Almeida. Y se dice que está completamente chiflado por la individua. ¡Quién sabe de donde ha salido! Dicen que es condesa, y que no puede volver a su tierra.. En cuando apareció por aquí, Almeida se la acaparó, y con ella está gastándose la herencia y todo cuanto gana. A este paso, la rusa no tardará en comerle el café y las tierras de la hacienda...

—Sigue mordiendo la viborita!.. — exclamó el viejo corredor sospechoso. — Deja al hombre tranquilo, porque puedes estar seguro de que, por mejores dientes que tenga la rusa, el dinero es mucho y el criollo diablo!

Almeida fué siempre de una conducta casi casta, y entre alegre y pesaroso confesaba que no tenía aptitud de galanteo. La verdad es que evitaba las mujeres, que lo cortaban y cohibían con su actitud. Seguir a una mujer, murmurarle requiebros, sorprenderla con su atrevimiento o divertirla con esas frases espirituales, breves, aladas, que acarician la vanidad y revoletean en torno, insinuando la simpatía, la curiosidad o el deseo, ese acto tan común le parecía el colmo de la audacia. Hacerse querer por la insistencia, por la estrategia del sitio puesto al ser deseado, representaba para él uno de los trabajos de Hércules, sabrosa hazaña que ambicionaba realizar, pero cuya ejecución reconocía imposible. No llegó hasta él la influencia atávica que sustenta en el hombre la sensación de que la mujer es una presa, una criatura que se doma y domestica. De modo que sus escasas aventuras, todas fortuitas, eran por lo mismo vulgares, y nunca lo atormentó una pasión.

La preocupación de las nuevas relaciones lo alejó cuanto era posible de la vida social, y cuando se veía obligado a concurrir a alguna fiesta, evitaba los jóvenes y huía del compromiso refugiándose en la sala de juego. Toda su energía amorosa, propia de un temperamento sensual y robusto, acrecentada por el culto de la belleza y por un gusto no encentado por experimentos galanes, casi siempre desencantadores, se conservaba intacta y de una ingenuidad tanto más auténtica cuanto que no era ejercitada. Estremecíalo a veces un ansia de amor, un deseo vago de sumerjirse en deleites,

propio de los sensuales platónicos, cuya lascivia mental no pasa de una fiebre imaginativa que se desvanece ante el hecho.

Y la condesa rusa fué su primer y único amor.

Aquellos grandes ojos extraños, de un azul casi verde, que parecían iluminarla toda, haciendo recordar las imágenes ortodoxas que se destacan sobre el fondo de oro, y parece que se bañan en el vivo fulgor de que surgen, misteriosas y picantes de originalidad; aquella boca fresca, grande, cuya arqueada línea empastábase con la blanca carne del labio, le daban vértigos, y el áscua del deseo le

hacía arder la sangre cuando veía la melena de oro de sus cabellos derramándose por sus espaldas blancas, deslizándose por las opulentas caderas y ondulando con puntas fulgurantes junto a la curva de la pierna elegante y pura. En la blancura divinal de aquel Paros vivo, el rubio de aquella cabellera a lo Palma el Viejo, le producía una alucinación suprema, y hundía la hambrienta boca y las ma-

nos trémulas en aquella seda leonada, con el ansia de besar y de tocar a un tiempo la satinada piel y el vellón satánico, tomando lo que él llamaba su baño de luz.....

La seducción de aquel cuerpo sano y limpio perseguíalo por todas partes y, aún ausente, aquella mujer lo esclavizaba y se fundía con él, como que en todas partes sentía el perfume de la espléndida rubia. De sus misma carnes, de sus ropas exhalábase el aroma sutil e intenso de la piel y el cabello de la querida, y en la obsesión del fetiquismo amoroso, vivía en un ensueño de pasión exclusiva y febril.

Y aquel aroma de rubia que le había penetrado en el cuerpo, que se mezclaba a su respiración, era el secreto de su pasión profunda, que se divinizaba en un culto. Aquel perfume ligeramente acre y sabroso, era lo que le hacía abandonar la Bolsa, en plena furia del juego, y encaminarse apresuradamente a su casa, al elegante chalet cubierto de enredaderas, aislado en la cumbre de la colina y desde cuyo terrado se descubría la ciudad y el mar, azúl, inmenso, confundiéndose a lo lejos con el cielo claro en que navegaban algunas nubes blancas, como algodón cardado. Aquello era lo que lo lanzaba arrepentido a los brazos de su querida, ansiando caricias, después de la violenta riña, peripecia común de aquel amor agitado en que el alma tártara de la condesa se revelaba confusamente con los arrebatos propios de su raza.

Durante aquella crisis, ora de celos crueles, ora de simple caprichos de la amante, ambos estallaban en duras recriminaciones, indicadoras no solo del arrebato del despecho amoroso, sino también de la rabia combatida, de la ira desatinada que los sublevaba contra la unión carnal, contra ese yugo recíproco de la insaciada lujuria.

Aquel día de invierno tropical, suave y apacible, Almeida subía agitado la cuesta de la colina, más dolorido que otras veces, porque la crisis había sido más agresiva y aun sentía arder la quemadura de la injuria. Al escapar de la Bolsa con el impulso de ver a su querida, de sentir su acercamiento mórbido, y al mismo tiempo de confirmar su cariño, del que ya comenzaba a dudar en esa última época, no tenía plan alguno, y de trecho en trecho deteníase pensativo, tratando de combinar la mezquina comedia de las preguntas y los lazos que debían provocar la explicación decisiva. A cierta distancia de la escalinata del jardín, allí donde el camino des-

cribe una curva ocultando el chalet, volvió a detenerse. Escaseaban las casas, y los árboles de la calle raleaban dejando un boquete por el que se veín otras colinas verdegueantes, y allá en el fondo del puerto amplio, la soberana bahía por cuyas aguas mansas deslizábanse las hinchadas velas o se cruzaban los vapores. Su mirada distraída fuése interesando poco a poco en seguir la marcha de un paquete que navegaba en demanda de la barra, avanzando allá lejos, suavemente, sin oscilaciones, sin esfuerzo, camino del océano. Y cuando aquella delgada mancha de la que brotaba tenue humo que iba a perderse en el espacio, fué empequeñeciéndose, empequeñeciéndose, Almeida suspiró pensando que lo mejor sería huir así, lejos; muy lejos, a vivir en otras tierras, para olvidar aquella extraña mujer tan bella, de hechizo tan artificioso y sutil, y que, en la torturadora contradicción de su temperamento poco ajustado a las circunstancias de la vida común, pasaba de la caricia irresistible, del mimo expresado con maneras tiernas e ingenuas, al ademán vulgar, al arranque felino, reveladores de su alma violenta y primitiva.

Hallóla en el diván, frente a la puerta del terrado, fumando un cigarrillo turco, y, entreteniéndose en pellizcar las orejas de un angora blanquecino y gordiflón, que restregándosele en el vestido, le acariciaba el brazo desnudo, asomando por la manga perdida de su peinador de terciopelo púrpura.

—Sí, dejé la Bolsa, lo dejé todo, — contestó Almeida, algo confuso con la sorpresa del encuentro. — Tenía que hablarte seriamente. Tu ira de hoy me ha dejado enfermo, enervado, incapaz de pensar, de calcular, de trabajar... Me dijiste que me amabas porque yo era una cosa tuya, como tus poneys negros, como tu gato, seres creados para tu lujo, para orgullo y para tu capricho. No es posible que sientas de ese modo, cuando sabes que te amo, cuando ves que te tengo encarnada en mi propio sér, cuando me dices tantas veces que ningún otro hombre te ha inspirado un deseo tan poderoso y un amor tan intenso....

—No, no venga a repetir la escena de esta mañana; la herida sangra todavía.....

—Pero quiero, oyes!, quiero que te expliques...

Mientras hablaba, ella lo miraba con aquellas pupilas verdes, luminosas, detenidas con la atención de la mirada incisiva y el arco de sus labios rojos se contraía en leve sonrisa misteriosa e irónica.

De repente, arrojando el cigarrillo y arrancando de la opulenta cabellera el gran alfiler de oro que la sostenía, enderezó el busto y echando los brazos níveos al cuello del amante, derramóle la oleada de sus cabellos por la cabeza, por los ojos, por los hombros, mientras su boca, fresca y perfumada, iba estampando besos locos en el rostro de Almeida, entontecido por aquella fustigación de caricias nerviosas, mudamente precipitadas.....

Algún tiempo después la condesa notó que Almeida andaba preocupado y salía más frecuentemente, disculpándose con la presencia del primo que iba a darle cuenta de su administración.

Asaltóle en seguida la idea de una rival, aunque el sincero cariño de su amante fuera el mismo, e igual la fiebre de deseo en que lo veía. Hízole espiar y supo que seguía su vida de negocios, y que, fuera de los amigos de siempre, sólo le acompañaban su primo y un chiquillo, hijo probablemente de este último. Por el mismo Almeida tuvo la confirmación del espionaje, pues cierto día oyóle decir muy contento que había hecho un excelente negocio, comprando ricas tierras, vecinas a su hacienda.

—He redondeado mi propiedad, — terminó diciendo, — mis leguas de tierra cultivada formarían en tu país las posesiones de un príncipe. Mi primo ha contratado colonos, y dentro de poco podré contar que tengo aldeas, como dicen en tu patria.

Todo aquello parecía extraño a la Condesa, aunque no alcanzara a comprender porqué la desagradaba que Almeida comprase tierras de labor y mandase fundar colonias. Porque lo sabía muy ajeno al campo, despegado de las utilidades de la hacienda, intermitentes y mezquinas en comparación con la cascada de oro que brotaba de la Bolsa, y por eso mismo buscaba una explicación de aquella mudanza, tanto más singular cuando que revelaba algo oscuro interpuesto entre su amante y ella, que creía conocer todos sus secretos, sus negocios, sus planes, poseer su alma entera, en fin.

—El día en que alguien o alguna cosa, surja entre nosotros dos, — pensaba, — sea una idea, una influencia o una emoción, ya ese hombre no será enteramente mío, ni su amor el culto exclusivo que deseo, que quiero que sea, porque así también lo amo yo, y me he acostumbrado a poseerlo y dominarlo todo... Pero ¿qué será?.. ¿qué le habrá despertado ese interés por la hacienda, a la que nunca iba, cuya vida no le agrada y que no entiende o no quiere entender? ...

Esa preocupación latente, que ambos disfrazaban, dió lugar a nuevas desavenencias, a bruscas explosiones de cólera perversa, terminadas en arrobamiento de amor, pero de las que quedaba un dejo de desconfianza que seguía punzándolos en medio de las embriagueces del placer.

Así vivieron algún tiempo, hasta que un día Almeida sintióse enfermo y se quedó en casa para evitar las complicaciones de una molesta influenza que lo obligó a tenderse en un diván, cansado y lleno de dolores en la cabeza, en las piernas, en los brazos que le parecían hinchados, tanto le pesaban; y del diván, en que se sentía frío, a pesar de las mantas que lo cubrían, pasó a la cama, de la que no pudo levantarse, postrado por la fiebre.

Pocos días después, un médico vecino, llamado apresuradamente por la condesa, inquieta y temerosa de una desgracia, aconsejó que se cuidara mucho el enfermo, pues el caso podría agravarse, a causa de un vicio cardíaco, una diatesis en vías de crisis aguda, siempre peligrosa. Y con la precipitación aturdida de la consulta a altas horas de la noche, mientras escribía una receta, dijo alzando la voz, que sería prudente llamar alguna persona de la familia porque el corazón tiene sorpresas desagradables, y él quería salvar su responsabilidad.

La complicación de los términos técnicos, la amenaza de un peligro, todo aquella tan inesperado y tan brusco, aturdió a la condesa que rompió en sollozos, olvidando que su amante había oído la indiscresión del médico, y escuchaba su nervioso llanto.

Cuando volvió al aposento, ocultando las lágrimas y tratando de sonreir para engañar a su amante, éste le dijo:

—No llores, querida, el médico puede estar equivocado. Oh!.. no lo niegues: desde aquí he oído tus sollozos... Pero creo prudente lo que aconseja el doctor: sería bueno telegrafiar a mi primo para que venga sin demora.

—Pero, ¿para qué llemar a tu primo?.. ¿te podría cuidar con más mimo que yo?.. ¿No te será más grato tener junto a tí a tu condesa, que quieres tanto?.. Deberes?.. Entregar testamento?.. Estás loco?.. ¿Qué necesidad tienes de atormentar tu pobre cabeza dolorida con semejante cosa?.. Déjale, la hacienda, lo que quieras, si te empeñas en pensar eso; pero no te aflijas; ese médico no sabe lo que dice, nunca has sentido nada en el corazón, y con un buen sudorífico se te pasará todo.

Almeida insistía tiernamente, indicando que era mejor que alguien la ayudase, que esto le serviría de compañía y de consuelo, en caso de empeorar...

Por último, excitado, en un arrebato confidencial, declaró que la presencia del primo era indispensable, pues tenía un hijo a quien había reconocido, y cuyo porvenir, como el de la misma condesa, quedaba asegurado por el testamento; ya veía, pues, que le era necesario ver al pariente en cuya casa estaba el niño desde que lo tomó a la madre, pasajera relación anterior a la llegada de la condesa.....

Con la vista extraviada, los labios trémulos, el cuerpo tembloroso de celos, de odio contra la disimulación de Almeida, de impotencia contra aquel niño desconocido, fuera del alcance de su venganza, la condesa se precipitó sobre él y le clavó las uñas en los brazos, sacudiéndolo con ira brutal: y acercando el rostro convulso y trágico gritó:

—Tienes un hijo!.. Un ser a quién quieres más que a mí... Un hijo!.. Y me engañabas, canalla, cuando me jurabas que yo

te poseía entero, que era toda tu vida y todo tu placer!.. Y quieres, ahora, verlo para darle tus últimas caricias, para que reciba tu último afecto, el mejor el más íntimo, el más intenso!.... No!....

No lo verás!.. Yo haré pedazos ese testamento, aunque tenga que destrozar todos los cajones, aunque sea preciso incendiar la casa, destruirlo todo! Aunque tenga que matarte a tí!.. Has de ser mío y sólo mío, hasta el fin!....

Débiles y como sofocados brotáronle las últimas palabras, pues Almeida, trastornado por la fiebre, en un arranque de cólera bestial, le apretaba la garganta y trataba de enderezarse para dominar a la condesa... Y los amantes se revolcaban en el lecho, estrechándose con un brazo homicida, mordiéndose enloquecidos en aquella lucha postrera.

Por fin, con la cabellera suelta y el rostro congestionado, la condesa cayó desmayada... y Almeida, cubierto de sudor, con la camisa hecha girones, sin un grito, sin un suspiro, rodó sobre el cuerpo de su ídolo, derribado por el síncope fatal.....

Dr. Cyro de Azevedo.

Mañana Sábado, día 8, aparecerá el libro de Alberto Gerchunoff.

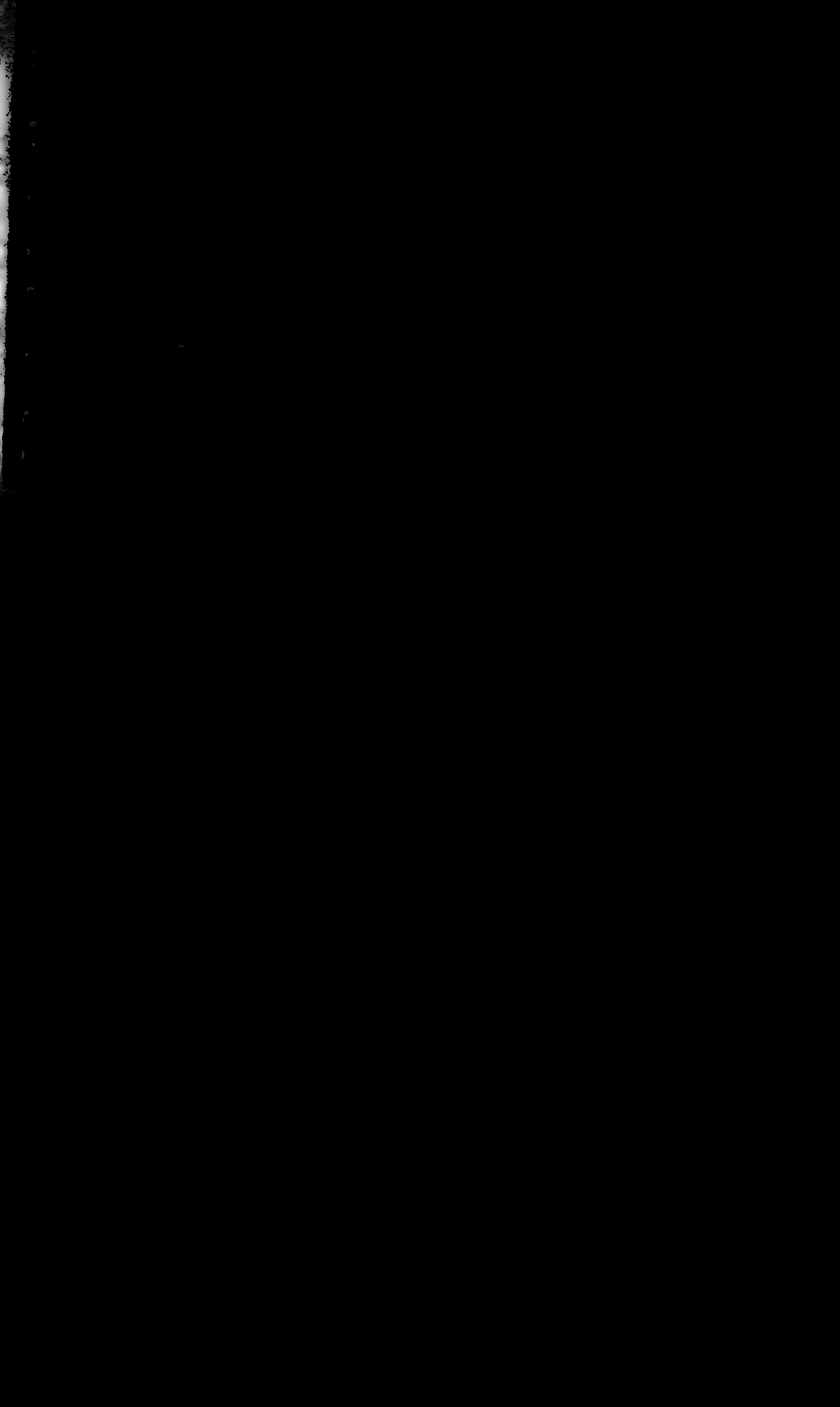
EL NUEVO REGIMEN

obra de palpitante actualidad en la cual estudia su autor la acción política del gobierno y analiza los diversos asuntos con alto sentimiento de argentino y elevado criterio de patriota.

Se pondrá a la venta en todas las librerias y en la Administración de esta Revista.

al Precio: $2 m/n.

WAKAYMONO
TOKIO



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 14 DE 1918 — TOMO I - N.º 10

Una mujer deshonesta

POR

F. Defilippis Novoa

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.

El martes 18 publicará:

LA PIPA DEL VAGABUNDO

Emocionante novela del briliante escritor EDMUNDO MONTAGNE, ilustrada por HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR

Por 6 meses: $ 2.50
» un año: » 5.—

EXTERIOR

Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.

El martes 18 publicará:

LA PIPA DEL VAGABUNDO

Emocionante novela del briliante escritor EDMUNDO MONTAGNE, ilustrada por HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 1. Un idilio. «Lema: Vestris».
» 2. La pasión de Jesús Antón. «Lema: Tucumán».
» 3. Por un beso. «Lema: Benedictus»
» 4. Cuadros al fresco. «Lema: Goya».
» 5. La ingenuidad de Mary. «Lema: Sardanápalo».
» 6. La loba. «Lema: The Times».
» 7. El poder de la gloria. «Lema: Voe Victis».
» 8. El dolor de amar. «Lema: Sultana.
» 9. La flor del pago. «Lema: O el primero o ninguno.
» 10. Cuando el amor se vá. «Lema: Plegaria».
» 11. Evocación. «Lema: Stuars».
» 12. El romance de Andresillo. «Sin lema».

AÑO I BUENOS AIRES, JUNIO 14 DE 1918 TOMO I N.° 10

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

A LOS LECTORES

Debido a exigencias editoriales, desde el número próximo "El Cuento Ilustrado" se pondrá a la venta los Martes en vez de los Viernes como se venía haciendo. Esta variación, que en nada altera la Revista, esperamos sea del agrado de nuestros estimados lectores.

UNA MUJER DESHONESTA

POR

F. DEFILIPPIS NOVOA

Ilustraciones de ROJAS.

El elegante Alberto entró en su lujoso y costoso apartamento, con una gran preocupación desacostumbrada en él, que pasaba por no tener preocupaciones de ningún género, porque tampoco pensaba dos minutos seguidos en una misma cosa. Dejó su sombrero, maquinalmente, en el vestíbulo, arrastró inconscientemente el bastón hasta el recibimiento contiguo, se quitó los guantes que anudó y tiró sobre el sofá, y, dándose coraje con una inspiración profunda, entró en el comedor.

Katty que desde la cabecera de la mesa le observaba atentamente desde que puso el pie en el vestíbulo, no dudó al verle. Las noticias de Juan Cruz Bustamante eran ciertas. Pero no quiso amargar la despedida con una escena de mal gusto, y, levantándose risueña, tendió la mano al amigo que tembló como un niño asustado.

Sin cambiar palabras, a puras sonrisas complacientes, se sentaron a la mesa. Al primer plato, y a la primera libación sucedieron las primeras palabras.

—Estoy indispuesto; no se que tengo...

—Tal vez el tiempo.

—Quizá cansancio o nerviosidad.

—Nerviosidad será.

Alberto miró interrogativamente y con temor a Katty. Y la pobre mujer se sobrecogió intimamente. Sentía que el hondo pesar que embargaba su alma iba a traicionarla, y, conteniendo una emoción profunda se sonrió con una mueca de desesperación. Alberto, por primera vez sintió hacia aquella mujer, algo que no había sen-

tido nunca por nadie: compasión, ternura, infinita ternura. Sin saber que hacer ni que decir alzó la copa. Un ligero temblor de su mano desbordó el vino que cayó sobre el rico mantel de encajes.

—Alegría para ti, Alberto.

—En ese caso, para los dos. ¿No bebes?

—Sí, pero no beberé vino. Tengo sed de agua.

El servidor se acercó a ella con la jarra de cristal.

La seda de la bata traicionera, se enredó en el cubierto, y retuvo la mano de Katty que avanzaba hacia el vaso para alzarlo a los labios. Exasperada luchó con la traición de la seda y rodó el vaso y corrió el agua por la mesa.

Alberto quedó mudo de espanto. Supersticioso hasta la exajeración, vió en aquel acto el anuncio del mal que iba a causarle. Pero Katty ni siquiera reparó en el detalle y presentó de nuevo el vaso al mucamo que no se atrevía a retirar las servilletas mojadas, por temor a la reprimenda.

Incontenible angustia anudábase a la garganta de la pobre mu-

jer. Ella, como Alberto, había leído en aquella agua volcada el anuncio de su desgracia próxima.

¿Desgracia de que dejaran de amarla? No. Nunca la habían amado. Desgracia de perder otra vez su objeto de vivir, su norte, y su paz y su sosiego. De volver a lo que fué con otro y por otro.

Porque no era la primera vez que en su vida se presentaba el caso que comprobaba palpablemente. Sin embargo una esperanza le inundó el espíritu... ¿quizá?.... Alzó la vista hasta Alberto y le sorprendió como hacía un momento ella estaba.

El servidor se había retirado dejando el café servido, cuyo vapor se apagaba ténuemente, señal inequívoca de larga espera.

Katty no dudó más. Como todos los días, echó tres panecillos de azúcar en la taza de su amante, y se levantó en busca del habano que encendía ella misma a cambio de un beso de amorosa satisfacción.

Quería el destino que como el agua antes, la caja de habanos le revelase el fin de aquel idilio sosegado y elegante: un solo cigarro yacía en el fondo del estuche de madera. Con una pena de total resignación lo pinzó con sus dedos ensortijados y lo llevó a los labios de su amante. Pero no reclamó el beso. Lo dió ella, solícita, y propuso su plan.

—Me oirás una sonata de Grieg. Luego saldremos. Te permito que en la calle improvises el programa. Te obedeceré.

Alberto sonrió. En lo más íntimo de su ser hubiese preferido terminar allí. Decir toda la verdad, huir, verse libre de aquel peso enorme que le torturaba como una culpa; pero se sentía cobarde, despreciable, ruin; más que por lo que iba hacer, por esa misma cobardía, indigna de su vida de muchacho calavera, sin alma y sin entraña. Maquinalmente la siguió; mordiendo con fuerza el rico habano, y al llegar a la sala, se hundió en una butaca con todo el peso de una contrariedad invencible.

*
* *

Nunca interpretara con mayor tristeza las páginas del delicado noruego, como en esa hora de balance involuntario de su vida. Llenaban la estancia semioscura las notas de extrañas danzas en que parecían entremezclarse voces del pueblo, carreras de gnomos, campanas de un templo lejano, alegría de país de nieve y de personas a quienes faltara el sol. Alberto no entendía nada de lo que oía. Nunca entendiera música, a no ser el tango voluptuoso y pro-

vocador que bailaba como maestro. Aquello le exasperaba, le producía fastidio, pero le interesaba porque retenía lejos a su amante y le evitaba la muda interrogación de su mirada.

La negrura reluciente del piano reflejaba como un espejo la hermosura decadente de Katty. Su fina nariz daba a su perfil una corrección impecable. Su cutis terso y sedoso, de una blancura ténue, perdía el encanto con la sonrisa o el dolor, porque se insi-

nuaban arrugas, huellas profundas de treinta y cuatro años de dolores íntimos. Solamente los ojos permanecían inalterables: negros, hermosos, con un extraño velo de misticidad. El cabello castaño oscuro se aplastaba en la nuca, con pereza. Y el cuerpo revelaba una plasticidad que empezaba a perderse, lentamente.

Al verse hermosa, su primer deseo fué reir. ¿Qué importaba todo aquello? Pero su mueca de ficticia alegría le descubrió, con

sus arrugas apenas perceptibles, la realidad poco grata. Se iban los años, se iba la vida, huía la juventud. Nadie más que una mujer hermosa que ha tenido por defensa única su hermosura, sabe lo que esta comprobación significa.

A Katty le parecía ayer no más su niñez, sus primeras ilusiones, su último desengaño. ¡Y estaba todo tan distante! Dos años atrás, — una insignificancia — entraba feliz, hermosamente feliz en el nido de amor que creyó eterno y que ahora lo sentía ageno. Terminó las danzas. Dió vueltas las hojas y empezó otras, sin importarle cuales. Quería pensar; a través de aquella distracción, volver los ojos al pasado y escudriñar el camino recorrido. Bien recordaba todos los pormenores de su vida. Hasta el día, la hora, el instante en que conoció a Alberto. Entonces. ¡Oh entonces!

*
* *

Dos largos años duraba ya aquella unión. Durante ellos amó intensamente a su acompañante. Por tercera vez volvía a encontrar la fe que la abandonara en horas de amargura. Fe en la vida; fe en sí misma, fe en el amor, fe en su porvenir tantas veces incierto. Y, poseedora de esa fe, creíase nacida para ese presente que la entusiasmaba. Su trayectoria anterior no existía. No existía tampoco el hado fatal que se interponía siempre en sus designios.

Inconscientemente había empezado a pecar siendo muy niña. Criada en la brutalidad de la miseria; debilmente defendida por una madre que llegaba a los treintaicinco años envilecida por los ultrajes de su marido, asintió a la invitación galante de un muchacho de su clase que resultó más villano que su padre.

Había creído siempre en las mujeres aseadas, tranquilas, buenas, como tantas que veía en el barrio obrero de Londres, donde naciera. Se creía predistinada a ser una de esas madres cuya felicidad está en los hijos rubios, gorditos, de ojos azules.

Pero su sueño no llegó nunca a ella. Sin voluntad, sin carácter, librada a la vida como esas cometas que vuelan al impulso del viento, siguió sin saber donde iba. Cuando al perdulario que la llevó lo mataron, se encontró en el fango sin saber como. Pero como sus ojos eran candorosos y su belleza escudo de su suerte, la elevaron; y pasó de mano en mano, hasta dar con señores nobles que la educaron a su manera. Con ellos aprendió a cantar, a tocar el piano, a vivir grandemente: pero siempre con un íntimo ensueño secreto. Ahora ya no eran las mujeres aseadas con hiji-

tos rubios, gorditos, su ideal; eran las mujeres buenas, elegantes, especie de hadas del hogar al servicio de un noble caballero.

Tuvo tres amores, a los cuales consagró sus ilusiones. Un joven aristócrata que un buen día desapareció; un pintor que la llevó a viajar y la plantó en Viena sin decirle las causas; y por último un militar, enemigo de su pueblo que se rió de ella, por eso, porque era enemigo de su pueblo.

Así rodó desengañada, liquidando el dinero que sus amantes habíanle dejado de voluntad. Entonces, unas amigas de esas que la existencia depara, le aconsejaron América. Y en América estaba. Y nunca más se hubiese acordado de quien había sido, ni de como había sido si esa mañana Juan Cruz Bustamante, quien desde su unión con Alberto no la dejaba en paz con sus pretensiones, no le hubiese revelado el secreto de las continuas tristezas de su amante: Alberto se casaba e iba a separarse de ella, porque su nueva vida honesta le impedía visitarla.

*
* *

Alberto Madariaga era un buen mozo, conocido entre el dandysmo de moda. Hijo de una familia distinguida y rica se creyó dueño de cuanto tocaba y veía al entrar en su juventud, aleccionado por el ejemplo de parientes, muchachos todos del gran mundo.

Cortó a mitad su carrera. Dividió sus obligaciones entre las fiestas sociales y la existencia galante. Se hizo jugador, se hizo bebedor... Aprendió el box para hacerse temible; alumno de todos los maestros de sports. Cometió barbaridades para despertar el entusiasmo entre sus camaradas, y se retiró al fin de los salones y del flirteo sin consecuencias, para vivir una vida propia de muchacho de rango, libre y ampliamente.

Pero así y todo su familia empezó a alarmarse, porque tiraba mandobles temibles contra la herencia común.

Con sorpresa de todos un buen día notaron que Alberto había cambiado. Más serio, más hombre, dispuesto a comulgar con la vida de familia, parecía otro.

El secreto de la transformación estaba en Katty. En su existencia apacible, en su amor constante, en toda su buena intención.

El padre de Alberto, el viejo Madariaga, espió la vida de su hijo para concluir de redimirlo y se enteró de los amores con la inglesa. Desde aquel día empezó un trabajo solapado y firme, con

ayuda de su familia, para librar al hijo de la "garra" de aquella mujer que significaba el único punto oscuro para su total redención.

Sin saber cómo ni porqué se encontró Alberto comprometido en matrimonio con la hija de un rico y aristocrático pariente, y no tuvo más que aprontarse para cumplir su palabra.

Intimamente no le disgustaba el partido.

Su novia, un *bibelot*, se merecía otra suerte. El lo comprendía, pero, aun cuando hubiese preferido no hacer caso de la red que lo envolvía, miró hacia el horizonte y vió claro su porvenir. La fortuna de su padre, del elegante viejo Madariaga mermaba, y.... había que ponerse a cubierto.

*
* *

Acababan de dar las once, cuando Katty, sencilla pero elegantemente vestida invitaba a su amante a salir de paseo.

Ocuparon el auto de Alberto. Hicieron el recorrido de la primera vez que salieron juntos. Pasaron por el Music Halls, y a la memoria de la pobre mujer acudieron todos los recuerdos.

... ...

Hacía apenas unos meses que había llegado de Nueva York. Las que con ella venían en el mismo vapor, amigas circunstanciales, la presentaron en el Music Halls de moda, pintándole con vivos colores y marcado optimismo la vida en el país. Nada les era extraño a ellas que se habían enriquecido tres veces en Buenos Aires. Como otras ocasiones, regresaban esta, pobres pero con el prestigio de una correría más por los grandes centros, las ruletas y los amantes nobles que siempre le quitaban las joyas.

—América es el gran continente — decíale una — y la Argentina el gran país. Pero hay que saber donde se pisa.

Y a raíz contaba su primer fracaso. Algo ingénua entonces, aunque se suponía muy "viva", aceptó los galanteos del primer hombre de fortuna que la cortejó, con la esperanza de poseer, en poco tiempo, sesenta mil francos que necesitaba para emprender su gran tren de catadora de millones. Sumisa, aparentemente enamorada, consintió el mal gusto de su amante, empeñado en exhibirla sin ningún chic por todas partes. Un buen día le recibió en su peinador, dispuesta a proceder de llena, y mientras él miraba extasiado su hermosa cabellera y seguía los finos dedos de la peinadora, díjole displicente: necesito de tí sesenta mil francos. ¿Puedes mandárme-

los luego? El amante ni siquiera se inmutó. Con la flema ver daderamente sajona, respondió que sí. Y ella tuvo un remordimien to: su petitorio hubiera debido ascender a cien mil, a cientocincuen ta mil...

Al día siguiente no la visitó el generoso amante. No la visita ran tampoco los sesenta mil francos, y, para solventar la deuda d hotel, contraída en su primer interesado idilio, tuvo que empeña sus alhajas. ¡Un éxito bárbaro!

Pero fué su primera y única lección.

A un viejo millonario de una mezquindad repugnante le arran có cuatrocientos mil pesos, en el término de un año, convenciéndo le que no le costaba un centavo. El auto y el hotel se los pagab ella. El viejo le facilitaba préstamos para especulaciones que siem pre fracasaban...; hacía uno que otro regalo, y compraba alhaja que ella prometía devolverlas cuando se disgustaran. Pero un bue día alzó el vuelo, dejando al viejo agonizante del disgusto.

Su segunda fortuna la levantó en combinación con un médic mediante una enfermedad imaginaria, que demandaba operacione viajes continuos, distracciones, ninguna contrariedad etc. Esa v fueron solamente cien mil pesos, porque no tenía más la víctima..

Las compañeras de la trágica mujer — una italianita menud graciosa e inconsciente. — reían a carcajadas de las aventuras.

Katty no decía nada. Le repugnaba irremediablemente aqu proceder. Traía ella un poco de dinero, y podría vivir tr bajando como lo había hecho otras veces. Nadie más que ella e contraba imposible esa vida extravagante de mujer del gran mund a que el destino la empujara siempre.

¿Por qué será que la vida se complace en burlar las plane los pensamientos y hasta la vocación de cada cuál?

Llegó al Casino, ensayó sus números de canto. Mujer q había vivido elegantemente y en un medio en que el arte es la úni cosa a la cual se le respeta, ignoraba otra música que la música di tinguida y otra canción que no fuese aquella del buen decir. L directores la oyeron con evidente disgusto, hablaron entre ellos, so rieron picarescamente y la aceptaron sin fijarle plazo de contrat retrasando el día del debuto para cuando aflojara el cartel. I asignación de diez pesos por noche le pareció a Katty aceptable, pe no bien se enteró que se trataba de dinero papel y comprobó la c restía de la vida para una mujer de su *categoría,* advirtió la desve taja enorme de su contrato.

Gastó muy pronto su dinero de reserva, de manera que cuand se acercó su debuto, ya tenía acreedores. El camino para solventa

su situación lo sabía de memoria. El relato de la fatal italiana, graciosa e inconsciente, la obsesionaba. Y no estaba ella hecha para esas cosas, a pesar de su vida.

*
* *

Rumureaba el público desde hacía una hora, con un buen humor atroz. El teatro pasaba por uno de esos buenos tiempos inolvidables para la gente alegre. La platea, totalmente ocupada por hombres del pueblo, muchachos empleados, viejos con deseos de distraerse a sus anchas, patotas pobres y forasteros idem. Los palcos atestados de "habitués", muchachos bien, damas empingorotadas, infelices mujeres con más sueño que deseos de reir, y artistas que habían cumplido "sú número". Aquí y allí uno que otro provinciano distinguido haciendo alarde de su dinero. Desde que se alzó la tela, una patota de colegiales escapados de la severidad paterna inició "la farra" con pataditas en el suelo y gritos a boca cerrada, ora acompañando las ridículas sonatas de la orquesta, ora los estribillos de las cantantes. Intervinieron dos o tres veces empleados del teatro para que cesara la broma presagiadora de escándalo, hasta que exasperada una de las mujeres blanco de las bromas, una polaca que cantaba en el Casino desde hacía años, provocando desórdenes, se encaró desde el escenario con los chicos, en un castellano imposible.

—Vayan a dormir, criaturas de Dios, que la mamá los estará esperando para acostarlos.

Y, como si hubiera sido una consigna, toda la sala rió a carcajadas, y se puso a silbar a la polaca.

El oficial de policía de servicio y un agente hicieron levantar de su asiento al más endemoniado de los chicos. Pero el público se puso de parte de la víctima.

—¡Qué lo dejen!

—¡Qué lo larguen!

—¡Afuera la policía!

Reapareció la polaca con sin igual desparpajo, pero no pudo cantar, tales eran las voces, los silbidos, el escándalo. Entonces, roja de indignación, hizo absurdas morisquetas, feos juegos con las manos y desapareció.

El empresario reía satisfecho. En el escándalo estaba su negocio. Para él valía más una cantante como la polaca, que sabía desencadenar tan terribles tempestades con su sola presencia y luego

indignarse hasta el punto de ella misma creer cierta su indignación, que cualquier número serio de primer orden.

El público ignoraba sus combinaciones y reía de sus ocurrencias y gozaba de su maldad, porque por maldad mortificaba y escandalizaba.

Ni empleados ni policía bastaron a sofocar los tumultos. Optaron por llamarse a sosiego, y el público se lanzó en un tren de sopilante alegría. Se burlaba hasta de los atrecistas. En esa tesitura encontró Katty a la "fiera" la noche de su debuto. Un miedo nunca sentido la embargaba. Si por ella hubiese sido hubiera huído lejos de aquel infierno, pero ¡cómo hacer! El hotel, la modista, la peinadora todos los acreedores suyos confiaban en su estreno, no en su triunfo, sino en el comienzo de su vida galante.

—Señoguita Katty... llamó el *régisseur,* despertándola de su sueño.

Salió luciendo un rico vestido de recepción, sin mirar la sala.

Los músicos estaban ya en la orquesta. Se acercó a las candilejas y miró de frente. Le pareció que todo el público se le echaba encima; que miles de ojos se le acercaban burlones, que miles de manos se estiraban para abofetearla.

El maestro pegaba con fuerza sobre la lata del atril para llamarla la atención, pero ella no le veía, ni atendía.

El público se impresionó de la belleza de Katty y cesó de gritar. Una mujer hermosa y elegante impone respeto. Katty no tenía esa belleza provocadora a que estaba acostumbrada aquella gente. Parecía una buena señora que se aprestaba a cantar en un concierto. La siguió con la vista, la desnudó, la escudrinó, la palpó e hizo silencio. Se oyeron bien los golpes de la batuta del maestro en la lata y el número de la canción.

Empezó la orquesta un triste y lánguido trozo de ópera que en aquel ambiente resultaba un parche inaguantable. Lo voz de Katty, muy propia de un salón, agradable y tierna, ni se oía casi en aquella sala enorme, entre los bronces de la orquesta, sonados con toda la fuerza imaginable. El público ni se rió ni atendió. Esperó a que terminara como si se hubiera producido un intervalo inesperado.

Un impaciente por continuar la batahola gritó al final de la segunda canción, un expresivo "¡qué lata!", que provocó risas aisladas y nada más.

El empresario oía horrorizado. ¡Sus cálculos, sus conocimientos, su ojo clínico fallaban!.. Katty, con esa planta de señora decente y ese repertorio de salón era un caso clavado de pateo. Con esa creencia le ajustó el contrato. La polaca estaba gastada, era me-

nester reemplazarla y nadie mejor que esta nueva, conociendo como él conocía las entrañas de su público, que reía de los contrastes y se burlaba de las más dolorosas tragedias íntimas que significaban todas esas mujeres que creían que aquello era un teatro y no un *Music Halls*.

Como una tromba entó en el escenario y llamó al camarín de Katty. El camarín de al lado pertenecía a una de las tres mujeres que la habían presentado a la empresa.

Katty se desvestía trémula aun por la emoción, pero creyendo que había salvado el peligro con relativa suerte, cuando oyó los golpes y la voz gangosa del empresario. Sin temor abrió, casi satisfecha. El francés — francés era el empresario — irrumpió colérico, agitando su enorme vientre.

—Señoguita. Usted no sigve paga mi casa. No vale nada. El

público no la ha tomado en cuenta... Vida, ánimo, cagadugismo, entiende, cagadugismo es lo que necesito.

Katty casi cayó desmayada. Esperaba una palabra de aliento y le llegaba...

Sin saber que contestar cubrió sus ojos con las manos y soltó un llanto nervioso, interminable. La cara apoplética del francés se suavizó súbitamente. Brillándole en sus ojos extraña llama reparó en el bello cuerpo casi desnudo de Katty, y acercándose a ella como una mole, la sacudió suave y melosamente.

—No hija; si yo no le digo que se vaya. Quédese. Pego eso si; más cagadugismo, ¿entiende?.. Usted sabe ¿no?

Y fué rodeándole el talle con su corto y redondo brazo.

—¡Vamos! ¿Usted comprendegá, ¿no?.. Y confíe en mi... Yo soy buen amigo.

Pero una risa desfachatada le hizo volver a su actitud primera. Miró a Katty que seguía llorando, recorrió el camarín y vió un ojo que espiaba por la cerradura. Era la vecina, que había oído la escena y se había acercado a ver como terminaba.

El francés nervioso, abrió la puerta y salió como una tromba. Cuando se perdió en el laberinto del escenario la vecina entró a consolar a Katty.

—No se aflija. ¡No es nada!.. Pero llévese de mi consejo; busque quien la acompañe. El respeto de un hombre es todo para esta gente y valoriza más a la mujer...

Katty había cesado de llorar y la miraba como si regresase de un país lejano.

—Yo le voy a presentar a un buen mozo. Al más bravo de los muchachos bien de acá. No se vaya. Espéreme y saldremos juntas. Nos vendrán a buscar.

Y cuando terminó la función, la vecina, la sacó del camarín y la presentó a un grupo de jóvenes distinguidos entre los que estaban Alberto Madariaga y su inseparable amigo Juan Cruz Bustamante.

*
* *

Treparon al auto de Madariaga, que él mismo manejaba para desgracia de las mujeres y alegría de la patota.

Entraron, después de un rodeo, por la Avenida Alvear y allí Alberto dió velocidad a la máquina como si quisiera ponerse a salvo de una persecución. Las súplicas, las imprecaciones y los insultos de las mujeres se oían en el asiento de la dirección, como un mur-

mullo. Katty, sentada junto a Alberto, no se atrevía ni a mover los labios. Por otro lado, el que había de ser su compañero no la miraba siquiera, aun cuando todo aquello lo hacía justamente para impresionarla.

Hubiera querido un desmayo, una escena de angustia y desesperación de aquella mujer romántica, y al no producirse ni el desmayo, ni la escena, creyéndose defraudado, no sabía si abandonar el propósito de atemorizarla para mostrarse magnánimo después, y ofrecerse en sus dos fases tantas veces probadas, la audacia fiera y la delicadeza más pulcra, o dejar que las cosas se produjeran por sí mismo. Pero un ansia de correr, de estrellarse contra algo, de sentir una sensación desconocida le hizo dar vuelta al volante y provocar un viraje cerrado. Un grito de angustia partió de todos los pechos. El coche se inclinó sobre las ruedas que sostenían la maniobra, y de no haber sido la velocidad hubiera volcado, aplastando la bullanguera carga. Dos amigos íntimos de Bustamante, que iban parados, cayeron de bruces sobre las mujeres; una de las portezuelas se abrió y volvió a cerrarse con fuerza, impulsada por la violencia de la marcha.

Alberto sonrió intimamente. Miró a su compañera que se había cubierto la cara con las manos y le anunció al oído: carrera de obstáculos. Con la velocidad máxima empezó el coche a trazár curvas alrededor de las calumnas de luz eléctrica alzadas en mitad de la avenida. Y avanzaba teniendo por campo las dos anchas calles. Los pocos autos que a esa hora corrían por ahí, se detenían junto a la vereda o trataban de ponerse a salvo de la posible catástrofe. Del bosque de Palermo se desprendió una patrulla de gendarmes a caballo para detener el conductor, y Alberto, después de hacerles cansar las caballerías, torció la dirección de la máquina, cruzó por entre sus perseguidores que le amenazaban iracundos, y se perdió en las tenebrosidades de una calle transversal.

Allí puso el auto a marcha normal, y, dándose vuelta dijo a Bustamante:

—¡Qué infelices han estado esta noche! Creí que al cruzar por entre los vigilantes iban a descargar al aire los revólvers...

Y encarándose con su compañera agregó:

—Me hubiese gustado una persecución cinematográfica.

Katty sonrió dolorosamente, y esa sonrisa de angustia, de ganas de gritar, de ansias de llorar, heló la sangre de Alberto. Hubiese preferido un insulto, un arañazo, algo a que estaba acostumbrado.

Se detuvieron en un café nocturno, especie de glorieta servida

por gente del norte de Europa. El patrón, al verles, dibujó en su rostro colorado e idiota, una mueca que quería significar satisfacción pero que no era otra cosa que temor. Aunque aquellos muchachos habían dejado en su casa buenos pesos, prefería que no viniesen. Una noche hasta descargaron un revólver en dirección al dormitorio de su mujer y su hijo, para verle palidecer.

De entrada no más, Bustamante dió con la mano abierta un golpe en la calva del pobre hombre, golpe que sonó como un chirlo, y lo llevó luego a un rincón obligándole, entre broma y broma, a reunir tres mesas y colocar ocho sillas alrededor de ellas.

Para aplacar los nervios puestos de punta por la carrera se pidió wisky para todos. Las mujeres, a excepción de Katty, protestaron ruidosamente, pero tuvieron qué beber a viva fuerza.

Katty, sin decir palabra, echó en el vaso de Alberto el contenido del suyo, dejándose apenas unas gotas que bebió con agua.

Alberto la miró extrañado.

No era Katty una mujer vulgar. No era merecedora del trato canallesco a que sometiran a las demás mujeres, y que, al final, rebajaba a ellos mismos.

Tuvo pues Alberto la visión clara del papel que jugaba en aquel momento y calló.

El champagne debía beberse en el Tigre, después de una cena entre el cesped, cerca del agua para, en un momento dado, bañar a la pareja menos escrupulosa.

Uno de los muchachos trazó un plan, en el que no faltaba desde la estación obligada en todos los cafés abiertos en el camino, hasta los golpes de box al primero que los mirase fijamente, y alguno que otro tiro al aire. Se lo rechazó por vulgar, y Bustamante propuso que las mujeres se vistiesen de hombre y viceversa.

Alberto, que no hablaba, se disgustó con todo, y con sorpresa general, impuso lo más tontamente ridículo para aquella gente: cenar allí no más, y en silencio, y regresar a poco de amanecido.

Katty le miró con agradecimiento tan sincero que Madariaga se notó otro, tanto que la infeliz mujer sintió hacia aquel hombre desorbitado, y desde ese instante, un afecto maternal, que nunca había sentido.

Fué esa la última de las noches de locura de Alberto. Renunció sin violencias a la patota y Katty, llena de orgullo por ese renunciamiento que a ella se debía, dióse entera a aquel cariño que le pareció, por eso mismo, eterno.

*
* *

Cuando al empresario le anunciaron los amores de Katty con Madariaga, y supo por boca de la interesada su retiro del Music Halls, reprimió una sonrisa y dibujó en su abotagado rostro, una mueca irónica. Sabía de la inconstancia de esos amores repentinos y estaba seguro: un día u otro volvería Katty a solicitar su ayuda y entonces... ¡Ah entonces! Al despedirla creyó de su deber infundirla confianza en su generosidad y le dijo:

—Ya sabe. Yo estoy siempre a sus órdenes. Véngame a ver cuando se encuentre sola...

¡Cuando se encuentre sola!

Sola se encontraba ahora, después de dos años de tranquilidad, de amor, de vida honesta... Sola y con una profunda tristeza en el alma.

¿Para qué había servido ella en la vida? Era un juguete del capricho de los hombres. Su gracia, su hermosura, su bondad, su falta de valor la habían hecho valedera en el mercado del amor pecaminoso. Pero si sus virtudes se fortalecían, su gracia y su hermosura iban despidiéndose de su existencia lentamente.

Su mal se agazapaba en sus treinta y cuatro años.

Rota otra vez su felicidad, su porvenir volvía a oscurecerse. Para vivir el resto de su vida ¿qué iba hacer?

Tres caminos le quedaban. Volver al Music Hall a servir de mofa y a conducirse en forma ignominiosa; aceptar a Juan Cruz Bustamante, que con la noticia del abandono de Alberto le ofreció su protección o irse a otro país para tentar fortuna...

Pero sentía que sus fuerzas morales la abandonaban. ¿A dónde iba ir que no la siguieran los recuerdos de su pasado, si pretendía hacer otra vida, que la que hasta el presente hiciera? ¿Era capaz de otra cosa? ¿Conocía otra existencia distinta?

... ...

Habían descendido en Palermo y paseaban callados, lejos cada uno del lugar en que se encontraban. Alberto empezaba a aburrirse.

Aquella vida con una amante "honesta" era una desgracia. Para eso la mujer propia, la esposa que se prometía para pronto; el bibelot que podría lucir en el gran mundo y distraer sus horas sin andarse escondiendo. Para "farrear" le sobraría después tiempo y dinero.

Pero el orgullo del dueño reaparecía en Alberto. ¿Quién se quedaría con Katty? ¿No iría después a arrepentirse de aquel abandono?

Terminantemente debía abandonarla. Era compromiso formal al padre, era la seguridad del propio hogar...

Katty había preparado a su amante para marido, y quizás íntimamente se hubiera alegrado de llegar a comprenderlo.

Daban la una cuando emprendieron el regreso. Cuatro o cinco palabras les bastaron para entenderse. Querían los dos aturdirse, reir, beber, y eligieron como punto propicio el cabaret de moda.

Corría el auto por el Buenos Aires nocturno que Alberto viviera toda su juventud turbulenta, y que tan bien le conocía, pero no se fijaba en él. De los autos a escape llegaban risas destempladas; de los cafés el ronquido de los "bandoleones", de la calle el pregón de los diarios de la noche.

En la puerta del cabaret, los chauffers imitaban los bailes de moda, aprovechando los ecos de la orquesta.

Era noche de gran concurrencia. A Madariaga, le recibieron los amigos con muestras de sorpresa y de agrado. Terminaban de bailar un tango y vió que de las antiguas amigas suyas quedaban muy pocas. Casi todas las mujeres eran muchachas jóvenes sacadas de los escritorios, de los almacenes y de la calle. A Katty, la radiante juventud de algunas la molestó, y la marchita juventud de otras la hizo mirarse al espejo con espanto.

Se sentaron a una mesa y bebieron champagne. Juan Cruz Bustamante que los había visto entrar, dejó su compañera y vino a ellos. Katty no pudo contener sus ansias de llorar y se llevó el pañuelo a los ojos, pero Alberto no vió, entretenido como estaba en conversar con un amigo. Entonces Bustamante, por la bajo, dijo a la mujer.

—Era verdad ¿nó? Estoy en mi noche. Yo soy el hombre que debe ser su compañero. No tengo familia ni compromisos; quiero descansar; quiero que me enseñe a ser hombre útil.

Katty soltó el llanto sin hacer caso del lugar. Felizmente sonó la orquesta. Se oyeron aplausos y pataleos, y Katty y Bustamante vieron que Alberto Madariaga volvía a bailar como en sus buenos tiempos.

Creció el bullicio a eso de las dos, pero fué una llamarada. La cara mustia de las mujeres que por obligación bailaban, y la estupidez de los hombres que por no poder alegrarse por sí se alcoholizaban, imprimieron en la sala un dejo de tristeza canalla, que in-

tensificaban los rezongos de los violines, y los ronquidos de los bandoleones.

Alberto bebía desesperadamente y Katty llenaba también su copa con precipitación, nerviosa, por olvidarse de todo.

Dos veces que Alberto abandonó la mesa, Bustamante volvió a preguntar a Katty.

—¿Qué piensa usted hacer?

Y las dos veces le respondió la mujer.

—No sé; irme... matarme... ¡qué se yo!

El último tango dejó en Alberto y Katty una impresión de hastío, una congoja rarísima. Se levantaron para irse.

Bustamante deslizó al oído de Katty.

—Mañana iré por su casa.

—Mañana no: otro día; después... espere...

—Pero...

—Por ¡favor!, déjeme siquiera llorar sola.

En el auto, Alberto apenas habló. Nervioso, molesto en un principio, terminó por quedarse cobardemente silencioso.

Katty hubiese dado la vida porque no le revelase sus propósitos, porque no se despidiese para siempre de ella: porque no le dijese: "No nos veremos más". Podía decirse que su voluntad había enmudecido a su amante.

Y cuando llegaron a la casa se apresuró a decir:

—No bajes; tendrás mañana demasiado que hacer. Estoy contenta de ti y de esta noche de alegría.

Alberto la miró hasta el fondo de sus ojos. Por primera vez la comprendió en su abnegación y en su delicadeza. Quiso replicar pero Katty le ofreció los labios. Y fué su último beso, un largo reproche, y una declaración única de todo el amor que no supo él hacer suyo.

Rechinaba el portón de hierro al impulso del brazo de Katty cuando el auto emprendía la marcha.

—Hasta mañana, dijo Alberto desde el coche.

—¡Hasta nunca! — respondió Katty perdiéndose en las tinieblas del zaguán.

Y cuando el ascensor se detuvo en el segundo piso, y vió su "nido", soltó el llanto que le apretaba la garganta hasta ahogarla.

*
* *

La luz del día iluminó la sala por los balcones dejados abierto la noche antes. El fresco del amanecer hería las carnes.

Katty se incorporó del sofá en que había pasado las dos últimas horas de la noche, y, cubriéndose el pecho con las manos se acercó a la luz.

Sus ojos cansados de llorar vieron elevarse el sol majestuoso, lentamente, y a la ciudad dormida que, herida por la claridad, movía sus músculos entumecidos y bostezaba por los zaguanes de las casas que empezaban a abrirse poco a poco.

*
* *

Tres meses después Juan Cruz Bustamante, luciendo un pijama de seda, ocupaba en la pequeña salita del apartamento de Katty, el sillón que ocupara Alberto la noche aquella de la despedida en que el dolor hizo a la mujer interpretar las páginas de Grieg.

Era tarde de domingo, y Bustamante, contrariando sus costumbres no había concurrido al hipódromo, prefiriendo encargar a su mejor amigo el "loco Vázquez", jugara fuerte por él. Quería con ello demostrar a Katty su amor a "la casita", ya que cuatro días antes, al pactar su alianza con la abandonada inglesa, había prometido reformar su vida que brindaba para siempre a quien tantos reparos pusiera para aceptarlo a su lado.

Katty silenciosamente contemplaba a su nuevo huésped, y su pensamiento volaba junto a su ingrato Alberto.

Bustamante u otro, ¿no hubiese sido lo mismo?

Intimamente se estremeció al pensarlo. ¡Pobre nuevo amigo que tan generosamente se ofrecía a protegerla en la vida!.. ¿No merecía siquiera un sentimiento de gratitud? ¿Qué era ella al fin y al cabo? Y, bien mirado, ¿no era ella misma la culpable de sus desventuras? Su cobardía, su inutilidad, ¿qué otra cosa qué aquella podían depararle? ¡Si hubiese encontrado antes el hombre leal, sincero, que recogiese su amor y se lo brindara en enseñanzas, en ejemplo, en virtud! ¡Oh, si! Todos habían sido injustos. Su mal no venía de ella solamente. En buena hora llegaba Bustamante al final de su azarosa existencia galante.

Le agradecía en el alma el sacrificio. Sería para con él como no había sido para con nadie. Su corazón desbordaba ternura; su espíritu de mujer buena, de mujer madre, extendía sin repudio sus alas protectoras.

Sonó el timbre de la puerta.

Bustamante consultó el reloj, miró a Katty que le contemplaba azorada como si le hubiese adivinado sus íntimos pensamientos, y dijo:

—Las seis. Han terminado las carreras. Debe ser el "loco Vázquez"...

Y, como para calmar el sobresalto de la mujer agregó.

—Un buen amigo que deseo presentarte... Ve a vestirte.

Katty sintió en todo su ser una zozobra que le impidió moverse.

Bustamante se incorporó nervioso. El "loco" — pensó — es capaz de cualquier disparate, y fijándose con energía en su amiga agregó sin poderse reprimir.

—Déjame solo, por unos segundos. Después te llamaré.

Katty obedeció; pero no bien Bustamante cruzó el vestíbulo, se acurrucó junto a los cortinados del recibimiento, impulsado por sabe que extraño celo.

Y, como una tromba entró el "loco Vázquez" en la sala. Bustamante le seguía ansioso.

—Tu dinero y el mío. Todo a "Can-Can"... que resultó un burro...

—¿Y?

—¿No me oís?.. ¡Un burro! Vengo furioso...

Se paseaba a trancos, sudando, gesticulando.

Con su talle ceñido, sus pantalones anchos y cortos, su cuello alto y su pecho salido, el "loco Vázquez" movía a risa.

Bustamante no pudo contenerse y echó a reir a carcajadas...

—¡Aja!... ¿Te reís? ¡Notable hermano, notable!

Pero como no cesara en su explosión de risa contenida quizás por la nerviosidad de la pérdida, el "loco Vázquez" echó a reir también y se olvidó de la "yetta".

Momentos después, cómicamente recorría la sala, el vestíbulo, el recibimiento, observándolo todo con aires de gratísima sorpresa. Al fin se acercó a Bustamante que le seguía sonriendo y exclamó.

—¡Qué "cotorro", hermano! ¡Qué "cotorro"! Esto vale lo menos... cuatro mil pesos... ¡qué bárbaro!

Y como recordando súbitamente algo agregó, con más fuerza.

—¡Qué bárbaro! Cuatro mil pesos a la calle. ¡Claro!... Porque a quien se lo vas a dejar. Supongo que no te llevarás todo esto a Europa.

Bustamante le cerró los labios con la mano.

—¡Chitt!

—¿Por qué?

—Que no te oiga.

—¿Quién?

—Ella.

—¡Ah! ¿es de ella?

—Me creais tan "sonso". Cuatro mil pesos no se tiran asi como así por un "programa" de despedida.

—Ah, pero entonces ¿te "espiantás", silenciosamente?

—Dentro de una semana. No me gustan las escenas trágicas.

—¡Sos un tigre hermano! ¡Sos un tigre!....

Rieron a pulmón lleno y sus risas apagaron el eco de un cuerpo que caía al suelo, como cualquier cosa que no tiene alma.

La cortina que ocultaba a Katty se movía como imponiendo silencio a aquellos hombres que reían bárbaramente.

F. DEFILIPPIS NOVOA.

—Me creais tan "sonso". Cuatro mil pesos no se tiran asi como así por un "programa" de despedida.

—Ah, pero entonces ¿te "espiantás", silenciosamente?

—Dentro de una semana. No me gustan las escenas trágicas.

—¡Sos un tigre hermano! ¡Sos un tigre!....

Rieron a pulmón lleno y sus risas apagaron el eco de un cuerpo que caía al suelo, como cualquier cosa que no tiene alma.

La cortina que ocultaba a Katty se movía como imponiendo silencio a aquellos hombres que reían bárbaramente.

F. DEFILIPPIS NOVOA.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 18 DE 1918 — TOMO I - N.º 11

La pipa del vagabundo

POR

Edmundo Montagne

Ilustraciones de HOHMANN

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.

El próximo martes publicará

PONCHOS Y LANZAS

del conocido escritor SANTIAGO MACIEL, autor de «Nativos». Ilustraciones de ROJAS.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.

El próximo martes publicará

PONCHOS Y LANZAS

del conocido escritor SANTIAGO MACIEL, autor de «Nativos». Ilustraciones de ROJAS.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 13. La Redentora. Lema: «Rainvew».
» 14. Los Ombúes. Lema: «Gaucho Robles».
» 15. Leandro Suárez. Lema: «Curupí».
» 16. El Carancho, Lema: «Zeo».
» 17. Pablito. Lema: «Juan de Dios».
» 18. La Mujer. Lema: «Génesis».
» 19. Fritz. Lema: «Lágrima».

En los números sucesivos se irán publicando los recibidos dentro de cada semana.

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 18 DE 1918 — TOMO I N.° 11

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

LA PIPA DEL VAGABUNDO

POR

EDMUNDO MONTAGNE

Ilustraciones de HOHMANN.

EL SURUBI

—¡Ahí está Abel! — dijo la moza viendo al Nuco, lanudo perro de aguas, salir a todo correr, saltar por sobre los troncos de sauce tumbados y meterse en el malezal.

—Le toma el olor de lejos, — respondió el viejo Telmo, que estaba atizando los rescoldos para preparar el fuego del medio día.

—O lo oye, tata, — corrigió Chalaja, dejando un montón de ropa esponjada y blanquísima sobre una silla retacona de ancho asiento.

Quedó Chalaja mirando al bosque, por donde se había ido el Nuco. Más allá, entre la agitación de los juncos y al fulgor de algún manchón de sol filtrado por el espeso ramaje, creyó ver aun al perro blanco y negro en uno de los ansiosos brincos de su carrera.

Los ojos azules de la moza quedaron abismando la mirada en aquel profundo cortinaje verde, suavemente mecido por la brisa. De pie, la cabeza levantada, las dos grandes trenzas de oro caídas a su espalda sobre la roja pañoleta cruzada en el pecho y sujeta en la esbelta cintura, Chalaja permaneció inmóvil, como una diosa que simbolizase la juventud, la firmeza y la esperanza.

¡Y a la verdad que podía ser una diosa, allí bajo la bóveda larga de quince metros y ancha de cinco que formaba el arco del viaducto donde don Telmo y su hija tenían su choza, desde que dejaron el Ranchito del Churrasquero, célebre un tiempo en la vieja estación del Retiro.

Cada arco del rojo camino de trenes que cruza el Bajo de Palermo, puede en efecto ser considerado la bóveda de un templete. En este caso, el tercero contando desde el puente de hierro bajo en el que va a morir la Avenida de las Palmeras, era allá por el primer año de terminado el viaducto, el templo de aquella deidad medio silvestre, la bella Chalaja, pues que reinaba ella en ese límite de ladrillo inglés y hierro puesto entre el bosque urbano de la aristocracia porteña y el salvaje e inmenso laberinto de sauces

que se mete en el río impidiendo la contemplación de sus ilimitadas aguas.

Don Telmo, chinazo, canoso ya pero ágil, se levantó del balde sobre cuyo fondo estaba sentado, y fué a traer leña de junta a la casa.

Después de mirar con sus ojazos de uvas negras en la misma dirección que Chalaja:

—¿Qué traerá hoy el Surubí? — preguntó, mientras comenzaba a acomodar leñitas sobre las brasas avivadas.

—¿No quedamos, tata, en que no le iba a decir más Surubí? — reconvino suavemente la moza.

—¡Jeh, jeh! A él, — repuso el viejo.

—¿A él?

—Sí, que a él no se lo diría; pero entre nosotros, qué más da, muchacha.

Don Telmo quedó riendo y pantallando el fuego. Era una imperiosa necesidad sentimental en él llamar a Abel Nazar Surubí. El apodo se lo había puesto la finada, que sabía ser algo chancera. Y esto último precisamente lo recordaba Chalaja, por lo que el sobrenombre causábale mal efecto. De modo que lo que motivaba el dulce recuerdo de doña Eufrasia para el viejo, era ligera molestia en esa delicadeza especial que nace con el cariño y que empezaba entonces a esparcirse en el alma de la moza.

—Además — agregó don Telmo — vos sabés que él no se ofende y que entre nosotros está hecho al apodo casi más que al propio apelativo.

—¿Hasta donde habrá ido el Nuco a buscarlo? — interrumpió la joven.

—Y hasta mirá, Chalaja, — continuó sin aflojar el viejo: — creo que él también, cuando lo llaman Surubí, trae con placer a la mente el recuerdo de la finada.

En tanto que Chalaja. seguía esperando con el alma entera a Nazar, don Telmo, a fuerza de evocación, tuvo un momento presente a la fallecida compañera. ¡Cuántas veces se entretuvo doña Eufrasia como él ahora en colocar las astillas. de sauce sobre las brasas reavivadas, al tiempo que él se las iba alcanzando! Con el mismo facón de monte y sobre el mismo poyo de ñandubay sobre el que esta mañana había hecho su ración diaria de rajillas, solía él hacharlas entonces para cada ocasión, con lo que se daba el gusto de estarse junto a su china que prepararía el mate o el almuerzo para los tres en menos de un periquete. Nadie como ella para aventar el humo y poderse estar cerca del fuego. Nadie como ella para comprender lo que él hablase, entre el hachar de su mano firme y el chisporrotear del fuego multiplicados con ecos y gran zumbido por aquella misma bóveda!

—¡Qué loco el Nuco! ¡Oígalo, tata!

La exclamación de Chalaja sacó al viejo de sus recuerdos y lo trajo a la realidad de su fuego a medio encender y de la llegaba de Abel Nazar, visita ésta que aunque era frecuente causaba en los habitantes de la choza y entre ellos al Nuco, la misma franca alegría.

El perro venía ladrando como nunca. Y por los ladridos, padre e hija se imaginaban los saltos que daría en derredor de Nazar.

¿Quién era Nazar, apodado el Surubí? y ¿por qué se le quería tanto en aquella extraña y mísera morada?

Lo sabremos desde luego.

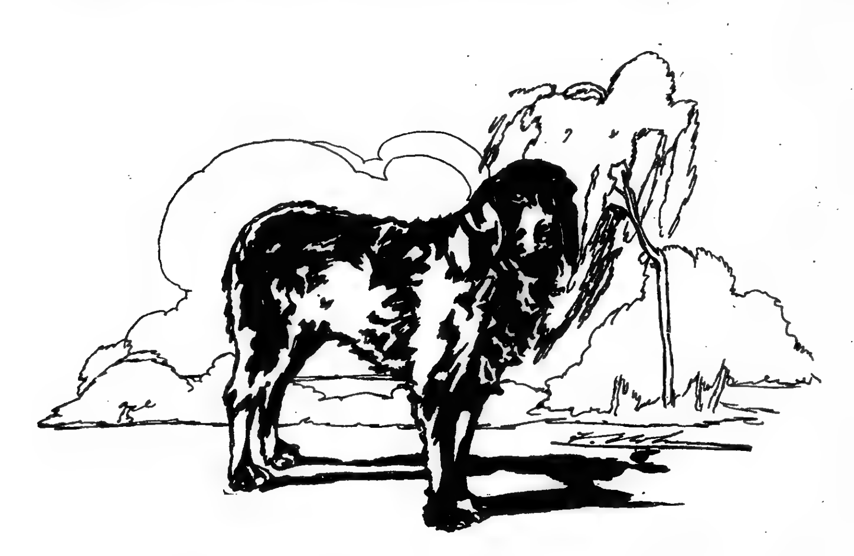
Años atrás, en tiempos que sucedieran los hechos de la singular historia que hemos comenzado a narrar, existía el muelle de las Catalinas, ese brazo de empalizada entrando algunas cuadras en la inmensidad del río y por el que arribaba al país, el carbón de Inglaterra y la arena y la piedra del Uruguay. Recordaba por su extructura el desaparecido Muelle de Pasajeros, y por eso lo frecuentaba uno que otro paseante nostálgico.

Al final del muelle, como un trazo negro sobre el agua bronceada y espejante se advertía el patacho cuyo nombre se ignoraba y que fondeado allí desde quién sabe cuándo, fué durante mucho tiempo algo así como un pontón.

En él moraba un compadre de don Telmo y hermanastro de la finada Eufrasia llamado Romualdo, hombre hecho a la intemperie, al trabajo de remos

y a las cargas y descargas. A su lado tenía a un mozo medio pariente, Abel Nazar, capataz de los hombres empleados en los trabajos dichos y una especie de capitán de la escuadrilla de lanchones con que esas tareas se realizaban.

Lejos de toda otra sociedad que no fuera la de subalternos, peones y tripulantes de los buques recalados, vivían Romualdo y Abel alojados cómoda y liberalmente en la barcaza anclada a veinte metros del muelle.



El ir y venir de las lanchas a veces hasta los mismos carros entrados al agua, el chirriar de los guinches, tal cual grito en lengua extraña, este o aquel incidente de la faena y uno que otro silbato esparcido en la infinitud todo ello envuelto en el rumor incesante del agua, constituía el mundo de visión y sonido en que aquellos hombres vivían.

Después del mate cocido que todas las tardes hacía Romualdo y tomaba con Abel en el patacho, el primero recorría el espinal cuyo cabo estaba atado en el muelle. Iba en una canoa que hacía mover a pala; levantaba el cordel, y, de un anzuelo sí y de otro nó, sacaba ya un lindo dorado, ya un surubí grandote de lomo negruzco, ya un bagre rezongón y jetudo, duro como él solo para morir. Guardaba un pez para la cena y los otros los daba a los peones, al atardecer, cuando Abel de regreso se ablucionaba medio cuerpo arriba, sacudía su cabeza para que se la secara el viento, y fresco y satisfecho de la tarea concluída, comía sobre cubierta el gran plato de guiso que le alargaba su patrón y compañero. Ambos hombres se quedaban viendo encenderse las luces de la ciudad y descender sobre ella magestuosa o sencillamente el astro del día.

Sólo algunos domingos no muy seguidos cambiaba en un todo la vida del pontonero y su amigo. Entonces veíase que al rayar el día dos personas avanzaban por el muelle silencioso y quieto, y una junta a la otra, con paso animado, llegaban hasta el final, donde en la escalera esperaba Abel para pasarlas al patacho. Eran don Telmo y su hija Chalaja.

mesa y en ella brillaban tazones, platos de lata y toscos vasos de vidrio, prontos a cualquiera de los menesteres del desayuno y del almuerzo.

Por toda esa vajilla había que temer algo cuando venía con sus amos el Nuco; pues que solían dejarlo en el muelle a propósito para que se fuera a nado hasta a bordo, donde una vez llegado se entregaba a sus corridas frenéticas y solía chocar con gentes y cosas, mojado como estaba y enceguecido de alegría.

En una de esas, llegó a tumbar la mesa con cuanto había encima.

¡Domingos de felicidad los escasos en que al viejo Telmo se le ocurría visitar al compadre!

—No he traído alfajores; — o sino, — he comprado naranjas, tío, — solía decir la moza a Romualdo, explicando el contenido de la canasta consabida.

—Aquí no hacen falta explicaciones. Cuanto vos hacés está bien, hijita.

El modo de ser callado de Romualdo desaparecía en esas ocasiones de expansión con el compadre. En cambio Abel se cortaba, siguiendo con rabo de ojo los movimientos de Chalaja, de quien le gustaba todo de un modo turbador y temeroso: los ojos, el modo de hablar, las grandes trenzas doradas, el cuerpo fornido y ágil y las resoluciones y prontos de su carácter franco.

Abel, criado hasta hacía poco en la ciudad, no había conocido nunca una mujer así. Lo mandaba a él como a un niño, tal vez para animarlo y curarlo de su cortedad, y lo trataba compañerilmente.

—Hoy lléveme en la barca Pintada.

O sinó.

—Tráigame una palangana de agua para hacer nadar estos pescaditos, — le mandaba al mozo. Y él, sin chistar, dominado de un gozo íntimo que era la misma gloria, hacía cuanto le pedía.

¡Cómo se transformaba entonces la cubierta de la vieja barcaza! Se tendía el toldo rojo y blanco; bajo de él, un mantel de cáñamo cubría la

Una vez que Chalaja deseaba pescar a la línea, fué Abel a buscar un bellísimo aparejo que a ese efecto esperado guardaba en su rincón, allá abajo en la cámara.

La muchacha le dijo antes de que se alejara:

—¡Si no viene pronto me descuelgo como hace usted!

En sus ojos azules le vió brillar Abel un deseo poderoso de travesura.

De vuelta, cuando subió con el aparejo y no halló en la borda a la moza, fué corriendo allá. Y como tampoco la viese en la barca donde pescaría y notó el agua agitada en remolino, comprendió por la soga en movimiento que queriendo descolgarse su amiga se había caído al agua.

—¡Chalaja! — gritó y descendió por la misma soga a la barca. Allí, en un segundo, se sacó la chaqueta y las alpargatas y arrojóse al río en profunda zambullida.

En el patacho, don Telmo y Romualdo que acudieron al grito, se entregaban a la desesperación. El pontonero entendía que cuantos más se arrojaban a salvar a un náufrago peor era, pues se corría la suerte de molestarse unos a otros dejando ahogar al hundido. Así es que impedía a duras penas que el viejo Telmo se echase también al agua.

Un borbollar incesante de la superficie indicaba la busca en que Abel estaba. Los viejos sabían que la profundidad del agua era mucha. Se ho-

rrorizaban por la duración de la zambullida, y luego por el aumento de la agitación burbujeante que indicaba la subida y que bien podía ser sola la de Abel que saliera a tomar aire!

¡Qué angustia la de los viejos!

¡Pero nó! Ahí vieron un brazo del mozo y la cabeza de la moza sin sentido. Sostuvo Abel una gran lucha en la superficie junto a la barca. Hasta ella se deslizó Romualdo y detrás el viejo, y ayudaron a levantar a

Chajala, cuyo peso era enorme, y la cual a los cuidados de los tres hombres estremecidos de pena, fué arrojando el agua de la boca y volviendo en sí.

Después de este suceso transcurrieron muchos domingos sin que el viejo barco pontonero se viese alegrado por la visita de Chalaja. Y no lo sería más. Lo había prohibido doña Eufrasia.

Los dos solitarios supieron esta disposición y tuvieron gran pesar. Hasta que Romualdo, que sospechaba un principio de querer por la joven, lo incitó y obligó a visitarla: al fin con ello no cumpliría sino un vivo deseo de la humilde cuanto querida familia del Bajo de Palermo.

Doña Eufrasia había mandado adrede a don Telmo para que se lo trajese. El joven se decidió al fin. Pero fué solo. Era un domingo, antes de medio día. En su Pintada, la lancha en que paseara antes a la moza, costeó el río, y al llegar a Palermo fué mirando al viaducto rojo asomado sobre el espeso sauzal, hasta que advirtió la estación 3 de Febrero, donde a poco de allí, debajo de un arco hallaría la choza de don Telmo, tan extraña como la linda mujer que en ella vivía y que había puesto en su espíritu, desde que la abrazara en el fondo de las aguas voraces, una indefinible turbación.

Como toda primer visita de un enamorado, tuvo la de Abel un pretexto, tanto más inocente cuanto que en ese caso era totalmente innecesario.

¿No le había rogado esa visita la misma doña Eufrasia que no lo conocía y además estaba agradecida de la bella acción con que les tenía devuelta de una segura pérdida a su único bien, su sola y hermosa hija?

Por lo mismo a doña Eufrasia zorrona como era, y recordando talvez su linda y lejana mocedad, le hizo gracia el pretexto: un surubí enorme que lo traía el mozo casi a la rastra. Abel recordaba que era un bocado preferido por don Telmo y por eso lo había llevado.

Explicaba esto en medio de la algarabia de Chalaja, el viejo y el Nuco. Y como se había descubierto y tenía el sombrero en una mano y el gran pez en la otra, no atinaba qué hacer para apretar la mano de doña Eufrasia que le salía al encuentro y a quién el tratarlo sentidamente agradecida de "salvador de Chalaja", no le impidió llamarlo desde entonces, con un dejo picaresco, el Surubí.

AMOR

—¡Se le llenarán las barbas de humo, tata, como dice usted!

—Debí prender afuera. Hoy está lindo para eso.

—No hay viento, don Telmo.

—Por lo mismo, se me queda aquí remolón y lerdo — significó el viejo siguiendo la alusión al humo, y agregó muy espontáneo: — Pero vaya nomás, amigo. El bosque está sin gente y ya no vendrá nadie.

Don Telmo invitada a Abel confiadamente a que paseara un rato con la moza, sabiendo que ese era su gusto, sobre todo cuando no se hallaba por ahí ningún grupo de gente merendona.

Abandonó Abel un par de rajas grandes de leña junto al viejo, acarició al perro ya sosegado, y trás un "¡hasta luego!" se fué a la espera de Chalaja que dejaba en la choza el montón de la ropa limpia y salía.

—Si quiere la ayudo a bajar la otra.

—No está seca todavía, — respondió ella al ofrecimiento de Nazar quien la seguía hasta la soga tendida de un árbol a otro entre viaducto y viaducto. Porque en efecto son dos los altos caminos para trenes, y corren ambos paralelos. La franja de pocos metros que los separa tiene también exuberante y silvestre vegetación. Allí, al descubierto, apartada por un lado de los ginetes aristocráticos que pasaban de vez en cuantdo, y por el otro distante de los inoportunos farristas llegados a veces con alguna excusa hasta la choza; protegida por los viaductos como por dos castillos, lavaba Chalaja en su batea, bajo un aliso, al canto de los pájaros cuya vida alta y alegre envidiaba, o envuelta de rato en rato por ese largo tronar de los trenes pasando allá arriba y que tan familiar se le había hecho.

—Continuaré en cambio torciendo y colgando esta otra.

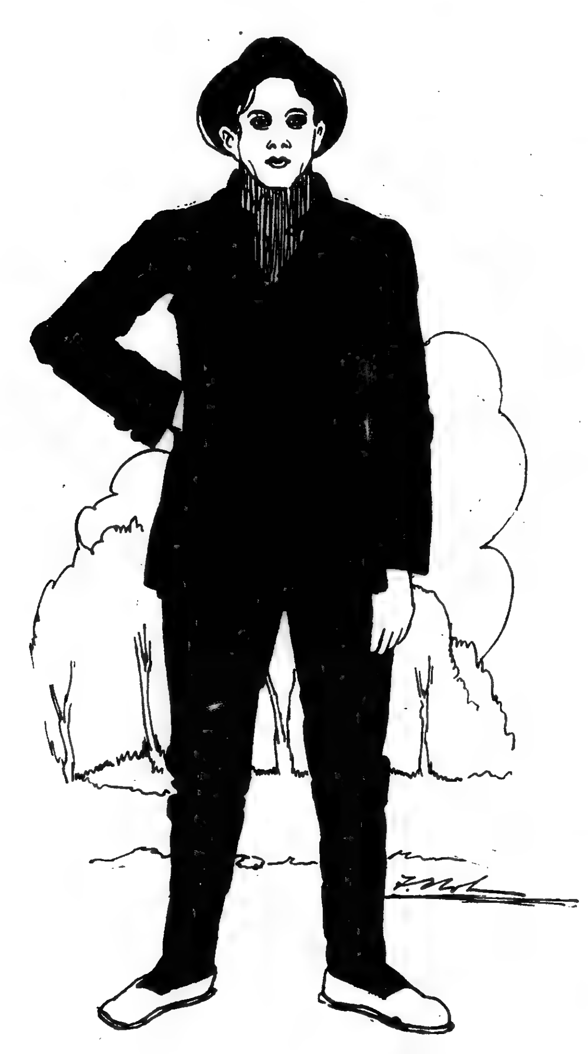
—También puedo darle una mano.

—¡Cómo nó, Abel!

—Torcida por los dos se secará más pronto.

Chalaja se sonrió, frente a su batea, apartando la primera pieza. Su sonrisa mostraba una dentadura blanquísima de plena salud.

Un dulce encanto y un suplicio a la vez era para Abel esa sonrisa que separaba los labios de la moza como después de gustar una fruta y los volvía a unir con la suavidad con que se prepara un beso, y todo ello en el momento de un segundo divino y enloquecedor.



—¡Se ve lo comedido que es cuando ya he dado el primer estrujón... sin ayuda!

Chalaja avisaba así a su compañero que había quedado mirándola y nada más.

En efecto los grandes ojos castaños del mozo no acababan de contemplar a la joven sobre cuya cara daba un rayo de sol purísimo venido a esa hora desde lo más alto de lo azul.

El mozo se echó el sombrero a la nuca y tomó el extremo de la pieza, que era una sábana.

—¡Ahora me lo quiero ver!

—¡Vaya, gran cosa! — repuso Abel.

Cada uno daba vueltas el lienzo de izquierda a derecha, y como estaba uno frente al otro batea por medio, torcíanlo fuertemente: con lo que el agua chorreaba y se enjugaba la pieza.

A veces se resbalaba y soltada de un extremo, perseseguido por las manos del que había aflojado,, mientras el otro reía como pillándolo en falta.

—¡Ha visto si es floja!

—¡Hágase el forzudo nomás! ¡Vea, se va a mojar la manga!

En una de esas las manos de Chalaja que perseguían entre el agua un

lienzo escurridizo como una anguila se encontraron con las de Abel que se las aprisionó.

Ella quiso esquivarlas; pero porque ya era tarde y tenía que forcejear, y luego por ver qué haría Abel, le dijo:

—Bueno, ¿no quiere dejarlas? ¡téngalas!

Y se quedó mirándolo. Y Abel también a ella.

—¿Me querés, Chalaja? — le preguntó dulce y serio, todo estremecido.

—¡Qué lo he de querar, zonzote! — le repuso la moza con una mirada profunda y enternecida que aseguraba su hondo cariño por aquel hombre.

—Que nó?....

—¡Mire, suélteme las manos! Para el cumpleaños de la muerte de mamá, se lo diré.

—¿Cuándo?.. ¡Cierto que es la semana próxima!

—¿Lo recuerda? — agregó Chalaja ya soltadas sus manos que alargaban un nuevo lienzo a medio torcer.

El amor y la muerte, dos sentimientos que van unidos, acaso porque la raíz de ambos sea una sola en el infinito, acallaron por un rato la jarana en la batea. Y ese momento fué de certidumbre y fe para los jóvenes, mucho más que el de un voto vehementemente expresado.

No era la primera vez que Abel la requería, aunque siempre en ratos como robados a una vigilancia que nadie ejercía sobre ellos.

¿Que nadie ejercía? Luego veremos que nó.

Mientras tendiera la ropa Chalaja volvió a alegrar la tarea. Abel traía una por una las piezas del bandejón; íbalas destorciendo y entregando a su amiga, quien las sujetaba en la soga con prendedores u horquilletas de madera.

Al fin movieron la gran caña tacuara que levantó todo el tendal: calzones, camisetas, calzoncillos y enaguas! Pronto el sol daría buena cuenta del agua allí embebida.

Chalaja batió palmas, Abel rió de excelente gana, y seguidos del Nuco que vino a buscarlos, entraron a la choza donde los esperaba un almuerzo frugal pero grato como ninguno, preparado por el viejo Telmo.

EL CAZADOR DE FAUNOS

Se entraba a la choza, que tenía un par de camas y una cómoda en medio de ellas, y en el rincón izquierdo se veía una mesa pequeña, una alacena, un banco para dos personas, un par de sillas: en una palabra, un comedor completo en menos de dos metros de espacio.

Padre, hija y visitante almorzaron allí su sopa de arroz y su plato de mojarras doradas por la fritura.

No bien terminaron, sin gustar su naranja se levantó el viejo. En la barba blanca y recia le había quedado una cáscara de pan que Chalaja le sacó.

—Gracias, mi hija, — dijo. Y fué a cuidar el fuego sobre el que se calentaba un tacho de agua.

—¿A que va a ver al Andariego? ¡Si lo conoceré yo a tata! — exclamó la moza.

—¿Qué cosas tendrá ese hombre con don Telmo? — preguntó Abel.

—Tampoco yo lo sé. ¡Y mire que son amigos de hace tiempo! Pero... yo no lo conozco.

—¿No conoce al Andariego?

—¡Cállese que viene tata! — Con su bella sonrisa la moza preguntó a don Telmo, cuando asomó: — ¿Vas a ver a tu amigo?

—Eso es. Estense con juicio. Ya vuelvo.

Don Telmo, siempre que se referían al Andariego, adoptaba una gravedad de la que él mismo no se daba cuenta. Sus palabras eran pocas. Se veía que trataba de alejar la alusión. Y esto había concluído por dar de qué pensar a Chalaja, que hasta no ser mujer consideró muy natural aquella amistad apartadiza.

—¡Dios me perdone, Abel! A veces he creído que el Andariego es un contrabandista.

—¡Chalaja, no piense eso! Ahora veo que de cierto no lo conoce!

—¡Claro! ¿No se lo he dicho? Cuando me meto en el bosque y anda por ahí, se aleja, así tenga en la manos los patos o los pescados que después dará a tata.

—Yo creí, Chalaja, que intimaba con todos desde el tiempo de la finada.

Abel quedó pensativo.

—Entre el sombrero echado a la cara y la barba negra, no le he visto más que la pipa. ¡Mire si sabré qué cara tiene! — concluyó la moza.

—¿Es posible? ¡La pipa! Por el hombre de la Pipa lo conocen en el muelle. Y yo lo tengo hablado más de una vez. Es persona pobre pero aseada. Llaman la atención sus botas, que nadie usa por acá pero él sí porque siempre anda en la orilla del río y entre los charcos del cañaveral. Pero lo que sobre todo no olvida nadie es su pipa.

—¡Tan blanca y linda, Abel!

—Es de espuma de mar y parece cada día más nueva.

Los jóvenes habían ido hasta el fogón con la rústica vajilla que lavaba ella y secaba él..

Frente a la boca de la bóveda que daba al bosque cruzaba a veces algún vago con su atadito o el guardia de seguridad al paso lento de su caballo. En sentido contrario había cruzado mucho antes un rondador tan singular como el Andariego aunque sin embargo nada estimado por muchos, sobre todo por Abel. Este rondador era Peñosa, hombre joven de mirar atravesado que hiciera lo indecible por granjearse la amistad de don Telmo, pero a quien éste tampoco tragaba.

No viendo a los enamorados cerca de la casucha, en aquel medio día Peñosa se atrevió a allegarse a don Telmo. Desde allí, al través del humo del fogón, descubrió en plena claridad a los amantes junto a la batea, precisamente en el momento en que tomados de las manos sentían en lo profundo de sus almas que se pertenecían para toda la vida.

Corroído en la entraña por el torcedor de fuego, llena la mente de ideas de venganza, se alejó el merodeador.

¿Quién era él? Es bueno saberlo; porque rara vez se tiene ocasión de advertir que en la existencia humana existen seres cuya depravación y mal instinto los lleva a desempeñar funciones como aquella en que se ocupaba

Peñosa. El aseguró siempre que su oficio dependía de la Administración del paseo, la cual tenía entonces su jefe en una casita aislada frente a la Venus de Morales. Pero nadie creyó jamás que la Administración tuviese parte en la infame ocupación de Peñosa, y hasta es de creer que la ignoraba. En cambio, algún guarda o vigilante coimero podría bien haberse pergeñado con él.

¿En qué consistía esa función?

Veamos. Por la mañana o por la tarde, a las horas en que los gustadores de la soledad agreste se atrevían a penetrar en el sauzal, Peñosa estaba ya instalado entre las malezas, detrás de un tronco o encaramado a un árbol. Allí permanecía como una fiera en acecho. No le importaba que transcurrieran dos, tres hasta cuatro horas sin que lograse la presa, que eran las parejas de enamorados. El las esperaba con una paciencia y un gusto anticipado de verdadero tigre. Y no transcurría día que no cayera alguna.

Mujer y hombre entraban en el bosque, y a medida que lo hacían, el andar juntos, el respirar con la misma fruición el frescor exitante de la cobijadora verdura, los iba entregando a la delicia sensual. Seguíalos Peñosa con la mirada ávida. No escapaban a su observación el abrazo, el largo rodar de la masculina mano palpando el deseado cuerpo, los estremecimientos por sutiles que fueran... Quien hubiese contemplado entonces al acechador habría visto que cuando la mujer se resistía o prudente y lenta buscaba sólo un lindo lugar en que merendar, ya este trebolar, ya un trecho lizo y despejado como una sala, ya el borde o puente del arroyo algo distante, la impaciencia tenía como azogado a Peñosa, obligándolo además a seguir a la pareja agazapado, yendo así de tronco en tronco, con la inquietud de ser visto. Pero tarde o temprano la pareja buscaba el malezal espeso y alto, luchaba un poco la mujer suspirosa al fin, y caía bajo la hombruna y ansiosa urgencia. El malezal se cerraba sobre ellos. Desaparecían. Y entonces rápidamente corría allí el acechador.

—¡Arréglense! — gritaba entre favorecedor y amenazante. — Vengan conmigo hasta la Administración. Allí tendrá que rendir cuentas — concluía particularizando con el hombre.

Ante el mal entrazado que así lo acusaba, protestaba el sorprendido. tratánbalo de malevo o bien queríasele ir encima para acogotarlo.

Pero la víctima del trance era la mujer, que bien saltaba a impedir la pelea o bien parecía desplomarse, pálida, horrorizada a la idea del escándalo

El malevo hablaba de moral pública, de Administración, y entonces el hombre, viendo sufrir a su compañera, e imposibilitado para otra cosa, largaba un par de pesos y asunto concluido.

Peñosa vivía y gozaba de ese infame y raro modo. Y como operaba en las inmediaciones de la choza donde vivía la mujer por quien se escocía de negros y criminales celos, esperó muchas veces y asimismo esa tarde, a que su rival, más afortunado que él, apartase a la moza bosque adentro e hiciese lo que todos.

¿Cuál era la venganza que para ese caso imaginara?

Sea cual fuere, la imaginó en vano. Vió regresar al viejo don Telmo. Este miró al árbol donde estaba Peñosa. Si lo vió, no lo sebemos. El cazador de faunos tenía traje color tronco de sauce. Se estremeció allá arriba. Luego, pasado el sobresalto, brilló otra vez en su mente la insana esperan-

za. ¡Quizá saldrían, ahora que el viejo estaba de vuelta! Y en efecto, salieron; pero a los pocos pasos, bajo el primer sauce se despidió Chalaja. Fué dándose vuelta y saludó Abel, pasó debajo de Peñosa, y entonces éste lo siguió con tan cortante y fija mirada y en tan agresiva actitud que se hubiese dicho se iba a lanzar a perseguirlo, pronto al asalto.

No lo hizo.

El Nuco, festivo como siempre, seguía a Abel Nazar, caracoleando y dando brincos al través de espadañas floridas y flexibles juncos.

UN HOMBRE A TIEMPO

Tres días después de lo que tenemos referido se produjeron sucesos de siniestro augurio para los habitantes de la choza. Sin duda existían quienes envidiaban aquella vida medio silvestre, por lo mismo que era de una felicidad tanto más completa cuanto ignorada por el mundo.

Un espejito con marco de plata labrada, regalo antiguo del protector Paublet, de quien se solía hablar con respeto en la casa, se vió de pronto quebrado sin saberse cómo. El perro, el cariñoso Nuco, miembro de la familia, amigo y guardián, había sido talvez cazado a lazo y ahogado en el río con una piedra al cuello, porque, pensaba don Telmo, mientras consolaba con la esperanza a Chalaja, de otro modo no podía concebirse la repentina desaparición del amado animal. Por último, una noche a altas horas la joven, que fuera a buscar algo junto al fogón, volvió atropellando la puerta, arrebatada de espanto, y abrazó temblorosa al anciano. Había visto, decía, a un hombre. Y su miedo en tal caso no se explicaba sino por la exitación recelosa y el pesar que le causara la pérdida del Nuco; pues Chalaja sabía bien echar a los vagos, dar comida a algún menesteroso y convencer a los atorrantes de que debían guarecerse del quinto arco en adelante, detrás del talud, si no querían ser perseguidos por el guardabosque.

—¡Estaba dentro de la bóveda, tata! ¡Zumba todavía el eco de sus pasos! — había agregado Chalaja.

Entonces el viejo después de acariciar a su hija salió aquella noche a mirar hacia el bosque. El silbato extendido y el acompasado resoplar anunció al tren retrasado que sin hacer estación tronó largamente al pasar sobre el viaducto estremeciendo la choza. Esta pareció llenarse de una noble intimidad humana tan vigorosa como súbita que bastó a reconfortar el ánimo de la moza mientras esperó a don Telmo.

Este estuvo al rato de vuelta, con muestras en su paso y en su cara de la mayor tranquilidad.

Tenía por qué estar más tranquilo. Calmó a Chalaja y, en silencio ambos, se cerraron en la choza.

El viejo puso debajo de su almohada algo que hasta ese momento no se conociera en la choza: un revólver.

—De hoy en adelante éste será el Nuco. ¡Ojalá, sin embargo, que no tenga que hacerlo ladrar!

Sabedores el tío Romualdo y Abel de la pérdida del perro, temieron

grandemente por la seguridad de sus amos. Así es que el joven se apresuró a verlos.

Al siguiente día de la zozobra nocturna apareció pues Abel en hora

ya avanzada. La tarde estaba cargada de nubarrones y era sofocante en extremo.

—Los sauces ni se mueven, don Telmo.

—Es lo que le decía a Chalaja.

Esta advirtió dirigiéndose a Abel:

—¿Por eso vino en el tren?

—Por eso y por la hora.

Pero la moza comprendió que había un cuidado especial en esa visita inesperada.

—No pude atraerlo con mi pensamiento—pensaba,—pues temo por él.

Y a la verdad, si no había venido por el bajo, costeándolo con su Pintada, debíase a distinta razón.

La última vez que estuviera a verlos, cuando seguido del lamentado Nuco llegó a su lancha, halló al Andariego que lo esperaba sentado en una tosca.

—Se la estoy cuidando, — le dijo. Y, embarcado con él le refirió que un sujeto había pretendido desamarrarla. El tal tenía trazas de malhechor.

—Lo conozco — repuso Abel sospechando de Peñosa.

Y ahora que Chalaja salía a calentar agua, el mozo y el viejo que quedaron en la choza cambiaban apresuradamente este diálogo:

—¿Quiere que yo me quede?

—Gracias, hijo. Vea esto. — Y don Telmo le enseñó el revólver.

—Nada me costaría estarme sin embargo como de guardia, ahí en la bóveda, junto al fuego si acaso.

—Se allegarían el sargento y el guarda a preguntar si hay enfermos. Además, llevo como veinte años de vida apartada y nunca me ha pasado por eso cosa de lamentar.

—Sin embargo... esto no puede continuar, don Telmo. Allí tiene el patacho. Don Romualdo me dice que se enojará si por fin no acepta irse con él. Me recomendó especialmente una cosa: — Dígale a mi compadre que piense en Chalaja.

—Tengo una razón muy seria para no ir con Romualdo, y no es la de la caída de Chalaja al agua.

—¿Cuál puede ser entonces? — preguntó con cierta impaciencia el mozo, sin apartar su mirada de la cara extrañamente reflexiva del viejo.

—Que esta vez bebo de decidirme por lo que le tengo dicho muchas veces.

—¿Ir a vivir en lo del doctor Paublet, su protector?

—Eso es, amigo: en lo de don Gastón.

Abel pensó en ese señor tan poderoso que no conocía pero cuya lujosa mansión recorriera algunas tardes con Chalaja y el viejo. Tuvo aprensión, algo, como celos y hasta temor de otro orden, en su afán de compartir con el viejo el amparo de la moza.

—No tenga cuidado, amigo, — le aseguró don Telmo, comprendiéndolo. — Yo le prometo que contrariamente a lo que de él piensa, usted mismo hallará en el doctor una ayuda desinteresada y firme en todos sus deseos.

—¿En todos? — preguntó significativamente el joven.

—En todos. ¡Qué Surubí éste! — terminó hábilmente el viejo cuando Chalaja, volvía con la pava y el mate cebado que brindó al visitante preguntando:

—¿Oyen las primeras gotas?

—Viento del Este, agua como peste, — sentenció don Telmo, escuchando llover.

—Ahora se ha levantado algo y se lleva el humo siquiera, — contestó Chalaja por el viento — ¡Pero esa luz parece el candil de las ánimas! — agregó por la lámpara mal encendida y para distraer a padre y visitante a quienes suponía abrumados por la pena y el enigma de la desaparición del Nuco. Y pasando la llama a una vela, alimentó la lámpara y la volvió a prender, con lo que tuvo que ir a buscar ceniza para limpiarse las manos.

Vuelta al fogón, vió que arreciaba la lluvia y que un hombre cruzaba el bosque y venía a guarecerse bajo el arco vecino. Reconoció en él a Peñosa, que la perseguía a pesar de sus negativas. Pensando en la cara de su perseguidor y en que él podía ser el matador del Nuco y el hombre de la noche pasada, un sentimiento mezcla de miedo, repulsión y coraje la sacudió e instintivamente se volvió buscando el facón de monte que siempre estaba por ahí.

Mientras tanto el viejo y el joven hablaban adentro.

—¿Y ese revólver lo pidió al sargento?

—Me lo dió el Andariego, anoche. Me estuvo esperando hasta que pasó el último tren.

Un nuevo motivo de cavilación fué para Abel ese regalo del Hombre de la Pipa, a quien a pesar de su vaga y misteriosa existencia quería y admiraba por la desenvoltura de sus ademanes, el mirar abierto cuando levantaba su chambergo y el acento cálido de su voz.

—De mí se ha hecho amigazo. Tras antiayer fué en mi Pintada hasta el muelle y se volvió en el último carro arenero.

—¡Sencillo el hombre! — concluyó don Telmo, recibiendo del mozo un mate.

Mientras cenaron fiambres y frutas que trajo Abel, muchas veces se miraron aquellos tres seres a la cara y hubieran revelado las mismas sospechas, idénticos temores si se hubiesen dicho lo que sentían. Pero hay un pudor de lo ignorado y un respeto a lo trágico que impide hablar en esos casos. Para disimularse mejor sus interiores, no hablaron una vez tan sólo del Nuco, aunque a cada momento notaban la falta del dulce roce de su cuerpo en las piernas, su levantada de ojos y el gruñidito lloroso de cariño o los callados y vigilantes paseos que hacía en derredor de la casucha, por toda aquella amplia, sonante y oscura sala de la bóveda.

Hora avanzada de la noche halló a los hombres jugando al naipe mientras Chalaja cosía. Los truenos lejanos, hermanos caprichosos del estrépito del tren, parecían trocar su bronca solemnidad por la voz de una funesta amenaza. Se arremolinaba el viento furioso en el bosque y aullaba en el viaducto. Desde allá abajo, sombrías y rampantes, iban avanzando las aguas inmensas del río.

Abel, de pie, se ajustaba su engomado al que le faltaba la capucha. Chalaja le ofrecía una riendo porque era larga y resultaría un impermeable sobre otro.

—Entonces me la pongo yo, — dijo al no quererla Abel.

Los hombres lo tomaron por una simple gracia con que la generosidad de Chalaja quería aliviar la angustia común de esos días. Pero la moza, cuando se marchaba la visita, no se detuvo en la entrada del arco que daba al descubierto frente al otro viaducto, sino que avanzó bajo la lluvia siguiendo a Abel. El viejo se dijo que se despedirían en el otro arco. Así fué.

Aquella brava moza que no se dejara besar por su amado hasta entonces, le entregó en su boca toda su pasión, y rogó en seguida:

—¡Dios mío! ¡No venga con noches así!

—¡Chalaja! — repuso Abel movido de gratitud desde el fondo de su alma.

—¡Se le va a ir el tren!

Saltando sobre los charcos el joven partió. Don Telmo recorría la bóveda y se dirigía en busca de su hija. Esta, en medio del descubierto, la mirada clavada en la noche, vió que una sombra, una cosa fatal, un hombre, salido como del último árbol, se lanzaba sobre su amado. Corrió gritando "¡Abel!", facón en alto. Y ya descargaba el arma sobre Peñosa, que era el malhechor, cuando como de un salto y rugiendo "¡es mío!", un hombre fornido lo había abrazado y revolvía en el barro, y, con ayuda de Abel, le ataba las manos por detrás, lo amordazaba con el propio chambergo y concluía ligándolo hasta los pies.

Un relámpago largo como el ancho cielo iluminó repetidas veces la escena.

—¡Ah, bandido! — exclamaba el viejo estremecido por haber estado a punto de descargar el revólver sobre el grupo.

El Andariego que era el imprevisto partidario se incorporó y vió puestos en los suyos los ojos asombrados de Chalaja, la cual, crispada aun de coraje, permanecía con la vieja arma ensangrentada en la diestra.

El rayo anunciado por los relámpagos se descargó entonces como rajando cielo y tierra. Causó magnífico pavor en los cuatro amigos, mientras al último de sus lampos brillaba de crimen e impotencia la mirada del maniatado tendido en tierra cara arriba.

Con una gran tranquilidad, talvez para infundirla en los demás, desprendió el Andariego su larga humada de la pipa que no había dejado de morder.

—Cada uno por su lado. Este es asunto mío, — dijo cargando al facineroso y desapareciendo con él debajo del primer arco, como tragado por la tiniebla absoluta.

—¡Yo herí! ¿A quién herí?

—Eso no es nada, — objetó Abel.

—¡Venga mi hija! — dijo el viejo.

Abel quitó el facón a la moza, lo enterró varias veces en el barro ensopado de lluvia y se lo devolvió a don Telmo. Este le dijo:

—¡Agarre! — alargándole el revólver y agregando: — Ya no lo preciso.

Y como no lo agarraba:

—Entonces volvámonos todos, — concluyó la joven.

Pero Abel tomó el revólver y se fué rozando el viaducto.

Abrazada por el viejo la moza ganaba la casucha que el tren que llevaría a Abel llenaba en ese instante de estremecimientos los cuales le pareció esta vez a Chalaja que se aumentaban con los latidos brutales de su corazón.

LA PIPA DEJADA

El Andariego, con su presa a cuestas, fué a través de la noche, la tormenta y el bosque buscando un sitio en la parte derecha, un lugar determinado allí donde el laberito de troncos, frondas y aspadañas hacen aquel lugar infrecuentable aun para los vagos.

Allí, al día siguiente, bastante avanzada la mañana lluviosa aun, halló la policía a Peñosa ligado a un árbol. Bajo los sogas que lo ataban, ostentaba en el pecho un cartón con este letrero: "Yo, Juan Peñosa, fuí quien mató a Mis Rooth, junto a este árbol, con esta misma cachiporra".

Debajo del letrero tenía de través la terrible arma nombrada, que levantó para descargar sobre la cabeza de Abel.

Pero un detalle sugestivo concluía el patente y extraño cuadro de revelación del viejo crimen a que se refería el letrero: era una linda pipa blanca caída al pie del árbol.

Y aunque nada tenía que ver con dicho crimen, como creyó al pronto la comisaría de investigaciones, revelaba en cambio esa pipa en medio de aquel horor, un rasgo delicado del Andariego. Por ese medio no se molestaría a nadie; en cuanto a él, que lo buscasen.

HUYENDO DE SUS PROPIOS MERITOS

Eso es lo que pensó un empleado de policía, después de interrogar al guardabosque y al agente de ronda respecto del Andariego de quien se reconoció era la pipa.

—Ya que es como estos dicen, parece un hombre que huye de sus propios méritos.

Hubiese avanzado en su conjetura un poco más y en la certidumbre de que no se trataba de un malevo, hubiese dado con la causa por la cual huía el Hombre de la Pipa.

La primera investigación policial llegó hasta la casucha. Allí no adelantó gran cosa. En cambio dejó en poder de Chalaja, inteligente y audaz, una noticia que la sacudió de pies a cabeza. ¡Peñosa no estaba herido! ¿Era eso posible? Su instinto de seguridad quiso de repente contentarla, pero la idea de haber dado con el arma en el Andariego le nubló por un momento la vista y tuvo que apoyarse en la choza.

Don Telmo a su vez aprovechó la ocasión y avisó al empleado que se mudaría a la casa del doctor don Gastón Paublet. El sargento terció y dijo que en efecto hacía tiempo que el vecino prometía irse allí.

—Después de lo sucedido... — explicaba el viejo.

—Sí pues. Sólo por capricho se puede vivir así, — concluyó pretencioso el empleado sintiendo en el fondo que no continuasen en aquel lugar después de haber descubierto a Chalaja cuya belleza y desenvoltura le entreveraron los alardes en que abundaba en esos casos.

Ya que el Hombre de la Pipa huía de sus méritos, éstos se los apropió la policía. La prensa de Buenos Aires elogió la caza del criminal y recordó con todos los pormenores el hecho de años atrás. Mis Rooth, pintora inglesa, solía plantar su caballete bajo el árbol que sirvió de picota a Peñosa. Este malevo fué el instrumento de una vieja cuestión familiar y vendió su cachiporra a buen precio. Trabajo costó a la oficina de investigaciones el comprobarlo cabalmente; pero lo pudo al fin. El malhechor viéndose perdido quiso comprometer siquiera el sosiego de los otros y hasta el de Chalaja cuyo apasionado beso dado a su rival en las tinieblas del viaducto, lo arrojara a operar tan desatinadamente. Dijo que su apresamiento se debía a un delito sin relación con la muerte de Mis Rooth en que estaban comprometidas las gentes de la choza y el Andariego, que la sangre que se veía en sus ropas procedía de una terrible cuchillada dada al último por la moza o por su amante, cosa que él, Peñosa, quiso impedir. Todo esto motivó pesquisas tardías y de cualquier modo inncesarias por lo que luego se comprenderá. El artero malhechor no tuvo en cuenta la inmediata contradición de esos datos con el hecho de aquella pipa reconocida como del Andariego y visiblemente dejada para testimonio de absoluta responsabilidad.

¿Responsabilidad absoluta?

De la captura de Peñosa, sin ninguna duda. Pero ésta no anulaba la posibilidad de otros sucesos, como talvez una lucha para impedir dicha captura.

¿Entre quiénes? Y ¿por qué?

UNA NOVEDAD EN LA "HAUTE"

Cierto que aquel jardín y sobre todo aquel trozo de barranca agreste que daba al estuario no se diferenciaban en mucho del bosque de Palermo. Pero del salvaje sauzal y de la choza escondida bajo el viaducto fué Chalaja positivamente la reina. ¿Podía decir lo mismo del lugar en que ahora se hallaba, protegido de un lado por el caserón regio en el que paseaba como un duende el mayordomo entre aburrido y pensativo, y del otro por el río igual a un mar, sobre el que ascendia todas las mañanas el sol como una renovada maravilla?

—Podemos estar aquí a nuestro antojo, Chalaja, — le decía el viejo queriéndola conformar.

En la rocalla del jardín, cuyo hueco era una gruta tan habitable que hasta se podía artesonar y alfombrar, pusieron sus muebles don Telmo y la moza. Allí moraban con alguna mayor amplitud que en la choza dejada al guardabosque en pago de ciertas deudas.

Pero si intrigó antes a la joven la soledad de la casa del doctor Paublet, aquel antiguo protector de su padre desde el tiempo en que doña Eufrasia vivía, más le dió de que pensar ahora. El viejo le aseguraba que don Gastón regresaría de su largo viaje en esos días. Y constituía ello un nuevo motivo de inquietud en Chalaja, la que no había querido recorrer como tantas veces lo hiciera las suntuosas habitaciones donde lo único que siempre le había impresionado agradablemente era un retrato de un niño expresivo en su traje de marinero: el doctor Paublet cuando pequeño, según se le dijo.

Iban transcurridos cinco días de cavilaciones y agitados y discordes sentires para la bella hija de don Telmo desde aquel en que la policía le hiciera saber que el Andariego estaba herido. Abel fué llamado ante el juez de instrucción, e ignoraba ella qué había confesado; pero el hecho era que el mozo la visitaba día tras día, trayéndole noticias del herido el cual se curaba en el Hospital de Clínicas.

¿Ignoraba la autoridad el paradero de ese hombre?

Tampoco lo pudo saber Chalaja. Sea el quien fuere, después de haberlo visto bien por primera vez a la luz de los relámpagos, cuando terminaba la labor de aquella noche terrible, y sobre todo sabedora de que lo había herido con el viejo facón, sintió por él franca simpatía, tanto como prevención contra el amo siempre ausente de aquella casa de la que no se avenía a depender en ninguna forma, talvez por recelo de clase, acaso por orgullo, o por ambas cosas a la vez. Sentía hacia el señor Paublet algo de lo que la mortificaba cuando veía pasar al trote inglés a una amazona allá en la avenida boscosa de Casares junto al primer viaducto.

—Te convencerás de lo contrario, muchacha, — concluía por afirmar el viejo, temblorosa su barba cana, la tarde en que los dos en la gruta departían sobre esas cosas pasándose unos mates como lo hicieran siempre.

Esperaban a Abel que vendría con el Andariego.

—¿A esconderlo? — preguntó al anciano la moza, sacudida quizá por el temor, pero incuestionablemente por el intenso placer secreto de poderlo amparar. Le estaba agradecida de una protección hacia el amado que no había

sido pedida. Y además, aquel hombre no pertenecía a ese mundo extraño de los ricos que la desconcertaba, sino que era como ellos.

—¡Dios mío si lo reconocieran mientras viene del hospital aquí!

El viejo quedó sumido en un hondo pensamiento gravísimo. Chalaja presintió que ese pensamiento, cuyo peso sentía sobre su alma, encerraba todo el misterio de su vida. Muchas veces había sorprendido al viejo en esa actitud. Sensible y colmada de angustiosas dudas como estaba:

—¡Tata, tatita! — exclamó con un gran sollozo, arrojándose en sus brazos. — ¡Usted lo sabe todo!

—¡Vaya, no sea así, cálmese! — le dijo en ese "usted" de ternura y respeto al que solía recurrir.

El viejo acarició la cabeza de la joven afiebrada bajo la espléndida cabellera de oro. Dejó que se desahogara llorando y le dijo:

—Oiga. Escúcheme con atención, Chalaja. Recuerde... Recuerde el cuento de la mujer rica que no quiso ser sencilla junto al señor su esposo. ¿No se lo tuvo contado tantas veces la finada? ¡Dios la tenga en santa paz! Bueno. Esa mujer caprichosa se perdió; la infiel quién sabe qué rumbos tomó ni qué suerte tuvo; su mismo esposo, el doctor Paublet, lo ignora. Pero la hija de aquel desdichado matrimonio fué un delicado asunto de conciencia para don Gastón. El deseaba que en el caso, Dios libre y guarde, que aquella hija llegase a perderse, se hiciera mala en la franqueza y nó en la falsedad, porque decía que la mentira moraba en el gran mundo. Y deseó entonces que su hija fuese salvaje, lo más posible... lo más posible...

El viejo dejó el relato significativamente en suspenso.

La moza levantó la cabeza, se pasó la mano por la frente como si se arrancara un velo, y próxima a estallar en un arrebato incontenible de locura, gritó:

—¡Yo! ¡Yo la hija del doctor Paublet!

Mujer al fin, pensó que aquel hombre había sido cruel con su esposa, y exclamó:

—¡Oh, mi madre, mi madre! ¡yo quisiera conocer a mi madre! — rompiendo en un nuevo sollozo.

—¡Sosiéguese, Chalaja! — endulzó el viejo, lacerado por el deber de tener que revelar a la moza su enigmático origen, aunque consolado con la idea de que de un momento a otro estaría allí don Gastón.

Y, en efecto, el viejo oyó abrir la puerta del jardín que daba al camino y vió avanzar a quien esperaba.

La moza se enjugó a medias el llanto, se incorporó repentinamente y miró también hacia allí.

—¡Abel... Abel y... ese señor!

—Has dicho ese señor ¿ves?

—¡El Andariego, tata!

—¡Chalaja, Chalajita! ¡Tan Andariego es él como tu Abel es Surubí. Si le has dicho ese señor, por algo es, hija; por eso que me falta decirte!—¡balbució temblando y con lágrimas en los ojos el pobre viejo, concluyendo: — ¡El Andariego y el doctor tu padre, son una sola persona!

La moza vió que el río, el jardín, el caserón desaparecieron y volvieron a aparecer en su mente alternando con la choza, el viaducto y el bosque;

que todo se mezclaba confundiéndose en menos de un segundo, y que oscurecía y ella se hundía en la tiniebla.

Esta vez Chalaja no había podido sostenerse en pie y cayó sin sentido en brazos del anciano.

Y cuando volvió en sí se vió en su gruta, a un lado de su hamaca al doctor Paublet y al otro Abel.

Fué un despertar dulcísimo.

Veía a don Telmo, que le pareció viejito del todo, alcanzando entre ambos hombres sus mates cebados ya con torpeza. Y sólo pensó en ponerse buena para continuarlos.

No pasó de algunos días que lo hiciera.

Ni transcurrieron muchos meses sin que en una capillita casi ignorada y siguiendo el deseo de Corina Paublet, o sea de Chalaja, se bendijese su casamiento con su salvador y amado Abel.

Ni transcurrió por fin gran tiempo sin que la gentil pareja hiciese por

voluntad su prudente entrada en ese gran mundo con el que creyeron no se avendrían nunca. Aparecieron los jóvenes esposos en un palco del Colón.

—Es la hija del raro doctor Paublet, que estaba con él en Europa, — pensaban. — Y él un joven extranjero. Allá habrán efectuado la boda.

Pero el señor Paublet que los acompañaba se decía para sus adentros, lleno de un vigoroso orgullo que lo atribuirían de fijo a bien distinta cosa:

—¡Si mi hija no es una salvaje, a pesar de su traje imperio, cuando todavía me duele en este brazo su feroz cuchillada, que baje Dios y me lo diga.

EDMUNDO MONTAGNE.

voluntad su prudente entrada en ese gran mundo con el que creyeron no se avendrían nunca. Aparecieron los jóvenes esposos en un palco del Colón.

—Es la hija del raro doctor Paublet, que estaba con él en Europa, — pensaban. — Y él un joven extranjero. Allá habrán efectuado la boda.

Pero el señor Paublet que los acompañaba se decía para sus adentros, lleno de un vigoroso orgullo que lo atribuirían de fijo a bien distinta cosa:

—¡Si mi hija no es una salvaje, a pesar de su traje imperio, cuando todavía me duele en este brazo su feroz cuchillada, que baje Dios y me lo diga.

EDMUNDO MONTAGNE.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, 25 JUNIO DE 1918 TOMO I - N.º 12

Ilustraciones de ROJAS

PONCHOS Y LANZAS

POR

Santiago Maciel

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.

El próximo martes publicará

EL ESCOLLO DE ARENA

novela del reputado escritor ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.
Ilustraciones de HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.

El próximo martes publicará

EL ESCOLLO DE ARENA

novela del reputado escritor ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.
Ilustraciones de HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 13. La Redentora. Lema: «Rainvew».
» 14. Los Ombúes. Lema: «Gaucho Robles».
» 15. Leandro Suárez. Lema: «Curupí».
» 16. El Carancho, Lema: «Zeo».
» 17. Pablito. Lema: «Juan de Dios».
» 18. La Mujer. Lema: «Génesis».
» 19. Fritz. Lema: «Lágrima».
» 20. El Ultimo Cuadro. Lema: «Pasemos el Rubicón».
» 21. Terrible batalla. Lema: «Eneas».
» 22. Las mujeres y los hombres. Lema: «La verdad con arte».

En los números sucesivos se irán publicando los recibidos dentro de cada semana.

AÑO I BUENOS AIRES, JUNIO 25 DE 1918 TOMO I N.° 12

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

PONCHOS Y LANZAS

POR

SANTIAGO MACIEL

Ilustraciones de ROJAS.

Los días festivos, en el campo, no modifican sensiblemente la soledad del paisaje, porque la inmensa lejanía, continúa siendo tan monótona como en las horas dedicadas a las faenas pastoriles. Las ranchos, diseminados en toda la extensión que la vista abarca, parecen inhabitados, y solo en los caminos polvorientos, se distingue a algún ginete que avanza o se aleja, al galope acompasado del corcel, el cual visto a la distancia, no parece demostrar mucho empeño en llegar rápidamente al término de su viaje. La impresión de somnolencia es absoluta, — y si se mira fijamente al horizonte, los arados detenidos en mitad de los surcos; los árboles como dormidos en grupos, que semejan islas de verdura, en medio de un océano amarillo y algún vacuno, que rumia echado entre las chircas, completan el cuadro, y forman el ambiente propicio al reposo, experimentándose, entonces, el deseo de acostarse en la muelle alfombra de gramillas y tréboles, ya que es tarea ímproba, combatir la pesadez de los párpados, dispuestos a cerrarse. Pero, la soledad no es completa, porque en las casas de comercio, se congregan los paisanos, para entregarse al juego. La "taba", el "truco" y las carreras de caballos, son atractivos poderosos, a los cuales no resiste ningún gaucho, aficionado instintivo a esas diversiones, que tanto en la mocedad, como en la vejez, constituyen el ideal de la gente campesina, y es de ver, entonces, cómo las enramadas y los potreros de las "pulperías" se llenan de "pingos" de todos los pelajes, — y cómo al pie de los ombúes, sin ramajes que los cobije, a la tibia claridad de los crepúsculos de Otoño, pululan los hombres entregados a su placer favorito, en tanto las bebidas espirituosas exaltan los ánimos y encienden las pendencias, que acaban en duelos trágicos, cantados al otro día, por los "payadores", en versos de construcción rudimentaria, bajo el alero de sus rústicas viviendas, o en las públicas reuniones, a la manera de los rapsodas griegos, encargados de pregonar como sus antecesores, el valor y el heroismo de los Aquiles criollos.

Desde los tiempos legendarios, muchas generaciones oyeron esos acordes marciales, al compás de las guitarras quejumbrosas, y por esa razón, acaso, supervivió la arrogancia del nativo, dando nervio a las huestes redentoras, que en los campos nacionales, sembraron la semilla de la libertad, recogiéndose, más tarde, el fruto en óptimas cosechas de victorias, que sirvieron para patentizar los empujes incontrastables de la raza. Así surgieron los héroes de la Historia; pero, cuando los invasores fueron aniquilados, al bote de aquellas lanzas invencibles, la fuerza inicial no se detuvo y el es-

píritu impetuoso de los improvisados combatientes, siguió imponiéndose como una fuerza anárquica, en franca rebelión con todas las fórmulas, que pretendían asentar sobre bases inconmovibles, los postulados del derecho, y la guerra civil hizo llamear en todas partes sus hogueras de discordia y de exterminio, ya en nombre de la libertad oprimida por los tiranos, ya impulsada por ciegos atavismos o por la ambición vulgar del caudillaje. La revolución, asumió, entonces, los caracteres de un mal endémico, que se manifestaba violentamente, en cualquier instante, bastando para ello la voluntad de un caudillo, en connivencia con la de otros, formándose de pronto, los ejércitos rebeldes, sin que el gobierno lo sospechara, teniendo que sofocar después la rebelión, a costa de sangrientas hecatombes, o de transacciones humillantes.

De esos hábitos y atavismos del medio-evo de la República, — no completamente desaparecidos — es rápido esquicio "Ponchos y Lanzas", cuyo episodio aportamos al análisis de los psicólogos futuros, contribuyendo, así, a la "caracterización de la nacionalidad y documentando para su historia folkklórica, los tipos y las costumbres de su punto de partida".

I

Bien se echaba de ver que era día festivo, y que en la "pulpería" de don Aniceto Perdomo, se iban a realizar las carreras más importantes del año, porque, en razón directa de la soledad campesina, la casa de comercio del viejo criollo, estaba concurrida como nunca. El camino, que desde temprano tenía colocados los "andariveles", se hallaba casi ocupado en toda su anchura, por grupos de paisanos, que discutían, gritando acaloradamente, mientras los rebenques oscilaban, pendientes de las muñecas, y las monedas de plata, que adornaban los "cintos", chispeaban al sol resplandeciente de aquella tarde de primavera, propicia al regocijo y al jolgorio. Bajo el alero

del rancho, se bebía y polemizaba, también, en el mismo tono y adentro, en el espacio que dejaba libre el largo mostrador, la gente se apretaba, en un hacinamiento insoportable, siendo inútiles los pedidos del "pulpero" para lograr el desalojo. En valde éste les gritaba:

—Ajuera se está mejor, paisanos. Me van a comprometer con la polecía, si los ve aquí dentro.

Pero nadie quería abandonar el salón estrecho y largo, talvez a causa de la proximidad de la cantina, por entre cuyas rejas de hierro, las dos manos del mozo expendedor, asomaban a cada instante, cargadas de copas.

Y en verdad que don Aniceto tenía razón, porque afuera podía disfrutarse del grato bienestar de la sombra, al pie del coposo ombú, o bajo la enramada, en cuyo techo circular, las trepadoras habían tejido florecidas guirnaldas, que caían del "moginete", como lazos de un traje de novia, cubierto de azahares.

En los potreros, se veían los caballos, sin desensillar, atados por una rienda a los horcones de ñandubays del alambrado, y lo mismo sucedía en los "palenques", donde no había una pulgada de palo libre de un nudo de cabestro. Y como, si todavía no fuese bastante aquella aglomeración avanzaban otros ginetes en rápida carrera, levantando nubes de polvo en los caminos ondulantes. Es que se iba a iniciar el deporte criollo, con la participación de los mejores "parejeros" del "pago", entre los que figuraba, — en primer término" — el invencible doradillo del comisario, — invencible, precisamente, por ser de la autoridad, no pareciendo si no, que por esa sola circunstancia, lo que a ella pertenecía, debía ocupar el primer puesto, a todo trance.

—Y si no, — decía don Aniceto, — búsquemen el "guapo" que no esté conforme con esa verdá. Por mi parte, — agregaba — vi a ser el primero, como siempre, en apostar lo que quieran tomarme, al doradillo.

Y un paisano, al parecer no convencido, respondió socarronamente:

—No, apueste, cumpa tuito lo que tiene, porque, en seguida, nomás, le van a copar la parada. Guarde un poco pa los hijos, que la vida es corta.

Carcajadas estridentes, celebraron la ocurrencia, en tanto el pulpero, algo corrido, tartamudeaba una explicación que nadie oía.

El caso era, que no había un solo, entre los concurrentes, que no supieran algo de las cualidades del comandante Neyra, porque a semejanza de todos los de su estirpe, era hombre suspicáz y de mal carácter, elegido expresamente, por eso, para el cargo, en los tiempos borrascosos, en que se imponía una "mano fuerte" para domar las rebeldías del gauchage, tanto más violentas cuanto más reprimidas. Hombre "difícil de lleva", no soportaba contrariedades, ni admitía razones, porque a todo raciocinio, oponía su autoridad, que el consideraba omniciente. Guerrillero en sus mocedades, se

le apreciaba como elemento insustituíble, sobre todo, en aquella zona de la República, habitada por caudillos prestigiosos, muy populares entre la gente de peleo. Servía al gobierno dócilmente, revelando, así, un temperamento organizado para escalar las más altas posiciones militares. Como sabía con qué clase de hombres levantísticos tenía que tratar, andaba, bien armado, en compañía de su asistente y una docena de "milicos", de coraje bien probado; pero, aun así mismo, no se consideraba absolutamente seguro. Siempre tenía presente que los adversarios de su partido, no eran de fácil sometimiento, y que allí, en sus dominios, existía lo más temible de la "nidada", según su propia expresión, produciéndole esa circunstancia, una desazón constante, hasta el punto de no dejar solo a sus subalternos el cuidado de la "sección", que abarcaba muchas leguas a la redonda. Por eso muy a menudo abandonaba el lecho, de noche; se ponía el poncho y bien montado, saló a "recorrer", internándose en todos los sitios en que pudiera conspirarse.

Su hija, — una linda morocha de gallardo cuerpo y negros e insinuantes ojos — educada en un convento de la capital y que había heredado de su progenitor, solamente la decisión y la firmeza, solía decirle, en cuanto sentía algún ruído en el dormitorio paterno:

—Tata, cualquier noche vas a tener un disgusto o a enfermarte. La sección está tranquila. Deja a los milicos que salgan con el sargento.

Pero él así que tomaba una resolución, era sordo a todas las palabras, aun a las de aquella criatura — su único cariño — porque siendo viudo y sin otros vástagos, había reconcentrado en ella un amor intenso, en armonía con sus sentimientos extremosos.

—Dormí, no más, Jacinta, — replicaba y no pasés cuidado. Ya sabés que tengo los güesos duros, y el pellejo de yacaré.

Y salía, riéndose de las advertencias de su hija.

El día de las carreras, cuando llegó a la "pulpería", fué recibido por don Aniceto y algunos paisanos, dueños de estancias próximas y mientras los saludaba "clavándoles la vista", según su costumbre, no pudo menos que sentirse preocupado, por la enorme concurrencia que le rodeaba, la mayor parte indiferente ante su augusta presencia. También vió que había muchos forasteros a quienes no conocía, e interrogó al comerciante:

—Parece qui hay gente extraña ¿nó?

—¡De juro — contestó don Aniceto. — No podía ser por menos, Co-

mandante. Las mentas del doradillo han ido lejos y ¿qué gaucho de ley pierde una ocasión tan güena? Carreras como las de hoy, no se ven tuitos los días.

El comisario, sin tener muy en cuenta las consideraciones del "pulpero", empezó a observar, haciéndose el distraído. Conocía a "todo el mundo" en su "cancha" y pronto descubrió, en un grupo apartado, a Leiva, — caudillo de mucha nombradía y guerrillero contumáz, que conversaba, tranquilamente, con algunos amigos, entre los que se hallaba el titulado Mayor Josesillo Luna y el Alférez Manduca, — todos "revolucionarios"; "lanzas bravas" en los "encuentros" y a quienes los gauchos seguían en las "patriadas", porque sabían, que sirviendo a sus órdenes, no se pasaban necesidades, y cuando había que pelear, se "cargaba", siempre, en condiciones ventajosas. Aunque abundaban en los contornos muchos jefes, con aptitudes relevantes para el mando, eran pocos los que como ellos, conocían el arte de escurrirse, cuando convenía, abriendo "picadas" en el monte, — a filo de machete — o arrojándose a lo más profundo de los arroyos; seguir la corriente de éstos y vadear a muchas leguas del enemigo, para volver sobre sus perseguidores y batirlos por sorpresa, cuando ellos los creían a gran distancia.

El Comandante Neyra, no les "sacaba los ojos de encima", y aunque no circularan rumores de próxima "revuelta" sabía, que el "gauchage" andaba "arisco", porque los políticos de la Capital estaban haciendo una campa-

ña implacable en contra del gobierno, como sucedía, siempre, cuando se preparaba el ambiente revolucionario. Pero, lo tranquilizaba un poco sin embargo, la actitud pacífica de los caudillos. A la vera los tenía allí, dispuestos a jugar sus "riales" al caballo favorito, que era, precisamente, el

suyo. Por lo demás, si algo "maquinaban"; no lo realizarían aisladamente y, hasta esa hora, el jefe, no le había trasmitido ningún dato alarmante, del resto de la campaña. Todas estas reflexiones, algo contradictorias, formáronle la convicción, de que, aunque no debía de tener gran confianza, no existía razón alguna, para mostrarse delante de ellos, receloso y suspicáz, especialmente, tratándose de hombres de mirada penetrante y fino olfato.

A la fija, — decíase — en este instante, ya están al cabo de la procesión que me anda por dentro.

Así, es, que, para despistarlos, — si en realidad lo observaban — resolvió mostrarse satisfecho y alegre, no sin antes, llamar a su asistente y ordenarle que distribuyera bien sus hombres, recomendándoles la más estricta vigilancia. Y en voz apenas perceptible, agregó:

—Dispués, te vas a la Comisaría y le decís al Jefe del piquete, que esté alerta, "por si acaso"...

Las carreras se iniciaron en seguida, con el entusiasmo bullanguero que pone siempre el paisano, en el deporte criollo. "Corría la plata", como si sobrase en todos los bolsillos, y las "paradas" con usura, se hacían a gritos, al extremo de que era imposible entenderse, ni oírse nada distintamente, en aquella algarabía. Tan grande era la locura reinante, que el mismo Comisario, concluyó por olvidarse de sus preocupaciones y se metió en medio del tumulto, a aceptar las apuestas que hacían los caudillos, con quienes parecía fraternizar en ese instante, tan cierto es que el juego, neutraliza las rivalidades, excluyendo pasiones y prejuicios.

Pero el ardimiento creció, cuando apareció en la "pista" el doradillo, apareado a su competidor, un hermoso "picazo", cuyo propietario era un "pueblero", llamado Vicente Lares, hijo de uno de los hacendados más pudientes de las cercanías,, al cual pueblero se le tenía por mozo de prestigio, "valiente como las armas" y miembro de mucha influencia, en todos los comités revolucionarios de la ciudad. Su presencia en la sección, fué al principio, motivo de sobresalto para el Comisario, porque, aunque el paisano no concede al "cajetilla", mucho valimento en asuntos militares y menos en cuestiones camperas, éste era una excepción, como la había evidenciado ya en la revolución pasada, caracterizándose eximio estratega criollo, de increíbles audacias de leyenda; pero, después que se le vigiló durante algún tiempo, con toda proligidad, el Comandante quedó convencido de sus buenas intenciones, hasta el punto de concertar con él y a sus instancias, aquella carrera memorable, que, en su concepto, iba a consolidar las excelencias y la reputación de su "stud" campesino.

Apenas empezaron las "partidas", Lares se acercó al comisario y le dijo cortesmente:

—Comandante, a la apuesta que ya hemos hecho, agrego mil patacones a quinientos.

Y el Comisario, sin tubear, contestóle:

—Tomo dos mil a mil, si usté gusta.

—No hay inconveniente, amigo y el doble si quiere.

—Yo no soy hacendao y basta con eso. Apunte pa otro lao, amigo, que no ha de faltar quien cope.

Y dirigiéndose al comerciante, que estaba a su lado, le dijo, en reserva:

—¡ Pcha con el mozo! Por lo visto créiba que iba a recular asustao. Este es de la mesma laya de sus correligionarios. De mucha aparencia, pero sonsos como ñanduces.

Los "corredores" probaban la fuerza de los "parejeros", en "partidas" rápidas, pareciendo en ocasiones, que se "venían", según expresaban, a gritos, los circunstantes; pero, volvían a detenerse, regresando, luego, al punto de salida, señalado con una pequeña banderola. Las apuestas se cruzaban sin cesar, aumentándose el vocerío, con la repetición de las "partidas". Había

usura, en favor del doradillo, a pesar, de ser el "picazo", un "mestizo", que, según referencias, no era de despreciar, en "tiro" corto o largo.

De repente "largaron" y se vió salir a doradillo en punta, al freno y al otro tocándole el anca con la cabeza, sofrenado, también. Iba a ser reñida la prueba y la ansiedad hizo recrudecer el ensordecedor estruendo.

Ya habían recorrido los dos ginetes la mitad de la pista, entre nubes de polvo, que a veces, los ocultaban, cuando, de pronto, se produjo un acontecimiento inesperado.

Un grupo de espectadores atropelló al centro, y sin que nadie pudiera evitarlo, el sitio en que estaba el Comandante Neyra, fué invadido con violencia.

El represeante de la autoridad, se dió cuenta inmediatamente del peligro que corría, comprendiendo lo que aquel ataque significaba y a penas tuvo tiempo de desenvainar la espada y de espolear los hijares de su cabalgadura con el objeto de salir de entre el círculo que le oprimía, saltando por encima de los cuerpos. No pudo conseguirlo, porque ya le habían sujetado al caballo por las riendas, al mismo tiempo que recibía un lanzazo en el hombro, a cuyo golpe recio, cayó, enredado en los estribos y antes de que pudiera desembarazarse de ellos, Vicente Lares, el pueblero, con voz vibrante y en actitud serena, que contrastaba con la gravedad de la situación, le dijo:

—Comisario, está prisionero: ríndase.

—Traidor y maula; y yo un mulita que no les entendí el juego...

—De carreras, Comisario. Eso le servirá en otra ocasión, para no comprometer los prestigios de la autoridad, tomando parte en diversiones agenas a su cometido.

Y agregó:

—Ahora, es inútil toda resistencia. Aquí la revolución ha triunfado, y espero que en el resto de la República, también.

—Lo veremos, respondió el Comisario, al ver que el piquete policial, armado a Remigton, avanzaba a campo traviesa, en columna cerrada.

Lares, entregó el prisionero, a unos cuantos secuaces, con orden de no soltarlo, diciéndoles:

—Me responden de él, con sus vidas.

Y montado en el "parejero", que después de haber ganado la carrera, le llevara el "corredor", gritó, dirigiéndose a los paisanos que obstruían el camino:

—Los que no sean revolucionarios, que despejen.

Pocos se movieron, porque casi todos eran adictos, ya formados en línea de pelea, y empuñando las mortíferas lanzas, dispuestos al ataque, capitaneados por los caudillos Luna, Manduca y Leiva.

Rápidamente, se preparó la carga y en dos compactas filas, atropellaron con ímpetu irresistible. En un instante, el piquete fué flanqueado, y al resonar la primera descarga de fusilería, quedó casi deshecho, viéndose, entre

la polvareda los policianos que caían, exánimes, unos, volteados otros, por el encuentro de los caballos. Los revolucionarios, victoriosos, se dirigieron al local de la Comisaría, en la que estableció Lares, su campamento. Se recogieron los heridos, en algunas carretas, que los vecinos proporcionaron. Salieron chasquis en todas direcciones y algunos destacamentos, enviados a las estancias, con la misión de requisar caballos y buscar prosélitos. No había llegado la noche, aun, y ya en la plaza — un potrero despoblado — resplandecían los fogones, iluminando las hojas y las banderolas de las lanzas, clavadas en el suelo.

Pronto se ultimaron los preparativos de marcha, pues, esa misma noche, debían abandonar la sección, para incorporarse al "grueso" del ejército revolucionario, que según noticias llevadas por un "milico", estaba acampado a quince leguas de distancia. Los depósitos de armas y municiones de la Policía, eran abundantes y fueron saqueados completamente. Los fusiles que hallaron fueron colocados en carretas, lo mismo que los sables, recados y correajes. Lares, en persona, dirigía la operación, pues, el "pueblero", — como le llamaba Neyra, — disponía de una ac-

tividad sólo comparable a su denuedo, cuando fué interrumpido, en mitad de la tarea, por su asistente, quién, cuadrándose a su modo, le dijo:

—Disculpe, mi Comendante, pero, en la puerta de la Comisaría, hay una mujer que quiere hablarle aura mesmo.

—¡Una mujer! Bueno, encienda la luz, hágala pasar y dígale que tenga la bondad de esperarme.

Algunos momentos después, entró el joven, en el "despacho" que había sido del prisionero, y, con alguna curiosidad miró a la visitante, que, de pie, le estaba aguardando. A la luz, no muy profusa, de la lámpara, vió que se hallaba frente a una joven, que en nada se parecía a las otras del lugar. La saludó con perfecta contesía, diciéndola:

—Siéntese, señorita, y dígame en que puedo servirla.

Ella, — sin querer sentarse, — expuso los motivos de su presencia en aquel sitio, diciendo:

—Señor, he venido a verlo, porque he sabido que mi padre está prisionero y gravemente herido.

—¡Su padre! Entonces, ¿usted es hija del Comandante Neyra?

—Sí, señor. Se puede imaginar, pues, con cuanta razón lo molesto. Mi padre, herido como está, no puede continuar aquí, sin nadie que lo atienda, ni menos, se halla en condiciones de ir con ustedes, sin exponerse a una desgracia. Yo le venía a pedir, señor, que lo ponga en libertad, al menos, hasta que sane.

Y como observara la perplegidad del joven, agregó:

—Herido, sin hombres y sin armas, no es peligroso para ustedes. Usted es una persona de buen corazón, que no tiene odios para nadie, — según me han dicho, y es por eso que he confiado en su bondad.

El, la contemplaba con interés creciente.

Era una linda morena, de talle esbelto, boca breve, y cuerpo bien repartido; una de las flores campesinas, cuidadas con esmero, símbolo, acaso, de las gallardías de la raza, que por secretas y recónditas armonías, parecen reunir las bellezas del terruño en que nacieron, tan cierto es que la Naturaleza, creadora de paisajes gloriosos, sabe forjar con igual cariño, los moldes de sus criaturas elegidas.

Y al verla, con aquellos ojos obscuros, que el llanto humedecía, no pudo menos que asombrarse del antagonismo existente entre ella y su progenitor. Tal vez, pensó, la madre era linda como ella.

Sin poderlo remediar, se sintió conmovido, comprendiendo, que aquellas pupilas hipnóticas, le habían sugestionado, hasta el punto, de dominar su voluntad. Hizo lo posible por reaccionar, sin embargo, pero inútilmente, porque estaba realmente impresionado. Por la misma causa, no pudo reflecionar lúcidamente, aunque no dudó de que la libertad del Comisario, podría originarle graves consecuencias. Sabía, que era un caudillo peligroso, "un tigre", en la acepción común de la terminalogía criolla, de audacia, coraje e indomable energía, pero, ¿no era, justo, y muy natural también, lo que la joven demandaba? Además, ¡cuán hermosa era! Experimentó entonces, el deseo irresistible, de congraciarse con ella, de hacerla un servicio que a ella le vinculara, aunque fuera por agradecimiento. Triunfó en su espíritu el último pensamiento y dijo, con resolución:

—Bueno, señorita, es mucha la responsabilidad que echo sobre mí. A cumplir estrictamente con mi deber, no podría conceder lo que me pide, mas comprendo su situación de hija afectuosa, y voy a poner en libertad a su

padre, pero no ahora; luego, más tarde. No consultaré a mis oficiales, porque ellos no saben nada de estas cosas... de conciencia. Yo mismo se lo llevaré, antes de marchar. Al fin y al cabo., — agregó, sonriendo, — no se cuál será mi destino en esta campaña, y es conveniente que Dios apunte en mi haber, por si acaso, una obra buena.

Ella, emocionada por la escena, no encontraba frases suficientemente expresivas, para agradecer tanta gentileza, pero, al despedirse, estrechó con calor las dos manos del joven, en un arranque de sincera gratitud. El, la acompañó hasta la puerta y se quedó mirándola, hasta que su elegante silueta se perdió en la obscuridad del camino.

El centinela, firme en su puesto no creyó faltar a la disciplina, dando expansión a su suspicacia de nativo, en una sonrisa, que transformó su faz, curtida por la intemperie.

Era la madrugada, cuando el Comandante Lares, al frente de sus hombres, se detuvo en el domicilio del Comisario. Apeóse y llamó a la puerta. Casi inmediatamente ésta se abrió y apareció la joven en el umbral; no se había acostado, esperando con honda ansiedad la llegada de su padre, pues, ni un instante dudó de que el joven guerrillero, cumpliría su promesa.

Después de saludarla, éste la dijo:

—Señorita: el compromiso que he contraído con usted, es ley para mí. Le traigo al Comandante, pero no lo deje salir, aunque él quiera, lo menos en una semana, porque... porque podría reagravarse, abriéndosele la herida.....

Ella, después de besar a su padre, que con el brazo en cabestrillo, permanecía enhiesto, como si fuera un triunfador, contestóle:

—No: no saldrá; descuide usted. Tiene que curarse del todo.

—¡Adiós! Comandante, — dijo él, en tono firme y sincero. No me guarde rencor. Ya sabe que esto no va contra usted, sino contra el gobierno.

—Es lo mesmo, — articuló el Comisario.

—Será lo mismo para usted, pero no para mí, se lo aseguro, — respondió Lares, mirando a la joven, con tanta ternura, que ella inclinó la hermosa cabeza, para que su padre no advirtiera su confusión.

Poco después, desde el interior de su casa, oyó el galope tumultuoso de los caballos que partían, sintiendo en su corazón la angustia melancólica de los que saben percibir el sútil vuelo de la felicidad que pasa...

El comandantae Neyra, no era hombre de quedarse en su casa, por herida más o menos, sobre todo, cuando el golpe que había recibido, era para su orgullo, de los que piden reparaciones perentorias. Con rabia, se tiró del lecho, apenas amaneció, sin que valieran los ruegos de su hija.

—¿Qué te cres, — la dijo — que yo me vi a quedar, así no más, con la marca que me ha hecho ese charabón? ¿Yo, el Comandante Neyra, que naide. entuavía a agarrao pa sonso?

—Pero, tata, — replicaba Jacinta, — piense que ese joven lo ha puesto en libertad, y que usted está herido...

—No importa, ¡canejo!; si me soltó, yo no se lo pedí; pior pa él.

—Pero se lo pedí yo.

—Naide te mandó.

—Sí, ya sé; ¿pero, cómo no iba a intentar sacarlo de la prisión? ¿Cómo iba a permitir que lo llevaran atado codo con codo, galopando leguas y leguas, con el brazo roto?

—No le hace. Yo me hubiera escapao, de tuitos modos, disparando pal monte, en cuanto se descuidaran.

Y no hubo forma de reducirlo.

La sección, estaba casi sola, y únicamente habían quedado en ella, algunos gauchos viejos, "bichocos", como él decía, y algunos adolescentes, escondidos en los ranchos. Dirigióse, no obstante, a la "pulpería", con el objeto, de obtener noticias de los sucesos. El "pulpero" le dijo, que, según versiones, la revolución había estallado, simultáneamente en toda la República. Que ya se había formado un ejército de más de viente mil hombres, al mando del general Trelles, hábil guerrillero, de gran fama entre sus correligionarios.

—¿Y ande están? — interrogó el Comisario.

—Dicen que a unas veinte leguas de aquí ha acampao el grueso de la gente y que las tropas del gobierno ,vienen pisándole los talones.

—Güeno, pero, dígame don Aniceto, usté sabía algo de la conspiración, y sino; ¿cómo esplica que tuito haiga pasao aquí?

—Sabía tanto como usté, Comandante.

—Y las lanzas, ¿ande las tenían?

—Las escondieron la noche anterior entre las "chircas", según me dijo un regolucionario.

Y agregó, apuntando con el dedo índice, al fondo del campo.

—Vea ese monte de yuyos. Un ejército, puede meterse en él, sin que naide lo vea.

Efectivamente; el potrero abandonado durante mucho tiempo,. completamente cubierto, de espesos matorrales de chircas, tant altos, q brirían a un vacuno en pie, de los más corpulentos.

—Está güeno, — respondió Neyra, dándose por convencido.

Luego, como si hubiera tenido una inspiración repentina, dijo merciante.

—Mande llamar, en seguida, al ñato Rodríguez, a Fulgencio Lópe Facundo Benítez, y dígale que yo los preciso pa una comisión urgente.

—¡Si se han alsao, Comandante!

—Rejugaos y traidores. Mantenga usté perros agenos pa que lo dan y añadió rechinando los dientes, de cólera:

—Si caen en mis uñas, que Dios los libre del empacho; punta e sa gauchos dejeneraos.

—Así es, — respondió, algo temeroso, el "pulpero".

—Pero, quienes son los que han quedao, entonces?

—Algunos muchachos chacareros; el hijo de Laurencio González; gallego Laureyra; los dos del vasco tambero Goñi y otros cuantos.

—Hágalos venir, sobre la marcha, y a algunos más, si dan con ello

Después, continuó:

—¡Ah! — dígales que vengan bien montaos y que traigan tuit mancarrones que tengan en las casas, que sino, ¡canejo! yo mesmo, trairlos ataos.

Don Aniceto no esperó la repetición de la orden, y montando, en sobre el "petizo de los mandados", tomó el camino, a todo lo que d pequeña cabalgadura.

Entre tanto, el Comandante, maduraba, silenciosamente, su plan e gico, sin poder evitar ,que en el magín, tan revuelto como lo tenía, entreverasen los sucesos de la pasada tarde, desviándolo, así, de su cipal idea.

—Lo pior, — pensaba, — es que aura debo mi libertá a ese "caj casi por limosna, porque, de juro, que Jacinta ha llorao, pa conseguir me han largao como pa dispreciarme, lo mesmo que si yo juese un dis inservible. Pero, les de de probar, ¡canejo! que se han equivocao de lo No saben la que les espera y los he de agarrar, aunque me lleven leguas de ventaja.

Entró luego en el "salón" de la casa de comercio, llevado por cesidad de moverse, tal era su impaciencia y nerviosidad, viendo senta la punta del banco, "empinando una copa", a un viejo paisano, de es viven de las dádivas de la gente caritativa y que siempre se les encuen alguna estancia, a la hora de comer, o en algún matadero, en el mo preciso de la "carneada", en cuya faena toman parte, no muy activa, objeto de llevarse las "achuras", por cuyo motivo, "todo lo saben" o más que los otros, sin hacer jamás preguntas; y que cuando están "al "largan" todos los secretos en la "pulpería", sin pedir reserva a nadi

El Comisario, lo conocía bastante, y lo saludó con familiaridad, para no asustarlo.

El paisano, trabajado ya por la bebida, se paró tambaleándose y testó el saludo, reverentemente, como se debe proceder delante de l toridad.

—Siéntase, amigo, — díjole el Comisario, — que yo me vi a sentar ta

Y agregó, dominado por la tentación de saber algo:

—¿Y que dicen, amigazo, de tuitas estas cosas?

—He óido, contestó el paisano, — que la regolución arde en tuito el país.

—Eso me han dicho hace un momento, pero hay que ver si es verdá.

—¡Qui ha de ser!, — contestó el viejo, por halagar al Comandante.

—¿Y no dicen, si han tomao algunas otras comandancias y polecías?

—Asigún cuentan, han sorprendido a muchos jefes, aunque en algunos láos, les ha salido la torta un pan.

El Comisario respiró, sintiéndose un poco aliviado de la herida moral que recibiera. Después, siguió interrogando:

—¿Y naide sabe, ande se encuentra la gente del cajetilla Lares?

—Esta mesma mañana, encontré un tropero en el camino, que venía de la estancia de Lúcas Riera, y me contó que los regolucionarios de aquí, han acampao en la costa del arroyo de "Las Víboras" y que ya se les ha incorporao mucha gente.

—Cómo cuanta, ¿no sabe?

—Dicen que mil.

—¿Qué van a ser mil? ¿De ande van a sacar tanto sonso?

—Ya sabe Comisario, — dijo el paisano, sentenciosamente, — que los

sonsos, hacen tropilla. Y no son tan sonsos, si vamos a ver, porque se aseguran el puchero.

—Pero no el pellejo.

—No se aflija, Comisario, qui antes de peliar alguna vez, por c dá ya han cueriao muchas vacas gordas...

—Disparando, entonces, ganan la vida...

—Y esa es la gracia. Si no juyesen, no habría regolución que dura

La conversación había dado al Comandante Neyra, algunos lles útiles y ya la iba a interrumpir, cuando oyó galope de caballos camino.

Como movido por un resorte, salió de la habitación, con tanta r que, si no se agacha, se lastima la frente en el dintel de la puerta. E Aniceto que regresaba, en compañía de varios individuos, arreando todos, una tropilla de caballos y yeguas. El pulpero se apeó y mientr guraba el petizo en el palenque, dijo al Comisario:

—Vienen tuitos, Comandante. Train caballos y armas, y di aquí horita, se van a presentar muchos que estaban escondidos pa no s los revoltosos.

El Comandante se animó, de pronto, y mayor fué su regocijo, el pulpero le dijo:

—El monte está lleno de soldaos del piquete, que se dispersaron el ataque. Estos mozos, — continuó, apuntando a los recién llega saben ande están guarecidos.

El plan que el Comisario se había propuesto ejecutar, requería dad suma, pero él, era veterano en estos asuntos, como buen gue hecho a la vida azarosa de las luchas civiles. De modo que, antes de drugada, ya había formado una pequeña columna, mal armada, sin pero ya encontraría lanzas, a medida que avanzase. Montó de un s el primer "pingo" que encontró a mano, — porque su "parejero" r recía, — y le "cerró" piernas, rumbeando en dirección al monte, guia los mozos, en donde pensaba encontrar a su gente, dispersa.

En el ataque, habían caído muchos soldados del piquete, pero, yor parte se salvó, huyendo en todas direcciones, a favor de las sombra ta encontrar refugio entre los espesos chircales. Más tarde, el mon distaba a penas tres leguas del lugar del suceso, proporcionó abrigo a los pobres y maltrechos "milicos", que, hambrientos y con los uni desgarrados, pero sin abandonar sus rémigton y cartucheras, espera partida de los revolucionarios, para salir en busca de alimento y d averiguar lo que había sido de sus jefes. A media noche, algunos "v nos", se acercaron a un rancho vecino, a cuyos moradores conocían, se les dijo, que las fuerzas rebeldes, habían levantado campamento a el día, con el objeto de buscar la incorporación de sus campañeros de

Ya se disponían a abandonar sus escondijos, cuando oyeron ineq rumores de gente que se acercaba. Atisbando con sigilo, vieron que zaba en dirección al monte, una columna, como de cien hombres. Cr que eran revolucionarios, cargaron los fusiles para defenderse, pero los primeros ginetes que iban a la descubierta, se arrimaron, no duda de que era gente del Comisario, y salieron en tropel, agitando en las carabinas. El Comadante, que había conducido la caballada sobran viendo que los infantes estarían a pie, los hizo montar inmediatam sin esperar más, dióles orden de seguirlo, sin detenerse en ninguna

prohibiendo a todos hablar en voz alta. Así, galoparon toda la noche, deteniéndose una sola vez, a la madrugada, para "carnear" y dar algún resuello a los caballos, el tiempo indispensable, solamente, porque, según sus cálculos, el éxito de la expedición dependía de la rapidéz de las operaciones.

El, iba adelante, silencioso, "juntando rabia", como decía, riéndose, uno de los soldados. Su rostro, expresaba claramente, la tormenta que adentro le rugía. Odio y venganza, decían sus ojos pequeños y encajados, y sus manos se crispaban, oprimiendo las riendas y el rebenque de ancha "lonja". Se detenía, no obstante, en algunos poblados para que los "bomberos", destacados a vanguardia, trajeran noticias, caballos y hombres. Nada se oponía a su voluntad omnímoda, y eran inútiles las quejas y lamentaciones de los viejos y los mozos. Ante todas las protestas, exclamaba, con voz estentórea:

—El gobierno pagará los perjuicios y los que sean partidarios del enemigo, que avisen.

Cuatro días y cuatro noches de marcha, habían hecho ya, cuando supieron que el ejército revolucionario estaba próximo y que las tropas del gobierno avanzaban, a "marchas forzadas" para batirlos, proponiéndose evitar de ese modo, la unión de las divisiones rebeldes, porque la del Norte, debía juntarse a la del Sur, en ese paraje.

El Comandante Neyra, sofrenó el caballo y alzándose sobre los estribos, echó un vistazo a su gente. Le pareció que era bastante numerosa, para sorprender al enemigo, si le daban lugar a ejecutar su proyecto. Ya había reunido, como cuatrocientos hombres, mal disciplinados, es cierto pero ¿qué gaucho necesita enseñanza militar, cuando, con raras excepciones, son hombres experimentados, montoneros impenitentes, adiestrados en cien combates? Los mozos, no eran menos valientes que los veteranos, tampoco, porque, el instinto de la guerra les empujaba portándose en la acción, como" soldados de fila", temerarios, audaces y hasta crueles, pues la crueldad, era la característica de las luchas civiles, siendo pocos los que, como el Comandante Lares, demostraban poseer honda cultura y sentimientos humanitarios.

La columna expedicionaria, se detuvo, al fin, a la orilla de un monte, sobre la costa de un arroyo, que resultó ser el de Las Víboras, sitio que correspondía, exactamente, a la primera información, que recibiera el Comisario. El Comandante, hizo internar la gente en la selva, prohibiéndole salir de la espesura, diciendo:

—Aunque se mueran de hambre y sé, naide asome la cabeza, si quiere conservarla pegada al cuerpo.

Los "milicos" ya sabían a que atenerse, respecto de aquella suave amenaza, y por una "picada" estrecha, condujeron sus cabalgaduras, tan diestramente, que no crugió ni una rama y ni las mismas aves, advirtieron la presencia de los intrusos. Allí aguardó el Comisario, hasta que llegó, la noche, tan obscura, que los "vichos de luz" parecían minúsculas estrellas, divagando en las abras.

Fuera de los rumores comunes, balidos de algún cordero rezagado; ladridos lejanos en las estancias y gritos de "teru-teros" y "chajaes" en los "bañados", ningún eco de voz humana llegó hasta sus oidos. Entonces, perplejo, por aquel silencio inexplicable, llamó a su asistente y le dijo:

—Refalándote, vete por la orilla del monte, lo más lejos que puedas, a ver si descubrís en donde está el campamento enemigo. No vayás a pitar

¡canejo! y en cuanto veas algo, no des la guelta corriendo. Al tranquito, no más, volvés a decirme lo que has visto.

El asistente se deslizó en la sombra, como un fantasma y ya habían transcurrido más de dos horas, cuando regresó y acercándose, todo fatigado, al Comisario, le dijo:

—Comendante, del otro lao de la cuchillita, están tuitos los regulucionarios. No se ve ni un fogón prendido y tan callaos, que parecen muertos.

Casi hice una barbaridá, porque, sin querer, me metí entre la caballada, que empezó a remolinear y a dar relinchos.

—¿Y cuántos son?

—¡Qué se yo!, pero son muchos, porque el campo está lleno de gente y mancarrones.

Entonces, el Comisario resolvió esperar todavía y en esa actitud se mantuvo hasta la madrugada.

No había aclarado aún, cuando sonó una descarga de fusilería e inmediatamente, otras, hasta convertirse en fuego graneado, sin intermisión. Disparos estruendosos de artillería, despertaban múltiples ecos, en las gargantas de la sierra, y sobre el bosque se sentía el silbido unísono de las granadas, cortando el aire.

—Ya está, se dijo el Comandante, Aura empieza el baile.

Y dirigiéndose al asistente le ordenó en voz baja:

—Que los muchachos salgan del monte, sin hacer ruído, y me esperen montaos, que yo aura guelvo.

Y salió a pie, por el mismo sendero que aquél había tomado.

Arreciaban los disparos de cañones y el humo se extendía, denso como una niebla.

Se había iniciado la batalla. Al fin, las tropas del gobierno, habían dado con una parte del ejército revolucionario y lo atacaban con furia. El Comandante Neyra, que encontró un sitio aparente de observación, vió que el

ataque había sido esperado por los rebeldes, dada la distribución de las fuerzas. Estaban situados de este lado del arroyo, que alli era profundo y de altas barrancas en las márgenes, no ofreciendo, por lo tanto, muchos puntos accesibles, aunque más arriba, en las puntas, el alveo se ensanchaba con el aspecto de un vado. Su plan, era facilitado así, por la casualidad.

Había transcurrido más de medio día, y el combate, aumentaba en intensidad. La metralla barría las columnas revolucionarias, abriendo anchos boquetes en la barranca opuesta, pero los rebeldes eran dueños de una posición verdaderamente estratégica, difícil de cambiar, cuando varios regimientos de caballería, se lanzaron al agua, por el extremo del arroyo, con el fin de pasarlo y tomar al enemigo por el flanco. Se veía que los guerrilleros estaban bien mandados, porque la defensa se repartió inmediatamente, soportando entonces la caballería atacante, un fuego mortífero, que abría enormes claros en sus columnas.

El Comisario, esperó un instante todavía, pero, cuando vió a los innúmeros ginetes, subir la barranca, con ímpetu, e iniciar una carga terrible, de esas que a poco se truecan en entrevero inenarrable, reunió a su gente, en línea abierta y atropelló a los enemigos por la espalda, sin darles tiempo a formar cuadro. Entonces, se vió algo, que solamente sucede en nuestros combates nativos, que más de diez mil hombres, sometidos a los órdenes de jefes poco duchos, son derrotados, vergonzosamente, por fuerzas inferiores. Las del Comandante Neyra, "cayeron" sobre la retaguardia del enemigo, que no esperaba semejante aparición, destrozando las columnas al bote de sus lanzas, siendo ese el golpe decisivo de la jornada. Los revolucionarios dieron "vuelta cara", sin atender los gritos de los jefes, produciéndose, poco después, la dispersión de los rebeldes víctimas del más disolvente de los pánicos.

Entonces, el Comandante Neyra, factor importante en aquella memorable acción, pidió al general en jefe, más fuerzas de caballería, con el objeto de perseguir a los grupos dispersos. Su demanda fué concedida, arrojándose, luego, en una carrera vertiginosa, detras de las regimientos, que disparaban sin rumbo, a todo lo que daban sus caballos. En su marcha furibunda, no advirtió que iba acercándose a "sus pagos", aunque no se le escapaba, que delante de él huían fuerzas importantes. Recién, después de haber andado más de dos leguas, se dió cuenta de que se hallaba en su sección, justamente en el preciso instante, en que los enemigos, comprendiendo acaso, que era inútil huir, sin exponerse a ser aniquilados en grupos por la espalda, se detuvieron de pronto, colocándose rápidamente en línea de pelea.

Eran los soldados que capitaneaba Lares.

—El destino los pone a mi alcance, dijo el Comisario, y levantando todo lo que pudo la voz, a ver si conseguía ser oído por los otros, gritó:

—Ansina, me gusta. Eso hacen los criollos, ¡canejo! y no disparar como venaos.

Repartió su gente, sin pérdida de tiempo y lanzó al ataque la vanguardia, bajo su mando. El enemigo la esperaba y el choque fué terrible. Jamás, se vió tan portentoso "entrevero". Su intensidad, sin embargo, fué mayor cuando "entró" la retaguardia de refresco, cayendo como un alud sobre las filas ya diezmadas de los contrarios. Lares, hacía proesas, y su voz vibraba, alentando a los combatientes. Las lanzas se quebraban en astillas, y los caballos ya sin ginetes, con los ponchos atados a las grupas, disparaban en tropel por el camino, huyendo de aquella sangrienta carnicería. Lares, hizo el último esfuerzo y atropelló al grupo más nutrido, en el que estaba el Comisario,

casi vencedor, pero muy pocos soldados lo siguieron. Sabía, sin embar
se inmolaba en aquel temerario ataque, pero no tuvo vacilación
Su espada roja y mellada, desviaba a cinterazos y mandobles, las la
rigidas a su pecho y hubo un instante, en que fué tanto su heroismo
mismo Comisario, a pesar de su dureza, y de ser muy poco accesi
emoción, quedó admirado.

—No lo maten, gritó, que es un valiente.

Pero era tarde. Herido y desangrado, cayó el héroe de su caba
quedando exánime en el suelo.

—Saquelón a un costao, — volvió a decir el Comandante — y ta
herida.

Acaso se acordaba de que tenía una deuda de gratitud con el

Terminado el combate pronto el patio y los cuartos de la Comi
llenaron de heridos y prisioneros.

Lares, por orden del Comisario, fué llevado a una pieza próxi
despacho y acostado en la mejor cama que había en el cuartel. En

mandó a un "milico" a casa del herido, con el encargo de decir a la fam
el mozo había caído prisionero y con un lanzazo en un muslo, per
cuidado.

La victoria, pues, satisfaciendo su orgullo, ofrecía al asombro
soldados, ese fenómeno de generosidad humanitaria, acaso de corta d
El mismo, se dijo, admirado de sí mismo:

—Le pago la mitá de la deuda.. Dispués, lo que se cure, le pa
autra.

(Se refería, a los mil patacones que le ganó en la carrera).

Dió órdenes severas para evitar que los prisioneros se escapase
dó carnear algunas reses para la tropa y se fué a su domicilio, d

hija ansiosamente lo esperaba. Esta, salió hasta la vereda a recibirlo, abrazándolo y besándolo.

—Tata, — le dijo luego — ¿No está herido?

—No, — contestó él, — el que está herido, es el cajetilla Lares.

La moza, incapáz de ocultar sus sentimientos, a pesar de su cultura, no pudo reprimir su emoción sincera de criolla y se llevó las manos a la cara, inclinando la cabeza. Solo un instante, permaneció en esa actitud, porque su padre, le desvió las manos, sorprendido, diciéndola:

—¿Y por tan poca cosa, te ponés ansina?

Ella, trató de explicar su conducta, diciendo:

—¡Pobre mozo! No me he olvidado de lo bondadoso que fué conmigo y de que él mismo lo curó a usted con sus manos cuando cayó prisionero.

—Es cierto, — contestó el Comisario. — Pa ser enemigo, mostró tener güen corazón. Yo, ya lo hice curar y acostar en la mejor cama que teníamos y le he avisao tamien a la familia. ¿Te parece poco?

Y observando que su hija callaba, insistió:

—Decí ¿qué querés qui haga aura?

—¿Me promete concederme lo que le pida?

—Sí, hablá. ¡Siempre que se pueda!

—Bueno, haga lo que hizo él. Mándelo a curarse a su casa.

—¡Canejo! — dijo el Comisario, — me pedís demasiao.

—No, no es mucho. Si él procedió así, siendo revolucionario ¿no lo puede imitar usted, siendo autoridad?

—Güeno, — respondió el Comisario acorralado por la lógica femenina, — llamá al asistente y decíle, que vaya a la Comisaría y que yo ordeno, que cuando venga el padre de Lares, le digan que puede llevarse el enfermo a su casa, hasta que esté curao; pero que dispués, se presente. Tuito esto, bajo su palabra y responsalidá.

La moza salió precipitadamente, encontrando al asistente en la cocina, que estaba tomando mate y sin esperar que concluyese el que tenía en la mano, lo obligó a llevar la orden de su padre, temerosa de que éste se arrepintiera.

Volvió al cuarto y besó a su padre con salamería, diciéndole:

—Ahora tata, acuéstese que ha de estar cansado.

—¿Yo, cansáo? ¡Si no he hecho más que galopiar unas leguas!

—Bueno si no se acuesta dígame, dónde lo hirieron.

—¿A mí? ¡Si no tengo más herida que la vieja!

—No, me refiero al mozo.

—¿Sabés que me parecés muy interesada?

Ella se ruborizó de tal modo que el Comisario no pudo menos que reirse a carcajadas.

—No, no es interés, sino curiosidad.

—Güeno, la herida no vale nada, es en la pulpa del muslo, un tajito no más de media cuarta y poca profundidá.

—¿Y quién lo hirió?

—¡Vaya uno a saber! Alguno de los milicos.

—Yo creí que había sido usted.

—Como voy a ser yo, si no pelió conmigo.

—Me alegro de que no haya sido usted.

—¡Canejo! — dijo el Comisario, entre alegre y serio. — No hay diablo

que te entienda hoy, aunque colijo que estás muy contenta con mi t
por más que entuavía no me has felicitao.

—Sí, muy contenta, — contestó ella abrazando de nuevo a su padr

---

Un mes había transcurrido de estos sucesos cuando una tarde,
dose en su despacho el Comandante Neyra, vió llegar a caballo al jov
res. Pocos momentos después, el asistente anunciaba la visita.

—Que dentre, dijo.

El joven guerrillero ya curado de su herida, entró en el cuarto
viejo enemigo, haciendo a éste un saludo cordial, pues no conservaba
alma ni un sólo vestigio de rencor. El Comisario no pudo menos que
tarse y corresponder a aquel saludo, aunque no puso en sus movimie
palabras, nada que trascendiera a amabilidad y olvido y eso que ya el
Central, había amnistiado por medio de una ley a todo el mundo. Solo
mandante Neyra, no amnistiaba a nadie.

—Siéntese, — dijo — y a ver lo que desea.

—Señor Comisario, — expresó Lares, tomando asiento y sin preo
se mucho por la actitud del hombre — yo venía a agradecerle, en mí n
y en el de mi padre, lo bueno y generoso que fué conmigo, haciéndo
coger del campo de batalla, cuando fuí herido y luego dando permis
que me llevasen a mi casa. Son dos buenas acciones a las que tod
tamos muy reconocidos.

—Le diré, joven, — contestó el Comisario, sin revelar en su fis
impresión alguna — en cuanto a lo primero, no hice más que cumplir
deber de autoriá, y lo mesmo hice con los otros heridos. No tiene
que pagarme deuda ninguna, y en lo referente a lo segundo, si hay al
agradecer se lo dirá usté a m'hija, ella jué la que me rogó, hast
sarme, pa que lo mandase a su casa, consiguiéndolo al fin. Yo, franca
soy un poco desconfiao con los prisioneros.

Lares reflexionaba sin saber que iba a contestar a aquel homb
hierro, porque en realidad, su franqueza casi salvaje, lo había dejad
asunto", según el pensamiento del Comisario, pero reaccionó en seg
levantándose para despedirse, dijo con voz algo insegura:

—Bueno Comisario, entonces si nada le debo a usted, le pido p
para ir a dar las gracias a su hija, por los favores que me ha hecho.

—Puede dir cuando quiera.

Y al salir Lares, el Comisario, dijo entre dientes para que el otro
oyera:

—Aura está manso; pero no le he de perdonar la trampa e las ca
Entuavía me arde la burla.

El joven, momentos después llegaba al domicilio de Neyra, haci
anunciar.

Jacinta en persona salió a recibirlo, sin poder disimular la im
que tal visita le había producido.

—Tata no está aquí, señor. Creo que lo ha de encontrar en la
saría.

—No es a su padre que busco, señorita, porque acabo de estar c
sino a usted.

—Muy bien, señor Lares, sírvase pasar entonces.

El entró a la sala, permaneciendo parado y mirando a la joven, s

atinara a tomar una actitud natural, tan hermosa la encontró; tal encanto fluía de toda su persona.

Ella, como notara un poco ridícula la situación de los dos, dijo, tratando de cambiarla.

—Mucho me alegra, señor Lares, de su visita, porque veo que ya está mejor de la herida. Pero, siéntese que aun ha de estar algo débil.

El se sentó sin que se le hubiese pasado la emoción del todo y expresó el motivo de su presencia en términos ponderativos.

—No exagere tanto, — contestó ella. — Yo le pedí a tata que lo pusiera

en libertad, porque era justo que él recompensara su acción bondadosa. En todo esto, no ha habido nada más que una retribución.

El la miró desalentado y sintió en su interior como algo que se derrumbaba, acaso el castillo de sus ilusiones, forjadas en el insomnio de su lecho de dolor. Era tal la angustia que su fisonomía revelaba, que élla sintió haberse expresado con tanta frialdad, apresurándose luego a atenuar el efecto de sus frases.

—Además, agregó, ¿cómo no iba a interceder por usted, sabiendo que estaba mal herido y que podía morirse en el cuarto de la Comisaría, sin nadie que le atendiera? Crea usted, que si mi padre no me hubiese concedido lo que le pedí, le hubiese rogado hasta conseguirlo, que me permitiera cuidarlo personalmente.

El se sintió conmovido y sin preocuparse de lo que la joven podría pensar de él, le tomó la mano, oprimiéndosela mientras le decía:

—Jacinta, no me juzgue mal, pero desde el día en que la ví, no pienso más que en usted. En mis largas horas de desvelo, muchas veces he vencido el sopor de la fiebre y la vergüenza de la derrota, evocando su imagen. Es que desde entonces, la amo ardientemente, porque usted, hija de un guerrero, ha sido para mí como un símbolo de paz, cuya influencia sentía en mi alma de revolucionario, impenitente, aplacando todas mis pasiones y todos mis odios. Dígame que no me rechaza, dígame que no le soy indiferente, y así,

la maldad de la guerra habrá dejado alguna cosa digna de mención en nuestra vida.

Ella emocionada también a penas podía articular las frases, pero una sola bastó para crear el edilio. La unión de aquellas dos almas juveniles, eran realmente un símbolo, como él dijera, la fusión de dos sentimientos disonantes en una sola armonía melodiosa.

SANTIAGO MACIEL.

la maldad de la guerra habrá dejado alguna cosa digna de mención en nuestra vida.

Ella emocionada también a penas podía articular las frases, pero una sola bastó para crear el edilio. La unión de aquellas dos almas juveniles, eran realmente un símbolo, como él dijera, la fusión de dos sentimientos disonantes en una sola armonía melodiosa.

SANTIAGO MACIEL.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 2 DE 1918 TOMO I - N.º 13

EL ESCOLLO DE ARENA

POR

Arturo Giménez Pastor

Ilustraciones de HOHMANN

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y Lanzas, de Santiago Maciel.

En el número próximo se publicará una emocionante novela del culto escritor JULIO DEL ROMERO LEYVA titulada

LA EXCELSA

Ilustraciones de EUSEVI.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

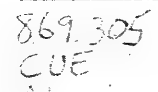
11.° Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO



APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y Lanzas, de Santiago Maciel.

En el número próximo se publicará una emocionante novela del culto escritor JULIO DEL ROMERO LEYVA titulada

LA EXCELSA

Ilustraciones de EUSEVI.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

A NUESTROS LECTORES

Con el presente número termina el tomo primero de EL CUENTO ILUSTRADO, revista que, gracias a la bondad dispensada por nuestros lectores, se ha popularizado en los escasos tres meses que cuenta de existencia.

No tenemos necesidad de elogiar lo que por sí solo se elogia. EL CUENTO ILUSTRADO, por su presentación; por la variedad y amenidad de su texto, y por la profusión de sus ilustraciones, entre de lleno, apenas nacido, en la estimación del público que tan ferviente acogida que nos obliga a corresponder con mejoras, las cuales quizá no alcancen el nivel de la justa compensación, pero que llegarán sin duda, al límite de nuestro esfuerzo.

Los más renombrados autores argentinos y uruguayos nos han honrado con sus producciones, y tenemos en cartera para su inmediata publicación otras hermosas obras literarias, también de novelistas de ambas márgenes del Plata; obras que habrán de ser saboreadas por nuestro público y valuadas en alto grado por su recto juicio.

Como complemento a nuestro esfuerzo, desde el N.º 14 con que empezará el tomo 2.º, daremos a nuestros lectores, en forma de folletín encuadernable, una obra clásica, francesa, inglesa, americana y española; de manera que con cada tomo de nuestra revista se termine aquella, correspondiendo así al favor dispensado por el público.

No se le ocultará a éste la magnitud de nuestro propósito, teniendo en cuenta la gravedad de la actual situación creada por la guerra, y que, más que a nadie, afecta a las empresas periodísticas por la elevación en el precio del papel, por cuya razón nos aseguramos por anticipado que seguirá creciendo su interés por la Revista y que lograremos el éxito que en buena ley nos corresponde.

La Dirección.

Arturo Giménez Pastor

Noticia Biográfica

Señores editores de "El CUENTO ILUSTRADO":

Correspondo a su requerimiento de una noticia biográfica para acompañar la publicación de "El escollo de arena" en la prestigiosa "Biblioteca" de cuentos con que contribuyen ustedes a difundir la producción novelesca de ambiente argentino en el público lector de cosas breves.

En realidad los únicos datos biográficos que pueden pretender alguna significación por su relacionamiento con las actividades que me llevan a figurar en el "EL CUENTO ILUSTRADO", son los que voy a hilvanar aparentando un desgaire que, aunque nunca está realmente en el fondo de las cosas cuando se escriben auto-biografías (porque éstas interesan siempre, mucho al que las escribe), sienta bien y disimula la cortedad consiguiente a la exhibición de la propia vida y milagros.

Empecemos, pues, por el hecho más importante, sin duda, además de primero en el cronológico, que es la venida al mundo. Acontecimiento que se produjo en San Nicolás de los Arroyos, provincia de Buenos Aires, donde nací el... (fecha reservada).

A éste sigue en importancia la recepción del diploma de abogado, que me expidió en 1900 la Universidad de Montevideo, donde cursé mis estudios por haberse establecido en esa ciudad mis padres, Don José Arcainos Giménez, chileno, abogado, que conquistó allí reputación de criminalista y orador, y Doña Mercedes Pastor, argentina (¡noble padre y dulce madre!) fallecidos ambos en Buenos Aires en 1908.

En 1902 me presenté a disputar en concurso de oposición la cátedra de Literatura en la Universidad de Montevideo. Este concurso resultó famoso porque sus incidencias y sus resultados tuvieron en la opinión y en la prensa uruguayas una resonancia que repercutió en la prensa argentina: y esto porque, producidas las múltiples pruebas de competencia bajo el control de un auditorio cada vez más apasionado, que llegó a exigir la capacidad total del gran salón de actos públicos de la Universidad, el tribunal de concurso me propuso como catedrático al poder ejecutivo, pero éste se negó a sancionar la decisión del tribunal por haber invocado el otro contendiente en su favor su condición de ciudadano uruguayo, que según la ley aplicable al caso, le atribuía derecho al nombramiento con preferencia al competidor argentino.

En honor de los uruguayos cúmpleme hacer constar que esto determinó un movimiento de simpatía pública cuya magnitud y significación me honraron excepcionalmente.

En 1904 me vine a Buenos Aires y me incorporé a la redacción de "El Diario", donde, bajo la emperiosamente fecunda dirección del maestro don Manuel Láinez escribí... ¡yo no se cuántas cosas!, hasta que pasé a dirigir " LaVida Moderna", semanario quizá no olvidado aún, que fundamos bajo el patrocinio de Láinez con mi hermano, Aurelio, dibujante eximio, todo el vigor de personalidad, cuya temprana muerte arrebató en 1910, un bello espíritu al arte rio-platense.

En ese mismo año ingresé a la redacción de "La Nación", sin alejarme del primer hogar periodístico, de "El Diario", donde seguí escribiendo hasta 1913. En "La Nación", aparte las tareas comunes de redacción, tuve a mi cargo la crítica de teatros, como director de la sección respectiva, y en las páginas del gran diario que tan largamente vincula con el noble calor de su ambiente solariego, a los que han vivido su vida interna, se han publicado las más de mis mejores producciones literarios periodísticas.

En 1913 fuí nombrado profesor de Literatura castellana y argentina en el Colegio Nacional de Buenos Aires; en 1914 rendí en la Facultad de Filosofía y Letras mis pruebas de aspirante al título de profesor sustituto de literatura argentina, que obtuve. El mismo año había sido nombrado profesor de Castellano en el Colegio Nacional Rivadavia.

Y no hay más hechos que vengan al caso. Pasemos rápidamente a la producción literaria.

La primer composición poética que la vocación ambiciosa de gloria imperecedera hizo surgir de mi lira, se publicó cuando yo tenía doce años.

Y no se publicó porque fuera admirable, ciertamente, sino porque mi nobilísimo padre, que, aunque hombre de talento era padre, creyó, pensando como tal, que aquello era bastante para la edad del poeta, y que el publicarlo sería eficaz estímulo de sus actividades. Así fueran éstas las de versificador, siempre suponían anhelo de "ser algo". Recogió, pues, los versitos, calóse el grave sombrero de copa y cruzó a "La Nación" (esto ocurría en Montevideo), donde se le consideraba mucho. Al día siguiente se había consumado mi bautismo de tinta de imprenta. Desde entonces, y mares de ese espeso vehículo de las ideas ha hecho correr mi implacable vocación!

Pero no nos echaremos a viajar por ese agitado océano. Diré sólo que lo más cuanto he escrito, — novelas, cuentos, a millares, notas de crítica musical y literaria, estudios de estética y literatura, versos, crónicas de viajes, obras dramáticas... !qué se yo! — anda dispersos en las infinitas "revistas" y diarios de ambas orillas del Plata, en que he colaborado desde mi adolescencia, o en archivos de teatro, o esperando su muy retardado y problemático "fiat lux" en el limbo de los atestados cajones de la sufrida mesa-escritorio.

Como éxitos singulares destacaré el de "La rendición", que favorecida con el primer premio entre 110 novelas cortas presentadas al concurso de obras de ese género que organizó en 1901 "El País", entonces gran diario, tuvo también en su versión escénica un éxito para mí memorable.

Lo demás, publicado en forma de libro o representado en Buenos Aires, allá va en rápida conmemoración:

Libros: "Versos de amor" (1912), "El Himno Nacional" 1915), "Los poetas de la Revolución" (1917). Hago merced de los opúsculos jurídicos, pero mencionaré, aunque no llegó a artículo de librería, "Wagner en el llano", ensayo de un curso popular de wagnerismo publicado en folletines de "La Nación".

Teatro: "La rendición", comedia en tres actos, representada en 1906. "El rival de Lamartine" un acto (1906). "Ganador y placé" un acto (1907). "La muerte del protagonista", prólogo y dos actos (1908). "La mancha", cuatro actos, (1912). "Luz de sombra", dos actos, (1913). Agreguemos para hacer bulto, la producción de últimas fechas, no representado aún: "El desconocido", pequeña comedia de salón; "Fray Luis Beltrán", señor drama heroíco en tres actos, prólogo y epílogo; y "La prueba del fuego" comedia en tres actos.

Y doy por terminada aquí la ardua tarea deseando que esto corresponda bien a los fines que han determinado la solicitud de ustedes.

Los saluda atentamente,

A. Giménez Pastor

Junio de 1918.

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 2 DE 1918 TOMO I N.° 13

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

EL ESCOLLO DE ARENA

POR

ARTURO GIMENEZ PASTOR

Ilustraciones de HOHMANN.

I

Al iniciarse el movimiento de dispersión de los carruajes que esperaban a la puerta del cementerio la salida de los acompañantes de un entierro, Carlos Tiller, con aquel brusco empuje que era una de sus características de hombre de fuerza, se metió en un cupé ya ocupado por otra persona que volvió la cara con cierta rápida curiosidad hostilmente desdeñada por Tiller, pues previniendo la posible tendencia comunicativa de su compañero de coche, presunto conversador y quizá filósofo mortuorio, como tanto acompañante de entierro, se acomodó reciamente en su asiento con aire de quien se dispone a pasar en hosca abstracción el tiempo de viaje común.

El carruaje se puso en marcha al trote retenido e impaciente de los caballos, cuyos cascos golpeaban sonoros el adoquinado de la calle bañada por un lindo sol primaveral.

El estrepitoso rodar de los demás coches que a un lado y otro pasaban o iban quedando atrás, y la averiguación de sus ocupantes,

alejaron por de pronto el peligro de la conversación entre los dos viajeros del cupé; pero luego fué disminuyendo el recio claqueo de los cascos y el redoble de las ruedas; los carruajes del cortejo fueron aislándose unos de otros, internándose aquí y allá en las calles transversales, y mientras el cupé en que iba Tiller seguía rodando solo calle abajo, empezó a manifestar el vecino de asiento esa inquietud precursora que advierte el deseo de trabar conversación.

Tiller vió ya inevitable el "¡lo que es la vida!" o el "¡pobre Fulano!" con que acostumbran iniciarla los compañeros desconocidos de coche de entierro, según sus inclinaciones les lleven a filosofar sobre la precaridad de la existencia humana o prefieran por más socorrido el sentimentalismo de circunstancias, tomando por sujeto de la oración al muerto; pero la iniciativa fué más directa.

Volviéndose de pronto con cierta impertinencia femenina, el compañero de viaje lo interpeló:

—¿Usted era amigo del muerto?

A tan terminante pregunta, Tiller no pudo evitarse el responder con un "nó" gruñón, mirando de soslayo a su interlocutor.

—¡Ah! Ya sé. — replicó éste. Usted es amigo de Miguel Domingo, entonces; del sobrino; porque ése tiene muchos amigos asi como usted.

Y a un ademán afirmativo de Carlos, siguió hablando con cierta volubilidad que recordaba la de los niños y la de las mujeres, acercándose a éstas por el acento y el tono, y recordando a aquéllos en la terminante ingenuidad de la expresión.

—Yo soy primo de Miguel Domingo ¿sabe? Sí; soy primo; me llamo Camilo; Camilo Gutiérrez. Miguel Domingo le habrá hablado de mí. ¿Y usted, cómo se llama?

Tiller dijo su nombre, mirando ahora con curiosidad a su compañero. Era joven, pero la frente, que se arrugaba mucho con la gesticulación fisionómica, lo envejecía haciendo allí incierta o contradictoria la edad; una barba precoz que su dueño atormentaba continuamente, ora tirando de aquí y de allí enredadas motitas, ora echando la punta hacia afuera con vivaz movimiento de mano vuelta, contrastaba con la indecisión de los rasgos, deprimidos en las curvas

y atrevidos en los ángulos; los ojillos, movedizos, inquietos y de mirar desviado, hacían también contraste con los labios rojos y frescos de niño contento.

Observando estos detalles y la breve movilidad de los ademanes, Tiller formuló para sí una calificación poco piadosa de aquel sujeto que con un afeminamiento pueril ahogaba su energía varonil, casi brutal a fuerza de acentuada; pero el verboso Camilo siguió hablando sin preocuparse de aquel examen de su persona ni de la calificación que pudiera merecer.

—Carlos Tiller..., — dijo repitiendo el nombre. — No lo conozco; no importa. ¿Usted es casado? ¿Nó? No importa; es joven todavía; tiene tiempo. Yo soy casado; casado hace tres años; tengo veintiseis.

Y decía todo esto con una suficiencia y una como satisfacción de superioridad bastante cómica, echando hacia adelante la punta de la crespa barba con su peculiar movimiento de mano vuelta.

¡Casado! En Tiller esta revelación produjo un extraño efecto. De inmediato, había mirado a su compañero con el burlón desabrimiento con que el hombre fuerte y material mira al sujeto afeminado y endeble, encontrándolo ridículo y sintiéndose en ridículo por el hecho de ir con él. Pero, al saberle casado, su atención se fijó de pronto en Camilo Gutiérrez con sorpresa e interés particular. El tipo vulgar se convertía de pronto en *caso* raro. ¿Cómo y con quién se había casado? ¿Cómo sería la mujer de aquél marido?

Sobre este punto de inducción comenzó a levantarse en el espíritu de Tiller, como la perversa cabecita de una serpiente, indeciso pensamiento de mala índole, propio de quien, como él, asociaba la brutalidad física de la fuerza contenida, tirante en un apuesto cuerpo de joven hombre de presa violentamente modelado por la civilización, y la barbarie sensual voluntariosa y áspera de esas naturalezas simplistas que se reducen al ejercicio de los instintos dominantes creyendo ejercitar facultades de privilegio, dotes de conquista que tienen en la mujer su objetivo necesario y obligado.

En suma, ese pensamiento poco definido aún, que erguía en el espíritu de Tiller su cabeza de vivorilla sibilante, iba a incidir con

curiosidad malsana en la mujer de aquel pobre marido tan poco varonil, atribuyendo, en un oscuro razonamiento instintivo de buen mozo de avería, cierto derecho preminente sobre el insospechado bien que sin derecho ni capacidad tenía allá en su casa

el infeliz aquel. Seguramente era esa singular esposa un sujeto propicio a revelaciones de una intensidad de vida ignorada...

Entre tanto seguía el coche rodando, y el pobre Camilo Gutiérrez, tira motitas de su barba por acá, tira motitas por allá, seguía hablando y hablando con su impertinente locuacidad, dando cuenta

prolija de sus gustos, de sus ocupaciones, de sus costumbres, ingénuo y versátil como un pájaro, cargoso como un perrito contento.

Acabó por ofrecerle su casa a Tiller, cuando el coche volvía la esquina dirigiéndose a ella, y cuando se detuvo ante la puerta le instó a entrar.

—Baje; esta es mi casa; (acentuaba siempre el posesivo) le presentaré a mi señora. Tenemos pocas relaciones, pero buenas... Entre, pase adelante.

Carlos cruzó el umbral de aquella casita que exhalaba perfume de paz, con su pequeño patio alegrado por unas cuantas plantas en tinas pintadas de verde y por el gorjecer *pianíssimo* de dos jilgueros bajo cuya jaula daba el toque artístico una modesta oleografía con filete de varilla dorada; traspuso el corto zaguán y se detuvo mientras Camilo daba propina al cochero.

En medio del silencio hacendoso de aquella casa oíase un redoble de agua cayendo del grifo en el patiecillo interior; y la discreta reserva de las puertas y la fresca limpieza del embaldosado acusaban la presencia de la mujer en ese hogar que invitaba a vivir tranquilo.

Era aquello, en efecto, un hogar, un hogar apacible, ordenado, grato al espíritu. Y Tiller sintió de pronto una sorda ráfaga de cólera y envidia contra Camilo por aquel hogar, por aquella existencia sin duda venturosa que él en su seco hastío de hombre de placer no sospechara ni había sido capaz de conquistar.

Despedido el carruaje, Camilo entró velozmente diciendo:

—Pase adelante, pase adelante... ¡Dolores, Dolores!

Y sin más, abrió la puerta que daba al zaguán e hizo entrar a su huésped a la sala.

Sentada de espaldas a la puerta, junto a la ventana, la esposa no se había dado cuenta de la inesperada visita, y, la cabeza inclinada sobre una labor, dejaba ver una nuca mórbida y llena en cuya suavidad dormían pequeños ricitos casi rubios.

Tiller clavó la mirada allí y otra vez surgió en él, concretándose ocasionalmente, la idea perversa que se diseñara durante el viaje en el coche, relampagueando un instante entre una carcajada

interna la absurda tentación de besar sin ambajes aquella nuca, delante del marido, como usando de cosa propia.

Todo esto en el tiempo que necesitó ella para volver la cabeza y levantarse confusa y torpe, saludándole con apresuradas excusas y diciendo al locuaz Camilo, que hacía la presentación con negligente vivacidad, echa que echa hacia adelante la barba con su nerviosa mano:

—¡Pero Camilo! ¡Me hubieras avisado! ¡Qué dirá el señor!..

"El señor" sonreía con impertinente superioridad, mirando a la joven dueña de casa con aire de inteligente en mujeres, mientras devolvía con natural aplomo los cumplimientos del caso.

Era fresca y esmerada en la actitud, ya que no distinguida. La limpieza de la frente y la humildad de la mirada entre los párpados con frecuencia bajos, tenían algo de conventual; rasgo ascético que los labios gruesos, el pecho alto y el talle robusto y terso rectificaban. La sorpresa la tenía ruborizada y aquel fuego de sonrojo animaba cálidamente la agradable cara.

—Ya conoce a mi señora, — dijo Camilo tomando la palabra con aire de necia satisfacción y dirigiéndose a Tiller que hacía gala de no atenderle. — Aquí vivimos felices y tranquilos sin hacer mal a nadie...

Y siguió diciendo un sin fin de tonterías.

II

Tiller salió de la casita apacible que le acogiera con dulces gorjeos y hospitalario ambiente, dejando vagar en sus labios una maquinal sonrisa equívoca, mientras los ojos afirmaban una burlona preocupación de curiosidad, satisfecha bien pronto por la averiguación de cuanto se relacionaba con el singular matrimonio.

Ella era una muchacha expósita criada en casa de una familia que la tenía en esa indecisa condición de las protejidas que son algo más que doncellas de servicio y algo menos que parientas pobres.

Esta situación favoreció el trato con Camilo, que no podía en-

contrar en Dolores la presunción desdeñosa y el desenfado burlón con que chocaban su ingénua sensibilidad afectiva las muchachas de su misma condición social: sus primas y las amigas de sus primas, que eran las relaciones accesibles a su pueril insuficiencia de capacidad psicológica.

Huérfano él también desde los diez años, pero con una parentela numerosísima y pudiente, había sido criado y educado por esos afectos de línea colateral que, aun bondadosos y solícitos, no alcanzan el íntimo calor del cariño: y a los veintitrés años, su condición de bobito femeninamente locuaz lo hacía un problema para la familia, que no sabía qué hacer con él, qué destino darle.

Dolores fué la feliz solución de ese problema. Libertado por la edad de su pupilaje en el Colegio del Salvador, Camilo volvió a frecuentar la casa de los parientes en que vivía Dolores y se aficionó a la huérfana, con quien se daba bien, hallando grata su natural modestia y deferencia para con él. Camilo tuvo el buen tino de ver en aquella muchacha la mujer que le convenía, y un día salió declarando con su ingénua desenvoltura afirmativa que quería casarse con ella. La parentela patrocinó la instintiva inclinación del pobre niño grande que buscaba en una compañera para su vida de huérfano el perdido calor del hogar. Dolores, por su parte, era seria y ordenada. Su humilde condición social y su natural modestia debían hacerle considerar ventajoso destino la unión con un marido de buena familia que le daba un nombre, y a quien su patrimonio aseguraba buen pasar e independencia.

Y Camilo tuvo así lo que tantos más capaces no logran: mujer juiciosa, humilde y recatada, y hogar donde vivir "felices y tranquilos, sin hacer mal a nadie", como decía él siempre, complaciéndose en repetir esa fórmula que resumía su concepto de la vida deseable.

Aquel señor marido era bastante infeliz, pero Dolores se manejaba muy bien con él tratándole como una hermana mayor a quien le es confiado el hermano niño.

De cuando en cuando, en un infantil arranque de sociabilidad, solía Camilo llevarse a la casa nueve o diez muchachos de doce a quince años, relaciones adquiridas en el Salvador, donde estuviera

hasta no mucho antes de casarse, y organizaba con ellos concierto vocal; era entonces realmente enternecedor el verle, tan inocente, cantar a voz en cuello coros de zarzuela con aquellos rapaces que

después de hacerse obsequiar con Oporto y bizcochos, sacando la tripa de mal año, habrían concluído más de una vez por armarle desorden y gritería a no imponerles compostura la tranquila serie-

dad de Dolores, que hacía labor a un lado, limitándose a decir: "Muy bien", cada vez que concluían un "número".

Todo esto supo Tiller, y cuanto había de cruel en su egoísmo de prepotencia voluntariosa, casi profesional, — curiosidad maligna, grosera fatuidad, hastío de licencia vulgar, tendencia sistematizada a hacerse dueño de mujeres porque sí,—todo se recreó perversamente ante aquel caso que él llamaba pintoresco y atrayente, cuando, en rigor, su superioridad de buen mozo fuerte, imperioso y avezado de falsear indefensas voluntades, frente a la irremediable superficialidad del pobre Camilo, que escusaba hasta precauciones de disimulo, hacía de la empresa una villanía vulgar. Así, a poco de conocer aquella gente, Tiller entraba en la casa con el insolente desenfado de quien se siente muy por encima del medio en que actúa. Su presencia y su trato de hombre que ha vivido vida fuerte, su desenvoltura de calavera y sus atrevimientos de triunfador lo impusieron desde luego con fatal despotismo.

La pobre Dolores no pudo menos de sentirse de inmediato dominada por aquel membrudo y arrogante mozo de bigote provocativamente levantado, finos y crueles labios de egoísta, enérgico entrecejo voluntarioso y ojos cuya recia y audaz mirada parecía contar la historia de muchos amores, de muchas mujeres vencidas; una historia a la vez amenazadora y fascinante para aquella muchacha que veía en él la personificación de un mundo y de una fuerza desconocidos, terribles y magnéticos.

Así, la sola idea de Carlos, el solo pensamiento de su aparición destacando la autoritaria figura en la puerta, la turbaban con ese sobresalto del mal pensamiento que sabemos que al fin ha de triunfar de nuestra voluntad.

Las primeras osadías de la procaz mirada y las primeras aproximaciones premeditadas, la hicieron apartarse, como quien se echa atrás ante el peligro de un contacto quemante, con miedo, con la angustia del pájaro que siente la avasalladora influencia de los ojos de la serpiente y se agita torturado, conociendo que ha de caer al fin. Veía venir sobre ella el peligro, se veía en él, y sentíase débil, enervada por el ascendiente malsano de aquel hombre cuya despiada-

da y perturbadora voluntad fascinaba su pobre alma inerme, perdida en ese desconocido mundo del mal.

Una noche que Camilo salió a recoger sus jilgueros para llevarlos al comedor, donde dormían, conversándoles como un niño a sus juguetes, Cárlos se acercó rápidamente a ella. Dolores consiguió arrancarse de él con un brusco rechazo e instintivamente gritó con voz sorda, ahogada por la emoción:

—¡Camilo!

Tiller se echó a reir con el aire absolutamente confiado de quien se siente dueño de la impunidad, diciéndole con aquella risa franca y fría cuán vano era el auxilio que reclamaba, cuán irrisorio fuera ponerlos frente a frente a él y a su pobre marido débil e incapaz...

III

Tomando el café, después de la comida, al levantarse Dolores huyendo del calor de la lámpara, que la noche, acentuadamente cálida, hacía molesto, Camilo la dijo:

—Anda a vestirte; vamos a las pruebas.

Camilo salía rara vez de noche, y por esto la invitación sorprendió un poco a Dolores. De suyo retraída, su despreocupación en cuanto a espectáculos y diversiones no estimulaba en su marido iniciativas como aquella que resultó así un *ex-abrupto* inesperado. Camilo debió, pues, agregar como esplicación:

—Me ha dado cita en el circo mi amigo Tiller que no quiere pasarse sin mí.

Y con su peculiar aire de necia satisfacción echaba adelante la barba acariciando impertinentemente las cejas.

—Nó, no voy, — dijo ella, azorada al pensar en la proximidad del otro y esquivando el ver los enérgicos rasgos de aquel hombre que la perseguía, en parangón con las indecisas líneas de la mezquina cara de su marido, que al lado de Carlos, arrogante, fuerte y atrevido, parecía, con su insignificancia y con las ridículas inflexiones femeninas de su voz, aceptar tácitamente la preponderancia de aque-

la voluntad del perseguidor que perturbaba cada vez más el espíritu de su mujer.

—No voy; hace mucho calor, mejor estoy aquí.

—¡Ah! Pues entonces yo me voy de solterito, ché, — replicó él con su fatal inflexión dengosa. — Yo soy muy fino y no dejo plantado a mi amigo.

Ella tuvo la intención de disuadirlo; pero la contuvo el temor de que, si no concurría Camilo a la cita, se viniera el otro a la casa so pretexto de conocer la causa de la ausencia por lo que pudiera ser. Se limitó, pues, a decirle:

—Sí, sí; anda tú; yo me quedo porque estoy deshecha con el calor.

Camilo estaba encantado con su amigo Tiller. Su infantilidad de espíritu complacíase orgullosamente en la camaradería con aquel hombre hecho y derecho que no desdeñaba, como siempre le había ocurrido con otros, su amistad y su compañía de "joven fino", como decía él calificándose en contraste con la rudeza de "esos que creen que para ser hombre hay que ser un bruto con la gente fina y decir malas palabras".

Su necesidad de afectos y de comunicación había tenido que refugiarse en la charla mujeril con las primas y en la compañía de aquellos muchachos de doce a quince años que en gárrulo grupo llevaba a su casa a cantar coros de zarzuelitas; amigos en quienes ahora pensaba con cierto desden piadoso de hombre que recuerda sus cosas de chico.

Por lo demás, Tiller no abusaba de la incapacidad de su nuevo amigo; la basta dureza de sus sentimientos se refinaba ante el pobre joven en un maligno pregustamiento de lo que le esperaba; complacíase simplemente en sentirlo víctima necesaria de la insospechada catástrofe que sobre él se cernía; pero a Dolores la incendiaba en repentinos y llameantes sonrojos de irritado bochorno la idea de que fuera de allí Tiller no haría otra cosa que poner en cruel ridículo a Camilo sin que pudiera ella disuadir a éste de tener trato con un amigo de que estaba tan orgulloso.

Mientras estos pensamientos bullían en la mente de Dolores

como consecuencia de la invitación o cita que llevaba a su marido al circo aquella noche (y lo de que lo llevaran al circo y no a otro espectáculo era ya mortificante para la pobre esposa), Camilo salió de su cuarto tarareando vanidosamente y tras una despedida de

"calavera" tomó la calle, no sin que Dolores sintiera un profundo desaliento al verle salir muy airoso, con un cuello vuelto que tenía algo de descote y un lazo de corbata imposible de coquetería.

Ella quedó en el patio perfumado con intensa fragancia por los nardos y jazmines modestamente agrupados en el centro como un bosquecillo doméstico.

La noche, muy cálida, chispeaba en estrellas brillantísimas y susurraba con leves ruiditos de insectos o menudos seres inquietos. La lámpara del comedor a media luz difundía un vago halo de calor en la sombra del patio.

Desprendido el cuello de la liviana blusa, los ojos entornados y las manos cruzadas sobre la cabeza, gozaba Dolores en su mecedora la voluptuosidad del abandono, de la laxitud que deja pasar el tiempo en vago, cuando la figura de Tiller, recortada en negro por la claridad del farol de la acera, se destacó, dominadora y segura, en la puerta de calle.

Dolores, sorprendida por aquella aparición a pocos pasos de ella, no halló posible realización a la inmediata idea de decirle a la sirviente, sin que él lo advirtiera, "dígale que no hay nadie en la casa"; la hubiera oído; y por lo demás, él sin duda venía sobre seguro, después de haber visto a Camilo entrar al circo donde no había de encontrarle; por otra parte Tiller se limitó a cumplir la fórmula de un golpe de llamador, y, sin más, avanzó con su desenfado habitual.

No preguntó por Camilo. No disimulaba. Sentóse con la mirada fija en el botón desprendido de la blusa, que ella, turbada, acudió a cerrar, y la envolvió en una conversación llevada con voz íntima y segura que no necesitaba recojerse al paso de los transeuntes que resonaba de cuando en cuando en la acera, ante la puerta de calle, apagándose y extinguiéndose una vez traspuesto el vano de luz junto al cual pasaban ignorantes de que en su silueta y en el ruido de sus pasos encontraba el desamparo de una pobre mujer la única compañía de su espíritu invadido de soledad; una soledad que en la depresión de la impotencia ante el imperio de una voluntad más fuerte la llevó por fin al doblegamiento que entrega sin alma.

IV

La posesión de aquella muchacha era por sí misma para Tiller cosa muy corriente, sin mayor interés que el que podía atribuirle

de inmediato esa codicia torpemente sistemática que a él como a tantos de iguales condiciones los hace una especie de profesionales del lance de conquista por simple prurito de vanidad masculina; y casi sin transición halló causa de fastidio en el secreto de su triunfo.

Un envidioso y malsano desprecio por Camilo; el perverso antojo de maltratar la debilidad de aquel infeliz, de abusar plenamente de su fuerza contra él; el dañino capricho de ver qué cara ponía al conocer su desgracia, qué haría en el momento crítico ante el dueño de su mujer, fuerte y cruel, era lo que en realidad había impulsado a la aventura al brutal joven. Así, el descubrimiento del abuso era el punto de novedad, el rasgo original de esa aventura, y a Tiller le impacientaba la tardanza de la sorpresa, que mantenía en la más vulgar de las vulgaridades lo que debía ser interesante caso. Irritábale la ingenua buena fe de Camilo, aquella leal confianza que lo hacía ciego; fué multiplicando imprudencias con el afán de meterle por los ojos lo que el infeliz no acertaba a ver, y más de una vez volvió a pasar como un relámpago por su mente la idea aquella de besar a Dolores en presencia de Camilo, como a mujer propia, creando así la más bizarra situación deseable.

Con todo esto y a pesar de su candorosa superficialidad, Camilo empezó a sentir esa punzante y vaga inquietud, más presentimiento que sospecha, característica del momento en que la sensibilidad advierte que algo extraordinario flota en torno, que algo funesto ha ocurrido. Solía tener miradas rápidas y fijas, como disparadas por un súbito recelo, miradas en que había angustia, sobresalto y también esa dureza incierta con que se mira pensando si se es objeto de una burla; le ajitaban nerviosidades que se fundían en atormentados ensimismamientos.

El espíritu del pobre hombre-niño trabajaba en vago; más que sospechar, sentía algo malo; presentimiento de víctima que lo mantenía alerta.

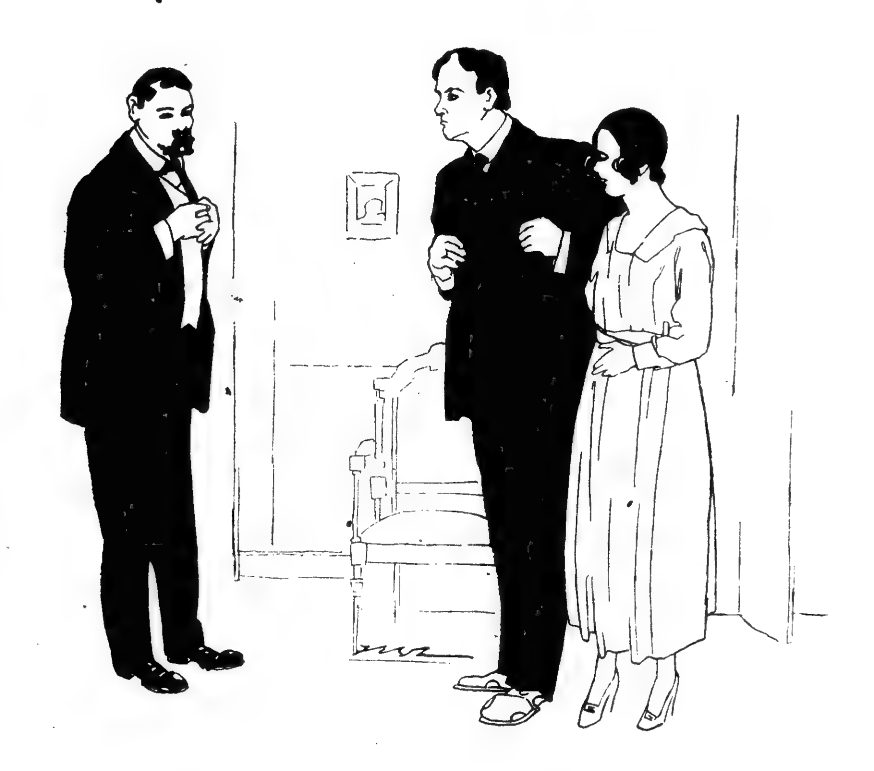
Así, aquella sorpresa deseada con picante inquietud por el otro se produjo al fin. Entrando a su casa, al caer una hermosa tarde, mansa y cálida, oyó Camilo en la sala rumor de una lucha sorda y

ardiente, súplicas de prudencia en voz baja, sofocada; murmullo de voces que le eran bien conocidas...

Entró.

Tiller al verle se irguió ante él, provocándole con descarada insolencia.

El infeliz, golpeado por la brutalidad de la revelación quedó inmóvil un instante, mirándolos con los ojos dilatados, abierta la boca y palpitando en los temblorosos labios un gran golpe de pa-



labras, una explosión muda de doloroso asombro, de reproche intensísimo que le decía a ella con su silencio clamante:

—¡Tú!... A quien dí nombre, cariño y bienestar; con quien fuí bueno e inocente, en quien busqué el perdido calor de mi hogar de huérfano! ¡Tú!...

Y a él:

—¡Usted!... A quien abrí mi casa feliz y honrada; con quien

fuí leal e ingenuo, en quien busqué cariño de amistad, el anhelo de mi niñez solitaria! ¡Usted!...

Fué aquella una de esas situaciones en que los segundos de tiempo se precipitan y parecen amontonarse, no poder seguir su curso, y amontornar así horas violentamente contenidas, en un instante que apremia atrolladamente.

El infeliz arrugaba la cara en un gesto de desesperación que no hallaba desahogo. Todo en él sufría gritando la protesta del ultraje inícuo.

Rompió por fin a hablar, velozmente, como una mujer irritada.

—Usted es un sinvergüenza y un atrevido y un canalla; y tú...

No pudo seguir. Se le contrajo la cara con violenta angustia, y, haciendo pucheros, esos trágicos gestos que son la mueca del sollozo en el hombre, rompió a llorar amargamente, diciendo en una desesperada confesión de su miseria:

—¡Por que soy así!... ¡Por eso!... ¡Cobarde!...

Tiller, brutal, insolente ante la fuerza, se sintió maltratado como no lo había imaginado nunca por aquel apóstrofe dicho entre lágrimas; se sintió avergonzado y miserable, extrañamente confuso ante la inviolable fuerza de la debilidad y del dolor. Aquel hombre llorando en la salita de su hogar escarnecido lo venció con una jamás sentida evidencia de su infamia. Se vió indignamente cruel, cobarde, en efecto, estúpidamente irritado contra sí mismo; sintió el desconcierto de las situaciones insostenibles ante nosotros mismos...

Sin mirarla a ella, que, con los ojos secos, clavaba una mirada ciega en el vacío; sin mirarlo a él, que, la cabeza entre las manos, seguía llorando con toda la lealtad de los grandes dolores, salió dejando tras sí la mancha de su inútil villanía en aquella casita donde antes de entrar él vivían ellos "felices y contentos, sin hacer mal a nadie"; la mancha de su inútil infamia que hacía triste el cielo sobre el pequeño patio alegrado por las humildes plantas de jazmin y de nardo, y echó a andar abstraído de toda visión de la calle en su agobiamiento interior.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

FRENTE A FRENTE

Los colocaron el uno al lado del otro en el escaparate alegre, lleno de colores vivos y reflejos sonrientes. Muñecos de mejillas muy coloradas y ojos muy abiertos, muñecas de ojos muy lánguidos, cejas muy finamente trazadas y loca cabellera estoposa; vacas, tigres, leones y caballos de goma pintada; perros sofocados por los pelos de una piel demasiado abundante, cajas de soldaditos de plomo; arcas de Noé repletas de animales de madera con sus correspondientes pastoras de ancho sombrero; teatros con los títeres caídos y el telón a medio alzar; ferrocarriles de lata; cochecitos lustrados, calesitas con apopléticos viajeros de papel mascado; mobiliarios de sala, caballerizas y juegos de bote, cisne, rana y pescado, con imán, colocados sobre algodón en cajas con tapa de vidrio, todo se aglomeraba allí desplegando una brillante visión multicolor trás el cristal ante el cual se detenían, al pasar, los niños, magnetizados por la codicia del juguete, alineando en ciertos momentos seis y siete cabezas infantiles con las narices aplanadas contra el vidrio.

El conejito blanco que redobla en el tambor muy tieso, mirando al frente, con sus largas orejas alerta, advirtió de pronto por las miradas y las indicaciones de los niños, la vecindad de un reluciente y complicado automóvil de lata montado por un payaso procaz que, estando en marcha el aparato, echaba atrás y adelante, al inclinarse y erguirse, la larga borla de su gorro puntiagudo, y se sintió molestado en su amor propio por el interés que los chicos mostraban ante aquel juguete moderno. El payaso del automóvil había venido a quedar muy echado hacia atrás en su asiento al acabársele la cuerda, y resultaba insoportable de jactancioso en aquella actitud.

—Cualquiera diría que te crees superior a todos porque están de moda los automóviles, — díjole con irónica ceremonia el conejo.

—Siento mucho que te moleste mi superioridad, — contestó el payaso, — pero no es culpa mía si por representar en el ramo el espíritu moderno, la última palabra de la mecánica ingeniosa, des-

alojo en la preferencia de los niños a las antiguallas. El mundo progresa.

Al conejito le fulguraron los negros ojos de cuentas de vidrio.

—Me pareces un gran botarate, — replicó.

—Y tú me pareces a mí un pobre fóxil.

—Si tuviese cuerda te daba con mi palillo en la cabeza.

—Y si yo tuviese cuerda te pisoteaba cuanto pelo tienes en ese cuero postizo que llevas encima.

El conejo, en la imposibilidad de hacer efectiva su amenaza, siguió diciendo:

—Estos intrusos se creen que porque tienen más rodajes que una maquinaria, ya se han llevado el mundo por delante. Y al fin ¿qué es lo que tienen de nuevo? Más firuletes y menos mérito.

—¿Es que no has oído decir que el movimiento, la acción febril, constituye la ley en la sociedad moderna? Pues de ahí mi importancia. ¡Soy un símbolo!

—Yo no he oído decir nada porque mis orejas son simples pedacitos de cuero, como conviene a un verdadero juguete, — contestó cada vez más amostazado el conejo. Pero te digo que en cuanto a movimiento, no tengo por qué envidiarte. También yo soy juguete mecánico y hace rato. Se me póne que la mecánica no ha nacido contigo.

—¡Valiente movimiento!.... Tienen que llevarte arrastrando para que toques estúpidamente el tambor, y de ahí no sales. Has aburrido muchedumbres de chicos con tu monótono redoble, y todavía haces mérito de ello !quizás te crees un artista!

—Me creo un conejo bien hecho y gracioso, tan solo, y no un montón de lata.

—Pues vieras este montón de lata andando. Unas vueltas de llave, dejarme solo, *so-lo,* ¿entiendes? y ¡con qué gallardía rompo a andar trazando en el suelo las curvas más amplias y airosas que puedan soñarse! ¡Esto es un juguete!

—Pues mira, — replicó el conejo señalando a un polichinela vestido de tela roja y azul que tocaba los platillos cuando se le apretaba el pecho. Aquel, y yo, sin tantos partes ni novedades, hemos hecho las delicias de tres generaciones; guardamos los recuerdos adorables de la verdadera infancia, la infancia de antes, la que reía y jugaba; estamos consagrados por las sonrisas de millares de niños y somos inmortales porque aquellos a quienes hicimos felices en los buenos días pasados, legarán nuestro recuerdo a sus hijos,

para que nos sonrían en los largos años festivos. En cambio tú, pobre advenedizo ensoberbecido, sin tradición de cariños ni recuerdos ¿qué puedes esperar de tu boga de un día?

Este caluroso discurso del conejo cuyas manos estremecidas hacían temblar los palillos junto al tambor, conmovió verdaderamente a la población del escaparate. El polichinela de los platillos, entre emocionado y entusiasta, hubiera querido que alguien le apretara el pecho para dar un buen platillazo. El perrito peludo miraba al del automóvil, con los ojos muy brillantes entre los revueltos pelos. Pero el payaso, excéptico y positivo, enfrió muy luego la impresión lograda por el conejo.

—Ps!.. Todo eso será muy bonito; pero los hechos son hechos. El pasado, te lo dejo; el presente es mío. Los niños quieren automóviles y no conejos. Millares de automóviles salen día a día de la tienda a cambio de buena moneda de curso legal. En cambio, tú tienes sobre el cuero polvo de dos o tres años, no representas otro valor que el de tu venerable antigüedad; y hoy las cosas valen lo que por ellas se paga, no lo que por ellas se siente. Esto es lo real. Con tu tradición no come el juguetero y yo enriquezco al fabricante con mi boga de advenedizo. Yo soy el vil metal y tú el noble pergamino; pero los nuevos pergaminos que hoy se respeta son los billetes de banco, los que representan la fuerza viva del dinero y no el prestigio muerto de la historia. Conejo; eres un cadáver glorioso!; no te digo más.

Trás un momento de silencio, largo rumor agitó el brillante escaparate; se comentaba el diálogo con singular animación, en tanto que el muchacho de la juguetería iba colocando del lado de afuera los tableros del escaparate. Decididamente aquel gran bellaco del payaso había impresionado también fuertemente al ingénuo auditorio con su brutal réplica, pero el feroz positivismo de sus palabras maltrató en lo íntimo a los más de aquellos juguetes, que, al fin, tenían algo de niños. Las pastoras del arca de Noé, los arlequines chatos que mueven las brazos y las piernas en tirándoles de una cuerdita, las muñecas de ojos lánguidos y los soldados de madera, todo lo que en el juguete es interpretación del espíritu infantil, dirigieron al conejo una expresiva mirada de simpatía, otorgándole con esta afectuosa adhesión los laureles del triunfo, a tiempo que el juguetero apagaba la luz dejando a obscuras muñecas, soldados, pastoras, arlequines y animales.

Entonces en el negro silencio de la obscuridad, fué cuando el

payaso de los platillos oyó murmurar al conejo con voz llena de tristeza estas palabras que a pesar de todo no había plagiado a Galileo:

—Y sin embargo, lo que ese ha dicho, es la verdad!

ARTURO GIMENEZ PASTOR

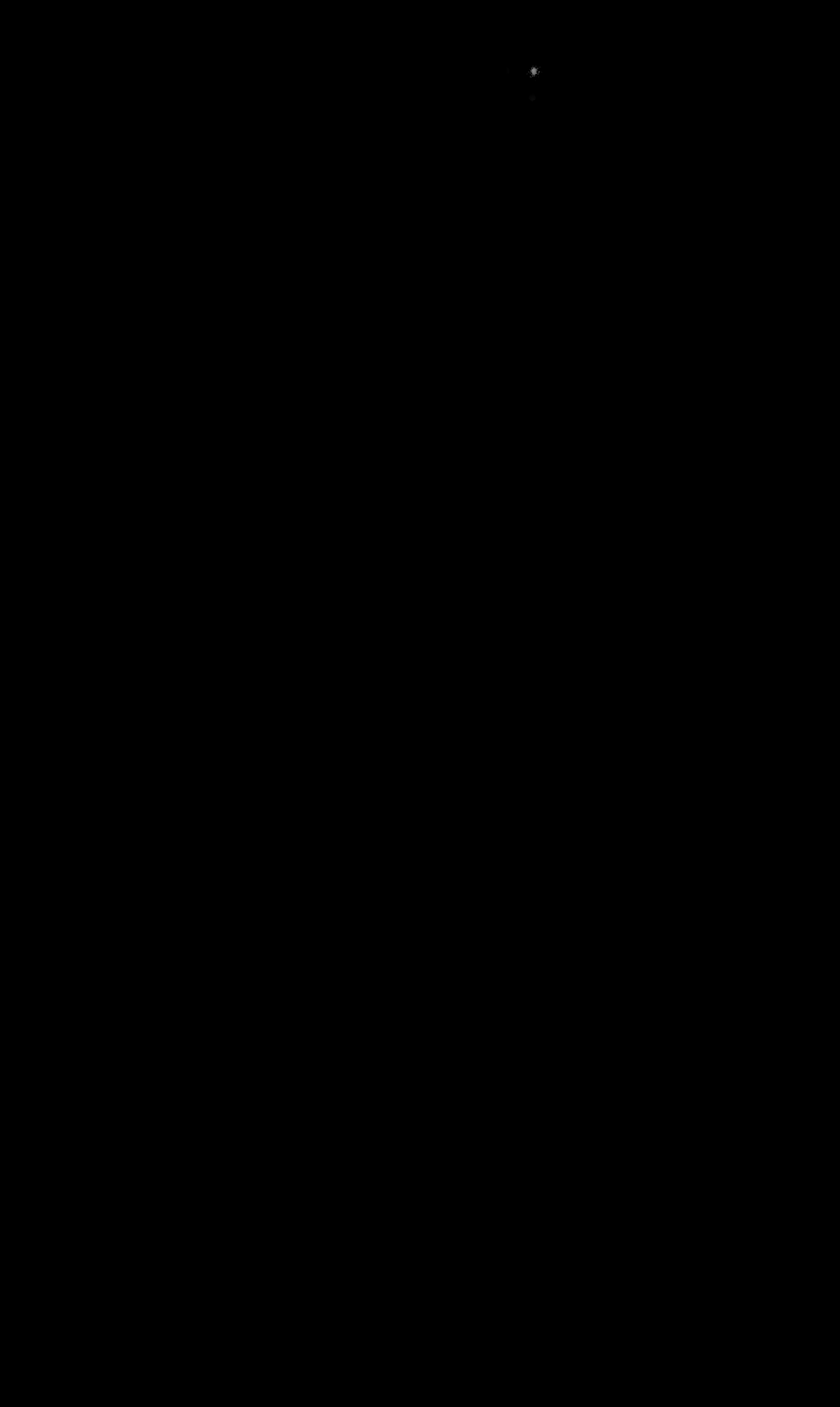
FIN DEL TOMO I

payaso de los platillos oyó murmurar al conejo con voz llena de tristeza estas palabras que a pesar de todo no había plagiado a Galileo:

—Y sin embargo, lo que ese ha dicho, es la verdad!

ARTURO GIMENEZ PASTOR

FIN DEL TOMO I



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 9 DE 1918 TOMO II - N.º 14

LA EXCELSA

POR

Julio del Romero Leyva

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

CONCURSO LITERARIO

No. 14

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 23. Rumbo a las estrellas, Lema: «Cal.»
» 24. Respetémonos. Lema: Francisco Javier.

En los números sucesivos se irán publicando los recibidos dentro de cada semana.

Para aclaración de algunas dudas presentadas sobre el concurso, diremos que las obras que se presenten no han de constar de más de 8.000 palabras, cualquiera que sea el número de cuartillas.

El recibo de cada obra presentada por los residentes fuera de esta capital, se expedirá a nombre de quien el autor señale, siempre que no sea el suyo, aunque bastará la publicacion del título y el lema en la página correspondiente para que el autor se de por enterado de la recepción.

NUESTRO FOLLETIN

Comenzamos hoy la serie de novelas clásicas, que en obsequio de nuestros lectores nos proponemos publicar, con la magnífica obra de Erckmann Chatrian, "Por las tierras de Alsacia".

Es un relato episódico de la guerra del 70, en el cual su autor pinta de mano maestra la invasión por los ejércitos de Bismark de la Alsacia y la Lorena, a quienes la naturaleza dotó de encantos innumerables, quizá para que fueran siempre objeto de todas las codicias.

Como obra literaria es una de las que cimentan la nombradía de su autor; pero su mayor belleza está en el acendrado patriotismo que nutre sus páginas, por cuya razón creemos habrá de merecer el beneplácito de nuestros lectores en los actuales momentos en que todos los ojos latinos se vuelven fraternales del lado de Francia.

Por las tierras de Alsacia

POR

ERCKMANN CHATRIAN

I

Esta historia, que es la mía propia durante la penosa guerra que acabamos de atravesar, la escribo para los hombres de buen sentido y para que las generaciones que deben sustituírnos tomen ejemplo en ella a fin de prevenirse contra los muchos tunantes que infestan el mundo y contra aquellos que ocultan la ruindad de sus sentimientos bajo el artificio de halagadoras palabras; pues en esta aldea se nos engañó de un modo abominable por toda clase de gentes, empezando por el subprefecto, el prefecto y el ministro y concluyendo por los diarios oficiosos y el párroco.

¿Cómo sospechar que pulula tanto bribón por la tierra? Sólo puede creerlo aquel que lo ha visto con sus propios ojos.

En fin, hemos pagado, y dado cuanto heno, grano, harina y ganado teníamos, y todavía nos hemos quedado cortos, hasta que por último nos han entregado a nosotros mismos, diciéndonos: "Ya no sois franceses, sino prusianos. Os hemos tomado vuestros mozos para hacer la guerra y están muertos o prisioneros; ahora componéoslas como podáis con Bismarck; vuestros intereses ya no nos atañén'.

Pero esto merece ser contado con toda claridad, y quiero empezar por el principio, sin dar entrada en mi pecho a la cólera.

Ante todo digo que soy molinero en el pueblo de Rothalp, situado en el valle de Metting en Dossenheim, entre la Lorena y la Alsacia. Es Rothalp grande y de aspecto agradable y cuenta ciento treinta casas, no faltando en él ni su párroco Daniel, ni su maestro de escuela Adán Fix, ni carreteros, herreros, zapateros, sastres, taberneros, cerveceros, y vendedores de huevos, de manteca y de volátiles, item más dos judíos, Salomón Kahn, buhonero, y David Hertz, tratante en ganado.

Con lo dicho queda demostrada la prosperidad de que disfrutábamos antes de la guerra; pues tanto más rico es un pueblo cuanto más atrae a los forasteros y más medios les ofrece de ganarse la vida en su respectivo oficio.

En cuanto a la subsistencia, ni necesidad teníamos de acudir a la ciudad para la carne, pues David mataba de vez en cuando una vaca, en el corral de su casa, y nos vendía cuanto necesitábamos para los domingos y demás festividades.

Yo, Cristiano Weber, no me he alejado de esta comuna más allá de cuarenta leguas. Mi molino lo heredé de mi abuelo Marcelo Desjardins, francés de los alrede-

CONCURSO LITERARIO

No. 14

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 23. Rumbo a las estrellas. Lema: «Cal.»

» 24. Respetémonos. Lema: Francisco Javier.

En los núme[illegible]án publicando los recibidos dentro [illegible]

Para aclarar [illegible] presentadas sobre el concurso, diremos que las obras que se presenten no han de constar de mas de 8.000 palabras, cualquiera que sea el número de cuartillas.

El recibo de cada obra presentada por los residentes fuera de esta capital, se expedirá a nombre de quien el autor señale, siempre que no sea el suyo, pues bastará la publicación del título y el lema en la página correspondiente para que el autor se dé por enterado de la recepción.

NUESTRO FOLLETIN

Comenzamos hoy la serie de novelas clásicas, que en obsequio de nuestros lectores nos proponemos publicar, con la magnífica obra de Erckmann Chatrian, "Por las tierras de Alsacia".

Es un relato episódico de la guerra del 70, en el cual su autor pinta de mano maestra la invasión por los ejércitos de Bismark de la Alsacia y la Lorena, a quienes la naturaleza dotó de encantos innumerables, quizá para que fueran siempre objeto de todas las codicias.

Como obra literaria es una de las que cimentan la nombradía de su autor; pero su mayor belleza está en el acendrado patriotismo que nutre sus páginas, por cuya razón creemos habrá de merecer el beneplácito de nuestros lectores en los actuales momentos en que todos los ojos latinos se vuelven fraternales del lado de Francia.

Por las tierras de Alsacia

POR

ERCKMANN CHATRIAN

I

Esta historia, que es la mía propia durante la penosa guerra que acabamos de atravesar, la escribo para los hombres de buen sentido y para que las generaciones que deben sustituírnos tomen ejemplo en ella a fin de prevenirse contra los muchos tunantes que infestan el mundo y contra aquellos que ocultan la ruindad de sus sentimientos bajo el artificio de halagadoras palabras; pues en esta aldea se nos engañó de un modo abominable por toda clase de gentes, empezando por el subprefecto, el prefecto y el ministro y concluyendo por los diarios oficiosos y el párroco.

¿Cómo sospechar que pulula tanto bribón por la tierra? Sólo puede creerlo aquel que lo ha visto con sus propios ojos.

En fin, hemos pagado, y dado cuanto heno, grano, harina y ganado teníamos, y todavía nos hemos quedado cortos, hasta que por último nos han entregado a nosotros mismos, diciéndonos: "Ya no sois franceses, sino prusianos. Os hemos tomado vuestros mozos para hacer la guerra y están muertos o prisioneros; ahora componéoslas como podáis con Bismarck; vuestros intereses ya no nos atañén'.

Pero esto merece ser contado con toda claridad, y quiero empezar por el principio, sin dar entrada en mi pecho a la cólera.

Ante todo digo que soy molinero en el pueblo de Rothalp, situado en el valle de Metting en Dossenheim, entre la Lorena y la Alsacia. Es Rothalp grande y de aspecto agradable y cuenta ciento treinta casas, no faltando en él ni su párroco Daniel, ni su maestro de escuela Adán Fix, ni carreteros, herreros, zapateros, sastres, taberneros, cerveceros, y vendedores de huevos, de manteca y de volátiles, item más dos judíos, Salomón Kahn, buhonero, y David Hertz, tratante en ganado.

Con lo dicho queda demostrada la prosperidad de que disfrutábamos antes de la guerra; pues tanto más rico es un pueblo cuanto más atrae a los forasteros y más medios les ofrece de ganarse la vida en su respectivo oficio.

En cuanto a la subsistencia ni necesidad teníamos de acudir a la ciudad para la carne, pues David mataba de vez en cuando una vaca, en el corral de su casa, y nos vendía cuanto necesitábamos para los domingos y demás festividades.

Yo, Cristiano Weber, no me he alejado de esta comuna más allá de cuarenta leguas. Mi molino lo heredé de mi abuelo Marcelo Desjardins, francés de los alrede-

dores de Metz, quien lo construyó en tiempo de los suecos, cuando nuestra aldea no era todavía más que un miserable villorrio. Hace veinte años casé con Catalina Amós, hija del antiguo sargento guarda bosques, la cual me trajo en dote cien luíses, y hemos tenido dos hijos, una hembra, Gredel, y un varón, Jacobo, que viven aún con nosotros.

Digo también que tengo un primo, llamado Jorge Weber, que hace más de treinta años partió con los soldados de la marina con rumbo a Guadalupe, en cuyos remotos países hizo la guerra; él fué quien tocaba el tambor en la proa del navío de línea "la Boussolle", como me ha contado más de cien veces, mientras la escuadra bombardeaba el fuerte de San Juan de Ulua; años después regresó con los galones de sargento, y luego navegó a bordo de un buque sueco que se dedicaba a la pesca del bacalao.

Jorge, que no ha pensado nunca en otra cosa que en amasar dinero, hacia 1850 regresó a Francia y estableció una fábrica de cerillas fosfóricas en la calle Mouffetard de París; y como es buen mozo, alto, moreno, emprendedor y de ojos vivos, acabó por casar con una viuda rica sin hijos, llamada María Ana Finck, dueña de una posada situada no lejos de la fábrica de fósforos. Ambos ganaron mucho dinero. Mi primo compró unas tras otra algunas fincas en Rothalp, por intermediación del notario Fingado, a quien enviaba el dinero necesario para pagarlas; hasta que por fin a la muerte del carpintero José Briou, se hizo adjudicatario de la casa de éste, para pasar a vivir en ella con su mujer y establecer una taberna en el camino de Metting.

Esto ocurría el año pasado durante la época del plebiscito.

Mi primo Jorge, antes de conducir a ella a su mujer, vino a ver la casa que recién había adquirido.

Yo era alcalde y había recibido del subprefecto orden de mandar publicar la convocatoria para el plebiscito, así como para inducir a los vecinos honrados a votar "sí" si querían conservar la paz, ya que todos los tunantes, partidarios de la guerra, iban a votar "no".

Atendiendo a la recomendación del subprefecto convoqué a todo el mundo para que acudiese a las urnas, y ordené al guarda rural que repartiese las papeletas de la prefectura hasta las últimas chozas de la montaña.

Mi primo Jorge llegó la víspera del plebiscito y le recibí con agasajo, es decir, cual se recibe a un pariente rico y sin hijos. Parecía alegrarse mucho de vernos, y comió con nosotros de muy buen humor. Olvidábaseme decir que Jorge trajo consigo una pequeña maleta que contenía trajes, zapatos y camisas, en una palabra, cuanto necesitaba.

Aquel día todo marchó perfectamente; pero al siguiente, al oír la convocatoria del guarda rural Martín Kopp, Jorge se fué a la cervecería de Reibell, que estaba atestada de gente, y se echó a perorar contra el plebiscito.

Precisamente yo me encontraba en la alcaldía, con mi faja ceñida, para hacerme cargo de las papeletas, cuando de improviso llega el adjunto Placiard, y con la mayor indignación me dice que había miserables que conspiraban contra el orden, y que uno de ellos, en aquel momento en la cervecería de la "Cántara de oro", iba de fijo a dejar el pellejo en manos de los de la aldea.

Bajeme al punto a la calle y corrí a la cervecería, donde me encontré con que mi primo estaba tratando de asnos a los que le rodeaban y diciéndoles al mismo tiempo que el plebiscito era para la guerra; que el emperador, los ministros, los prefectos, los generales y los obispos engañañaban al pueblo y que todos ellos hacían la comedia para robarnos el dinero.

Al llegar a la callejuela de árboles que se hace delante de la cervecería, ya le oí proferir con voz terrible cuanto acabo de manifestar.

—¡Está borracho! dije para mí.

Si Jorge Weber no llega a ser mi primo y no hubiese sido capaz de desheredar un día a mis hijos, a fe de Cristiano que lo mando prender y conducir a Sarreburgo: pero, atendiendo lo dicho, resolví sofocar el asunto.

—Ea, ¡sitio! ¡sitio! grité a los que se encontraban en la alamedilla.

Aquellos enfurecidos campesinos al ver mi banda me abrieron calle, y sin detenerme me colé en la cervecería, en la que descubrí a mi primo detrás de una mesa del rincón de la derecha.

—¿A qué viene un escándalo semejante, primo? — le grité.

Jorge, que había servido en la armada y sabía que un alcalde es lo que hay de más respetable; que tiene el derecho de hacerle prender a uno y mandarlo al calabozo primero y luego a Sarreburgo o a Nancy, se turbó al ver mi banda y se calló como un muerto, pues no estaba bebido, como yo creía, y hablaba sin hiel ni cólera y sólo por lo que le dictaba la conciencia y su afecto hacia sus conciudadanos.

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 9 DE 1918 TOMO II N.° 14

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

LA EXCELSA

POR

JULIO DEL ROMERO LEYVA

Ilustraciones de EUSEVI.

I

Había sido ella quien le bajó los párpados, cerrando los ojos al cadáver de su padre; ojos otrora llenos de reflejos de bondad sin límites; ojos en los que ella tantas veces se vió a sí misma. Después, cumplido ese deber filial, tendió la mirada altiva y dura en su rededor, diseñándose en sus labios una sonrisa tristísima, ante la comedia de dolor representada por los que asistieron al inesperado deceso. Inesperado para todos, menos para ella, que, desde el primer momento tuvo la visión de la feroz realidad, confirmada plenamente antes de las cuarenta y ocho horas. Y tan altivo su porte como su mirada, pasó por delante de su madre, hecha un mar de lágrimas, a la que trataba de consolar el joven ingeniero segundo de la usina, el hombre de confianza que había sido de su padre.

Rápido el paso, secos los ojos, sin expresión de la pena inmensa que sentía, salió de la alcoba mortuoria, cruzó por el despacho particular del fallecido y entró a su departamento, contiguo a éste, donde trás de cerrar con llave la puerta, se echó sobre la cama, para poder llorar a sus anchas.

Al día siguiente, una hora antes de la señalada para el sepelio, había ido a la cámara mortuoria, convertida en algo regio, por la severa suntuosidad de la instalación: se acercó al féretro y estampó el último beso sobre la frente del muerto, dando la orden imperativa que se cerrase el cajón inmediatamente.

El ingeniero segundo quiso hacer una observación, para diferir el acto, hasta que la viuda, concluída su "toilette" de luto, viniese a despedirse de los despojos.

—Deseo, — repuso ella, — evitar esa pena a mamá.

Y como él insistiese, clavóle la dura mirada en los ojos mientras le decía:

—Supongo, señor Villapando, que no toma usted este recinto por dependencia de la usina: allí... quizá mande usted, pero aquí, en ausencia de mamá, solo yo mando. ¡Pronto!, — agregó dirigiéndose al empleado de las pompas fúnebres; — cierre, y deme la llave.

Como el día anterior, ahogando en su pecho el torbellino de sollozos que amenazaba ahogarla, fuése a recluir en su aposento. Cerca ya de la puerta, vió que su madre se acercaba. Por un impulso irresistible, fuése hacia ella.

—Mamá, — la dijo, — he querido evitarte la última pena: está cerrado el féretro, cuya llave tengo en mi poder... deseando conservarla siempre, como reliquia santa de mi padre.

Arrojóse la viuda en brazos de la hija:

—Gracias, Lucía..., has sido hija ejemplar, y estoy segura de que serás mi consuelo.

—He cumplido, mamá, con mi deber: no creo fácil que a mis veinte y cuatro años cambie. La único que deseo ahora, es que me releves de los deberes sociales, que acompañan a desgracias como la nuestra. Deseo estar sola, a mis anchas, dos o tres días...

—Sí, pero mañana tendrá lugar la apertura del testamento...

—¿Tan pronto?

—Urge, hija mía: Villapando lo estima necesario para la marcha de la fábrica.

Al oír aquel nombre, el rostro de Lucía se contrajo levemente.

—Es cierto... lo olvidaba, — dijo al besar ambas mejillas a la madre.

***

Desde la galería, oculta detrás de los transparentes presenció la salida del féretro, y su colocación en el coche fúnebre. Entre un diluvio de cintas pendientes de coronas, le llamó la atención una, de color violeta claro, sobre la que en letras plateadas pudo leer: *"Los obreros y aprendices de la usina "Adela" — A su bondadoso jefe, el ingeniero Manuel Carbó".*

—Los más sinceros, — pensó.

Presidía el duelo Villapando.

—El colmo del cinismo, se dijo a sí misma, retirándose de su observatorio.

***

Daban las diez del día siguiente, cuando la doncella de Lucía llamó a la puerta.

—¡Pase!

—La señora ruega a usted, que se sirva ir al despacho: han llegado el abogado y el escribano.

—¿Y mi tío el doctor Angel Carbó?

—Nó, señorita: no le he visto, ni la señora lo ha nombrado.

—Bueno: dígale a la señora que dentro de unos minutos estaré con ella.

***

Aquel testamento, fechado ocho días antes de sentirse enfermo el ingeniero, era más que tal, una confesión paladina de la ruina en que había caído una de las casas tenidas por inconmovibles, por la solidez de sus bases, en Buenos Aires. De todos los bienes inmuebles que constituían lo principal de aquella fortuna, quedaba sóla la fábrica, "La Adela": lo demás, todo, absolutamente todo, estancias, granjas, chacras, casas — sin excluir aquella en que vivían, habían ido a parar a otras manos. No explicaba la causa del desastre: sólo, sí, puntualizaba, que la usina quedaba libre de todo gravámen y ordenaba que su usufructo, correspondiera "a su esposa y a su muy amada hija Lucía" por partes iguales. La casa donde vivían debía "ser desalojada a los noventa días de producirse mi deceso", decía textualmente, con lo cual quedaba confirmada la suposición de la hija: "aquella muerte estaba decidida *a plazo fijo;* un hábil suicidio" ¿Las causas? Bien las sabía ella, única confidente de su padre en los momentos de amargura, cuando ninguna renta bastaba, para hacer frente al derroche insensato que, para satisfacer la vanidad y supina ligereza de su mujer, convertía su casa en émula de las de los multimillonarios norteamericanos.

En otra cláusula quedaba establecido que la única heredera de la fábrica, era Lucía, y que la dirección técnica y administrativa de la misma, quedaba a cargo del ingeniero Valentín Villapando, su segundo.

Al escucharla, miró Lucía al nombrado, pudiendo percibir en éste cierta expresión de mortificante ironía.

Ella, dos años antes, lo había rechazado como pretendiente a su mano, y ahora iba a estar bajo su tutela, si bien indirecta, ya que por su mayor edad, podía disponer de su renta y de su persona.

Tomada noticia del documento, y retirados ya el abogado y el escribano, fué Lucía quien rompió el embarazoso silencio.

—Mamá, tenemos ochenta y ocho días para salir de aquí. ¿Cuál es tu designio para el futuro?

—Creo que el pabellón anexo a la usina, — dijo Villapando.

—Es a mi señora madre, a quien interrogo.

Villapando se mordió los labios, cerró los puños y lanzó una mirada de odio profundo a la joven.

—Creo, hija mía, que nuestro amigo, tiene razón. Es él, en último resumen, quien ha de reconstruir lo que se ha deshecho en manos de tu pobre padre...

—Mamá: no me consta que nuestra fortuna se haya deshecho *en manos de papá*. Y, aunque así fuese, no considero piadoso recordarlo, y mucho menos ante un... extraño.

—¡Hija! ¡Por Dios!

—Tampoco me consta que el ingeniero Villapando reconstruirá... nada. *Por ti*, mamá, me alegraría ser falsa profetiza. Pero, sea como sea, deseo fijar bien mi posición, a fin de evitarte malos ratos. Soy, mayor de edad: de lo que papá me ha venido dando "para alfileres", me ha sobrado lo bastante para... mirar sin temor a una vida, *vivida independientemente*. Al pabellón de la usina, jamás iré!

—Pero, hija mía...

—No te empeñes: tú, sí debes ir. Así lo impone tu deber de velar por tus intereses... los míos mismos... y, quién sabe por cuantas razones más!

—¿Podría usted, señorita, especificar alguna de estas razones?

—Indudablemente que podría... de no oponerse a ello algo que, para mí, tiene gran valor y que no tengo porqué decir. Además, si cediese a su indicación, faltaría a lo que considero como un deber de honor, por la memoria de papá y por mí misma...: mi decisión irrevocable de no estar sometida a usted, ni una línea más allá de la que papá trazó al confiarle su sucesión... en la usina.

Y, sin dar lugar ni tiempo a que el ingeniero replicase, dijo a su madre:

—Dentro de seis días iré a visitar a tío Angel. Espero que al volver, podré anunciar *a ustedes dos*, cuando quedarán libres... mis habitaciones.

—¡Tú tío!... ni en los últimos momentos de su hermano, ha sido capaz de venir.

—Mira, mamá: conozco a tío Angel lo bastante bien para, aunque doliéndome su ausencia en estos momentos de dolor, no lo estime con toda el alma. Y, te ruego que no insistamos sobre este punto.

***

Habíala recibido el sabio clínico en el despacho del Sanatorio, con los brazos abiertos. Ella se arrojó llorando con libertad, sobre aquel noble pecho, envuelta de un gran corazón. Abrazados los dos, desahogaron sus almas.

—Lucía, supongo que te habrás dado cuenta de que mi actitud al parecer anormal...

—Yo sé, plenamente justificada: ni podías ni debías presenciar el último y más repelente acto de la comedia allí representada. Yo misma he asistido sólo a aquello, a lo que, en mi condición de hija no podía rehuir. ¿Sabes, de qué ha muerto papá?

—De pena, de pena Lucía.

—Yo creo en un suicidio, por inyecciones de morfina, en dosis crecientes...

Explicó la cláusula del testamento que así permitía creerlo.

—Como quiera que ello sea, lo que urge, tío, es...

—Lo que urge es no estorbar lo inevitable; antes de dos años tu madre contraerá segundas nupcias con ese.... Villapando: y es de desear que así sea. Es lo único que hará olvidar...

—Corramos un velo sobre todo esto. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Ante todo, asegura tus intereses en la usina. Yo te aconsejaría...

—Esto más adelante: me repugnan las cuestiones de dinero, que, por lo demás, me forzarían a tratar con ese... ingeniero, verdadero azote de Dios para mi casa... y que seguirá siéndolo.

La joven quedóse un rato ensimismada, en un poderoso esfuerzo de síntesis. Y luego, con tono natural, reposado y, al mismo tiempo enérgico, continuó:

—Tío, me doy cuenta exacta de mi situación: con mamá no puedo contar... salvo que algo imprevisto la libre a tiempo, de la sugestión que, de cinco años a esta parte, ejerce Villapando sobre ella. Con la usina, menos todavía: éste continuará el infame juego, que ha arruinado y matado a papá: nos llevará al margen de la quiebra. Fingiendo querer evitarla, hará aparecer un testaferro, que, en connivencia con él, sorberá mi parte... y, bien pudiera ser que la de mamá también. Y, como no quiero pleitos... desde ahora me doy por reducida a los 12.000 pesos que, gracias a la largueza de papá he ido acumulando. ¡Una bicoca si no me sintiese con ánimo para trabajar!.

—Y yo, ¿no cuento? Lucía querida.

—Ya lo creo que cuentas... Quiero que me admitas en tu Sanatorio, iniciándome en la profesión de enfermera...

—Podrías hacer más que eso: eres joven, tienes tu título de bachiller, del Liceo Nacional de Señoritas, ¿por qué no ingresas a la Facultad de Medicina?

—He pensado en ello. Pero, no me decido. Si en mi alma existiese un poco de fe religiosa, ingresaría en una Orden hospitalaria. Pero, carezco de ella y me inclino — por el momento, al menos — a lo que más se le acerca.

Iba el doctor Angel Carbó a objetar algo: ella se le adelantó.

—En cuanto a matrimonio, es algo que borro de la lista de los posibles. La dura lección aprendida en el de mis padres, por una parte, y por otra el bajón feroz dado social y financieramente, colocándome a lo sumo en condición de unir mi destino al de un hombre inferior a mi educación, son cosas que me invitan a pensar en que más vale una soltería tranquila que el infierno de un matrimonio... sólo de cuerpos, sin soldadura ni menos compenetración de almas. Tengo, por lo demás, a quien querer, y muy de veras: a tí, que vas a ser mi segundo padre y a... nuestros pobres enfermos!

* * *

Tal como lo habían presumido tal aconteció. Al año de fallecido el

ingeniero Manuel Carbó, su viuda contraía enlace con el director administrador de la usina, y antes de dos, la nueva señora de Villapando, arreglaba con Lucía el traspaso de sus derechos, con una garantía de reembolso, que nada garantizaba. La expoliación final! A todo se había sometido ella, en su único afán: romper en absoluto y a cualquier costa con el pasado,

manteniendo con su madre las relaciones estrictamente necesarias para que ésta pudiese seguir fingiendo la creencia de que su esclavitud en manos de Villapando — ¡el real mozo! — era algo ignoto para ella. Piadosa comedia social que se venía desarrollando por actos sucesivos, cada quince o veinte días, cuando la madre iba al Sanatorio, o cuando de viaje el ingeniero, ella visitaba a la madre en el pabellón de la usina.

II

Aquella mañana Lucía bajó al jardín de Sanatorio una hora antes que de ordinario. No entraba de servicio hasta las 9, según el nuevo horario que iba a regir en adelante. Pudo haberse quedado en la cama dos horas más: habituada como estaba a madrugar, no le costó esfuerzo alguno salir de entre las sábanas, como de costumbre, a las 6. Aprovecharía aquellas horas libres, para la "visita" a sus clavelinas, que solía hacer después del te de las cinco; visita interesante aquellos días en que observaba el proceso de unos injertos destinados a producir claveles de color azulino-violeta. Era esta su gran distracción, y uno de sus orgullos, ya que las flores de su clavelar eran citadas como únicas en Olivos. Su tío las prefería a cualquiera otras, para el adorno de la mesa de comedor, no faltando jamás un macito de ellas en la de estudio.

Por la fuerza de la costumbre endosó, antes de salir de su cuarto el armiño blusal blanco de enfermera, dejando caer a la largo del dorso su espléndida cabellera rubia, húmeda todavía por el agua de la ducha. Aquella cabellera era otro de sus orgullos. Suelta como la llevaba, cubríala a manera de manto, nuca, espaldas y cintura, llegando en su borde inferior hasta cerca de los tobillos, comienzo de dos preciosos pies, calzados, con elegantes zapatitos de gamuza blanca. Oro sobre blanco, vista de espalda: blanca, en marco de oro vista de frente: el ideal de Goethe, en su gran creación; Margarita, del Faust.

Con paso ligero recorrió la galería, a la que daba su cuarto de enfermera, paralela a la alameda frondosa que circundaba el edificio, paseo obli-

gado de los convalecientes. De un solo brinco, digno de una chiquilla de doce o trece años, salvó los tres escalones, hasta la arena del camino...

—Buenos días, señorita Lucía, — dijo una voz desde la ventana del despacho del practicante de guardia.

Iba ella a contestar, cuando una ráfaga de aire, aventó su cabellera, muy en alto, abriéndola en abanico, asemejando la estela de un cometa. Aleteaba esa estela: uno de sus bordes fué a azotar al rostro de quien desde la ventana la había saludado.

—Mil disculpas!, Loeffler, — exclamó recogiendo con ambas manos aquella fronda admirable. — Y, ante todo, buenos días.

—¿Disculpas? ¿de qué? Hasta ahora sabía, señorita que tenía usted, la más hermosa cabellera de cuantas de visto: hermosura por el color, la abundancia y su contraste con esas cejas y pestañas negras..... ahora se algo más...

Al hablar posaba la acariciadora mirada sobre aquel rostro lleno de expresión propia de inteligencia clara y despierta; de líneas correctas y firmes, maravillosamente combinadas, de un todo, donde la belleza delicada armonizaba con la hermosura vigorosa y completa.

Correspondía Lucía a esa mirada con otra, un si es o no es de triste y burlona a la par.

—¿Podría saberse, qué es el "algo más" que acaba de descubrir usted?

—La suavidad de su cabello... Lucía.

Soltó ésta una carcajada, y echó a correr hacia el clavelar.

Loeffler siguíola con la mirada, hasta que se perdió de vista detrás de un macizo de arbustos, especie de muro de contención exprofeso por ella plantado, en defensa de sus clavelinas contra los azotes del pampero.

Otro la había contemplado, desde el salto sobre los tres escalones, hasta ese momento: el doctor Carbó, su tío. Tenía éste reservado minúsculo departamento de tres piezas, en lo alto de uno de los torreones del Sanatorio. En ellos vivía la vida de sabio, recluído entre sus libros, las horas que le dejaban libres sus enfermos y la paciente tarea de laboratorio, en la que había iniciado poco a poco a su sobrina, que al frente ya del Cuerpo de Enfermeras, aspiraba a ser útil en mayor escala a aquel hombre excepcional, compuesto maravilloso de entereza de alma y bondad de corazón. Aquellos dos años, le habían hecho aquilatar al valer de Lucía, como claro y vigoroso talento, y como bondadoso corazón, aparejadas ambas cualidades por una exquisita delicadeza de alma, engendrándose entre los dos, con entera independencia del parentesco de sangre, "la intimidad intelectual y afectiva" que suele unir almas de temple resistente a toda invitación instintiva del sensualismo.

En la helada soledad de su vida de soltero, había entrado Lucía como un rayo de sol, como una vida de amable colorido, rompiendo el fondo gris de su existencia de sabio; de aquella existencia absurda desde la fuga de su mujer con el doctor Blick, a Norte América. Suerte triste y destino cruel el de los dos hermanos, sin que él mismo supiese si la suya era o nó peor que la del fallecido. Por un instante había creído mejor la de éste; criterio que había ido variando, a medida que en su sobrina encontraba elementos sobrados para llenar el vacío sentimental de su alma.

En su conciencia de hombre honrado, no dejaba de cuidar con sumo tacto sus conversaciones con Lucía, en los escasos momentos que con ella andaba a solas; por la tarde, en los paseos por el jardín, entre la tarea del Sanatorio y la última del día: la del laboratorio. En las salas de los enfermos y en éste, siempre iban acompañados, ora de uno de los médicos de la casa, ora de dos a más practicantes. Por lo demás, en tales momentos desaparecía el tío, quedando sólo el *médico director* y la *enfermera*, sometida ésta, como cualquiera de los otras, al régimen y la disciplina de la casa. Sólo de vez en cuando, terminada la tarea, invitábala de noche a subir a su departamento, para oírla tocar el piano, mientras Ana, la vieja ama de llaves, les preparaba el te.

***

Desde su observatorio seguíala con la mirada en su correr hacia el clavelar. Había oído las frases cambiadas entre ella y Loeffler, su practicante predilecto, y pensaba en cuán excelente pareja harían aquellos dos jóvenes. Distaba mucho de ser esta la primera vez que esa idea acudía a su cerebro: y esta, como las otras producíale una impresión penosa. — ¿Por qué?... Y, concluía por reirse de sí mismo... ¡casado, y con cuarenta y un años encima!

Un ¡ay! agudo, salido de cerca del maciso de arbustos le obligó a empinarse sobre la punta de los pies: era ella que, al revolotear su cabello, por

el correr y el viento, había sentido por el enredo de éste en las ramas, y el tirón dado al avanzar, cierto dolor. Vióla afanosa por soltarse, con inútil empeño.

—¡Loeffler!, — gritó asomándose a la ventana de abajo en que seguía éste — hágame el favor... allá está la señorita Lucía en un conflicto... se le ha enredado el cabello en el zarzal y no puede salir del apuro.

Riendo su risa sana de buen provinciano, libre y no contaminado por el virus metropolitano, corrió el joven al lugar del percance. Al ver a la enfermera castigando con su piececito la arena del camino, cual si ésta tuviese la culpa del feroz enredo, rióse él, aun más, diciendo:

—¡Duro! ¡Duro!

—¡Ah! ¡usted! ¿y cómo me ha visto?

—Fué su tío, el director quien me advirtió...

—Mal... muy mal hecho; debió ser usted quien lo viera...

—¿De cuando acá son transparentes las plantas?

—¿Y de cuando acá los hombres son... liliputienses?

—¡Touché!, — exclamó Loeffler, desesperado de su mínima talla.

Entretanto Lucía pugnaba inútilmente por desenredarse.

—Permita usted señorita.

E iba a tender ambos brazos para desasir de las ramas el cabello, cuande ella, exasparada, dió un tirón fortísimo, dejando en las plantas varias hebras. Y, con el tono zumbón, con que desconcertaba a sus camaradas masculinos, le soltó:

—¡Para todo esto!.... de todos modos, gracias. En premio a su buena voluntad, o —si así lo prefiere — en castigo a su minúscula talla, le permito que me acompañe al clavelar... Estoy haciendo un ensayo que, de resultar como yo deseo, dará al diablo con los injertos, para obtener flores con estrías raras en los pétalos y conseguir la fusión de dos a más matices en uno solo, nuevo y delicado.

—Algo ingenioso... ya que es usted quien lo ha ideado.

—Bah! la historia del huevo en equilibrio sobre una de sus puntas... Desde luego, si la idea no tiene nada de particular, el método de ponerla en práctica requiere paciencia. Vea usted, en ese recuadro, de un metro escaso por costado, hay solo seis matitas obtenidas por "mi invento"..

que, no me enorgullece demasiado, ya que planté justitas veinte semillas mixtas. Sí, mixtas, y ríase usted cuanto quiera...

—Río, de pura alegría! Es tan agradable estar al lado de una joven inteligente y bella, bajo el cielo purísimo y entre flores...

Ahora Lucía se destornilló de risa: y poniendo su diestra sobre la cabeza de Loeffler, dijo:

—La poesía... robando a la medicina! Compañero, a todo tiene derecho un hombre de talento, como usted, menos a ser cursi: eso del "cielo" y las "flores" rodeando etc. etc., no puede serlo más...

Púsose él rojo grana. La joven sintiendo compasión, le dijo:

—No lo tome en serio: son explosiones de mi carácter. Por lo demás, de sobras sé que demasiado hace usted siendo un estudiante como ninguno, para pedirle que fantasee ni medianamente. Quedémonos en lo nuestro: la ciencia. Esas matitas que están ahí, son producto de dos semillas juxtapuestas, sobre la platina de un microscópio. De éste necesité para poder cortar un mínimo circulito de la envuelta de dos de ellos, circulito igual en uno y otra, y colocadas inmediatamente de cortadas, tanjentes uno a otra por las secciones, y envolviendo el todo en una especie de píldorita de tierra, las planté... ¿Va usted comprendiendo? Al fecundarse ambas, la savia elemental de una y otra se mezclaron, determinando — así lo espero — que las matas nacidas, lleguen a dar flores, que no tengan los colores naturales, y sí una mezcla.

—¿De qué matiz?

—Azul tirando a violeta, o también cabe en lo posible, violeta tirando a azul.

***

—Bien pensado, señorita.

Era el médico director, que ante sus subalternos, siempre usaba, al hablar a Lucía, la forma de respeto. No había podido resistir al deseo de ir al encuentro de los dos jóvenes.

—Buenos días, doctor, — dijeron ambos a una.

—Muy buenos. Veo con placer que son ustedes madrugadores.

—La señorita, sí, — repuso Loeffler: — entra de guardia a las 9. Yo, no me he acostado aun: entré de servicio a media noche.

Sacó el reloj del bolsillo, el médico:

—Las siete y diez, — dijo.

Era lo bastante: sabía lo severo que era el director en asuntos del servicio.

—Señorita, vuelvo a mi guardia, hasta las 9.

—Hasta luego, señor Loeffler... y gracias por su ayuda.

Repitió Lucía a su tío la explicación de su método de injertar en semilla.

—Teóricamente no tiene réplica, querida. Ahora, en la práctica...

—Espero, tío Angel, adornar tu florerito con un clavel completamente nuevo... ¡Estoy segura!

Y echaron á andar, como habían solido hacerlo hasta el día anterior por las tardes, recorriendo el inmenso parque del Sanatorio. En silencio al principio cuál si uno y otro meditasen temas de charla adecuado, lo más heterogéneo posible, con las ideas que bullían en sus cerebros: él recordando a la fugitiva; ella, a su madre, otra fugitiva del corazón de su hija, esclava inconsciente en brazos del odiado Villapando.

Aquella mañana, ese silencio parecía ser más embarazoso que de costumbre. En la frente del médico diseñábanse una que otra arruga, exponentes en él, de alguna preocupación.

—¿Algún caso grave en la clínica?, — interrogó Lucía, en el deseo de entrar en conversación.

—No: en absoluto. Salvo el del número 37, que desde un principio sabemos que está perdido. Pero, aun tiene vida para meses.

—La parálisis general progresiva...

—Con esa, como con el cáncer y la misma tuberculosis ha de luchar

largo tiempo la Ciencia, antes de vencer. Cuanto se viene diciendo de su curación, no es otra cosa que una aspiración, buscando en ensayos, una realidad que la práctica no confirma.

Lucía no le escuchaba: acababan de pasar por el sitio donde, minutos antes dejara varias hebras de la cabellera y notó que una mano cuidadosa las había sacado, Loeffler de seguro, dijo a media voz.

—¿Decías?

Ella, franca y sincera, enemiga de las vueltas y revueltas para explicar su pensamiento, le contó lo ocurrido y su convencimiento de que el practicante, por tener algo suyo se había apoderado de los restos de su cabellera allí quedados.

—Simpático ese muchacho, — observó el médico.

—Muy laborioso y serio: de no malearse, llegará lejos. Solo le falta "pulirse" un poco: trae todo el cascarón provinciano, que, con más buena voluntad que éxito, quiere arrancarse... apareciendo a veces de una deliciosa ingenuidad, rayana en la cursilería....

—Me alegro, querida que toques este punto; indirecta, muy indirectamente relacionado con algo de lo que quería hablarte hace días.

—¿Por qué has callado, tío? ¿acaso no somos, lo que somos... restos ambos de dos naufragios... náufragos refugiados en esta isla del Sanatorio, lejos del mundo?...

Posó él en ella su mirada, aquella mirada en la que se reflejaba toda el alma.

—Esto es precisamente de lo que quería hablarte.... Creo que los dos años pasados desde la muerte de tu padre, han de haberte hecho reflexionar, y es posible que hayas cambiado de idea...

—¿Acerca?

—Acerca de tu porvenir. Eres joven, bonita, inteligente y bella...

—Y estoy arruinada... Y, para completar "el partido", tengo el alma hecha tiras. Creo, tío querido, que mi puesto está aquí... *a tu lado*: tu sufres mucho, por más que me lo ocultes; yo sufro, no te lo negaré. Pero nuestras penas son distintas. Tu piensas en la que pudo ser tan feliz a tu lado; cada día que pasa, es para tí un nuevo dolor, ya que baja en un grado el barómetro de tu esperanza de *poder perdonar.* Yo pienso en mi madre, pero sin esta esperanza que te ayuda a vivir; el caso de mamá es algo irreparable... ¡el matrimonio indisoluble, sancionado legalmente, y *santificando*... la mayor de las infamias! Yo he llegado a la meta: tú, aun no... pero cuando llegues, cuando tu corazón, harto de esperar clame ¡basta!, entonces...

Calló la joven. ¿Habría sido cruel, al dar como irreparable la desgracia de aquel hombre?

—Entonces, ¿qué? — la interrogó él, teniendo en la mirada una expresión novísima, saturada de vida.

—Entonces — repuso ella, — entonces te resignarás a que sigamos los dos en este reducto de tu Sanatorio, haciendo cuanto bien podamos a los que sufren.

¿Qué había en la entonación con que hablaba, de distinto, muy distinto que de ordinario? Por vez primera sintió el doctor Carbó que Lucía reservaba algo, allá en lo más recóndito de su pensamiento. Y, ella, como si huyese de que su rostro delatase su pensamiento en embrión, quizás inconfesado a sí misma, se adelantó unos pasos, so protexto de enderezar un tallo, que se cruzaba en el camino. Así siguieron buen trecho, separados entre sí unos pasos. Ella un poco delante, mirando al Sanatorio que tenían enfrente, arrebatadoramente guapa con su blusa blanca de enfermera, dejando ver sólo el ruedo inferior de la falda de seda heliotropo; blanquísima la cara rodeada del bosque de oro formado en la cabeza, carmines los labios y produciendo al andar el fru-fru dulce de la seda enredándose entre las piernas: él más atrás, erguido, casi magestuoso, mirando aquel manto de cabello, el blanco de la blusa, el ruedo de la falda y los pies diminutos que pisaban firme, dignos de una reina de los cuentos de hadas.

—Oye... — la llamó al fin — no te he dicho, después de tanto hablar, lo que quería decirte.

Detúvose ella, girando militarmente sobre sus talones, quedando cuadrado y con la mano a la altura de la frente, como soldado saludando a su jefe.

—¡Ordene, mi general!

—¡Loquilla!....

Se le acercó y apoyando su mano en el antebrazo de la joven, iba a hablar. Pero ella le tapó la boca con su manecita.

—A fuerza de vivir aquí encerrado, olvidas que son los viejos quienes tienen derecho a apoyarse en una joven... caso que no ocurre aquí. Tu tienes aspecto de tener solo treinta años... con qué... dame tu brazo... y luego, habla.

Hermosa pareja, por cierto. Nadie diría al verlos que eran tío y sobrina, llevando aquél a ésta cerca de veinte años.

—Séme franca... si algún día... pide tu mano Loeffler...

De la garganta de Lucía brotó en cristalina carcajada toda la gama de la risa.

—¿Loeffler?, — dijo cuando pudo hablar; — es, sin duda lo mejor de todo el personal a tus órdenes pero... le faltan muchas cosas, sin las cuales una mujer como yo no puede ser feliz. Además, ya te lo he dicho: le tengo horror al matrimonio, tal como es hoy en día: "un modus vivendi" para la pobre, sin la envergadura necesaria para bastarse a sí misma: "una venta" para la rica, que entregándose a un hombre, compra la libertad de entregarse a otro, si bien le place: "un martirio" para la que, encerrada en el molde de los convencionalismos sociales y de los postulados religiosos, se une a un hombre a quien conoce sólo, cuando lo irreparable está consumado. Me dirás que hay matrimonios felices... y yo lo creeré, bajo fe a tu palabra, pero, te aseguro que no conozco ninguno. Estarán con los otros, con los desgraciados, en la relación, a lo sumo de 1 a 1000: relación demasiado exigüa para que yo me arriesgue en la aventura. ¡Casarse!, ¿para ser feliz? Si yo lo soy ya, a tu lado.. distrayéndote, ayudándote a llevar tu cruz... y queriéndote mucho: si, en tí se reune cuánto... los demás han dejado vivo en mi alma. ¡La felicidad! es patrimonio del alma... que lo que el mundo, tiene por tal, la de la carne, la del sensualismo, tiene mucho de contacto con la de los animales... y francamente, en esta, como en tantas otras cosas, prefiero a las flores que se aman... ¡más limpio!

Insensiblemente él habíase desprendido del ligero peso de la mano de Lucía. Estaban frente a frente, mirándose a lo hondo de las almas respectivas.

—¿Te asombra lo que te digo?

—Sí, Lucía. Pero mi asombro no es por lo que dices, sino por *cómo lo dices* y por *tu valentía al decirlo*.

—Pues mira: yo también me asombro. Pero *mi asombro* es de que tú te asombres: hay cosas que se adivinan. Y, en castigo por tu torpeza, *voy a exigirte* que rompas ahora mismo con algo que vienes observando desde que llegué a tu casa. A veces pienso, "¡que tío más huraño!"

—¿Huraño, yo?

Ella, en lugar de responder, bajó la frente hasta los labios del hombre aquél, que se iba transformando a medida que la oía. Un beso, de límpida asexualidad y saturado de cariño, resonó en aquel rincón del parque, donde un mirlo cantaba.

—¡Por fin!.... te encuentro completo, — concluyó ella.

III

La comida del mediodía la hacía el director del Sanatorio en el comedor "oficial" de éste, acompañándole a la mesa, el médico y el practicante de guardia, y Lucía, en su carácter de jefe de enfermeras. Tanto él como ella habían puesto singular empeño en mantener ante el personal de la casa las relaciones de severa jerarquía, sin aludir ni remotamente a las de parentesco tan cercano que los unía. "Señorita Lucía", y por excepción "Lucía", eran los apelativos del médico a la enfermera, siendo el "Usted" fór-

mula obligada al conversar, "Tu" había sido la otra; la fórmula usada en sus paseos por el parque, estando a solas, y de noche, las escasas veces que la invitaba a tomar el te en aquel departamento, familiar sólo para él y la vieja Ana, la fidelísima ama de llaves, excamarera de su mujer.

La cena, se la hacía servir por Ana, en el comedorcito de arriba,. Una colación, digna de un monje, por lo frugal y parca.

—Tengo que anunciar a ustedes algo, que creo les será grato, dijo antes del café, aquel día a sus comensales. He decidido que, desde mañana, mi *sobrina* — y recalcó la palabra — cese en su cargo de jefe del cuerpo de enfermeras, quedando nombrada desde ahora primera asistente del laboratorio.

Era un ascenso, bien merecido, confirmación, por lo demás de algo que venía ejerciendo y siendo, de hecho, desde más de un año antes.

La noticia tomó de sorpresa a la interesada.

—Doctor, ¿me cree usted capaz del nuevo cargo?

—Lo eres, hija mía: de no ser así, jamás te lo confiaría.

Primera vez aquella en que el sabio tuteaba ante extraños a la joven.

Todos tendiéronla la mano.

—Mil enhorabuenas, señorita, — dijeron a una.

Festejando el ascenso se bebió una copa de champagne.

—Ahora, amigos míos, cada uno a su puesto, y tu Lucía, despídete de tus enfermos, y, en nombre mío pon en posesión del que ha sido tu cargo a la señorita Leticia Blau.

—Excelente para el puesto, — observó la removida.

—Hecho esto, quedarás franca hasta mañana. Ya sabes el horario: de cinco a siete de la tarde. De mañana, si no quieres aburrirte, me relevaras de la correspondencia... que quedaría así a tu cargo.

***

Tres meses transcurrieron, en los que Lucía desarrolló asombrosa actividad en el laboratorio. Al verla su tío tan empeñosamente entregada a la

tarea, la llamaba con cariño "petite Curie", aludiendo a la gloria más pura, más legítima de la ciencia francesa contemporánea: Mme. Curie.

Sus relaciones personales poco habían variado. Salvo el beso en la frente por la mañana y por la noche, y el cenar juntos cada día en el comedorcillo de arriba, lo demás como antes: paseo diario de una a dos ho-

ras, según el tiempo, por el Parque, y los domingos las excursiones en auto, de Olivos al Tigre, o a San Isidro o a San Fernando, donde pasaban el día entero, abiertas recíprocamente sus almas a las confidencias más íntimas, evitando tan solo hasta cualquier alusión al pasado.

Era Lucía quien solía "llevar la batuta" en esas charlas, más de buenos y francos camaradas que de tío y sobrina.

—Muchacha... Dios o la Naturaleza se ha equivocado contigo, al hacerte nacer en el siglo XX, dotándote de ideas que solo tendrán el "visto bueno" social, en el que viene... o el otro.

—¡Por la falta que hace ese "visto bueno"!: si mis ideas son sanas, justas y substancialmente morales, con o sin él, seguirán siendo lo que son, sin que les reste ni un comino de su verdad la censura social. ¿Qué le pido a la sociedad yo? ¡Que voy a pedirle, si a poco que ahondo en ella, veo mis mismas ideas, aunque horriblemente viciadas, puesta en práctica, entre telones, por más que se las condenen en público! Pura hipocresía. Fíjate bien: sé que las que profeso acerca de la mujer, por ejemplo, son revolucionarias. ¿Es mía la culpa de que la sociedad la tenga al freno, impidiéndola todo paso adelante? No se quiere saber nada de la mujer que aspira a ser evangelista del porvenir: se la quiere, más bien cómplice del pasado, atándola al cadáver de sistemas a los que pretende dar apariencias de vida con el " maquillaje" y la galvanización, pero que, de todas maneras apestan a muerto e infeccionan el ambiente moral de la sociedad contemporánea, vestida con el disfraz de convencionalismos torpes y creencias simuladas, que no esconden sino el vacío de la costumbre maquinal y el rebajamiento de la mentira inútil. Eso lo sabe la sociedad, tan bien como yo. Pero falta de carácter para reconocerlo, y sobre ello caen como gavilanes los Tartufos de afectada pudibundez; los infelices que se hacen la ilusión de tener agarrado por las greñas lo absoluto, y los hipócritas, masculinos y femeninos, que son innumerables... Y, así, a este tenor, como de la mujer, pienso de casi todo lo demás.

Tendían la mirada sobre la regia terraza del hotel donde almorzaban, aquel domingo. Mesitas aisladas, de a dos, todas. Sus ocupantes como ellos, no eran matrimonios: dislocaciones de estos, rearticulados por unas horas, sin tener como ellos tenían la razón de la sangre y la comunión íntima de las almas. Baho de anhelos materiales, mezclado con el del champagne y el aroma de la frutilla al Jérez.

—Tenías razón, Lucía: las almas que se encuentran en la serena y pura región de las ideas, en la comunión espiritual del sentimiento limpio de sensualidad, son el prototipo de la pareja feliz. Nosotros, tu y yo, separados por la muralla chinesca del parentesco, reforzada por mi condición de casado, mantenida inexorablemente... a pesar de los pesares, por la sociedad y sus leyes absurdas, nosotros somos felices... ¿verdad que sí?

—Oh! sí: flotamos por encima de la animalidad, afirmó tendiendo el brazo y describiendo con el índice un circulo señalando al mundo heterogéneo que les rodeaba... ¿existe algún código legislando la unión de las almas?

* * *

Callaban largo rato después de coloquios como éste, como meditando el alcance de sus afirmaciones que, malgrado ser sentidas no osarían decirlas en público. ¿Acaso no se había levantado uno de los más sagaces psicólogos, condenando las intimidades intelectuales y sentimentales, por conducir a las sexuales y sensuales, lo mismo que las celebérrimas "amistades amorosas" del Renacimiento francés? Y en parte con razón. Hízoselo notar él una vez, como poniendo à prueba la estabilidad de sus convicciones.

—En parte, y, si mucho me apuras, en todo tienen razón. Intimidades como las nuestras solo son lícitas a temperamentos material y moralmente sanos. Son como los estudios del desnudo. Coloca ante una Venus de Milo, o ante cualquiera de los cuadros de esa índole, en el Vaticano mismo, coloca, repito, a un joven sano de alma y cuerpo, y nada experimentará que no sea el placer estético, único de entre todos los placeres, que es, además,

profundamente ético. Pero, si en lugar de él, o al mismo tiempo, la contempla un ser sin salud del alma, que sabe ya de vicios, a buen seguro que la estética quedará inadvertida, y en puesto de lo ético, aparecerá una transudación asquerosa de erotismo. ¿Culpa de la Venus? ¿culpa del lienzo?... ¿o estigma infamante del corrompido? Igual pasa con la amistad que nos une, en la que hemos refugiado los restos de nuestros corazones: sería un peligro formidable para quienes no estuvieran limpios de pasiones, inmunizados contra los sentidos por una altísima concepción del respeto, que entre nosotros nos debemos, y de que cada uno se debe así mismo. El día que la higiene moral sea un hecho general, ese día, sin destruir el matrimonio, quedará como consuelo, refugio y baluarte para los desgraciados esa amistad cariñosa, tierna, intensa y pura que basta para confortar a los corazones grandes, sin necesidad de revolcarse en el cieno del adulterio.

—¿Cuándo se consumará esa higienización moral?

—¡Vaya uno a saberlo! ¿Qué nos importa a nosotros? Vivamos nuestro cariño, de modo y manera que esa vida pueda transcurrir en una casa de transparentes cristales, sin rubor *justificado* por nuestra parte.

***

En el Sanatorio, especialmente en el cuerpo de enfermeras había comenzado, poco había, el susurro de la murmuración. Eso sí, muy quedo, muy bajito, al oído, como ocurre siempre que la envidia o la incomprensión generan una infamia, para ser lanzada a rodar.

Los paseos del brazo, por el Parque; la labor a puerta cerrada en el laboratorio y aquellas salidas en auto los domingos, pasados fuera y regresando cerrada ya la noche, era estopa a la que la más leve chispa podía prender fuego. La chispa fué un beso, de despedida como todas las noches, sorprendido por azar fatal, por una de las enfermeras. Y, la especie infame, corrió de boca en boca, agrandada y sublimada el pasar de una a otra, hasta llegar a oídos de Loeffler cada día más enamorado de Lucía. Puesto en acecho, aun rechazando el cargo, nada pudo sorprender... como no podía menos de ser, donde nada había! Pero, el rumor seguía tomando cuerpo, y el joven practicante que concluía su carrera en diciembre de aquel año, decidió anticipar lo que tenía decidido, para cuando, rendido el exámen de tésis, abriese su consultorio.

Jamás, en aquellos dos años, había tenido con Lucía otras frases que las muy rebuscadas, en su timidez provinciana, de galantería sencilla y leal. ¡La sobrina del médico director! Como tal, y más aun, como mujer, veíala a una altura inmensa. Sufría lo indecible al ver como andaba su nombre y el del maestro, a quien quería como a un padre, en labios de todos, sin que ni uno solo acertase a señalar otro hecho concreto, que aquel beso, tenido por furtivo, sorprendido por una enfermera. ¿De cuándo acá besar es pecado? Bah! ¿no eran acaso el doctor Carbó y Lucía, tío y sobrina, y más que tales padre e hija, o... hermanos?

***

Difícil la entrada en materia. Sentado de espaldas a la ventana de su despacho oficial, el sabio clínico, y frente a él, cara a la luz, su discípulo, podía aquel leer en la mirada y el semblante de éste, lo que la palabra, trabada por la cortedad de genio y la sobrexcitación nerviosa se resistía a decir, sonriendo bondadosamente ante la perplegidad del joven.

—Vamos, Loeffler... ¡al grano! Usted quiere pedirme algo: ¿un permiso de ocho o diez días? ¡Concedido de antemano! es usted el único desde hace dos años que no ha tenido una vacación.

—No: doctor, no es esto... ¿una vacación? ¿para qué?... Usted sabe que soy huérfano, sin otro pariente que un tío solteron... allá metido en el rincón de mi provincia, cuidando sus bienes y administrando los míos. Y, en

Buenos Aires... ni por broma he contraído amistad alguna. Mi mundo se reduce a Olivos, y todos mis afectos, están aquí... en el Sanatorio. Usted que ha sido para mí, maestro y padre; luego... los enfermos. ¡Si casi miro con horror el término de mi vida de estudiante... que me forzará a salir de aquí!

—Eso nó: en mi clínica habrá siempre un sitio para usted... con preferencia a cualquier otro. Pero, ¡bendito de Dios! ¿era para esto, que ha solicitado usted esta entrevista *particular?*

Entonces Loeffler abrió de par en par su alma al maestro: amaba a Lucía. Al escuchar Carbó la franca confesión, sintió en la suya, con inmensa sorpresa, una pena, en nada parecida a las que tan familiares le eran.

—¿Ha hablado usted de esto a mi sobrina?

—Jamás.

—Pues por ahí debió usted, haber comenzado...

Tras breve silencio, prosiguió:

—Vea usted Loeffler; ante todo sepa usted que, si a alguien concedería yo gustoso la mano de Lucía es a usted. Pero, ella es mayor de edad, y si altísimos respetos sociales fuerzan a prescindir de esto y a llenar la fórmula de la petición oficial, no es a mí a quien debe usted presentarla sino... a la señora madre de Lucía. Sentado esto, y por lo mismo que le quiero a usted mucho, voy a indicarle con ruda franqueza algo, sobre lo que conviene que medite... aun antes de hablar a Lucía. Como usted ha visto, desde que murió mi hermano, he sido para esa señorita una especie de padre. Creo conocer a fondo su alma y su modo de pensar y de sentir: sé, que... una de sus decisiones, para el porvenir es consagrarse por completo a la Química y a la Bacteriología, y puedo asegurarle que, cada vez que, cumpliendo con un deber de conciencia le he hablado del matrimonio, como estado natural en la mujer, se ha resistido a admitir mis razones, oponiendo otras que, si inadmisibles como regla general, tienen *en el caso particular* de su psicología personal una fuerza irrebatible. No se forje usted ilusiones: creo que Lucía *lo estima a usted demasiado, para llegar a amarle*... desde luego como aman el noventa y nueve por cien de las mujeres... Tiente usted, sin embargo, y cuente con mi apoyo, siempre que no sea *imponer* algo a mi joven parienta.

A medida que el director iba hablando, contraíase en un gesto doloroso el semblante de Loeffler, habiendo necesitado hacer más de un esfuerzo para que, sin desprenderse a lo largo de sus mejillas, se evaporasen en los ojos mismos velos de lágrimas. ¿Era cierto lo que le decía? ¿o era una razón aparente, que ocultaba en realidad "lo otro"? Púsose de pie y clavando su mirada en los ojos de Carbó, dijo:

—Gracias..., maestro, por su franqueza. Demos por no tenida esta entrevista: olvidémosla.

Unos leves golpecitos a la puerta, le cortaron la frase. Era Lucía que entraba con una carta en la mano, llegada en el correo de aquella mañana.

—Doctor... en el sobre dice "Particular y Reservada" por esto no la he abierto como las otras.

Escrita a máquina la dirección en el sobre, y sin membrete alguno este.

—Con su permiso Loeffler, — dijo el médico rasgando la envuelta.

Leyó la carta.

—De tu madre, Lucía. Lee.

—Si ustedes, me lo permiten me retiraré...

—Vaya, Loeffler, y... ¡mucho ánimo!

Cerrada de nuevo la puerta, Lucía, un si es o si no es de inquieta, exclamó:

—¡Qué querrá!... y lo que más me choca es ese parrafito en que te recomienda que no sepa yo la cita que te da.

—Razón más que suficiente para que te haya dado en seguida a leer la carta. ¿Alguna trapisonda nueva de Villapando?

—¿Piensas ir?

—¿Por qué no? Es, al fin y al cabo tu madre.

—¡No vayas! Si le interesa verte, ¿por qué no viene? La misma distancia hay de la usina a aquí, que de aquí a la usina.

—Oh! *si no presumiese*...
Se le había escapado. Sabía las murmuraciones que circulaban respecto de Lucía y de él mismo, por otro de los practicantes, Gabriel Romurgía, qué le era adicto como un perro. Tan lo sabía, como que a fin de mes renovaba el personal del Sanatorio; del subdirector para abajo, a todos, salvo Loeffler y Romurgía, de cuya lealtad no dudaba. ¿Habría llegado hasta su cuñada, la especie infame?

IV

Diez minutos antes de la hora fijada para la entrevista, stopaba el automóvil ante el portalón de la fábrica. Entregó al portero su tarjeta:
A la *señora* de Villapando, — dijo, puntualizando bien lo palabra "señora", para que no creyese el fámulo en una visita al ingeniero.
Debía estar avisado, ya que le dijo de inmediato:
—Por aquí, doctor: la señora le aguarda, en su saloncito.
No la había vuelto a ver desde un año antes de la muerte de su hermano, rotas sus relaciones de familia, cuando tuvo *la evidencia* de que era indigna del apellido que llevaba.
Enormemente encanecido el cabello conservaba empero la belleza fatal de su rostro y la gallarda figura de princesa de sangre real.
Amable y desenvuelta, como si se hubiesen visto la tarde anterior, tendióle ambas manos.
—¿Qué tal Angel?.... ¿y Lucía?
—He venido — dijo el, sin contestar a sus preguntas, — sólo por el carácter *urgente y grave* que has dado a tu llamado, Clotilde. Te agradecería infinito que me dijeses brevemente lo que deseas: hago falta en el Sanatorio... esta mañana he operado a un enfermo que me inspira cuidado.
—¿Sabe Lucía tu venida?
—Desde luego: ¿cómo quieres que le haya ocultado mi visita a su madre?
—Madre que, por cierto, poco pesa por la visto sobre su corazón.
—No ha sido ella quien ha creado tal estado de cosas... Pero, supongo que no es para hablar de esto, para lo que me has llamado.
—Sí... y nó. Es para algo que toca muy de cerca a Lucía... Ante todo, ¿sabes algo de tu mujer?
Frunció él el ceño y asió los brazales del balancín en que estaba sentado. ¿A dónde quería ir a parar su cuñada?
—Mi... mujer, para mí ha muerto: veríala a la puerta de mi casa, implorando perdón y no la reconocería... me alejaría con la misma indiferencia con que me aparto del mozo de cordel de la esquina. Mi mujer ha muerto: al morir "ella", hubo en el mundo una hembra más y una mujer menos! Esto es todo.
Asombrada le escuchaba la señora de Villapando. ¿Era aquél el mismo hombre que cinco años antes, pasado que hubo el escozor de la herida abierta por la fuga de su mujer con el médico segundo del Sanatorio, solo tenía palabras de atenuación por la infiel, envolviendo un fondo de esperanza? ¿Tanto había cambiado?.... Imposible! Bien lo cônocía ella. Hombres de su fuste no variaban bajo la acción del tiempo. ¡A no ser!... Se detuvo ante lo que iba a pensar. Dentro de su corazón de supina ligereza, mantenido en un puño por la funesta sugestión que sobre ella ejercía Villapando, quedaba la madre... resistiéndose a creer en el rumor monstruoso... Pero; se miraba a sí misma y sabía por experiencia, a aquella hora mil veces llorada ya, que en ciertas caídas, intervienen la fatalidad, lo imprevisto, dando el empujón final..., para muchas irresistible!
—¿Estás seguro Angel de que si algún día, tu mujer... esa hembra como ahora dices... llamara a tus puertas, enferma, arrepentida y lista a todo sacrificio para demostrarte su pesar por lo pasado, estás seguro, repito, que se las cerrarías?
—Las de mí corazón, desde luego: las del Sanatorio... nó. Así como

para mí, la mujer ha muerto, para ella yo no existo, pero sí existiría el médico, sin derecho a negarle, a ella o que a nadie puede negar sus cuidados. Dime, te lo ruego; ¿a qué, tu pregunta? ¿qué tiene que ver eso con Lucía? me has dicho que hace un momento, que me llamaste para algo que *le toca muy de cerca*···

Levantóse ella de su "confidente", y avanzando unos pasos hacia su cuñado, púsole ambas manos en los hombros, mientras que le clavaba la mirada.

—Angel, sé de sobras que uno de tus cultos es el de la Verdad... *¿amas a mi hija?*

Lo que él sospechaba: el rumor nacido en el Sanatorio había cundido afuera. ¿Con qué derecho aquella madre, de historia tan nebulosa, le pedía cuentas, a él, y de rechazo a la joven? No contestó.. diciendo imperativamente.

—¡Concluye!

—Es que... hace dos meses, tu mujer ha llegado de Boston... y vive aquí, a mi lado. Ha llegado hecha una ruina..., tuberculosa: solo tu puedes salvarla. Ha sido accediendo a su ruego que te he llamado...

Una palidez cadavérica cubrió el semblante del sabio, sorprendido ante la inesperada llegada y más, mucho más por... ver como nunca en su propia alma la imagen brillante de Lucía. No le era dado engañarse ya; lo que "los otros", los maledicentes decían, era una horrorosa verdad..... *en parte*. Poco a poco el afecto, había evolucionado a cariño, para culminar en amor, sin que él se hubiese dado cuenta de ella... sin sospecharlo ni remotamente; achaque de sabio, perito en los problemas del cerebro, y niño ¡eterno niño! en los otros: los del corazón. Rápido en sus decisiones, tomó la de salvar a Lucía, costárele lo que le costase.

—Te he dicho ya, *que el médico* no puede cerrar las puertas de su Sanatorio a una enferma, ni negarle sus cuidados. Pero, antes de admitir a tu enferma... debo apartar a Lucía: la tuberculosis es contagiosa. Tu hija, aunque hace mucho está relevada del servicio de enfermera, siendo mi segundo en el laboratorio, sigue allí como alma y vida de todo, recorriendo los pabellones dos veces por día.

La señora de Villapando vió abierto el cielo. Imposible lo que se decía... ¿acaso no era él quien insinuó la idea de alejarla? ¿lo haría, de estar enamorado.. o de ser el amante de su sobrina?

—Creo, Angel que ella no se resistirá a venir al lado de su madre... es su sitio.

—Lo era, antes de llegar a su mayor edad. Ahora, es ella y solo ella quien debe decidir... Yo te avisaré, que día podré mandar la ambulancia, para recoger a... la enferma. ¿Quién la asiste ahora?

—El doctor Condarco.

—Me alegro: es un especialista... de nota.

*
* *

Desde su regreso al Sanatorio Lucía había esquivado todo encuentro con su tío. En manera alguna quería precipitar el relato que le haría de la visita a su madre. Por suerte, estaba empeñada en la preparación de caldos para el cultivo de bacterias tifóideas: tarea larga y engorrosa que la permitió quedar encerrada en el Laboratorio, hasta minutos antes de la cena.

—He visto a tu madre, — dijo al sentarse a la mesa. — Es maravilloso como se conserva, de no ser el cabello casi del todo blanco, diríase que es una hermana mayor tuya.

Ella, dándose cuenta de que todo esto era un circunloquio, quiso llegar de inmediato al fondo de lo hablado, presintiendo algo desagradable para ella...

—¿Qué deseaba?

Lentamente expuso la conversación, omitiendo tan solo el detalle de

aquella pregunta: "*¿amas a mi hija?*", a la que él no había contestado, sin que su cuñada insistiera... ¡rara discreción en ella!

A medida que iba hablando, observaba el efecto de sus palabras en el semblante de Lucía, con expresión cada vez más rígida. Ni una sola vez le había interrumpido. Solo, cuando, al concluir le preguntó él, ¿qué te parece?, habló con tono reposado y firme a la par.

—Hay en todo esto, dos partes: la una que se relaciona con tu mujer... la segunda conmigo. Debes, mañana mismo, enviar la ambulancia para traer a la enferma: *es tu deber, como médico y como marido no divorciado.*

Había algo de sublime, en su rostro; en su ademán, en su voz al formular el último imperativo. Quiso él contestar: no pudo, dominado por la mirada fija y penetrante de Lucía, quien prosiguió:

—En cuanto a lo segundo, al problema de cual es mi sitio, bueno es que sepas, mi *opinión* primero y mi *voluntad* luego. Opino que no existe razón alguna para que yo me retire del Sanatorio: ¿el contagio, dices? ¿acaso no te expones tú a él?....

Calló un momento... reconcentrada en sí misma, cerrados los ojos, apretados los puños.

—Y, mi voluntad es... seguir a tu lado, sea como sea... La reaparición inesperada de mi tía... tu mujer legítima... no puede cortar el curso de mi vida: nó, nó y mil veces nó. Además...

Calló de nuevo.

—¡Sigue!, — ordenó él.

—Además... mi retiro del Sanatorio, equivaldría a reconocer que son ciertos los decires, que corren por ahí.

—¿Sabías?

—Sabía.

—¡Cuanta infamia.!

—¿En qué pueden apoyarse? Ven ellos dentro del alma?.... Y brotó como un desborde la confesión: Sí, Angel, si: sé que me amas sin que tú lo supieras... en tu deliciosa ingenuidad de sabio; sé que te amo, como pocos pueden amar... Pero, también sé, que "sentir no es consentir", y *el pecado está en consentir.* Hemos luchado hasta ahora, victoriosos, tú y yo sobre el sensualismo, manteniendo a raya las invitaciones de la carne.

Estaban de pie los dos, frente a frente el uno del otro. A un tiempo abrieron los brazos y en silencio se estrecharon los pechos, se unieron los labios, fundiéndose en un beso, largo, cálido apasionado dos almas honradas.

—Sí... nos amamos... nos amamos, repetía él sin intentar contener las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Sigámonos amando... *como hasta ahora.* Y que sea sello sublime de nuestro amor, que el mundo no es capaz de comprender, porque no concibe "amor sin apetito sexual *satisfecho*", nuestro sacrificio recíproco, al lado de tu.... enferma; tú como médico, yo como enfermera... Júrame, Angel, júrame por nuestro amor, hacer cuanto puedas, por salvarla. Si triunfas... allá en el Cielo seremos el uno del otro; y si el mal vence... entonces, podremos proclamar ante todos nuestro amor!

V

Fué una lucha titánica con la muerte. Tres meses consecutivos el doctor Carbó y Lucía se consagraron a la enferma de día y de noche, sin tolerar otra intervención en su cuidado que la de ellos, y en escasos momentos la de Boeffler.

Ni una sola palabra, relacionada con el pasado. Al entrar él por vez primera en el pabellón que le fué destinado, — una monadita de cuatro piezas — acondicionadas por Lucía con sumo gusto, sintió un escalofrío al ver aquel rostro demacrado, otrora citado como único por su belleza y la corrección impecable de las líneas. Fué impresión de un instante. Miró a

Lucía, sentada en un taburete al lado de la cama. Su visión dióle fuerzas para que el hombre agraviado no prevaleciese sobre el médico. Ella al reconocerle, quiso tenderle los brazos, quiso hablar.

—Quieta, tía, — le dijo Lucía: — no hables, ni te muevas. *El doctor* es quien viene a verte, y quien seguirá viniendo, hasta sacarte a flote de esta enfermedad. Tiempo habrá después, para... todo lo demás.

Y, así, a ese tenor, cual si fuese un miembro de la familia ido allá sin la triste historia precedente, visitábala él muchas veces cada día correcto, atento y a veces amable, llamándola por su nombre propio; Celina. Rudo el proceso de la dolencia, pero más rudo si cabe el titánico esfuerzo de médico y enfermera disputando a la muerte su presa, sin desalentarse cuando tras una mejoría, de esas tan frecuentes a uno de los periodos de mayor postración.

—Tengo esperanzas de poder "estancar" la dolencia, — dijo a los ocho días a Lucía. Estancarla, fíjate, que no es curarla. Cuando hace presa en un enfermo de la edad de tu tía, en torno de los cuarenta, no se ceba con el afán devorador, que a los quince o veinte. La tuberculosis ama la carne muy joven. Curarla, imposible! Pero, puede alargar años y aun lustros.

—¡Hazlo!, — decía Lucía: — es tu deber... *nuestro deber.* Sólo así puedo seguir manteniendo aquí adentro lo que por tí siento... realzado ahora por la admiración al ver como en tí flota, tan por arriba del sentimiento, la conciencia. Te veo grande; dotado de esa grandeza, que, de existir Dios, sería la suya!

Quería él, en el paraxismo de su amor tan siquiera darle un beso. Desde la entrada de Celina al Sanatorio, no se habían dado ni uno solo, haciendo ostentación de severa indiferencia ante el personal, mantenido íntegro en su puesto por deseo expreso de Lucía. Pero ésta, al verle el ademán, tendía el brazo hacia el pabellón de la enferma.

—No, Angel, nó. Ha vuelto a tí, humilde, enferma, arrepentida. Si a tu alma, nadie... nadie, *ni ella misma* puede robármela, yo no tengo derecho a tu cuerpo, ni a tus labios. ¡Qué importa! Amor de almas, como el nuestro,... es el amor con que las Vírgenes aman al Amado: martirio de la carne que, como el fuego, purifica. ¿Qué sabe de esto el mundo? ¡Sí, para saberlo sería necesario hacerlo de nuevo!.... Mira: tú y yo tenemos un alma sola. ¿No dicen que es lo más noble del ser humano? Sea el suyo nuestro reino... y quédense los demás con la materia bruta.

Bajaba él la cabeza, rendido por la férrea lógica de sus razones, encontrando solo una palabra, expresión de una sublime síntesis de inmensas admiraciones:

—¡Excelsa!.... y lo repetía hasta perderla de vista, a lo largo de la alameda, hacia el pabellón de la reina de la carne, del cuerpo, que encerraba el alma sobre la que ella imperaba, única y absoluta.

*
* *

—¡Por fin, Angel! — le dijo una mañana. — Hoy he podido cumplir algo que te tenía prometido. Anda a tu despacho y fíjate en los claveles... son sólo tres, pero ¡una maravilla! Imagínate; los pétalos azules, surcados por estrías violeta "fonçèe"...

—Vamos a verlos...

Cuanto, al subir los tres escalones de acceso a la galería, Loeffler apareció, desencajado y trémulo.

—¡Pronto, doctor, pronto! — y le susurró algo al oído.

—Lo preveía: antes o después, tenía que ocurrir... anoche le noté 39 y 3|10 de temperatura. En los análisis de los exputos, Lucía ha comprobado un aumento de población microbiana de un 18 por 100... Usted sabe que esto no es vulgar en tuberculosas de su edad. Por esto mi pronóstico de "estancamiento" temo que fallará.

—Lucía, prepara una limonada sulfúrica, fuerte al 2 por 1000... tu tía ha tenido, me dice Loeffler, un vómito de sangre, copioso...

*
* *

Le bastó verla, para darse cuenta de que Celina no tardaría ni una hora en entrar en estado agónicó. Era una de esas explosiones violentas, imprevistas del mal, contra las que la Ciencia nada puede. La limonada fué un sedante momentáneo.

—Me muero, Angel, y en este trance ¿me permites hablar?

Rígido, al lado del lecho, sintiéndose vencido por la enfermedad, mil veces más fuerte que toda su Ciencia, callaba.

Entonces, dirigiéndose a Lucía, con voz entrecortada por los sollozos:

—Tú, *que tanto le amas;* tu, *a quien él tanto ama*... pídele, por mí...: he reconocido y bendecido esos amores, redención de mis faltas...

Demasiado fuerte el trance para Lucía. Se desplomó de rodillas al suelo y asiendo la mano de la enferma, la cubrió de besos.

—Angel... sé grande ahora; más grande que nunca... perdónala!

Y el sabio, el marido-mártir, se arrodilló a su vez al lado de la moribunda y tomando la otra mano, posó en ella los labios.

—Gracias Lucía... Sé que os amais, pero sé que vuestros amores son puros: sé, Lucía, que no me has robado ni el alma ni el cuerpo de Angel... ya que no es robar un alma, recogerla y darle vida cuando está abandonada en el dolor.. y quien esto hace ha de ser un ángel de pureza. Yo te bendigo, y te pido unas con él tu destino y que le hagas olvidar...

No pudo seguir: la voz se le extinguía.

—Se muere... — dijo el médico.

Y el suspiro de la muerte se confundió con dos besos simultáneos posados en sus labios amoratados...

Una vez más tocóle en lote a Lucía cerrar los ojos a un cadáver: lo hizo y le besó la frente...

—Está redimida... — dijo a Angel.

—Redimida por tí... "La Excelsa"...

Alguien estalló en sollozos detrás de ellos: ¡Loeffler! No le habían visto...

—Buen amigo, — le dijo el director: — ¡ánimo! y ¡adelante!

Ella le tendió la mano... y con sereno acento dijo:

—Gracias por su cariño, Loeffler: seámos buenos hermanos... y no se apene usted.

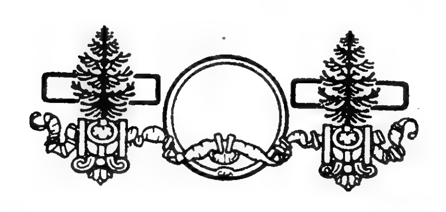
—Oh... si no sufro. ¿En quién mejor que en mi maestro... mi segundo padre... pudo usted haber puesto el suyo?

Y echó a correr hacia su cuarto, como un loco.

—Pobrecillo...

—Es joven y... será feliz: lo merece.

JULIO DEL ROMERO LEYVA.



Así pues, me respondió muy oportunamente:

—Señor alcalde, lo que ha de hacer V. es vigilar el escrutinio, procurar que algunos pilletes de los que tanto abundan por todas partes no metan en la urna puñados de "sies" en lugar de "noes", mientras V. está ausente, que esto lo vemos con frecuencia. Además, no se inquiete V. por mí. Dicen los diarios del gobierno que cada cual será libre de sustentar sus ideas como quiera; así, pues, si se me cierra la boca protestaré en los periódicos.

Interín llevaba a efecto su amenaza, para evitar un escándalo mayor le dije:

—Dí cuanto quieras; pero conste que no ponemos cortapisa a la votación.

Y luego volviéndome a los allí presentes, añadí:

—Vosotros ya sabéis lo que os toca hacer.

—Sí, sí, gritaron los congregados en la cervecería y en la alamedilla agitando sus sombreros; sí, señor alcalde; no escuchamos nada; todo cuanto pueden decirnos nos importa un bledo.

Y todos juntos se fueron a votar, dejando solo a Jorge.

El cura Daniel que por la mañana había predicado en favor del plebiscito, al verlos salir de la cervecería, abandonó la rectoría para ponerse a su cabeza; y tal fué la unanimidad con que votaron todos, que ni un solo "no" se halló en la urna.

Si mi primo no hubiese sido dueño de la extensa pradera que se extendía al pié del molino y de las mejores viñas de la cuesta, hubiera sido despreciado por el resto de sus días; pero un hombre rico, y que por añadidura acaba de comprar una casa, un verjel y un jardín pagándolos al contado, puede decir lo que le da la gana, máxime cuando los demás no le escuchan y hacen lo contrario de lo que él les aconseja.

Por fin se celebró en el lugar la votación, al igual que en el resto del distrito. En Falsburgo, que lo habían inundado de impresos contra el plebiscito y algunos habían llevado su audacia hasta vigilar al alcalde y la urna, de mil quinientos votantes, inclusos los militares, sólo resultaron treinta y dos "noes". Como se ve, las cosas marchaban a pedir de boca y el subprefecto debía quedar satisfecho de nosotros.

Hay que decir también, que teníamos necesidad de un camino vecinal que nos uniese con Hangeviller, y que nos habían prometido dos campanas para la iglesia y el permiso para llevar en otoño los puercos a montonera en los montes del Estado. Además, sabíamos que todos los pueblos donde no triunfaba el gobierno no obtenían nunca nada, mientras los demás, con el favor de los consejeros adictos a quienes habían nombrado para que les representase en el distrito o en el departamento, podían siempre contar con parte del dinero que se llevaba el recaudador de contribuciones, para las necesidades de su comuna. El subprefecto me había explicado esas ventajas, y naturalmente un buen alcalde debe avisar a sus administrados. Y esto hice: nuestros diputados, nuestros consejeros generales y nuestros consejeros de distrito, todos eran buenos. Por este medio habíamos ya conseguido el derecho a las hojas secas y nuestro gran lavadero. Sólo nos preocupábamos con nuestro bienestar, y más grato nos era que los demás pagasen a los ministros, senadores, mariscales y príncipes que no pagarles nosotros.

Cuanto pues nos podía decir el primo Jorge encaminado a labrar nuestra felicidad y en interés de la nación, lo escuchábamos como quien oye llover.

Recuerdo que el mismísimo día del plebiscito, en que se sabía ya que todos habíamos votado unánimemente, y que en pago nos cederían las dos campanas y se procedería a la apertura del camino vecinal; recuerdo, digo, que entre mi primo y yo, después de la cena, surgió una pelotera de cincuenta mil demonios; valiéndole el ser quien era el que no lo pusiese de patitas en la calle.

Apurábamos a sorbos un vasito de kirsch, fumando nuestras pipas apoyados de codos en la mesa; mi mujer y Gredel se habían subido para acostarse, cuando Jorge me dijo de improviso:

—Escucha, Cristiano, salvo el respeto que te debo como alcalde, te digo que en el lugar sois todos unos inocentes, y que es una fortuna que yo me venga a él ahora, pues a lo menos habrá así un hombre discreto.

Yo quise amoscarme, pero el primo me contuvo, añadiendo:

—Déjame que concluya. Si cuantos vivís aquí hubieseis pasado dos años en París, no tendrías telerañas en los ojos. Pero en la actualidad os parecéis a esos grajos tragones y desplumados que se pasan el día graznando para que el cielo les envíe el sustento, ganándose con ello que los que los oyen les dan caza, les tuercen el pezcuezo y los echan riendo en el perol. Esta es vuestra situación. Tenéis confianza en vuestros enemigos y les facultáis para que os desplumen a su antojo. ¿Si en lugar de votar a los que ahora votáis eligieseis en-

tre la gente digna de la comarca vuestros diputados y consejeros generales, el emperador y cuantos ocupan elevada posición en política no se verían por ventura obligados a dejaros el dinero que el recaudador os roba en demasía? ¿Acaso toda esa gentualla podría enriquecerse a costa vuestra y crear en pocos años fortunas inmensas? ¿Veríamos por ventura a tanto antiguo maniroto, a quienes no hubiera nadie fiado un ochavo antes de golpe de Estado, convertido en millonario, nadar en oro y arrastrar coche ellos, sus mujeres, sus hijos, sus criados y sus bailarinas? Los prefectos y los subprefectos os dicen: "Seguid votando como os decimos y os concederemos esto y lo otro", cosas que tenéis derecho a exijir, dados los impuestos que pagáis, y que os conceden como favor especial, tales como caminos, lavaderos, escuelas. etc. Dime ¿no tendríais todo esto si el dinero que os arrebatan quedase en la comuna? ¿Qué hace en vuestro pro el emperador? Os despoja y nada más. Lo que hace es mostraros el dinero que es vuestro antes de cada elección, como se enseña un caramelo a un niño, para hacerle reír, y después de las elecciones se lo vuelve a meter en el bolsillo... y hasta otra.

—¿Y cómo puede meterse ese dinero en el bolsillo? — dije yo indignado; — ¿acaso todos los años no se da cuenta en las Cámaras de la inversión de las rentas del Estado?

Mi primo encogió los hombros y me respondió:

—Vaya, Cristiano, ya veo, que no despuntas por lo astuto, de lo contrario comprenderías cuán poco difícil es echar cuentas en las Cámaras. Tanto para fusiles Chassepot que no existen; tanto para municiones que nadie ha visto; tanto para la caja de retiros; tanto para la de sustitutos; tanto para el cambio de uniformes, pues has de saber que para favorecer al comercio todos los años los modifican, etc., etc. ¿Crees tú que los diputados se cercioran de la verdad por sus propios ojos? ¡Quiá! ¿Y quién comprueba los presupuestos de los ministerios? Los diputados que os ha recomendado el ministro de la Gobernación, esos diputados que vosotros votáis como unos bestias y a quienes el emperador abandonaría en las primeras elecciones si tan sólo hiciesen como que quieren inspeccionar los arsenales y comprobar la existencia en las arcas del tesoro. ¡Qué farsa! Mira, ayer, al pasar por Falsburgo me subí a las murallas y ví en ellas cañones del tiempo de Herodes, con cureñas carcomidas y pintadas de nuevo para ocultar la podredumbre. Pues estoy seguro de que esos cañones los refunden cada tres ó cuatro años, en el papel, se entiende, con vuestro dinero. ¡Ah! Cristianillo, Cristianillo, tú y todos los habitantes de la aldea no sois malos, pero lo son de sobras los diputados que enviáis a París.

Al decir esto se echó a reír de modo que me sacó de quicio.

—¿Sabes lo que os hace falta? — prosiguió, llenando de tabaco su pipa y encendiéndola, pues yo por lo muy incomodado que estaba no le respondía, pues lo que os hace falta es no buena fe y honradez, que gracias a Dios los campesinos todavía los conservamos como lo prueba el que creemos en la honradez de los demás, sinó instrucción. Habéis solicitado campanas, y os las darán; pero tenéis la escuela en un miserable barracón y por maestro al viejo Adan Fix, que nada puede enseñar a los chicos por la sencilla razón de que él nada sabe. Pedid una verdadera escuela y verás como no hay dinero en las arcas. Lo hay sí para campanas; mas para un buen maestro, para un aula bien ventilada, para bancos, mesas de abeto, cuadros, pizarras, mapas y libros, ni por esas. ¿Y sabes por qué? Porque si tuvieseis buenas escuelas los niños sabrían leer, escribir y calcular y pronto sacarían las cuentas a los ministros; y esto precisamente es lo que no quiere S. M. He aquí la razón porqué carecéis de escuelas y os regalan campanas.

Jorge hizo un guiño y guardó silencio por espacio de algunos segundos. Luego añadió:

—¿Sabes cuánto cuestan todas las escuelas de Francia? y cuenta que no hablo de las de medicina, derecho, farmacia, colegios y liceos donde asisten los hijos de familias ricas que pueden pagar sus pensiones o su estancia en las grandes capitales, sino de las escuelas para el pueblo, de las escuelas primarias, de aquellas donde se aprende a leer y escribir, las dos primeras cosas que todo hombre debe saber y que le diferencian del salvaje que anda desnudo por las selvas vírgenes de América. Pues bien, los diputados que enviáis a París para que velen por vuestros intereses y que, de no ser unos ladrones, deben ante todo cumplir este deber, no han votado nunca para las escuelas populares más allá le 75 millones, de los cuales diez los proporciona el Estado, y las comunas, los departamentos, y los padres el resto. Setenticinco millones para instruír al pueblo, en una nación de la importancia de la nuestra, es un sarcasmo; los Estados Unidos gastan diez veces más.

(Continuará).

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERI R	EXTERIOR
Por 6 meses: **$ 2.50**	Por 6 meses: oro **1.50**
» un año: » **5.—**	» un año: » **3.—**

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.

El número próximo correspondiente al martes 16 del actual, se pondrá a la venta el domingo 14, en homenaje a Francia, publicando la emocionante novela

ALMA FRANCESA

que nos ha sido enviada con tal objeto por su autor el voluntario argentino Raúl Langlois. Ilustrada por Rojas.

tre la gente digna de la comarca vuestros diputados y consejeros generales, el emperador y cuantos ocupan elevada posición en política no se verían por ventura obligados a dejaros el dinero que el recaudador os roba en demasía? ¿Acaso toda esa gentualla podría enriquecerse a costa vuestra y crear en pocos años fortunas inmensas? ¿Veríamos por ventura a tanto antiguo maniroto, a quienes no hubiera nadie fiado un ochavo antes de golpe de Estado, convertido en millonario, nadar en oro y arrastrar coche ellos, sus mujeres, sus hijos, sus criados y sus bailarinas? Los prefectos y los subprefectos os dicen: "Seguid votando como os decimos y os concederemos esto y lo otro", cosas que tenéis derecho a exijir, dados los impuestos que pagáis, y que os conceden como favor especial, tales como caminos, lavaderos, escuelas, etc. Dime ¿no tendríais todo esto si el dinero que os arrebatan quedase en la comuna? ¿Qué hace en vuestro pro el emperador? Os despoja y nada más. Lo que hace es mostraros el dinero que es vuestro antes de cada elección, como se enseña un caramelo a un niño, para hacerle reír, y después de las elecciones se lo vuelve a meter en el bolsillo... y hasta otra.

—¿Y cómo puede meterse ese dinero en el bolsillo? — dije yo indignado; — ¿acaso todos los años no se da cuenta en las Cámaras de la inversión de las rentas del Estado?

Mi primo encogió los hombros y me respondió:

—Vaya, Cristiano, ya veo, que no despuntas por lo astuto, de lo contrario comprenderías cuán poco difícil es echar cuentas en las Cámaras. Tanto para fusiles Chassepot que no existen; tanto para municiones que nadie ha visto; tanto para la caja de retiros; tanto para la de sustitutos; tanto para el cambio de uniformes, pues has de saber que para favorecer al comercio todos los años los modifican, etc., etc. ¿Crees tú que los diputados se cercioran de la verdad por sus propios ojos? ¡Quiá! ¿Y quién comprueba los presupuestos de los ministerios? Los diputados que os ha recomendado el ministro de la Gobernación, esos diputados que vosotros votáis como unos bestias y a quienes el emperador abandonaría en las primeras elecciones si tan sólo hiciesen como que quieren inspeccionar los arsenales y comprobar la existencia en las arcas del tesoro. ¡Qué farsa! Mira, ayer, al pasar por Falsburgo me subí a las murallas y ví en ellas cañones del tiempo de Herodes, con cureñas carcomidas y pintadas de nuevo para ocultar la podredumbre. Pues estoy seguro de que esos cañones los refunden cada tres o cuatro años, en el papel, se entiende, con vuestro dinero. ¡Ah! Cristianillo, Cristianillo, tú y todos los habitantes de la aldea no sois malos, pero lo son de sobras los diputados que enviáis a París.

Al decir esto se echó a reír de modo que me sacó de quicio.

—¿Sabes lo que os hace falta? — prosiguió, llenando de tabaco su pipa y encendiéndola, pues yo por lo muy incomodado que estaba no le respondía, pues lo que os hace falta es no buena fe y honradez, que gracias a Dios los campesinos todavía los conservamos como lo prueba el que creemos en la honradez de los demás, sinó instrucción. Habéis solicitado campanas, y os las darán; pero tenéis la escuela en un miserable barracón y por maestro al viejo Adan Fix, que nada puede enseñar a los chicos por la sencilla razón de que él nada sabe. Pedid una verdadera escuela y verás como no hay dinero en las arcas. Lo hay sí para campanas; mas para un buen maestro, para un aula bien ventilada, para bancos, mesas de abeto, cuadros, pizarras, mapas y libros, ni por esas. ¿Y sabes por qué? Porque si tuvieseis buenas escuelas los niños sabrían leer, escribir y calcular y pronto sacarían las cuentas a los ministros; y esto precisamente es lo que no quiere S. M. He aquí la razón porqué carecéis de escuelas y os regalan campanas

Jorge hizo un guiño y guardó silencio por espacio de algunos segundos. Luego añadió:

—¿Sabes cuánto cuestan todas las escuelas de Francia? y cuenta que no hablo de las de medicina, derecho, farmacia, colegios y liceos donde asisten los hijos de familias ricas que pueden pagar sus pensiones o su estancia en las grandes capitales, sino de las escuelas para el pueblo, de las escuelas primarias, de aquellas donde se aprende a leer y escribir, las dos primeras cosas que todo hombre debe saber y que le diferencian del salvaje que anda desnudo por las selvas vírgenes de América. Pues bien, los diputados que enviáis a París para que velen por vuestros intereses y que, de no ser unos ladrones, deben ante todo cumplir este deber, no han votado nunca para las escuelas populares más allá le 75 millones, de los cuales diez los proporciona el Estado, y las comunas, los departamentos y los padres el resto. Seteticinco millones para instruír al pueblo, en una nación de la importancia de la nuestra, es un sarcasmo; los Estados Unidos gastan diez veces más.

(Continuará).

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos [illegible] cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita [illegible] los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagan[illegible] publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CU[illegible]DO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un to[illegible] 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 gran[illegible] de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

CAPITAL E INTERI R	EXTERI R
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: $ 0 cts.

Agente en Montevideo: A. Adami — 18 de Julio [illegible]
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 17[illegible].
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo [illegible].
Agente en Córdoba: Elías Solar. — Buenos Aires [illegible]
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari — Chacabuco [illegible]
Agente en Bahía Blanca: [illegible] Gutiérrez. — [illegible]
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo [illegible].
Agente en La Plata: Agencia Carbonell — Calle 48 número [illegible]
Agente en Mendoza y Salta: [illegible] Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de [illegible]
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Güiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaver[illegible]
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz
9. — Alma Doliente, de [illegible]
10. — Una mujer deshonesta, de F. DeGiorgis N[illegible]
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne
12. — Ponchos y lanzas, de [illegible]
13. — El escollo de arena, de Arturo [illegible]

[illegible] pondrá a la venta el [illegible] 14, en [illegible]

ALMA FRANCESA

[illegible] enviada con tal objeto [illegible] argentino Raúl Langlois. Ilustrada por R[illegible]

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10. Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas los que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 14 DE 1918 — TOMO II - N.º 15

ALMA FRANCESA

POR

RAUL LANGLOIS.

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.° Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.° Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

AÑO I   BUENOS AIRES, JULIO 14 DE 1918   TOMO II N.° 15

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1086 B. O.

A fin de facilitar la encuadernación del folletin, desde este número las páginas correspondientes irán colocadas en el centro de la novela.

ALMA FRANCESA

POR

RAÚL LANGLOIS

Ilustraciones de ROJAS.

EN LA LINEA DE FUEGO

Acabamos de pasar horas terribles. Por entre los árboles desgarrados asoma el sol, y aun tenemos ante los ojos el cuadro sombrío de la noche, rasgada por el fulgor de los cohetes luminosos, estremecida en las explosiones lívidas de los cañones pesados que nos protejen desde retaguardia. ¡Los tiros de protección! Noble exactitud del hombre dominando la fuerza y la distancia. Los que solo saben por los informes globales que da la prensa de lo fácil que es morir en esta guerra monstruosa y necesaria, no podrán comprender nunca cuánto vale para un soldado moderno el tiro de protección. Es el brazo materno que nos libra del peligro, la mano de Dios que inmoviliza a la muerte frente a nuestros propios ojos. Una vez más, lo hemos comprobado anoche. Mi bravo capitán había hecho trasmitir de boca a oído la orden preventiva "atacarán a la caída del sol, son muchos, pero no deben pasar". En el reconocimiento aéreo de la tarde ví caer dos máquinas nuestras. Los "boches" concentraban su fuego frente a nuestra trinchera: el dato era evidente, querían ocultarse al ojo alado, para atacar impunemente. En el caso ese mismo recurso era la mejor denuncia. Junto a mí, el melancólico peruano que comparte mis inquietudes y esperanzas, ha hecho una excepción verbal en homenaje al instante.

—Raúl, amigo mío, tendremos el placer de fusilar alemanes esta noche.

Sus palabras, como siempre, me entristecen. Habla tan despaciosamente, pone tanta pesadez doliente en lo que dice, que la menor frase suya me conmueve. A ello se debe que no haya querido nunca penetrar ese misterio visible que le empujó a estos fosos siniestros. Nos entendemos por señas y monosílabos. ¡Ah! ¿Sí? ¡Oh!, y en los momentos trágicos nos basta una mirada para despedirnos. En ella nos decimos todo. ¿Escaparemos? ¡Quién sabe! Ese "adiós" silencioso nos une y nos separa reconciliados con la vida, en la belleza de un ideal por el cual moriremos.

No bien ha cerrado la noche, se levantan en la línea enemiga las tropas de asalto. El cuerpo se me estremece. ¿Miedo? ¿Valor? Ese estreme-

---

cimiento no tiene esplicación definitiva. La presencia del enemigo nos es tan común como la idea de la muerte. En una trinchera el valor consiste a veces en saltar de ella y buscar la reincorporación con las fuerzas que se retiran, en un terreno barrido por la metralla, salvando así un soldado para Francia en el repliegue a tiempo. El miedo es en otra, el salto hacia adelante movido por el horror de la trinchera tomada de blanco por el enemigo, y en la que van muriendo despedazados todos los compañeros. Estremecerse es vivir el instante: ser carne y espíritu, hombre al fin, frente al peligro que avanza. El primer amago lo rechazamos a bala de fusil. La ola se aplana sobre el suelo lleno de costurones y los Lebel buscan silbando a ras de la tierra, el cuerpo del adversario. Tras breves momentos se levanta otra ola y delante de ésta el resto de la que saltó primero. Por entre nuestras cabezas emerje el cuello elegante de las ametralladoras, y comienza la matanza. Es un ruído seco de mil tuercas enmohecidas, girando a un mismo tiempo. El aire se templa súbitamente: la nariz se nos llena de

un polvo sutil, se cargan las pestañas de humo de pólvora y allá adelante, exactamente igual a la visión que tenemos en un tren cuando penetramos a un bosque, vemos avanzar y desaparecer a un grupo interminable de sombras. En una espacio de tres horas rechazamos cinco asaltos. Entre el sexto y el séptimo, notamos un recrudecimiento de rabia y de energía en los alemanes.

Mientras ayudaba a ajustar la cinta de una ametralladora algo descompuesta, oí la voz de nuestro teniente:

—Demonios: qué querrá esta gente.

Ya hacía rato que yo tenía la convicción de lo importante del puesto que defendíamos. Acaso aquello no fuera un ataque parcial: acaso por el hueco de nuestra trinchera se pretendía llegar al corazón de Francia. Ante

esta reflexión, hasta el ardor que sentía en el hombro a efectos del roce de una bala se me quitó. Volví a mi parapeto y calcé el arma. Mi inalterable compañero, me habló de nuevo.

—Raúl, amigo mío, sigo cazando alemanes.

El cansancio nos iba invadiendo, pero de repente reaccionamos. No vemos ya, entre aquella tiniebla espesa de sombra y humo, pero presentimos viene un ataque formidable: la tierra tiembla y este aviso, enclavija nuestra mano en el gatillo.

El estallido es espantoso, el clamor se acerca: los gemidos del que cae se confunden con el alarido del que avanza: "siento" en el aire lo irresistible de aquel empuje y me dispongo a matar... y a morir, ya que no tenemos orden de retroceder. Hacia la derecha, la ola de asalto está ya en contacto con la trinchera y es en ese momento que recurrimos a las bombas de mano. Yo tiro a todos lados: alguien renueva a mi espalda el depósito sagrado y en el vértigo del choque me es indiferente estrellarla contra el que surge a mi frente como hacerla explotar en el núcleo que entreveo a la distancia. Llega una hora en que aquello no tiene más ni menor interés que un ejercicio cualquiera. La voz más poderosa se pierde en aquel tumulto inexpresable, y sin embargo, todos oímos el acento gimiente del capitán que nos habla desde el fondo de la trinchera, donde yace con el pecho atravesado de dos balazos.

—¡Firmes, muchachos, firmes! *¡La France le veut!*

Una hoja fría y luminosa ha penetrado de improviso por debajo de mi brazo derecho y me siento desembarazado del cinturón en que hemos puesto la primera carga de granadas. La hoja vuelve a brillar sobre mi cabeza, mas una explosión roja y candente estalla bajo de ella y veo volar en el aire el brazo que iba a herirme, adherido aun a la culata del arma despedazada. Es el peruano que ha acertado con inolvidable oportunidad a tocar al adversario con una bomba de doble carga. El proyectil que me salva me alcanza a mi también, y caigo al fondo de la trinchera en un vuelco súbito y sin dolor, para levantarme en seguida buscando con qué matar. La voz de mi compañero suena de nuevo.

—Raúl, amigo mío, cazo alemanes.

Recién me fijo que está en cuclillas, como un verdadero cazador americano, esperando en el atajo escondida la aparición de la presa, que no ha de escapar a su puntería. La herida que me ha hecho un fragmento de la bomba, y que a primer cálculo se me ocurre haberlo recibido en la frente, comienza a inundarme la cara de sangre. Me embarga una ansiedad inmensa a la idea de que la hemorragia me impida proveerme de las bombas que busco ahora al tanteo, palpando el entarimado que corre por la trinchera. Mis manos febriles dan con un cajón de mimbre lleno de ellas y renazco a una alegría extrema y lacerante. Uno, dos, tres, veinte! tiro a lo loco, grito apretando los dientes, escupo sangre, me desmorono del barranco en que hago pie, trepo anhelante y de pronto me quedo paralizado con los labios rígidos y el brazo contraído en la actitud de arrojar el proyectil al clamor inesperado que parte de los atacantes.

¡Kamerade! ¡Kamerade!

¿Qué ha sucedido? ¿Nos creíamos dominados, vencidos por el número y el empuje, y ahora claman gracia de vida los que debieron imponernos ley de muerte? La orden imperiosa nos impide reflexionar. Es el teniente de nuestra compañía quien la imparte, mientras se encarama de un salto elástico sobre la trinchera coronada de alemanes suplicantes.

¡En avant! ¡En avant! Los brazos del peruano me soliviantan de la cintura, y cruzo por entre un grupo de hombres armados y silenciosos con una indiferencia inconsciente en la que no entran ni el cálculo de la situación ni la audacia incontenible.

He oído el grito de avanzar y corro hacia adelante por entre aquel grupo de enemigos a los que no hiero, por lo mismo que me dejan cruzar sin resistencia. A medida que caminamos con la cabeza gacha, en un impulso natural de previsión sentimos bajo los pies la "densidad" de enemigos muertos. Es entonces cuando pasamos de la sorpresa de la revela-

ción. No han vencido los defensores de las trincheras, sino los artilleros de Francia. Previsto el ataque, se ha fijado el tiro de contención, y la ola teutona se ha encontrado en el momento decisivo aislada de su centro y ametrallada de frente.

La cortina de fuego avanza ahora con nosotros. Vemos la cinta luminosa caminar a nuestro frente, y en el afán de ganar terreno, parece que la lluvia de hierro cárdeno acelera su marcha a medida que acentuamos la nuestra. Ya no peleamos, caminamos simplemente evitando tropezar con los caídos, desenredando las piernas de los alambres, arrancados de las defensas, esquivando los hoyos fangosos de las explosiones anteriores, en que se muere ahogado por el barro líquido. La resistencia se transforma en un victorioso avance, y allá vamos todos a una, movidos por una fuerza independiente de nuestra voluntad, a ganar para el mundo un pedazo más del sagrado suelo de Francia. Caemos en las trincheras enemigas con unas ansias fatigosas de terminar de una vez. El odio alemán se defiende con una obstinación temeraria desde los boquetes encubiertos, y a la media luz de las mechas inflamables efectuamos la dolorosa limpieza de los reductos. La respuesta adversaria empieza en eso a manifestarse. Comunicado el desastre, enfilan sus baterías y un fuego intenso golpea la línea conquistada. Aquello es terrible. Un ruído de trapo rasgado, corta incesantemente el aire: son las balas de grueso calibre que caen a plomo sobre los parapetos defensivos y hacen volar hombres y cosas.

La granizada, arrecia, y recibimos orden de retirarnos. El espacio entre las dos trincheras, está transformado en un infierno. El enemigo tiene demasiado ojo. Nos barre de espaldas a fuego vivo. Nuestro tiro defensivo cruza alto y el mismo siempre, protegiéndonos, cerrando el frente a los "boches". De pronto, entre el fragor del combate, escucho una voz desgarradora:

—¡Ici! ¡¡Ici!!

La que habla en la noche es una mujer y el corazón me da un vuelco. Si llama es porque está herida. Pero ¿qué significa "un herido" donde mueren tantos seres por segundo? Sin embargo, aquello no es un herido simplemente: se trata "de una mujer" y me siento indiano puro, terco e instintivo, encrespado de masculinidad pedantescamente animoso. Avanzo a saltos cortando las fuerzas que retroceden, "rastreando" el bulto en dirección al grito que vibra aun con una claridad lacerante. Estoy muy cerca de la que llama y no la veo. Desearía luz aunque fuera de un obús "boche".

He dado unos pasos más y todo mi empaque viril desaparece. Esta mujer que miro a mi lado tocada de blanco lino, encasquetada la gorrra misericordiosa de la Cruz Roja, no necesita de mi auxilio porque anda entre las balas ofreciendo el suyo; no llama en su ayuda porque desafía. Con mano nerviosa y violenta ha desgarrado su delantal a la altura del seno, y así, clásicamente erguida, mujer y sola entre aquella multitud silenciosa de soldados, que retroceden porque se lo imponen, en un cielo oscuro que hiende a trechos el punto lívido de las grandes balas, es Francia misma ofreciéndose en holocausto a las potencias satánicas de los bárbaros.

—¡Aquí! ¡Aquí!, y en la imprecación mordiente hay un deseo tan grande de morir, de despedazarse contra algo mordiendo la garganta de alguien!.... Impulsivamente arranco su mano del pecho y se la beso.

—¡Hermana!

Al calor de mi beso reacciona y me mira azorada.

—¡Retroceded, retroceded, protegéos!

Me empuja con urgencia y aun parece que quisiera ampararme con su cuerpo.

—¿Estáis herido? Pero si podéis caminar, retroceded; la barrida es feroz.

—Con vos sí, — y a mí vez la empujo hacia nuestras líneas, con suavidad primero, con energía después y al fin casi con violencia.

—No podéis quedaros: vuestros auxilios son aquí innecesarios, no se pueden buscar heridos al tanteo, y menos transportarlos. Si yo cayera, abandonadme, salváos vos.

Hemos caminado largo espacio, más de repente la siento desfallecer.

¿Estará herida? Me inclino sobre ella y veo que llora. ¿Llorar? ¿Existe una persona capaz de vivir su inquietud moral en un momento como éste? Ella ha sido capaz de eso. Mujer al fin, para que nos diese esa lección de equilibrio espiritual en un hora de puro instinto.

En el borde de la trinchera me abandona, mejor dicho, soy yo el que la deja, pues debemos reorganizarnos. No tengo tiempo de pensar como ni por qué ha pasado la primera línea. Ya sabremos más tarde qué fuerza la impulsó adelante. Inspecciono en el foso mi fusil: está roto. Me proveo de otro, busco el contacto con los depósitos de bombas de mano; nos ponemos en posición de ejecutar cualquier orden. Se hace ya la media tinta de la madrugada. Mi teniente pasa rozándome.

—¡Ganada! ¡Ganada!

Sus palabras de gozo me exaltan, pues las comprendo en todo su alcance. Desalojado el enemigo, la trinchera será de la artillería mejor municionada: vale decir nuestra. En la onda gris que hace la loma, tras la cual están los alemanes, vemos golpear incesantemente los poderosos proyectiles, que nos defienden. Ya no hay nada que hacer. Los cañones franceses no dejarán pasar a un solo alemán, y nos es grato e interesante contemplar sobre el parapeto de la trinchera, con la cabeza apoyada en los brazos, cómo se va debilitando el fuego enemigo, mientras el nuestro sigue y seguirá revolviendo la loma gris hasta que volvamos a recruzar el terreno en pacífica marcha y sin tirar ni recibir un tiro.

Un dulzor de triunfo nos invade y el cansancio pesa sobre mis ojos. Las piernas se me aflojan y vacilo; mas... ¡hombre! esto no es natural, ¡vaya! no debe ser así: yo me caigo al suelo simple y llanamente, y no está bien. Una tirantez de piel engomada me cruza el rostro y entonces me

palpo. ¡Ah! es que a mí me habían herido. ¡Ah! es que no debo t mucha más sangre en las arterias, que la que me baña la ropa y se adh a mi barba hirsuta y complicada. Señor, me estoy cayendo desfallecid en verdad que ésto me parece ridículo, pues tengo demasiada concienci ello. Es así empero, y la herida que toma posesión de su debida sensibili me comunica que tengo en la cabeza un desgarramiento transversal con municación a la oreja izquierda, bastante incompleta por cierto.

... ...

Después de aquellas comprobaciones poco agradables, debo de haber frido un corto desmayo, pues el sol ha salido y aquí estoy tirado sobre camilla, esperando el turno de transporte, inflamándome de arriba ab oyendo aun el: — ¡Ici! ¡Ici! — desafiante de esa enfermera que me ocupa más de lo conveniente, y viendo saltar entre las ramas despedaz de los árboles sin hojas a un pajarito ¡espíritu de Dios!, que viene huye acaso de otros hogares para volver a huir de este mañana, ágil y preve la cabecita inquieta, en un vuelo largo y sin reposo, como si en el mu conturbado ya no hubiera un solo pedazo de tierra en que existiera el lencio, compañero necesario y confidente de las alas y las almas.

EL HOSPITAL DE SANGRE

Se llama Susana y vela a mi cabecera. Coincidencia feliz: conjuntan te conmigo la han pasado a ella al hospital de sangre. Nos hemos visto rante el viaje y me ha atendido con una solicitud conmovedora. Desp de darme ubicación, número y un lavaje en la herida, me han deposit en esta cama. Susana ha pedido cuidarme, y aquí, donde el dolor se ci como un pájaro sombrío, la menor solicitud que pueda proporcionar pl es atendida inmediatamente.

La primera vez que me cambio las vendas, tuve vergüenza y rabi mismo tiempo. El desgarramiento de la cabeza se ha infestado, y una rida que encontraron los médicos hacia el omóplato derecho me inm liza medio cuerpo. El primer vendaje fué, pues, para Susana largo y difí Esa lentitud estribaba mis dos impulsos: vergüenza de verme embarado c un paralítico e indudablemente feo con mi hinchazón facial, tapándome ojo y desviándome la boca, y rabia por no tener noción exacta del pr que personalmente cobrara en vidas alemanas, por aquellas heridas. Ah Susana me maneja como un trompo. Doy vueltas en sus manos con sin lar ligereza y sin ningún esfuerzo. Su piel tibia y rosada templa la y después de una cura es indudable que tengo una hora de absoluta m ría. Un día, al siguiente de dedicarse a mi cuidado, le pregunté por nombre.

—¿Cómo os llamáis?

—Susana.

—¿Soltera o casada?

Una agitación extraña la invadió de improviso y evitó contestarme. M tarde insistí:

—¿Soltera o casada?

—Todo a la vez, señor Langlois.

Habló con inquietud y dolor: sufrió contestándome, pero ¿para estamos en la guerra sino es para eso, para sufrir? Volví al asunto so la misma huella y al poco tiempo.

—Susana, usted me debe una explicación larga y sincera.

—¿Yo? ¿No será usted quién me la adeuda? Nada más lógico que francesa haya puesto su vida al servicio de los soldados de Francia; p usted, denunciando en cada palabra su origen extranjero, es siempre un terrogante.

—Mi vida es tan simple, Susana. Argentino, nacido en Buenos Ai de padres franceses, me ofrecí a un pueblo amenazado en su libertad, p que ese pueblo era el mío al ser de mis padres, y porque esa libertad era misma que despertó mi corazón de niño a los ideales del hombre. Despu lo que usted no ha visto, lo debe suponer. Eso es todo.

No me contestó. Se fué corriendo hacia el fondo de la sala. Había escaces de servicio en las últimas camas y hube de pensar que al deseo de ser útil a tiempo iba unido el de no contestarme. Pero el comienzo de su drama lo obtuve por el jefe del hospital, un excelente profesor parisino, que se ha detenido más de una vez frente a mí, para preguntarme amigablemente, confidencialmente, con una cordialidad de viejo arraigo en el pueblo de Zárate que él visitó siendo estudiante hace muchos años, cuando se llevaba a Buenos Aires por los caminos polvorientos al sistema de arreo primitivo, la hacienda que iba a sacrificarse para el consumo y la exportación. Como al azar, he deslizado una pregunta sobre Susana y en sus pocas palabras encontré insinuación inicial.

A la noche, cuando ella se aproximó en puntas de pie creyendo que dormía, la desconcerté con una pregunta en exabrupto.

—De Roye, Susana, donde era antes tan amable y dulce la vida en casa del abuelo Maquet.

Se sorprendió horriblemente.

—¿Usted? ¡Oh! ¿Cómo lo sabe?

—Susana, me debe una explicación larga y sincera. Es esta una hora propicia. No hay en la sala ningún moribundo "visible"; su relevo será a la media noche y siento en el corazón una ansiedad infinita por saber que pena o desengaño hay en el suyo, Susana.

He debido hablar así, porque no lo hubiera podido hacer de otra manera. Un año de vida de trincheras, aislado del mundo, matando y haciendo como que evito la muerte a cada rato, sin más conformidad espiritual que el silencio de las estrellas, cuando la noche se ha hecho sobre la inquietud del día, y en la incertidumbre de si se "habrá de amanecer", va el alma impresionada a serenarse en los astros, el corazón se hace dócil a la emoción, y la aspiración constante es la de un afecto, la de un amor que ponga un paréntesis de ternura a esa vida de dureza, el acercamiento a una mujer, cualquiera que sea, santa o perdonable, bella o fea, pero mujer al fin, para que la gracia de su sexo penetre en nuestro pecho, anheloso de una palabra exenta de odio.

Susana me miró a la cara como nunca me había mirado y se sentó en la silla forrada en hule blanco que tengo en la cabecera de la cama.

—Nos sobrará tiempo, señor Langlois, — la interrumpí afectuosamente, y retuvo la palabra, haciéndome la concesión de un término más amistoso. — Nos sobrará tiempo, Langlois; pero a mi me faltará resistencia. Usted me ha conocido en una actitud que, naturalmente, excita la curiosidad, y como callarme ante su exigencia, sería conspirar para que se me creyese una heroína, voy a contarle mi vida en pocas palabras para que vea cómo hay en mí, más desesperación que valor.

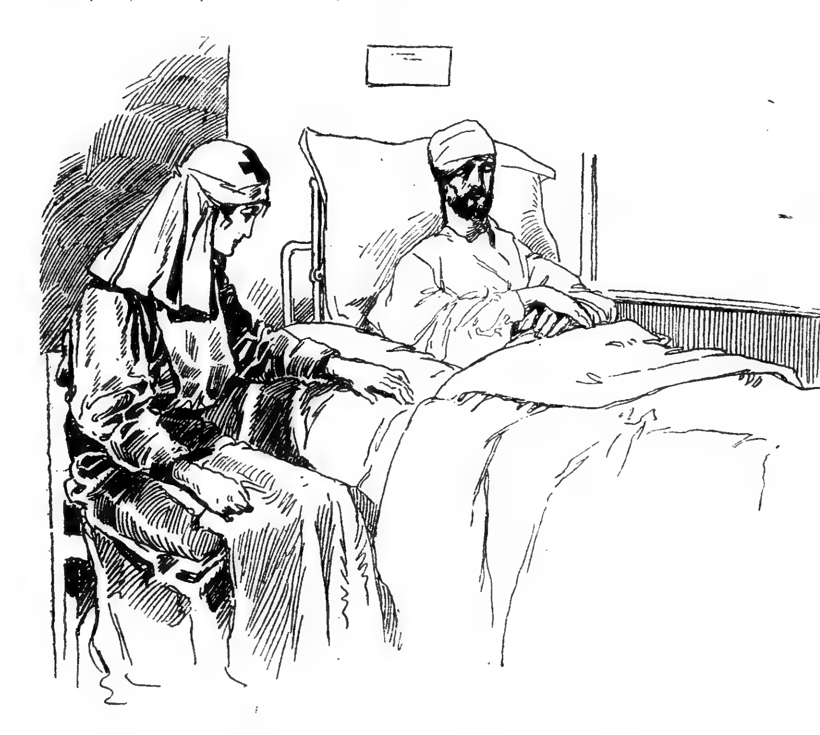
Inclinó la cabeza y torciendo y retorciendo con sus dedos largos y flexibles la frazada de mi cama, habló en síntesis, con entonaciones truncas en las que el amor, el anhelo y el odio acerbo se encontraban repentinamente.

Era nacida en Roye, como se lo había dicho — ¡lo único que sabía de ella! — Joven perdió a sus padres, creándose ella y sus dos hermanos varones, mayores que ella dos, en lo del "abuelo Maquet".

Las rentas del abuelo daban cómodamente para la crianza, y a su lado Enrique se hizo ingeniero; Carlos un administrador admirable de los bienes de la familia, y ella la dueña del hogar, regalo de unos y otros, ama de llaves y adorno de la casa, consuelo de los hermanos y alegría del anciano. La guerra encontró al ingeniero sobre el asiento de un aeroplano y al administrador en la frontera belga, donde fué incorporado a uno de los primeros cuerpos que cruzó la línea divisoria para reforzar a los héroes batidos ya en Lieja. Las noticias habían sido confusas y contradictorias, pero cuando Francia entera retrocedía hacia París, su corazón eterno, el guerrero de pocas semanas que había desde Charleroi a Roye soportara más combates que viejos militares, se aproximó a la casa y habló al abuelo. Había que irse, abandonarlo todo, pronto y decididamente. Nadie sabía qué suerte le estaba reservada a Francia: los rusos podían aplastar a Prusia con su volumen inmenso; pero en la hora que corría, los ejércitos republicanos "resbalaban" sobre el suelo patrio sin poder hacer pie en ninguna parte. Un

clamor sordo cruzaba las filas y en algunos labios la murmuración era de-
masiado clara.

—¡Oh, Dios; lo mismo que el 70!



El viejo Maquet amontonó con febrilidad los cuadros de varios sig[los]
que estaban en el salón grande; vació los roperos desarmó las lunas de [los]
espejos, mucho más viejos que él; enrolló los gobelinos; puso en varios a[r]-
cones la platería, y al final, cuando estaba casi todo pronto, juzgó que [el]
bulto era demasiado grande; que sus dos calesas, anticuadas, pero fuert[es]
y el carro grande de servicio, podían muy bien servir para transportar he[ri]-
dos o municiones a retaguardia; que como la ciudad se quedaría con po[ca]
gente, no iba a haber quien cuidase su serie B. de rosas sacadas con tan[to]
esfuerzo en diez años de selección; y que por último... se ponía a rein[s]-
talar sus cuadros, organizar la platería y fumar su pipa tranquilamente.

El era francés y estaba en Francia: nada más quiso saber. Ella [no]
quiso tampoco abandonar a su abuelo y asistió con el corazón hecho [pe]-
dazos a la entrada de los alemanes en su amado pueblo. Después habían si[do]
las horrendas concesiones forzosas al invasor insolente. Su casa allana[da]
a cualquier hora; los jardines hollados a voluntad del último soldado i[m]-
perial; los viajes del abuelo a la "komandaton" y el interrogatorio contínu[o;]
el hospedaje obligatorio para los que "iban" a París a cumplir en "No[tre]
Dame", el primer ejercicio de gracia que deseaba el "emperador". Un d[ía]
fué la noticia del Marne: el abuelo fumó a grandes humadas su pipa y beb[ió]
una botella de buen vino, reservado en los sótanos, lo bastante oculto pa[ra]
que no fuera a hacerle compañía a los otros, a los que habían servido de es[tí]-
mulo a las groserías congénitas de los invasores. Los nombres de Joff[re,]
Gallieni y Foch, cruzaba por entre los alemanes mismos con un dejo de r[es]-
peto y admiración. Francia renacía, y, por un raro contraste, la casa [del]
abuelo Maquet era respetada y con ella el honor y la vida de sus habitant[es].

(Continuación)

Pero en cambio pagamos muy cerca de 500 millones para llenar el presupuesto de guerra, que no serían muchos si tuviésemos quinientos mil hombres sobre las armas, según lo que se ha calculado que cuesta un hombre cada día; mas para un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, sobra la mitad. ¿Adónde van a parara los otros 250 millones? Si sirviesen para construír escuelas, pagar maestros inteligentes y dar asilo a los obreros en su vejez, nada tendría que decir; mas para hacer sonar el bolso de los senadores y las campanas de los curas, me parece demasiado caro.

Como las palabras que decía mi primo me quemaban la sangre, no veía ya el momento de irme a acostar, por lo que le dije:

—Cuanto dices, primo, está muy bien; pero se va haciendo tarde, y además todo eso que ahí has espetado nada tiene que ver con el plebiscito.

Levanteme para poner en obra mi intento; pero Jorge me asió del brazo y me detuvo diciendo:

—Hablemos un ratito más, Cristiano; deja que concluya mi pipa. Dices que lo que he expuesto nada tiene que ver con el plebiscito, ¿no es eso? sabe pues que ese plebiscito se lleva a efecto para que continúe tan escandaloso agio. Si Francia halla que todo va bien; que la dejan bastante dinero y aún le sobra para que le pillen más; que ministros, senadores y príncipes no están todavía bastante ricos; que el emperador no compra bastantes propiedades en el extranjero, hablando por boca del plebiscito dirá: "Seguid; estamos contentos de vosotros". ¿Aceptas eso?

—Sí, lo prefiero a la guerra, le respondí de mal humor; el imperio es la paz y por esta voto.

Entonces Jorge se levantó a su vez, y vaciando su pipa sobre la mesa, dijo:

—Tienes razón; vamos a acostarnos; pero sí te digo que me arrepiento de haber comprado la casa del viejo Briou, que los que en estas tierras vivís sois muy cerrados de mollera. ¡Te compadezco!

—No hay necesidad de que me compadezcas, — repuse montado en cólera, — pues no soy más bestia que los demás.

—Pero ven acá, infeliz; ¿tú, alcalde de Rothalp, que todos los días te relacionas con el subprefecto, crees de buena fe que ese plebiscito se lleva a cabo para garantir la paz?

—¡Vaya si lo creo!

—Hombre... pero dime, ¿no la gozamos ya la paz? Pues si la gozamos ¿a qué un plebiscito para conservarla? ¿Te figuras acaso que los alemanes no tienen que ver algo en eso? A nuestros campesinos se les engaña se les impone en la iglesia, en la alcaldía y en la suprefectura; pero no existe en París un obrero que no vea la trama de semejante farsa. Todos saben que el emperador y los ministros tienen necesidad de la guerra y los generales y los oficiales superiores la quieren. La paz es buena para los comerciantes, los industriales y los labradores; pero los oficiales están cansados de pudrirse en los mismos grados. A fuerza de meter en el ejército a nobles, jesuítas y camanduleros de toda especie, los subalternos están que trinan; los soldados están disgustados y es preciso que les reparta plus, o de lo contrario acabarían por echarlo todo a trece, sobre todo al ver a los prusianos pillar a nuestras barbas cuanto les da la gana sin pedirnos permiso. ¿Y tú no ves nada de eso? ¡Bah! tengo sueño; vámonos a dormir.

Aquella noche conocí que mi primo había aprendido mucho en París y que en política me daba quince y raya; pero esto no fué óbice para que estuviese indignado contra él, ya que desde que hubo llegado al lugar no me había causado más que desazones y conocía la imposibilidad de vivir en paz con un ente tan brutal.

Mi mujer había oído nuestra disputa desde lo alto de la escalera; sin embargo bajó risueña y alegre a nuestro encuentro, con una vela en la mano, y dijo a Jorge:

—Vaya, que se ha despachado usted a su gusto. Véngase usted conmigo, que voy a conducirle a su dormitorio. Este es. Desde la ventana puede usted ver el bosque iluminado por la luna; ahí está su cama, la mejor de la casa. El gorro de dormir lo hallará usted debajo de la almohada.

—Está bien, Catalina, gracias, — le respondió Jorge.

—Y que tenga usted un sueño feliz, — añadió mi mujer viniendo a mi encuentro.

Mi esposa, que era mujer discreta, mientras yo me estaba desnudando, me dijo:

—¿Pero en qué estás pensando, Cristiano? ¿contrariar a un hombre tan rico que, por la misma razón, puede reportarnos en lo porvenir tantos beneficios? ¿Qué te importa a tí el plebiscito? ¿Y qué provecho puede traernos? A todo cuanto diga el primo, responde siempre "amen". Piensa que su mujer tiene parientes y que procurará más para ellos que para nosotros. Cuida de no indisponerte nunca con Jorge, pues no todos los días se encuentra uno

al paso prados como el que se extiende al pie del molino, ni vergeles como el de la cuesta.

Al punto comprendí que mi mujer tenía razón y por lo tanto en mi interior hice propósito de no contrariar en adelante a mi primo, ya que él solo podía sernos de más provecho que el emperador, los ministros, los senadores, y toda la gente de campanillas reunida, pues todos y cada uno por sí estos no pensaban más que en los bienes propios, sin preocuparse lo más mínimo en nosotros; luego era justo que nosotros les imitásemos, ya que tan bien habían logrado llenar el bolso, engordar y vivir en medio del holgorio, sin hablar de las promesas que los obispos les habían hecho para cuando se fuesen al otro mundo.

En estos pensamientos me acosté tranquilamente y me dormí en paz y en gracia de Dios.

II

Al día siguiente, muy de mañana, Jorge, mi hijo Jacobo y yo, después de tomar un bocado y bebernos un vaso de vino, enganchamos las dos carretas para ir a buscar la mujer y los muebles del primo a Lutzenburgo, en la estación del ferrocarril.

Antes de venirse a Rothalp, Jorge había mandado blanquear y pintar su casa de arriba a bajo; hecho colocar nuevo embaldosado y cambiar por tejas las antiguas tablas. Pintada ya la casa y seca la pintura, puertas y ventanas permanecían abiertas día y noche, en la seguridad de que nada podían llevarse los ladrones, toda vez que estaba vacía.

Al ver mi primo que la nueva vivienda estaba ya en estado de ser habitada, había escrito a su mujer que se pusiese en camino y que se trajese consigo los muebles de la habitación que ocupaban en París.

Nos pusimos pues en marcha poco más o menos a las seis de la mañana, y por el camino encontramos a mucha gente de Hangeviller, de Metting, de Vechem y a otros que se dirigían al mercado de la ciudad, que cantaban y daban desaforados vivas al emperador.

En todas partes habían votado por la paz, es decir "sí". Era un engaño como no se había visto hasta entonces, pues tal cual el ministro de la Gobernación, Chevandier de Valdrome los prefectos y los periódicos oficiales nos habían explicado el plebiscito no hubo quien no creyese haber votado la paz.

—¡Pobres campesinos! — decía mi primo al ver su entusiasmo, — ¡cuánto com-

padezco vuestra estupidez! ¡c
na el que déis fe a las pa
hato de fulleros!

Así calificaba mi primo al
emperador, y naturalmente
dignado; pero las recomenda
taina se me venían a la me
ferí no chistar.

Al llegar a la carretera s
el mismo espectáculo; los sol
de línea de guarnición en Fa
ban alegres como quien acab
premio gordo; su coronel le
que los que no votasen "sí"
nos de llamarse franceses, y
dado es esclavo de la consig
taron conforme el deseo de

Como habíamos ya dejado
palda la puerta de Francia,
Barracas para de estas trasla
zelburgo. El tren de París
abandonar la estación y se c
bido de la locomotora al pas
nel de Saverna.

La mujer de Jorge, a qui
no conocía y que estaba a
equipaje, detrás de la estació
marido exclamó toda alegre:

—¡Ah! ¿eres tú?... ¿Es
go vienen son los primos?

La buena mujer nos dió ur
zo, y luego nos miró con
duda a causa de nuestras blu
tros amplios fieltros negros.
debía ser eso, porque Ana M
hija de Wasselone, Alsacia,
nos han usado blusa y ancho
que tengo uso de razón. I
era que esa mujer, alta y
ojos castaños y viva y activa
vora, después de haber vivid
en París, primero como coc
de Krautheimer, en un sitio
barrera de Montmartre, y l
o seis posadas de la gran ciu
raba un poco y aún se ale
a gente sencilla cual nosot
bargo esto no deja de ser
mía.

—Ahí están las carretas,
dijo Jorge lleno de alegría.
vamos a cargar cuantos mue
y lo demás en la pequeña. S
te. Toma, mira allá arriba,
castillo de Lutzelburgo, y es
sita de madera cubierta de
chocilla del tío Hollfmann-F
lador de aguardiente; tú ya
el aguardiente de Falsburgo.

Jorge enseñó a su mujer c
cía a su vista.

Luego empezamos a cargar

pulento mozo encargado de recojer los billetes de los pasajeros en la barrera y de llevar los paquetes al ómnibus del señor Andrés, nos prestó su ayuda.

Muy cerca de medio día era ya cuando concluímos el trabajo.

Ana María se sentó en la delantera de la primera carreta, sobre un haz de paja, y emprendimos la marcha hacia Rothalp, a donde llegamos a las tres de la tarde.

Pero ahora recuerdo una cosa que quiero consignar. Cuando salimos de Lutzelburgo bajaba por la cuesta un gran carro cargado de carbón, cuyos caballos llevaba de la brida un mozo de diez y seis a diez y siete años. Delante de la puerta de la última casa, sentado en el suelo y en sitio donde no podía incomodar a nadie, había un niño que se entretenía en ver pasar nuestras carretas, cuando el indicado mozo le soltó porque sí un latigazo que hizo prorrumpir en amargo llanto a la infeliz criatura.

—¿Por qué pega a ese niño? — preguntó mi prima al notar la acción.

—Ese es un conductor de carbón que viene de Sarrebruck, — respondió Jorge; — es prusiano, y ha pegado al chico porque es francés.

Entonces mi prima quiso bajarse para correr tras el prusiano, al que daba grandes voces diciéndole.

—¡Cobarde! ¡holgazán! ¡pillo! ¿por qué no me pegas a mí?

Y de fijo que el mozo se hubiera vuelto contra Ana María a no encontrarnos nosotros allí; pero como nos temió, largó unos latigazos a sus caballos y se apresuró a pasar el puente no sin volver de vez en cuando el rostro temeroso de que le persiguiéramos.

En aquel tiempo creí que mi primo no era justo al decir que el mozo prusiano nos llevaba ojeriza por el mero hecho de ser franceses; pero más adelante he conocido que tenía razón, y que los alemanes nos odiaban hacía muchos años, aunque disimulándolo astutamente y aguardando la ocasión propicia de hacérnoslo sentir.

—También al mismo sujeto debemos esto, — dijo Jorge; — los alemanes, que se figuran que lo hemos proclamado emperador para empezar de nuevo las tretas de su tío, miran nuestro plebiscito como una declaración de guerra. Sin embargo, lo que prueba que no van del todo descaminados es la alegría de nuestros prefectos y subprefectos.

—Está bien, — repuso Ana María, — pero pegar a un niño es una cobardía.

—¡Bah! no pensemos más en ello, — dijo Jorge, — quizá veamos cosas peores que habremos merecido por nuestra estupidez. Dios quiera que me engañe.

En esto llegamos a la aldea.

Mi mujer había preparado la comida; abrazáronse esta, la prima y mi hija, trabaran conocimiento, y luego nos sentamos todos a la mesa y comimos con buen apetito.

Ana María, que era expansiva, había ya visto, al paso, su casa con su jardinillo a la espalda lleno de groselleros y ciruelos en flor.

Las dos carretas, cuyos tiros habíamos desuncido, aguardaban delante de la puerta de aquella, y desde las ventanas de mi casa divisábamos a los vecinos del lugar que daban vueltas a su alrededor, miraban las cajas, tanteaban los colchones y hablaban entre sí de los muebles y demás objetos de que estaban cargadas las carretas cual de algo que les interesase personalmente.

Sin duda decían que nuestro primo Jorge Weber y su mujer eran gente rica y que merecían la consideración de toda la comarca. Y aquí digo, que yo mismo, antes de haber visto aquellas cajas más que tamañas, nunca hubiera creído que poseyesen tanto bien. Todo lo cual me demostraba que mi mujer había obrado muy cuerdamente al recomendarme las mayores atenciones para con el primo, recomendaciones que hizo también a nuestra hija Gredel. En cuanto a Jacobo, que es mozo de cabal sentido y que atina en todo, no necesitaba que le aleccionasen.

Pero lo que colmó nuestra admiración fué ver llegar, a cosa de las tres y media, otras dos grandes carretas del lado de Vechem y oír a nuestro primo que decía:

—Ya está aquí mi vino de Barr.

Antes de venirse a Rothalp, Jorge haba hecho un viaje al Barr, en Alsacia, para catar todos los vinos y hacer sus compras.

—Ea, Cristiano, — me dijo levantándose, — no tenemos tiempo que perder si queremos descargar todo esto antes de que anocnezca. Toma tus garfios y tu martillo; también debes tener cuerdas y una escala para bajor las cubas a la bodega ¿no es eso?

Jacobo fué por cuanto necesitábamos y nos salimos mi mujer, mi hija, Jorge, yo, todos en una palabra; Frantz, mi mozo, se quedó solo en el molino.

Llegado que hubimos al sitio donde estaban las carretas, empezamos a desclavar las cajas y a entrar en la casa cómodas, armarios, tablas, platos, soperas, etc., etcétera.

—Colocad esto allí, en aquel rincón, — ordenaba mi primo; estotro allá.

Los vecinos nos ayudaban, movidos por la curiosidad.

Todo se hacía con el mayor orden.

En esto llegaron las carretas del Barr, que tuvieron que aguardar a que estuviese descargado todo el ajuar doméstico.

Nuestras mujeres habían ya subido las camas y colocado la ropa blanca en los armarios.

Las siete poco más o menos serían cuando, ya todo en su sitio, creíamos poder descansar hasta el día siguiente; pero Jorge, arremangándose las mangas, nos dijo:

—Ahora viene el trabajo gordo, compañeros; yo nunca me duermo a mitad de la faena. Los que tengan buena voluntad ayúdenme a descargar las pipas, pues los carreteros quieren con justicia volverse a la ciudad.

En un santiamén abrió Jorge la bodega, colocó la escala y encendió el farol, y con nuestra ayuda empezó a descargar las pipas, a bajarlas con ayuda de cuerdas y a colocarlas en su sitio, cuyo trabajo concluímos a las once.

Nunca he visto trabajar como en aquel día.

Unicamente cuando lo vió todo ordenado cual quería, Jorge pareció estar satisfecho. Entonces decentó el primer tonel, llenó una colodra y dijo:

—Vengan acá los que han trabajado: beberemos un trago y luego nos iremos a descansas.

Luego cerró la bodega, y penetramos todos en el comedor, donde refrescamos.

Media noche era por filo cuando cada cual se fué a dormir.

Los lugareños todos estaban con tanta boca abierta al ver el ardor con que trabajaban aquellos parisienses; no se hablaba de otra cosa en el lugar. Ora mi primo compraba el flemo de la gendarmería; ora hacía preparar sus tierras pantanosas para el otoño; ya mandaba levantar un establo, ya construír un lavadero detrás de su casa o un destiladero al extremo del patio o bien ensanchaba sus bodegas, que eran ya las más grandiosas de la comarca.

Todo, todo indicaba que mi primo debía tener mucho dinero, y que lo tenía lo demostraba al que había pagado al contado al arquitecto, obreros y albañiles. Sin embargo, tanto capital invertido, su notario le hacía siempre buena cara y tan pronto le veía le saludaba llamándolo "mi querido señor Weber".

Una sola cosa contrariaba a Jorge: tan pronto hubo llegado había pedido permiso

a la subprefectura para a
"A la piña", y aun había
tas a Sarreburgo, que qued
tación.

Mañana y tarde, el vern
carretas llenas de trigo y
llamaba desde la ventana
siempre de lo mismo, y au
rizarme a la alcaldía para
y sellase sus cartas y aña
de buena conducta; pero
silencio persistía.

Una noche y mientras
firmando las actas extend
semana por el maestro d
en la alcaldía, siguiendo
me preguntó si por fin s
el tantas veces solicitado

—No, primo, todavía no
se a qué atribuír tan pro

—Está bien, repuso, s
silla del secretario; dam
escribir otra carta, y de
misma suerte que las
de tocar otra tecla.

Jorge, que estaba pálid
pezó a hacer correr la p
papel, repitiendo en alta
escribiendo.

He aquí lo que decía la

"Señor Subprefecto:

"He solicitado de V.
abrir una taberna en Ro
tenido la honra de dirigirl
pecto del particular, sin
dignado darme contestació
confianza pues de que de
diga sí o nó, le escribo
mando no encontrará exi
sión, muy legítima, por ot
cobra y cobra buen sueld
gación de cumplir con lo
impone su cargo.

"Tengo señor subprefe
saludarle.

Jorg
Antiguo sargento de infant

Al oír semejante carta,
me erizaron.

—Primo, — le dije, —
subprefecto será capaz d
derte.

—¡Bah! — repuso Jorg
campesinos parece como q
caballeretes como dioses,
viven del dinero que les
tros empleados y nada má
Cristiano, quieres autoriza
el sello?

Así los días, los meses, y ¡oh tortura! los años; porque el Marne había detenido la horda, pero no la había arrojado hasta su punto de origen. En aquel silencio de Roye sometido había visto cuadros de horror y perversidad increíbles. Una noche oyeron un ruído extraño en el jardín. El oído vivía en acecho, a la espera siempre de un atentado cualquiera. Alguien trepó por las escaleras y llamó a la puerta del viejo Maquet, con precaución. Intrépido y valeroso el anciano la abrió: dos brazos le rodearon el cuello y una voz conocida y amada le acarició el espíritu.

—¡Abuelo, soy yo, abuelo!

Era el ingeniero, el aviador de Francia, el pequeño Enrique que volvía. Junto con el placer fué la angustia y entonces Enrique les contó la trágica aventura. Había salido con un inmensa carga de bombas a ametrallar los depósitos alemanes. Trabó combate tras las primeras líneas, bajó a muy pocos metros del adversario y deshizo un convoy en marcha. Se remontó y siguió hostilizando una fuerza numerosa, mas cuando iba a retornar a las líneas francesas, notó que se encontraba a más de cien kilómetros de ellas: que en la serie de viajes, marchas y vuelos tácticos se le había consumido casi todo el lubrificante, y que como una insinuación conmovedora y oportuna había visto a Roye a la distancia, entre la penumbra del día ya expirante. El deseo de verlos a ellos había hecho lo demás, y la ciudad entre las sombras le permitió el descenso. El abuelo no había "perdido la cabeza" y entre entregar prisionero a su nieto, que más que tal, era en esa ocasión un aviador de Francia, o exponerse para reintegraralo al ejército de la libertad patria, optó por lo segundo y de su sótano oculto extrajo el combustible, y después de recomendarle a ella calma y valor, salió con Enrique. hacia el lugar en que estaba oculto el aeroplano. Ella había visto partir a su anciano abuelo y a su hermano con un presentimiento funesto. Los besó llorando y sentada al borde de la cama sufrió gimiendo mil visiones sangrientas. Cuando la escalera crugió al peso de muchas botas prusianas, la acción dolorosa de toda una noche de incertidumbre la había dejado sin fuerzas para conmociones mayores. Un oficialote brutal y rígido la había tomado de los brazos: de sus manos pasó a la de otro, y de éste a un coche cerrado. Al día siguiente la carearon con el abuelo. Ella no sabía nada, no podía saber nada. En miradas a hurtadillas había notado la lividez de aquel rostro venerable: el aspecto de sufrimiento de ese anciano que no obstante su edad y estado de salud, contestaba con arrogancia y aplomo al tribunal improvisado de los enemigos de Francia. El sumario había sido breve, y así con una crueldad satánica, delante de ella habían leído el fallo sumarísimo.

A su abuelo lo habían hallado a altas horas de la noche, inspeccionado, resultó tener en las ropas un penetrante olor a bencina: en un terreno próximo una patrulla alemana había hecho fuego sobre un aeroplano que pretendía volar; el detenido se cerraba en un silencio absoluto con respecto a esa máquina enemiga: se juzgaba comprobada su ayuda a los franceses y era condenado a muerte. Al oir aquella resolución bárbara, ella se había desmayado. Más tarde, al volver en sí le fué comunicado que su abuelito ya no existía. Su muerte había sido noble y altiva como su vida. Antes que lo fusilaran preguntó si el aviador francés, por el cual lo mataban, "había sido capturado", al saber que nó se irguió vibrante en las piernas temblorosas, y mirando cara a cara a los que iban a ejecutarlo, dió un ¡Viva Francia! tan profundo, que hizo conmover hasta a sus propios asesinos. — ¡Abuelito mío! ¡Pobre abuelito!

Fijó la mirada en un rincón de la sala, fúnebre y silenciosa y se quedó muda con los labios apretados y las pupilas quietas, en una abstracción repentina e impresionante.

Hice lo más dulce que me fué posible mi dura voz de soldado y le hablé casi al oído.

—¿Y sus hermanos?

—Carlos murió en los pantanos del Iser: Enrique cayó en su aparato en las líneas alemanas. Antes de ser prisionero de los victimarios del abuelo, prefirió morir, y así lo hizo, cumpliendo el pacto con Carlos de cobrar en la mayor suma de vidas enemigas la del que criara con tanto amor y solicitud.

Hubo un nuevo silencio más doloroso que el anterior. La c
anhelante y despiadada que nos ha impreso la guerra, movió mi labi
mente.

—¿Y.... usted, Susana?

Se levantó conmovida, agitada, y me contestó con palabras atr
con una entonación desconocida en ella.

—¿Yo?.... Sí: eso mismo: lo que le han dicho. Fuí pisotea
mada, escarnecida: sobre el cadáver del abuelo deshonraron mi cuer
tituyeron mi sangre, envenenaron mi vida. La mano velluda del
que me dejó sin hermanos, sin abuelo y sin hogar, me quitó la hon
mi dignidad a menos precio y estima que la de la última mujer, y
¡oh dolor, oh castigo ignominioso! todavía dejaron en mí eso, sí
usted habrá sabido antes que el origen de mi infortunio: llevo en
trañas de huérfana y martirizada el germen del asesino, la semilla
del odio que despedaza a Francia y estrujó mi corazón. Por eso el
los nuestros reconquistaron mi pueblo, corrí a ofrecerme. Hubiera
ser hombre para matar, pero era mujer y sólo tenía el derecho d
Morir sufriendo, odiándome a mí misma, y pronto, antes de que naz
propia carne esto que es el vástago de los que fusilaron a mi a
primer hijo y el más odiado enemigo.

Se apretó la cabeza y corrió por la sala con una ligereza d
cruzando sin hacer ruído por entre las camas lo mismo que un
blanco sorprendido por la luz del día.

LE CHEMIN TRISTE

Desde hace meses me hallo nuevamente en las trincheras. H
bien y aquí estoy como antes viviendo de casualidad. "¿Lo mismo q
he dicho? Nó: ahora tengo algo nuevo; un odio más declarado e i
liable: los alemanes; una preocupación constante: Susana. Se va
la noche y pienso en ella con una castidad de hermano a hermana, s
lo ninguno sobre "la mujer": es la madre próxima la que me inquiet
porque en ese temor está mi corazón sufriendo. ¡Pobre Susana!

Hace mucho que se habla del pavoroso problema que plantea
moral y a la ley humana — nunca tan débiles — ese injerto mons
violento de la sangre alemana en la francesa. Pero hablar y com
hecho no es encontrarse como yo, frente a un caso real y trágic
previsión jurídica escapa a la diversidad de pensamientos que or
una mujer y en un hombre la comprobación del hecho horrendo. E
pio eterno de la maternidad se encuentra ante una situación impr
nadie sabe si triunfar del escrúpulo es negar al mismo tiempo es
cultivada. ¿Qué conformidad puede darde el mundo a una niña q
cede lo que le pasa a Susana? ¿Qué satisfacción dan la moral y l
a un hombre que abandona su hogar para defender los más sagrad
cipios que ha alentado el ser humano: sufre, lucha, calla y espera, h
al fin, cuando un breve descanso le permite retornar a su hogar,
de una hora de felicidad por la que ha pagado mil años de sacri
encuentra con el horrible cuadro de una mujer que ha sido rescatad
migo para entregársela en un estado en que él no sabe si abrazarla
minarse de infamia, o estrangularla es un acto de piedad? ¿Qué af
ese corazón roto en pedazos, ni qué ley de respeto a la vida tiene el
de exigirle humanidad a ese hombre que soportaría una existencia si
si no mediase el de volcar sangre enemiga donde quiera que la fuer
permita; sin término de compasión ni criterio limitado de respons
ya que él debe de hacerla colectiva, fatal, inevitablemente por lo mi
es anónima la ofensa? Después de aquella confesión terrible, hablar
poco con Susana. Nos prometimos, eso sí, escribirnos mutuamente.
"informes" lacónicos de cada semana entreveo la desesperación
que soporta a la espera del cúmplase de esa sentencia horrible qu
imponer la naturaleza a su vida atormentada. Casi nunca varía s

ción. "Estoy bien. ¿Y usted? Cada batalla que se desarrolla en su sector tiene un interés doloroso para mí. Después de haberlo perdido todo conseguí un amigo; hecha al infortunio de no tener nada tiemblo a la idea de que este designio sea funesto a su vida". Agrega en seguida el detalle de los heridos que ha curado y no se olvida decirme que "espera siempre al pie de las ambulancias para ser la primera que me atienda el día que me toque "descansar".

No me oculta su opinión íntima y tiene razón: en esta guerra la única vez que se descansa es cuando me tiene postrado una cama de hospital. En otros tiempos, esa paz momentánea y original me era indiferente; hoy tendría algún objeto: vería a Susana, hablaría con ella siempre que el dolor me lo permitiese. En fin, ya dirán las balas qué camino me espera. La noche se ha hecho. Hace un momento que a mi lado se comentaba el prestigio ascendente del general Foch. Vida admirable y soldado magnífico, este general y estos hijos de Francia. Este pueblo siempre será capaz de las grandes cosas, porque siempre será apto para la exaltación y el entusiasmo. Ama a sus héroes, premia el valor con la admiración inteligente, desmaterializa en lo posible el ideal: vale decir, que es inmortal, que no es perecedero, que cuando sobre la tierra se cierna el egoísmo, la espiritualidad y el amor no tendrán más que un reino propio: el suelo galo.

Con la noche se han cambiado las guardias, y heme a mi destinado a "Le chemin triste". Este camino es el de la vigilancia en descubierta: un lugar estretégico, útil; pero peligroso hasta donde puede serlo una situación en esta guerra. Mi sitio es una saliente a la que llego arrastrándome. Desde allí se observa admirablemente la línea alemana. Estoy amparado en una encina hueca, pero cortada como a serrucho por una granada, muy poco más

arriba de la cabeza. La noche es obscura, pero tachonada de astros. Metido en aquel boquete de madera, renace el espíritu a los pensamientos más íntimos y lejanos. Este es en verdad el camino triste, pues todos los recuerdos nacen en el alma con un dejo indefinible de tristeza. Es el puesto donde la muerte tiene una inminencia permanente, y sin embargo, de todas las visiones que cruzan por el espíritu, esta es la que menos preocupa. El fuego "boche" no tiene intenciones de interrumpir el magestuoso silencio. Me han prevenido con especial atención que vigile hacia el ángulo de un

bosquecillo, y observo en esa dirección, viendo sin ver, pues la som densa y tengo la imaginación en otra parte. Pienso en mi tierra lejan la belleza inmóvil de una puesta de sol en la Pampa que acaso no v a ver más; en mis horas plácidas de estudiante infantil, cuando ha la "rabona" para hartarnos de fruta ganada a inquietudes repentinas e de las últimas quintas que quedaban por el Parque de los Patricios. V a mi ser anterior, y el afecto reflejo del gaucho nuestro me hace for tipo de guerrero extraordinario que mata alemanes, arrastra cañones a enloquece a los enemigos, pone en ridículo la mejor táctica guerrera. gentina! También en tí está mi corazón. Es que acaso el tuyo milita hace mucho bajo las enseñas francesas. Es que acaso yo no soy ma "un anticipo" de mi América libre y generosa.

De pronto el espíritu se me llena de un contento religioso y auc Me siento verdaderamente americano. El sentimiento continental infu mi alma una aspiración sagrada, y me recuesto en las paredes de mi rústica a escuchar con recogimiento y veneración. En el silencio de che un labio acostumbrado y armonioso está silbando una "Quena" con ción profunda y misteriosa. Es el peruano que se queja de su dolor nario. La melodía sin origen viene en la sombra con una entonación deramente subterránea. Habla el dolor de una raza en esa tristeza dante, gime un pueblo entero en esa música inalcanzable que carece d ma y es inolvidable porque deja en los oídos un temblor de pena f que nos sumerje en el sueño de la grandeza incásica: esa que esper sol, de pie, junto a los grandes piedras rituales en la más admirab gestión divina que haya sufrido el alma humana. Yo también teng tristeza solemne que confiar a la noche, y, ahuecando los labios, silb movido el estilo más triste de mi tierra, que también tuvo su angust made y profunda. Lo mejor de mi música se trunca repentinamente chinos "boches"! Se han venido tras el silbo y, como es de costumbre ren apuñalarme de traición. El bayonetazo no es todo lo eficaz qu hubieran querido, y salto de mi refugio inútil como una rata asediada. algo habrían de servirme las bravuconadas gauchescas de mi suelo! "visteo" en las sombras con los "boches" y logro mi primer victoria. a un alemán de un tiro y comunicar la sorpresa a los míos con la deto Los que me han atacado son pocos; pero para mí, sólo y herido an comenzar la lucha, el trance es difícil. Yo no seré el buen soldado definición conocida, pero no se me olvida que el fusil es el mango bayoneta. "Ensarto" alemanes con un placer sincero. Lo que más me es desprender el arma y saltar en seguida. Conozco que estoy bastant do y sangro a chorros. No obstante, salto desconcertantemente, mi recurso es la movilidad, no dejarme "acorralar". Exactamente lo mism cuando en Buenos Aires hacía el Juan Moreira en un sitio baldío, pe do por una docena de muchachos como yo. Un prusianote voluminoso table en la misma sombra que nos rodea, se me viene mascullando Primero ensaya dos asaltos a la bayoneta, luego revolea el mauser com honda y me lo arroja. No olvido le lección americana: me tiro el s mientras el mauser pasa por encima mío, siento que mi bayoneta ha sado con facilidad asombrosa el gigantón furioso. Las dos manos d mán moribundo se aferran al caño del Lebel y lo abandono clavad en su cuerpo, pues debo de hacerle frente a otro que me asalta por palda. Sin darle tiempo me abrazo a mi nuevo adversario y caem suelo arañándonos, buscándole yo una parte sensible donde clavar dientes.

Aquello es la hora de morir: me ultimarán los otros, indudable pero Francia proteje a sus soldados y oigo la voz de nuestro sargent budo y rabioso que habla mientras descarga su revólver:

—¡Fuera, perros! ¡Perros!

Mi contrincante está empeñado en matarme y saca un cuchillo de Yo le tengo apretada la muñeca, pero la movilidad posible le permi rirme y el arma me va entrando derecha al corazón con una lentitu rradora. El instante es fatal. Si aflojo, me mata; si lo dejo, com que no tengo fuerzas para inmovilizarle la mano y sentiré penetrar la

por una herida gradual y dolorosa. Alguien habla sobre mi hombro. Es el peruano, mi compañero.

—Raúl, amigo mío, bella ocasión es ésta para matar un alemán.

Alma gentil de América: dos veces más le debo la vida. Lo clava en el suelo como un sapo e intenta levantarme. Un refuerzo "boche" llega y me abandona en la tierra desde donde oigo casi exánime el choque que soporta el voluntario peruano. Ha hincado una rodilla en tierra y así enclavado decerraja tiros y resiste embestidas. Pelea y habla y aun parece que en sus expresiones cortas se oyera el ritmo de la "Quena" que nos descubriera en la noche. Al fin... un hipo, una blasfemia y la voz postrera: — Raúl, amigo mío, Raúl... y me quedo en silencio, oyéndolo agonizar entre el ruído de la pelea, muy cerca de mí, resignado hasta no desesperarme la imposibilidad de prestarle ayuda ¡a él que siempre la tuvo para mí!, creyendo mientras me quejo, que la música india que cantara hace un momento no ha sido más que el himno fúnebre que precedería a su muerte, como la amargura sin consuelo de mi estilo gaucho, ha de preceder a la mía. El combate sigue y yo espero inmóvil que los nuestros triunfen y me curen o los alemanes avancen y me ultimen. Las dos esperas representan la misma suma de dolor. ¡Ah!, pero si pudiese ver a Susana en este instante!....

EL HIJO

Por segunda vez, curado, aunque aun ando convaleciente. El "pi
zo" me ha tenido muy cerca del "Campo Elíseo" que diría un griego. H
sistido en tanto y debo a la ciencia y a Susana mi curación. La una co
saber, la otra con su solicitud, me han salvado. Ahora ando prestando a
a mí vez a los que vienen de las líneas de fuego. Susana fué la primera
levantó mi parihuela cuando vine herido, y la última que me abandonó c
do me permitieron levantarme. Digo "abandonó" porque es así. El e
razo avanzado que ella disimula en lo posible fajándose sin piedad, la
trastornada. No es el hijo amado que se espera con cariño. No e
producto del amor y la capacidad fecunda que nos enorgullece en la na
leza. Es la "amenaza" moral: el escarnio después de la ofensa: el úl
triunfo del enemigo en la carne sometida. Esto es lo que debe pensar
sana. Por eso, desde que me he levantado no la he vuelto a ver sino al c
para saludarla, decirle una frase amable y mirarla cómo desaparece po
puerta más próxima. Durante mi enfermedad le dije que porque no p
permiso para descansar: el estado de ella exigía descanso para soportar
el trance. Vehementemente me contestó que no.

—¡Nó, por Dios, nó!

Insistí pero la respuesta fué terminante:

—¡Jamás! El hijo de un alemán no puede impedirle a una fra
cumplir con su deber, sino en trance de muerte.

Hoy estoy un poco alarmado porqué no la he visto por ninguna d
salas y eso que ha habido una "hornada" espantosa. Los heridos ll
hasta a pie. El hospital está lleno: "presiento" un avance alemán y
lo mismo no pregunto en qué zona ha comenzado la batalla. Llegan
dos hasta mujeres y niños: los bandidos avanzan. Esas familias son las
están trás las primeras líneas y si las granadas las han alcanzado es
el empuje es serio. Un cabo enfermero me comunica al oído que Su
acaba de caer enferma.

Esta es una especie de cocina transformada en sala de cura y allá
proveído de mi inmunidad de ayudante de servicio que me permite e
en todas partes. Susana está allí, pálida y convulsa, tiene los ojos cerra
Me aproximo acongojado a una señora anciana que la atiende, pues el
sonal está haciendo la cura urgente a los que llegan graves.

—Una barbaridad, señor Langlois. Ha caído transportando herid
con el parto encima. Es cuestión de minutos. Me temo cualquier trasto

Susana, en verdad, acusa un estado grave. Ha traído a pulso ella s
algunas mujeres, y al lado mismo de la cama en que ha caído veo a una
chachota rubia, de largas pestañas sedosas y frente ancha, que respira ap
En los brazos cerrados contra su seno se mueve un niño.

La anciana la mira con pena inmensa.

—¡Asesinos, asesinos! — después me habla compungida: — Belga,
brecita. Había sufrido el destierro, perdió un hijo en la fuga, destruy
su casa, su familia, y por último mataron a su esposo en Iprés. Yo la
nocía, estaba refugiada en una aldea y ahora ya vé: un aviador ha ga
para Alemania la gloria de su muerte. ¡Miserables!

En ese instante un grito sordo, desgarrante, un grito que no tiene
que una significación y se lanza sólo una vez, nos precipita sobre la c
de Susana.

No ha anunciado su sufrimiento con un sólo gemido; no ha preve
ha negado al hijo odiado el gemido inolvidable de la madre que sufre
parto ha sido en seco, de golpe, como un puñalada. ¡Una herida más e
cuerpo de Jesús!

La anciana busca entre las sábanas y yo me quedo perplejo, ent
cama de la belga que agoniza sola y lejos de su patria y el recién na
que da un chillido aflautado. Ese lloro hace abrir los ojos a Susana qu
ha tenido cerrados todo el tiempo.

Me vé y se tapa la cara con las manos. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Casi llorando le beso las manos.

—Pordóneme, Susana, perdóneme esta imprudencia, pero he querido pagar sus servicios con los míos en este momento en que usted los necesita.

Ella continúa llorando, acongoja suelta y me rechaza.

—No, no, déjeme, Raúl, déjeme: yo debo morir.

Con una ligereza de profesional la anciana ha envuelto al niño sin que yo me percate de nada, y en un impulso natural y de práctica se lo alcanza a la madre.

—Un lindo muchacho· Ya pasó el peligro, téngamelo un momento.

Susana ha dado una especie de ronquido sordo al oir la voz, y, torciendo la cabeza, apretando los párpados con mucha fuerza y poniendo las manos como una defensa, parece que quisiera resguardarse de un peligro. No habla, gime y se estira, y pone cada vez más tensas las manos pálidas y duras. La horrible lucha está en ella. Si abriese los ojos y viese al niño, nadie podría decir que impulso triunfaría: por eso los cierra y evita el horrendo sufrimiento de mañana, rechazando al hijo del enemigo, que también es suyo por accidente.

La anciana me mira indecisa. Repentinamente me vuelvo hacia la cama de la belga. Ya no respira su nariz blanca y perfilada; el poco carmín que había en su mejilla ha desaparecido, y al inclinarme sobre ella, el silencio del corazón me anuncia que en el juicio del futuro, Alemania tendrá un crimen más de que responder ante los hombres.

Suave y respetuosamente abro sus brazos maternales, entre los que se ha dormido el niño y alzo en los míos a la criatura. Susana aun está en esa tensión de cuerda, casi hundida la cabeza en las almohadas. Me arrimo emocionado y la hablo muy despacio:

—Susana, un huérfano belga pide una madre a Francia, y yo se lo pido a usted, Susana..

Lentamente levanta la cabeza, mira la cama vecina donde yace la que ella misma transportara horas antes, y tomándome el niño dormido, todavía, la aprieta contra sus senos aptos para darle vida, junta su cara con la de él y comienza a llorar y a besarlo con cariño inmenso, como si por fin hallase en su vida un motivo digno de ella.

RAÚL LANGLOIS.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 23. Rumbo a las estrellas, Lema: «Cal».
» 24. Respetémonos, Lema: «Francisco Javier».
» 25. Perla Rara, Lema: «Werther».
» 26. Pecados de juventud, Lema: «Errare humanum est».
» 27. La Caída, Lema: «Tela».
» 28. El juguete, Lema: «Suevia».
» 29. Ondas amargas, Lema, «Periodista».
» 30. Ante un cuadro: Lema: «Hermanas».
» 31. El caminante, Lema: «Christus».
» 32. Lolita, Lema: «Veni, vidi, vinci».
» 33. «Perro», Lema: «Carmor».
» 34. El caso de Juan Pérez, Lema: «Smithers».

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

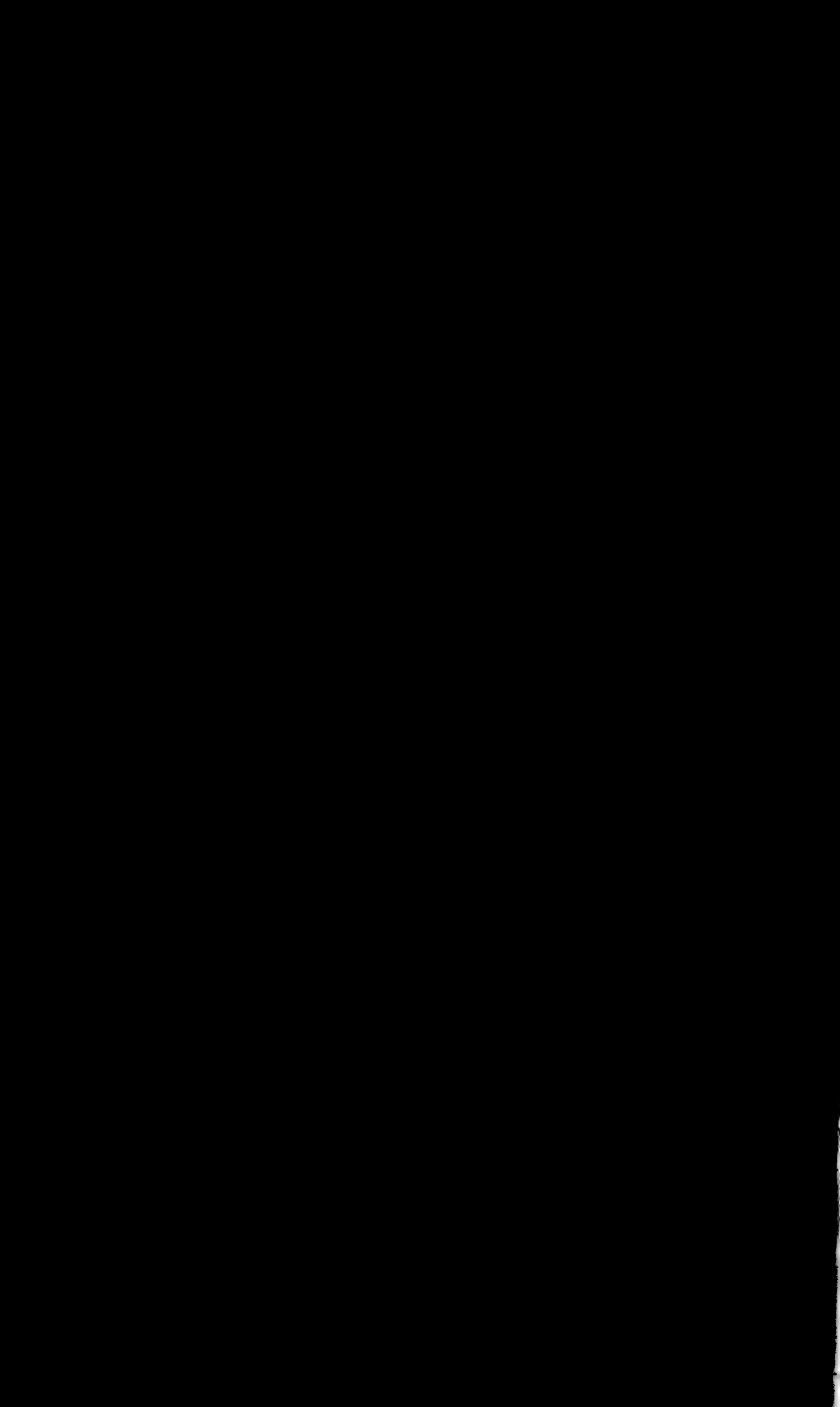
NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.

El número próximo publicará «El Cuento Ilustrado»:

UN CRIMEN IMPUNE

interesante novela de la notable escritora JUANA MARIA BEGINO. Ilustraciones de HOHMANN.



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 23 DE 1918 — TOMO II - N.º 16

UN CRIMEN IMPUNE

POR

JUANA MARIA BEGINO

Ilustraciones de HOHMANN

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

No. 16 **APARECE LOS MARTES**

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 859.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pasotr.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15 — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.

El número próximo publicara

LA NOVELA DE UN VIAJANTE

Inesperada cuanto interesantísima descripción de un ambiente inexplotado por nuestra literatura, se inicia su producción literaria el originalísimo poeta de "Angustia Cancionada" y "De todo Corazón."

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.º Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

No. 16 APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pasotr.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15 — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.

El número próximo publicara

LA NOVELA DE UN VIAJANTE

Inesperada cuanto interesantísima descripción de un ambiente inexplotado por nuestra literatura, se inicia su producción literaria el originalísimo poeta de "Angustia Cancionada" y "De todo Corazón."

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.º Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Los premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 35. Talisman, Lema: «Ranquel».
» 36. Serrana, Lema: «Ensayo».
» 37. Almas buenas, Lema: «Iridio».
» 38. El rapto de la Cristiana, Lema: «Almanzor».
» 39. Magdalena, Lema: «El divino amor humano».
» 40. En la legión, Lema: «Marius».
» 41. Beatriz de la Selva, Lema: «Violeta».
» 42. La apuesta, Lema: «Ahué».
» 43. Raza vieja, Lema: «Rosas rojas».
» 44. La historia del veterano, Lema: «Patria».
» 45. Leyenda Tucumana, Lema: Schwarz».
» 46. La Cruz, Lema: «Nihil».
» 47. Miseria, Lema: «Nervio».
» 48. Con las alas rotas, Lema: «Nervio».
» 49. Anarquistas, Lema: «Hugo Wieltds».
» 50. Aves nocturnas, Lema, «Chateau».

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 23 DE 1918 TOMO II N.° 16

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

UN CRIMEN IMPUNE

POR

JUANA MARIA BEGINO

Ilustraciones de HOHMANN.

A MODO DE PRÓLOGO

Una tarde de Junio, lluviosa y fría, hallábanse reunidos varios amigos en el elegante "foumoir" del Club Sportman.

Discutían al parecer sobre asuntos de trascendental importancia, acaso emitieran juicios austeros o filosóficos, difíciles de analizar, para quién como ellos, formaban una reunión juvenil, más inclinada a las pláticas superficiales, y a la narración de aventuras amorosas; que de juicios profundos, forjados sobre los hechos y las pasiones humanas. Entre ellos se encontraba el joven abogado Valdivia, notable por su extraña manera de juzgar la vida en sus manifestaciones más complicadas. Analítico por excelencia, cuando un suceso más o menos sensacional llegaba a dominar la opinión pública, al extremo de que la generalidad no acertaba a darse cuenta exacta de él, Valdivia, con un frío y calculado razonamiento — mezcla de fina ironía y de lógica indiscutible — denunciaba el hecho, sacando en limpio lo que el galeno de la disección científica: esto es, la causa originaria de la muerte descubierta facilmente entre unos trozos sangrientos...

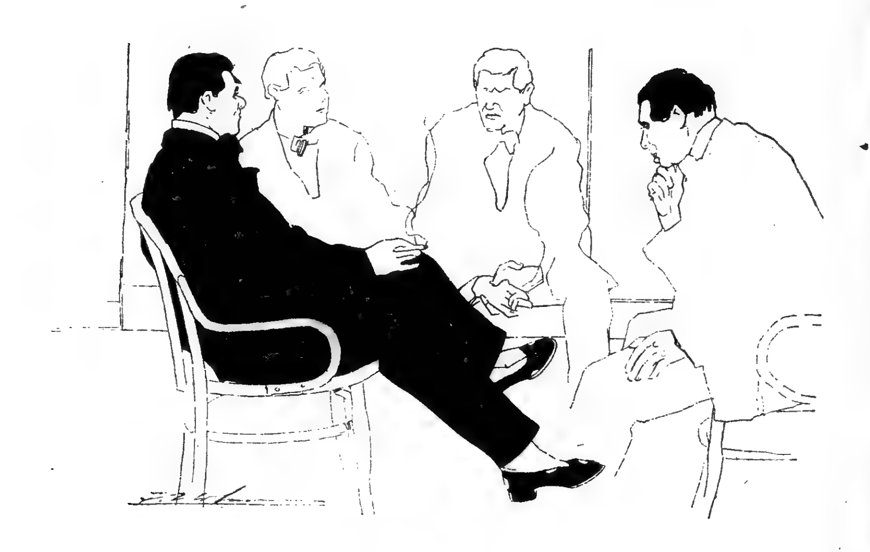
La discusión aquella tarde versaba sobre la "Conciencia".

Todos opinaban en igual sentido, admitiendo que la conciencia es una manifestación psicológica innata en el ser, imposible de acallarla o dominarla cuando despierta de su estado latente.

—¿Quién ignora — decía uno de los contertulios — que existe realmente ese juez interno e inexorable que reprocha las malas acciones?

—¡Oh, la conciencia! — añadía otro. — ¡Desventurado del que no cree en ella! ¡Guay del que dejándose llevar por el impulso feroz de las pasiones, se mofa y no repara en sus terribles consecuencias!

El de más edad, afirmaba:



—Desde luego. ¡No es posible que el hombre pueda practicar todo lo malo, lo cruel, lo despreciable, lo inícuo; que pueda causar la eterna desventura de un semejante y no llegue a sentir un torcedor en el alma! Cómo que es la conciencia una cualidad genérica en el individuo, que formando algo de sus facultades morales, alienta y vive en el fondo del ser, desde que éste se encarna en la envoltura material con que ha de venir al mundo!....

—Opino lo mismo. — Corroboraba un cuarto personaje. — Yo creo que, llega un momento para el criminal en el que vive bajo el imperio de abrumadoras ideas, que respira y ve, de la misma manera que el náufrago perdido en la inmensidad del Océano cuando logra un instante sacar la cabeza sobre la superficie de las olas y tiende una mirada agonizante en su derredor. El criminal respira siempre un aire impregnado de partículas malsanas para su organismo enfermo y ve la desolada imagen de la víctima inmolada en

aras de su ambición; o, mejor dicho, de su incalificable manera de sentir y de pensar.

Y hay una idea en su mente, devastadora y fatal.

Y la imagen que se eleva de contínuo a su presencia, cómo un espectro levantado de entre las húmedas grietas del sepulcro, al fin lo hiela de espanto. Porque pasa ante sus ojos y los ciega; porque roza sus brazos y los martiriza; como si participara de ese algo horrible y mortal de los instrumentos de tortura.

Y aquí el desgraciado tiembla al recordar su delito.

Y maldice al fin la hora funesta en su vida de aquella consumación.

Y quizás para borrar de su mente acalorada aquel punzante recuerdo, no vacilaría en arrancarse a puñados su cerebro. ¡Ah, sí! ¡Cómo débe morder la conciencia! ¡Cómo ha de despedazar el remordimiento! No hay culpa que no lleve consigo mismo, en el interior del ser, el implacable y más severo castigo!....

Cuando todos hubieron expresado su opinión sobre tan delicado punto, extrañados un tanto ante la actitud de Valdivia, que había permanecido hasta entonces sumido en un mutismo completo, se apresuraron a solicitar sus juicios, que por otro lado, aquél no tardó en darlos a conocer, diciendo:

—Amigos míos: en la lucha titánica que el hombre ha declarado al hombre los que pueden ostentarse vencedores necesitan crear asuntos, motivos, fenómenos, estados psicológicos que justifiquen las fórmulas, las leyes, los conceptos, que su triunfo les dió derecho a crear; y así como Voltaire, en su ateísmo arraigado, lanzaba aquel grito irónico, diciendo que "si no hubiera Dios, habría que inventar uno", así, los que crearon cárceles y castigos para aminorar el crimen han encontrado muy cómoda esa concepción, que yo llamaría "ilusoria", de la conciencia... pues cuando pueden burlarse las leyes, torcer sus derroteros y escapar a la acción de la justicia humana, el criminal vive, alienta y no teme que los hombres honrados le estrechen su mano ensangrentada...

—¿Cómo así? — exclamaron casi simultáneamente los amigos de Valdivia.

—Escuchen — prosiguió éste. — Con un ejemplo vivo, real, positivo, explicaré mejor a ustedes la verdad de mi aserto. Conozco un caso excepcional y monstruoso, que supera a toda ficción, puesto que en él veremos como es el brazo de una tierna madre el que se constituye en el implacable ejecutor de un plan concebido por la maldad ajena en contra del ser que ella ama más que a

todo en el mundo: su hija; y como por una rara confabulación con la Suerte, el verdadero culpable ha podido escapar a la acción de la Justicia de los hombres, cuyo deber es manifestarse inexorable en sus fallos, cuanto más inocente y puro es el ser que se ha sacrificado.

Todos se dispusieron a escuchar, previa preparación de sendos habanos, entre cuyas espirales de humo, buscaban sin duda ayuda para interpretar con más claridad las conclusiones a que arribara Valdivia con su relato.

Y éste habló así:

UN CRIMEN IMPUNE

"Daniel del Castillo se jactaba de haber seducido a Elena P., ingénua y humilde modistilla, valiéndose del engaño más vil: la realización de un matrimonio simulado.

Varios amigos de aventuras se prestaron a desempeñar la indigna farsa. Uno de ellos se abrogó el papel de ejecutor del matrimonio y los restantes oficiaron de testigos.

Era esta la única forma de abatir la castidad inocente de la joven, honesta por instinto, temerosa de todo lo que significara un engaño por parte del hombre amado.

No obstante, a medida que el tiempo transcurría, en el ánimo de Daniel iba operándose una extraña metamórfosis. La bondad y la inocencia de Elena llegaron a cautivarlo de tal modo, que empezó a sentir un amargo remordimiento por los repudiables medios de que se valiera para hacerla suya.

Cuando descubrió que la joven iba a ser madre, no pudo contenerse y arrepentido le confesó la historia de su infamia; unida, eso así, a la formal promesa de que legalizaría su unión con ella, inmediatamente.

Pero la fatalidad trocó las planes de Daniel en desesperación infinita para Elena. La muerte lo arrebató violentamente de su lado, sin tiempo para arreglar la equívoca situación en que se hallaban, quedando por este hecho Elena en el más completo desamparo junto con la criatura que acababa de nacer.

Mas no todo fué derrumbe para el porvenir de la joven. La madre de Daniel, creyendo rendir, sin duda, un merecido homenaje a la memoria de su hijo, reconoció como suyos a aquellos seres queridos y no vaciló en legar a su pequeña nietecita la fortuna de su padre, colocando a Elena en la categoría de tutora de esos bienes hasta que la niña llegara a su mayor edad.

Pasaron algunos años.

Elena, que se había convertido en la riquísima viuda del Castillo por efecto del legal reconocimiento que su suegra le hiciera como esposa de Daniel, vivía ahora consagrada por entero al cariño de su hijita Rosa Blanca. Su vida se deslizaba entre el esplendor de la opulencia adquirida y su belleza de mujer se traslucía en toda la plenitud de su soberbia. Era alta, esbelta y magestuosa. Su cabellera rubia, recogida a modo de diadema sobre su frente semejaba un nimbo dorado en la cabeza de una imagen. Sus pupilas azules daban a su semblante plácido y sereno un mágico resplandor, fiel trasunto de la bondad que se anidaba en su espíritu.

El tiempo había ido borrando poco a poco de su memoria la trágica nota que puso a su vida el sello de viudez prematura y se encontraba acaso inclinada a albergar en su pecho un nuevo afecto... ¡Tenía veinte años! ¿Puede la mujer dejar de amar a esa edad?....

Una nube de adoradores la rodeaba. De entre todos ellos, Elena distinguía a Arturo Belmonte, raro espécimen de la vida, corazón mezquino, carácter ambicioso, que solo buscaba en el amor de la joven viuda y rica el logro de sus bastardas aspiraciones.

Seducida por la engañosa apariencia de ternura y delicadeza que Arturo supo imprimir a todos sus actos y a todos sus gestos con una maestría sin igual, Elena le entregó su corazón, pues, en tales circunstancias, jamás pudo descubrir en el rostro moreno de aquél al parecer rendido amante de sus encantos de mujer, o en el fulgor de su mirada, cómo en la suavidad de su expresión, el asomo siquiera de la codicia. Disfrazó tan bien sus sentimientos que Elena no vaciló en concederle su mano de esposa.

Por esta razón, Arturo pasó a ejercer el cargo de tutor que la madre había desempeñado hasta entonces sobre los bienes de su hija.

Mas cuando la infeliz creyó haber encontrado en Arturo, a la par de un amante esposo, un padre bueno y tierno para su criatura,

bien pronto la cruel realidad vino a dar en tierra con sus halagüeñas esperanzas. ¡Arturo odiaba a Rosa Blanca!.. La odiaba tanto que, por efecto de aquel odio Elena hubo de asistir a la más espantosa lucha que un corazón de madre puede sostener.

Le fué necesario vivir alerta noche y día para salvar a la niña de los peligros ocultos que la amenazaban. Ignoraba cuales eran ellos, dónde se mostrarían, implacables y tenaces, en cumplimiento de un designio criminal, pero los presentía con un frío horrible en el corazón.

¡Había descubierto tantas cosas extrañas y brutales en Arturo, denunciadores de los sentimientos que abrigaba hacia su hijastra, que Elena no podía menos de extremecerse horrorizada al recordarlos!...

El empeño criminal de atraer sobre la criatura una pulmonía, provocada por la corriente de aire en una helada noche de invierno, después de haberla despojado por completo de las ropas que la abrigaban en su lecho. Un paso en falso, una caída, "casualidad" tan sólo, que en nada hubiera afectado la aparente bonhomía de Arturo.

Y hasta tanto no llegara ese momento que Elena presentía, poseída de una angustia horrible, toda una vida de martirio sin nombre, jamás sospechada, para ella y para su hija.

La niña, llegó a ser el blanco de todos los rencores acumulados en el mezquino corazón de Arturo. Llegó a carecer de todo: de los vestidos medianamente decentes, del buen calzado, hasta del moñito coquetón con el que pudiera adornar los adorables rizos de su cabeza. Ni un juguete; ni una distracción; ni un encanto fútil de los que rodean a la infancia feliz. ¡Hasta los besos maternales debían ser furtivos, acallados, temerosos de despertar el apóstrofe del mal padrastro!

Por otro lado, Elena sufría la diaria exhortación de parte de su marido a que se separara de Rosa Blanca, encerrándola en un orfelinato, donde quizá no le fuera dado acariciarla o contemplarla más.

Como consecuencia de su rotunda negativa, pues estaba resuelta a no separarse jamás de su hija, surgieron las disputas conyugales, las crueles rencillas, el insulto soez, el abandono, la indiferencia, la infidelidad, manifiesta y sin rubores, por parte del mal esposo.

Era un medio día.

En el comedor amplio y sombrío de su casa de Belgrano, donde residían, Arturo y Elena disputaban de sobremesa.

La joven permanecía angustiada y en el rostro de su marido se notaba una feroz expresión.

Paseábase agitado por la estancia y de vez en cuando se detenía ante Elena, fijando en ella un mirada terrible. Por fin se expresó, diciendo:

—¿De modo que te niegas?.... ¡Ah! Pero es porque tú no puedes hacerte una idea de lo que me carga tu chicuela. No quisiera verla ¿entiendes? ¡no quisiera verla!

Una pausa angustiosa siguió a las palabras de Arturo, mientras Elena le escuchaba horrorizada. Aquél prosiguió:

—¿Por qué no la mandas a un asilo de menores? ¿A un sitio cualquiera de reclusión? Así me evitarías el disgusto de tener que estarla viendo a todas horas.

Al fin Elena pudo traducir su indignación, exclamando entre sollozos:

—¿Pero es posible, Arturo? ¿Has podido creer que yo llegaría a separarme un minuto de mi hija? ¿De mi hija, que lo es todo para mí en el mundo? ¡Oh, no, no, Arturo! ¡No me pidas ese sacrificio!

Ante la negativa de su esposa, Arturo tuvo una inspiración satánica.

Corrió exasperado hacia el armario de una estancia inmediata al comedor, y extrajo de él un revólver. Sin reparar en las consecuencias que su actitud podría originar, se dirigió hacia una puerta que daba al patio y desde el cual se veía a Rosa Blanca, distraída en sus juegos inocentes.

Arturo amartilló el revólver, y apuntando en dirección a la niña, gritó a Elena:

—Si persistes en tu negativa.... ¡elije! ¡O ella, o yo!....

La pobre madre, espantada e incapaz de resistir por más tiempo toda la potencia de su dolor sobrehumano, exhaló un agudo grito y cayó al suelo desmayada.

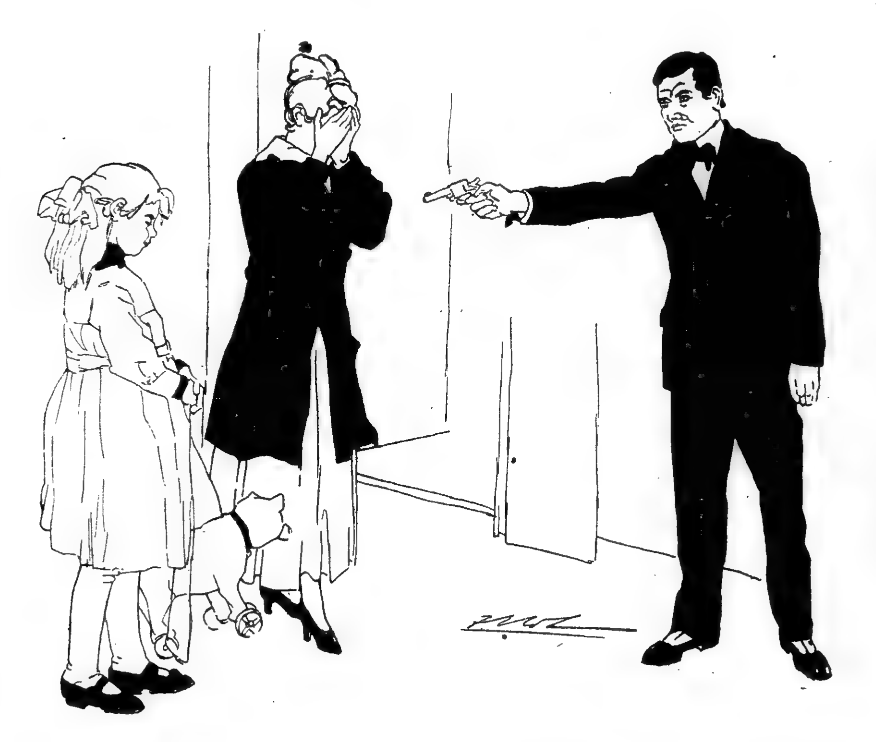
Arturo corrió hacia ella, presa de visible espanto al verla en aquel estado. Llamó a los sirvientes, que corrieron a socorrer a Elena.

Cuando, a fuerza de cuidados, lograron que reaccionara, se manifestó en ella un inconsciencia extraña. De sus labios se escapaban frases incoherentes y sus hermosos ojos azules se dilata-

ban a tal punto que parecía iban a escaparse de sus órbitas, lacerados por una contracción de horror. Era tarea difícil contenerla en ningún sitio, pues, a impulsos de incontenibles arrebatos, recorría la habitación de un extremo al otro, suelta la abundante cabellera, que caía sobre sus espaldas como un manto de oro.

Fué preciso llamar apresuradamente a un médico, que diagnosticó el mal como conato de ataque cerebral. Hielo a la cabeza, mucho reposo, un rápido depurativo intestinal y el principio de gravedad desaparecía.

Efectivamente. Después de cuatro horas, Elena recuperó el pleno dominio de sus facultades. Su primer impulso, fué dirigir a su marido una terrible mirada, pero éste se apresuró a tranquilizarla, diciéndole con mal fingida ternura:



—Pero ¿es posible que te hayas asustado tanto a la vista del revólver? ¡Tonta! ¿No ves que está descargado?.... E hizo jugar el gatillo para demostrar a Elena lo que afirmaba, en tanto que añadía:

—No temas. No puede hacer daño a nadie. Está siempre des-

(Continuación)

Entonces y a pesar de cuanto podría decirme mi mujer, le respondía:

—Por Dios, Jorge, no me pidas semejante cosa, pues estoy seguro que me iría en ello mi destino.

—¿Qué destino? ¿El tuyo de alcalde, supeditado a las órdenes de un subprefecto, que obedece las de un prefecto, que a su vez las recibe de un ministro que hace cuanto quiere el ''pillastre'' que está arriba? Antes que ser alcalde preferiría meterme a fraile, que maldita la gana que de ello tengo.

El maestro de escuela, que se encontraba allí, estaba como quien ve visiones; los brazos le colgaban hasta el suelo y miraba a mi primo como acostumbramos a mirar a un loco peligroso.

Yo, por mi parte, al oír semejantes palabras en la alcaldía, estaba sobre ascuas y concluí por decirle que antes preferiría irme en persona a Sarreburgo a solicitar el permiso, que no imprimir el sello en su carta.

—Entonces nos iremos los dos, — repuso.

Mas como comprendí que si usaba un lenguaje tan desenvuelto este nos haría prender a los dos, le dije que prefería ir solo a fin de ahorrarme disgustos.

—Está bien, — añadió Jorge, rompiendo en mil pedazos la carta; — pero espero que me cuentes cuanto te diga el subprefecto.

Con esto nos levantamos y salimos.

En mi vida he pasado una noche como aquella. Mi mujer no se cansaba de repetirme que nuestro primo Jorge era antes que el subprefecto y el emperador, que se burlaban de nosotros; que el emperador también tenía primos que querían heredarle, y que cada cual estaba obligado a salvar sus herencias.

Al día siguiente, al ponerme en camino para Sarreburgo, mi cabeza estaba convertida en una verdadera olla de grillos. A mi ver, lo mejor que hubiesen podido hacer Jorge y Ana María era haberse estado quietos en París antes que venir a sembrar la intranquilidad entre nosotros. Todos pagabamos sin chistar los impuestos y contribuciones; votábamos a gusto y satisfacción de la subprefectura; en la taberna no se profería una palabra más alta que la otra; asistíamos con regularidad a misa y a vísperas; los gendarmes no tenían que pasar por la aldea más que una vez a la semana para conservar el orden, y yo, Cristiano Weber, era considerado y respetado hasta el punto que bastaba que dijese una cosa para que todos conviniesen en que era verdad, basta que la hubiese manifestado el señor alcalde.

Todo esto y mucho más me pasaba por la imaginación, y en mi pecho maldecía a Jorge y a mí mismo.

Ahí como éramos del primero al último de la comarca. Hoy todavía no puedo atinar por qué medios los otros nos habían vuelto tan animales. Pero lo hemos pagado caro y en nosotros deben escarmentar nuestros hijos.

Una vez en Sarreburgo me fué preciso aguardarme hasta las dos de la tarde para ver al subprefecto, que, en celebridad del plebiscito, almorzaba aquel día con los consejeros del distrito. Otros cinco o seis alcaldes comarcanos aguardaban como yo, y mientras, nos entretuvimos en ver pasar por el corredor los platos de pesca y caza y las botellas de vino y oír las carcajadas que daban nuestros consejeros, que holgaban que era un gusto.

Por fin y después de haber almorzado suculentamente, el subprefecto salió, y al vernos nos dijo:

—¡Ah! ¿Son ustedes, caballeros? entren en mi despacho, dentro de un minuto estoy con ustedes.

Al cabo de un cuarto de hora de espera, apareció de nuevo el subprefecto, el cual se apresuró a desembarazarse de los alcaldes, que solicitaban distintas cosas para sus pueblos y a quienes concedió con semblante risueño cuanto le pidieron.

Una vez me quedé solo, el subprefecto me dijo:

—Ya sé qué le trae a usted, señor alcalde; usted viene a pedirme para Jorge Weber la autorización para abrir una taberna en Rothalp. Pues bien, es imposible. Ese Weber es un republicano que se ha propasado a hacer la oposición al plebiscito, sin que usted me haya dado parte de ello porque están ustedes emparentados. Autorización para abrir tabernas la damos a personas formales, adictas a su majestad y que velen por el orden; pero no a quien es preciso que se le vigile. Me parece que esto debe usted saberlo.

Al punto comprendí que Placiard, nuestro adjunto, nos había delatado. Ese cobarde, que no hacía más que extender petición tras petición para pedir destinos, pensiones, estancos y cruces para él y su familia, hablaba sin cesar de su devoción a la dinastía y de sus servicios, que no eran otros que las denuncias que enviaba a la suprefectura y que, a decir verdad, en aquellos tiempos eran los que prevalecían.

Llenéme de indignación, si bien me

guardé de demostrarlo. Sólo dije algunas palabras en pro de mi primo Jorge, asegurando al subprefecto que respecto de éste le habían engañado y que no hay que dar crédito a cuanto se propala.

El subprefecto bostezó, y oyendo las carcajadas de los consejeros, que estaban bromeando en el jardín de la subprefectura, levantóse y me dijo en tono meloso:

—Señor alcalde, ya sabe usted mi respuesta. Por otra parte en Rothalp existen ya tres tabernas y con estas basta y sobra.

Como era inútil insistir, me despedí de él con gusto suyo y me volví tranquilamente a Rothalp.

Aquella misma noche me fuí a ver a Jorge y le conté de pe a pa cuanto habíamos hablado con el subprefecto. En lugar de incomodarse, como había sospechado, mi primo me escuchó con la mayor impasibilidad; sólo su mujer se desató en denuestos contra los bandidos que nos gobernaban, no respetando a nadie desde el emperador abajo. Jorge, sin embargo, que de sobremesa estaba fumando tranquilamente su pipa, tomó la cosa sin alterarse lo más mínimo y me dijo:

—Escucha Cristiano; ante todo te doy las gracias por la molestia que por mí te has tomado. Cuanto me cuentas, ya me lo sabía yo anticipadamente, pero me alegro de saberlo de fijo. No obstante hubiera deseado que ese caballero hubiese recibido mi carta. Pero sea lo que fuere, ya que me niegan el permiso para vender vino al menudeo lo venderé al por mayor. Tengo ya mi provisión de vino clarete, y mañana mismo salgo para Nancy, donde pienso comprara una carreta y un caballo para trasladarme a Thiancourt, donde haré provisión de vino tinto. Después recorreré la comarca en todas direcciones y colocaré el vino en cantidades de dos, tres y seis hectólitros según sea la solvabilidad del comprador. Así en lugar de poseer una taberna, tendré veinte; necesito movimiento. Si hubiese continuado con la posada, Ana María se vería obligada todavía a andar por la cocina, y francamente, ya tiene bastante.

—No que no, repuso la mujer de mi primo, en treinta años de andar entre cacerolas no he quisado pocos platos de berzas y de salchichas en casa de Krautheimer, en Montmartre, y en casa de Aubert, en el Cláustro de San Benito.

—Pues por eso, — dijo Jorge, — se acabó el guisar. Lo que vas a hacer ahora es vigilar nuestras cosechas, y el almacenaje del heno, de las frutas y de las patatas. Ya llegó el momento de que vivamos de nuestras rentas. Yo por mi parte voy a distraerme recorriendo los pueblos con mi caballo. ¿Qué creía el subprefecto? ¿qué le necesitaba para algo? ¡Bah! ya verá que sin él sabe pasarse Jorge Weber.

Por lo que dijo mi primo, deduje que este era todavía más rico de lo que yo suponía, con la cual comprendí que hacía perfectamente al burlarse de todos los subprefectos del mundo.

Al despedirme me condujo hasta la puerta de la calle y después de estrecharme la mano nos separamos.

—Verdaderamente, decía entre mí mientras me dirigía a mi casa, es abominable que rehusen a la gente de bien el permiso para abrir una taberna, cuando lo dan a truhanes tales como Nicolás Pitter y Andrés Kreps, a quienes sus propias mujeres llaman los ''prácticos'' más finos porque todas las noches tienen que recogerlos de debajo de la mesa y llevarlos en brazos a la cama.

Por otra parte, comprendí que más valía que las cosas hubiesen tomado el rumbo que habían tomado, pues si los gendarmes hubiesen cojido a Jorge en un renuncio hubiera debido abrirle juicio de faltas y por ende romper relaciones con él.

De este modo todo iba bien, ya que en el comercio al por mayor sólo debían intervenir los aforadores.

Todo cuanto Jorge me dijo lo puso en práctica al día siguiente.

A las seis de la mañana subía al tren, y cinco o seis días después regresó de Nancy montado en su propia carreta, de la que tiraba un fogoso caballo de cinco a seis años. En la carreta, que era nueva, podía montarse un toldo para los días de lluvia, y desmontarlo, en caso necesario, para acarrear el vino o trasladar pipas vacías.

Detrás de Jorge llegó el vino de Thiancourt, que éste colocó en seguida en la bodega, luego de haber pagado la fàctura y el acarreo. ¡Esto lo presencié yo!

En cuanto al número de hectólitros que Jorge tenía entonces en su casa, hubiera sido difícil saberlo, a no abrir sus libros; pero sí digo que ningún otro negociante en vinos del contorno ni aun de la ciudad hubiera podido jactarse de poseer una bodega tan bien provista como la suya en vinos de buena calidad, de todos precios, tinto y clarete de Alsacia y de Lorena.

Por aquellos días nos mandó a llamar a mí y a mi hijo Jacobo para extender la lista de los individuos solventes.

—¿Cuánto puede fiársele a éste? — nos preguntaba mientras escribía.

—Tanto.

—¿Y a éste?

—Tanto.

En una tarde pasamos revista a todos los posaderos y taberneros, de Droulingen a los Cuatro Vientos y de los Cuatro Vientos a Dabo. Jacobo y yo conocíamos lo que valían hasta el céntimo, pues quien paga al corriente la harina paga con puntualidad el vino, y aquellos que son remisos para con el molinero no se apresuran a cumplir con los demás.

Así obraba mi primo, quien, poco después tomó a su servicio un mozo del lugar, hijo del tonelero Gros, para guiar la carreta mientras él se encargaba personalmente de las ventas.

Desde aquel día Jorge atravesaba todas las mañanas, al trote, el lugar, siguiendo en pos de él su mozo guiando la carreta cargada de botas.

Mi primo tenía también determinado destilar en invierno, a cuyo efecto y para conservar la fruta que esperaba comprar a bajo precio al final del otoño, adquiría todas las pipas de lance que encontraba, así como hacía gran provisión de leña. Los lugareños no tenían que hacer sino mirarle obrar para aprender algo; pero entre nosotros todos nos creemos más avisados que el vecino, con lo que dicho se está que no nos enriquecemos.

Como se ve, los negocios de Jorge tomaban buen cariz. Todos los días, al regresar de su gira, fuese a Saverna o a Falsburgo, detenía la carreta delante de la puerta de mi casa y venía encontrarame al molino.

—Hola, Cristiano, — me decía, ¿cómo va eso?

Entonces, huyendo del ruído y del polvo nos metíamos en el cuartito que se hace detrás de mi casa y hablábamos del precio de los granos, del ganado, del forraje y de cuanto puede interesar a gentes de nuestra posición.

Lo que más admiraba a mi primo, era el número considerable de alemanes que encontraba en la montaña y en el llano.

—No veo sino a esa gentuza, decía: leñadores, mozos de cervecería, toneleros, carboneros, fotógrafos, asentistas, todos son alemanes. Apuesto a que también lo es tu mozo Frantz.

—Cierto, es del gran ducado de Baden.

—¿Pero por qué eso? — decía Jorge; ¿qué significa?

—Son buenos obreros; y luego se contratan a mitad de precio.

—¿Y qué es de los nuestros?

—Eso, primo, a ellos interesa.

—¡Hum! — replicaba Jorge meneando la cabeza. — París, cuando yo vivía allá, estaba infestado de alemanes: barrenderos, dependientes de comercio, sastres, zapateros, carreteros, tenedores de libros, maestros de todas clases, todos eran alemanes; y como si todavía hubiese pocos, desde Sadova acá ha crecido su número, no pareciendo sino que cuanto más extienden su dominio más crezca su ambición. ¿Qué ventajas nos reporta el ser franceses, pagar cada año más crecidas contribuciones y enviar nuestros hijos al ejército para que luego los den de baja; sostener todas las cargas del Estado el despotismo de los prefectos, subprefectos y comisarios de policía y las vejaciones de los espías, si esa gente, los alemanes, que no sostienen carga alguna, gozan de todas las franquicias que nosotros y aun mayores, ya que despedimos a los nuestros para colocarlos a ellos y por su número infinito hacen bajar el precio de la mano de obra? ¿Quién gana con ello aparte de los fabricantes, de los asentistas y de los tenderos, que son los menos? Te confieso que no entiendo jota; pero sí digo que los de arriba es preciso que tengan la cabeza a las once. Si esto continúa, los obreros perderán su amor a la patria, que hace burla de ellos, y los alemanes, que nos execran y a quienes favorecemos, con el tiempo nos echarán de casa.

A cuanto decía mi primo no se me acudía hacer objeción alguna.

En aquel tiempo empero fuí víctima de grandes sinsabores, que aunque sólo me interesan personalmente, quiero y debo exponerlos en la ocasión presente.

Desde la llegada de Jorge, mi hija Gredel, en vez de velar por nuestros intereses como acostumbraba, esto es, lavar la ropa, ordeñar las vacas, etc., se pasada todo el santo día en casa de Ana María, de lo cual Jacobo se quejaba con razón.

—¿Qué hace allá? — decía éste. — Pronto será preciso que yo prepare la colada, tienda la ropa y bata la manteca. ¿No es obligación de Gredel el desempeñar este trabajo? ¿Nos toma acaso por criados suyos?

Jacobo estaba en lo justo; pero Gredel no hizo el menor caso, como que nunca ha pensado en otra cosa que en sí misma. En casa de mi primo, Ana María le hablaba de la mañana a la noche de París, de las extensas plazas, de los mercados, del precio de los huevos y de la carne, del derecho de consumos, de la cocina y qué sé yo de cuántas cosas más.

La mujer de Jorge gustaba de la compañía de mi hija; pero esto me gustaba tanto menos a mí, cuanto que Gredel tenía hacía algún tiempo relaciones con un mozo del lugar, y en casos semejantes lo mejor es que las jóvenes se estén en casa bajo la mirada vigilante de los padres.

Un sencillo capataz de cantera de Vils-

berga, ex sargento de artillería, llamado Juan Bautista Werner, era quien se había atrevido a poner los ojos en nuestra hija. Contra el mozo nada teníamos que decir; era alto, enjuto de carnes, de mirada atrevida y grandes bigotes castaños, y desempeñaba con acierto sus funciones en la cantera del tío Heitz; pero como sólo ganaba tres francos diarios, no hay que decir que la hija de Cristiano Weber no estaba de ningún modo hecha para un hombre que reunía tan mísero jornal.

A pesar de todo, muchas veces he visto a Juan Bautista, por la mañana cuando se encaminaba al trabajo, con el metro bajo el brazo, detenerse cerca de la presa, como quien mira a los patos y a las ocas que se bañan en la acequia, o las gallinas que corretean en torno del gallo, enel estercolero, y al mismo tiempo a Gredel, que se peinaba lentamente en la ventana, delante de un pequeño espejo. También noté que desde lejos se daban los buenos días y que él palidecía al ver a nuestra hija. Mas vime obligado a prevenir a Gredel que se peinase en otra parte, o que cerrase la ventana cuando el otro pasase.

Juan Bautista se me atragantaba, y no menos a mi mujer, que estaba ojo avizor.

Ahí porqué hubiera yo preferido ver a nuestra hija en casa que no en la del primo. Mas ¿cómo vedarle que fuese allá? Jorge y su mujer se hubieran incomodado y esto nos ponía en un brete.

Por dicha, en aquel mismo tiempo, el hijo mayor del tío Heitz, el dueño de la cantera, vino a pedirnos la mano de Gredel.

Largo tiempo hacía que Matías Heitz, hijo del tío Heitz, venía los domingos, desde Vilsberga, a la cervecería de la "Cántara de Oro", a pasar la tarde con Jacobo, como acostumbra a hacerse cuando se acarician proyectos respecto de una familia. Era Matías un guapo muchacho, robusto, de carrillos y orejas encarnadas y vestía siempre con pulcritud, ostentando chaleco de terciopelo y dijes en la cadena del reloj; en una palabra, era un joven cual puede una doncella discreta desear para marido.

Matías, que era el mayor de cinco hermanos, poseía además algunos bienes de fortuna, cuyo valor estimaba yo en quince o veinte mil libras, de las cuales entraría a disfrutar luego de muerto sus padres.

Como decía pues, Matías me pidió la mano de Gredel, a cuya petición accedimos luego Jacobo, mi mujer y yo. Sólo que a Catalina le pareció del caso consultar con Jorge y con Ana María. Gredel se encontraba precisamente en casa de mi primo cuando entramos en ella. Mi hija, al oirnos hablar del asunto que nos llevaba, empezó a llorar y a decir prefería morirse a casarse con Matías Heitz. Figúrese el lector nuestra indignación. Mi mujer quería darle de bofetadas. Mi primo, al notar la actitud de Catalina, se incomodó y dijo que nunca hay que obligar a una doncella a que se case contra su gusto, porque esto es origen de disgustos domésticos. Luego nos condujo a la alamedilla que separa la casa de la calle, donde nos dijo que él se encargaba de estudiar el asunto; que había que tomar informes y que era preciso que pidiésemos al muchacho un mes para reflexionar, a todo lo cual no pudimos negarnos.

Gredel no quería volverse a casa, obstinándose en ello más y más en vista del apoyo que le prestaba Ana María, quien nos rogó que no la atormentásemos.

No hubo pues más remedio que acceder; siendo este otro de los mayores disgustos que he tenido en mi vida.

—Hete aquí, pensaba yo para mis adentros, que ahora no puedo dar mi hija a quien quiero. ¡Es una verdadera abominación!

Y en mi furor me revolvía contra mí mismo por haber prestado oídos a Jorge, si bien mi saña no impidió que Gredel permaneciese por espacio de una semana entera en casa de éste, obligándonos con ello a alquilar a una mujer.

Jacobo decía que Gredel no podía haberle hecho correr mayor afrenta que rehusando a su amigo, muchacho rico que pagaba liberalmente a sus compañeros diez, quince y veinte "chops". Sin embargo no dijo palabra a Jorge, a quien respetaba por sus bienes de fortuna y cuyo lenguaje áspero le turbaba.

Mi mujer, al ver que se había pasado una semana y Gredel no se venía a casa, temió que esto no fuese causa de murmuración en el lugar, por lo que me instó para que fuese por ella. Fuime pues una noche a ver a Jorge para preguntarle qué había sabido del hijo de Heitz.

Al entrar yo en casa de mis primos, estos acababan de cenar. Gredel, al verme, se levantó al punto y se encerró en la cocina.

—Siéntate, Cristiano, y escucha, me dijo con la mayor frescura Jorge; ¿quieres que en dos palabras te diga lo que hay? pues bien, Gredel ama a otro.

—¿Y quién es ese otro?

—Juan Bautista Werner.

(Continuará).

cargado. ¡Siempre! Desde hace muchos años... Mira: aquí lo coloco de nuevo ante tu vista. ¡Descargado! Ya lo ves...

Y, diciendo esto, Arturo se dirigió de nuevo al armario de donde extrajo el arma, y la dejó otra vez en su interior.

El tiempo transcurría rápido y peligroso para Elena. ¡La infeliz temía siempre por la vida de su criatura, con tanta más razón, cuanto que ya ningún hecho por indecoroso y censurable que fuera desdeñaba Arturo; desde la tiránica conducta impuesta para ella en el interior del hogar, donde languidecía, como una flor en la malsana humedad de un subterráneo; sin poder cultivar el trato con ninguna persona, ya fuera en calidad de amiga o de simple vecina y soportando la abominable demostración de la infidelidad más aviesa y repugnante; todo lo iba poniendo en práctica el indigno esposo, empeñado en atormentar cada vez más su corazón maternal.

Resignada con su vida de infortunio, pero firme siempre en la resolución de no apartarse jamás de su hija, Elena buscó un refugio en las inocentes caricias de la niña, concentrando así, en lo más oculto de su corazón, el desengaño atroz que había sufrido en su doble carácter de esposa y de madre.

En esta forma, creía a veces identificarse con Rosa Blanca, sintiéndose de nuevo niña, para jugar con ella, correr por el jardín o engalanar entre ambas la vieja muñeca, que conservaba aun como recuerdo de la buena abuelita.

—A la guerra, mamá... ¿Quieres que juguemos a la guerra? ¡Sí, sí! Como dicen los diarios que hacen, allá, en Europa. Juguemos... — suplicaba Rosa Blanca a Elena una tarde de otoño, lluviosa y triste, en que se encontraban ambas sin poder jugar libremente por el patio.

Siempre en su afán de complacer a la niña, Elena aceptó el extraño juego. Entre ella y Rosa Blanca voltearon varias sillas que simularían las trincheras; y acaso para darle un viso más completo de realidad, Elena se dirigió al armario donde estaba el revólver que Arturo guardó ante su vista en un día de triste recordación para ella y volvió hacia la niña, diciéndole:

—Bueno: tú eres el enemigo y yo te mato ¿eh?

Se acurrucó detrás de las sillas parapetadas y desde el sitio de su escondite, apuntó en dirección el extremo contrario de la estancia, donde se hallaba Rosa Blanca, oculta trás otro montón de sillas.

—¡Pum! ¡Pum!

berga, ex sargento de artillería, llamado Juan Bautista Werner, era quien se había atrevido a poner los ojos en nuestra hija. Contra el mozo nada teníamos que decir: era alto, enjuto de carnes, de mirada atrevida y grandes bigotes castaños, y desempeñaba con acierto sus funciones en la cantera del tío Heitz; pero como sólo ganaba tres francos diarios, no hay que decir que la hija de Cristiano Weber no estaba de ningún modo hecha para un hombre que reunía tan mísero jornal.

A pesar de todo, muchas veces he visto a Juan Bautista, por la mañana cuando se encaminaba al trabajo, con el metro bajo el brazo, detenerse cerca de la presa, como quien mira a los patos y a las ocas que se bañan en la acequia, o las gallinas que corretean en torno del gallo, enel estercolero, y al mismo tiempo a Gredel, que se peinaba lentamente en la ventana, delante de un pequeño espejo. También noté que desde lejos se daban los buenos días y que él palidecía al ver a nuestra hija. Mas vime obligado a prevenir a Gredel que se peinase en otra parte, o que cerrase la ventana cuando el otro pasase.

Juan Bautista se me atragantaba, y no menos a mi mujer, que estaba ojo avizor.

Ahí porqué hubiera yo preferido ver a nuestra hija en casa que no en la del primo. Mas ¿cómo vedarle que fuese allá? Jorge y su mujer se hubieran incomodado y esto nos ponía en un brete.

Por dicha, en aquel mismo tiempo, el hijo mayor del tío Heitz, el dueño de la cantera, vino a pedirnos la mano de Gredel.

Largo tiempo hacía que Matías Heitz, hijo del tío Heitz, venía los domingos, desde Vilsberga, a la cervecería de la "Cántara de Oro", a pasar la tarde con Jacobo, como acostumbra a hacerse cuando se acarician proyectos respecto de una familia. Era Matías un guapo muchacho, robusto, de carrillos y orejas encarnadas y vestía siempre con pulcritud, ostentando chaleco de terciopelo y dijes en la cadena del reloj; en una palabra, era un joven cual puede una doncella discreta desear para marido.

Matías, que era el mayor de cinco hermanos, poseía además algunos bienes de fortuna, cuyo valor estimaba yo en quince o veinte mil libras, de las cuales entraría a disfrutar luego de muerto sus padres.

Como decía pues, Matías me pidió la mano de Gredel, a cuya petición accedimos luego Jacobo, mi mujer y yo. Sólo que a Catalina le pareció del caso consultar con Jorge y con Ana María. Gredel se encontraba precisamente en casa de mi primo cuando entramos en ella. Mi hija, al oirnos hablar del asunto que nos llevaba, empezó a llorar y a decir prefería morirse a casarse con Matías Heitz. Figúrese el lector nuestra indignación. Mi mujer quería darle de bofetadas. Mi primo, al notar la actitud de Catalina, se incomodó y dijo que nunca hay que obligar a una doncella a que se case contra su gusto, porque esto es origen de disgustos domésticos. Luego nos condujo a la alamedilla que separa la casa de la calle, donde nos dijo que él se encargaba de estudiar el asunto; que había que tomar informes y que era preciso que pidiésemos al muchacho un mes para reflexionar, a todo lo cual no pudimos negarnos.

Gredel no quería volverse a casa, obstinándose en ello más y más en vista del apoyo que le prestaba Ana María, quien nos rogó que no la atormentásemos.

No hubo pues más remedio que acceder; siendo este otro de los mayores disgustos que he tenido en mi vida.

—Hete aquí, pensaba yo para mis adentros, que ahora no puedo dar mi hija a quien quiero. ¡Es una verdadera abominación!

Y en mi furor me revolvía contra mí mismo por haber prestado oídos a Jorge, si bien mi saña no impidió que Gredel permaneciese por espacio de una semana entera en casa de éste, obligándonos con ello a alquilar a una mujer.

Jacobo decía que Gredel no podía haberle hecho correr mayor afrenta que rehusando a su amigo, muchacho rico que pagaba liberalmente a sus compañeros diez, quince y veinte "chops". Sin embargo no dijo palabra a Jorge, a quien respetaba por sus bienes de fortuna y cuyo lenguaje áspero le turbaba.

Mi mujer, al ver que se había pasado una semana y Gredel no se venía a casa, temió que esto no fuese causa de murmuración en el lugar, por lo que me instó para que fuese por ella. Fuime pues una noche a ver a Jorge para preguntarle qué había sabido del hijo de Heitz.

Al entrar yo en casa de mis primos, estos acababan de cenar. Gredel, al verme, se levantó al punto y se encerró en la cocina.

—Siéntate, Cristiano, y escucha, me dijo con la mayor frescura Jorge; ¿quieres que en dos palabras te diga lo que hay? pues bien, Gredel ama a otro.

—¿Y quién es ese otro?

—Juan Bautista Werner.

(Continuará).

cargado. ¡Siempre! Desde hace muchos años... Mira: aquí lo coloco de nuevo ante tu vista. ¡Descargado! Ya lo ves...

Y, diciendo esto, Arturo se dirigió de nuevo al armario de donde extrajo el arma, y la dejó otra vez en su interior.

El tiempo transcurría rápido y peligroso para Elena. ¡La infeliz temía siempre por la vida de su criatura, con tanta más razón, cuanto que ya ningún hecho por indecoroso y censurable que fuera desdeñaba Arturo; desde la tiránica conducta impuesta para ella en el interior del hogar, donde languidecía, como una flor en la malsana humedad de un subterráneo; sin poder cultivar el trato con ninguna persona, ya fuera en calidad de amiga o de simple vecina y soportando la abominable demostración de la infidelidad más aviesa y repugnante; todo lo iba poniendo en práctica el indigno esposo, empeñado en atormentar cada vez más su corazón maternal.

Resignada con su vida de infortunio, pero firme siempre en la resolución de no apartarse jamás de su hija, Elena buscó un refugio en las inocentes caricias de la niña, concentrando así, en lo más oculto de su corazón, el desengaño atroz que había sufrido en su doble carácter de esposa y de madre.

En esta forma, creía a veces identificarse con Rosa Blanca, sintiéndose de nuevo niña, para jugar con ella, correr por el jardín o engalanar entre ambas la vieja muñeca, que conservaba aun como recuerdo de la buena abuelita.

—A la guerra, mamá... ¿Quieres que juguemos a la guerra? ¡Sí, sí! Como dicen los diarios que hacen, allá, en Europa. Juguemos... — suplicaba Rosa Blanca a Elena una tarde de otoño, lluviosa y triste, en que se encontraban ambas sin poder jugar libremente por el patio.

Siempre en su afán de complacer a la niña, Elena aceptó el extraño juego. Entre ella y Rosa Blanca voltearon varias sillas que simularían las trincheras; y acaso para darle un viso más completo de realidad, Elena se dirigió al armario donde estaba el revólver que Arturo guardó ante su vista en un día de triste recordación para ella y volvió hacia la niña, diciéndole:

—Bueno: tú eres el enemigo y yo te mato ¿eh?

Se acurrucó detrás de las sillas parapetadas y desde el sitio de su escondite, apuntó en dirección el extremo contrario de la estancia, donde se hallaba Rosa Blanca, oculta trás otro montón de sillas.

—¡Pum! ¡Pum!

El arma estaba descargada; no había peligro alguno; el proyectil no escaparía de su cápsula: todo era un juego...

Pero el peligro, que acechaba a las infelices con una rara fe en el éxito, no tardaría en presentarse en toda su espantosa realidad...

Arturo había llegado en ese instante de la calle. Ni Elena ni su hija se apercibieron de su llegada ni de su presencia. Iba a penetrar en la estancia, pero al ver el cuadro formado por aquellas, se detuvo en la puerta medianera... Ya no intentó avanzar. Un rápido y extraño fulgor cruzó por sus ojos, al par que una mueca grotesca se dibujaba en su rostro. Quizás obedecía en ese momento a la inspiración de un crimen largamente premeditado. Con suavidad, cerró la puerta para alejarse después, sigilosamente, de aquel sitio.

Por la ancha y limpia calzada que conduce al Tigre, corría un automóvil de regreso a la capital en las avanzadas horas de una noche magnífica, ataviada con sus mejores galas primaverales. Luna clara, suave ambiente, murmullos misteriosos escapados del seno mismo de la soledad nocturna; vaguedad, placidez, lo que arroba el espíritu en la admiración íntima, lo que embelesa y pasma sin que pueda explicarse, en manera alguna, dónde estriba esa extraña arrobación: si en el encanto natural que se advierte por doquiera o en el estado de ánimo del que contempla y se abisma en un cuadro tal.

Los ocupantes del automóvil que regresaba del Tigre, y entre los cuales se encontraba Arturo Belmonte, no debían experimentar estas ni parecidas emociones. Noctámbulos empedernidos, el placer para ellos consistía — después de haber apurado una tras otra las copas de licor embriagante en el interior de un alegre "cabaret" — ir a contemplar sus horas de orgía lejos del centro bullicioso, en la familiaridad canallesca con las infelices mujeres vendidas por una hora de placer fugaz... Tal o cual "première étoile" de los "folies bergères" parisienses en pleno descenso de una gloria fácil, adquirida con el brillo de su completa degradación moral.

Una de esas criaturas, infelices víctimas de un estado social que acepta el envilecimiento humano sin analizarlo, sin que el más leve gesto no ya de lástima, sino de decisión a atenuar en parte tanta ignominia, fruto siempre del más injusto dolor y la más negra miseria se exteriorice en el rostro de los hombres; era el juguete

preciado de Arturo en las circunstancias en que se desarrolla el presente relato.

Ningún capricho de la conquistada en el terreno de la aventura soez le escatimaba aquel hombre que, en la honestidad del hogar conyugal se complacía en someter a su mansa y resignada esposa a todas las mezquindades materiales y morales que la infeliz debía soportar, en compañía de su hija.

Y, mientras los compañeros de Arturo contemplaban a la luz de la luna, como rápidas visiones esfumadas, unas tras otras, las casas humildes, las regias mansiones, los árboles, los jardines, los transeuntes rezagados, dando vida a sus impresiones con un destemplado grito o una carcajada indecorosa, Arturo se abismaba más que nunca en un mar de pensamientos malsanos. Y meditó, primero sobre su matrimonio, friamente calculado con aquella viuda joven y rica a la que creyó podría manejar facilmente, acaso porque no pudo preveer que la inocente criatura, dueña de la fortuna que él acariciaba, se alzaría mientras viviera como un obstáculo a su pretensión indigna.

Un extraño sacudimiento pasó por todo su cuerpo como un insensato anuncio revelador de que sus sueños podrían convertirse un día en la realidad más viva, cuando recordó el cuadro que contemplara en su casa días atrás entre Elena y su hija al jugar a "la guerra". "Como allá, como dicen los diarios que hacen en Europa", según la inocente expresión de Rosa Blanca. ¡Ah, si él llegaba a realizar la fatal combinación! ¿Qué iría irriesgando, al fin? ¿Quién se atrevería a acusarlo con firmeza ante un hecho en el que estaba descartada de antemano su culpabilidad? ¿No iba a ser la misma madre la que se encargara de eliminar para siempre a la odiada criatura?....

Jamás la suerte se había mostrado más propicia con él. Si el primer golpe le había fallado al tropezar con la intransigencia maternal de Elena, que cual barrera infranqueable le impedía adueñarse por completo de los bienes de la niña, la desaparición de esta lo pondría en posesión de los mismos, como esposo de Elena que era quien los heredaría al fin.

Y acariciando en su mente el resultado previsto con una crueldad aterradora, Arturo ya no vaciló ni un instante en poner en práctica sus planes. Con una absoluta confianza en el resultado, ni siquiera se detuvo a meditar sobre las consecuencias del crimen sin

nombre que iba a realizar, atento sólo a su propia satisfacción, a su egoísmo maldito, que si llegaba a convertirlo en asesino de una inocente criatura, en cambio le brindaría la completa posesión de una fortuna que anhelaba para él sólo, ¡para él sólo!

Y una vez dueño de ella, jamás se trazaría un límite a su avidez insaciable de placeres. El amor fácil, tras el cual había corrido de contínuo, sin reparo y sin rubor; las noches ardientes y lujuriosas; la conquista de mujeres codiciadas por infinidad de postulantes y adquiridas al fin entre el libar del champagne y la suma deslumbrante...

Todo esto era lo que constituía la vida para Belmonte sin otro motivo más elevado y más puro y era sobre esa ara indigna donde iba a sacrificar a una angelical criatura.

Luego de despedirse de sus amigos de ambos sexos, Arturo penetró resueltamente en su casa.

Eran las 4 de la mañana y los habitantes del hermoso rincón belgranense reposaban.

Ni un rumor se notaba en la calma característica de aquellos sitios. Ni una voz que disonara de la armonía del silencio, como no fuera el trepidar de uno u otro auto, o el silbido melancólico entonado lo mismo por algún trasnochador, como por el diligente obrero que a esa hora se aprestaban ya para ir a desempeñar sus tareas cotidianas.

Después de esto, el silencio se volvía tan completo, tan absoluto, que Arturo sintió descender a su cerebro ondas de meditación profunda. Durante varios minutos, se detuvo en disposición de coordinar sus ideas. Y sin saber por qué, su pensamiento corría como caballo desbocado por las aridas regiones de la codicia. ¡Ah, era preciso que su hijastra desapareciera para dejarle el camino libre que él debía recorrer en adelante! Y esta resolución, arraigada ya en su espíritu dañino, lo sumía en un placer abominable.

Avanzó al fin. Su casa, como todas las otras, permanecía a esa hora quieta, soñolienta. En puntillas, para no despertar a nadie, penetró en su interior con infinita cautela, abrió la puerta de su estancia y se introduja en ella.

Desde allí, se dirigió con rapidez felina a la habitación donde se guardaba el revólver. Extrajo a este de su bolsillo y se detuvo en contemplar su brillo siniestro, antes de guardarlo. Una sonrisa indefinible se dibujó en su rostro al depositar el arma cargada

en el interior del armario; aun permaneció unos instantes en el mismo sitio, en actitud indecisa, hasta que al fin se apartó para ir a recogerse en su lecho.

Entre tanto, Elena dormía, agena por completo a la atroz maquinación de Arturo que iba a arrancarle con ella, brutalmente y sin piedad, a su adorada criatura.

¡Yá estaba el plan fraguado! ¡Su ejecución tardaría bien poco en operarse! ¡Cuestión de días! ¡Acaso de horas tan sólo! ¡Quién sabe! ¡La vida encierra a veces circunstancias tan extrañas y fatales!.... ¡Sólo cabía esperar; estar a la espectativa, mejor dicho. Ya se encargarían los hechos de obrar por sí sólos... Eso era todo.

La Primavera se acercaba con sus futuros mil encantos característicos del ave que entona sus trinos con más dulzura; de las flores que exhalan sus permufes embriagantes... de la Naturaleza entera, en fin, que ríe, murmura, ama.

Era la mañana de un día de Agosto, un tanto sereno, casi primaveral.

Una calma completa invadía todos los rincones de Belgrano. El incomparable "faubourg" se adormecía al encanto de aquel día lleno de sol, de perfume, de aire suave. El cielo estaba espléndido; tanto, que al parecer resplandecía más que nunca; y era tal la pureza de la atmósfera, que llegaba a desvanecerse la arraigada creencia popular de que en las proximidades de Santa Rosa — quince días antes, quince días después — han de desencadenarse violentas tempestades, pues el día que nos acupa — 29 de Agosto — víspera de dicha festividad, era como ya lo señalamos, un día hermosísimo.

Rosa Blanca, que se hallaba convaleciente de una peligrosa dolencia soportada durante mes y medio, se había constituído, más que nunca, en una especie de sombra de su amante y tierna madre. En todos los sitios; en las habitaciones, en el patio, en la cocina, en el gallinero de la casa, se las veía juntas, inseparables, de la mañana a la noche.

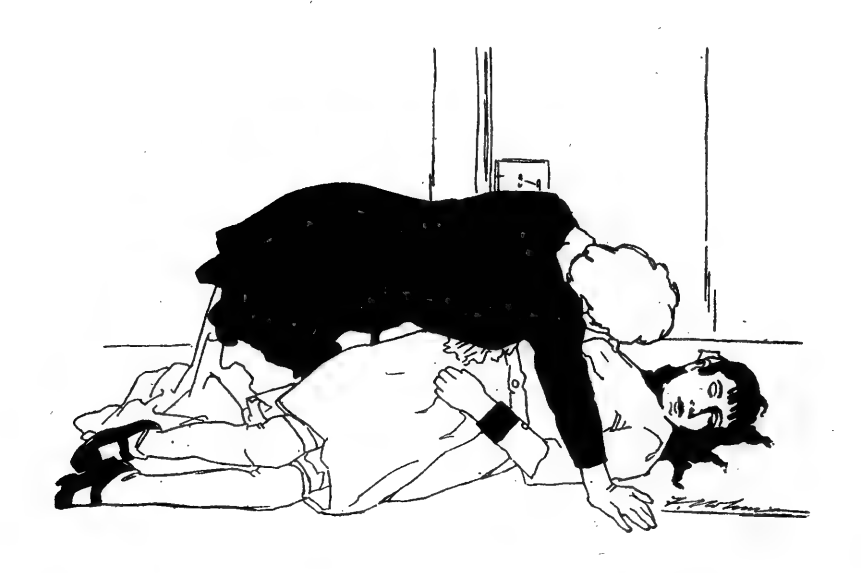
Aquel día, Elena, ocupada en las tareas domésticas, consistentes en romover y airear la ropa, guardada en el interior de los muebles durante todo el invierno, fué con el intento de extraer otra vez del interior del armario donde permanecía el inofensivo revólver.

Al verlo allí perdido, oculto casi entre las ropas, la asaltó el impulso de jugar nuevamente con su hija a la guerra, como sabían hacerlo antes. Esta vez sin dar tiempo a la niña para que se preparara a la defensa, con el intento pueril de amedrantarla...

—¿A qué te mato ahora? — exclamó sonriente.

Pero esta vez la bala escapó del revólver que Elena empuñaba inconscientemente y fué a herir de muerte a su adorada criatura.

Ni un ¡ay! quejumbroso se escapó de los labios de la inocente víctima; sólo pudo tambalearse unos instantes, para caer, quedando inmóvil sobre el marco de una puerta interior.



Elena, enloquecida de dolor, arrojó el arma y corrió hacia su hijita, como queriendo reanimarla con sus caricias. La tomó en sus brazos, la sacudió, besando su rostro ensangrentado llamándola a gritos; hasta que al fin, convencida de la inutilidad de su esfuerzo, pues sólo pretendía reanimar un cadáver, un espantoso grito se escapó de sus labios, al tiempo que rodaba por el piso, presa de una horrible crisis de nervios, sin abandonar en tanto el inanimado cuerpo de la niña.

Cuando, atraídos por el estampido del arma, penetraron en la trágica estancia sirvientes y vecinos, se produjo al momento la confusión propia de estos casos.

Un comedido llamó al agente de guardia y la casa se llenó de cu-

riosos, mientras Elena, enloquecida de desesperación, permanecía aun con el cadáver de su hijita entre los brazos.

Más tarde, llegó Arturo, completamente ageno — al parecer — del horrible suceso. Tuvo necesidad de interrogar a los curiosos que llenaban su casa. Enterado a medias, corrió a la habitación de Elena. Al verle, la desolada madre experimentó algo así como un momento de lucidez y sin poder contenerse, exclamó, encarándose con Arturo:

—¡El revólver, cargado! ¡Y yo no lo sabía! ¿Fuíste tú quién depositó en él las balas? ¿Tú quién lo cargó con una intención maldita? ¡Oh! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué?....

Y la revelación de un crimen inaudito se manifestó ante Elena, cuando Arturo le dijo, con un aplomo sin nombre:

—¡Sí, es cierto! ¡Yo lo sabía, pero si no te dije nada, fué porque jamás pude suponer que con él ibas a dar muerte a tu propia hija!.... ¿Comprendes?.... ¡A tu propia hija!

El hecho, indubitable y fatal, se abrió ante la infeliz madre como la revelación de un crimen largamente meditado; Elena ya no abrigó duda alguna. Toda una horrible trama se descubrió ante su absorta imaginación; trama en la que se contaba con que las impenetrables brumas de la impunidad ampararían al verdadero culpable, dando al hecho todos los caracteres de un accidente.

Y desgreñada, loca de desesperación, deshecha ya, considerándose a sí misma como un despojo al que el huracán de la vida arroja sobre una tumba abandonada, Elena tuvo fuerzas para arrojarse de nuevo sobre el cadáver aun caliente de su hijita, exclamando entre convulsivo llanto:

—¡Oh! ¡Y he sido yo! ¡Yo, quién la maté! ¡Yo, su madre! La misma que aceptó el martirio de toda su vida para salvarla de cualquier peligro! ¡Yo, que al conjuro siniestro de la frase "¿a qué te mato?", disparé el proyectil que fué a herirla de muerte!.... Pero es que yo ignoraba que el revólver estuviera cargado... Me habían hecho creer que siempre se hallaba sin balas... ¡Oh, perdóname!.... ¡Sabes que yo te quería!....

—Quizás la hora del castigo, había sonado, — prosiguió Valdivia, en medio de la atención general de sus amigos. — Aquella madre doliente que soportó el vejámen y el martirio por amor a su hija, convencida ahora de la inutilidad de su amoroso empeño ante

la consumación del crimen fraguado por aquel mónstruo a quien llamaba marido, que así le arrebataba su hija para siempre, se dispondría sin duda a forjarse en la vengadora de su muerte injusta.

Y ante la realidad sangrienta que ya no podía ocultarse en la calma y en el silencio de su habitación porque había trascendido los límites de la humana resistencia se alzaría con un gesto abrumador, imposible de borrar. ¡Nadie con más fundamentos que ella para señalar ante el mundo al asesino de su hija!....

Ni por un instante hubiera podido creerse que un silencio criminal por parte de Elena lo salvaría de la merecida cárcel. Si no que al encontrarse herida en sus más delicadas fibras maternales, diría la verdad, toda la verdad!....

Cierto es que su imprudencia fué la causante del hecho... Cierto es que nadie le insinuó siquiera aquel impulso maldito de apuntar con el arma a la inocente cabeza de su hijita!.... Pero de su confesión, de su doliente confesión, expresada a voz en cuello como un imperdonable "mea culpa", seguiría desarrollándose la enredada madeja, hasta dar con el hilo denunciador de un crimen sin nombre, realizado en tan extraordinarias circunstancias...

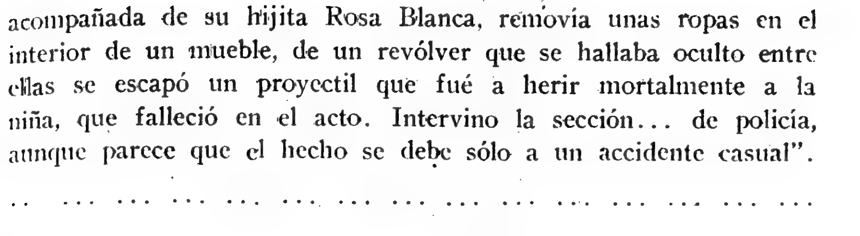
Pero la madre trágica mintió!.... Mintió ante el juez; mintió ante todos los que estaban enterados del secreto de su vida. Mintió por cobardía moral, temerosa de un castigo que bien hubiera podido aceptar en holocausto al sublime amor de madre. Mintió tergiversando los hechos, falseándolos sin reparo y dando con su declaración favorable las apariencias de un buen y cariñoso padre a hombre vil que tan arteramente supo tramar la muerte de su hija...

Como consecuencia de esa mentira que llegó a calificar de "accidente" a un crimen, este permanecerá impune para siempre.

Sus ejecutores, consciente el uno, inconsciente la otra, lograron eludir la acción del código penal, que a estar en los antecedentes señalados, habría caído inexorable sobre ambos.

Al día siguiente, la noticia se dió a conocer con esa común simplicidad que caracteriza a veces la sección "Policía" de la prensa diaria, bajo el epígrafe de "Lamentable suceso", y trasmitida a los lectores en estos o parecidos términos:

"En la casa que el señor Arturo Belmonte ocupa en Belgrano, ocurrió ayer un lamentable suceso, que costó la vida a una niña de doce años. En circunstancias en que la señora de Belmonte,



acompañada de su hijita Rosa Blanca, removía unas ropas en el interior de un mueble, de un revólver que se hallaba oculto entre ellas se escapó un proyectil que fué a herir mortalmente a la niña, que falleció en el acto. Intervino la sección... de policía, aunque parece que el hecho se debe sólo a un accidente casual".

.. ..

.. ..

—¡Ah, no es posible! — se atrevió a decir uno de los que escuchaban al narrador. — ¡No es posible! Creo que el asunto ha tomado otro giro distinto del que en un principio motivó el relato de Valdivia. La Justicia no puede permanecer indecisa ante un hecho inconcebible, como ese; pues cuando ella se oscurece en la mente de los hombres, pueden esperarse todos los peligros; mas no se crea que hablo de esa Justicia de nuestros códigos que al decir del inmortal escritor francés Emilio Zola, "ella no es más que la garantía de los lazos sociales". Porque hay una idea más alta referente a la Justicia, y es la que sienta por principio que todo fallo de los hombres puede hallarse sujeto a errores y admite la inocencia posible allí donde debió encontrarse la manifiesta culpabilidad de un delincuente.

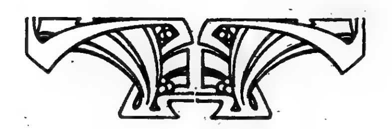
—Cuando los errores se basan en el absoluto desconocimiento del hecho — arguyó Valdivia — pero no cuando los jueces hacen oídos de mercader a todo lo que signifique la aclaración del mismo. En este caso, pudo haber, hubo; el empeño de testigos dispuestos a que se castigara al verdadero, al único culpable. ¡Nada se consiguió!.. Fueron más poderosos los resortes movidos por el mismo Arturo para anular el fallo justiciero. El dinero, las influencias, y sobre todo, la declaración de aquella madre infausta que fué la que puso un sello a todos los labios que intentaron exhalar su grito de condenación para el culpable, mientras habría tratado de atenuar el crimen que ella cometió, atentos a que fué sólo resorte manejado por el cerebro que concibió el crimen.

Y por eso sostengo ahora mi tesis anterior, y es que, cuando pueden burlarse las leyes, torcer sus derroteros y lograr que un delincuente escape a la acción de la justicia humana, viven tranquilos, lo mismo el juez que contribuyó con su acción a que esto suceda como el que realizó el hecho desdoroso que vive, alienta y no teme que los hombres honrados le estrechen su mano ensangrentada...

Cuando terminó Valdivia, anochecía ya.

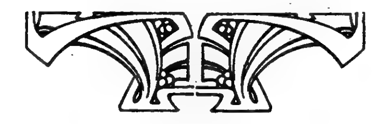
Fuera, una llovizna menuda y fría concluía de trasmitir al ánimo de nuestros contertulios del Club Sportman, una onda de tristeza infinita, originada por la certidumbre cruel de que hay delincuentes que escapan, como Arturo Belmonte a la acción de la justicia humana y viven sin cuidado alguno no prestando oídos al grito implacable de la conciencia.

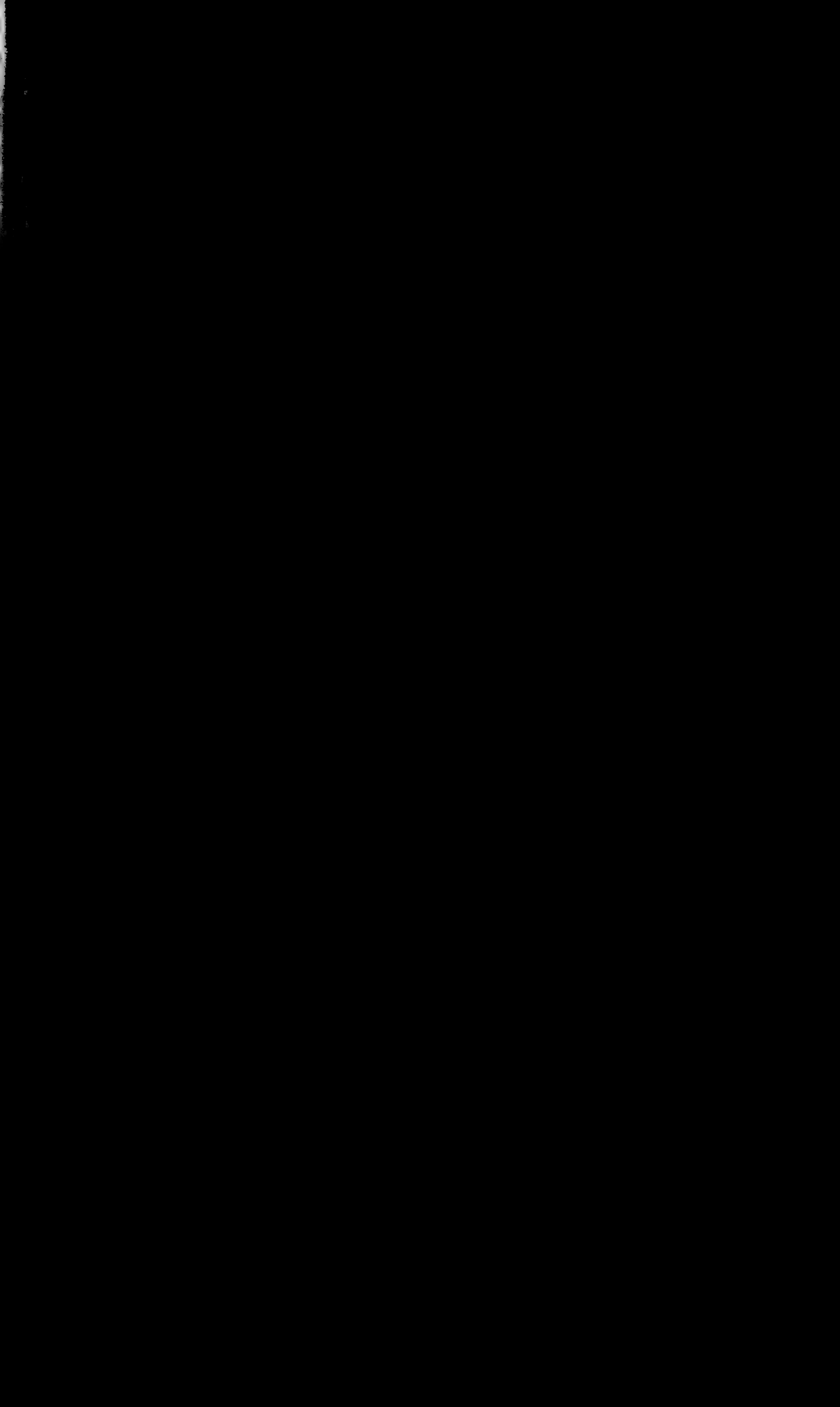
JUANA MARÍA BEGINO.



Fuera, una llovizna menuda y fría concluía de trasmitir al ánimo de nuestros contertulios del Club Sportman, una onda de tristeza infinita, originada por la certidumbre cruel de que hay delincuentes que escapan, como Arturo Belmonte a la acción de la justicia humana y viven sin cuidado alguno no prestando oídos al grito implacable de la conciencia.

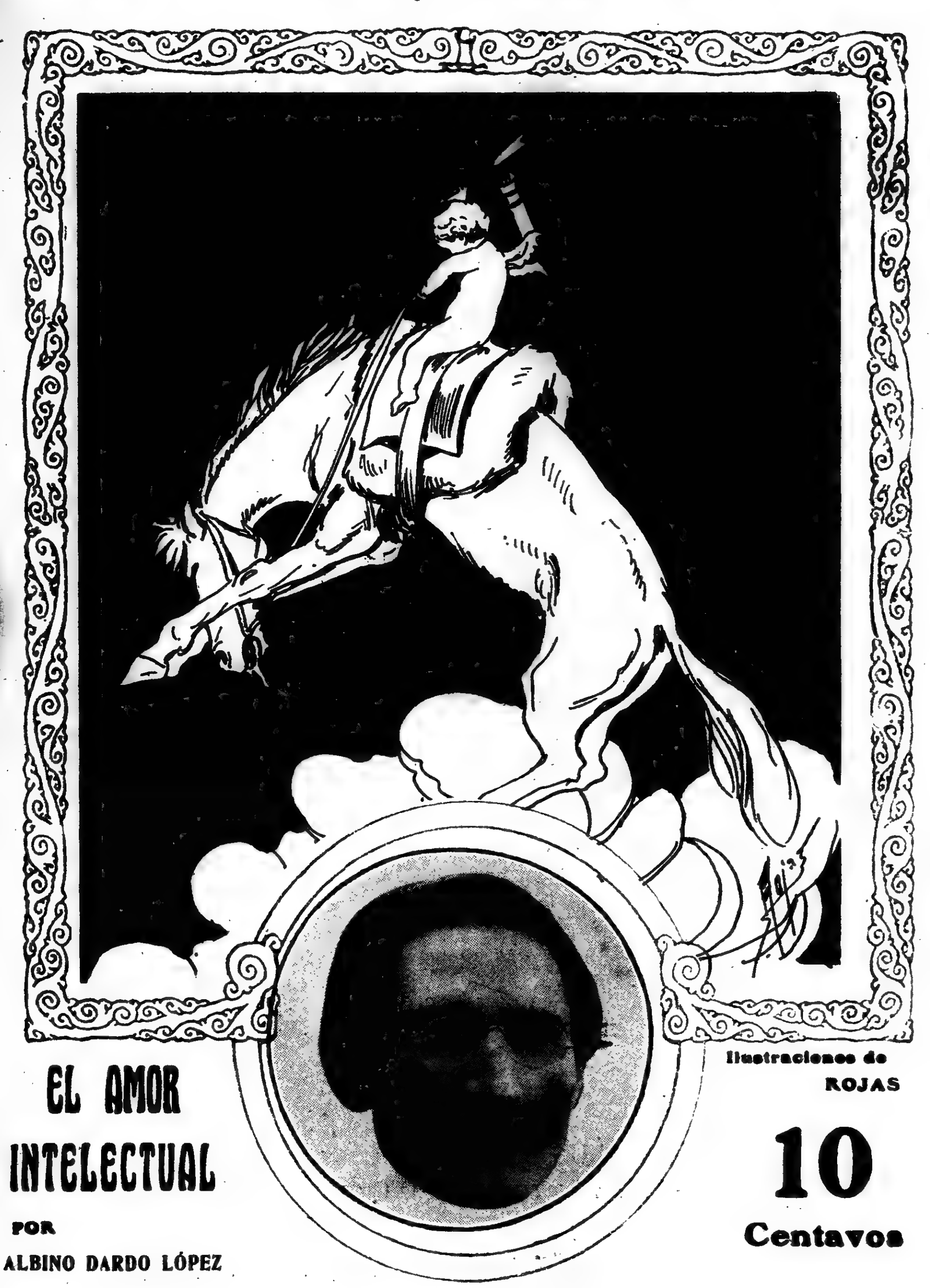
JUANA MARÍA BEGINO.





EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 30 DE 1918 — TOMO II - N.º 17



EL AMOR INTELECTUAL

POR

ALBINO DARDO LÓPEZ

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

No. 17 **APARECE LOS MARTES**

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15 — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16 — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.

El número próximo publicará

EL CUENTO ILUSTRADO la hermosa novela pasional del celebrado escritor OTTO MIGUEL CIONE titulada

LAS DOS QUIMERAS

Ilustraciones de HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.º Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.º El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.º Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.º De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.º Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.º Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.º Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.º Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.º Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo.

10.º Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.º Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

EL CUENTO ILUSTRADO

No 17 APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — Ponchos y lanzas, de Santiago Maciel.
13 — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14 — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15 — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16 — Un crimen impune, de Juana María Begino.

El número próximo publicará

EL CUENTO ILUSTRADO la hermosa novela pasional del celebrado escritor OTTO MIGUEL CIONE titulada

LAS DOS QUIMERAS

Ilustraciones de HOHMANN.

A los escritores de América

CONCURSO LITERARIO

"EL CUENTO ILUSTRADO" abre un concurso para premiar las diez mejores obras que se presenten, con arreglo a las siguientes bases:

1.° Cada obra será un CUENTO o NOVELA CORTA, de una extensión que no exceda de setenta cuartillas, (equivalentes a 8000 palabras más o menos), escrita en castellano, a máquina y por una sola carilla.

2.° El asunto será de tema libre, serio o festivo a voluntad de los autores, excluyendo las cuestiones políticas, religiosas, o que ofendan la moral y las buenas costumbres.

3.° Cada trabajo se remitirá por correo o personalmente, a la Dirección de "EL CUENTO ILUSTRADO", Perú 858, en sobre cerrado, el cual habrá de contener otro lacrado convenientemente, con el nombre y domicilio del autor, escritos en forma inteligible. Este segundo sobre llevará por lema el mismo con que se firme el trabajo.

4.° De cada una de las obras presentadas se expedirá el correspondiente recibo. Los autores (americanos o residentes en América), que las remitan por correo acompañarán una estampilla para el envío del recibo, no expidiéndoseles a las que carezcan de este requisito.

5.° Se concederá un PRIMER PREMIO de MIL FRANCOS, a la obra que a juicio de la Dirección lo merezca. Si en el examen de los trabajos diérase el caso de dos obras igualmente dignas de este primer premio, la Dirección se inhibirá en el fallo, dejando al criterio de sus ilustrados lectores la adjudicación del premio.

6.° Habrá un SEGUNDO PREMIO de 500 francos, para la obra que sigue en méritos a la favorecida con el primero; OTRO de 300 francos, y 7 más de 200 francos, a las que sigan por orden de méritos a las anteriores.

7.° Si entre las obras presentadas y no premiadas hubiere alguna digna de publicación, se tratará con su autor el precio de la misma.

8.° Las obras premiadas y publicadas quedarán de propiedad de "EL CUENTO ILUSTRADO".

9.° Las no premiadas se devolverán a sus autores previa la presentación del recibo,

10.° Serán excluídas del concurso las obras que en algún modo revelen el nombre de su autor, bien por cifras o signos exteriores, bien porque falten a lo establecido por la base tercera de este concurso. Igualmente serán excluídas aquellas obras para las cuales se hagan llegar a esta Dirección recomendaciones o influencias, pues sólo serán premiadas las que por su corrección, estilo, interés y buena forma literaria lo merezcan.

11.° Las premios serán abonados a los autores o personas debidamente autorizadas por ellos, en el local de la Dirección, inmediatamente de publicarse la obra.

El plazo para la admisión de obras comienza con esta fecha, terminando improrrogablemente el día 31 de Julio del corriente año.

Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918.

La Dirección.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 51. La amazona del gorro rojo, Lema: «Dixi».
» 52. La sensación del dolor, Lema: «Proteo Quinto».
» 53. Flor de ensueño, Lema: «Génesis».
» 54. ¡Indomable!, Lema: «Ego sum non sequor».
» 55. Redención, Lema: «Alma du bois».
» 56. Horas amargas, Lema: «Vedi, vici...».
» 57. La vida frívola, Lema: «Observador».
» 58. Héroes del 90, Lema: «Justicia».
» 59. Una novela vulgar, Lema: «Aliquem aliqua re».
» 60. Los ojos que miraron al amor..., Lema: «Carmencita».
» 61. El Chango, Lema: «Quetzacoatl».
» 62. Pasional, Lema: «Máximo».
» 63. En la ermita de la Puna, Lema: «Munae coheyur»
» 64. El hijo, Lema: «Filibus».

AÑO I BUENOS AIRES, JULIO 30 DE 1918 TOMO II N.° 17

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

Por no haber recibido con la antelación necesaria los originales, no publicamos «**LA NOVELA DE UN VIAJANTE**» del celebrado poeta Sr. Iragorri.

En su lugar, aparece «**EL AMOR INTELECTUAL**» hermosa obra del valioso escritor Sr. Dardo López.

EL AMOR INTELECTUAL

POR

ALBINO DARDO LÓPEZ

Ilustraciones de ROJAS.

PRIMERA PARTE

Y aquel lírico comenzó diciendo:

Yo la había conocido cuando me disgustara de mi ex compañero Zirand. Convenciéndome, por fuerza, sufriendo dolor y amargura de alma, que este nombre de encomios abusivos en la literatura paladiónica, significaba sólo detestable ampolla humana, enfrascada en personalidad de hojalata. Y la verdad, descubierta, me dolía tanto!.. Yo hubiera preferido vivir siempre en las tinieblas del engaño. ¡De tal modo nos afecta el sol cuando nos damos a las contemplaciones fatuas! La había conocido, pues, en un desastre de mis sentimientos...

Y continuó:

Ella era una apreciable mujercita. Santanderina. En sazón, de formas olímpicas, cantantes. Singularmente se pensaba a su influjo en las arpas imaginarias que tañeran los dioses gentiles crispados sobre ellas. Almenarando arriba, en la testa inviolable, el fuego de los sin igual amorosos y fuertes poemas milenarios...

En el aparte enfático, anulador y chismero, del café, que era el cenáculo común de los portacítaras en boga, vividores de la inteligencia y faquires de la libertad, se aburría, piadosamente por el arte, la noche aquella. Y se desprendió de la pléyade al verme. Viniendo a mí de la mano de la Rubio, literata que se iniciaba con corte turiferario, y a quien le pidiera serme presentada. El café bullía de habituales. En el aire, contorneadas por el humo de los cigarros, se atormentaban sombras... Boyaban imágenes.

Fué la ceremoniosa y trivial fórmula de presentación. Nombres retribuídos, reverencias... Y al pie:

—Tengo el para mí inexpresable placer de saludar al cantor de *Cuna Virgen*, ofreciéndole, si no mi castillo empotrado en la abruptéz de las rocas, en el país de la gracia y las morismas, donde tuviera a honra tributarle las glorias que las castellanas debían devotamente a los andantes trovadores: en cambio, a falta de ello, la más grande aun y superior gracia de mi afecto, demandando el favor de llamarme su admiradora.

Contesté como pude, medio enredado. Y la dije, concluyendo:

—... Señora: yo soy montaraz; sea clemente si mi rudeza la asombra. A las puertas de la ciudad, y rienda arriba, he dejado el redomón de mis imperios...

—Ay! Qué bien!.. ¡Cuánto bien!

Sutilizó alharacas. Rió. Se plantó con las pompas de los senos en púlpitos.

Y quiso saber a continuo lo que significaba montaraz; se lo expuse. Lo que era redomón?

—Un potro, señora, semidomado, que se resiste chúcaro de alma, en su atávica gran herencia de libre, a obedecer la voluntad del jinete.

Daba saltitos, regocijada, a la definición de los nombres.

—¡Redomón!.. ¡Y mire usted que bien rima con corazón!

—Precisamente, graciosa señora mía, el corazón de los poetas rebeldes, es un eterno redomón nunca domado...

Batió palmas, como una chicuela a la presentación de una lindura. Y me distrajo luego con la volubilidad encantadora de su charla de *femme de letres*. En esta mujer, claro y justo, se adivinaba un recóndito refinamiento intelectual de costas cantábricas...

Fuimos amigos. Invitada a mi mesa y sorbiendo el café humoso a la siguiente noche, hablóme con más confianza, siempre encantadoramente, del grande recogijo que la proporcionaba, en medio de la nivelada vulgaridad masculina, el encuentro de un hom-

bre extraño, el uno revelado entre el millón. Concebía al poeta, lo había soñado, distinguiéndose, no sólo moral sino materialmente, del apretujamiento cosmopolita. Que sin llevarlos: ofreciese a los otros la sensación de ir a su cintura el acero y en su sombrero la pluma intangible: ávidos de aventureros peligros, heraldos de altanerías. No podía aguantarse al ungido de las musas academizado por los resortes del a-b-c mercantil; usando la corbata como un burgués; regido con un método de vigilante. Y en tierras americanas, exea de bellezas exóticas, había hasta entonces buscado sin fruto al americano, al hombre libre; indio o gaucho: que supiese de potros, de pampas, de facones relumbrando al sol... Y a más, del recogimiento claustral de las selvas, de los epinicios de jaguares, de la realeza maravillosa de los caburés...

¿Se trataba de una bohemia que nos llegara de contrabando lírico en el tráfago lucravida de ultramar? A la tercer noche acompañela a su casa. Ella era entonces la amante de mi ex compañero Zirand.

Las artistas acentúan el alma en los ojos, y en la esotérica curiosidad de todas sus facultades. Van siempre embriagadas tras el el riesgo del descubrimiento. De las emociones que se aportan materialmente, sobre todo si son literatas, hacen el semental de sus concepciones. Sólo los enormes desengaños frenan sus espíritus sedientos de la fuente oculta... Todas las que han triunfado, deben a esta propiedad ingénita, y ávida, su gloria. Una literata, está, pues, rigorosamente, se siente y ama su evidencia, fuera de las reglas convencionales de la sociedad. Lo cual exime de menoscabo su decoro de bella, ofrendado al éxtasis, ante el juicio de los espirituales...

Mas en el amor intelectual, fracasan las idealizaciones. Se mueren, exúberas de fantasía, por unisonidad, por similitud... Turbantizado de rosas, como un rosal facundo con burbujas de pétalos y perfumes, agoniza a la tarde narcotizado por su propia excedencia. En la sombra de la ilustración plácida, que se orientaliza a fuerzas estéticas, rasguña incesante, tenaz, la garfa del génesis: la felicidad vengadora de lo bruto. Y se marchita toda alma original — que es salvaje — en el vacío improducente: llega la tarde: la pa-

rálisis: el Ararat. En el crepúsculo diuturnal y enervoso se siente pesar la estrella del destino, como una rosa de plomo; suenan a compás, toque a toque, lentamente, las quedas del hastío. Y en la muerte del corazón, se visten de blanco, como fantasmas, las encantaciones...

Empezamos a vivir el dolor del connubio. La eflorescencia comunicativa, el verbo en gala con que nos exornamos mutuamente, bañando de expansión facultativa, como un niño muerto de azahares nuestras pobres ilusiones, desfalleció de pronto, bruscamente, Nos callamos. Parecimos murallas. Nos entendíamos por neumas, a señales rígidas. El mutismo, — ¡contraste a nuestra condición oral! — cercanizándonos a la bestia augusta suspirada en el fondo, nos conciliaba transitoriamente. Un día nos gruñimos. Yo ví sus dientes pequeñitos y afilados como los de una pantera. Por los ojos le pasó una ráfaga filante de bosques caribes. Nunca me pareció tan hermosa. La abracé, sin poder contenerme. La besé. La regué de alegría la rosa de los labios. Pero, mala sombra del intelectualismo acechor y falible, ella atribuyó mis manifestaciones, sensibilizada como una rana, a justo rasgo de cultura ilustrada, de correcta caballerosidad debida. Y me habló, largamente, encantadoramente a su modo, ofreciéndome la paz, rindiéndome sus cuarteles.

—Dime como quieres que sea.

Me retiré a un rincón, mustio. Defraudado, entrerroto. Y ella se quedó perpleja. Quiso inquirir. La grité.

—¡No te acerques! ¡Siempre has de ser sabia!

Ignoro porqué, una subconsciencia, me asediaba la certidumbre de su semejanza cabal a un fósforo. Se lo dije muchas veces. Con ello llegó a incomodarse seriamente. Su categoría se me retrataba patente en el mixto usual. Alfeñiques, empacatadas, requiriendo zaherirles la cabeza para que produjeran luz. ¿Y por qué no el corazón? Porque no lo poseen, para la providencia de los amores entrañables, desde que no son madres. Y si son madres, ya no son artistas...

Nos pasábamos los días sumergidos en nuestra sombra familiar. Una madrugada de límpido propósito, la induje al afecto tierno del hogar:

—Oye.

—Habla.

—¿Has dormido?

—No. ¡Oh, dormir! Quien dijo del sueño cuando se sufre...

—Sabes, hoy siento hambre?.. Esto es un poco inopinado,

pero es la verdad. ¿Harás un puchero al levantarte? Es buena albricia sentir hambre. Es el alba de la salud...

—No se hacerlo al puchero.

—Te lo enseñaré yo.

La atrajo la novedad.

—Bueno. Sí. ¡Será un gusto!.. Lavar el repollo, abrir las hojas sonantes; las papas blancas. Cortar la carne suberosa.

Y de pronto.

—Ah! Pero también es menester lavar platos, ollas. Un fastidio. Se estropean las manos. ¡No, no! Es muy prosaico. Iremos al restorante, como siempre.

—No nos alcanza el dinero.

—No importa. Bah... Llevaremos alguna cosa a la revista. O a la almoneda...

Ese día amorzamos salame solo. No hubo café, y el mal-humor se me hizo pesado y crudo, como el almuerzo. Me metí al punto en mi sombra. Somnoliento, con la cabeza colgada para atrás sobre el respaldo de la silla, me abandoné, pensando en quien sabe qué guillotina contrapuesta, en qué ternura más sentida de mi madre. La oí vestirse, salir, me dormí.

La agonía de la tarde penetraba sigilosa por la celosía entreabierta, cuando desperté entre unos brazos. Era ella, la rechacé.

—No. Oye. Oye papaíto mío. Hoy has de quererme mucho. ¡Cómo se me ocurrió, tan bien!

Parecía ebria. El gozo tiene espíritu de absintio.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que es morfina? ¿Sí? ¿Conoces el efecto? — Y me mostró.

Allí estaba, entre las cinco tizas pulimentadas de su mano, como un puñal de Judit, la fatídica jeringa Lüer; el líquido cristal fantástico. Mi alma salvaje se espeluznó como un potro a la vista de un jinete temerario, con acicates puntudos.

—Me sé todas las instrucciones. Yo ya lo he probado otras veces. Verás. Qué cosa más bella. ¡Oh, Baudelaire, oh Herrera Reissing, oh dioses!

Como a través de una niebla la ví despojarse la bata. Y su brazo desnudo, a poco se extendió mórbido y blanco, torneado admirablemente en cascos bicepinos, como una ahita serpiente de yelo. Picó la aguja de la jeringa en el ángulo axilar del codo, presionó. Y mis ojos vieron desaparecer la ampolla hidrata en la carne congojosa. ¡Sí; mis ojos lo vieron! Así deben inyectar el veneno los ofidios.

—A ver — me ordenó casi.

Mi tristeza me pesaba soberana, comprimiéndome la voluntad. Abandoné el brazo, perezosamente, sobre el flanco. Y ella lo tomó febril, corrió hacia arriba la camisa, sentí el cosquilleo de la aguja, la picadura, estremecido. Y nuevamente su mano solícita acondicionó la manga.

El espíritu vivo del alcaloide había puesto en nuestro sistema orgánico el secreto exculto de las colinas... Esperamos, espiándonos. Sentados uno frente del otro. Nuestros ojos en la penumbra se animaban, como intentando encenderse. Por la sangre empezó a viajar un calorcillo insólito, cierta anestésica placidez, una sensación de bienestar que ganaba las facultades; se sentía la lucidez mental abriéndose incentiva y blanca en pimpollos de creaciones.

Los latidos del corazón se hicieron isócronos, fáciles y límpidos, como en una limpieza de maquinismo. El cuerpo se acartonaba en horma congracial de salud. Se respiraba con satisfacción. La pesantez del hastío se desprendió de sus posiciones, como despellejándose, lentamente; como un cielo sombroso barrido por la luz ascendente del alba.

Y de pronto rompimos a reir. Sin objeto, nos reímos no más, porque sí. Puestos de pie, nos saludamos, a usanzas gentiles. Entrelazámosnos. Protestándonos amores, disculpándonos conductas,

incomprensibles para nosotros, entonces. Ella semejaba un junco flexible, una sensitiva que se anillaba a mí al leve murmurio de mi voz. El río de nuestra existencia corría al mar, en olas blancas y anchas, cantando... Con el balcón abierto y abrazados por la cintura, respirando la vida a flucción de sensualismo virtual, vimos desfilar la larva transeunte. ¿Por qué esa gente, en su mayoría, se denotaba triste, mísera? No lo concebíamos. ¡Tanta alegría como campeaba en la sombra que descendía sobre la urbe resonante, en el chillido del trolley tranviero, en el buzón abriboca de la esquina! ¡Tanta grandeza como ponderaban al aire las agujas revotantes de las torres, los domos magníficos de los alcázares! Y disgustados de esa improcedencia humana, anómala e incomprensible, cerramos el balcón. Tejidos tiernamente nos contemplamos en la luna del ropero. ¡Qué pálida, qué singular y sustrayente era nuestra belleza! Los ojos revelaban plenitud de inteligencia colosa, el fuego salubre de un amor, sobre todas las cosas amado. En nuestros ojos aleteaban embriones de águilas... Yo silbé. Bailamos. Tirantes de relaciones con la dea Terpsícore, inventamos pasos, cumplimos ensayos coreográficos admirables. Nuestra inteligencia suplía en todo. Declamamos las poesías de nuestros poetas, que en esa hora sublúcida estaban con nosotros, pluviales las cabelleras, poniendo risas deíficas en sus faces sombrías. Alfredo de Musset y Jorge Sand brincaban su dolor en nuestro aposento. Desmontamos un Cristo de marfil, obra de arte litúrgico y culto íntimo de nuestra visión de la belleza, crucificado con clavos de plata en cruz de ébano. Se quedó con los brazos rígidos, como dos astas: en la rutina fósil de la costumbre. Era hueco por la espalda. El vientre perfilaba una alberca en miniatura, la testa, sin seso, otra simil, más reducida. Las piernas estaban rebanadas a trechos. Era un medio Cristo. (¡Hasta donde roban los comerciantes cristianos!) Desmontado le rezamos, sin saber en ese momento si éramos ateos o creyentes; fervorosos, besándonos.

"Dios te salve, Señor"

Estábamos locos.

De improviso, sin quererlo, descubrí los accesorios terápicos, que habíamos olvidado por completo. Se me anubló el espíritu. Alcancé clarividente toda la enormidad alucinaria del oasis... Yo era el juguete, el histrión de una mísera insignificante droga. Y olas de tristeza me invadieron de nuevo, semejando escarchas nocturnas sobre el ábside de duraznos florecidos en una tarde de sol... Abrí

(Continuación)

—¿El capataz del tío Heitz? ¿el hijo del guarda bosques Werner, que en su vida ha podido comer sino patatas? ¿A ese ama Gredel? Que venga, que venga a pedirme su mano y le arrojo por la escalera. ¡Y Gredel me da este disgusto! ¡Ah! nunca lo creyera de ella...

Las lágrimas se me venían a los ojos.

—Pero Cristiano, — me dijo Jorge, — ponte en la razón.

—¡Que me ponga en la razón cuando merece que le retuerza el pescuezo!

La cólera se iba señoreando de mí; hubiera querido tener a mi hija a mi alcance. Afortunadamente se había escapado al jardín, y Jorge me detenía obligándome a permanecer en mi silla.

—Vamos a ver, — me dijo mi primo, — ¿quién es ese Matías Heitz? Un bendito que no sabe más que jugar a los naipes y envasar vino. Lo pusieron en el colegio de Falsburgo, del señor Perrot, como a todos los hijos de las casas acomodadas del país, y en tres años no adelantó un paso; ahora hace el caballero y se pasea en el carricoche ostentando su chaleco de terciopelo rameado y su cadena de reloj llena de baratijas; y como es incapaz de ganarse un cuarto, su padre quisiera deshacerse de él casándolo. Me he informado, y sé decirte que con el tiempo alcanzará a reunir una fortuna de quince a veinte mil pesetas, que para un bruto no es nada. Se las comerá y beberá en cuatro días, si es que al presente no ha dado ya cuenta de la mitad. Y si vienen hijos ¿qué son quince ni veinte mil pesetas repartibles entre cinco o seis? En otros tiempos, cuando las muchachas recibían por dote un ajuar y el mayor de los muchachos sucedía a su padre, todavía, pues no se requería gran capacidad para continuar un comercio bien organizado o seguir una industria de padres a hijos; pero hoy triunfan el talento y la discreción. El abuelo Heitz era hombre laborioso y se ganaba buen dinero; su hijo no ha añadido un céntimo a la fortuna creada por él, y su nieto no tiene pizca de juicio.

—¿Y el otro? no tiene donde caerse muerto.

—Juan Bautista Werner es un buen muchacho empleado de Heitz, mejor dicho el factotum de la casa, el que lo dirige todo, pues él es quien recibe los encargos, quien contrata el acarreo de la piedra y la expedición por ferrocarril. Heitz embolsa el dinero y Werner quien trabaja, ya que no hay quien la haga un pequeño anticipo para establecerse por su cuenta. Es licenciado del ejército, en cuyas filas ha hecho la campaña de Africa y de Méjico, y puedo decirte que su hoja de servicios, que he visto, es brillante. Yo en tu lugar no tendría reparo alguno en concederle a Gredel.

—¡Nunca! — exclamé dando un puñetazo en la mesa; — primero la arrojaría de cabeza al río.

La mitad de los vasos se cayeron al suelo donde se hicieron mil pedazos.

—Ea, Cristiano, — me dijo Jorge sin hacer caso del estrago, — no tienes razón. Reflexiónalo mejor. Entretanto Gredel, de quien respondo, se queda aquí; en el estado de exaltación en que te encuentras no puedes llevártela, pues serías capaz de maltratarla y luego te arrepentirías.

—Permanezca aquí todo el tiempo que quiera, — dije tomando mi sombrero; — pero que no se ponga nunca más ante mis ojos.

Y me salí.

Nunca había experimentado cólera y pesar semejantes. Cuando llegué a mi casa ni me atreví a contar lo que acababa de saber; pero Jacobo lo sospechó, y al ver al día siguiente a Werner acercarse al molino, empuñó la horquilla gritando:

—¡Acércate!

Juan Bautista hizo que nada veía y siguió su camino.

Sin embargo, al fin no me cupo otro remedio que decírselo todo a mi mujer, que al principio pareció indignarse; pero se consoló pronto y me dijo:

—Pues bien, ya que Gredel no quiere a Matías, nos guardaremos los cien luises y no tendremos necesidad de tomar nueva criada; después de todo prefiero que sea así, porque uno no puede fiarse de la gente extraña.

—Está bien, ¿pero cómo voy yo a decir ahora Matías Heitz que Gredel no quiere a su hijo?

—No te apures por eso, — me respondió Catalina, — déjame hacer a mí; lo principal es no romper con el primo Jorge. Diré que nuestra hija es todavía demasiado joven para casarse. Esta es la excusa que dan todos los que se encuentran en caso parecido al nuestro y a la que los otros no saben qué responder.

De esta suerte me tranquilizó Catalina.

Sin embargo, el tal negocio me bailaba siempre por la imaginación, cuando acontecieron hechos extraordinarios y no sospechados, los cuales debían hacernos echar canas a nosotros y a muchísimos más.

III

Una mañana el secretario del subprefecto me escribió que me presentase en Sarre-

burgo, cosa que no me admiró, ya que era costumbre que de tiempo en tiempo nosotros y los jueces de paz recibiésemos la orden de ir a la subprefectura para explicar personalmente lo que ocurría en nuestras demarcaciones.

Al recibir el oficio, lo que primero sospeché fué que se trataba de nuestro último comicio agrícola, que no había entregado aun todos los premios ganados por las ocas y las gallinas hacía algunas semanas.

Los diarios parisienses hacía tres a cuatro días que hablaban mucho de un príncipe de Hohenzollern, que acababa de ser proclamado rey de España. ¿Pero qué podía esto interesarnos a los de Rothalp, Illingen, Drulingen y Henridof que el rey de España se llamase Hohenzollern u otro cualquiera nombre?

A mi ver no era esto de lo que quería hablarnos el subprefecto, sino del antiguo o del nuevo comicio, o bien de otra cosa que nos interesaba particularmente. También pensé en el camino vecinal y en las campanas.

En fin, tomé mi palo y me puse en camino para Sarreburgo, al llegar a cuya ciudad ví la calle mayor llena de alcaldes, comisarios y jueces de paz.

En la posada de la tía Adler y en todas las de los alrededores no quedaba un cuarto disponible.

Al ver tanta concurrencia, dije entonces para mí:

—Vamos a saber algo nuevo; de fijo que se trata de una fiesta por el estilo de la que se celebró hace cuatro años cuando sus majestades la emperatriz y el príncipe imperial se trasladaron a Vaney para conmemorar la reunión de la Lorena a Francia.

Formulado este monólogo, me dirigí a la subprefectura, donde se encontraban ya muchos alcaldes de los contornos, que estaban hablando del precio de los granos y de la carestía del forraje, y a quienes iban llamando uno en pos de otro.

Al cabo de media hora llegó mi turno; llamáronme por mi nombre y entré quitándome el sombrero.

El subprefecto y su secretario, con la pluma detrás de la oreja, estaban en su despacho. El secretario se puso a cortar la pluma, y el subprefecto, volviéndose a mí, me preguntó qué ocurría en el lugar.

—Nada extraordinario, señor subprefecto, — le respondí. — Atravesamos sí una gran sequía, a causa de no haber caído una gota de agua en seis semanas; las patatas son muy chicas y...

—No me refiero a eso, señor alcalde; ¿qué piensan en Rothalp del príncipe de Hohenzollern y de la corona de España?

Al oír semejantes palabras me rasqué la cabeza y dije para mí:

—¿Qué voy a responder?

—¿Cuál es la opinión del lugar? — me preguntó entonces el subprefecto.

¡La opinión del lugar! ¿Cómo responder?

—Ve usted, señor subprefecto, — le dije, — en nuestras aldeas la gente no tiene opinión; como no leen los periódicos...

—En una palabra ¿qué piensan de la guerra?

—¿Qué guerra?

—Digo si la rompiésemos contra los alemanes ¿le parece a usted que la gente se alegraría?

Entonces empecé a entrever.

—Usted sabe, señor subprefecto, — le respondí, — que hemos votado el plebiscito para conservar la paz, porque todos somos amantes del trabajo y de la tranquilidad; no pedimos más que trabajo y...

—Bien, bien, está claro, murmuró, todos anhelamos la paz: su majestad el emperador, la emperatriz, todos la queremos... ¿Pero si se nos ataca, si el conde de Bismarck y el rey de Prusia nos atacan?

—Entonces, señor subprefecto, nos veremos obligados a defendernos conforme podamos, por todos los medios, con horquillas, palos...

—Tome usted nota de esto, señor secretario. Muy bien, señor alcalde; ya estaba yo seguro de ello, — dijo el subprefecto dándome la mano. Es usted un hombre cabal.

Yo no sabía lo que me pasaba.

—Es usted un buen sujeto, — añadió el subprefecto acompañándome hasta la puerta. Comunique usted a sus adminitrados cuanto acabamos de hablar. Dígales que nosotros queremos la paz, que no pensamos más que en ella; que su majestad y los ministros no desean otra cosa; pero que Francia no puede permitir ni consentir las injurias de una nación ambiciosa. Comunique usted su ardor a los habitantes de Rothalp... Muy bien, muy bien... Hasta la vista, señor alcalde, hasta la vista.

Al salir yo, pasmado de admiración, entró otro alcalde.

—¡Cómo! murmuré entre dientes, Bismarck quiere atacarnos! ¡Ah miserable!

Pero yo ignoraba todavía porqué.

Encamineme a la posada de la tía Adler para tomar un poco de pan y queso y beberme media pinta de clarete, según mi costumbre, antes de ponerme en marcha, y allí pude oír a unos empleados reunidos en el comedor, que decían que los prusianos querían invadirnos; que estos se

habían apoderado ya de la mitad de Alemania, y que querían azuzar a España contra nosotros para con toda libertad apoderarse del resto como habían azuzado a Italia contra Austria antes de Sadowa.

Todos los alcaldes allí reunidos decían lo mismo, como todos también habían respondido al subprefecto que en caso de verse atacados se defenderían, siguiendo la gloriosa tradición de los alsacianos y de los loreneses.

Yo era todo oídos.

Por fin y después de pagar el gasto que hice me salí camino de mi casa.

Media hora hacía que había salido de Sarreburgo y pensando en lo que ocurría iba caminando entre nubes de polvo, cuando oí a mi espalda el ruído de un carricoche. Volví el rostro y ví que era el de mi primo, de lo que me alegré.

—¡Hola! ¿eres tú? — dijo Jorge tirando de las riendas de su caballo y deteniéndose.

—Sí, vengo de Sarreburgo y no me sabe mal encontrarte; hace un calor terrible.

—Súbete, — me dijo riendo Jorge. — A lo que se ve habéis celebrado una reunión magna; las posadas estaban llenas de alcaldes:

Me subí en el carricoche y reanudamos la marcha.

—Sí, — respondí, — y por cierto para un asunto nada halagueño. ¿A qué no adivinas por qué nos ha mandado llamar el subprefecto?

—No atino.

Entonces conté a Jorge cuanto acababa de ocurrirme, y hasta troné contra ese malvado de Bismarck que quería invadir nuestra patria, a cuyo efecto y para llevar a cabo su plan había inventado la comedia de Hohenzollern.

Jorge, que me había escuchado con la mayor atención, una vez hube concluído, me dijo:

—Pobre Cristiano, ya ha tenido razón el subprefecto en decirte que eres un buen sujeto, como buenos sujetos son también los demás alcaldes de nariz atomatada que por allá he visto. ¿Quiéres saber qué opino yo respecto cuanto acabas de decirme?

—Dí.

—Pues lo que opino es que os conducen como a los asnos, del cabestro. El subprefecto ese va a pasar ahora comunicación al prefecto, este al ministro y el ministro al emperador; y como todos saben que el emperador desea la guerra, porque de ella necesita para afirmar su dinastía...

—¡Cómo necesita!...

—¿Y qué duda cabe? Mira, a pesar de todo cuando han hecho,, han votado "no" cuarenta y cinco mil soldados. El ejército se vuelve contra la dinastía; como al principio se repartieron como pan bendito las medallas, las cruces y los grados, ahora todos están quejosos de que la vaca haya cesado de dar leche; de alférez para abajo no les queda esperanza alguna, porque les postergan a los nobles y a los jesuítas que salen de las escuelas de la santa Congregación; en el anuario no se ven más que apellidos precedidos de la partícula de; los soldados, hijos del pueblo, empiezan a comprender que quieren someterlos a los apagaluces y se atufan. Pero la guerra puede acomodarlo todo; es preciso que se libren algunas batallas para acallar por el momento a los descontentos, y que se consiga una victoria para aplastar a los republicanos, pues estos se envalentonan y levantan la cabeza. Así pues, detrás de una victoria podrán enviarlos a millares a Lambesa y a Cayena, como hicieron el 2 de Diciembre. Al mismo tiempo pondrán a los jesuítas al frente de las escuelas, restablecerán el poder temporal del papa y fraccionarán a Italia y a Alemania, con lo que la dinastía quedará robustecida por veinte años, pasado cuyo período empezarán de nuevo para que esta eche hondas raices; pero sobre todo la guerra es indispensable.

—Sin embargo, — repuse, — quien empieza es Bismarck.

—Bismarck, — dijo mi primo, — sabe cuanto ocurre en nuestra casa, como lo sabe el más infeliz de los obreros de París; pero vosotros estáis en babia. Si habláis de algo es de vuestras patatas y de vuestras coles y pax vobis, ya no pensáis en nada más. Os tienen sumergidos en la ignorancia; quieren que seáis el estercolero del imperio el abono de la dinastía. Bismarck sabe que el emperador necesita de la guerra para reanimar el ejército y cerrar la boca a los que hablan de economías, de libertad, de honra y de justicia, como sabe que nunca como ahora puede engrandecerse Prusia, con auxilio de las tres cuartas partes de alemanes, que se ha hecho suyos y marcharán a su lado para combatirnos; y como pueden poner en pie de guerra, en el espacio de quince días, más de un millón de hombres y por tanto serán cuatro contra uno, no se necesita ingenio para aplastar al enemigo.

—Pero hombre, el emperador debe saber cuanto dices tan bien y mejor que no tú, y por esto quiere la paz.

—No, Cristiano; el emperador fía en las ametralladoras. Además, para él no hay más dios que la dinastía y lo que quiere es solidar a esta; lo demás le importa tres cominos. Para pillar el trono y con-

tinuar la dinastía, ha jurado ante Dios y ante la República y luego ha hollado la República y su juramento; ha sido causa de la muerte de millares de hombres honrados que peleaban contra él en pro de las leyes; ha enriquecido a un número infinito de ladrones que le sostenían; ha pervertido a la juventud con el ejemplo de la fortuna de los bandidos y de la desgracia de la gente de bien; ha rebajado todo lo respetable y realzado cuanto era digno de menosprecio, y ha contaminado con la podredumbre a cuantos se han rozado con él. ¡Ah! tú no puedes comprender esas abominaciones, y ello se explica, cuando ni los hombres más malvados y aviesos del campo podrían formar idea de la infamia del emperador; no, al lado de este el sér más envilecido es un santo. Con sólo verle el corazón se estremece; por su dinastía nos vendería y nos sacrificaría sin misericordia hasta el último.

A medida que hablaba Jorge había ido palideciendo, y en su mirada conocí que cuanto decía era la expresión fiel de su convencimiento. Por suerte el camino estaba solitario, apartado de toda habitación humana y por tanto nadie podía oírnos.

—Sin embargo no me negarás que ese Hohenzollern, — dije a mi primo, tras breve instante de silencio, — que ese Leopoldo de Hohenzollern es la causa de cuanto pasa.

—Estás en un error, Cristiano, el único causante de las desgracias que pueden sobrevenir será el "hombre honrado" que ocupa el trono. Si te tomases la molestia de leer un periódico tan solo, sabrías que los españoles querían para rey a Montpensier, un hijo de Luis Felipe, con lo que no podíamos menos que ganar, pues Montpentsier se hubiera convertido en aliado de Francia; pero como esto contrariaba a la dinastía bonapartista, el "hombre honrado" ha amenazado a España. Entonces los españoles han nombrado a ese príncipe prusiano en sustitución de Montpentsier, a Hohenzollern, que en caso necesario podía contar con el apoyo de un millón de alemanes; y le han nombrado para vejar a nuestro caballerete a quien, como es natural, no tenían que pedirle parecer. ¿Acaso Francia ha consultado a nadie? ¿se ha inquietado por ventura de España, Inglaterra y Alemania cuando ha proclamado la república, o cuando ha nombrado emperador a Luis Bonaparte? ¿Quién le autoriza para meter la hoz en miés agena? Por más que nos moleste, debemos confesar que los españoles estaban en su derecho ya que no vienen obligados a hacerse gratos a Napoleón y a su familia. Ahora Dios nos tenga de su mano. Por lo que a mí hace, veo la guerra inevitable. Todos los alemanes que viven en Francia se ponen en camino para reincorporarse a sus regimientos, obedeciendo la orden que se les ha trasmitido, y esto, Cristiano, es mala señal. En todas las aldeas que acabo de atrevesar, así como en todos los caminos, he encontrado mozos que, con su equipaje al hombro, se encaminaban hacia la frontera.

Esto me dijo mi primo, y a la verdad me parecieron exageradas sus palabras.

Sin embargo, lo primero que al llegar a mi casa me dijo mi mujer, fué que Frantz, se iba.

—¿Nuestro mozo? — pregunté.

—Sí, y pide que le hagas la cuenta.

—Está bien, que venga a mi despacho y hablaremos.

Francamente me sorprendió la despedida de Frantz, a quien hice entrar en mi cuarto, situado al fondo del molino, en el cual conservo mis papeles y mis libros.

Frantz, al entrar, llevaba ya a la espalda su zurrón de cuero de vaca.

—¿De veras te vas? — le pregunté. — ¿Tienes alguna queja de nosotros?

—No, señor Weber; pero es preciso que obedezca la orden de incorporarme a mi regimiento.

—¿Con qué eres soldado?

—De la landwehr. En Alemania todos somos soldados.

—¿Y si quisieses quedarte aquí? ¿quién vendría a buscarte?

—No es posible, señor Weber; sería considerado como a desertor, y no podría nunca más volverme a casa: además se apoderarían de mis bienes y mis hermanos lo heredarían todo.

—Así ya es distinto. Comprendo, comprendo. Toma, ahí está tu certificado, en el que te hago la justicia que mereces, pues sabes cumplir con tu obligación.

Luego le satisfice lo que le debía, hasta el último céntimo, y le deseé buen viaje.

Mi primo Jorge tenía razón: los alemanes se iban en masa, y nunca como en esta ocasión hubiéramos podido convencernos de los muchos que teníamos en casa. Unos se hacían pasar por suizos, otros por luxemburgueses y otros, que estaban establecidos hacía algunos años, debían todavía dos o tres años de servicios a su patria.

Los que habían sido reemplazados por ellos se aprovecharon de la ocasión para armarles camorras y echárseles encima, y hasta la gendarmería batía la montaña en su persecución.

(Continuará).

el balcón y desde el centro de la pieza, heróicamente, encarnación de Némesis, proyecté el brazo en curva airada, arrojando sobre la calle los útiles depresores. Luego, olvidados del incidente, tornamos a reir, a jugar, a secuestrarnos en la dicha artificial.

Volvimos a enloquecer.

¡Horrible neurosis!

La pesadumbre... La amistad destruída y el amor inútil, el mal de arte humano perfeccional, me voloteaba en el corazón, picoteando, repartiendo aletazos, como un pájaro cerril cogido dentro de una jaula roja. En mi corazón cabía perfectamente una bala. La oración de la vida pesaba en crespones talares sobre mi día... Desde las puertas de la ciudad, y montados en mí redomón, habían disparado campo afuera mis júbilos. La risa de los hijos abruptos que crecen como los montes, me perseguía burlándome, soberbia. Supuse, allá en el abismo del pensamiento, que la creación condenada a desaparecer me complicaba en su derrota... Un día leí en un libro: "culpables los que no cumple su misión". Y esta leyenda. por todas partes, la veía de luz, con letras de sangre.

Yo moría. Era inexpresable, fatal y espantoso lo que a cada hora me sepultaba un palmo en la fosa del fin.

Ella, triste, fiel, me miraba agonizar.

—Te hice unos versos, mío — díjome una noche.

—A ver... — balbucí sin oirla.

Y leyó. Eran versos de agua. Suyos, marinos. En su pasionidad sencilla, parecían traer del fondo de su mar la gracia de lo inmenso, lo inacesible y postremo, para romperse en ofrenda, quejándose a las plantas del peñón insensible de mi destino. Hondos, con misterio de arrebato y de ruego. Salobres y cristalinos. Gotas reunidas en la concavidad de una roca, al agitar de las mareas, y puestas allí al sol, mirando el cielo, como un espejito de las Sirenas... La interrumpí.

—No leas más, por favor! Arréglame la cama, tengo sueño.

Quedó cortada; en el aire; sin alcanzar el aliento. El papel triste se le escapó de las manos, como una ala deshecha de gaviota peregrina. Yo vi en su cuerpo que temblaba leve, en su cara empalidecida, todo el alcance ignorado de una desilusión mortal de poeta. Y los ojos se le perdieron en quien sabe qué recuerdos amables de galantería, obsequiosos y gentiles, de esos que conservan en el co-

razón las mujeres, para anteponerlos y resaltarse la magnitud de las ofensas, y de las brusquedades.

Había causa para llorar. Recordé, tácitamente, a un mujer analfabeta que lo hiciera delante mío, porque no acariciaran su hijo, entre otros acariciados. ¿Poseerían entonces las mujeres rústicas el corazón que falta a las letradas? Y su alma por eso se funde absoluta en la única obra: el fruto concebido? Espié, esperé el llanto, lo deseé, para ofrecerla mis escusas, para demandarle olvido, para vindicarme en su pena de mujer. Pero sus ojos sólo dieron el reflejo efímero...

—Yo he de lograrlo — expresó en un como íntimo propósito.

(El ser excepcional compila complejos misterios, imposibles de solución. Una mentalidad fuerte, refunde todo a su alrededor, semejante a esas aréolas quemadas con que se testimonian los rayos al caer en la tierra. La imposibilidad de engendrar el círculo aova el sufrimiento, la neurosis, la locura... En el amor, conocida una faz, la más brillante de la piedra preciosa soñada, se suspira al punto por el adverso, sabido opaco. Poseyendo el día se quiere la noche. ¡Antes que la superficie el abismo! La célula se nutre de contraste, de impresición, de suplicio. Se aborrece instintivamente a muerte lo sedante y pasivo. Entre la horca y la corona, avanzando enhiestos a la horca, parece la abulia, o genio, un rey en camino a su trono. Edificada en la roca de la monstruosidad, levantada a los vientos condenatorios de la torre única, el vigía absorto de las facultades encendidas, mira al fondo y mira al cielo. Conoce solo la cumbre y el precipicio...).

—¡Hermana de caridad! ¡Exploradora! ¡Fósforo! — grité indignado.

Dábame a sospechar que su holocausto amoroso obedecía a mísero sentimiento conmiserativo, y concentré odio. ¿Qué secreto, qué interés, qué influjo voluntativo la retenía a mi lado? Sobre todo ¿cuál era su interés sobre mí? Pretendía convencerme acaso con la inhábil arte de la falacia femenil, a mí, un escéptico, un psicólogo de amores clandestinos, que su pasión obedecía sólo a efecto puro de alma y naturaleza?

La exigí una palabra de sinceridad y se calló. Invulneraba todos sus horrores en la majestad de la esfinge. Se puso más triste. En la cara se le dibujaban, precisas arrugas contractorias de llanto, como las grietas de un relámpago en seco...

—¡Idos! ¡No quiero verte más! Ve con quien quieras. ¿Por qué te quedas a mi lado si sufres tanto? En qué prima tu interés,

dímelo, alma esclava, bestia custodia? ¿Es por novedad, es por arte, es por besarme muerto?

—No quiero irme. Algún día conoceréis la verdad. Eres malo. ¡Oh, muy malo! Luces abierta aun vuestra originaria condición recelosa: ¡indio! Tu sangre autóctona te ululea postrimera desde tu talento, ¡dudas hasta del amor! Me tienes muriendo....

Su carácter adolecía de un defecto máximo. No era heróica. Sufría de sobrellevar el sufrimiento social, es decir, sufría más. Esto que mi capacidad hubiera dispensado en una paria, sin temple

moral de remonte humano, lo repudiaba en ella, en quien siempre mi espíritu estaba pronto a percibir la visión de la semidiosa. La cifraba privilegiada para desorbicularse de la égida gálica, que ha instituído de regalía y exquisito el reino de los mujeres; dotada para mirar de afuera; exclusiva; emancipada. Con más imperioso motivo cuando se lo imponía su naturaleza mental. ¿O ella, acaso, también, como el número nominal de sus coleguetas, pasaba por imitar la credulidad, que el arte es el destello de las luces y el gorjeo de las sílabas? ¡Si vivía tres meses con mi ogro meditabundo, la había de enseñar éste para toda su tarea, que el arte es el fuego propio de la vida que nos purifica, y que sólo en el dolor apodera inmortalidad!

Un día en su estado meticuloso me discutió derechos reivindicativos.

—¿Vos, una artista, discurres como las fregonas? — prorrumpí. — ¡Ah!.. ¡Fósforos, nada más que fósforos! Oye. Voy a hablarte fuera de mí, desterrado de mi patria, para descender hasta tu miseria. Ya me pagarás bien estas dos palabras. Oye bien.

—La libertad de la mujer en el amor, es la muerte del amor. Esa libertad o francachela pretendida, no es más que el pretexto vil para profanar su sanción suprema. Vosotras, almas nimias, atesoráis es cierto recónditas promesas. Pero solo el trabajo y el disfrute del hombre os da fundamentos. Y el genio es dominio... No hay dos voluntades de comunión ni dos pareceres que se concierten, por sí, definitivos. ¿Qué amor es ese igualitario y franco de las luciérnagas fatuas en la noche, de las mariposas coruscantes sobre un cáliz sin germen, para rebajar a ellos su grandeza lo humano? Aquello que con el imperio y la esencia del amor cautivo subyugó los elementos, subió a los astros, ensanchó el globo. ¡Claudicación decadente, esta teoría nea, de vuestra edad! Gravita el desequilibrio de los poderes racionales, apropiando el dominio el que es más. El que posee mayor fuerza, más inteligencia generalmente, más belleza sólida. La vida es una conquista amalgamante y eterna. Dice la Biblia: "Dejará a su padre y a su madre, y allegarse ha, y serán dos por una carne". Para tí, y para las otras, existe con este axioma del reino del corazón, que es el niel que contiene aquel Edén de leyenda, si logran conquistárselo; como a las pájaras el nido y los huevos y el sol... La cualidad femenina no se ha sentido jamás rebajada moralmente de su tutela que es justa, digna, porque

la honra, porque es eje, romancero aliciente. ¡Qué había de ser ella sin él, que dispone y salva! Su temperamento, complexión, los tuyos, están hechos, estructura biológica petril, para ser siempre amparada, para ser soberanamente alhaja, imán en un ciclo de dos brazos fuertes. ¡Qué habéis de ser vosotras por vosotras, hojas frívolas! ¡Plumas muertas! Desde que os desprendéis de los nervios del ala, que es el varón, ya no sois nada. La generación ha llegado a productos de máxima inteligencia merced al amor, que no es fútil orgasmo. Sin el supeditamento de la mujer, no hay amor ni hay inteligencia. "La mujer seguirá al marido" El amor auténtico no sabe de cláusulas... No atentéis a darle al mundo hijos más infe-

riores aun, que los de ogaño, con vuestra emancipación de reclame... No seáis fósforos. Sed pájaras. Sin pretender nivelaros absurdamente, sois libres. Idos cuando queráis... La ciencia ha abolido el contrato convencional. En nombre del amor, (del sufri-

miento que lo concita y hace grande) en nombre del arte, del Futuro, os niego vuestro derecho reivindicativo. ¡Yo!... Y ahora, dejadme ascender. Tengo los pies metidos en el barro...

Quiso hablar:

—Pero, el libre acuerdo...

La pegué. Y al punto, arrepentido, confundido, avergonzado de la acción, me tiré a sus plantas, besé sus pies, la llamé reina, indasica, Tersa de Jesús.

—Los jaguares enamorados, inmensamente ardiendo, en el santuario de los bosques de América, descargan un golpe de sus garras, como sobre el caparazón quelonio un dios de Tracia su diestra, para sentirse transportados a glorias en el timbre divino de cien cuerdas... La lluvia, señora, alma mía, espande su amoroso lenguaje del infinito, golpeando sobre la tierra. El rayo esculpe una lira, hendiendo el tronco de los árboles, y como cuerdas tronchadas cuelgan las ramazones sobre el tajo, cariñosas... ¡Oh, planta mía!

Me perdonó, cayendo rendida, besándome loca, apretándose llena de sentimientos contra mí. Nos dormimos sobre la alfombra...

Y fué otra vez:

—No eres capaz de despertarme celos, — le reproché. — No podrás enorgullecerte nunca, orgullo singular de todas las mujeres, de haber inspirado una pasión más allá del medio, del ras insignificante. No me interesas. ¡Flor sin atracciones!

Se puso sobresaltada. Más dolorosa y más benigna. Posó sus ojos en mí, sus ojos enlutados de desesperaciones, como asombrada, escrutando una retractación bondadosa. Y el desengaño le abrió los labios marchitos; la palabra parecía desolársele afónica en el pecho. Yo ví retratarse la vanidad humillada, la simple vanidad mujeril; muelle falso que a la presión fina del dedo masculino las abre de brazos, y al golpe las cierra, como una caja de doble secreto. Callé, irrevocablemente.

Esa noche quedóse hasta muy tarde trabajando. Al día siguiente abrí mi correspondencia en la cama. Apercibíme que leía una carta suya, rara, incomplexa, después de enterarme buen trecho. En versículos salomónicos, como versos de Nietzsche o Walt Whitman, desordenados en trozos de papel, decía:

"Y yo amaba y amaba mucho cuando te dí todas las flores de mi pensamiento.

"En mí, colosal el corazón, es el reloj de mi torre. ¡La media noche están dando!

"Perdóname que te ame. El dolor tuyo es mi vida.

"Yo quise refugiarme en tí; esconder mi cabeza en tu corazón, para huir de los espectros. No me rechaces; vengo de distantes tierras, sangrando los pies y el alma...

"Sálvame. ¡Sed bueno!

"Las cuerdas que oran en mí tienen pasiones muy hondas, melancolías, y ansias... de amor correspondido.

"¿No sabes qué en mi dolor te veo siempre? En esto igualo a tu madre.

"¿Viste cruzar por mis ojos la procesión de mis imágenes muertas?

"Quisiera ser ave para volar en tu noche.

"Te soñé a tí para huir y esconderme en la gruta de tu alma; para depositar mis flores, mis esperanzas.

"Qué sombría, que doliente ha quedado la hermosa gruta al deshojarme en su ocal. ¡Parece que se ha muerto!

"La mujer cuando ama es cuando es pura.

"Dame un verso o un golpe, con tal que sean tuyos.

"Tu silencio, la belleza tan singular de tu alma, han puesto tu vida en mi corazón.

"Me atrae poderosamente a tí, yo no sé qué fragancia, yo no sé qué desdén, qué virtud...

"La paz, la salud y la alegría, ¿qué cosas son tan vulgares?

"Me subyuga el que sufre porque es bueno. Me dejaréis que te bese como el céfiro cuando la frente te arde? ¡Oh, mi montaña encendida!

"El amor ¿qué es? la sensación o la esencia?

"¡Me estáis matando sin verme!

"¿Quién habló de mis amores y no se fijó en mi cruz?

"Has nutrido mi corazón con la injusticia.

"Mis ropas tienen fragancia a manzanas, y mi cuerpo mohos de hierro.

"¿Por qué no me llamas cuando se secan tus labios? Mi fuente es agua de leones..."'

Sí; los amores literarios no hay duda que traspasan los siglos, pero no las losas de las tumbas. Perduran y se reproducen en el culto de las generaciones, como la memoria de un portento extrahumano, una creación ignorada las más de las veces. La dramaturgia clásica abastece ejemplares profusos. Pero en la verdad de los acontecimientos, apaga el fuego más extraordinario y violento, acendrado en pecho de mujer, la paz de una losa de sepulcro. Ella descubre la locura temporal y frágil, no el alma viviente del amor. El sepulcro en las mujeres de la literatura impera con el designio del olvido, del retorno. Beatriz no bajó al infierno por el Dante. Ni fué Julieta la que se apuñalease abrazada al ataúd de Romeo...

¡Oh, mujer bruta que desposaras tu instinto con mis huesos! Por tí, obscura, alcanzaría el imperio del hombre la gloria más grande del amor sobre los siglos...

Y el fin...

Arrancándome una noche al nudo sin fe, imposible de ser yo, de sufrir en quietud bajo lluvia otoñal como una planta seca el agua del cielo, huí, fuíme por las calles, sonámbulo, enloquecido de angustia: la frente en volcán y los ojos en plomo: impotente también yo de reconquistarme en la luz de una lágrima. Sufragaba en mí la convicción que una intelectual no es una mujer superior, ni siquiera la mujer amante. Y no regresé esa noche. Por una coincidencia — malhadada concidencia — los diarios de la mañana die-

ron a la siguiente, la noticia de un suicidio, registrado esa madrugada: punto rojo en el gris de la rúa urbana. Un joven desconocido, limpio, vestido de negro. Sombrero aludo, melenas tezadas. La bala había impactado justa en el centro del corazón. No portaba dinero. — Eran todas las señas.

En la noche al día de la noticia, regresé, a horas intempestas. Abrí la puerta de calle con una llave que guardaba. Descorríle el cerrojo a la de la habitación, introduciendo la mano por la franquía de un vidrio roto, y entré, encendiendo un fósforo.

El Cristo de marfil artístico colgaba por un brazo de uno de los travesaños de la cruz, como un simio astenio. Junto al velador campeaba la ropa de mi ex compañero Zirand...

Ella se despertó sobresaltada. Ahogó un grito, escorzó su talle, copa de leches y aromas, y por cima del cuerpo desairable del marmota de letras interrógome, siempre encantadoramente, presa de confusa emoción, de sensible alarma:

—¡Qué! ¿No te habías suicidado? ¡Redomón mío!.. ¡Redomón mío!..

Y me tendió los brazos. Saltó del lecho. Sus labios ardorosos besaron mi cara fría. Cayó a mis pies.

—¡ Perdón ! ¡ Perdón !..

Bello al consumirse, con luz azul y jirones rojos, afrentada la fibra substancial en el negro tizne del segmento ; lijero, elegante, en un óvalo de almendra la llama que el débil aliento torcía a tenderla siempre... ¡ El fósforo ! Quemándome las yemas se lo acerqué a la cara.

—¡ Sí !.. ¡ Sí !.. ¡ Perdón !

Mis ojos le respondieron profundamente, con dos lágrimas que sepultó la obscuridad...

Albino Dardo López.

—¡Perdón! ¡Perdón!..

Bello al consumirse, con luz azul y jirones rojos, afrentada la fibra substancial en el negro tizne del segmento; lijero, elegante, en un óvalo de almendra la llama que el débil aliento torcía a tenderla siempre... ¡El fósforo! Quemándome las yemas se lo acerqué a la cara.

—¡Sí!.. ¡Sí!.. ¡Perdón!

Mis ojos le respondieron profundamente, con dos lágrimas que sepultó la obscuridad...

ALBINO DARDO LÓPEZ.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 6 DE 1918 — TOMO II - N.º 18

LAS DOS QUIMERAS

POR

OTTO MIGUEL CIONE

Ilustraciones de HOHMANN

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15 — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16 — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17 — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.

EL CUENTO ILUSTRADO publicará en el número próximo.

LAS RUTAS TENEBROSAS

original y sentida narración de JUAN L. PÁEZ, afortunado escritor que inicia brillantemente su carrera literaria.

Ilustraciones de ROJAS.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 65. El destino, Lema: «Blak».
» 66. La Virgencita, Lema: «Zamacois».
» 67. Flor de lino, Lema: «Maracó».
» 68. Transfusión, Lema: «Verona».
» 69. El Trono de Venus, Lema: «Et quasi cursores, vitae lampada tradunt».
» 70. Redención, Lema: «Doña Urraca de Castilla».
» 71. Los dos heroismos, Lema: «Alba».
» 72. Pequeño gran mundo, Lema: «Castigat ridendo mores».
» 73. Una vida, Lema: «Athos».
» 74. Flor del campo, Lema: «Don Ulogio».
» 75. Los metalizados, Lema: «Audacis fortuna juvat».
» 76. Amor de poeta, Lema: «Remembrance».
» 77. Amor de alma, Lema: «Noli me tangere».
» 78. Sacrificio de amor, Lema: «Hebe».
» 79. Aspiración malograda, Lema: «Dualidad e Inspiración»
» 80. La Cruz del San Bernardo, Lema: «Rosicler».
» 81. La jornada cruenta, Lema: «Resignación».
» 82. El vuelo del Condor, Lema: «Nenúfar».
» 83. ¡Como en la vida!, Lema: «Y descendiendo se elevó»
» 84. María Elena, Lema: «Sam».
» 85. Isabelita, Lema: «Oro».
» 86. Sexo y cerebro, Lema: «El de la capa caída».
» 87. Juan, Lema: «Petrus».
» 88. El amor de una artista, Lema: «Maupassant».
» 89. La dama del velo negro, Lema: «Prometeo».
» 90. La vida es ansí....., Lema: «Marianela».
» 91. Susana, Lema: «Nerina».
» 92. Lo que cuesta un puro amor y la recompensa, Lema: «Realidad sin fantasía».
» 93. Sin pecado, Lema: «Con prólogo que es epílogo».
» 94. El perdón de las rosas, Lema: «Guaycurú».
» 95. Egoísmo de padres, Lema: «Suspiro eterno».
» 96. Dos pestañaas de on chipo, Lema: «Floret».
» 97. La mano negra: Lema: «Hamlet: ¿por qué has de ser tú madre de pecadores?»
» 98. La historia de un curaca, Lema: «Rucalmir».
» 99. Hácia el amor, Lema: «Alexis».
» 100. El derecho al placer, Lema: «Rómulo de Esquivias».
» 101. Sin drama, Lema: «Psicólogo».
» 102. Historia de una muchacha que....., Lema: «Berenice».
» 103. Amor en la selva, Lema: «Millá-curá».

En el número próximo terminará la nómina de obras recibidas para el concurso.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de más de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Montevideo: A. Adami. — 18 de Julio 873.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Enrique Pecorari. — Chacabuco 359.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza y Salta: U. Bertoletti.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10 — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11 — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12 — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13 — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14 — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15 — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16 — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17 — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.

EL CUENTO ILUSTRADO publicará en el número próximo.

LAS RUTAS TENEBROSAS

original y sentida narración de JUAN L. PÁEZ, afortunado escritor que inicia brillantemente su carrera literaria.

Ilustraciones de ROJAS.

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

No. 65. El destino, Lema: «Blak».
» 66. La Virgencita, Lema: «Zamacois».
» 67. Flor de lino, Lema: «Maracó».
» 68. Transfusión, Lema: «Verona».
» 69. El Trono de Venus, Lema: «Et quasi cursores, vitae lampada tradunt».
» 70. Redención, Lema: «Doña Urraca de Castilla».
» 71. Los dos heroismos, Lema: «Alba».
» 72. Pequeño gran mundo, Lema: «Castigat ridendo mores».
» 73. Una vida, Lema: «Athos».
» 74. Flor del campo, Lema: «Don Ulogio».
» 75. Los metalizados, Lema: «Audacis fortuna juvat».
» 76. Amor de poeta, Lema: «Remembrance».
» 77. Amor de alma, Lema: «Noli me tangere».
» 78. Sacrificio de amor, Lema: «Hebe».
» 79. Aspiración malograda, Lema: «Dualidad e Inspiración»
» 80. La Cruz del San Bernardo, Lema: «Rosicler».
» 81. La jornada cruenta, Lema: «Resignación».
» 82. El vuelo del Condor, Lema: «Nenúfar».
» 83. ¡Como en la vida!, Lema: «Y descendiendo se elevó»
» 84. María Elena, Lema: «Sam».
» 85. Isabelita, Lema: «Oro».
» 86. Sexo y cerebro, Lema: «El de la capa caída».
» 87. Juan, Lema: «Petrus».
» 88. El amor de una artista, Lema: «Maupassant».
» 89. La dama del velo negro, Lema: «Prometeo».
» 90. La vida es ansí....., Lema: «Marianela».
» 91. Susana, Lema: «Nerina».
» 92. Lo que cuesta un puro amor y la recompensa, Lema: «Realidad sin fantasía».
» 93. Sin pecado, Lema: «Con prólogo que es epílogo».
» 94. El perdón de las rosas, Lema: «Guaycurú».
» 95. Egoísmo de padres, Lema: «Suspiro eterno».
» 96. Dos pestañaas de on chipo, Lema: «Floret».
» 97. La mano negra: Lema: «Hamlet: ¿por qué has de ser tú madre de pecadores?»
» 98. La historia de un curaca, Lema: «Rucalmir».
» 99. Hácia el amor, Lema: «Alexis».
» 100. El derecho al placer, Lema: «Rómulo de Esquivias».
» 101. Sin drama, Lema: «Psicólogo».
» 102. Historia de una muchacha que....., Lema: «Berenice».
» 103. Amor en la selva, Lema: «Millá-curá».

En el número próximo terminará la nómina de obras recibidas para el concurso.

BREVE NOTICIA DEL AUTOR

Otto Miguel Cione es, entre los escritores uruguayos, el que destaca su personalidad literaria con más ámplio relieve, y uno de los más conocidos de Sud América. Su más famosa novela "Lauracha", cuya cuarta edición anuncia la casa Maucci de Barcelona, lo dice más elocuentemente.

Tiene en la actualidad 42 años. Uruguayo de nacimiento, el teatro nacional, uno de cuyos fundadores fué, le debe sus mejores obras: "Maula", "Paja brava", "El Gringo", "Gallo ciego"..... y sobre todas "El Arlequín", que ha sido considerada como una verdadera joya de la literatura teatral.

En estós últimos tiempos, ha estrenado, siempre con éxito envidiable, "El Corazón de la Selva", "La Rosa de Jericó", "La Barca Errante" y otras que de momento no recordamos.

Con su novela "Maula" obtuvo el 2.º premio en el concurso organizado por "El País", entre 110 trabajos presentados, y mereció el 1.º con su excelente obra "Presente griego" en otro convocado por el Teatro Nacional.

Sus méritos indiscutibles le llevaron a la Dirección de la Biblioteca de la Universidad de Montevideo, cargo que desempeña actualmente a satisfacción de cuantos notables profesores componen el claustro universitario.

Las más importantes revistas americanas se honran con su colaboración, y próximamente nos regalará con las exquisiteces de su pluma en dos obras que prepara: "Villa-Honda" (La vida en un pueblo de América) y "Briska" (La Pantera) o sea "La Vida Alegre de Buenos Aires".

El Cuento Ilustrado se honra con la colaboración de tan valiosa firma.

AÑO I BUENOS AIRES, AGOSTO 6 DE 1918 TOMO II N.º 18

EL CUENTO ILUSTRADO

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

A NUESTROS LECTORES

Desde el presente número queda encargado de la Dirección de nuestra revista, el prestigioso literato Sr. Santiago Maciel, celebrado e inimitable autor de «Nativos».

Conocidos son los méritos literarios del nuevo Director, por cuya razón prescindimos de elogiosos conceptos. Su gestión al frente de la Revista será una prueba más de su valiosa capacidad, y confiamos en que nuestros lectores estimarán como nosotros las cualidades que adornan al Sr. Maciel.

LAS DOS QUIMERAS

NOVELA PASIONAL DEL EGOISMO

POR

OTTO MIGUEL CIONE

Ilustraciones de HOHMANN.

Carlos María Reyes cuyos antepasados habían sido grandes de España, señores de horca y cuchilla, de ánimo resuelto, caracteres férreos, enamorados, místicos al par que sensuales, católicos fanáticos pero con un pie en el cielo y otro en el infierno, heredó a la muerte de sus padres una inmensa fortuna en campos y bienes inmuebles.

Gran señor en todos sus actos, galante y caballero como el que más, recorrió el mundo con avidez de neófito, usando y abusando de las dulzuras que depara la vida a los afortunados de su especie, logrando aventuras amorosas en todas partes donde estuviere, gastando el tesoro de su corazón en mujeres indignas de tanto honor y arrojando al azar de sus caprichos gran parte de su fortuna.

Carlos María Reyes, derrochador por naturaleza, lo mismo era dadivoso de su oro como de sus nervios, de su alma y de su sangre, toda. Muy estudioso de suyo, su espíritu exquisito, después de haberse empapado en todas las filosofías que han prometido sin cumplir nunca la felicidad eterna a los efímeros vivientes de esta tierra, se tornó ecléctico, campo neutral donde se juntan en amigable connubio todos los bandos guerreros de las opiniones, leyes y teorías y lo mismo aplicaba el criterio ultra idealista de Fichte en una cuestión trascendental, como discutía con tesón haeckeliano cualquier asunto de orden naturalista. Reíase a veces de los santos de palo que habitan en los altares y no dejaba una sola vez de quitarse el sombrero al pasar por una iglesia.

Tan pronto exaltaba con visiones de artista superior las bellezas de la vida como caía en el más amargo de los excepticismos. Panglos y Zaratustra se turnaban a porfía en la dirección de la maquinaria de aquella existencia. Ignoró mucho tiempo que la felicidad es relativa, que tiene grados según los individuos, los caracteres, los temperamentos las circunstancias y sobre todo que ella resulta del contraste entre nuestros anhelos y las dificultades que encontramos para lograrlos. Fatalista sin él saberlo, nunca quiso admitir como una verdad indiscutible que el determinismo, era el propulsor de todas sus acciones; de ahí su creencia en fetiches más o menos lógicos; desde el escapulario con una víscera sangrando en el centro, a un ópalo porta desgracia; de ahí su repentina incredulidad en los medios enérgicos de que dispone el carácter humano para salvar las vallas con que se tropieza en la breve carrera. Cuando alguna contrariedad grande le salía al paso, cuando el atavismo de su prosapia le obligaba a hacer algún disparate reñido con los usos y costumbres de la época actual, cuando la misantropía heredada de sus abuelos contemporáneos del sombrío Felipe II le exaltaba, entonces o tornábase musulmán y su espíritu se ponía en cuclillas como sobre blandos cojines murmurando tranquilamente el lejendario "estaba escrito" o soñaba con un nirvana salvador, un nirvana de absoluta abstracción en la contemplación de la nada, más allá del bien y del mal. Alma de suicida en un carácter de holgazán. Su peregrinación a través de los campos de la tierra, fué la de un ávido epicureista ¿Dónde está el placer? El placer para él era toda la felicidad. ¿En un palacio? Iba al palacio. ¿En una choza, en una boharda? Descendía a la choza, se trepaba a la bohardilla.

¿Correr el mundo en automóvil?

¿Viajar en barcos inmensos, en ferrocarriles velocísimos?

Pero, salía del palacio, bajaba de la boharda desembarcaba del barco, abandonaba su auto murmurando siempre una sola pregunta. ¿Dónde, por todos los dioses, por todos los diablos, por todo lo que hay en el cosmos, está la felicidad?

Y ante la impotencia de hallarla cayó en la fatiga moral de todos los neurasténicos. Y su sistema nervioso, deshecho por excesos, exaltado por la eterna tensión a que le tenía sometido, anormalizado por las vigilias y los rudos embates del placer quintesenciado influyó como una palanca sobre su mentalidad que se sumió en un amargo y depresivo nihilismo.

"La vida no vale la pena de ser vivida" decía a cada instante; pero seguía viviendo porque tenía el vago presentimiento de que en alguna parte del mundo le esperaba la ansiada felicidad.

Cada ser viviente tiene en el transcurso de su existencia, un instante a veces fugaz como el paso de un bólido, otros tan grande como un año de Neptuno, en que la felicidad se le ofrece generosa y amante.

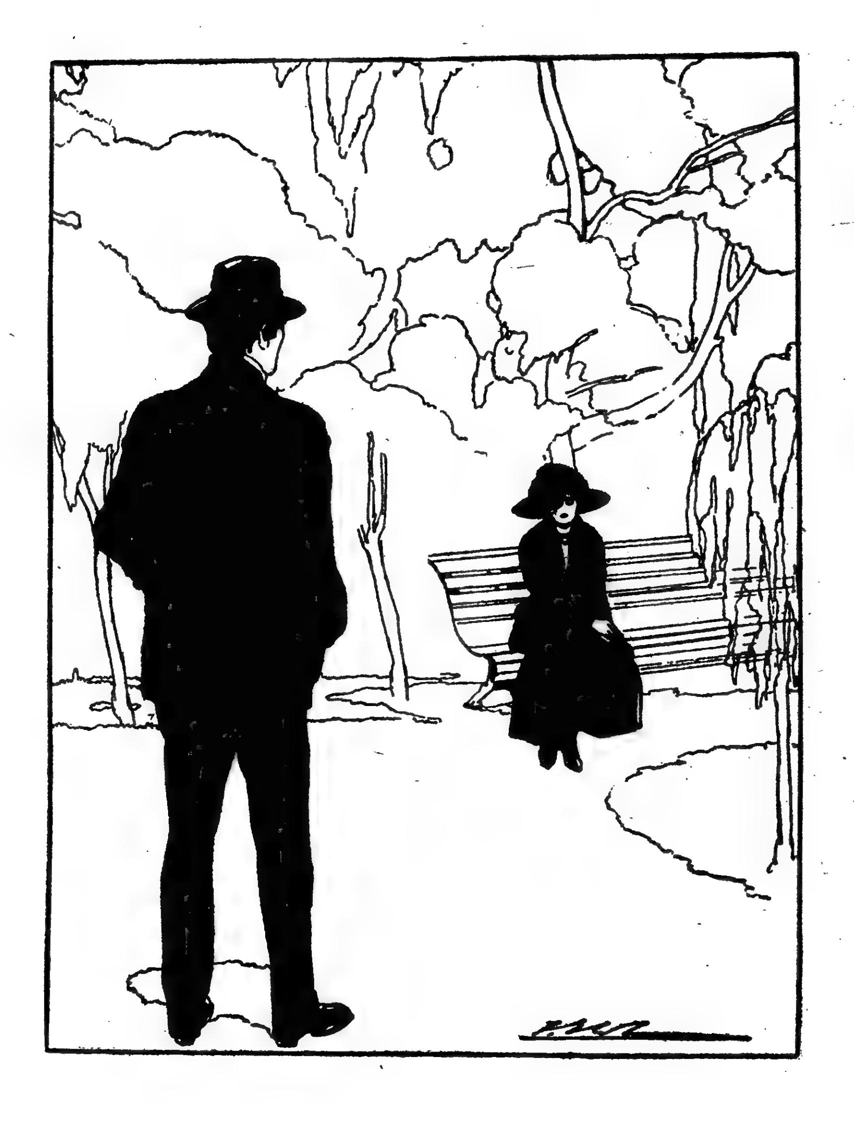
La magna sabiduría está en saberla retener, aunque la felicidad es como una mujer, ni eternamente bella, ni siempre joven, ni nunca fiel.

Mas, para Carlos María Reyes la felicidad por rara excepción quiso tener esas tres condiciones. Disfrazóse de mujer y presentóse una tarde a la hora en que el sol descorteza su luz naranjada sobre la tierra, en el más gallardo de los escenarios. Paseábase una tarde por un solitario jardín tendido en anfiteatro, sobre las barrancas ciclópeas de la ciudad del Paraná, con frente al más poético de los ríos americanos.

Plácida quietud, silencio augusto reinaba en el cielo, en las flores y en el río. Varios ombúes que ocupaban una meseta resaltaban sus copas negras en el cielo azul.

Las acacias de flores anaranjadas, los jacarandaes de racimos azules, los ceibos con sus varas llenas de flores como labios rojos de morocha, las caobas con sus estrellas blancas de radios irregulares los sauces llorones que no tienen florescencia pero que la sugieren, las palmeras que parecen acariciar con sus manos verdes a los arbustos pequeños que crecen a sus plantas, los pinos antipáticos intrusos en nuestra flora, agresivos al cielo con sus copas agudas como lanzas, las araucarias con sus ramazones estelares en degradación ascendente, como plegaria y ofrenda estériles de la

tierra al sol, los laureles con sus rosas rosadas vestidas de baile, todos escalonados en las anfractuosidades de la barranca, creciendo al acaso, se aprestaban a la sincera oración, que entonan los se-



res que llamamos inanimados, a la hora en que la noche llega; oración que no tiene ritual, pero que es aroma, vaho, hálito, melancolía, todo en un solo efluvio.

Azul profundo el cielo, salvo donde el sol había desaparecido, como nave luminosa que dejase estela de leves nácares y oriflamas. De frente el amplio río amable como un lago, con sus aguas color perla fuera del ángulo de visión y dentro de éste coloreado a trechos con tintas suavísimas como láminas tenues de vidrio que se superficiaran en movimiento continuo. En aquel paseo solitario como un jardín abandonado faltaba algo para Carlos María Reyes. Observó mejor las sombras medrosas que se acojen bajo los árboles y que no se sabe de donde vienen y al pie de un frondoso álamo de la Carolina, sentada en un banco sumida en hondas reflexiones, mirando el paisaje sin verlo, divisó a una mujer vestida de luto.

Al principio le disgustó al paseante el encuentro. Tanta placidez derrochada por la naturaleza contrastaba con aquella nota sombría. Pasó de largo. La mujer no se movió. Carlos María irritado sin saber por que ante aquella indiferencia que consideró ofensiva para su dignidad de hombre dominador, azotó con su bastón a una hoja de poto que se echaba atrevida sobre el sendero.

Al sentir el ruído la mujer giró lentamente su cabeza cubierta por negro manto, miró al intruso y volvió a su actitud primera. Carlos María fué hacia ella como llevado por fuerza ajena a su voluntad, la saludó levemente y se detuvo.

La mujer le observó un instante. Luego se miraron en los ojos y se comprendieron.

Hablaron. Despidiéronse al cabo de un rato citándose para verse al otro día en el mismo sitio. Desde aquella tarde la felicidad entró con las alas abiertas, como una gran luz en el templo sin dioses y sin altares del alma de Carlos María Reyes.

Pero el templo ya amenazaba derrumbarse.

*
* *

María Laura Moraes había nacido en una ciudad del Brasil a orillas del Amazonas de padres humildísimos.

Las gracias que distribuyen sus tesoros tan arbitrariamente casi siempre la hicieron su hija primogénita.

María Laura creció bella y gentil teniendo una voz de soprano prodigiosa. No faltó quien la hizo estudiar música. Fué a Italia y debutó al poco tiempo en la Scala con el más grande de los

éxitos. Convirtióse en una *diva,* recorriendo en poco tiempo los principales teatros del mundo siendo clasificada en todas partes como una maravilla del *bel canto.*

Espíritu de artista con un alma superior y bella físicamente, fué codiciada por todos los galanteadores de oficio de la tierra entera. Pero María Laura había nacido honesta y odiaba la vida que la fuerza de las circunstancias la habían obligado a llevar.

Tenía aversión al teatro, a la vida de entretelones y a sus compañeros. No transigía con la inmoralidad de costumbres propias de los escenarios y de ahí sus anhelos de labrarse un porvenir para abandonar luego la escena, encontrar un hombre digno de ella, casarse y retirarse a vivir tranquilamente en un rincón apartado del mundanal ruído, en una isla solitaria, con un castillo sobre la costa de un río de su patria, en cualquier parte donde la felicidad pudiera ser guardada con secreto e invulnerable egoísmo, sin que ningún ser viviente se atreviese a levantar siquiera la punta del velo con que quería cubrir a la diosa.

Llegó a Buenos Aires y enamoróse de ella un rico estanciero de Entre Ríos. La siguió a todas partes donde ella fué, siempre amante respetuoso, tranquilo y seguro quizá de su triunfo final.

Un buen día a María Laura se le ocurrió estudiar a su adorador. Le vió bueno, franco, buen mozo y le aceptó. Sus bodas fueron celebradas al poco tiempo en una capital de Europa. Los esposos vinieron a Buenos Aires siendo bien recibidos por la alta sociedad argentina. Quiso realizar su sueño de retiro y fuéronse a la provincia natal de su esposo. Hicieron construir un chalet en una de las islas del Paraná y allí vivieron. Al poco tiempo María Laura se dió cuenta de que se había equivocado en la elección de esposo. El suyo no realizaba el ideal que había anhelado. Era un ser de mediocre inteligencia, de gustos sencillos, vulgar; que no comprendía la música, ni sabía apreciar una puesta de sol, ni sabía leer en el libro siempre abierto de la naturaleza. Cuando más decepcionada estaba, una enfermedad repentina se llevó al esposo dejándola viuda y con el dolor de tener que volver quizá a la penosa vida de los escenarios. En estas circunstancias fué cuando se encontraron María Laura y Carlos María Reyes en la ciudad del Paraná.

Los detalles de sus relaciones preliminares no nos interesan, baste saber que aquel joven de corazón viejo enamoróse perdidamente de la brasileña. Le cautivó su tipo fino, esbelto, su rostro atrayente sin ser regular, aquellos sus ojos grandes de brillo ace-

rado, su cabellera ámplia de color castaño, su boca sensual de curvas graciosas, su nariz algo aguileña como pico de ave de presa, sus manos *"dalle belle manos"* con voz melodiosa y más que todo su espíritu selectamente cultivado, reflejo de un alma complicada, generosa, amante extraordinaria.

Era la mujer de sus secretos deseos. Más espíritu que sangre, más sangre que espíritu, según los momentos y las horas. Pudo ser su amante, pues a ello consentía María Laura, escarmentada de sus primeros esponsales; pero él la quiso para siempre, para el resto de su vida, como quieren todos los enamorados de la tierra cuando aman exaltados por la pasión que enceguece, obsesiona y marea; pasión que quiere convertir en eterno lo que es deleznable, en perenne lo que debe y tiene que ser pasajero...

Fueron a amarse al más recóndito islote del Tigre. Todas las tardes los riachos fueron testigos de un idilio sin cesar renovado. Las noches de estío por entre las madreselvas y jazmines que perfumaban los aires, se escurrían los últimos ecos de romanzas que nunca llegaban al final. Como todo idilio amoroso, sometido a los determinantes que rigen las acciones humanas, tuvo un período de tregua en que el hastío y el cansancio dejaron sus primeras huellas, le siguió una etapa de exaltación amorosa, con la que se quiso resucitar la luna de miel pasada y sucedió lo que era de esperarse.

Carlos María una mañana al levantarse de su lecho en el que plácidamente dormía su esposa, la miró intensamente y la pregunta que se había adormido en su cerebro por un espacio de tiempo relativamente corto; pregunta que venía desde el fondo de su ser, desde el fondo de su estirpe, desde los más lejanos ascendientes perdidos en la memoria de la raza, acudió a sus labios violenta como guerrero de la edad media, brutal como cierzo invernal, amarga como desilusión de náufrago: ¿Y esto es la felicidad?

Miró la estancia vagamente alumbrada y sintió el aburrimiento de los muebles y los cortinajes que se le habían hecho familiares, vistióse y salió a la estancia próxima en pleno día y al observar el paisaje del ámplio río tendido a su frente y el grupo de isletas cada una de las cuales había sido una etapa de las faces de su luna de miel, un jalón en la velocísima carrera de sus amores, maldijo de la absurda tendencia del espíritu humano en querer hacer perdurable lo bueno y lo bello, cuando deben ser transitorios, y experimentó un odio intenso al amor que subyuga las voluntades, liga para siempre a dos seres nacidos para ayuntarse como los pá-

jaros del cielo y luego separarse, siguiendo cada uno su respectiva tendencia e inclinación, libres, libres sí en cuerpo y alma, en carne y en idea...

Siguiendo la natural idiosincracia de los seres voluntarios y anárquicos para las leyes sociales existentes, hizo extensivo a todas las cosas creadas su odio al amor y anheló con toda la vehemencia de su carácter, verse lejos de allí, muy lejos, a mil leguas, de un solo salto, de un solo impulso, borrando hasta de su recuerdo aquella locura de su vida aquella renunciación que había hecho de su sacrosanta libertad. La dicha verdadera estaba en la libertad absoluta. No tenía en aquel momento un átomo de duda.

No meditó en el amor verdadero de su esposa ni en las consecuencias del acto que iba a realizar, ni tuvo agradecimiento por los momentos de verdadera felicidad que le había deparado aquella bella y extraordinaria mujer, y de pronto con una naturalidad que espanta, siguiendo la versatibilidad de su temperamento, escribió una carta a María Laura, la dejó sobre la mesa del comedor y salió al patio, serenamente como todos los días, llegó al embarcadero, desamarró el bote, subióse a éste; y, a un tiempo que empuñaba los remos, dijo a un criado que corría presuroso a tomar órdenes:

—Dígale a la señora que no me espere a almorzar.

Y de un golpe de remo aquel hombre que era mucho hombre a fé mía, se lanzó en busca de la felicidad por centésima vez en su vida sin darse cuenta de que acababa de dejarla tras de sí como otras tantas veces. ¡Pero esta vez para siempre!

*
* *

María Laura despertó, fué a su cuarto de baño, lanzóse resueltamente al agua fría y luego de secada, vistióse coquetamente con un quimono japonés de seda floreada y recien entonces llamó a su mucama disponiéndose para hacerse peinar, tarea esta que requería por parte de la peinadora tiempo y paciencia, tan abundosa era la cabellera y tan exigente la dueña en el acicalamiento de su bella cabecita.

Preguntó por Carlos María y le dijeron que había salido en

ERCKMANN - CHATRIAN

(Continuación)

Mal cariz, muy malo, iban tomando los negocios.

Yo bien me desgañitaba en la alcaldía diciendo que el emperador quería la paz; pero como los periódicos de la prefectura no hablaban más que de la afrenta que se nos infería, de la ambición de Prusia, del desquite de Sadowa, de los pueblos católicos que iban a declararse unánimes a favor nuestro y de los potencias todas, que nos daban la razón, el entusiasmo por la guerra aumentaba de día en día, y principalmente el de los faquines, caldereros, amoladores y de todos cuantos salen de la cárcel y buscan trabajo sin hallarlo en parte alguna, si bien encuentran tapias que escalar, puertas que forzar y armarios que les brindan con sus tesoros. Toda esa caterva de alimañas chillaba que Francia para sacar incólume su honra no tenían más remedio que declarar la guerra a los alemanes.

Y como si lo expuesto fuese poco, venían a añadir leña al fuego los periódicos de París, subvencionados por el gobierno, como hemos sabido después, los cuales se esparcían y vendían por nada, cuyos periódicos decían que nuestro embajador en Berlín, M. Benedetti, había ido a ver al rey de Prusia en los baños de Ems, para rogarle que no nos precipitase en los horrores de la guerra, y que Guillermo había respondido que él nada tenía que ver con lo que pasaba; que su primo Leopoldo de Hohenzollern le había consultado por pura atención, como jefe de familia, y que él era demasiado buen pariente para inducirle a que rehusase el inesperado provecho que le caía del cielo.

Entonces fué cuando estalló en todo su furor la indignación de los periódicos contra los alemanes, a quienes, decían, era preciso meter en cintura.

Imagínese el que pueda la posición de un alcalde que, como yo, dos meses antes había hecho votar el plebiscito a todo su pueblo, prometiendo la paz, y que veía claramente que se habían servido de él como de un bestía para engañar a sus administrados.

Francamente, no me atrevía a mirar a mi primo cara a cara, pues éste me había predicho todo cuanto ocurría, y por ende hubiera yo podido muy bien haberme puesto en guardia respecto de los honrados sugetos que nos gobernaban.

Los negocios iban tan mal, que no parecía sino que se hubiese ya declarado la guerra.

Cierta mañana, sin embargo, llegó la noticia de que Hohenzollern acababa de renunciar a la corona de España.

Gracias a Dios habíamos salido del atolladero y podíamos respirar con alguna libertad.

Aquel día Jorge vino al molino, a verme, y me dijo con cara de pascuas:

—¡Vaya una geta debe haber puesto el emperador! Digo, y sus ministros y sus ayudantes de campo que querían todos el bastón de mariscal! ¡Estaba tan bien preparado todo! Nada, ahora habrá que aguardar otra ocasión para principiar de nuevo. ¡No estarán poco quemados!

Ambos nos reímos de buena gana.

Más de veinticinco individuos de la comarca que desempeñaban cargos administrativos vinieron a la alcaldía para felicitarme, creídos de que a su excelencia M. Emilio Ollivier le era ya imposible llevar adelante sus planes guerreros y que se afirmaría la paz a pesar de él, del ministro de Estado, del emperador y del general Lebeuf, quien decía en el Senado que estábamos no una sino cinco veces dispuestos y que no nos faltaría un botón de polaina durante toda la campaña.

No había quien no ensalzase a Hohenzollern por haber tenido entendimiento para todos; y como las reservas ya habían sido llamadas, muchos jóvenes se alegraban de poder permanecer al lado de sus familias.

En una palabra, creímos de buena fe que la paz era un hecho, cuando el emperador y su ministro nos hicieron ver que no había para que alegrarnos tan pronto.

De improviso circuló la voz de que Guillermo había despedido a nuestro embajador profiriendo contra la honra de Napoleón III palabras tan sumamente graves, que nadie se atrevía a repetirlas.

Parece que S. M. Napolón III, al ver que el rey de Pusia había retirado su autorización al príncipe de Hohenzollern para que pudiese aceptar la corona de España, no se había dado por satisfecho, y que había ordenado a nuestro embajador que exigiese de Guillermo la renuncia a todas las coronas que los españoles pudieran offrecerle con el tiempo, para él o para su familia; y que este rey, que no siempre está de buen humor, había dicho algo en ofensa y detrimento del "hombre honrado".

Aquel día me encontraba yo en la alcaldía, a cosa de las once, donde acababa de celebrar el matrimonio de Andrés Fixe con la hija de Haan; la boda se había encaminado a la iglesia y me disponía yo a salir, cuando entró el cartero Michel y arrojó sobre la mesa el "Petit Moniteur".

Entonces senteme otra vez en mi silla de

brazos y leí la relación de la gran batalla librada en el congreso, en la que de una parte lucharon por la paz Thiers, Julio Fayre, Gambetta y Glais-Bizoin, y de la otra los ministros, que eran partidarios de la guerra.

Los discursos que los primeros pronunciaron fueron magníficos; sin embargo la mayoría, nombrada para acatar en absoluto la voluntad del emperador, declaró la guerra a los prusianos a pretexto de las palabras que Guillermo había proferido.

¿Qué podía haber dicho el anciano rey? Su excelencia Emilio Ollivier no se ha atrevido nunca a decirlo.

Mi primo Jorge pretendía que había dicho alguna verdad amarga y que por lo tanto había puesto el dedo en la llaga; pero hoy es cosa sabida, por los informes de nuestro embajador, que el rey de Prusia no había dicho nada absolutamente y que la indignación de Ollivier era una abominable comedia para engañar a la cámara y obligarla a votar la guerra.

De aquí arrancan nuestras desgracias; y por cierto que es poco satisfactorio, después de habernos llovido encima tantas miserias, a ver a sus fautores, Ollivier, Lebeuf, Grammont, Bonaparte y "ejusdem farinæ", vivir tranquilamente en sus palacios en Italia, Suiza e Inglaterra, mientras tanto infeliz o llora su ruina, o la pérdida del padre, de sus hijos o de sus amigos, y nosotros alsacianos y loreneses, la de nuestra patria.

IV

Al siguiente día de la declaración de guerra, mi primo, que nunca veía las cosas al través de rosado prisma, partió para Belfort, con objeto de detener un cargamento de vino de Dijón que le habían expedido a petición suya. Esto aconteció el 22 de Julio, y Jorge no regresó hasta el 27 después de haber pasado mil apuros para llegar a tiempo.

Por espacio de cinco días no supe donde dar de cabeza. Cada hora recibía órdenes para apresurar la marcha de las reservas, de los soldados que gozaban de licencia ilimitada y de los guardias móviles. Los gendarmes no disfrutaban momento de reposo. Los diarios ministeriales ponían tan por las nubes el entusiasmo de los pueblos para la guerra, que francamente no parecía sino que querían rezar lo contrario. Figuráos a los mozos que gozaban de licencia, en sus casas, con la esperanza de que cinco o seis meses después recibirían la absoluta, y podrían casarse, establecerse y ganar dinero, y que sin saber porqué ni porque no se entusiasman para ir a matar hombres a quienes no conocen y a arriesgar la propia piel en la lucha.

¿Qué asomos de sentido común tienen ideas semejantes?

¿Y los alemanes? ¿Habrá quién pretenda también darnos a entender que se han liado a tiros con nosotros por puro gusto tantos millares de empleados, comerciantes, fabricantes y rentistas que vivían tranquilamente en sus ciudades y en sus pueblos? ¿Querrán sostenernos que han venido a colocarse delante de nuestros cañones para su satisfacción particular, siendo así que llevaban detrás a un oficial que disparaba sobre ellos su revólver al menor paso que retrocedían? ¿Habrá quien crea que esto les divertía? ¡Bah! sólo el ministro Ollivier partió para la guerra, como dijo, con el corazón animoso; pero como estaba seguro de volver, no debía aquella inspirarle grandes temores.

Hoy su excelencia disfruta de buena salud, lo cual unido a la fortuna que en poco tiempo ha amasado, le ayuda a pasar la vida. Mas en cuanto a los mozos de Rothalp y sus cercanías, tales como Matías Heitz, mi hijo Jacobo y algunos centenares, no sentían por cierto tanta prisa y más hubieran preferido permanecer en sus casas.

Más adelante la cosa varió de aspecto; cuando nos batíamos por la patria, entonces sí se lanzaron muchos a defenderla sin necesidad de que les llamaran, mientras Ollivier y sus amigos se escondían Dios sabe dónde. Pero antes de romperse las hostilidades, cuando podían todavía evitarse nuestras desgracias, ir a hacerse desmenuzar por un hato de intrigantes y de cómicos a quienes empezamos a conocer, ¿para qué?

Cuando Jacobo, vistiendo blusa y con el lío bajo el brazo, compareció ante nosotros en el molino y me dijo:

—Ea, padre, me voy; no descuide usted levantar la presa dentro de media hora, pues el agua habrá subido.

Digo en verdad que experimenté dolor en el corazón. Mi mujer, que se encontraba el cuarto de atrás, daba unos lamentos que me hacían poner de punta los cabellos.

Yo bien hubiera querido responder algo a mi hijo y dirigirle algunas palabras de consuelo; pero la lengua se me había pegado al paladar.

¡Ah! si su excelencia Ollivier y su respetable amo hubiesen estado al alcance de mis manos los hubiera estrangulado.

Por fin Jacobo emprendió la marcha.

Todos los mozos de Sarreburgo, de Chateau-Salins, de Rothalp y de los alrededores, en número de mil quinientos o mil seiscientos, se encontraban en Falsburgo

para reemplazar al 84 de línea que de un momento a otro esperaba ponerse en marcha y cuyos soldados se quejaban de su coronel porque no reclamaba el primer puesto para su regimiento. Los oficiales temían llegar demasiado tarde, cosa nada de extrañar, pues aparte de que su oficio es batirse, todos querían ganarse grados, cruces y condecoraciones.

Lo que he dicho referente al entusiasmo, es cierto, así por lo que concierne a los alemanes como por lo que atañe a nosotros, pues a ninguno de los dos nos animaba la idea de exterminarnos.

Bismarck y Napoleón fueron por sí solos los que todo lo prepararon; sobre sus cabezas cae, pues, la sangre derramada.

Nuestro primo Jorge regresó de Belfort la tarde del 27, y paréceme verle todavía entrar en nuestro reducido comedor por la noche del mismo día.

Gredel había vuelto a casa la víspera. y estábamos cenando a la luz de la lámpara de hierro que ardía sobre la mesa.

Desde mi sitio, a la derecha, al través de la ventana, podía yo vigilar la presa.

—Hola, — dije a Jorge, — ¿ya estás de vuelta? ¿llegaste a tiempo?

—Sí, respondió mi primo tomando una silla y sentándose, he llegado oportunamente para detener el cargamento; pero ya te digo que aun cuando he tenido la suerte de dar con él, he debido despabilarme. ¡Válgame Dios! no puedes formarte idea del barullo y confusión que reinan desde Belfort hasta Estrasburgo: por la vía férrea llegan tropas, reclutas, cañones, caballos y municiones de boca y guerra. Aquello está desconocido. Por todas partes piden órdenes; el telégrafo no funciona más que para las autoridades; los intendentes no dan con sus depósitos; los coroneles buscan a sus regimientos, y los generales a sus brigadas y sus divisiones. Piden sal, azúcar, café, manteca, carne, bridas para los caballos, y se reciben mapas del mar Báltico para hacer la campaña en los Vosgos. ¡Válganos Dios! gritaba mi primo levantando las manos ¿es posible? ¿Y a tal extremo hemos llegado nosotros, los descendientes de los hombres del 92? Ahora, ahora verán los incautos lo que cuesta dejarse gobernar por ladrones. Recuerda lo que voy a decirte, Cristiano, todo va a faltar; quizá no tengamos ni fusiles en los arsenales, a pesar de los centenares de millones votados para adquirirlos, y sino al tiempo.

Jorge se levantó y empezó a pasearse de un extremo al otro del comedor, pálido de ira; nosotros, con la boca abierta, le mirábamos ir y venir y mover de un lado a otro la cabeza.

—Ahí el ingenio del "hombre honrado", prosiguió mi primo con creciente cólera. El es quien todo lo dirige, él nuestro general en jefe. Un capitán de artillería retirado, con quien he hecho el viaje de Schlestadt a Estrasburgo, me ha dicho que, a consecuencia de la mala organización de nuestras fuerzas, no podemos cubrir nuestra frontera desde Luxemburgo hasta Suiza más que con doscientos cincuenta mil hombres escasos; y que los alemanes, mas bien organizados y preparados de larga fecha, podían oponernos en ocho días quinientos o seiscientos mil. Estos serán, pues, para empezar, más de dos contra uno, y nos aplastarán a pesar del valor de nuestros soldados. El veterano oficial que digo, hombre discreto y que ha viajado por Alemania, me ha dicho también que los cañones de los prusianos disparan con mayor rapidez y tienen más alcance que los nuestros, lo que permitirá a los alemanes desmontar nuestras baterías y nuestras ametralladoras, sin que ellos reciban daño alguno. A lo que parece el grande hombre que nos rige no ha pensado en eso.

Entonces Jorge se echó a reír, y al ver que nosotros permanecíamos silenciosos, prosiguió:

—Según el "Correo del Bajo-Rhin", los prusianos, los bávaros, los vurtembergueses y los badeneses llegan por regimientos y divisiones de Francfort y de Munich a Rastadt, con cañones, municiones y víveres en cantidad asombrosa; todo el país desde Carlsruhe a Baden, está atestado de tropas y material de boca y guerra; han volado el puente de Kehl para impedirnos que los envolviésemos, y en Wiseemburgo no tenemos bastantes tropas. Pero es clamar en vano; nuestro general en jefe sabe más que el "Correo del Bajo-Rhin"; es un matón que no recibe consejos y para darlos al cual se necesita mucha audacia.

Al llegar aquí, Jorge se detuvo de repente y me dijo:

—He venido para darte un consejo.

—¿Cuál?

—Que ocultes cuanto dinero tengas, pues según lo que he visto allá abajo, dentro de algunos días los alemanes habrán invadido la Alsacia.

No hay que ponderar la sorpresa que me causaron tales palabras ni el espanto de mi mujer y de Gredel al oirlas. Jorge no era hombre que se bromease con los asuntos serios, ni menos era tímido, al contrario, en muchas leguas a la redonda no había quien le igualase en valor.

—¿Y de veras crees posible lo que dices? — le pregunté.

—Escucha, me respondió, cuando de un

lado no vemos más que entes ineptos, sin pizca de juicio, imprudentes y sin orden, y del otro a hombres que desde hace cincuenta años se preparan para tirarnos un mal golpe, todo es posible. Yo por mi parte creo firmemente que dentro de quince días los alemanes estarán en Alsacia. Nuestras montañas van a detenerlos; las fortalezas de la Petite-Pierre, de Falsburgo y de Lichtenberga; las talas de árboles, las trincheras que van a abrirse en los desfiladeros; las emboscadas que les tenderán, los puentes y túneles que de la vía férrea volaremos, les impedirán avanzar durante tres o cuatro meses, hasta el invierno; pero entre tanto destacarán hasta aquí sus hulanos y sus húsares, verdaderos bandidos que lo saquearán y robarán todo: trigo, heno, paja, harina, manteca, ganado y sobre todo dinero. La guerra la harán a nuestra costa, y nosotros, alsacianos y loreneses, seremos los que pagaremos los vidrios rotos. Ya sé lo que me digo, Cristiano; soy zorro viejo; yo por mi parte voy a hacer lo mismo. Así si nos sucede alguna desgracia, a lo menos no la habremos buscado nosotros. No he querido acostarme sin advertirte. Ahora buenas noches todos.

Jorge se salió.

Nosotros nos quedamos mirándonos unos a otros por espacio de algunos segundos.

Mi mujer y Gredel querían esconderlo todo la misma noche.

Gredel, desde que andaba enamorada de su Juan Bautista Werner, no pensaba más que en su dote, pues no ignoraba que poseíamos muy cerca de cien luises en piezas de otros tantos sueldos y que estos, que ya consideraba suyos, los guardábamos en una cestita en el fondo del armario.

A mi hija no la preocupaba sino la dote; y tan atrevida se había vuelto, que llegó a exigir de su madre las llaves. Esta, sin embargo, como mujer que no da a torcer su brazo, sabía mantenerse firme y aun amenazaba a Gredel, que la miraba de través. Entonces y para evitar que Catalina diese al traste con el comedimiento, pues la paciencia no le sobraba, me veía yo obligado a ponerlas en paz.

Por lo que se ve, de un golpe nos llovían encima todos los males.

Yo, a pesar de lo que acaba de decir Jorge, no tenía miedo. Cierto es que los alemanes no se encontraban más que a diez y seis leguas de nosotros, pero ante todo debían cruzar el Rhin; luego sabíamos que en Niederbroun los habitantes se quejaban de las tropas acantonadas en las aldeas, lo que demostraba que no faltaban soldados, y por fin que Mac-Mahon se encontraba en Estrasburgo y estaban por llegar los turcos, los zuavos y los cazadores de Africa.

Así pues dije a mi mujer que nada nos apresuraba; que Jorge detestaba al emperador hacía mucho tiempo; pero que esto poco significaba y que antes de tomar resolución alguna era necesario ver con nuestros ojos lo que ocurría. Además, determiné llegarme a Saverna para ver qué tal se presentaban los negocios, y según, vender cuanto trigo y harina tenía existentes, con lo que podría reunir otros cien luises que enterraría junto con los otros.

Mi mujer se reanimó.

A no ser lo mucho que tenía que moler para los tahoneros de la ciudad, al día siguiente me hubiera puesto en camino para Saverna, donde me hubiera informado de cuanto ocurría. Por desgracia, empero, desde que Frantz y Jacobo se habían ido, todo el trabajo del molino pesaba sobre mí y apenas si me quedaba tiempo para respirar.

Jacobo me importunaba también continuamente, mandándome a pedir dinero por conducto del cartero Miguel, el cual me contó que aun no habían llamado a los móviles, que iban de taberna en taberna, por grupos, para matar el tiempo; que no habían estos recibido fusiles ni estaban alojados en el cuartel, y que no se les repartía un céntimo para la comida.

Tal desorden me ponía de un humor de perros, pues a mi modo de ver un emperador que manda convocar a los mozos en tiempo de la recolección, debe a lo menos alimentarlos y no abandonarlos a cargo de sus padres. Esto sin embargo, no me impedía atender a mi hijo, pues no podía dejar que se muriese de hambre. Mas sea lo que fuere, era triste que yo tuviese que alimentarlo con mi dinero, y que mientras él se paseaba con las manos en el bolsillo, yo, pese a mis años, me viese obligado a llevar los sacos al granero, bajarlos, cargármelos solo y sobre esto cuidar del molino, pues como no era posible hallar quien pudiese trabajar, la única ayuda que tenía era la del viejo mozo molinero Donadieau, a quien las dos hernias que le aquejaban no le permitían hacer cosa que valiese.

De imaginar son pues nuestros apuros, nuestras inquietudes y nuestras fatigas.

Los demás vecinos de la aldea, no parecían estar más alegres que nosotros, y los ancianos tenían puesto todo el pensamiento en sus hijos encerrados en la ciudad.

La sequía continuaba, y nada bueno esperábamos.

(Continuará).

bote, lo cual no la extrañó sobremanera. Cuando el criado le trajo el mensaje sobresaltóse un poco ¿Cómo, no vendría a almorzar? Esto era extemporáneo.

Rápidamente su pensamiento buscó un motivo, pero no le halló. Recordó.

Recordó que la noche antes había estado amante como nunca, que le había jurado vivir eternamente a su lado que...

—Señora, hay una carta para usted — dijo el mozo de comedor desde afuera de la estancia.

María Laura tomó la carta y antes de abrirla leyó con el pensamiento lo que en ella decía:

"María Laura: Me voy para siempre. Las cadenas aunque sean de oro o de cristal, son siempre cadenas. Perdóname si sabes hacerlo, odíame, si eres capaz, ámame en el recuerdo si tienes aliento para tanto, olvídame si eres mujer. Yo al cerrar esta carta te habré borrado de mi recuerdo para siempre jamás".

Carlos María.

María Laura dobló el papel, lo quemó lentamente en la lamparilla del rizador y murmuró apenas:

—¡Ya me lo esperaba!

Y mientras la mucama terminaba el laborioso peinado, ella meditó en los cuatro procedimientos que le aconsejaba el ingrato en su fría carta.

Eligió uno de ellos.

Tenía alientos de sobra para amar a un hombre, por todo el resto de su vida, en el recuerdo.

Hizo más aun!

Con un maravilloso poder de voluntad, labró la ficción de la existencia a su lado de Carlos María y fué quizá la única mujer abandonada por su amante que continuó en plena luna de miel, adorándole ardientemente a la distancia, realizando el fenómeno de revivir un pasado feliz en un presente desgraciado.

¡Mucha mujer era aquella!

*
* *

Alla va camino del viejo mundo el caballero de un ideal egoísta, libre como los vientos.

Ha resuelto volver a su existencia primera. Frenéticas ansias le mueven durante varios años en la baraunda infernal de la vida

intensa de los centros del vicio. Busca sin encontrar el misterio de la dicha. Ya en brazos de la más celebrada hetaira de la tierra, constata después de pasado el primer entusiasmo que la felicidad de ser envidiado por los otros hombres y codiciado por las otras hetairas es bien poca felicidad.

Busca en la aventura fácil un consuelo a su decepción. Tan vulgar y prosaica le resulta la humilde costurera como la rival encumbrada.

Se lanza al adulterio, pero mujer casada que se entrega es casi siempre obedeciendo a una fuerza indómita e innoble. No compensa la posesión el peligro que cuesta. ¿Dónde ir?

Una tarde acompañado de varios jóvenes disolutos y unas bailarinas visitaba un antiguo convento abandonado y a medias destruído.

El silencio que reinaba bajo las bóvedas de los corredores solitarios, el aspecto sombrío de los claustros, el patio central lleno de yerbas por entre las cuales asomaban los troncos marchitos de unos rosales, el eco de sus pasos en las salas, la melancolía que invade conjuntamente con las sombras las naves de las iglesias desnudas de altares y adornos fluyeron poderosamente sobre su organismo cansado, y apartándose del grupo quedóse rezagado y solo. Sentóse sobre un poyo que al acaso encontró y sumióse en hondas reflexiones con el alma rebosante de tristeza infinita, influenciado por la paz del sitio en que se hallaba.

Mientras un débil rayo de sol que entraba por uno de los ventanales sin vidrios se iba lentamente hacia arriba palideciendo cada vez más, entróle el deseo vehemente de abandonar el mundo, alejarse del vicio, y buscar la tranquilidad de espíritu que tanto necesitaba en la celda de un convento o en una ermita olvidada en medio de un bosque.

Salió del sitio aquel, firmemente resuelto a realizar su propósito; pero une vez en compañía de las bailarinas y sus amigos, debilitóse mucho su resolución, acabando por echarla en olvido en cuanto meditó en la libertad, la bendita libertad que era el sofisma de que se valía siempre que deseaba vencer un obstáculo o dominar una idea más o menos juiciosa. La felicidad para un ser tan epícureo como él, no podía consistir en el abandono voluntario de todas las comodidades y satisfacciones que le deparaba su cuantiosa foruna.

Descartado el vino y las mujeres, de los cuales había abusado hasta hartarse, nada le quedaba por conocer.

A pesar de ser un hombre instruído y versado en todas las ramas del saber humano, faltábale el carácter para dedicarse al estudio de determinada rama, y entregarse a ella con pasión; ser pintor, músico, literato pues tenía condiciones innatas para sobresalir en cualquiera de las tres cosas.

Y siguió en la vorágine hasta que un buen día cayó enfermo gravemente.

Asistióse en un sanatorio y después de estar entre la vida y la muerte entró en franca convalescencia. Fué durante ésta cuando pensó por primera vez en María Laura, en su casita construída en medio de la selva de un islote del Tigre, en la dicha pura y tranquila que había gozado ávidamente durante un tan corto lapso de tiempo.

En cuanto estuviese fuerte y sano volvería al nido abandonado. ¿Volvería?

La noticia de la llegada de Carlos María Reyes a la capital la supo María Laura al leer la vida social de un diario de la tarde.

Durante la larga ausencia de su esposo encerróse en los breves límites de la isla, vistió de luto y no se la vió en ningún sitio donde hubiera gente. Guardó incolume su felicidad pasada, tranquila, casi dichosa en su prisión, como todo espíritu superior que tiene fuerza de carácter e imaginación suficiente para convertir un erial marchito en opulento vergel.

Coincidió la llegada de su esposo a Buenos Aires con la invitación que a ella se le hacía para que tomase parte en una fiesta de beneficencia que debía efectuarse en el Hotel del Tigre.

Iba a rechazar la invitación, cuando le llegó una carta de un antiguo amigo, en la que le comunicaba que no se hiciese ilusiones acerca de su esposo, el cual volvía más disoluto que nunca y que traía una novedad asombrosa, una hermosa casita desarmable con el objeto de construirla sobre una barca que había de adquirir en el mismo Tigre. En definitiva, una mansión ambulante para extremar la nota de orgías.

María Laura, sintió por primera vez amargura inmensa, como un mar sin límites.

¿Por qué venía a profanar aquellos lugares que eran sacratísimos para ella y que debían serlo aún más para él?

¿No había tenido libremente tierra entera para campo de sus pecaminosas hazañas, que necesitaba de aquel rincón perdido para

hollarlo con el escándalo de su presencia en compañía de mala gente?

¿No le merecía a aquel perdido ningún respeto la proximidad de su esposa, ni el recuerdo de aquellos amores más puros y grandes que un sol de medio día?

Aceptó la invitación. Iría a la fiesta, cantaría como nunca y quizá con su presencia lograría evitar la última ofensa que pensaba hacerle su esposo.

Carlos María al poco tiempo de su convalescencia, una vez en París, olvidóse de su sano propósito de tornar al hogar que tan vilmente abandonara; pero como necesitaba medios, por que los suyos ya casi tocaban a su fin, resolvió hacer una visita a su tierra.

Pero a fuer de orgulloso y para que no creyeran que volvía como hijo pródigo arrepentido al seno del hogar, resolvió dar un gran golpe de calavera empedernido. Traería con él una *"casa-barca"* a objeto de realizar en ella unas orgías que fueran memorables y luego de realizadas acabar con su vida estéril y fatigada.

Carlos María con dinero era un desgraciado, sin él ¿podría seguir viviendo?

Vagamente soñó con un suicidio ejemplar, un tiro en el corazón, en medio de una fiesta sobre la terraza de su *casa-barca* arrastrada blandamente por la corriente de uno de los riachos, entre dos islas, que emanaran la fragancia de sus jazmines y madreselvas, como pebeteros del templo de la felicidad eterna.

La *casa-barca* estaba amarrada junto a la costa, no muy lejos del hotel donde se celebraba la fiesta de beneficencia.

Si engalanado estaba el hotel, más lo estaba la primera.

Tres estancias y una terraza formaban la última mansión que se había dedicado Carlos María.

Un comedor exornado de colgaduras rosadas con muebles de idéntico color y oro, ostentaba en el centro una mesa artísticamente dispuesta, de blanco, con cristalería finísima, llena de guirnaldas de flores de cristal coloreadas y ramos de orquídeas multicolores.

Frente a cada sitio para los comensales, que no eran muchos, había un ramo de azahares. Ultima burla del espíritu maligno de Carlos María.

¿Acaso no iba a desposarse para siempre con el hada felicidad?

Desde el fondo del salón de fiestas del hotel Carlos María, perdido entre la multitud se resolvió a escuchar el canto de su esposa.

Llegó ésta, la espectativa era enorme según coligió por el silencio y la actitud de la concurrencia que no desconocía la desgracia y no había olvidado la fama de la eximia cantante.

Salió vestida de azul profundo con azabache color acero.

Divina fué la palabra que circuló en el ambiente como suave murmullo.

Los hombres todos aplaudieron frenéticamente, Carlos María sintió el torturador de los celos la primera vez en su vida y sintió aun más herido su amor propio.

Aquella mujer, aquella belleza, con su voz maravillosa, con todos sus encantos era suya, había sido suya, volvería a ser suya a poco que lo quisiera.

Pero su alma pervertida, el cansancio de su espíritu, el agotamiento de su sistema nervioso, su situación pecuniaria desastrosa, le hicieron desechar la idea de reconquistar el bien perdido y se afirmó en su resolución. Aquella noche en lo mejor de la orgía él también cumpliría el número que se había reservado en el programa de la fiesta.

No quiso escuchar el final del canto de su esposa y se alejó de la terraza del hotel, solitaria en aquel instante.

Sentóse junto a la baranda que daba sobre el río, con ánimo de esperar a los invitados, tres amigos íntimos y unas mujeres de la vida alegre.

Faltaba más de una hora para la llegada de ellos.

Los aplausos estruendosos de la concurrencia que llegaron hasta él, le hicieron experimentar nuevamente una sensación de despecho y de celos; celos de que algún otro hombre violara el santuario donde él había sido único dios.

Pero pensó en su nueva amada; en su nuevo desposorio, en la quimera tras de la cual había corrido toda su vida y que al fin iba a alcanzar aquella noche y acarició con verdadera fruición el mango de nácar de su revólver.

Del medio de las aguas sombrías del río creía ver unos ojos luminosos, que le miraban hipnotizadores!

Una voz de mujer le despertó de su letargo. Era María Laura que del brazo de un joven y seguida por un criado, se disponía a irse a la isla en un bote que la esperaba junto a la escala.

Carlos María saltó de su asiento, celoso de aquel hombre que quizá iba a reemplazarle en el corazón de su esposa y se afrentó con ellos:

—Unas palabras tan sólo María Laura — dijo sin saber casi lo que decía con voz cavernosa.

María Laura se detuvo sonriente, le miró de frente en los ojos; y dirigiéndose al caballero que la acompañaba, con gesto admirable y voz segura:

—Doy a usted las gracias por su atención, pero mi esposo reclama el legítimo derecho de acompañarme.

"Mi esposo" resonó como una evocación como un canto de gloria en los oídos de Carlos María.

Alejóse del galán y quedaron ambos solos, pues el criado fuese al bote.

Tras breve pausa ella habló:

—Has vuelto pero sé que no para mí.

—Es cierto — dijo él, sin ánimos de méntir, dándose cuenta exacta de que ambos momentos eran solemnes para ambos.

—Has venido a dar el último escándalo, has querido escarnecer estos lugares donde nuestra vida fué tan feliz, has querido dar la última puñalada a mi corazón antes de volver nuevamente a tu vida maldita.

El la escuchó sintiendo un amargo placer al ser herido en sus fibras más sensibles.

—Has perdido la dignidad, has dejado de ser hombre viril y sano, y con el pretexto de hallar la felicidad absoluta te has sumido en los vicios más indignos. No era un ideal tu anhelo de buscar la incontrable quimera, sino que obedecías a tu idiosincracia heredada de tus antepasados, aumentada por tu falta de carácter y tu anhelo de malsana libertad. No creas que te hablo asi porque espere una regeneración tuya, no. Tú ya no tienes remedio; pero he querido decirte lo que pensaba de tí, porque no he podido soportar la última ofensa que has querido infringirme. ¿A qué has venido?

¿Por qué has querido despertar el silencio y la paz relativa de que me he rodeado, con el eco de las risas venales de tus amantes y tus libertinos amigos?

Vuélvete por donde has venido. Aléjate de estos sitios. Déjame sola con mi Carlos María, no tú, sino el Carlos María que me he creado a mi gusto, a mi temperamento; el Carlos María que forma un acorde perfecto con mi alma.

—Tú ya has muerto para mí. Aunque volvieras a pedirme de rodillas el perdón, aunque volvieras a querer renacer el pasado que

me es tan querido, te diría, fríamente, como te hablo ahora, con la misma dignidad de una esposa honesta a un galán de oficio: "váyase usted no pretenda profanar la paz que reina en mi casa; mi esposo ideal me repudiaría; váyase usted en mala hora". La felicidad ficticia de que me he apoderado es preferible a la felicidad real que vendrías a ofrecerme. *Mi* Carlos María santo y bueno que vive junto a mí todas las horas del día y de la noche, te abofetea-

ría a mansalva en cuanto quisieras hollar con tu planta el umbral de mi casa. Esto es todo lo que tenía que decirte. Ahora despidámonos como simples conocidos. Mi esposo y la felicidad, ambos seres de pura ficción, pero muy reales para mí, me esperan en mi

nido. ¡Adiós! Y le tendió la mano tan resueltamente que él no pudo rechazarla.

Alejóse María Laura y antes de bajar la escalera en cuya base se mecía el bote, se detuvo, le miró sonriente y le hizo un saludo con la diestra y sumióse en la obscuridad como una estrella trás de una nube.

Carlos María permaneció largo rato como fuera de sí mismo y al pensar en María Laura y en todo lo que le dijera recien, cayó en la cuenta de que la felicidad en la tierra es patrimonio exclusivo de los que saben elaborársela a fuerza de imaginación y de carácter, conformándose con el estado que les depara la suerte o las circunstancias.

Y su amor propio innato, caballeresco a la antigua, resolvió seguir el ejemplo que le daba su esposa sin vacilaciones ni temores; el también buscaría en la ficción la felicidad tan ardientemente esperada. Se dirigió lentamente a la casa-barca entró en ella, hizo encender todas las luces y despidió a los criados, diciéndoles que advirtieran a los invitados que tomaran un bote para ir a reunírsele, pues había resuelto esperarlos en medio del río, aguas abajo. Desamarró la pesada barca, la cual lentamente se alejó de la costa, siguiendo a la deriva, empujada por una leve brisa.

En el comedor preparado como para recibir a una novia, Carlos María se detuvo largo rato abstraído, sin poder coordinar ningún pensamiento.

Por la ventana entreabierta entró una ráfaga perfumada de madreselvas, última caricia que le hacía la naturaleza. Aquella fragancia virginal le recordó a María Laura y sin poderse contener subió a la terraza. El fresco de la noche le aplacó un poco el ardor de su cerebro. Meditó seriamente en lo que iba a realizar, miró hacia el hotel iluminado y del cual brotaba a raudales el eco de las músicas y con harta sorpresa oyó un golpe de remos precipitado que seguía a la casa barca.

Anhelando que fuera el bote de María Laura echó el cuerpo hacia afuera y esperó.

¡Esperó como la última esperanza de un moribundo! No era. Si hubiera sido María Laura quizá...

El bote pasó de largo, llevando a varias mujeres y otros tantos hombres. Cantaban y reían alegremente. Todos eran felices a su modo, sin ser exigentes, sin pedir más que lo que la vida puede dar de sí.

Solo él, era desgraciado porque el mismo lo había querido.

Volvió a pensar que la felicidad hay que fingirla para ser realmente feliz y con esa idea se afirmó en la suya de que la felicidad estaba en la renunciación final.

Se aproximó a la borda.

Sonó un disparo, y al ruído que hizo su cuerpo al caer al agua contestó desde lejos algo como un sollozo de mujer, un grito de amante...

Las madreselvas continuaron sin inmutarse en su tarea de perfumar los aires y la *casa-barca*, siguió arrastrada trágicamente por la corriente, como un nido en el cual una quimera había fecundado una grande y mortal decepción.

OTTO MIGUEL CIONE.

Solo él, era desgraciado porque el mismo lo había querido.

Volvió a pensar que la felicidad hay que fingirla para ser realmente feliz y con esa idea se afirmó en la suya de que la felicidad estaba en la renunciación final.

Se aproximó a la borda.

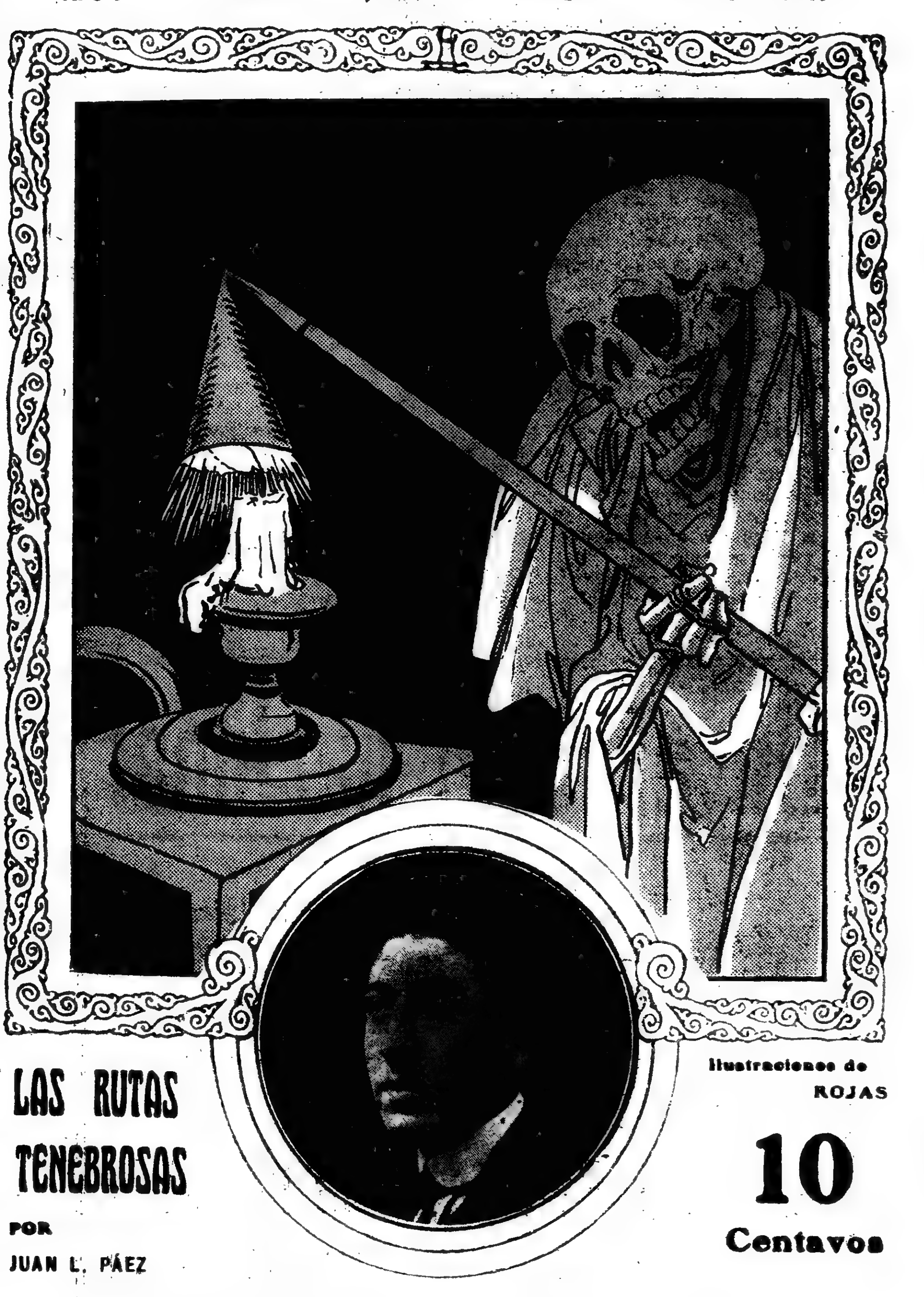
Sonó un disparo, y al ruído que hizo su cuerpo al caer al agua contestó desde lejos algo como un sollozo de mujer, un grito de amante...

Las madreselvas continuaron sin inmutarse en su tarea de perfumar los aires y la *casa-barca,* siguió arrastrada trágicamente por la corriente, como un nido en el cual una quimera había fecundado una grande y mortal decepción.

OTTO MIGUEL CIONE.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 13 DE 1918 — TOMO II - N.° 19



LAS RUTAS TENEBROSAS

POR

JUAN L. PÁEZ

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

CUE No. 19

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

N.º 104. Hacia Marte, Lema: "Batallador".
" 105. Amor que triunfa, Lema: "Luchar por el triunfo".
" 106. El bien ageno, Lema: "De menos nos hizo Dios".
" 107. Del "Film" al alma, Lema: "Psichis".
" 108. La araña negra, Lema: "Audaces fortuna juvat".
" 109. La sensación del dolor, Lema: "Proteo Quinto".
" 110. Crepúsculo, Lema: "Mare terra".
" 111. El primer amor y rencor, Lema: "Ilexf".
" 112. Las estrellas del camino, Lema: "Arco Iris".
" 113. Al margen del camino, Lema: "Osiris".
" 114. El Huésped, Lema: "Sir Williams".
" 115. La expiación suprema, Lema: "Más allá".
" 116. La cicatriz, Lema: "Satán y Luzbel".
" 117. Un diputado del Régimen, Lema: "Rob Tierrez".

Con las presentes obras termina la lista de las presentadas a concurso. El éxito del mismo ha superado a nuestras esperanzas, y nos alienta grandemente la observación deducida de que El Cuento Ilustrado goza de la predilección de los intelectuales. Halagadora, por cierto, es tal confirmación, y ella es parte para que nuestros propósitos, sean cada vez más firmes, sin que hagan mella en nuestro ánimo la inmensa producción de revistas análogas que brotan cada día al calor de nuestros éxitos.

La lectura de cada una de las obras será hecha concienzudamente por personas cuyos prestigios literarios sean garantía de la verdad de nuestros fines. Mas como es nuestro lema que el fallo sea pronunciado en favor del mérito y nunca de obras sobres las cuales pese una influencia, inevitable en estos casos, reservamos hasta el final el nombre lel jurado que ha de lictaminar sobre el valor de las producciones remitilas.

La Dirección.

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 13 DE 1918 — TOMO II N.° 19

EL CUENTO ILUSTRADO

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1086 B. O.

LAS RUTAS TENEBROSAS

POR

JUAN L. PÁEZ

Ilustraciones de ROJAS.

De un "Breviario de Juventud"

Se precisan hombres. No se necesitan sistemas especulativos, ni creencias rígidas, ni riquezas amontonadas, ni lisongeras sonrisas, ni siquiera poderosas plumas. Se necesitan hombres. — Marden.

Energética, carácter, firmes propósitos, he ahí los fundamentos básicos de la personalidad.

Acuérdate siempre: la madrépora convierte en perla al grano de arena que le molesta.

Los hombres son dueños de sus destinos. La culpa, querido Bruto, no está en las estrellas sino en nuestros vicios. — Shakespeare.

El porvenir es nuestra obra.

Siempre hay sitio para el varón esforzado. — Carlyle.

No es que los hombres sean malos; es el "círculo" el que los degenera.

El que sigue una senda de espinas es porque no merece una de flores.

Ninón, Ninón, que fais-tu de la vie?

EL SUEÑO DE LA CIUDAD

Duerme la turbulenta ciudad, el gigante monstruo apocalíptico que devora vidas y más vidas bajo el impulso de la morbosa voluptuosidad de consumirlas con sibaritismos y de envenenarlas con néctar.

La noche se hizo para la Tragedia y para el Amor, que no es sino un gesto trágico y una mueca dolorosa de las almas. Se hizo para el Crimen, que es la demostración de nuestra humanidad; para el estallido de las Pasiones, las enfermas, las bastardas, las rastreras, las indignas, las cínicas; para el Dolor, que se clava en las almas como una garra del Diablo;

CUE No. 19

CONCURSO LITERARIO

ORIGINALES RECIBIDOS

N.º 104. Hacia Marte, Lema: "Batallador".
" 105. Amor que triunfa, Lema: "Luchar por el triunfo".
" 106. El bien ageno, Lema: "De menos nos hizo Dios".
" 107. Del "Film" al alma, Lema: "Psichis".
" 108. La araña negra, Lema: "Audaces fortuna juvat".
" 109. La sensación del dolor, Lema: "Proteo Quinto".
" 110. Crepúsculo, Lema: "Mare terra".
" 111. El primer amor y rencor, Lema: "Ilexf".
" 112. Las estrellas del camino, Lema: "Arco Iris".
" 113. Al margen del camino, Lema: "Osiris".
" 114. El Huésped, Lema: "Sir Williams".
" 115. La expiación suprema, Lema: "Más allá".
" 116. La cicatriz, Lema: "Satán y Luzbel".
" 117. Un diputado del Régimen, Lema: "Rob Tierrez".

Con las presentes obras termina la lista de las presentadas a concurso. El éxito del mismo ha superado a nuestras esperanzas, y nos alienta grandemente la observación deducida de que EL CUENTO ILUSTRADO goza de la predilección de los intelectuales. Halagadora, por cierto, es tal confirmación, y ella es parte para que nuestros propósitos, sean cada vez más firmes, sin que hagan mella en nuestro ánimo la inmensa producción de revistas análogas que brotan cada día al calor de nuestros éxitos.

La lectura de cada una de las obras será hecha concienzudamente por personas cuyos prestigios literarios sean garantía de la verdad de nuestros fines. Mas como es nuestro lema que el fallo sea pronunciado en favor del mérito y nunca de obras sobres las cuales pese una influencia, inevitable en estos casos, reservamos hasta el final el nombre lel jurado que ha de lictaminar sobre el valor de las producciones remitilas.

LA DIRECCION.

AÑO I BUENOS AIRES, AGOSTO 13 DE 1918 TOMO II N.° 19

EL CUENTO ILUSTRADO

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

LAS RUTAS TENEBROSAS

POR

JUAN L. PÁEZ

Ilustraciones de ROJAS.

De un "Breviario de Juventud"

Se precisan hombres. No se necesitan sistemas especulativos, ni creencias rígidas, ni riquezas amontonadas, ni lisongeras sonrisas, ni siquiera poderosas plumas. Se necesitan hombres. — **Marden.**

Energética, carácter, firmes propósitos: he ahí los fundamentos básicos de la personalidad.

Acuérdate siempre: la madrépora convierte en perla al grano de arena que le molesta.

Los hombres son dueños de sus destinos. La culpa, querido Bruto, no está en las estrellas sino en nuestros vicios. — **Shakespeare.**

El porvenir es nuestra obra.

Siempre hay sitio para el varón esforzado. — **Carlyle.**

No es que los hombres sean malos; es el "círculo" el que los degenera.

El que sigue una senda de espinas es porque no merece una de flores.

Ninón, Ninón, que fais-tu de la vie?

EL SUEÑO DE LA CIUDAD

Duerme la turbulenta ciudad, el gigante mónstruo apocalíptico que devora vidas y más vidas bajo el impulso de la morbosa voluptuosidad de consumirlas con sibaritismos y de envenenarlas con néctar.

La noche se hizo para la Tragedia y para el Amor, que no es sino un gesto trágico y una mueca dolorosa de las almas. Se hizo para el Crimen, que es la demostración de nuestra humanidad; para el estallido de las Pasiones, las enfermas, las bastardas, las rastreras, las indignas, las cínicas; para el Dolor, que se clava en las almas como una garra del Diablo;

para el Pecado, que pasa escondiéndose en la sombra de los boulevares que ríen, como Sátiros, a las sacerdotisas del amor mercenario; para la Miseria, que trae en su negro manto carcomido, luto y desolaciones; para el Vicio, que centellea en las pupilas de los débiles.

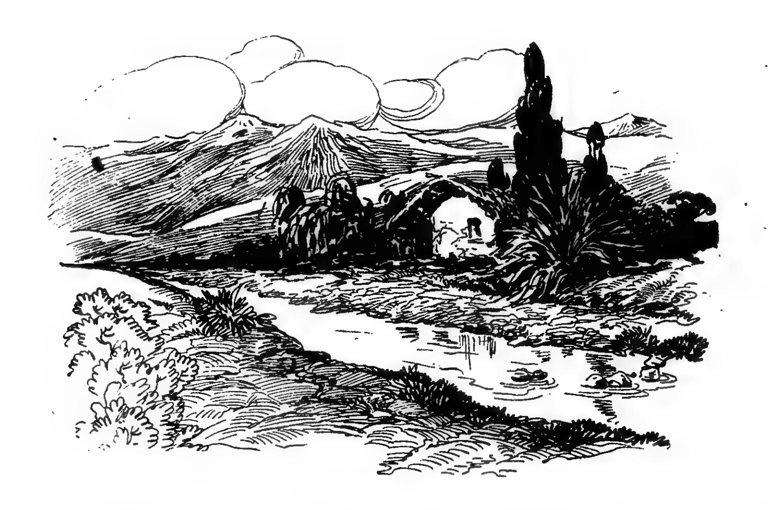
Es la noche para el desborde de todos los apetitos; para la explosión de los impulsos de la bestia indomesticada; para los sensualismos y las lujurias de los serrallos del Bósforo, perfumados con cinamomo y sándalo, mirra y tabaco rubio, azucenas y jazmines del país.

Parece que el alma de alguna ciudad maldita se trasuntara en el alma de este París americano, de este París que no tiene de aquel sino sus lacras, sus refinamientos, sus decadencias y sus perversidades.

Dormita la ciudad. Al despertar encontrarán sus fauces siempre abiertas, una nueva vida, que, como las mariposas de luz, van, irremisiblemente, hacia la Inmolación.

I

Por entre las serranías que se proyectan en la costa occidental de las pintorescas sierras de Córdoba, frente a Villa Dolores, serpentean los arroyitos de aguas cristalinas y puras que en el silencio de aquellos parajes levantan un rumor que es un himno a la gran Naturaleza, nuestra madre. Es hermosa aquella región, pero triste. Durante el verano la animan los turistas, esa caravana doliente de tuberculosos que buscan vida en el aire y el sol de las sierras.



El arroyo Chiche es uno de tantos: alegre y bullicioso, como las almas jóvenes. A sus márgenes, sobre el declive de unas lomas áridas, se levanta una humilde cabaña de paja, que el sol de mañana hace sonriente.. Es un pobre rancho rústico al que presta perspectiva una huerta de árboles frutales que la primavera viste de gala en verde y el verano cuaja en fruto sus flores. Aquella huerta absorbe todos los cuidados de los moradores de la choza. dos viejecitos que descienden en la vida bajo la aureola de sus cabellos canos, y sus dos hijos: una hermosa muchachita rubia en cuyo físico se realizan las excelencias características de los tipos sajones y gitanos, y un varón que es un pequeño Hércules. Nevada se llama ella, y por si la felicidad completa de aquel hogar no fuera bastante para alegrarlo, allí estaría su inocencia, su sencillez y su candor siempre propicios a iluminar el rostro de los viejecitos laboriosos y madrugadores.

Nevada es la amiga de los pájaros, la hermana del arroyito bullicioso y alegre, la camarada de sus ovejitas, el único patrimonio de aquellas almas simples. Nevada es la alegría, es todo lo sano y todo lo bueno, es la dicha y la felicidad. Sus cachetes rosados hablan de salud y argumentan en favor de esa escuela médica contemporánea que pretende forjar las terapéuticas modernas a base de naturismo y vida salvaje. Nevada es la brujita que sabe los misterios de las quebradas y de los bosques; que interpreta el lenguaje del viento al rumorear en el monte; que comprende las melodías de las aguas puras de los arroyitos golpeando las piedras multicolores del cauce. Nevada no estuvo triste sino un día: el de la partida de su hermano para la ciudad.

Él, Juan Carlos, un lírico hijo de las cabañas. Su contacto con los libros que fueron desde su infancia la obsesión de Lincoln, le hicieron soñador y romántico, a él, que por venir de la naturaleza virgen, era ya un sentimental y un visionario.

Nació en esas pintorescas comarcas serranas, donde los cielos son más claros y más hermosas las noches. Traía en su alma los gérmenes de ciertos ensueños que matan, de la tendencia a las peregrinaciones por caminos siempre desconocidos, de esa vagancia que para algunos espíritus, eternamente ansiosos de emociones nuevas, es un mal peligroso.

Su infancia fué la dulce infancia de todos los hombres: gratas horas felices, exquisitos minutos al lado del abuelo que reza una leyenda donde hay hadas y gnomos. Pero cuando más tarde la maestrita de la escuela rural, al enseñarle las primeras letras le imprimió un matiz nuevo a su alma de niño, rechazó la apacibilidad de su cuna y soñó con las ciudades, "abismos de la especie humana", con las rutas que conducen a las Atenas modernas, con ese Edén que siempre intriga y siempre estimula la prosecución de la senda.

Hizo su colegio nacional en el cercano centro de población y en el verano de 18.. la cabaña risueña le vió por última vez.

Aquella tarde de su partida hacia el Buenos Aires tentacular, lloraron mucho sus viejecitos y su adorable Nevada. Los ruegos, sin embargo, fueron impotentes para convencerlo de que la ausencia anticiparía la muerte de sus padres. Las tres almas castas presentían que aquel adiós era definitivo; y los abrazos y los besos y las caricias interminables, tenían un algo de protesta contra los sueños y las ambiciones del iluso.

Cuando arrancó el convoy que llevaba al lírico hacia la Universidad, pareció que los tres corazones se partían en odios a la escuela, a los hombres, a los libros, a toda esa compleja trama que aumenta los sinsabores hasta convencer al viejo de las amargas filosofías que el Dolor es lo único positivo sobre la tierra.

II

Nada hay más "playful" que las casas de pensión de estudiantes en Buenos Aires, pequeñas fraternidades, pequeños internados revoltosos donde la nata agresividad del correntino contrasta con la candidez del riojano y la modorra de los andinos con los nerviosismos del tucumano.

Reina en ellas una hermanación que a menudo se descompagina, originando escenas de pugilato, porque cada uno entiende a su manera el amor propio y porque nuestro carácter nacional está amasado en los ancestrales atavismos del Quijote, con hondas raíces bárbaras y prejuicios de caballería andante. Una pensión es un mosáico de modalidades — dentro de la nuestra, peculiar y propia —, de procedencias y de "tonaditas" que hacen pensar en Tinogasta, en Calamuchita y en Empedrado.

Aquella pensión de la calle Perú, bien llamada la "Colonia", pasará a la historia. Hay cada página, se escribió en ella cada capítulo, que la hacen digna de entrar en la posteridad, como una maravilla.

La "Colonia" era propiedad de un francés, conde según decía, que no tuvo a menos mezclar su sangre azul a la plebeya de doña María Padilla, mujer más criolla que el mate amargo y más fea que un susto, pero bondadosa y simpática.

Carácter franco y expansivo, la buena patrona velaba por la muchachada, sin perjuicio de estallar como una bomba cuando se permitían ciertas licencias — lo que acontecía siempre —, licencias que indudablemente podían afectar la reputación bien adquirida con que contaba la casa.

Humildes piezas eran aquellas de la pensión, con lo indispensable solamente: una mesa al centro, camas de fierro blancas como las de los hospitales, dos sillas que en la clasificación de doña María figuraban como de Viena, y un lavatorio. El gusto y sobre todo, la idiosincracia de cada uno de los pensionistas, solía agregar algunos adminículos. Así, el puntano Cuello colgaba de los muros de su habitación desmantelada, una guitarra, "el instrumento nacional que se lleva nuestras penas y sinsabores", como afirmaba el ñato Díaz, gran concertista y cantor de estilos, tristes y vidalitas.

Los baules se arrimaban a un rincón, y los había de todos calibres: enormes como vagones de carga, diminutos como un valijín de mano, cerrados a candado, que no podía hacerse por menos entre aquella gente que si no robaba por intuición o instinto lo hacía por sport, por no dejar de hacer algo.

Doña María era una metódica dueña de casa. La salida del sol la sorprendía de pie, dirigiendo el servicio que lo constituía una vieja china frisona y una jovencita que coqueteaba a todos los pensionistas sintiéndose heroína de alguna sabrosa aventura. Esta tendencia de la muchacha era francamente combatida por doña María pues atentaba contra sus intereses. La fámula entraba a arreglar los cuartos y perdía toda la mañana flirteando con sus ocupantes, cuyas bromas, aun las más pesadas por que eran de hecho, ella soportaba. Dora se llamaba, nombre que se presta al calembour, y con el cual los ingeniosos muchachos han hecho frases terribles.

El ojo avizor de doña María cuidaba la cuotidiana labor de Dora, lo que no obstaba para que en los frecuentes descuidos de la señora recibiera de los pensionistas fuertes pellizcos, caricia ésta que parecía gustarle enormemente.

En aquella casa el desayuno se servía a las ocho y media: café con leche, una rebanada de pan tostado y una microscópica dosis de manteca. El cordobés Borda se complacía en afirmar que era "manteca auténtica, manteca de leche aunque no lo parezca". Servido el frugal desayuno, la señora se dirigía al mercado próximo en busca de los víveres para el menú del día. Los muchachos quedaban dueños de la casa y Dora, por consiguiente, en su elemento. ¡Son francamente indescriptibles aquellas escenas! Dora luchaba cuerpo a cuerpo con los jóvenes, se dejaba vencer o vencía, y siempre con la cara sonriente aun en los trancés difíciles. Ora caían pesadamente en las camas, ora rodaban como un ovillo por el piso de la habitación cuyos muebles se bamboleaban.

En ese tren de alagarabía, entre gritos de acá y de allá, pasaba la mañana. Para los divertidos pensionistas "la seriedad está reñida con la juventud", "la risa es salud y bienestar".

En la "Colonia" vivía Juan Carlos y bien pronto su carácter se identificó con el espíritu bullicioso del colmenar, donde la alegría era la normalidad.

III

Los dos primeros años transcurrieron sin episodios dignos de narrar. Alumno de la Facultad de Derecho, Juan Carlos compartía sus actividades entre las aulas y el empleo que su pobreza le había obligado a implorar. Es el destino forzoso de los estudiantes sin recursos y es también muchas veces el fracaso de las más altas aspiraciones, la orientación de los esfuerzos hacia otros rumbos.

Al entrar el tercer año de vida en la ciudad, ya no era él el hijo de las montañas, un poco ingénuo y otro poco desconfiado. Habíase transformado su personalidad; aumentó el bagaje de ilusiones y buena parte de ello se debió a la amistad de otros temperamentos como el suyo. Cobró un cariño infinito por la literatura y junto con las nociones del derecho que bebía en las enseñanzas de los sabios profesores, empezó a practicar el deporte de la pluma y a forjar parábolas en verso, que a los del círculo antojábanseles dulces y armoniosas creaciones del genio.

Conquistó en el viejo caserón de la calle Moreno fama de elocuente, y no fué ageno a las luchas políticas universitarias, donde chocan las pasiones encendidas de aquellos jóvenes que aman la democracia a ratos y hacen su escuela, preparándose para sobresalir en ella en el porvenir, sirviendo a la República.

Juan Carlos era la encarnación de la energía, de los apasionamientos altos y generosos, la antítesis de la indiferencia, un muchacho afiebrado y siempre inquieto.

El electorado universitario, tratándose del gobierno del Centro que hermana y confunde a todos, se divide en dos tendencias representadas por la lista azul y la lista blanca. Cada una sintetiza sus aspiraciones en un manifiesto que es siempre maestro, una pieza documental donde la pluma del redactor levanta dogmas, describe apostolados, enciende credos y exhibe las galas de su sabiduría, todo eso es una exposición de promesas magníficas y laudables como argucia para obtener sufragios.

El soñador enrólose en la lista azul; fué uno de sus leaders, aferrado al prejuicio de que la lista blanca era el baluarte de los aristócratas y de que en consecuencia su puesto no estaba en ella, él, un hijo de la aldea, un hijo de la nada, aunque un aristócrata de la inteligencia y el talento, que no forma aristocracia según el concepto de la vulgaridad y del "Aurea Mediocritas".

Eso declaraba una vez en una conferencia de propaganda: ".... Me hice azul — decía — porque conceptúo que el bando tiene sus méritos aunque sus miembros no luzcan apellidos patricios ni presuman de aristocracia cortesana; azul, como los sueños de un idealista, como los encantadores ojos de las princesas rubias, como la magnificencia de los firmamentos primaverales, como las dos franjas del tra-

po inmortal. Si entre mis adversarios políticos hay algunos que sueñan con pergaminos nobiliarios, yo los aparto, porque desprecio la casta inservible de los que gastan escudos, aquí donde no hay, no puede haber, no habrá nunca las flores de lis de la realeza que lleva armiños y lacayos. Nuestra heráldica ha de ser nuestro cerebro, las llamaradas de luz de nuestra inteligencia. Si la oposición viene armada en sus blasones, nosotros tendremos el arresto hidalgo y la arrogancia magestuosa de combatirla con ideas. Los blasones pasan, las ideas perduran. Si la nobleza que quiere vencernos es esa reblandecida y viciosa que conozco, yo levanto aquí el orgullo y la altivez de mi plebeyocracia. Cristo fué un plebeyo y yo soy un cristiano".

Los desplantes de fogosidad, el acento, el imperio de su frase y sobre todo, la sinceridad de sus convicciones, le granjearon mil simpatías, cimentándole sólidamente su fama de batallador y su decisión de combatiente leal.

Fué un ídolo. En su persona se unían la admiración de sus correliginarios y el respeto de sus adversarios. Triunfaba de sus exámenes y triunfaba de sus camaradas. La revista del Centro, cuya dirección se le confiara, fué pronto el fiel reflejo de su talento, abriéndola para que colaboraran en ella todos los estudiosos. Nunca sufrió un egoísmo, que es la religión de los gregarios, ni una sola envidia, que es la exteriorización de la impotencia y el homenaje de los minúsculos.

Y mientras en la ciudad prosaica se le rendía justicia, allá en la cabaña sus dos viejecitos lloraban, lloraban la ausencia del hijo que les olvidó. Algún tiempo después, su padre, paralítico en su vejez, no pudo resistir el dolor de la muerte de su compañera y sucumbió. Nevada, la buena, la brujita de los arroyos murmuradores, sola en el naufragio, ingresó a un convento formando en el ejército de la fe y del cristianismo, adonde van las almas en peregrinación hacia Dios, malogrando su juventud y su belleza.

Trás la catástrofe desencadenada, más melancólica es la soledad del arroyo Chiche, cuyas aguas que en otrora cantaran dulcemente, levantan hoy en las noches de plenilunio una triste salmodia de cementerio. Hasta la canción que el viento arrancaba de las tupidas frondas del sauzal hoy tiene el acento del miserere que el ciprés silba en los camposantos.

IV

Juan Carlos dobló el tercer curso de abogacía, y como si sus ambiciones hubieran muerto fulminadas, aquel año no se inscribió en la Facultad. Dedicó todas sus actividades a la literatura y sobresalía ya en la pléyade de los dignos escritores, que le rendían sus devociones, en homenaje de justicia a la prosa cálida, vibrante y romántica del lírico muchacho.

Así, frecuentando ese ambiente montmartrense de bohemios empedernidos y de vagos literarios, conoció todos los autores de la época, alcoholistas los unos, hambrientos los más, noctívagos todos y todos enfermos, atacados del mal irremediable de la locura artística.

La Facultad le olvidó pero no sus ex camaradas de aula, que de tiempo en tiempo iban a saludarle al departamento que con otros bohemios ocupaba en la calle Corrientes, en el centro mismo del Buenos Aires que ríe, en la Broadway de la Nueva York materialista, donde las musmés pasan dejando en la estela el suave frou-frou de sus sedas perfumadas.

Para festejar la reconciliación de dos rivales en escuelas literarias, una noche se dieron cita en el Sótano los soñadores, los cofrades de la religión de Verlaine y de Darío, los buenos muchachos psicasténicos que reniegan de los oropeles y de la moral, despreciando el mercantilismo de estos tiempos retrotraídos al positivismo que hizo de Cartago el primer emporio comercial del mundo antiguo.

Alrededor de las mesas que el amable "garçon" retenía siempre, ubicarónse los jóvenes. Eran éstos nuestro héroe; el "diablo Cruz", un entrerriano talentoso y poeta cuyas melopeas gustaban a café con leche, con el

que se inspiraba; Roussel, que por afinidades de raza, quizá, seguía las huellas dolorosas de Charles de Soussens; Zelada, el "loco", también poeta de alto vuelo lírico y apologista "enragé" de Las Montañas del Oro; León Serrano, otro decadente eternamente silencioso porque en él talvez era

más triste el poema que todos los hombres llevamos en el corazón, escrito con lágrimas cuando no con sangre y odios; Cabral, un iniciado en las prácticas de los alcaloides de moda; Borda, dibujante de un semanario ilustrado e inspirado pintor que a la sazón organizaba un "vernissage"; Ojeda, practicante del Hospital Pirovano que despreciaba allá los raros sujetos de la clínica para venir a profundizar en éstos sus estudios de psiquiatría; y los reconciliados.

Había aquella noche en la reunión un espíritu y una animación poco comunes. Entre volutas de humo que se esfumaban como las ilusiones de los predestinados al dolor, y sonoras carcajadas que rememoran las crueles amarguras íntimas de Garrick, los enamorados de la Belleza y del paganismo comentaban el éxito de la última novela entre realista y romántica de Juan Pablo Avalos, otro ex universitario a quien la crítica le señalaba ya un puesto de honor entre los creadores de las nuevas letras nacionales.

—Garçon, traeme la cena — ordenó al mozo el "león serrano", bebedor sin par e inventor de una nueva fórmula alcohólica que el insaciable Roussel apodaba "trotyl", como el explosivo.

La cena era el habitual vaso de whisky puro y dos sandwinchs de jamón y mostaza inglesa tan picante que capaz sería de rejuvenecer a un maniquí.

La mayoría de las contertulios bebían. Las primeras copas, aun las segundas, no sumaron un ápice a la animación reinante. Pero a partir de

la quinta vuelta comenzó a introducirse en la "causerie" una cierta alegría artificial que en todo caso es alegría y placer, preciosas fuentes de vida, conforme a los dictados de la antigua secta epicureísta que tendrá hoy como siempre diseminados por todo el orbe a sus laudatorios.

El alcohol que destruye todas las energéticas, metamorfosea la personalidad del hombre: Cabral sentía infinitas amarguras, Zelada ganas de pelear y de llorar, en Serrano renacía el dolor inconfesado y en el "diablo Cruz" se señalaba un ansia angustiosa de perorar.

Era aquello a las dos de la madrugada un verdadero caos de gritos y de interjecciones. Roussel y Borda comenzaron a hablar de los eternos temas filosóficos, de los procesos de la voluntad, del sofisma, de la moral, del cristianismo, del error y de otros renglones de la lógica y de la metafísica. Aquellos dos hermanos idealistas eran, indudablementes, dos encarnizados enemigos personales de la filosofía. Ojeda hacía chistes refiriendo obscenidades, su especialidad.

Trás el décimo vaso de alcohol culminó la confusión. Cruz, inteligente iniciado, improvisaba con relativa facilidad y deseando rendir un aplauso a los rivales reconciliados, pidió silencio y con la copa en la siniestra y la derecha libre, tomando en serio su papel, se paró rompiendo el fuego:

—Señores: flotan en el aire...

—Tirale con la botella, ché — saltó Ojeda, dirigiéndose a Cabral.

—..... vibraciones de fraternización. Solo los astros chocan, a veces, en el espacio, para afirmar que en el cosmos, nada, ni las órbitas, permanecen inmutables y perpetuamente dóciles.

—Ché, "diablo", callate m'hijo, callate... — interrumpió Borda.

—No seas macaneador — significaba otro.

Y el orador, frunciendo el entrecejo y provisto de una mímica como la que gastara talvez Cicerón en sus oraciones o Mirabeau en sus discursos, indiferente a la mofa, continuaba. Será inútil decir que nadie lo atendía.

Después de cinco o diez minutos de discurso Cruz terminaba, cuando acallados los aplausos burlescos, el negro Ojeda se aprestaba a consumar otro número del programa. Dominado por el licor, parsimoniosamente se levantó de su silla en bamboleos exagerados y musitando palabras incoherentes mojaba sus dedos en el líquido de las copas para rociar las cabezas descubiertas de los circunstantes. Al llegar a Bravo, uno de los reconciliados, la operación fué otra. Empapando en whisky su pañuelo humedecía con él la negra cabellera del otrora disidente.

—Es tu bautismo — decíale — tu ingreso, viejo. Formas ahora entre los verdaderos paladines de la Idea, de la Belleza, de la Juventud y del Vicio.

La extraña liturgia arrancó pavorosos aplausos que hicieron volver las cabezas de una elegante pareja que bajaba las escalinatas sobre Esmeralda.

El que entraba era Juan Pablo Avalos del brazo de una linda muchachita a la que trás un amable cambio de palabras en un tea-room, había rendido con este golpe de sinceridad que era una plegaria: "Soy muy pobre. Yo no tengo nada más que mi juventud y mi caudal de santas ambiciones; tengo la coquetería de mis 22 primaveras y la arrogancia de mis fiebres nobles y generosas; las inquietudes del esfuerzo, la tenacidad y la energía que me hacen falta para amar la vida y vivirla como un hombre de bien. He ahí mis riquezas. Ni siquiera tengo un apellido ilustre. ¿Y para qué? Yo he de ilustrarlo, yo que se luchar varonilmente contra la adversidad".

La damita gentil que le acompañaba — Judith — sabía ya de los rituales y de las veladas del círculo. Más de una vez había rogado a su "Jean Paul" la presentara a aquellos bohemios, pero Avalos no accedió jamás. En eso fué un egoista; temía perderla, temía que ella olvidara su femenilidad, sus encantos de biscuit y ese algo angelical que le había inspirado su última novela,

El cenáculo terminaba cuando la aurora del nuevo día teñía de púrpura el oriente.

En tal compañía Juan Carlos forjaba poco a poco su individualidad. Erále tan grata la amistad de aquellos ilusos que ya no pensó más en sus antiguas ambiciones. Su ideal actual era sobresalir como escritor. Tanto contribuyen al engrandecimiento de la patria los esfuerzos de un jurista como los de un poeta, pensaba para sí. Si la sociología es una ciencia, también lo es el Arte.

V

Habían pasado 8 años desde su llegada a Buenos Aires. Juan Carlos no era ya aquel estudioso a quién en la Facultad felicitaban los profesores estimulándolo a continuar el estudio del derecho, intrincado y complejo. Hoy era un literato, un escritor que algunas veces desprestigiaba su pluma, lucrando con su prosa para poder levantar un oasis en el ilimitado Sahara de su bohemia acre y punzante.

Aquel que en otros tiempos miraba los cielos azules para sublimizar sus pensamientos recurría hoy al alcohol, artificial fuente de inspiración, falso Himeto de los degenerados, que suelen a veces ser divinos.

Se encerraba en su álcazar de marfil no para producir, que es la natural necesidad del artista, sino para elaborar casi mecánicamente sus páginas que todavía gustaban a sabor de frutos bien nacidos, a sentimientos puros, a belleza incontaminada.

El, que en su elegancia fuera un discípulo de aquel boulevardero parisién llamado André de Fouquiéres no cuidaba ahora de su indumentaria. Hoffmann, Poé y Verlaine le habían convencido, Quincey le convencería. Como aquellos, era un sediento, un implacable bebedor. Suetonio pensaba muy alto en su "Vida de los Césares" afirmando que hay que comer para vivir. Juan Carlos aceptaba ésta afirmación, pero para él su alimento lo constituía el whisky, la miel satánica.

Indudablemente que el alcohol sensibiliza y aguza los centros imaginativos y creadores. El Espectador lo ha dicho: El vino da brillantez a las campiñas, exalta el corazón, enciende las pupilas y enseña a los pies la danza. El vino es un Dios sabio, fecundo y danzarín. Dionysos, Baco, son un rumor de fiesta perpétua que cruza como un viento caliente las hondas selvas vivas.

Una noche de Septiembre servíase en el Gran Casino de la Bolsa una comida de homenaje a un médico afamado. Los licores más caros y más buenos, las más espirituosas bebidas se volcaban en las copas multicolores. No faltaban ni el champagne rubio como las Madonas que magistralizara Bellini, ni las esencias rojas como los sueños de un nihilista de las heladas estepas de Siberia, ni siquiera los vinos de postre, verdes como las praderas del Lejano Sud argentino.

El ágape de gente joven transcurría en esa modalidad peculiar de todos los banquetes, entre conversaciones que anima el diabólico espíritu de los néctares y estruendosas carcajadas que desgrana un chiste bien contado o una anécdota espiritual y feliz. Llegóse así a los postres, y, por ende, a los discursos. Alguién ofreció la comida, el médico obsequiado contestó; y abiertos los diques de la manía heróica, uno, dos, tres oradores siguieron el uso de la palabra, que aplaudía el generoso auditorio.

De repente irrumpió en la sala un grito estentóreo: "¡Que hable el poeta!" Juan Carlos, alcoholizado hasta la médula pero con esa serenidad que sólo se adquiere a fuerza de llevar el alma perpetuamente empapada en licor, hubiera deseado no hablar. Ante la insistencia y el pedido de todos, improvisó. Fué su discurso un elogio a la juventud:

"Afirma una suave leyenda allá en la Bélgica arrasada por la "Kultur", que cuando tañían las campanas de Gante había fuego, cuando tocaban a rebato había una victoria. Hoy hablaron las melodiosas campanas de Gante, tocaron a rebato, o somatén, digamos. — Hermanos: hay un triunfo. Abridle el sendero: es la juventud que pasa.

"Yo me enorgullezco de militar en ella, porque es nerviosa y bravía, porque está templada como un sable de Yedo, del Japón místico y lejano, como un sable de aquellos célebres que glorificaban las altivas panoplias de los Yosiwara, sables que eran capaces de partir armaduras y corazas de guerreros invictos; juventud que se pavonea gallardamente porque lleva bordadas en las mangas de su túnica de seda oriental el reluciente blasón de su talento; juventud que tiene desplantes de banqueros millonarios y arrogancias invencibles de oficiales de la guardia; heterodoxa juventud, que teje romances con la misma facilidad con que hilvana curiosas filosofías modernistas; siempre propicia a la orgía, que así defino la vida, a los besos semi-inocentes de una tentadora griseta criolla y a los besos embriagadores de las cortesanas que tienen la vanidad de sus encantos tiranos; siempre propicia a la canción y a la música que nos pone en el alma un infinito bienestar; la de los arrestos magestuosos, la de las coqueterías quijotescas, la que ofrenda a Némesis, pidiéndole el látigo negro para herir el torso indigno de los egoístas y de los déspotas; juventud que tiene de corsarios y de patriarcas, algo del gaucho legendario y algo del indio aborígen; juventud, la fervorosa, que robó a Otelo la intensidad de sus pasiones; que sabe cabalgar los briosos corceles indómitos y que luce su nacionalismo en el corazón para demostrar a la reblandecida Europa de los pergaminos nobiliarios que aquí no se entronizan los Césares de imperios tentaculares, y que preparamos llenos de fe el advenimiento de la nueva América que ha de regir en días no muy lejos los destinos del género humano, imponiendo órbita a los astros y haciendo hablar a la Esfinge, señores, muda todavía y misteriosa siempre.

"De sus fiebres nace el verbo hecho idea y acción, ensueño e ilusión, anhelo y esperanza, afán y tenacidad, idealismos confortadores en pugna con el prosaico y ruin sentimiento positivista de las nuevas sociedades. Todo se viste de gala, como en la otra primavera; cantan los ruiseñores en la floresta sonriente y en la selva umbría; son dulces las noches de luna, y el cielo, siempre celeste como una constelación de sueños puros, nos invita a pensar grandes cosas y a forjar grandes acciones que justifiquen nuestra vida, un miserable minuto de eternidad. Todo en la juventud es poema lleno de alado romanticismo del Versalles que pasó.

"En vosotros la reverencio, porque está cuajada de fantasías pero no de sofismas; de altiveces pero no de orgullos; que tendrá tragedias en el corazón pero nunca en el rostro, que es cobardía mostrar las íntimas catástrofes morales que nos queman el alma".

... ...

Fué una sola ovación delirante la que rubricó el canto del zorzal borracho, una ovación que le consagraba penate máximo de la elocuencia.

VI

No se borrará jamás de mi memoria el recuerdo de aquellos cenáculos literarios que realizaba el círculo en el bien alhajado departamentito de Zelada, donde una joven faunesa hacía de dueña de casa, amable y distinguida.

Las interminables noches del invierno, cuando el frío congela los sueños de los pobres niños parias que duermen en los portales de los palacios, eran gratas horas de pláticas amenas, donde se desmenuzaba la actualidad artística del país, juzgando a hombres y cosas, el pasado y el futuro, el oscurantismo y el humanismo de las diversas escuelas literarias. ¡Cuántas consagraciones se elaboraron en aquella morada!

A ella asistían autores de teatro, críticos de los diarios de la capital y más que nadie, esa gran familia que manufactura su pensamiento largándolo al mercado en revistas y libros, para solaz de la multitud que lee.

No era tan modesta la "garçonniere" del "loco". La primera pieza, frente al hall, daba sobre Corrientes y sus balcones se alegraron muchas veces con la presencia de juveniles damas ataviadas "a la derniere", quizás

ERCKMANN - CHATRIAN

(Continuación)

Para colmo de desdichas declaráronse las viruelas; y como si esto fuese poco todavía, no se vendía nada ni nada podíamos recibir por ferrocarril; tablas, tablones y troncos y las piedras de talla permanecían delante de los aserraderos y de las canteras.

El subprecto seguía molestándome con sus oficios, instándome para que buscase a tres o cuatro mozos que no se habían presentado; todo lo cual hizo que no pudiese encaminarme a Saverna durante aquella semana.

Entonces supimos que el emperador, al cabo de cabos, acababa de salir de París para ponerse al frente de los ejércitos, y cuatro o cinco días después llegó la noticia de su gran victoria de Sarrebruck, en cuya batalla las ametralladoras francesas barrieron a los prusianos y el pequeño príncipe recogió balas, "a vista de lo cual los veteranos se enternecieron".

Al saber tal noticia, las gentes estaban como locas de alegría, y en todas partes llenaban los aires gritos de ¡viva el emperador! y el cura predicaba el exterminio de los heréticos prusianos.

Nunca se había presenciado espectáculo semejante.

Al caer de la tarde de aquel mismo día y en el momento en que yo acababa de parar mi molino, oí a lo lejos, del lado de la carretera, el canto de la Marsellesa.

Era el 84 de línea, que en medio de una nube de polvo que se elevaba hasta el cielo, salía de Falsburgo en dirección a Metz.

Los que trabajaban en el campo, cuando a la noche regresaron a Rothalp, dijeron que los pobres soldados, cargados con su gruesa mochila apenas podían andar abrumados por el calor; que en todas las puertas de Metting les daban aguardiente, y que se despedían diciendo:

—Adiós y felicidades.

Contaron, además, que los oficiales estrechaban la mano a todo el mundo, mientras los aldeanos gritaban:

—¡Animo! ¡viva el emperador!

La victoria de Sarrebruck había cambiado por completo el aspecto de nuestras aldeas; renacía el amor a la guerra, pues esta nos halaga siempre cuando nos aprovecha y podemos meternos en casa del vecino.

Aquella noche, a cosa de las nueve, me encaminé a casa de mi primo para recomendarle que refrenase su lengua, porque después de la gran victoria que digo arriba, una sola palabra contra la dinastía podía llevarle muy lejos.

Jorge, que estaba solo con su mujer, me dijo:

—Te agradezco el consejo, Cristiano. He leído el telegrama: han hecho matar unos cuantos soldados para mostrar el joven príncipe al ejército. Este chicuelo ha recogido unas cuantas balas sobre el campo de batalla y hételo ya heredero del valor de su tío, el terrible capitán de Jena y de Austerlitz. Sólo hemos perdido un oficial: pero ¡bah! un oficial no vale la pena; ahora si el heredero de la dinastía hubiese recibido el más leve rasguño, los periódicos se hubieran deshecho en lamentos y nosotros hubiéramos debido desmayarnos.

—Lo que debes hacer es cerrar el pico, Jorge, le dije mirando si las ventanas estaban bien cerradas, y obrar con mucho tiento. Desconfía sobre todo de Placiard y de los gendarmes.

—Ya sé, repuso, que los enemigos de la dinastía corren hoy grave riesgo, y que si la victoria continúa favoreciendo nuestras armas están a pique de verse perseguidos como ratones; lo sé, Cristiano. Sin embargo te agradezco la advertencia.

Nos despedimos, y me volví a casa todo pensativo.

Al día siguiente, jueves, día de mercado, conduje mis dos primeras carretadas de harina a Saverna y las vendí a buen precio.

Aquel día presencié el movimiento inusitado de las vías férreas, de que me había hablado Jorge, así como el paso de ametralladoras, cañones y cajas de municiones de boca, y el entusiasmo de los campesinos en agasajar y repartir vino a nuestros soldads.

Era una verdadera feria en mitad de la carretera. Desde el castillo hasta la estación, no parecía sino que se estuviese celebrando la fiesta de los panecillos blancos y de las salchichas. Sin embargo, los que recibían más agasajos eran los turcos. Nunca había yo visto semejante tropa; así es que su piel amarilla, sus abultados labios y sus blancos ojos me causaron extrañeza.

Los cazadores de Africa habían atado sus pequeños caballos a las puertas de las posadas, y la gente se deshacía también brindándoles vino y comida. En las tabernas se abrieron suscripciones en favor de los heridos. Al ver aquello, me pareció que las ideas de Jorge estaban completamente destituídas de sentido común y tenía un como convencimiento de que íbamos a barrerlo todo.

Hacia las dos, y después de comer en la hostería del "Rey", tomé la vuelta de Rothalpt, por Falsburgo, con objeto de ver a Jacobo.

Al subir la cuesta, ví algo brillar a intervalos, en la altura y al través del bosque, hasta que a poco empezaron a desembocar en la carretera algunos centenares de coraceros, que avanzaban lentamente y a dos de fondo. Entonces hice a un lado mi carreta para ver desfilar aquellos robustos hombres que parecía iban dormidos sobre sus caballos.

Sin embargo de que no pasaron más que dos regimientos, el desfile duró media hora larga; otros dos estaban acampados en el glacis de Falsburgo, a cuya ciudad llegué a las cinco de la tarde. Al entrar por la puerta de Alemania lo primero que ví fué a algunos oficiales que buscaban alojamiento.

Los guardias móviles, en blusa, montaban la guardia, y los fusiles de que iban armados se los habían repartido aquella misma mañana, así como la noche anterior el subprefecto de Sarreburgo se había trasladado a la ciudad para nombrar los oficiales de la guardia nacional. Esto lo supe en la cervecería Vacheron, donde había parado después de dejar mi carreta en la posada de los "Tres pichones".

Nadie hablaba más que de la victoria de Sarrebruck, principalmente los coraceros, que envasaban pinto de vino tras pinta. Daba gusto verles con sus orejas encarnadas y oirles regocijarse de su próximo encuentro con el enemigo.

¿Cómo hallar a Jacobo en medio de aquella apiñada multitud? Por fin encontré a un mozo de Rothalp, llamado Nicolás Meisse, el hijo del tornero nuestro vecino, quien se encargó de buscarlo.

Un cuarto de hora después, Meisse y mi hijo se reunieron conmigo. Al ver a Jacobo me acudieron lágrimas a los ojos, y luego que nos hubimos abrazado le dije:

—Siéntate. ¿Cómo te encuentras?

—Prefiriría estar en casa, me respondió.

—Lo creo; pero en la actualidad no es posible; hay que revestirse de paciencia.

Convidé también a Meisse a tomar una pinta de vino con nosotros, y durante el curso de la conversación éste y mi hijo se quejaron de que habían nombrado teniente a Matías Heitz, que no estaba más al corriente que ellos del ejercicio.

Sin embargo Matías era amigo de Jacobo; pero la justicia es justicia.

Al oír semejante noticia me enfurecí. ¿Por qué Heitz debía ser oficial, siendo así que no tenía pizca de instrucción y era incapaz de ganarse un céntimo, y nuestro Jacobo, que era un buen molinero tenía que contentarse con ser soldado raso? ¡Era atroz! A pesar de todo nada dije: contentándome con preguntar si Juan Bautista Werner, que hacía ya algunos días que servía en la artillería, era también oficial.

Entonces Maisse y Jacobo respondieron llenos de ira que Werner, a pesar de sus campañas en Africa y en Méjico, era simple artillero al servicio de la batería de Mairet, situada detrás del polvorín.

Por lo que se ve, los que nada sabían recibían el empleo de oficial, y los conocedores de la guerra, como Mairet y Werner, permanecían soldados o cuando más les concedían los galones de sargento. Todo lo cual me dió a comprender claramente que Jorge, mi primo, tenía razón al decir que nos conducían como bestias y que los jefes eran unos estúpidos.

En esto y contemplando ir y venir a tantísima gente se pasó el tiempo, hasta que a cosa de las ocho y sintiendo hambre hice servir para los tres una fuente de salchichas, de la que dimos cuenta con buen apetito pese al disgusto que cada uno de nosotros experimentábamos.

Poco después, en el preciso momento en que los coraceros salían para ir a acampar en el glacis y sus oficiales se dirigían a sus alojamientos para reposar de sus fatigas, oyose de improviso en la plaza de Armas el sonido de una trompeta seguido de gritos:

—¡A caballo! ¡A caballo!

Promoviose en seguida un alboroto indecible.

¿Qué ocurría? De pronto no supimos sino que acababa de recibirse un telegrama; pero lo que sí vimos fué a los oficiales ponerse apresuradamente el casco y ceñirse el sable y salir corriendo por la puerto de Alemania.

El aspecto de soldados y paisanos había cambiado por completo.

—¿Qué ocurre?, se preguntaban unos a otros.

Un gendarme que había visto mi carreta, entró en la taberna gritando:

—¡Que salgan los forasteros inmediatamente! ¡van a cerrar las puertas de la ciudad!

No tuve tiempo más que para abrazar a mi hijo y estrechar la mano a Nicolás Meisse y partir al galope hacia la puerta de Francia, al llegar a la cual iban y a levantar el puente. Cinco minutos después y a la luz de la luna corría por la carretera en dirección de Metting. Fuera, en el glacis, no ví un alma; los dos regimientos de coraceros estaban camino de Saverna.

Cuando llegué a casa era ya muy tarde.

En la aldea todos dormían bien agenos de lo que en aquella semana íbamos a presenciar.

V

Durante el camino no pensé sino en los coraceros y en la orden de ponerse estos inmediatamente en marcha. Algo malo debía ocurrir.

Las once daban mientras estaba atando los caballos al pesebre, después de haber colocado la carreta debajo del cobertizo, cuando se me acudió que ya era tiempo de esconder nuestro dinero. Yo traía en una gruesa bolsa de cuero mil seis cientas libras que había cobrado en Saverna, y tal vez ello fué el motor de mi idea. De repente recordé cuanto Jorge me había dicho respecto de los hulanos y de los demás bandidos de la misma calaña y sentí calofríos.

Así, pues me subí poquito a poco a nuestro dormitorio y desperté a mi mujer.

—Levántate, le dije.

—¿Qué hay?

—Levántate, repetí; ya es hora de esconder el dinero.

—¿Pero qué pasa?

—Nada: está tranquila. No hagas ruído; Gredel duerme. Toma la canastilla y mete en ella tu anillo de bodas y tus pendientes y cuantas alhajas tenemos. Yo entretanto bajo a vaciar el hoyo grande en cuyo fondo lo enterraremos todo.

Mi mujer se levantó sin decir palabra; yo me bajé al molino, que estaba parado, y abrí con cuidado sumo la puerta posterior. En la aldea reinaba un silencio tan profundo, que se hubiera oído el vuelo de una mosca. Entonces levanté la compuerta de la presa, que estaba casi llena. y el agua empezó a correr a borbotones hacia el torrente, produciendo sordo rumor; pero como mis vecinos estaban acostumbrados a tal ruído, aun en mitad de la noche, nadie hizo caso.

Luego entré de nuevo en mi habitación, y me disponía a vaciar en un rincón el cofrecito de encima donde guardo mis trebejos, cuando mi mujer, en chancletas, se puso a bajar la escalera, llevando bajo el brazo la canastilla y en la mano la linterna encendida, que apagué de un soplo.

—¿Está todo ahí?, preguntó en voz baja a Catalina.

—Sí.

—Está bien. Yo traigo de Saverna mil seis cientas libras; he vendido a buen precio el trigo y la harina.

Eché salvado en el cofre metí en él el dinero y las alhajas echele el candado y nos salimos después de cerciorarnos de que todo estaba tranquilo en los alrededores.

La paradera estaba ya casi vacía; no quedaban en ella más que dos pies de agua, para que se escurriera la cual quité algunas piedras que cerraban la boca de la canaliza, y luego me bajé al fondo con un pico y una pala y comencé a abrir, un hoyo.

Catalina estaba arriba vijilando, y de vez en cuando me decía en voz baja:

—¡Silencio!

Entonces prestábamos oído atento, y al cerciorarnos de que lo que nos había alarmado era el maullido de un gato o el estremecimiento de las hojas, reanudaba mi tarea. Si alguien hubiese tenido la desgracia de sorprendernos, hubiera sido capaz de arrimarle un mal golpe; por fortuna no vino nadie y sobre las dos de la madrugada el hoyo alcanzaba una profundidad de cuatro pies. Me bajé a él, y cojiendo el cobrecillo lo coloqué bien plano, luego eché tierra encima, que apisoné con mis gruesos zapatos, después algunos pedruscos y por fin arena; el limo ya se formaría por sí mismo, pues nunca falta en el poso de un molino.

Concluída la operación me subí cubierto de barro; volví a cerrar la compuerta y el agua empezó a subir de nuevo. A las tres poco más o menos la presa estaba otra vez llena, tanto que hubiera podido principiar a moler sin que nadie pudiese sospechar que a nueve pies debajo del agua y a tres del suelo existía un cofre cuadrado de encina, con guardas de hierro y un buen candado en el que había cuatro mil libras. Yo, al pensar en ello, me reía para mis adentros y murmuraba:

—Ya pueden venir esos tunantes.

Catalina estaba también muy satisfecha.

Mas hé aquí que a las cuatro y en el momento en que me disponía a subir la escalera para irme a dormir, Gredel baja pálida y gritando:

—¿Dónde está el dinero?

Acababa de ver abierto el armario y vacío el sitio donde estaba la canastilla. Nunca mi hija había experimentado espanto semejante; al pensar que había desaparecido su dote, su tupida cabellera se le erizaba.

—Tranquilízate, le dije, el dinero está en sitio seguro.

—Está bien escondido.

—¡Pero dónde!

Al pronunciar estas palabras no parecía sino que quería agarrarnos por el gañote.

—Nada te importa, le dijo su madre.

Entonces Gredel se puso furiosa y repuso que si nosotros nos moríamos no sabría dónde hallar su dote.

—Ea, exclamé enojado ante tal contienda, no nos moriremos. Al contrario, viviremos lo suficiente para impedir a tí y a Juan Bautista que nos heredéis.

Dicho esto fuí a acostarme, dejando a mi mujer y a Gredel que se arreglasen solas.

Cuanto puedo decir, es que las jóvenes, cuando se han metido una idea en la cabeza, se vuelven demasiado atrevidas con sus padres, y que de nada sirven los consejos que se les dan. A Dios gracias, respecto del particular ni Catalina ni yo teníamos nada que echarnos en cara: Gredel había recibido cuatro veces más palizas que Jacobo, porque las merecía a causa de su afán por retenerlo y guardarlo todo en su armario. Sí, muchos eran los golpes que había recibido; pero a una joven de veinte años no puede uno ya castigarla, pues no es esta edad ya a propósito para corregirlas. Ahí precisamente la desgracia; que ya no cabía remedio.

Gredel revolvió de arriba a bajo la casa y el molino, sin descuidar el jardín, y cuando cansada de registrar inútilmente se dió por vencida, su madre le dijo:

—Ya ves que hemos escojido buen sitio: y que cuando tú nada has hallado, tampoco la hallarán los hulanos.

Me acuerdo que aquel día, 5 de Agosto, en el momento de subirme a acostar, a la luz del alba mi mujer y yo divisamos a nuestro primo Jorge que subido en su carricoche descendía el valle de Dossenheim, extrañándonos que tan de madrugada se hubiese puesto en camino.

A las ocho mi mujer me despertó para decirme que el cartero me estaba aguardando.

Bajé y ví a Miguel de pie en el comedor, con su cartera bajo el brazo.

—¿Qué ocurre?, le pregunté.

Entonces Miguel, con rostro pensativo, me dijo que corrían las noticias más alarmantes; que se hablaba de una batalla librada del lado de Wisemburgo, donde habíamos sido deshechos; que muchos sostenían que nuestras pérdidas no bajaban de diez mil hombres, así como las de los alemanes no eran inferiores a diez y siete mil, pero que nada se sabía de positivo por cuanto todos ignoraban la procedencia de semejantes noticias; y que lo único que había de cierto era que el jefe de plaza Taillant había mandado publicar en Falsburgo un bando en el que se prevenía a los habitantes que se proveyesen de víveres por seis semanas y que naturalmente una publicación semejante daba que meditar.

Mi mujer, Gredel y yo escuchábamos a Miguel con los labios oprimidos y sin hacerle la menor pregunta. No obstante, cuando este hubo concluído, no pude menos de inquirir de él cuál era su modo de ver.

—Yo, señor alcalde, me respondió Miguel, soy un pobre cartero que necesito de mi empleo; si me quitasen las quinientas libras que cobro al año ¿qué sería de mí, de mi mujer y de mis hijos?

Entonces comprendí que nuestros negocios iban por mal camino.

Miguel me entregó una carta del subprefecto, la última que recibí, en la que éste me decía que castigase severamente a los que propalasen noticias falsas.

¡Ah! ¡qué más hubiéramos podido desear nosotros sino que estas realmente hubiesen sido falsas! Pero en aquel tiempo, todo lo que no era del agrado de los subprefectos, prefectos, ministros y del emperador, era falso; así como todo cuanto les complacía, todo cuanto les ayudaba a engañar a la gente, era de su agrado.

Pero no hablemos más de ello, porque sólo al pensarlo se me altera la sangre.

Miguel se fué.

Duranto todo aquel día se notó en la aldea inusitado movimiento: unos iban y venían; otros se dirigían al bosque con su saco y el pico al hombro, y habíalos que se llevaban el ganado de los establos; en una palabra, todos los habitantes estaban como poseídos de terror, y a lo que acudían por de pronto era a esconder cuanto podían.

Al notar lo que ocurría, me arrepentí de no haber empezado más pronto a vender mi trigo, ocho días antes, cuando me lo aconsejó mi primo; pero impidiéronmelo mis ocupaciones en la alcaldía. A un precio u otro deben pagarse los honores. En mi molino tenía existentes aun a lo menos cuatro carretadas de trigo, y no sabía en aquella ocasión cómo ni dónde colocarlas. ¡Ah! no se borrarán de la mente de estos campesinos aquellos días de inquietud, en que todos teníamos el alma colgada de un hilo y en que cada cual decía para sus adentros:

—Nos hemos reventado trabajando, penando y sudando durante cincuenta años para ahorrar algunos bienes de fortuna, y Dios sabe si mañana nos veremos en la miseria, y quizás muertos de hambre dentro de una semana, de un mes; porque

(Continuará)

cortesanas, talvez grandes señoras. Esa pieza era un templo, una tribuna o una cátedra. Exótico su mobiliario, casi lujoso: un juego de comedor que la filantropía de sus amigos, allá en el Banco donde estuvo empleado, costeara por suscripción con motivo de su matrimonio que no llegó nunca a realizarse, y otros accesorios.

Cubría la mesa una gran carpeta roja, como las cretonas que forraban los divanes y sillones, como la alfombra, como los cortinados, como el papel que decoraba los muros del pequeño saloncillo, como las velas de la estufa eléctrica y la gran pantalla de seda de Shangai cubriendo la pequeña araña, que proyectaba sobre el conjunto armonioso la célebre "luz del harem", apologada por los sacerdotes de ciertas religiones de vicio. Era aquella la explosión del rojo.

Fina cristalería francesa escondían los muebles, y la cómoda que completaba el juego era un surtido almacén donde se hermanaban los infernales elixires.

Sorprendamos la tertulia de media noche. Hay algo de macabro en el rojizo matiz de la sala: roja es la sangre, rojas las ambiciones que sustenta el ideal de los ácratas, rojos los imperios de Luzbel.

Al lado de la estufa que suaviza las crudezas de aquella glacial noche de Julio, acoquinados en los sillones departen los amigos de siempre, humedeciendo la amenidad de la charla con uno y otro vasito de guindado, de la docena de botellas que esconde la alacena.

—Indudablemente, la risa es exponente de salud — afirmaba salomónicamente Cabral, prendiendo un cigarrillo perfumado.

—De salud física — asintió Borda.

—Sí, de la salud física, porque hay muchos como yo que ríen y llevan, sin embargo, carcomida y gangrenada el alma — recalcó Juan Carlos, con un triste apasionamiento de hombre desventurado.

—Tienes toda la razón del mundo — replicó el "loco", ofreciéndole un vaso de licor. — Hay dos clases de salud. la física y la psiquica.

—Yo río porque a ello me compele mi salud física. Nadie podrá discutirme ésta afirmación que sería un anatema: — continuó Juan Carlos —, la sabiduría y la ilustración son vertientes inagotables de males. Los ignorantes no sufren enfermedades del alma. Sus atormentamientos psiquicos son llagas pasajeras, dolores del momento, pero jamás un cáncer que roe el espíritu hasta la muerte.

Juan Carlos se electrizaba:

—Yo río también, como Arlequín, Ridi, Pagliaccio. Soy un viejo cultor de la risa, así como otros lo son de la ironía, del mal o del individualismo de los que me niegan el agua y la sal...

—Perdón, poeta; pero... es eso un reproche para nosotros? — habló Ojeda.

—No, porque con ustedes protesto, porque ustedes conmigo sufren aunque rían.

Hubo una pausa.

—Ya los hombres no ríen; todos los gestos se tornaron agrios, todas las miradas delatan amarguras y preocupaciones, una prematura ancianidad. ¿Y por qué? La vida no es eficáz sino se tiene el orgullo de vivirla, la alegría de vivirla. ¿Y cómo exteriorizamos esta satisfacción? Riendo, aunque la taciturnidad reclame sus derechos.

Serrano quiso hablar, pero ahogó su deseo en un largo trago. Talvez iba a defender su eterna taciturnidad de estatua.

—Ya los hombres no ríen — presigió el disertante —. Sólo lo hacen los niños en su inocencia y en su ingenuidad. Reí cuando niño, y sigo el culto. Río a la Fortuna, encarnada en este fugáz vaso de miel, que viene noche a noche a recoger mi ofrenda; río a la Desgracia, mi querida bárbara, la coqueta, la voluble enamorada de mis ensueños.

Hizo un parentésis:

—Servime — casi imperiosamente ordenó a Zelada. Y continuó:

—Ya ven ustedes; vuelco en risas mis hondas tristezas de amargado y mis laceraciones. Y sigo riendo y riendo, riendo siempre, ayer hoy y ma-

ñana, porque he aguzado hasta el infinito mi suprema voluptuosidad de reír, descubriendo en todo la génesis de un rictus, como que veo hasta en unas lágrimas el lado cómico del llanto. Es una vehemente pasión, mi segunda fogosa pasión, porque la primera... ésta — y levantaba su copa, la Castalia adonde vienen mis musas a levantar inspiración. ¿No es, acaso, una dulce enfermedad la mía?

Y un silencio grave se desparramó en la sala. Callaron.

... ...

—Todavía no creo en el pesimismo, mejor dicho, no soy pesimista, o lo soy a ratos. Y no siéndolo, río. Y no temo reir; no desprecio la risa porque encanecería pronto y porque ella es salud... como afirmaba recién mi vagabundo hermano. Si, la risa denota bienestar y hasta creo que vivifica, como el exígeno...

—Y como tu magico vaso de tónico que no se agota nunca — interrumpió Avalos, el autor de "Las Fontanas de la Estepa".

El poeta no oía:

—Si, como un niño río; y por un curioso fenómeno cuya explicación no alcanzo, veo bondad en la generalidad de las almas, exquisiteces que me reconfortan.

Y nuevamente volvía el silencio. Se llenaban las copas, alguien se acoquinaba más en su sitio.

—Desconfiemos de los espíritus que no aprendieron a reir..

—¿Quién, poeta, pensó eso primero? ¿Tú o Ricardo León? — volvieron a interrumpirle.

—Reverencio a Ricardo León y le cedo la paternidad de esta frase trivial y común que hoy, en este mismo instante, bulle, acaso, en mil cabezas. Pero yo la aprendí de la vida, como en ella aprendí a reír a las derrotas y a las intrigas, al elogio y a la diatriba, que es elogio también; a reir de todo y a todo, como que muchas veces pienso que no otra cosa que una sonora carcajada ha de ser mi llanto amargo y desolado.

—Muy grata tu filosofía — le dijeron.

—Grata y alentadora — replicó. — La Desgracia al verme así, siempre risueño y despreciativo, cree que sus latigazos no me hieren y se orienta hacia otros rumbos. Al engañarla llamo a la Felicidad, me engaño yo mismo, me autosugestiono, y así, creyéndome feliz, soy feliz verdaderamente. Brindemos, pues, por la risa. "La alegría es la fe, la fe en si mismo y en los demás; la fe y la confianza en la vida; la alegría es, más que el olvido de males agenos o males pasados, el olvido de todos los males".

Y en verdad que aquella pieza roja, era un templo, una tribuna o una cátedra.

VII

Nevada se consumía en el claustro, adonde fuera en busca de consuelo a sus dolores. Su desgracia había reforzado su fe, como buena cristiana. El convento es el refugio de las atormentadas con quienes se ensañó el destino.

Córdoba, la ciudad de los campanarios, la docta, la de las meditaciones, la pura, que aun mantiene incolume el sentimiento de las pretéritas sociedades conservadoras, pese a la heterogeneidad de las corrientes inmigratorias, Córdoba, la mística, la de las plegarias, la conventual, recibióla dispuesta a inspirarle ese estoicismo necesario a los grandes desventurados.

Nevada abandonaba el mundo, buscaba la soledad, el reposo, la calma, las frías naves de las iglesias perfumadas de incienso, los altares donde se adora al Mártir del Gólgota y el gran dogma de la inmortalidad del alma. Solutio omnium difficultattum Christus: Cristo es la solución de todas las dificultades; y el cristianismo un principio divino que hace 20 siglos vivifica al género humano.

La religión es una necesidad para las almas. No hay ateos, porque sin Dios la vida es una ficción. La religión es todo. Cuando sobre Roma los republicanos levantaron altares y colocaron en ellos a los Césares sanguinarios, vino la decadencia del mundo antiguo. La religión no es sino una forma superior del Amor.

Toda la unción de que era capaz su exangüe corazón, depositaba en las oraciones que quebraban el claustral silencio, profundo como el de una necrópoli. Y no otra cosa era aquello, en verdad, sino un cementerio de almas.

Se magnificaba su fe; surgía en ella una santa, llamando su conciencia a la expiación. La fe detuvo el curso de los ríos, horadó montañas, iluminó a los ciegos, curó a los enfermos, resucitó a los muertos. Los paganos; los judíos, Mahoma y Lutero y Voltaire se rindieron a su fuerza. La fe es lo que hace poderoso al cristianismo; la palanca que ha de mover el mundo cuendo se encuentre el punto de apoyo que pedía Arquímedes.

La doliente niña se consumía en la penitencia. Cuando se arrodillaba frente al altar del oscuro oratorio, evocaba su pasado, las personas queridas, sus viejecitos, su Juan Carlos, y rezaba, rezaba... Y el Cristo le respondía: "Ego sum, nolite timere". Su resignación era más fuerte que su dolor, y sus oraciones brotaban lentas y mezcladas siempre a un sollozo: "Señor: Sé bueno y misericordioso. Ten piedad de mí". Era la evocación de las gracias divinas, del perdón por yerros nunca cometidos. Y parecía que el Redentor, desde su sitial en la Cruz, accediera a las plegarias de la humilde niña. Y al absolverla, purificaba más y más el alma blanca y bella de la creyente. Las horas de recogimiento, de santa castidad y de quietud veían la implorante figura de la joven, frente a Dios, a solas con su ilimitada mansedumbre.

Y mientras en Córdoba la piadosa Sor Nevada alimentaba su espíritu en las puras fuentes de la fe — la religión del Sublime —, en la Buenos Aires monumental Juan Carlos rodaba en la pendiente arrastrado por el impetuoso oleaje de sus vicios y perversiones. No era el alcohol ya bastante para apagar la llama de sus labios siempre hidrópicos; recurría al ajenjo y al éter buscando paraísos artificiales que infundieran vigor a sus agotadas facultades. En el sopor y en la animalidad que generan los tóxicos, encontraba los ensueños ausentes, las pasadas ilusiones, todo ese mundo rosa de la juventud.

Desesperado, angustiosamente aumentaba las dosis de venenos. Iba, irremediablemente, hacia el último derrumbe, y por contraste, quizás, mientras se agobiaba su naturaleza física crecía su amor a la vida, a la vida artificial de sus fantasías y visiones.

Habitaba permanentemente en los mundos que su imaginación le forjaba para recreo momentáneo de su mentalidad enferma. Eran los venenos su única aspiración. El caro Ideal del pasado todavía cercano, yacía roto, fragmentado, yerto. "Nada hay que valga los latidos del corazón: la tierra no es digna de nuestros suspiros, la vida es tedio y amargor, el mundo es lodo". Esa filosofía de desilusión empezaba a turbar su optimismo.

Dudaba ahora del corazón de la humana criatura, en otro tiempo irreprochable. Pero malgrado la depresión de su espíritu, cierto amargo desengaño, seguía su senda. En los lúcidos momentos de su perpétua beodez recapacitaba levemente y todas sus pasiones y todos sus amores los concentraba en la niña sufriente, la buena hermana, jurando sobre el escapulario que su madre le colocara al pecho cuando partió a la ciudad, su regeneración. Pero eran más poderosos que sus juramentos los empujes del vicio, que le llevaba a la muerte. Y bebía, bebía furiosamente.

Cierta mañana le anunció una lacónica carta el fallecimiento de Nevada; y ante este nuevo crimen de Dios ya no hubieron frenos para su voluntad. Se vengaría de Dios, quemándose así mismo, lentamente, alevosamente. Y se entregó a la morfina.

VIII

El bohemio estaba sobre la última etapa de la ruta que conduce directamente hacia la muerte. Aquella su admirable constitución física, aquel rollizo cuerpo de atleta era hoy una despreciable piltrafa. Asustaba; sus dos ojos parecían en su cara redonda y cadavérica los de un buho que mira aterrorizado en las tinieblas. Sus manos huesudas hacían pensar en las de los esqueletos. Era, en realidad, un muerto.

En su organismo consumido no quedaban fuerzas sino para esgrimir la jeringuilla de morfina, cuyas dosis aumentaba continuamente. ¡Cuanto bienestar sentía después de cada inyección! Parecíale que la vida se le iba dulcemente en esos éxtasis, o que vivía la verdadera vida deliciosa a que los hombres, como los dioses, tenemos derecho. En tales estados de su individualidad, cuando una infinita dulzura le bañaba todo entero, hacía el balance de su pasado. Miraba hacia atrás, veía la cabaña, la cariñosa maestrita de su niñez, Nevada... y al pronunciar este nombre resurjía el dolor, las hondas amarguras, esas heridas cavadas en su espíritu, un algo indefinible, una desdicha espantosa; y volvía nuevamente a rechazar sus penas con el arma que poseía: la morfina, el paliativo de sus sinsabores. Y se inyectaba furiosa, desesperadamente.

La sucia bohardilla que le servía de vivienda, pagada por suscripción desde que renunciara al empleo, solamente lo veía de noche, casi de madrugada, entrando sigilosamente, todo borracho y bien provisto del alcaloide que le facilitaba una antigua amiga, en aquel entonces amante de un galeno. Tras los preliminares de la operación, preparada su jeringuilla, caía en su cama miserable y con las agujas sucias, en un ansia morbosa, hería sin piedad sus flacos brazos. Dominado por la quietud que le brindaba el bálsamo, frente a la lámpara cuya luz pálida hacía tétrico el conjunto de la covacha, tomaba asiento y escribía. Tenía el íntimo convencimiento de que la Implacable le acechaba y su afán, el único y postrer afán, era escribir la última página, justificando el derrumbe de su castillo, la esterilidad de sus ambiciones, el nulo empuje de sus esfuerzos, el porqué de esa meta que no era la de sus ambiciones.

Cuando sentía que se esfumaba la artificial lucidez repetía la operación, y así siempre, hasta que las claridades del nuevo día anunciaban el despertar de todas las actividades. Y entonces dormía.

Después de quince noches que fueron otros tantos momentos de paradisíacos esplendores del alma, ordenó las garabateadas cuartillas. Eran una carta y "Mi hija póstuma". He aquí el primer documento, dirigido a León Serrano:

"Presiento que llega la hora de las liquidaciones y preparo mi alegato para defender ante Dios, si Dios me acusa, la razón y los móviles que me han inspirado a asesinar mi cuerpo. Yo también tenía un alma, y era buena, y era santa, como mi corazón, como el corazón de todos los hombres. Pero me la amargaron, me la contagiaron de males. Nada sucede sin razón aparente y determinante. El mal es un principio de destrucción y de desorden. La paz y la felicidad — lo afirmo ahora — son sueños en la brutalidad de esta vida. Derrumbados los pedestales del ideal, me aferré a la idea de la muerte; ella fué mi obsesión, y ahogué en la insensibilidad y en la inconsciencia los dolores; porque se anuló el amor propio que "es el mayor estímulo para la acción"; porque me enmohecí prematuramente. Amo la muerte — "destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser" — porque mi mundo es pequeño, y porque la muerte es dulce cuando el ideal de vencer ha sido sustituído por el ideal de matarse. Este apagamiento de crepúsculo tiene para mí un despertar de aurora. Ya en nada tengo fe. Así como las tuyas mis plantas sangraron a la ofensa injuriosa de las espinas del sendero; hasta la alta frente se abatía doblegada por la barbarie con que me han azotado todos los vientos; hasta el placer fué dolor; la luz, sombra; la carcajada, llanto; la alegría, amargura; el entusiasmo, tedio. Nadie supo mis tragedias íntimas; nadie el porqué de las dolorosas tristezas que hubieron en el fondo de esas sonrisas que asomaban al rostro; nadie supo el frío de mis carnes, ni los llantos de mi al-

bición, ni los latigazos de mi destino, ni las dantescas visiones que relampagueaban en mi cerebro. Y fuí rebelde, algunas veces; pero eran las mías rebeldías infantiles. Entre tú, el silencioso, y yo, tu antípoda, hay un enorme parecido: ambos llevamos el mismo agobiador bagaje de lirismos y la carga demasiado abrumadora de muchos desencantos y quimeras rotas. Pero tú eres taciturno y tragas tu dolor; yo soy el extremo opuesto y lo escupo en risas. He aquí la diferencia que demuestra y prueba la semejanza. Y he aquí porque te elijo para destinatario de esta carta. Eso que encontrarás adjunto es "Mi hija póstuma" y quiero que se publique el día de mi muerte. A través del alma idealista de tu amigo podrá estudiarse el alma de nuestra casta soñadora que desaparece arrastrada por la vorágine".

... ...

Transcurrió un mes. Juan Carlos había terminado y puesto en limpio ambos documentos. Con todo esmero depositó en un sobre aquellas páginas que eran el epílogo de un drama, guardándolo en el bolsillo interior de su saco roído.

Y prosiguió la loa.

IX

Que fraternicen los espíritus afines, los idealistas, no es cosa que provoque admiración. Tampoco lo es ni tiene nada de extraño que los mercantilistas se asocien a individuos como ellos. Es la ley de la atracción específica. Pero lo que es realmente curioso y refleja una incongruencia de las tantas que complican la vida, es que sean susceptibles de afinidad los mercantilistas con los idealistas. El fenómeno se explica solamente por esta teoría todavía anónima: todo soñador puede ser un mercantilista; todo mercantilista puede trocarse en un soñador, o lo es en ciertos momentos. Es que cada extremo tiene una partícula del extremo contrario, el punto favorable a la conjunción, a ese concúbito de lo que en apariencia no es sino una evidente contradicción.

En Martín Gómez y en Alberto Eguía se realizaba el dualismo. Ambos padecían de un grave positivismo pero gustaban también del sabor, la espiritualidad de las pláticas y el contacto de la camarilla heterodoxa.

Aquella noche, bajo el refugio amigo del departamento de Zelada, el círculo efectuaba la mil y una conversación filosófica. Siempre los inviernos propiciaron las tertulias, y era invierno. El día fué gris, y lúgubre por eso mismo. La tarde murió envuelta en el tul de una garúa fina que acariciaba la carita siempre alegre y fresca de las "midinettes", que al cruzar las bocacalles se dejaban halagar por las provocaciones de un imprudente viento sud, cuya mano invisible descubría formas estatuarias que hacían pensar en el pecado.

La sala roja comenzó a animarse a las 12 de la noche. La logia había admitido últimamente dos nuevos cofrades: Jeanne de Foulssain, una poetisa uruguaya a quien encantaba el ambiente; y Judith, aquel biscuit que Juan Pablo Avalos lucía por teatros y restaurants. Eran dos corazones exquisitos y sensibles, dos sentimentales que gustaban de la armonía y del ensueño. La primera escribía y era casi una consagrada; la segunda no pasaría jamás de ser una amateur, una aficionada, una dilettante. Talvez por eso participaba de las reuniones más que aquella.

La tenida se iniciaba sin la asistencia de Juan Carlos, cuyas injustificadas ausencias de los últimos tiempos llegaron a inquietar a sus amigos.

Inesperadamente los circunstantes callaron un minuto. Y Juan Pablo Avalos tomó la palabra.

—Voy a contarles una anécdota que todavía para ustedes permanece ignorada. Es una película suelta. Protagonistas: yo, y ella, mi adorable muñeca, mi Judith, aquí presente.

La niña iba a ruborizarse pero Juan Pablo disolvió en un beso los recatos de la damita, diciéndole:

—Lo que voy a narrarles nada de raro tiene. Y comenzó:

—Se remonta el episodio a diez meses atrás. Conocí a Judith en un té de moda; y sus ojos azules como los cielos de mi provincia, y sus cabellos rubios como el champagne y las puestas de sol, me sedujeron. La ley del contraste reforzaba la ley de las atracciones pasionales de que habla Fourier. Al "negro Avalos" siempre lo enloquecieron las rubias.

Los primeros tiempos se redujeron a un monótono cambio de palabras. Un mes después se evidenciaba la compenetración espiritual; dos meses más, y recibía en mi casa la visita de la angelical estatuita de carne.

Judith permanecía callada, comentando con sonrisas la narración:

—Y aquí viene lo grave. Imagínense ustedes una sala dormitorio coquetonamente alhajada: grandes muebles, alfombras talvez no de Smirna, y demás accesorios necesarios a un cuarto de soltero. En los muros cuadros diversos que perpetúan las encantadoras desnudeces femeninas: "El Cisne y Leda", "Bajo el azote negro", "El rapto de las Sabinas" y "La Defensa de Friné". Imagínense ahora la suave penumbra de un crepúsculo en la que rujen una fogosidad, yo, y una vehemencia, ella. Sentado en

el mullido sofá tapizado que nos confunde en un abrazo interminable, agonizábamos. Fué en aquella tarde que nació la "Balada del Deseo". Era una suplicante lira monocorde la que decía:

Déjame que acaricie tus cabellos,
Déjame que acarie tus cabellos,
tus cabellos perfumados con olor de carne joven,
tus cabellos desgreñados
por la fiebre de mis cálidos amores.

Déjame....
Déjame quemarme con el fuego de tu boca.....

**Corren desatadas del deseo las jaurías,
trás tus besos, tus abrazos y caricias,
desatadas y bravías,
como irónicas, sarcásticas sonrisas,
como crueles carcajadas enemigas.**

**Ven, y amemos,
que la vida sólo es vida en las mareas.
Ven, y amemos
las magníficas, divinas hermosuras
que clarean en las llamas de las teas.**

**"Ven, y amemos que aún es tiempo,
¿tu no sientes como pasan las caricias del momento?"**

El auditorio aplaudió riendo. Jeanne dió un beso fraternal al poeta, que continuó:

—Dirán ustedes que es salvaje mi rima. Yo le agrego que es algo futurista. Mi técnica nó admite ni pautas ni cánones.

—Yo también he compuesto algo en ese estilo — habló Alberto Eguía, el mercader. — Y como me agrada la sin par manera de recitar de esta princesa poetisa, lo declamará ella.

Jeanne de Foulssain puso todo su exquisito temperamento de artista en el recitado.

—Se titula El Alma de mi Garçonniére. Y dice:

**Oh, mi dulce garconniere,
También tu tienes un alma,
un alma, como Luzbel!**

**En ti canta Chanteclair
la canción del cabaret.
En ti hay trágicas bellezas,
bárbaras magnificencias
y satánicas grandezas.**

**Tú no conoces la calma
porque tienes toda el alma
de un Sátiro en primavera,
de un mónstruo fauno que fuera
correteando por la selva,
trás las divinas princesas
que tienen carnes egregias
y enrojecidos los labios,
como las fresas.**

**A la luz suave azulina
que en las noches te ilumina,
se reviven mil recuerdos,
se animan las figulinas
que en los muros hay colgadas.
Son las reinas destronadas!**

**Las espantosas lujurias
que narra el Satiricón,
las de Afrodita y Manón
hay en tus místicas furias.
Algo hay en ti que me evoca
a la Helénica lejana.
Una larga caravana
de pecadoras sensuales,
te brindaron la fragancia,
y la sin par lozanía
de un clavel de Andalucía,
o de una Rosa de Francia.**

**Regia es tu alma, garconniere!
Divinamente regia.
Tu heredaste del Oriente
las lascivias del harem;
tu tienes el mismo espíritu
del fantástico Verlaine.
Alma, alma de mi garconniére!**

Se felicitó al nuevo poeta, se elogió el metro y se saludó la Revelación.

Cuando el reloj del templo rojo anunciaba las 4 de la madrugada, Borda irrumpió bulliciosamente en la sala con todo una "rotisserie" bajo su ancha capa de mosquetero.

El torneo continuaba.

X

Juan Carlos rodaba vertiginosamente en su abyección, hacia la tumba. El terrible alcaloide le había diezmado completamente, reduciéndolo a un

escombro miserable. Pero malgrado el reblandecimiento total y las menguadas taras de su individualidad, esa semi-demencia resultante, aun atinaba a doblar las dosis de tóxico. Es el ansia de esta clase de suicidas. Vagaba día y noche, como un loco, por la ciudad que tanto amó y admiró tanto. Sin embargo, no eran en extremo absolutas sus anomalías morales y en el último esfuerzo de su conciencia casi muda, comprendió que en la vida no era ya sino un parásito, talvez un delincuente, quizás un alienado.

Cruzaba la Plaza del Congreso y dueño de un minuto de provocada lucidez, dióse a meditar, sentado en un banco que miraba hacia la Avenida. A su lado El Pensador era una nueva Esfinge.

La noche del sábado revive la ciudad y no obstante lo avanzado de la hora, veíase inusitada animación en las calles. Sobre el asfalto negro corrían veloces las carruajes, cargados de paseantes. ¡Ah, cuántos de esos llevarían clavada en su vida la misma espina que a él le envenenaba!

Entre uno y otro pensamiento, se quedó dormido. Un atorrante que duerme en una plaza es siempre un atentado a la estética, un insulto al ente social aunque éste haya sido la mano criminal que le arrojó al arroyo o al fango. Un ultraje: ¿no es cierto, Sociedad?

Así lo comprendía también el oficial de policía que vió al vagabundo tirado sobre el banco; y su severidad de hombre de la ley y sobre todo su autoridad, no podía permitir semejante cosa. Secamente despertó al bohemio, y en un gesto inhumano por lo rígido, le ordenó retirarse de aquel lugar. Medio dormido, Juan Carlos obedeció.

Durante media hora caminó sin rumbo, como antes. ¿Y hoy? ¿Adónde? Subía por Callao hacia el Norte. Al pasar frente a un kiosko donde la joven vendedora reía a un imberbe sileno, su mirada se detuvo en un aviso luminoso que sobre un ancho portal anunciaba: Metropolitan Hotel. Entró, y no obstante las fundadas sospechas del portero que le condujo a la gerencia, dierónle alojamiento. Era la señalada, una pequeña pieza desde cuyos balcones llenos de plantas, se oían las alegres risas del sileno imberbe y de la jovenzuela del kiosko.

Cargó enormemente su jeringuilla y aplicósela al pecho.

... ...

Al otro día la gacetilla policial anunció su muerte, y un diario vespertino publicaba ésta su última página:

MI HIJA PÓSTUMA

"Yo vine de la montaña. Traía los agrestes romanticismos y la dulce y grata filosofía del optimismo. Desconocía la superioridad del dólar sobre mi espíritu, no identificado todavía con las tendencias egoístas de la sociedad contemporánea y los ciegos apetitos del cosmopolitismo que busca en las entrañas de la tierra nueva el canallesco relucir del oro.

"Yo traje de mis sierras lejanas la sencillez nativa, la misma pureza de alma de aquellos aborígenes nuestros que inspiraban sus tristes y sus vidalitas en la verde inmensidad de la pradera, en la magestad gris de la montaña y en la magnificenia azul del cielo. Era puro y toledano el temple de mi acero, porque allá en la Naturaleza virgen fué forjado, sin contaminaciones deprimentes, allá en la vida simple de la campaña, donde ni una sola febrilidad agita las actividades.

"Vivía en mis dilatados dominios, sin trabas ni prejuicios, un primitivismo natural, regalando a mi organismo la voluptuosidad de los plenos días de sol y a mi alma de artista — que todos los hombres la tienen — esa tristeza fecunda de los días de lluvia y de los atardeceres dolientes de la selva donde canta el viento una lúgubre canción. Sus melodías escuchó mi espíritu; y el diálogo mudo de las flores; y el de los pájaros que tienen como nosotros el amor y el odio, las dos fuertes pasiones que acrecienta la civilización con su individualismo bárbaramente agresivo; y el cristalino lamento de las aguas en la correntada nerviosa de los arroyos, cuyas linfas se saturan del perfume acre de la flor del aire y del jazmín salvaje; y la sinfonía de la gran naturaleza, en los crepúsculos y en las auroras.

"Era feliz, y era hombre, sin embargo. Para el día de mañana mil esperanzas, para el día de ayer, mil recuerdos. La pequeñez moral y la ignorancia eran las causas del bienestar. Ignorante y minúsculo, no obstante, comprendía la belleza, y amaba más a mi patria, y en el rústico y torpe mortal que conmigo compartía la existencia apacible, no veía un rival sino un aliento; y mi madre era un Dios, como no son las madres de las ciudades populosas. Todo era felicidad y alegría de ser y de vivir.

"Y cuando más tarde posé la peregrina planta en la ciudad que nada sabe de idealismos confortadores, presentí el advenimiento de una alma nueva, la transformación del sentimiento, la total metamorfósis del hombre. Atrás quedaba el solar, adelante estaba la equis. Temí a la muerte, yo que nunca sentí el pavor de una derrota, ni la espantosa perspectiva de una tempestad en las bravas serranías. La complejidad de la vida ciudadana decía bien claro a mi alma que aquí sucumbe quién pretenda permanecer rebelde a la adaptación.

"La virtud no es el sello característico del conglomerado. Antes, su antítesis. Donde la persecución del centavo arma el brazo de los ambiciosos es lógico presumir que el crimen ha de fascinar a muchos.

"No traje yo de la lejana comarca natal la simulación. Aquí, donde para conseguir un afecto y una bondad es necesario mentir, aprendí a ser hipócrita. La altanería y la altivez de mi idiosincracia indiana — preciados privilegios de mi carácter — aquí también en la ciudad que deja morir de hambre a los niños, los mató el trato de los hombres civilizados.

"Empecé a gustar los refinamientos de France; Schopenhaüer y Leopardi, en el consorcio de sus mortíferas filosofías, iban transformando poco a poco mi personalidad. Y vino con la intensidad de la existencia agitada el aristocrático spleen, que es producto forzoso de la vida artificial. Comenzaron a degenerar mis prosas que en otros tiempos rememoraban las

dulzuras de mis edenes pampeanos. En todo lo mío alcanzábase a percibir una influencia perniciosa. Y cuando más y más en mi corazón entraban los otros el puñal conquistador, menos era la resistencia, creciendo la simpatía por el sensualismo de los sibaritas, por el dulce encanto de las sombras que llaman "luz de harem"; y gusté de los paraísos artificiales. El alma de la ciudad frenética un virus mortífero me inyectaba. Perdí la fe; perdió su temple el acero.

"No quise más a la montaña, mi madre; ni lloré tampoco su conquista. Entre el hijo de la cabaña y la cabaña misma, una muralla puso la infranqueabilidad eterna.

"Renegado! Traidor! Apóstata! Sí, todo eso, pero es que me robaron lo que yo tenía en el corazón, poniéndome ellos, mis hermanos, la psiquis presentida. Juan Carlos Ley".

JUAN L. PÁEZ.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.

EL CUENTO ILUSTRADO publicará en el número próximo

NEURORIS DE AMOR

original y sugestiva novela de EVIL THOGORMA.

Ilustraciones de HOHMANN.

dulzuras de mis edenes pampeanos. En todo lo mío alcanzábase a percibir una influencia perniciosa. Y cuando más y más en mi corazón entraban los otros el puñal conquistador, menos era la resistencia, creciendo la simpatía por el sensualismo de los sibaritas, por el dulce encanto de las sombras que llaman "luz de harem"; y gusté de los paraísos artificiales. El alma de la ciudad frenética un virus mortífero me inyectaba. Perdí la fe; perdió su temple el acero.

"No quise más a la montaña, mi madre; ni lloré tampoco su conquista. Entre el hijo de la cabaña y la cabaña misma, una muralla puso la infranqueabilidad eterna.

"Renegado! Traidor! Apóstata! Sí, todo eso, pero es que me robaron lo que yo tenía en el corazón, poniéndome ellos, mis hermanos, la psiquis presentida. Juan Carlos Ley".

JUAN L. PÁEZ.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva,** de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!,** de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija,** de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación,** de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo,** de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción,** de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud,** de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor,** de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente,** de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta,** de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo,** de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas,** de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena,** de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa,** de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa,** de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune,** de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual,** de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras,** de Otto Miguel Cione.

EL CUENTO ILUSTRADO publicará en el número próximo

NEUROSIS DE AMOR

original y sugestiva novela de EVIL THOGORMA.

Ilustraciones de HOHMANN.

BAZAR Y MENAGE
Grandiosa Exposición
Del 5 al 17 de Agosto
Al iniciar esta venta extraordinaria de BAZAR Y MENAJE, "A la Ciudad de Londres", ofrece a su numerosa clientela la ocasión de comprar lo mejor al precio más bajo.
Incalculable
es la cantidad de artículos que hemos recibido al efecto y que hemos marcado a precios que no admiten competencia.
Siempre
han sido célebres, por las conveniencias que ofrecen, estas exposiciones en nuestra casa. La que ahora hemos iniciado más que ninguna otra, le brinda la oportunidad de hacer economías.
VISÍTENOS
A LA CIUDAD DE LONDRES
C. PELLEGRINI Y CORRIENTES
La Casa mas popular de Buenos Aires

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 20 DE 1918 — TOMO II - N.º 20

NEUROSIS DE AMOR

Por EVIL THOGORMA

Ilustraciones de HOHMANN

10 centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalem.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas, de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.

EVIL THOGORMA

Es joven, pues, no tiene más de veinticuatro años, pero en sus ademanes y gestos, se adivina precoz madurez espiritual, que lo hace más serio de lo que debiera ser. A veces, lo que se ha dado en llamar "primavera de la vida", ofrece estos aspectos prematuros de la psiquis.

Empecemos por decir, que "Evil Thogorma" es un pseudónimo, cuya vibración asiática, transparenta las predilecciones del escritor. Se trata de un estudiante de ingeniería, a quien seducen los estudios filosóficos, en la parte que más se aviene con su temperamento: la psicología, a la que dedica el tiempo que le dejan libre las matemáticas.

Entre el montón de cuentos y novelas que nos llegan diariamente — en su mayoría inaceptables — ha aparecido este trabajo. Su lectura nos ha cautivado, por la limpidez del estilo y por la forma constructiva, que hace pensar en literaturas exóticas. Nos vinieron, inmediatamente a la memoria, recuerdos de Richepin, Verlaine y Maeterlinck. No hay duda de que estos artífices de la frase, han influenciado al joven escritor, sin que esto quiera decir que él haya pretendido imitarlos. Sin embargo, la vaguedad de su prosa y el giro de las oraciones, hacen pensar también, en Ravindinach Tagore, el excelso poeta indio, ya traducido a todos los idiomas, y cuyos versos de encantadora sencillez, conservan el misterio de la tradición cosmogónica, fantástica como la fábula del Indra.

La obra de Thogorma, ¿es una novela? El criterio vulgar, talvez no lo considere así; pero no son los diálogos cortos y la complicación del asunto, lo que caracterizan el género. Es la impresión emotiva experimentada; es el drama, sentido más que descripto, lo que constituye la obra de arte, digna de tal calificación, y "Neurosis de Amor" reune todas esas condiciones raras. Desde el primer instante, despierta ansiedad y el ánimo se inquieta conmovido por la zozobra, como sucede en los cuentos de Edgard Poe. Es que se presiente la tragedia, volando sobre la trama, porque las frases forjan el augurio fatal. El descenlace imprevisto, no choca sin embargo, a pesar de su inusitada violencia, porque la neurosis, es una anormalidad y todo cálculo humano, falla ante la realidad patológica.

Los personajes de esta novela psicológica, son excepcionales, y el autor da, en ellos, la sensación buscada, no habiendo necesitado, recurrir a los alcaloides para crear fenómenos y desviaciones mentales. Son casos mórbidos, menos comunes de lo que supone la gente equilibrada, especialmente, en estas cosmópolis sud-americanas, en que la degeneración, cruza

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal, JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: C. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellic[illegible]
6. **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva
7. **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverr[illegible]
8. **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor
14. **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. **Un crimen impune**, de Juana María Begino
17. **El amor intelectual**, de Albino Dardo Lóp[illegible]
18. **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione
19. **Las rutas tenebrosas**, de [illegible]

EVIL THOGORMA

Es joven, pues, no tiene más de veinticuatro años, pero en sus ademanes y gestos, se adivina precoz madurez espiritual, que lo hace más serio de lo que debiera ser. A veces, lo que se ha dado en llamar "primavera de la vida", ofrece estos aspectos prematuros de la psiquis.

Empecemos por decir, que "Evil Thogorma" es un pseudónimo, cuya vibración asiática, transparenta las predilecciones del escritor. Se trata de un estudiante de ingeniería, a quien seducen los estudios filosóficos, en la parte que más se aviene con su temperamento: la psicología, a la que dedica el tiempo que le dejan libre las matemáticas.

Entre el montón de cuentos y novelas que nos llegan diariamente — en su mayoría inaceptables — ha aparecido este trabajo. Su lectura nos ha cautivado, por la limpidez del estilo y por la forma constructiva, que hace pensar en literaturas exóticas. Nos vinieron, inmediatamente a la memoria, recuerdos de Richepin, Verlaine y Maeterlinck. No hay duda de que estos artífices de la frase, han influenciado al joven escritor, sin que esto quiera decir que él haya pretendido imitarlos. Sin embargo, la vaguedad de su prosa y el giro de las oraciones, hacen pensar también, en Ravindinach Tagore, el excelso poeta indio, ya traducido a todos los idiomas, y cuyos versos de encantadora sencillez, conservan el misterio de la tradición cosmogónica, fantástica como la fábula del Indra.

La obra de Thogorma, ¿es una novela? El criterio vulgar, talvez no lo considere así; pero no son los diálogos cortos y la complicación del asunto, lo que caracterizan el género. Es la impresión emotiva experimentada; es el drama, sentido más que descripto, lo que constituye la obra de arte, digna de tal calificación, y "Neurosis de Amor" reune todas esas condiciones raras. Desde el primer instante, despierta ansiedad y el ánimo se inquieta conmovido por la zozobra, como sucede en los cuentos de Edgard Poe. Es que se presiente la tragedia, volando sobre la trama, porque las frases forjan el augurio fatal. El descenlace imprevisto, no choca sin embargo, a pesar de su inusitada violencia, porque la neurosis, es una anormalidad y todo cálculo humano, falla ante la realidad patológica.

Los personajes de esta novela psicológica, son excepcionales, y el autor da, en ellos, la sensación buscada, no habiendo necesitado, recurrir a los alcaloides para crear fenómenos y desviaciones mentales. Son casos mórbidos, menos comunes de lo que supone la gente equilibrada, especialmente, en estas cosmópolis sud-ameriacanas, en que la degeneración, cruza

muy amenudo el Océano, para enjendrar psicosis, extrañas al medio sano y profícuo.

Por lo que se refiere al doble amor de la joven, que viene ser el eje en torno del cual gira el desastre, no nos parece extraordinario. Fácilmente se descubre que ese no es un caso de amor sentimental, imposible de subdividirse. En el fondo, no hay más que una atracción de morbosidades; lo que podría llamarse, una armonía neuropática. El amor verdadero, aunque en él no crean ni Nietzche ni Schopenhauer, es indivisible; lo demás es enfermedad celular, cuyos misterios, sólo pueden insinuarse en ciertas aberraciones.

En la producción del joven Thogorma, queda explicado por sí mismo el fenómeno, siendo ella, además, una novela, escrita en breves párrafos, confirmando con su exigua extensión, la teoría de que la síntesis, aumenta la intensidad impresionista.

Nos place publicarla, porque contribuimos así, a estimular la acción de un fuerte cerebro, destinado seguramente, a cincelar en lo futuro, otras bellezas de valor subido.

La Direccion.

AÑO I BUENOS AIRES, AGOSTO 20 DE 1918 TOMO II N.° 20

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

NEUROSIS DE AMOR

POR

EVIL THOGORMA

Ilustraciones de HOHMANN.

Hacía muchos años que nos reuníamos consuetudinariamente en la habitación de nuestro amigo Mario. La reunión se efectuaba por las noches en su piezita amueblada y adornada con gusto de artista, pero de artista un poco severo y enfermo. Los contertulios — todos en plena juventud, llevando en el alma algo de Verlaine y de Baudelaire — gustaban de los exotismos del buen Mario, que hacía revivir en este moderno Buenos Aires, las modalidades del viejo París, del París bohemio y artista, que tan bien nos describiera "aquel perfecto mago de las letras francesas" que fué Teófilo Gautier. Porque todos estábamos — ya en abatimiento franco, ya en exaltación enfermiza — penetrados hasta lo más hondo de esa larva mortal (quizás un poco miserable, ya que no

se traducía en exteriorización alguna) que hizo de Poe un anormal sagrado.

Mario era doctor en filosofía y a la sazón estudiantes de ciencias exactas. Vivía en un barrio apartado de Floresta; estaba en pensión, pero el cuarto que habitaba, amueblado por él, tenía ese secreto encanto que comunica a todo cuanto le rodea un espíritu superior. A todos nos impuso, al entrar por vez primera, aquella solemnidad en el mueblaje, poco disimulada por algún detalle cariñoso, que se nos antojaba como la sonrisa de una Gretchen pálida, que trata de velar las amarguras de todos los días. Estaba la habitación empapelada en papel azul; un cuadro representando a un peregrino (una especie de "Judio Errante" por la vestimenta) caminando en una noche sombría, daba al contemplarlo como una visión de aislamiento, de grandeza, de soledad del alma frente a Dios. Unas flores amarillas, sobresaliendo de un jarrón morado, que descansaba sobre una pequeña mesa triangular (que sostenía al mismo tiempo un fetiche, un Budha, reproducción sin duda en pequeño de alguna célebre escultura), ponían en el conjunto una nota nigromántica, apenas velada por un busto de Platon, tallado en una materia como marfil, que descansaba en una repisa puesta en uno de los ángulos de la estancia. En el paño mayor de pared, entre dos varillas, a modo de mapa-mundi, en pergamino, grabado en caracteres de oro, el "Eclesiastés" de Salomón. Cinco sillas de alto respaldo, tapizadas en cuero azul (nuestro amigo tenía la obsesión de lo azul) en torno de una mesa de color de azabache, decían bien con la inmensa biblioteca, llena de tomos encuadernados en una tela oscura.

Pero lo que allí había de más dulce era un pequeño retratito

de mujer encerrado en un marco de nácar que pendía a la cabecera de la cama, y, labrada en el marco, una rosa ligeramente coloreada, que era una perfecta miniatura. La mujer allí representada era rubia y descolorida; sus ojos tenían la expresión de la materialidad divinizada y se comprendía que el sér que poesía aquellos ojos debía guardar en sus nervios una sensibilidad llevada al último grado y en su corazón las emociones espontáneas de un corazón de niño. Naturalmente, el visitante que por primera vez entraba allí dirigía la mirada de aquel pequeño retratito al rostro del huésped. Y Mario, como si ya se hallase preparado para aquella muda interrogación, decía seriamente, con su voz clara y grave: "Es una novia que tuve hace ya muchos años, señor". Y pronunciaba invariablemente estas últimas palabras con inflexión triste, profundamente triste, nunca supimos si afectada o verdadera. Todos los días, entre taza y taza de café, la conversación recaía sobre los mismos temas: al cabo, corazones de veintitres a treinta años, cansados y viejos...

Una noche, nunca podremos olvidarlo, encontramos en la habitación un nuevo visitante. Extraño, de rostro pálido, tranquilo.

—Walter Mágdalo, un amigo, un hermano...

Todos nos inclinamos, y, acostumbrados al modo de ser de Mario, extendimos las manos en silencio. Este se prolongó por varios minutos; el desconocido nos miró con una profunda mirada, y, después, como si a él le correspondiese hablar, como si nadie más que él tuviese el derecho de hablar allí, con un timbre de voz suave y extraño dijo:

—Hace tiempo, hace años que conozco a Mario, señores.

Nuevamente nos volvimos a inclinar, porque aquel hombre nos saludaba cordialmente en el corazón de nuestro amigo. Entonces reparamos en su traje negro y en un ópalo de luces rojas que resplandecía en su corbata, negra también. Era, en realidad, un sombrío visitante. Sus ojos tenían una fijeza y una suavidad tales, que, al contemplarlos, nos parecía tener ante nosotros las pupilas nictálopes de los buhos atenuada. La inmovilidad por esa infinita mansedumbre que pone en sus miradas una mujer supremamente buena... Sin comprender porqué, aquel desconocido nos dominaba por presencia, por anormalidad. Se acentuaba una voluntad poderosa, apenas velada elegantemente por una apariencia de artista, y que se imponía desde el primer segundo. Walter prosiguió en estos términos:

—"Hace años que conozco a Mario. Mi empleo, lejano a Bue-

nos Aires, me tuvo apartado mucho tiempo de su compañía, pero lo encuentro como siempre, en su habitual espiritualidad un poco enferma, rodeado de los mismos libros, de los mismos recuerdos... Muchas veces le he dicho, yo, el menos positivo de los que existen, que es necesario tener fe, vivir la vida tal como es, sin tratar de modificarla ni de pedirle aquello que no puede ni nunca podrá darnos, pues, al cabo, todo cambia y se renueva y somos sin saber porqué y sin saberlo nos iremos..."

El desconocido hizo una pausa; después con una sonrisa amarga y reflexiva, continuó:

—"Sin embargo, cuánto bregar y padecer inútilmente, cuánto anhelar en torno del viejo tiempo, que cada minuto, consuetudinariamente, se acerca a nosotros, como un inexorable conocido pálido para llevarse lo mejor de nuestros sueños... El alma se va poniendo vieja en esta contínua auscultación, y, el corazón..., el corazón se vuelve, como sin querer hácia el camino que fué suyo en otros días!.. Y es que el corazón está lleno de cansancio y presiente la caída remota de las horas estériles..."

Walter hablaba lentamente pero con seguridad; por momentos sus ojos adquirían inusitado brillo, y, se notaba que su espíritu se había ejercitado en largas soledades a la conversación con su "yo" interior. Tras varios minutos prosiguió así:

—"A veces me parece que no fuí todo lo bueno que pude ser...; que una mirada que no comprendí me hacía señas a la vuelta del camino y que mi cerebro en las oscuridades del silogismo la juzgó menos trascendente que el nombre de un nuevo músculo o el término de una ecuación... Y pienso, (aquí el desconocido parecía hablar consigo mismo) que he nacido bajo el signo de Saturno, que una imprevisión fatal desvió para siempre el curso de mi vida, que una fuerza ignorada detuvo la gota que iba a caer en la clepsidra del Destino..."

Se tranquilizó un instante y prosiguió, sosegada y tristemente.

—"Bien puede ser que nada se haya modificado en mí, ni tampoco a mi alrededor, y que ya hubiera estado dispuesto que yo fuese así desde antes de los tiempos: "Sócrates que sale, halla a Sócrates sentado en el umbral de su puerta; Judas encuentra a Judas..."

Después de esta cita de Maeterlink, que hizo suya, Walter permaneció largo rato en silencio. Todos lo observábamos profundamente conmovidos; parecía que el mismo Mario encontrara algo extraño en el amigo de otro tiempo. Sin duda tuvo este pensamiento, porque dirigiéndose a Mágdale, dijo:

—"Sin embargo, tu vida no ha cambiado, que yo sepa; nadie ha observado en tí la menor mudanza..."

—"Es cierto — interrumpió — no he cambiado..., en apariencia al menos; cumplo mis obligaciones..., pero... Tu sabes que mi vida se reduce a observar, a investigar...; investigaciones, que, al cabo me sumergen más y más en la duda por esta manía de querer percibir siempre un "más allá" tras el examen lógico. Pero de un tiempo a esta parte tenga sensaciones cada vez más extrañas, hasta el punto que me hacen dudar del equilibrio de mis facultades. Aguardo acontecimientos sin saber porqué y que no tienen razón de ser; creo vislumbrar signos imperceptibles que me revelan al que me hundirá el puñal a traición en el recodo del camino... Es más: en el campo de la personalidad me creo único, es decir, me parece que nadie puede tener las sensaciones que yo siento o por lo menos experimentarlas con igual intensidad... Todo esto se realiza en silencio, interiormente, como si una voluntad más poderosa que la mía, despertase de un largo sueño en el despertar de alguien que es como mi espíritu director, y que habitara hace mucho tiempo en lo más hondo de mi alma... Quizás no haya en esto más que un exceso de soledad, pero yo busco la clave explicativa, ya en algo que me persigue, ya en algo que es como la sombra de mis propias culpas... Así, en todo, absolutamente en todo, hasta en la relación que pueda existir entre el átomo y la eternidad, entre una mortal borrachera de opio y el insomnio de una virgen en martirio de amor, creo descubrir íntimas adelfixias, raros sistemas que es enlazan en puntos inverosímiles... Si, sensaciones muy extrañas. Y sin embargo, — Mario lo sabe bien — no hay nada que aborrezca tanto como estas incoherencias fatales, que más bien comprendo como el anatema de una vida anterior sobre mi alma, ya que mis sueños de niño y de adolescente siempre convergieron hacia la energía clara y franca del sol..."

Walter hablaba nerviosamente, obsesionado. Entonces, el más joven de nosotros, con cierta timidez le preguntó:

—"Pero, ¿y el amor?"

Mario y él se dirigieron una comprensiva mirada.

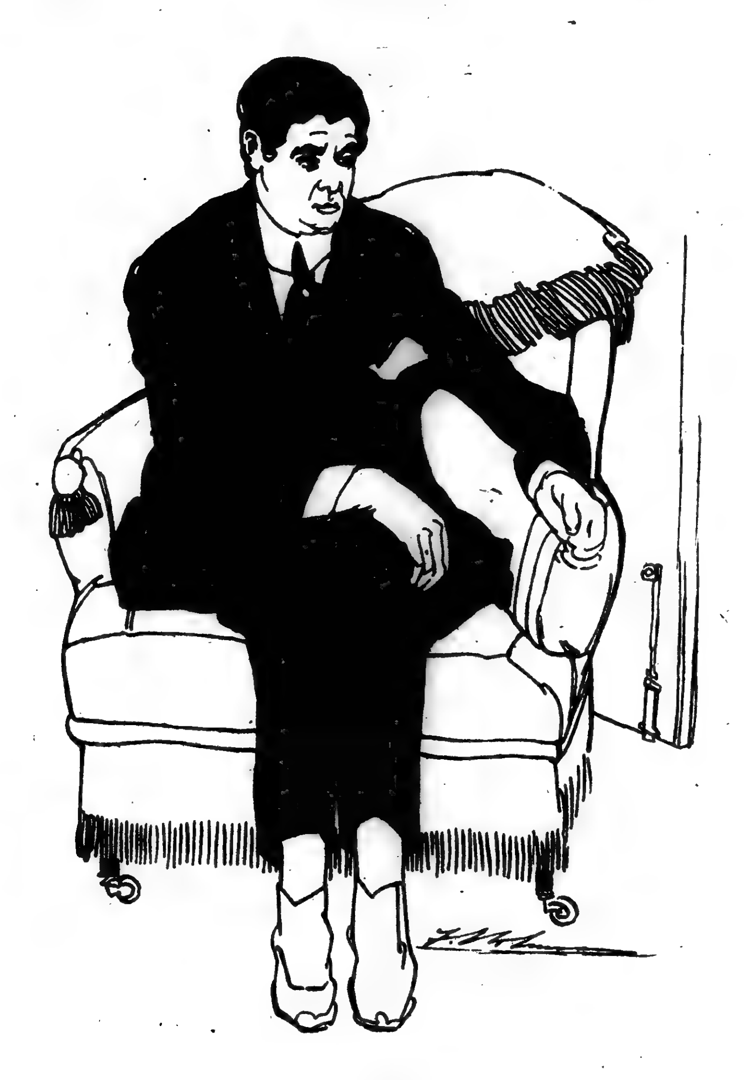
—"¡Séptima soledad!, murmuró a modo de explicación recordando a Nietzche. El amor, o es divinamente enfermo, o sueña al borde del hastío. ¿Nunca les has referido, Mario, la historia de tus amores?... Es una historia suave, que él mismo no ha comprendido bien, que yo mismo no me explico bien... ¿Si me permites?.."

Mario asintió con una mirada.

La palabra fácil y profunda de aquel hombre y el secreto que iba a revelársenos, hizo que estrecháramos círculo a su alrededor. Mario se quedó inmóvil, pensativo, pálido. El desconocido dirigió sus ojos al retratito encerrado en el pequeño marco de nácar, se recogió un instante en si mismo, y, tras una pequeña pausa, empezó el relato:

—"Era un mujer buena y triste que ponía siempre una suave sonrisa por sobre todas las cosas. Sumamente bella: rubia, de ojos azules, de pequeña estatura, delgada y descolorida, siempre me dió la impresión de una florecilla de cristal, frágil, delicada... Mario la conoció por intermedio mío, en una reunión familiar que se efectuaba semanalmente en casa de Luis Gazzaniga, acaudalado comerciante retirado de los negocios, que había dedicado a la educación de su hija las energías de sus últimos años, ayudado para ello por una gran cultura personal y por una fortuna inmensa. Lucía — así se llamaba la que cariñosamente nombrábamos Lucy — (y al pronunciar este nombre los ojos de Walter se humedecieron al mismo tiempo que su rostro se ponía más pálido) al poco tiempo de conocer a Mario, se modificó hondamente en su modo de ser. A todos los que la conocíamos íntimamente, a todos los que sabíamos del fondo místico de su alma, a pesar de su costumbre de velar las tristezas — como lo hacen siempre los espíritus que, por una causa de anormalidad, o por una causa superior, son graves y serios — nos extrañó sobremanera aquel cambio repentino. Lucy se esforzaba en sonreír como en días anteriores, pero en ciertos descuidos la llaga íntima, la preocupación indeclinable, se mostraba sin que pudiese remediarlo. Mi afán de análisis me llevó muy lejos; y, en un mal momento, hasta llegué a conjeturar raciocinando sobre los versos de Darío. "...y por la Lujuria, madre de la Melancolía"... Era inexplicable verdaderamente. Día por día se iba abatiendo; se presentía la labor de uno de esos ácidos misteriosos que corren sutilmente los nervios y dejan su huella acentuando el raro azul de las ojeras y poniendo en las frentes un tono descolorido de marfil. Poco tiempo después creí encontrar la clave: la presencia de Mario la turbaba visiblemente; advertí que en Mario también se anunciaban, ya en sonrojos que nunca había visto en él, ya en el desequilibrio de alguna de sus conversaciones, los mismos síntomas que en Lucy. "Sin duda, pensé, sólo hay un gran amor en germen y estas dos almas — que bien se merecen — se han comprendido y aguardan el instante propicio para confiar a los labios el dulce secreto del corazón"... Y por algunos días no me preocupé más del asunto. Al

cabo de una semana fuí a visitar a Mario; lo hallé entre sus libros, como siempre. Pero un retrato, ese que ven ustedes a la cabecera de la cama, me confirmó en mis anteriores suposiciones, al propio



tiempo que me anunciaba claramente la novedad al contemplarlo en la mesa de trabajo de mi amigo".

En este punto Walter guardó silencio por algunos minutos. Mario lo miraba con fijeza. Tan pálidos estaban los dos en aquel

instante que se hubiera dicho que la misma angustia los oprimía; hasta el brillo de sus ojos era idéntico. Mágdalo pasó su mano por la frente, y después, con voz que revelaba una lucha interior, y, deteniéndose por momentos, como si alguno de los detalles de la historia que refería, debiera quedar para siempre en el misterio, prosiguió:

—"Mario advirtió que yo había sorprendido su secreto, y acercándose a mí, ruborizado como un niño: "Perdóname que no te lo haya dicho antes, Walter, me dijo, ese retrato lo poseo desde ayer..."

El desconocido se detuvo y haciendo un paréntesis a su relato recitó reflexiva y amargamente estos versos de Verlaine "Oh, las primeras flores que aroma tienen! Y como suena dulcemente el primer "si" que sale de los labios amados!.."

Segundos después continuó así:

—"Largas horas hablamos Mario y yo... Tres días después partí para el norte de la República. Había pedido el traslado de mi empleo por razones de salud; en esos días me lo concedieron y dejé a mi amigo entre los deditos de rosa del amor..."

Ninguno de nosotros esperada esto, y, en el viaje de que tan bruscamente nos habló Walter, creímos descubrir un punto sombrío.

—"Y recuerdo, dijo Mario, que te fuiste sin despedirte de Lucy".

—"Así fué en efecto, repuso rápidamente Mágdalo con acento seco y metálico. Mi salud, como tu sabes era muy delicada y calculé tan mal el tiempo, tan precipitada fué mi partida, que apenas pude despedirme de tí a quien encargué lo hicieras con Lucy y su familia, en mi nombre".

Walter se serenó rápidamente:

—"En la provincia de Tucumán donde me trasladaron tuve al principio noticias seguidas de Mario. En todas sus cartas me hablaba de pajarillos azules, de sueñecitos pálidos... Pero al poco tiempo no supe más de él. Inquieto le escribí repetidas veces, pero no obtuve respuesta. Pensé que el amor le absorbía todos los minutos (esto lo dijo Walter con extraña sonrisa) y resolví aguardar. Tres meses después recibí una angustiada carta que me sobresaltó y contesté enseguida. Tras un mes de silencio recibí otra".

El desconocido sacó una elegante cartera con incrustaciones de oro, y de ella, cuidadosamente, un sobre.

—"Aquí están esas dos cartas de Mario que voy a leer; como he dicho medió un mes entre las dos".

Walter abrió el sobre, tomó uno de los papeles que contenía, y,

ERCKMANN - CHATRIAN

(Continuación)

¿quién en estos tiempos de vacilación va a prestarnos un céntimo sobre nuestras tierras y nuestra casa? Y de todo esto ¿quién tiene la culpa sino los bribones que nos han engañado?

¡Ah! si existe algo en lo alto, como así lo espera todo hombre honrado, ¡qué estrecha y terrible cuenta deberán dar esos seres abominables a tantísimos hombres, mujeres y niños como les aguardan allá para pedirles cuenta de los sufrimientos a que les sujetaron en vida!.. Pero ellos, al igual de todos los bandidos que pueblan la tierra, no creen en nada.

Aquel día se pasó en medio de la mayor inquietud y de la más cruel zozobra. Nada sacamos en limpios, pues a cuantos procedentes de Dossenheim y de Neuviller interrogamos, sólo nos respondieron:

—¡Praparáos... los otros avanzan!

Sin embargo y para que se vea qué clase de bichos existen, mi imbécil adjunto Placiard, esta especie de mendigo que se pasaba la vida solicitando empleos, se vino a mi casa diciendo en tono de triunfo:

—Señor alcalde, todo marcha a maravilla; se les atrae al llano, y son tan brutos que se dejan cojer en el lazo. Mañana a más tardar no queda ni uno para remedio.

Tras Placiard acudieron los concejales Arnold, Sepel y Dida, voceando que era preciso exterminar al enemigo, pegar fuego al bosque de Haguenau para asarlo; y así consecutivamente. Cada uno tenía su plan. ¡Válgame Dios! ¡y qué bestias son los hombres!

Lo peor fué, empero, cuando mi mujer enterada del bando que se había publicado en Falsburgo, subió a nuestra despensa para enviar algunas provisiones a Jacobo y notó que habían volado los dos mejores perniles, junto con una carrillada de puerco y un rosario de salchichas ahumadas hacía unas seis semanas.

Era cosa que daba espanto verla bajar, gritando que nuestra casa estaba llena de ladrones y que no había que fiar de nadie. Gredel, al oirla, hizo coro con ella, y si su madre gritaba, más la hija, que decía que el ladrón no podía ser otro que el maldito badenés Frantz.

Desgraciadamente Catalina había visitado la despensa dos días después de haberse este despedido y lo había enconcontrado todo en su sitio; así es que su cólera redoblaba.

Gredel dijo entonces que quizá Jacobo antes de partir había metido en sus alforjas los perniles y demás.

—¡Qué tiene de habérselos llevado Jacobo!, gritaba Catalina; de ser así mis ojos lo hubieran visto. Además, mi hijo nunca ha tomado nada sin pedírmelo.

Al lado de tal batahola nada significaba el ruido del molino.

Las siete de la tarde serían cuando regresó mi primo en su carricoche, procedente de Alsacia. Al verle corrí apresuradamente a su casa para saber noticias. Cuando entré en ella Jorge estaba en el comedor quitándose las botas y luego se puso una blusa.

—Hola ¿eres tú?, me dijo mi primo al verme; ¿ya habéis escondido el dinero?

—Sí.

—Me alegro. Llego de Bouxviller, donde he sabido noticias que arden en un candil. ¡Qué generales tenemos, Cristiano! ¡qué generales! En verdad te digo que la campaña empieza desastradamente para nosotros, y que si esto continúa estamos aviados.

Ana María, la mujer de mi primo, en esto salió de la cocina y puso sobre la mesa una pierna de carnero, pan y vino. Jorge se sentó, y mientras comía nos contó que habían colocado dos regimientos de línea, uno de turcos, un batallón de cazadores de a pie, un regimiento de cazadores de caballería y otro de húsares, con diez y seis cañones, en junto siete u ocho mil hombres, delante de Wissemburgo, y que estos estaban tranquilamente acampados, bañándose en el Lauter o lavando la ropa, frente a unos cincuenta mil alemanes, ocultos en el bosque, sin contar otros ochenta mil que tenían a su derecha que sólo aguardaban el momento oportuno para cruzar el Rhin. Como si dijéramos, a los nuestros los habían metido en la boca del lobo, que no tenían más que cerrar las mandíbulas para tragárselos; y tal sucedió.

Los alemanes habían sorprendido a nuestro pequeño cuerpo de ejército el día anterior por la mañana, librándose un encarnizado combate en las viñas que circuyen a Wissemburgo. Los nuestros carecían de artillería; los turcos, los cazadores y los soldados de línea se habían defendido, uno contra seis, como verdaderos leones; pero como los alemanes no cesaban de recibir refuerzos y más refuerzos, habían concluído por exterminar a sus contendientes inmediatamente después de lo cual bombardearon la ciudad y luego la entregaron a las llamas. Sólo algunos de los nuestros pudieron retirarse a los bosques de Bitche, remontando el Wisse. Se-

gún rumores, en la batalla había perecido un general, así como resultado de la misma habían quedado sepultadas en sus ruínas algunas aldeas.

Mi primo supo todas estas desgracias en Bouxviller, donde la tarde misma de la lucha habían llegado algunos cazadores de a caballo, quienes también dijeron no se qué de desertores, como si soldados en derrota, sin conocimiento de un terreno poblado de bosques y erizado de montañas y que huían delante de ellos para escapar del enemigo pudiesen ser declarados tales. Y esta es otra de las grandes abominaciones que hemos presenciado después. Mucha gente sin corazón prefería decir que nuestros pobres soldados habían abandonado sus banderas a no darles pan y vino; era más cómodo y menos caro.

—Ahora, prosiguió Jorge los ejércitos de Estrasburgo y del interior, que deberían estar ordenados, descansados y provistos de todo, en Haguenau, pero cuya cola llega todavía a Luneville, se dirigen a marchas forzadas hacia Wissemburgo para contener la invasión. En Brumath se concentran catorce regimientos de caballería compuestos en su mayor número de coraceros y cazadores. Algo se aguarda. Mac-Mahon se encuentra ya en las alturas de Reichshoffen, con el comandante de ingenieros Mohl, de Haguenau, y otros oficiales de estado mayor, para escojer sus posiciones. A medida que las tropas llegan, se extienden delante de Niederbronn. Todo cuanto acabo de decir lo he oído relatar en la posada de "La Torrecilla", momentos antes de ponerme en camino para ésta, a los campesinos que con sus mujeres y sus hijos y trayendo consigo carretas cargadas con sus camas y sus muebles huían en dirección de la Piedra Chica, pero de cuyo punto se han desviado y tomado el camino de Estrasburgo al saber que en este fuerte no había más que una guarnición de media compañía. A mi ver han obrado bien, pues una ciudad grande como Estransburgo cuenta siempre con más recursos que un fortín a cuyo alrededor han levantado una empalizada para emboscar en ella cincuenta hombres.

Estas eran las noticias que aquel mismo día había recojido mi primo.

Al oirle, se me acudió la idea de correr a mi casa y cargar una de mis carretas con cuanto trigo pudiese para llevarlo sin pérdida de tiempo a Falsburgo; pero mi primo me dijo que las puertas de la ciudad estaban cerradas de noche y que a su parecer todavía llegaría a tiempo el día siguiente.

Según Jorge, la gran batalla no debía librarse antes de dos o tres días, pues el grueso de las fuerzas alemanas se encontraban todavía a la parte de allá del Rhin, y era indudable que los nuestros se opondrían a su paso. Cierto es que los cincuenta mil hombres que se habían apoderado de Wissemburgo podían bajar por el Sauer; pero entonces las fuerzas de ambos combatientes hubieran estado casi equilibradas y los alemanes tenían interés en combatir tres contra uno.

Jorge había oído disputar este extremo a algunos oficiales en la posada, delante de todos los concurrentes, y de ello deducía que nuestras tropas, que se extendían hacia Metz, por Bitche y Sarreguemines, a las órdenes del general Failly, tendrían tiempo de darse la mano con Mac-Mahon.

También lo creía yo, pues era cosa que saltaba a la vista.

Hablamos de estas miserias, hasta las nueve, a cuya hora Catalina y Gredel, vinieron a ventilar sus disputas ante Ana María, quien les dijo:

—Por Dios, sed razonables. ¿Qué os importan dos o tres perniles? Quizás pronto os alegraréis de saber que han aprovechado a Jacobo, en lugar de ver que a vuestros ojos se los comen los hulanos.

Pero a mi mujer no la convencían tales razones.

A las diez y a una indicación de Ana María, que nos dijo que su marido estaba muy fatigado y tenía necesidad de reposo, nos volvimos a casa.

Si aquella noche mi mujer no me hubiese despertado tantas veces para decirme que nos robaban, que se nos lo llevaban todo y que a la postre nos veríamos arruinados, hubiera dormido perfectamente; pero no cesó de martirizarme y hasta me demostró veladamente sus sospechas de que Gredel había dado los perniles a Miguel para Juan Bautista.

El día siguiente reinaba la mayor tranquilidad en la aldea, los habitantes de la cual habían escondido cada uno sus intereses. Sólo temíamos una cosa, y era una salida de los de Falsburgo para llevarse nuestro ganado.

Todos los muchachos estaban de centinela en la cuesta de Wechem, con objeto de vigilar si la guarnición salía, para nosotros llevar inmediatamente el ganado al bosque; pero nadie se movió. Los soldados de línea se habían puesto en marcha, y el jefe de la plaza, Taillant, no podía enviar a los mozos de nuestras aldeas a que se apoderasen del ganado de sus padres.

A cosa del medio día del 6 de Agosto, llegaron a Rothalp a'gunos leñadores de Krapenfels y nos dijeron que se oía tronar el cañón hacia las alturas de Falsburgo del lado de la Alsacia; pero no les dimos crédito, pues ya sabemos que siempre hay gente que se complace en mortificar al prógimo.

—Esos son voces que se propalan para acobardarnos, decían para sí los aldeanos.

Hasta las diez de la noche todo permaneció tranquilo.

Hacía un calor insoportable; yo estaba sentado en el banco, delante del molino, en mangas de camisa, pensando en nuestros contratiempos. De vez en cuando densos nubarrones velaban la luz de la luna, lo que hacía tiempo no había sucedido y lo cual parecía indicio de la deseada lluvia. Gredel lavaba los platos en la cocina; mi mujer subía y bajaba, registrando los armarios, para ver si nos habían robado algo más que los perniles; en la aldea se cerraba una ventana trás otra, y ya iba a meterme dentro para acostarme, cuando de la parte del bosque oí una especie de ruido que me llamó la atención y me hizo detener; era un rumor sordo, como el producido por el rodar de algunas carretas; algo pasaba en la montaña.

Mi mujer y Gredel salieron también y prestaron oído atento. En el mismo instante en la cercana cervecería de la "Cántara de oro" empezó un disputa que nos impidió oír por más tiempo aquel ruido.

—Los borrachos de la "Cántara de oro" empiezan de nuevo sus gritos como todas las noches, dije a Catalina; hay que poner coto a tales escándalos, que son una verguenza para la comuna.

Pero apenas hube pronunciado estas palabras, cuando de la calle frontera del camino desembocó un grupo de aldeanos, gritando:

—¡Un desertor! ¡Un desertor!

—¡Cuidado con el caballo! ¡vigilad que no se escape! chillaba mi adjunto Pláciard, cuya voz sobresalía entre las demás.

En medio de aquella multitud avanzaba lentamente un corpulento coracero. Todos querían sujetarlo, uno por el brazo, otro por el cuello de la casaquilla, sin embargo de que no oponía la más leve resistencia; su caballo le seguía cojeando y con la cabeza baja, llevado de la brida por el guarda rural.

—Señor alcalde, gritó Placiard al verme, aquí le traigo un desertor, uno de los que han huído de Wissemburgo y ahora recorren la comarca para regalarse a costa de los campesinos. Todavía está borracho; yo mismo lo he cojido.

—¡Encerrarlo en el granero!, gritaban los hombres y mujeres del grupo. Hay que avisar a los gendarmes para que le echen el guante.

Yo estaba admirado de ver que aquel mocetón, con su coraza y su casco, se dejase conducir como un cordero, y al igual que mi primo Jorge, que había acudido inmediatamente, no sabía qué pensar de lo que presenciaba; mas como el soldado y su caballo permanecían delante de la puerta, aturdidos, y era urgente tomar una determinación, dije:

—Entremos.

El guarda rural ató el caballo a la anilla de la troj, y en revuelta confusión entramos todos en el comedor de la planta baja, cerrando la puerta del pasillo a los vocingleros, que nada tenían que hacer en mi casa, sin embargo de lo cual permanecieron impertérritos en la calle y gritando:

—¡Un desortor! ¡un desertor!

A cuyas voces acudían de acá y de allá los habitantes de la aldea.

Una vez en el comedor, mi mujer fué por una vela a la cocina. Entonces, al ver a aquel robusto mozo, con sus grandes bigotes, su rostro cuadrado, el sable al cinto y todo un lado del carrillo desollado y azul hasta la nuca, comprendimos que no era un desertor, sino que debía haber pasado algo terrible en las cercanías.

Jorge al oír que Placiard repetía que él había cojido al coracero en el jardín de su casa, donde el miserable quería ocultarse, se volvió lleno de indignación hacia el adjunto y exclamó:

—¡Cállese usted! Un hombre como este no se oculta, y a haber querido defenderse, cincuenta como usted no lo detienen.

El coracero volvió entonces la cabeza y miró en silencio a Jorge. El infeliz parecía estar atontado.

—Usted viene de un combate, ¿no es eso, amigo mío?, le preguntó cariñosamente mi primo.

—Sí, señor, respondió en voz baja el soldado.

—¿Conque hoy ha habido lucha?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

El coracero se volvió hacia la ventana que permanecía abierta y tendiendo el brazo señaló el Falsberga, a la izquierda, hacia el aserradero, y respondió .

—Allá abajo, detrás de las montañas.

—¿En Reichshoffen?

—Este hombre está rendido de fatiga, dijo Jorge. Catalina, trae vino.

Mi mujer sacó una botella del armu-

rio y llenó un vaso, pero el coracero no quiso beber; tenía la vista fija en el suelo, como si en él hubiese visto algo.

Lo que acabábamos de oír había paralizado la circulación de la sangre.

—¿Y los coraceros han cargado?, preguntó Jorge.

—Sí, respondió el soldado todos.

—¿Y dónde se encuentra ahora el regimiento de usted?

El coracero levantó la cabeza y respondió con voz sorda:

—¿Mi regimiento? allá abajo en las viñas, en los lúpulos, en el río...

—¡Cómo en el río!

—¡Sí! ¡no queda ni uno!

—¡Ni uno!, exclamó mi primo. ¿Los seis regimientos han desaparecido?

—¡Sí, todo concluyó, dijo el soldado como hablando consigo mismo; la metralla los ha barrido.

—¿No decía yo?, chilló Placiard. Ya lo ven ustedes; es uno de esos tunantes que propalan noticias falsas. ¿Pueden barrerse así como así seis regimientos de coraceros? ¿No me ha dicho usted acaso, señor alcalde, que con estos seis regimientos había bastante para arrasarlo todo?

Nada respondí: el sudor me inundaba la frente.

—Hay que encerrarle en alguna parte y avisar a los gendarmes, insistió Placiard; esta es la orden del subprefecto.

El coracero se enjugaba con la manga la sangre que le corría por la mejilla; parecía no oír nada.

—Tiene usted sangre aquí, dijo mi primo señalando la coraza del soldado, que volvió en sí y respondió:

—¡Ah! sí, es la sangre de un húsar blanco a quien he matado.

—¿Y este golpe que tiene usted en el carillo?

—Me lo ha inferido con el pomo de un sable un oficial bávaro... He perdido de vista el mundo... mi caballo ha echado a correr...

—¿Luego ha habido refriega?

—Sí... dos veces... y en la imposibilidad de acuchillarnos... se ha entablado una lucha a brazo partido... no haciendo uso más que de la empuñadura de los sables.

Placiar iba a principiar de nuevo; pero Jorge, enfurecido, le dijo:

—¡Cállese usted, viejo servil! ¿No le avergüenza a usted insultar a un valiente que se ha batido por su patria?

—Señor alcalde, gruñó Placiard, ¿usted permite que me injurien en su casa, en el momento de llenar mis deberes de adjunto?

Yo estaba en áscuas; pero Jorge le dirigió una mirada de través e iba a responderle por mí, cuando oyóse fuera un gran clamoreo de voces seguido de un furioso galope de caballos, un grito terrible que nos dejó helados de espanto:

—¡Los prusianos! ¡los prusianos!, repetían acá y allá.

Al mismo tiempo un grupo de ginetes pasaba a la desbandada por delante de nuestras ventanas, con la rapidez del huracán.

La muchedumbre se dirigía corriendo a sus casas y les mujeres daban grandes voces diciendo:

—¡Señor, apiadáos de nosotros! ¡Estamos perdidos!

Después de tales gritos y del paso de los ginetes, quedé como clavado en el suelo y prestando oído a lo que ocurría fuera; pero al cabo de un minuto todo volvió a quedar en silencio. Al volverme, vi que todos los vecinos que habían penetrado en mi casa en pos del coracero, incluso Placiard y el guarda rural, todos habían huído por la puerta trasera. Gredel, mi mujer, Jorge, el coracero y yo éramos los únicos que quedamos en el comedor.

—Este hombre, me dijo mi primo, nos ha contado la verdad; hoy se ha librado la gran batalla y la hemos perdido. Los que acaban de pasar son los primeros fugitivos. Ahora lo que se necesita es calma y valor y que todos nos preparemos a arrostrar las calamidades que nos van a llover encima.

Y volviéndose al soldado, añadió:

—Puede usted marcharse, amigo mío, su caballo está ahí; pero si prefiere usted quedarse...

—No; no quiero que me cojan prisionero.

—Entonces véngase usted conmigo, voy a mostrarle el camino que debe seguir.

Jorge, el coracero y yo nos salimos; el caballo no se había movido del sitio donde lo dejaron, y en él, con mi ayuda, se subió el coracero.

—Ese camino de la derecha, dijo Jorge a este, es el que conduce a Metz; el de la izquierda, a Falsburgo.

El caballo echó a andar cojeando. Entonces fué cuando reparamos que al pobre animal le colgaba un pedazo de la grupa sobre la nalga y que había perdido mucha sangre.

Mi primo se fué tras el ginete, olvidándose de darnos las buenas noches.

(Continuará)

reposadamente, comenzó la lectura. La primera carta, de pocas líneas, estaba concebida así:

"Buenos Aires, 28 de Junio.

Hermano: Perdóname que solo te habla de mí. Estoy intranquilo por Lucy. Yo no sé que sucede... La encuentro pálida, desmejorada... Me parece que hay días que está muy lejos de mi corazón... Tengo el alma en angustia y a veces quisiera exclamar como Richepín, el maldito: "Soy un montón de carne que pasa...; no me importa que mi espíritu tenga un "más allá"...; no comprendo nada...; mi cerebro está lleno de tierra...; Todo está bien!" Pienso que Lucy me oculta un secreto terrible..., que quisiera comunicármelo, pero que no se atreve... yo no sé explicarte... pero me parece que a veces tiene miedo de que yo me acerque a ella... y presiento algo sinientro...

¿Sabes tú algo, hermano mío?

Te abraza, *Mario*

—"Contesté en una extensa carta, tratando de tranquilizarlo. Pero yo conocía a fondo el carácter de Lucy; sabía que al obrar así con un hombre como Mario, un motivo superior que desconocíamos la impulsaba. Y en aquella provincia lejana, largas noches pasé sin dormir por tí, Mario. Nunca te lo he dicho, pero yo también aguardaba ese acontecimiento que hasta hoy no he podido explicarme. Esta intuición de lo que iba a suceder tuvo una triste confirmación en la segunda carta que me llegó treinta y dos días después, epílogo lamentable de uno de los amores más hondos que he conocido. ¿Me permites, Mario, la lectura de esa carta?".

—"Son amigos de corazón", — dijo éste sencillamente.

Walter desdobló con lentitud el papel, leyó para sí algunos párrafos, volvió a mirar a su amigo, y en seguida dió lectura a lo que sigue:

"Buenos Aires, 30 de Julio

Hermano mío: Después de quince días mortales de fiebre y de insomnio, durante los cuales he temido perder la razón, mis primeras palabras son para tí. Lucy ha muerto. Mi terrible crisis ha pasado. He sido lo bastante cobarde para no matarme o he tenido el valor de no hacerlo, como te parezca. Esto no quiere decir que no

lo haga en el futuro. Tengo la honda convicción de que mi vida no tiene fin alguno, y, el día que me convenza que soy lo suficiente miserable para olvidar a Lucy, cortaré a sangre fría este cordelillo débil, que me ata a la tierra con el único objeto de eternizar y sutilizar el martirio. Hermano: yo no sé hasta que punto pudieran amar los místicos de otro tiempo: yo no sé en que plano superior, en que sendero azul dejaron la huella de su tránsito...; pero tú sabes que fuí artista y sensitivo por sobre todas las cosas; tú sabes que lo fuí desde niño; tú sabes que no había amado nunca y comprenderás hasta donde pude adorar a un mujer como Lucy. Desde su muerte, sueño su alma como una lucecilla en el horizonte y su corazón viene a visitarme todas las noches, bajo la luna siniestra, en cuya lumbre, comprendo el veneno dejado en el Cosmos por los siglos. Te hablaré de su muerte cuyo "porque" ha de ser siempre una incógnita para mí, aunque no dude un segundo de su lealtad en el amor. Después de aquella carta en que te comunicaba mis temores, noté que el misterioso mal de Lucy iba en aumento con trágica rapidez. En vano le pregunté la causa, en vano la llamé en nombre de nuestro amor. Desesperado, un día llegué hasta el insulto, pero me miró con sus grandes ojos llenos de lágrimas y me arrojé a sus pies como un niño. Desde aquel día no pude verla hasta la hora de la despedida suprema. Oh, hermano, no quisiera recordar: "Acuérdate, me dijo, que no he amado a otro más que a tí y no me culpes ni maldigas si una causa irremediable me aleja para siempre de tu lado". Todo daba vueltas a mi alrededor, Walter... Cuando volví en mis sentidos supe que ya estaba bajo tierra. Murió de un mal extraño me dijeron; los médicos no supieron bien de qué... Entonces recordé sus últimas palabras y no quise saber más. Eso es todo. De mí, que he de decirte?: el sueño mortal ha terminado y estoy lleno de una sombría serenidad. Volveré a mis estudios, adoraré su memoria. Mi único deseo es hablar contigo de ella, es estar contigo para hablar de ella. Si pudieras! Yo no; yo no puedo, yo no quiero moverme de aquí, de este barrio, de este polvo que la vió partir, de esta luna que la vió soñar. Yo debo estar aquí, eternizar aquí mi dolor y mi miseria.

Tu hermano. *Mario."*

Cuando Walter terminó esta lectura, nadie se atrevió a levantar los ojos. Un silencio profundo llenó la habitación. La certeza de

que una copa suprema se volcaba en el corazón de nuestro amigo, ponía algo de vergüenza en nuestras frentes. Nada podíamos remediar. Hubiésemos preferido ignorarlo todo y no comprendíamos que intención pudiera tener, Walter al referirlo y Mario, tan sutil, tan reservado, al consentir el relato. Después mil enlaces que nos sugerían las incidencias de la lúgubre historia, algo como la luz de un mismo rayo que uniera en un destino común las almas de aquellos dos hombres. La situación se hacía ya insostenible. Nadie se atrevía a hablar: era uno de esos momentos en que toda tentativa es estéril e inoportuna y en que el silencio se impone como majestad. Así lo comprendimos todos y tendiendo las manos nos despedimos hasta el siguiente día. Walter y Mario quedaron solos.

Durante varios minutos los dos amigos permanecieron callados e inmóviles. La fisonomía de Walter adquirió una expresión ruda y firme y sus negros y poderosos ojos parecían excrutar hasta lo más recóndito el alma de su amigo. De pronto, como respondiendo a su pensamiente, preguntó a Mario:

—"¿Amas aún a Lucy como entonces? ¿En nada ha disminuído su imágen en tu corazón?".

—"Absolutamente en nada, Walter; la amo hoy como el primer día, sin querer ni poder olvidar, sin necesidad de amar a otra. ¿Conprentes tú acaso que se pueda amar dos veces en la vida?..".

Y dirigiéndose a uno de los cajones de la mesa, sacó una cajita de nácar y de ella un rizo de cabellos rubios.

—"Estos son...", comenzó a decir...

Pero se detuvo al ver la expresión de infinita tristeza que en aquel momento tenía el rostro de su amigo.

—"Walter!", exclamó.

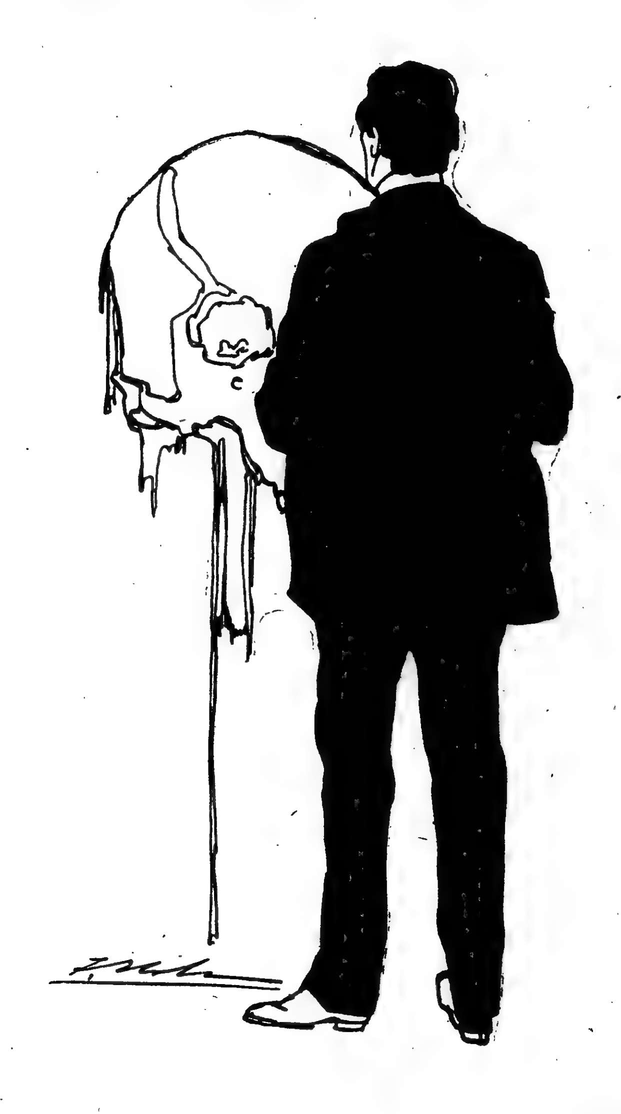
—"¡Bah..!, dijo éste serenándose, mira":.

Y bruscamente sacó de su cartera un rizo exactamente igual al que Mario poseía. Este no dió señales de sorpresa, y sentándose con la mayor sangre fría, bien que extremadamente pálido:

—"Por eso quería verte; siempre había pensado que tú la amabas. Por eso te he permitido que refirieras la historia de mis amores... Ni tú ni yo veremos la luz del sol de mañana, ¿no es así?..

Pero ella, Walter, sólo me quiso a mí: en la hora de morir no se miente".

—"Te engañas mortalmente, Mario, respondió con no menos



calma: en la hora de morir se miente como en otra hora cualesquiera, aunque esto sea poco comprensible, para el vulgo al menos. Aquella mujer rara y, divina que hemos de amar los dos hasta la

muerte, en el sentido que tú lo entiendes, mintió en la hora de morir. No te inquietes ni indignes. He venido tras largos años a visitar a mi hermano de otros días para decirle: ha llegado la hora. No soy un cobarde, Mario, pero mi espíritu está cansado y no puede guardar por más tiempo este secreto. Nuestras vidas, como tú dices están perdidas para siempre. Ni tú ni yo, como tú dices, veremos el sol de mañana. Pensé que el tiempo interpondría su mano entre tu memoria y tu corazón y por ello guardaba silencio. Todo son grados de sensibilidad, hermano mío, y los anormales como nosotros, deben doblegarse o desaparecer. Creo que tu alma no descenderá un punto de su locura, y, como al cabo, no hemos de llegar a la esencia del sacrificio de Lucy, que hoy nos arrastra a nosotros, escucha: No te has equivocado; ya la amaba y era correspondido. Cuando tú la conociste estábamos en la cumbre del más dulce de los impulsos motoras de la vida. Ella pronto comprendió que tú te habías enamorado, "perdidamente", como suele decirse. Su intuición de mujer penetró hasta lo más hondo de tu carácter. Muchas veces me hablaba de las semejanzas que tenía con el mío tu modo de ser. Era un mujér superior, enferma, rara, tú ya lo sabes. Me confió una noche que temía por tí, que temía tanto, que se imponía una solución extrema al dilema inconciliable que atormentaba su alma: este dilema era un amor doble, inmenso, igual. La solución que me propuso fué la muerte. Accedí como un niño; resolvimos morir. Ni tú ni nadie sabía nuestros amores y nuestra resolución fué sencilla: moriríamos separados con largo intervalo de tiempo. Habíamos llegado en nuestro amor a un grado tal que ella y yo sabíamos lo que nos reservaba la vida. Tan suave y familiar llegó a sernos una despedida definitiva y tan seguros estábamos el uno del otro, que ni una duda, ni una sospecha de que alguno de los dos vacilara en el cumplimiento de lo prometido se insinuó ni en los labios ni en los ojos. No ambicioné nunca poseerla; tampoco ella mostró deseo alguno. Me recibía a altas horas de la noche; hablábamos hasta el alba sentados al borde de su lecho y nos separábamos sin un suspiro, sin un beso, sin una lágrima... Eres un alma serena, Mario, de tan rara, de tan neurótica serenidad como la mía. He querido probar en esta larga espera la inviolabilidad de tus sentimientos. Lucy, al dar su vida no quiso curar tu llaga: sin decírtelo te exigió la muerte. Lucy al jurarte amor mintió en tu concepto pero fué sincera en su corazón: tu y yo somos una misma persona en sus cariños. ¿Comprendes? Aquí tienes la prueba de ello":

Y del mismo lugar que el rizo, Walter sacó una carta escrita en finísimo papel con letra diminuta de mujer y la entregó a Mario. La carta decía:

"Buenos Aires, 2 de Julio.

"Adorado Walter: Mi hora se acerca. En Mario me despediré de tí. Mario y tú son para mí uno inseparable. Os amo a los dos con fuerza tal, que, en mis pensamientos se lee como un solo nombre: "Walter-Mario". Esta será la última carta que tengas mía, porque el ácido con que me he ido envenenando lentamente, acentúa sus efectos.

Cuando juzgues que la espera de Mario es suficiente le comunicarás nuestro secreto y nuestra resolución.

Verdaderamente, Walter, nuestras almas están muy enfermas y esto que vamos a realizar se me aparece a las noches como un crimen. Sobre todo, yo que bien pude callar y desaparecer, soy la más culpable. Amar dualmente, con idéntica intensidad, sin posesión, hasta el punto de dar la vida por lo que las gentes mortales tildarían de locura, es ser siniestramente neurótico. Pero yo soy una fatalidad. A veces tengo miedo de mi misma, pero es solamente un remordimiento cerebral. Siento, como tú, la voluptuosidad del dolor. Mucho tiempo has de permanecer aun entre los vivos después de mi muerte. No te he pedido nunca un juramento: conozco tu alma. Quizás Mario extrañe que no le haya comunicado a él todo esto, pero, mi espíritu teme con terror inverosímil una duda en él. Su corazón es más joven y menos enfermo que el tuyo; los años lo tornarán su igual. Cuando ese tiempo llegue, acércate a él cuéntale este secreto, dile que en la noche de un mismo día os espero a los dos en la eternidad: (Será esa noche suave y cálida, algo húmeda, y el espacio, blanco de luna tendrá una transparencia de cristal...). ¿Qué mas he de decirte, alma gemela, apacible y maldita como la mía?.. Estamos muertos en plena savia; nuestro mal no tiene antídoto, oh amado. Yo siento esta garra, estos dedos-garfios que se extienden hacia mí como a través de los siglos... Y, en las noches sin clave de luz, todo converje hacia un fastasma negro, hacia una bestia negra que se me aproxima y en la que miro algo raro, como la corporación de las alucinaciones de los que fueron locos antes que yo... Y esta copa de angustia la acerco a mis labios, y con la sutil seguridad de un corrosivo químico, experimento en la suprema amargura del martirio, su acción que desciende, pe-

netrando en mis venas, infectando mis ganglios, estriando mis nervios... ¡Si supieras cuantos sueños raros, cuantas visiones místicas, tengo! Ayer soñé toda la noche, y, al despertar mi frente ardía. Sin duda la Intrusa está vigilando ya. En sueños me he visto, rígida, blanca, dormida para siempre. He visto a Mario desesperado, casi perdida la razón, mirándome con los ojos fijos. Te he visto a tí, lejos, sumido en extrañas abstracciones después de mi muerte. la boca contraída por una sonrisa incomprensible... Nada recuerdo de mis pequeñas cosas de niña, de aquellas pequeñas cosas que mi corazón creía eternas: todas han huído como pálidas nubecillas rosa... Noto que un delirio suave y constante me posee. Adiós, Walter, mi hermano, mi amado.

Lucy".

Un papel más pequeño se juntaba a esta carta de despedida. La fecha de este papel dejada en blanco por Lucy había sido puesta por la letra elegante y descuidada de Walter, y era la del día en que se efectuó la reunión que hemos descrito. Constaba esta esquela de cuatro palabras:

"Hasta muy pronto,, Walter-Mario. Lucy".

Mario terminó esta lectura, dejó un beso en la firma, y devolvió el papel a su amigo.

—"Estoy dispuesto", dijo con naturalidad.

En seguida, acercándose a la mesa, escribió:

"A mis amigos: Walter y yo vamos a emprender un largo viaje; no volveremos a vernos nunca. Disponed de mis muebles, de mis alhajas, de mis libros, como mejor os parezca. Respetad nuestra memoria y nuestro secreto. Que la paz sea en vuestro corazón.

Mario".

Después de esto los dos amigos se abrazaron estrechamente y comenzaron los preparativos de aquel doble suicidio. Mario ordenó todas sus cosas hasta en los menores detalles; nada olvidó: extendió una autorización para la entrega de sus cosas y la depositó cuidadosamente en el centro de la mesa junta con la carta para sus amigos; quemó varios papeles y cerró los muebles poniendo las llaves con las cartas. Hecho esto vistió su mejor traje, se acicaló

como para recibir personajes extraordinarios y sacando de una caja dos cigarros ofreció uno a Walter.

—Todas mis disposiciones están tomadas, dijo, ¿de qué modo debemos morir?

—Como Sócrates.

Y desenvolviendo un pequeño paquete sacó de él dos frascos; en las etiquetas se veía con caracteres rojos: "Cicuta". Entregó uno de ellos a Mario y guardó el otro en su bolsillo.

¿Eran sinceros aquellos hombres que iban a perderse para siempre en el recuerdo de una mujer que ya no existía? ¿Es posible que en el alma puedan perdurar así los afectos desconociendo la razón de tiempo y que una vida artificial pueda imponerse hasta el punto de sacrificarse la verdadera? Aquella resolución, aquella inalterable tranquilidad más propia de un cumplido "club-man" que de dos vidas próximas a entrar en el gran reino de las incertidumbres, ¿no ocultarían acaso un exepticismo límite que iban a subrayar con una frase literaria y sacrílega? Sus fisonomías estaban impenetrables. Ni siquiera parecían reflexionar. Envueltos en la humareda de sus cigarros quizás contemplaban poéticamente en las volutas del humo como el desenvolvimiento de una espiral hacia la eternidad. Fumaban en silencio cual si nada tuvieran que decirse. Un ocultista hubiese advertido la conspiración de fuerzas extrañas en aquel crimen de lesa vida. Se notaba, en efecto, algo anormal, como si todo hubiera estado dispuesto para aquel segundo, como si la acción que iban a realizar no tuviese nada de extraordinario.

Los cigarros fueron consumiéndose poco a poco y casi al mismo tiempo arrojaron las colillas. Entonces Mario se puso en pie, descolgó el retratito y lo guardó con el rizo en su bolsillo.

—¿Dónde debemos morir?, preguntó.

—En el mar. Todo lo tengo dispuesto; a la una y media de la madrugada una lancha nos aguardará. Saldremos río afuera; he conseguido un permiso especial.

Mario hizo un ademán de conformidad y volvió a sentarse. La fisonomía de Walter iba adquiriendo una expresión de ternura infinita: una visión de supremo amor se traducía en sus ojos: era como el llamado último de la vida.

—¿Te acuerdas, Mario, dijo con acento suave y conmovido. Fué en una primavera apacible cuando tú la conociste... Sus ojos tenían la suavidad húmeda de las aguas encantadas bajo el cielo del medio día... Poco después, en la Semana Santa, le envié los

últimos versos que escribí para ella en una mesa del "París". Con la misma suave tristeza de entonces sueñan aún en mi interior, hermano, escucha:

"Estás junto a mí... Los violines
repiten la canción de siempre,
pero suena para mí más honda
y más amarga que otras veces...
(En mi corazón, adorada,
tu coranzoncito se aduerme).
Diciembre y la Semana Santa
en mis recuerdos resplandecen:
las alas de cuando fuí niño
por las mismas épocas vuelven!..
Escucho a la abuelita enferma
contar el cuento de "Blanca Nieve";
Mamá, cariñosa lejana
dice la historia que entristece...
(y, por el caminito rosa,
cruzas vestida de celeste...).

—A ella podía hablársele así, con toda el alma, continuó Walter; tú sabes que era divina como la "Ligeia" de Poe; tú sabes que llevaba en su corazón la clave del destino y que a sus pies brillaban los siete puñales... "El caminito rosa..., el vestido celeste..." ¿A qué aguardar más la paloma que nos ofrende el olivo si sabemos que no ha de venir? ¿A qué buscar analogías para el alma en la vida cuando todo es mudable como la nube y el viento? Nuestra juventud me parece el relato de otras vidas que fueron casi un sueño. Hace años que Werther clama por nosotros y estas manos están cansadas de apoyar las frentes enfermas y sombrías... "El más allá...": en fuerza de meditar hemos perdido la fe y aquel "espanto siniestro de las cajas vacías", de que tanto hablábamos en nuestros paseos nocturnos y que tanto nos inquietaba se ha transformado en un eufonismo resonante y sin sentido... ¿A qué esperar más?

Walter tranquilizóse; su rostro tornó a su serenidad habitual. Este desahogo, que más bien era una respuesta a la gran voz del remordimiento, parecía haberle vuelto toda su sangre fría.

Consultó su reloj:

—La una; ya es hora, dijo. ¿Nada has olvidado?

—Nada.

Tomaron sus sombreros y salieron del brazo. Era una noche apacible y cálida, algo húmeda, y el espacio suave de luna tenía una transparencia de cristal...

EVIL THOGORMA.

Pidanse en los Kioskos y vendedores de diarios, la colección de 13 números que componen el tomo I.

—La una; ya es hora, dijo. ¿Nada has olvidado?

—Nada.

Tomaron sus sombreros y salieron del brazo. Era una noche apacible y cálida, algo húmeda, y el espacio suave de luna tenía una transparencia de cristal...

EVIL THOGORMA.

Pidanse en los Kioskos y vendedores de diarios, la colección de 13 números que componen el tomo I.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 27 DE 1918 — TOMO II - N.º 21

LA HISTÉRICA

POR

Julio del Romero Leyva

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

AÑO I BUENOS AIRES, AGOSTO 27 DE 1918 TOMO II N.° 21

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

LA HISTERICA

POR

JULIO DEL ROMERO LEYVA.

Ilustraciones de EUSEVI.

I

Al llegar a la esquina de la calle Reconquista con Lavalle, echó un nuevo vistazo a su ropa y calzado: descolorida aquélla, y mantenido éste, a fuerza de betún, en cierto buen aspecto, resultaba todavía presentable; mucho más a aquella hora, de luz indecisa, fijada para la cita. Teníale horror a la calle de Florida, desde las 5 de la tarde; sitio y hora que le recordaban mejores días. Hasta aquel, la había evitado, manteniendo más oculto su pavoroso derrumbe.

De mañana, muy temprano fué expulsado de la pensión, en la que defendió techo y comida durante tres meses, impagos, y en la que como gaje, quedaba su baúl, hasta arriba de papeles, libros y ropa; más de aquéllos que de ésta. En el bolsillo, unas monedas de níquel, por todo capital, y la boleta de empeño de su Longines, dejado en el Banco Municipal de Préstamos, con los diez pesos recibidos allí, horas más tarde de saber, que le quedaba cerrado el crédito en su hospedaje. ¡Total, diez nacionales y sesenta centavos!

Fué al salir del Banco, que encontró a Gabriel Torrijo, aquel osado, a quien la suerte había favorecido locamente.

—¿De dónde diablos sales?.... ¿has estado enfermo?, te veo demacrado.

Todo ello dicho deprisa y corriendo, cuál por compromiso, y deseando cortar la charla con aquel mal trajeado, a una hora de tanto tránsito por la calle de Esmeralda.

Contóle él, muy breve la historia del desastre, atenuando ciertos detalles.

—¡Chico! ¡qué lástima!, con tu talento...

—El talento no es un valor que se cotiza en plaza.

—Mira, César... los amigos son para las ocasiones amargas: no he olvidado lo que por mí hiciste, cuando andaba barranca abajo. Si necesitas, dímelo, ¡con entera franqueza!

Ante la confesión, ahora amplia y completa de su situación, habíale ofrecido recomendarlo a un estanciero.

—¡El campo! César, no hay que darle vueltas, es lo único que queda en este país para los fracasados. Y, no te ofenda el término...

—Nadie mide con mayor exactitud que yo, lo ajustado de esa palabra a mi situación; la verdad no me ofende.

—Prueba de tu talento.

—¿Cuándo podré saber algo concreto, de tu generoso ofrecimiento?

—La semana que viene... Pero, como de aquí a entonces no vas a vivir en la calle, ven esta tarde, a las 6 a casa, y veremos en qué forma se te puede sacar del pantano.

Minutos antes de la hora señalada se detenía César Ardiscuota, ante la mansión de su amigo, en la calle Suipacha, no lejos de la de Lavalle.

La suntuosa fachada, el ámplio zaguán de entrada, cubierto en su centro por una alfombra punzó, los jarrones a derecha e izquierda con hermosas plantas, y allá, en el extremo, donde comenzaba la escalera, dos enormes bronces sosteniendo focos eléctricos, le dijeron mucho del camino recorrido por Torrijo, a quien diez años antes hubiera él de ayudar, en un momento difícil, antes de sonar la hora de sus éxitos locos, comenzados nadie sabía cómo, pero cristalizados bien pronto en las más atrevidas y afortunadas especulaciones.

Un lacayo de frac y guante blanco, después de mirarlo de arriba a abajo, con esa insolencia peculiar a la plebe bien vestida, aunque sea de librea, le preguntó qué deseaba.

—Estoy citado por don Gabriel Torrijo, para esta hora, contestó.

—¿Sería usted por casualidad, don César Ardiscueta?

—El mismo.

—El señor ha tenido que salir imprevistamente, y me ha encargado, que, si usted venía, le entregase un sobre. ¡Un momento!

Fué a la mesita, al lado de uno de los bronces, de donde volvió con el sobre en el que estaba escrito su nombre.

Una dolorosa presunción lo perturbó: ¿aquel "improvisado" lo trataba como a un mendigo? Por un momento estuvo por rechazar lo que se le brindaba, conteniéndolo en la realización de su intento la vaga esperanza de equivocarse; ¡quién sabía!

Tomando de manos del lacayo el sobre y mientras se lo guardaba en el bolsillo, le preguntó si don Gabriel no le había hecho encargo oral alguno... de volver más tarde u otro día.

—No, nada!

Cerrada ya la noche, emprendió la marcha, por la misma calle hacia el Sur, esperando pasar por un café, poco concurrido donde, seguro, en lo posible de no ser reconocido por nadie, pudiese abrir el sobre y enterarse de lo que Gabriel le decía.

A las tres cuadras, encontró uno. Entró y sentándose a una mesa, pidió te.

En su interior se libraba una singular lucha: ¿habría recibido inconsciente y ligeramente *la primer limosna?* Imposible! Gabriel Torrijo había sido su huésped, a mesa y mantel durante un año casi, brindados como toda persona desprendida brinda su hospitalidad; sin humillar al favorecido.

Se decidió al fin. Con gesto nervioso abrió el sobre: dentro una hoja de papel de cartas, cubriendo... ¡un billete de cinco pesos!

"Querido César — decía la carta —: Perdona lo pequeño de la ayuda: los tiempos son malos. ¡Ten buen ánimo! Yo me ocuparé en buscarte trabajo. *Para evitarte molestias con idas y venidas, comunícame por correo* a dónde debo escribirte, cuando tenga algo. No te puedo ayudar; un asunto importantísimo e imprevisto, priva del placer de estrechar tu mano, a tu consecuente amigo, Gabriel Torrijo".

¡Lo sospechado!: una limosna, y la orden de no ir a verlo.

Cinco pesos... con los diez del empeño del reloj, quince. Por sus labios se diseñó un gesto de desaliento!.. la vida segura tres o cuatro días, y eso haciendo un prodigio de economías.

Al ir a sorber la taza de te, hizo memoria de que aquel día no había comido: ¡el primero así de su vida! Instintivamente recordó su casa paterna, allá en Cádiz. ¿Qué pensaría de él su familia, de verlo en tal estado?

Pagó... y sin rumbo fijo echó a andar hasta encontrarse en la Avenida. La avalancha de vehículos que la congestionan de día, había cesado reemplazados por los "nocturnos", esos coches a los que la agudeza popular ha dado el nombre adecuado de *cucarachas.* Coches de desecho, arrui-

nados por el uso y el abuso, a la caza de la dudosa pareja que los emplea en excursiones más o menos clandestinas. Y, sólo por excepción, entre uno y otro de ellos, uno decente en cuyo interior se adivina algún bello rostro, o algún hombre de porte tolerable, primeros comensales de los grandes restaurants que tanto abundan en la gran arteria central, del casco viejo de la ciudad o "madrugadores" de los teatros.

Una hora más tarde, comenzarían a llegar a ella, esos espectros de pobres vergonzanes... ¡como él!.. felices en su ilusión de que las sombras de la noche ocultaban piadosas lo raído de sus trajes, lo destrozado de su calzado, lo famélico de su semblante, a la caza del antiguo conocido, de quien esperan el peso o los centavos para "el completo" — amenudo su único alimento desde el día anterior — y para el catre en cualquier posada... en repelente promiscuidad con todos los especímenes de la policromía... del "fracaso".

Hizo un esfuerzo de varón: su porte era aun pasable. Además ¿no le convenía irse "entrenando" en la formidable lucha que presentía larga y encarnizada? Avanzó Avenida al Este, recordando que cerca de la Plaza del Once, existen comedores públicos, relativamente tolerables, con piezas anexas, donde poder dormir sin inminente peligro de morir por asfixia.

A su paso por la Avenida, por entre las mesillas de los cafés, repletos de "vermutizantes" que se envenenan poco a poco, a base de la ilusión de "hacer apetito", encontró a varios conocidos. Algunos le invitaron a "tomar algo".

—Nó: voy deprisa... a las 8 tengo una clase... decía a todos.

Lista — por cruel ironía encabezaba con la palabra "menú" — su mano, eligió los platos de su cena, calculando los precios de modo y manera que, sumando su total al peso de la cama y contando la propina al mozo, no excediese de los dos nacionales, en que tenía presupuestado su gasto, aquella noche.

¡Qué mundo aquel, tan nuevo para él, mixto de pobreza alegre y de pobreza resignada! Lo comparaba con aquel otro, que le había sido tan familiar, allá en los recientes años que, profesor particular puesto de moda por una familia pudiente, imponía precios y condiciones, permitiéndose el lujo de llevar un tren de vida casi fastuoso... hasta que el terrible y sonado escándalo con una de sus discípulas, le cerró todas las puertas, colocándolo sobre el plano inclinado, a cuyo largo iba rodando, de cabeza al precipicio.

II

La peregrinación interminable y cruel hacia el trabajo, tanto más deseado cuanto más lejana aparecía la posibilidad de conseguirlo: los desaires, los desengaños, las promesas sin cumplimiento, con su corolario de esperanzas fustradas..... ese vía-crucis del fracasado, antes de rendirse resignado a la evidencia, entregándose en brazos de la fatalidad... durante cuatro días: los dos primeros tomando dos comidas, los otros dos, una sola... concluyeron por aniquilar al joven profesor, colocándolo al margen de la abulia. ¿A qué luchar más contra el destino? Abúlico, sí: bien lo veía, cuando decidido a cortar el nudo con la ejecución de la gran locura... el suicidio... se confesó incapaz del esfuerzo leve de un dedo oprimiendo el gatillo de su revólver.

¡Su revólver!.. siguió el mismo camino que el Longines, permitiéndole comer el quinto día... ¡y el sexto; pero pasando la noche del uno al otro, de claro en claro, caballero andante de la miseria, limpia todavía. Anduvo el sexto, a la buena de Dios... sin rumbo... sin intentar cosa alguna... fantasma de sí mismo... que no sabía ya si al día siguiente comería!

Tomóle el anochecer, Entre Rios hacia el Sur. Había recorrido la

gran arteria transversal, que arrancando del Paseo de Julio, cruza la ciudad, de uno a otro extremo, perdiéndose entre las vías del F. C. S. y los muros del Manicomio. ¡Callao y Entre Ríos! ¿Cuándo cesaría aquel ambular de sonámbulo, codeándose con tantos, a todas luces saturados de la alegría de vivir? ¿cuándo y dónde?

Un foco de luz eléctrica, encendido al pasar él, proyectó su cono luminoso, sobre la acera y la fachada de un edificio, permitiendo ver, sobre la ojiva, remate de la entrada, un óvalo de metal, con el escudo de Buenos Aires; rodeado por la inscripción: *Asilo Nocturno Municipal.*

¿Por qué nó? Lo que otros hacían, bien podía hacerlo él. Además... todo, absolutamente todo menos pasar una segunda noche a cielo raso, sin encontrar donde posar su cabeza y sin entornar los párpados... rendido también por la debilidad...: ¿comía, acaso?

Contado su capital, encontró que tenía aun un peso y treinta centavos... Tomó de éstos, veinte, depositándolos en la taquilla, a la izquierda del zuaguanejo de acceso al tinglado, pomposamente llamado Asilo. No otra cosa que un tinglado era el vasto recinto, con las cuatro paredes de ladrillo visto, blanqueadas a cal, con el techo de cinc, a dos aguas. Empotradas en la pared Norte, tres tongadas de literas, como las de los inmigrantes en los viejos transatlánticos. Un poco más sucias y estrechas, pero igualmente dispuestas. La primera, a ras del piso: a la segunda y tercera se llegaba por una escalera de caracol. Era la tercera, la más alta, preferida por ciertos huéspedes del Asilo Nocturno: su situación allá en lo alto, cerca de las ventanas era única, al resguardo de vecinos poco escrupulosos. Era la preferida por los previsores, los no caídos del todo, arrastrados allí por una crueldad de la suerte caprichosa, implacable, ensañada a veces...: los que conservaban el rubor a flote, y delicado el estómago. Subió aquella escalera. recorrió el pasadizo de hierro frente a las literas, deteniéndose ante una de las últimas: dió vuelta a la colchoneta... extendiéndose luego en ella, boca arriba, apoyada la cabeza en los brazos, cruzados trás de la nuca. Frente a él, una claraboya de ventilación, por la que veía un gran espacio de cielo. Noche de luna llena, clara y hermosa: nota de delicada poesía, en contraste con el ronquido brutal de aquella hacinación de piltrafas sociales, que dormían abajo, emanando un baho nauseabundo. La luna proyectaba al través de la claraboya, un haz de blanca luz, dando en la faz del decente mísero.

De ancha frente, coronada por cabello canoso, — prematuramente canoso — de grandes ojos azules, boca pequeña, bigote esmeradamente cuidado, no era la de César Ardiscueta, fisonomía de un habituado a aquel medio.

Durante un rato miró fijamente al astro de la noche. Luego, como si esa visión de vida le molestara, cambió de postura, recostándose sobre el lado derecho: e intentó dormir, en vano.

Sacudidas nerviosas, espaciadas al principio, más frecuentes luego; verdaderos estremecimientos exteriorizaban una agitación profunda.

Entre tanto, uno, dos, más huéspedes iban llegando. Todos, hechos ya al medio, o rendidos hasta el anulamiento, iban volcándose sobre las literas de abajo. Andrajos humanos, harapos sociales caían sobre la colchoneta, mano a mano, con esa semi inconsciencia, patrimonio de la desgracia resignada. Seres felices, con tal de dormir bajo techo, para perderlo de vista al aclarar y recorrer, más descansados una etapa más de su peregrinación de vagos.

¿Dormir?.. Cerró los ojos. Su imaginación reprodujo febriciente el cuadro de su pasado, desde aquella inolvidable noche, poco después de su llegada en que, con su violín se impuso al público del Coliseo que con tantas reservas lo recibiera. ¡No venía de París ni de Roma! Consagrado

apenas por el del Real de Madrid y el del Solís de Montevideo. "Se impuso", era la frase: más que los aplausos, le halagó la serie de solicitudes para tocar en los salones del gran mundo, y trás ellas, las de lecciones de violín, instrumento que puso en moda. Labor honesta la suya, larga, espléndidamente remunerada. A las insinuaciones de que abriera conservatorio, respondía él que no: siendo soltero no resultaba decoroso; ninguna madre confiaría sus hijas a un establecimiento dirigido por un hombre, sin el contralor moral de una dama. Rasgo de delicadeza que aumentó su favor en el seno de la alta sociedad.

Hasta aquel día que, dando clase a Luisita Granollers, su discípula predilecta, al acercársele para rectificar la posición del violín, ella, sin provocación alguna por parte suya, le dió por sorpresa un beso en los labios, al que él, enceguecido correspondía con otro, en el momento que entraba la madre. Formidable el escándalo: imprudente además, con la ruidosa intervención de los dos hermanos de Luisa, más de "ruído que de nueces", terminada en el zaguán de la casa, con la intervención de la policía... Y, al día siguiente, los diarios publicaban, solo con iniciales, un ruidoso incidente ocurrido "a un afamado profesor de violín, quien abusando de la noble acogida dispensada por las mejores familias de la Capital, quiso ofender a una encantadora señorita, que supo tener a raya al importuno, hasta la intervención de dos de sus hermanos". Era la declaración, — leyenda — de éstos en la Comisaría, no rebatida por él, en su afán de salvar el nombre de aquella chiquilla, de él enamorada, sin haberlo revelado antes del momento ruidoso... ¡Claro!, una tras otra desaparecieron todas las clases, en menos de una semana. Había llamado a las puertas de todos los conservatorios, para obtener clase como profesor a sueldo, sin resultado: la voz difamatoria había corrido demasiado. Pensó en irse a Montevideo, a Río... y, sólo entonces reconoció con horror la verdad: un sentimiento intenso lo mantenía uncido a la gran urbe: ¿amaba a Luisita? Y se quedó, rodando de peldaño en peldaño, escalera abajo... hasta el Asilo que ahora lo albergaba.

Por milésima vez hizo examen de conciencia: ¿había provocado el imprudente acto de Luisita? ¡En manera alguna!, esta comprobación, mil veces hecha también, le dió algún reposo. Volviéndose del otro lado, abrió los ojos para mirar al cielo por la claraboya: la luna rato hacía que se había perdido a lo lejos, en su rodar incesante; el fondo de la zona vista ahora, era negro, tachonado de una que otra estrella. ¡Lejano todavía el amanecer! Podía descansar aun dos o tres horas.

Durmió. ¿Cuánto? Ni él podía decirlo. Por las ventanas entraba la pálida luz del amanecer. ¡Arriba!, se dijo, antes de verme envuelto en ese rebaño... al salir. Sería curioso el espectáculo de su desfile, por la puerta del Asilo, para expandirse por la ciudad. La idea de ver de cerca a ese mundo de la vagancia, le hizo olvidar por un momento su misérrimo estado. Cruzando la calzada, fué a tomar sitio en el interior de uno de esos cafés que permanecen abiertos durante el día y la noche: una mesa libre, al lado del cristal, fué su observatorio.

En verdad que resultó curioso el desfile, lento y espaciado al principio, en tropel de rebaño saliendo del corral, luego; especímenes de todas las razas y nacionalidades del mundo, con el estigma de cuanta lacra y degeneraciones conoce la humanidad. Los unos altos, aún con la merma de la curva del espinazo, doblegado por la edad o la vejez prematura, o por el vicio que aplasta; de rojizos rostros, más que rojizos emoratados, grasientos, poblados con barbas imposibles, por lo enmarañadas; de ojos lagrimosos, ribeteados de rojo-sangre; de andar pesado y tardío, curvándose a cada paso la rodilla; temblequés las manos, convulso el ademán, eran el tipo perfecto del alcoholista consuetudinario; este tipo inferior de la humanidad, al que se le tolera una libertad criminal, cuando, ya que no por altruismo, al menos por egoísmo debería recluírsele en colonias rurales "ad hoc": colonias de regeneración.

Los otros, no tan altos ni tan fornidos, pero tanto o más encorvados; pálidos, macilentos, ojerosos: sin vida ni expresión en la mirada, verdaderos reblandecidos, arrastraban sus cuerpos-sombras, pingajos del vicio, desperdicios de la crápula... Y, por rara excepción, entre esas manifestaciones de los caídos, surgía uno que otro ser, cuyo semblante decía de profunda miseria, iluminada por tal cual destello de vida moral, sana, víctimas accidentales de hechos superiores a sus fuerzas; de circunstancias superiores a ellos... Seres asfixiados por la vida de la ciudad, que clamaban a gritos por el campo, por el arado, por la azada y el rastrillo salvadores...

Lentamente "el rebaño" fué esparciéndose por las calles: diez minutos... y del tropel quedaba sólo en la acera, el baho de mugre, que la fresca brisa matinal iba disipando.

¡Entre qué gente he dormido! ¡Primera y última vez!... ¡antes en el lecho de las aguas de la Dársena!

III

Cobraba la calle su aspecto de día: una de las primeras manifestaciones fueron los vendedores ambulantes y repartidores de los diarios.

Llamó a uno, comprando el que más suele ser consultado por los avisos, pidiendo u ofreciendo trabajo. ¡Su última esperanza! Con mano nerviosa volvía hoja tras hoja, en busca de la sección anunciadora, encabezada por el rubro de "Profesionales Pedidos".

"Violinista bueno. Se precisa en el Cinematógrafo Rex. Buen sueldo. Presentarse de 4 a 5 p. m., en la Administración".

¡Cómo no se le había ocurrido antes!, ¡trabajar obscuramente... apeado, es cierto, de su pedestal! pero trabajar en su profesión... ¿Le consentiría el dueño de la Pensión, sacar de su baúl el violín? ¡Quizá!, la esperanza de cobrar lo que le adeudaba, haría el milagro.

Seguía hojeando el diario. En la última página de avisos se detuvo en el párrafo dedicado a "Personas buscadas". Solía leerlo, en la vaga esperanza de encontrar allí algún aviso, que lo acercase a Luisa, cuya ilusión conservaba si bien muy amortiguada.

"Se desea saber el paradero de don César Ardiscueta. Buena gratificación a quien dé informes. Acudir, cualquier día, antes del sábado de 9 a 10 a. m., a la secretaría del Centro San Fernando".

¿Sería Luisita Granollers? Era raro que lo citara al Centro San Fernando, formado por un núcleo de andaluces, sus comprovincianos. ¡Imposible! Algún recien llegado, que lo buscaba..

A las 8.30 estaba ya paseándose por la acera frente al Centro, a la espera de la hora señalada. Enorme fué su sorpresa al ver, minutos más tarde, que se le acercaba uno de sus amigos; uno de esos seres excepcionales que, habiendo conquistado una posición desahogada, no pierden la sencillez originaria, Leandro Olivares. Gaditano como él, hijo del administrador de las fincas de su familia, venido en su compañía, once años antes, había conseguido a fuerza de trabajo y economía, un capitalito muy regular que le permitió educar en la Normal de Maestras a su hija Elvirita, y relevar a su mujer de los trabajos domésticos, con una sirvienta. Estaba hecho un buen burgués, cuando lo vió por última vez hacía dos años.

—¡Pero, don César! ¿dónde anda usted metido?... Hace seis días que lo vengo buscando... unos me daban una dirección... iba, y me daban otra... ¡Jesús... ni el judío errante!.. hasta que ayer, de mañanita, encontré a don Pascual y me dijo que vivía usted en la Pensión Ibero Platense!.. Y, allí me largué... ¡Jesusito, que tío más "guarro" el patrón aquel!

Conociendo la verbosidad de Olivares, imposible de ser atajada, lo escuchó con paciencia.

—Gracias por su empeño, querido Leandro. Pero ¿puede saberse a qué se debe?

—¡Hijito de Dios!.. a una carta de mi ama, su señora madre... que

no tiene noticias de usted, desde hace medio año... la pobrecilla anda desesperada... Pero ¡y no me vaya usted a decir que nó!.. ahora mismito se viene usted a casa. Allí leerá usted la carta... y nos acompañará a almorzar.

Sabía Ardiscueta la adhesión sin límites de todos los Olivares, de padres a hijos y de hijos a nietos a su familia y presentía que iba a encontrarse providencialmente en uno de esos casos de delicado espíritu...

—¡Blasa! ¡Elvirita!.. aquí lo traigo, en personita!

César vió como las dos mujeres iban hacia él con desenvuelta franqueza... Blasa, la mujer, conservaba su aspecto lugareño, mientras que Elvira, una real moza, se había asimilado a las mil maravillas el de las "señoritas de ciudad".

—¿Sabe usted don César... que nos tiene usted muy, pero muy enfadadas?... Andar en la mala, y no acordarse de quienes todo, todito, lo deben a la familia de usted, dijo Blasa.

¡Lo sospechado!.. aquellas buenas gentes estaban más o menos al corriente de todo... ¿charlas del dueño de la Pensión?

—Lo primero que querrá don César — intervino Elvira — es... ver su cuarto...

—¿Mi cuarto?..

—Sí, hombre de Dios... su cuarto.

Blasa lo empujaba como a un chiquillo.

—Pobre... pero limpito como una patena.

Entraron: allí estaban, sobre la mesa central su violín; en un rincón el baúl.

—¿Y esto?... señorita.

—¿Iba papá a dejarlo en garras de aquel mal hombre?

Sintió él como se le anudaba la garganta: generosidad delicada de sus modestos amigos. Sin quererlo, recordó el proceder de Gabriel Torrijo. Cuando pudo hablar, exclamó, tendiendo las manos a don Leandro: ¡gracias... mil gracias!

—Ahora, a lavarse y cambiar de ropa... y luego ¡a la mesa!

Durante el almuerzo, contó su odisea; dijo la verdad completa, acerca del escándalo provocado por Luisita Granollers, hasta la noche aquella del Asilo Nocturno Municipal. Leandro le dió a leer la carta de la madre, angustiada por el silencio de su hijo.

—Hay que escribirla...

—¿Qué? ¿escribirle?.. No, ¡ante todo un telegrama!.. ¡pues, no faltaba más!..

—Dígame, Leandro, en qué calle está el Rex.

—¿El Rex?

—El cine... Rex.

—Ah!.. cerquita, en esta misma, a sólo cuatro cuadras.

—Debo ir esta tarde, a ver si me contrato como violinista: es lo que necesito ahora.

—Qué lástima... un "virtuoso" como usted en la orquesta de un cine, observó Elvirita.

—La primer condición, señorita, de un "virtuoso", es la virtud del trabajo...

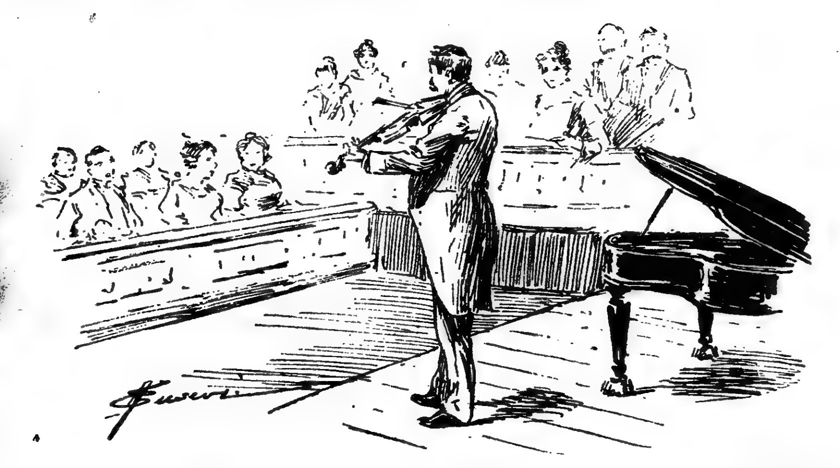
—¡Muy bien dicho!, exclamaron a una Blasa y Leandro.

Cuarenta y ocho horas más tarde una legión de "engrudadores" pegaba en las paredes de las calles un afiche del Cinematógrafo Rex, anunciando la incorporación a su orquesta, del *"Mago del violín; el eminente maestro César Ardiscueta, quien tendría cada noche a su cargo, un solo.*

Sorprendente el resultado: noche a noche la sala se llenaba de bote en bote. Y el público habitual de los palcos, iba reemplazándose por otro

más selecto, en el cual figuraban no pocas de las familias que meses antes, tendenciosamente informadas, dieron al maestro con las puertas en las narices, colocándolo al margen del arroyo.

Cinco meses hacía que llevaba la vida tranquila, en casa de Olivares, triunfando noche a noche en el Rex, puesto de moda por él, cuando en una función extraordinaria, a beneficio de las Conferencias de San Vicente de Paúl... vió, en el primer palco de la derecha el más cercano a la pequeña tarima, sobre la que tocaba sus maravillosos solos... vió, con enorme sorpresa, a Luisita Granollers y a... ¡Gabriel Torrijo!



¿Qué circunstancia ponía al lado, a esos dos seres; la una romántica rayana en el histerismo y el otro, encarnación viviente del más acabado positivismo materialista? ¿Casados?.. o ¿...?

Sentía clavada en él la mirada de aquella joven... mientras que Torrijo paseaba la suya por el mundo femenino, que ocupaba la sala.

La última nota de "El Canario", maravillosa composición suya, en la que arrancaba a su Stradivarius, los gorgeos y los trinos más sutiles de esa avecilla, quedó ahogada por una formidable salva de aplausos. Saludaba él, agradeciendo: su mirada se cruzó fría e indiferente con la de Luisa saturada de pasión...

Al retirarse aquella noche, acompañado por Elvirita y don Leandro, concurrentes infaltables al salón, desde que tocaba en su orquesta, el Administrador se le había acercado, diciéndole:

—Una señora — aquí dejó su tarjeta — me ha pedido la dirección de usted. Dijo que para hablarle de un concierto de caridad.

En la tarjeta podía leerse:

Luisa G. de Torrijo

Y, en una esquina, abajo, la conocida dirección de Gabriel.

—¿Se la dió usted?

—Ciertamente.

—Está bien... y gracias.

—Leandro... vea usted. La famosa Luisita... la del beso... ¡casada!.. ¡y con quién!

—A ver... a ver, exclamó Elvira.

—Así son "ellas"; hunden a un hombre... para olvidarlo en seguida...

—No todas, Olivares, no todas, contestó César, oprimiendo en su mano derecha la de Elvirita.

—Sí; hay excepciones... pocas; ¡hacen resaltar más la regla general!

—De seguro que mañana dará señales de vida: ha averiguado mi dirección... dice que para un concierto de caridad...

—¡La eterna pantalla! ¡Cuánta cosa se oculta trás ella!

—Tiene usted razón, Elvira.

Recorría el modesto cuarto ocupado por él en casa de sus amigos, de uno a otro extremo, dominado por una viva excitación nerviosa ¡Luisa y Torrijo! ¡qué pareja!.... Menos mal ella: una histérica incipiente... a la que, para perdonarla todo el daño que le había hecho, le hubiese bastado poner al freno al lengua difamatoria de la madre... Pero él... ¿se sabía el origen de su fortuna? ¿acaso el rumor público no lo achacaba a asuntos más que turbios?.... Pero, ¡era rico!.... había triunfado, escalando en pocos años una situación excepcional. ¿Cómo y dónde conoció a Luisa?....

Y él, ¿por qué se preocupaba tanto de ésta? Creía haberla aventado hasta de su recuerdo, cediendo el lugar ocupado en éste por ella, a la figura bizarra de "andaluza-mora", de Elvira. Desde su entrada a aquella casa hospitalaria, y para recompensar de algún modo los favores recibidos... desde el rescate de su equipaje, aun antes de dar con él, hasta la forma delicada con que le había sido impuesta una familiar vivienda en su hogar... daba a Elvira lecciones de violín, por la mañana: la tarde la tenía ésta ocupada en la escuela, a la que estaba incorporada como maestra.

En tan pocos meses... a penas seis... su discípula había hecho grandes progresos. Será una "virtuosa", decía Ardiscueta a la madre. Y, le explicaba el alcance que en el arte se da a esta palabra.

Lo que al principio había sido amistad casi fraternal, evolucionó a intimidad intelectual, para terminar en un cariño intenso que no tardó en ser amor. Amor, tal como lo sienten las almas sanas.

Tenían su plan para el porvenir. Dentro de tres meses concluiría el contrato con el "Rex" y aceptaría la renovación pedida por el empresario, por un año más, con doble sueldo. Entonces podría él pedirla a la buena de doña Blasa y a don Leandro, en matrimonio. Vivirían juntitos los cuatro.... modestamente, hasta que ella, dominando por completo el violín, pudiese dejar la Escuela... para emprender los dos una jira por Chile, Perú, el Uruguay, Brasil.... e ir, por fin, con los viejos a España, donde se impondrían y vivirían.

—¿Qué querrá la de Torrijo?....

Con esta pesadilla se durmió bien pasadas las dos de la madrugada.

IV

Llovía a torrentes la mañana siguiente.

—¡Día gris!... "maestro"... le dijo Elvira al entrar a la salita donde daban clase. Y se reía al ver el mohín de fastidio de César, al oirse llamar "maestro".

—Supongo, que eso de "gris" no será una excusa para no dar la lección... tú tienes los nervios sanos, a los que maldito lo que les importa... más o menos luz... y ¡hasta el famoso viento Norte, que tanto altera a otras!... Tu te morirás de cualquier cosa, menos de histerismo... eso sí, cuando seas muy, pero muy viejecita... agregó riendo a carcajadas.

—De alguna se yo... que, si llega a vieja será a base de bromuros.

Pensaba en aquella Luisa, a la que odiaba con toda la energía de su alma hispano-sarracena, por el daño hecho al "maestro"... y mucho más, desde la noche anterior, cuando supo sus averiguaciones en el cine.

—No con bromuros, chiquilla!.. esa se morirá loca de remate... tirándose por una ventana... o hecha picadillo, por las ruedas de un tren.

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

Después de lo que acabábamos de presenciar, puede cada cual figurarse qué ganas de dormir tendríamos.

A intervalos más o menos largos, pero durante toda la noche, pasaron ginetes al galope. Al romper el alba me levanté y me fuí a colocar sobre la presa para inspeccionar el valle. Del bosque frontero salían de cinco en cinco y de seis en seis, soldados que saltaban los setos rompiendo los árboles frutales. En lugar de seguir la carretera, corrían a campo atravieso; vadeaban el río y trepaban la frontera, sin importárseles el estado de los plantíos. Tantos y tantos salían, que no parecía sino que los vomitaba la tierra.

A las cinco las campanas de la iglesia empezaron a tocar a maitines. Era el domingo 7 de Agosto, y el tiempo estaba magnífico. El cura atravesó la calle a las nueve en dirección a la iglesia, a la que sólo acudieron algunas ancianas.

Este fué el día en que empezó el gran desfile de la retirada sobre Sarreburgo, por el valle; ¡qué espectáculo de desolación, Dios mío! no lo olvidaré mientras viva. A la desbandada, sin ningún oficial y en revuelta confusión llegaban soldados de todos los institutos, casi todos ellos desarmados y con los uniformes tan estropeados y cubiertos de polvo, que casi era imposible adivinar en ellos que fuesen franceses.

Lo que siempre me ha causado admiración, es que rara vez veíamos un oficial. ¿Dónde se habían metido?

Ya no se oía cantar, ni gritar: "¡Viva el emperador! ¡A Berlín! ¡A Berlín!"

La tristeza y el desaliento estaban pintados en todos los semblantes.

Otras escenas de luto y de desolación verán sin embargo, nuestros descendientes. Ya que los hombres son lobos, zorros, gavilanes y buhos, precisa que todos los males se repitan cien, mil veces, de siglo en siglo, hasta la consumación de los tiempos. Estas calamidades son la gloria de los reyes y de los emperadores.

—¡Oh Jesús! claman estos ¡apiádate de nosotros pecadores! ¡vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos!

Lo que no les impide, empero, desgarrar con el pico y con las uñas el cuerpo del género humano y llevarse cada cual su tajada. Luteranos o católicos todos ellos sustentan en sus pechos la llama de la fe, todos son dignos y honrados. Amén.

Ahí cómo los nuestros huían después de la batalla de Reichshoffen, perseguidos por los alemanes, que ocupaban ya a Haguenau, Ingwiller y Bouxwiller y avanzaban por Dossenheim para penetrar en nuestro valle, donde pronto íbamos a verlos.

VI

Todo el domingo lo pasamos en un ay; sólo Gredel permanecía impávida y salía y volvía para trasmitirnos las noticias que circulaban por Rothalp.

Gran número de habitantes de Neuwille y de Dossenheim atravesaban el valle, con sus carretas atestadas de muebles, camas y jergones, llamándose unos a otros, arreando sus caballos y volviendo la cabeza para ver si los hulanos les daban alcance. Parecía que huyesen de una inundación.

Aquellos infelices habían perdido la brújula, no hay duda, pues sólo a los locos se les acude decir, como ellos decían, que los prusianos se apoderaban de los muchachos de catorce y quince años para hacerlos ir a vanguardia y servirse de ellos como de parapeto durante la batalla.

Los soldados de línea, que cubiertos de polvo pasaron hacia el medio día, llevaban todavía fusiles. Llamelos desde la ventana y les dí a beber un vaso de vino. Eran del 18 y nos dijeron que su regimiento había quedado exterminado; que los oficiales todos habían muerto o estaban heridos; que otro regimiento, no recuerdo cual, les había hecho fuego durante mucho tiempo; que quedaron sin municiones; que en el fuerte de la Piedra Chica no quisieron admitirlos; que el quinto cuerpo de ejército, situado en las cercanías de Bitche, tenía tiempo de haber entrado en línea; y qué se yo cuántas cosas más.

Esos dos soldados, que eran buenos mocetones y se conocía que no les había había decaído el ánimo, emprendieron de nuevo la marcha hacia Falsburgo, y al despedirse les deseamos propicia suerte.

Por la tarde vino a vernos Ana María nuestra prima, quien nos dijo que su marido había salido muy de madrugada hacia Falsburgo, diciendo que en Rothalp nada sabríamos de positivo; que los soldados no ven en la batalla más que a cuatro palmos de las narices sin que lo demás los preocupe, y que él sabría a punto fijo, en la ciudad, si nos quedaban todavía algunos recursos.

Jorge debía estar de vuelta a la hora de la comida, pero dieron las siete de la tarde y aun no había regresado, con grande

inquietud de su mujer. Las malas noticias cundían a más y mejor; algunos campesinos que llegaron del lado de Neuwiller, dijeron que los prusianos avanzaban ya sobre Saverna y que arrebañaban con todo a su paso. Los indicados campesinos huían hacia Dabo, en la montaja, y sus mujeres instintivamente rezaban el rosario mientras iban caminando, en tanto que los hombres, bebedores de aguardiente contumaces, blandían sus estacas y volvían el rostro con ademán amenazador, sin embargo de lo cual apresuraban el paso.

Uno de esos hombres, a quien pregunté si había presenciado la batalla, me respondió que los muertos estaban amontonados en los campos como los sacos en el fondo de mi molino. Esto creo que era pura fábula, o bien que cuanto me dijo lo había oído contar a otros.

La noche empezaba ya oscurecer la tierra y Ana María iba a marcharse a su casa, cuando Jorge entró de improviso preguntando:

—¿Está aquí mi mujer, Cristiano?

—Sí; siéntate y cenaréis con nosotros.

—No, ya he comido en la ciudad. Pero ¡qué desórden! ¡qué confusión; Hay para perder la cabeza.

—¿Y Jacobo?, preguntó mi mujer.

—Está aprendiendo el ejercicio; antiayer le dieron un fusil, y mañana tendrá que batirse.

Jorge se sentó al lado de la ventana, y mientras cenábamos nos refirió que a su llegada a Falsburgo, a las seis de la mañana, acababan de abrir la puerta de Francia, pero que la de Alemania, del lado de Saverna, permanecía cerrada; que de este lado, desde la avanzada de los Cuatro Vientos, no se veían más que fugitivos que gritaban y disparaban pistoletazos para que les abrieran; que él aun había tenido tiempo de instalar su caballo y su carricoche en la posada de la ''Ciudad de Basilea'', y llegarse a las murallas para presenciar este espectáculo; que en cuanto llegó, bajaban el puente por el que se precipitaron en revuelta confusión turcos, zuavos, soldados de línea, oficiales y generales, entre los cuales no había visto más que una sola bandera, rodeada de unos sesenta hombres del 56 al mando de un teniente, y que los demás iban casi todos desarmados, sin nadie que les mandase y en el mayor desórden; en una palabra completamente derrotados. Dijo además mi primo, que las tropas aquellas iban del todo indisciplinadas, y que con sus propios ojos había visto en el café Meyer, de la esquina de la plaza Labeau, a los soldados sentarse a las mismas mesas de los oficiales superiores, a quienes volvían la espalda y miraban de reojo mientras gritaban:

—¡Un chop!

Item más, Jorge añadió que los mozos se apresuraban a servirles temerosos de escándalo, mientras los oficiales aparentaban no ver ni oír nada, lo que, al juicio de mi primo, era lo peor que podía acontecer.

Sin embargo lo que hicieron aquellos soldados era lógico, porque los oficiales estaban tan al corriente de los caminos, senderos, arroyos y ríos del país como sus soldados, que no sabían jota. Ni menos conocían el camino de Falsburgo a Sarreburgo, por la carretera, lo que entre nosotros sabe un muchacho de ocho años.

Nosotros mismos debíamos presenciar tales abominaciones al día siguiente, pues nuestras derrotadas huestes no hacían más que pasar y repasar diez veces por los mismos caminos, alrededor de las mismas montañas, concluyendo por encontrarse en el mismo sitio, de tal modo fatigados, abatidos y hambrientos, que los prusianos, si hubiesen llegado, no hubieran tenido otro trabajo que irlos recogiendo.

En medio de aquella desolación Jorge tuvo sin embargo la satisfacción de ver, según nos dijo, los sesenta hombres del 56 hacer alto ordenadamente en la plaza, y allí apoyar la bandera contra un árbol. El teniente que los conducía les hizo tenderse en el suelo, al lado de sus fusiles y casi al punto se durmieron en medio de aquel marenmagnum. El joven oficial fué a sentarse tranquilamente a una mesa del café. sacó del bolsillo un mapa y se puso a estudiarlo.

—Al contemplar al teniente, nos dijo Jorge, he sentido el placer más vivo, pues me recordaba a los oficiales de marina; ¡sabía algo! Mientras sus subordinados dormían y permanecía en pie su salvada bandera, él velaba en medio de aquella terrible confusión. A cada instante llegaban coroneles y comandantes con el rostro abatido; el teniente no hacía movimiento alguno. Por fin dobló su mapa. se lo metió de nuevo en el bolsillo y luego fué a acostarse en medio de sus soldados y se durmió a su vez. Ése, ese es un oficial; los demás, les considero como fautores de nuestra perdición, pues no saben nada ni son capaces de guiar a sus soldados. Los hombres de valer no faltan en la artillería ni en el cuerpo de ingenieros; pero su posición en el ejército no sirve más que para ayuda; sólo mandan su arma especial, y están obligados a obedecer las órdenes su-

periores, aun cuando estas órdenes carezcan de sentido común.

Una de las cosas que hacían estremecer a mi primo, era saber que el emperador era el director supremo de todo. y que nada podía hacerse sin antes tomar órdenes de su cuartel general: no podían volar un puente o un túnel. sin haber previamente recibido el permiso de su majestad.

—Que vayan ahora a recibir y expedir órdenes, decía Jorge. Dios quiera que a lo menos se sepa dónde se encuentra el "hombre honrado" y que dé la autorización para volar el túnel de Archeviller; de lo contrario los prusianos invadirán toda la nación, pues mandarán por ferrocarril municiones, cañones, víveres y hombres, en tanto que nuestros pobres soldados tendrán que hacer las marchas a pie y perecerán de miseria.

A medida que Jorge hablaba se nos cubría de luto el corazón.

—En la plaza, prosiguió nuestro primo, he visto algunos cañones salvados de la derrota, con sus caballos acribillados de latigazos y tan flacos ya a causa de la fatiga, que no parecía sino que volviesen del riñón de Rusia. Puertas y ventanas permanecían abiertas y en los pasillos de las casas, en las habitaciones y en los vestíbulos estaban amontonados los soldados, disponiéndose a comer. Los habitantes les daban lo que tenían, y los que nada podían proporcionarles lloraban ante la miseria de aquellos infelices. En las viviendas de los ricos no se apagaban los hornillos; desde la mañana hasta la noche se guisaba, y una vez satisfecho el hambre de un pelotón, este se salía para hacer sitio a otro. ¡Ah! ¡confesemos que todavía existe gente caritativa! mañana esos pobres falsburgueses, cuando estén bloqueados, no tendrán nada que llevarse a la boca, pues los víveres de que se habían proveído para seis semanas se han consumido en un día. Al lado de esos beneméritos ciudadanos, nosotros campesinos somos unos verdaderos egoístas.

Jorge nos miraba al pronunciar estas palabras; pero nosotros permanecimos mudos. Yo por mi parte había mandado ya mis vacas al bosque, junto con el rebaño de la aldea. Sin duda mi primo lo sabía. Sin embargo es forzoso que nos reservemos algo con que alimentarnos. Jorge tenía razón, no lo niego; pero ¿quién no piensa en mañana? los que no, luego se arrepienten. Con todo no por esto dejaba de ser noble el comportamiento de los falsburgueses; pero durante los cuatro meses que padecieron el sitio el jefe de plaza no sólo reservó todas las vituallas para los soldados, sino que arrebató a los habitantes lo poco que les que daba, sin acordarse de si habían tenido o no buen corazón.

Tome cada cual lo que quiera de mis palabras; no hago más que concretarme a la verdad.

Lo que aumentó nuestra tristeza, fué lo que Jorge nos contó referente a la batalla, tal cual a él se lo habían relatado.

—En medio de aquella multitud, nos dijo, he buscado con quien hablar, hasta que por fin me he encontrado con un veterano sargento de cazadores de pie, seco y duro como el boj, con la manga cubierta de galones de reenganche y la mirada expresiva. ¡Ese es el hombre que yo busco, me he dicho: ese ha visto las cosas claramente, y si quiere hablar conmigo sabré cuanto ha sucedido. Me he acercado pues a él, y le he rogado que se viniese conmigo a la posada a tomar un vaso de vino. El sargento, después de mirarme por espacio de unos segundos, ha aceptado, y nos hemos entrado en la "Ciudad de Basilea", yendo a sentarnos al extremo del patio ya que las salas estaban atestadas de gente. Una vez en él y entre bocado de pernil y trago de vino de Thiancour, el bueno del militar, ya un poco alegre, y más después de haberle dado una pieza de cien sueldos, ha empezado a hablar en los siguientes términos: "Todas nuestras desdichas las debemos a dos cosas: primeramente a que no ocupamos una altura a la derecha, la de Gunstett, por donde los alemanes aparecieron llegado ya medio día y de donde no pudimos desalojarlos, porque no sólo dominaban desde ella el campo de batalla, sino también sus cañones, en mayor número que los nuestros y de más alcance nos acribillaban a metrallazos y a disparos de granada; siendo tan exacta la puntería del enemigo, que no nos valía retroceder o avanzar, ni corrernos a la derecha o a la izquierda y cambiar de posición; al primer tiro las balas caían de lleno en nuestros filas. En segundo término, lo que contribuyó a nuestra derrota fué que no compareció en el campo de batalla el quinto cuerpo de ejército, que manda el general Failly, al que aguardábamos por minutos; pues de llegar este en nuestro auxilio, no digo que hubiésemos salido vencedores, pues los alemanes eran tres o cuatro contra uno; pero sí que hubiéramos podido efectuar una buena retirada por Niederbron hacia Saverna".

El sargento ese era del Nievre, y de él me ha hablado a menudo Jorge, diciéndome que a su parecer sabía más que muchos de los oficiales que traía consigo Mac-Mahon

y que tenía claro criterio respecto de lo que a la guerra atañe, como lo tendrían la mayoría de los franceses por poca instrucción que recibiesen.

Entonces, añadía mi primo, la patria podría depositar en ellos la más absoluta confianza. Porque has de saber, Cristiano, que todo el perjuicio nos viene de la desenfrenada afición a la danza y al teatro y de creer que basta ser ágil de piernas o un buen cómico para alcanzarlo todo; con el bien entendido que si estos dos vicios no los extirpamos de raíz pueden ser y serán causa de nuestra total ruina.

Otros pormenores nos contó Jorge aquella noche, que se me han olvidado por completo, pues la grande inquietud en que nos tenía lo que podía acontecer me impedía que le escuchase con toda la atención que hubiese querido; además todas las desgracias del mundo no pueden arrebatarnos el sueño y yo hacía dos noches que no había pegado los ojos.

Las diez serían cuando Jorge y su mujer se volvieron a su casa y nosotros nos fuímos a acostar.

Al día siguiente debía yo celebrar el matrimonio de Cristiano Richi con su prima hermana Isabel, cuyos edictos hacía ocho días que se habían fijado, así como se habían circulado las invitaciones; no cabía pues aplazar la ceremonia, aun cuando me hubiera sabido mejor llevar heno y paja al bosque, para sustento de mi ganado. Sin embargo, mandé buscar a Placiard para que me sustituyese; pero no le hallaron en parte alguna; se había escondido, como la mayor parte de los funcionarios del imperio, buenos sólo para cobrar y denunciar al prójimo en tiempos normales, pero listos para huír cuando deberían permanecer en su puesto.

Así pues, a las diez no me cupo otro remedio que ceñirme la faja y encaminarme a la alcaldía, donde los novios y los invitados me aguardaban, a los que hice subir al salón principal. Senteme en la silla de brazos, e invité a los futuros a que se acercasen, lo que hicieron naturalmente.

Empecé a leer el capítulo de los deberes del hombre y de la mujer, cuando de improviso resonó en la calle un formidable grito de: "¡los prusianos!".

Al oírlo, uno de los compadres que ostentaba un ramo de rosas, se salió, y Cristiano Richi, la novia y los demás se llegaron hasta la puerta para informarse de lo que ocurría. Yo me quedé solo en mi sitio con el secretario Adan Fix.

De improviso compareció de nuevo el compadre, diciendo que los de Falsburgo habían hecho una salida y se dirigían al bosque para apoderarse del ganado y que parte de ellos se encaminaban a Rothalp para saquear nuestras casas. Al oír tal noticia hubiera dado al diablo la boda, pues me figuré la posición de mi mujer y de Gredel en tales momentos; pero como un alcalde debe respetarse a sí mismo, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¿Quieren ustedes, casarse, sí o nó?

Richi y su prima se acercaron al punto y respondieron: "Sí".

—Pues están ustedes, casados, dije saliéndome precipitadamente para mi molino mientras los testigos firmaban.

Por fortuna la voz de que habían hecho una salido los de Falsburgo, resultó falsa; lo que había originado el pánico había sido el paso de un gendarme, portador de una oden de Mac-Mahón.

Nada extraordinario aconteció hasta las siete de la tarde, en que todavía llegaron a la aldea algunos fugitivos; pero al cerrar la noche empezó el desfile del quinto cuerpo a las órdenes del general Failly. Los treinta mil hombres que lo componían en lugar de meterse en Alsacia por Niederbronn, llegaban por el camino de Metz, del lado de acá de las montañas, sin pensar siquiera en defender nuestros desfiladeros y se refugiaban en Lorena.

La mitad de nuestra aldea se dirigió a la carretera, admirándose de ver que aquel ejército se volvía intacto hacia Sarreburgo y Fenetrange.

Hasta entonces todos creímos que se libraría una segunda batalla en Saverna, como también que se defendería el Falberga, el Pachberga y todos los pasos angostos y cubiertos de peñascos, y que se abrirían zanjas en los caminos y se las cubrirían de troncos, desde donde algunos buenos tiradores podían detener a regimientos enteros. Así es que la vista de aquellos millares de hombres que nos abandonaban sin haber sido batidos, de tantos cañones y ametralladoras y de tanta caballería que marchaba al trote largo para huír más aprisa, nos oprimió el corazón. Nadie comprendía palabra.

Un pobre soldado estropeado que encontramos tendido en la yerba, me dijo que les habían hecho ir de itche a Niederbronn, de Niederbronn a Bitche, y luego de Bitche a Petersbach y a Ottiviller por caminos abominables, y que después de tan desastrosas marchas y contramarchas ya no podían con sus cuerpos. Al escuchar al infeliz, a pesar mío se me vino a

(Continuará)

—¿Crees que vendrá?
—Nunca... Lo que hará será escribirme, citándome, en nombre de una u otra Sociedad de Beneficencia.
—¿Y qué piensas contestarla?
—¡Que la misma distancia hay de esta casa a la suya, que de la suya a esta!... ¡A cualquier hora pongo yo los pies en la de Torrijo!

Se equivoca. Elvira se había marchado a dar sus clases en la Escuela y él ensayaba unos solos para la noche, cuando doña Blasa, entró al cuarto:
—César, hay en la sala una señora, que desea hablar con usted.
¡Ella!
—Hágala, por favor, pasar aquí... Sé quien es... y, sobre todo, ¡nada de cerrar puertas! es posible que tenga esa... señora que salir más deprisa de lo que va a entrar...
—¡Pero César!
—¡Oh! no tema usted: no habrá escándalo...

—Por aquí, señora...
De pie, en el centro del cuarto la aguardaba el violinista, sin un ademán de saludo, mirándola fijamente al rostro.
—Maestro...
—De seguro que se ha equivocado usted de dirección. Aquí no vive "maestro" alguno... y sí, un modestísimo violinista... de cine! Si es a éste a quien usted busca, sírvase decirme en qué puedo serle útil...
Lo dijo, pausada, friamente, segurísimo de que cada palabra la hería como una bofetada. Y, seguía de pie, sin invitarla a que se sentase. Estaba más bonita... más hermosa que antes.
—Sabía, caballero... ya que rechaza usted el título de maestro... que era usted un excelente músico, pero ignoraba que fuese cómico insuperable... Finge usted a las mil maravillas.
—Señora, creo haber tenido el honor de preguntarle en qué puedo serle útil... ya lo ha visto, estaba ensayando... y como no tengo otra renta que mi sueldo, debo cuidarlo... no perdiendo el tiempo!
Una contracción nerviosa, deformó por un momento la cara de la joven... Empero, se dominó:
—Me permito creer, señor Ardiscueta, que... (antes suponía usted que yo venía equivocada), que el equivocado es usted. No es Luisa Granollers quien le habla, ni siquiera la señora de Torrijo..., sino la Secretaria de la Asociación "El niño pobre", que comisionada por la J. D., viene a reclamar del artista su concurso, para un concierto de caridad...
—¿Me garantiza la señora Secretaria, de que no han influído en su designación para esta embajada... ni la señorita Luisa Granollers, ni... lo que de ella pueda sobrevivir en la señora Luisa Granollers de Torrijo?
Bajó ella los ojos, al sentirse descubierta. Un leve temblor en los labios, súbitamente pálidos... y la visitante se desplomaba, hecha un mar de lágrimas, en un sillón.
Solo entonces él dejó sobre la mesa el violín y el arco, conservados en las manos, y acercando una silla, se sentó, aguardando que la crisis pasase.
Fué ella quien rompió el silencio.
—Comprendo, maestro, su actitud... la merezco: no tuve el gesto arrogante y digno, que se hubiese impuesto a mamá y a mis hermanos, evitanto el escándalo: no tuve el valor de la verdad... que lo hubiese salvado... callé... ¡no sé por qué!.. callé que le amaba y que fuí yo, quien sin palabras, le revelé mi amor... y nada hice por evitar la historia estúpida... con la que los míos, creyeron salvarme...
—Tampoco yo... lo intenté, señora. No me lo agradezca, cualquier otro caballero, hubiese hecho lo mismo...

—¡Pocos!.. o quizá ninguno.

—Pero... se salvó usted... está usted casada y con un potentado... otrora amigo mío.

—¿Casada?.. Si es que *la venta* de mi mano para salvar de la ruina labrada a mamá por las locuras de mis hermanos, se puede llamar "casamiento"... entonces sí; ¡estoy casada!... Ventas de esa clase, suelen traer aparejadas el martirio... sobre la vergüenza íntima de "la vendida"...

—Pero... su marido...

—Mi marido me pasea por los salones, como cebo, para sus especulaciones... sus negocios... sus infamias! Y, en casa soy uno de tantos muebles... o a lo sumo una de las obras de arte que la adornan... ¿Es esto estar casada? ¿es esto vivir?

¡Tragedia horrible! Abríase en el alma de César Ardiscueta, la cicatriz de la llaga producida por el saetazo de aquel beso nefasto, seguido de la revelación de que él también la amaba, sin saberlo, creyendo que lo que por ella sentía era el afecto de un maestro a la discípula predilecta. Midió el abismo que podía abrirse a sus pies, si se dejaba arrastrar hacia el sentimentalismo.

—Deploro, Luisa, lo que le ocurre. Pero, ¡qué remedio! La fuerza del destino, suele ser insuperable.

—*Suele*... usted lo ha dicho. pero *no lo es siempre*. ¿Está usted dispuesto a contestar la verdad, sin rodeos, a un pregunta que voy a hacerle?

—La verdad... es uno de mis cultos.

—¿Me amaba usted, en aquel entonces?

—Sí: sin saberlo.

—Lo adiviné en el beso con que correspondió al mío... Es lo que deseaba saber: *he sido amada*... ahora mi calvario será menos doloroso...

—Me alegro de procurarle ese consuelo y, si algo lamento... ¡créame!, es no poder procurárselo mayor: está usted casada..., y yo mismo tengo empeñada mi palabra con una joven, que ha sido mi providencia.

La triste historia suya, desde que perdió su prestigio, a consecuencia del escándalo aquel, fluyó de sus labios a los oídos atentos de su visitante, en frases breves, al principio, más largas y minumiosas luego, pronuncidas queda, dulce y acariciadoras, cual si tuviese empeño en amortiguar la áspera realeza del concepto..... Ella, apoyados los codos en las rodillas, y el mentón en la palma de las manos, parecía más que una oyente una extática... Al llegar a la nota sombría como ningún otra, del hacinamiento de piltrafas humanas en el Asilo Nocturno, los dedos suyos en dolorosa crispación de asco y de horror, se hundieron en sus mejillas. ¡Pobre César! exclamó, cual si hablase consigo misma. El encuentro con Olivares y lo por él hecho con tan delicada generosidad..... Su contrata en el Cine, como primer violinista de la elemental orquesta.. y luego las clases a Elvira y los afectos nacidos en el trato diario, tuvieron en sus labios modulaciones impresionantes, de esas que rayan en la elocuencia. ¡Cuánto la ama usted!, dijo, y pensar que ese amor pudo haber sido mío... ¿A qué recordarlo, Luisita?, es un pasado al que separa del presente la muralla infranqueable de su matrimonio y de mi compromiso con Elvira: ni usted, ni yo hemos de intentar salvarla... mantengámonos uncidos al destino...

En el antecuarto sonaron pasos.

—Es Elvira que vuelve.

Era ella: pasó por ante la puerta abierta, de largo, hacia su cuarto, sin más tiempo que para ver a la de Torrijo, bebiendo con la mirada a su novio.

Este, levantando la voz, para ser oído dijo:

—Quedamos así, señora, en que accedo al pedido de la J. D. Tomaré

parte en el concierto... sólo por su finalidad filantrópica: no acepto remuneración alguna. ¿Para qué fecha ha sido fijado el festival?

—Si no hay contratiempos, para el 21: tenemos 18 días por delante.

Y, cuál recordándolo, como dato importante, olvidado, añadió:

—Pasado mañana nos reuniremos en pleno para fijar definitivamente el programa. Sería bueno que usted concurriese... *tanto más cuanto que Gabriel está ausente y no regresará hasta el mes que viene.*

Ultima frase pronunciada en voz baja. Lucha de un solo instante en él, que rendido por la mirada de súplica dolorosa de Luisa contestó:

—Iré, señora.

No más deprisa que cuando entrara, sino con calma y acompañada por César, llegó hasta la puerta.

—Hasta pasado mañana, señora...

—A las 5 de la tarde... en mi casa, donde funciona la J. D.

—De perfecto acuerdo.

—¡Se atrevió a venir!

—Mira, Elvirita: esa soñara es más desgraciada de lo que parece... y me ha demostrado que trata de olvidar sus cuitas remediando las ajenas... ¡Es siempre una expiación!

—En buena hora!.. cuando tú que has sido su víctima asi lo ves... Pero, ¡ay de ella, si vuelve a hacerte daño!

—¿Por qué, ni cómo?

Elvira, sin responder a la pregunta añadió:

—¡Y ay de ella si intenta!..

César no la dejó concluir la frase, estampando en ellos el primer beso que le daba.

V

Aquel concierto fué la rehabilitación total de Ardiscueta, como mundano y como artista. Su violín hizo milagros. ¡Ha progresado inmensamente!, decían unos. ¡Es un Sarasate!, otros. Y, todos — por lo bajo, — "la famosa historia aquella. alguna intriga de algún competidor, incapaz de luchar con él, mejor armado".

La familia de Olivares se había resistido a concurrir al acto.

—Ese "señorío"... no es para nosotros, dijeron a una doña Blasa y don Leandro.

—No... no lo es, confirmó con leve reticencia Elvira.

El no había insistido, feliz de encontrarse ¡al fin! de nuevo en el ambiente social que tanto amaba... sin dejar, por esto de amar a su Elvirita.

Las invitaciones a otros conciertos... a tes... almuerzos y cenas...; las solicitudes de lecciones se multiplicaron a tal extremo que, vencido su contrato con el "Rex" renunció a su renovación.

Crueles para Elvira las noches que faltaban para la conclusión de aquel. Sin faltar una la señora de Torrijo, unas veces sola, otras acompañada de alguna amiga, ocupó el mismo palco bajo... el más cercano a la tarima del eximio violinista... que — de ello todos se daban cuenta — parecía tocar más para ella que para el público restante. De la butaca ocupada por la andaluza y del palco de la gallardísima criolla, partían miradas que mataban..., feroces saetazos!

Por otra parte, las clases de violín por la mañana, eran cada día más cortas, como lo eran, así mismo, las conversaciones íntimas de los dos.

—Séme franco, César, ¿has cambiado de idea?, le preguntaba ella, eludiendo toda alusión a la otra.

—¡Quita allá, chiquilla!.. ¡cambiar yo!

—Es que me parece...

—¡Fantasías!.. lo que hay es que con el recargo de trabajo...

—Déjalo; ¿qué falta te hace? ¿no eras feliz... no economizabas ya, antes de tirarte de cabeza a esa correntada que te... mata?

—¡Imposible!.. Además, es por tí: de este modo preparo tu presentación como violinista. Si la sociedad porteña "te consagra", quedarás impuesta en toda América... y en Europa. Es tu gloria que voy tejiendo...

—¡Mi gloria... mi gloria!.. Mi gloria serás, tú, solo tú... y los hijos que Dios nos dé.

Y, poniéndole las manos sobre los hombros, añadía:

—Júrame... serme fiel.

El no juraba: en cambio la besaba en los labios, en los ojos, en la frente: una cascada de besos, que eran la dicha de la joven.

—César, deseo hablar con usted.

—Leandro... a sus órdenes.

—Lo que tengo que decirle es delicado, y por nada de este mundo quisiera que lo tomase a mal.

—¡Tomar a mal algo de usted!.. Vamos amigo mío, usted ha dormido poco, o...

—Véa; tanto a Blasa como a mí, se nos ha puesto entre ceja y ceja que... se está usted sacrificando por nosotros... No me interrumpa: en esta casa tan modesta le es imposible... ¿cómo diré?... corresponder a las atenciones de que viene usted siendo objeto... ni recibir visitas "de tono"... Y, esto lo hace usted, por no ofendernos... mudándose a un buen Hotel, como antes... Nosotros nos hacemos cargo de las obligaciones que impone la sociedad...

Ardiscueta seguía atentamente a su amigo en lo que decía, segurísimo de que algo callaba. Olivares, descendiente de una familia, poco menos que servidores a lo largo de tres generaciones de su familia, conservaba en el corazón un sentimiento especial, mezcla de respeto y cariño... más de éste que de aquél, para con César, de quien había sido compañero de juegos de infancia allá en Cádiz. Sus frases cortadas, inseguras, tan opuestas a su facundia ordinaria, de andalúz legítimo, no dejaban lugar a dudas.

—Vamos, Olivares... ¡desembuche todo lo que tiene que decirme!

—¡Oh!.. no es mucho. Y ya que es usted quien lo quiere... ¡vaya allá! Blasa y yo, que no tenemos otro tesoro que Elvirita... la vemos desmejorar cada día... a ratos parece trastornada, con aquella mirada de loca: por más que, por no afligirnos, trata de parecer contenta... y ríe y canta como un jilguero... no nos engaña. Y... vamos, la madre cree que está enamorada... El mal de amores se cura con la distancia...: por esto...

—Deduzco que la suponen enamorada de mí...; pues bien, sí, nos amamos. Yo esperaba consolidar mi situación, para pedírsela en matrimonio...

—¡Jesús!.. Usted, un señorito de linaje; ¿qué diría mi señora ama, la mamá de usted? Creería que lo he "atrapado", aprovechándome de las circunstancias, para que mi hija fuese del "señorío". Piense en ello, don César. Además, usted por su educación, sus gustos y costumbres, debe aspirar a algo más.... en Buenos Aires tiene mil partidos... mucho mejores que una pobrecilla maestra de Escuela... ¡Que nó!, jamás me lo perdonaría su mamá, y usted mismo... más adelante, pasado que hubiese el fervor primero.

Callaba él, escuchándolo. Por vez primera veía la puerta abierta... y más allá la silueta tentadora de Luisa, que cada día libraba en lo hondo de su alma batallas formidables con el amor sincero pero tan tranquilo, exento

de apasionamiento a Elvira. ¡Cuántas veces, pensando en ésta se había dicho, desde su reincorporación al gran mundo: ¡bah!.. era la única que veía en "mí eclipse"!

—Rechazo en absoluto, Olivares, sus escrúpulos. Pero, si admito como juicioso... hasta por el buen nombre de Elvirita... la conveniencia de que viva yo en otra parte, mientras no se realice nuestra boda...

Y, mintiendo con singular aplomo, agregó que ya había pensado en ello, sin haber acertado en la forma de plantear la cuestión para no ofender, ni hacer sufrir a la chiquilla.

—¡Lo vé usted!.. Blasa y yo teníamos razón. Sí, múdese... múdese cuanto antes! En cuanto a lo del casamiento, mantengo mis ideas, que usted aceptará bien pronto, si se toma la molestia de pensar... con la cabeza y no con el corazón.

Cuando al día siguiente Elvira regresaba de la Escuela, el cuarto de César estaba desalojado, de los muebles de éste: quedaban los viejos. Pero en la consola central había un caja de violín, con un soberbio Klotz, violín que él le tenía prometido... y un retrato del "maestro", cariñosamente dedicado a "su Elvirita". En una conversación habida la noche anterior, se había convenido entre los padres y César, no anunciarle su mudanza...

—La madre se encargará de consolarla ante el hecho consumado.

¿Lo aguardaba ella? ¿lo presentía?... Al ver el cuarto semi vacío, palideció horriblemente. Paseó una de aquellas miradas que tanto alarmaban a los viejos, por el recinto y luego, dirigiéndose a la madre, preguntó:

—¿Vendrá al menos... a darme las clases?

—¡Ya lo creo!... día por medio, de mañana.

VI

Después de unas semanas de gran puntualidad, el "maestro" comenzó a faltar a las lecciones a Elvira. Desde el día siguiente al de su partida, cual por mútuo convenio, no se cruzó entre los jóvenes ni una sola palabra de amor. Varias veces al intentar él alguna, Elvira lo detenía: ¡el violín! ¡el violín! eso es lo que *por ahora* interesa, decía, recalcando mucho el "por ahora". En un mes, había faltado diez veces; ora estaba indispuesto, ora rendido del concierto anterior; o bien, a la hora suya, aguardaba la visita de una nueva discípula...

Al fin, cansada ella y deseando saber a qué atenerse, le preguntó, al reanudar la clase.

—César... quiero, exijo que me digas la verdad ¿estás cansado de... la discípula? ¿lo estás de sentirte atado a mí por tú palabra?...

—¡Qué ideas se te ocurren, Elvira!

—Esto no es contestar.

—Te juro... que nó. Es fácil comprobar el trabajo enorme que pesa sobre mí... Además para convencerte de que te amo siempre, te voy a pedir un gran favor. El quince del mes que viene la familia de mi amigo don Gabriel Torrijo da una gran fiesta, inaugurando el palacio que acaba de comprar, a media cuadra de donde viven, y he pensado en tí... para uno de los números del concierto. Tocas ya admirablemente... mejor, mucho mejor que tanto violinista que anda por ahí con cierta fama...

Había sido esta una idea del momento, y la había expresado seguro del "no" más absoluto, como respuesta.

—¡Magnífico!... repuso ella, tocaré "El Canario"... escucha, lo estoy ensayando hace un mes.

Tomado en su propia red, no le quedó otro remedio a Ardiscueta, que dedicar una hora diaria a Elvira, para que la pieza elegida no resultase del todo mal. Tres días habían bastado.

—¡Llevas en tí la semilla de un genio, Elvira! Jamás lo hubiese creído... Talento, te lo conocía... pero "genio" nó. Tocas "El Canario" casi mejor que yo!

—¡Bueno es que me vayas *descubriendo!*, y ojalá que tenga ocasión para nuevas *revelaciones*... César ¡y que sean gratas!

En efecto: el debuto de Elvirita, en el concierto fué un éxito asombroso. Tambres y mujres, entendidos y profanos, críticos avezados a descubrir méritos en los principiantes, todos con rara unánimidad reconocieron en la señorita Elvira Olivares una bella realidad artística, llamada a escalar la cumbre de la gloria, a poco que perseverase en el estudio.

Rodeaba a la festejada joven un núcleo de bellezas.

—¡Mil plácemes, señorita! ¡nos ha hecho usted pasar un rato delicioso!.. Y, toda la gama del elogio femenino, mientras detrás de ellas, los ojos masculinos se delataban estasiados ante su belleza serrana.

—Gracias, señorita: ha dado usted, "la nota blanca" y hermosa de esta fiesta, dijo la dueña de casa. Ha tenido una suerte inmensa, al poner su educación musical bajo la dirección del Sarasate moderno.

Una mirada de odio profundo se cruzó de una a otra mujer. De un instante solo, inadvertida para todos.

—Cierto, señora; el maestro Ardiscueta es una eminencia... A él debo todo lo que sé.

El comedor y las salitas inmediatas, donde se servía el te, rebosaban de concurrencia, haciendo un tanto molesta la temperatura.

—Caballero, dijo Elvira, a un diplomático que no la había dejado en toda la tarde, ¿sería usted tan amable que me acompañase a dar unas vueltas, por la galería? Me siento sofocada... y con cierta tensión nerviosa...: un estreno ante este público...

—¡Señorita... por completo a sus órdenes!

¡Tal como lo venía sospechando! En un rincón de aquella galería, más jardín que otra cosa, detrás de un enorme jarrón japonés... "ella" y "él" dándose un apasionado beso... en aquellos labios que, un rato antes hablaban de "la nota blanca"... Ahora tenía la comprobación de cuanto venía sospechando en César. Brilló en sus ojos negros, una de aquellas miradas que hacían estremecer, de unos meses a esta parte, a sus padres... mirada de la que sólo las de origen moro son capaces, cuando rebulle en sus venas la sangre serrana...

Después del te, César Ardiscueta, tocó, como número clausural de la fiesta... los "Aires BasKos" inmortalizados por el violín de Sarasate.

Poco antes de concluir, Elvira se acercó a Luisa.

—Señora... no sé como agradacer a usted todas sus bondades conmigo... quisiera proponerle algo... que quizá sea un gran bien para... los niños que usted ampara...

—Vamos al saloncito gris... allí hablaremos con libertad.

¡Una monada el solancito!, uno de esos rincones que para sí crean y adornan, las mujeres cuyo temperamento excesivamente nervioso, les impone un reposo, de vez en cuando: reposo relativo, que no es en manera alguna el absoluto, de que tantas gozan al lado de la cuna de un hijo, y ni siquiera el puramente material de la alcoba de madre, sinó cosa muy dis-

tinta; una ficción de descanso, en que tumbado el cuerpo sobre una chaise-longue", cuando no sobre el piso, encima de una piel rara y de mullidos almohadones, y cerrados los ojos, la imaginación vuela por el mundo de lo indefinido... del ensueño; ensueño que perdura al abrirlos... espoleado por la nota gris, de cuadros holandeses, bocetos de esculturas no concluídas, el color perla de alfombras y tapices, y el nacarado oscuro de los muebles!

¡Bien elegido el nombre de "gris" dado por la de Torrijo, a aquel reducto donde se refugiaba en los momentos de laxitud que solían seguir a sus exacerbaciones, a sus espasmos de histérica crónica ya.

—Pase... pase usted, Elvirita... aquí nadie nos estorbará... E iba a dejar caer el "portier", para substraerse del todo a lo que allá cerca pasaba; Elvirita le pidió que nó...

—Estoy sofocada, señora, y necesito aire.

—¡Cuánto movimiento, en esta calle! — dijo, por decir algo, mientras se sentaba en un precioso confidente al lado de Luisa.

Resuelta avanzó hacia el mirador, abriendo de par en par los batientes.

Las miradas de las dos se cruzaron por un momento: llena de curiosidad la una, saturada la otra de algo indefinible, quizás al margen del odio... de la locura. Segundos de silencio, breves por su duración... casi una eternidad para la de Torrijo que comenzaba a sentir un malestar intenso... y para la decepcionada joven, en cuya alma se libraba un formidable combate lleno de angustia, de agonía... revueltas en ira y odio.

—Escucho a usted, señorita.

Reconcentrada ésta en sí misma por un instante buscaba la frase inicial, la que iba a romper el fuego.

—Señora, dijo, una mujer engaña muy fácilmente a un hombre: no tanto a otra mujer. Sé, por César, que usted tiene talento.. y mucho mundo... No me he forjado la ilusión de que haya usted accedido a esta entrevista, creyéndola solicitada para lo que le dije..., por más que, estoy dispuesta a todo en favor de los niños... que usted ampara. Lo que deseo decirle es... algo, a lo que hay que ir de frente y resueltamente...

Siguió a esto una pausa. Luisa no perdía de vista el semblante de la joven, de más en más descompuesto, a medida que hablaba...

—Confieso, que no entiendo...

—¿Sabía usted que César está comprometido conmigo para casarse?..

—Señorita... no suelo entrometerme en asuntos que no me interesan...

—¿Está usted bien segura de que no le interesa... si no el asunto... cuando menos uno de sus actores, el señor Ardiscueta?

—Como músico eminente, si que me interesa; fué maestro mío... ¡no hace tanto tiempo!... relativamente poco, antes de casarme... esto es todo. Por la demás, permítame, señorita, que me sorprenda un poco, de su requisitoria. ¿Acaso no ha sido usted testigo del interés con que seguía los conciertos del señor Ardiscueta? Usted era otra infaltable... ¿Qué más quiere usted que haya? Es una pena, el no poder tener con entera libertad el derecho de admirar a un artista, sin que se sospeche... se murmure... o se la ponga a una en el potro de ciertas curiosidades.

Por un momento la joven normalista tuvo a flor de labios la terminante acusación. El deseo de no caer en el ridículo de un espionaje, en casa agena la contuvo.

—Señora, dijo después de un breve silencio, creo ver en sus últimas palabras, un dejo de reproche, que reputo injusto. Suelo ser muy franca... determinados *hechos* me fuerzan a decirle que, el maestro Ardiscueta es mi prometido. Conocido este detalle, usted que es mujer — y mujer *que ama* — no puede tomar a mal, el que defienda mi situación.

Volvió a callar, reconcentrada en sí misma, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad para recuperar el dominio sobre sí misma, consiguiéndolo.

—A veces puede ocurrir, señora, que una dama — y usted lo es — sin desmedro de su honra, quizá sin darse cuenta de ello, sienta, allá en lo hondo de su alma, lo que ni a sí misma se confesaría. Sentimiento que se revela con... pequeñeces, con naderías; pero, que, en un momento dado, estalla formidable...

Puntualizando con calma cada palabra, prosiguió:

—Esos estallidos, esas explosiones, de las que son responsables, unas veces la pasión, otras desarreglos más o menos intensos del sistema nervioso, pueden acarrear la ruina de un hogar, y la desgracia de dos séres. Precisamente recuerdo un caso, que envuelto con mil misteriosas reservas, circuló por Buenos Aires, no hace tantos años.

Evidente el efecto que la serena calma con que Elvira iba poniendo el dedo en la llaga, producía en Luisa.

—Sí, prosiguió: cierta eminencia musical y una señorita del gran mundo, fueron los protagonistas de la historia. El escándalo, o mejor, la responsabilidad del mismo, recayó ¡naturalmente! sobre el artista, que se *eclipsó*. Ella, que sin duda había obrado en una de esas explosiones, o... crisis dolorosas... ella curó del amor... y se casó con otro

—¡Basta, señorita! La he escuchado con interés. Y, en el proceso que como hábil normalista, va usted haciendo — no tengo por qué fingir ya —, casi todo él exacto, hay un solo error. "Ella no curó" de su amor... *bien lo sabe usted.*

—Me felicito de que se coloque usted en el terreno de la franqueza. Estamos ante un caso difícil. Usted ama a mi prometido. Quisiera saber, hasta qué grado... por qué, créame usted, yo soy capaz del sacrificio más cruento, en aras de la felicidad de César. No crea usted que voy a escudarme en su condición de casada. Por muy joven que yo sea, conozco la vida lo bastante, para que ignore lo que en el gran mundo significa eso de estar casada... a menudo, calvario en el que una joven se sacrifica en holocausto de convenciones sociales, o para restaurar fortunas en bancarrota. Fuera sencillamente bárbaro, condenar a una de esas interesantes víctimas, para quienes el amar resulta un delito! Ya ve usted, que soy razonable. Yo amo a Césaor, por César, y no por mí. ¿Le ocurre a usted lo mismo? De estar las dos en igualdad de condiciones, quien debería resolver es él. Pero, en caso contrario, *amará más y mejor, quien esté dispuesta a sacrificarse*...

—No entiendo bien...

—Señora, lo siendo. Pero, ya que usted me fuerza a puntualizar, lo haré. ¿Puede — según usted — llegar César a la felicidad que merece, siendo fiel al amor de una dama, a quien la sociedad implacable señalaría con el dedo, a poco que trascendieran al público esos amores? O, ¿estaría usted dispuesta *a sacrificarlo todo*... *todo,* señora, y seguirlo por el mundo en su peregrinación de artista?

—No veo la necesidad; en mi mundo, existen casos parecidos, ante los que la sociedad hace la vista gorda..., tolera, calla. Y, quienes en casos tales se encuentran, son felices.

Elvira veía, al fin, claro: en la señora de Torrijo, subsistía, sin variación, la niña histérica, quizás amoral de años antes.

—Si este es el ideal que reserva usted a César, debo confesarle que no se lo envidio. El Amor se da por completo: *debe vivir a la luz del sol, con o sin casamiento, pero sin tapujos que lo hacen aparecer vergonzante*. Y, en tales condiciones debo... nó defender mi dicha, que para mí que amo de veras, nada significa, si no la de César... ahora o en el porvenir.

Por fin, dí con ustedes, dijo Ardiscueta asomando por la puerta. ¿De confidencias? Apostaría Elvirita, que la señorade Torrijo estaba planeando otro festival.

—Algo por el estilo... ciertamente. Y, ahora me doy cuenta de que, encantada con la conversación de esta dama, la he secuestrado, demasiado rato; ¡lo que dirán de mí los invitados! ¿Vamos a dar una vuelta, maestro? Y, usted, señora discúlpeme: soy novicia en *la vida de los salones*. Maestro, *quisiera ver de cerca* un maravilloso jarrón japonés, que antes me llamó poderosamente la atención: en la galería.

¿Presintió Ardiscueta haber sido visto por la joven, cuando besaba a Luisa?

—¡Oh! es tarde ya..., Elvira.

—No: desde aquí se ve, allá en el fondo.

Echaron a andar: ellos delante, seguidos unos pasos más atrás por Luisa.

—¡Qué capricho el tuyo, Elvirita!, exclamó el violinista.

—¡Tonto! *¿no estamos en un ambiente de caprichos?* Es el primero que me conoces...

Llegaban.

—Mira qué maravilla: es increíble lo que el Japón produce...

La joven iba señalando cada uno de los detalles, con certero criterio, y frase clara.

De pronto tuvo una idea. Sin decir palabra tomó entre las manos la cabeza de César, estampando en sus labios un beso.

A pocos pasos de allí, sonó un ¡ay!, y luego el ruido de un cuerpo cayendo sobre la alfombra. Era Luisa de Torrijo que, testigo de la escena se desplomaba, presa de un ataque de nervios.

César, bajó la cabeza: parecía la estatua de la confusión.

—¿Has comprendido?

—Sí.

—¿Qué has comprendido?

—Un caso de la ley de Talión.

—Te creía con más talento. Escucha. Has jugado poco habilmente con dos mujeres. No me extraña! Te sabía débil de carácter, algo dominado por el delirio de las grandezas. Temía que siendo así, tu felicidad no la encontrarías a mi lado. Pero, conservaba alguna esperanza... Esta se desvaneció al ver hace una hora, cómo besabas a esa pobre mujer. Como la besaste a ella, besarías mañana a otra y a otras... y te sentirías desgraciado a mi lado. Te acabo de dar el beso *de despedida*. Tus labios helados

me han probado su insensibilidad... para cuanto sea mío. ¡Anda!... ¡sé siquiera caballero, y atiende a esa enferma!

Retrocedió un paso para marcharse.

—No olvides, agregó, Elvira, que si vuelves a caer en la desgracia, — esas mujeres la traen — la casa de mis padres, te estará abierta de par en par. Y cónstete que te he amado... y te amo. Y por lo mismo que te amo, me sacrifico.

César Ardiscueta, seguía aun como petrificado junto al jarrón, cuando su ex prometida subía a un auto, cerrada cuya puertecilla, se desahogó en copioso llanto.

Era mi deber... mi sino, musitó entre labios. El caerá de nuevo... él vendrá a mí, curado. Será mi triunfo.

JULIO DEL ROMERO LEYVA.

Pidanse en los Kioskos y vendedores de diarios, la colección de 13 números que componen el tomo I.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

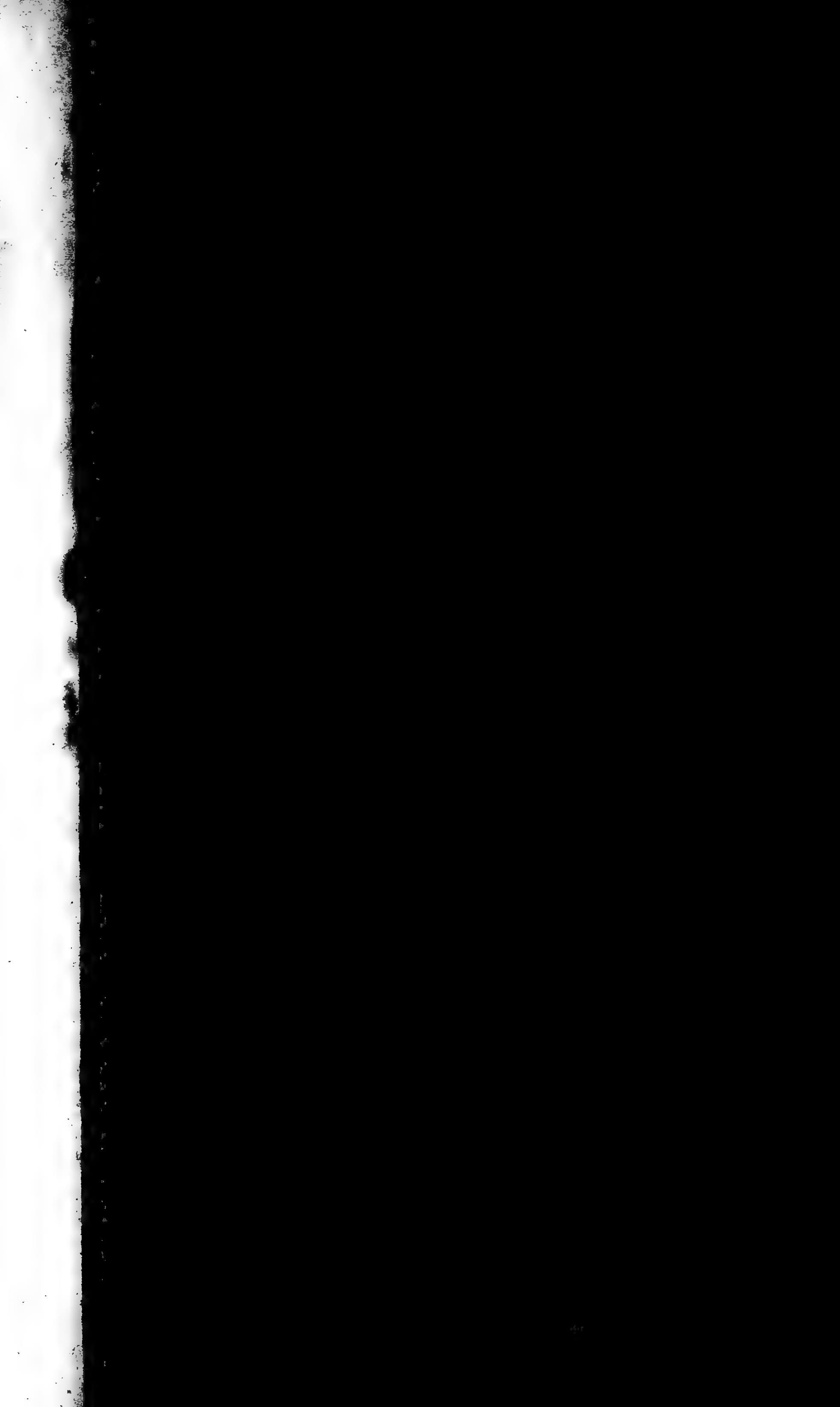
CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas. de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.
20. — Neurosis de amor, de Evil Thogorma.



EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 3 DE 1918 TOMO II - N.º 22

JUAN SIN TIERRA

POR

MIRIAM MIGUENS

Ilustraciones de ROJAS

10 Centavos

AÑO I — BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 3 DE 1918 — TOMO II N.° 22

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

En el número próximo aparecerá la interesante novela de un realismo doloroso de ROBERTO GACHE.

EL DERRUMBE

Ilustraciones de HOHMANN.

JUAN SIN TIERRA

POR

MIRIAM MIGUENS

Ilustraciones de ROJAS.

I

—Güeno, güeno, niño Pepe, si le parece será calunia todo lo que le he dicho; pero el remordimiento es mala comida y pa no tener de que arrepentirme le hablao ansina. Usté es dueño de seguir el camino que se le antoje.

De este modo se manifestaba ante su patrón, el viejo Tiburcio, antiguo servidor de la familia de Gutiérrez, la que contaba más de un siglo de arraigo en la campaña porteña, y sus miembros conocían por lo tanto palmo a palmo la región donde se extendían sus dominios.

—Te digo viejo que eso no es posible — repuso el patrón — por que este camino es muy transitado, hay aquí mismo un destacamento, de policía y los ladrones serían descubiertos fácilmente.

—Todo lo que quiera niño; pero le digo que es muy arriesgao andar con plata y solo en semejante oscuridá habiendo estos rumores.

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 3 DE 1918 TOMO II N.° 22

EL CUENTO ILUSTRADO
REVISTA DE LAS FAMILIAS
Director: SANTIAGO MACIEL
Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

JUAN SIN TIERRA

POR

MIRIAM MIGUENS

Ilustraciones de ROJAS.

I

—Güeno, güeno, niño Pepe, si le parece será calunia todo lo que le he dicho; pero el remordimiento es mala comida y pa no tener de que arrepentirme le hablao ansina. Usté es dueño de seguir el camino que se le antoje.

De este modo se manifestaba ante su patrón, el viejo Tiburcio, antiguo servidor de la familia de Gutiérrez, la que contaba más de un siglo de arraigo en la campaña porteña, y sus miembros conocían por lo tanto palmo a palmo la región donde se extendían sus dominios.

—Te digo viejo que eso no es posible — repuso el patrón — por que este camino es muy transitado, hay aquí mismo un destacamento, de policía y los ladrones serían descubiertos fácilmente.

—Todo lo que quiera niño; pero le digo que es muy arriesgao andar con plata y solo en semejante oscuridá habiendo estos rumores.

—¡Gaucho miedoso!

—¿Miedoso?... miedoso nó ¡canejo!.... Bien sabe usté que en mil entreveros lo mesmo en las pulperías que en las rivoluciones encabezadas por su abuelo (ánima bendita que en paz descanse) este pellejo se abrió, manando sangre coloradota y valiente.

El viejo Tiburcio estaba así magnífico de orgullo. Era el alma fiel de su raza vomitando altivez herida. Pepe Gutiérrez entretanto, enfundado en su traje de campo estilo inglés, castigando la caña de la bota con la pequeña fusta, se sonreía suavemente ante la indignación del viejo y para calmarlo, le dijo en tono conciliador, palmeándole el hombro con cariño

—No te enojes, si yo se muy bien quien eres. Me iré en seguida, tengo tiempo de llegar de día a la estación y mañana temprano será el regreso.

—Ansina si es razonable; pero de otro modo...

—Bueno, hasta mañana — dijo Pepe, montó a caballo y a galope tendido, envuelto en una nube dorada por los últimos rayos del sol, se perdió su silueta a la distancia.

II

Estaba solo el paisanaje después de la cena, salpicada por dichos maliciosos y cuentos de picante sabor. Nadie pensaba todavía en dormir. Una corriente de bienestar producida acaso por la calma augusta del paisaje iba encendiendo en los corazones la sana alegría de vivir.

Música de húmedos trebolares batidos por las brisas y fulgor de estrellas irradiando como joyeles magníficos de Dios, imprimían al cuadro su nota típica de belleza melancólica y soñadora.

—La noche parece hecha adrede pa bailar un pericón — dijo uno de los peones.

—¿Y qué hacen pues? — interrogó el viejo Tiburcio. — A pripararse nomás, yo lo mesmo que siempre seré el bastonero.

Pocos momentos después, la guitarra legendaria dejó oir sus notas impregnadas de la vaga tristeza del alma nativa y la estridente voz de "¡aura!" resonó en los aires. Las figuras fueron sucediéndose admirables en la plástica garbosa de los cuerpos ondulantes hasta quedar en rueda, el paisanaje para las clásicas relaciones y el primer gaucho gentil y enamorado, dijo a su pareja:

"Me dicen que tenés dueño,
con dueño y todo te quiero
que el querer más verdadero
es querer prenda con dueño".

—¡Bravo!.... ¡mirá qué tigre!... — gritó el bastonero.

"Vea mozo, le han mentido
yo de amores nada sé;
no tengo dueño y a naide
le he dao tuavía mi fe".

—¡Canejo!.... con la virgencita!.... Si hasta en la cara se parece a Nuestra Señora del Carmel (aunque es mala la comparación), — dijo el viejo Tiburcio, provocando aplausos e hilaridad.

Después de los compases de práctica, tocó el turno de relaciones a otra pareja y el alma del trovero primitivo asomándose al labio del paisano dijo:

"A las estrellas del cielo,
contalas de dos en dos
y si te parecen muchas,
mucho más te quiero yo".

No se habían acallado aún los ecos de la amorosa declaración cuando los bailarines sufrieron la sorpresa de un tiroteo nutrido, como trasunto de algún entrevero producido a poca distancia del lugar.

Listos e intrépidos corrieron los hombres en busca de sus caballos para saber a que atenerse respecto al suceso, y las mujeres rezando se encerraron en la cocina. Por todas partes creían ver rostros de bandidos.

—¡Vírgen santísima! — exclamaba el viejo Tiburcio, mon-

tando en su brioso pingo de altiva estampa — tanto que se lo alverti al niño Pepe; pero es el sino, el sino maldito, — y como un haz de flechas avanzó con él la peonada por el desierto callejón.

*
* *

Una hora después, el cuerpo polvoriento y sangrante de Gutiérrez, era introducido a su casa sobre un catre de lona, solícitamente custodiado por aquellos rudos hombres broncíneos de cabellos negros, con mucho de morisco y nazareno, como sí Granada y Galilea se fundieran en sus almas amorosamente.

La certera bala de uno de los bandoleros, hundiéndose en la región intercostal derecha, producía el consiguiente sufrimiento al herido, mientras el viejo Tiburcio, algunos otros paisanos y las mujeres, preparaban tisanas, con ánimo de cortar la fiebre, poniendo también sobre la herida, cenizas de trapo y telarañas con azúcar quemada para impedir la hemorragia.

¡Felices gentes, ejemplares de sana ignorancia y buena fe!

Como haciendo un supremo esfuerzo, abrió los ojos el enfermo y buscando entre los presentes al más viejo, le dijo con desmayado acento.

—Avisa a mi madre y llévame a Buenos Aires en el primer tren ¿quieres?

—Güeno, güeno, patrón pa servirlo estamos — y empezaron en seguida los preparativos del viaje en medio de los naturales cuchicheos de voces sofocadas y leve rumor de pasos cautelosos.

III

—Pocas semanas después, Marcelo, el muchacho, criollo también, que atendía en la estancia el servicio de correspondencia, le entregó al viejo Tiburcio, una carta procedente de la Capital.

—Pero decime ¿estás seguro de que sea pa mí? — le interrogó con asombro y duda.

—Sí, don Tiburcio, es pa usté, pa usté mesmito — le repuso sonriendo el muchacho.

—¡Canejo!.. también había tenido yo quien me escriba!..

Rompió el sobre, miró la carta y volviéndose a Marcelo, le dijo:

—A ver, pues, leela vos que sabes leer tan lindo y decime en seguida de quien es.

—¡De la patrona!

—¿Me decís la verdá?

—¿Pá qué le voy a mentir don Tiburcio?

—Güeno, güeno, leela, — y sentándose en un tronco, escuchó con avidez, como si quisiera beber las palabras en su sonido y en su espíritu.

La carta decía así:

"Mi querido Tiburcio:

—¿Dendeveras me dice querido, la señora?

—Sí, sí, déjeme seguir.

"No de otra manera puede llamarte el alma de una madre agradecida. Tú, como siempre valiente y generoso, has salvado a mi hijo de una muerte segura, pues se ve que los bandoleros lo perseguían con ánimo de ultimarlo y gracias a tu intervención oportuna, hoy lo vemos en vías de un completo restablecimiento. Ya ves si no hay razones para que se haga cada día más firme el cariño que desde mis padres te venimos profesando. El ejemplo de tu bondad, de tu valor y tu nobleza, no sólo es una gloria de nuestra raza criolla, sino que pasará su recuerdo de padres a hijos como el afecto que todos te ofrecemos.

—De algo sirve ser güeno, de algo sirve, — dijo el viejo, enjugándose las lágrimas que surcaban su curtido rostro.

—Ya lo creo, don Tiburcio, que ser güeno es lo mejor del mundo. Vamos a seguir.

—Sí, seguí nomás.

"Pepe te guarda, como es natural, un sentimiento de profunda gratitud, sentimiento que, tanto en su nombre como en el mío, te ruego hagas extensivos a todos nuestros nobles servidores.

Dios premiará la hermosa acción de ustedes, así como en una u otra forma, va a descargar el peso de su castigo sobre los malhechores que ya se encuentran a disposición de la justicia humana.

—¡Canejo!.... ¡cuánto me alegro!.... — exclamó el viejo Tiburcio, — tenía que suceder ansina mesmo, nuestra polecía no iba a dejarlos escapar. A ver ¿qué más dice?....

"Como eres quien eres — siguió leyendo Marcelo — no hay necesidad de encargarte nada, respecto a la marcha de la estancia; pues sabemos que cuidarás nuestros intereses más que si fueran tuyos.

—¡Me parece!

"Saluda a tu buena compañera,

—¡Ah! mi vieja!.... pobrecita!

y reciban los dos nuestros cariño.

Ana Fernández de Gutiérrez".

—¡Qué güena señora es la patrona!.... tan sin orgullo!.... miren ponerse a escrebirle a un pobre paisano viejo como yo!

—Es que usté lo merece.

—De ánde m'hijo, de ánde; pero no te puedo negar que estoy contento, no sólo por mí, sino por todos, hasta por que me recuerda mi vieja, que mientras más vivo, más la quiero.

—Doña Robustiana, es tan ecelente persona que la señora tiene también que quererla.

—Mirá, Marcelo, cuanto te llegue la hora de enamorarte abrí el ojo ¿eh?, y buscate una china como la mía ¿Te ponés colorao?.... ¡miren que gaucho!

—No, don Tiburcio, no. — dijo Marcelo sonriendo.

—No sé por qué se me hace que le andás ya arrastrando tu ala de pollo a la Urbana, ¿y sabés que me gustaría?.. pero andá sin rodeos, derecho viejo no más.

—¡Qué don Tiburcio!.. — dijo Marcelo.

—Sí, don Tiburcio, don Tiburcio, hacete el inocentito, ángel de Dios. Dame la carta, tengo que guardarla como un tesoro y vení luego pa que se la leas a la vieja.

Se separaron, uno con el alma llena de contento por la demostración que recibía, el otro con un juvenil aleteo de esperanza dentro del tierno corazón ingénuo.

IV

—Venga un abrazo, mi noble viejo Tiburcio — dijo Pepe Gutiérrez, al leal servidor de su familia, algún tiempo después del asalto de que fué víctima.

—Yo se lo decía, niño Pepe, — repuso el paisano, — pero usté no quiso escucharme, en fin, tendría que suceder, felizmente ya todo pasó.

—¡Pero!.. ¡son como perdices estos canallas!.. Metidos en los cardales se escurren por ellos y hacen peligrar la bolsa y la vida de los incaútos como yo. ¿Tú no viste en la comisaría al individuo que los capitaneaba?

—No, patrón y Dios me libre de volverlo a ver.

—Me dicen que es un extranjero simpático, sin apariencia alguna de bandido.

—Muchas veces estos diablos son hijos de güena gente. Hay muchos *"nación"* que no son malos y sin embargo la cría es de sabandijas, pueda ser que sea de esos este rubio.

—Dicen que se ha llevado un susto terrible porque ni se imaginaba caer primero en tus manos y después en las de la policía.

—Yo sé que repartí talerazos y nada más.

—Se portaron muy bien ustedes. A todos les estoy agradecido y a mi madre la he visto enorgullecerse más de sus viejos y leales servidores.

—¡Pero!.. ¡patroncito de mi corazón!.. si tanto los muchachos como yo no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber y... ¡si usté supiera por qué casualidá nos encontró dispiertos aquel suceso!.. Vea cómo a veces las calaveriadas son güenas.

—¿Qué.. echaban canitas al viento?

—Sí patroncito; pero en un juego inocente. Bailábamos un pericón de mi flor y cuando el tiroteo, las chinas llevándose los perros por delante se encerraron a rezar y nosotros ya usté sabe lo que hicimos.

—Bueno, a fin de premiar aquellas plegarias tan oportunas y el valor de ustedes, les prometo un bailecito para cuando esté sano del todo, así podré *"terciar"* en él, si me lo permiten.

—¡Güeno juera patroncito, que no se lo permitiésemos!.. Me estoy entreteniendo dimasiao. Me va a coscorronear la vieja, si me demoro más...

—¡Cómo estarás de miedo! — dijo sonriendo el patrón.

—Güeno, hasta la vista, niño Pepe, mejórese pronto.

—¿Para bailar pericón?

—Pa todo, niño, pa todo. — Y salió el viejo Tiburcio, blandiendo su figura simpática al son de las pesadas nazarenas.

V

Pasaron algunos años. Aquel amor adolescente de Marcelo había echado hondas raíces; pero era un amor mústio, silencioso y grave porque en el corazón de la criolla no encontraba la correspondencia anhelada. En tal estado de ánimo departían una tarde por el camino con el viejo Tiburcio, mientras al paso lento de sus caballos iban avanzando hacia la estancia.

La conversación recayó, por cierto, en las razones de la tristeza que todos veían en el joven compañero y con los títulos que para ello contaba el viejo, dijo lisa y llanamente sus pareceres al respecto.

—Mirá Marcelo, estás emperrao en que la muchacha te quiera y te portás mal con ella. A las mujeres no les gustan los hombres empacáos y tienen razón. Sos joven, debés por lo mesmo ser alegre, bailá y cantale versos de amor. Ya ustedes no saben agasajar a las chinas como lo hacíamos nosotros.

—¡Pero viejo!.. ¿qué quiere que haga si ando tan apenao? ¡Cómo pa cantar tengo el corazón!..

—¡Pucha!.. ¡que sos maula!.. Vos inorás que el cilguero ciego es el que canta mejor. Santos Vega y todos los gauchos que nos enorgullecen cuando tenían alguna pena aquí en esta entraña perra — dijo señalándose el corazón — cantaban más lindo que las calandrias del monte. La tristeza les gusta a las mujeres, ¿y qué tristezas le va a cantar a tu china ese extranjerito endomingao que la persigue?

—Dicen que al viejo le gusta el muchacho.

—Pueda ser; pero me cuesta creerlo. Mateo, un criollazo igual que yo no va preferir un *"nación"*.

—Es que tiene plata.

—¿Y qué le importa de eso a un hombre como él?.. Sólo fal-

taba que quienes son más de la tierra que el mate amargo, salgan queriendo a los de ajuera y no a sus paisanos.

—Se ha visto más de uno viejo.

—Güeno; pero no te aflijás por eso y seguí arrastrándole el ala a la muchacha. Yo te lo veré a Mateo y todo se arreglará a pedir de boca.

—¡Cómo se lo voy agradecer viejo!

—No me lo agradezcás. Ayudarnos entre nosotros es un deber pa defendernos de muchas cosas porque aunque tengo tanta fe en nuestras juerzas, ya vamos quedando pocos criollos verdaderos, por eso debemos unirnos pa evitar que estos rubios güenos mozos nos redoten hasta delante de nuestras chinas; pero andate tranquilo no más Marcelo, que a esta tuavía hemos de ganarla.

VI

Con la fidelidad que es patrimonio de los temperamentos íntegros, cumplió su promesa el viejo Tiburcio; pero algo como una fuerza ciega se cernía implacable sobre la suerte de Marcelo. No sólo estaba de por medio la palabra empeñada, según las manifestaciones de don Mateo, sino que el matrimonio de Urbana con Juán, debía verificarse pocas semanas después.

Dentro de su rudeza ingénita, el pobre enamorado comprendió que no le asistía el derecho de recriminar a nadie por cuanto nunca fué correspondido; pero no obstante el drama en perspectiva gestaba su levadura en lo íntimo del corazón. Taciturno, sombrío, a veces misterioso y hermético como una esfinge lo vieron rondar el rancho de la prenda querida..... ¿por qué?.... ¿para qué?....

No había en Marcelo fibras delincuentes; pero su dolor y su pasión lo acicateaban al mismo tiempo que ciertos rumores circulantes respecto a su rival lo colocaron al margen de acontecimientos graves. Se aconsejó entonces de su propia conciencia, oyó las secretas voces de su alma, hizo las averiguaciones del caso y la verdad se le presentó terrible, en una especie de revelación macabra. Munido de las pruebas pertinentes, por amor a *"Ella"*, por su felicidad amenazada de muerte se dispuso a desenmascarar al extranjero.

El puesto de Marcelo, pertenecía también a la estancia de Gutiérrez y se levantaba en la otra orilla del rio Salado, que re-

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

las mientes que si aquellos hombres fatigados hasta tal punto hubiesen tenido que batirse contra tropas frescas y superiores en número, estaban vencidos anticipadamente.

¡Ah! una de las causas de nuestras miserias es la falta de conocimiento que del terreno que pisaban tenían nuestros oficiales y generales.

Gredel, Catalina y yo nos volvimos al molino completamente trastornados.

Por fin, después de dos meses de sequía, empezó a caer una lluvia pesada que duró toda la noche.

Mi mujer y Gredel subieron a acostarse; en cuanto a mí, como no podía cerrar los párpados me puse a pasear por el molino, escuchando el rodar de los cañones por la carretera y el chapatalear de los pasos en el barro: tras un regimiento seguía otro; en pos de una batería venían nuevas baterías y a un escuadrón seguía otro escuadrón, sin tregua ni descanso.

¡Qué triste era! ¡Y cuánto compadecía en mi corazón a aquellos pobres soldados, muertos de hambre y de fatiga y obligados a alejarse de aquel modo!

De vez en cuando me acercaba a los pequeños cristales de la ventana, por los que corría la lluvia, para mirarlos: desfilaban a pie unos, otros a caballo, uno a uno, por compañías o pelotones.

Cada vez que, durante mis paseos, abría la ventana para renovar el aire, en medio de aquel confuso rumor de pasos, de los relinchos de los caballos y de los juramentos de los artilleros o de los ginetes cuyas cabalgaduras se caían por no poder ya más con su cuerpo, oía a lo lejos, cerniéndose sobre el extenso llano, a tres leguas de nosotros, el silbido del camino de hierro, cuyos trenes iban y venían por los desfiladeros.

Entonces, percibiendo uno de esos mapas del teatro de la guerra que los periódicos del gobierno nos habían enviado tres semanas antes y que se extendían desde la Alsacia hasta Polonia, lo arranqué, lo estrujé y echelo a la calle. Para más rabia mía todo se me refrescaba en la memoria; aquellos mapas eran también una farsa, como las conspiraciones inventadas por la policía, como las mentiras de los subprefectos para hacernos votar el plebiscito. ¡Oh! ¡comediantes, hato de bandidos! ¿no habéis engañado todavía bastante a nuestro infeliz pueblo? ¿No lo habéis hecho aún bastante desgraciado con vuestras criminales farsas?

Y hoy vive quien dice que vamos a volver a las andadas, que quieren pasarnos una anilla por la nariz para conducirnos con más facilidad y que abundan los pillos que cuentan con esto para hacer su negocio y redondearse como gato de cura que da de nuevo con su gamella después de haber dado una vuelta por el bosque o por el jardín. ¡Ah! Si realmente fuese cierto lo que dicen y llegásemos a tal estado de degradación ¡cuán despreciada y despreciable sería Francia, y cuánto se avergonzarían de llamarse franceses los hombres honrados!

Al quebrar el alba me salí para levantar la compuerta, pues la lluvia abundante de la noche había hecho rebosar la presa. En aquel instante pasaban los últimos rezagados.

Iba ya a meterme otra vez en el molino, cuando al volver el rostro hacia la aldea, vi a mi vecino el tabernero Ritte que salía de su sotechado, con una linterna en la mano y seguido de un forastero joven, abrigado en un sobretodo ceniciento, con pantalón colán, una especie de canana sobre la cadera, sombrerito de fieltro derribado sobre la oreja y una cinta roja en el ojal. Debía ser parisiense; y digo que debía serlo, porque todos ellos, al igual que los ingleses, se parecen y se les distingue entre mil.

Yo miraba y escuchaba.

—¿Conque no tiene usted ningún caballo?, decía el forastero.

—No, señor, todas nuestras bestias están en el bosque; y luego, no es este momento propicio para alejarse de la aldea.

—Sin embargo hacen de buen ganar veinte francos en cuatro o cinco horas.

—En tiempos normales sí; pero hoy es distinto. Entonces yo me adelanté, preguntando:

—¿Da usted veinte francos para ir a dónde?

—A Sarreburgo, respondió el forastero, admirado de verme.

—Si usted me da treinta, me encargo de llevarle allá. Soy molinero y siempre tengo necesidad de mis caballos. En la aldea no hallará usted otros.

—Sea por los treinta; enganche usted.

Aquellos treinta francos, para hacer ocho leguas, me habían cautivado el corazón. Mi mujer, que al entrar yo en mi molino acababa de bajar a la cocina, luego que supo el porqué de mi ida, me dió la razón.

Tomé pues un bocado de pan y un vaso de vino y me salí para enganchar los

caballos a la carreta. El parisiense estaba ya en la calle, delante de la puerta, con su maleta de cuero en la mano; y al comparecer yo guiando los caballos, se subió a la carreta, y sentándose en la delantera, sobre un haz de paja, que dispuse al efecto, y haciendo yo lo mismo, partimos al trote.

Aquel forastero, al ver a mis dos caballos tordillos rucios galopar al través del barro, se puso contento. Lo primero que me pidió fueron noticias de lo que había ocurrido en la comarca, y de pe a pa le conté cuando había ocurrida desde el día en que se rompieron las hostilidades. Entonces él me contó a su vez otros hechos, de los que nadie, entre nosotros, sabía nada todavía.

Era uno de tantos corresponsales que seguían al emperador para cantar sus victorias. Recién llegaba de Metz, y me dijo que el general Frossard acababa de perder una gran batalla en Forbach, por su culpa, pues estaba ausente mientras sus tropas se batían.

No tengo que jurar que nunca he creído semejante abandono; sólo repito lo que oí.

—De modo, añadió el parisiense, que los prusianos nos han derrotado, y yo, para huír de la zarracina, me he visto obligado a reventar un caballo. Los hulanos nos han perseguido con tanto empeño, que han llegado hasta cerca de un sitio llamado Droulingen.

—¡Cómo! exclamé ¿hasta Droulingen dice usted? ¡pues si no está más que a cuatro leguas de aquí!

—Pues lo que usted ha oído; pero han vuelto grupas inmediatamente para reunirse al grueso del ejército que marcha sobre Toul. Yo había pensado desquitarme describiendo nuestras victorias en la Alsacia; pero desgraciadamente al llegar a Droulingen las malas noticias de Reichoffen y el pavor de los campesinos me han dado a comprender que nos han derrotado en toda la línea. Decididamente los prusianos son fuertes, muy fuertes; pero el emperador lo compondrá todo de acuerdo con Bismarck.

Entonces el parisiense me contó que Napoleón III estaba a partir un piñón con el canciller; que los prusianos se quedarían con la Alsacia, cediéndonos en cambio Bélgica; que nosotros pagaríamos los gastos ocasionados por la guerra, y que las cosas volverían al mismo estado que antes de dispararse el primer tiro.

—Su mejestad, añadió el periodista, está enfermo, y necesita reposo; de consiguiente abdicará en su hijo que reinará con el nombre de Napoleón IV con la regencia de su majestad la emperatriz; los franceses gustan de la variedad.

De esta suerte hablaba aquel hilvanador de periódicos, a quien Dios sabe porque le habían condecorado. Todo su afán consistía en llegar a Sarreburgo para tomar el tren y llevar las últimas noticias a su periódico; lo demás le importaba un comino.

Por fortuna se me había acudido enganchar los dos caballos, pues seguía lloviendo.

Corriendo al trote largo íbamos cuando de improviso alcanzamos la retaguardia del ejército de Failly, cuyos cañones, furgones y regimientos llenaban de tal modo la carretera, que me ví precisado a guiar el tiro al través de los campos, donde la carreta se hundía hasta el cubo de las ruedas.

Cerca ya de Sarreburgo, vimos, a la izquierda, la retaguardia del otro ejército derrotado, del de Mac-Mahón, compoesto de turcos, zuavos, cazadores y artillería.

Las tropas del general Failly habían, al parecer, sufrido un descalabro igual a las del otro ejército. Díganlo sino cuantos campesinos de los nuestros la vieron. Hoy todavía, al pensar en ello nos parece imposible.

Por fin llegamos a la estación de Sarreburgo, donde el parisiense me pagó los treinta francos, que mis caballos se habían ganado bien.

Las familias de los empleados de la vía ferrea subían precisamente al tren de París, en el que el periodista se metió con la satisfacción que es de suponer; y suerte que llevaba billete de libre circulación, que de lo contrario y muy a su pesar, como otros muchos que ahora se vanaglorian de haber aguardado a pie firme el enemigo, hubiera debido quedarse en tierra.

Inmediatamente tomé la vuelta de Rothalp, a campo atravieso, llegando a mi casa a las once.

Por el lado de la montaña se oía el estampido del cañón, y multitud de gente subía y bajaba por la colina frontera de la iglesia para escuchar el ruído. Jorge, mi primo, fumaba tranquilamente su pipa en la ventana, contemplando a los campesinos que iban y venían.

—¿Qué pasa?, le plegunté, deteniendo mi carreta delante de la puerta de su casa.

—Nada, me respondió. Los prusianos atacan el pequeño fuerte de Lichtenberga. Pero tú ¿de dónde vienes?

—De Sarreburgo.

Y le conté en dos palabras lo que me había dicho el parisiense.

—¡Ah! ahora lo veo todo claro, dijo mi primo. Yo no podía explicarme porqué el quinto cuerpo se corría hacia Lorena, sin sostenerse un solo día en nuestras montañas, tan fáciles de defender; me parecía una cobardía inaudita; pero desde el momnto en que Frossard se ha hecho batir en Forbach, todo se explica: nos han envuelto, y Failly teme quedar cojido entre dos ejércitos victoriosos. No le cabe otro remedio que escapar aprisa, pues el ganadero David acaba de decirme que los hulanos han llegado ya detrás de Fenetrange. En una palabra, hemos perdido la línea de los Vosgos.

El maestro de escuela Adán Fix, que en aquel momento bajaba de la colina con su mujer, nos dijo que la batalla se libraba hacia Bitche, y que corría el rumor que los italianos acudían en nuestro auxilio; pero como la lluvia arreciaba, pasó de largo sin decirnos más.

—Eso se les da de nosotros a los italianos, dijo Jorge encogiendo los hombros; lo que sí van a hacer, es aprovecharse de nuestras desgracias para echarse sobre Roma, que es lo que quieren. ¡Y qué bestia es el pueblo! Pero escucha.

Oíanse en efecto estampidos roncos seguidos de otros más débiles.

—Esos disparos roncos, repuso Jorge, son de los cañones de grueso calibre del fuerte y los otros provienen de la artillería enemiga. En este instante, el ejército alemán victorioso en Alsacia atraviesa la montaña para darse la mano con el de Metz: desfila bajo los cañones del fuerte, y esta tarde o mañana a más tardar veremos desembocar aquí su vanguardia. ¡Qué triste es vernos batidos y desechos por culpa de un imbécil! Pero recordemos siempre que a cada puerco le llega su san Martín.

Mi primo se puso otra vez a fumar, y yo seguí mi camino hasta el molino, donde metí mis caballos en la caballeriza.

En seis horas me había ganado treinta francos; pero a decir verdad no me causaron satisfacción alguna.

Mi mujer y Gredel se encontraban también en la colina, para escuchar el cañoneo.

De repente ví a Placiard, a quien nadie supo hallar el día anterior, que dando fuertes resoplidos llegaba corriendo al través de los jardines.

—¿Oye usted, señor alcalde?, me dijo levantando la voz. ¿Oye usted, el fragor de la batalla? Es el rey Víctor Manuel que viene en nuestro auxilio con ciento cincuenta mil hombres..

—Señor Placiard, le respondí lleno de cólera, si usted me toma por un bestia se equivoca de medio a medio. Se acabó el tiempo de propalar mentiras como ha venido usted, haciendo por espacio de diez y ocho ajos; hoy por medio del engaño no puede ya conseguir usted estancos para usted, ni administraciones de correos para sus hijos; pasaron ya los días de la comedia, y estoy hasta aquí de tanto embuste. Al presente veo con claridad: se nos ha robado hasta el pellejo por pillos de la calaña de usted, y por ustedes nos veremos abligados a pagar sin haber sacado provecho de nada. Ayer le hice buscar a usted, pero de fijo que estaba usted escondido en su bodega. Hoy que los estúpidos esperan en la gratitud de los italianos, comparece usted de nuevo. No es de extrañar; siempre sucederá lo mismo. En tanto hay azúcar y manteca, las moscas no se mueven de la cocina. Si los prusianos acaban por ser nuestros amos, si dan empleos y pensiones, usted será su mejor amigo, y les denunciará los patriotas de la comuna y hará votar plebiscitos en pro de Bismarck. ¿Qué mas le da a usted ser alemán o francés? Para usted el verdadero amo, el verdadero rey, el verdadero emperador es aquel que paga.

A medida que hablaba me iba exaltando, hasta que ya reventando de cólera, dije de improviso al infame adjunto:

—Aguarde usted un instante a que salga, y hablaremos mano a mano; tengo que comunicar a usted un secreto.

Mas apenas hube llegado a la puerta, le ví que doblaba ya la esquina de la calle.

VII

Aquel día experimentamos todavía otras alarmas.

Entre una y dos de la tarde y mientras me estaba sentado a la puerta de mi molino, me pareció que del valle subía ruído de tambores.

—¡Ya están aquí los prusianos!, decían mis convecinos, ¡ya están aquí!

De un extremo al otro de la calle no se veían más que rostros en puertas y ventanas, con el oído atento y la vista escudriñadora; los niños huían al bosque, las madres daban gritos desgarradores. Algunos hombres, más miedosos que los demás, huían también con un bodigo bajo el brazo, sin hacer caso de los lomentos de sus esposas que querían seguirles. Mientras contemplaba yo tan triste espectáculo, por el valle del Graufthal llegaron a escape dos carretas, cuyo ruído nos pareciera a nosotros producido por tambores. Ocho días más adelante no me hubiera equivocado,

pues los alemanes, como los lobos, se presentan sin alboroto; no gritan ni dan trompetazos, al contrario, uno se ve veinte mil hombres encima sin saber por donde han venido.

—¡Los prusianos están ya detrás del aserradero!, gritaban los que llegaban del campo.

De lejos les oían, sobre todo las mujeres, que se levantaban sobre sus carretas levantando al cielo las manos.

A cien pasos del molino, las carretas disminuyeron la marcha, y al notar que quien las guiaba era el tío Dienner, concejal, le grité:

—¡Dienner, deténgase usted un instante! ¿Qué novedades ocurren allá abajo?

—Los prusianos se acercan, señor alcalde, me respondió.

—Ya que más tarde o más temprano deben venir, hágase la voluntad de Dios. Bájase usted.

Dienner hizo como le pedí, y me dijo que por la mañana se había llegado hasta la casa del guarda bosque Domenthal, en la carreta, para recoger a su mujer y a sus hijas refujiadas hacía algunos días allí, y que a su regreso había visto en el pequeño valle de Fischbachel a algunos prusianos con los fusiles en pabellones, descansando y preparando su rancho en el linde del bosque, con la misma tranquilidad que si estuviesen en su casa, lo que le haba incitado a huír a escape.

—¿Y no ha visto usted más?

—Nada más.

Tras Dienner llegaron algunos leñadores, que dijeron que aquellos que a éste se le habían antojado prusianos eran cazadores de a pie; más luego llegaron otros que afirmaron que realmente eran prusianos, y así consecutivamente hasta la noche.

A cosa de las cinco, ví llegar todavía un veterano francés, el último que pasó por nuestra aldea; llevaba una pierna vendada con un pañuelo, y se sentó en el banco de mi casa, pidiéndome un pedazo de pan y un vaso de vino por el amor de Dios, lo cual hice que Gredel lo trajera al instante. El pobre soldado que digo sufría mucho. Le había penetrado una bala en el muslo, y a decir verdad la herida le hedía fuertemente, por no haber podido hacerse él mismo la cura y haber tenido que arrastrarse al través de las malezas, desde Wœrth hasta Rothalp.

El infeliz no había comido hacía treinta y seis horas, y nos contó que el coronel de su regimiento, al caer herido mortalmente les gritó:

—Hijos míos, se os dirige mal. No obedezcáis más a vuestros generales.

El soldado sólo descansó algunos minutos, para que no se le entumeciera la pierna, y se puso otra vez en marcha camino de Falsburgo.

Por la noche supimos que algunos campesinos de Grauftal habían encontrado un cañón atascado en el valle, y dos horas más tarde, mientras estábamos cenando, nuestra vecina Katel entró pálida y temblando y nos dijo:

—Los prusianos están ahí fuera, a la puerta de casa, señor alcalde.

Al punto me salí efectivamente una quincena de hulanos estaban alineados en la calle, fumando sus pipas de palo y abrevando sus caballos en la paradera del molino.

No hay para qué decir cuál fué mi sorpresa, sobre todo cuando uno de los hulanos me saludó en alemán prusiano, diciéndome:

—Buenas noches, señor alcalde. Me alegro que se conserve usted tan bueno.

Este era el jefe del pelotón. Mi mujer y Gredel, que habían salido a la puerta, contemplaban lo que pasaba.

Al ver el hulano que yo nada respondía, se dirigió entonces a mi hija en estos términos.

—A lo que se ve, señorita Gredel, usted se conserva fresca como en otros tiempos. ¿Todavía tiene usted la costumbre de cantar mañana y noche mientras lava los platos?

Entonces Gredel, que tenía buena vista exclamó:

—¡Válgame Dios! este es el tunante que vino a retratar a todos los campesinos de por acá con su cajita montada en piquetes.

Y, a pesar de la oscuridad, reconocí entonces en el que de tal modo nos había hablado, a uno de esos fotógrafos alemanes que recorrían la montaña algunos meses antes, retratando a todos los vecinos de nuestras aldeas. Llamábase este Otto Krell, era alto, delgado, de cutis pálido y de nariz afilada como una navaja y guiñaba el ojo izquierdo mientros dirigía algún cumplido. ¡Ah! el tunante era oficial de hulanos.

—Esto es, señorita Gredel, respondió el pdusiano desde lo alto de su caballo, soy yo mismo en carne y hueso. Le digo a usted, que hubiera usted valido un imperio para gendarme, pues hubiera diferenciado al primer golpe de visto un hombre de bien de un pillete.

Y el maldito se hechó a reír de buena gana.

—Hable usted una lengua que se dé a entender, exclamó Gredel; no comprendo el patuá que usted chapurra.

(Continuará)

corre gran parte de la campaña porteña, e inmensamente crecido a la sazón; sin embargo, no fué éste un obstáculo y terminadas las faenas diarias, apenas asomó la luna, el joven paisano, ginete en su brioso oscuro, atravesó el río, resuelto a jugarse la vida con tal de salvar a Urbana de la crápula en que irremediablemente iba a caer.

No quería encontrarse con Juan sin testigos, ni menos aun provocarlo para que no se le creyera cegado por la pasión de una venganza infundada, que nadie, ni propios ni extraños justificarían nunca.

Había atravesado el río para seguir el camino que lo llevaba a la chacra de don Mateo, cuando vió a otro ginete, avanzando en dirección contraria a la suya. Ambos se pararon frente a frente.

—¡Hola!.. ¿para dónde Marcelo?

—Pa la casa e su suegro.

—Todavía no me he casado.

—Ya sé hombre; pero como no tardará.

—Yo vengo de allá.

—Lo compriendo, ¿y no quiere volver?

—No. Tengo que arreglar muchas cosas.

—Güeno, entonces... ¡hasta la vista!..

—Mire Marcelo, disculpe la curiosidad; pero yo quisiera saber qué lo lleva a la chacra.

—¡Jesús!.. ¿tiene cola e paja?

—Talvez.

—Entonces, aguante.

—No, yo necesito saber lo que le he dicho.

—Es que no se lo diré.

Toda la altivez de su sangre le hervía en el corazón; ya iba siéndole difícil contenerse por más tiempo.

—Usted es mi enemigo. Sé que me aborrece porque la quiso o la quiere a Urbana y está dispuesto a hacerme daño.

—¡A salvarla a ella de las infamias de usté!..

—¿Cómo? — le interrogaba insolentemente el extranjero, sacando a relucir su revólver.

—¡De cualquier modo!.. — repuso Marcelo, echada hacia atrás la hermosa cabeza morena, mientras por secreto instinto de defensa y de amor propio llevaba la mano al facón.

—¡Así! — dijo Juan, y rápido como el rayo le descerrajó un tiro a la cabeza. — Ahora te callarás para siempre. No te temo ya a tu venganza ¡gaucho salvaje!

Caía, pues, inanimado el cuerpo de Marcelo y era preciso a toda costa ocultar el crimen para que quedara envuelta en el misterio aquella página de amor rubricada con sangre.

Dió un rebencazo al caballo que a galope tendido tomó el camino de la querencia y al muerto lo hizo tragar por las fauces inconscientes del río nativo.

Se abrieron las aguas en círculos concéntricos, se cerraron después con su impasividad eterna dentro del perpétuo movimien-

to que es su ley, sepultando al infeliz enamorado sin más caricias que la lívida mirada de la luna y sin otro requiem que el ladrido lejano de los perros.

¡Pobre Marcelo!

VII

Algunos meses más tarde, camino de un pueblo próximo a la estancia iba el viejo Tiburcio con dos peones más, *"acarreando"* hacienda para el remate-féria que debía efectuarse pocos días después.

—Aquella pulpería — dijo uno de los paisanos — me parece que es la del yerno de don Mateo.

—No se bien — repuso el viejo — dende que desapareció Marcelo no he güelto a ver a naide de esa casta... ¡Pobrecito!.. es lo mesmo que si la tierra se lo hubiera tragao.

—Pueda ser que tuavía volvamos a verlo, — dijo otro.

—El niño Pepe dió cuenta a la polecía; pero hasta aura no hay noticias y Marcelo, no se ha ido del pago como algunos quieren decir, — afirmó el viejo — por que en el rancho no faltaba ni un alfiler.

—Sí; pero al pingo oscuro unos dicen que lo vieron a la mañana siguiente en el puesto, ensillao como si esperara a su dueño, otros que lo encontraron en distintas partes y la única verdá es que falta también el mancarrón; así que no sería extraño que se hubiera ido nuestro amigo.

—¡Ojalá! — exclamó el viejo, con acento dolorido y con marcada desconfianza.

—Cuando peguemos la güelta podemos dintrar un rato a la pulpería o pa hacer noche, asigún nos convenga — dijo uno de los paisanos — quién sabe si no descubrimos algo.

—No, hombre — contestó el viejo Tiburcio, — yo no quiero ni verla cerca a la ingrata que dispreció a Marcelo, ese güenazo de Dios por un nación que talvez la trata como a las bestias de su tierra; pero en fin Dios habrá dispuesto que ese sea el sino de los dos.

—¡Pobre Marcelo!.. ¡qué tristón andaba! — dijo uno de los paisanos.

—¡Y güeno juera hombre! — repuso el viejo — sí cuando a uno lo desprecea la prienda querida, parece que algo se le rompe aquí en este corazón maldito.

—¡Qué lástima!.. — repuso el otro de los paisanos, — Marcelo tan joven, tan güen mozo, trabajador y honrao, debió levantar su rancho pa otra china.. No hay que serle tan fiel a las mujeres.

—¡Pucha!.. no dirías lo mesmo si estuvieras lastimao como él, — dijo el viejo — ¡pero hacés bien, mostrate indiferente y serás más querido que Dios! ¡Es un bicho tan raro la mujer!.. ¡Ah! ¡madrecita!.. — suspiró Tiburcio — de todas las cosas que he visto guardo tristezas pa mientras viva...

—Eso es extraño en un hombre tan guapo como usté.

—¡Pero mi hijo!.. si en las cosas del corazón, naide es tan tierno como el gaucho sin miedo a nada, ni al mesmo Mandinga y de esa estampa era también el pobrecito Marcelo.

Anochecía. La estrella de la tarde asomó en el cielo como siempre radiosa y algo intraducible debió levantarse en el alma ruda y tierna de los hijos del llano que encerrándose en un largo silencio pensativo marcharon lentamente hasta llegar al lugar de los potreros destinados a la hacienda que conducían.

¡Oh! la tristeza de los anocheceres en la pampa! Quien los haya sentido una vez, no podrá traducirlos, ni olvidarlos...

VIII

Me acaban de decir que querías hablarme con mucho secreto, — dijo Pepe Gutiérrez a su querido viejo Tiburcio.

—Y no lo han engañao, patroncito, no se imagina lo que tengo que contarle.

—Verdaderamente, no se lo que te pasa.

—Vea niño, me sucede una de esas cosas que ponen al hombre rabioso y tristón porque se siente sin juerzas pa vencerlas.

—¡Pero viejo! Tú siempre el mismo. No quieres convencerte que hay mil circunstancias en que uno tiene que confesarse impotente para triunfar de ellas.

—Esa convinción es la que me entristece.

—Bueno, cuéntame lo que te pasa.

—Usté, niño, es un hombre de secreto, y le digo así, porque por aura es necesario ser reservao hasta que descubramos el pastel.

—Hablá, pues, del asunto que me estás picando la curiosidad.

—Parece mujer el niño.

—O hijo de mujer ¿no?

—Pues vea, patrón de esto que le voy a decir, no me cabe la menor duda pues he visto un retrato y es la mesma persona.

—¡Pero! ¿acabarás por amor de Dios?

—En seguida, patroncito, es que quiero prepararlo pa que no se asuste dimasiao. El rubio yerno e Mateo...

—¿Cuál de los yernos?

—Pues el casao con la Urbana que quiso el pobrecito Marcelo, no es otro que el jefe de la pandilla que lo asaltó a usté en el camino.

—¿Y recién lo sabés?

—Riciencito patrón por qué cómo iba a creer semejante cosa.

—Yo, hace mucho que lo he comprendido y comprobado.

—¿Y cómo no ha tomao sus medidas, niño Pepe?

—¿Qué querías que hiciera con un hombre que pagó su condena y al salir de la cárcel se muestra regenerado.

—No sea inocente patrón, usté dimasiao sabe que el zorro perderá el pelo; pero no las mañas y además de ser ladrón, de asaltarlo y herirlo en pleno camino, como pa reirse de todos nosotros y hasta de la mesma nación que lo ampara, viene a robarle la novia a uno de los nuestros.

—¡Pero hombre!.. Marcelo no supo hacerse querer.

—¡Claro!.. por que es güeno y a las mujeres parece que les gustan estos hombres llenos de embrollas que las embrujan pa conquistarlas.

—Esa culpa no es de él sino de ella que se dejó engañar y de Marcelo que no supo imponerse.

—Vea, niño, nosotros los hombres de aquí, usté, yo, cualquiera, con tal de ser nacido bajo este sol, hacemos el amor con el amor; pero estos que vienen del otro lao del charco, tienen arreglos con Mandinga pa quitarnos las mujeres... Yo espero, niño, que usté haga lo posible por ahuyentar del pago a semejante sabandija que quien sabe no tiene algo que ver con la desaparición de Marcelo.

—No, viejo, eso no. Un agente del destacamento dice que otro compañero cree haberlo visto por la Pampa.

—¿Y cómo no lo habló?

—Porque no pudo.

—Es extraño.

—Yo, hago seguir todas las indagaciones — repuso Pepe, — hasta dejar en claro este asunto.

—Y yo no creo que lo volvamos a ver jamás.

—No seas pesimista. Siempre pensando lo peor.

—Lo peor es lo que sucede niño.

—¡Pero viejo!..

—¡Disculpeme si le parezco entremetido. Estoy ahugao por eso no puedo callarme y vea patrón si usté no hace salir del pago al tal Juan, quien sabe tuavía lo que pueda suceder.

—No es razonable eso ni cuadra a mi nobleza, por que me consta que el rubio es hoy un hombre trabajador, que se empeña en mejorar acaso por lo mismo que fué. No condenemos Tiburcio, máxime como cuando en este caso el individuo ha sufrido todo el peso de la ley. Si hubiera sido uno de esos tipos de criminales empedernidos, habría continuado en su vida de pillaje; sin embargo, ya ves, se ha casado, debe ser bueno con su mujer y trabaja honestamente.

—¿Qué queda pa los demás si usté le hace esa defensa?

—Es que comprendo viejo, y comprender es perdonar.

—Ya también quisiera comprender pa perdonar; pero no puedo ni una, ni otra cosa.

—Escúchame un momento sin encolerizarte.

—Yo siempre lo escucho con respeto, con gusto y con cariño.

—Pero esta defensa te enardece y te ciega ¿no es así?

—Quisiera sentirlo más nuestro niño, más defensor de los intereses criollos.

—Al no sentir odio, ni rencor, para el rubio estoy seguro de no ir contra mi raza, al contrario siento la mayor de las alegrías, cuando pienso que aquí en el corazón de nuestro pueblo, al amparo de nuestras leyes sabias, de nuestras costumbres puras, de nuestra abundancia, de nuestra vida noble y fácil, del amor de nuestras mujeres tan lindas como buenas, los hombres que vinieron de lejos, manchados por la crápula y el crimen, se regeneran y se levantan incorporándose a la sociedad como elementos útiles. Ese es mi orgullo de argentino: poderle decir al mundo que hacemos honrados a los culpables.

Suspiró entonces hondamente el viejo Tiburcio, exclamando:

—Me ha vencido, niño Pepe, me ha vencido... — y el hijo de la llanura, siempre tierno a pesar de su áspera corteza, casi en un sollozo continuó:

—Dios haga güeno entonces a ese pobre diablo, perdone a la Urbana su ingratitú y degüelva al cariño de sus paisanos al pobrecito Marcelo.

—¿Ves?.. así eres mejor mi viejo Tiburcio. — Y al decir esto lo abrazó estrechamente.

IX

—Soy muy disgraciada, don Tiburcio; pero muy disgraciada, — decía Urbana, una tarde junto a la tranquera de su rancho al gaucho viejo que todos respetaban y querían.

—Pero hija ¿qué te pasa?

—Algo que usté ni se lo imagina.

—¿Qué, has visto el ánima e Marcelo?

—No, don Tiburcio, no.

—¿Y entonces?

—Usté es de secreto don Tiburcio, lo quiero y lo respeto como si juese mi propio padre, por eso le voy a contar lo que me pasa.

—Hablá no más mi hijita, pueda ser que pa algo te sirva.

Se acercó Urbana al viejo y trémula y dolorida le dijo toda su pena.

—Dende hacía mucho tiempo lo notaba a mi marido inquieto, sin ganas de trabajar muchas veces y otras trabajando a más no poder como pa olvidar algo. Noches enteritas ha pasao sin dormir.

—Los negocios.

—No, don Tiburcio, cosas peores.

—¡Canejo!

—¡Si usté lo hubiera oido!.. Nos habíamos acostao hacía mucho rato y yo lo sentía darse güelta y rezongar. De todos modos le pedí que me dijera lo que le pasaba; hasta que por fin abrazándose muy juerte; pero muy juerte y llorando como un chico me contó, todo, todito, don Tiburcio!..

—A ver repetilo si podés y mirá, yo necesito ser franco, con vos; además compriendo que sabés algo, aunque no se si él te habrá dicho la verdá asi que nada te causará sorpresa.

—¡Qué cantidad e cosas malas me ha contao este pobre hombre!.. El no sabe en que tierra nació, ni quienes eran los padres, nada. Don Tiburcio. Dende chico se acuerda haber andao con gente bandida, ladrones y asesinos que le echaron a perder el corazón.

—No, hijita ese no se echa a perder, lo tendría podrido dende que vino al mundo.

—Sí, don Tiburcio las malas compañías pueden mucho.

—A ver seguí.

—Con una gavilla de bandoleros se vino pa acá.

—¿Y lo asaltó al niño Pepe?

—Lo mesmito. De día trabajaban en las chacras y de noche se iban a robar, a asesinar. ¡Qué disgracia! Y no es solo eso hay otra cosa que no se cómo decirla sobre todo a usté.

—¿Qué quiere volver a esa vida de bandido?

—No, don Tiburcio, no, es otra cosa muy triste también pa él y pa mí.

—¿Qué es casao en su tierra?

—No. El pobre me jura que he sido su único amor y que por eso mesmo hizo la última barbaridá.

—¿Y entonces? — luego como reflexionando el viejo, exclamó. — ¡Jesús me valga! ¡hijita e mi alma!... ¡aura lo he comprendido todo!.. El lo mató a Marcelo ¿verdá?.. — Y pálido, trémulos los labios y los ojos muy abiertos, miraba fijamente a Urbana.

—Sí, don Tiburcio, — repuso ella, bajando la cabeza.

—¡Maldito el día en que pisó este pago!

—No diga esto, a naide don Tiburcio y se lo contaré todo.

—A ver, seguí... ¡Que mala estrella madre mía del Carmel!

—Sí usté viera cómo lloraba al contarme todo esto "¡Marcelo!... ¡Marcelo!.. — gritaba lo mesmo que si estuviera viendo

el ánima del pobrecito — yo te maté para que no contaras *"aquello"* que sabías, por que tuve miedo de perderla a "Ella" si conocían la verdá. Me parecía que echándote al río te sepultaba más. ¡Perdoname!... ¡Perdoname!, que me voy a enloquecer.

—De todos modos yo quería calmarlo, porque me parecía un condenao.

—¿Entonces lo echó al agua? — preguntó el viejo. — ¡Qué trompeta!

—No podía tranquilizarlo. Le asiguro que cualquiera hubiera creido que este hombre se iba morir desesperao, y yo dende ese momento no se qué hacer. ¡Soy tan disgraciada, tan disgraciada!.. — decía la pobre mujer llorando amargamente.

—Pues yo sí se qué hacer.

—¿Qué, don Tiburcio?

—Daré parte en seguida a la polecía pa que reciba el castigo que merece y quitarte a vos de su poder... ¡Asesino!..

Dió un rebencazo al caballo y partió al galope.

—¡Don Tiburcio!.. ¡Don Tiburcio!.. — gritaba Urbana corriendo desesperadamente detrás del viejo.

—¡Don Tiburcio!.... ¡por favor!.... — pero le faltaron las fuerzas y cayó.

Al llegar a un recodo del camino, el paisano dió vuelta la cabeza.

—¡Disgraciada! — exclamó, — está en el suelo, ¿se habrá muerto también? — Y obedeciendo a un sentimiento de religiosidad desanduvo aquel trecho.

—¡Urbana! — le dijo al llegar. Ella entonces procuró incorporarse por que su caída fué solamente producto del cansancio.

—¡Don Tiburcio!.. Hice muy mal en contárselo a usté; pero me ahugaba por eso le dije todo sin pensar en la polecía.

—¿Y entonces querés que ese asesino se pasee muy tranquilo?

—Es mi marido, mi marido por la iglesia, don Tiburcio, ¿cómo voy a delatarlo? y además... otra cosa que me da vergüenza decirselá.

—¿Qué?

—Dentro de unos meses seré madre. ¡Y por el ángel, don Tiburcio!.., ¡por este ángel! — exclamó con ambas manos sobre el vientre, donde acaso palpitaba un elegido — le ruego que tenga misericordia pa los tres!

Estaba de rodillas. El gaucho entonces se apeó y levantándola en sus fuertes brazos le dijo:

—Bueno, hija, me callaré, ya todos modos el mal no tiene remedio, dende que el pobrecito Marcelo no puede resucitar y talvez el mesmo lo perdonaría por no hacerte un daño a vos y además bastante castigao está con su remordimiento.

—¡Gracias don Tiburcio, gracias!.... Yo aconsejaré a Juan que nos vamos por ahí lejos y seré muy güena con él; pero muy güena pa componerlo del todo.

—Tiene razón, el niño Pepe, tiene razón, — dijo el viejo. — Aquí y con mujeres como vos hasta las fieras pueden ser mansas. — Y la abrazó cordialmente en la más pura comunión de los corazones.

El sentimiento de Pepe Gutiérrez, alma nueva de América, abría las rosas de una primavera eterna sobre las ruinas de la raza que se va, camino de las grandes apoteosis para reverberar inmaculada en el azul infinito de la gloria.

MIRIAM MIGUENS.

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.

—Bueno, hija, me callaré, ya todos modos el mal no tiene remedio, dende que el pobrecito Marcelo no puede resucitar y talvez el mesmo lo perdonaría por no hacerte un daño a vos y además bastante castigao está con su remordimiento.

—¡Gracias don Tiburcio, gracias!.... Yo aconsejaré a Juan que nos vamos por ahí lejos y seré muy güena con él; pero muy güena pa componerlo del todo.

—Tiene razón, el niño Pepe, tiene razón, — dijo el viejo. — Aquí y con mujeres como vos hasta las fieras pueden ser mansas. — Y la abrazó cordialmente en la más pura comunión de los corazones.

El sentimiento de Pepe Gutiérrez, alma nueva de América, abría las rosas de una primavera eterna sobre las ruinas de la raza que se va, camino de las grandes apoteosis para reverberar inmaculada en el azul infinito de la gloria.

MIRIAM MIGUENS.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I   BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 10 DE 1918   TOMO II - N.° 23

EL DERRUMBE

POR ROBERTO GACHE

Ilustraciones de HOHMANN

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**. de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 10 DE 1918 TOMO II N.° 23

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1086 B. O.

EL DERRUMBE

POR

ROBERTO GACHE

Ilustraciones de HOHMANN.

Bajo la llovizna penetrante de una tarde de Agosto, Jacinto Ramírez y Miguel, su hijo, volvían al hogar, más pobres que nunca de dinero y de ilusiones. Habían recorrido, en busca de trabajo, una y otra oficina nacional. Todas las lejanas amistades del padre, viejas y casi olvidadas amistades de tiempos mejores, habían sido solicitadas en el trance duro por que atravesaban. Desde varios días atrás, padre e hijo, tras larguísimas esperas en antesalas, habíanse entrevistado inútilmente con Secretarios, Directores y hasta Ministros del Estado, hallando en todas partes la misma respuesta:

—No hay vacantes. Más adelante se verá. Por ahora, el Presupuesto no hace más que reducir cada año los empleos...

¡Malditas economías oficiales! Entretanto, la familia entera esperaba la pequeña ayuda de ese empleo de Miguel que nunca llegaba. Las entradas habíanse reducido a un mínimo; la salud de Jacinto, el padre, atacado desde meses atrás por una persistente bronquitis, empeoraba día por día y una angustiosa sombra de luto comenzaba a pesar sobre el hogar frío y desolado.

Estaban a pocos metros de la casa. Era una pequeña casita de altos, de frente sucio y descascarado. Al caer el día, reintegrados los hombres a sus hogares, aquel barrio de gente modesta se inquietaba en un aliento único de lucha y de pobreza. Era esta, para

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JOSE ISOLA.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**. de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 10 DE 1918 TOMO II N.° 23

EL CUENTO ILUSTRADO
REVISTA DE LAS FAMILIAS
Director: SANTIAGO MACIEL
Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

EL DERRUMBE

POR

ROBERTO GACHE

Ilustraciones de HOHMANN.

Bajo la llovizna penetrante de una tarde de Agosto, Jacinto Ramírez y Miguel, su hijo, volvían al hogar, más pobres que nunca de dinero y de ilusiones. Habían recorrido, en busca de trabajo, una y otra oficina nacional. Todas las lejanas amistades del padre, viejas y casi olvidadas amistades de tiempos mejores, habían sido solicitadas en el trance duro por que atravesaban. Desde varios días atrás, padre e hijo, tras larguísimas esperas en antesalas, habíanse entrevistado inútilmente con Secretarios, Directores y hasta Ministros del Estado, hallando en todas partes la misma respuesta:

—No hay vacantes. Más adelante se verá. Por ahora, el Presupuesto no hace más que reducir cada año los empleos...

¡Malditas economías oficiales! Entretanto, la familia entera esperaba la pequeña ayuda de ese empleo de Miguel que nunca llegaba. Las entradas habíanse reducido a un mínimo; la salud de Jacinto, el padre, atacado desde meses atrás por una persistente bronquitis, empeoraba día por día y una angustiosa sombra de luto comenzaba a pesar sobre el hogar frío y desolado.

Estaban a pocos metros de la casa. Era una pequeña casita de altos, de frente sucio y descascarado. Al caer el día, reintegrados los hombres a sus hogares, aquel barrio de gente modesta se inquietaba en un aliento único de lucha y de pobreza. Era esta, para

Jacinto, la hora más ingrata del día. Ya al llegar, acortó su paso: ahí adentro todo le diría de fracaso y de tristeza. ¿Qué noticia, más amarga que nunca, le esperaría esta tarde? Las deudas apretaban. Los acreedores, perdida toda consideración, descargaban a diario sus amenazas más rudas sobre el pequeño hogar en derrumbe. Acaso hoy mismo les faltara el pan, la carne, la luz... Entretanto, los vecinos murmuraban desdeñosamente... No era grato, por cierto, el regreso...

Jacinto lo hubiera retardado, todavía. Seguirían buscando, se-

guirían hurgando en la ciudad poderosa, bajo la noche que avanzaba, lluviosa, destemplada...

La voz de su hijo lo sacó de sus meditaciones:

—Vamos, papá... ¿Qué esperas? La llovizna te está calando. Entremos... Ya, por hoy, nada podríamos hacer...

Y en tanto llegaba, por la obscura escalera de madera, hasta el piso que ocupaba con los suyos, el padre advirtió que, más viva que nunca, la opresión del pecho le estallaba en una tosesilla seca y honda, que le inundó la boca de sabor a sangre.

Entraron. Mercedes, su mujer, le esperaba cosiendo en el comedor. Con una mirada inquieta interrogó a su marido:

—¿Nada?

—Nada, nada... contestó el otro, fatigosamente. Y sacudido por un extraño escalofrío, agregó:

—Me ha tomado la lluvia; vengo mojado, con chuchos...

—Nada... nada... todos los días lo mismo..., repetía la mujer, absorta en su propia aflicción, sin reparar en la mortal palidez del pobre hombre enfermo.

—Mañana insistiremos, dijo impaciente Miguel. Pero, por hoy, lo que importa es papá. ¿No lo ves? Está mal, ha tosido mucho... Tú te vas a la cama, papá...

Tomándolo del brazo, con el suave imperio de su cariño, lo llevó hasta el vecino dormitorio. Jacinto se dejó conducir sin resistencias por su hijo. Entre aquellos dos hombres — padre e hijo — habíase creado una compenetración especial dentro de la intimidad total de la familia. Jacinto adoraba a su hijo, en quien veía, mejor reflejada que en su otra hija, su propia individualidad hidalga y generosa. Por su parte, Miguel había distinguido siempre a su padre con una veneración ciega de que Mercedes misma solía quejarse. Miguel conocía, hacía ya tiempo, la gravedad del estado de su padre, y sus empeños por conseguir un sueldo cualquiera, abandonando sus estudios recién comenzados de Medicina, obedecían antes que nada al deseo de atenderlo con la asistencia y remedios que su salud reclamaba.

Como Jacinto continuara con escalofríos y, al parecer, con fiebre, el hijo se decidió a llamar al médico. Salió de la habitación y al entrar de nuevo en el comedor encontró allí a la madre, con Pepita su hermana y un amigo, Enrique Romero, que las visitaba con frecuencia desde hacía algunas semanas.

Era Pepita una hembra sabrosa de veinte años, de fondo generoso, pero coqueta y dada a galanteos. Los muchachos del barrio — de todos los barrios donde viviera — podían ciertamente dar fe de esta traviesa inclinación de la muchacha. A Mercedes le divertían estas amables aventuras de su hija y más de una vez cooperó con sus consejos a la desesperación de algún rendido galan sustituído. Sin embargo, aquel eterno renovar de enamorados habíase detenido, al parecer, desde hacía un mes, como encauzado, según las sospechas de muchos, en una sola y definitiva relación sentimental. Enrique Romero, hombre ya de unos treinta años, abogado de prestigiosa posición social y económica, a quien Pepita conociera incidentalmente en casa de una amiga, había continuado con raro empeño la relación hasta conseguir ser invitado al modestísimo hogar de la muchacha. Ahí todos le habían agasajado, aceptando sin recelos la promesa de felicidad que se abría para Pepita. Uno soló

entre todos tuvo, sin embargo, para el recién llegado, un gest
desconfianza. Miguel, que comenzaba a andar por el mundo
nía una noción más exacta de las cosas de afuera, se resist
creer en un principio que el doctor Romero, de encumbrada f
lia y de cuantiosa fortuna, descendiera de buena fe hasta ellos
buscar esposa. Por excelente y sin tacha que fuera el nombre
Pepita llevaba, era indudable que la chica no pertenecía ni con
cho, al medio aristocrático de su pretendiente. ¡Quién sabe qué
siones iban a despertar en su pobre corazón ingénuo, ahora qu
entreabría para ella la puerta de ese mundo grande que tantas
ces espiara ansiosa desde lejos! Por esta misma diferencia de
go social, que hacía particularmente delicada la situación del n
amigo dentro de la casa, Miguel hubiera querido que aquellas
laciones se definieran en uno u otro sentido cuanto antes. El te
de que su hermana fuera, al fin, objeto de algún grosero aba
no por parte de su novio, hacía intolerable para Miguel la pre
cia de aquel a su lado. Había aprendido de su padre a estima
nombre sobre todas las cosas y en sus amargas inquietudes de
bre cuidaba de su dignidad con una arrogancia eternamente en
cho, excesiva a veces por recelosa y suspicaz.

Pasó, casi de largo, sin poder contener un gesto duro de
agrado. Enrique Romero sabía que para Miguel no era per
grata y, en cuanto a Mercedes y Pepita, les afligía sobremaner
indomable dureza del muchacho.

—Es un chico salvaje, solía decir Mercedes, sonriendo
ticamente a su futuro yerno. A Pepita y a mí nos tiene desesp
das; es necesario que usted se acostumbre a prescindir de sus
quilladas...

Y Enrique, ante iguales o más calurosas protestas de Pe
sonreía satisfecho, sin mayores preocupaciones por la hostil
aquella que tan poco le afectaba.

Cuando, una hora más tarde, Miguel volvió con el médico
la visita se había retirado. Los hombres entraron en la habita
del enfermo. Momentos después, acompañando al médico que se
tiraba, volvió Miguel al lado de las dos mujeres, preocupado y t

—Papá está mal, les dijo. Los temores del médico se han
lizado.

Y luego, bajando la voz, como con miedo de sus propias
bras, agregó:

—Dice el doctor que está tuberculoso...

*

* *

Algunas semanas más tarde, Miguel consiguió por fin un
queño empleo en un Ministerio. Con la modesta entrada men
aportada por el hijo y el auxilio más o menos irregular pres
por un hermano de Jacinto, viejo solterón jubilado de una gran
titución bancaria, iba atendiéndose, bien que dificultosamente
necesidades más apremiantes de la casa. Jacinto, en completo
tado de postración, no salía para nada a la calle. Había aba
nado definitivamente sus quehaceres de Corredor de Bolsa y la

milia sabía ya que, en adelante, no podría contar con ninguna entrada por aquel lado. Su salud reclamaba por otra parte cuidados y medicamentos cada vez más caros y para que ellos no le faltaran en ningún momento, hubieron de reducirse madre e hijos a una dura vida de privaciones, que cuidaron de ocultar al enfermo para evitarle mayores inquietudes y dolores.

Entretanto, aunque nada en concreto se había hablado de uno u otro lado, Enrique Romero era ya abiertamente admitido en la casa como novio de Pepita y como tal abundaba él en sus visitas, poniendo en el trato de la chica una asiduidad y un interés crecientes. Pepita no se privaba de hacer toda clase de proyectos alrededor de su boda y había conseguido llevar su optimismo hasta su mismo padre, que creía mejorar a la sola idea de la felicidad de su hija. Por su parte Miguel, absorbido en el cuidado de su enfermo, empezó también a poner mejor cara a su futuro cuñado, acaso contagiado a su vez por aquella desbordante confianza de su hermana.

En tal estado de cosas, llegó el Verano. Jacinto hubiera debido salir al campo, pero, en la angustiosa situación en que se hallaban, ni el médico mismo se atrevió a hacerles ninguna indicación en tal sentido. En las noches pesadas y sofocantes de Enero, mientras Mercedes y Pepita paseaban con Enrique en automóvil, padre e hijo, frente a la ventana abierta, bajo el cielo estrellado, se entregaban sin hablar a sus tristezas, como vencidos por el enfermizo encanto de aquella hora, solemne y recogida.

Miguel, que para ayudar a los suyos dejara hacía ya un año sus estudios de medicina, comenzaba a sentir el vacío de su propia vida. Lleno de vocación y de entusiasmo, había cursado sus estudios hasta el segundo año, alentado por los más gratos augurios. Curioso de todo, con una intensa inquietud espiritual que aun seguía acompañándole, había creído ver en aquella profesión la mejor realización de su vida. Y he aquí que ahora, bruscamente deshechos todos sus ensueños, estas bellas fuerzas de sus veinte años quedaban por siempre malogradas en la esterilidad de su pequeño destino burocrático. Miguel no podía asistir conforme a este fracaso de sí mismo. Vivía desde entonces amargado y triste. Más de una vez su padre sorprendió en su cara el gesto ingrato de todo ese íntimo dolor. Y, al fin, con su extraña sensibilidad de hombre enfermo, comprendió. Una noche en que, solos los dos, descansaban como de costumbre junto a la ventana abierta, Jacinto comunicó a su hijo su íntima preocupación:

—Tú estás descontento, mi pobre hijo, y al fin he comprendido por qué. Yo no puedo aceptar tu sacrificio. Si ustedes consintieran, yo no aceptaría más remedios ni cuidados. Soy una carga inútil en la casa. Pido a Dios que me saque de este mundo: pienso que he creado una familia y ahora, en lugar de sostenerla, la hundo con mi propia miseria. No hay derecho... no hay derecho... Yo no tengo derecho de vivir entre ustedes...

Esa fué, en adelante, su preocupación y su dolor único. Su vida se le presentó entonces como un grave problema moral que sólo la muerte hubiera resuelto. Producto de su propio orgullo, una

extraña timidez empezó a dominarle y poco a poco se excluyó
gobierno de la casa. Sentía que, en el fondo, dependía de tod
en esta situación llegó a parecerle ridículo el menor alarde de a
ridad. En la dura lucha de todos los días, junto al esfuerz
todos, él, sin aportar ninguna ayuda, desesperaba al verse a
trando a los demás en su caída.

Por su lado, Pepita, mareada en la deslumbrante amista
su pretendiente, prescindía casi por completo de los suyos. E
complaciente compañía de la madre, salía diariamente con Enr
Romero. Jacinto advirtió el giro inconveniente que iban tom
aquellas relaciones y, cansado al fin, bajo un último estallido d
orgullo, reprendió a las dos mujeres, cierta noche que volvían
teatro.

—Romero las ha dejado abajo, no es cierto?, inquirió. S
ramente las ha acompañado, como siempre, hasta la puerta...
va durando mucho para ser cosa seria. Yo te aseguro, Pepita,
estos encuentros callejeros no conducen a nada bueno..

*
* *

Un día llegó a faltar dinero en la casa para renovar los
indispensables medicamentos del enfermo. Agotados todos los
cursos, madre e hijos advirtieron angustiados que no había s
posible para aquel afligente extremo de su pobreza. Frente a
rudo llamado de la realidad, Mercedes había retenido a Pepit
la casa, desoyendo la habitual invitación de Enrique Romero.
pita, más afligida por sí misma que por el dolor de los suyo
encerró, preocupada e inquieta, en su habitación. Instantes des
como dominada por una brusca determinación, salió a la calle
hablar con nadie.

Miguel, por su parte, empeñado en hallar alivio a la dese
rada situación de aquel día, no regresó a la casa hasta la no
Cuando entró, sin recursos ni esperanzas, todos habían comido
Le extrañó al muchacho la tranquilidad, cierta o aparente, que
flejaba el semblante de la madre. Pepita, sin embargo, le esqui
mirada con un gesto nervioso. Miguel quiso que hablara:

—¿Han conseguido algo?, preguntó.

—He conseguido dinero, contestó la hermana. Y como
guel sonriera desconfiado, agregó:

—Por tío Pedro he conseguido algunas lecciones... Enseñ
piano en dos casas y me pagan cincuenta pesos en cada una...

Miguel, emocionado, la tomó con cariño entre sus brazos
besó en la frente:

—¡Pobre hermanita! — solo pudo decir. Eres más buen
lo que yo creía...

*
* *

Desde entonces, Pepita salió libremente y a todas horas,
calle. Enrique la veía algunas veces en la casa. Los paseos se
bían suspendido, no sólo en razón de las nuevas ocupaciones d

chica, sino también porque Mercedes, la madre, quiso consagrarse totalmente al cuidado del enfermo, cada vez más delicado.

La brusca transformación operada en la vida de Pepita sirvió a todos para explicar los cambios que, al poco tiempo, comenzaron a sufrir su carácter y sus hábitos. Una extraña nerviosidad la retenía constantemente — y aun dentro de la casa — lejos de todos, entre las cuatro paredes de su habitación. Su natural y picaresca ingenuidad de siempre convirtióse en una agresiva suspicacia que estallaba a cada instante y por el menor motivo. Bien pronto anunció que tenía nuevas lecciones y una entrada mensual de relativa importancia le permitió volcar sobre sí un lujo que, a pesar de todo, no dejó de extrañar a la familia, especialmente a Miguel.

Cierto día, uno de los amigos a quien meses atrás acudiera Jacinto en demanda de trabajo para su hijo, llegó a la casa ofreciendo para éste la vacante de un pequeño cargo en el Laboratorio de un Hospital. La vacante llegaba demasiado tarde, pues que el otro, ya colocado, ganaba en su empleo actual un sueldo mayor que el ofrecido. Sin embargo, Miguel lo hubiera aceptado de buena gana: aquel pequeño cargo en un hospital hubiérale permitido reanudar sus estudios, a ser posible privar a su familia del aporte mensual de su otro empleo.

Miguel vió el proyecto irrealizable y, desde luego, lo rechazó con tristeza como a una vana ilusión. Horas después Pepita, que regresaba, tarde ya, explicando vagamente su demora por una lección fuera de hora, se enteró del ofrecimiento producido y advirtió, de inmediato, las ansias secretas que el hecho había despertado en su hermano.

Guiada por un súbita ocurrencia, dispuesta a sacar buen partido de aquella situación que iba a permitirle apartar de su lado un testigo molesto, quedó a solas con el otro, con la intención de hablarle. Desde hacía algún tiempo, Miguel seguía la vida de su hermana con una involuntaria desconfianza. Pero, arrepentido a veces de aquella ofensa íntima con que sin querer la agraviaba, saltaba a su cuello, lleno de cariño, con el gesto fraternal y puro de los primeros años. Pepita había comprendido el fondo de estas raras efusiones y, en más de una ocasión, había pensado aprovechar la primera oportunidad que se presentara para apartar esta desconfianza de que se sentía objeto.

—Tú debes aceptar ese empleo, — dijo a su hermano. Ahora ya podemos seguir adelante sin tu ayuda. Yo gano lo bastante para sostener la casa: tu sacrificio, en esta forma, resultaría inútil. Acepta ese empleo, pues, y sigue tu carrera. Todos esperaremos con paciencia el día en que, a tu turno, puedas ayudar de nuevo...

Y contestando a algunas débiles razones que Miguel le opusiera, concluyó:

—Sería imperdonable que te apartáramos así de tu verdadero porvenir. Déjame luchar, a mí también. Yo te respondo que nada va a faltar a papá...

Pocas palabras más bastaron para convencer a Miguel. Que-

dó, pues, convenido, con el contento consiguiente de los padres, que aquél reanudaría de inmediato sus estudios, aceptando el empleo de hospital que se le había ofrecido. Algunos días después tomaba posesión de su nuevo destino, en carácter de ayudante interno de farmacia. Vivía, pues, en el Hospital y apenas si llegaba hasta su casa una o dos veces por semana. Renacido a su vibrante entusiasmo de antes, había desaparecido en él todo pesimismo y toda tristeza, cediendo a una plena confianza de sus propias fuerzas. Ahora veía su vida y la de los suyos clara y límpida. ¿Qué locas sospechas habían querido enturbiar su devoción por Pepita? Pepita era la más santa de todas las mujeres. Ahora la conocía, generosa y noble, con el alma de su padre bien querido, virtuosa y pura hasta el sacrificio... Miguel era feliz. Lleno de esperanza, con una jubilosa y sana confianza en la vida, comenzó a creer que el estado de su padre era ya menos grave de lo que hasta allí habían creído. Acaso, en verdad, la feliz transformación operada en el hijo promoviera en el padre, que lo adoraba, una saludable reacción moral. El hecho es que, vuelto el hogar a su antiguo equilibrio y alejadas tal vez para siempre las sombras trágicas que le habían inquietado, comenzó para todos una vida de calma, amable y confiada.

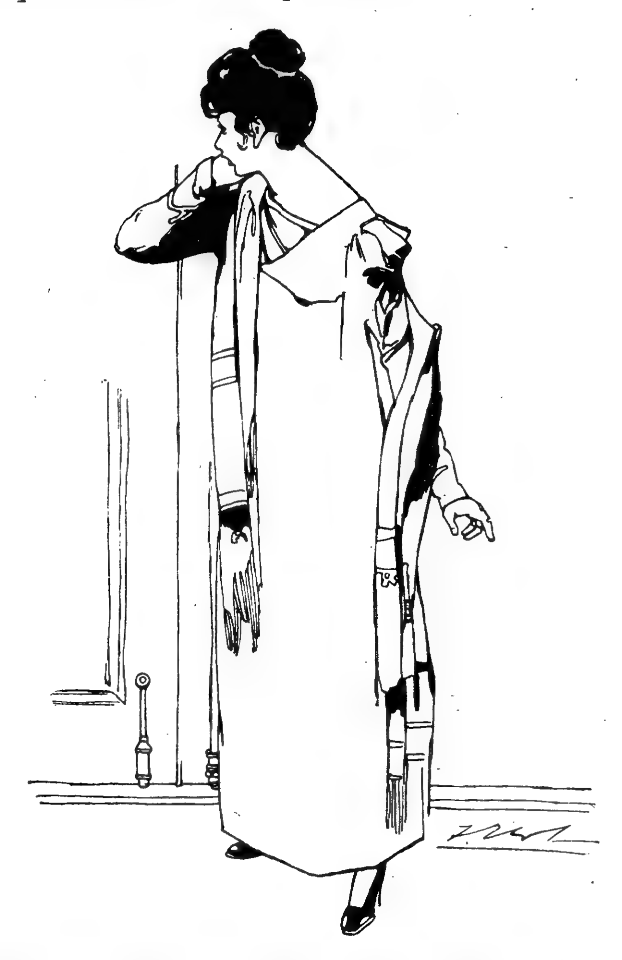
*
* *

Bien pronto se reanudaron las inquietudes de Mercedes. Desde que Miguel dejara la casa, ella había notado un nuevo cambio en la vida de Pepita. Ahora, con el pretexto siempre de su trabajo, salía con frecuencia por la noche, desatendiendo airadamente las tímidas observaciones de la madre. ¿A dónde iba? Bien sabía Mercedes que no eran horas aquellas para dar ni recibir lecciones de piano. Como no viera aparecer a Enrique por casa, comenzó a sospechar que tuviera él algo que ver en el asunto. Y, en este terreno de suposiciones, tuvo por primera vez para su hija una duda horrible que la llenó de aflicción. Pepita andaba en malos pasos con su novio... Pepita se veía con él afuera de la casa... ¿Comunicaría sus sospechas a su marido y a su hijo? Pensó que Jacinto, enfermo y sin fuerzas para nada, no podría poner ningún remedio a aquella situación. Acaso, la espantosa sospecha bastara para reagravarlo definitivamente. Por otra parte, le pareció inícuo arrojar en el espíritu de Miguel, sin mayores comprobaciones, todas esas dudas sobre su hermana mayor. Mercedes conocía bien el carácter de su hijo y tembló ante la idea de que, en uno de sus habituales y violentos estallidos de cólera y de reproches, se produjera entre los dos hermanos una separación irremediable.

Desvelada con estas preocupaciones, cierta noche oyó a su hija, que entraba más tarde que nunca. Sin poder contener su impaciencia, saltó de la cama y se dirigió al encuentro de la otra. Cubierta de sedas, con sus mejillas ligeramente retocadas de rojo, Pepita, que comenzaba a despojarse de sus alhajas frente a su tocador, produjo en la madre una extraña impresión de desagrado.

—¡Mentira!, le dijo, trémula de enojo y de indignación. ¡Men-

tira! Tú no vienes de dar lecciones: a las tres de la mañana nadie da lecciones de nada. Tú vienes de pasear... Enrique te ha dejado en la puerta... ¡Eres una perdida!..



Pepita, que esperaba y hasta deseaba aquella aclaración, se encogió de hombros, sin decir nada. Había preferido callar, segura de que, poco a poco, la madre se enteraría de todo. Conocía la debilidad de su carácter y estaba segura de que, al fin, se constituiría resignadamente en su propia cómplice para ocultar a los demás su verdadera vida.

Ante la actitud de la muchacha, que con su silencio disipaba sus últimas esperanzas de madre, Mercedes comenzó a llorar amargamente. Por fin, Pepita se le acercó.

—Esto debe quedar entre las dos, le dijo derechamente. Si haces escándalo, se perderá todo y no se habrá ganado nada. Si en lo que he hecho hay algo malo, la revelación no traería ningún re-

medio. ¿Qué me vaya de aquí? Tú misma acabarías llamán
de nuevo... Y luego, papá, enterado de todo, se desplomaría
siempre. Por la salud de él, por la tranquilidad de todos, con
que nadie sepa lo que me ocurre...

Quedaron un instante en silencio. Pepita comenzó a d
darse, con gesto cansado, mientras observaba a la madre que
tinuaba llorando sin fuerzas ya para renovar sus reproches.

De pronto, como una acusación, pasó por la cabeza de l
bre mujer la imagen de su hijo ausente:

—¿Y Miguel?, pudo decir entre dos sollozos.

—Miguel trabaja afuera... no puede enterarse de nada.
engañaremos fácilmente...

La madre rechazaba indignada todas las razones:

—¡Perdida! ¡Perdida!, repetía, abismada en su desconsu
No tienes perdón... no has perdido a todos...

Pepita se le acercó mimosamente, de rodillas, y le echó los
mosos brazos desnudos sobre la falda.

—¡Vamos, viejita!, le dijo en voz baja. Ya no hay remedi
¡Si supieras! No me creas una mala mujer... Quería a Enr
lo quería como nunca sospecharon en esta casa... Y un día vi
encerrada aquí, iba a perderlo para siempre... Aquella vez lo
día todo. ¿Qué más iba a hacer? Enrique es bueno... Es
roso. Yo sé que nunca me va a dejar. Si no consientes por m
harás por tí, por Miguel, por papá enfermo...

Respondiendo a una muda y extrañada pregunta de la m
repitió:

—Sí, sí... Por Miguel, por papá... ¿No entiendes? E
nero con que ahora los sostengo es de Enrique..... Yo nunc
dado lecciones: aquello fué un pretexto para que ustedes ac
ran este socorro nuestro... ¿Te acuerdas de aquel día? Era
tión de vida o muerte... Faltaba hasta el remedio de papá
había forma posible de adquirirlo. Todos estábamos deses
dos... Yo vine entonces con dinero... Enrique, que nos quie
todos, se empeñó en sacarnos del apuro. Desde entonces, sigue
dándonos...

*

* *

Algunas semanas después Jacinto, el padre, se enteró de t
Algo extraño ocurría en su casa, algo grave que tenía intran
las y hasta sobresaltadas a las dos mujeres. Jacinto no dejó de
vertirlo y un vivo deseo de penetrarlo todo le dió fuerzas par
vantarse una y otra vez de su sillón y recorrer curiosamente la
queña casa llena de misterio. Las mujeres callaban, rehuyend
conversación. Pero, por la noche, Jacinto oía en la cama veci
su pobre mujer, nerviosa y desvelada, atenta a los menores ru
como en un constante acecho.

Por fin una mañana, muy temprano, después de haber as
do durante horas enteras a su inquieto desvelo de toda la noch
vió levantarse de la cama y abandonar la habitación con un g
brusco, que le dejó más que nunca preocupado. Ahora se le

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

—Ya comprende usted el que usa Juan Bautista Werner. Y ya que de éste hablamos, dígame usted ¿qué tal se encuentra? ¿Sigue tan campante? ¿lleva usted todavía aquel retrato pequeño que hice de él, aquí, sobre el corazón? Quiero decir aquel retrato que tuve que empezar tres veces porque nunca salía bastante guapo.

Gredel, al oír esto, se metió corriendo en el molino, y mi mujer entró en nuestro dormitorio.

Entonces el bigardo me dijo:

—Me alegro que se conserve usted tan bueno, señor alcalde. Y ahora sepa usted que primeramente he venido para saludarle y luego, lo confieso, para comunicarle a usted una noticia algo interesada. Dígame usted, ¿tiene usted todavía aquellas vacas suizas? ¡por cierto que eran magníficas! ¿Y aquellos veinticinco carneros del año pasado

Al punto comprendí a donde quería venir a parar el bandido, por lo que le respondí:

—En la aldea no tenemos nada absolutamente; estamos arruinados y nada podemos proporcionar.

—No se incomode usted, por tan poca cosa, señor Weber. Yo que hice el retrato de usted con su chaleco encarnado y su casaca cuadrada, se que es usted hombre de bien. Digo a usted pues que he recibido orden de comunicar a usted, de paso, que mañana por la mañana vendrán a descansar aquí quince mil hombres, a quienes les gusta la carne de buey y de carnero, no menos que el pan blanco, el vino de Alsacia, el café, las legumbres y los cigarros franceses. Ahí en este papel encontrará la lista de cuanto necesitan. Haga usted pues por contentarlos; de no, señor alcalde, ellos mismos se tomarán las vacas por su mano, yéndolas a buscar al bosque del Biechelberga donde ustedes las han escondido, como también se apoderarán de los sacos de harina y del vino que tiene usted en el molino, y por fin de fiesta pegarán fuego a este. Créame usted, recíbalos usted como hermanos alemanes que vienen a manumitirles del yugo francés, pues ustedes en esta tierra son alemanes, señod Weber. Prepare usted mismo las requisiciones, ya que lo que uno hace por sí mismo sale mejor que con ayuda de los demás y sobre todo se economiza lo propio. Esto le digo por la amistad que le llevo y en agradecimiento a la excelente comida que me dió usted el año pasado. Ahora, buenas noches.

Y reuniéndose a los demás, juntos emprendieron la marcha en medio de la oscuridad, subiendo a la izquierda la cuesta de Berlingen.

Al punto y sin entrar en mi casa me fuí corriendo a la de Jorge para decirle lo que acababa de sucederme. Cuando abrí la puerta iba a acostarse.

—¿Qué hay?, me preguntó al verme.

Y con palabras desconcertadas le contó la visita de aquellos bandidos, y cuanto me habían pedido.

De imaginar es la atención con que me escucharon mi primo y Ana María.

—Cristiano, me dijo Jorge después de dos minutos de reflexión, la fuerza es la fuerza. Si por aquí deben pasar quince mil hombres, es señal que pasarán otros tantos por Metting, quince mil más por los Cuatro-Vientos, quince mil por Lutzelburgo y así consecutivamente. Estamos invadidos. Bloquearán la ciudad de Falsburgo, y si chistamos acabarán con nosotros sin dejarnos tiempo de decir ¡ay! ¿Qué quieres? La guerra lleva en sí estas calamidades, y quien pierde paga. Los honrados sugetos que nos han robado por espacio de diez y ocho años han perdido por nosotros y nosotros vamos a pagar por ellos; sólo que si pagamos refunfuñando los otros piden más, y si lo hacemos aparentando un poco de voluntad, nos despellejan menos y hacen como que nos guardan algunas consideraciones; no nos roban con tanta dureza; suavizan algo las formas. En mis campañas he visto lo que esto da de sí. En tu interés propio, pues, y en el de todos nosotros, lo que te aconsejo es que ante todo mandes traer esta noche misma las vacas que tienes escondidas en el Biechelberga, dos de las cuales, las mejores, encargarás a David Hertz que se las lleve a su matadero, para que cuando lleguen los prusianos pueda matarlas a su presencia y distribuirlas entre ellos según ordenen los jefes. Las dos vacas alcanzarán justo para el caldo de la mañana a los quince mil hombres; y si no bastare, envía a buscar mi vaca mejor. De esta suerte nuestros convecinos estarán todos contentos, creyendo que tú y yo nos sacrificamos por la comuna; más luego, como habremos empezado por nosotros y nadie tendrá que decir, requisarás un buey a Placiard, una vaca a Juan Adam, y otra al tío Diemer, y así consecutivamente a medida que se necesite carne; y esto durará hasta que no queden bueyes, vacas, puercos, carneros ni cabras. Lo mismo debes hacer respecto del pan, de la harina, de las legumbres y del vino, empezando siempre por tí y por mí. Es triste y aun muy enojoso; pero su majestad el emperador, sus ministros, sus

parientes, sus amigos y conocidos se han jugado el heno, la paja, los bueyes, el dinero, los prados y las casas que nos pertenecen y a nuestros hijos y a nosotros mismos haciendo como que nos consultaban. No han puesto la atención en la partida, y la han perdido estúpidamente; pero como ellos ya habían separado su parte, en Suiza, en Italia, en Inglaterra o en otra nación, y no arriesgaban más que el gran rebaño que estaban acostumbrados a tundir y al que llaman pueblo, eso se les da. ¡Ah! si yo fuese más joven y pudiese aun hacer marchas forzadas como a los treinta años, ya hubiera sentado plaza y me hubiera batido; pero en el estado actual, todo cuanto puedo hacer, es lo que tú, encorvar las espaldas y ahogar la rabia en el corazón, aguardando que Francia ponga un poco de entendimiento y que nombre otros jefes para librar batallas.

El consejo de Jorge me pareció el más atinado por lo que mandé inmediatamente al guarda rural a buscar mis vacas al bosque de Biechelberga; encargándole, además, que de paso previniese a todos los que en este tenían escondido ganado que lo trajesen de nuevo a la aldea, pues de no los prusianos irían personalmente a apoderarse de él, supuesto que conocían mejor que nosotros los caminos de la comarca y echarían primero en sus marmitas el de aquellos que no lo hubiesen traído de buena voluntad.

Cuando dí la orden a Martín Kopp, mi mujer y Gredel, que estaban presentes, pusieron el grito en el cielo, diciendo que yo perdía la cabeza; pero la tenía más despejada que no ellas, y por eso seguí el consejo de Jorge, que nunca me había engañado.

Era la noche del 9 al 10 de Agosto, durante la cual el fortín de Lichtenberga, defendido por algunos veteranos faltos de municiones, abrió sus puertas a los prusianos; en la que Mac-Mahon evacuó Sarreburgo con el resto de sus tropas, sin volar el túnel de Archeviller porque no había llegado la orden de su majestad; en que los alemanes concentrados en Saverna, después de haberse desplegado a derecha e izquierda de Falsburgo, expidieron una avanzada de hulanos por el valle de Lutzelburgo para inspeccionar la vía férrea, creídos de que había sido destruída, y luego soltaron una locomotora en el túnel, y tras la locomotora un tren cargado de piedras, admirándose de que este llegase a Lorena sin tropiezo; y en que mientras Mac-Mahon hacía la marcha a pie, los enemigos se subían a los vagones y expedían sobre rieles cañones, municiones, víveres, caballos y hombres en di-

rección a París, mientras se apod
de las provisiones de la Alsacia p
sustento de sus tropas.

Todo esto que digo lo supimos má
lante.

Durante aquella misma noche los
nes colocaron en batería los primer
ñones en los Cuatro Vientos, para
bardear la ciudad, a la que también
ron por el lado opuesto, por la h
carretera del Felberga, que no p
sino que la hubiesen abierto al trav
bosque exprofeso para ellos. No p
tiempo; todo lo veían, todo lo inspe
ban y todo lo encontraban a pedir d
y en muy buen estado.

La noche se pasó pues tranqui
te; tenían demasiadas cosas que
cionar, para que se preocupasen con
tras pequeñas aldeas del bosque, sa
perfectamente que no podíamos esca
ni menos defendernos, ya que nu
mozos se encontraban en la ciudad
otros carecíamos de armas y munic
Nos miraban únicamente como a s
pensa para un caso de apuro.

Muchos han dicho y creen aun q
han cedido a Alemania en cambio d
gica, porque la Alsacia, según el
rador, era país alemán y luterano, e
to que Bélgica es país francés y
lico; pero mi primo Jorge ha sos
siempre que tales suposiciones son
y que nuestra desgracia proviene
mente del robo del gobierno y pri
mente de aquellos que llamándose
nes de la monarquía, se adjudicaban
dos, se enriquecían en la bolsa pre
do jugadas de mala ley y alcanzaban
bradas posiciones descansadamente
trando también en esto, como fact
portante, la necedad del pueblo, a
mantenían en la ignorancia, para h
aprobar todas las infamias y todos
trocinios de los demás.

En este punto soy del parecer de
El latrocinio de los unos, privand
nación de un ejército fuerte y nu
capaz de defendernos, y el abando
que se tuvo a nuestros soldados de
los sin víveres, armas y municiones
ron la causa de todo. No hay que
en otra parte el motivo de nuestr
guenza y de nuestras miserias.

A una orden mía, pues, fueron a
al bosque de Bielchelberga el gana
mis dos más hermosas vacas aguarda
el establo comiendo todavía alguno
ñados de heno, la orden de march
matadero al primer aviso de los
sianos.

Los aldeanos, que esto se sabían,

zaron mi conducta sin sospechar que a cada de ellos les llegaría el turno.

En fin, el tiempo se pasaba y creíamos que aquel estado de cosas iba a prolongarse, cuando aparecieron en el valle y uno a bastante distancia del otro un escuadrón de lanceros y otro de húsares alemanes, llevando a vanguardia algunos hulanos, cuya costumbre hemos visto seguida durante toda la campaña. El orden que guardaban era el siguiente: a trescientos pasos delante el núcleo de fuerzas, iban dos ginetes pistola en mano, los cuales se detenían de cuando en cuando para escuchar y mirar; el grueso de la tropa guardaba siempre igual distancia.

Nosotros, desde puertas y ventanas, mirábamos acercarse aquellos que debían comerse nuestros víveres, arruinarnos y pelarnos la carne hasta los huesos. Era como si dijéramos el plebiscito que avanzaba a nuestros ojos, pistola y sable en mano y llevando en pos cañones y bayonetas.

La caballería se extendió por la cima de la cuesta, desde Berlingen al Graufthal, a Vechem, Mittelbronn y aun más allá, y a poco llegaron muchos regimientos de infantería con sus banderas negras y blancas desplegadas.

Nosotros contemplábamos aquel movimiento en medio del mayor silencio.

Los oficiales galopaban, con sus puntiagudos cascos, trasmitiendo órdenes.

El cura, en la rectoría, había levantado sus cortinillas blancas, y Katel, nuestra vecina, llena de admiración exclamó:

—¡Dios mío! ¡nunca hubiera creído que en el mundo existiese tanto hereje!

Esta era la ignorancia en que de padres a hijos se mantenía a la gente, haciéndoles creer que no había más que ellos en la tierra; que nosotros éramos mil contra uno y que nuestra religión era universal. En fin la necedad pura alimentada por la mentira.

El tener semejante idea de nosotros mismos nos aprovechaba que era un primor y nos daba fuerzas; ya digo yo que sí.

Pero los hipócritas, que en llegando las malas saben decir ahí queda eso, escapan a tierra extranjera a gozar de las riquezas que han robado, dejando a los tontos con agua hasta el cuello.

Ya que los reverendos padres jesuítas tienen tantos espías desparramados por la tierra, hubieran debido decirnos claramente la fuerza con que contaban los herejes y no darnos a entender hasta última hora que éramos los amos del mundo. Pero ellos raciocinaban de esta suerte:

—Esos bestias franceses van a hacerse despedazar en honor y gloria nuestra; si ganan, los herejes quedarán confundidos, y si pierden, detrás de los prusianos vendrá Enrique V, como Luis XVIII vino detrás de los cosacos; suceda lo que quiera, nosotros salimos siempre ganando; el papa será infalible y nosotros gobernaremos en su nombre.

Esto lo vemos hoy tan patente, que uno casi se averguenza de decirlo.

Desde la puerta del molino oía yo la voz de los jefes, el relincho de los caballos y el paso cadencioso de los batallones. ¡Ah! si nuestros oficiales hubiesen sido tan instruídos y nuestros soldados tan disciplinados como los alemanes, todavía serían francesas la Alsacia y la Lorena.

Me dirán quizá que un buen patriota debería callarse semejantes ignominias; pero, ¿a qué ocultarlas? ¿Acaso el silencio impediría que fuesen ciertas? Lo digo expresamente para obligar a la gente a que vea con claridad; si queremos recobrar lo perdido, es preciso que todo cambie: que nuestros oficiales sean instruídos y disciplinados nuestros soldados; que los intendentes proporcionen municiones, vestuario y víveres con regularidad, y de no que los fusilen, pues la vida de una nación noble y valiente vale más que la vida de un malvado cuya ignorancia, pereza y avidez pueden causar la pérdida de algunas provincias. Precisa que poseamos un gran de ejército, un ejército nacional, como los alemanes, y para tenerlo es indispensable que todos, del primero al último, sirvan en él, los cojos y los jorobados en las oficinas, los demás en las filas; que se permita el uso de los anteojos, que esto no impide a un hombre que se bata, y que los que gozan de posición social entren en fuego al igual que los obreros y los campesinos. De no, seremos batidos una y más veces y por fin destruídos.

Y sobre todo, como decía mi primo Jorge, se requiere que al frente de todo se encuentre un hombre de corazón y de experiencia, que supedite su interés particular a la honra de la nación y en quien todos tengan fe porque habrá ya probado que la confianza no lo abandona nunca en los días de peligro para la patria.

Pero todavía estamos lejos de alcanzar semejante ideal; y al ver el rostro que ponen los que regresan de Inglaterra, Bélgica, Suiza o de otro punto, no parece sino que hayan alcanzado ruidosas victorias y que la patria es ingrata para con ellos no saludándolos como salvadores.

Yo por mi parte prosigo tranquilamente esta historia de mi aldea, y muy ladino, será el que, dándose aires de hombre honrado, me engañe en adelante.

Después que los alemanes hubieron apostado su infantería, subieron dos o tres

cañones de pequeño calibre, con sus municiones correspondientes, a las alturas de Wechem situadas detrás de las colinas. Al ver esta operación se nos acudió la idea de que iban a bombardear a Jacobo y a los demás mozos de la aldea, y Catalina se echó a llorar. Gredel, que pensaba en su Juan Bautista, se puso furiosa hasta el extremo de que si por desgracia hubiésemos tenido una escopeta en casa hubiera sido capaz de disparar sobre los prusianos y de hacernos exterminar: subía, bajaba y salí a la ventana.

Entonces, uno de aquellos alemanes levantó la cabeza, y al verla dijo:

—Vaya una guapa moza.

—Procurad esr siempre diez contra uno, le respondió Gredel; pues de lo contrario ¡ay de vosotros!

Yo me encontraba abajo, y no hay para qué decir mi espanto al oirla. Subime pues inmediatamente para decirle que se callase sino quería acarrear la pérdida de nuestra aldea; pero en lugar de obedecerme me respondió con el mayor descaro:

—Tanto me da, que lo quemen todo, mejor. Preferiría encontrarme en la ciudad, en lugar de vivir en medio de esos bandidos.

Temeroso de oír más, me volví a bajar.

La lluvia había empezado otra vez. Los prusianos seguían pasando por regimientos y escuadrones, alcanzando a más de cuarenta mil hombres los que en aquel momento cubrían la llanura; unos formaban en los campos o en los prados, aplastando los retoños y las patatas; los otros proseguían su marcha eguidos de sus carros, que se hundían en el barro, del cual y a fuerza de latigazos los arrancaban los buenos caballos que de ellos tiraban. Setos arbustos, nada salía ileso de aquella avalancha.

Cuando la fueza es la única razón y uno es el más débil, no cabe otro remedio que callarse.

Circulaba el rumor de que por la tarde iban a bombardear a Falsburgo; así pues nuestros pobres móviles y nuestros sesenta reclutas destinados al servicio de las piezas iban, para empezar, a sufrir una terrible lluvia de proyectiles.

—¡Pobre ciudad! ¡pobres habitantes! ¡pobres mujeres! ¡pobres niños! decíamos nosotros en nuestros pechos al ver el inmenso número de granadas que los prusianos llevaban hacia Wechem.

La lluvia redoblaba; el arroyo se había desbordado y cubría todo el valle desde Graufthal hasta Metting. Entonces y en busca de abrigo se vinieron a la aldea algunos oficiales, muchos de los cuales, casi todos húsares, ví que entraban en casa de mi primo Jorge. A poco, llegó delante del

molino un caballero con sombr
y capa y pantalón negro y m
—¿El señor alcalde?
—Soy yo.
—Perfectamente. Soy lim
ejército y vengo a alojarme en
usted.
Yo prefería esto a tener di
bandidos bajo mi techo; pero
individuo aquel había acabado
cuando llega un oficial de ca
ciendo:
—Su alteza ha elegido este
Nada me cabía objetar.
Un sargento que seguía al
del caballo, entró en el cober
tiendo la cabeza en el establo,
—Saque usted todo eso de al
—¿Mis caballos y mi ganado
—Sí, inmediatamente. Su
doce caballos y se necesita sitio
Quise replicar; pero el oficia
jurar y echar pestes de tal mo
rer prestarme oídos, gritando q
se iban a llevar mis bestias
si no me apresuraba a obedec
chistar más las conduje fuera,
razón lleno de rabia y la cabeza
Gredel, que desde la ventana lo
senciado todo, bajó toda pálida
oficial:
—Es preciso que sea usted
de para tratar tan groseramente
ciano que no puede defenderse
Al oirla los cabellos se me eri
el oficial se volvió por donde h
sin hacer caso de ella.
Entonces el limosnero me di
—Va a tened ustel la honra
señor duque reinante de Saj
gen, a quien dará usted el tra
alteza.
—Llévese el diablo a tí y
y a todos los altezas del mu
entre mí. Quisiera veros a todos
tos mil pies bajo el suelo, mal
dos sólo para desgracia del gé
no. Bandidos, canallas.
Sin embargo, me guardé mu
traducir en voz alta mi pensam
dos días antes habían los alem
do gran número de montañeses
rumor de que también habían a
Gunstett a once padres de fa
sabe porqué.
Mientras estaba pensando e
desgracias, llegó su alteza acon
sus ayudantes de campo y de s
todos los cuales echaron pie a
traron en mi casa, colgaron d
sus mojados capotes y se metiero

(Conti

sentaba la ocasión de descubrirlo todo. ¿Qué era aquel misterio? Silenciosamente, se incorporó él también y salió del dormitorio, dispuesto a espiar y sorprender a su mujer... En el comedor, contiguo al dormitorio, no encontró a nadie. Sobre la chimenea sonaron las seis en un pequeño reloj. Mortalmente pálido y nervioso, con una extraña lasitud en los brazos y en las piernas, Jacinto pegó su oído a la puerta de la habitación de Pepita. Ahí adentro su mujer y su hija conversaban. Le pareció que Mercedes lloraba. Por el ojo de la cerradura vió, dos o tres veces, que pasaba fugazmente la figura de Pepita. Estaba vestida y, por cierto no eran, aquellas, ropas de entre casa. Volvía, pues, de la calle... ¿Dónde habría pasado la noche? Ahora comprendía la extraordinaria inquietud de Mercedes, en la noche pasada! Luego, ¿ella sabía lo que ocurría a su hija? Era necesario que él se enterara de todo... Con una mano sobre el picaporte, Jacinto, que se sentía morir, se dispuso a dar el último paso. Pero en aquel instante, un nombre, por segunda vez mezclado en la conversación de ambas mujeres, detuvo su determinación. Quiso escuchar, todavía.

—Será todo lo duro que quieras — decía Pepita en tren de terminar la entrevista. — Pero la verdad es que, sin el auxilio de Enrique, ya no podríamos vivir. ¡Acuérdate: hoy debes pagar el alquiler de la casa. Toma el dinero... Y ahora, déjame dormir...

Y como aun insistiera la otra en agrias y doloridas recriminaciones.

—Por favor, mamá!, concluyó la hija, de mal humor. Tú no tienes más que callarte! Parece que no comprendieras... Papá se muere y no nos deja más que su miseria. El, como tú, no pueden hacer otra cosa que cerrar los ojos a todo y seguir viviendo en esta casa que ¿lo entiendes? es mi casa...

Aquella fué, para el infeliz, la más espantosa revelación. En un segundo revivieron en su memoria mil detalles acusadores. Ahora lo comprendía todo: la repentina holgura de su propia vida, las incurables aficiones callejeras de Pepita, sus lujos, sus coqueterías, la inquietud eterna de Mercedes... Bajo el efecto de una honda conmoción moral, Jacinto, trémulo y helado, se dejó caer sobre una silla. En aquel instante se abrió la puerta vecina y apareció Mercedes. Al ver a su marido, que desde la silla la miraba inmóvil con unos ojos de espanto, enormemente abiertos, no pudo contener un grito. Entró Pepita, semidesnuda, y lo comprendió todo. Jacinto se había incorporado y balbuceando roncas palabras incomprensibles pretendió abalanzarse sobre su hija. Lívido y demacrado, con torpes movimientos de locura, aterrorizó a las dos mujeres, refugiadas en un ángulo de la estancia. Luego, dando con su pobre cuerpo huesoso sobre uno y otro mueble, avanzó penosamente hasta ellas con la amenaza trágica de sus dos puños levantados. Las otras le miraban llegar, sin atreverse a hacer nada. Por fin, al lado ya de ellas, un hipo angustioso le subió desde la garganta enferma y, sin poder resistir al ahogo, cayó de golpe, sobre el suelo...

... ...

El pobre hombre quedó sin conocimiento por algunos minutos. Pepita salió en busca de un médico y, cuando regresaron, el enfermo había vuelto a la cama en aparente tranquilidad. El médico le proporcionó algún calmante y se retiró, dejando solas a las mujeres. Mercedes quiso llamar a su hijo, pero hubo de ceder a los ruegos de Pepita, que se oponía tenazmente a ello. Esperaba que su padre la llamara y, por dura que fuese le explicación, prefería entenderse directamente con él, sin intervención de su hermano.

Jacinto, sin embargo, no pareció acordarse de ella para nada. Por la tarde llamó a su mujer y le pidió algunos detalles del asunto, con una serenidad extraña que llenó a la otra de temores.

—¿Desde cuándo sabías todo?, preguntó .

La infeliz, toda llorosa, no atinaba a responder. Jacinto repitió la pregunta.

—Hace tres meses... respondió aquella, avergonzada.

—¿Y por qué lo has permitido? ¿Por qué me lo ocultaste?

—¿Qué puedo decirte?, balbuceó, más que dijo, la mujer. Pepita puede más que yo, puede más que todos. Ella hará siempre lo que quiera. Avisándote, no remediaba nada. Tú no quieres intervenir en nada, ya... ¿Estás seguro de que tú hubieras puesto remedio?

Jacinto, ahogando un gesto de dolor, guardó silencio. Ahora, de golpe, los hechos le advertían la definitiva derrota de su vida. Aquellas impías reflexiones sorprendidas a su hija le sonaron a palabras de desafío: un cruel desafío que le hallaba sin respuesta, enfermo, fracasado, inerte... Era cierto: él era ya una pobre cosa acabada dentro de aquel hogar, un huésped molesto e inoportuno de su propia hija. Aquella casa — ¡su casa! — no le pertenecía más. Pepita, la mala hija, no podía respetarle ya...

—Y luego, — prosiguió Mercedes, alentada con el silencio del marido, — acaso Pepita tenga razón... Si ella no nos sostiene...

—¡Calla, por favor, calla!.., rogó desesperado el otro desde el fondo de su impotencia.

—Si ella no nos sostiene — repitió con rabia la mujer — no sé cómo haríamos para vivir...

—Hemos acabado, para siempre..., dijo lentamente Jacinto. Hemos acabado... Pero que, por lo menos, salga esa perdida de aquí... Que mañana, de esta pobre casita nuestra, no quede nada...

Mercedes, tocada por el dolor hondo con que su marido había hablado, comenzó a llorar con desconsuelo. Ahora sólo deseaba aliviar la pena de aquel hombre. Le pareció que todo el dolor del mundo acababa de hablar por su boca. Jacinto, sin un reproche, casi sin una lágrima, les condenaba a ella y a su hija con el más amargo de todos los castigos... ¿Qué hacer para llevarle un mínimo consuelo?

—Ya todo se ha acabado — repitió el padre. — Ya no queda nada de nosotros...

—¿Y Miguel?.. Te queda Miguel, repitió Mercedes, bajo una súbita inspiración. No desesperes: él será nuestra vida, en adelante... No le hablemos de nada: dejémoslo vivir. Que, por lo me-

nos, haya un hombre feliz en esta casa. Olvidaremos todo, y al fin, seremos otra vez felices en la felicidad de nuestro hijo...

Quedaron de nuevo en silencio. Mercedes comprendió que sus palabras habían sido oídas. Quiso definir allí mismo la situación y preguntó:

—¿Qué resuelves? ¿Quieres que llamemos a Miguel?

Y, trás un largo momento de pausa que fué también de honda duda interior, Jacinto respondió:

—Nó...

*

* *

Desde aquel día Jacinto, en completo estado de postración moral, abandonó definitivamente la compañía de los suyos. Encerrado en su habitación, pasaba sus horas en penoso mutismo, tendido casi inmóvil sobre una chaise longue. Bajo su frente pálida de enfermo iba gestándose así, en trágico silencio, la más grande renuncia a la dignidad y al honor. ¿Era, acaso, suya esa familia que otros sostenían? ¿Tenía algún derecho sobre esas tres personas — su mujer y sus hijos — que él, por fuerza había abandonado a mitad de la jornada? ¿Podía desviar a voluntad el rumbo que cada uno de ellos había elegido?

En ocasiones, Jacinto interrumpía toda esta honda reflexión de dolor para entregarse con toda su ternura al recuerdo del hijo ausente. A dos meses de los exámenes, Miguel, sobre sus libros, se había apartado del mundo, en el Hospital donde trabajaba. En un empeño angustioso de adelantar la carrera para venir cuanto antes a la ayuda de los suyos, habíase entregado a la labor con una dedicación egoísta y excluyente. Había encargado en su casa que no le llamaran sino en casos de urgencia verdadera y, en tal forma, hacía ya un mes que no les veía.

Jacinto estaba decidido a ocultarle, hasta lo posible, la situación de indignidad por que atravesaban. Así, desde su retiro, brindaba al hijo el amargo sacrificio de su conciencia. Quería que, de las cenizas de su propio nombre, resurgiera el otro, fuerte y puro, con armas suficientes para vivir una vida nueva. Ya lo imaginaba, preparado y talentoso, triunfando en un futuro próximo en la hermosa profesión que había elegido. ¿Cómo apartarlo de su destino, con aquella espantosa revelación que iba a cortarle las alas para siempre? En definitiva, no iba a ponerse así ningún remedio a aquel estado de cosas. Miguel abandonaría los estudios para vegetar, sosteniéndolos, en algún miserable empleo de administración. La otra, entretanto, tomado abiertamente su rumbo propio, continuaría seguramente lejos de ellos su obra de deshonor y de infamia. No, no! Mil veces mejor era callar. Callar y sufrir...

Aquella grave crisis moral se reflejó de inmediato sobre la salud del enfermo. Jacinto se sentía morir y trataba de ocultar su gravedad para que nadie detuviera ese anhelado fin de todos sus dolores. En tal forma, asistía impasible a la vida de su gente. Pepita no había interrumpido sus relaciones con Enrique, si bien trataba ahora de hacerlas menos ostensibles como respetando el con-

venio tácito en cuya virtud sus padres habían consentido que siguiera a su lado. En esta intención, disminuyó en lo posible sus salidas y simplificó aquel chocante atavío que hiciera antes la desesperación de la madre y la burla contenida de alguna vecina. Por lo demás, Jacinto no la veía en ningún momento y así le pasaban desapercibidas las noches que la otra dormía afuera.

Cuando Miguel los visitó, al cabo de algunas semanas, nada advirtió en aquella casa de sospechoso ni extraño. Había llegado el momento de abonar en la Facultad los derechos de examen y como no alcanzara para cubrirlos íntegramente el importe de sus economías, venía a pedir la ayuda de la hermana a quien creía siempre favorecida con lecciones abundantes y bien remuneradas. Por un instante, de tácito acuerdo, se reunieron todos en engañosa familiaridad alrededor del padre. Era necesario que Miguel no sorprendiera el abismo creado entre Jacinto y Pepita. Miguel les habló de sus estudios, lleno de optimismo y les anunció su propósito de adelantar en las vacaciones el cuarto año, para alcanzar en dos más su título de médico. Jacinto le oía sonriendo; pero cuando el otro, en franca y afectuosa expansión fraternal, anunció a Pepita un nuevo pedido de fondos para el mes de Marzo, aquel no pudo contener un gesto duro, mezcla de pena, de enojo y de desprecio, que la hija sorprendió, avergonzada.

Pasados los desahogos afectuosos del primer momento, Miguel, a quien desde un principio impresionara desagradablemente el semblante agotado del enfermo, quiso examinarlo más atentamente, en cuanto se lo permitieran sus incipientes conocimientos profesionales. Jacinto había cobrado ya definitivamente una palidez brillante y terrosa que se le desparramaba llena de sombras tétricas sobre el semblante hundido y huesoso. Bajo el efecto de la anemia, aquel organismo se desmayaba en sudores a cada instante. Miguel quiso examinar los pulmones y, tras breve auscultación, levantó la cabeza, desconcertado. El no sabía lo que era aquello, pero, sin duda alguna, había allí algo extremadamente grave. Jacinto lo dejaba hacer, porque sabía perfectamente cual era su verdadero estado. En los últimos tiempos los vómitos de sangre se habían hecho frecuentes y regulares. Jacinto había callado, reservando celosamente la noticia para sí, como una buena esperanza de liberación.

Miguel salió de la casa, visiblemente preocupado, y a poco, volvió con el médico. Este, a instancias del mismo enfermo, hacía ya algunas semanas que no le veía. Llegado a la habitación de Jacinto, advirtió de inmediato que la enfermedad había llegado a su último estado. Lo examinó brevemente y luego, tomando a Miguel del brazo, salió con él hasta afuera.

—Esto se acaba, dijo. Hay que estar preparado para todo...

*

* *

Accediendo a las súplicas de su padre, Miguel volvió esa misma noche al Hospital. Dominado por una incesante inquietud, apenas pudo trabajar en los días que siguieron. Consiguó, con todo,

una semana después, aprobar una materia. Esa misma noche, tarde ya, volvió con la noticia a su casa, llevado por un deseo irresistible de abrazar a su padre. Lo encontró en el mismo estado y ante el insistente pedido que le hiciera le dejó a media noche para volver a sus estudios. Ya en la puerta, notó la ausencia de Pepita que hasta entonces, bajo el efecto de sus intensas preocupaciones, no había advertido.

—¿Y Pepita?, — preguntó extrañado a la madre que le acompañaba llena de la más penosa zozobra. — Estas no son horas de lección, me imagino. Además, papá está muy mal, gravísimo. No son momentos de pasear, díselo, en mi nombre...

*

* *

A las tres de la mañana, bajo la fatiga de un día verdaderamente trabajado, Miguel dormía su sueño más profundo en su cama de interno. En el silencio total de la hora, unos golpes breves dados sobre la puerta sonaron duros e impertinentes. Entreoídos vagamente por el estudiante, aquellos ruídos conmovieron con formas extrañas su remota conciencia de dormido. Se levantó, bajo una vaga impresión de temor, y abrió. Un compañero, de guardia, le estaba esperando.

—Te llaman de tu casa, le dijo.

—¿De casa?, repitió, todo trémulo, el otro, para comprender mejor.

Y pensó, en seguida, en voz alta:

—Debe ser por papá...

Con torpes movimientos nerviosos se echó algunas prendas encima y salió a la calle, a medio vestir. Algunas cuadras después pasó por la calle vacía un viejo y destartalado automóvil de alquiler. Lo tomó y llegó hasta su casa. Le había precedido allí un médico de la vecindad a quien encontró, esperándolo, en el comedor.

—Mi pobre amigo, le dijo, esto se acabó. Hace media hora el hombre se nos ha ido en sangre...

Miguel le oyó en silencio y, lentamente, entró en la habitación de su padre. Acaso más que nada le chocó verlo solo en la pieza aquella. ¿Qué se habían hecho su madre y Pepita? Se arrodilló junto a la cama y apoyando los labios sobre una mano del muerto quedó allí, largo rato, bajo una tierna y quieta emoción de llanto. Ahora veía a su padre con un raro sentimiento de piedad dolorosa. Aquel pobre hombre, desde su impotencia, había sufrido enormemente, sin duda, al dejarlos así desamparados. Miguel sintió entonces como nunca repercutir en sí mismo el hondo y callado dolor de aquella vida. Y de nuevo ahogado por las lágrimas besó, agradecido, la frente de su pobre muerto.

Salió, en busca de su madre, a la que aun no había visto. La encontró llorando, en una pieza vecina y, de rodillas, se le puso cariñosamente al lado. Bajo el peso de toda su pena y de todo su temor, la infeliz había caído al fin como aniquilada en una especie de letargo. Miguel le hizo algunas preguntas que la otra apenas contestó con monosílabos. Entró, entonces, a las habitaciones in-

teriores y, en busca de Pepita, recorrió la casa que se iba llenando de una vaga claridad de madrugada. Halló, en el dormitorio de ésta, la cama sin abrir, lo que no pudo extrañarle en las agitadas circunstancias de aquella noche. Sin embargo, no acertaba a explicarse la ausencia de la hermana. ¿Habría ido en busca de algún amigo o pariente? ¿Andaría en alguna de las especiales diligencias propias de aquellos momentos?

La madre, solicitada otra vez en este sentido, respondió que no.

—Y Pepita, entonces, dónde está?, le preguntó Miguel volviendo a su lado.

Rehuyendo la mirada, Mercedes apenas acertaba a responderle:

—No sé... no sé...

Miguel pasó así largas horas de crueles inquietudes. Pepita, fuera de duda, había dormido lejos de su casa. ¿Qué podía retenerle afuera, en el amargo trance en que se hallaban? ¿No sabía acaso, la madre, los sitios que la otra frecuentaba? ¿Y si era así, cómo la tenía sin cuidado la ausencia de su hija? Poco a poco, sin-

tió renacer sus dudas y sus desconfianzas de antes. De nuevo todo en aquella casa le hablaba de misterio y de engaño.

Quiso olvidarlo todo junto a su padre muerto y fué a arrodillarse a la cabecera del lecho. Más que nunca, le miró entonces lleno de amor y de respeto.

—¡Pobre papá!, pensó desde el fondo de su alma. Tú no sospechaste nada, porque eras el más puro. Has sido agraviado en el engaño... A mí me toca recoger tu pena... sufrir en tu nombre.

Y apretando convulso sus labios sobre la frente del muerto, completó en lo íntimo su pensamiento:

—Así has de quererme más... así será solo mío tu recuerdo...

A las ocho llegaron los peones de una Empresa, para instalar la capilla ardiente. Llamado con urgencia por Miguel, llegó también Pedro Ramírez, el único hermano de Jacinto. Con su ayuda, Miguel amortajó el cadáver y lo colocó en el cajón. Más tarde comenzaron a hacer acto de presencia algunos parientes y amigos, en tren de mera etiqueta y sin prolongar mucho la visita. Un tío lejano, personaje aristocrático y de fortuna a quien Miguel no veía desde hacía meses, le llamó aparte al despedirse, para decirle con marcada frialdad:

—Preocúpate de tu hermana. Tengo malas noticias de ella. Me imagino que tú no sabes nada...

Por fin, a las diez, se presentó Pepita. Se había enterado de todo en la puerta de calle y entraba pálida y demudada. Acusando una noche de vicio, los ojos se le saltaban sobre el fondo negro de dos enormes ojeras. Más abajo, la piel, amarillosa y opaca, daba una penosa impresión de cosa gastada. Bajo el amplio tapado asomaban las alhajas y sedas de su nocturno atavío. Miguel, que se sentía ahogado de vergüenza y de angustia, la siguió hasta su cuarto. Ya no dudaba: él, que era hombre, sabía bien lo que acusaba aquella despintada cara de fatiga. Apenas pudo decirle dos palabras torpes:

—Ahí al lado está papá, muerto. No nos digamos nada ahora. Pero tú enciérrate en este cuarto y no salgas. Lo entiendes? Para nada... ¡No tienes ni el derecho de acercarte al cajón...

Pepita lo miró, en silencio, y lo dejó salir. Aturdida bajo el peso de su culpa, más enorme esa noche que nunca, asumía insolentemente la responsabilidad de su vida en una cómoda e improvisada conformidad consigo mismo. Bien comprendía que no habría perdón para ella; un perdón imposible que no aspiraba a obtener de nadie. Así, en su cínica insolencia de desesperada, se encerró en su cuarto a la espera de lo que viniere, acatando burlonamente la orden de su hermano. La madre quiso llevarle más tarde algo de comer y ella, desde la cama, la rechazó. Una hora después entró de nuevo a hablarla.

—Miguel se ha ido a cambiarse ropa, le dijo. Debes venir un momento a rezarle un rosario a tu padre. Ahora, a las cuatro, se lo llevan.

La pobre vieja no concebía que pudiera irse así Jacinto, para siempre, sin recibir la despedida de sus hijos. A su ruego, se vistió Pepita y salió, con un rosario en la mano. Entraron solas a la

capilla ardiente y se hincaron. Minutos después, desviando la mirada del cajón, salió aquella de la pieza para encerrarse de nuevo en su dormitorio. Con su falsa e imprecisa noción del honor, ella no podía compadecer en su padre la grave mortificación moral que le infligiera. ¿Cómo creer que así, por su propia mano, hubiera apurado el dolor y la muerte de aquél? Pensó sólo en el terrible proceso de aquella enfermedad y, mujer al fin, la idea de tanto sufrimiento la condolió de veras. Por eso, ahora que había rezado a su lado, pidiendo a Dios por su buen descanso, se sintió aliviada de sus últimos escrúpulos.

*

* *

A las seis, de vuelta del Cementerio, entró Miguel acompañado de algunas personas. Media hora más tarde quedaban solos los tres.

Miguel quiso dar allí mismo el paso definitivo. En un ángulo del comedor lloraba, en silencio, la madre. Pepita, frente a su hermano, esperaba que éste hablase.

—¿Para qué decirte nada? comenzó Miguel, contestando a la muda invitación de la otra. Nos has engañado, como una miserable que eres. ¿Sabes lo que has hecho? Nos has perdido a todos... has roto mi vida, para siempre. Olvídate de nosotros y de tu nombre. Para mí no eres nada. Puedes seguir a tu querido. Y pronto, apártate para siempre de nuestro lado...

—Parece que el señor me echa, contestó Pepita con descaro. ¿Y qué tienes tú que ver conmigo? ¡Estaría bueno que, porque una es mujer, viniera ahora el niño a mandarla!

—No discutamos. Bien sabes que tengo derecho para hablar. Obedece y vete de aquí cuanto antes...

—¿Qué me vaya de aquí? ¿De esta casa?

—¡De esta casa, que ahora es la mía!, replicó, impaciente ya, el hermano.

Pepita lo miró, como a un pequeño, sonriéndole burlonamente.

—El señor está enojado y me insulta... Estás equivocado, querido: eres tú quien vive en mi casa. ¿No lo comprendes? ¡Ah! ¡Finalmente se te abrirán los ojos, grandísimo cándido!

Miguel la había tomado de ambas manos y se las sujetaba violentamente.

—¿Qué quieres decir?, le gritó encima. ¡Estás mintiendo!

La otra, perdida ya su tranquilidad, no supo medir más sus palabras.

—¡Sí, si! Esta casa es mía... la he sostenido yo ¿entiendes? yo... Si no fuera por mí, estaríamos todos en la calle. Tú no tienes más que callarte y seguir estudiando... Yo pagaré todo...

Miguel se desplomó, agotado, sobre una silla. ¿Cómo no había advertido antes todo aquello? Sus estudios — ahora lo veía — habían sido costeados por el vicio de la hermana. Esto era evidente y sólo en su hondo dolor de aquel día habíale podido quedar inadvertida esta última y más cruel consecuencia de la inconducta de Pepita, que conocía desde esa mañana.

Con el semblante demudado de rabia, se levantó de nuevo.

—¡Canallas!, dijo. ¡Me han obligado a comer de la inmundicia de todos! ¡Tú lo sabías, mamá, y me dejabas... ¡No he de perdonártelo jamás!

La infeliz, bajo la acusación, se sintió enloquecer.

—Era por tu bien... solo por tu bien.. Hemos callado por tu bien...

Con el apoyo de su madre, Pepita creyó que podría convencer aun a Miguel.

—¿Lo oyes?, le dijo. Eres un desagradecido. Yo pude irme de aquí, separarme de esta casa, pero ellos, por tí, no me dejaron salir. ¿Por qué quieres echarme, ahora?

—¡Mientes!, volvió a gritar Miguel, en el colmo de su indignación. Papá nunca supo nada... Lo han engañado miserablemente, como a mí. Te prohibo que vuelvas a decir eso...

—Papá lo sabía todo..., insistió Pepita, en voz baja.

Miguel se abalanzó sobre su madre.

—Tú vas a decir la verdad, le dijo. Por la memoria de papá, por lo más sagrado, vas a decir la verdad. Dime: ¿él consintió que Pepita se perdiera?

Mercedes, asustada, no acertaba a contestar. En verdad, no comprendía por qué Miguel acordaba tanta importancia al conocimiento que del asunto hubiese o nó tenido su padre. ¿No estaba, por fin, aclarado todo? ¿A qué insistir más sobre los detalles de la cuestión? Miguel, a su lado, insistía en sus preguntas.

—¿Es cierto que papá no sabía nada?

—Tu padre, hace tiempo, se enteró de todo, como yo. Nunca se habló más de esto y, en silencio, lo soportábamos todo...

Aquello, para Miguel, fué la locura. Invadido por una mortal palidez, miró a las dos mujeres con unos ojos extraños, vacíos y extraviados. Adentro de su espíritu se operaba un vuelco espantoso de sentimientos e ideas. Se abalanzó sobre la madre y la hermana y las empujó con rabia hacia la puerta.

—¡Afuera, afuera!, les gritó con gesto descompuesto.

Las mujeres, dominadas por el terror, corrieron hasta la puerta exterior. Allí les alcanzó Miguel. Tomó a Pepita del cuello y la arrojó escaleras abajo. La otra dió sobre el suelo, con un grito de dolor. Hasta allí la siguió el desprecio del hermano.

—¡Perra!.. ¡Perra!.., le gritó desde lo alto.

Volvió a entrar. Estaba solo en la casa. Ahora veía más claro adentro de sí mismo. Se sintió entonces envuelto para siempre en el derrumbe de aquella casa. Ahora se le presentaba indigna y mezquina la figura de su padre. ¡Miseria de hombre, mil veces más culpable que la propia culpable! ¿Tan mal le conocía entonces que podía imaginarle, a él, conforme en la deshonra y en la impureza? ¡No! Su dignidad y su honor no eran ciertamente los de aquel mal padre muerto en la infamia.. ¿Qué le quedaba, entonces, a él, que había construído su vida a imagen de la de aquel hombre? Miguel sintió, junto a su indignación, un raro vacío y desconcierto, que juzgó definitivo en su vida. Así, ésta estaba por siempre fracasada. De nuevo dominado por la rabia y el furor,

pasó, con movimientos alocados, de una a otra habitación. Ahora odiaba a todos y maldecía a todos. Por fin, en el dormitorio de Mercedes, se detuvo ante unos cirios que halló encendidos frente al retrato de su padre. Lo miró y, tomándolo entre las manos, le lanzó al rostro el insulto de una carcajada histérica. Luego, los ojos se le llenaron de sombras. Apretó el retrato entre los dedos crispados y comenzó a romperlo, con rabia, dejando caer los pedazos al suelo.

—Ahora estás muerto, dijo. Ahora has muerto para siempre...

Después, apagó las dos luces. Y quedó en la sombra, solo y extraviado.

ROBERTO GACHE.

pasó, con movimientos alocados, de una a otra habitación. Ahora odiaba a todos y maldecía a todos. Por fin, en el dormitorio de Mercedes, se detuvo ante unos cirios que halló encendidos frente al retrato de su padre. Lo miró y, tomándolo entre las manos, le lanzó al rostro el insulto de una carcajada histérica. Luego, los ojos se le llenaron de sombras. Apretó el retrato entre los dedos crispados y comenzó a romperlo, con rabia, dejando caer los pedazos al suelo.

—Ahora estás muerto, dijo. Ahora has muerto para siempre...

Después, apagó las dos luces. Y quedó en la sombra, solo y extraviado.

Roberto Gache.

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 17 DE 1918 TOMO II - N.º 24

EL HIJO GAUCHO

POR

A. Montiel Ballesteros

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR			EXTERIOR		
Por 6 meses:	$	2.50	Por 6 meses:	oro	1.50
» un año:	»	5.—	» un año:	»	3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Mirian Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 17 DE 1918 TOMO II N.° 24

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

EL HIJO GAUCHO

POR

A. MONTIEL BALLESTEROS

Ilustraciones de EUSEVI.

Amanecía. El resplandor rosado de la aurora, inundando el azul lechoso del cielo, puso una leve gasa violeta al lucero que se fué desvaneciendo dulcemente. Entre el pastito recién despierto con argénteas aristas del rocío, pasaba el estremecimiento de la brisa. Una pareja de hornenitos laboriosos repiqueteó, desde el mojinete del rancho del Puesto Viejo, el escándalo vocinglero de sus gritos, a los que contestaron desde la masa informe de los tártagos, de los saúcos, de los dos ombúes, los pajaritos tempranos, diciendo en finos tonos agudos los buenos días.

Don Sandalio dió vuelta la yerba al amargo "medio galopiao" y mientras la patrona, con las limpias latas de aceite hechas balde, en doméstica industria, — con la manijita de alambre, — iba hacia el corral de los terneros para soltarlos y ordeñar las vacas, que mugían roncamente, pacientes y maternales en la espera, fué a golpearle la ventana a la hija dormilona. Siguiéndole, había salido de la cocina ahumada el viejo perro negro, el Tordo, que erizó el pelaje y se sacudió todo como para ahuyentar las pulgas.

Volvió a la cocina el paisano, cebó otro mate y al saborearlo pensó en el patrón viejo, que estaba enfermo, "hasta con doctor en casa" y que tenía un mal de nombre enrevesado, que, según él, no debía ser más que "pasmo", que ya se lo hubiera curado con cataplasmas de lino y esencia maravillosa...

Pero, no hay comedido que salga bien; casi lo echan, por su desinteresado consejo...

*

* *

Gritaron los teruteros alertas por el lado de la cañada y él salió a "bombiar". Era el Tapecito, a quien había enviado a enterarse de la salud del patrón.

Ya apuntaba el sol, y el muchacho, que trotaba largo en el petizo aguatero, lerdón, parecía agrandarse con el perfil de oro y grana de la luz mañanera.

De lejos les gritó.

—Y d'iay?....

El indiecito cruzó a un lado y a otro, por las ancas de su caballejo, el largo arreador de echar las vacas y menudeó talonazos como si le espoleara los ijares... Cuando estuvo a cuarenta o cincuenta metros, se quitó uno de esos descoloridos chamberguitos cónicos que el humorismo criollo ha bautizado con el nombre gráfico y expresivo de "punta de corazón" y también gritó:

—Que está en las últimas el pobre, y que vaya de seguida usté, tata Sandalio, que le quiere hablar...

—Güe!.. ¡Qué está en las últimas y que me quiere hablar!.. Si será cierto? Se le concretó la imperativa interrogación, montaña de duda que se derrumbaba sobre su espíritu, y sintió como si su pensamiento de por sí lento, retraído, modoso, se viese impulsado en una frenética vorágine de suposiciones...

—Si será cierto?....

—Echame ya el loguno, que est'hai nomás...

Y se puso a cavilar sobre lo que le dijo una negra vieja, — antigua esclava de los patrones, — él entonces era un gurí, pero se acordaba clarito como si fuera hoy: "portate bien, Sandalio, que te van a ayudar; yo sé por que te lo digo".

Después no faltó quien, uniendo aquello a otros decires, le afirmara que él era un "hijo gaucho" del patrón... Sólo así se po-

dría explicar la protección de que siempre había sido objeto... Hasta lo habían querido mandar a la escuela cuando se criaba en la estancia de donde había salido ya hombre, para el puesto aquel, al que se trajo la buena china compañera, que le salió tan de ley... Sin embargo, la pequeña diferencia de edades que se guardaban con el patrón le sugería una última duda.

—Vaya uno a saber... hay mocitos que no por más nuevos son menos diablos... Y hay tanta chinita linda en los puestos o en la estancia...

Ya llegaba el lobuno, macaqueando como de costumbre, pues aunque era manso, ligero y aguantador, tenía mañas de caborteri en cuanto no sentía la voz de su dueño...

—Mancarrón!.., le insultó él, airado, como con desprecio... y se le apróximó conversándole, con el freno en la mano...

—Pará, matungo... pucha si t-i-hace falta una felpiada...

Mientras lo enfrenaba le dió la mala nueva a su mujer:

—Si sucede la disgracia...

—Lo que Dios no permita.

—Las v-i-a mandar buscar en la carretilla, porque es muy largo el tirón pa dir a apié.

El Tapecito le alcanzó el apero. Ensilló en un decir ay y salió bajo una "tormenta e lazo", como decía el muchacho.

El lobuno no lo necesitaba, pero era para ponerlo "alarife" y sacarle las mañas.

*
* *

Por el camino empezó Sandalio a sentir un resquemor de tristeza. El nunca había conocido padre ni madre, en su infancia de "gaucho", rodando del galpón a la cocina de la estancia... No era mal mirado, pero no guardaba otro tibio recuerdo de caricias que las del patrón, tan "güenazo" que no iba al pueblo sin traerle alguna chuchería: unas bombachas, unas botitas, un tirador de charol con hebilla de "rialitos"... De ese ambiente en que se desarrolló sin sentir ningún dominio ni ascendiente definido, le venía tal vez el ser rebelde y voluntarioso, más amigo de estar "echao de panza" oyendo cuentos o jugando a la "payanga" que de puntiar en la quinta... Le gustaban los bailecitos, el choclón, las carreras... Y el patrón, aquel don Jacinto, tan mano abierta para él, siempre le

tenía dispuestos algunos pesitos "pa despuntar el vicio", que, indudablemente, habían de "correr burro"..... A veces, amistoso, lo aconsejaba:

—¿Por qué no te dedicás a algo, muchacho?..

Una vez lo habilitó con unas carretas; después le dió una majadita a medias, y nuestro hombre, siempre el mismo, a pesar de su honradez y su buen fondo, entre el traguito y la jugarreta había de encontrar el medio de verle el fin a la cosa.

Ahora tenía sus vaquitas, su tropilla de caballos, y la carne, la yerba, la galleta, la fariña y algo para los vicios que le pasaban de la estancia. Su trabajo de puestero se reducía a pasear por los otros puestos, a ir de tarde en tarde a los rodeos y con demasiada frecuencia a la pulpería.

—Entonces debe haber algo de cierto, se decía, ya que su vivir de hijo pródigo siempre había encontrado disculpa a sus locuras, protección y cariño...

—¿Y aura de golpe v-i-a creer todo eso?....

Llegó a la estancia. Le salieron los perros conocidos, como a esperarle, moviendo la cola. Se apeó, y con el caballo de la rienda, dió dos o tres pasos hasta entregárselo a un peón.

Todavía le recomendó previsor:

—Refrescámele el lomo y no me lo dejés tomar agua que está medio pesao...

Y después, al reclamo de uno de los hijos de la casa, llegado hacía unos días de la ciudad, se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente sudorosa y aún con el rebenque colgado de la muñeca le siguió... Se le ocurrió como un relámpago:

—Y si le dijese tata a don Jacinto?.. Sí, le podía llamar así y pedirle la bendición como a un padre, que aquello al fin había sido para él su patrón... Pero, también tenía que acordarse que estaban los otros enfrente...

—¿Y si él no me quiere reconocer, o no es verdá?..

*

* *

Llegaron a través de otras habitaciones a la pieza del enfermo, que, penumbrosa, llena de olores de medicinas, tenía un ambiente pesado. Sandalio, que venía de la plena luz, "encandilao" todavía, no veía bien y se llevó una silla por delante. Su vista se fué habi-

tuando lentamente a la sombra y descubrió un cuadro de Nuestro Señor, al que prestaba reflejos lumínicos el vidrio y distinguió la cama antigua y entre las blancas ropas y una profusión de almohadas, la cabeza del patrón con el nevado cabello en desórden orlando la pálida facie amarillosa; alrededor del lecho conversaban en voz queda el doctor y la familia: los mozos y las mujeres; las señoritas, las casadas...

—Mis hermanas tal vez...

Una voz familiar, la de Luisito, el menor de los muchachos, le rogaba:

—Acercate, Sandalio; papá te llamaba y no pudimos entender lo que quería decir; ya no habla casi, a ver si tú tienes más suerte.

Se acentuaba la curiosidad y la angustia espectante esperando las misteriosas palabras del moribundo, que necesitado quizá de una revelación, de un descargo de conciencia, había pedido que le trajeran a su lado a Sandalio, el puestero aquel, cuya leyenda, no le era, — por cierto, — a ninguno desconocida.

El paisano se aproximó al lecho, miró la cara del enfermo en que se hundía la sombra azulada de los ojos mustios y entineble-

cidos, la lívida boca entreabierta, donde se notaba casi imperceptiblemente la respiración; y sobrecogido con ese vago temor supersticioso, oscuro miedo, religioso respeto que infunde la muerte, su voz se hizo solemne:

—Mande, patrón... don Jacinto...

Sandalio creyó verle entreabrir los ojos envolviéndole en una cariñosa, protectora mirada... Aquel gaucho humilde, instintivo, vicioso por ignorancia, era el único quizás que no había venido como un cuervo al olor de la carniza; por eso tal vez fué para él la postrer tierna mirada que adivinó.

—Don Jacinto... silabeó otra vez él triste con voz mojada en llanto; luego llevó su mano a la boca helada del yacente y se dolió:

—Parece que ha entregao su alma a Dios...

Era así. La ciencia, por intermedio del médico, lo comfirmaba.

Se pusieron a llorar a gritos las mujeres; los hombres se llevaron los pañuelos a los ojos y Sandalio salió lagrimando — él que era tan duro para eso — con el pecho oprimido por la cruda escena.

Con los peones comentó apenado:

—Quién sabe pa que me había llamao el finadito!.... Y pensó para sí: dejuro me habría dicho la verdá...

Al otro día, y por su voluntad expresada tiempo atrás, dieron sepultura al finado en el cementerio de la estancia.

Extraña y triste la escena, sin ceremonia de ninguna especie, entre el respetuoso silencio de la paisanada del pago, vestida de negro en su mayoría, bajaron a la huesa cavada en la tierra, el ataúd.

Los dolientes echaron las primeras paladas de tierra que sonaron lúgubres sobre el cajón...

También arrojó Sandalio su puñadito de tierra en la fosa, murmurando, al hacerlo, como si mascullase una oración:

—El patrón, don Jacinto, o mi tata... lo cierto es que era algo mío que se me va!..

*

* *

Se espació el tiempo.

La familia de la estancia se marchó definitivamente para la ciudad. Se repartieron los bienes entre los deudos, mientras Sandalio, que ahora andaba triste y pensativo, acariciaba la esperanza

de que don Jacinto le había de haber dejado algo. ¿Destruiría lo contrario la aceptada leyenda? ¿Se habría acabado de una vez para siempre aquella querida sombra protectora de su rancho?..

Empezaba a encontrarse abandonado y menudeaba las visitas al boliche de donde volvía, — volcándose en equilibrios difíciles a uno y otro lado del caballo dócil, — monologando su historia de hijo gaucho, dueño y señor de campos y haciendas que había de reivindicar algún día.

Una mañana, al regresar el Tape de la estancia a donde había ido por las provisiones, le enteró de que se había ido del todo don Tomasito, el último que de los hijos del finado don Jacinto aun quedaba allí y que con la llegada de mayordomos o capataces nuevos, se suspendía el envío de toda otra cosa que no fuera la carne...

—Ya vienen mostrando las uñas, exclamó Sandalio "trás un áspero ajo" de desahogo, y se reconcentró fosco y airado.

No había transcurrido una semana de ese hecho, cuando le mandaron buscar.

Como aquella mañana de triste recuerdo, despertó a la hija; hizo traer el lobuno, y se fué, más despacio, al trotecito, a la estancia.

Al llegar, los primeros en saludarle fueron los perros viejos, que le ladraron en fingidas iras, atropellándole a saltos y meneando la cola; después se apaciguaron, y al aproximársele a olfatearlo parece que le preguntaban:

—¿Y el patrón?, Sandalio... Eh, Sandalio viejo, a vos que te quería tanto — como a nosotros — no te dijo cuando volvería?..
El, les palmeó el lomo en efusiva caricia y ellos aullaron.

—Vea... vea... se extrañó en voz alta el paisano y luego, como le era habitual, mascullando entre sí;

—Mire, aura recién v-i-a empezar a sentir de alma al patrón viejo... Tal vez mi padre si doy crédito a lo que dicen...

Como si se le ablandara algo en el corazón, le entraron ganas de llorar... En cuanto volviese iba a ir al campo Santo...

—Lo tengo tan olvidao!..

*

* *

"Amargueó" con los peones que "prosiaban" sobre las reformas de la estancia: el sueldo de los mensuales y las obligaciones de los

puesteros; nada de vaquitas lecheras ni de yerba, ni de fariña... Toditas las mañanas en las casas, a recibir órdenes y ayudar a hacer los pozos para los árboles y los nuevos alambrados; abrir canaletas para las aguadas y la mar de quehacer...

—Y quienes son los maistros?, preguntó con su dejo de ironía criolla, el paisano, siempre dispuesto a reir campechananamente del "maturrango".

—Ah, ¿no los ha visto?.... Carcamanes, mocitos de antiojos y polainas; puebleros... terminó despectivamente el gauchito informante.

Lo hicieron llamar a Sandalio. Pasó al escritorio. Los mocitos, muy amables, lo saludaron y le invitaron a sentarse. Luego lo pusieron al cabo de todo lo que ya los peones le habían adelantado.

Sandalio sintió el impulso de la protesta y la rabia engrosándole vocablos retadores, que se le escapaban de la boca, y, nervioso, estrujando el sombrero entre las manos, les dijo:

—Ta bien... Ustedes serán los que mandan, pero yo tengo mis vaquitas, mi tropilla..

—¡Sus vacas! ¡su tropilla!, se admiraron los otros.

—No estamos en antecedente de tal cosa.

—Cómo me van a dudar ¡canejo! — profirió él, ofrendido... y agregó. — Pregunten nomás a los hijos del patrón viejo, que Dios lo tenga en su guarda.

Y ellos, tolerantes, le replicaron que no venían con el propósito de suscitar cuestiones o cometer injusticias, que le tendrían las consideraciones debidas; pero, que lo de las propiedades..... verían..... había que justificar.....

El gaucho no pudo soportar la injuria sangrienta que envolvía aquella concreta duda.

—¡Con qué les quedré robar!.. Luego percibió claro su situación: ella era irregular, casi comprometida, desde que los animalitos, estando como estaban orejanos o contramarcados, no se prestaban a comprobar su propiedad. No pudo contenerse más y les gritó fuera de sí:

—Ustedes son los que mandan; hagan y deshagan, pero cuidao con salirse e la güeya!

*

* *

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

cina. Mi mujer, al verlos, huyó, y yo me mantuve quieto en un rincón, detrás de la estufa: no teníamos ya nada nuestro.

Aquel duque de Sajonia era tan alto, que apenas podía entrar por la puerta; era un mocetón en toda la extensión de la palabra, como también el coronel Eglofstein y el mayor barón de Engel que con él vinieron. Sí, por lo que hace a la talla y al apetito nada podía echárseles en cara. En cuanto a mí, ni me hacían caso; se reían, hablaban, se paseaban por mi comedor llevando el sable a la rastra, subían y bajaban como si se encontrasen en su propia casa.

Desde que llegaron hasta que se volvieron, los hornillos de la cacina estuviedon siempre encendidos; ardía mi leña; las cacerolas, las marmitas y el asador no paraban ni un minuto; torcían el cuello a mis gallinas, a mis patos y a mis ocas, y luego los plumaban y los asaban; trajeron carne de buey magnífica y la trincharon para hacer con ellas unas pelotas a que llamaban biftecks; luego abrieron mis armarios, tendieron sobre la mesa los manteles, lavaron mis vasos y mis botellas y se bajaron a la bodega para proveerse de vino.

Los oficiales servían a su alteza, quien comía vorazmente en medio de la lluvia y del viento que penetraba por las ventanas, que habían abierto de par en par, y y algunos ordenanzas venían a recibir órdenes y se volvían.

A las seis resonaron los primeros cañonazos hacia los Cuatro-Vientos, por donde empezó el bombardeo de Falsburgo, a cuya agresión respondieron desde los dos bastiones del arsenal y de la manutención.

Durante este bombardeo ocurrido el 10 de Agosto, la casa Hibault desapareció entre las llamas.

¡Ah! otros episodios más crueles debíamos presenciar; pero como hasta entonces no habíamos oído cosa semejante y el ruido de las detonaciones llegaban hasta nuestro valle y repercutían en los bosques y los peñascos de Biechelberga, nos estremecíamos.

Gredel, cada vez que las piezas nuestras de grueso calibre respondían, decía:

—Esos son los nuestros. Todavía no estamos muertos. ¿Oye usted?

Yo la hacía salir, y su alteza una de las veces preguntó:

—¿Qué es eso?

—Nada, señor, es mi hija le respondí; es una loca.

A las siete menos cuarto cesó el fuego; algunos minutos antes había salido el barón de Engel, que poco después volvió diciendo que habían enviado un parlamentario a la ciudad para intimarle la rendición y que por haberse negado los sitiados a acceder pronto iba a reanudarse el bombardeo.

Mientras duró el silencio, su alteza se atiborró de lo lindo.

De improviso llega un general de húsares, tipo asqueroso, de frente aplastada, bizco y de cabellera bermeja, cubierto de cruces como un salvaje de América, y después de repartir apretones de manos a todos los que sentados a la mesa estaban y de reirse a grandes carcajadas, toma sitio a su vez y empieza a tragar, mientras refiere que han tomado la tienda de campaña de Mac-Mahón, tienda magnífica, adornada con espejos, porcelanas, sombreros y miriñaques. Al decir esto el general de húsares se reía a reventar, y su alteza se bromeaba diciendo que Mac-Mahón había querido proporcionar el espectáculo de la victoria a alguna encopetada dama parisiense.

Esto, como es de suponer, era una mentira como un templo; pero los prusianos se pintan solos para mentir.

Aquel húsar, de cuyo nombre no me acuerdo, aunque lo oí repetir muchas veces a los demás, dijo también que después de haber recorrido por espacio de dos horas el bosque de Elsasshausen, se había precipitado sobre la aldea de Gundershoffen, donde se encontraban acuarteladas algunas compañías de infantería francesa y que se les había sorprendido y degollado a todos sin perder él un solo ginete.

Al decir esto volvió a sus risotadas, diciendo que a pesar de todo la guerra tenía instantes muy buenos y que el episodio que acababa de referir sería uno de los recuerdos más gratos de su vida.

—¡Y a eso llaman cristianos!, pensaba yo, sentado detrás de la estufa. ¡Pero si esos hombres son peores que lobos; beberían sangre humana en cráneos de sus semejantes y se vanagloriarían de ello!

De esta suerte seguían hablando, cuando vino un joven oficial para decir que los de Falsburgo no querían rendirse, y que iban a a bombardear con granadas incendiarias para pegar fuego a la ciudad.

No pude oir más; Gredel y mi mujer se subieron cada una a su dormitorio, y yo me salí a respirar otro aire que el que respiraban aquellas fieras. Sentía necesidad de frescor; hubiera querido arrojarme al río.

Seguía lloviendo. Por los afueras de la aldea seguían pasando regimientos y más regimientos. Cuando yo salí, desfilaba uno

de coraceros blancos, que se extendía por la pradera, al pie de Metting; otros, en masa, se dirigían hacia Sarreburgo, y en lontananza las bayonetas y los cascos brillaban al sol poniente, a pesar de la lluvia torrencial que en aquel momento caía. Fácil era comprender que nuestro mísero ejército de doscientos y algunos miles de hombres no podía resistir a semejante desbordamiento.

¡Pero dónde estaban los otros trescientos mil soldados que debíamos tener y hacía tantos años pagábamos? ¿Dónde? en las memorias presentadas por el ministerio de la Guerra al Congreso, y el dinero de su equipo y de su armamento, en Londres, en la caja de su majestad. ¡Ah! ¡cuántas economías había hecho el hombre honrado!

Aquellos innumerables alemanes, que ocupaban por completo el llano, empezaron a cortar nuestros árboles frutales para calentarse: de acá y de allá veíamos caer nuestros hermosos manzanos y nuestros perales todavía cargados de fruta, una vez quitada la cual era colocados en montones y quemados, no siendo parte a apagar el fuego la abundante lluvia que caía, a causa de la gran masa que ardía debajo y concluía por secar las ramas.

Todo el llano y la meseta quedaron iluminados al resplandor de estas fogatas.

¡Qué pérdida para la comarca!

Habían sido necesarios cincuenta años, desde 1814, para hacer crecer aquellos árboles que habían llegado a su completo desarrollo, y de los cuales nuestros hijos y nuestros nietos no volverán a ver antes de medio siglo otros iguales en torno del lugar: todo quedó destruído.

Al contemplar aquel espectáculo, la ira me ahogaba, por lo que desvié de él la vista y me encaminé a casa de mi primo, en la confianza de hallar en ella algunas palabras de aliento.

El domicilio de Jorge estaba atestado de gente, y Ana María, mujer animosa y desembarazada, estaba en la cocina guisando para aquella cáfila de bandidos, entre los cuales se encontraban dos de esos viejos tipos de la calle Mouffetard, un judío, que había ido a París a aprender la horticultura y la poda de árboles, en el Jardín de Plantas, y un sillero, los cuales estaban sentados cerca del hogar con aire corrido y melancólico. Los demás, desparramados por la casa y hasta por el pasillo fumaban sus pipas y miraban si la carne, las patatas y cuanto se guisaba se ponía a punto en la gran marmita del lavadero, que era la mayor de cuantas poseía mi primo.

Cada soldado tenía ante sí un enorme pedazo de carne de buey, una rebanada de pan, un gran vaso de vino y un puñado de café molido, y aun algunos llevaban debajo del brazo un mazo de cebollas o de nabos o una berza robados acá y allá.

En la sala inmediata se encontraban los jefes, que uno tras otro acababan de llegar de sus reconocimientos, quienes subían y bajaban de las habitaciones superiores arrastrando sus sables y haciendo crugir la escalera bajo el peso de sus descomunales botas.

Al entrar yo por la puerta posterior, donde tuve que quedarme por no poder avanzar un paso por el pasillo, Jorge, que acababa de salir del comedor, me vió por encima de las cascos de los húsares y me dijo en alta voz:

—Quédate ahí fuera; aquí nos ahogamos. Salgo.

Los soldados hicieron sitio a mi primo, y este y yo nos bajamos al jardín y nos metimos debajo del cobertizo de la leñera.

—¿Qué ocurre por tu casa?, me preguntó Jorge encendiendo su pipa.

Le conté todo cuanto sobre el particular llevo dicho, a lo que repuso:

—Pues aquí ya ayer noche se alojó el general de los húsares. Una hora después de la visita de los hulanos, a cosa de las once, llamaron a la ventana, abrí y ví dos escuadrones de húsares que rodeaban mi casa: no era posible evadirme.

—Abra usted, me dijeron.

Obedecí al punto, siendo el primero que entró el general, una especie de lobo que há poco he visto que se dirigía a tu casa, quien pistola en mano escudriñó todos los rincones.

—¿Vive usted solo?, me preguntó.

—Sí, con mi mujer.

—Está bien.

Y volviéndose hacia la calle llamó a un ayudante de campo, quien entró junto con tres o cuatro soldados que se llevaron la mesa y las sillas a la cocina. Entonces el general desarrolló en el suelo un gran mapa, se quitó las botas y se tendió encima; después llamó por su nombre a seis o siete capitanes y luego que estos hubieron respondido uno tras otro: "Presente, mi general" y cada cual hubo sacado del bolsillo otro pequeño mapa, dijo a uno de ellos:

—¿Ve usted?, este es el camino de Metting, y este el de Metting a Sarreburgo. Vamos a ver, dígame usted los nombres de las poblaciones y demás que estos caminos cruzan.

Y el oficial se puso a recitar los nombres de las aldeas, granjas, arroyos, puentes, bosques y recodos y aun los de las encrucijadas y senderos, todo lo cual seguía

el general, con la uña, sobre el mapa tendido en el suelo.

—Bravo repuso éste. Ahora coja usted veinte hombres y avance hasta San Juan por tal camino. Si encuentra usted resistencia, véngase al punto a darme aviso. Ea, vivo.

El capitán salió, y el general, sin moverse de su posición primitiva, llamó a otro.

—¿Ve usted Lixheim?

—Sí, mi general.

Y así consecutivamente.

Al cabo de media hora había enviado a todos a practicar reconocimientos a Sarreburgo, Diemeringen, Lutzelburgo y a Fenetrange; en una palabra, a todo el lado de acá de Falsburgo. Cuando todos se hubieron marchado, menos veinticinco o treinta caballos, el general se levantó y me dijo:

—Va usted a darme buena cama y a prepararme el almuerzo para mañana a las siete; advirtiéndole que me acompañarán los oficiales que acaban de salir, quienes, como puede usted suponer, traerán buen apetito. Tiene usted aves y manteca y vino excelente y sobro ello una mujer que sé que guisa a maravilla. Espero pues que todo esté bueno; ya me entiende usted.

No le respondí palabra, y me salí para advertir a mi mujer, quien acababa de vestirse y bajaba la escalera.

—Está bien, me dijo ésta, que lo había oído todo desde arriba; la fuerza está del lado de esos pillos y hay que obedecer.

Aun cuando el general oyó a mi mujer, no hizo caso de sus palabras; lo principal para él era obtener lo que quería.

Mi mujer lo condujo al cuarto de arriba y le enseñó la cama que para él había preparado; mas el bandido, antes de acostarse miró debajo de la cama, registró los armarios y el cuarto de vestir y abrió las ventanas para cerciorarse de si su escolta estaba en la calle.

Hasta esta mañana todo ha permanecido tranquilo. Entonces han vuelto los otros, y han dado cuenta de su comisión al general, quien ha expedido hacia Dossenheim, por Saverna, a algunos de los que se habían quedado, y poco más o menos dos horas después, han regresado con la vanguardia del cuerpo de ejército. El general se ha convencido de que todos los desfiladeros estaban abandonados y que podían entrar sin riesgo en Lorena; que Mac-Mahón y Failly se habían internado y que no se daría ya otra batalla por estos alrededores.

Esto es cuanto me dijo mi primo mientras fumaba su pipa.

Acababan de abrir la puerta que da al jardín, para que se ventilase la cocina, y desde el sitio donde nos encontrábamos contemplamos a todos aquellos alemanes, con sus cascos y sus mojados uniformes, quienes llevaban sendos manojos de legumbres y enormes pedazos de carne bajo el brazo. A medida que se cocían los víveres, Ana María iba distribuyendo el caldo, la carne y las legumbres a los que se presentaban con sus grandes fiambreras, quienes una vez servidos salían otra vez para hacer sitio a otros. Nunca habíamos visto carne más fresca y de mejor calidad, uno solo de cuyos pedazos hubiera bastado para cuatro o cinco franceses.

¡Qué triste era pensar que los nuestros habían sufrido tanta hambre en nuestra misma patria, antes y después de la batalla!

Sin habernos dicho palabra, Jorge y yo tuvimos el mismo pensamiento, pues éste me dijo de improviso:

—Sí, estos se han entendido mejor que nosotros; la carne esa no es de por acá, y digo que no lo es, porque todavía no ha empezado la requisa de ganado; la reciben por la vía férrea; yo mismo lo he visto esta mañana a la llegada de los furgones. También han recibido para los oficiales gruesas morcillas, estómagos de buey rellenos de picadillo, y otros comestibles que no conozco; sólo el pan que les reparten es negro, pero lo comen con placer. Sus intendentes no están educados en la escuela que los nuestros; tal vez no alinean tan bien los números; pero los soldados tienen carne, pan, vino y café, mientras los nuestros, como hemos visto, se mueren de hambre.

¡Ah! si nuestros soldados hubiesen recibido la mitad de las raciones de estos, nunca hubieran dado motivo de queja a los campesinos de Niederbronn, antes el contrario hubieran alimentado a cuantos desgraciados hubiesen encontrado.

A las once, y algo más tranquilizado, me volví al molino, al que entré sin ser molestado por los centinelas, quienes ya me conocían. Su alteza dormía, así como sus dos ayudantes de campo y el limosnero, todos los cuales se habían apoderado de nuestras camas con la mayor frescura. Los criados estaban acostados en la troj, sobre mi paja; de modo que yo no sabía dónde meterme. A pesar de todo me tranquilicé algo, pensando en las palabras que me había dicho mi primo: esto es, que si los alemanes recibían por ferrocarril sus víveres, del mal el menos, pues de esta suerte me cabía esperar que conservaríamos nuestro ganado. Acariciado por estas ideas, pues, me subí al molino, donde me tendí sobre unos sacos de harina y me dormí profundamente.

Al día siguiente, empero, ví cuánto se había equivocado Jorge respecto de los víveres, pues era un continuo entrar y salir aldeanos de mi casa, quejándose de los robos de comestibles de que habían sido y eran víctimas.

Los prusianos son los mayores y más desvergonzados ladrones de la tierra; arrebatarían el pan de la boca del prójimo para tragárselos ellos.

Enfurecido por tantas quejas, me animé a hablar a su alteza, quien después de escucharme con atención me respondió que lo sentía, pero que era bueno que recordásemos el proverbio francés: "En la guerra como en la guerra", cuyo proverbio rezaba tanto para los campesinos como para los soldados.

Y aun esto hubiera sido nada, a no haber empezado las requisas. Entonces comparecieron en el molino, para entenderse conmigo, como ellos decían, los encargados de llevarlas a cabo, quienes a mis exclamaciones de que estábamos ya casi arruinados y no sabíamos de donde sacar lo que nos exijían, me respondieron:

—Arréglese como pueda. Necesitamos tantas carretadas de heno, tantos quintales de avena, tantos de cebada y tantos de harina, y además tal cantidad de carne de buey o de carnero, de buena calidad; de lo contrario, señor alcalde, pegaremos fuego a la aldea.

El duque de Sajonia y sus oficiales habían salido para recorrer el campamento que los sitiadores habían levantado en torno de Falsburgo.

Entonces yo, que me había quedado solo, quise convocar el ayuntamiento al son de las campanas de la iglesia; pero como esto estaba prohibido, mandé al guarda rural a que avisase uno tras otro a todos los concejales, quienes creyendo que no moviéndose de sus casas los alemanes nada podían hacer, no hicieron caso de la convocatoria.

En este extremo hice publicar por Martín Kopp, al sonido de la caja, la lista de lo que la aldea debía proporcionar antes de las once de la mañana, rogando a todos los habitantes que se apresurasen si no querían ver arder la población por sus cuatro costados.

Apenas publicado el bando, todos y cada uno de los vecinos acudieron trayendo consigo lo que podían.

Los encargados de recibir los objetos tomaron nota de cuanto se les entregó y además se llevaron mi mejor vaca, de todo lo cual me libraron recibo en nombre de su majestad el rey de Prusia.

No hay para qué pintar la rabia que se había apoderado de todos nosotros.

A fuerza de robos y raterías durante aquellos días primeros, dudo que en toda la comarca se hubiese podido hallar una libra de carne salada, cuando menos de carne fresca. Pues bien, cuando los prusianos se echaban a requisar, con la amenaza de "incendio" encontraban lo que querían; y es que como todos sabíamos lo que habían estos hecho en Alsacia, naturalmente les creíamos capaces de renovarlo en nuestra casa.

Después de las requisas que digo, que podíamos considerar como el ramillete de despedida de su alteza, los prusianos se pusieron en marcha, anunciándonos que otros iban a sustituirlos. Oí también al barón de Engel como daba orden a uno de sus correos de que pidiese en Sarreburgo diez mil raciones de pan y de café. Entonces comprendí claramente que nosotros íbamos a alimentar a toda aquella gente hasta el final de la campaña, y no hay que decir qué tristes reflexiones hice sobre nuestra posición. Ya no me parecía tan magnífica la intendencia alemana, al contrario, desde aquel punto comprendí que esto no era otra cosa que el robo organizado.

Apenas el duque y los suyos acababan de partir, cuando un capitán de húsares, llamado Collomb, vino a sustituirle, en mi casa, con seis caballos, y tres él el conde de Bernhardy, con otros tres, todos los cuales, por haber pasado la noche en la cuesta, al aire libre, llegaron hechos una sopa y con un hambre de mil demonios.

Yo les dije que como nos lo habían tomado todo, no nos quedaba ya ni para alimentarnos nosotros mismos; pero como no quisieron creerme, mi mujer se vió obligada a revolver la casa para hallar con qué condimentarles la comida.

Mientras con voraz apetito iban dando cuenta de los platos, aquellos nos contaron que habían mandado ahorcar once campesinos de Gunstett, después de la batalla de Woerth, y que al día siguiente llegaría un convoy de víveres, como efectivamente llegó, si bien desgraciadamente siguió en dirección a Sarreburgo.

Las baterías de Falsburgo habían desmontado las que los prusianos tenían en los Cuatro-Vientos, habiéndose vistos estos, además, obligados a trasladar gran número de muertos y de heridos a la grande ambulancia de Saverna, los que les ponía de muy mal humor; no pareciendo sino que teníamos obligación de dejarles que nos robasen, saqueasen, bombardeasen e incendiasen, que fuese un crimen defendernos y que tenían derechos sobre nosotros como lo tenían sobre su pueblo de criados.

Y cuenta que siempre oí a los alemanes quejarse de igual suerte, sea porque nos hubiesen tomado por brutos, o porque

ellos mismos lo fuesen, o porque realmente lo fuésemos unos y otros.

Después del paso del convoy de víveres, que duró dos horas largas, llegaron cañones y cajas de pólvora y de granadas; nunca en nuestra aldea se había oído ruido semejante; no parecía sino que un torrente se precipitase por un peñascal.

El cuerpo de ejército que pasaba era el onceno, y como él había doce, compuestos cada uno de ochenta a noventa mil hombres.

Respecto de nuestros soldados, habíamos dejado de saber de ellos lo mismo que de nuestros deudos y amigos de Falsburgo; estábamos como encerrados en una isla, en medio de aquella inundación de prusianos, sajones, bávaros, vurtemburgueses y badeneses, que pasaban sin cesar y cuyo fin era imposible ver.

Al parecer, las requisas practicadas en la víspera y el inmenso convoy de provisiones que acababa de desfilar a nuestros ojos no bastaban a llenar las necesidades de los alemanes, por lo que éstos, en vista de que los oficiales que se alojaban en la aldea habían partido al quebrar el alba, se prepararon a arrebañar de un golpe con todo nuestro ganado; pero esta vez tomaron mal sus medidas; no habían puesto guardas detrás de las casas, y mujeres, niños y ancianos, antes que el enemigo se presentase llevaron al bosque, al través de las quebradas, bueyes, vacas y cabras; así es que los prusianos casi no hallaron nada.

Desde aquel día, a pesar de las amenazas de estos, el ganado quedó en el bosque.

Poco después supimos que algunas partidas sueltas, compuestas, según unos, de los turcos que habían escapado de Wœrth, y, según otros, de cazadores franceses, recorrían la comarca, llegando a tal punto su atrevimiento que los prusianos no se atrevían, cuando eran pocos, a separarse de las carreteras. A esto sin duda se debe el que no fuesen a buscar nuestro ganado al bosque de Krapenfelz.

El día 14 de Agosto notamos gran movimiento en la cuesta de Wechem. Un príncipe prusiano, el príncipe Alberto, viejo ya, de nariz y barbilla de chancleta, recorría a caballo el campamento de Metting, para inspeccionar los trabajos que, según rumores, se preparaban con el objeto de dar principio al gran bombardeo de Falsburgo. Al pie del molino de Wechem habían sido colocados en batería más de sesenta cañones y estos puestos a cubierto de las balas de los sitiados por medio de la remoción de tierras.

Aquel mismo día y cuando menos pensaba en ellos, volvieron a comparecer los comisionados para llevar a cabo la requisa de carne; pero les dije que por su culpa todo el ganado se encontraba en el bosque, y que por quererlo todo de un golpe se iban a quedar sin nada.

Al oír mis justas observaciones, me amenazaron.

—Llévenseme ustedes a mí, les dije entonces y cómanme; pero como estoy viejo, mi carne no sirve para hacer caldo.

Sin embargo como nos amenazaron con pegar fuego a la aldea, mandé publicar un pregón diciendo que los prusianos pedían aun y en nombre de su rey diez quintales de avena, diez de cebada, tres mil de paja, otros tantos de heno, y que si al medio día no estaba todo depositado en la plaza, incendiarían sin misericordia nuestras casas.

Todavía esta vez logramos reunir cuanto nos pidieron.

Los malditos alemanes habían hallado el medio de obligar al prójimo a despojarse hasta de la camisa, amenazando con el fuego. Ahí el verdadero ingenio de los prusianos. Nadie ha conocido el poder del fuego como ellos. Hasta entonces sólo Dios había hecho descender el fuego sobre sus criaturas, para vengar los grandes crímenes de Sodona y de Gomorra; los prusianos lo han empleado para reducirnos a la miseria. ¡Justo castigo a nuestra estupidez!

Esperemos sin embargo que el pueblo no será siempre tan necio y que Dios se apiadará de nosotros. Y al decir Dios, no me refiero al de los jesuítas ni al de los prusianos, que son jesuítas protestantes, sino al que cada cual siente en su pecho; al que nos hace derramar lágrimas de conmiseración por nuestros hermanos injustamente arruinados; de este hablo y a este es a quien clamo: ¡Mira cuanto hemos sufrido, Señor! Ve si lo hemos merecido: si somos nosotros mismos causa de nuestra ignorancia, y si así es, castíganos. Mas si los demás son los culpables; si nos han negado escuelas; si nada de cuanto debíamos saber nos han enseñado; si se han aprovechado de nuestra credulidad para engañarnos, perdónanos y devuélvenos nuestra patria, nuestra querida patria Alsacia y Lorena. No nos hagas alemanes, Señor; no nos reduzcas a recibir bofetadas, como los soldados alemanes; no humilles a nuestros pobres hijos convirtiéndoles en criados y perros de los nobles alemanes. ¡Oh! Dios, somos muy culpados de haber creído en el ''hombre honrado'' que te había prestado juramento, para violarlo después él y sus ministros, que luego de habernos prometido la paz nos han engolfado en la guerra, y nos han abandonado huyendo con los bolsillos bien repletos; pero nosotros, alsacianos y lore-

neses, hijos los más fieles de la Revolución, no nos hemos hecho acreedores al castigo de que nos conviertan en alemanes y prusianos. ¡Oh! ¡qué desgracia!

Perdóneseme este desahogo del alma. Ahora y procurando no olvidar que relato una historia verdadera y conocida de todos, prosigo.

Por la tarde de aquel mismo día, procedentes de Luneville y obligados por los prusianos a ponerse en camino hacia sus domicilios, pasaron por la aldea muchos alsacianos, que de hambrientos y apaleados se caían, unos a pie y otros en carros cuyos caballos estaban en el puro hueso.

Durante todo el trayecto no les habían dado ni una sola ración de pan. Todo lo tragaban los alemanes, que hubieran visto caer a sus pies muerto de fatiga y de hambre a uno de aquellos a quienes obligaban a arrastrar sus bagajes y no le hubieran dado un vaso de agua; y esto que sin nuestros infelices hermanos loreneses, que les alimentaban a costa de su miseria, todos hubieran muerto.

Esta es la pura verdad. Nosotros mismos lo vimos más adelante, pues nos estaba reservada igual suerte.

Después del paso de aquellos desgraciados, a quienes repartí algunos panes, aunque no nos sobraban, puesto que los alemanes tres días antes nos habían robado veintisiete hogazas al salir del horno; después de tan triste espectáculo, vimos llegar de improviso con grande estrépito y ruído de sables, tres edecanes prusianos que nos anunciaron: el primero un coronel; el segundo un general, y el tercero, no recuerdo bien si un duque o un príncipe.

Al coronel fué a quien me cupo la honra, según ellos decían, de regalar. Llamábase éste Waller, y era jefe del décimo regimiento de granaderos silesianos. Sin embargo, el general, que se llamaba Macha Cowley, vino también a dispensarme la honra de cenar a mis costas; y como si tanta satisfacción fuese poca para nosotros, pusieron el colmo a su delicadeza haciéndonos saber que al día siguiente arreciarían el bombardeo contra Falsburgo.

La bandera de los granaderos silesianos, cuyo regimiento acababa de llegar de la frontera austriaca, después de la declaración de neutralidad de los buenos católicos de por allá, para reunirse a los doce cuerpos de ejército que con tanta gloria nos invadían, fué depositada en el dormitorio del coronel.

Aquella noche la pasamos como Dios dispuso. Los oficiales querían que les sirviésemos aparte y uno tras otro, por lo que mi mujer se vió obligada a guisar para ellos y servirles los platos. Gredel, a pesar de la rabia que la devoraba ayudó a su madre.

El general y el coronel no cenaron hasta las nueve, el ayudante de campo a las diez, y así consecutivamente durante toda la noche, sin importárseles de la fatiga y extenuación de las pobres mujeres.

Todos se reían grandemente del párroco de Vilsburgo, en cuya casa habían pasado la noche precedente, por haberles dicho que la desgracia de Napoleón nacía de haber retirado éste sus tropas de Roma, y que "quien quiera que atentase al papa estaba perdido sin remisión".

—Un necio no puede decir más que necedades, pensé yo sentado en mi rincón.

Por fin, acabé por dormirme, con la frente sobre las rodillas; pero apenas quebró el alba cuando en mi casa todo andaba ya revuelto.

—¿Te vienes, ganapán, borrico, asno, belitre, pícaro, tunante?, gritaba el ayudante llamando a su asistente.

Y no se admiren, que este es el modo como los oficiales alemanes tratan a sus sobordinados, quienes les escuchan con la mayor seriedad, con la mano cerca de la oreja, los ojos fijos y la lengua muda. Y gracias que tras las palabras no descarguen una bofetada o un puntapie el final del espinazo. Así creen ellos vernos un día; a eso llaman inculcarnos "las nobles virtudes alemanas".

El coronel almorzó a las cinco de la mañana, y poco después vino una compañía por la bandera.

A las siete comenzó de nuevo el bombardeo de Falsburgo con un furor espantoso. Sesenta piezas colocadas en batería en las alturas de Wechem disparaban a la vez, a cuya agresión respondió inmediatamente la plaza, sobre la que, media hora después, se cernía una negra columna de humo. Las granadas silbaban, las bombas reventaban en la cuesta, y los cañonazos del bastión de Wilschberga resonaban de eco en eco hasta el corazón de la Alsacia.

Mi mujer y Gredel, sentadas una enfrente de otra, se miraban en silencio; yo me paseaba de un extremo al otro del comedor, con la cabeza inclinada al pecho y puesto mi pensamiento en Jacobo y en cuantos en aquel momento veían desaparecer consumidos por el fuego sus casas y sus muebles, fruto de medio siglo de trabajo.

A las diez me salí; la columna de humo era mucho más ancha y se extendía hacia el hospital y la iglesia cual negro sudario que de cuando en cuando parecía extenderse sobre la ciudad y luego se remontaba al cielo.

Por la colina desfilaba un escuadrón de coraceros, seguido de otro de húsares que

se dirigían a escape hacia Metting, cuartel general del príncipe Alberto.

Las granadas de las sesenta piezas seguían subiendo por los aires e iban a caer en medio de la humareda; las bombas y las granadas de la ciudad caían a espaldas de las baterías prusianas y reventaban en los campos.

En medio de tan espantoso ruído, empezaba de nuevo el saqueo; mientras los jefes contemplaban con sus anteojos el incendio de la ciudad, bandadas de merodeadores corrían de casa en casa, y poniendo al pecho de las mujeres las puntas de sus bayonetas exijían vino, aguardiente, mantéca, huevos, queso y cuanto esperaban encontrar según la apariencia de las viviendas. El que poseía colmena, debía darles miel; el que corral, gallinas y huevos.

Aquellos bandidos no se contentaban, sin embargo, con robárnoslo todo, sinó que además cometían otros horrores que la pluma no puede referir.

¡A eso llaman costumbres patriarcales alemanas!

Y luego hablan de nuestros turcos, cuando estos son santos comparados con esos hombres sucios, roñosos, glotones infestados de enfermedades vergonzosas.

Al llegar cerca de mi casa, aquellos bandidos vieron un hombre que les aguardaba a pie firme en la puerta: era yo, que horquilla en mano y teniendo a mis espaldas a Gredel, que blandía un hacha, me disponía a hacerles cara. Entonces, como sin duda no llevaban orden escrita para robar, y tal vez temieron que acudiesen en mi auxilio mis vecinos, pasaron de largo.

Sin embargo, a cosa de las once compareció un teniente seguido de un cantinero, pidiéndome que le cediera algunos litros de vino, que luego me pagaría religiosamente. Este era un modo de robar decente, pues ¿quién va a negar crédito al que le tiene cogido por la garganta? Así pues condujo al teniente a la bodega donde el cantinero llenó dos barrilitos que consigo traía, y luego se volvieron.

El coronel vino de nuevo más tarde a la cabeza de su regimiento, y adelantándose hasta la puerta de mi casa y sin echar pie a tierra, me pidió un pedazo de pan y un vaso de vino, que mi mujer le dió.

Apenas este se hubo puesto en marcha otra vez, cuando volvieron para llenar de nuevo los barrilitos de la cantina; esta vez era un "feld-waibel", que me juró por cuanto hay que jurar que la tarde misma me pagarían todo. Trasegó, pues, este en los barrilitos lo que quedaba en la bota y se fué pavoneándose.

Mientras esto acontecía, el cañón no dejaba de tronar y la humareda de hacerse más densa. Las bombas de Falsburgo reventaban en la meseta de Berlingen. A las cuatro y media la ciudad estaba envuelta en llamas, que parecieron adquirir mayor intensidad a las cinco; sólo el campanario de la iglesia, construído de piedra de sillería, permanecía en pie, pero hueco como una jaula: las campanas se habían quemado.

A las seis, los habitantes de la aldea, que desde la puerta de sus casas contemplaban estremecidos el estrago, vieron de improviso subir la llama hasta más arriba de la humareda y alcanzar una altura prodigiosa.

El cañón había enmudecido. Los sitiadores acababan de enviar un parlamentario para intimar otra vez la rendición a la plaza; pero nuestros muchachos no eran de aquellos que se rinden, ni tampoco los habitantes de Falsburgo; al contrario, cuanto más devoraba el fuego, menos les quedaba que perder. Además, por fortuna las provisiones de galleta y de harina que al principio querían enviar a Metz, después de la batalla de Reichshoffen, habían quedado en la manutención, por lo que contaban con víveres para largo tiempo. Unicamente lo que iba a faltar dentro de poco era la carne y la sal, como si la gente de caletre no debiese tener siempre, en una plaza de guerra y en el fondo de su sótano, sal para diez años, ya que esta al cabo de un siglo se encuentra en el mismo estado. ¡Pero nuestros intendentes son tan sabios que un pobre molinero no podría propasarse a darles este sencillo consejo. Sin embargo, la carencia de sal fué lo que hizo sufrir más a los falburgueses durante los dos meses últimos del sitio.

El parlamentario regresó de la plaza por la noche, trayendo la respuesta de que los sitiados no se rendían.

Disparáronse todavía algunas granadas que causaron algunas víctimas entre los vecinos que habían ya salido de las casamatas, y, a cosa de las nueve, cesó el fuego de ambos campos. Aquel profundo silencio después de tan horroroso estrépito, nos llenó de extrañeza, por lo que me salí a la puerta para mirar, cuando de repente y en medio de las sombres de la noche ví llegar a mi primo.

—¿Hay alguien en tu casa?, me preguntó éste en voz baja.

—No.

Entonces entramos en el aposento donde estaban Gredel y mi mujer, y una vez sentados, Jorge encendió su pipa y dijo, riéndose y haciendo un guiño:

—Nuestros muchachos no se rinden; el jefe de la plaza es un valiente.

—Es cierto, repuso mi mujer; ¿pero qué habrá sido de Jacobo?

—¡Bah!, exclamó Jorge, está perfectamente. Otra cosa he visto yo en San Juan de Ulua en cuanto a bombardeos. Las granadas que aquí tiran son de a seis y de a doce, mientras que las que a nosotros nos endilgaban allá abajo eran de sesenta. Por otra parte, al fin y a la postre si de cada trienta o cuarenta hombres cae uno es todo lo más. Tranquilizaos pues, yo os respondo de que nuestros mozos están bien, tanto más cuanto el mejor sitio es siempre en estos casos las murallas.

El incendio de la ciudad era tan intenso y despedía tal claridad, que hacía temblotear la sombra de los pequeños vidrios de nuestras ventanas sobre las cortinas de la cama.

—Pues arte que es un gusto, dijo mi primo refiriéndose a Falsburgo. No deben sentir poco calor los que están dentro. Pero ¿no es ahora una desgracia que no hayan volado el túnel de Archeviller; que no haya llegado la orden de su majestad para prender fuego a la mina ya cargada? ¡Qué desgracia para Francia tener a su frente un asno semejante! La ciudad se sostiene, y los alemanes se verían obligados a tomarla de haber hecho los nuestros saltar el túnel. Como el bombardeo no produce el efecto que el enemigo esperaba, este se vería obligado a abrir trincheras, luego dar dos o tres asaltos, todo lo cual les detendría tres semanas o un mes, durante cuyo tiempo la nación podría ponerse en estado de hacer cara. Ya sé que los prusianos cuentan con un camino que pasa por Forbach y Sarre-Unión; pero Toul se les opone. Y luego ¡qué diferencia llegar a pie de etapa en etapa, arrastrando cañones, municiones y víveres de todas clases; traer consigo convoyes a los que es preciso escoltar y vigilar para librarlos de un ataque, o tener un buen ferrocarril que todo la trasporta sin estorbo! Sí, es una desgracia tener por amo y señor a un malvado a quien los que le rodean quieren hacer pasar por un ingenio.

Así habló mi primo, a quien mi mujer dijo que prefería ver pasar a los alemanes que no que se quedasen entre nosotros.

—Usted habla como mujer, respondió Jorge. No niego que no hayamos sufrido enormes pérdidas; ¿pero cree usted que Francia no nos indemnizará, ¿Cree usted que nuestros diputados serán siempre mentecatos y aduladores? Y si por desgracia no nos pagasen, ¿quién quisiera en adelante defenderse? Nadie; todos contribuiríamos a abrir las puertas al enemigo, lo que acarrearía la pérdida segura de Francia. Deseche usted tales ideas, Catalina, y esté convencida de que nuestro interés es el de la nación entrera. ¡Ah! ¡si hubiesen volado ese túnel, otra cara pondrían los alemanes!

Mi primo se puso luego a contemplar la infeliz ciudad de Falsburgo, convertida en un mar de llamas; de doscientas casas, cincuenta y dos y la iglesia ardían.

A causa de la distancia nada oíamos; pero de vez en cuendo nos alumbraba un enrojecido rayo, en tanto que la luna, en lo alto, a la izquierda, seguía tranquilamente su camino como desde el principio del mundo. ¡Ah! todas las abominaciones y todos los crímenes de los hombres no perturban para nada la mejestuosa marcha de los astros!

Jorge, después de contemplar con el ceño fruncido el horroroso panorama que se desplegaba a nuestros ojos, se levantó y se fué sin pronunciar palabra.

Nosotros, al igual que los demás vecinos de la aldea, pasamos la noche en vela, pues todos y cada uno teníamos en Falsburgo un hijo, un hermano o un amigo.

Al día siguiente, 15 de Agosto, cuando se hubo disipado la niebla matinal, la humareda seguía subiendo en densas columnas, aunque era menos intensa. Entonces el grueso de los alemanes prosiguió su marcha hacia Nancy, y con ellos el teniente que había prometido pagarme el vino. Si los otros oficiales alemanes se parecen a este, el mejor consejo que puedo dar al prójimo es que no les fien un céntimo sobre su palabra.

Después de la partida de este segundo cuerpo de ejército, que era el sexto, durante el día siguiente, domingo, y el lunes vimos pasar regimientos y más regimientos de cazadores, de caballería, lanceros y húsares castaños, verdes y negros. Todos desfilaban por nuestro valle dirigiéndose al corazón de Francia.

Sin embargo tódavía quedaban fuerzas de infantería y de caballería alrededor de Falsburgo, que acupaban las alturas de Wechem, Vilschberga, Biechelberga, Cuatro-Vientos, Barracas, etc., y según rumores pronto iban a recibir piezas de grueso calibre para poner sitio regular a la plaza; pero tenían la fuerza precisa para guardar el paso del camino de hierro, el túnel de Archeviller, y de nuestro lado, el desfiladero del Grauthal.

Víveres, municiones, caballos de remonta y la infantería seguían el valle de Lutzelburgo, y la caballería en parte, el nuestro.

Después no hemos visto entre nosotros más que bombardeos sin importancia. Lo que digo sí, es que los sitiados hubieran

(Continuará)

Aquellos humildes privilegios de la yerba y de la fariña, del rancho suyo, de todas sus cositas; las prebendas y condescendencias, le habían creado derechos, dado un lugar espectable que todos reconocían y respetaban, quizás influyendo en grado sumo en todo ello lo posible de la historia del hijo gaucho. Y ahora, aquellos desconocidos, profanos, brutales, de un sencillo vetusto, venían a romper las costumbres y a despreciar e invadir el predio de sus intereses y el sagrario de su corazón, ya que unos se metían en lo otro, en la ensambladura del hábito y del tiempo.

Acaso si le torcían el acostumbrado vivir y le robaban el rancho ¿no se introducían también en su corazón llano y sentidor, que vibraba con aquellos humildes y serenos ritmos? ¿Acaso no valía tanto como su vida, el prestigio de protegido y digno del amor del patrón viejo?

Y todo aquello venían a romper de golpe, como el mangazo del borracho irresponsable que voltea un nidito de hornero.

Los capataces o mayordomos, — como les decían los peones, — lo echaron, lo despidieron violentamente: ya sabían que le gustaba el trago a aquel gaucho soberbio, indolente y rebelde.

Salió temblando de rabia y enderezó a su caballo; los perros le salieron al encuentro, moviendo la cola, mirándole con los ojos ingénuos y él les habló, como si retornase con la contestación a la pregunta que presintió le hicieran:

—¡Pobre Sultán, pobre Tipó!.. Nó, no va a venir más el güen viejo, lo llevaron pa siempre; pa disgracia, pa mal de todos!..

Y montó ágilmente a caballo y se alejó a media rienda, sin saludar siquiera a los peones estupefactos.

Tomó en dirección el cementerio. Cuando llegó, desmontóse, ató el caballo del cabestro al portoncito de hierro, que permanecía cerrado con llave para que no entraran los animales, y saltó el cerquito de piedras irregulares, medio desmoronado...

Sobre una cruz herrumbrosa, que tenía envuelto un pedazo de crespón podrido y ya sin color, había una lechuza que le miró con sus fascinantes ojos amarillos y huyó asustada... A un lado se alzaban dos mezquinos panteones, sin arquitectura definida, con los manchones sucios del reboque caídos; sobre la tierra una lápida de mármol, con esa pátina amarillenta que presta la intemperie, las leyendas ilegibles cubiertas de musgo y de basura... Más allá estaba la sepultura del patrón viejo, de aquel buen don Jacinto, entre el verde pasto jugoso, lozano y algún cardo florido que ostentaba sus bellos pompones violeta.

El paisano se arrodilló, puso el sombrero a su lado, en el suelo, y empezó a contarles, llorando, el triste suceso, a aquellos huesos que no le oirían, que no le responderían; a aquellos huesos que bien pudieran ser los de su padre!

Y... ¡quién sabe si el alma tristemente abandonada, no recibía como un bautismo de amor, la ofrenda de aquellas lágrimas del pobre gaucho dolorido!...

—¡Animas benditas!, murmuró en recuerdo de las pobres almas que andan penando, hasta que una oración o una lágrima las dejan tranquilas... Ya prenderían en su casa unos cabitos de vela.....

Después se levantó y conversando solo y con su cabalgadura, rumbeó a la pulpería.

*

* *

Tirado bajo la ramada del almacén, dormido, borracho, lo encontró a la tarde el indiecito. Lo recordó:

—Tatá Sandalio..., tata Sandalio... Y el paisano, en la bruma de la borrachera, — entre sorprendido y receloso, — se incorporó echando mano al cuchillo:

—¡Qué, gurí! ¿vienen a robarnos?.. Miró a todos lados aún prevenido; se enderezó, acalambrado, molido, y se fué refrescando mientras ensillaba el lobuno, al que algún buen gaucho le había aflojado la cincha y colocado a la sombra.

Regresó con el Tape, cabizbajo, triste, silencioso.

Era la tardecita; iban casi al paso de las bestias. Dejaron el polvoriento camino real; entraron por una porterita de la estancia y cortaron campo. El pasto alto crugía, frágil, bajo las patas de los caballos. Mugían largamente los ganados. Las manchas blancuzcas amarillentas de las majadas, se movían como grandes olas extrañas, de donde partían quejumbrosos balidos... Un carao clamaba su sordo sollozo de angustia, por el lado de los bañados.

Como si bajara del cielo que se ensombrecía de violeta, como si ascendiera de los campos, con somnolencia de crepúsculo, una sutil bruma esfumaba en la lejanía los contornos azules de los cerros y las cuchillas caprichosas.

Los ruídos difusos, hondamente desolados del anochecer, apretaban el alma. Sandalio, de por sí ensimismado, con esa melancolía peculiar de la raza, tenía sobradas razones para ir mudo y recon-

centrado. Estaba resultando un extraño en aquella querida tierra que le viera nacer...

—Don Sandalio, moduló la voz tímida del indiecito, que se olvidaba del Tata, como previendo el mal efecto de su revelación.

—¿Qué decís?, Tape.

—Que, que uno de los mocitos forasteros, de la estancia, anda llegando a casa...

—¡Qué decís!.. Y se imaginó lo que lo atraería: la chinita, su hija, ya hecha una mujer, con sus floridos dieciseis años, linda como el lucero y que, fuera de duda, tenía que ser querendona...

—Mire, allá van...

Efectivamente, a pesar del tul morado del crepúsculo, que se adensaba, se veía a los dos capataces o mayordomos en un sulky, tal vez de vuelta de su rancho... Al verlos, el muchacho se había acordado.

—Salen seguido, así?... Tape...

—Sí, tata Sandalio; a la oración se van a bañar a la Leguna de las Nutrias.

—Ah, güeno!.. Se salen de la güeya.. Y las frases lacónicas, macizas de expresión, sonaron con un subrayado de tragedia.

*

* *

Cuando llegó a las casas, mientras desensillaba, la patrona le alcanzó el mate y él la interpeló violento y duro:

—¿Y aura andamos con misterios y tapujos?

—¿De qué?

—¿Es cierto que andan llegando los mocitos esos?...

—Nadie te lo iba a negar, Sandalio...

—¿Y por qué no se me ha dicho antes? ¡canejo!

—Han llegao, pero de pasada: un día a pedir agua; otra vez a preguntar si se agarraba por abajo el cerro, pa dir a la picada... Yo los hice bajar pa que descansasen y se me pasó e' decirte.

—Ya sé lo que roncean... quedó él rezongando.

Anduvo unos días más triste, más caviloso, con el carácter agrio. Fué de nuevo al cementerio porque creyó ver una luz mala que lo seguía en el campo... Y cierta tarde, en el boliche, sintió la alevosa puñalada de las insinuaciones sobre su hija que, a veces,

no estaba sola, cuando lavaba... Era verdad que el que lo dijo. gauchito sin arraigo en el pago, guitarrero y amigo de pendencias, había sido despreciado por la muchacha... Pero, ya tenía la punzadora herida abierta.

Volvió muy ebrio a su casa. Le gritó a la pobre vieja y le ofreció unos lazazos a la gurisa temerosa y ruborizada, ante las descarnadas frases del padre.

Pero, no había vuelta. La muchacha nueva y enamoradiza no tardó en demostrarle que no eran vanas las habladurías. Una noche sintió el rondar de algún extraño, al que ladraba vigilante el Tordo. Tomó el facón y salió afuera: no había nadie... Y en una siesta, la gurisa había ido a lavar al arroyo y se había llevado su ropita escondida... y ño volvió!..

Ahora comprendía bien porque le habían vuelto a mandar fariña, yerba y galleta.

—¡Pa mantenerla!.. Lo habían tomado por un consentido!

—Esa misma noche, en la carretillita, que guiaba el Tape, mandó a su vieja con rumbo al Brasil. El ya los alcanzaría...

*

* *

Se quedó solo en el Puesto Viejo, con el perro que no quiso seguir a la patrona. Repasó el lazo, lo engrasó bien, le aseguró la presilla y la orgolla, reforzándoselas con unos tientos fuertes y acomodó también la cincha. Durmió inquieto esa noche. Apenas comió un asadito al otro día y al caer la tarde observó a los mozos de la estancia: los vió salir en el sulky y dirigirse al baño. Ensilló el caballo, le apretó bien la cincha en los sobacos, y tomó en dirección a la laguna.

Como dos cuadras antes de llegar se apeó en un "sangrador"; los veía; sacó el cuchillo y le probó el filo, por las dudas.. Los aguaitó...

Los vió salir del baño, subir al sulky, marchar jaraneando. Les salió al cruce, como de pasada, deteniendo el caballo para tomarlos de atrás. Los otros le miraron sorprendidos, pero se tranquilizaron cuando les saludó con aquel pacífico:

—Dios les guarde...

Sandalio pasó cerquita, llevaba el lazo preparado en la mano baja, del lado opuesto al que ellos podían ver.

Les escalofriaría, en oscuro anuncio, el silbo del aire al girar de la armada, al impulso del nervudo brazo?.. Quizá, porque instintivamente volvieron a una las cabezas, a mirar; él ya les había largado el tiro de lazo, firme, certero! ¡Bien tirado, con destreza campera!, los tomó de medio cuerpo a los dos y animó al pingo:

—¡Aura, loguno!

El animal afirmó las patas elásticas, temblorosas, en el esfuerzo máximo, como cuando en el rodeo se enlazaba a un toro bravo. Se deslizó rápidamente toda la fina trenza de "guasca" flexible y el primer cimbronazo dió con los cuerpos en tierra. Estrangulados de horror desesperáronse; unos gritos angustiantes, y el lazo, tenso, como si fuera a estallar, de cuando en cuando, al salir de una bajadita o de un montón de piedras, levantaba en el aire los cuerpos laxos, en una loca, vertiginosa disparada!

Uno se zafó de la armada y quedó tirado en el campo, con el cráneo abierto, sucio, manando sangre...

—Si sería ese el enamorao...

Al fin Sandalio detuvo la cabalgadura; jadeaba el hombre, jadeaba la bestia. Aflojó el lazo ensangrentado de la masa informe del cuerpo que restaba. Cuando enrollaba, en anchos círculos, la trenza, constató con orgullo criollo, simplemente:

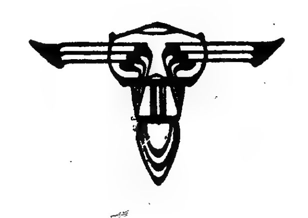
—Ya sabía que era juerte... El mismo, con paciencia, con cuero elegido, lo había trenzado...

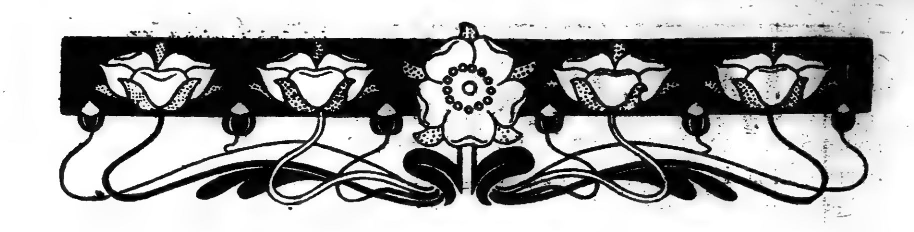
Palmeó al lobuno y le habló:

—Ustedes si que son derechos; sin ser cristianos ni mienten ni roban... y ni saben, tan siquiera, que hacen bien...

Galopó hacia el rancho, y cuando se levantaba la luna pálida sobre la indecible tristeza del campo dormido, el Tordo, el viejo perro fiel a la querencia, aullaba al humo negro y espeso, y luego a las trágicas y fieras llamas temblorosas que devorando el Puesto Viejo ascendían al cielo en la noche serena!

A. Montiel Ballesteros.





EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

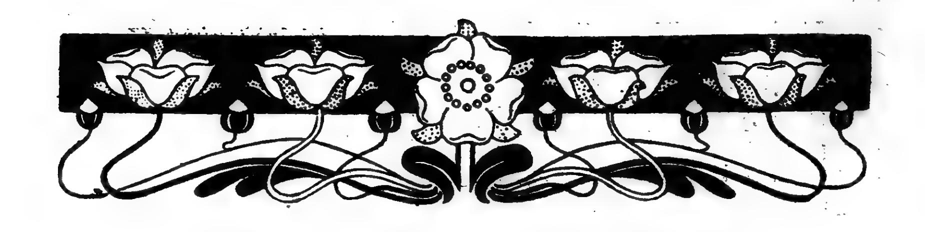
Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día **2** de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

La Direccion.



EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día **2** de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

LA DIRECCION.

El éxito creciente de la GRANDIOSA EXPOSICIÓN de *BLANCO* y *LENCERIA* que realizamos, es la prueba más convincente de la conveniencia de nuestros precios y de la inconfundible originalidad de nuestra ropa blanca.

Analice las ofertas que insertamos a continuación y visítenos.

Camisas en bramante souplé, adornadas con tira de broderie, para señoras a......... $ **1.60**

Calzones en bramante souplé, adornados con tira de broderie, para señoras, a......... $ **1.20**

Camisas en bramante lavado, festoneadas y vainilladas en la misma tela, para señoras a $ **2.10**

Calzones en bramante lavado festoneados y vainillados en la misma tela, para señoras, a $ **1.95**

Juegos de 4 piezas en bramante lavado adornados con pasacintas, entredos y tira bordada, para señoras, a..... $ **9.90**

Enaguas en bramante, adornadas con alforzas y tira de broderie, para señoras, a $ **2.10**

Sábanas vainilladas, uso doméstico superior, camera $ 7.75, plaza y media $ 6.50, y una plaza, a................ $ **3.50**

Fundas en madapolán, vainilladas, cameras, 2 bocas, $ 1.35, plaza y media $ 0.90 y una plaza, a.................. $ **0.60**

Juego de cama camero, confeccionado en tela de hilo con bordados y aplicaciones finas, compuesto de una sábana, 2 fundas largas y un cuadrado. El juego a.......................... $ **49.00**

Toallas de hilo mezcla, con guardas de color y fleco a............................ $ **1.75**

Toallas algodón buena clase sin fleco, especial para hoteles a $ 0.90, y con fleco, a $ **0.65**

Bramante lavado, especial para la confección de ropa blanca, pieza de 20 yardas $ 13.50 y pieza de 10 yardas, a..... $ **6.75**

Enaguas con corpiño en bramante lavado, festoneadas y vainilladas, para niñas de años 12, $ 3.25; 10, 2.70; 8, 2.20; 6, 1.90; 4, 1.60; y 2 años a.......... $ **1.30**

Camisas de buen bramante lavado, festoneado y vainillado, para niñas de años 14, $ 2.40; 12, 2.10; 10, 1.80; 8, 1.50; 6, 1.20; 4, 0.85; y 2 años a....... $ **0.65**

Camisones en bramante de muy buena clase, festoneados y vainillados modelo bonito y práctico para niños de años 14, $ 3.95; 12, 3.60; 10, 3.25; 8, 2.95; 6, 2.60; 4 2.20; y 2 años a $ **1.95**

Camisitas con puntillas para bebés, talles 1, 2 y 3 a $ **0.65**

Baberos forma cuello, de clarín fino, bordado con vainillas y linda valenciana, a... $ **0.95**

Corsés en cutil de color liso semialto de busto y largo de caderas, forma muy cómoda, talles desde el 54 al 80 en colores rosa, ciel y blanco. $ **3.25**

Lindo modelito de corsé, confeccionado en cutil floreado forma recta, bien largo de caderas, en colores, todos los talles, del 54 al 80, a....... $ **4.50**

Corsé confeccionado en rico cutil de hilo satinado, ancha pieza de elástico en la cintura, bien largo de caderas, rosa, celeste y blanco, ts. hasta el 90 a $ **8.90**

Camisas blancas, para hombres, vistas de puro hilo, cuerpo de madapolán francés, pechera tableada, puños planchados, número del 34 al 45, a $ **4.90**

Las mismas, con pechera lisa a.................. $ **3.95**

Camisones en madapolán francés, cuello volcado, pechera con alforza, para hombres, a $ **4.90**

Los mismos, con aplicaciones de fantasía a.... $ **5.50**

Camisas negligé cuerpo de bramante lavado, pechera y puños de zephir, fantasía, para hombre a............. $ **4.90**

Calzoncillos cortos, en madapolán extra, reforzados, forma inglesa, para niños de años 16 a 10, $ 1.95, y 8 a 2, a...... $ **1.75**

Camisas de color en tela especial, fantasía de gran novedad pechera a tablitas, puños dobles, con o sin cuello, para niños, a.................. $ **3.50**

Pañuelos de algodón para hombre, vainillados, guarda angosta, cada uno, a........ $ **0.35**

Pañuelos para hombres, clase fina de algodón con cordoncitos mercerizados, buena clase, cada uno, a............. $ **0.40**

Cuellos de organdí fino, modelo marinero, con bordadito de color celeste en la guarda para señoras, a......... $ **1.25**

Cuellos de organdí modelo marinero, muy bonito estilo de bordado con encaje en las esquinas, para señoras, a $ **1.50**

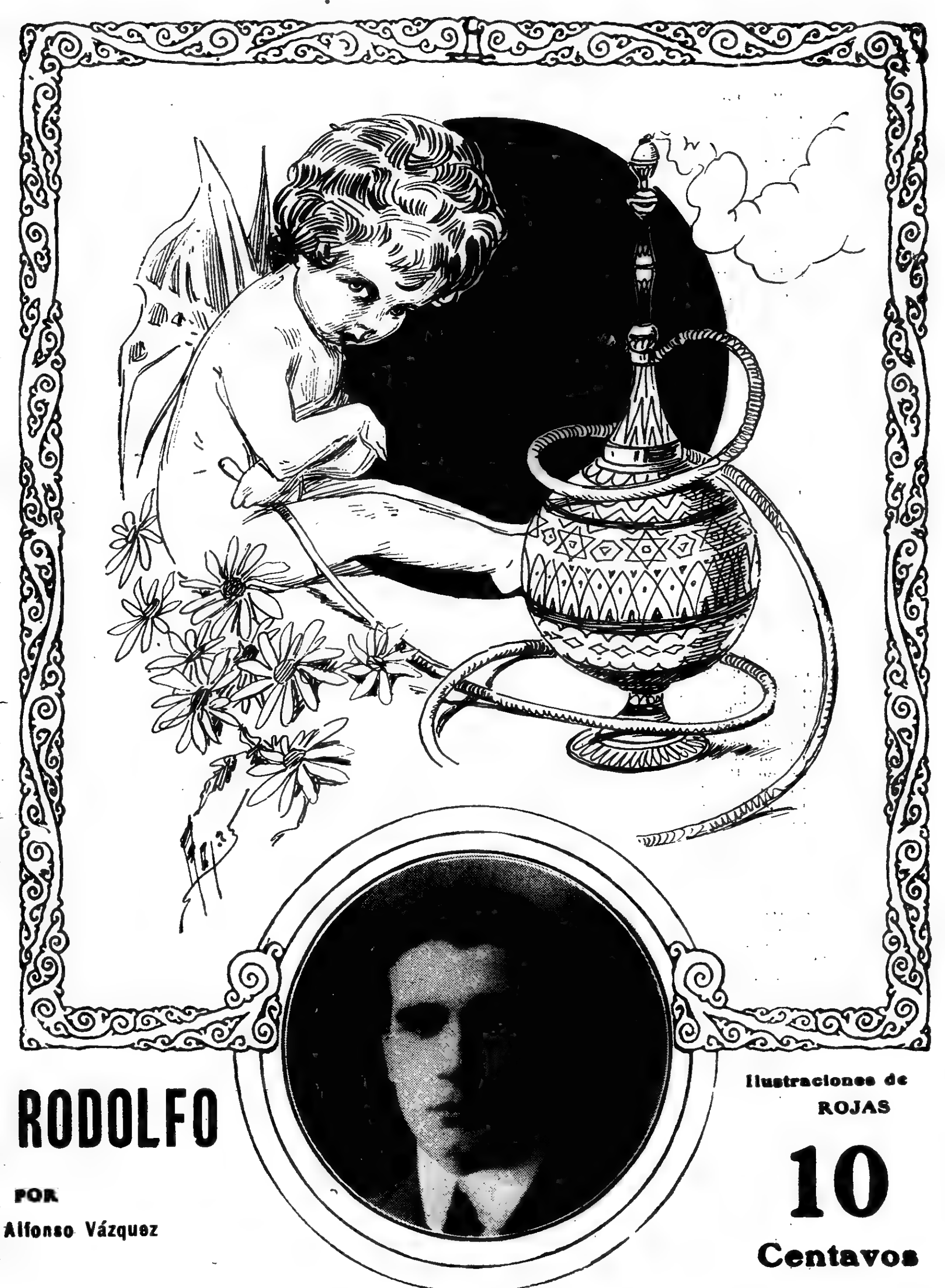
A la Ciudad de Londres

C. PELLEGRINI y CORRIENTES

La Casa mas popular de Buenos Aires

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 24 DE 1918 TOMO II - N.º 25



RODOLFO

POR

Alfonso Vázquez

Ilustraciones de
ROJAS

10
Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.

AÑO I — BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 24 DE 1918 — TOMO II N.° 25

EL CUENTO ILUSTRADO
REVISTA DE LAS FAMILIAS
Director: SANTIAGO MACIEL
Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1086 B. O.

RODOLFO

POR

ALFONSO VAZQUEZ

Ilustraciones de ROJAS.

—Rodolfo era uno de esos jóvenes dados a la melancolía, con algo de misántropos o de locos.

Vivía en una pequeña salita, sumergido entre libros y papeles, y que lucía por todo moblaje el indispensable lecho, un sillón de cuero de Rusia, que daba la espalda al balcón, algo maltratado por la labor del tiempo, un viejo narguile rescatado a alguna prendería y que fumaba durante sus cerebraciones; un armario que el uso, juez supremo, había convertido en biblioteca, y una consola que oficiaba de mesa.

De las paredes pendían multitud de acuarelas y cuadros al pastel, obsequio de un amigo suyo, pintor, el cual se había suicidado. Apoyado en un ángulo de la habitación resaltaba el estuche de su violín, que raras veces tocaba.

Rodolfo no era erudito. No concedía importancia, por lo demás, a los conocimientos humanos. Más de una vez, ante pesados infolios, había monologado en alta voz:

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**. de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.

AÑO I BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 24 DE 1918 TOMO II N.º 25

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 – U. T. 1036 B. O.

RODOLFO

POR

ALFONSO VAZQUEZ

Ilustraciones de ROJAS.

—Rodolfo era uno de esos jóvenes dados a la melancolía, con algo de misántropos o de locos.

Vivía en una pequeña salita, sumergido entre libros y papeles, y que lucía por todo moblaje el indispensable lecho, un sillón de cuero de Rusia, que daba la espalda al balcón, algo maltratado por la labor del tiempo, un viejo narguile rescatado a alguna prendería y que fumaba durante sus cerebraciones; un armario que el uso, juez supremo, había convertido en biblioteca, y una consola que oficiaba de mesa.

De las paredes pendían multitud de acuarelas y cuadros al pastel, obsequio de un amigo suyo, pintor, el cual se había suicidado. Apoyado en un ángulo de la habitación resaltaba el estuche de su violín, que raras veces tocaba.

Rodolfo no era erudito. No concedía importancia, por lo demás, a los conocimientos humanos. Más de una vez, ante pesados infolios, había monologado en alta voz:

—¡Hombres que os inclináis sobre el alambique o sobre la retorta pidiendo eurekas al laboratorio; hombres que escrutáis el cielo en demanda de un nuevo astro o de una nueva nebulosa; hombres que exigís exactitud al cálculo; hombres todos, en fin, que os consume la fiebre del descubrimiento o la experimentación; considerad que dais lo más valioso de vosotros mismos a cambio de algo que no alterará el curso del tiempo. ¡Ved la vida que pasa!

Y además, "¡Vanidad de vanidades y, todo vanidad"!, dijo el Predicador.

En cambio era un sentimental hiperestésico.

Su misantropía lo había dotado de un sentido de desconfianza y prevención hacia la gente. No se hallaba a gusto, por lo demás, entre ella. Ante las personas extrañas se excitaba su temperamento de manera tal, que expresaba perfectamente lo contrario de lo que quería decir.

—"Hamlet tuvo tiempo de vivir porque no obró" — se decía. Y se ingeniaba para hacer lo menos posible.

Así, pasaban sus días, y con ellos, su vida, entre una sonata, un soliloquio y una lectura.

El soliloquio lo dominaba. Aún en presencia de gente extraña, en las escasas reuniones a que asistía, se reconcentraba en sí mismo de tal manera, se abstraía tan profundamente de todo lo que le rodeaba, que comenzaba a hablar a media voz. Luego, vuelto en sí, observaba que lo miraban. Alguien lo creería loco. No le interesaba mayormente; tenía en su valor la opinión del mundo.

Se sentaba a su mesa, abría el libro, comenzaba a leer, y desde los primeros capítulos se identicaba en tal forma con los personajes de la obra, que gozaba o sufría con ellos, según, las situaciones.

Pero cuando llegaba a la parte en que la heroína de la novela romántica contempla un paisaje nevado tras un cristal, mientras su corazón se acongoja bajo la tarde — una tarde de esas en que se van las novias pálidas — Rodolfo cesaba de leer impresionado, cerraba los ojos, y divagaba musicalmente tratando de traducir la impresión. Luego volvía a la lectura, no sin antes reconocerse dotado de un exquisito temperamento musical.

En cuanto a sus voluptuosidades, no pasaban de la lectura a plena voz y apasionadamente del Cantar de los Cantares de Salomón.

Empero, Rodolfo no era feliz. Transcurrían los días dejando en él la sensación de hastío y desencanto que produciría la contemplación perenne de un paisaje geométrico. Creía conocer profundamente la vida, a pesar de haberla vivido tan sólo en libros y novelas y contemplado a través de los visillos de su balcón, y se consideraba un decepcionado. Atravesaba la edad crítica de la juventud en los espíritus melancólicos, en que sólo se interpone como fantasma una solución: el suicidio. Pensó en él y tembló. Era suficientemente cobarde todavía.

Otra vez le aconsejaron:

¿Por qué ver la vida en negro, a su edad, cuando debe sonreír y prometer como la boca de una mujer? Por lo demás, ¿ha trabajado usted, se ha sacrificado usted lo bastante para exigirle algo a la vida? ¿Es acaso un genio?

Trabaje, pues; aspire. Llegue a ser secretario privado o barredor municipal; cásese, tenga una buena compañera, hijos sanos y hermosos, exprima la ubre del placer cuanto pueda — que el polvo vuelve al polvo — y no pida sonatas ni claros de luna.

Así vivía Rodolfo, entre la decepción de la realidad y la dulce inquietud de lo desconocido.

Rodolfo no había amado nunca. Una fatal timidez lo dominaba respecto a las mujeres. Sólo conservaba el recuerdo de una simple afinidad espiritual con una amiguita suya, que un repentino viaje

interrumpió, y sin más transcendencia que la compra de algunos ramilletes de margaritas, dos o tres paseos sentimentales y un pañuelo de batista, del que se había apoderado, y que cada vez que sus ojos daban con él servíale de eje para una larga cerebración.

Era una de esas tardes opacas, precursoras del otoño, en las que Rodolfo, sumergido en su sillón, de espaldas a la luz, corporizaba todas sus sensaciones, proyectándolas en el ángulo más obscuro de su habitación, como una cinematografía mental.

Había alzado los visillos para contemplar el cielo, y sus ojos se dirigieron al balcón de enfrente, en el que se destacaba una jovencita, de rostro pálido y cabeza rubia, con esa delgadez fina y elegante que da una sensación de fragilidad.

Rodolfo la contempló breves instantes y su corazón latió ligeramente.

Molestada por la insistencia de su mirada, la jovencita se retiró.

Rodolfo volvió a sentarse, miró el reloj, se sintió preocupado, y deseó la llegada del siguiente día.

Llegado el siguiente día, a la misma hora en que la vió por primera vez, Rodolfo salió al balcón, no transcurriendo muchos minutos en aparecer su vecinita. Se miraron, Rodolfo sostuvo la mirada, su corazón latió ligeramente, y luego bajó los ojos y los tendió a lo largo de la calle.

Su imaginación exaltada creó todo un poema de amor:

(Se amarían locamente, ingenuamente, como dos personajes extraídos de una égloga o de un pasaje de novela sentimental. Se perderían sus siluetas por el sendero lunado de un jardín decorado por Sirio, con una floración extraña de margaritas. Y en el banco que platearía la luna, en la oblicuidad del sendero, extáticas las pupilas y las manos juntas, se sentarían para soñar...

Y una noche, después de sutilizar su amor cerca del lago, sintiéndose profundamente triste):

—"¡Muramos *s'il vous plait!*"

Su divagación ridícula y encantadora concluyó con la desaparición de su vecinita.

Sucediéronse los días, en los que acudían como tácitamente a la cita, y Rodolfo atribuyó a una atracción mutua la asiduidad en el encuentro, que primeramente había atribuído a la casualidad.

Observaba desde el interior de su habitación la salida de su vecinita y él retardaba la suya, deleitándose con la idea de inquietud que su tardanza en salir produciría en el corazón de la joven. Pero otras veces, una menor insistencia en las miradas de su vecinita, cierto aire de indiferencia con que se rodeaba, su desaparición brusca del balcón, sumíanlo en un desencanto. Y entonces dudaba. Después

trataba de descubrir un pliegue en el labio, que delatara una sonrisa contenida, una mirada expresiva, un gesto comunicativo, para sonreír, para saludar, pero la joven se mantenía muda e impenetrable como una esfinge.

Entonces se avergonzaba de su timidez, se irritaba contra sí mismo, se ridiculizaba, y hacía formal promesa de saludarla y sonreírle al siguiente día. Lejos del momento se sentía con suficiente resolución para hacerlo, y no se explicaba cómo no lo había hecho ya.

Pero llegaba la entrevista, salían, se miraban, sostenía la mirada, su corazón latía ligeramente..., y luego bajaba los ojos o los tendía a lo largo de la calle.

Además, ¿por qué exponer al albur de una cierta desconsoladora realidad su felicidad, aunque relativa? ¿Acaso en el instante en que se encontraban sus ojos y creía adivinar una disimulada turbación en

el rostro de su vecinita, no fuera tan feliz creyéndose amado por ella. como si realmente lo fuera?

Así como tenía un concepto exagerado de su inferioridad humana — efecto de su misma timidez — que le impedía reconocerse capaz de apasionar a mujer alguna, así exageraba también el concepto de su dignidad.

¿Saludar, sonreír a la vecinita? ¿Y si no respondía? Entonces quizá se hubiera suicidado...

Con todo, el otoño había entrado ya, con sus días tediosos, de cielos aguados y uniformes y soles linfáticos, retrayendo a la vecinita del balcón.

Durante esta época, Rodolfo se entregaba a una vida intensa. contemplativa y de imaginación. Sumergido en su sillón, fumando su narguile, dejando penetrar escasamente la luz en su salita hasta fundir todos los objetos en un claroobscuro, operaba una metepsicosis imaginativa. Esto era causa de que nada deseara en la vida y que en cada hecho real sufriera un desencanto.

En efecto. Su poder imaginativo excepcional hacíale vivir en todas las épocas.

Había escuchado los salmos de David y departido con Salomón. Pastor a lo largo del Eufrates, encantó el bosque con su flauta y descubrió constelaciones. Bracmán en la India, después de larga longevidad, entre fastos y rituales, eran arrojadas al Ganges sus cenizas. Más tarde, Faraón en Egipto, reinó con esplendor y gloria, elevando las pirámides al cuadrado.

La sola contemplación de su narguile lo transportaba a Oriente, y en Bagdad fué sultán y en Stambul califa. Y una tarde primaveral y dorada navegó en caique sobre el Bósforo.

No obstante la puridad de sus imaginaciones, una vez fué Trimalción. Luego se hizo saludar, de regreso de una expedición, descubridor de nuevas rutas.

Recostado en su sillón evocaba el recuerdo de la joven, que se había impuesto a su mente como una obsesión. Y angustiado por la reminiscencia y la melancolía y opacidad de la tarde, que torturaban su corazón como una mano invisible que lo tomara y lo oprimiera, sobre un papel que lucía unos versos rememorados en un instante de ociosidad, que tomó como epígrafe, escribió:

Les sanglots longs,
des violons,
d'automne,

blessent mon cocur
d'une langueur
monotonne!
Opacidad de tarde otoñal
en que sufre y sueña el corazón;
instantes divinos, cerebración
retrospectiva y emocional!....
Fantasmagoría visual
de un rostro pálido... Elevación
de nuestra copa de la emoción
en un psiquismo sentimental!....
Crepuscular decoloración
de un cielo de acuosidad en
un paisaje de desolación!....
Sufre y sueña nuestro corazón
(entanto que el divino Verlaine
sufre y llora en la "Chanson d'automne"!).

Luego de haberlo escrito lo leyó a media voz, considerándolo de un lirismo trascendental.

Se levantó, se dirigió al balcón, alzó los visillos y clavó su mirada enfrente, sorprendiendo a su vecina abstraída en la contemplación del cielo. Rodolfo la miró fijamente, notando su rostro marcadamente pálido. Se inquietó creyendo a su vecinita enferma, y se sintió preocupado.

Temió por su muerte, y en una exaltación imaginativa se representó:

La noche sería fría, obscura, noche de presagios y de consejas, con macabros claros de luna. La vecinita se levantaría a media noche, con la cabeza afiebrada, loca, y se sentaría al piano... El primer albor matutinal descubría su cuerpo inerte, el cual por un prodigio de equilibrio habría quedado sentado sobre el taburete, con la cabeza reclinada sobre el clave, y con el dedo anular de la mano derecha oprimiendo un tecla, que sería la correspondiente a la nota la, por ser de la escala musical la que ejercía más influencia en su temperamento.

Sobre el facistol una melodía de Wéber.

¡Primavera! Vida sonora.

Florece el laurel, la rosa, el mirto, la azucena. ¡Primavera!

Trinos en las frondas, corazones amantes por los senderos, la vida que canta! ¡Primavera!

El aire que trae perfumes de mujer! El rostro rosado y los senos firmes de la joven que pasa! ¡Primavera!

Y un rojo sol que muere! ¡Primavera! ¡Primavera!

La primavera había entrado ya. Después de su largo retraimiento durante la época invernal, Rodolfo, en su balcón, bajo una tarde espléndida de sol, experimentaba el gozo plácido que inunda el alma al sentir la vida. Nunca había experimentado con mayor intensidad el despertar y el encanto de la estación florida. El sol le pareció más sonoro, el aire más tenue y fragante, el cielo más azul.

Invadíalo la dulce melancolía del recuerdo de su vecinita, y fijaba su mirada con marcada insistencia en el balcón de enfrente.

Como dos desconocidos que se cruzan, se miran, pasan, y un raro presentimiento les anuncia que allí debieron detener su camino, Rodolfo había reconocido y saludado en la joven a la predestinada.

Deseaba ardientemente volverla a ver, y se exaltaba ante la sola idea del encuentro.

Poco tiempo después aparecía la vecinita en el balcón. Se miraron con una mirada larga y reticente, y el corazón de Rodolfo latió con alegría. Contempló, observó, admiró su rostro, su cabellera, sus manos, la parte superior del cuerpo que descubría el balcón. Todo le pareció adorable. Se abstrajo en mil ideas, en mil imaginaciones, y advirtió que la amaba profundamente.

Más tarde se retiró la joven, no tardando en hacerlo él.

Entró, se sentó, y adoptando una actitud meditativa consideró necesario hacer partícipe a su vecina de su amor.

Mas ¿cómo hacerlo? Este simple accidente de la vida, carente de dificultad solucional para la generalidad de los mortales, constituía para él el laberinto de Dédalo. Falto de confianza en sí, exageraba desmedidamente el objeto de su amor, y se consideraba indigno de él.

Rechazó de plano manifestar su pasión mediante una esquela, por juzgar que arriesgaba mucho en ello. Hacer sabedora de su amor a su vecinita y no ser correspondido, le torturaría enormemente. Prefería sufrir en silencio.

Así, se sumió en reconcentrada meditación, considerando cómo salir del trance más difícil y trascendental de su vida,—lucubrando tanto y tanto que quizás colocadas sus meditaciones en otro plano y orientadas hacia otra finalidad hubiera hallado la cuadratura del círculo,—hasta que, nuevo Arquímedes, dando un salto e irguiéndose rápidamente exclamó:

—¡Eureka!

Y desde el siguiente día puso en práctica el procedimiento ideado:

Todas las mañanas, muy temprano, salía al balcón y arrojaba al de su vecinita gruesos ramilletes de margaritas que se procuraba el día anterior, y que conservaba hasta el siguiente en una vasija de barro.

Repitiéronse las entrevistas, sin que nada extraño pudiera notar en ellas, y mordía ya el desencanto de la desilusión. Realmente, su vecinita se sentía perfectamente tranquila respecto a él.

—¿Quién retiraría los ramilletes? — pensaba. — Si la joven, lógicamente supondría que era él el obsequiante. Luego, se confirmaba su pesimismo.

Pero una mañana en que acaso por última vez se resolvía a repetir el obsequio, Rodolfo salió al balcón, acercó el ramillete a su rostro, quizá dejó escapar un beso, e impulsando el brazo lo lanzó, sin observar que dos ojos lo espiaban. Porque, no bien aquél llegó a

su destino, el balcón de enfrente se abrió dando paso a su vecinita, la que alzó el ramo, se inclinó y sonrió graciosamente, agradeciendo el envío. Luego, desapareció.

Rodolfo, sorprendido, quedó perplejo, anonadado. Su corazón latió rápidamente, la sangre se le agolpó a la cabeza, los oídos le

zumbaban como dos caracolas. Casi no acertó a inclinarse respondiendo al saludo.

Luego entró en su habitación, la recorrió a grandes pasos, alzó los brazos al techo, prorrumpiendo en sonidos inarticulados, guturales; contempló sus cuadros, hizo una reverencia a su violín, y ya en el paroxismo de la alegría, corriendo los dedos sobre la mesa, musicalizó una fuga.

Luego: — ¡Decididamente, el amor...! — pensó.

Y ante la perspectiva de un idilio tal como se lo había soñado, se juzgó y se consideró "en el mejor de los mundos posibles", y díjose:

—Amemos! ¡La vida vuela! Amemos con toda la exaltación, con toda la cordialidad de las almas jóvenes. Amemos de tal modo que si la vida se midiera por su intensidad, pudieran juntarse dos cuerpos para separarse luego y caer uno a los pies del otro, quedando flotantes en el espacio dos vibraciones, que se perdieran en él, como dos notas desprendidas de un arpa.

Gocemos del encanto eterno del amor! Ver, reconocer, en los ojos que nos miran, en el labio que nos nombra, en el corazón que se inquieta por nuestro corazón, como una proyección de nuestro propio yo. Y más tarde, cuando ya libre el espíritu del influjo maligno, con la experiencia de la vida y frente a la Esfinge, tendamos la vista hacia atrás, dudemos de si hemos sido nosotros o han sido otros quienes se han podido engañar tan divinamente, quienes pudieron imaginar la vida como un eterno Paraíso.

Amemos! ¡La vida pasa! Nos lo dice todo lo bello, todo lo fugaz: la flor que entreabre su corola al sol del día y se mustia en la nocturnidad; la gota de rocío que tiembla en la hoja, cae y desaparece; la mariposa que vuela y vuela y se cromatiza en un pétalo blanco, como una calcomanía; la sonata que suena en el salón y muere triste y vana como la tarde!

Amemos a la mujer, mujer divina, carne y melodía!

Pocos días después se producía la primera cita, como furtiva. Rodolfo supo que su vecinita se llamaba Lilí, nombre que le pareció encantador y que repetía con delectación, dándole la entonación de un pizzicato. Supo también que ejecutaba al piano.

La brevedad de la entrevista la hizo más agradable aun, y en ella se prometieron para el siguiente día salir juntos de paseo al campo, cercano al pueblo en que residían.

Al caer de la tarde del siguiente día, Rodolfo y Lilí, juntos, tomaban el camino que conducía al bosque distante dos o tres kilómetros del lugar. Caminaban con lento paso, un tanto cohibidos.

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

podido hacer algunas salidas, pues toda la gente de buen sentido hubiera preferido dar su ganado a la ciudad antes que verlo requisado por los prusianos.

¡Las requisas! hé aquí lo que más rabia nos daba. Los siete u ocho mil hombres que sitiaban Falsburgo vivían regaladamente a nuestras expensas.

Sin embargo, más adelante, durante el bloqueo de Metz, debíamos sufrir más duros trabajos.

VIII

Algunos días después del paso de los últimos escuadrones de húsares, cierta mañana supimos que los falsburgueses habían hecho una salida para apoderarse del ganado de Biechelberga. La noche en que la llevaron a cabo, hubieran podido los sitiados copar la guarnición entera de la aldea; pero el oficial que los conducía era un pobre hombre. En lugar de avanzar silenciosamente, hizo disparar un cañonazo a doscientos pasos de las avanzadas enemigas para espantar a los prusianos, quienes, admirados, saltaron de sus camas, pues estaban durmiendo, y se escaparon disparando sus fusiles sobre los nuestros, en tanto que los campesinos se llevaban aprisa y corriendo su ganado al bosque.

Véase cómo entienden la guerra nuestros oficiales.

—Los de 1814 decía nuestro viejo guarda rural Martín Kopp se las habían de otra suerte: siempre llevaban a la ciudad bueyes, vacas y prisioneros.

Mi primo Jorge, cuando le hablaban de esto, encojía los hombros.

Lo peor es que los prusianos se burlaban de nosotros, pobres diablos de Rothalp, llamándonos la ''gran nación''. Sin embargo, nosotros no teníamos la culpa si la mitad de nuestros oficiales, salidos de la escuela de los jesuítas, no sabían cumplir con su cometido. Si hubiesen enseñado el ejercicio a nuestros mozos; si en Francia, como en Amania, hubiesen obligado a servir a todo el mundo, y a cada uno le hubiesen colocado en el sitio que le correspondía, según su instrucción y su valor, creo que los prusianos no hubieran tenido tan repetidas ocasiones de reirse de la ''gran nación''.

Por otra parte, la salida de que he hecho mérito fué la única que intentaron durante el sitio. El jefe Tailland, que no carecía de talento, reconoció sin duda que con semejantes oficiales y soldados que no sabían el ejercicio, lo más prudente era permanecer detrás de las murallas y pasarse sin carne.

Durante aquellos mismos días, el oficial que mandaba la avanzada de los landwerth, en Wechem, el borracho mayor y el más terrible vocinglero que nunca hayamos visto por estas tierras, vino a hacerme su primera visita acompañado de quince hombres que llevaban la bayoneta calada. Venía a requisar en la aldea trescientas hogazas de pan y heno, paja y avena en proporción.

Lo primero que hizo fué meterse de rondón en mi molino, gritando:

—Buenos días, señor alcalde.

Yo, al ver las bayonetas en la puerta, me puse inquieto.

—Vengo, dijo el teniente, a traer a usted este bando de su majestad el rey de Prusia. A ver, lea usted.

El bando aquel decía:

''Nos, Guillermo, rey de Prusia, hacemos saber a las habitantes del territorio francés que habiendo el emperador Napoleón III atacado por mar y tierra a la nación alemana que siempre ha deseado y desea vivir en paz con el pueblo francés, nos hemos visto obligados a tomar el mando de nuestros ejércitos, y, por consecuencia de los acontecimientos de la guerra, a traspasar las fronteras de Francia. Sin embargo, sólo a los soldados hacemos la guerra, no a los ciudadanos, quienes continuarán disfrutando de toda seguridad, tanto por lo que se refiere a sus personas como a sus bienes, mientras con sus actos hostiles contra las tropas alemanes no me fuercen a tirarles mi protección''.

—Ahora, me dijo el teniente, una vez hube leído en alta voz el bando, va usted a fijarlo en la puerta de su casa, en la de la alcaldía y en la de la iglesia. ¿Qué le parece a usted? ¿No le satisface a usted lo dispuesto por su majestad?

—Mucho que sí, respondí yo tragando saliva.

—Entonces somos buenos amigos, repuso el maldito teniente, y los buenos amigos deben ayudarse mútuamente. Hola, muchachos, entrad, gritó a sus soldados: aquí os encontráis como quien dice en la casa paterna; pedid cuanto queráis nada se os negará.

Y los bandidos penetraron en el molino, y del molino pasaron a la cocina y luego al comedor y por fin se bajaron a la bodega.

Mi mujer y Gredel habían huído.

Entonces empezó el saqueo en toda regla. Vacieron mi chimenea, en la que había colgados algunos embutidos; desfondaron el último tonel de vino que me

quedaba; abrieron mi armario y lo escudriñaron hasta el último rincón, venteándolo como hubiera podido hacerlo una jauría, y hasta uno de los soldados quitó la vela que había en un candelero y se la metió en una de sus botas.

—¡Hola!, exclamó en esto el teniente: al oír el balido de una de mis ovejas, ¿carneritos tenemos? también nos hacen falta.

Y los miserables se encaminaron a mi establo y se apoderaron de mis carneros.

Cuando lo hubieron robado todo, aquel valeroso alemán me entregó la lista de las requisas regulares, diciéndome:

—He aquí lo que necesitamos. Usted mismo va a cuidarse de llevárnoslo todo esta tarde a Wechem; de lo contrario nos veremos obligados a volver, y... ya me entiende usted, señor alcalde. Sobre todo no se olvide usted de fijar los bandos de su majestad; esto es lo más importante, y expresamente para esto hemos venido. Ea, señor alcalde, hasta la vista.

Y el abominable bandido, al despedirse de mí me tendió la mano calzada con un grueso guante de piel. Yo le volví la espalda; pero hizo como que no había advertido mi acción y se salió seguido de los suyos, que iban cargados como acémilas, riendo, comiendo y empinando el codo, pues cada uno había llenado de vino su bote de hoja de lata y metídose algo en la mochila.

Al salir de la mía se dirigieron a otras muchas casas, entre ellas la de mi primo y la del cura; y tanto cargaron de rapiña, que al salir de la última casa hicieron alto para requisar una carreta y dos caballos, cosa que les pareció mucho más cómoda que no llevar ellos mismos lo que acababan de robar.

La guerra es la verdadera escuela del latrocinio; al cabo de veinte años de guerra, el género humano no formaría más que una inmensa gavilla de forajidos.

Quizás sea este el fin que a todos nos está reservado, pues me acuerdo que el anciano maestro de escuela de Bouxviller nos decía que habían existido naciones inmensas y más ricas que la nuestra, que todavía hubieran podido prosperar durante larguísimo tiempo por medio del comercio y de la industria, pero que de tal suerte se habían encarnizado en su propia destrucción metiéndose en guerras, que han quedado reducidas a inmensos arenales donde nada brota y en los que no se descubren más que peñascos.

Tal nos amenaza a nosotros y tal temo ver antes de morirme, si los Bismark, los Bonaparte, los Guillermo y todos esos seres sanguinarios predominan y no reciben el condigno castigo.

El teniente ladrón de que hace poco he hablado concluyó por llegar a capitán á la terminación de la campaña. ¡Merecido lo tenía! En este instante no recuerdo su nombre; pero me basta decir que recorría una a una todas las aldeas y todas las tabernas; que bebía más que un cesto cerveza y aguardiente; que berreaba canciones como un buey; que se enternecía cuando hablaba de los pájaros; que nos acribillaba a requisas, y que se retiraba a la una, a las dos o a las tres de la madrugada borracho de tal modo, que nadie comprendía cómo un ser humano podía en tal estado mantenerse a caballo, lo que no le impedía empezar de nuevo al día siguiente. Digo que me basta decir esto para que todos y cada uno de los habitantes de esta comarca reconozcan a ese brutal alemán.

Por otra parte, los demás oficiales de la landwehr que desempeñaban las comandancias de Vischberga, Cuatro-Vientos, Mitteibronn, etcétera, eran poco más o menos lo mismo.

Después que hubieron partido los príncipes, duques y barones, esos canallas que digo se consideraban ya como los amos de nuestra comarca. Todos los días llegaban a nosotros noticias de nuevos crímenes cometidos por ellos en infelices indefensos. Ora en Mittelbronn fusilaban a un pobre idiota que hacía años corría descalzo por el bosque, no haciendo mal a nadie; ora en Vilschberga desnudaban a un muchacho que por su desgracia se había acercado à sus baterías, y el oficial le desollaba a patadas; ya en los Cuatro-Vientos sacaban de su bodega a dos desdichados ancianos y los dejaban expuestos a la lluvia durante dos días y dos noches, con amenaza de matarlos si se movían. Aquí robaban bueyes, carneros y heno: allá rompían muebles y hundían ventanas; y esto en pleno día, sin razón y sólo por el gusto de matar y destruír.

Algunas veces también se divertían amenazando a los párrocos y a los alcaldes con que les harían conducir el ganado robado.

Aquí se me ocurre decir, que si bien los alemanes han gozado siempre entre nosotros reputación de instruídos, durante toda la guerra no he visto a soldado ni a oficial alguno leer un mal libro.

Mi primo Jorge decía con razón que todo su saber se reducía al ejercicio de soldado: para los oficiales, el estudio de los mapas y el espionaje, y la disciplina a garrotazos para los demás. Sólo tienen idea clara de una cosa, y es que hay que obedecer a los jefes y recibir sin chistar las bofetadas que estos les propinan.

Los jóvenes empleados en las casas de

comercio viajan o buscan colocación en el extranjero donde se instruyen; no replican nunca a sus amos por duramente que estos les traten, y sobre ser laboriosos se contentan con un sueldo escaso; eso sí, al primer aviso se vuelven a su patria a recibir puntapies, y tanto les da disparar contra sus antiguos campañeros como contra aquellos cuyo pan han comido durante años.

En Alemania unos nacen para sacudir bofetadas y otros para recibirlas, y esto lo encuentran natural; según sea uno hijo de noble o de comerciante, de barón o de obrero, tiene honra o no la tiene. En Alemania tanto mejor es un soldado cuanto menos idea tiene del honor; sólo le exigen obediencia y que dé betún a las botas o limpie el caballo del oficial cuando este se lo ordena: el hijo de un banquero o de quien quiera que sea obedece como los demás. De esta suerte reina en sus ejércitos la mayor disciplina, no puede negarse, Jorge decía que los jefes superiores de estos conducen más fácilmente cien mil hombres, que los nuestros diez mil, y que por lo mismo no necesitaban tener tanto talento. ¡Ya lo creo! Yo, sencillo molinero, si por casualidad hubiese nacido rey de Prusia, les conduciría todos por la brida, como a mis caballos, y mejor aun. Sólo cuidaría, cuando se tratase de una empresa arriesgada, de consultar con dos o tres hombres entendidos, que me hiciesen ver claro, y de encargar el negocio a jóvenes instruídos. No hay temor, la máquina andaría por sí, como mi molino, los dientes de cuyas ruedas se enclavijan sin que nadie se ocupe en ellas. La máquina lo hace todo: el criterio y la bondad de corazón de nada sirven.

Se me han acudido estas ideas, mientra meditaba en lo que he visto desde el comienzo de esta campaña; y por esto digo que es necesaria de toda necesidad la disciplina, para más adelante anudar la partida; únicamente, como los franceses tienen honra, es preciso darles a comprender que carece de esta el que no guarda la disciplina, y que por ende hace traición a su patria. Entonces, sin puntapies ni bofetadas, nuestros ejércitos serán disciplinados y podremos hacer maniobrar grandes masas, y derrotaremos a los alemanes como lo hemos hecho cien veces distintas.

Esto deberían enseñarlo en todas las escuelas, y cuantas más hubiese, mejor. El catecismo debería empezar con estas palabras: "La primera virtud del ciudadano sobre las armas, es la obediencia; el que no obedece no sólo es un cobarde, sí que también traidor a la República".

Expuesto mi pensamiento, prosigo.

Después del paso de los ejércitos alemanes nuestra desgraciada comarca quedó como enterrada en el silencio, pues las tropas que bloqueaban Falsburgo y los destacamentos que de vez en cuando pasaban por el valle, conduciendo víveres, municiones o ganado, tenían orden de no decirnos nada, de dejarnos hundidos en el espanto. Al par de esto, dejamos de recibir periódicos, cartas y noticias del interior. Sólo cuando el viento soplaba del Rhin oíamos bombardear la plaza de Estrasburgo, cuyo término ardía todo.

Como la gente no se atrevía a moverse por temor a los retenes que el enemigo había establecido en todas partes, nada sabíamos, y por consecuencia la tristeza y la pena nos devoraban.

Nadie trabajaba; ¿y cómo así cuando los más laboriosos, los más alentados, los más económicos veían devorado el fruto de su trabajo por innumerables bandidos. Casi nos arrepentíamos todos de haber cumplido con nuestro deber dando a la patria nuestros hijos y de habernos privado de todo para alimentar a semejantes bribones.

¿Y en este mundo existe la justicia?, decía cada cual para sí. ¿Acaso el hombre honrado, la buena madre de familia y los muchachos laboriosos cometerán una majadería al cumplir con sus deberes? ¿No valdría más convertirse en ladrón y en bandido? Aparte de los malvados ¿quién disfruta satisfacción alguna? ¿No son por ventura unos hipócritas aquellos que nos predican la religión, el amor a nuestros semejantes? Hay que ser el más fuerte; y ya que esto es así, como lo es, seamos los más fuertes; pasemos por encima de nuestros semejantes que no nos han causado nunca mal alguno; espiemos, engañemos, robemos, saqueemos, que siendo los más fuertes la razón estará siempre de nuestro lado".

Ahora, véase la lista de las requisas que se hacían en las más míseras chozas, para cada uno de los prusianos que se alojaban en ellas, y a su vista júzguese de nuestra lacería:

Por hombre y por día, debíamos proporcionar: 750 gramos de pan, 500 de carne, 25 de café, 60 de tabaco o cinco puros, medio litro de vino o uno de cerveza o un decílitro de aguardiente. Item más, por cada caballo, doce kilógramos de avena, cinco de heno y dos y medio de paja.

¿Cómo era posible, se preguntará, que estos desgraciados campesinos pudiesen proporcionar todo eso?

Pues bien, los prusianos lo obtuvieron, y he aquí cómo: recorrían casa por casa

hasta los más recónditos caseríos, y de aquí se llevaban paja y heno, de allá ganado, de acullá grano, vino, aguardiente y cerveza, y cuando no dinero. Cada cual proporcionaba lo que tenía, de modo que al fin de la campaña no nos quedó otro patrimonio que la miseria.

¡Ah! todos vivíamos cómodamente antes de esta guerra; éramos ricos sin sospecharlo. Nunca hubiera creído que en nuestra comarca poseyésemos tantos miles de quintales de heno y tantísima cabeza de ganado.

Cierto es que al fin de la campaña nos dieron bonos, cuando las tres cuartas partes y media de nuestras provisiones habían sido ya devoradas; y ahora parece como que quieren indemnizarnos; mas aun cuando así fuese y disfrutásemos de una paz inalterable, se necesitarían más de treinta años para que nuestra aldea volviese a poseer lo que tenía antes de romperse las hostilidades. ¡Ah! ¡votad, votad plebiscitos para la paz, sencillos labradores, para que vuestros votos se conviertan en bonos de paja, heno, carne, miles de millones y provincias para los prusianos! El ''hombre honrado'' es quien os promete la paz, él, que violó su juramento; confiad en su palabra.

Cada vez que pienso en esto se me erizan los cabellos.

Mas también han pagado los que votaron contra el plebiscito. ¡Qué ojeriza deben tenernos estos por nuestra bestialidad! ¡y cuánto deben desear instruírnos!

No hay para qué decir el estado en que se encontraban mi mujer y mi hija; pues las mujeres están mucho más apegadas que nosotros a lo que han economizado. Además mi mujer sólo pensaba en Jacobo, y Gredel en Juan Bautista.

Mi primo Jorge, que esto sabía, intentó muchas veces adquirir noticias de la plaza. Algunos turcos, escapados del deguello de Frœschswiller, se habían quedado en Falsburgo, y todos los días salía alguno de ellos para las poternas para disparar contra los alemanes. Por otra parte, como el ataque de la ciudad había sido tan repentino, no había habido tiempo para talar los árboles y derribar las empalizadas, las barracas y las tumbas del cementerio, trabajo a que se dió comienzo cuando ya los alemanes se habían presentado ante las murallas, derribándolo todo hasta tiro de cañón.

Jorge quiso más de una vez llegar hasta los que se dedicaban a este trabajo de destrucción; pero eran tan numerosas y estaban tan cerca de sí unas de otras las avanzadas enemigas, que le fué imposible llevar a cabo su intento. Por fin, empero, tuvo noticias, aunque de un modo que casi no me atrevo a decir: por medio de María Hopsalope, mujer de vida airada, a quien los centinelas dejaban pasar a cambio de lo que a estos gustaba más.

Por esa mujer, pues, supimos que Jacobo estaba bueno; y sin duda comunicó también alguna buena noticia a Gredel, por cuanto esta al día siguiente volvió a hablarnos de su dote y quiso absolutamente saber dónde lo habíamos escondido. Entonces le dije que estaba bien guardado en el bosque, al pie de un árbol. Al oír mi hija mis razones, le entró temor de que los prusianos, que todo lo escudriñaban y revolvían, no hubiesen dado con el dinero, máxime cuando estos tenían listas exactas de cuanto existía en cada casa y habían vuelto de arriba a bajo hasta el fondo de las bodegas, para desenterrar los vinos añejos, como sucedió por ejemplo en casa de Mathis, en el aserradero, y en casa de Francisco Jeppel, en Metting. Nada les escapaba, de todo se habían ido informando, de desde hacía muchos años, por conducto de nuestros propios criados alemanes que poseían nota del ganado, heno, grano, vino y de todo cuanto podía proporcionar una casa. Los alemanes vienen al mundo para espiar como los pájaros para volar; está en su naturaleza. Mediten en ello los americanos, los rusos y cuantos pueblos tienen aun la bondad de admitirlos en su seno, pues su imprudencia podría costarles cara algún día. Nada invento y exajero, y sino ahí está nuestro ejemplo, del que cada cual puede sacar provecho.

Gredel temía pues por nuestro dinero, pero la tranquilicé diciéndole que yo mismo había ido varias veces al bosque y que la tierra que rodeaba al árbol estaba cual yo la dejé.

Sin embargo, después de haber tranquilizado a mi hija, yo mismo tuve un gran susto.

Cierto domingo por la tarde, unos treinta prusianos conducidos por su famoso teniente, llegaron al molino, pidiendo a voz en grito y golpeando el suelo con la culata de sus fusiles, que les diera vino y aguardiente.

Yo, al oirles, les dí las llaves de la bodega.

—No, no es esto, dijo el teniente. Usted cobró el mes pasado, en Saverna, mil seiscientos francos; ¿dónde los tiene usted?

En seguida comprendí que me habían denunciado, pues las denuncias empezaban a llover. ''Todos los que una vez iniciada

(Continuará).

La brisa vespertina movía blandamente la cabellera de Lilí, desflecada por la espalda y oprimida en la frente por un sombrero de paja, de amplias alas, que la preservaba del sol. La fina batista se ajustaba a la armonía de su cuerpo esbelto y grácil, y su rostro se vitalizaba al influjo de la estación primaveral. Un breve zapato guardaba un pie más breve aun.

Rodolfo mirábala de vez en cuando, vibrante de alegría contenida, al sentir a su lado un corazón que latía como el suyo, un sér tan armonioso y perfecto, con todo el encanto vencedor de la mujer, que correspondía a su amor. Hundió su mirada en la lejanía, dilatando sus pupilas, sin poder explicarse tan felicidad.

—¡Cuánto te amo, Lilí, cuánto te amo! Aun antes de encontrarte me eras conocida ya. Mi corazón te había presentido y buscado, y te hubiera reconocido entre mil.

Lilí sonrió.

—Y hoy, ante la tarde, mi alma que vibra en un despertar de fuerzas secretas, saluda en tu cabeza rubia el rayo de sol que pone su alegría en mi existencia.

Lilí escuchaba en silencio. Por toda respuesta volvió el rostro y envolvió a Rodolfo en una mirada.

Llegaron hasta la pradera, después de la cual se extendía el bosque. Cortaron margaritas silvestres, formaron dos ramilletes que se cambiaron, y ante la sombra que invadía los campos emprendieron el regreso, apretando el paso, por el mismo camino.

Frente a la casa de Lilí. se despidieron sin detenerse, prometiendo volverse a ver, y Rodolfo ascendió rápidamente a su habitación. Ya en ella, se entregó a locos transportes de alegría.

¡Por fin su existencia tenía objeto! Simple espectador, viviendo al margen de la vida, había proyectado su mirada más allá del presente, y vivía el porvenir también. Estaba convencido de que no se acostaría siendo Rodolfo y despertaría siendo emperador. Pasarían los años con el tedio de todos los días. Al lado de las inquietudes, de los dolores, de las acechanzas del mal, el gozo, el placer, los instantes de felicidad que le esperaban eran un punto en el infinito. Sabía también que a la posesión sucede el hastío, y por eso más de una vez había pensado suicidarse.

La simple intervención de un amor cambiaba el aspecto de su existencia. Pesó, consideró todo, y casi llegó a la conclusión de que la vida vale la pena de vivir.

A los pocos días la comunión espiritual era completa, y se hacían partícipes de las inquietudes y de las incidencias de sus vidas. Lilí había confiado por entero su corazón. Hablaba de su nuevo tra-

je, de la última sonata, del futuro largo paseo; después la conversación giraba alrededor de las futilidades a que presta encanto el amor.

Sucediéronse los paseos y con ellos los días de felicidad. Lilí ingeniaba, combinaba mil artimañas para poderse ver. Rodolfo salía de su casa, entre cuatro y cinco de la tarde, tomaba el camino que ya le era familiar, cordial, que tenía para él el secreto encanto de todas las cosas que han sido mudos testigos de nuestra dicha, y en las que nuestro pensamiento halla motivo para gratas rememoraciones, y en un recodo que se insinuaba en la mitad de su extensión, a la sombra de algunos árboles, esperaba la llegada de Lilí. No transcurría mucho tiempo sin que divisase a lo lejos su vestido blanco, y parándose en medio del camino agitaba su sombrero en un largo saludo. Lilí emprendía una carrera loca, arbolando el pañuelo.

Llegaba temblorosa, agitada, se oprimían las manos, y juntos continuaban el camino.

Lilí interrogaba precipitadamente a Rodolfo sobre su vida, contaba la estratagema de que se había valido para poder acudir al paseo, y reía.

Reía sonoramente, con ese refinamiento de perversidad femenina no artificiosa, que fluye de la mujer ingenua y bella.

Rodolfo la hubiera preferido, quizás, un poco triste.

El encanto de la primavera y el amor comunicaban a Lilí inusitada alegría, ansias de inmensidad. Hubiera querido atravesar los campos en desenfrenada carrera, como suspendida. Quisiera convertirse en paloma para volar, volar locamente, bajo el cielo azul.

Frente al bosque se separaba de Rodolfo y empezaba a correr, desapareciendo tras las ramas y los arbustos. El la seguía, cruzaba senderos, separaba ramas, volvía sobre su pasos, se internaba más, y así, hasta que una sonora fusa que desgranaba la boca de Lilí le advertía de su proximidad. Se reunían, se tomaban de la mano, se sentaban sobre un tronco de árbol abatido, a la sombra de algún follaje, Rodolfo abría el libro que siempre llevaba y comenzaba a leer con voz trémula.

Cuando se producía alguna pausa alzaba los ojos del libro y contemplaba a Lilí. Detenía su mirada en la cinta de su sombrero, que ondeaba a la brisa, en un pliegue de su vestido, en su zapatito de Cenicienta. Muchas veces se sumían ambos en un largo mutismo, cuya duración lo tornaba hostil, con el pensamiento fijo en un punto, hasta que Lilí, con la intuición de la mujer amante que presiente algo extraño, rompía el silencio con su clara voz, señalando a la paloma o al alción en un gran vuelo, o al pajarillo que por primera vez, sobre el borde del nido, contemplaba el árbol y el cielo que le vieron nacer.

Sin embargo, Rodolfo experimentaba una transición que no pasaba desapercibida a los ojos de Lilí. A la exaltación amorosa de los primeros días sucedía un estado de ensimismamiento y tacitur-

nidad que inquietaba el corazón de su novia, y que ésta trataba de disipar mostrándose sumamente alegre y cariñosa, sin sospechar que con las situaciones que inocentemente provocaba contribuía a aumentar las angustias del corazón de su amante.

Rodolfo, lejos del mundo, en su reclusión, deformado el concepto claro y natural de la vida por la influencia de las lecturas, había asistido a sus relaciones con Lilí como a un mutuo cambio de impresiones. Ahora advertía en su atracción hacia ella algo más que la sensación que hubiera podido procurarle la contemplación de un cuadro o la audición de una melodía. Y, ante lo que él consideraba una claudicación espiritual, reaccionaba.

Despedíase de manera brusca, acudía con irregularidad a las citas, muchas veces faltaba a ellas, y cuando se entrevistaban rodeábase de un casi absoluto silencio. Respondía con monosílabos a las preguntas de Lilí, y más de una vez la hizo estremecer bajo su mirada.

Los ojos de Lilí lloraron.

Confiada, ingenua, había abierto su corazón como un jardín sellado. No comprendía que pudiera negársele la felicidad que daba. Retrotraía a su memoria los primeros paseos de su amor, días de dulzura, de felicidad, mortificándole el contraste. Por más que daba vueltas su cabecita no podía explicárselo. Sus labios jamás preguntarían. Aceptaba resignada su condición de amante: sufrir y amar.

Rodolfo asistía a una lucha interior. La parte de animalidad dormida en él despertaba con todo su poder, amenzando su equilibrio psicológico. La desarmonía de su vida se acentuó aún más, y al sueño escaso y regular sucedió el insomnio.

Y una noche, en su balcón, bajo los astros, y en el silencio de las calles desiertas, presa de un delirio mental, adoptó una resolución suprema: sacrificar su amor.

Entró en su habitación, tomó la pluma, y con mano febricitante escribió dos líneas en un papel, en el que, de no haber desaparecido rápidamente en el interior de un sobre, hubiérase podido leer:

"Mi buena Lilí:

"Te amo inmensamente, y sin embargo, tengo miedo. Necesito volver a mi silencio, a mi soledad. Quede de nuestro amor el recuerdo de una canción lejana!—*Rodolfo*".

Dos golpes dados suavemente en los cristales de la habitación de Rodolfo, en la tarde del mismo día, sacábanlo de su abstracción. Se levantó, se dirigió a la puerta, tomó el pestillo y la abrió.

Era Lilí. Temblando como un fugitivo, indecisa, contraído el rostro por el llanto reprimido, tendió una mirada de supremo renunciamiento, se adelantó, apoyó su cabeza en el pecho de Rodolfo y rompió a llorar.

Entre sollozos protestó su amor.

—¡Oh, Rodolfo, no me amas! No me has amado tampoco! No descubriste en mí a la novia buena, confidencial, cuyo corazón sufre y sólo late para amar; tú te complaces en torturarlo. Amaste en Lilí, a través de tu imaginación, a la novia pálida de alguna antigua balada... y ahora, satisfecha tu curiosidad, me alejas.

—No Lilí, te amo inmensamente...

—¿Lo juras, Rodolfo?... La vida, el mundo, para mí, empieza y concluye en mi amor, y antes que resignarme a perderlo, antes que renunciar a él, prefiero morir...

Rodolfo, conmovido, excitado, al contacto de la cabeza amada, pasó su mano a lo largo de la cabellera de Lilí, estremeciéndose.

Separáronse y se miraron.

—Perdón, Lilí, perdón! En nombre de nuestro amor rompe esa carta. Ha sido fruto de un mal momento, de un instante de locura. Te amo, juro amarte hasta más allá de la muerte...

Con la misma sinceridad momentánea con que el penitente golpea su pecho ante el confesonario, implorando perdón, Rodolfo había jurado amar a Lilí. Carente de resolución, falto de voluntad para todo, era como un navío desmantelado en un mar tempestuoso.

Lilí, buena, sincera, volvió a creer en su amor.

—¿Accederás a mi deseo? — dijo de pronto.

—Píde...

—¿Saldremos a pasear esta misma tarde?...

—Saldremos.

Lilí fué serenándose, sintiéndose dominada por paulatina alegría. Sus ojos recorrieron la habitación de Rodolfo: observó los cuadros, colocados sin orden; se adelantó hacia la mesa, revisó, revolvió papeles; alzó varios libros abandonados sobre el piso, unos abiertos, luciendo acotaciones marginales, otros descaratulados, y los ordenó simétricamente en la biblioteca; miró curiosamente el narguile, tomó el tubo, mordió la pipa entre sus dientes blancos, y dando dos o tres vueltas alrededor de la mesa en un arranque de puerilidad, desapareció velozmente por las escaleras.

Rodolfo quedó pensativo, desconcertado, ante la belleza y la ingenuidad de Lilí. Su firme propósito de tornar a vivir en sí, de desprenderse del mundo, de no prolongar su sufrimiento, había bastado para quebrantarlo un llanto de mujer. Por otra parte, su conciencia lo acusó de ser responsable de la felicidad de una vida.

Momentos después se reunían y tomaban el camino que tantas veces recorrieran. Durante el paseo Rodolfo mostró una alegría forzada, interrumpida por las risas francas y provocadoras de Lilí, en las que él descubría algo mortificante.

Caminaban bajo los oblicuos rayos de un sol de tarde cálida, tropical. La tierra exhalaba un vaho de horno; las aves surcaban el espacio en vuelos lánguidos; los árboles que bordeaban el camino se estilizaban en la atmósfera en una quietud de cromo.

Llegaron frente al bosque y decidieron seguir un sendero inexplorado. Separando ramas, salvando obstáculos, se internaron

más y más, inapercibidos del tiempo, hasta llegar a un claro, en forma de hemiciclo, rodeado de altos árboles y abierto a la lejanía. Desde allí pudieron contemplar uno de esos crepúsculos de primavera, bárbaros, pecaminosos, en que el sol como un coágulo se funde en un horizonte sanguíneo.

Descansaron brevemente. Lilí se separó de Rodolfo, recogiendo algunas flores que se agruparon en un ramillete. Volvió y comenzaron a orientarse, buscando el sendero que hasta allí los había conducido.

Tras largos rodeos y exploraciones dieron con él, ya un tanto inquietos, y emprendieron el regreso. Cuando llegaron a divisar el camino que los conducía a sus casas la noche había entrado ya. Detuviéronse para contemplar el cielo, y ascendieron a un pequeño montículo, ampliando el horizonte visual.

La luna lucía en un cielo profundo y limpio de nubes, semejando un enorme luis de oro abandonado en un tapete azul. Quedaron breves momentos en muda contemplación; volvieron los rostros y se unieron las bocas en un largo beso.

Luego Rodolfo se separó bruscamente y con el rostro marcadamente serio miró a Lilí, que a su vez bajó la vista al suelo.

—¡Vámonos!

Y reanudaron la marcha.

Durante el camino no se hablaron. Rodolfo marchaba con la cabeza baja, la mirada clavada en el suelo y las manos juntas a la espalda. Lilí mirábalo de vez en cuando, entre asustada y confusa. Arrojaba por el camino algunas flores que habían sido oprimidas al juntarse los cuerpos.

Antes de llegar a su casa Lilí echó a correr, como perseguida, desapareciendo.

Rodolfo ascendió a su habitación, entró en ella y se dejó caer en su sillón, abatido.

A fuerza de permanecer sordo al canto de la sirena, la lujuria reconcentrada había orientado su, vida hacia un misticismo. Y ahora se manifestaba brutal, indomable. Estremecíase todo su sér, latían sus arterias, la respiración era rápida y jadeante. Ahogó un gemido y echó la cabeza hacia atrás.

A poco, su imaginación sobreexcitada por el deseo, dibujó la perspectiva de un jardín, en el centro del cual, sobre un trono, reía siniestramente el más fuerte de los Pecados Capitales. A sus pies, prosternados, el viejo claudicante y el adolescente impúber; la virgen pálida y la cortesana ebria. Sopló un fuerte viento agitando una floración monstruosa.

Luego una ronda de amor. Mujeres de marfil, la cabellera

suelta, danzaron a su alrededor, a un són de flauta, retorciendo como serpientes los cuerpos mórbidos y armónicos en una invitación. Desaparecieron. Agudizados sus sentidos por la exaltación, su nariz aspiró un enervante olor a mujer desnuda.

Rodolfo, agitado, pasó la mano por los ojos y volvió a sumirse.

Sobre un ángulo de la habitación brillaron las pupilas de Lilí. se dibujó su nariz fina y correcta, que se ensanchaba para aspirar, su boca fresca y joven, y el óvalo perfecto de su rostro. Luego se delineó el cuerpo.

Rodolfo, obsesionado, loco, se alzó del sillón, invocando el nombre de su novia en un reclamo, se adelantó con los brazos tendidos y los cerró con violencia. De haber oprimido a Lilí entre sus brazos, la hubiera violado brutalmente, bárbaramente.

Su exaltación física exigía las aspersiones, la flagelación, el cilicio.

Reclinó su cabeza en la pared, haciendo un supremo esfuerzo para dominar su naturaleza desbordante, para apartar su pensamiento del pecado. Pero volvió a asaltarle más furiosamente.

Entre las sombras de su habitación distinguió cuerpos infor-

mes, lascivos, que se buscaban y se entrechocaban en conjunciones bárbaras, para caer confundidos. Divisó sobre su lecho un cuerpo desnudo. El se acercaba, plasmaba su mano una caricia sedante y sentía estremecer la carne femenina a su contacto. Luego tomaba un estilete y refinadamente lo hundía en los senos y en el vientre. Convulsionábase el cuerpo de mármol de la mujer, estriado por innumerables hilillos rojos.

Horrorizado, cubriendo el rostro con sus manos, se desplomó en su sillón, abatido.

El furor sexual había culminado. Se sintió dominado por una vaga fatiga; las piernas le temblaban. Se arrellenó y sumióse en un largo sopor.

Cuando salió de él era media noche. Se levantó y abrió su balcón para aspirar la brisa nocturna.

Un rayo de claridad lunar penetró en el aposento, quebrándose en un espejo que se hallaba sobre la mesa y fundiendo las sombras.

Rodolfo contempló el balcón de Lilí. Juguete de sus sensaciones, evocó a Lilí con su vestido blanco, con su sombrero coqueto, bajo el cual reían sus ojos bellos, corriendo a lo largo del camino, presurosa de estrechar sus manos; recordó las primeras vibraciones de su alma al contacto de la naturaleza, bajo el influjo sentimental de la mujer. Se sintió poseído por un repentino lirismo.

Recorrió lentamente su habitación, tomó su violín largo tiempo insonoro, y con mano nerviosa corrió el arco. El alma atormentada y enferma de Schúbert vibró en las cuerdas. Los nervios de Rodolfo vibraban como su violín.

Frío estremecimiento conmovió su cuerpo; la respiración se tornó lenta e imperceptible; se sintió incorpóreo, volatilizado, como en una ascensión. Ya en la hiperestesia, con el corazón oprimido, soltó el violín, que sonó caóticamente contra el suelo. Cruzó los brazos sobre la mesa, y dejando escapar un sollozo, apoyó su cabeza.

—Pobre Rodolfo! He ahí el secreto del desorden y la desarmonía de tu vida! He ahí la causa del concepto fatuo y sentimental del mundo que te tortura! "La vida es seria". Puesto que en ella estamos, aceptémosla y vivámosla tal cual es. Si el mal conjura contra nosotros, si en nuestra conciencia muerde el remordimiento, si el dolor se sienta a nuestra mesa, en ella tenemos también nuestra copa.

"Todo está bien".

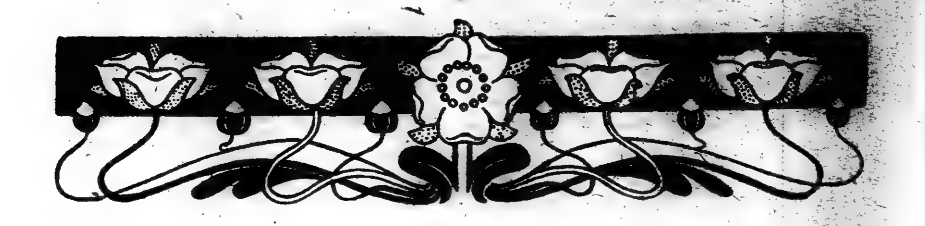
Observa que es primavera y que Lilí es bella. Tómala del talle y llévala a vagar, bajo el cielo azul, por el campo florido. Y

después de comulgar vuestras almas frente a la serenidad y armonía de la naturaleza, que nos torna más sabios y más buenos, regresad con el crepúsculo, en la mutua contemplación de la forma cordial, no sin antes haber borrado las huellas de vuestros cuerpos sobre el césped.

Como dijo la Satiresa:

> ..."Sabe que está el secreto de todo ritmo y pauta
> en unir carne y alma a la esfera que gira;
> y amando a Pan y Apolo en la lira y la flauta,
> ser en la flauta Pan, como Apolo en la lira."

Alfonso Vazquez.



EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

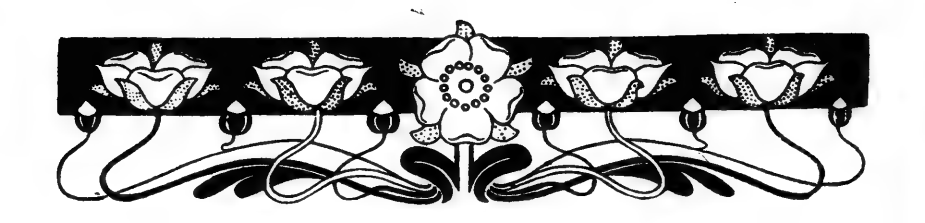
Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día **2** de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

La Dirección.



EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día **2** de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

La Direccion.

del

PC

Ed

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 1.º DE 1918 TOMO II - N.º 26

El Misterio del Cuarto Verde

POR

Eduardo R. Archidona

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

Año I — Buenos Aires, Octubre 1 de 1918 — Tomo II N.° 26

EL CUENTO ILUSTRADO
REVISTA DE LAS FAMILIAS
Director: SANTIAGO MACIEL
Dirección y Administración: Peru, 858 — U. T. 1086 B. O.

El Misterio del Cuarto Verde

POR

EDUARDO R. ARCHIDONA

Ilustraciones de EUSEVI.

(*Cuento de comer, o cuento cómico*).

A QUIEN ME LEA

No te saludo llamándote pío, como a Eneas, porque los epítetos se me han atravesado siempre en el estrecho cauce por el que navegan mis pensamientos; a más, que, nombrarte pío, fuera adjudicarte una virtud que no tienes, porque tú siempre fuíste pagano sin propósito de enmienda.

Te dedico este cuento por tres razones, las cuales, por ser dirigidas a tí desde la capital de la República, son de hecho razones capitales:

La primera, porque la vida es corta y no hay derecho a que te la amarguen de continuo con tanto drama truculento como aparece por esas revistas de Dios.

La segunda, porque este género cómico es casi nuevo para tí, y creo complacerte haciéndote ver que aún te quedan cosquillas y que existe quien te las busca; y

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carboneil. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros
25. — Rodolfo, de Alfonso Vázquez.

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 1 DE 1918 TOMO II N.° 26

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1086 B. O.

El Misterio del Cuarto Verde

POR

EDUARDO R. ARCHIDONA

Ilustraciones de EUSEVI.

(*Cuento de comer, o cuento cómico*).

A QUIEN ME LEA

No te saludo llamándote pío, como a Eneas, porque los epítetos se me han atravesado siempre en el estrecho cauce por el que navegan mis pensamientos; a más, que, nombrarte pío, fuera adjudicarte una virtud que no tienes, porque tú siempre fuíste pagano sin propósito de enmienda.

Te dedico este cuento por tres razones, las cuales, por ser dirigidas a tí desde la capital de la República, son de hecho razones capitales:

La primera, porque la vida es corta y no hay derecho a que te la amarguen de continuo con tanto drama truculento como aparece por esas revistas de Dios.

La segunda, porque este género cómico es casi nuevo para tí, y creo complacerte haciéndote ver que aún te quedan cosquillas y que existe quien te las busca; y

La tercera, porque me da la gana.

No será muy ática ni abundante la sal que aliña esta narración con que te obsequio; pero sí más en su punto y más fina que otras por tu paladar gustadas. Con lo cual yo me doy por satisfecho y tu debes de estarlo, pues a fé de pobre hombre te juro que, si no te hace reir la sarta de disparates, retruécanos y juegos de vocablos que te brindo, no te hará reir el mismísimo Crotto, si para sólo ello se te apareciera vestido de maja, más o menos auténtica, y cantando tonadillas en cualquier escenario fementido.

Una esperanza tengo, y a ella me agarro: y es que si al final no sales riendo, al menos, como se trata de género bufo, saldrás bufando, lo que me servirá de venganza.

Dios te guarde y a mí de tí.

I

DE LA CECA A LA MECA

Cada hijo de vecino acostumbra a ver la vida a través del estado de ánimo en que se encuentra. Ahora la mira zaragatera y bulliciosa como una coqueta que emplea sus artes en la busca y captura de marido; luego, triste y sentimental como la efigie de un maestro de armas — vulgo literato; — a veces, inofensiva y mansa como *boyante* esposo; otras, trágica como un arlequín de poco más o menos...

Solo quien como yo, tiene sentido común y tiene sentido tanto macaneo sobre la vida, sabe ajustar el vidrio de su ánimo de manera que un color no más haga vibrar el complicado violín de sus nervios. Es cierto que, más de una vez, alejado de las cosas terrenas por ideales abstracciones, una mano nefanda dió vueltas al susodicho vidrio, haciéndome ver la vida más negras que las intenciones de Gerchunoff cerca de los hombres del nuevo régimen; pero esta visión fué, por fortuna, pasajera y a la hora presente son tan rosados mis anteojos como los castos ensueños de Llambías.

En uno de esos instantes de negrura, llamémosles bituminosos, acaeció lo que te cuento; y así como la vida y el alma del jugador están en el tres de la baraja sobre el que puso su fortuna, así en aquella ocasión estuvo mi vida no ya en un tres; sino en un tris. Tanto que hube a la mano, con propósito de suicidarme, una razonable cantidad de aceite de Bau, llamado así porque fué descubierto por San Juan Bautista.

He aquí, pues el relato; y si para alguien resultara relata, no tiene más que decírmelo: que yo rogaré al cielo le conceda el don de una suegra arpía, que es, como ya se sabe, la mujer que alegra las veladas del hogar tocándole el arpa al yerno.

Lo primero que he de deciros, para mejor entendimiento del caso, es que soy saltarín, de la provincia de Salta, y que me llamo Prometeo, nombre que promete esperar mucho de quien lo lleva.

Confieso paladinamente que no nací de padres, porque de pa-

dres nadie es nacido; sino de madre, y de madre tan buena, que aun hoy anda su recuerdo en la memoria de las gentes y, aliquando, en sus lenguas: que no falta alguna que murmure de la finada asegurando que jamás dijo no a nada. Cosa es esta que, pese a la intención de quien lo dice, más habla en pró de la víctima que en daño de su honra, pues da señales así de la blandura de su condición como de lo holgado de su entendimiento.

Tampoco falta quien asegura que fué mi padre un tío mío, alférez de a caballo, por más señas; hombre fanfarrón y engreído. aunque en el fondo no valía un ardite. Pero nadie extrañe esto porque sabido es que en el fondo nadie vale para nada, por ser lugar de apreturas y congojas.

Lo cierto es que yo, a fuer de hijo, jamás dí crédito a tales habladurías, que aunque fueran verdades como puños, el mismo efecto me causaran; pues no hubo lugar para vengarme de mi madre, a quien se le apagó la luz al darme a mí a ella, ni de mi tío quien en toda su vida no pasó de alférez, muriendo, como era de esperar, de alferecía.

Hasta los quince Eneros — que no todos los años hánse de contar por Abriles, — viví con otro mi tío hermano de mi madre, hombre de vida alegre, pues nunca la tuvo triste, bonachón y pacífico por hallarse conglomerado con una doña Paz, hembra de pelo en pecho y barbiana, genízara por el genio y catalana por la catadura.

Tan de fiera tenía el natural como el rostro. Hasta la tos, cuando se acatarraba, era ferina, y causaba espanto verla empuñar la escoba para batanear con ella las costillas de mi tío y sacudirme a mí el polvo lindamente.

Verdad es que mi carácter de ave, quiero decir avieso, diera al traste con la paciencia de Job, cuanto más con la suya. Travesuras inventaba yo que de haber justicia en la tierra, hoy podrían leerse de corrido en el *Bromuro* que es un libro que trata de las bromas. Una de las más frecuentes era birlarle a mi tío los cigarrillos y, para que no echase de ver la falta, sustituírselos con otros de pólvora, la cual, al sentir el amoroso contacto de la lumbre, salía echando chispas, aunque, por tratarse de pólvora, bien podré decir que ponía pies en Polvorosa.

Cada burla por el estilo me costaba una empalizada, una serie de palizas que ablandaban la contextura de mis huesos y enternecían mi corazón, el cual, desde aquel entonces, es un depósito inagotable de ternura.

Estas caricias de mi tía Paz me quitaban los deseos de orden y de amor al terruño que iban desarrollándose en mi vida, porque en efecto: ¿qué pensamientos ordenados pueden caber en la mente de quien siente desordenadas sus costillas? ¿Qué encantos puede hallar un alma que acude a un lugar en demanda de paz dulce y sabrosa y se tropieza con la paz armada? Además, la pequeñez del pueblo no consentía diversiones que pudieran tentar a un espíritu selecto como el mío, ni se conocían otros pasatiempos que asolar huertas, vaciar gallineros y untar con maloliente substancia los llamadores de las puertas, por cuya razón aburríame grandemente,

aunque mi tía con el palo de la escoba sabía aplicar soberbios paliativos a mi tedio.

Si mi tío, dando de mano a sus politiqueos entre la piña de amigos con quienes se reunía, se hubiese curado de mí algún tanto, aún me quedara una esperanza; pero ¡bueno estaba mi tío! Sólo se preocupaba de fomentar la preponderancia del partido radical, odiar de muerte a los conservadores, porque era enemigo de conservar nada, y de huir de mi tía, quien si era conservadora por el carácter, cada día más insufrible, era también radical en sus procedimientos.

El abandono en que me encontraba, la soledad en que me veía, sin un arrimo de nadie, sin una palabra cariñosa que endulzase la amargura de mi vida, ni una mano amiga que se me tendiera protectora, fueron causa de que comenzase a sentir interiormente una desazón peculiar. ¿Nacía esta peculiaridad de la rubicundez adquirida por la parte de mi cuerpo sobre la cual mi tía descargaba sus exabruptos? Bien podía ser, porque su mano, como los vientos favorables, siempre soplaba en la popa. Lo cierto es que el malestar aumentaba de día en día como el precio de los comestibles, y que solo hallaba consuelo cuando cruzaba por mi mente la idea de huir, de volar, de desaparecer por el foro como un personaje de tragedia, sin que supieran mi escondite ni el pájaro que alumbra, ni el sol que refresca, ni el aire que canta...

La ciudad, Buenos Aires, era para mis mustios quince años una apoteosis. Ir a la ciudad, vivir en ella, el summun y el multiplicatum de mis deseos. ¡Oh, la ciudad, la gran ciudad, la ciudad cosmópolis, la ciudad alegre y confiada! Un mechón de mi pelo habría dado entonces a quien me hubiese llevado a ella. Era tan exquisita la íntima delectación de aquella idea, que ni a los gusanos del cielo ni a las estrellitas de la tierra confiaba mi pensamiento: primero, porque temía que me tachasen de loco, y segundo porque ni las estrellitas ni los gusanos me habrían contestado una palabra.

Desde que la tal idea se me asentó en una de las celdas conventuales de mi cerebro, la vida del campo se me antojaba una vidalita. Ya no hallaba encantos en la soledad de la selva virgen y mártir; ni en las sabrosas siestas dormidas a la sombra del perejil secular; ni en la amorosa trova de los ruiseñores, muy señores míos, cantadas por sus melifluas lenguas mientras se mecían sobre el garrote de la inquieta rama; ni en el murmurio de las hojas, cítaras donde Eolo preludiaba sus sonatas, mientras las ninfas tejían coronas de mirto para los perezosos silvanos, que, desde que el mundo es mundo, no hicieron otra cosa que silvar.

Las puestas de sol me eran tan indiferentes como las puestas de gallina; las serenas y apacibles noches, que se parecían a mí en lo estrelladas, no hacían cosquillas en mi espíritu, el cual, por lo acre más bien era espíritu de vino que espíritu puro; las salidas de la aurora, me hacían el efecto de una salida de pie de banco... En fin hasta el concierto de grillos y ranas, génesis de las orquestas sinfónicas, me parecía tan malo como la banda de policía, y tan cacofónico a mi oído como un solo de tambor. ¡Hasta el campanario de la iglesia, desde el cual daba pábulo a mi vanidad, cre-

yéndome gozar de una elevada posición, contribuía al tedio asolador y horrible que me embargaba la vida, como un embargo judicial los cachivaches del deudor moroso.

La preocupación comenzaba a rebasar el cerebro y a correr por mi cuerpo en forma de hormiguillo, que hacía vibrar mis nervios con la discordancia de una guitarra loca. En el gaznate se me había formado un nudo, el cual, por lo gordo, era un nudo gordiano que me quitaba solamente las ganas de comer, porque las ganas de trabajar nunca las tuve.

Mi tío, que notaba mi alicaimiento y era hombre ducho, me aconsejaba tomar duchas de agua fuerte, y aseguraba que este remedio era radical; pero aunque yo también lo era en aquel tiempo, no juzgué salvador el tratamiento, siguiendo en cambio el régimen propuesto por un peluquero amigo mío, y que consistía en ingerir un vaso de leche de burras cada vez que sintiera sobre mis párpados el dulce y caritativo beso de morfeo. Este procedimiento no presentaba más inconveniente que el de no poder pegar un ojo, aunque todos me los llenaba de goma, y el de que la leche, al acordarse del sitio de su procedencia, rebuznaba a contrapunto por todo el subterráneo tripal, coceando a diestro y siniestro como cualquier periodista de fama.

Una novia hubiera sido, quizá, la panacea; pero esta pícara timidez de mi carácter me contenía dentro de los límites de mi condición, no atreviéndome a otra cosa que a mirar desde lejos a las muchachas bonitas y desde mucho más lejos todavía a las feas.

Descartada la mujer como reactivo para mi abulia, no quedaba otra solución que una solución de bicloruro, y como ésta me parecía solutiva en alto grado, me declaré insolvente.

La marcha a la gran capital — no hay que confundirla con el gran capitán, — se imponía con toda la fuerza de una consumación, esto es, de un hecho consumado.

Hablé con mi tío, y aquí fué Troya, pues mostrándose espantado de mi propósito, me lanzó un ¡nó! tan rotundo como una rotonda, dejándome tumbado, vale decir, como el qué está dentro de una tumba.

Aquel monosílabo, que por ser *nó* debiera llamarse *mono-nólabo*, (1), me produjo el efecto de una comedia de García Velloso. ¿Ustedes no han oído la trompeta del juicio final? ¿Tampoco les han sacado una muela sin dolor después de pagarla? ¿No sintieron los efectos de una intervención en la Provincia? Pues no saben cosa buena. Quedé como si la torre de los Ingleses hubiese caído toda entera sobre mí sin previa notificación. El pasmo de Sicilia era un antiespasmódico comparado con el mío. Los ojos se me salieron de las órbitas llevándose los rabillos para errar por los espacios delétereos como dos estrellas con rabo, y las piernas emprendieron una seguidilla gitana, dando conmigo en tierra al primer compás. Afortunadamente no pasé del suelo. Según me dijo después mi tío, aquello había sido un amago de ataque cerebral; pero yo que noté bien los resultados, declaré que había sido un ataque a la bayoneta.

Lloré, juré, pateé... y no me valió nada. Amenazé a mi tío con pasarme a Ugarte, y como si le hurgaran: solo al cabo de muchas rabietas y no pocos rabioles conseguí que me dijera que me llevaría a Buenos Aires para descortezarme un poco de la costra campera que me envolvía, pues tenía de idea de meterme en capilla, en Capilla del Señor, en donde pensaba casarme ricamente con una muchacha de singular belleza y aristocrática cuna.

Que la belleza fuese singular o plural, no me importaba un rábano; que la cuna fuese aristocrática o burocrática, tampoco se me daba un pepino, pero aquello de la riqueza ¡oh debilidad! fué derecho al corazón.

Ser rico, aunque sea un rico tipo, es el desideratum de la juventud dorada. Ser rico quiere decir hacer de la vida un comodoro a fuerza de comodidades; tener auto propio, que no es lo mismo que motu propio; poder comer carne, que es comida privilegiada en la actualidad; tener derecho a entrar en la sala de un teatro después de comenzada la función, pisando fuerte, haciendo ruído en palcos y plateas sin curarse poco ni mucho de los siseos de la ineducada masa.

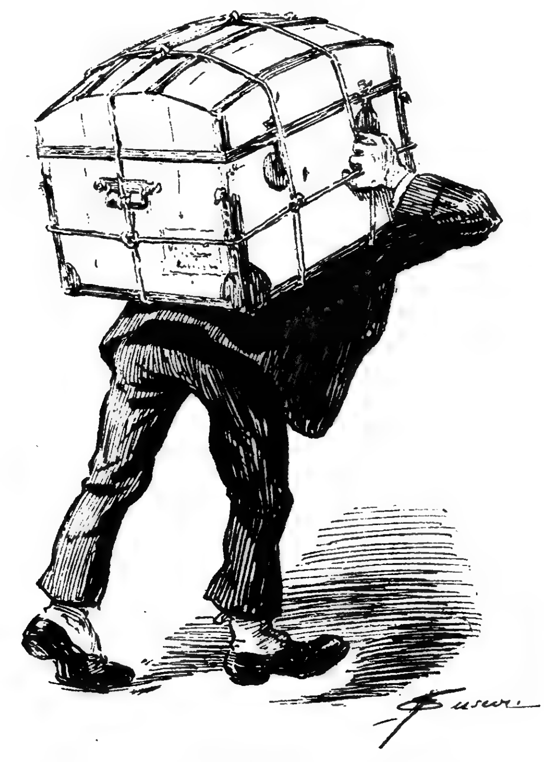
Ser rico es gozar de la impunidad para el delito y de la vista gorda para el escándalo; tener talento aun cuando lo que hay dentro de la sesera sea salsa de tomates; ser mimado, alabado, reverenciado... recibido, atendido, servido...

(1) Brindo la palabreja al gramático de la Prensa.

De todas estas frioleras se disfruta siendo rico, y todas ellas pasaron por mi imaginación apenas supe el caso del casorio, lo que no fué obstáculo para que aquella noche echase mi tía un chorro de agua sobre el fuego de mi entusiasmo, propinándome una felpa de abrigo por no sé cual travesura.

Consultada mi tía sobre la marcha, aceptó inmediatamente, pues deseaba perderme de vista para siempre jamás; sentimiento éste que no logrará ninguno tan gentil correspondencia como él la adquirió por mi parte

Desde aquel momento, los preparativos de viaje fueron rápidos. En un fementido baúl, que por lo viejo y por ser mundo, pudiera ser llamado el viejo mundo, fueron colocados, entre bolas de naftalina, una vela para las tormentas; una toalla cuyo flaco principal era la falta de fleco; dos camisas y media, hechas de madapolán, tela resistente y afrodisíaca. Dichas camisas, por ser fuertes, podían utilizarse como camisas de fuerza. Item, unos calzoncillos de hilo, crudo, el cual, aunque fuera cocido, no disimularía los remiendos, y una camiseta que desprecié al instante, pues es prenda terrorífica porque hace que no nos llegue la camisa al cuerpo.



Agregáronse al convoy otras menudencias: los calcetines, que se diferenciaban de los lores ingleses en que aquellos nunca eran pares; los pañuelos, ralos y exigüos como hechos expresamente

para sonarse las uñas, y un trozo de butifarra catalana hecha en Jujuy.

Este era el equipaje, mejor dicho, equipaja, por lo enclenque y raquítico. Tan liviano era, que parecía destinado a viajar por el desierto de Libia. Si por casualidad me hubiese olvidado de las prendas personales, medrado quedaría.

Llegó el día de la libertad, y con él mi regocijo; y después de despedirme de mi tía, quien lanzó un suspiro mientras miraba tiernamente hacia el lugar de la escoba, salí, nuevo Titán, con el mundo a cuestas, seguido del tío que envidiaba mi suerte al alejarme de aquella leona con polleras a la cual no volvería a ver en esta vida. Ruego a Dios no me haga el entuerto de presentármela en la otra cuando entre mi alma en la morada azul de los arcángeles, serafines, querubines y otros volátiles.

Una vez entrenado, dentro del tren, me entregó mi tío el boleto, cincuenta centavos para atender mis primeras necesidades, y mil pesos para las venideras, amén de un libro escrito por él, y que me recomendó eficazmente por ser obra de grato solaz y peregrina lectura.

El jefe de la estación tocó el pito, la máquina le secundó y todos los pasajeros hicieron lo propio, menos yo que no tocaba pito en este asunto. Aturdido por el pitorreo, música que, por cierto, era la preferida de Pitágoras, no ví cómo mi tío me bendijo desde las profundidés de los bolsillos en donde tenía las manos, ni oí estas dos palabras que lanzaron sus trémulos labios con la tristeza del último adiós: *¡pax vobis!*, que en buen castellano quiere decir: ¡paso a los bobos!

¿Serían estas palabras una profecía? No lo sé. Solo sé que el tren empezó a estirar sus músculos de hierro, que me acurruqué en un rincón del coche, y que el tren me arrastraba hacia la meca de mis ensueños, la ciudad magnífica y radiosa, que me atraía como al gorrión incauto la artera y solapada serpiente.

II

AMOR Y PORRAZOS

—Pase, pase, señor...

—Prometeo, — respondí inclinándome sonriente.

—¡Carambano! ¡Qué nombrecitos se estilan por su tierra! ¿Y qué me cuenta de su señor tío? ¡Qué hombre tan cabal!

—¿Cabal? — pregunté maquinalmente, recordando las palizas que le endilgaba mi tía.

—¡Cómo no! — replicó el patrón; — es un hombre completo y graciosísimo. ¡Tiene cada golpe!....

Aquel hombre tenía razón. Tenía mi tío cada golpe que sus espaldas eran un cónclave, según pululaban por ella los cardenales.

Hablábamos mientras íbamos atravesando un pasadizo largo y estrecho, y tan oscuro como el alma de un prestamista conocido, el cual solía sacarme de apuros sacándome los ojos.

Al final, el pasadizo se dividía en dos ramales: el de la derecha conducía al interior, y el de la izquierda, que yo creí ser el camino de la fonda, iba al fondo. Les daban luz dos ventanas en cuyos bastidores habían bordados las arañas sutilísimas redes de encaje. Aquellas ventanas podían considerarse felices porque jamás les sacudían el polvo.

Torcimos hacia la derecha, yendo, pues, torcidos.

—¡Robustiana... Robustiana! — profirió mi acompañante con tan profunda voz que, sin poderlo evitar, me acordé de la voz clamante in deserto.

Era el patrón hombre amable, oriundo de Campeche, por lo campechano, alto de cuerpo, enjuto de carnes, y tan parlanchín, que a su lado era Oyhanarte una cotorra de teta. Su fisonomía reflejaba bondad y su mirar era galo, esto es, franco. Como no tenía los ojos oblícuos no podía decirse que era chino.

A su voz acudió la patrona, admirándome de que semejante mujer se llamase Robustiana. Quinto Horacio Flaco hubiera resultado un megaterio comparado con ella. Tenía flaca hasta la memoria, y se podía decir de ella que era una mujer a la cual se le averiguaba el flaco a simple vista.

Su talla era la de un tallarín, y si su marido le tentaba el bulto podía pregonar a todos los vientos de la rosa mística que hacía milagros, porque no abultaba un comino. Aquel sér no era mujer: era una quisicosa. Toda su grandeza estaba en los ojos,

negros, brillantes como dos carbunclos, dejando ver un alma que en tan pequeño cuerpo no podía ser alma; cuando más, un almanaque.

Despedía simpatía como la flor aroma, naturalmente, sin que

pusiera cosa alguna de su parte. Era simpática en extremo; además de serlo por su personal atractivo, lo era también por sus escasas piernas. Si aquella mujer hubiese estudiado para médico, la habrían desaprobado en Patología.

Me saludó con una gracia que me hizo sospechar que descendía del emperador Graciano.

—¿El señor es...? — preguntó a su marido.

—El huésped Prometeo que esperábamos, — le contestó él.

Por lo visto yo era huésped que prometía.

—Aquí estará usted — seguía doña Robustiana — como en una sucursal de la gloria. Ya verá, ya verá. El ser sobrino de su tío le valdrá a usted para que en nuestro trato no haya tretas. Respecto a tranquilidad, esta casa es un bálsamo tranquilo, pues aunque tenemos cinco chicos y otro que está por venir, no dan ruido. y menos el último.

Miré detenidamente a la patrona indagando en su cuerpo señales del que esperaba, pero no ví ni una. Ni la más leve hinchazón indicaba que estuviese ventrílocua, por lo que supuse que aquella mujer tenía los hijos por incubación.

—Ahora los verá usted, continuó. Son tan modositos que asombra ver tanto juicio en ellos.

—Habrán echado ya la muela del juicio, — observé.

—Puede que tenga razón, respondió ella; aunque no creo eso porque el mayor de los cuatro tiene cinco años. La única hembra que tenemos es ya mayorcita, va a hacer diez y ocho.

Echó a caminar. Sólo se veían piezas por donde pasábamos, que era un largo corredor con una cristalería de colores por donde entraba la luz del patio. Por la abundancia de piezas aquella casa parecía el repertorio de una orquesta. La mayor parte de ellas tenían entornadas las hijas de la Persia, y se adivinaba que estaban ocupadas porque se sentía gente en ellas. De muchas salía un tufo especial, y no precisamente de especias; sino ese olor característico de las características y de las casas de rayar queso. En alguna olía a bípedo.

Al final del corredor, me detuvo ante una puerta cerrada un aroma exquisito que salía en deliciosas ráfagas por rendijas y agujeros. Era un aroma de mujer. El corazón presentía que en aquella habitación dormía en posición de decúbito supino una diosa del mismísimo Olimpo. No sé si era la Pitonisa de Delfos o Juanita la Larga; pero sí que era una Sibila porque su respiración era sibilante.

No me atrevía a preguntárselo a la patrona, pero ella leyó en mis ojos la muda interrogante, porque me dijo calladamente para que no lo oyese la interesada:

—Ahí duerme la señorita.

—¿Qué señorita?

—La señorita Cristeta: la más linda muchacha que salió de Capilla.

—¡Cómo! ¿Pero ha estado en capilla? ¿Pues qué ha hecho?

—Nó, hombre — dijo el marido — quiere referirse la señora a Capilla del Señor.

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA

Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

la invasión tomaron cartas a favor de los alemanes desempeñaban ya su oficio''.

Nadie, a no ser Placiard u otro de su estofa, pudo haberme vendido; y como no podía negar el hecho, respondí.

—Es cierto; pero como debía dinero en Falsburgo, satisfice la deuda, y el resto lo deposité en casa del notario Fingado.

—¿Dónde vive ese notario?

—En la ciudad, al amparo de los sesenta cañones de grueso calibre que usted sabe.

El teniente, que al parecer no esperaba tal respuesta, se paseaba de un extremo al otro del aposento, diciendo:

—Es usted zorro viejo y no le creo. Usted ha escondido el dinero en alguna parte, y por tanto va usted a pagar contribuciones en metálico.

—Yo, como los demás, le respondí, proporcionaré con ayuda de lo que poseo cuanto necesiten seis soldados de los de ustedes. Tomen ustedes, heno, trigo, paja y harina mientras haya en casa. Podrán ustedes matar a los paisanos indefensos e incendiar ciudades y aldeas; pero no conseguirán dinero de quien no lo tiene.

El teniente me miraba como no sabiendo qué hacer, cuando uno de los soldados, que después de revolver toda la casa había comparecido furioso, me agarró por el cuello de la camisa gritando:

—Saca tu hucha viejo maldito.

Luego otros me hicieran salir a la calle a fuerza de empujones, a vista de lo cual mi mujer empezó a gemir y a desesperarse; Gredel, al contrario, empuñó una hacha, y dirigiéndose a la soldadesca les dijo:

—¡Cobardes! ¡no tenéis corazón! ¡todos sois un hato de bandidos!

Y como mi hija hiciese ademán de echarse encima de los prusianos, me volví a ella gritándole que se metiese dentro. Luego me desabroché el chaleco y presentando el pecho al bandido que me apuntaba su bayoneta, dije:

—Hiere, miserable y acaba de una vez.

Parece que en este instante mi rostro tena algo que les sorprendió, pues el teniente, que no hacía más que robar acá y allá y en todas partes, exclamó, dirigiéndose a los suyos.

—Ea, dejad tranquilo al señor alcalde. Cuando hayamos tomado la plaza ya hallaremos sus ahorros en casa del notario. En marcha, muchachos; su majestad necesita dinero y en otra parte lo encontraremos. Hasta la vista, señor alcalde, y tan amigos como siempre.

El bandido se marchó riendo; pero yo me metí en casa pálido como un difunto y temblando como un azogado. Mi mujer y mi hija me condujeron a la cama, en la que permanecí enfermo por espacio de algunos días.

Muchos campesinos padecían disenterías, por culpa de aquellos glotones, que lo devoraban todo: miel, manteca, queso, fruta verde, buey, carnero, todo desaparecía confuso y revuelto por su gaznate; hasta en Pflasweyer a falta de vino se habían bebido el vinagre. Yo no sé lo que comían en su tierra, pero su voracidad daba a comprender que en su vida habían podido hartarse más que de patatas y agua fresca.

Todo lo infestaban con sus inmundicias; se mudaban descaradamente en las callejuelas en filas de seis, ocho y diez, delante de las ventanas y en el borde de las carreteras, como verdaderas bestias, sin acudírseles ocultar el cuerpo tras un seto.

Más arriba de Metting había un camino hondo que infestaba toda la comarca; por más paja que en él tiraban los campesinos, el olor infecto de esparcía a lo lejos. No cupo por fin otro remedio que ordenar una prestación general para proceder a la limpia de tanta porquería, así como recoger los esqueletos de los caballos muertos de hambre o por las balas y los despojos de las bestias degolladas, pues los alemanes hubieran dejado que todo se pudriese en el mismo sitio. ¡Por eso olían tan bien! No había necesidad de verlos venir para saber si se acercaban; si no hacían ruído, les olíamos a gran distancia.

Aquel año los cuervos llegaron muy temprano, bajando al llano en apretada nube. Dios nos envió este socorro, sin el cual la peste se hubiera cebado en nosotros.

No hablo de otras vejaciones que nos impusieron los prusianos, como por ejemplo obligarnos a ir al bosque a cortar árboles, partirlos y luego llevar los haces de leña a donde ellos mismos disponían; amenazarnos con hacernos abrir las trincheras, debido a lo cual las poblaciones huían en masa, de lo que se aprovechaban los landwehr para saquear a mansalva, las casas; ni de mil otras acciones vergonzosas, como ir a hacer sus mudas en las iglesias con escándalo de católicos y protestantes, con lo que demostraban que no guardaban respeto a nada y que se complacían humillar el alma del hombre en lo que tiene de más arraigado y sagra'o. Hasta para aquellos que no tienen religión alguna, una iglesia, un templo, una sinagoga, son lugares venerables; allí es donde nuestra madre nos llevó para impetrar la bendición de Dios sobre nosotros; allí donde hemos tomado al Eterno por testigo de nuestro

amor, y allí donde hemos llevado los inanimados cuerpos de nuestros padres después de haber sufrido en este mundo, para recomendarlos a la misericordia divina.

Esto se atrevieron a hacer los miserables, y esta es, sobre todo, la razón por la cual les maldeciremos de padres a hijos, y porqué nunca podrán reconciliarse con nosotros.

Mientras nos abrumaba tal cúmulo de desgracias, por la comarca circulaban mil distintos rumores. Un día mi primo Jorge vino a decirme que por cierto posadero de Sarreburgo acababa de saber que se había librado una sangrienta batalla cerca de Metz, y que la victoria se había declarado por nuestras armas; pero que el emperador, no sabiendo dónde meterse, estorbaba a todos, y ora huía por la derecha, ora por la izquierda, arrastrando consigo escoltas de tres a cuatro mil hombres para guardar su persona y sus equipajes; y por fin que había habido necesidad absoluta de incapacitarlo y mandarlo a Verdun para desembarazarse de él, ya que no se atrevía a volverse a París, donde la indignación del pueblo contra su dinastía se acentuaba por momentos.

—Ahora, prosiguió mi primo, Bazaine está al frente de nuestro mejor ejército. ¡Qué triste es verse obligado a confiar el destino de la patria a ese hombre, que haba dado ya a conocer quien era en Méjico, cuando teníamos por ministro de la guerra al viejo Montauban, que tanto se distinguió en China y en el asunto Doineau, en Africa! Sí, he aquí tres honrados sujetos dignos uno de otro: el emperador, Bazaine y el conde de Palikao. En fin, esperemos, que el esperar nada cuesta.

De esta suerte llegó el fin de Agosto, mes el más triste que hayamos pasado en nuestra vida.

El primero de Septiembre, a cosa de las dos de la madrugada, todos dormíamos en la aldea, cuando el estampido del cañón de Falsburgo conmovió nuestras casas; eran las piezas de grueso calibre del bastión de Vilschberga y las del bastión del cuartel de infantería.

Todos los habitantes de la aldea se levantaron y encendieron luz. A cada disparo temblaban los cristales de las ventanas. Yo me vestí y salime a la calle, donde ví ya multitud de hombres y mujeres que prestaban oído atento y miraban con ansiedad hacia la plaza sitiada. La noche estaba lóbrega, y los fogonazos rojizos que partían de ambos bastiones alumbraban de segundo en segundo toda la cuesta.

Entonces se apoderó de mí la curiosidad, y a pesar de cuanto pudiese decirme mi mujer, me encaminé hacia Berlingen en compañía de tres o cuatro vecinos. A medida que íbamos subiendo por entre las malezas, el estrépito se hacía más formidable, y cuando llegamos a la alto de la cuesta oíamos grandes rumores no lejos de nosotros; eran los habitantes de Berlingen que se dirigían precipitadamente al bosque, huyendo de las granadas, dos de las cuales habían reventado dentro de la aldea. Desde el sitio donde me encontraba puede ver el efecto de las piezas de grueso calibre; bombas y granadas avanzaban en dirección nuestra, silbando y roncando como locomotoras de ferrocarril, con ruído tan espantoso, que instintivamente nos hacía retroceder.

Al mismo tiempo oíamos el ruído producido por algunos carros que pasaban a escape y se dirigían desde los Cuatro-Vientos a Vilschberga. Era sin duda un convoy de víveres y de municiones que los falsburgueses debían haber descubierto de lejos a pesar de que la luna estaba velada; pero los jóvenes tienen buena vista.

Luego nos bajamos, y pocos pasos había andado cuando de improviso reconocí a mi primo, que iba cerca de mí.

—Buenas noches, Cristiano, me dijo ¿qué te parece eso?

—Que los hombres inventan máquinas terribles para destruírse.

—Es cierto, pero eso es nada todavía, no es más que el prólogo de la historia; dentro de un año o dos se firmará la paz entre el rey de Prusia y Francia; pero entre uno y otro pueblo quedará en pie un odio eterno, odio justo, espantoso, el odio que no perdona. ¿Qué pedíamos nosotros a los alemanes? Nada. ¿Queríamos acaso una de sus provincias? No; la mayoría de los franceses no lo queríamos. ¿Envidiábamos su gloria? Menos, pues en cuanto a gloria militar nos sobraba para vender. Luego no tenían ningún pretexto para tratarnos como enemigos. Pues bien, mientras nosotros hacíamos en pro de toda Europa y a nuestra cuesta y riesgo el ensayo del sufragio universal, y por consecuencia de este acto, si hermoso y justo, muy peligroso tratándose de un pueblo ignorante, ratificábamos en el puesto de primer magistrado de la nación a un hombre infame, esos buenos cristianos se han aprovechado de nuestra debilidad para jugarnos la mala pasada que hacía cincuenta y cuatro años meditaban. Han logrado lo que querían, sí; pero ¡ay de nosotros! ¡ay de ellos! ¡ay del género humano! Esta guerra hará correr más sangre y más lágrimas que aguas el Sincel vierte en el Rhin.

Desgraciadamente desde aquel día reconocí que mi primo tenía razón en cuanto

dijo: los que estaban lejos del enemigo viven hoy vecinos a ellos, y los que viven a más distancia, se verán obligados a encararse con él. Sépanlo los del mediodía, que son tan franceses como nosotros, y despierten a tiempo si no quieren sentir sobre su nuca la pesada bota de los prusianos. Después de la Lorena viene la Champaña, y tras de la Alsacia, el Franco Condado y la Borgoña, buenas comarcas también que producen buen vino, del que tan sedientos están los alemanes. Cuantos veían desapasionadamente las cosas, hacía largo tiempo que nos habían predicho que los alemanes ambicionaban la Alsacia y la Lorena; pero no les creímos. Hoy esos mismos hombres nos dicen:

"Los alemanes ya no van a contentarse con menos que con la Francia entera. ¡Cuidado! Los tiempos de los Borbones sostenidos por los jesuítas, y los de los Bonaparte sostenidos por los espías, han pasado para no volver. Unámonos bajo la bandera republicana, o los alemanes van a dar cuenta de nosotros."

A mi ver, los que tales consejos nos dan son dignos de que se les escuche.

Al día siguiente del cañoneo, supimos que en las cercanías de Berlingen habían sido volcadas y desbalijadas algunas carretas del enemigo, resultado de lo cual el mayor prusiano dictó una orden haciendo responsable a la comuna de los objetos sustraídos e imponiéndole una multa de quinientos francos.

¡Quinientos francos! ¿y de dónde sacarlos después del saqueo?

Afortunadamente el alcalde de Berlingen logró descubrir que los centinelas encargados de vijilar las carretas habían sido los mismos que las habían robado, para agasajar a las Hopsalupe de la comarca, y la cosa no pasó de aquí.

En los primeros días de septiembre, el tiempo se puso bonancible; y me acordaré siempre que la avena perdida por los convoyes alemanes empezaba a brotar a lo largo del camino, existiendo de fijo un reguero igual desde Baviera hasta muy adentro de Francia.

Como las noches eran muy tranquilas, durante ellas oíamos perfectamente el estruendo de la artillería de Estrasburgo, sobre cuya ciudadela tan sólo, vomitaban las piezas de los sitiados cinco granadas y una bomba por minuto, y en momentos dados mayor número aún. Y esto duró cuarenta y dos días y cuarenta dos noches sin interrupción; resultando de tan terrible bombardeo la quema y destrucción del templo nuevo, de la biblioteca, el teatro y centenares de casas, y graves destrozos en la catedral, la cruz de hierro colocada en lo alto de cuyo campanario desapareció arrebatada por una granada.

Los desventurados estrasburqueses volvían los ojos hacia el interior de Francia. Más ¡ay! nadie acudía a su socorro.

Por la parte de Metz, nada oíamos; sólo si llegaban a nosotros rumores cuyo valor no era posible apreciar, respecto de batallas y combates librados en Lorena.

Los alemanes seguían guardando el mayor silencio, cuando cierta noche prorrumpieron de improviso en frenéticos hurras, desparramándose desde Vechem a Biechelberga, y desde aquí a los Cuatro-Vientos.

Jorge y su mujer se vinieron corriendo a mi casa y en medio de una palidez mortal me preguntaron:

—¿Sabes la noticia?

—No, ¿qué ocurre?

—Que el "hombre honrado" acaba de rendirse en Seánd junto con noventa mil franceses. Desde que mundo es mundo no se ha presenciado un hecho semejante. Napoleón ha entregado su espada al rey de Prusia; su famosa espada del 2 de diciembre! ¡Ah! tenía más apego a su pellejo y a su equipaje que a lo demás; más que a su buen nombre, más que a la honra de Francia. ¡Ah! miserable, hasta en esto me ha engañado; no le creí tan cobarde.

Jorge estaba que no veía de rabia.

—¡Así debía concluir! prosiguió. El verdadero ejército de ese hombre funesto eran los diez o quince mil decembristas salidos de la prefectura de policía, con garrotes emplomados y rompe cabezas, para atropellar a los defensores de la ley. Se creía capaz de conducir un ejército francés como a su pandilla de ladrones; y lo ha conducido, sí, pero a una especie de cloaca, y en ella, a pesar del valor de nuestros soldados, los ha entregado al rey de Prusia. ¿A cambio de qué? Más adelante lo sabremos. Nuestros muchachos no querían rendirse; hubieran preferido morir con las armas en la mano, intentando abrirse paso: **su majestad es quien, por tres veces, ha ordenado izar bandera blanca.**

Mi mujer, Gredel y yo escuchábamos más muertos que vivos a nuestro primo. En el campo los alemanes seguían dando gritos de alegría.

Los sitiadores de Falsburgo enviaron otro parlamentario a la plaza. Los landwehr, que, de algunos días a aquella parte, reemplazaban las tropas de líneas en nuestra comarca, gente de edad, seria, padres de familia y más amantes de la paz que de la gloria del rey Guillermo,

creían que todo había concluído; que el rey de Prusia, cumpliendo su palabra, no proseguiría contra la nación la guerra empezada contra Bonaparte, y que Falsburgo no podía menos de rendirse al saber el desastre de Sedán.

Pero el jefe de la plaza, Tailland, respondió sencillamente al parlamentario, que sólo abriría las puertas de la ciudad cuando recibiese de su majestad una orden escrita en que así lo dispusiese; que el haber Napoleón rendido su espada, no le impedía a él permanecer en su puesto, y que cada cual mirase por sí.

Esta respuesta trasmitida por el parlamentario, calmó un tanto la alegría de los landwehr.

En aquel tiempo presencié un espectáculo que todavía me da risa cuando lo recuerdo.

Me había yo llegado hasta Saverna, por el camino del Falberga, por la parte de allá de las avanzadas alemanas, esperando recojer noticias y cobrar algunos piquillos que en ella me estaban adeudando, pues no se pasaba día sin que necesitásemos dinero y no sabía ya dónde hallarlo.

A las cinco de la tarde y con un tiempo magnífico tomé la vuelta de mi casa, después de realizar buena parte de mis créditos, y al llegar a la cuesta me entré en la pequeña posada de Tzise para tomar media pinta de vino. En ella había unos diez bávaros y otros tantos prusianos, sentados en torno de mesas de pino, bebiendo y disputando. Habían colocado sus cascos en el reborde de las ventanas, y pasaban alegremente el rato, lejos de sus jefes, después de haber merodeado por los contornos o saqueado alguna cabaña.

—A nosotros, chillaba un bávaro, a nosotros solos es a quien nos hacen marchar siempre a vanguardia, nosotros quienes ganamos la victoria de Woerth, pues a no ser nosotros os hubieran pegado la gran paliza; nosotros quienes acabamos de hacer prisioneros al emperador y su ejército. Vosotros, que siempre vais detrás, no servís más que para repartiros los honores y aprovecharos de los beneficios.

—¡Bah! replicó el prusiano ¿qué habríais hecho vosotros sin nosotros? ¿Qué general en jefe habéis producido? Cítame uno. Vosotros os colocáis en línea, es cierto, y os hacéis quebrar los huesos; pero, ¿quién os manda? El príncipe real de Prusia, el príncipe Federico Carlos, el viejo general Moltke y su majestad el rey Guillermo. ¿A qué venís pues haciéndoos lenguas de vuestras victorias? Las victorias las alcanzan los jefes. Aun cuando os hubiesen hecho añicos hasta el último ¿qué significaría eso? ¿Acaso un arquitecto se fija en los materiales que emplea? ¿Por ventura los azadones, las palas y las llanas reclaman la gloria?

—¡Cómo! aulló un bávaro, ¿acaso nos tomáis por azadones?

—¡Sí! respondieron los prusianos, descargando con arrogancia el puño sobre la mesa.

Entonces se armó una tremolina de diez mil demonios. Los jarros empezaron a volar, y yo tomé el partido de marcharme, no sin reirme y murmurando para mis adentros:

—Sin embargo los bávaros tienen razón; ellos cargan la lana y los otros se llevan la fama. Vaya un largarto debe ser ese Bismark cuando ha tenido la maña de hacerles aceptar un papel semejante. ¡Y pensar que los jesuítas son los consejeros del rey de Baviera!

El 8 o el 10 de septiempre empezaron a circular rumores de haberse proclamado la república en París; de que la emperatriz, la princesa Matilde, Palikao y todos sus atláteres habían emprendido la fuga; de que se había nombrado un gobierno para la defensa nacional, y de que habían sido llamados a las armas todos los franceses desde veinte a cuarenta años. Pero nada de esto era cierto, excepto el bombardeo de Estrasburgo y las batallas libradas en los alrededores de Metz.

Si he de decir la verdad, muchos eran los que encontraban admirable la conducta de Bazaine y le miraban como el salvador de Francia, creyendo que estudiadamente había llamado todas las fuerzas alemanas sobre sí, para en un momento dado romper la línea enemiga y libertad Toul, Falsburgo, Ritche y Estrasburgo, arrollando y aplastando a cuantos nos rodeaban.

En aquel tiempo Jorge me había dicho más de una vez:

—Pronto llegará la nuestra, y entonces será preciso que todos coadyuvemos al mejor éxito de la empresa. Yo ya estoy preparado: tengo fusil y cartuchos. Tú tocarás a rebato tan pronto oigamos el cañón del lado de Sarreguemines y de Fenetrange, y así cogeremos a los alemanes entre dos fuegos.

Esto me lo decía Jorge por la noche, cuando nos encontrábamos solos, y yo no deseaba otra cosa sino que sus pronósticos se cumpliesen.

Como el número de los landwehr aumentaba día en día, y se sentaban entre nosotros, detrás de la estufa, fumando sus largas pipas de porcelana, con la cabeza

(Continuará)

—¡Ah! — Y este ¡ah! salió de mi pecho como el que cayó bajo un canónigo y logra respirar al verse libre de la pesadumbre.

Entonces me acordé de que era en Capilla del Señor en donde habitaba mi futura, es decir, la mujer que me destinaba mi tío, una futura perfecta por las trazas.

Si era del mencionado pueblo, sin duda alguna la conocería, y podría indicarme algo sobre sus condiciones físicas, y hasta de las químicas si venía a mano.

No dí a entender mis ideas sobre el particular y penetré en la pieza que me estaba destinada, situada precisamente junto a la de Cristeta. Ví el cielo abierto, y en efecto, en el cieloraso de la habitación había más de una grieta.

—Querrá usted descansar — insinuó la patrona, mientras su marido ayudaba a colocar mi equipaje, traído por un mozo, en un rincón de la pieza. Puede hacerlo cómodamente hasta las doce, hora de la mesa. Ya sentirá sonar la campana llamando al almuerzo.

Salió, salieron todos, y yo me quedé llena la cabeza de mil ruidos extraños, como si en aquel instante me hallase en una sesión del Congreso.

Lo primero que hice fué una inspección ocular de la pieza. Era ésta ancha y espaciosa, de paredes cubiertas con satinado papel en donde la luz del sol refractaba su lumbre dando más claridad al conjunto. El suelo, por hallarse encerado, era de cerámica, tan bruñido que cualquiera persona dispuesta a cometer un desliz se deslizaba con facilidad. La cama, de puro roble de Camarones, por lo quebrada que estaba parecía hecha de quebracho, y un camarero, que es el fabricante de camas, se hubiera visto en aprieto para distinguir su estilo. Quizá si hubiera notado las manchas de barro de la colcha, dijera que era de estilo barroco.

Dos sillas cojas, una mesa de luz que había dejado de hacer cábalas porque estaba descabalada, un cuadro representando la entrada de Mahoma en Lanús y un retrato de Victorino de la Plaza, constituían el mobiliario. Una puerta situada en frente de la cama debía de ser la comunicación con la pieza de Cristeta. ¡Oh, Dios mío! ¿Se vería alguna cosa al otro lado? Me acerqué cautelosamente, miré primero a través de la madera de la puerta, y no vi nada; acerqué el ojo al de la llave y tuve que echarme atrás, porque mi corazón, por la fuerza de sus latidos, parecía un latifundio, y temí que el galope de mi sangre me trajera una tisis galopante.

Renacieron mis energías, que fué como si tornaran a la época del Renacimiento. Volví a escrutar por la cerradura y... ¡nada! Todo era oscuridad y silencio, desolación y muerte.

Como no había a la mano cosa alguna que tomar, tomé la determinación de acostarme y me metí en el lecho el cual me recibió de no muy buen talante, según juzgué por el rechinamiento de los muelles.

Quise dormir... ¡imposible! Las piernas de la patrona tocaban el redoblante sobre mi cabeza; los oídos me zumbaban como si Juárez me estuviese recitando dentro uno de sus monólogos. Me acordé del libro que me regaló mi tío y fuí por él al equipaje. Se

titulaba *Mixtura antiespasmódica*, y en efecto era el tal libro una aglomeración tan inaudita de disparates, que no puedo menos de dispararos algunos.

Helos aquí tomados al azar, o sea azarosamente:

....

"Es un error craso llamar chinos a los naturales de la China, pues aparte de ser éste un feo nombre, se presta a juegos de vocablo, cosa molesta para los chinos y que puede dar lugar a una reclamación diplomática. Siendo hijos del *Celeste* Imperio ¿por qué no ha de llamárseles *Celestinos?*"

....

....

"El cristal no es de invención reciente como algunos ignorantes afirman. Quien quiera molestarse en hojear los archivos de Herodes, los cuales se conservan aún como si la edad no pasara por ellos, encontrará en un curioso legajo una nota marginal escrita por el propio rey, y cuya nota dice refiriéndose a la historia de Jesús: *Jesús, llamado Cristo por haber descubierto el cristal.*"

Nota del copista, que es, como se sabe, el que tiene ya dentro del cuerpo más de cuatro copas de vino: Para más detalles sobre la anterior noticia, acudir a Julio Cola y a López de Gomara, quienes fueron los que pegaron los sellos en el legajo.

....

....

"Llamar peruanos a los que nacen en el Perú es un barbarismo de a folio, y hasta una cacofonia si nos metemos en análisis. Gramaticalmente, debe de llamárseles peruétanos, del mismo modo que no se dice cretenses a los habitantes de Creta, sino cretinos."

....

....

"Está probado por los naturalistas que merecen serlo, que ese animalito tan vulgar y tan molesto denominado *mosca* es de origen *moscovita*. Y quien dijere lo contrario, miente."

....

....

"Los apelativos son nombres únicos y absolutos que no admiten derivados ni se derivan de ningún hijo de vecino. Decir, pues, que Crotto es el inventor de los crótalos, no deja de ser una fantasía propia de una cabeza destornillada. Tanto vale decir que Berruguete se llamaba así porque tenía verrugas, y que Cirilo y Ciriaco, y hasta Cirineo, son nombres de comerciantes en velas."

....

....

"Se llama canícula, no al verano, sino al sitio en que, se depositan los perros. De la misma manera se llama clavícula a un almacén de clavos."

No acabaría nunca si fuese a copiar todos y cada uno de los disparates del libro. Me entretuvieron una hora, pero al fin acabé por cansarme, quedando más dolorido de lo que estaba. Cuando al cabo de mucho tiempo oí el repiqueteo de una campana, sacu-

dida por una perita mano, tan amodorrado estaba que no discerní si tocaba a la misa del gallo o anunciaba la hora del almuerzo.

* * *

La mesa patronal suele ser cuadrada, como la cabeza de muchos doctores que conozco; pero se acostumbra a llamarle redonda sabe Dios porqué. Cuando yo entré en el comedor, todos los asientos se hallaban ocupados, excepto uno, colocado, no sé si casual o intencionalmente, al lado de una hembra que era como para perder el apetito. No había más que verla para saber que se llamaba Cristeta. Sus ojos moriscos brillaban luminosos como el farol de un sereno, su boca tentadora era ardiente y roja como la fruta verde, que es la fruta prohibida, y en aquel instante debía de ser más ardiente que nunca, porque le humeaba entre los labios una cucharada de sopa.

¡Linda mujer! La mata de su pelo, cuyo color pasaba de castaño oscuro, caía en cascadas ondulosas por sus hombros ebúrneos, ténuemente velados por un chal de espumilla. No hay que decir cómo estaría el chal de espumilla en aquel sitio: completamente chalado.

A una invitación de la patrona, me senté en la silla vacía, junto a aquella Eva seductora, que en vez de Cristeta debía de llamarse Evarista.

—¿Me permite? — le pregunté con voz tan débil que no puedo asegurar que me oyó. La pregunta era estúpida, porque ya estaba sentado; sin embargo, no reparó la ninfa en la estupidez, porque me contestó con un tono tan meloso como el del diputado Melo:

—Puede sentarse, caballero.

Yo no sé qué me impresionó más, si lo de caballero o la mirada asesina que me dirigió, mirada que fué a mi corazón más recta que una petición de préstamo. Desde entonces, con el clavo de aquellos ojos en el corazón, no era éste más que un clavicordio.

Los comensales y bebensales, más éstos que aquellos, conversaban a grito pelado sin hacer ningún caso de mi presencia, como si en vez de Prometeo hubiese entrado allí Juan Breva. Es verdad que yo les pagaba con igual moneda, porque mis ojos y mis oídos estaban puestos ora en la cara deliciosa de la bella; ora en el maldito chal que la maltapaba y que se escurría a cada movimiento de su brazo primoroso; ora en el rosicler de su carne; ora pro nobis.

Como la holgura del sitio era poca, debido a la abundancia de huéspedes, se rozaba mi pierna con la suya más de lo que convenía. Mi cuerpo, más que nervios y carne, era una lumbrera, porque echaba chispas por todos los poros. Hasta los porotos, cuando entraban en mi boca, se convertían en otras tantas brasas: más que un hombre que come, era un botafogo.

Un tropezón de mi brazo con el suyo y una disculpa que le pedí, fueron el principio de la conversación.

—¿Se encuentra a gusto en Buenos Aires? — me preguntó.

¿Qué menos podía preguntarme? Yo, que en el instante de la respuesta tenía en la boca un ejército de garbanzos, más duros que balas, hice un esfuerzo soberano por tragar, y allá fueron barranca abajo del gaznate, los endemoniados garbanzos, que se atropellaban sin consideración obstruyendo la entrada. ¡Dios quisiera que sólo la entrada fuese la obstruída!

A la media hora de la pregunta, pude contestar:

—Sí, señorita, muy a gusto. ¡Figúrese! Venir del campo a la capital quien nunca salió de su tierra, es como..... como.....

No me salía la figura.

—..... vamos, como quien acostumbrado a ver rostros feos se encuentra de pronto con el de usted.

La imagen le causó risa, pero la halagó también. Yo me pavoneé orgulloso como se pavonea el que es portador de una pava, y miré por encima del hombro al huésped que tenía a mi izquierda. Hasta el guiso de bazo que comía se me antojó una bazofia.

—¿Con qué le parezco tan linda?

—¡Oh, señorita! — respondí — tan linda, que los proyectos que mi tío me inculcó van deshaciéndose en mi mente como un azucarillo en un vaso de agua.

Metí la pata hasta la choquezuela.

—¡Ah! ¿Traía usted proyectos?

—¿Quién no los hace, señorita? — dije queriendo recoger velas; pero ya era tarde.

—¡Si supiera usted cuanto me agradaría oir sus cálculos sobre el futuro! — mis cálculos nó, porque afortunadamente para mis riñones, no tenía ninguno, pero sí mis proyectos no sobre mi futuro; sino sobre mi futura.

—Me interesa, continuó, todo cuanto a la juventud se refiere; y si es cosa de amores, no se diga. ¡Soy loca!

—¿No tiene novio, Cristeta? — le interrogué con timidez.

—¿Cómo sabe que me llamo así? ¿Quién se lo dijo?

—Nadie, dije sonriendo con presunción, — en cuestión de saber el nombre de una persona por sus detalles fisonómicos, leyéndolo como en un libro, soy un león. Ya vé, hasta leo que es usted de Capilla.

—¿Y leyó también mis apellidos?

Como caí en la trampa, quedé como estoy hace mucho tiempo: entrampado. Justo castigo a mi vanidad. No supe qué decir. El tomate en dulce, que en aquel instante me servía, era casi blanco en comparación de mi cara. Tosí para disimular la emoción, pero como si me hubiera entrado hipo: no produjo efecto.

Tuve que confesarle que la lectura de sus apellidos estaba en el segundo tomo; y una vez en la pendiente, rodé hasta el fondo, prometiéndole, si aquella noche me concedía una entrevista, contarle mi vida con todos sus accidentes gramaticales.

Yo esperaba que se negase a concedérmela, pero ví con sorpresa que no fué así; antes al contrario, me allanó las dificultades que yo presumía con sencillez tal, que otro más lleno de avispas, quiero decir más avispado, hubiese entrado en desconfianza.

¡Para desconconfiar estaba yo! En aquel sí que yo creí natural,

otro hubiese hallado bemoles; pero el pensamiento de encontrarme mano a mano con ella en su pieza, me quitaba toda noción de sentido común, y mi presunción satisfecha tenía poco espacio en aquel comedor indecente que a mi se me antojaba antesala de la gloria.

Tomado el café, todo el mundo desalojó el sitio, yéndose cada cual a sus quehaceres: solo quedamos en el comedor la patrona, que iba y venía llevándose los platos a la plataforma, y yo que, bien repantigado en la silla, contemplaba las volutas de humo de mi cigarro ascendiendo lentamente hacia el único lugar en que yo me imaginaba hallarme, esto es, hacia el cielo, cuando en realidad ¡oh, miseria humana! donde yo me encontraba era ni más ni menos que en el limbo.

*
* *

Nada tan delicioso ni entretenido como un pasatiempo; pero aquel día el tiempo no pasaba para mí, que aguardaba la noche con el ansia con que aguarda el esposo recien casado la hora de la soledad y el recogimiento.

Jamás noche alguna fué tan deseada como aquella. Salía a la calle, tornaba a la casa, me acostaba, me levantaba.... ¡no estaba quieto un momento! Iba a un café cercano y me sentaba en el rincón más oscuro, pedía café negro por ver si así anochecía más pronto; pensaba en asesinatos, violaciones, ahorcamiento de suegras, extrangulación de recaudadores de impuestos, fusilamiento de caseros..... hasta pensé en Ada Negri, y como si nada. La tarde no se sentía con inclinaciones gramaticales porque no declinaba, y la vida del sol era más larga que le de un pariente millonario. ¡Felices los ciegos, que viven en noche eterna!

Para esperar con menos impaciencia me leí un tratado de esperanto, y como la lectura empezó en el prólogo y terminó en el apéndice, se me indigestó hasta el punto de temer una apendicitis.

Cuando en el café se encendieron las primeras luces, me puse tan contento que me mostré generoso con el mozo dándole hasta cinco centavos de propina. Por cierto que el mozo, ante mi nunca vista longanimidad, me correspondió propinándome una mirada inenarrable de agradecimiento.

Llegué a casa como una exhalación. Metíme en mi pieza y no quise cenar, haciéndole observar a la patrona que no estaba en casa para nadie. Es verdad que no tenía amigos, ni siquiera conocidos; pero así expresaba con más fuerza mi voluntad de estar solo.

Cerré la puerta con llave y tapé la cerradura, por si algún curioso impertinente sentía la tentación de mirar. En la habitación de Cristeta había luz, y a través del ojo de la llave observaba su adorada sombra en la pared frontera. Dí a la puerta un empujón suave, por ver la resistencia que ofrecía, y solo produjo un pequeño ruído, que fué suficiente para que la beldad se diera cuenta de mis intenciones. Sentí sus pasos que se acercaron sigilosos, y arrimando su linda boca a la cerradura, me dijo quedamente:

—¿Es usted?

El aire de estas dos palabras, al atrevesar el espacio cerraduresco, levantó el polvo depositado allí por la escoba de los siglos, y lo vertió íntegro en el ojo que tenía aplicado yo al otro extremo, dejándome el órgano ocular transformado en una polvera.

A pesar del escozor que sentía, contesté:

—Sí, señorita; soy yo, si no me equivoco.

—¿Tiene usted la llave de esta puerta?

Contesté que no, que no la conocía, ni la había visto en mi vida. He aquí un inconveniente que no habíamos apuntado en el capítulo de imprevistos. A disponer de una llave maestra, el problema habría quedado resuelto; pero no teníamos a mano ni siquiera una discípula adelantada. Envidié a aquellos príncipes de los cuentos, que con una sola palabra se hacían abrir todas las puertas del mundo. Desde luego, no se me ocurrió la idea de buscar un cerrajero, porque entonces mi esperanza hubiera quedado reducida a agua de cerrajas.

Arrimando la boca a la cerradura, porque el ojo ya no lo acercaba ni a tiros, le pregunté a Cristeta:

—¿Hay pestillo por ese lado?

—No, me contestó; pero la cerradura está atornillada y podremos quitarla.

Ved en cuán poca cosa estriba a menudo la felicidad de una criatura. La mía estaba aquella noche en la comba cabeza de un tornillo.

Con paciencia y unas tijeras, a falta de herramienta mejor, fué quitando uno a uno aquellos pedazos de hierro salvadores. Cuando

cayó el último, no quedó ninguno más, y sacando la cerradura, se franqueó la puerta, que fué para mí como si se me hubiera franqueado el propio portal de Belén, entrando en aquel delicioso nido arrogante y altivo, triunfante y rompedor.

Principio quieren las cosas, y yo principié el período de mi dicha agarrando una blanquísima mano que se me tendía, y besándola con el triple apasionamiento que ponían en mi pecho la propicia noche silenciosa, el fuego de mi alma y la hermosura de aquella mujer, flor de encanto para mis inexpertos amores, pero flor que me resultó con más espinas que una espinaca.

La pieza, suavemente alumbrada por una lámpara cubierta con verde tul, impresionaba voluptuosamente mis sentidos como el aroma penetrante de un nardo. Todo era verde en aquella mansión: desde el vestido de su dueña hasta mis deseos. Si allí hubiera habido un viejo, aunque fuese el anciano más continente del mundo, se habría convertido en un viejo verde. Verde el tocador de pintado pino; verde el cortinaje de aquella alcoba; verde la alfombra que apagaba nuestros pasos; y el mullido sofá de tapicería y el botellón con agua de la mesa de luz, y el blando lecho que a un lado se mostraba con su colcha de raso verde y sus almohadones de lo mismo... Aquel lecho verde, que más que lecho parecía una lechuga, cautivó mi atención desde mi entrada. ¿Qué era una protuberancia que desde la cabecera se extendía hasta los pies partiendo en dos lo que debía de ser indivisible? ¿Sería jorobado el lecho? ¿Guardaría Cristeta allí su ropa? no, porque un armario lunático que allí había era suficiente para guardarla. No dando en el quid, nos sentamos en el diván, y ya no pensé en otra cosa que en aquella virgen verde que me sonreía con la más divina sonrisa que puso Amor en labios de mujer.

¡Qué hermosa estaba! Un peplo de seda verde cubría su cuerpo, cuya carne no perdía su sonrojo al verde tinte de la alcoba. Sus ojos pícaros y juguetones me brindaban el abanico de sus pestañas para templar el ardor de mi sangre; su boca, de jugosa pulpa como una fruta de los trópicos, despedía un aliento sábeo, que era dulcísimo al pasar aquellos labios de rosa, cuya miel era indudablemente miel rosada.

Algo aminoraba mi entusiasmo el ver que el peplo, plegándose al busto, no señalaba terreno montañoso, sino planicie llana y extensa como un paisaje de Castilla.

Aborreciendo la síntesis, me hallaba ante una mujer sintética, y pensaba horrorizado qué habría sido de su belleza si en tiempos remotos hubiese tenido que pagar pechos al feudalismo.

Pero estos pensamientos pasaron por mi imaginación con la velocidad de un cojo. Para no pensar sino en ella, la hablé de mi amor naciente, de los proyectos casamenteros de mi tío, de las palizas de Doña Paz, de los mil pesos que guardaba en mi cartera... y ¡cómo se complacía oyéndome! ¡Y como rió con lo de las palizas! ¡Y cómo le bailaron los ojos con lo de los pesos!

Me cegaba el deseo, y por eso no veía las miradas de reojo que lanzaba al lecho verde en cuyo centro continuaba aquella jiba monstruosa.

En una de mis miradas casuales, creí ver que la joroba se había movido. Notó Cristeta mi asombro, porque me detuve en una frase de amor, que la decía, y entonces, echando sus brazos a mi cuello, me miró a los ojos y me ofreció su boca, deliciosa cárcel en que un beso mostraba sus dulzuras aprisionado entre los labios de coral.

Ya no ví la joroba, ni el sitio en que me hallaba, ni nada, porque pasó por la red de mis nervios el sacudimiento eléctrico del espasmo, y cerré los ojos. Cuando los abrí, la joroba había desaparecido, pero en cambio vi cómo un hombre a quien no conocía, saltaba del lecho y se dirigía a mí, y me apretaba la garganta con sus

manos, y zarandeaba mi cabeza, mientras la virgen verde, pérfida y traidora, registraba mis bolsillos con la escrupulosidad de un aduanero, y me sacaba la cartera. Sentí el vértigo del agarrotamiento; mi lengua se dilataba enormemente y ya asomaba medio palmo por mi boca; hasta que sentí un golpe en la cabeza como si me hubieran dado con una porra de tambor, y cerrando otra vez los ojos caí en el vacío, presa de un desmayo brutal.

*

* *

Cuando desperté, estaban a mi lado mi tío, los patrones de la fonda y un señor que debía de ser médico, porque no cesaba de tomarme el pulso. Cuando en posesión de mis facultades pude hablar, conté el caso, al cual ya habían puesto el nombre de *Misterio del cuarto verde,* dejando de ser misterioso al oírlo de mi boca.

Doña Robustiana pidió la palabra y me contó lo que yo no sabía: cómo me encontraron tendido en mi cama, un tanto lenguaraz a causa del pedazo de lengua que salía por mi boca; como habían desaparecido Cristeta y otro sujeto que se hacía llamar su hermano; cómo llamaron a mi tío en vista de que mi desmayo era más pertinaz que un pedigüeño... Todo me lo contó, hasta que el médico, cansado de la charla echó fuera a todo el mundo y él se fué también, quedando solo con mi tío, a quien repetí el caso, aunque callando el pecado de conscupiscencia que me puso en el trance.

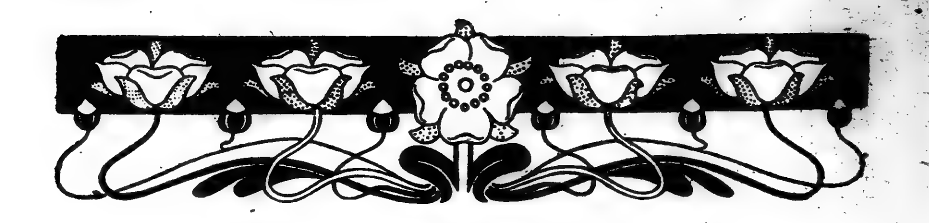
Le dije que ya estaba descortezado bastante en la capital y que quería casarme por la posta, consintiendo en ello y notificándome que mi tía, al enterarse del suceso, se alegró infinito.

—¿Quieres que demos parte a la policía? — me dijo después.

—No, le respondí. Dejémoslo todo como está y alabemos a Dios que, al consentir el timo de que fuí víctima, permitió también que la malhechora se llamase Cristeta. Pues ¿qué habría sucedido si se llega a llamar Timotea?

EDUARDO R. ARCHIDONA.

FIN DEL TOMO II.



EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

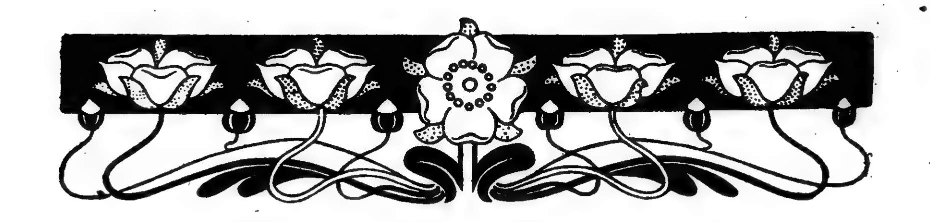
Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día 2 de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

La Direccion.



EL CONCURSO LITERARIO

La Dirección pone en conocimiento de los autores que han tomado parte en el "Concurso Literario", que, en virtud de la importancia y excelencia de los trabajos presentados y a fin de ofrecer las mayores garantías de justicia en la adjudicación de los premios, ha resuelto someter el fallo definitivo, al sufragio de los lectores.

Al efecto, las obras que a juicio de la Dirección, merezcan ser publicadas, aparecerán semanalmente en "EL CUENTO ILUSTRADO", con sus lemas y distintivos de orden.

El público, cuya competencia y buen gusto artístico han sido evidenciados en el favor creciente que nos presta, se pronunciará en cada caso y en la forma que oportunamente indicaremos.

Abrigamos la convicción de que esta iniciativa, merecerá el aplauso de los interesados, pues, por más grande que sea la imparcialidad de la Dirección, el juicio de un solo criterio, a veces sometido a la influencia de preconceptos literarios, no tendrá, ni podrá tener la amplitud y el acierto de un juicio colectivo.

Sin embargo, los autores que no estén conformes con nuestra decisión irrevocable, pueden pasar por la Administracción de "EL CUENTO ILUSTRADO" a retirar sus producciones, antes del día **2** de Octubre próximo, bien entendido que, después de esa fecha, ella se considerará tácitamente aceptada.

La Direccion.

Géneros para Vestidos

La Grandiosa Exposición

de géneros para vestidos, que realizamos, tiene como características principales la calidad óptima, la originalidad y el precio ínfimo en todas sus ofertas.

SEDERÍAS

Satin pura seda, para vestidos, visos, blusas y adornos, surtido de innumerables colores, medio ancho, el metro .... **$ 1.25**

Sedas lisas lavables medio opacas para vestidos, considerable variedad de colores, medio ancho, el metro.................. **$ 1.50**

Espumillas "Moda" la nota sobresaliente para la temporada actual, elegantes, vistosas y prácticas, surtido permanente de colores, doble ancho, el metro .... **$ 2.25**

"Twill" auténtico, pura seda lavable, para vestidos, blusas y lencería, gran surtido de colores, doble ancho, el metro .... **$ 3.90**

"Toile du Japón" legítimo, de procedencia garantizada, calidades especiales para soportar frecuentes lavados, completo surtido de colores para vestidos de fiesta o de paseo, doble ancho, el metro.................. **$ 5.25**

"Crêpes de Chine" "A la Ciudad de Londres", pura seda, calidades finísimas, extraordinario surtido de colores así clásicos como de nueva creación, doble ancho, el metro desde. **$ 6.50**

"Metor" pura seda, una de nuestras más acreditadas telas para toilette de paseos y de fiestas, considerable variedad de colores, doble ancho, el metro.................. **$ 6.90**

GÉNEROS VARIOS

Voile liso, extenso surtido de colores incluso blanco y negro, ancho 70 ctms., el metro **$ 0.75**

Voile de fantasía, fondo blanco, dibujos muy bonitos, ancho 70 ctms., el metro **$ 0.75**

Voile de fantasía en fondo blanco y de color, estilo de moda, ancho 70 ctms., el metro **$ 0.85**

Bengalina de algodón, fondo de color, dibujos muy bonitos, especial para blusas y batones, tela lavable, ancho 70 ctms., el metro **$ 1.25**

Crepé fondo blanco con rayas de colores, gran variación de dibujos, ancho 70 centímetros, el metro .... **$ 1.25**

Voile de hilo, en colores lisos, tonos de gran moda, ancho 100 ctms., el metro **$ 1.25**

Voile de fantasía, estilos nuevos, buena calidad, doble ancho, el metro .... **$ 1.10**

Filete, género de lana, fondo negro y azul con raitas blancas, tejido de gran moda, doble ancho, el metro .... **$ 3.50**

Tejidos de lana, colores lisos, en los estilos y tonos de última creación, tenemos el más selecto y variado surtido, desde el metro a $ 17.90, hasta .... **$ 4.95**

A LA CIUDAD DE LONDRES

C. PELLEGRINI Y CORRIENTES

La Casa mas popular de Buenos Aires

E

R

POR

Nico

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I   BUENOS AIRES, OCTUBRE 8 DE 1918   TOMO III - N.º 27

RUTH

POR

Nicolás Agüero Vera

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

Apareció

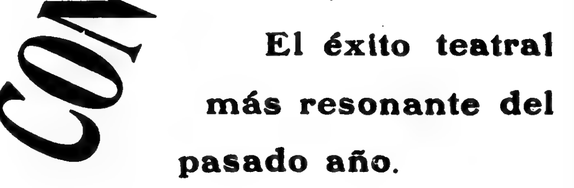
la 4.ª edición

del drama de

Emilio Berisso

CON LAS ALAS ROTAS

El éxito teatral más resonante del pasado año.



Precio: 1 $ m/n.

Pedidos a esta Administración:

PERÚ 858

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 8 DE 1918 TOMO III N. 27

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

RUTH

POR

NICOLÁS AGÜERO VERA

Ilustraciones de EUSEVI.

A mi hermanita Lotta.

RECUERDOS...

Soñó a la gran Ciudad, como se sueña a lo desconocido, que se esboza en el dulce misterio. En el fondo de su imaginación, fantástica y desordenada, cabía la silueta gigantesca de la gran urbe, como un mar sin contornos y enorme. Creyó adivinar con la perplejidad del asombro, el alma múltiple de esta nueva Brodway, con sus chimeneas gigantescas, las torres agudas y silenciosas erguidas en fabulosas verticales, traspasando la comba azul del cielo, como en una audacia inperdonable. Y dividió para sus adentros, en una clasificación humana y sociológica, a la ciudad de la audacia, la ciudad fabril, la ciudad artística, la ciudad mística..., la ciudad democrática..., en fin..., con todos los relieves distintos, con que Zola en su análisis inimitable.., ponderó el alma de París!

Y en esa gran ciudad, donde presentía tanta grandeza, la que se imaginaba conocer ya, gracias a su examen analítico e ideológico..., viviría..., quien sabe cuanto tiempo!

He aquí, porque Luis Alberto, abría grandemente sus ojos al ensueño a través de la ventana abierta y llena de sol, en aquella mañana cuasi tibia del mes de Marzo... Las perspectivas de los edificios adyacentes ni la frondosidad de los árboles interiores, veía con esa unción grave con que se contempla lo desconocido... Sus pupilas encendidas por un vago misterio se abrían con la magnificencia de una claridad dulce y lángui-

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 8 DE 1918 TOMO III N. 27

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

RUTH

POR

NICOLÁS AGÜERO VERA

Ilustraciones de EUSEVI.

A mi hermanita Lotta.

RECUERDOS...

Soñó a la gran Ciudad, como se sueña a lo desconocido, que se esboza en el dulce misterio. En el fondo de su imaginación, fantástica y desordenada, cabía la silueta gigantesca de la gran urbe, como un mar sin contornos y enorme. Creyó adivinar con la perplejidad del asombro, el alma múltiple de esta nueva Brodway, con sus chimeneas gigantescas, las torres agudas y silenciosas erguidas en fabulosas verticales, traspasando la comba azul del cielo, como en una audacia inperdonable. Y dividió para sus adentros, en una clasificación humana y sociológica, a la ciudad de la audacia, la ciudad fabril, la ciudad artística, la ciudad mística..., la ciudad democrática..., en fin..., con todos los relieves distintos, con que Zola en su análisis inimitable.., ponderó el alma de París!

Y en esa gran ciudad, donde presentía tanta grandeza, la que se imaginaba conocer ya, gracias a su examen analítico e ideológico..., viviría..., quien sabe cuanto tiempo!

He aquí, porque Luis Alberto, abría grandemente sus ojos al ensueño a través de la ventana abierta y llena de sol, en aquella mañana cuasi tibia del mes de Marzo... Las perspectivas de los edificios adyacentes ni la frondosidad de los árboles interiores, veía con esa unción grave con que se contempla lo desconocido... Sus pupilas encendidas por un vago misterio se abrían con la magnificencia de una claridad dulce y lángui-

da..., ante la caravana de recuerdos que llegaban quedos... todos familiares y con su música interior, suave e intensa, cual si en mensaje de tiempos y de almas fueran a visitar al peregrino, armando para nuevos rumbos y para nuevos ensueños!.. Y era toda una vida, la que se asomaba a su alma... Sus primeros pasos... sus primeras batallas, sus primeras decepciones!.. su loca juventud en floración de idealismos y de triunfo... todo, todo..., con la claridad suave de las realidades, la veía..., lo sentía de nuevo..., como ayer... como si aun estuviera en el ambiente que acababa de abandonar... y tuviera que resolver algo importante, para zanjar alguna de las dificultades, que singularizaron su acción!

Una voz de mujer, fresca, dulce... quizá como la que perturbara la paz interior de aquel humilde trapense de Jean Rameau, lo sacó de su ensimismamiento... Y entonces... el capítulo que olvidó de recordar..., quizás el más bello... por ser el de amor, desfiló ante su recuerdo... pero la voz vibraba ya más cerca... y Luis Alberto oía que al interrumpirse, decía: Por aquí... abuelito!... ¡upa! no se caiga!.. y la voz del viejito que le respondía: No hay cuidado mi hijita... ¿No llegamos todavía?

Era Ruth y su abuelito ciego.

Luis Alberto desde la puerta, pudo verlos ya en la mitad de la escalera que daba a su pieza.

—Buenos días Ruth... Buenos, don Nemesio.

—Luis, dijo Ruth con animación, no encontrará mal que vengamos a saludarlo...

—Que esperanza! ¡Al contrario! Y se cambiaron las primeras palabras, con esa ambigüedad familiar, que caracteriza los instantes especiales, en que hay mucho que decirse y no se acierta a comenzar. Don Nemesio se había sentado y en sus ojos sin luz parecía reservar pensamientos lejanos. Pobre don Nemesio!, dijo Luis Alberto con acento franco y sincero. Como sería su vida si no estuviera usted, Ruth a su lado!.. Quizá en sus adentros, cavila en lo más serio de la vida... en la utilidad moral que tiene para cada humano, surje en su imaginación, su silueta alegre, juvenil... y el cascabel de su risa, suena como crótalos de esperanzas, que le dieran deseos de vivir!... ¿No es así don Nemesio?

—Es verdad, si no fuera ella..., no hubiera sido yo, quien se quedara..., después que los otros.. los más jóvenes... se han ido!.., y se calló en un silencio amargo... La misma carita de Ruth, se contrajo en un gesto de angustia, y sus hermosos ojos azules, se apagaron en un instante, en una sublime melancolía...

Afuera, los rayos del sol, ponían un tinte rojo en los árboles, y era una gloria, la mañana, en su tibiez primaveral.

—¿Y qué le parecen mis cuadros?, dijo Luis Alberto para cambiar de conversación. ¿Verdad que me encuentra el mismo?

Ruth, levantó su hermosa cabecita rubia y sus ojos miraron las paredes engalanadas con cuadritos pequeños y de distinto carácter.

—Sí... es el mismo Luis Alberto que conocí... con sus gratas extravagancias!... !

—Mire, ese... es el viejito que siempre nos habla del dolor humano: Schopenahuer!....

—Sí... lo reconozco... lo tenía también usted en Córdoba!.. Aquel... no recuerdo... quién es?

—Carlos I de Inglaterra. Es una copia fiel del hermoso cuadro de Van Dick, lo compré en un cambalache...

—Siempre el mismo!.. dijo Ruth con una dulzura que le llegó hasta dentro a Luis Alberto.

—Y aquí, me ampliaré únicamente Ruth..., pero mi "Yo" será idéntico... Mi idiosincrasia se ha moldeado ya en un solo marco de individualidad, que difícilmente podrá tornarse distinto!..

—Quien sabe!.. Esta ciudad... puede que lo transforme... Es grande... y usted... apenas la presiente!....

—Nó. No me transformará esencialmente, me enseñará, eso sí, muchas cosas!

—Y ése, — dijo Ruth, como no se animaba a seguir en ese tema un

tanto delicado para su amor propio. — que buen mozo! Tampoco lo tenía usted!

—No. Es una adquisición... Ha mucho concebí la idea de tener una fotografía de uno de los artistas que reunió la rara condición de ser bello por dentro... y por fuera... ¡Es Póe!

—Ah! que buen mozo!.. Yo lo imaginé feo como todos los artistas... Aquí vino la tosesita de pecho de don Nemesio a suspender el análisis.

—¿Cómo, usted está resfriado?, — le dijo Luis Alberto, con ese hondo cariño, que aprendió en su vida de bohemio sentimental.

—Nó... no se aflija Luis, le dijo, yo la tengo desde hace 15 años.

—Si.., él es así nomás, agregó Ruth.

Ruth se asomó a la ventana. Se notaba que estaba un tanto nerviosa.

—Aquí estará bien, — le dijo a Luis Alberto. — Tiene árboles, flores y perspectiva!..

—Y sin embargo, momentos antes, mis ojos no veían.. sino la imagen múltiple de todos los recuerdos...

—Ah! Recordaba!..

—Sí! Ruth!.. Seguramente le parecerá raro, eh?.. El culto del recuerdo... no es para estos tiempos!.... Pero francamente... hacía todo un balance...' de mi vida anterior... y presentía la que tendré que vivir aquí!...

Los ojos de Ruth se abrieron en un caricia.

—¿Y qué recordaba? Puede que coincidamos... También yo, al saber que venía...

Luis Alberto comprendió sin trabajo el final de la frase. Vino después, la serie cariñosa de los recuerdos juveniles. Los pasajes ingénuos de sus vidas enfloradas de juventud, cuando en el parque silencioso y señorial, o en el patio de la casa paterna de Ruth, jugaron en su afán de pequeños, o se amaron más tarde, con esa beatífica pasión de los quince años¡.. y todo lo recordaron al unísono... El, con la mirada siempre extendida como una severidad, en el vacío, hablaba, accionaba... y por momentos, en una brusquedad nerviosa, le decía a su bella compañerá: ¡No vé! Si estoy observando la fuente de la plaza!.. El chorro de agua, que se descompone a la luz del sol.. en mil colores!... y los niños... Ruth, los que nos hacían coro... Aquel pálido y pequeñito... recuerdas?, parecía enfermito... el que siempre nos miraba tan dulcemente... Y una honda tristeza descendía a los ojos del bohemio, como ante un presentimiento..., por que se hacía un largo silencio entre los dos el que circulaba como una ola ténue e invisible... entre el alma suspensa de la bella Ruth, la amargura artística de Luis Alberto y la respiración monótona del abuelo ciego!

A fuera..., rayos del sol danzaban sobre las hojas de los durazneros y el ruido de la calle, con monotonía de fragua, imponía su audacia de vida, de pasión y de trabajo..., en aquel ambiente donde discurría el ensueño!..

ANTE LA NUEVA VIDA

Luis Alberto; en su afán de conocerlo todo..., de apreciar las cosas bajo los distintos relieves con que se visten, según el espíritu de quien las contemplan o las sienten, peregrinaba, más que vivía en esta ciudad, que él llamaba imaginativamente la nuevo Brodway...

Alguien, quizá un burgués, hubiérase reído, de este artista interior..., que se sumía en éxtasis ante bronces y yesos, y en sus lánguidos ojos humedecidos por la emoción, dejaba trasuntar su alma buena y sentimental... y esto, mientras la vida bulliciosa, el tráfico ensordecedor, la carcajada estúpida de los felices, hombres sin ideal, y hasta las múltiples, ágiles y amable siluetas femeninas que pasaban rítmicamente a su lado..., imponían su sello inconfundible de ciudad cosmopolita.

Aquella tarde iba con Ernesto Durán, un amigo que, por ser el primero que le abrió los brazos le impresionó cariñosa y hondamente.

Era compañero de estudios en el 5.° año de Derecho. Pero su espíritu complejo, su manía artística, sus sutilezas interiores..., sus gustos revolucionarios, que rara vez coincidían con los demás, no encontraban eco en su compañero, que sólo se emocionaba, ante el pasaje risueño de alguna de sus tantas aventuras galantes!

—Ayer discutíamos con el doctor Robert, dijo Ernesto, después de una larga plática artística y sustanciosa de Luis Alberto, quizás impulsado por su amor propio y por el prurito innato de muchos jóvenes de la capital, de aparentar sabiduría — sobre la polémica de Rodó con el doctor Pedro Díaz, allá por el año 1906... sobre la expulsión de los crucifijos de los hospitales de caridad...

Yo he analizado bien las réplicas y contrarréplicas y he tenido una amarga desazón, ante la tesis del doctor Robert..., sosteniendo la de Rodó... en aquel entonces...

—Conozco el asunto, dijo casi fríamente, Luis Alberto, Rodó triunfó en toda la línea, a base de análisis y de profundos conocimientos en la materia; y hasta me he reído de la citas inoportunas del doctor Díaz, cuando afirmaba categóricamente que la esencia del sentimiento de caridad, ya nos había venido de Zoroastro, Confucio, Buda y del mismo Sócrates...

Aquí vino una larga peroración de Ernesto Durán insustanciosa y llena de recursos silogísticos, que chocaron sobremanera a Luis Alberto. Este optó por callarse, con una muda satisfacción de haber hecho la autopsia intelectual a su compañero..

Entraron por Florida.

—Es la calle luminosa, dijo Ernesto, vienen aquí chicas divinas, más de una vez, he seguido la trayectoria de estas encantadoras mujercitas de ojos negros y... ya te podrás imaginar..

Una aventura casi sin importancia... pero de mucha felicidad...

Hervía la calle de transeuntes. Efectivamente a Luis Alberto le llamó la atención desde que conoció por primera vez esa calle..., y también, como lo acabara de afirmar su compañero, vivió la amable sorpresa de unos ojos negros o, de una figulina ondulante...

Luis Alberto callaba. Hasta le producía mareo, ese continuo mirar de caras distintas..., el movimiento complejo que animaba la calle...

Su compañero saludaba a cada instante... y siempre con un garbo de importancia hacía el comentario después del saludo. Es el Diputado X, el doctor Fulano. Aquel es un pintor de nombradía... etc.

Pasó en ese momento un figurita aristocrática junto de ellos, la que no pudo ver de frente Luis Alberto por tener la mirada fija en otra parte.

—Mira, le dijo Ernesto, es una rubia encantadora y saludó.

—¿Quién es?, dijo casi distraído su compañero.

—No la has de conocer..., es una chica discreta... Es Ruth!... Y un gesto de diabólica intención selló sus palabras.

Un estremecimiento ligero perturbó a Luis Alberto.

Nunca hubiera sabido definir el por qué de esa conmoción íntima.., al sentir pronunciar el nombre dulce y que tan bien rimaba en sus labios ¡Ruth!

Pensamientos desordenados, casi fantásticos le asaltaron. El nombre de Ruth en labios de su amigo, en el instante que lo acababa de definir, poniendo en claro su temperamento donjuanesco..., era para sus adentros, una blasfemia.

Presentimientos que cobraban cuerpo, que se identificaban en la realidad, amarga realidad, que le hacía palidecer su frente, pertubaron su paz espiritual. Nada pudo su voluntad de hombre acostumbrado a distintas y hondas emociones, porque, cuando quería imponer su indiferencia en ese pequeño hecho, que en realidad tal vez no significaba otra cosa que la simple relación social de su amigo, con la bella Ruth, una amargura lenta le subía hasta el pecho, como cuando un desengaño pone sombras en el alma!

No se atrevió a preguntarle más. Ni siquiera a decirle que Ruth era su amiga de la infancia..., que vivía en su casa, y que un cariño hondo y sincero abrigaba en su corazón. Creía ser violento al interrogarlo..., deshacer un minuto, la caravana de sus ensueños..., el alcázar divino, en cuyo trono gracias a su imaginación sentimental reinaba Ruth, con todos los atributos de su gracia!.., con el alcázar donde como Sofonisba... cuidaba sus parteras, frente a la taza de mármol que derramaba diamantes líquidos... a sus pies..., mientras por la ventana abierta la luz, como un mago prodigioso, vestía de rosa o de violeta.., a la fuente maravillosa... y llenaba de vida a la arboleda de la quinta interior!.. No. No le diría nada!..

Y así, fué, como Luis Alberto, a eso de las 7, se separaba de su amigo, para volver a su casita, donde seguramente, Ruth, con la sonrisa suya, tan divina y graciosa, lo esperaría ya!.., habría vuelto primero!..

Mientras el tranvía marchaba, lentamente..., parándose en cada esquina..., su pensamiento inquieto, discurría sobre el significado novelesco que diera a las palabras de Ernesto! Pensaba, por que aquella mañana, cuando subieron a saludarlo y conocer el arreglo de su nueva habitación, élla

le dijo casi pensativa... ¡Quién sabe! Esta ciudad puede que lo transforme!... ¿Era que ella había cambiado su esencia de bondad y de tradicional blasón ante la nueva vida que él principiaba a conocer en la gran ciudad?..

Sus labios encendidos, y sus ojos claros, se lo dirían todo... Estaría él, atento a descubrir el menor movimiento de inquietud o de indecisión o talvez de sorpresa... induciría inmediatamente, con solo mirarle en los ojos... su voz, seguramente no temblaría y presentía después, la suave dulzura del reconocimiento de la verdad buena y amable... que pondría una suave claridad, en su duda, y entonces, le contaría élla, todos los pasajes de su vida anterior, cuando él aun estaba en Córdoba. Pensó que había sido parco con ella, al no averiguarle nada. Pero ¿por qué ella jamás le habló tampoco? Y aquí volvía a encenderse el fuego del presentimiento, como una hoguera mágica, capaz de absorver y tornar en cenizas su vida misma!... El nunca averiguó nada, por que no quería tomar temas íntimos, la muerte de los padres de Ruth, acaecida aquí en Buenos Aires!.., por que prefería no ver en la frente amplia de Ruth, la sombra de una tristeza... ni que sus ojos claros y hermosos, se nublaran de angustia!.. He aquí por que fué parco con ella... Pero ¿cómo haría para no herirla? ¿Cómo podría manifestarle, el volcán que ardía en su corazón ante la duda?....

Sí..., le hablaría de Ernesto con entusiasmo, le diría que lo conocía bien... y que en el paseo que acababan de realizar juntos, le había entretenido con la narración de sus aventuras picarescas...

Entonces, si algo había o hubo, entre él y élla, se pondría de manifiesto en su inquietud o en el fondo de sus ojos...

Cuando descendió del tranvía, un carro sonaba su armonía en la esquina, tan melancólicamente, como el órgano que entristeciera al poeta inolvidable del suburbio. ¡Carriega!....

Y Luis Alberto, rememoró en un segundo a la ciudad natal, como si el órgano, más que nadie, simbolizara el alma sentimental de las ciudades de tierra adentro, y fuera una ironía que llorara su abandono..., en las calles de la Metrópoli, donde se alzan magestuosos teatros, y los cines son una gloria de luz, de armonía y de perfumes las avenidas aristocráticas!

ANGUSTIA

Luis Alberto no se equivocó. Ruth, como siempre que se aproximaba la hora de su llegada le esperaba en el balcón. Estaba hermosa y una ligera palidez se extendía en sus pómulos y en su frente, como una ténue caricia de luna...

Los ojos se abrían en un largo abandono, como si el sueño discurriendo en su jardín interior, como un duente imperioso, le llevara la noción de una angustia infinita... la de todas las Ofelias del cariño... las eternas Margaritas del amor..., que sólo vivieron para amar... y como en el drama Schakspiriano..., murieron de amor!... y ella se sentía triste... desde la cima de su felicidad, se asomaba a su alma, como ante un santuario..., a oficiar la misa de su cariño inmenso, y entre el humo blanco de la quimera intangible..., la que le hiciera soñar con el lohengrin... que viniera de lejos, como aquel príncipe que pintara Tagore y que la ingénua enamorada, le arrojara a sus piés mientras pasaba en su carruaje de esmeralda... las perlas de su collar... que llenaba de sangre su cuello de cisne!.. Ella, como en la apoteosis de sueño... o la pesadilla de un delirio, sentíase feliz y una infinita tristeza descendía a sus ojos como una sombra... El dolor dulce y lánguido de las enamoradas!....

Desde que viera nuevamente a Luis Alberto, y lo notara el mismo que conoció en Córdoba como ella se lo manifestara en una dulce y expresiva exclamación; su vida toda cambió de fáz. Vinieron los días hermosos las noches pasadas junto a la mesa del comedor, donde nunca faltó la presencia del abuelito... y la impertinencia de doña Rosario, que era para ella, algo así como una madre adoptiva, que si bien no la quería, espiaba sus pasos con una paciencia y cautela maravillosa. Fué tan grande el horizonte que se abrió a su alma con el cariño dulce y bueno de Luis Alberto, que la bella Ruth..., olvidó y echó un velo inconscientemente en su memoria, de su vida anterior.

Nada, nada había detrás de su "presente", a no ser el dolor de la muerte de sus padres, que gustaba con avidez, con toda la fuerza de sus ansias!.. Solo veía y sentía dos astros en su plenitud, dos unidades homogéneas, dos rosas de juventud abiertas a la brisa del ensueño... ¡Ella y él!

Y el porvenir se diseñaba en su alma, con claridades de alboradas... Solo le inquietaba pensar, que no había comprendido aun a Luis Alberto. Se sentía pequeña y temblaba, cuando su emoción, la hacía delirar de las grandezas del arte..., en sus proyectos de triunfo... y una serie de nombres difíciles vibraban en sus labios... con cariño... con pasión... y solía decirle: Sé que el triunfo está lejos para mí, amable Ruth... pero no será el triunfo pequeño..., cuasi ficticio de los que creen en los círculos estrechos, de tantas mediocridades erijidos en Pretores... Un alto concepto de humanidad me subyuga. Seré como Jesús el bueno... ¡Haré obra para todos!.. y pensaba muy cuerdamente Ruth... ¿qué número ocuparía su cariño?... en la serie compleja de las pasiones de su bohemio lírico... ¿a quién querría más?....

Aquí sus divinos ojos azules se apagaban como ante un presentimiento... y sus blancas manos se posaban en su frente calenturienta..., como si solicitara de su "Yo", una fuerza única, que le arrancara de un golpe... el vago dolor que entristecía sus ojos!

Es por esto, que, momentos antes de que llegara Luis Alberto..., se sintiera triste... y por que, su cariño de Ofelia, Roxana, Margarita o Elvira... se vistiera con el velo sútil de una angustia inefable!....

—Te espero hace un momento largo, le dijo, y un mohín de dulzura juntó los claveles de su boca diminuta.

Luis Alberto conmovióse. La misma dulzura de las palabras de Ruth..., parecían respirar inocencia y amor!

Pero la duda le ardía en el pecho. El gesto picaresco de Ernesto grabósele a fuego en su memoria, cuando le dijo estas palabras que le quemaban el alma: "No la has de conocer... es una chica discreta... Es Ruth!..." Y eso de "discreta", era para él, la piedra angular de su sospecha...

—Y yo venía con ansias de llegar, le contestó, tratando de disimular sus emociones.

El tranvía marcha a esta hora muy lento.

Caminaron, el uno junto del otro, desde la salita al interior. Al pasar por el patio, frente al dormitorio de Ruth, una sombra cruzó por la puerta.

—¿Quién es?, dijo Luis Alberto. Alguien está allí, y señaló la pieza dormitorio que permanecía a obscuras.

—Debe ser doña Rosario, dijo Ruth, no sin inquietarse un poco, como ante un presentimiento. Siempre nos espía, Luis Alberto, ¡es una vieja odiosa!

Esto desconcertó del todo a Luis Alberto, que venía con el espíritu lleno de prejuicios.

¿Por qué desconfiaba de esta manera, de ella? ¿Sabría algo de su vida anterior?.... Sus nervios se electrizaron. Pero se atrevió a preguntarle:

—¿Y siempre ha sido así?

—Siempre ¡Es que no me quiere!..

La presencia de don Nemesio, que los había sentido hablar y que venía lentamente..., adivinando la dirección, les cortó el diálogo.

Luis Alberto lo saludó rápidamente y fuése a su pieza, mientras Ruth, de la mano de su abuelito, volvíase al comedor.

—No tardes en bajar, — le dijo a Luis Alberto, ya está la comida.

—Ya vuelvo, — díjole Luis Alberto, casi al pisar la primer escalinata que conducía a su pieza.

La cena transcurrió en un silencio casi absoluto. Ruth estaba extrañada de ver así a su amigo, por más que éste le hubo dicho, a manera de disculpa: "Estoy un poco enfermo Ruth".

El bueno de don Nemesio fué el que habló casi contra su costumbre. Es que Ruth había olvidado, que al otro día, cumplía justamente el segundo aniversario de la muerte de su mamá.

Y don Nemesio, con palabra reposada, no exenta de emoción..., hablaba de las bondades de su hija, ¡pobrecita!, decía. Te quería tanto. Hasta en el momento de partir para siempre al reino de Dios..., te nombraba..., como si sintiera el dejarte sola...

Ruth callaba en un silencio amargo, las palabras de don Nemesio conmovieron muy hondamente a Luis Alberto.

¿No sería una blasfemia..., hablarle esta noche a Ruth.. de sus presentimientos?, cuando ella seguramente, se reconcentraría en sí misma... para evocar tanto recuerdo doloroso?....

Pero era el caso... que no usaría violencias... Discretamente hablaría... Ya no podía soportar por más tiempo una duda que hasta minaba su voluntad... Pero... ¿cómo principiar?

Don Nemesio, sintiéndose triste al recordar a su hija..., y el sombrío aniversario del día siguiente, que él rindiera culto con un ramo de flores frescas en la tumba de la madre de Ruth, se retiró a su dormitorio. Doña Rosario andaba por toda la casa como una leona. Estaba furiosa con Ruth. Una discusión acalorada con ella la había puesto en ese estado. El importe del alquiler de una de las casas que pertenecían a Ruth, había sido gastado casi en su totalidad por doña Rosario. Como Ruth le echara en cara semejante abuso, enojóse de una manera violenta y descomunal.

Estaban solos Luis Alberto y Ruth, con los brazos apoyados en la mesa y guardando silencio.

—Por la tarde fuí al centro, dijo Ruth, para decir algo.

—Lo sé, — dijo Luis Alberto, temblándole la voz.

—¡Cómo! ¿Lo sabes?.. ¡Entonces me vistes!.., que ciega estuve ¿y por eso estás tan frío conmigo? Vamos... ¿no disculparás a tu Ruth que no te haya visto?

—Estaba con Ernesto Durán; cuando lo saludaste, — dijo secamente Luis Alberto.

Un estremecimiento súbito sacudió todo el cuerpo de Ruth y palideció.

—Con Durán... ¿y cómo no te he visto?.. .Estarías con la cara vuelta hacia otra parte, dijo cortando las palabras.

—Efectivamente... ¿Pero por qué tiemblas Ruth? ¡Estás nerviosa! — y marcó con ironía y dolor las últimas palabras.

Ruth temblaba efectivamente, y su carita estaba como el papel... No esbozaba concretamente lo que le sucedía, pero mil pensamientos le nublaban los ojos..., toda una montaña había caído en su alma en un brevísimo instante. Fué tan rápido el golpe..., tan inesperado, que quedó como sonámbula..., con la mirada perdida en el vacío... Cuando se atrevió a levantar los ojos tembló nuevamente, ante los de Luis Alberto, francos y enormemente abiertos como si quisiera traspasarla con su mirada serena y escudriñadora, cual si quisiera leer sus pensamientos

—No hay necesidad de ponerse nerviosa... Ruth. ¡Lo sé todo! — dijo con aplomo.

Sus palabras fueron una lápida que cayó fría y pesada en su alma. No habló más... no se defendió. La sorpresa de esta revelación la dejó estupefacta... En la sinceridad y vehemencia de su cariño, no supuso nunca que su "caída" con Ernesto, llegara a saberla Luis Alberto. Nunca le habló de él; luego no lo conocía. Tampoco sabía que eran compañeros de curso... pues Ernesto en su afán de vanidad y de inútiles pomposidades, le hubo dicho que era doctor...

Por otra parte, en el horizonte inmenso de su pasión, solo vió como dijimos en otro lugar, dos soles en su plenitud..., dos unidades homogéneas... dos corolas abiertas a la brisa del ensueño... Lo demás... ni lo recordó. ¡Para eso era demasiado feliz!..

Luis Alberto, ante el silencio cómplice de Ruth, comprendió que las sospechas que lo entristecieran, casi sin fundamento, a no ser el gesto diabólico de Ernesto..., se tornaba en realidad... y que aquel maravilloso alcázar... donde reinara Ruth... como Sofonisba frente a la taza de mármol..., se derrumbaba lentamente..., ante la verdad que adivinara, mientras una ola de dolor invadiera su alma... y una angustia infinita le cerraba los ojos!....

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

inclinada y pensativos, y además, gran parte de ellos comprendía el francés, era preciso guardar mucha prudencia y no hablar delante de ellos.

La oficialidad de los landwehr de Baden, Wurtemberg y Baviera era prusiana; de modo que Prusia proporcionaba los oficiales y los demás estados alemanes los soldados; así estos aprendían a obedecer a sus verdaderos amos. Dios ha creado a los prusianos para mandar, y a los demás alemanes para obedecer. De esta suerte han obtenido la victoria, y de esta suerte también permanecerán las cosas por espacio de siglos, porque los alsacianos y los loreneses podrían sublevarse, Francia rehabilitarse y acá y allá podrían ocurrir disturbios.

Los landwehr van a permanecer arma al brazo generación tras generación; y cuantas más victorias alcancen, más los prusianos se elevarán a sus costas y más sujetos les tendrán.

Una cosa les contrariaba en gran manera, y era que por aquellos días empezaban a agitarse en los Vosgos, y se hablaba de franco tiradores y de aldeas sublevadas por la parte de Epinal. Naturalmente esto también nos anardecía a nosotros.

Los landwehr decían que los franco tiradores eran bandidos que se emboscaban para asesinar a honrados padres de familia y saltear los convoyes, y lo menos con que los amenazaban era con ahorcarlos.

A pesar de todo, lo que nosotros hubiéramos querido es que por nuestra comarca se hubiesen presentado algunos con pólvora y fusiles para unirnos a ellos y procurar deshacernos nosotros mismos de los enemigos.

Cuanto más oíamos hablar de los franco tiradores, más alientos cobrábamos y más se nos atragantaban las requisas.

El saqueo, si bien continuaba, no se hacía de un modo tan brutal.

Cuando los landwehr que estábamos obligados a alojar y a mantener se iban a montar la guardia alrededor de Falsburgo, llegaban otros gritando y echando pestes y exigiendo bueyes, carneros y manteca; si bien luego se contentaban con algunos huevos, queso, cebollas, etc.

IX

El 29 de septiembre, un capitán de carros vino a traerme unos bandos con orden de que los mandase fijar, cuyos bandos decían que nosotros formábamos desde aquel momento parte del departamento del Mosela y que teníamos un gobernador prusiano, el conde Henkel de Donnermarck, quien a su vez estaba a las órdenes del gobernador general de Alsacia y Lorena, conde de Bismarck-Bohlen, que provisionalmente residía en Haguenau.

No sé qué endiablada idea se me acudió entonces. Los landwehr que ocupaban nuestra comarca nos habían participado hacía dos días la rendición de Estrasburgo; y esto unido a la ira que de largo tiempo me dominaba al verme a cada punto obligado a ordenar requisas, me sacó de tino, y respondí osadamente que yo no mandaba fijar los bandos, por oponerse a ello mi conciencia y seguir teniéndome por francés, y que por consiguiente podía encargar tal comisión a todo otro que se prestase a semejante infamia.

El capitán de carros, que era corpulento, de grandes bigotes y ojos saltones, pareció admirado de mi lenguaje, y me dijo:

—¿Quiere V. darme por escrito lo que acaba de decirme?

—¿Por qué no? le respondí. Ya estoy harto de tanta vejación; den mi empleo al señor Placiard, su amigo de Vds., y se lo agradeceré. Ordene éste las requisas, pues en cuanto a mí, las considero como verdaderos robos.

—Está bien, repuso el prusiano, escriba V. Yo cumplo las órdenes que me dan, lo demás eso me importa.

Entonces y sin meditar el alcance de mi acción, abrí mi papelera y puse por escrito que yo, Cristiano Weber, alcalde de Rothalp, miraba como contrario a mi conciencia proclamar a Bismark-Bohlen gobernador de una provincia francesa, y de consiguiente que me negaba redondamente a ello. Luego firmé y puse la fecha, 29 de septiembre de 1870.

Esta es la mayor necedad que he cometido en mi vida; y por cierto que me costó cara.

El capitán de carros tomó el papel, se lo metió en el bolsillo y se fué.

Dos o tres horas después, y reflexionando lo que había hecho, empecé a arrepentirme, y de buena gana hubiera querido recobrar el papel.

La misma noche, en cenando, me fui a contar a Jorge lo ocurrido.

—¡Bravo! Cristiano, me dijo este fuera de sí de alegría; ahora tu posición está completamente deslindada. No puedes imaginarte cuántas veces te he compadecido al verte obligado, en interés de la comuna y para evitar el saqueo, a entre-

gar bonos a los prusianos. ¡Es tan bestia la gente! Al ver la firma del alcalde, hasta cierto punto le hacen responsable de todo, y no hay quien no se considere el más vejado. ¡Buen peso te has quitado de encima! Además, no podías ordenar requisas hasta en nombre de Henkel de Donnermarck, titulándose este gobernador de la provincia del Mosela. Encárguese otro; no faltarán pillos que acepten tal honor.

Me alegré de veras que mi primo aprobase mi conducta; y ya me disponía a volverme a mi casa. cuando hete aquí que el mismo capitán de carros en manos de quien había yo puesto mi dimisión, entra seguido de tres o cuatro landwehr.

—Esto es para V., me dijo entregándome un pliego, que leí en alta voz, y cuyo contenido era el siguiente:

"Cristiano Weber, molinero, y Jorge Weber, comerciante en vinos, ambos vecinos de Rothalp, conducirán mañana sin falta, a Drulingen, cuatro fanegas de heno y dos de paja. Por orden, Flægel."

—Está bien, haré conducir el heno y la paja que se me exije a Drulingen, respondí aparentando una indiferencia que estaba lejos de sentir ante una requisa tan dura.

—V. mismo debe llevarlas, me replicó brutalmente el capitán de carros; todos los caballos y todas las carretas de la aldea han sido requisados, y V. se ha olvidado demasiado a menudo de los suyos.

—Puedo probar que mis carretas y mis caballos han prestado más servicios que los de otro cualquiera que sea, le respondí incomodado. Ahí están los recibos que Vds. mismos me han librado, y a los que espero dará V. fe.

—En fin, nada me importa, dijo. En la requisa entran también los caballos y las carretas, ¿lo quiere V. más claro?

—Quien manda, manda, dijo entonces Jorge.

—Precisamente, repuso el prusiano, saliéndose seguido de los suyos.

Una vez solos, mi primo me dijo con la mayor impasibilidad:

—Esto da de sí la guerra, Cristiano. No perdamos la calma, y esperemos que llegue la nuestra, como quizás llegue ahora que el "hombre honrado" no dirije nuestros ejércitos. Interin, lo mejor que podemos hacer, si no queremos perder nuestras carretas y nuestros caballos, es cargar nosotros mismos esta noche y ponernos en camino mañana al romper el alba. Antes de las siete de la noche estaremos de vuelta para cenar; y como ya no nos quedará una brizna de paja ni así de heno, no podrán tomarnos más.

Yo reventaba de cólera; pero como Jorge me daba el ejemplo, quitándose el chaquetón y poniéndose la blusa, me salí en busca del tío Ofrán para que me ayudase a cargar.

Mi mujer y Gredel, sobreexcitados a no poder más, me estaban aguardando en la calle. El capitán de carros, antes de dirigirse a casa de Jorge, había pasado por la mía. Las tranquilicé como pude, diciéndoles que sólo se trataba de llevar heno y paja a Drulingen, donde me librarían recibo, que más adelante reduciría a metálico.

Lo creyesen o no, se metieron dentro.

Entonces encendí la linterna, Ofrán se subió al granero y me iba dando las gavillas, que yo tomaba con la horquilla. A las dos de la madrugada y cargada ya la carreta, dí avena a los caballos y me metí otra vez dentro para descansar unos instantes.

A las cinco Jorge llamó a la puerta de mi casa. Me levanté, me puse el sombrero y la blusa, abrí la caballeriza, enganché el tiro y partimos en la creencia de que a la entrada de la noche estaríamos de regreso.

En todas las aldeas por donde pasamos vimos infinidad de landwehr sentados delante de las casas, andrajosos, con los capotones hasta las rodillas y la barba grasienta como cuentan de los antiguos cosacos, y fumando sus pipas.

Aquí y allá vimos también pelotones de caballería e infantería que iban y venían.

Los que entraban de guarnición en los pueblos tenían la orden de dar sus botas a los otros y calzar los zapatos viejos de los relevados.

Por la carretera pasaban a escape algunos oficiales con el casco derribado sobre la nariz. En las antiguas y solitarias ventas, los estercoleros situados al extremo de los corrales estaban llenos de entrañas y pellejos de animales degollados; de esos pellejos, vueltos del revés y rellenos de paja, pendían algunos en las viejas galerías y a lo largo de las barandas de las escaleras, donde en otro tiempo las mujeres tendían la ropa de la colada. En los rostros de cuantos campesinos encontrábamos estaba pintada la inquietud y la más terrible miseria. Sólo los alemanes estaban gordos, pues no les faltaba buen pan blanco, buen vino tinto y buena carne, como tampoco buen tabaco o buenos cigarros; en una palabra, vivían como gallos en el cebadero.

En otros tiempos los alemanes se que-

jaron amargamente de que nosotros hubiésemos invadido su territorio, olvidando que ellos habían sido los primeros en invadir el nuestro. Sin embargo tenían razón; en las postrimerías del primer imperio los franceses sólo se batían por un hombre. Pero ellos se habían vengado dos veces, en 1814 y 1815, y de cincuenta años acá vivían entre nosotros como buenos amigos y eran recibidos como hermanos. Nosotros no guardábamos contra ellos rencor alguno, ni ellos parecían conservarlo hacia nosotros; la paz había suavizado el odio que mútuamente nos habíamos llevado; nosotros no deseábamos más que su prosperidad y la nuestra, pues los pueblos no son verdaderamente dichosos sinó cuando los que los avecinan prosperan: entonces comercio e industria adelantan a compás.

Así éramos nosotros. No hablábamos ya de nuestras victorias, sinó de nuestras derrotas, para hacer justicia a su valor y a su patriotismo, y confesábamos nuestros yerros; ellos reconocían también los suyos y no nos hablaban más que de fraternidad, por lo que dando crédito a su honradez y a la sinceridad de sus palabras, les cobramos afecto.

Hoy existe entre nosotros un odio implacable.

¿Quién es el culpado?

En primer término nosotros, por nuestra estolidez y nuestra ignorancia. Creímos todos que el plebiscito se hacía para afianzar la paz, y lo creímos bajo la afirmación de los ministros, prefectos, subprefectos, comisarios de policía y jueces de paz. Sin embargo un bandido se aprovechó de él para declarar la guerra, dando gusto con ello a los prusianos, que nos envidiaban y nos aborrecían sin demostrárnoslo.

Largo tiempo hacía que estos nos espiaban y estudiaban; largo tiempo que se libraban a los más duros ejercicios, a todas las fatigas, para ser los más fuertes , y buscaban una ocasión para hacerse declarar la guerra a fin de quedar en buen lugar a los ojos de Europa. El incidente de España no fué más que un lazo tendido por Bismark a Bonaparte. "Tenemos un ejército de un millón doscientos mil hombres, decían para sí los alemanes; somos cuatro contra uno; aprovechemos pues la ocasión. Si al gobierno francés le pasase por las mientes tan sólo organizar y ejercitar un poco la guardia móvil, todo estaría perdido. No hay que perder tiempo".

Napoleón III fué tan bestia que cayó en el lazo.

Los alemanes nos han aplastado bajo el número; son los amos; ocupan nuestra patria, y les pagamos millones.

Hoy, sin embargo, vuelven a bandadas, como en otro tiempo, y nos tienden la mano sonriendo....

¡Absit! desviemos la vista de cuadro tan repugnante.

Como el hombre por naturaleza no es tan vil, y por tanto es preciso que existan causas para prescindir hasta el punto que los alemanes prescinden, de la dignidad individual, yo, para excusarlos, pues siempre hay que buscar disculpas a todo, los comparo a esos seres educados en la sumisión, que hacen lo que los pájaros que el chuchero tiene sujetos en sus redes; cantan y silban para atraer a los demás.

—¡Qué bien se está aquí!, dicen; ¡que regaladamente se vive en la vieja Alemania... con un emperador, reyes, príncipes, duques, grandes duques, condes y barones! ¡Qué honra combatir y morir por la patria alemana! El alemán es el primer hombre del mundo.

¡Pobres diablos!, ya conocemos la tonadilla. Es la canción que en sus escuelas os han enseñado vuestros amos. Para el rey de Prusia y para su nobleza es para quienes trabajáis y hacéis el oficio de espías y os hacéis quebrar los huesos en el campo de batalla. En pago os llenan los cascos de frases huecas respecto del hombre alemán, y cuando no cantáis afinado os sacuden solemnes bofetadas alemanas en vuestros alemanes carrillos.

¡Bah! por más que hagáis, los alsacianos y los loreneses no silbarán nunca como vosotros; hemos aprendido otra música.

Como quiera que sea, esto no impedía que Jorge y yo nos viésemos en el trance que nos veíamos y que no supiésemos que a la más leve resistencia nos retorcerían el cuello como a un pollo. Por eso hacíamos de tripas corazón al notar los estragos que había sufrido nuestra tierra, en la que también acababa de declararse la peste bovina. En Lohre, Ottviller y en infinidad de pueblos, esta terrible enfermedad, la más ruinosa para el campesino, empezaba a hacer sentir su funesto influjo, con lo que los prusianos, que comen cuatro veces más carne que nosotros cuando se mantienen a costa ajena, temían que esta iba a faltarles.

Sus veterinarios no conocían más que un remedio contra esa peste, cuyo remedio consistía en degollar la res y colgar debajo de seis pies de tierra sus cuerpos y su pellejo tan buen punto esta rehusaba el heno y se ponía melancólica. No era el procedimiento más ingenioso que el bombardeo de las ciudades para obligar-

lar a rendirse, y el incendio de las aldeas para obligar a sus habitantes a pagar las requisas que les imponían; pero el resultado era seguro.

Los alemanes, en esta campaña, nos han hecho patentes sus invenciones, en las que pensaban hacía años, mientras nuestros maestros de escuela y nuestros periódicos nos decían que pasaban el tiempo entregados al estudio de la filosofía y a otras cosas tan profundas, que de ellas no podían entender jota los franceses.

Poco más o menos a las once llegamos a Drulingen, donde se encontraba un batallón de silesianos, a punto de ponerse en marcha hacia Metz. Parece que también debía pasar en la misma dirección una columna de caballería y que las requisas habían dado cuenta de todo el forraje de la comarca, pues nuestra paja y nuestro heno fueron inmediatamente descargados en una troja, situada al extremo de la aldea, y de lo cual el mayor nos libró recibo. Era este un prusiano de barba entrecana, que nos observaba con los ojos entornados, como un viejo gendarme que tomase nuestra filiación.

Listos ya, Jorge y yo nos disponíamos a regresar a nuestras casas, cuando salimos a la ventana y oímos que cargaban en nuestras carretas los bagajes del batallón. Entonces me eché a la calle, gritando:

—¡Eh! ¡esas carretas son nuestras! Hemos venido a hacer entrega de una partida de paja y de heno.

El comandante silesiano, que era alto, huesoso y tieso, se encontraba a la puerta de la casa. Al oirme volvió la cabeza, y al ver a sus soldados detenerse, les dijo:

—Proseguid.

—Pero comandante, le dije, vea usted el recibo que acaba de librarme el mayor.

—Eso nada tiene que ver conmigo, me respondió volviéndome la espalda y entrando en la comandancia, donde estaba puesta la mesa para la comida de los oficiales.

Como puede suponerse, Jorge y yo nos quedamos en la calle indignados a más no poder. Los soldados, al notar la ira que nos dominaba se echaron a reir, y a no ser por dos centinelas que se paseaban por delante de la puerta y me hubieran pasado con sus bayonetas, hubiera sido capaz de abalanzarme a ellos y cruzarlos a latigazos.

Palidecí de rabia y me dirigí a la taberna de Finck, donde me había precedido mi primo. El pequeño comedor estaba henchido de soldados, que comían y bebían como saben hacerlo los prusianos, esto es, hasta atiborrarse.

Este espectáculo y el mal olor que despedían los soldados nos hicieron salir más que deprisa. Una vez en la calle, Jorge me dijo:

—Nuestras muejeres van a estar con cuidado, y por consiguiente es preciso que veamos si alguien se encarga de avisarlas lo que nos pasa.

Pero por más que nos hicimos todo ojos, no vimos a nadie.

Los caballos de los oficiales estaban alineados a lo largo de la pared, con la brida colgada del arzón, y comían tranquilamente su pitanza; a los nuestros, ya fatigados, nadie cuidaba de darles nada.

—¡Eh! die al "feld-weibel" que vigilaba el cargamento, supongo que antes de anudar la marcha van a dar un puñado de heno a nuestros caballos ¿no es eso?

—Si traes dinero, me respondió riendo el "feld-weibel", puedes darles tanto heno y aun avena cuanto quieras. Mira, ve lo que dice la muestra de ahí enfrente: "Aquí se vende hecho y avena".

En aquel momento hice más acopio de odio contra los prusianos que no podré verter en toda mi vida.

—Vente, me dijo Jorge asiéndome del brazo y llevándome consigo a fin de evitar que en mi indignación cometiese una barrabasada.

Le seguí, y ambos nos entramos en la posada del "Caballo bayo", que estaba tan lleno de gente como el otro, aunque era más grande y más alto el techo. Hicimos que diesen pienso a nuestros caballos, y nos sentamos solos en un rincón, donde nos comimos un pedazo de pan y nos bebimos un vaso de vino mientras mirábamos las tropas que pasaban por la calle.

Yo mismo llevé dos cubos de agua a nuestros caballos, pues harto me sabía que los alemanes no se tomarían tal trabajo.

Jorge llamó en seguida al mercader ambulante de jabón Friedel, que en aquel momento pasaba con su canasta, para recomendarle que dijese a nuestras mujeres que no nos aguardasen hasta el día siguiente por la mañana, por vernos obligados a llegar hasta Sarreguemines.

Friedel prometió cumplir el encargo y prosiguió su camino.

Casi al punto oímos voces de mando y ruído de armas; el batallón iba a ponerse en marcha; por tanto nos apresuramos a pagar el gasto y nos salimos para tomar las bridas a los caballos.

El tiempo estaba magnífico para ponerse en camino, pues no hacía mucho sol ni demasiada sombra. Además, al comparar los alemanes a nuestros soldados en la marcha,

(Continuará).

DECISIÓN

La noche palidecía de amargura en el dormitorio de Ruth... Tenía los ojos abiertos. Sollozaba muy quedamente para que no la oyera su abuelito... Toda la escena que acababa de pasar..., con todos sus detalles, la reconstruía y ampliaba su imaginación exaltada... Los ojos fijos de Luis Alberto escudriñando su interior..., para echarle en cara su falta — según ella— los veía en todas partes... y en la sombra de la habitación, parecían encenderse en un fuego misterioso y diabólico... Luego repetía entre dientes sus palabras ¡"lo sé todo"!... Le quemaban la garganta!.. ¿Cómo le contaría Ernesto su "caída"? Seguramente que la ampliaría fantaseando... y pensaba mientras ahogaba un sollozo..., que su única falta... la cometió en un momento de embriaguez voluptuosa... Al igual que la protagonista de Zamacois en "Noches Satánicas"..., sufrió del mareo irresistible del momento, en que, mientras la luz ardía como mágico pebetero y las flores aromaban cálidamente la habitación.. hablaba a su oído.. la voz suplicante del enamorado... y su cabeza perfumada, tan cerca de la suya; le causaba un mareo extraño... Luego el beso fuerte y audaz...

¿Por qué no se impuso su voluntad? Comprendía que había sido débil..., que una fuerza desconocida la arrojó a la pendiente peligrosa...

Era que su juventud, aun sin el timón de la experiencia, fué vencida por el dragón audaz, que a base de la incertidumbre y de provocar lentamente el efecto magnético con el ambiente afrodisiaco y la caricia vehemente..., pudo contar una victoria más...

¡Y la bella Ruth lloraba de arrepentimiento!... ¿Acaso después no fué digna? ¡No le rechazó cien veces! Y si lo saludaba aun, era por el temor de provocar rabia en él... y entonces... ¡estaría perdida!

Y pensaba luego en el sufrimiento de Luis Alberto. ¿Cómo soportaría la terrible revelación? ¡Quizá a esa hora estaría despierto!.... ¡Sufriría como ella!.. Pero, ¿acaso la despreciaría en lo sucesivo? Esto era lo que la atormentaba. ¡Ya no soy digna de él!.. ¡Oh, si supiese la verdad... por que caí contra de mi voluntad..., en un instante único!.. Y que el sacrificio que me impusiera sería capaz de realizarlo... ¡con tal de que me perdonara!.. Y lloraba lentamente.., dulcemente..., en el silencio absoluto de su habitación llena de sombras!....

Efectivamente, Luis Alberto estaba despierto. Algo más, estaba levantado. Después de tener plena seguridad de la culpa íntima y desesperante de su bella Ruth...., meditó, sufrió... Era un tumulto de pensamientos los que lo acosaban...

¿Averiguar pormenores? ¡Nó! ¡Se bastaba con lo que sabía!.... ¡A ella..., no le hablaría más de "eso"... ni de nada!..

Apagaría con voluntad su pasión... Sí... ¡sería fuerte! ¿No se jactaba acaso de serlo?.. Después pensaba que Ruth, sufriría más que él... Su sentimentalismo lo hacía quedar suspenso..., como en éxtasis!.. El dolor de la mujer es sagrado, decía entre dientes... Y en vano buscaba una salida a tanto sentimiento distinto.

Me iré de aquí!.... Pensó. Así... no la veré más y podré olvidarla!.. Se quedó un momento como una estatua, rígido, lánguido... Con tantas impresiones fuertes..., su cerebro trabajaba velozmente y se detenía en una atonía lamentable.

De pronto, un brusco movimiento..., abrió bien la ventana... Fijóse rápidamente en sus muebles... Estaba decidido. se iría, y esa misma noche arreglaría todo.

Bien sabía que no podría dormir. Sus cuàdros, a la luz de la bujía y en una suave penumbra algunos, parecían cobrar gravedad... Stechetti..., más vecino a la luz, florecía en luna su melena lacia y abundante. Su gesto raro y contraído por una amargura eterna..., parecía hablar a Luis Alberto y dialogar sobre el Dolor irremediable.

Carlos I, con la mirada vaga, cual si presintiera el terrible desenlace de sus días..., cuando Cronwell imponía su audacia..., y corrían días glaciales para su reinado... le traía el recuerdo de aquel otro monarca desgraciado Luis XVI..., en cuyo cuello también crujió terrible la invención del doctor Guillotin..., y una tarde, en el nuevo Trianon..., triste y solo... observó la tela admirable de Van Dick..., cual si estuviera pendiente sobre su cabeza..., ¡la fatal sentencia!..

Y ahora... por él... Acaso el destino no suspendía su cuchilla tajante... sobre su vida en interrogante glacial?..

Acaso él, como era el dueño de su reino interior, donde la desventura hizo temblar su trono!... y en su íntimo dolor, todo lo reducía y aplicaba imaginativamente a su propia persona. Sus cuadros eran sus amigos, y ahora sufrirían con él!....

Por eso Schopenahuer le pareció más escéptico... y el semblante hermoso de Póe, desprender un suave resplandor de amarga dulzura!..

Todo, después de contemplarlos, iban quedando en un mismo montón.

Así hizo su acomodo con apresuramiento y en una nerviosidad enfermiza. Una claridad difusa se abría paso entre los árboles de la quinta. La ciudad principiaba a despertar, con el ruído del tráfico. Recordó, asomado al balcón, el día aquel, cuando junto de Ruth, evocaba los recuerdos de sus años infantiles...

¡Y hoy tan lejos que parecía estar de todo eso!... La dulzura de esa remembranza, se convertía en un agudo dolor... en el corazón de Luis Alberto.

Por fin amaneció del todo.

Bajóse resuelto. Pensó que con cualquier pretexto, convencería de su separación al bueno de don Nemesio..., que por Ruth, no había necesidad de aclaraciones.

Iría a un hotel,, hasta mientras encontrara una casa seria de familia. Don Nemesio estaba levantado y fumaba tranquilamente.

La tranquilidad del abuelito de Ruth, le causó pena.. ¡pobrecito!, se dijo para sí.

Pero se equivocaba. Dentro de su habitual tranquilidad, vagaba la silueta pálida de su hija, que ese día cumplía el segundo aniversario de su muerte... y pensaba que un poco más tarde iría con Ruth a dejar muchas flores en su tumba!..

—¿Cómo ha amanecido, don Nemesio?

—Bien... Luis, aunque un poco triste, — murmuró — en este día.

—A sí. ¡Ya recuerdo, tiene razón!

—Ha madrugado mucho...

—Es que... me voy don Nemesio...

Ruth, ya levantada, escuchó temblando a Luis Alberto desde su pieza.

—¡Se vá! — dijo asustado don Nemesio. ¿Y para dónde?

—Me cambio de casa. Ha venido una tía mía... y quiere que vivamos juntos.

—Lo siento mucho Luis, pero... tiene razón...

—Voy en busca de un coche — dijo — y se alejó de prisa.

Ruth se ocultó, no se animaba a verlo... Lloraba dulcemente, cansada ya... ¡Había llorado tanto esa noche!.. De modo que se vá, pensó me odia... ¡Ni ha preguntado por mí! ¡Ni siquiera ha procurado verme!

Un coche se detuvo. Le hablaré yo. Dijo. Tendré valor.

Pasaba Luis Alberto y Ruth le salió al paso. ¡Ruth! — dijo Luis Alberto sorprendido.

—Sí, Ruth... disculpe que lo interrumpa... Pero me es forzoso... hablar por última vez... Creo que se vá — no se animó a tutearlo.

Ruth temblaba al hablar.

—Sí... Ruth, — le dijo muy bajo Luis Alberto — lo he pensado mucho... y me he decidido.

—¡Decidido!... y sin decírmelo. Sin escucharme...

—No hay necesidad. ¿Para qué?

—¡Es cierto, por que ya no me quieres!..

Luis Alberto no contestó... Cuantas cosas diría si hablaba...

—Con permiso, — dijo al cabo de un instante. — Voy por mi equipaje.

Ruth lo vió alejarse. Quedó como petrificada en el piso. Un mareo cuasi la hizo dar en tierra. Entró difícilmente en su pieza, sacó un retrato que le regalara Luis Alberto y lo llevó corriendo a don Nemesio, antes de que aquél descendiera.

—Toma!, abuelito, — le dijo — dale a Luis Alberto, y si pregunta por mí, para despedirse... que... que... he salido — y corrió nuevamente a su pieza que cerró con fuerza.

Don Nemesio quedó con el retrato perplejo.

—¿Qué significaba esto? ¿Por qué no se despediría?

Creyó que era una broma de su nieta y sonrió. Cuando bajó Luis Alberto con su valija, le dijo:

—Tome Luis... debe ser una estampa... ¡Locuras de mi nieta! — Y le alargó el retrato.

REVELACIÓN

—Sí, — dijo Luis Alberto, — hoy vivo en este Hotel. Antes ocupaba una pieza en Cangallo y comía en el Centro... en cualquier parte. Casi siempre en El Florida.

—Yo también hice esa vida en otro tiempo, — agregó Ernesto. — Tiene sus atractivos, sobre todo en una variante que agrada especialmente a los que como nosotros, sentimos la vida y nos agrada un poco de bohemia. Y hablaba displicentemente, sin afectación... como toda persona convencida de sus méritos.

Luis Alberto tenía una inquietud irresistible de que por sí..., sin que él le interrogara, le contase la "caída" de Ruth... ahora, a la inversa que en aquella oportunidad, cuando le llenó de tristeza su espíritu y de sobresalto, cuando sospechó la verdad, quería, necesitaba conocer "aquello"... Total... ya había hecho su composición de lugar, y si bien no la olvidó del todo..., por lo menos le aguzaba la curiosidad... Quería conocer recién... quien era Ruth... Seguramente que le sería doloroso aun..., escuchar la palabra quizá torpe que la condenaría en absoluto..., máxime, cuando sería Ernesto quien la definiría... Pero la verdad absoluta, de la vida íntima de Ruth, lo subyugaba. ¿Acaso no era digna de lástima... si su comportamiento anterior fué vergonzoso? No habría, en su fibra sentimental, en su dolor de artista, en un amago de justicia para la víctima social..., la que se condena al martirio de su vergüenza... y al látigo de la hipocresía, con relieves de moral, cae en el corazón de la culpable... como una lápida aplastante!.. Y pensó en uno de los intensos dramas de Florencio Sánchez... En esas criaturas que "caen" por fatalidad..., por inexperiencia, cuasi... por extorsión moral... Y la horrible figura de Almafuerte... se perfilaba en su imaginación..., como la de un profeta. No cantó él le desventura de esas vidas frágiles, que al romper un capullo de ensueño..., quebraron sus alas, en el eterno dolor de las abandonadas?

¿Y Carriego, no perdonó a su caperusita?... Todo lo que había en él de hombre, de filósofo y de artista, pondría al servicio de esa criatura que amó con hidalguía, y que soñó inocente... Si la sociedad y los hombres haciendo uso de su maldad, le echaran en cara su mala conducta..., si la aplastaran con el desdén o la carcajada, él la defendería..., pero después de saber quien era..., como cayó... Hoy, frente a Ernesto..., sufriría oyéndolo, pero era fatalmente necesario... conocer la Verdad!....

Conversaron generalidades. De todo. Como no se sentía suficientemente fuerte, Ernesto, para hablar de asuntos serios o literarios, comenzó a contarle una de sus últimas aventuras galantes.

Luis Alberto estaba maravillado. Poco a poco llegaría hablar de Ruth. Se hacía el que atendía hasta con marcado entusiasmo y esto complacía sobremanera a Ernesto, quien hacía prodigios de chistes y pasajes pintorescos en el curso de su narración desordenada.

—Y cual ha sido de todas, — dijo marcando interés y dando importancia a la narración donjuanesca de Ernesto, — las aventuras, la que más te impresionó?

Ernesto se quedó un momento en silencio, como si tratara de recordar. Después, torciéndose graciosamente el bigote, dijo, mientras sonreía de una manera particular.

—¿Recuerdas de esa figulina... que te mostrara en Florida... de Ruth?

Luis Alberto se estremeció.

—Sí, — le dijo.

—Pues bien, — continuó Ernesto, — fué la aventurilla más interesante, por ser la conquista más difícil.

Yo la impresioné..., la marearon mis palabras..., mis súplicas. Era inocente como un lirio. Ella me quiso mucho y yo abusé de ese cariño. No te podría describir bien la escena, por que sufro al recordar mi perfidia... Nunca, en mi vida, me había tocado un caso tan extraño. Vieras! Se levantó llorando... No se animaba a mirarme.. y asómbrate, jamás me quiso ni responder siquiera, cuando la casualidad me colocó a su lado. Solo nos saludamos. Donde inferí, — dijo cambiando de tono, y con su aplomo de hábil conquistador, — que fuí el primero y el último.. Yo soy así, tengo un don especial. Caen conmigo aunque sea una sola vez... pero caen!

Como Luis Alberto callaba..., prosiguió:

—Por eso, te digo, que fué un "caso" que me impresionó más que todos. ¡Pobrecita! Vive con su abuelito el que es ciego por añadidura.

Luis Alberto meditaba. Pero como no quería hacerse sospechar nada con Ernesto, le preguntó, aparentando indiferencia.

—Y esta aventura, por ser la más difícil y extraña..., la habrás contado a todos tus amigos. ¡Un triunfo donjuanesco!

—Nó, Luis Alberto, te lo juro. Te contaré una debilidad mía. La quería... y aun la quiero. Cuando cayó así... y lloró su arrepentimiento, y me despreció en mis propias narices... un sentimiento extraño me invadió. Exceso de amor propio..., de voluptuosidad, de cariño mismo. A nadie hablé de que fué mía una vez. Si yo después de "eso" me hubiera decepcionado de ella... si. Pero la ví digna como en el primer día, y el cariño bueno, franco y sincero volvió a apoderarse de mí...

—¿Y si es así, por que me contaste a mí sin reservas de ninguna clase?

—Por que ya me he convencido que voy detrás de un imposible..., me desprecia! Para que guardar la clave de ese misterio..., si..., ya no me alienta la ilusión de hacerla mía para siempre?....

Ya nunca fuí a su casa, por pedido de la misma Ruth. Hay allí una vieja endiablada... Nos veíamos en Flores, en lo de unas amigas suyas.

—¿Y por qué dices que has perdido la esperanza... y ya no guardas reserva?

—Por que estoy convencido. Sus amigas, días pasados me desengañaron completamente... Ella flirtea con otro, me han dicho. Y no quisieron nombrar al agraciado.

Debo decirte, que a pesar de sus desprecios, yo perseveraba. Creía que algún día me querría otra vez... Tenía a mi favor su "caída". Ella temía que hablase...

Luis Alberto comprendió todo..., todo...

Si no le era posible amar y hacer feliz a Ruth, con su cariño..., podía salvarla.

Y que grande sería él, ante sus mismos ojos elevando la personalidad de Ruth, al plano de la virtud que bien se merecía, librándola de la cen-

sura y descalificación social a que llegaría, si Ernesto continuara en la idea de propagar su "caída".

Sí... sería su salvador!.. Pondría un rayo de luz en su angustia, en su descepción.

Porque comprendía, casi como si lo sintiera, el amargo y el cruel dolor que soportaría el corazón de la bella Ruth. Por que, cuando creyó ser feliz con el cariño que él le brindara, cayó como de una montaña, al fondo del abismo, y de allí no se levantaría... Siempre habría el mismo motivo, imperando por encima de su Vida como una Fatalidad...

Para la realización de sus sueños..., para la culminación de su cariño, no había ya corazón. Pero para hacer feliz a Ruth, para volver a encaminar su espíritu hacia la serenidad de una felicidad, sino total..., pero digna, había tiempo! ¡Y allí pondría todos sus afanes! Todo su esfuerzo.

Volvió como de un viaje largo su pensamiento, y le dijo a Ernesto:

—Prométeme que no dirás a nadie, lo que me has contado de Ruth... y si quieres..., si aun la amas, yo te ayudaré. Me introduciré por cualquier medio...

Aquí vinieron las preguntas de Ernesto y la incredulidad de la proeza de la que se jactaba su amigo. Pero le habló éste con tanta seguridad, con tanto aplomo; le hizo ver la probabilidad que habría para que Ruth lo aceptara..., agregando con emoción: Si digno fuiste, Ernesto, en guardar tan grande secreto..., más digno y feliz serás haciéndola tu compañera. ¡Ella, te querrá con agredecimiento! Que Ernesto consintió.

Qué le importaba los medios de que se valdría Luis Alberto para ayudarlo..., si Ruth... sería suya!.. Y bueno es confesarlo..., pensaba también que tendría por delante... las rentas de las casas de Ruth...

—Vente mañana a esta hora, — le dijo Luis Alberto, al despedirse de Ernesto.

—¡Como reloj!, — díjole éste. — Desde ya te agradezco... Y se fué.

Cuando lo vió perderse en el torbellino de transeuntes de la Avenida, pensó que mientras Ernesto se separaba con el corazón rebosante de nuevas esperanzas..., él, entregaba con magnanimidad... ¡lo que era suyo!

SACRIFICIO

La casita de Ruth, se envolvía en las sombras.

Anochecía lentamente y una llovizna menuda empañaba los cristales. En esos días se había resentido la salud de Ruth, y la de don Nemesio amenazaba hacer crisis. No se oía otra voz que la de doña Rosario, que discurriendo en los afanes de la casa, hablaba como un gramófono.

Ruth tenía más que nada un hondo desaliento. Trancurrían las horas y ella vagaba por toda la casa como en una inconsciencia absoluta. Parecía que nada ya moviera su atención, que no esperara nada bueno... Pensaba, si como a "Letizia" le había tocado el turno de sumirse en una angustia infinita..., sin límites... Angustia que emanaba de si misma..., de su culpa... Nadie más que ella era responsable de la languidez enfermiza que la consumía. Ni tenía siquiera quien le diera aliento para sobreponerse... Y entonces se sentía más sola que nunca..., y la figura de sus padres, parecían cobrar contornos reales de su imaginación. ¡Sola!.... Su abuelito desde que fueran al cementerio..., cayó enfermo..., Y aunque así no fuera. Nunca le participó sus dolores, por no entristecerlo! Y comprendía más que nunca la amarga verdad de sentirse huérfana. Lo que la desconsolaba más que nada..., era el grave desenlace de su cariño por Luis Alberto. En él había puesto sus esperanzas. Con él, vió el horizonte de su vida en el Futuro... Y ahora..., todo se había derrumbado. Y algo más, no le quedaba siquiera, la posibilidad de que al correr el tiempo... alguien le ofrendara su cariño..., cuando haya borrado de su recuerdo el nombre de Luis Alberto. Esa Noche estaba sentada al lado de la cama de don Nemesio. El viejito descansaba en su lecho con la paciencia de un niño. Su respiración fatigosa era la única que se percibía, y los dedos de la lluvia que golpeaban lo cristalino de una monotonía desesperante.

Un crucifijo pendía de la pared, con su expresión clásica de dulzura y de dolor resignado...

—Abuelito... ¿Te sientes mejor? — le dijo Ruth, al ver que se moría.

—Sí..., no te aflijas... tengo la enfermedad de los viejos... difícilmente puedo respirar..., pero no te aflijas.

—La enfermedad de los viejos? ¿Qué es eso? — Dijo Ruth con afectación...

—De la... que murió tu tío Vicente...

Se hizo aquí un silencio absoluto. Ruth temblaba... perfectamente recordaba, cuando su tío Vicente, sintiera una opresión al pecho que lo ahogaba por instantes... Y no se levantara más... La sombra de un presagio le nubló los ojos.

Fué como si don Nemesio comprendiera lo que pasaba en el corazón de su nieta, por que le dijo muy dulcemente..., y sus ojos sin luz bailaron en las órbitas, mientras su cara abigarrada y amarilla, ostentaba un aspecto casi de alegría, y una mueca más que una sonrisa, se abría en su boca descolorida.

—Mañana... ya estaré bien. No te aflijas, mi Ruth... ¿Que no recuerdas que tenemos que ir al Carmelo a la misa por el alma de tu mamá? ¡Ah!, olvidabas que la aplazáramos. Cuasi que caí... pero ya estaré fuerte. ¡Pobrecita! ¡que buena era!

Y como Ruth callara, prosiguió cambiando de tema como para distraerla.

—¿Y Luis Alberto, no vino? ¡Que ingrato! Pero el pobre vivirá lejos... y sus estudios...

Ruth se estremeció al oirlo nombrar por su abuelito... Pensó que era absolutamente inocente de la historia desventurada de sus amores... Que ignoraba su falta y el amargo dolor que la convertía en la sombra que vagara inútil.

Sin embargo, creyó oportuno decirle algo...

—Ha de venir esta noche abuelito. No puede dejar pasar tanto tiempo!

Y le quemaban los labios, la amarga ironía!.. ¡Ella que perdiera la esperanza de verle siquiera!

—Bueno, bueno..., si viene lo haces pasar aquí, ha de tener deseos de verme...

En ese momento entró doña Rosario con una taza de leche, para don Nemesio.

—Llueve una barbaridad. ¿Y vos no pensás arrimarte a la mesa? — le dijo a Ruth.

—Dentro de un momento, no tengo ganas de comer.

—¡Ya estás con romanticismos! También has de querer ponerte más delgada.

Ruth ya no contestó, pero una ola de amargura le subió hasta el pecho. Era como si en doña Rosario, áspera y ruda, personificara su vida en el más allá.... si tuviera la desgracia de perder a su abuelito!... ¿Y bajó los ojos en un pensamiento fatal... y pensó que su abuelito no podía ni leer en su semblante la tristeza que le agotaba su voluntad!..

Sonó el timbre.

—Voy a ver, — dijo doña Rosario, haciendo sonar sus tacos enormes en el piso.

Ruth se puso atenta. ¿Quién sería? Acostumbrada estaba que nadie viniera a su casa, a no ser alguna vieja, amiga de doña Rosario.

—Luis Alberto! Gritó desde la puerta y desapareció.

Ruth quedó estupefacta... Luis Alberto... ¿No habría visto mal?... ¿Por qué vendría? Atrevesó las piezas como inconsciente. Efectivamente era Luis Alberto, envuelto en su capa de goma, apenas pudo verle una parte de la cara.

—Adelante, — dijo Ruth toda cortada...

—Como está Ruth, — le dijo con afabilidad, cosa que acabó de desconcertarla.

—Bien, es decir, yo... abuelito está enfermo. — Luis Alberto leyó de una sola mirada el sufrimiento en el semblante pálido de Ruth y en sus ojeras violáceas.

Conmovióse íntimamente, pero el recuerdo de sumisión, en beneficio de ella, lo alentó al punto que le dijo con expresiva dulzura mientras tomaba asiento.

—¿Ya han cenado? Lo sentiría por que venía casualmente a cenar con ustedes..

Ruth ni sabía atinar, por que Luis Alberto, le hablaba con tanta soltura y confianza.

De pronto, sus ojos cobraron un brillo extraño, y una dulce alegría se abrió en su corazón... ¡Le habría perdonado!..

—Todavía no, — le dijo. — Con mucho gusto...

—¿Verdad que su abuelito está enfermo?, — agregó Luis Alberto, — lo siento mucho Ruth, pero lo haremos nosotros y después pasaré a saludarlo. De todas maneras me disculpará. ¿No es de gravedad, verdad?

—No... Debe ser un fuerte resfrío... aun que temo... tiene un poco de fiebre. En ese momento entró doña Rosario con la comida. Apenas lo saludó a Luis Alberto. No lo quiso nunca... verdad que ella, fuera de su persona, no tenía otra buena amistad.

Tomaron asiento, el uno frente del otro. La casualidad hizo que ocuparan los mismos asientos que los de la última noche.

Ruth recordaba esa noche... al verlo a Luis Alberto, y sufría en silencio... Cuán breves fueron los instantes y cuanto dolor sembraron en su alma!

—Le extrañará Ruth, que haya venido, le dijo Luis Alberto, pero era necesario... No le habla el enamorado, sino el filósofo amigo. El cariño me lo reservo, hoy se trata de su felicidad..., de su salvación, la mía no me obsesiona, porque es correlativa con la suya.. Seré feliz si usted lo es! Y expuso a Ruth su plan con entusiasmo, con pasión.

Ruth lloraba muy quedo como si ante la realidad de su convencimiento,

como si al palpar ya el absoluto desengaño del amor de Luis Alberto fuera estrujando su corazón!..

En el curso de sus palabras, le había interrumpido varias veces. Entonces, le dijo:

—¡No me quiso nunca!..., de ser así... me hubiera perdonado...

—Yo la perdono Ruth, — le contestó. — Pero, ¿cree posible nuestra felicidad, cuando todo el mundo sabría su falta? Por más que nos fuéramos lejos, siempre la fatalidad haría que su frente palidezca de vergüenza. ¡Nó, no es posible! Casándose con Ernesto, como nadie lo sabe sino los tres queda intacto su nombre y su honor!....

¡Anímate Ruth!.. Yo viviré cerca de ustedes. Seré un padre bueno que los guiará y defenderá siempre..., él la hará feliz, por que no es malo y aconsejándolo yo, marchará por donde le indique.

—¡Es un sacrificio!.. Después de aquello... le odio!

—¡Pero si ahora resarce su mal!

Ruth calló... acababa de comprenderlo todo.

Ernesto la quería por que no dijo a nadie, a no ser a Luis Alberto su secreto, y ante el desengaño de casarse con éste... ¿no llegaría a quererlo? ¿Acaso no había sido abnegado y conservó su honor intacto? En cuanto a Luis Alberto adivinó la sublime abnegación!..

Sacrificaba su amor, si bien ante el imposible realización de sus ensueños..., para que ella no se avergonzara nunca!.... Le quitaba la piedra del camino, siempre, siempre, hubiérala amenazado aplastarla! ¿Cómo hubiera sido su vida en lo sucesivo si ya no tenía esperanza... y si cada vez que las forjara, el recuerdo de su culpa lo empañaría todo?....

—Decídase, — le repitió Luis Alberto al ver que guardaba silencio.

—Usted cree que no sufro.. al proponer orientar su vida para el porvenir...

—Si el amor mío, no es vulgar, Ruth, sino soy un chico impesionable! Él se convertirá en cariño fraternal en lo sucesivo, así lo espero!

—Luis Alberto!, — dijo Ruth — cuan bueno es! ¿Verdad que me querrá como hermano?

—Entonces, ¿Aceptas?

—¡Sí... acepto!..

Pero con la condición de que no me abandonarás... ya sabes que casi estoy sola en el mundo... No tengo más familia que abuelito...

La voz de don Nemesio que llamaba a Ruth, cortó el diálogo y fuéronse hacia él, en el silencio absoluto de la noche, por dentro de las piezas llenas de sombras, como dos hermanos...

Nicolas Aguero Vera.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánches. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 638.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas, de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.
20. — Neurosis de amor, de Evil Thogorma.
21. — La Histérica, de Julio del Romero Leyva.
22. — Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.
23. — El Derrumbe, de Roberto Gache.
24. — El hijo gaucho, de A. Montiel Ballesteros.
25. — Rodolfo, de Alfonso Vázquez.
26. — El misterio del cuarto verde, de Eduardo R. Archidona.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

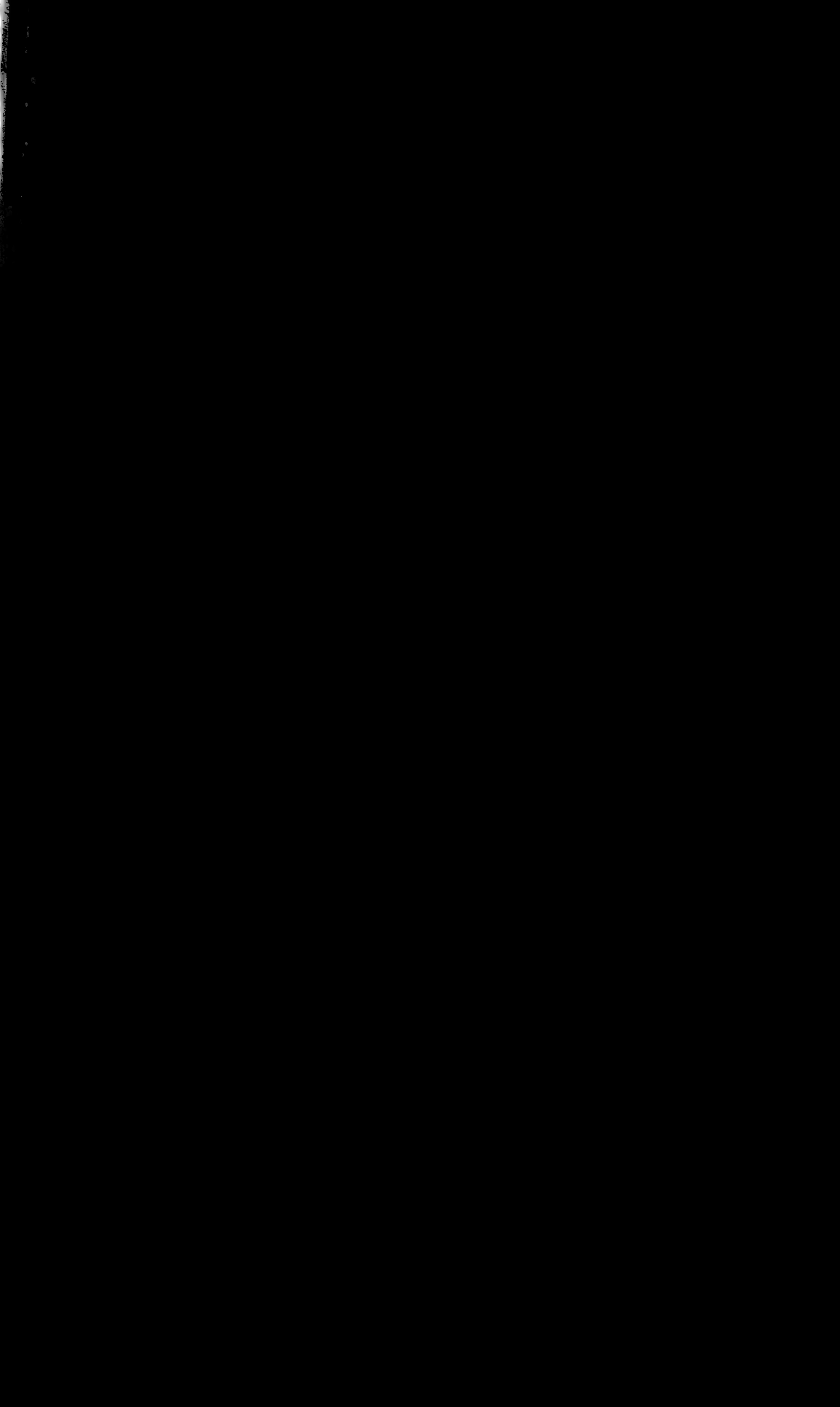
CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas. de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.
20. — Neurosis de amor, de Evil Thogorma.
21. — La Histérica, de Julio del Romero Leyva.
22. — Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.
23. — El Derrumbe, de Roberto Gache.
24. — El hijo gaucho, de A. Montiel Ballesteros.
25. — Rodolfo, de Alfonso Vázquez.
26. — El misterio del cuarto verde, de Eduardo R. Archidona.



M

Jom

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, OCTUBRE 15 DE 1918 — TOMO III - N.º 28

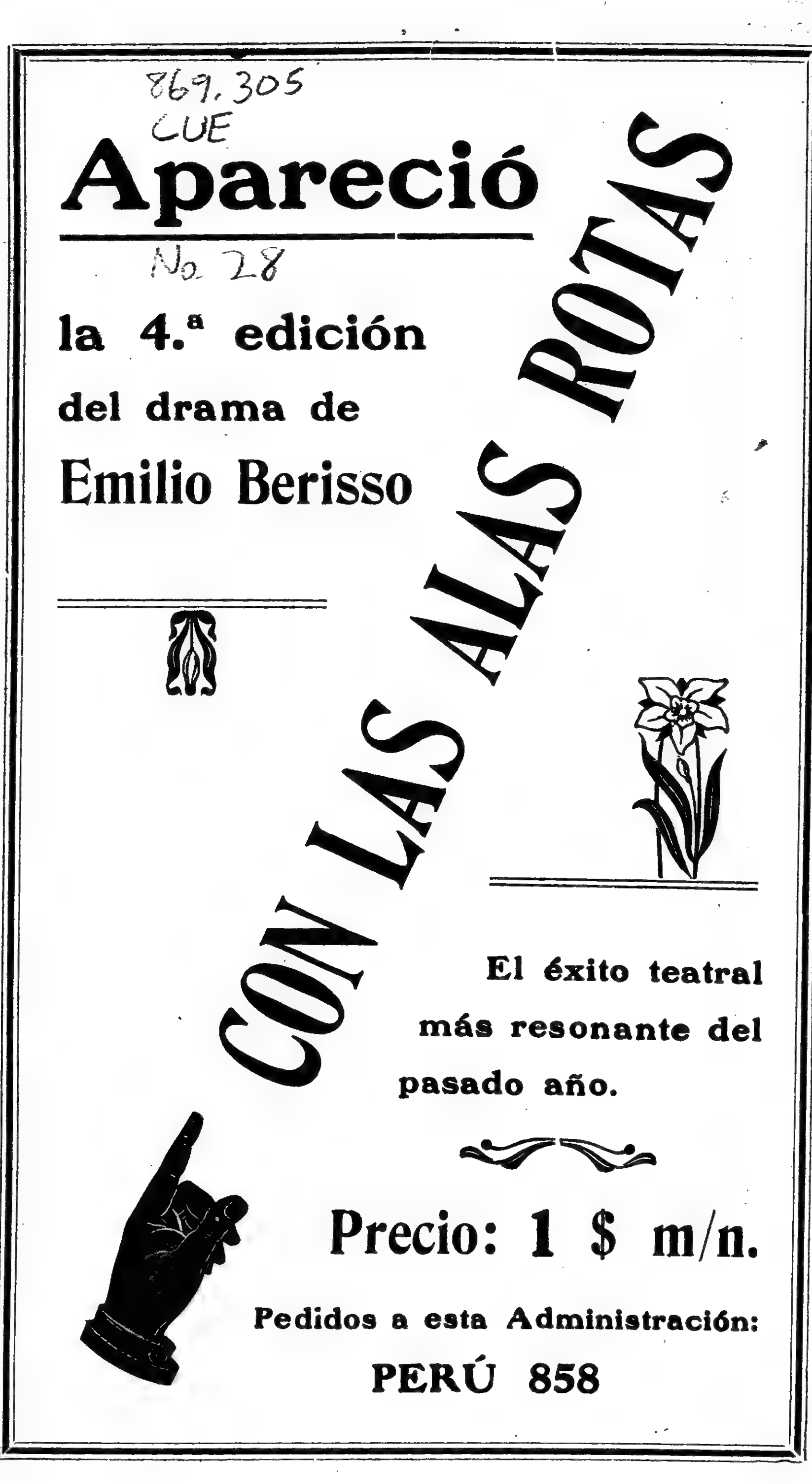
I PRIMA LYDIA

POR

ner B. Villar

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos


Apareció
la 4.ª edición
del drama de
Emilio Berisso
CON LAS ALAS ROTAS
El éxito teatral
más resonante del
pasado año.
Precio: 1 $ m/n.
Pedidos a esta Administración:
PERÚ 858

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 15 DE 1918 TOMO III N. 28

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

Mi prima Lydia

POR

JOMER B. VILLA

Ilustraciones de EUSEVI.

A mis amados padres, cariñosamente.

CAPITULO I

REMEMORANDO...

Heme aquí, postrado en la mullida butaca por esta incómoda dolencia; por esta maldita gota que me impide todo movimiento.

Por la ventana que da a la aristocrática avenida, barrida por un cierzo helado, que juguetea con las hojas desprendidas de los árboles por las primeras heladas,—precursoras de un temprano y cruel invierno,—veo a un jovenzuelo que arrebujado en un amplio gabán, taconea vigorosamente para entrar en calor... Pero... la glacial temperatura no le impide dirigir una galantería a esa linda modistilla, de figura grácil y elegante...

Y a mi mente acuden los recuerdos en tropel... Recuerdo que en un tiempo ya lejano yo también fuí joven y ágil como el adolescente y corrí detrás de una obrerilla hermosa, pizpireta y acicalada...

Mis triunfos en lances amorosos fueron muchos, incontables... y esta boca de labios resecos y arrugados, que ahora véis han recibido muchos besos ardientes, de boquitas femeninas, encarnadas, incitantes, frescas como una rosa y... pero el grito de mi nieto favorito entregado a sus juegos infantiles, me hace volver a la realidad... ¡a la horrible realidad!..

Y mi alma, al evocar estos dulces recuerdos; las horas dichosas de los días que pasaron para no volver siéntese invadida por la desilusión y la pena...

Bien dijo alguien en bellísimas frases: "No hay mayor dolor que recordar el tiempo venturoso en la desgracia".

Hoy estoy de buen humor. Os contaré la historia de mi vida, con sus triunfos y adversidades; sus dolores y alegrías, sin quitar ni agregar nada, pues a pesar de los años transcurridos, recuerdo vívidos los más mínimos detalles.

CAPITULO II

EL HOGAR PATERNO

Mi padre poseía una regular extensión de terreno fertilísimo, cruzado por numerosos arroyuelos, que bajaban de las serranías, que constituyen la región montañosa de la provincia de Córdoba.

Cuatro leguas de camino, poco menos que intransitable por lo escabroso, nos unían con la capital de la provincia.

Vivíamos en la santa paz del hogar, ocupados en nuestras faenas campestres. Mi padre, enfermo y achacoso, administraba nuestra posesión, y mi madre ocupábase en los quehaceres de la casa y nos conducía por el sendero del bien.

Yo, único hijo, fortalecido mi organismo por el clima saludable de las montañas, era a los veinte años, un hombre hecho y derecho, y poseía fuerzas poco comunes. Mi principal trabajo consistía en ordeñar de madrugada las vacas lecheras y recorrer después los rebaños que constituían nuestra fortuna.

Y aunque monótona, nuestra vida se deslizaba dichosa y apacible... Vivíamos envueltos en una atmósfera de felicidad. Nos levantábamos temprano y nos recogíamos con el sol, exceptuando las noches de invierno, en que pasábamos las largas veladas leyendo al calor de la lumbre... Y desde fuera nos llegaba el concierto de balidos de las ovejas y sus crías encerradas en el redil...

CAPITULO III

MIS PADRES

Pertencía mi padre a una antigua familia cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Tuvo tres hermanos, todos mayores que él. Al morir mi abuelo los dejó herederos de una crecida suma de dinero y bienes raíces que les permitiría pasar una existencia desahogada; pero mi progenitor, con la inexperiencia propia de su edad, se arrojó en los brazos del placer y comenzó a dilapidar su fortuna.

Vanos fueron los esfuerzos de sus hermanos para apartarlo del mal camino; él se hundía más y más en los abismos del despilfarro.

Un día, arruinado completamente por pérdidas de fuertes sumas en el juego, resolvió poner término a su existencia. En la habitación que ocupaba, en una casa de hospedaje de la ciudad de Buenos Aires, después de un ligero examen de conciencia, colgóse del cuello con una cuerda a uno de los tirantes del techo.

En ese preciso instante, abrióse la puerta del cuarto y una joven que se hospedaba en la misma casa, entró en busca de mi padre. Inmediatamente dióse cuenta de la situación, pero era una mujer que sabía dominar sus impresiones y obrar rápidamente. Con extraordinaria celeridad, tomó de encima de una mesa un cuchillo corta-papeles y seccionó de un solo golpe la cuerda que sostenía al suicida.

Cayó éste al pavimento y la valiente joven auxiliada por varios vecinos, consiguió volverle a la vida.

Dos meses después, apartado definitivamente de la senda del vicio, mi padre se unía ante el altar con su bella salvadora y retirábase a pasar la vida en su tranquilo valle de la provincia de Córdoba.

CAPITULO IV

MIS AFICIONES

Mi ilustración (hago mal en decirlo) es vastísima.

A la edad de doce años mi padre me envió a estudiar a la ciudad de Córdoba. Hice rápidos progresos y seis años después, ansiando volver a mi valle natal y a pesar de las súplicas de mi progenitor, abandoné los estudios. Había nutrido el cerebro de cosas necesarias; faltábame educar el espíritu y de eso encargóse mi excelente madre con sus buenos consejos y el ejemplo de sus virtudes.

Y de nuevo en el valle natal; en los momentos en que tenía un rato de descanso entregábame al dibujo por el cual demostraba especial predilección. Sentado en la verde hierba, trasmitía al papel lo que mi vista contemplaba....

¡Cuantas maravillosas puestas de sol han visto mis ojos!..
El astro del día se ocultaba tras la ingente mole de las sierras y el cielo, teñido de púrpura, daba tintes nacarados a las cristalinas aguas de un manso arroyuelo que murmuraba a mis pies...
Y cuando la luz faltaba por completo, emprendía el regreso con mis lápices y cartones bajo el brazo... Mi madre salía a recibirme y yo depositaba en su canosa cabellera un beso lleno de intenso cariño...
¡No he vuelto a vivir las horas de aquella venturosa época!..

CAPITULO V

LA SOBRINA DE MI PADRE

La monotonía de nuestra vida, fué interrumpida por un suceso que tuvo trascendental influencia en mis destinos.
Un hermano de mi padre escribió manifestando fervientes deseos de que una hija suya, bastante delicada de salud, viniese a nuestra casa, a reponerse con el saludable clima de las montañas. Mis padres contestaron accediendo gustosos, y dos semanas después, en la estación de ferrocarril de la ciudad recibíamos a nuestra visitante.
—¡Bésala!.. — díjome mi padre.
Y turbado, ruborizado como un niño, rocé con mis labios las aterciopeladas mejillas de Lydia, que con toda sencillez y candor devolvió mi beso.
Y emprendimos el camino en nuestro viejo coche, dando tumbos en los baches de la carretera. Yo permanecí atontado, sin pronunciar palabra, mirando a hurtadillas a mi prima, que entusiasmada, brillándole los ojos de contento, lanzaba exclamaciones de admiración y júbilo ante la belleza de los paisajes que se presentaban a sus asombrados ojos de niña de ciudad.

CAPITULO VI

AMISTAD

Quince días después de su llegada, era yo íntimo amigo de Lydia.
Durante ese breve tiempo había estudiado prolijamente el carácter de la joven y deduje:
Muchacha casquivana, romántica, muy débil de carácter y... muy hermosa.
Pero esta última no era una cualidad espiritual, sino material y la aparté definitivamente de mi juicio.
Y procuré adaptar mis actos a sus costumbres.

Me levantaba más temprano que de ordinario y llevaba a mi linda prima un vaso rebosante de leche tibia y espumosa que ella bebía con avidez, agradeciéndome la atención con la profunda mirada de sus azules ojos...

Emprendíamos con frecuencia Lydia y yo, largas excursiones en mula, las únicas cabalgaduras que se adaptan a los senderos escabrosos de la montaña.

Cubierta mi prima con un gran sombrero de paja de anchas alas, adornado con profusión de cintas; con su linda carita enrojecida por el aire vivificante del valle, marchaba al lado mío, al paso de su vieja mula, aturdiéndome a preguntas, que me veía en apuros para contentar, y deleitándome con sus cristalinas risas que resonaban en mis oídos como una música.

Otras veces salíamos a caminar. Ascendía a las colinas ayudada por mí, y una vez en la cima, extendía su vista por el valle. extasiándose en la contemplación de nuestra casita; de los rediles; de las ovejas y cabras diseminadas por la verdeante y ligeramente ondulada llanura; y en el arroyuelo que bañaba los muros de nuestra vivienda y serpenteaba por el valle formando cascadas, hasta perderse en la lejanía, tras una sierra...,

CAPITULO VII

FRENESÍ

Una tarde habíamos salido a efectuar nuestro paseo. El día era caluroso en extremo y la atmósfera pesada y asfixiante presagiaba una próxima tempestad. Se lo hice notar a Lydia, pero ella, con su ligereza de genio, consideró infundados mis temores.

Nos alejamos mucho de nuestra casa, sin advertirlo, engolfados en amena y amigable conversación.

El sol se puso sobreviniendo rápidamente la noche, y con la celeridad con que llegan las tormentas en los lugares montañosos, empezó a soplar un viento cálido, que gradualmnte fué aumentando en intensidad, hasta convertirse en un furioso huracán.

Mi prima asustada apeóse de su cabalgadura y yo hice lo propio. Las mulas echaron a correr hacia la "querencia", dejándonos desmontados en medio de la tempestad.

Me aproximé a mi pobre prima, que aterrorizada había escondido el rostro entre las manos y parecía que iba a caer. Enlacé su talle con mi brazo y emprendimos lentamente el regreso.

Empezó a llover.

Gruesas y calientes gotas caían con fuerza y los truenos y relámpagos vívidos y enceguecedores, contribuyeron a hacer más pavorosa la obscurísima noche.

Lydia, bajo su delgada bata, tiritaba de frío. Me quité el saco y se lo eché sobre los hombros, pero pronto fué empapado por la

lluvia y resultó inútil su abrigo. En cierto momento mi prima desfalleció casi por completo y hubiera caído, a no sostenerla con mis brazos. Reclinó su adorable cabecita en mi hombro, y al sentir los efluvios perfumados que despedía su cuerpo, un frenesí

inexplicable apoderóse de mí... Enloquecido, besé sus labios temblorosos; besé su faz aterciopelada y húmeda; besé sus ojos semicerrados... beséla hasta que pasado el instante de embriaguez, recobré la calma.

Mi prima hizo débiles esfuerzos para desprenderse de mi brazo, mas luego abandonóse a mis caricias y se dejó cubrir de besos...

Y me entregué a amarla locamente, con todas las fuerzas de mi pasión primera!....

Pocos momentos después llegaba un peón con el coche, mandado por mi padre en nuestra busca. Coloqué en los asientos del vehículo a mi prima, que continuaba aun semidesvanecida y sentándome a su lado, ordené emprender la marcha bajo la lluvia, cada vez más copiosa y el viento que arreciaba más su fuerza.

Una vez en nuestra morada cambiamos los empapados trajes por otros secos y después de una buena cena nos retiramos a nuestros respectivos dormitorios.

Me eché vestido sobre el lecho y fuéme imposible conciliar el sueño. Mil encontrados pensamientos me asaltaban. Reflexioné sobre mi actitud con mi prima; analicé mi proceder y saqué la deducción de que había obrado como un bruto. Habíame aprovechado de la debilidad de Lydia para obtener una cosa que no podía recordar sin vituperarme...

Y los resplandores del nuevo día que amaneció bellísimo, me sorprendieron al borde de la cama sin haber pegado mis ojos en toda la noche...

CAPITULO VIII

AMOR

En cuanto encontré sola a mi prima acerqueme a ella con grandísima turbación.

Estaba en el comedor entretenida en tejer.

Con el semblante grave y el más humilde tono, le pedí mil disculpas por mi mal comportamiento de la noche anterior y le rogué sumisamente perdonase "mi extravío". Mientras hablaba, habíame sentado a su lado.

Lydia me escuchó sonriendo picarescamente.

Cuando terminé mi exposición, pasó un brazo por encima de mi hombro; me atrajo hacia sí dulcemente y reclinó en mi pecho su linda cabecita, cubierta de graciosos rizos. Con voz suavísima que resonó en mis oídos con la más deliciosa de las músicas.

—Si yo también te amo, locuelo!.. — murmuró.

Quedé sorprendido, inmóvil. Luego sobrevino la explosión violenta de mis sentimientos. Abracé a Lydia con amoroso empeño y la cubrí de besos ardientes y apasionados... Ella, cerrando los ojos, con el rostro ruborizado y sonriente, entregóse a mis caricias de feliz amante...

—¡Ah!... Muchos amores he tenido en mi larga vida de soltero; he dado muchos besos, pero como aquellos ósculos ardientes, con que demostraba a mi prima la intensidad de mi pasión primera;

aquellos ósculos que fueron el primer indicio de amor en mi alma juvenil... ¡no los de dado nunca más!....

En los besos de mi primer amor entregué toda mi alma!....

CAPITULO IX

FELICIDAD

Por acuerdo mutuo convinimos en ocultar a mis padres nuestro compromiso.

Los paseos vespertinos continuaron sin interrupción. Hablaba con mi amada de nuestra dicha; de nuestro amor; de nuestro porvenir; con la incoherencia propia de los enamorados...

Lydia parecía feliz al escucharme...

En un ranchito de la sierra vivía un viejo criollo, famoso en la comarca por la variedad de sus cuentos. Le visitábamos con frecuencia, y tomados de la mano, sentados Lydia y yo en un tosco banco de madera; estrechándonos dulcemente por la pequeñez del asiento, oíamos el relato de aventuras inverosímiles, contadas por el viejo con su pintoresco lenguaje campero.

No puedo resistir a la tentación de transcribir uno de los múltiples cuentos que nos narró el viejecito de la sierra.

Una tarde deliciosa; después de un leve enojo que había tenido con mi prima; enojo que pasó rapidamente, como toda reyerta de enamorados; invítela a pasear y llegar hasta el rancho del paisano. Y una vez en su morada, escuchamos de sus labios el siguiente relato:

—Voy a contarles a mis amiguitos, (por nosotros), la historia de este viejo.

"Nací en esta provincia allá por el año 12. Pasé la mayor parte de mi juventud en la ciudad de Buenos Aires. He peleado a las órdenes del general Paz; luego me pasé al general Urquiza cuando iba a derrocar al tirano. Después que don Juan Manuel fué derrotado, pasé al Paraguay y allí estuve cerca de tres años; luego me vine otra vez a Buenos Aires y estuve en Cepeda y en Pavón, peleando contra mi jefe de otros tiempos.

"El hombre tiene que amoldarse a todo y servir al que paga mejor... Hoy con Dios, mañana con Mandinga..."

"Y con el grado de sargento y con varias balas en el cuerpo, me retiré a pasar tranquilo el resto de mi vida. Estaba ya muy viejo. Las penurias pasadas me habían hecho envejecer de golpe. Tenía ya cincuenta inviernos bien cumplidos cuando me picó el bichito del amor... Me enamoré perdidamente de una chinita de quince abriles, linda como un rayito de luna".

"En el pago empezaron a murmurar; a comentar sobre mi casorio. Decían que la chica me abandonaría, que no sería tan zonza;

en fin dijeron una cantidad de cosas malas, pero yo les hice oídos sordos y me casé...

El primer mes pasó bien... Una madrugada no encontré a mi prenda en la casa; la busqué como un loco y supe por el pulpero, que había pasado con Román, un mocetón cuidador de cabras en las ancas de un caballo... Y me resigné como debe resignarse el hombre... Ella, la indigna, murió poco después en manos de su amante... Lloré su desgracia y la perdoné como debe perdonar todo cristiano... Y aquí estoy a solas con mis recuerdos y triste como el palomo que ha perdido la compañera...".

Terminó su relación el buen viejo. Dos gruesas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas arrugadas.

—Pero don Julián... — inquirió Lydia. ¡— Porque no se casa usted con una mujer de su edad, que le sirva de compañera para el resto de su vida?

—¡Ah, niña!... — replicó el anciano criollo, con infinita amargura. — Soy baquiano viejo del callejón de la vida y ginete en el pingo de la experiencia... He recorrido esa senda con el dolor en ancas y la maldad por guía, y he visto que el amor no se ha hecho para los viejos!....

Y regresamos a nuestra casita comentando la triste historia del paisano del ranchito...

CAPITULO X

JORGE DESPRÉS

Ocurrió en esos días un hecho que amargó mi feliz existencia.

Un hijo de un amigo de mi progenitor, residente en Buenos Aires, terminaba de egresar de la Facultad, con el título de abogado, y su padre escribió al mío, expresándole sus deseos de enviar al joven a pasar una corta temporada en nuestro valle. Contéstosele consintiendo, y fuímos Lydia y yo, a la ciudad a esperar en la estación al visitante.

Entró el convoy con gran estrépito. La estación de Córdoba, en la época de este relato, era pequeña y los viajeros bastante escasos.

Descendieron varios pasajeros. Un joven vestido con impecable elegancia, alto, fornido, buen mozo; con una poblada barba rubia que formaba marco a su rostro varonil y hermoso, se aproximó a nosotros, y quitándose el sombrero con alegante ademán, inclinóse y preguntó cortesmente:

—¿El señor Carlos Delorme?....

—Servidor caballero, — respondile.

—Jorge Després, — presentóse él.

Era, pues, el huésped que esperábamos.

Después de las presentaciones de estilo, saludó a mi prima

con exquisita urbanidad. Lydia fijó sus profundos ojos en la fisonomía del viajero y ruborizóse ligeramente.

Y yo, sentí que el aguijón de los celos se clavaba en mi corazón...

El huésped ubicóse en nuestra casa en un aposento contiguo al que yo ocupaba.

Desde los primeros momentos hizo objeto especial de sus atenciones a mi amada. Referíale sus aventuras galantes, casi todas de dudoso gusto, con una elocuencia que a Lydia parecía encantadora.

Mi prima, con su bien modelada boca, ligeramente entreabierta, escuchaba con gran atención, fijando en Jorge su límpida mirada. Y cuando sus ojos se encontraban con los de él, ella bajaba los suyos y vivo rubor teñía sus mejillas.

Y estas escenas, presenciadas siempre por mí me sumían en el sufrimiento. Y aborrecí a Jorge Després con todas las fuerzas de mi alma. Descubríle a Lydia mis pensamientos respecto a nuestro huésped, pero ella enfadóse y me reconvino:

—¡Jorge, es un caballero!....

CAPITULO XI

DESENGAÑO

Un mes después de la llegada de Jorge, mi prima manifestó sus deseos de efectuar un paseo en mula hasta la aldea cercana. Invitó a Després a que la acompañase, y a mí, con la más dulce de sus sonrisas, me dijo:

—Carlos, es mejor que tú te quedes... El aire de la tarde te haría mal...

Referíase a una pasajera enfermedad que me aquejaba.

Miróme tan amorosamente al expresar su deseo, que accedí a quedarme.

Y vi alejarse a Lydia y a Jorge, juntos; entregados a sí mismos, y sentí un dolor agudo en el corazón... Una sospecha terrible cruzó por mi mente... Y tuve celos salvajes de Jorge...

En ese momento hubiera tomado mi escopeta y disparado sobre ellos. La ira me ahogaba... Comprendía que las instancias para que me quedase tenían un doble fin...

Pasó el primer acceso de cólera y recobré la calma. Pensé seguir de cerca a los dos ginetes. El terreno accidentado y montañoso se prestaba para el objeto, y montando en una vieja mula, partí en pos de Lydia y de Jorge Després.

En un recodo del camino que bordeaba una altísima sierra, me detuve de improviso.

Había oído que alguien conversaba.

Desmonté de la mula y guareciéndome en los arbustos espinosos y peñascos descuajados de la sierra, me acerqué al sitio de

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA

Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

puedo afirmar que de no contar aquellos con nuestros ferrocarriles, esta es la hora en que aun no hubieran llegado a París. Todo lo que tiene de ligera su caballería, tiene de pesada su infantería. Y es que esa gente tiene los pies remisos y torpes y por tanto no puede andar mucho tiempo sin fatigarse. Cuando corren, sus botas producen un ruido terrible, a lo cual se debe tal vez que usen semejante calzado, pues de esta suerte se animan creyendo asustar a los demás; una sola de sus compañías mete más ruído que un regimiento de los nuestros. Eso sí, en seguida sudan, y la mayor dicha que pueden experimentar en medio de una marcha, es subirse a los carros de los bagajes.

A las cinco de la tarde y cuando apenas habíamos andado tres leguas, en lugar de proseguir adelante por la carretera, el comandante dió orden al batallón para que tomase por un camino vecinal de la izquierda, no sé si porque en ninguna casa del trayecto quedaba ya que robar o por otra cualquier causa.

Al notar yo que nos desviábamos, corrí desesperado al encuentro del comandante, y le dije:

—¿Conque no nos dirigimos a Sarreburgo, comandante? Atienda usted que sómos padres de familia y tenemos mujer e hijos. Recuerde usted, que nos ha dicho que en Sarreburgo podríamos descargar y volvernos a casa.

Jorge también venía a unir sus ruegos a los míos, pero aun este no había llegado, cuando el comandante, desde lo alto de su caballo nos dijo furioso y con voz de trueno:

—Si no se vuelven ustedes a sus carros les hago moler a palos. Ea, vivo.

Como no sabía chistar, nos volvimos cabizbajos a nuestro sitio. Tres horas después y ya cerrada la noche, llegamos a una aldea de miserabilísimo aspecto, cuyo camino que a ella conducía estaba sembrado de pequeñas cruces y cuyos habitantes nada podían darnos toda vez que el hambre había sentado entre ellos sus reales.

Apenas habíamos hecho alto, llegó un convoy de pan, carne y vino, escoltado por algunos húsares. Sin duda procedía de Alberstroff. Cada soldado recibió su ración, y a nosotros no nos dieron ni una cebolla, ni un mendrugo de pan, nada, como tampoco a nuestros caballos.

Aquella noche Jorge y y nos metimos debajo del cobertizo de una pequeña fragua abandonada, y mientras los prusianos dormían en las chozas y en las trojes y los centinelas se paseaban alrededor de nuestras carretas, nos pusimos a meditar sobre lo que nos convenía hacer en la aflictiva situación en que nos encontrábamos.

Jorge, que preveía ya todas las miserias que nos aguardaban, hubiera querido partir sin pérdida de tiempo, abandonando nuestros caballos y nuestras carretas; pero a mí no podía entrarme tal idea en la cabeza. ¡Abandonar mis dos tordillos que yo mismo había criado en el pequeño vergel situado detrás del molino! ¡imposible!

—Escucha, me decía Jorge, acuérdate de los alsacianos que pasaron por Rothalp van para seis semanas: parecían desenterrados no les habían dado ni media ración durante todo el camino, y de no haber escapado, del mismo modo les hubieran obligado a llegar hasta París. Ya ves tú que los alemanes carecen de entrañas, que nos llevan un odio que les hace más duros que el hierro y quisieran exterminarnos a todos. No esperemos en ellos, es lo más seguro. Yo sólo traigo seis francos, ¿y tú?

—¿Yo? ocho libras y diez sueldos.

—Pues con eso nos iremos lejos; cuanto más nos acerquemos a Metz más miseria encontraremos. A lo menos si pudiésemos escribir a casa para que nos remesasen algún dinero, pase; pero tú mismo lo has visto, no hay camino, sendero ni encrucijada donde esos malditos no tengan centinelas que no dejan pasar peatones, ni cartas, ni noticias. Créeme, procuremos escaparnos.

De nada servían las buenas razones que me exponía mi primo. Yo estaba aferrado a la creencia de que con un poco de paciencia, tal vez encontrarían los alemanes en alguna aldea próxima otros caballos y otras carretas que requisar y que nos permitirían volvernos a casa tranquilamente; y estaba aferrado a esta idea porque esto era lo natural y lo digno, y esto lo que hubieran hecho en toda otra nación del mundo.

Jorge, al ver que no podía decidirme, se tendió sobre un banco y se durmió. Yo no pude pegar los ojos.

A la mañana siguiente, a las seis, nos pusimos otra vez en marcha; los silesianos, bien comidos y bien descansados, nosotros, con la tripa vacía.

Caminábamos en dirección Grostenquin, y cuando más avanzábamos, menos conocía yo el país, que no era otro que el de Messin, antigua tierra francesa. Nuestra miseria aumentaba de etapa en etapa. Los prusianos seguían recibiendo cuanto nece-

sitaban, y sólo se inquietaban de nosotros para impedirnos que huyésemos. Nos trataban como verdaderas bestias, y a pesar de todo nuestra economía se nos acababa el dinero.

No se ha visto posición más aflictiva que la nuestra, pues al cuarto o quinto día, el oficial, conociendo en nuestro semblante que debíamos sustentar la intención de escaparnos, no se guardó de decir en nuestra presencia a los centinelas:

—Si esos se apartan, hacerles fuego.

En igual situación que la nuestra encontrábamos muchos otros en medio de aquel infinito número de escuadrones y regimientos que se cruzaban y cubrían todos los caminos. Con solo mirarnos se nos acudían las lágrimas a los ojos.

Jorge se mantenía impasible, y aun de vez en cuando tomaba un aire festivo, pidiendo fuego a los soldados para encender su pipa y cantando canciones de marinero, que promovían la risa de los oficiales prusianos, quienes exclamaban:

—Este es un verdadero francés; todo lo ve color de rosa.

Yo, no podía comprender la conducta de mi primo, creía que éste se había vuelto loco.

Lo que más me amargaba todavía, era ver como se menoscababan mis caballos, mis pobres caballos, tan llenos de salud pocos días antes, tan alegres y tan robustos, los mejores de la comuna y de los que había cuidado con tanto cariño. Al pasar a lo largo de los setos, arrancaba puñados de yerba para dársela. Las pobres bestias adelgazaban a ojos vistas, y esto, como digo, era lo que más me acongojaba.

Luego el recuerdo de Gredel y de mi mujer me llenaba de inquietud, pensando en la que estas debían experimentar. ¿Qué era de ellas? ¿Qué del molino y de la aldea? ¿Qué debían decir de mi ausencia mis administrados? ¿Qué era de Jacobo y qué de Falsburgo? ¡Ah! tantos recuerdos me desconsolaban y me quebrantaban el corazón.

Pero lo peor de todo, lo que nunca olvidaré fué lo que aconteció en las cercanías de Metz.

Hacía quince días o tres semanas que no había ocurrido ningún choque entre franceses y alemanes; Metz y Bazaine con su ejército estaban encerrados por elevados y gruesos montones de tierra tras los cuales los prusianos tenían su artillería. Nosotros veíamos esto de lejos, a nuestra derecha, mientras seguíamos la carretera. En muchos sitios también notamos que la tierra había sido removida, y, según Jorge, eran huesas donde estaban amontonados centenares de muertos. Acá y allá y en todas partes divisamos poblaciones quemadas y bombardeadas. No se libraba ya batalla alguna, pero hablábase mucho de franco-tiradores, y los silesianos parecían no tenerlas todas consigo.

En fin, después de diez días de fatigosa marcha llegamos a un pueblo gastante grande situado a orillas del Mosela, en cuyo pueblo hizo alto el batallón, reducido a un tercio, por haber muchos de los soldados que lo componían al principio sido destinados a llenar los huecos de otros batallones.

Después de la distribución del forraje y cuando ya alimentados los de los oficiales les ponían otra vez la brida, recojí el heno y la paja que había quedado en el suelo y se lo daba a los míos, cuando un cabo, al notar mi acción, vino corriendo hacia mí y agarrándome por las patillas, sacudiéndome el cuerpo y abofeteándome, me dijo:

—¡A viejo ruín! ¿así mantienes a tus caballos?

Ciego de ira, había ya yo levantado la vara de la tralla para descargarla sobre el maldito, cuando Jorge se abalanzó a mí gritando y arrancándome aquella de las manos:

—¿Estás loco, Cristiano?

Y mientras yo temblaba de pies a cabeza dominado por la rabia, todavía mi primo me excusaba ante el inmundo prusiano, diciéndole que mi acción había sido irreflexiva; que me creía que el heno lo habían abandonado; que también había que tenerse en cuenta que nuestros caballos servían al batallón, etc., ets.

El otro escuchaba a Jorge con aire de gendarme irguiéndose y diciendo:

—Bien está, y por esta vez me contento con las explicaciones que me da usted; pero si reincide obraré de muy distinto modo.

Entonces me metí en la caballeriza, y me tendí dentro de un pesebre vacío, con el sombrero, sobre el rostro, y en esta actitud permanecí inmóvil espacio de dos horas.

El batallón iba a proseguir su marcha. Jorge, que me buscaba por todos lados, por fin me halló. Me levanté, me salí a la calle, y al ver aquellos soldados alineados, con sus fusiles y sus cascos, se me alteró la sangre, y me deseé la muerte.

Jorge no me dijo palabra.

Por fin emprendimos la marcha; pero desde aquel instante resolví escaparme a toda costa, abandonándolo todo.

La misma noche, por extraordinario, nos dieron paja para los caballos. Luego nos acostamos fuera, debajo de nuestras ca-

rretas, pues el pueblo a que acabábamos de llegar estaba atestado de tropas.

A mí sólo me quedaban doce sueldos y veinte o treinta a Jorge.

Este fué por pan y un poco de aguardiente a una pequeña taberna inmediata, y por toda cena nos comimos el pan mojado en el aguardiente.

Cada vez que el cabo que me había atropellado pasaba por delante de las carretas, me llevaba instintivamente la mano a la faltriquera y acariciaba el cuchillo.

—¡Cómo!, decía entre mí ¿un alsaciano viejo puede soportar tamaña afrente sin vengarse? ¿se dirá que los alsacianos se dejan abofetear por tipos semejantes a quienes hemos vapuleado más de cien veces y que huían a nuestra presencia cual tímidas liebres?

Jorge, que leía en mi semblante mi pensamiento, me dijo:

—Escucha, Cristiano, y no te enojes; pero las bofetadas esas debes también inscribirlas en la cuenta del plebiscito, como los bonos de paja, pan, harina, heno, carne y todo lo demás; los alemanes no tienen la culpa de que votaseis cuanto ocurre. Son estos tan tontos y están tan acostumbrados a recibir bofetadas, que aprovechan toda coyuntura de propinarlas a su vez, digo cuando son diez contra uno. A ellos las bofetadas no les producen el mismo efecto que a nosotros; sólo las sienten en la epidermis y nada más. Así pues, consuélate; ese bestia no ha creído rebajarte, sino que te ha tomado por un animal de su especie.

En lugar de calmarme, las palabras de Jorge me irritaban todavía más, sobre todo cuando me dijo que los alemanes, hablando entre sí, habían contado que la reina de Prusia, Augusta, acababa de enviar su propio cocinero al emperador Napoleón, para guisarle algunos platos apetitosos, así como su banda de música para que le distrajese tocando al pié de los balcones del palacio donde estaba prisionero.

No quise oír más. Me tendí debajo de la carreta, y durante toda aquella noche no hice sino soñar desgracias.

Desde un principio, Jorge y yo habíamos esperado que al llegar el resto del batallón a un vía férrea, nos permitirían volvernos a casa; pero desgraciadamente los soldados estos estaban destinados a llenar los huecos de los demás batallones. Ora partía un destacamento hacia la derecha, ora otro hacia la izquierda, quedando, sin embargo, siempre los suficientes para necesitar de nuestras carretas e impedirnos que nos volviésemos.

Hacía quince días que no nos habíamos mudado la camisa, ni quitádonos los zapatos una sola vez, pues sabíamos que era muy fácil que no hubiésemos podido calzárnoslos de nuevo; veinticinco veces la lluvia nos había puesto hechos una sopa y otras tantas nos había secado el sol; habíamos experimentado todos los rigores del hambre, y estábamos quebrantados por la fatiga y los sufrimientos; pero ni a mi primo ni a mí nos atacó la disentería, como a los alemanes: los alimentos más detestables sostenían aun nuestras fuerzas, y en cambio la manteca, la carne fresca, la fruta y las legumbres que aquellos tragaban sin cordura les purgaban de un modo que daba asco. Sin embargo no por esto enmendaban; su voracidad natural les hacía prescindir de toda prudencia.

Para colmo de desdichas, los oficiales de nuestro batallón hablaban de ir a París.

Hacía un mes que los prusianos sabían que Bazaine no volvería a salir de su campamento y que al fin y a la postre, después de haber consumido todos los víveres de Metz, acabaría por rendirse; y esto no se recataban de decirlo públicamente, como también declaraban en alta voz que Bazaine era nuestro mejor general. Alabábanlo y ensalzábanlo por su gloriosa campaña, no echándole en cara sino el que no se hubiese encerrado más pronto, pues de esta suerte las cosas se hubieran arreglado más rápidamente. Compadecían asimismo al emperador, y encontraban que lo que más nos convenía era que le restableciésemos en el trono.

Esto que digo, Jorge y yo lo oímos repetir infinidad de veces en las posadas y tabernas donde hacíamos alto. Los posaderos franceses nos dejaban sentar detrás de la estufa, y alguna vez, movidos a lástima, nos daban las sobras de la sopa; a no ser esto, el hambre habría dado cuenta de nosotros. Estos al traernos los platos, nos preguntaban en voz baja que decían los alemanes, y cuando les referíamos lo que habíamos oído, los infelices nos decían:

—¡Y cuánto nos quieren los prusianos! ¡Algún consuelo deben proporcionar a los que se rinden! ¡Toda acción buena merece su recompensa!

Así nos habló un anciano tabernero lorenés, quien nos contó el primero que Gambetta había partido de París en globo y que en aquel momento se encontraba en Tours, con Glais-Bizoin y muchos otros para organizar un grande ejército en la línea del Loire.

En el pueblo donde vivía este tabernero, así como en algunos otros de los que cruzábamos, se recibían periódicos de Bélgica, y cada vez que podíamos informar-

nos de una buena noticia, parecía como que cobrásemos alientos.

Durante nuestra marcha, a cada momento veíamos pasar convoyes de víveres y de municiones, rebaños inmensos de bueyes y carneros, cajas de salchichas, toneles de pan, de vino y de harina, y de vez en cuando regimientos. Los trenes del Este pasaban atestados de heridos, tendidos los unos encima de los otros en los vagones, sobre colchones, quienes pálidos y macilentos acercaban el rostro a las ventanas para gozar un poco de la frescura del aire. Algunos médicos alemanes, con la cruz roja al brazo, les acompañaban, y se relevaban en las ambulancias establecidas en todos los pueblos.

Habían llegado los primeros fríos, y empezaron a circular rumores de que al pie de las murallas de París se habían librado algunas batallas sangrientas.

Los prusianos se indignaban sobre todo contra Gambetta.

—Ese Gambetta, ese bandido, decían, nos impide firmar la paz y reponer a Napoleón en el trono.

Nunca he visto hombres más enfurecidos contra un enemigo porque este no quiere rendirse. Los oficiales y los soldados no hablaban de otra cosa.

—Maldito Gambetta añadían, él es causa de todas nuestras desgracias, y sus franco-tiradores merecen todos que les ahorquen. A no ser él, a estas horas estaría firmada la paz, la Alsacia y la Lorena serían nuestras, y el emperador Napoleón, al frente del ejército de Metz, iría a restablecer el orden en París.

A cada convoy de heridos, reventaba con mayor fuerza su rabia. Ellos encontraban, de su parte, muy puesto en su lugar el incendiar nuestras casas, asolar nuestros campos, saquearnos y fusilarnos; pero tenía por una infamia el que nosotros nos atreviésemos a defendernos.

¿Cabe más vil hipocresía? No; los alemanes no decían lo que sentían; querían darnos a entender que nuestra causa era mala, siendo así que nunca ha habido otra más noble y más sagrada.

No hay que decir que todo francés, joven que fuese o anciano, y en particular las mujeres, hacían votos por Gambetta, y que más de una vez, a escondidas, se derramaron lágrimas en la esperanza de que quizás éste lograría salvarnos. Para reunirse con él, de todos lados partían multitud de jóvenes, a cuyos padres arruinaban los prusianos imponiéndoles una contribución de cincuenta francos diarios sin embargo de lo cual cada día iba en aumento el número de mozos que abandonaban el hogar para acudir en auxilio de la patria.

Los prusianos amenazaban también con echar a presidio a quien quiera que favoreciese la huída, como ellos decían, de esos voluntarios, fuese sirviéndoles de guía o de dolo, todos los medios parecían buenos a lodo, todos los medios parecían buenos a los alemanes, con tal de reducirnos, si bien economizaban el uso de las armas pues no querían perder gente y batiéndose no había más remedio que perderla.

Tres días permanecimos en la aldea de Jametz, cercana a Montmedy. Corría la segunda quincena de Octubre y llovía a mares. Jorge y yo nos habíamos alojado en casa de una anciana lorenesa, alta y seca, llamada la tía María Juana, cuyo hijo estaba en Metz. La casa de esta mujer estaba situada en la carretera, era muy chica y tenía un porche al que se subía por una escalera de mano. El jardinillo que se hacía en la parte de atrás, estaba completamente asolado. Todas las provisiones de la buena mujer consistían en algunos mazos de cebollas y una cesta de guisantes y judías. Cuando un prusiano entraba en su pobre vivienda para pedirle algo, se hacía la sorda y no respondía. Su miseria, el aspecto de la casita, cuyas ventanas carecían de vidrios y cuyas paredes parecían caerse en ruinas y además la vista de su pequeño armario cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver su interior completamente vacío, obligaban a aquellos glotones a huír más que de prisa, en la creencia de que allí no hallarían nada.

Esa pobre mujer, que al primer golpe de vista conoció nuestro mísero estado, nos invitó a entrar en su casa y nos preguntó de dónde veníamos, a lo cual satisfacimos nosotros contándole nuestras desgracias. Entonces fué cuando nos dijo que le quedaban todavía algunas gavillas de heno, en el porche, y que podíamos tomar cuanto quisiéramos, toda vez que habiéndose los alemanes comido su vaca ya no lo necesitaba.

Al porche, pues, nos subimos, por la noche para dormir, y una vez arriba quitamos la escalera y la entramos con nosotros.

La lluvia arreciaba, produciendo un ruído monótono al caer sobre las tejas.

Jorge no poseía más que diez sueldos; yo ni un céntimo.

Al tercer día y mientras estábamos echados en el porche cuya escalera habíamos también retirado, a cosa de las dos de la madrugada oímos las trompas tocar a marcha.

(Continuará)

donde partían las voces, y descubrí a mi prima y a nuestro huésped, sentados ambos en una piedra. Jorge había pasado su brazo por el talle de mi amada, atrayéndola hacia sí y depositando un beso en sus menuditos labios.

Y ella, la infame; ligada a mí por un solemne compromiso, dejóse besar tranquilamente, sonriendo ruborosa!...

Intenté arrojarme sobre la culpable y ahogarla entre mis manos... Mi cerebro parecía que iba a estallar...

Enloquecido, sin fuerzas para nada, me alejé del sitio maldito, elaborando en mi mente un plan de venganza.

Mi pobre madre, bajo el corredor que daba sombra a nuestra casita, me esperaba. Reprendióme con severidad:

—Carlos.. Haces muy mal en salir con esta humedad.. Hubieras hecho caso a los consejos de tu prima, que te rogaba que no salieses.

Y estallando mi alma rebosante de terrible indignación, grité:

—¡Ah, madre!.. ¡Si supieses!..

Y con mi rostro bañado por amargas lágrimas, arrójeme en sus brazos. Ella, que comprendió todo, no quiso darme un nuevo dolor; el dolor de una confesión, y solo murmuró:

—¡Pobre hijo!....

¡Santa madre mía!.. Han pasado muchos años desde el aciago día en que abandonaste este mundo, dejándome sumido en el

dolor; pero te he recordado durante todos los días de esos años con reconocimiento y amor infinito; y he recordado muchas veces también, las palabras de consuelo que me prodigaste aquella tarde y que obraron como un bálsamo consolador en mi espíritu herido por la desilusión...

CAPITULO XII

EL ÚLTIMO ADIÓS

Mi prima Lydia al llegar esa tarde, de vuelta de su paseo, manifestó su decisión de marchase al siguiente día. Mi padre la instó a que se quedase, pero mi madre y yo permanecimos mudos.

Mi prima sobresaltóse por mi silencio y clavó en mi una mirada inquisidora. Yo también mírela duramente y ella dióse cuenta de todo...

Jorge nos dijo que también se marcharía, y entonces, mi padre comprendió.

La cena transcurrió en el mayor silencio. Solo Jorge y Lydia cambiaban de vez en cuando, frases triviales pero sus ojos decían lo que sus labios callaban...

Al día siguiente, muy temprano, llegábamos a la estación.

Jorge y Lydia despidiéronse de mí y mi prima quiso besarme, pero retiré mi rostro, y le alargué la mano.

Jorge subió al coche y Lydia tendióme rapidamente el brazo con un papel doblado en la palma de la mano.

—¡Toma!... — díjome a media voz.

Maquinalmente tomé el papel.

El convoy partió lentamente, y me quedé inmóvil, contemplando el tren que se alejaba y llevaba a la mujer que supo hacer latir mi corazón con el impulso del primer amor...

Cuando el convoy se perdió de vista, volví a la realidad y desdoblando el papel que me había entregado Lydia, leílo con ansiedad profunda.

"Querido Carlos: — decía. — Te ruego encarecidamente que me perdones y conserves de nuestro amor solo el recuerdo. Considera todo como una cosa de niños. Nuestra unión era imposible. Ahora he encontrado en Jorge Després, el ser ideal para mi esposo y me uniré a él pronto, muy pronto. Perdóname Carlos!

Tu prima Lydia".

Con rabia arrojé el billete al suelo y lo pisotee furiosamente.

—¡Cosa de niños!.. — me decía con profunda amargura. — ¡Cosa de niños la pasión inmensa que yo sentía! Esta carta es un escarnio, una burla despiadada, una ironía sangrienta!....

Y llegué a mi hogar con un inmenso vacío en el corazón... Extrañaba la presencia de mi prima y sus risas cristalinas que resonaban alegremente por toda la casa...

Y la melancolía invadió mi espíritu, hasta que caí enfermo de gravedad...

Y mi madre me veló veinte días con sus noches, sentada a la cabecera de mi lecho, donde yo, postrado, presa del delirio y de la fiebre, repetía sin cesar:

—¡Lydia!.. ¡Lydia!.. ¡Lydia!..

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I

NUEVA VIDA

Pasaron tres años.

Mis queridos padres, mi único amor sobre la tierra, abandonaron este mundo tan lleno de sufrimientos...

Sus restos reposan el sueño eterno, en el modesto camposanto de una aldea cercana a nuestro hogar...

Como no me retenía ya ningún afecto, vendí la casa y el valle en que ví la luz, por una crecida suma.

Y cuando entregué la heredad a su nuevo propietario y me encaminé hacia la estación de la ciudad; cuando perdí de vista la casita donde tantas dulces horas pasé en mi vida, sentí que una angustia indecible embargaba mi alma y echéme a llorar amargamente... como un niño...

Establecíme en Buenos Aires, y me dediqué a gozar de mi fortuna, y fuí absorvido por el vorágine de los placeres de la gran ciudad.

Son muchas... innumerables mis aventuras amorosas; muchas mis conquistas, muchas las jóvenes que languidecían por una mirada mía... pero... empiezo a divagar y pierdo el hilo de mi historia.

Al fin, aburríme de la vida de Buenos Aires, y en busca de nuevas aventuras y de nuevos placeres, embárqueme para el viejo mundo en la tarde del 4 de Noviembre de 1891.

CAPITULO II

EN VIAJE

Un mes después me encontraba en la capital del mundo: París.

Y una vez en la ciudad de los placeres, de la alegría y del amor, entreguéme a las diversiones.

Bruselas, Londres, Berlín, Roma. Todo fué recorrido en mi insaciable curiosidad por ver mundo; ciudades nuevas, nuevas costumbres y gustar de nuevas emociones.

Visité Montecarlo y jugué frenéticamente a la ruleta con la más envidiable buena suerte. Allí donde centenares de seres encontraban su ruina y la muerte luego, yo adquirí una fortuna.

Alquilé una lancha a vela que gobernaba Jean, un corso sordomudo y semi-idiota, y recorrí el mar de esa maravillosa parte de la Ribera que se extiende entre Cannes y Niza, llamada la Costa Azur.

Pasé a Suiza y he vivido entre las nieves de los Alpes por espacio de quince días. He ascendido a las montañas del maravilloso país y he admirado desde las alturas el soberbio paisaje que se mostraba ante mi vista.

Hastiado ya, y sintiendo nostalgia por mi patria, después de dos años de ausencia, pisé de nuevo las calles de la gran capital argentina.

CAPITULO III

MI PRIMA LYDIA

Una tarde calurosa de verano, pocos días después de mi regreso del Viejo Mundo, paseaba por las solitarias avenidas de un

jardín público. Una joven vestida de riguroso luto; cubierto su rostro por un tupido velo, estaba sentada en un banco a la som-

bra de un árbol gigantesco. El talle de la mujer era esbelto y su cuerpo bien formado:

Al punto imagíneme una aventura. Pasé tres veces por delante del banco sin merecer un movimiento de atención de parte de la desconocida. Torné a pasar y oigo que me llaman por mi nombre.

—Carlos...

Me volví estupefacto.

La joven enlutada levantó el velo que cubría sus facciones y con sorpresa reconocí a mi bella prima Lydia.

Los recuerdos dolorosos de otros tiempos acudieron a mi mente y mi primer impulso fué retirarme, alejarme de mi antigua prometida. Ella llamóme nuevamente con dulzura:

—¡Carlos!... ¡No te vayas!...

Accedí a quedarme y tomé asiento a su lado, pero conservando el entrecejo fruncido y el rostro enfurruñado, y contestando con monosílabos al aluvión de preguntas que me dirigió mi prima.

Mientras hablaba, la observaba, y pude notar que estaba más hermosa que nunca.

Empezó Lydia a relatarme sus desgracias con voz impregnada de infinita melancolía y con sus bellos ojos azules humedecidos por las lágrimas.

CAPITULO IV

LA HISTORIA DE MI PRIMA

Habla mi prima:

—Cuando abandoné tu casa, querido Carlos, y te jugué la mala pasada de la que aun me arrepiento sinceramente, recordarás que lo hice en compañía de Jorge Després, que resultóme un excelente compañero de viaje.

Estos recuerdos no resultaron muy gratos para mí e insistí en retirarme, pero Lydia me detuvo sujetándome por un brazo.

—Te traicioné, querido Carlos, — continuó mi prima — traicioné la fe que tú habías depositado en mí y me traicioné a mi misma...

"Bien sabe Dios los raudales de lágrimas que he vertido por mi ingratitud para contigo!...

"Como tu maliciaste, nos amábamos Jorge y yo, secretamente. Cuando llegamos a la Capital, él fué a casa de mi padre, entrevistóse con él y solicitó mi mano.

"Mi padre, bien impresionado de su excelente trato y distinguidos modales, llamóme a solas y consultóme:

—"¿Le amas?...

—"¡Con toda mi alma!... — respondíle.

"Pasaré por alto detalles insignificantes. Solo te diré, amado primo, que dos meses después nos casábamos con gran pompa, a pesar de la reciente muerte del padre de Jorge.

"La noche de bodas, después del gran baile que siguió a la

ceremonia nupcial, y una vez en nuestra alcoba, Jorge Després arrojó la máscara de bondad con que se me había presentado y mostró su carácter maligno y tiránico.

"Con cinismo inaudito me confesó que no tenía dinero; que su padre habíalo dejado en la ruina; que su modesto patrimonio habíalos dilapidado y que solo contaba con mi dote. Exigióme una fuerte suma para responder a sus deudas de juego, que como es natural y tu comprenderás, mi buen Carlos, yo no poseía.

—"Jorge. — Díjele. — Tú estás equivocado. Me crees muy rica... Mi dote solo alcanza a la suma de seis mil pesos...

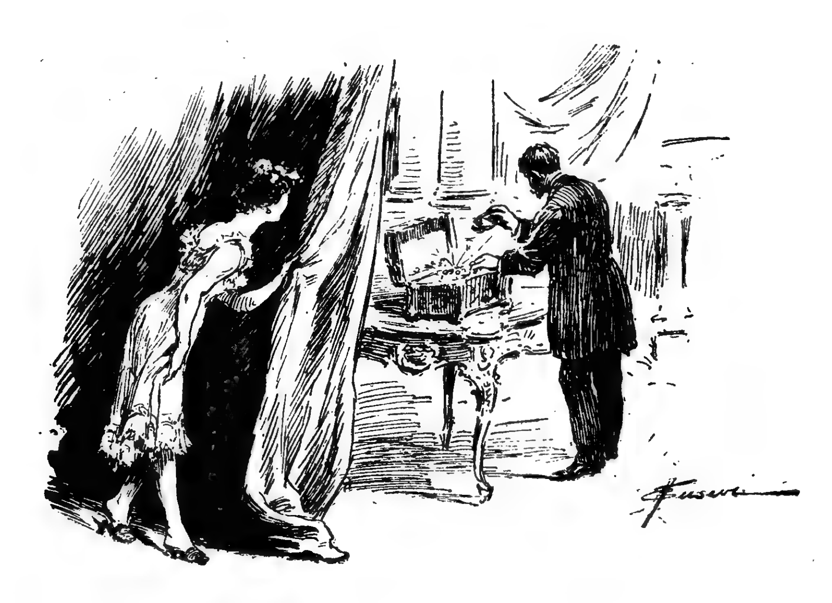
"Cólera terrible apoderóse de él; levantó el puño como si fuera a golpearme, pero cambió de parecer y gritó:

—"¡Miserable!.... ¡Me has engañado!.... ¡Eres una miserable!....

"Y salió furioso, blasfemando, dejándome a solas con el dolor de mi desengaño...

—"Al día siguiente volvió a mostrarse cariñoso y obsequioso como en los días de nuestro noviazgo, pero sus caricias no me halagaron en lo más mínimo y procuraba huir de su repugnante presencia.

"En esos días empecé a notar la desaparición de algunas de mis joyas, muy buenas y costosas. Puse esto en conocimiento de Jorge que me replicó con displicencia:



—"Será tu mucama...

"Pero yo no creí culpable a mi doncella, a quien conocía desde niña.

"Una noche permanecí en acecho hasta muy tarde, oculta por una cortina, y ví a mi marido que cautelosamente penetraba en mi alcoba y se dirigía al cofrecillo donde yo guardaba las alhajas. Tomó una hermosa pulsera que había pertenecido a mi madre, y se retiró tan silenciosamente como había venido.

"Ya no tenía dudas sobre quien era el autor de los continuos hurtos: Era Jorge, que apremiado por sus compromisos de juego no vaciló en cometer acción tan vituperable.

"Y guardé el más absoluto secreto sobre mi descubrimiento de aquella noche... Y llegó un día, en que sin sorprenderme, ví desaparecer la última de mis joyas".

—"Una tarde, un mensajero trajo un carta para mí. Abrila y leí:

"Señora:

Su esposo me adeuda la suma de dos mil pesos, por préstamos hechos en el juego. Como no me abona esta cantidad a pesar de haberle dado dos plazos para cumplir su compromiso, recurriré a los jueces para lograr el pago del préstamo, y su esposo quedará muy mal parado.

Su servidor,

Rochefort,

Cajero del Club Porteño".

"Atrevidos eran los términos de la misiva, pero no dudé de que el cajero cumpliría su amenaza. Y antes de ver el nombre de mi esposo enlodado con el cieno de un asunto vergonzoso, me propuse salvarle a toda costa.

"Corrí a casa de mi padre, y sin decirle para que necesitaba ese dinero, implorele:

—"¡Papá!.... ¡Necesito dos mil pesos, con urgencia!....

"Mi buen padre extendió un cheque y me lo entregó sin preguntarme nada.

"En el acto envié el documento al cajero del Club Porteño.

"Después he sabido por varios amigos la clase de vida que llevaba Jorge: Era un perdido, un calavera famoso y un jugador empedernido, infaltable a la mesa de juego de todos los clubs aristocráticos".

"Mi esposo no iba a casa desde hacía dos días. Al tercero, como a las cuatro de la tarde recibía una carta de él que leí con avidez.

"Querida Lydia: — decía la epístola. — Sinceramente arrepentido de mis locuras, me embarco ahora mismo para Europa a reconquistar la fortuna que tan imprudentemente he derrochado.

Procura vivir con el poco dinero que me queda y que ordeno entregártelo mañana mismo. Hasta que vuelva.

Tu esposo,

Jorge Després".

"Dos días después de la partida de mi marido leía en un diario matutino, con dolorosa sorpresa, un telegrama de la vecina orilla, que decía:

"Montevideo, 12. — Ayer, en circunstancias en que un pasajero del vapor "Real", embarcado en Buenos Aires, se encontraba en la popa del buque, en completo estado de ebriedad, cayó al mar siendo destrozado horriblemente por las hélices del buque. La víctima es argentina y se llama Jorge Després".

Lloré la desaparición de mi esposo. Obtuve confirmación de su muerte y ahora soy libre.

Terminó de hablar mi prima y quedó silenciosa, abismada en sus negros pensamientos.

Sentí inmensa compasión por la pobre Lydia y el amor de otrora renació en mi pecho, más fuerte, más ardiente, más impetuoso que nunca.

Pero no quise mostrarme débil y oculté mis sentimientos, despidiéndome fríamente y prometiéndola visitarla...

Lydia se quedó sentada en su banco, abstraída en dolorosas meditaciones...

CAPITULO V

LUMBRE ENTRE CENIZAS

Tiempo es que te diga, paciente lector que seis meses después del encuentro con mi prima, y pasado el período del luto que ésta soportaba, un día dichoso, que me pareció el más hermoso de mi vida, nos uníamos, mi prima y yo con el indisoluble lazo del matrimonio...

¡El fuego de mi amor no se había extinguido todavía!....

Debí a Lydia muchos años de felicidad sin nubes... Y ahora que ella ha volado al cielo, creo ver en las facciones de la hija que nos otorgó el cielo, los rasgos hermosos de su madre...

Y me parece que mi prima Lydia, mi adorada esposa, viviera todavía, junto a mí...

CONCLUSIÓN

El largo relato me ha fatigado.

A nuestra edad de todo nos cansamos; solo queremos amor. el amor de los séres queridos que nos haga más llevadera la pesada carga de los años...

La narración de las pasadas dichas me han llenado de infinita pena. Sus pasajes de felicidad han hecho llenar de lágrimas mis ojos...

Y a mis labios, acuden las tan ciertas palabras del poeta florentino:

"Nessun maggior dolor che ricordar il tempo venturoso nella disgrazia".

Jomer B. Villa.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GÓMEZ
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: E. Ferreira. — Córdoba 1790.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**. de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.
25. — **Rodolfo**, de Alfonso Vázquez.
26. — **El misterio del cuarto verde**, de Eduardo R. Archidona.
27. — **Ruth**, de Nicolás Aguero Vera.

Arg

Pró

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, OCTUBRE 22 DE 1918 — TOMO III - N.º 29

Arsenia Guillot

POR

Próspero Merinée

10 Centavos

869.305
CUE
No. 27
Apareció
la 4.ª edición
del drama de
Emilio Berisso
CON LAS ALAS ROTAS
El éxito teatral
más resonante del
pasado año.
Precio: 1 $ m/n.
Pedidos a esta Administración:
PERÚ 858

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 22 DE 1918 TOMO III N. 29

EL CUENTO ILUSTRADO
REVISTA DE LAS FAMILIAS
Director: SANTIAGO MACIEL
Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

Arsenia Guillot

POR

PRÓSPERO MÉRIMÉE

CAPITULO PRIMERO

La última misa acababa de terminar en San Roque, y el pertiguero hacía su ronda para cerrar las capillas desiertas. Iba a tirar de la verja de uno de esos santuarios aristocráticos en que algunas devotas compran el permiso de rogar a Dios, distinguidas de los demás fieles, cuando notó que una mujer aun permanecía allí, absorta al parecer en la meditación.

—Es la señora de Piennes — dijo para sí, deteniéndose a la entrada de la capilla.

La señora de Piennes era conocida del pertiguero. En aquella época, una mujer de la buena sociedad, joven, rica, hermosa, que ofrecía el pan bendito, regalaba manteles para el altar y hacía grandes limosnas por conducto de su cura, tenía mérito en ser devota, cuando no era esposa de ningún empleado de gobierno, ni pertenecía a la alta servidumbre de la señora Delfina, y nada podía ganar frecuentando las iglesias, como no fuese la salvación de su alma. Tal era la señora de Piennes.

El pertiguero tenía ganas de ir a comer, pues solía, como los de su clase, hacerlo a la una; pero no se atrevió a turbar el piadoso recogimiento de una persona tan considerada en la parroquia de San Roque. Se alejó, pues, haciendo resonar en las baldosas sus zapatos rotos.

Se hallaba ya al otro lado del coro, cuando una mujer joven entró en la iglesia, y se paseó por una de las naves laterales, mirando con curiosidad en torno de ella. Tendría unos veinticinco años, pero había que examinarla con mucha atención para no creerla de más edad. Aunque muy brillantes, sus ojos negros se hallaban hundidos en sus órbitas y rodeados de ojeras azuladas; su tez, de un blanco mate, y sus labios descoloridos indicaban sufrimiento, y, sin embargo, cierto aire de audacia y de alegría en la mirada contrastaba con aquella apariencia enfermiza. En su traje se notaba una extraña mezcla de esmero y negligencia. Su sombrero color de rosa, adornado con flores artificiales, hubiera servido mejor para ir de trapillo. Sólo un hombre hubiera admirado su pie, que calzaba medias ordinarias y

Apareció

la 4.ª edición
del drama de
Emilio Berisso

CON LAS ALAS ROTAS

El éxito teatral
más resonante del
pasado año.

Precio: 1 $ m/n.

Pedidos a esta Administración:
PERÚ 858

AÑO I • BUENOS AIRES, OCTUBRE 22 DE 1918 TOMO III N. 29

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

Arsenia Guillot

POR

PRÓSPERO MÉRIMÉE

CAPITULO PRIMERO

La última misa acababa de terminar en San Roque, y el pertiguero hacía su ronda para cerrar las capillas desiertas. Iba a tirar de la verja de uno de esos santuarios aristocráticos en que algunas devotas compran el permiso de rogar a Dios, distinguidas de los demás fieles, cuando notó que una mujer aun permanecía allí, absorta al parecer en la meditación.

—Es la señora de Piennes — dijo para sí, deteniéndose a la entrada de la capilla.

La señora de Piennes era conocida del pertiguero. En aquella época, una mujer de la buena sociedad, joven, rica, hermosa, que ofrecía el pan bendito, regalaba manteles para el altar y hacía grandes limosnas por conducto de su cura, tenía mérito en ser devota, cuando no era esposa de ningún empleado de gobierno, ni pertenecía a la alta servidumbre de la señora Delfina, y nada podía ganar frecuentando las iglesias, como no fuese la salvación de su alma. Tal era la señora de Piennes.

El pertiguero tenía ganas de ir a comer, pues solía, como los de su clase, hacerlo a la una; pero no se atrevió a turbar el piadoso recogimiento de una persona tan considerada en la parroquia de San Roque. Se alejó, pues, haciendo resonar en las baldosas sus zapatos rotos.

Se hallaba ya al otro lado del coro, cuando una mujer joven entró en la iglesia, y se paseó por una de las naves laterales, mirando con curiosidad en torno de ella. Tendría unos veinticinco años, pero había que examinarla con mucha atención para no creerla de más edad. Aunque muy brillantes, sus ojos negros se hallaban hundidos en sus órbitas y rodeados de ojeras azuladas; su tez, de un blanco mate, y sus labios descoloridos indicaban sufrimiento, y, sin embargo, cierto aire de audacia y de alegría en la mirada contrastaba con aquella apariencia enfermiza. En su traje se notaba una extraña mezcla de esmero y negligencia. Su sombrero color de rosa, adornado con flores artificiales, hubiera servido mejor para ir de trapillo. Sólo un hombre hubiera admirado su pie, que calzaba medias ordinarias y

zapatos de merino que parecían sufrir, desde hacía mucho tiempo, las injurias del empedrado.

Aquella mujer, se acercó a la capilla en que aun se encontraba la señora de Piennes; y, después de haberla observado un momento con aire de inquietud y de embarazo, le dirigió la palabra al verla de pie y a punto de salir.

—Podría, usted, decirme, señora — le preguntó con dulce voz y una sonrisa de timidez, — ¿podría decirme a quién debo dirigirme para ofrecer un cirio?

Este lenguaje era demasiado extraño a los oídos de la señora de Piennes para que ésta lo comprendiese en seguida, así es que hizo repetir la pregunta.

—Sí, quisiera encender un cirio a San Roque; pero no se a quién dar el dinero.

La señora de Piennes era de una devoción demasiado ilustrada para estar iniciada en las supersticiones populares. Sin embargo, las respetaba, porque hay algo de conmovedor en toda forma de adoración, por grosera que sea. Persuadida de que trataba con una promesa o cosa parecida, y siendo demasiado caritativa para sacar del traje de la joven del sombrero color de rosa las conclusiones que, quizás usted se ha atrevido a formar, le enseñó el pertiguero, que se acercaba. La desconocida le dió las gracias y corrió hacia aquel hombre que pareció comprenderla a la primera palabra.

Mientras cogía su devocionario y se arreglaba el velo, la señora de Piennes vió a la mujer del cirio sacar una bolsita de su faldriquera y coger de entre mucha calderilla una solitaria moneda de cinco francos, que entregó al pertiguero, haciéndole, en voz baja, largas recomendaciones que él escuchaba sonriendo.

Ambas salieron de la iglesia al mismo tiempo; pero la del cirio andaba muy aprisa, y la señora de Piennes pronto la hubo perdido de vista, aunque llevaba la misma dirección. En la esquina de la calle en que vivía, la encontró de nuevo. Bajo su mantón de lance, la desconocida procuraba ocultar un pan de cuatro libras comprado en una taberna de la vecindad. Al ver a la señora de Piennes, bajó la cabeza, no pudo menos de sonreirse y apretó el paso. Su sonrisa decía: "¿Qué quiere usted? Soy pobre. puede burlarse de mí. Sé muy bien que no es costumbre comprar pan llevando mantón de casimir y sombrero de color de rosa".

Aquella mezcla de mala vergüenza, de resignación y de buen humor no escapó a la señora de Piennes, que pensó, no sin tristeza, en la posición probable de aquella muchacha.

—Su piedad — dijo para sí, — es más meritoria que la mía. Seguramente su ofrenda de un escudo es un sacrificio mucho mayor que lo supérfluo que doy a los pobres sin imponerme la más pequeña privación.

Recordó, después, los dos óbolos de la viuda, más agradables a Dios que las fastuosas limosnas de los ricos.

—No hago todo el bien que debiera — pensó. — No hago todo lo que podría hacer.

Dirigiéndose, mentalmente, reproches que distaba mucho de merecer, llegó a su casa.

El cirio, el pan de cuatro libras, y sobre todo la ofrenda de la única moneda de cinco francos, habían grabado en la memoria de la señora de Piennes la figura de una joven, que ella consideraba como un modelo de piedad.

Volvió a encontrarla con bastante frecuencia en la calle cerca de la iglesia, pero nunca en los oficios divinos. Cada vez que la desconocida pasaba por delante de la señora de Piennes, bajaba la cabeza y se sonreía con dulzura.

Aquella sonrisa muy humilde gustaba a la señora de Piennes, la cual hubiera querido encontrar una ocasión de serle útil en algo, pues la pobre muchacha, que había empezado por inspirarle interés, le daba ahora lástima, porque había notado que el sombrero de color de rosa se ajaba, y el mantón había desaparecido. Sin duda había vuelto a casa de la prendera. Era evidente que San Roque no había pagado centuplicada la ofrenda que se le había hecho.

Cierto día, la señora de Piennes vió entrar en San Roque un féretro seguido de un hombre bastante mal vestido, que no llevaba gasa ni prenda alguna de luto. Era una especie de portero. Hacía más de un mes que no había encontrado a la joven del cirio, y se le figuró que asistía a su entierro. Nada más probable, porque la última vez que la había visto estaba tan pálida y demacrada!....

El pertiguero, interrogado, preguntó al hombre que seguía el féretro.

Este contestó que era conserje de una casa de la calle de Louis-le Grand; que una de sus inquilinas había muerto, una tal madama Guillot, sin parientes ni amigos, nada más que una hija, y que, por pura bondad, asistía él al entierro de una persona que no le atañía en nada.

En seguida, la señora de Piennes se imaginó que su desconocida había muerto en la miseria, dejando una niña sin recursos, y se prometió mandar pedir informes por un eclesiástico de quien solía servirse para sus buenas obras.

Dos días después, un carro atravesado en la calle detuvo un momento su coche, al salir de su casa. Miró, distraídamente, por la portezuela, y vió, arrimada a un poste, a la joven que creía muerta. La reconoció en seguida, aunque más pálida y más flaca que nunca, vestida de luto, pero, pobremente, sin guantes y sin sombrero. Su expresión era extraña. En vez de su sonrisa habitual, tenía las facciones contraídas; sus grandes ojos negros se extraviaban; miró hacia la señora de Piennes, pero sin reconocerla, porque no veía nada. En todo su aspecto se leía no el dolor, sino una resolución furiosa.

El carro se apartó y el coche de la señora de Piennes se alejó al trote; pero la imagen de la joven y su expresión desesperada persiguieron a la señora de Piennes durante horas.

A su regreso, vió una grande aglomeración de gente en la calle. Los grupos se apiñaban, sobre todo, delante de una casa próxima a la que habitaba la señora de Piennes. Todo el mundo miraba hacia una ventana abierta en un tercer piso, y, en cada pequeño grupo, uno o dos brazos se alzaban para señalarla a la atención pública; luego los brazos se bajaban de pronto hacia el suelo, y todos los ojos seguían este movimiento. Algo extraordinario acababa de suceder.

Al atravesar su antesala, la señora de Piennes encontró a sus criados despavoridos, disputándose cada uno el honor de ser el primero en anunciarle la gran noticia del barrio. Sin dejarle tiempo de preguntar nada su camarera exclamó.

—¡Ah! ¡señora! ¡estoy toda trastornada! En mi vida he visto nada tan horrible, es decir, no lo vi, aunque corrí inmediatamente después... Sin embargo...

—¿Qué ha ocurrido?...., habla pronto.

—A tres puertas de aquí una pobre joven se tiró por la ventana, hace apenas tres minutos; si la señora hubiese llegado un minuto antes, hubiera oído el golpe.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Y la desdichada se ha matado?....

—Señora, ¡qué cosa más horrible! Juan, que ha estado en la guerra, dice que nunca vió nada igual. ¡De un tercer piso, señora!

—¿Murió en el acto?

—¡Oh! señora, aun se movía; hasta hablaba: "¡Qué me acaben de matar!", decía. Pero no tenía ningún hueso sano. ¡Ya puede usted imaginarse el golpe que se daría!

—Pero, esa infeliz..., ¿la han auxiliado?.... ¿Han ido por un médico?.... ¿por un cura?....

—Por un cura... La señora lo sabe mejor que yo... Pero, si yo fuese cura... ¡Una desdichada bastante abandonada para darse la muerte!.... Por lo demás, era de mala conducta... Claro se ve... Dicen que había trabajado en la Opera... Todas acaban mal... Abrió la ventana, se ató las faldas con una cinta color de rosa, y... ¡pam!

—¡Es esa pobre joven enlutada! — exclamó para sí la señora de Piennes.

—Sí, señora; su madre murió hace tres o cuatro días. Se le habrá trastornado la cabeza... Quizá su galán la habrá plantado... Ha venci-

do luego el trimestre de alquiler de la casa... Sin dinero, y sin saber trabajar... ¡Malas cabezas! ¡Y nada!... Un arrebato...

Josefina continuó hablando un buen rato de tan entrecortada manera sin que su señora la contestase. Esta parecía meditar, tristemente, sobre el relato que acababa de oir. De pronto preguntó a Josefina:

—¿Saben si esa desdichada tiene lo que necesita en tal estado?.. ¿ropa blanca, trapos, colchones?.. Averígüenlo en el acto.

—Iré de parte de la señora, si la señora quiere, —exclamó la camarera, encantada de ir a ver de cerca a una mujer que había querido matarse.

Reflexionó y luego añadió:

—Pero no sé si tendré valor para ver eso. ¡Una mujer que se ha caído de un tercer piso!.. Cuando sangraron a Juan, me desmayé. No pude resistirlo.

—Pues mande a Juan, — exclamó la señora de Piennes; — pero que me digan en seguida cómo va esa infeliz.

Afortunadamente, su médico, el doctor K..., llegaba en el momento de dar ella esta orden. Venía a comer en la casa, según su costumbre de todos los martes, día de Opera Italiana.

—¡Ah! doctor, vaya corriendo, — le gritó sin darle tiempo de dejar su bastón ni de quitarse su abrigo; — Juan le acompañará a dos pasos de aquí. Una pobre joven acaba de tirarse por la ventana, y no tiene quien la asista.

—¿Por la ventana? — dijo el médico. — Si era alta, probablemente mis auxilios son inútiles.

El doctor tenía más ganas de comer que de hacer una operación; pero la señora de Piennes insistió, y, mediante la promesa de que retrasaría la comida, consintió en seguir a Juan.

Este volvió solo, minutos después, en busca de trapos, almohadas y demás. Al mismo tiempo era portador del oráculo del médico.

—No es nada. Curará, si no muere del... No recuerdo de qué ha dicho que podía morir, pero acaba en *os*.

—¡De tétanos! — exclamó la señora de Piennes.

—¡Justamente! Pero suerte que el doctor ha venido, porque ya había allí un matasanos sin clientela, el mismo que asistió a la niña Berthelot cuando tuvo el sarampión, y murió a la tercera visita.

Una hora después, volvió el doctor, ligeramente desempolvado y con su hermosa chorrera de batista en desorden.

—Esa gente que se suicida, — dijo, — tiene siete vidas, como los gatos. El otro día, trajeron a mi hospital una mujer que se había pegado un tiro en la boca. ¡Pues bien!... Todo se redujo a la rotura de tres dientes y un agujero en la mejilla izquierda... Será un poco más fea de lo que era antes y punto concluído. Esta se ha tirado de un tercer piso. Un pobre diablo de hombre honrado se caería accidentalmente de un primer piso, y se abriría el cráneo. Esa chica se fractura una pierna, se hunde dos costillas, se hace una porción de contusiones, y pare usted de contar. La suerte quiere que haya un colgadizo a punto para amortiguar la caída. Es el primer caso semejante que veo desde mi vuelta a París... Dió con las piernas en el suelo... La tibia y el peroné se sueldan fácilmente... Lo peor es que la salsa de este lenguado está reseca... Temo por el asado, y perderemos el primer acto de *Otello*.

—¿Y esa desdichada no le ha dicho la causa de su fatal determinación?

—¡Oh!, yo no escucho nunca esas historias, señora. Les pregunto si han comido antes y lo demás ¿qué importa para el tratamiento?.. ¡Claro! La que se mata, algún motivo tiene. ¡Que un amante la abandona; que un casero amenaza con echarla a la calle, salto mortal por la ventana, para jugarle una mala partida! ¡Pero apenas en el aire, ya se arrepiente.

—¿La verá usted mañana, doctor, verdad?

—Será preciso, si usted quiere. Le he prometido ya que usted hará algo por ella. Lo más sencillo sería mandarla al hospital. Se le proporcionará gratuitamente un aparato para la reducción de su pierna... Pero al oir hablar del hospital, pide que la rematen; todas las comadres hacen coro. Sin embargo, cuando no se tiene dinero.

—Yo sufragaré los pequeños gastos necesarios, doctor... La idea del

hospital me espanta a mí también, a pesar mío, como a las comadres de que usted habla. Además, transportarla a un hospital, en el estado en que se encuentra, sería matarla.

—¡Preocupación! ¡pura preocupación de las personas de sociedad! En ninguna parte se está mejor que en el hospital. Cuando yo esté enfermo de veras, al hospital me llevarán. De allí quiero emprender el último viaje en la barca de Caronte, y regalaré mi cuerpo a los discípulos..., dentro de treinta o cuarenta años, se entiende. Piénselo bien, señora; yo no sé si su protegida merece el interés que usted se toma por ella. Tiene todas las trazas de una bolera de la Opera... Se necesitan piernas de bailarina para dar semejante salto sin estrellarse...

—La vi en la iglesia..... y, ya conoce usted mi flaco, doctor; edifico toda una historia sobre una fisonomía, sobre una simple mirada. Ríase usted todo lo que quiera, pero me equivoco raramente. Esa pobre chica hizo no ha mucho un voto por su madre enferma. Su madre murió... Entonces a ella se la trastornó la cabeza. La desesperación y la miseria le precipitaron a ese acto horrible.

—En efecto, tiene en el vértice del cráneo una protuberancia que indica la exaltación. Todo lo que usted dice es muy probable. Usted ahora me hace recordar que había un ramo de boj, probablemente bendito, sobre su catre. ¿Es esta una prueba de su devoción, verdad?

—¡Un catre! ¡Ah! ¡pobre muchacha! Pero, doctor, ¿por qué se sonríe usted con esa malicia que es tan frecuente en sus labios? No hablo de la devoción que tiene o deja de tener. Lo que me obliga, sobre todo, a interesarme por esa infeliz, es que, a propósito de ella, tengo algo que reprocharme...

—¡Ah! ¡Pero ya caigo! Se reprocha usted, sin duda, el no haber mandado poner colchones en la calle para recibirla...

—Yo había notado su situación; debí enviarle socorros; pero el abate Dubignon estaba en cama, y...

—Debe usted tener grandes remordimientos, señora, si cree que no basta dar, como acostumbra, a todos los pedigüeños. Según usted, hay que adivinar además, a los pobres vergonzantes. Pero, señora, basta de piernas rotas, o, mejor dicho, dos palabras y punto concluído. Si concede usted su alta protección a mi nueva enferma, hágale dar una cama mejor, y una enfermera desde mañana. Hoy tiene bastante con las comadres. Necesita tomar caldos, tisanas, etc. Convendría también que le enviase usted uno de sus abates, pero que sea inteligente, capaz de curarle el alma como yo le he curado la pierna. La chica es nerviosa, y podrían sobrevenir complicaciones... Usted sería la mejor predicadora, pero necesita dar mejor aplicación a sus sermones... He dicho. Son las ocho y media, por Dios, vaya usted a hacer sus preparativos para ir a la Opera. Juan me traerá el *Journal des Débats*. He corrido tanto todo el día, que no he podido enterarme de lo que pasa en el mundo.

Transcurrieron algunos días, y la enferma iba mejor. El médico se quejaba solamente de que la excitación moral no disminuía.

—No tengo gran confianza en todos vuestros abates, — decía a la señora de Piennes. — Si no le repugnase a usted mucho ver el espectáculo de la miseria humana, porque valor yo sé que no le falta, podría calmar el cerebro de esa infeliz, mejor que cualquier cura de San Roque, y, lo que es más todavía, mejor que una toma de tridace.

La señora de Piennes le propuso de buena gana acompañarlo en el acto, y ambos subieron al cuarto de la enferma.

En una miserable estancia amueblada con tres sillas de paja y una mesita, la desdichada joven yacía sobre un buena cama enviada por la señora de Piennes. Sábanas finas, colchones espesos y una pila de anchas almohadas indicaban atenciones caritativas cuya procedencia ha adivinado usted sin duda. La joven horriblemente pálida, con los ojos ardientes, tenía un brazo fuera de la cama, y la parte de este brazo, lívida y maltrecha, que salía de su camisola, hacía adivinar el estado en que se hallaba el resto del cuerpo. Al ver a la señora de Piennes, levantó la cabeza y dijo con una dulce y triste sonrisa:

—Sabía muy bien que era usted, señora, la persona que se apiadaba

de mí. Me dijeron su nombre, y estaba segura de que era la señora que yo solía encontrar cerca de San Roque.

Ya hemos dicho que la señora de Piennes tenía la pretensión de adivinar el carácter y la historia de la gente por su cara. Alegróse de descubrir semejante talento en su protegida, y ese descubrimiento la interesó aun más en su favor.

—Está usted aquí muy mal, ¡hija mía!, — dijo examinando el triste mueblaje del cuarto. — ¿Por qué no le han traído cortinas?.. Pida usted a Juan las menudencias que necesite.

—Es usted muy buena, señora... ¿Qué me falta? Nada... Se acabó... Un poco mejor o un poco peor, ¿qué importa?

Y volviendo la cabeza, empezó a llorar.

—Sufre usted mucho, ¿hija mía? — le preguntó la señora de Piennes sentándose a la cabecera de la cama.

—No mucho... Pero siempre tengo en los oídos el viento que hacía al caer, y el ruído..., ¡crac! cuando di en el suelo.

—Estaba usted loca entonces, amiga mía; ahora se arrepiente usted, ¿verdad?

—Sí..., pero, cuando una persona es desgraciada, pierde la cabeza.

—Siento mucho no haber sabido antes su situación. Pero, hija mía, en ninguna circunstancia de la vida hay que entregarse a la desesperación.

—Eso se dice fácilmente, señora, — dijo el doctor, que escribía una receta sobre la mesita. — ¡Usted no sabe lo que es perder un guapo mozo de bigote retorcido. Pero, ¡diantre! para correr tras él, no hay que saltar por la ventana.

—¡Vamos, doctor! — dijo la señora de Piennes, — la pobre chica tenía seguramente otros motivos para...

—¡Ah!, no sé lo que tenía, — exclamó la enferma — cien motivos... En primer lugar la muerte de mi madre fué para mí un golpe terrible. Luego me sentí abandonada...., ¡nadie se interesaba por mí!.. En fin, alguien en quien pensaba yo más que en todo el mundo... ¡Ah, señora!, ¡olvidarse hasta de mi nombre! Sí, yo me llamo Arsenia Guillot, *G, u, i, ll,* y él lo escribe con *y* griega.

—¡Ya decía yo!, ¡un infiel! — exclamó el doctor. — ¡Lo que abundan!.. ¡Bah, bah!, muchacha, olvide usted a ese. Un hombre sin memoria, no merece que piensen en él.

Sacó el reloj y dijo, levantándose:

—¿Las cuatro? Se me hace tarde para mi consulta. Pido a usted mil y mil perdones, señora, pero tengo que dejarla; no tengo tiempo ni siquiera para acompañarla a su casa. — Adiós, hija mía, tranquilícese usted, eso no será nada. Bailará usted tan bien con esa pierna como con la otra. — Y usted, enfermera, vaya a la botica con esta receta, y repita lo de ayer.

El médico y la enfermera habían salido; la señora de Piennes estaba sola con la enferma, algo alarmada de encontrar amores en una historia que ella había forjado de muy distinta manera en su imaginación.

—De modo que la engañaron a usted, ¡pobre hija mía! — repuso después de una pausa.

—¿A mí? ¡no!, ¿Cómo engañar a una miserable como yo?.. Solamente se cansó de mí... Tiene razón; no soy la mujer que necesita. Siempre fué bueno y generoso. Le escribí para decirle lo que me pasaba, y si quería que volviésemos a vivir juntos... Entonces él me contestó..., diciéndome cosas que me causaron mucha pena. El otro día, al volver a mi casa, se me cayó un espejo que él me había regalado, un espejo de Venecia, como él decía. El espejo se rompió... Yo pensé y dije: ¡Este es el golpe de gracia!.. Señal de que todo ha concluído... Ya no me quedaba nada de él. Había empeñado las alhajas... Después, pensé que si yo me mataba, él tendría un gran disgusto, y yo me vengaría... La ventana estaba abierta, y me tiré.

—Pero, desdichada, el motivo era tan frívolo como criminal era el acto.

—Será así, pero, ¿qué quiere usted que le diga? Cuando se sufre, no se reflexiona. A las personas felices les es muy fácil decir: "Tenga usted juicio".

—Ya lo sé; la desgracia es mala consejera. Sin embargo, aun en me-

dio de las más dolorosas pruebas, hay cosas que no se deben olvidar. La vi a usted en San Roque practicando un acto de devoción. Usted tiene la dicha de *creer*. La religión, hija mía, debió haberla retenido en el momento en que iba a entregarse a la desesperación. Usted recibió la vida de Dios, y no le pertenece a usted... Pero hago mal en reconvenirla ahora, hija mía. Usted se arrepiente, usted sufre, Dios se apiadará de usted.

Arsenia bajó la cabeza, y sus párpados se bañaron de lágrimas.

—¡Ah! señora, — dijo exhalando un suspiro; — usted me cree mejor de lo que soy... Usted me cree devota..., no lo soy mucho..., no me dieron instrucción, y si usted me vió en la iglesia para encender un cirio..., es que ya no sabía a qué recurrir.

—Pues era un buen pensamiento, amiga mía. En la desgracia, siempre hay que acudir a Dios.

—Me habían dicho... que si encendía un cirio a San Roque..., pero, no, señora, yo no le puedo decir eso. Una señora como usted no sabe lo que una es capaz de hacer cuando no le queda un cuarto.

—Lo que hay que pedir a Dios, sobre todo, es valor.

—En fin, señora, no quiero mostrarme mejor de lo que soy, y es un robo aprovecharme de la caridad que usted me hace sin conocerme... Soy una desgraciada... pero las mujeres de mi clase viven como pueden... En fin, señora, ofrecí un cirio porque mi madre decía que, cuando se quema un cirio a San Roque, no se pasan ocho días sin encontrar un amante...

—¡Su madre!, ¡desdichada!... ¿Qué osa usted decir?

—¡Oh!, mi madre era como todas las madres...., como todas nuestras madres... Había mantenido a la suya..., yo la mantuve a mi vez... Afortunadamente no tengo ningún hijo. Yo bien veo, señora, que le doy miedo..., pero ¿qué quiere usted?... Usted recibió una buena educación y no sabe lo que es padecer. Cuando una es rica, le es fácil ser honrada. Yo lo hubiera sido, si hubiese tenido medios. He tenido muchos amantes... pero no he amado más que a un hombre. Me abandonó. Si yo hubiera sido rica, nos habríamos casado, y hubiéramos tenido descendencia honrada...Le hablo así, señora, con toda franqueza, aunque veo bien lo que piensa usted de mí, y con razón... Aun cuando me conozca, me compadecerá. Voy a morir, y sólo una cosa le pido..., y es que después de mi muerte, haga decir una misa por mí en la iglesia en que la vi por primera vez. Una plegaria, nada más, y se lo agradezco con toda el alma...

—¡No, usted curará! — exclamó la señora de Piennes muy conmovida. — Dios se apiadará de usted, pobre pecadora. Se arrepentirá usted de su vida desordenada, y él la perdonará. Si mis preces pueden contribuir a su salvación, no le faltarán a usted. Los que la educaron son más culpables que usted. Tenga valor, y no desespere. Procure sobre todo estar más tranquila, hija mía. Hay que curar el cuerpo; el alma también está enferma, pero yo respondo de su curación.

Así hablando, se había levantado, y arrollaba en sus dedos un papel que contenía algunos luises.

—Tome usted, por si se le ocurre comprar algo...

Y le puso el presente debajo de la almohada.

—¡No, señora! — exclamó Arsenia, impetuosamente, rechazando el papel; no quiero de usted nada más que lo que me ha prometido. Adiós. No nos volveremos a ver. Hágame transportar a un hospital, a fin de que yo pueda morir sin molestar a nadie. Nunca conseguiría usted hacer de mí cosa buena. Una gran dama como usted habrá orado por mí; ya estoy satisfecha. Adiós.

Y volviéndose todo lo que le permitía el aparato que la tenía sujeta a la cama, ocultó su cabeza en la almohada para no ver nada más.

—Escuche, Arsenia, — dijo la señora de Piennes en tono grave. — Me he propuesto hacer de usted una mujer honrada. Su arrepentimiento me da la seguridad de conseguir mi propósito. La veré a menudo, y me cuidaré de usted. Algún día me deberá su propia estimación.

Y le cogió la mano estrechándosela ligeramente.

—¡Me ha tocado! — exclamó la pobre muchacha — me ha estrechado la mano.

Y antes de que la señora de Piennes hubiese podido retirar la suya, Arsenia se la cogió, cubriéndola de besos y lágrimas.

—¡Cálmese, cálmese, hija mía! — decía la señora de Piennes; — no diga nada más. Ahora lo se todo, y la conozco mejor de lo que se conoce usted misma. Yo soy el médico de su cabeza..., de su mala cabeza. Me obedecerá, se lo exijo, lo mismo que el doctor. Le enviaré un eclesiástico amigo mío, y usted le escuchará. Le elegiré buenos libros, para que los lea. Hablaremos de vez en cuando. Cuando esté restablecida, nos ocuparemos de su porvenir.

La enfermera entró con un frasco que traía de la farmacia. Arsenia seguía llorando. La señora de Piennes volvió a estrecharle la mano, puso el cartucho de luises sobre la mesita, y salió quizás más favorablemente dispuesta por su penitente que antes de haber oído su extraña confesión.

Le envió un cura, que la exhortó a que se arrepintiera. El arrepentimiento no era difícil para la pobre Arsenia, que, salvas algunas horas de gran placer, no había conocido de la vida más que sus miserias. Si decís a un desgraciado: "Tú tienes la culpa", no le sorprenderéis, porque está harto convencido de ello; y si, al mismo tiempo, mitigáis el reproche prodigándole algunos consuelos, os bendecirá y no habrá nada que no os prometa para el porvenir.

El cura decía a la señora de Piennes que la joven Guillot era muy ignorante, pero que no tenía mal fondo, y que esperaba salvarla. En efecto, Arsenia le escuchaba con atención y respeto. Leía o se hacía leer los libros que le habían prescrito, tan puntual en obedecer a la señora de Piennes como en seguir las disposiciones del doctor. Pero lo que acabó de ganar el corazón del buen cura, y lo que pareció a su protectora un síntoma decisivo de curación moral, fué el empleo dado por Arsenia Guillot a una parte de la cantidad recibida. Había hecha decir en San Roque una misa solemne por el alma de Pamela Guillot, su difunta madre. Y, seguramente, no hubo jamás alma alguna que tuviese más necesidad de las preces de la Iglesia.

CAPITULO II

Cierta mañana, la señora de Piennes se hallaba en su tocador, cuando un criado llamó discretamente a la puerta del santuario, y entregó a Josefina un tarjeta que un joven acababa de traer.

—¡Max en París! — exclamó la señora de Pieense al leer la tarjeta — pronto, Josefina, vaya usted a decir al señor de Salligny que me espere en el salón.

Momentos después, se oyeron en el salón risas y pequeños gritos sofocados, y Josefina volvió muy colorada y con su gorra torcida.

—¿Qué es eso, señorita? — preguntó la señora de Piennes.

—Nada, señora; el señor de Salligny que decía que he engordado.

En efecto, la robustez de Josefina podía asombrar al señor Salligny que hacía más de dos años que viajaba. Antes era uno de los favoritos de la camarera y uno de los obsequiosos de la señora. Sobrino de una amiga íntima de la señora de Piennes, se le veía antes sin cesar en casa de ésta, en seguimiento de su tía. Era casi la única casa seria que frecuentaba. Max de Salligny tenía fama de calavera, jugador, pendenciero, vividor... *Por lo demás, el mejor chico del mundo.*

Causaba la desesperación de su tía, madama Aubrée, que sin embargo, le adoraba. Muchas veces había ella procurado hacerle abandonar su desastrosa vida, pero siempre habían podido más las malas costumbres que sus prudentes consejos.

Max tenía un par de años más que la señora de Piennes; se habían conocido de niños, y, antes de que ella se casase, él parecía mirarla con ojos bastante tiernos.

—Amiga mía, — decía madama Aubrée, — si usted quisiera, estoy segura de que llegaría a dominar ese carácter.

La señora de Piennes, mejor dicho, Elisa de Guiscard, como se llamaba entonces, se hubiera encontrado quizá con valor bastante para intentar la empresa, porque Max era tan divertido y alegre en una quinta, y tan infatigable en un baile, que seguramente había de ser un buen marido; pero los padres de Elisa veían más lejos. La misma madama Aubrée no respondía en absoluto de su sobrino; averiguóse que tenía deudas y una amante; ocurrió un duelo ruidoso, que tuvo por causa poco inocente a una artista del Gymnase. El matrimonio, que madama Aubrée nunca había proyectado seriamente, fué declarado imposible.

Entonces se presentó el señor de Piennes, noble, rico, serio y de buena conducta. Tenía la reputación de un perfecto caballero, y la merecía. Hablaba poco, pero cuando abría la boca, era para decir alguna gran verdad incontestable. Si no añadía gran encanto a las reuniones en que se encontraba, en cambio no hacía mal papel en ninguna parte. Era generalmente apreciado, a causa de su mujer, pero cuando estaba ausente, — en sus fincas, como sucedía nueve meses al año, y principalmente en el momento en que empieza mi historia, — nadie lo notaba. Apenas si su mujer lo echaba de menos.

Después de haber acabado de vestirse en cinco minutos, la señora de Piennes salió de su cuarto algo emocionada, porque la vuelta de Max de Salligny le recordaba la muerte reciente de la persona que más había querido. Al acercarse al salón, le extrañó oír una voz de bajo que cantaba alegramente, acompañándose al piano, esta barcarola napolitana:

Addio, Teresa,
Teresa, addio!
Al mio ritorno
Ti sposeró.

Abrió la puerta e interrumpió al cantor tendiéndole la mano:

—¡Mi pobre señorito Max, cuanto me alegro de volverle a ver!

Max se levantó precipitadamente y le estrechó la mano mirándola con aire de turbación, sin poder pronunciar una palabra

—Sentí mucho no poder ir a Roma, cuando su tía cayó enferma, — continuó la señora de Piennes. — Se los cuidados de que la rodeó usted, y le doy las gracias por el último recuerdo que me envió de ella.

El rostro de Max, naturalmente alegre, por no decir risueño, tomó de pronto una expresión de tristeza:

—Me habló de usted hasta el último momento — dijo. — Veo que recibió usted su sortija, y el libro que aun leía aquella misma mañana...

—Sí, Max, muchas gracias. Al enviarme el triste presente, me anun-

ciaba usted que salía de Roma, pero sin darme su dirección; no sabía, pues, donde escribirle. ¡Pobre amiga!, ¡morir tan lejos de su país! Afortunadamente, acudió usted en seguida... Es usted mejor de lo que quiere aparentar, Max... Le conozco bien.

—Durante su enfermedad, mi tía solía decirme: "Cuando yo no pertenezca ya a este mundo, no habrá más que la señora de Piennes para reñirte... (Yo no puedo evitar una sonrisa). Procura que no te riña con demasiada frecuencia". Ya ve usted, señora, que cumple mal su cometido.

—Espero que no me dará gran trabajo de hoy más. Me dicen que ha cambiado, que se ha vuelto muy juicioso.

—Es verdad, señora; prometí a mi tía tener buena conducta, y...

—Y cumplirá su promesa, ¡no me cabe duda alguna!

—Lo procuraré. De viaje, es más fácil que en París, sin embargo... Para que usted vea, señora; no hace más que horas que he llegado, y ya he resistido a tentaciones. Al venir aquí, encontré a uno de mis antiguos amigos que me convidó a comer con una porción de calaveras, y rehusé.

—Hizo usted bien.

—Sí, pero ¿debo decirlo?, es que esperaba que usted me convidaría.

—¡Qué lástima! Hoy no como en casa. Pero mañana...

—En este caso no respondo de mí. En usted recae la responsabilidad de la comida que voy a hacer.

—Oiga usted, Max: lo que importa es empezar bien. No vaya usted a esa comida de jóvenes. Yo como en casa de madama Darsenay; venga usted a verla, y hablaremos.

—Sí, pero madama Darsenay es un poco fastidiosa; me hará cien preguntas. No podré hablar una palabra con usted; diré inconveniencias; y, además, tiene una hija como una percha, toda huesos, que quizás aun sigue soltera...

—Es una muchacha muy simpática... y, a propósito de inconveniencias, no es pequeña la de hablar de ella como usted habla.

—Tiene usted razón; pero..., habiendo llegado hoy mismo a París, ¿no parecerá que me doy mucha prisa en?..

—Puen bien, haga usted como quiera; pero, escuche, Max; como amiga de su tía, tengo derecho de hablarle francamente: evite usted sus amistades antiguas. El tiempo ha debido romper, naturalmente, muchas relaciones que no le eran de utilidad alguna; no las reanude: estoy segura de usted si no se deja arrastrar. A su edad..., a *nuestra* edad, hay que tener juicio. Pero dejémonos ahora de consejos y sermones, y dígame lo que ha hecho desde que no nos hemos visto. Sé que estuvo usted en Alemania, y luego en Italia, pero no sé nada más. Me escribió usted dos veces, y pare de contar; ¡dos cartas en dos años! Usted comprenderá que por ellas no he podido saber gran cosa de su vida.

—¡Oh, señora!, soy bien culpable..., pero soy tan..., fuerza es decirlo, ¡tan perezoso!.. Empecé veinte cartas para usted; ¿pero qué podía decirle que le interesase?... Yo no sé escribir cartas... Si le hubiese escrito cada vez que pensé en usted, no hubiera bastado todo el papel de Italia.

—¡Bueno! ¿pues qué ha hecho usted?, ¿en que ha ocupado el tiempo?

—¡Ocupado!... Ya sabe usted que, desgraciadamente, no tengo ocupación ninguna. He andado mucho y visto muchas cosas. Tenía proyectos de pintura, pero la vista de tantos cuadros hermosos me ha curado radicalmente de mi desdichada pasión. ¡Ah!.. y además, el viejo Nibby había hecho de mí un anticuario. Sí, hice hacer excavaciones a persuación suya... Encontróse una pipa rota y no sé cuántos tiestos... Después, en Nápoles, tomé lecciones de canto, pero sin ganar en habilidad.

—No me gusta su música, aunque tiene usted una hermosa voz y canta bien. Eso le pone en relación con gente que está usted demasiado propenso a frecuentar.

—La comprendo; pero cuando estaba en Nápoles, no había peligro. La *prima donna* pesaba ciento cincuenta kilos, y la *seconda donna* tenía la boca como un horno y una nariz como la torre del Líbano. En fin, dos años han pasado no se cómo. No he hecho nada; pero he vivido esos dos años sin darme cuenta.

—Quisiera verle ocupado; quisiera verle aficionado a algo útil. Temo la ociosidad para usted.

—Si he de hablarle con franqueza, señora, los viajes han tenido para mí la ventaja de que, sin hacer nada, no estaba adsolutamente ocioso. Viendo cosas bellas, no se aburre uno; y yo, cuando me aburro, estoy en peligro de hacer tonterías. La verdad es que he vuelto más ordenado, y hasta he perdido la costumbre de ciertas maneras expeditivas que tenía de gastar mi dinero. Mi pobre tía pagó mis deudas, y no he vuelto a contraer ninguna, ni quiero contraerlas. Tengo bastante para vivir soltero; y como no tengo la pretensión de parecer más rico de lo que soy, no haré más extravagancias.

—Magnífico, Max; ¿pero sabe usted lo que tiene que hacer para continuar sin tropiezos por ese buen camino? Casarse.

—¡Ah! ¿casarme?.. ¿Por qué no?.. ¿pero quién me va a querer? Yo, que no tengo derecho a ser exigente, quisiera una mujer... ¡Oh! no, ya no hay ninguna que me convenga...

La señora de Piennes se puso algo colorada, y él continuó sin notarlo:

—Una mujer que me quisiera... Pero ¿sabe usted, señora, que eso sería casi un motivo para que yo no la quisiese a ella?

—¿Por qué? ¡Vaya una locura!

—Dice Otelo, para justificarse, creo yo, de las sospechas que tiene contra Desdémona: "Esa mujer debe tener una cabeza extraña y gustos depravados, para haberme elegido a mí, que soy negro". ¿No puedo decir yo a mi vez: "La mujer que me quiera a mi no puede menos de tener una cabeza extravagante?".

—Ha sido usted bastante calavera, Max, para que sea inútil hacerse peor de lo que es. No hable así de sí mismo, porque hay personas que lo creerían a ciegas. En mi concepto..., estoy segura que si un día..., sí, si amase usted de veras a una mujer que mereciese toda su estimación..., usted le parecería entonces...

La señora de Piennes hallaba cierta dificultad en terminar su frase, y Max, que, la miraba fijamente con cierta curiosidad, no la ayudaba en lo más mínimo a encontrar un final para su período mal empezado.

—Quiere usted decir, — repuso él finalmente — que si yo estuviese enamorado de veras, sería amado, porque valdría la pena de serlo.

—Sí, entonces sería usted digno de ser amado también.

—Si bastase amar para ser amado... Lo que usted dice, señora, no es muy cierto. ¡Bah! encuéntreme usted una mujer valiente, y me caso. Si no es muy fea, yo aun no soy bastante viejo para no animarme... Usted me responde de lo demás.

—¿De dónde viene usted ahora? — interrumpió la señora de Piennes con aire serio.

Max habló de sus viajes muy lacónicamente, aunque de manera que viniese a probar que no había hecho como esos turistas de los cuales dicen los griegos: *Maleta partió y maleta ha vuelto.* Sus cortas observaciones denotaban un espíritu claro que no admitía a ciegas las opiniones corrientes, aunque en realidad era más cultivado de lo que quería aparentar. Retiróse pronto, al notar que la señora de Piennes volvía la cabeza hacia el reloj, y prometió, no sin cierto ambarazo, que iría aquella noche a casa de madama Darsenay.

Sin embargo, faltó a su promesa, lo cual causó algún despecho a la señora de Piennes. En cambio, a la mañana siguiente, se presentó en casa de ella al objeto de excusarse, alegando que la fatiga del viaje le había impedido salir; pero bajaba los ojos y hablaba con tan poco aplomo, que no era necesario tener la habilidad de la señora de Piennes en observar fisonomías, para adivinar que faltaba a la verdad. Cuando él hubo terminado trabajosamente, ella le amenazó con el dedo sin contestar.

—¿No me cree usted? — dijo Max.

—No. Afortunadamente aun no sabe usted mentir. Si renunció usted a ir a casa de madama Darsenay, no fué para descansar, puesto que salió.

—¡Pues bien!, tiene usted razón, — contestó Max esforzándose en sonreir. — Comí en el Rocher-du-Cancale con esos calaveras, y fuí luego a tomar el te en casa de Famin; no les pude escapar, y después jugué.

—¿Y perdió, por supuesto?

—Al contrario: gané.

—Lo siento. Preferiría que hubiese usted perdido, sobre todo si eso podía curarlo para siempre de un vicio tan tonto como detestable.

Esto dicho, se inclinó sobre su labor y se puso a trabajar con una aplicación algo afectada.

—¿Había mucha gente en casa de madama Darsenay? — preguntó Max tímidamente.

—No, poca.

—¿Ninguna muchacha casadera?

—No.

—Sin embargo, cuento con usted, señora. Ya sabe lo que me prometió.

—Tenemos tiempo de pensarlo.

Había en el tono de la señora de Piennes algo de seco y de cohibido que no le era habitual.

Después de una pausa, Max repuso con aire de humildad:

—¿Está usted descontenta de mí, señora? ¿Por qué no me riñe muy fuerte, como hacía mi tía, para perdonarme después. ¿Vamos, quiere usted que le de mi palabra de no volver a jugar jamás?

—Cuando se hace una promesa, hay que sentirse con la fuerza necesaria para cumplirla.

—Una promesa hecha a usted, señora, la cumpliré; me creo con fuerza y valor suficientes para ello.

—Entonces, la acepto, Max, — dijo ella tendiéndole la mano.

—Gané mil y cien francos, — prosiguió él; — ¿los quiere usted para sus pobres? Jamás dinero tan mal adquirido habrá encontrado mejor empleo.

Ello dudó un instante.

—¿Por qué no? — dijo para sí en voz alta. — Pues bien, Max, asi se acordará usted de la lección. Le cargo en cuenta mil cien francos.

—Mi tía decía que el mejor medio de no tener deudas es pagar siempre al contado.

Y echó mano de su cartera para sacar billetes.

La señora de Piennes creyó ver en la cartera entreabierta un retrato de mujer. Max notó que ella miraba, se puso colorado, se apresuró a cerrar la cartera y presentó los billetes.

—Quisiera ver esa cartera..., si es posible, — añadió ella sonriendo con malicia.

Max estaba completamente desconcertado: balbuceó algunas palabras ininteligibles y trató de distraer la atención de la señora de Piennes.

Esta pensó de pronto que la cartera contenía el retrato de alguna bella italiana; pero la turbación evidente de Max y el color general de la miniatura le infundieron luego otra sospecha. Años atrás había dado su retrato a madama Aubrée, y se figuró que Max, en calidad de heredero directo, se había creído con derecho para apropiárselo, lo cual le pareció una inconveniencia enorme. Sin embargo, no dió nada a conocer por lo pronto; pero cuando el señor de Salligny iba a retirarse, ella le dijo:

—A propósito, su tía tenía un retrato mío, que yo quisiera recuperar.

—¿No sé..., qué retrato?... ¿Cómo era? — preguntó Max con voz insegura.

Esta vez, la señora de Piennes estaba resuelta a no notar que su amigo mentía.

—Búsquelo, — le dijo con la mayor naturalidad que pudo. — Me hará favor.

Retrato aparte, estaba bastante contenta de la docilidad de Max, y se prometía salvar a otra oveja descarriada.

Al día siguiente, Max había encontrado el retrato y lo devolvió con un aire bastante indiferente. Observó que el parecido no había sido nunca grande y que el pintor le había dado una rigidez de actitud y una severidad en la expresión que no tenían nada de natural.

Unos quince días después de la llegada del señor de Salligny, la señora de Piennes fué a ver como de costumbre a su protegida Arsenia Guillot. Después de haberle hecho algunas preguntas sobre su salud y sobre

las instrucciones que recibía, observando que la enferma se hallaba aun más oprımida que los días anteriores, se ofreció a hacerle un rato de lectura para que no se cansase hablando.

A la pobre muchacha, sin duda, le hubiera gustado más hablar que oir una lectura como la que le proponían, pues ya pueden ustedes suponer que se trataba de un libro muy serio, y Arsenia no había leído nunca más que novelas de cocineras. Era un libro de devoción.

A la tercera página, sucedió lo que hubiera sucedido con toda otra obra, seria o no; sucedió lo que era inevitable: quiero decir que la joven Guillot cerró los ojos y se durmió. La señora de Piennes notólo y se felicitó del efecto calmante que acababa de producir. Bajó, desde luego, la voz a fin de no despertar a la enferma suspendiendo bruscamente la lectura, después dejó el libro y se levantó silenciosamente para salir de puntillas; pero la enfermera acostumbraba bajar a la portería cuando la señora de Piennes venía a ver a la enferma, porque sus visitas parecían las de un confesor.

La señora de Piennes quiso esperar la vuelta de la enfermera; y como era la persona del mundo más enemiga de la ociosidad, buscó el medio de ocupar los minutos que iba a pasar junto a la durmiente.

En un gabinete detrás de la alcoba, había una mesa con tinta y papel; sentóse a ella y se puso a escribir un billete. Buscando una oblea en un cajón de la mesa, alguien entró bruscamente en el cuarto, dispertando a la enferma.

—¡Dios mío!, ¿qué veo? — exclamó Arsenia con voz tan alterada, que la señora de Piennes se estremeció al oirla.

—¡Y bien! ¿Qué es eso? Es increíble lo que me han contado. ¿Qué significa eso? ¡Arrojarse por la ventana como una imbécil! ¡Dónde se ha visto una cabeza igual a la de esta muchacha!

No se si reproduzco exactamente los términos; pero éste era, al menos, el sentido de lo que decía la persona que acababa de entrar, y en quien, por la voz, la señora de Piennes reconoció en seguida a Max de Salligny.

Siguieron algunas exclamaciones, algunos gritos ahogados de Arsenia, y después unos besos bastantes sonoros.

—¡Pobre Arsenia! — repuso Max; — ¡en qué estado te encuentro! ¿Sabes que nunca hubiera dado contigo, si Julia no me hubiese dado las señas de tu último domicilio? ¡Pero quién ha visto nunca una locura semejante!

—¡Ah! ¡Salligny! ¡Salligny! ¡qué alegría tengo! ¡Y cómo me arrepiento de lo que hice! Ya no me encontrarás bonita. ¿Ya no me vas a querer?..

—¡Tonta! — contestó Max. — ¿Por qué no me escribiste que necesitabas dinero? ¿Por qué no se lo pedías al comandante? ¿Y qué ha sido de tu ruso? ¿Se marchó ya ese cosaco?

Al reconocer la voz de Max, el asombro de la señora de Piennes fué casi tan grande como el de Arsenia. La sorpresa le impidió de pronto salir del gabinetito; luego empezó a reflexionar si debía o no dejarse ver, y cuando se reflexiona escuchando, la decisión es tardía. De todo lo cual resultó que oyó el edificante diálogo que acabo de referir; pero entonces comprendió que, si permanecía en el gabinete, se exponía a oir más; tomó su resolución y entró en el cuarto con esa actitud actitud tranquila y soberbia que las personas virtuosas casi nunca pierden, y que imponen si es preciso.

—Max, — dijo, — hace usted daño a esta pobre muchacha; retírese. Venga a verme dentro de una hora y hablaremos.

Max se había puesto pálido como un muerto al ver aparecer a la señora de Piennes donde nunca hubiera esperado encontrarla; su primer movimiento fué obedecer, y dió un paso hacia la puerta.

—¡Te vas!.., ¡te vas!, — exclamó Arsenia incorporándose en la cama con un esfuerzo desesperado.

—Hija mía, — dijo la señora de Piennes cogiéndole la mano, — tenga usted juicio. Escúcheme. ¡Recuerda lo que me prometió!

Después dirigió una mirada tranquila, pero imperiosa a Max, que salió en seguida. Arsenia recayó en la cama, desvaneciéndose al verle salir.

La señora de Piennes y la enfermera, que volvió momentos después, la auxiliaron con cuidado y habilidad. Arsenia recobró gradualmente los sentidos. Dirigió una mirada circular por todo el cuarto, como buscando al que recordaba haber visto antes, y volvió luego sus grandes ojos negros hacia la señora de Piennes, mirándola fijamente.

—¿Es su marido? — preguntó.

—No, — contestó la señora de Piennes poniéndose colorada, pero sin que se alterase la dulzura de su voz; — el señor de Salligny es pariente mío.

Creyó permitirse esta pequeña mentira para explicar el imperio que tenía sobre él.

—Entonces, — dijo Arsenia, — ¡a quien ama es a usted!

Y seguía fijando en ella sus ojos ardientes.

Un destello de luz brilló en la frente de la señora de Piennes. Sus mejillas se pusieron un instante coloradas y su voz expiró en sus labios; pero recobró en seguida su serenidad.

—Se equivoca usted, hija mía, — dijo en tono grave. — El señor de Sallgny ha comprendido que hacía mal en recordar cosas que usted ha olvidado...

—¡Olvidado!, — exclamó Arsenia con una sonrisa de condenada que daba pena de ver.

—Sí, Arsenia, usted ha renunciado a todas las ideas locas de un tiempo que no volverá. Piense, pobre hija mía, que debe todas sus desgracias a esas culpables relaciones. Piense...

—¡Qué no la ama a usted! — interrumpió Arsenia sin escucharla; — ¡que no la ama, y comprende una simple mirada! ¡He visto sus ojos y los de usted. No me engaño... Después de todo..., ¡es muy natural! Usted es bonita, joven, brillante... Yo, lisiada, desfigurada..., próxima a morir...

Y no pudo terminar: los sollozos ahogaron su voz, sollozos tan fuertes y dolorosos, que la enfermera dijo que iba a buscar el médico; porque,

decía ella, el doctor nada temía tanto como aquellas convulsiones, y si aquello duraba, la pobre no resistiría.

Poco a poco, a la especie de energía que Arsenia había encontrado en la vivacidad misma de su dolor siguió el abatimiento estúpido, que la señora de Piennes tomó por tranquilidad. Continuó la filantrópica dama sus exhortaciones, pero Arsenia, inmóvil, no escuchaba las buenas razones que le daban para que prefiriera el amor divino al amor terrestre; tenía los ojos secos y los dientes convulsivamente apretados. Mientras su protectora la hablaba del cielo y del porvenir, ella pensaba en el presente. La súbita llegada de Max, había dispertado en un instante locas ilusiones en ella; pero la mirada de la señora de Piennes las había disipado en seguida. Después de un feliz ensueño de un minuto, Arsenia no encontraba más que la triste realidad, cien veces más horrible ahora por haber sido un momento olvidada.

Antes había amado a Max, como podía amarle. Con él era con quien hubiera querido siempre ir al teatro; con quien se divertía en una partida de campo; él era de quien hablaba sin cesar a sus amigos. Al marcharse Max de viaje, ella lloró mucho; sin embargo aceptó los homenajes de un ruso que Max se alegraba de tener por sucesor, porque lo consideraba como todo un caballero, es decir, como un hombre generoso.

Mientras pudo llevar la vida loca de las mujeres de su clase, su amor por Max no fué más que un recuerdo agradable que le hacía suspirar a veces. Pensaba en él como se piensa en las diversiones de la infancia, que nadie, sin embargo, quisiera repetir; pero cuando Arsenia ya no tuvo amantes, cuando se encontró abandonada, cuando sintió todo el peso de la miseria y de la verguenza, entonces su amor por Max se purificó en cierta manera, porque era el único recuerdo que no despertaba en ella pesares ni remordimientos. Aquel amor la enaltecía a sus propios ojos, y cuanto más envilecida se consideraba, más engrandecía a Max en su imaginación. "¡He sido su amante; me ha amado!", se decía con una especie de orgullo, cuando le daba asco de pensar en su vida de cortesana.

Mientras Arsenia se abandonaba a estas tristes reflexiones, la señora de Piennes le demostraba con elocuencia la necesidad de renunciar para siempre a lo, que ella llamaba sus extravíos criminales. Una fuerte convicción nos hace casi insensibles; y de la misma manera que un cirujano aplica el hierro y el fuego sobre una llaga sin escuchar los gritos del paciente, la señora de Piennes continuaba su tarea con despiadada firmeza.

La llegada del médico y la postración completa de la enferma recordaron a la señora de Piennes que ya había hecho bastante. Estrechó la mano de Arsenia y le dijo al despedirse:

—Animo, hija mía, y Dios no la abandonará.

Acababa de cumplir con un deber, y le quedaba otro aun más difícil. Le esperaba otro culpable, cuya alma tenía que abrir al arrepentimiento; y a pesar de la confianza que tenía en su celo piadoso, a pesar del imperio que ejercía sobre Max, y del cual tenía ya pruebas, en fin, a pesar de la buena opinión, que conservaba en el fondo del corazón acerca de aquel libertino, experimentaba una extraña ansiedad pensando en el combate que iba a librar. Antes de empezar tan terrible lucha, quiso recobrar fuerzas, y entrando en una iglesia, pidió a Dios nuevas inspiraciones para defender su causa.

Al llegar a su casa, le dijeron que el señor de Salligny la esperaba en el salón, desde hacía largo rato. Ella le encontró pálido, agitado, lleno de inquietud. Ambos se sentaron. Max no se atrevía a desplegar los labios, y la señora de Piennes, emocionada también sin saber positivamente la causa, permaneció algún tiempo sin hablar y sin mirarle de frente. Por fin empezó:

—Max, — dijo, — no le haré a usted reconvenciones...

Max levantó la cabeza con bastante altivez. Las miradas de ambos se encontraron, y él bajó en seguida los ojos.

—Su buen corazón, — prosiguió ella, — le dice, en este momento, más de lo que pudiera decirle yo. Es una lección que la providencia ha querido dar a usted, y tengo la esperanza, la firme convicción de que no dejará de ser provechosa.

—Señora, — interrumpió Max, — apenas se lo que ha pasado. Esa des-

dichada se tiró por la ventana, según me ha dicho; pero no tengo la vanidad..., quiero decir el sentimiento..., de crer que nuestras pasadas relaciones hayan podido determinar ese acto de locura.

—Diga usted más bien, Max, que al hacer el mal no previó las consecuencias. Cuando precipitó esa muchacha en el desorden, no pensaba usted que un día atentaría contra su vida.

—Señora, — exclamó Max con vehemencia, — permítame usted que le diga que en manera alguna seduje a Arsenia Guillot. Cuando la conocí, se había dejado ya seducir por otros. Fué mi amante, no lo niego. Hasta confieso que la amé..., como se puede amar a una persona de esa clase... Creo que tuvo por mí un poco más de afecto que por los demás... Pero hacía mucho tiempo que toda relación había cesado entre nosotros, y, sin que ella hubiese manifestado por ello gran pesar. La primera vez que recibí noticias de ella, le envié dinero; pero es desordenada... Le dió verguenza pedirme otra vez, porque tiene su orgullo... La miseria la arrastró a esa terrible resolución.. Lo siento muchísimo... Pero lo repito, señora, en todo eso no tengo nada que reprocharme.

La señora de Piennes estrujó alguna labor sobre la mesa, y repuso:

—Sin duda, en opinión del *mundo*, no es usted culpable, no incurrió en responsabilidad, pero hay otra moral, distinta de la del mundo, y yo quisiera que usted se dejase guiar por sus reglas... Quizá no se encuentra usted ahora en estado de oirme. Dejemos esta cuestión aparte. Lo que hoy tengo que pedir a usted es una promesa, que no me negará, de seguro. Esa desdichada joven está arrepentida, ha escuchado con respeto los consejos de un venerable eclesiástico que ha tenido a bien exhortarla. Todo puede esperarse de ella. Usted no debe volverla a ver, porque su corazón vacila aun entre el bien y el mal, y desgraciadamente no tiene usted la voluntad, ni quizá el poder de serle útil. Viéndola, podría usted ocasionarle mucho daño... Por eso le pido a usted la promesa de no volver a su casa.

Max hizo un movimiento de sorpresa.

—No me negará este favor Max; si su tía viviese, le haría la misma súplica. Figúrese que es ella la que le habla.

—¡Por Dios, señora! ¿qué me pide usted? ¿Qué mal quiere usted que haga a esa pobre muchacha? ¿No es, por el contrario, una obligación para mí, que... la vi en la época de sus locuras, el no abandonarla ahora que está enferma, gravemente enferma, si es verdad lo que me dicen?

—Esa es sin duda la moral del mundo, pero no es la mía. Cuando más grave es su enfermedad, más importa que usted no vea a la enferma.

—Pero, señora, sírvase usted reflexionar que, en el estado en que esa pobre chica se encuentra, ni la gazmoñería más fácil de alarmarse podría censurar... Mire usted, señora, si yo tuviese un perro enfermo, y supiese que había de alegrarse de verme, creería yo cometer una mala acción dejándole morir solo. Usted, que es tan buena y caritativa, no puede pensar de otro modo. Reflexiónelo usted bien, señora; sería verdaderamente una crueldad de mi parte.

—Hace un momento, le pedí esa promesa en nombre de su buena tía... en nombre de la amistad que usted me tiene... Ahora se la pido en nombre de esa desgraciada joven. Si usted la ama realmente...

—¡Ah!, señora, por favor, no ponga usted así en parangón cosas que no pueden compararse. Crea usted, señora, que sufro en extremo al tenerla que resistir en lo más mínimo; pero el honor me obliga a ello... ¿Le disgusta la palabra? Pues olvídela. Pero, señora, permita que le ruegue a mi vez, en nombre de esa desgraciada... ¡Piedad para ella!.. ¡y también un poco de piedad para mí, señora!.. Si obré mal..., si contribuí a retener a esa chica en el desorden... debo ahora atenderla. Sería horrible abandonarla. No me lo perdonaría jamás. No, no puedo abandonarla. Usted no exigirá eso de mí, señora.

—No le faltarán otros cuidados. Pero conteste, Max: ¿la ama usted?

—La amo..., la amo... No..., no la amo. La palabra aquí es impropia... Amarla: ¡ay! no. Busqué a su lado una distracción a un sentimiento más serio que era necesario combatir... ¿Eso le parecerá ridículo, incomprensible?.. La pureza de su alma no puede admitir que se busque

semejante remedio... Sin embargo, no es esa la peor acción de mi vida. Si los hombres no tuviésemos, a veces, el recurso de desviar nuestras pasiones...., quizás a estas horas..., sería yo el que se hubiese tirado por la ventana. Pero no sé lo que me digo, y usted no me puede comprender... Apenas me comprendo a mí mismo...

—Le pregunto si la ama — repuso la señora de Piennes con la vista baja y con cierta vacilación, — porque si la ama, tendrá usted, sin duda, el valor de causarle un poco de mal para hacerle luego un gran bien. Seguramente le será penoso soportar el disgusto de no verle; pero sería mucho más grave desviarla hoy del camino en que casi milagrosamente ha entrado. Max, es necesario para su *salvación* que olvide por completo un tiempo que la presencia de usted le recordaría con demasiada vivacidad.

Max movió la cabeza sin contestar. No era creyente, y la palabra *salvación,* que tanto poder ejercía sobre la señora de Piennes, no hablaba con igual fuerza a su alma. Pero sobre ese punto, no había que discutir con ella. Max evitaba siempre el manifestarle sus dudas, y esta vez también guardó silencio; sin embargo, era fácil ver que no estaba convencido.

—Le hablaré a usted el lenguaje del mundo — continuó la señora de Piennes, — si desgraciadamente es el único que puede comprender; discutimos sobre un cálculo de aritmética. Ella nada tiene que ganar y mucho que perder en verle; elija usted.

—Señora — dijo Max con emoción en la voz, — usted no duda que pueda haber de mi parte, respecto a Arsenia, otro sentimiento que no sea un interés..., muy natural. ¿Qué peligro habría? Ninguno. ¿Duda usted de mí? ¿Piensa usted que ya quiera causar perjuicio a los buenos consejos que le dan? ¡Válgame Dios!, yo que detesto los espectáculos tristes, que huyo de ellos con horror, ¿cree usted que busco la presencia de una moribunda con intenciones culpables? Se lo repito, señora, es para mí una idea de deber, es una expiación, un castigo, si usted quiere, lo que busco a su lado...

A esta palabra, la señora de Piennes levantó la cabeza y le miró fijamente con un aire exaltado que comunicaba a todas sus facciones una expresión sublime.

—¿Una expiación dice usted? ¿un castigo?... ¡Pues bien, sí! Sin sospecharlo, Max, quizás obedece usted a un *aviso de arriba,* y tiene razón en resistirme... Sí, consiento en ello. Vea usted a esa muchacha y que ella sea el instrumento de la salvación de usted como usted ha estado a punto de ser el de su perdición.

Pero — continuó la señora Piennes, — he de pedirle, o mejor dicho exijo de usted...

Detúvose un instante, y Max hizo un movimiento de cabeza indicando que se sometía a todo.

—Exijo — repuso ella, — que usted no la vea sino conmigo.

El hizo un gesto de asombro, pero se apresuró a añadir que obedecía.

—No me fío absolutamente de usted — continuó ella sonriendo. — Temo que eche usted a perder mi obra, y quiero que la corone el éxito. Vigilado por mí, será usted, por el contrario, un auxiliar útil, y espero que su sumisión será recompensada.

Le tendió la mano al decirle estas palabras. Se convino que Max iría a la mañana siguiente a ver a Arsenia Guillot, y que la señora de Piennes le precedería a fin de prepararla para esta visita.

A la mañana siguiente, la señora de Piennes fué a casa de su protegida, que encontró muy débil, muy abatida, aunque más tranquila y resignada de lo que esperaba. Volvió a hablar del señor Salligny, pero con más miramientos que el día anterior. Arsenia, en verdad, debía renunciar absolutamente a él, y no pensar en su persona sino para deplorar su ceguera común. Además, y esto era una parte de su penitencia, ella debía mostrar su arrepentimiento al mismo Max, darle un ejemplo cambiando de vida, y asegurarle para el porvenir la paz de conciencia de que ella gozaba. A estas exhortaciones cristianas, la señora de Piennes no dejó de añadir algunos argumentos mundanos, como el de que Arsenia, si amaba verdaderamente al señor de Salligny, debía ante todo desear su bien, y que, por su cambio de

conducta, merecería la estimación de un hombre que aun no había podido otorgársela realmente.

Todo lo que había de severo y de triste en este discurso se borró de pronto cuando, al terminar, la señora de Piennes le anunció que volvería a ver a Max, y que éste iba a llegar de un momento a otro.

A la viva coloración que animó de súbito sus mejillas que el sufrimiento había mantenido tanto tiempo pálidas; al fuego extraordinario que brilló en sus ojos, la señora de Piennes estuvo a punto de arrepentirse de haber consentido en aquella entrevista; pero no era ya tiempo de cambiar de resolución. Empleó algunos minutos que faltaban para la llegada de Max en exhortaciones piadosas y enérgicas, pero eran escuchadas con una distracción notable, pues Arsenia parecía únicamente preocupada en el arreglo de sus cabellos y de la cinta arrugada de su gorra.

Por fin llegó el señor de Salligny, contrayendo todas sus facciones para darles un aire de alegría y de tranquilidad. Preguntó a Arsenia cómo seguía, en un tono de voz tan natural como pudo, pero que ningún resfriado podría dar. Por su parte, Arsenia tampoco estaba serena; balbuceaba, sin poder encontrar una frase, pero cogió la mano de la señora de Piennes y la llevó a sus labios como para darle las gracias.

Lo que se dijo durante un cuarto de hora, fué lo que se dice en todas partes entre personas cohibidas. La señora de Piennes era la única que conservaba su calma ordinaria, o la más dueña de sí misma, estando mejor preparada que los otros. A menudo contestaba por Arsenia, y ésta encontraba que su intérprete traducía bastante mal sus pensamientos.

Como la conversación decaía, la señora de Piennes observó que la enferma tosía mucho, le recordó que el médico le tenía prohibido hablar, y, dirigiéndose a Max, le dijo que haría mejor en leer un rato que en fatigar a Arsenia con sus preguntas. Max tomó en seguida un libro y se acercó a la ventana, porque el cuarto era algo obscuro. Leyó sin comprender gran cosa. Arsenia tampoco comprendía, sin duda, pero parecía escuchar con vivo interés. La señora de Piennes trabajaba en una labor que había traído, y la enfermera se pellizcaba de vez en cuando para no dormirse.

La vista de la señora de Piennes iba sin cesar del lecho a la ventana. Argos no practicó nunca mejor vigilancia con sus cien ojos. Al cabo de algunos minutos, dijo al oído de Arsenia:

—¡Qué bien lee!

Arsenia le echó un mirada que contrastaba de un modo extraño con la sonrisa de su boca.

—¡Oh! sí, — contestó ella.

Y bajó los ojos. De minuto en minuto, una gruesa lágrima aparecía en el borde de sus pestañas y se deslizaba por sus mejillas sin notarlo. Max no volvió la cabeza una sola vez. Después de algunas páginas, la señora de Piennes, dijo a Arsenia:

—Vamos a dejarla descansar, hija mía. Temo que la hayamos fatigado un poco. Volveremos pronto a verla.

Se levantó, y Max hizo otro tanto como su sombra. Arsenia se despidió de él casi sin mirarlo.

—Estoy contenta de usted, Max, — dijo la señora de Piennes, a quien él había acompañado hasta la puerta de su casa, — y de Arsenia aun más. Esa pobre muchacha está llena de resignación. Le da a usted un buen ejemplo.

—¿Tan difícil de aprender es, señora, el sufrir y callar?

—Lo que hay que aprender, sobre todo, es a cerrar el corazón a los malos pensamientos.

Max la saludó y se alejó rápidamente.

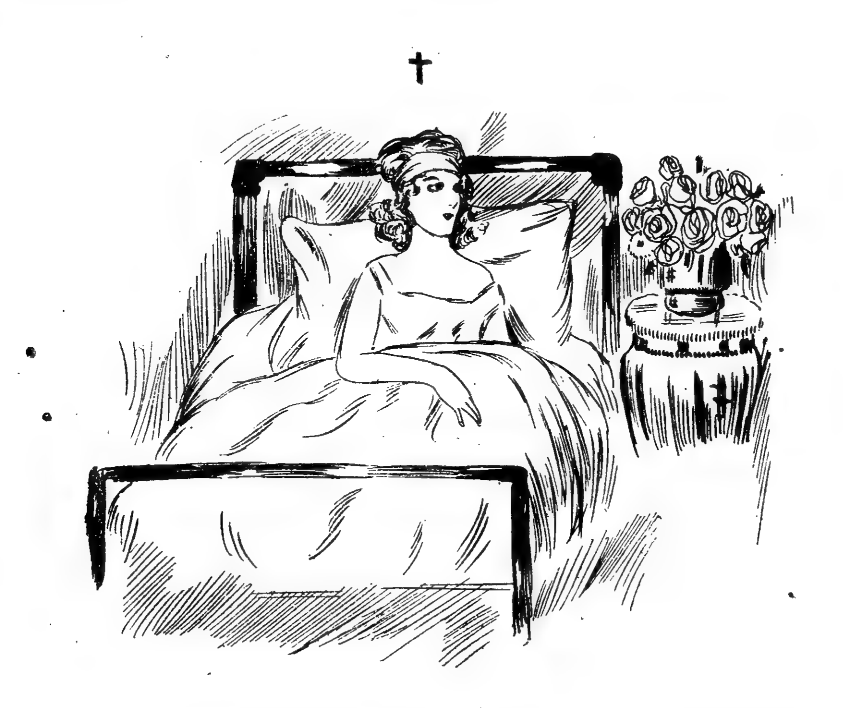
Cuando la señora de Piennes, volvió a ver a Arsenia el día siguiente, la encontró contemplando un ramo de flores raras colocado sobre una mesita, junto a la cama.

—Me las ha enviado el señor de Salligny, — dijo ella. — Han venido a preguntar de su parte cómo seguía yo; él no ha subido.

—Son muy bonitas, estas flores, — contestó algo secamente la señora de Piennes.

—Antes me gustaban mucho las flores, — dijo suspirando la enferma;

— el señor de Salligny me obsequiaba a menudo con las más bonitas que podía encontrar... Pero ahora más bien me hacen daño. Su perfume es demasiado fuerte... Usted debiera llevarse este ramo, señora; él no se enfadará si se lo doy a usted.



—No, hija mía; usted goza mirando estas flores, — repuso la señora de Piennes en tono más dulce, impresionada por el acento profundamente triste de la pobre Arsenia. — Tomaré las que huelen fuerte; quédese con las camelias.

—No; detesto las camelias.. Me recuerdan la única disputa que tuvimos..., cuando yo estaba con él.

—No piense usted ya en esas locuras, hija mía.

—Un día, — continuó Arsenia, mirando fijamente a la señora de Piennes, — encontré en su cuarto una hermosa camelia de color de rosa en un vaso de agua. Quise tomarla y él no quiso. Hasta me impidió tocarla. Insistí y le maltraté. El la cogió, la encerró en un armario, y se metió la llave en un bolsillo. Yo me enfadé, y hasta le rompí un jarro de porcelana que él tenía en mucho aprecio. Todo inútil. Comprendí que se la había regalado una mujer decente, pero nunca supe su procedencia.

Así hablando, Arsenia miraba de una manera fija y casi malévola a la señora de Piennes, que bajó los ojos involuntariamente. Hubo una larga pausa, turbada únicamente por la respiración de la enferma.

La señora de Piennes acababa de recordar, confusamente, cierta historia de camelia. Un día en que ella comía en casa de madama Aubrée, Max le dijo que su tía acababa de cumplimentarle por su santo, y le dijo que le diese un ramo también. Ella quitóse riendo una camelia del tocado y se la dió. ¿Pero cómo un hecho tan insignificante había subsistido en su memoria? La señora de Piennes no se lo podía explicar. Estaba casi asustada de ello. La especie de confusión que experimentaba frente a sí misma aun no se había disipado del todo cuando entró Max, y ella se puso colorada.

—Gracias por sus flores, — dijo Arsenia; — pero me hacen daño.... No se perderán; las he dado a la señora. No me haga usted hablar; me lo tienen prohibido. ¿Quiere usted leerme algo?

Max se sentó y leyó. Esta vez no escuchó nadie, pienso yo: cada cual, incluso el lector, seguía el hilo de sus propios pensamientos.

Cuando la señora de Piennes se levantó para marcharse, iba a dejar el ramo sobre la mesa, pero Arsenia le advirtió el olvido. Ella se llevó, pues el ramo, sintiendo haber mostrado quizá alguna afectación en no aceptar en seguida aquella bagatela.

—¿Qué mal puede haber en eso? — pensó ella.

Pero ya había mal en hacerse esta simple pregunta.

Sin que se lo suplicase, Max la acompañó a su casa. Sentáronse, y, desviando la vista uno de otro, permanecieron en silencio bastante tiempo para que les causase cierto embarazo.

—Esa pobre muchacha, — dijo al fin la señora de Piennes, — me aflige profundamente. Parece que ya no hay esperanza.

—¿Ha visto usted al médico? — preguntó Max; — ¿qué dice?

La señora de Piennes sacudió la cabeza:

—Le quedan pocos días de vida. Esta mañana la han sacramentado.

—Daba pena verla, — dijo Max, acercándose al hueco de una ventana, probablemente para ocultar su emoción.

—Sin duda es cruel morir a su edad, — repuso gravemente la señora de Piennes; — pero si hubiese vivido más tiempo, ¿quién sabe si no hubiese sido una desgracia para ella?.. Salvándola de un muerte desesperada, la Providencia ha querido darle tiempo para arrepentirse... Es una gracia que ella aprecia ahora en todo su valor. El abate Dubignon está muy satisfecho de ella. ¡No hay que tenerle lástima, Max!

—No sé si hay que tener lástima de los que mueren jóvenes, — contestó él algo bruscamente... — Yo quisiera morir joven; pero lo que me aflige sobre todo, es verla sufrir así.

—El sufrimiento del cuerpo es con frecuencia útil al alma...

Max, sin contestar, fué a colocarse al extremo de la estancia en un ángulo obscuro, medio oculto entre espesas cortinas. La señora de Piennes trabajaba o fingía trabajar, con los ojos fijos en un tapicería; pero le parecía sentir la mirada de Max como algo que pesaba sobre ella. Aquella mirada de que ella huía, creía sentirla errar sobre sus manos, sobre sus hombros, sobre su frente. Parecióle que se detenía sobre su pie, y se apresuró a ocultarlo bajo la falda.

¡Quién sabe si hay algo de verdad en lo que dicen del fluído magnético!

—Señora, ¿conoce usted al almirante de Rigny? — preguntó Max de pronto.

—Sí, un poco.

—Quizá la pida a usted para él una carta de recomendación...

—¿Con qué objeto?

—Hace algunos días que estoy haciendo proyectos — prosiguió con afectada alegría. — Procuro divertirme y quisiera realizar algún acto de buen cristiano, pero no se cómo...

La señora de Piennes le dirigió una mirada algo severa.

—He aquí lo que he resuelto, — continuó él. — Siento mucho no saber la táctica de pelotón, pero es cosa que se puede aprender..., y, como decía a usted, siento unas ganas extraordinarias de ir a Grecia, a fin de ver si mato allí a algún turco, para mayor gloria de la cruz.

—¡A Grecia! — exclamó la señora de Piennes, dejando caer su ovillo.

—A Grecia. Aquí no hago nada; no puedo hacer nada de provecho; no hay nadie en el mundo a quien pueda servir en algo. ¿Por qué no he de ir a coger laureles, o a hacerme matar por una buena causa? Por lo que a mí toca, no veo otro medio de adquirir gloria o dejar un buen recuerdo, cosas a que aspiro ardientemente. Figúrese usted, señora, qué honor para mí cuando lean en el periódico: "Nos escriben de Tripolitza que M. Max de Salligny, joven filheleno de la más alta esperanza — bien puede decirse esto en un periódico — de la más alta esperanza, acaba de morir víctima de su entusiasmo por la santa causa de la religión y de la libertad. El te-

rrible Kuschid-Pachá ha llevado su falta de consideración hasta el extremo de cortarle la cabeza..." Es, precisamente, lo peor que tengo, según dicen, ¿verdad, señora?

Y reía con risa forzada.

—¿Habla usted en serio, Max? ¿Irá usted a Grecia?

—Muy en serio, señora; pero procuraré que mi artículo necrológico no se publique hasta lo más tarde posible.

—¿Qué hará usted en Grecia? A los griegos no les faltan soldados... Sería usted un excelente soldado, no me cabe duda, pero...

—¡Un soberbio granadero de cinco pies y seis pulgadas! — exclamó él poniéndose de pie; — ¿cómo no han de aceptar los griegos a un recluta como yo? Bromas aparte, señora (añadió, dejándose caer en un sillón), creo que es lo mejor que puedo hacer. No puedo quedarme en París (pronunció estas palabras con cierta violencia); soy aquí desgraciado, y cometería cien locuras... No tengo la fuerza de resistir... Pero ya volveremos a hablar de esto; no parto en seguida, pero partiré... ¡Oh!, sí, es preciso; lo he jurado. ¿Sabe usted que estudio el griego desde hace dos días?

Max se había acercado al piano: y sus dedos, cayendo como al azar sobre el teclado, formaron algunos acordes melancólicos. De pronto cogió su sombrero, y volviéndose hacia la señora de Piennes, le preguntó si contaba ir aquella noche a casa de madama Darsenay.

—Creo que sí, — contestó ella dudando algo.

El le estrechó la mano y salió en seguida, dejándola presa de una agitación que nunca había experimentado.

Todas sus ideas eran confusas y se sucedían con tanta rapidez, que no tenía tiempo de detenerse en una sola.

Que Max la amaba, ella no podía dudarlo. Aquel amor (ella lo llamaba afecto) databa de muy antiguo; pero hasta entonces no la había alarmado. Entre una devota como ella y un libertino como Max, se alzaba una barrera infranqueable que la tranquilizaba en otro tiempo. Aunque no fuese insensible al placer o a la vanidad de inspirar un sentimiento serio a un hombre tan ligero como en su concepto era Max, nunca había pensado que aquel afecto pudiese llegar un día a ser peligroso para la paz de su alma. Ahora que el calavera se había enmendado, lo empezaba a temer. La conversión, que ella se atribuía, iba pues a convertirse, para ambos en una causa de penas y tormentos. A ratos, ella trataba de persuadirse de que los peligros que prevía vagamente no tenían ningún fundamento real.

Aquel viaje bruscamente resuelto, el cambio que ella había observado en la actitud del señor de Salligny, podían explicarse en rigor por el amor que él había conservado a Arsenia Guillot; pero, cosa extraña! este pensamiento le era más insoportable que los demás, y era casi un alivio para ella el demostrarse su inverosimilitud.

La señora de Piennes pasó toda la velada en crearse así fantasmas, en destruirlos y en volverlos a formar. No quiso ir a casa de madama Darsenay, y, a fin de estar más segura de sí misma, dió permiso a su cochero para salir y quiso acostarse temprano; pero tan pronto como hubo tomado esta magnánima resolución, sin medio de volver sobre ella, se imaginó que era una debilidad indigna de su persona y se arrepintió. Temió, sobre todo, que Max sospechase la causa; y como no podía ocultar a sus propios ojos su verdadero motivo para no salir, ya se consideró culpable, pues aquella sola preocupación respecto a Salligny le parecía un crimen.

Oró largo rato, pero sin encontrar alivio. No se a qué hora llegó a dormirse; lo cierto es que, al dispertar, tenía la misma confusión de ideas que la víspera, y distaba, tanto como antes, de tomar una resolución.

Durante el almuerzo, (porque nadie deja de almorzar, sobre todo después de haber comido mal) la señora de Piennes leyó en un periódico que un pachá acababa de saquear una ciudad de la Rumelia. Mujeres y niños habían sido degollados; algunos filhelenos habían parecido con las armas en la mano, o habían sido inmolados en medio de horribles tormentos.

El artículo del periódico no era muy a propósito para que la señora de Piennes se entusiasmara con el proyectado viaje de Salligny a Grecia. Ella meditaba tristemente sobre su lectura, cuando le trajeron un billete de Max. La noche antes, se había aburrido mucho en casa de madama Darse-

nay, y, preso de inquietud por no haber encontrado allí a la señora de Piennes, le escribía pidiéndole noticias suyas y preguntándole a qué hora tenía que ir a casa de Arsenia Guillot.

La señora de Piennes no tuvo la fuerza de escribir, e hizo contestar que iría a la hora de costumbre. Luego se le ocurrió la idea de ir en seguida, a fin de no encontrarse con Max; pero reflexionó que esto sería una mentira pueril y vergonzosa, peor que la debilidad de la víspera. Ansiosa, pues, de volver, recitó fervorosamente sus oraciones, y, a la hora acostumbrada, salió y subió con paso firme en el cuarto de Arsenia.

CAPITULO III

Encontró a la pobre muchacha en un estado lastimoso. Era evidente que se aproximaba su última hora, y, desde la víspera, el mal había hecho horribles progresos. Su respiración no era ya más que un estertor doloroso, y dijeron a la señora de Piennes que varias veces, durante la mañana, había delirado, y que el médico no creía que pasase el día.

Arsenia, sin embargo, reconoció a su protectora y le dió las gracias por haber venido a verla.

—Ya no se cansará usted más en subir mi escalera — le dijo con voz apagada.

Cada palabra parecía costarle un penoso esfuerzo y agotar la poca energía que le quedaba. Había necesidad de inclinarse sobre el lecho para oirla. La señora de Piennes le había cogido la mano, que estaba ya fría y como inanimada.

Max no tardó en llegar y se acercó silenciosamente a la cama de la moribunda. Esta le hizo una ligera seña con la cabeza, y viendo que llevaba en la mano un libro metido en un estuche, murmuró débilmente:

—Hoy no leerá usted.

La señora de Piennes echó un mirada al supuesto libro: era un mapa de Grecia encuadernado, que Max acababa de comprar.

El padre Dubignon, que desde por la mañana se encontraba al lado de Arsenia, observando la rapidez con que se agotaban sus fuerzas, quiso aprovechar, para su salvación, los momento que le quedaban. Apartó a Max y a la señora de Piennes, e inclinando sobre aquel lecho, dirigió a la joven las graves y consoladoras palabras que la religión reserva para semejantes momentos. En un ángulo de la estancia, la señora de Piennes oraba de hinojos, y Max, de pie cerca de la ventana, parecía transformado en estatua.

—¿Perdona usted a todos los que la han ofendido, hija mía? — dijo el cura con voz llena de emoción.

—¡Sí!.. ¡que sean dichosos! — contestó la moribunda haciendo un esfuerzo para que la oyesen.

—¡Fíe usted, pues, en la misericordia de Dios, hija mía! — repuso el sacerdote. — El arrepentimiento abre las puertas del cielo.

Durante algunos minutos, el cura continuó sus exhortaciones; luego cesó de hablar, en la incertidumbre de si se hallaba en presencia de un cadáver. La señora de Piennes se levantó despacio, y cada cual permaneció un rato inmóvil, mirando con ansiedad el rostro lívido de Arsenia. Había cerrado los ojos. Cada cual retenía su respiración como para no turbar el terrible sueño que quizá había empezado para ella, y se oía distintamente en el cuarto el débil tic-tac de un reloj puesto sobre la mesa de noche.

—¡La pobre yo no es de este mundo! — dijo al fin la enfermera después de haber acercado un espejito a los labios de Arsenia; — ¿ven ustedes? no enturbia el cristal. ¡Ha muerto!

—¡Pobre muchacha! — exclamó Max saliendo del estupor en que se hallaba sumido. — ¿Que dicha ha conocido en este mundo?

De pronto, y como reanimada a su voz, Arsenia abrió los ojos.

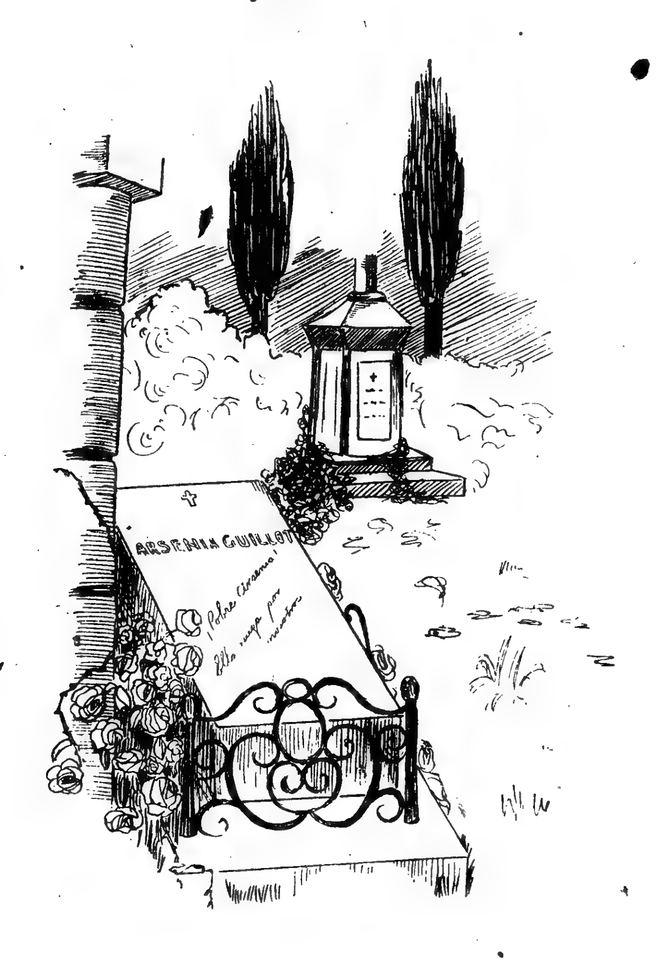
—¡He amado! — murmuró con voz apagada.

Movía los dedos y parecía querer tender la mano.

Max y la señora de Piennes se habían acercado y le cogieron una mano cada uno.

—He amado, — repitió ella con una triste sonrisa.

Estas fueron sus últimas palabras.



Max y la señora de Piennes retuvieron largo rato sus manos heladas sin atreverse a levantar los ojos...

¡Y bien!, dice usted que mi historia ha concluído, y que no quiere oir más. Yo hubiera creído que tendría usted curiosidad por saber si el señor de Salligny realizó o no su proyectado viaje a Grecia; sí... Pero ya es tarde, y ya tiene usted bastante con lo dicho. ¡Perfectamente! Pero guárdese al menos de hacer juicios temerarios, pues nada he dicho que los pueda autorizar.

Sobre, todo, no ponga usted en duda la veracidad de mi historia. Si

duda, vaya al cementerio del Padre Lachaise, y, a veinte pasos a la derecha de la tumba del general Foy, encontrará una piedra sepulcral muy cencilla, rodeada de flores siempre bien cuidadas. Sobre la piedra, podrá usted leer el nombre de mi protagonista grabado en gruesos caracteres: ARSENIA

GUILLOT, e inclinándose sobre esta tumba, podrá ver, si no la ha borrado la lluvia, una línea trazada con lápiz y en letra muy fina:

¡Pobre Arsenia! Ella ruega por nosotros.

PRÓSPERO MÉRIMÉE.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ.
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá, Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.
25. — **Rodolfo**, de Alfonso Vázquez.
26. — **El misterio del cuarto verde**, de Eduardo R. Archidona.
27. — **Ruth**, de Nicolás Aguero Vera.
28. — **Mi prima Lydia**, de Jomer B. Villa.

duda, vaya al cementerio del Padre Lachaise, y, a veinte pasos a la derecha de la tumba del general Foy, encontrará una piedra sepulcral muy cencilla, rodeada de flores siempre bien cuidadas. Sobre la piedra, podrá usted leer el nombre de mi protagonista grabado en gruesos caracteres: ARSENIA

GUILLOT, e inclinándose sobre esta tumba, podrá ver, si no la ha borrado la lluvia, una línea trazada con lápiz y en letra muy fina:

¡Pobre Arsenia! Ella ruega por nosotros.

PRÓSPERO MÉRIMÉE.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR			EXTERIOR		
Por 6 meses:	$	2.50	Por 6 meses:	oro	1.50
» un año:	»	5.—	» un año:	»	3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá. Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**. de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.
25. — **Rodolfo**, de Alfonso Vázquez.
26. — **El misterio del cuarto verde**, de Eduardo R. Archidona.
27. — **Ruth**, de Nicolás Aguero Vera.
28. — **Mi prima Lydia**, de Jomer B. Villa.

EI

A

Capri

de

PO

Carlos

L CUENTO ILUSTRADO

AÑO I — BUENOS AIRES, OCTUBRE 29 DE 1918 — TOMO III - N.º 30

pricho de Goya

POR

rlos Reyles

Ilustraciones de
J. PEÑA

10
Centavos

869.305
CUE
Apareció
No. 30
la 4.ª edición
del drama de
Emilio Berisso
CON LAS ALAS ROTAS
El éxito teatral
más resonante del
pasado año.
Precio: 1 $ m/n.
Pedidos a esta Administración:
PERÚ 858

CARLOS REYLES

En una conferencia que dimos en Bruselas, — hace poco tiempo — decíamos del autor de "Un Capricho de Goya", sintetizando nuestro juicio, sobre su fuerte mentalidad:

"Un millionnaire, qui malgré sa grande popularité, due a sa fortune est plus connu encore pour ses nouvelles. Il constitue un dément vivant au vers de Becker, que seul un ode est bon lors qu'il est écrit au verso d'un billet de banque. Reyles pourrait écrire tous ces ouvres aux dos de ces billets, avee la certitude qu'ils n'augmentéraient ni la beauté, de son art, ni la richesse de son style".

De este escritor, no se ha dicho, todavía, todo lo que vale y todo lo que merece, por más que su nombre, ha salvado ya, las fronteras de su patria — el Uruguay; — ha sido sancionado por la crítica europea y es por esa razón, que a no poder escribir un libro, haciendo la psicología de su temperamento literario, es lógico el juicio sintético, mucho más, cuando sólo se trata de una mención de su poderosa intelectualidad, — una de las más poderosas de Sud-América.

Ha descollado en la novela y en el estudio de los hondos problemas, especialmente en sus libros de análisis, tan llenos de ciencia y de geniales aciertos en la observación de la abstrusa psicología de estos tiempos. "La Raza de Caín" y "El Canto del Cisne", son obras eximias, acaso lo mejor que se ha escrito en su género entre nosotros, pese a la ponderación de los que se guían por la opinión agena, sin potencialidad cerebral propia para independizar el criterio.

Su estilo es firme, vigoroso y castizo. Sabe hacer gráfica la imágen, y leyéndolo, se comprende cuanta exactitud hay, en la aserción académica, de que el idioma es un organismo vivo, un alma que vibra, cuando hay quien sea capaz de hacernos sentir sus latidos y sus vibraciones. Pero es castizo, sin ser arcaíco, porque su "purismo" no es artificial, como el de algunos, que ahora pretenden regresar a la fuente idiomática, en busca de energía y transparencia, después de haber errado por las mil encrucijadas de las imitaciones "modernistas", empeñosos de conseguir una originalidad de expresión que solo se halla en las ideas, y no en la forma. Reyles, es castizo, porque conoce el léxico y conociéndolo, ha podido percibir su belleza, su armoniosa belleza, vivero de sensaciones.

De ahí, su rica paleta de pintor, el colorido intenso de su frase, su impecable estructura, de hermosas líneas y audaces bocetos. A los que se debaten eternamente por encontrar el secreto de la "forma nueva", maltratando el buen sentido y desformando el idioma, que tomen el modelo que él les ofrece y así comprenderán cuán distante, se hallan de la originalidad que buscan, y que lo que éllos califican de rareza, no es más que una psiscosis, manifestada francamente en la prosa.

He dicho que Reyles es un pintor, y lo es, en realidad, pero un pintor de cualidades sobresalientes, como podrá observarse en "Capricho de Goya", nombre que ha dado a esta joya de alto relieve, con que engalanamos nuestras páginas. Pero el colorista, no prodiga sus lienzos y hasta siempre nos ha extrañado su amor a la literatura, siendo como es, a pesar de su sólida fortuna, un hombre lleno de ocupaciones materiales.

Acaso, como Nietzsche, no ha encontrado otro medio de desembarazarse de sus pensamientos. La necesidad, tal vez, habría aumentado el caudal de sus obras, pero las ya publicadas, bastan y aun sobran, para sustentar su reputación de selecto entre los selectos.

En el cuento que hoy publicamos, se destacan su facultad impresionista y sus golpes certeros de gran observador de costumbres. El, lo ha titulado "Un Capricho de Goya", a la manera de un cincelador que no da mayor importancia a un camafeo, pero, ¡qué hermosa es su factura! ¡Qué robustez en la descripción! ¡Qué viveza en el movimiento de los personajes! ¡Que exactitud en los caracteres y sobre todo, ¡cómo surge de su tela, el medio ambiente español, de la "juerga" y la "chulapería", rotundo, pleno, como en los rasgos del artista a que alude, como en el lei motif de la música radiante de Bizet.

Nuestros lectores nos agradecerán que les brindemos este trabajito maravilloso de arte y lamentarán, sin duda, que él no sea más extenso, pero, deben de contentarse, como se contentaba, y aun deliraba de entusiasmo el Papa Clemente VII, — según Paúl de Saint Víctor — cuando recibía un pequeña cinceladura de manos de Benvenuto Cellini.

No será "Capricho de Goya" la única obra que publicaremos del señor Reyles, pues, confiamos en su gentileza, para comprometer nuestra palabra de ofrecer otra primicia, como esa, a los lectores de "El Cuento Ilustrado".

La Direccion.

AÑO I BUENOS AIRES, OCTUBRE 29 DE 1918 TOMO III N. 30

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 U. T. 1036 B. O.

Capricho de Goya

POR

CARLOS REYLES

La atmósfera opalina, tibia y espesa de uno de los cafés de "cante" y baile "flamenco" más socorridos de Madrid, olía a claveles, a aguardiente y a mosto jerezano. El humo podía cortarse. el polvillo tenue que levantaban con sus "falsetas" y "escobillas" los ágiles pies de los "artistas", subía como el incienso de la juerga, dorándose a la luz de los picos de gas, cuyas llamas, de un amarillo clorótico, parecían estremecerse al igual de los corazones, con los roncos bordoneos de la guitarra y las voces quejumbrosas, apasionadas o libertinas del "cante hondo", válvula por donde escapa en española tierra, lo que la raza de Felipe II tiene aun de violenta, triste y lúbrica.

Los chicos, con el paño al brazo y el indispensable pitillo en la boca, mariposeaban alrededor de las mesas, escanciándoles manzanilla y aguardiente a los parroquianos de "sevillana" y "cordobés", los cuales bebían sin turbarse "chatos" y más chatos, "cañas" y más cañas, pidiendo siempre con tono imperativo y voz aguardentosa:

—¡Eh, tú! dos chatos.

—¡Niño! otra "bateíta".

Y seguían luego, bebiendo, hablando y "abriéndose", con los codos apoyados en la mesa, y el ancho sombrero sobre los ojos o en la nuca.

Veíanse bastantes coletas, rostros rasurados y tufos relucientes; algunos trabajadores que se gastaban allí la dos pesetas ganadas en el día sobre los andamios o en el obrador, mucha gente del "matute" y del "mataero"; tal cual burgués, de rostro venerable y costumbres licenciosas, y una buena cantidad de "horteras", "golfos", y señoritos chulos.

Las conversaciones recaían siempre sobre los mismos temas. Hablaban de toros, mujeres y valientes, o se referían, con gesticulación meridional, anécdotas y chascarrillos picantes; pero, no bien se oían los preludios de la "vigüela" y el "temple" de algún "cantaor", callaban las bocas, golpes suaves acompañaban el ritmo excitante de las palmas, los olés, los quiebros de cintura y meneos de mórbidas caderas, y en todas partes, en el "tablao" y la sala, batían las manos, agitábanse los pies, los pechos respiraban ansiosamente, y los nervios se tendían como cuerda de violín.

Sobre el blanco crudo de las paredes, en las que se reflejaban las siluetas de las "bailaoras", como fantasmas de locura y pasión en los sueños de un ninfomaníaco, los movimientos hacíanse más muelles, las ondulaciones más voluptuosas.

Cuando Paco Avila, el novillero que traía locos a los públicos y locas a las hembras de los barrios bajos, ocupó su mesilla frente al "tablao", las miradas cariñosas de los parroquianos, que esa tarde lo habían aplaudido a rabiar en la arena candente, se fijaron en él el Perote y la Pura, la bailaora de cuerpo flexible y ojos traidores. Levantóse ésta, hizo su salida especial, en la que un desplante muy flamenco ponía de relieve curvas y protuberancias tentadoras y, flechándole los ojos a Paco, se arrancó a bailar por "alegrías", ondulando, suave y voluptuosamente la cabeza erguida, la mirada lánguida, y la boca húmeda y sonriente, brindando amores y pecados como una rosa abierta sus cálidos aromas.

Los brazos y las manos dibujaban en el aire graciosos arabescos, perezosas caricias de sultana, espasmos eróticos... y el taconeo rítmico de los pies, que seguían el compás de las "palmas encontradas", hería el tablao cada vez con más precisión y nervio. Entonces, uno de los "cantaores", con grande aparato de gestos y sacudidas de hombros, dejó oir su voz desgarrada, pero en medio de todo, melodiosa:

"Es mi niña
La flor y canela de Andalucía".

Y empezaron los "olés" y los "jaleos" crapulosos, mientras

la Pura, excitada ya, sintiendo arder su sangre de bailaora con las ansias violentas que leía en los rostros congestionados de los hombres, acentuaba los quiebros, lascivos, e imprimiéndole con las caderas y las piernas verdaderas ondulaciones carnales a la falda

de percal que vestía, bailando siempre encogía y estiraba su cuerpo elástico, retrepaba el opulento busto, parábase en firme, siguiendo los golpes de la guitarra, y tornaba a comenzar el cadencioso mo-

vimiento, ya lánguidamente, ya a prisa, como si describiese la batalla amorosa, subrayando, con gestos de orgullo y sonrisas de inteligencia, la picardía y el efecto de las paradas y contrastes.

—¡Viva España! — prorrumpía, fuera de sí, la gente de bronce, a quien el baile, lánguido o violento, trasunto fiel del orgullo español y la voluptuosidad árabe, les revolvía en los pliegues más ocultos del alma, los obscuros instintos, las levaduras extrañas de dolor y placer, de abandono e imperio, de vida y de muerte, que fermentan en el fondo de todo erotismo.

Y entretanto el "cantaor", con graciosas modulaciones, adornos y voz cada vez más cálida y pujante, seguía cantando:

"Mi compañera cuando va andando
Rosas y lirios
Rosas y lirios
Rosas y lirios
Rosas y lirios va derramando".

Al concluir la copla, terminaron los "rasgueos" y las "palmas", y dieron principio las falsetas, que la bailaora seguía con su pie pulido, mientras columpiaba desmayadamente los brazos o los retorcía con frenesí. El mantón, entallado de un rojo de sangre, las rosas rojas que se mecían airosamente en la renegrida cabellera de la Pura, y sus labios de húmedo coral, fascinaban tanto como los primores del pie o el fuego de los ojos de aquella flor de Triana.

—¡Olé, las bailaoras!

—¡Duro, niña!

—¡Sal y canela!

—¡Huy!... ¡camarones con pelo! Gritaban unos y otros.

Y empezó otra vez el "toque rasgueao", más a prisa y violento, llegando el baile al paroxismo de la locura. Era una agonía rabiosa, era un frenesí que se comunicaba a todos los asistentes. Los quiebros de talle, los golpes de caderas, los arrestos, arrancaban gritos delirantes, acompañados de golpe de bastón y patadas, que hacían oscilar los vasos y las luces. Y la Pura, ondulando y retorciéndose con verdadera pasión, seguía el ritmo de aquella música frenética, hasta que de pronto, dando una vuelta sobre sí, quedó como clavada en el piso, con el palpitante seno erguido orgullosamente, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados y las manos en las caderas.

Cuando entre aplausos atronadores pasó por delante de sus compañeros para descender del tablao e ir, como de costumbre, a

beber una caña en la mesa de Avila, uno de los cantaores, su novio "de cuando era mocita", el hombre que la había "perdío" y abandonado por otra, le dijo muy quedo, mirándola con ojos suplicantes:

—Pura, no tengas malas entrañas.

Pero ella pasó sin hacerle caso y, a poco, aceptaba la manzanilla de Sanlúcar que, después de haberla refrescado con mucha sal y maña, le ofrecía el torero.

Y los parroquianos volvieron a fijarse en la Pura, Paco Avila y el Perote cuyos ojos despedían chispas.

—Venga lo mío — murmuró éste sentándose junto a uno de los tocaores y suspirando quedóse con la mirada fija en el suelo.

—¡Ay, pero que "chalaíto" estás Perote! — le dijo una de sus compañeras.

Encogióse de hombros, y nada respondió. Pensaba en que "ella" iba a ser de otro y los celos le mordían el alma furiosamente. Eran unos celos africanos, rabiosos que, desde el punto y hora en que la Pura, ya célebre, se contrató en el café, avivaban el rescoldo del viejo cariño que el Perote la tuvo un día. En cuatro años de triunfos aturdidores, embriagueces de hembras y vino, juergas y escándalos, no había pensado en la "chiquiya" abandonada por un capricho pasajero; supo que bailaba por tierra andaluza, que se había "liao" con un "bailaor" de cartel, pero todo ello no le causó pena alguna, hasta que la vió victoriosa en el mismo tablao donde él reinaba como monarca absoluto, y recibió los desdenes y desprecios de la paloma inocente, convertida en arisca y peligrosa hembra y en la chula más "juncal" de los madriles.

—Esta tarde tuve el gustito de tocarte las "parmas" — dijo la Pura, después de empinar la caña de un solo golpe.

—Y yo esta noche a ti; vaya con las cosas que te traes bailando, Puriya. No hay que darle vueltas: eres la mejor bailadora de España y la mujer más guapa que han visto estos ojos.

—¡Embustero!

—Por éstas que son cruces — repuso Avila, y continuaron el palique, ella muy risueña, él muy obsequioso y parlanchín.

Después de un prelulio largo y triste de las guitarras, el Perote dejó oir su "temple hondo" y compuesto de mil suspiros, que hicieron, como todas las noches, palidecer y sentir a la Pura extraña desazón.

—¡Cómo sabe es muy "charrán" lo que me llega al alma! — pensó, mirándole de reojo. —Así se templaba cuando le oí en mala hora, en casa de Pepa "la Honrá". Las que pasé por ese tío feo...

porque como feo lo es, pero su "cante" me "gorvió loca perdía", — y recordé la miel y la hiel de sus amores en Sevilla y más tarde en Madrid; las juergas en "Eritaña", el pasaje de la Magdalena, y en los gabinetes de Juanito Catanedo; las meriendas a orillas del Guadalquivir; el pescado frito por las noches, a la salida del café, donde cantaba el Perote; las flores lujuriosas, el vino de oro y la alegría de la tierra andaluza; y luego, en la "Corte de España", las riñas y las reconciliaciones, los celos, los insultos, el engaño, la soledad y la miseria.

¡Ay! no me habías de conocer

rompió a cantar el Perote en aquel instante, con voz trémula, cuyas difíciles inflexiones, cuando lo exigía el canto, se desgarraban hasta convertirse en suspiros y sollozos.

Si me trataras de nuevo
¡Ay! no me habías de conocer

decía, abriendo las notas en la mitad del verso, como si las dilatase y rompiese la onde de la pasión,

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA
Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

Algo ocurría; tal vez había llegado una orden.

Prestamos atención, y oímos correr; las culatas de los fusiles resonaban sobre las piedras de la calle. Indudablemente el batallón formaba en línea. A poco oímos voces que decían:

—¡Los carreteros! ¿Dónde están los carreteros?

El comandante vomitaba pestes, y clamaba con voz iracunda:

—Buscarles, y donde se les atrape fusilarlos.

Nosotros estábamos más quietos que un muerto.

De improviso abrieron la puerta de la calle y preguntaron en alemán y en francés, a la tía María Juana, dónde se encontraban los alsacianos, los carreteros alsacianos.

La vieja lorenesa no respondía palabra; como siempre, se hacía la sorda. Por fin los soldados se volvieron; los bribones bien habían visto el agujero del techo; pero al parecer la marcha apremiaba y no podían perder tiempo buscando una escalera.

Sea lo que fuere, hubiesen o no hubiesen visto el agujero, lo cierto es que pronto oímos ruidos de pasos por el barro, los chasquidos de la tralla, el rodar de las carretas, y luego nada. El batallón se había puesto en marcha.

Hasta un cuarto de hora después la tía María Juana no nos llamó, y entonces bajamos.

—¡Ah!, dijo la buena mujer riendo de buena gana ¡están ustedes salvados! Pero no hay que perder tiempo, pues podrían volver para prenderles. Tomen ustedes y coman.

La tía María Juana sacó del armario una grande escudilla llena de judías, pues las cocía cada vez para tres o cuatro días y las recalentaba luego en el rescoldo.

—Cómanlo ustedes todo, sin cumplidos, todavía me quedan.

No nos hicimos de rogar y en dos minutos dejamos la escudilla limpia como una patena.

Jorge, al ver que la buena mujer nos contemplaba con alegría, le dijo:

—De ocho días a esta parte no habíamos comido tan opíperamente.

—Mejor, y me place haber podido prestar a ustedes este servicio. Ahora, pónganse ustedes en camino. Dinero no les doy porque no tengo.

—Usted nos ha salvado la vida, le dijo; Dios le conceda a usted que vuelva a ver a su hijo. Sin embargo, antes de partir quiero pedir a usted otro favor.

—¿Cuál?

—Que nos permita usted que la demos un abrazo.

—De todo corazón, mis pobres alsacianos. No soy hermosa, pero lo mismo da.

Y la abrazamos como hubiéramos abrazado a nuestra madre.

Luego nos salimos a la puerta; empezaba a clarear.

—El camino que se descubre aquí enfrente, nos dijo la anciana, conduce a Dun del Meuse, y como es el que han seguido los prusianos, no les conviene a ustedes, tomarlo, pues el comandante no se habrá descuidado de dar sus filiaciones al llegar a la primer aldea. Tomen ustedes esotro camino, que por Damvilliers y Etain conduce a Metz. Si les detienen a ustedes, digan que sus caballos han muerto de fatiga y que los han despedido.

Aquella pobre anciana tenía el entendimiento muy claro. La estrechamos por última vez la mano, con lágrimas en los ojos, y luego Jorge y yo echamos a andar siguiendo el camino de Metz.

Me vería en apuros si hoy quisiera relatar los nombres de cuantas aldeas y pueblos atravesamos, desde Jametz a Rothalp. Toda la comarca que se extiende entre Metz, Montmedy y Verdun, estaba cubierta de infantería y caballería, que vivía a expensas de los habitantes y los tenían como envueltos en un red para comérselos vivos a medida de la necesidad. Los soldados de línea y en particular los artilleros permanecían en torno de las fortalezas, los demás, landwehrs, ocupaban hasta la más mísera y apartada aldehuela, y en todas partes llevaban a cabo requisas.

En una pequeña aldea, entre Jametz y Damvilliers, oímos, a nuestra derecha, nutrido fuego de fusilería a lo largo del bosque.

—Aquí detrás, me dijo Jorge, nuestro batallón ha empeñado un combate. Quiera Dios que el comandante que hablaba de hacernos fusilar reciba una bala en mitad del vientre y otra tu cabo.

—Son los franco-tiradores, decían los aldeanos, que habían salido a la puerta de sus casas.

Y la alegría brillaba en todos los semblantes de aquellas buenas gentes, sobre todo cuando un anciano llegó corriendo por el sendero que pasa a raíz de la tapia del cementerio, y dijo a voz en cuello:

—Llegan dos carros de heridos... dos

grandes carros alsacianos, escoltados por húsares.

Nosotros acabábamos de detenernos a la puerta de una droguería de la plaza y preguntamos a la dueña de la pequeña tienda si en la aldea vivía algún relojero pues mi primo quería venderse el reloj, que había escondido debajo de su camisa en cuanto salimos de Drulingen. Entonces la mujer bajó los tres o cuatro escalones que separaban la tienda de la calle, para indicarnos la casa del relojero, cuando el viejo se echó a gritar:

—¡Ya están ahí los carros!

Al instante y sin escuchar más nos pusimos otra vez en marcha, encaminando nuestros pasos hacia el extremo opuesto de la aldea; pero al llegar cerca de un arroyo cuyo nombre no recuerdo, y por entre un grupo de sauces, vimos brillas dos cascos, lo cual nos hizo tomar un sendero que corre a lo largo del arroyo, entonces desbordado a causa de las grandes lluvias. Así seguimos andando buen espacio de tiempo y algunas veces con agua hasta las rodillas.

Por fin y al cabo de media hora logramos salir de los cañaverales; y ya divisábamos, en una colina, el campanario de otra aldea, cuando un grito de "¿Verda?" nos detuvo en seco cerca de una barraca abandonada, a dos o trescientos pasos de las primeras casas. Al mismo tiempo un landwehr salió de la barraca, y encarándonos el fusil, repitió:

—"¿Verda?".

Jorge, al ver que no había medio de escapar, respondió:

—"Goute freund". (1).

—Alto, gritó el alemán, no se muevan ustedes o tiro.

No hubo otro remedio que detenernos. Diez minutos después, salió de la aldea un piquete para venir a relevar al centinela, cuyo piquete nos llevó, cual si fuésemos dos criminales, a la alcaldía, donde el capitán de los landwehr nos interrogó durante largo tiempo respecto de quienes éramos, de donde veníamos, de la causa de nuestra partida y porqué no traíamos documento ninguno.

Nosotros siempre respondimos que nuestros caballos habían muerto de fatiga y que nos habían autorizado para volvernos a casa, pero el maldito no quería creerlo. Al último sin embargo, y cuando Jorge le pidió dinero para proseguir nuestro viaje, empezó a dar grandes voces, diciendo:

—¡Váyanse ustedes al diablo, canallas: ¿Tengo por ventura el encargo de hacerles vivir a ustedes y proporcionarles raciones? Váyanse ustedes y hagan por no volver a pasar por aquí, pues de lo contrario ya pueden encomendarse a Dios.

No hay para qué decir si nos salimos deprisa y satisfechos.

Cuando llegamos al pie de la escalera, Jorge quería subirse de nuevo para pedir un pase al capitán; pero yo estaba tan temeroso de que éste cambiase de parecer, que obligué a mi primo a que nos alejásemos más que corriendo, lo que hicimos, sin que nos aconteciese ningún nuevo percance hasta Etang, donde Jorge vendió su reloj de oro, junto con la cadena, por setenta y cinco pesetas, exigiendo del relojero la promesa de que mediante la devolución de esta cantidad por todo lo que faltaba del mes, le restituiría ambas alhajas.

El relojero se avino, y mi primo, cojiéndome entonces del brazo, exclamó:

—Ahora vente, Cristiano, ya hemos ayunado bastante y es tiempo de que nos recreemos el paladar.

Después de andar cien pasos, al volver de la primera esquina que encontramos, nos metimos en una de esas pequeñas posadas donde proporcionan cama por poco dinero.

Los que estaban sentados en el reducido y sombrío comedor eran gente del pueblo, y se bebían sendas medias pintas de vino, con la gorra derribada sobre la oreja y la camisa desabrochada; pero al vernos entrar tan astrosos, nos tomaron de buenas a primeras por exhibidores de osos o de dromedarios.

La posadera, mujer gruesa, vino a preguntarnos qué queríamos.

—Una sopa con manteca, un buen pedazo de buey, un botella de vino y pan a discreción, respondió Jorge.

La posadera nos miraba con los ojos entornados, sin moverse y como quien dice:

—Perfectamente; ¿pero quién paga?

Jorge le mostró un pieza de cinco francos, a cuya vista aquella se apresuró a decir con sonrisa de agrado:

—Van ustedes a ser servidos, señores.

—Son alsacianos, decían en voz baja los concurrentes; son alemanes; son esto; son lo otro.

Pero nosotros hacíamos como que no oíamos; apartamos los codos sobre la mesa, y con buen apetito atacamos la sopa que acababan de servirnos. En cuanto al buey, un verdadero pedazo de prusiano que a lo menos pesaba dos libras con patatas y otras legumbres, en un santiamén lo envasamos, al igual que la primera botella de vino.

(1) Buen amigo.

destripada la cual, Jorge pidió otra. Esta en el cuerpo empezábamos a ver claro, y mirábamos a la gente con ojos muy distintos que cuando entramos. Aconteció en esto, que habiéndose uno de los presentes propasado a repetir que nosotros éramos alemanes, Jorge se volvió y dijo en alta voz:

—¿Quién nos trata de alemanes? Ea, levántese el que tal ha dicho, si es valiente. ¡Nosotros alemanes!

Y al decir esto, Jorge cojió la botella y la rompió en mil pedazos contra la mesa.

Entonces yo, que conocí que mi primo perdía la serenidad, le dije:

—Por Dios, Jorge, vas a hacer que nos arresten.

Pero cuantos se encontraban presentes le daban la razón.

—¡Es una verguenza!, gritaba Jorge. A ver que se levante ese que nos trata de alemanes, y se salga conmigo; a su elección dejo las armas.

El que había hablado, que era un joven, entonces se levantó y nos dijo:

—Dispénsenme ustedes; creí...

—Pues ha creído usted mal, le replicó Jorge; nunca deben proferirse las palabras que usted ha soltado. Somos alsacianos, hombres de edad; el hijo de mi compañero está en Falsburgo sirviendo en la guardia móvil, y yo soy licenciado de la marina. A nosotros nos han sacado violentamente de casa y llevándonos consigo los alemanes; hemos perdido nuestros caballos y nuestras carretas, y ahora, al llegar aquí, nuestros propios compatriotas nos dirigen tamaño insulto porque hemos hablado algunas palabras en alsaciano, como en bretón hubiéramos podido decirlas a ser bretones, o en provenzal a ser provenzales.

—Dispénsenme ustedes, repitió el joven; reconozco que he andado sobrado ligero en el hablar; veo que son ustedes buenos franceses.

—Queda usted dispensado, le respondió Jorge mirándolo fijamente. Pero dígame ¿qué edad tiene usted?

—Dieciocho años.

—Pues bien, váyase usted donde debería estar y demuestre que es usted tan buen francés como nosotros. Ya no hay jóvenes en la Alsacia... y no digo más.

Todos los presentes prestaban oído atento a las palabras de Jorge.

El joven se salió; y al pedir mi primo otra botella de vino, la posadera se inclinó hasta el hombre de éste y le dijo:

—Son ustedes buenos franceses; pero han hablado ustedes delante de mucha gente a quien no conozco, y por tanto les aconsejo que no permanezcan aquí más tiempo.

Al punto Jorge recobró el buen sentido; puso sobre la mesa una pieza de cinco francos, la mujer le devolvió dos, y nos salimos.

Una vez en la calle, mi primo me dijo:

—Vayamos aprisa; la cólera nos hace hacer tonterías.

Nos metimos pues por una calleja, y luego por otra, y por fin nos salimos al campo. La noche estaba próxima. Si nos hubiesen aprehendido otra vez, de fijo que no hubiéramos salido tan bien librados como la primera; y tan bien nos sabíamos esto, que durante toda aquella noche y el día siguiente no nos atrevimos a entrar en ninguna aldea, temerosos de que nos arrestasen y nos llevasen de nuevo a nuestro batallón.

Al fin del segundo día, la fatiga nos obligó a entrar en un cercado. Hacía un frío impropio de la estación, pero nos habíamos acostumbrado a la miseria, y nos dormimos al pie de una pared, sobre una estera, como en nuestra propia cama. Al levantarnos al día siguiente, al quebrar el alba, estábamos cubiertos de blanca escarcha.

—¿Conoces aquel sitio, Cristiano?, me preguntó Jorge señalando con la mano un pueblo que se divisadaba a lo lejos.

—Sí, respondí, fijando la atención; es Chateau-Salins.

—Gracias a Dios que podremos dar un poco de alivio al cuerpo, dijo mi primo. En Chateau-Salins vivía nuestro viejo primo Desjardins, el primer tintorero de la comarca. El abuelo de Desjardins y nuestro abuelo habían casado con dos hermanas, antes de la Revolución; era luterano y aun calvinista; nosotros éramos católicos; pero esto no impedía que nos relacionásemos y nos quisiésemos como parientes muy cercanos.

X.

Serían las siete de la mañana cuando llegamos a casa de Jaime Desjardins, quien acababa de levantarse y tomaba el café con su mujer y sus pequeños hijos.

Al principio, al vernos entrar. Desjardins permaneció con la boca abierta, y su mujer y sus hijos se levantaron como para pedir socorro. Pero cuando dije:

—Buenos días, primo; somos nosotros.

Desjardins exclamó:

—Por vida de... si son Cristiano y Jorge Weber. ¿Qué desgracia os sucede?

—Nosotros somos, sí, primo, dijo Jorge;

ve a qué estado nos han reducido los prusianos.

—¿Los prusianos? ¡Ah bandidos! exclamó Desjardins. Lisa, manda por chuletas y súbete una botella de vino. ¡Pobres primos míos! veo también que necesitáis cambiar la ropa.

—Sí, respondió Jorge, y afeitarnos.

—Pues bien, veníos conmigo. Mientras os preparan el almuerzo os mudaréis la camisa y el traje; vestiréis ropa mía hasta que hayan lavado la vuestra ¡Dios de Dios! ¡es posible!

Desjardins nos condujo a un bonito cuarto superior. Lisa acababa de llegar con las cubetas llenas de agua.

—También os pondréis medias y zapatos míos, dijo Desjardins. Ahí tenéis navajas; arregláos. ¡Ah malditos alemanes! ¡bandidos! ¡Y de qué modo más infame os han tratado, a un alcalde, a hombres respetables!

Entonces nuestra prima se salió, y nosotros empezamos a quitarnos las ropas. La vista de nuestras medias, de nuestras corbatas, de nuestras camisas y de todas las demás prendas de nuestros vestidos hacían gemir al buen viejo Desjardins, el mejor de los hombres.

—¡Ah! pobres primos míos, decía, no pudiendo dar crédito a sus ojos, ¡en buenas os habéis visto!

Lo primero que hicimos después fué lavarnos y luego dirigirnos a la cama sobre la cual estaban desplegadas dos blancas camisas. No es decible la satisfacción que experimenté al sentir en mi piel el contacto de la fría tela.

Después me afeité mientras Jorge contaba nuestras desgracias al primo, quien a cada instante le interrumpía exclamando:

—¡Cómo! ¡hasta tal extremo llevaban su barbarie esos miserables! ¡Pues dí que son verdaderos bandidos! ¡Ah! ¡nunca se ha visto cosa semejante!

Concluído que hube, me enjugué bien hasta detrás de las orejas, y dí la navaja a Jorge.

Nuestro primo Desjardins nos prestó medias, pantalones, blusa y zapatos bien secos; y como los dos éramos poco más o menos de la misma estatura, nunca he experimentado mayor comodidad.

Jorge se vistió luego, y a poco vino la criada a llamar a la puerta del cuarto para decirnos que el almuerzo estaba preparado. Nos bajamos pues enternecidos, y al llegar al comedor encontramos a nuestra prima y a los niños que nos aguardaban para abrazarnos, pues de buenas a primeras no se habían atrevido a acercarse a nosotros. Ahora sin embargo, querían hasta cierto punto excusarse por el mal recibimiento que nos habían hecho; pero era natural, y por tanto se lo dispensamos.

No necesito decir si almorzamos con buen apetito. Jorge contó la historia de nuestras desdichas a la prima y a sus hijos, quienes le escuchaban con ojos tamaños y a cada punto exclamaban:

—¡Es posible! ¡Oh! y ¡cuánto han debido sufrir ustedes!, ¡y qué dicha deben experimentar ahora por haber podido salvarse!

Cuando Jorge hubo concluído, mi prima nos dijo que todas las desgracias que nos afligían las debíamos a los jesuítas; que estos en un principio habían hecho correr voces contra los protestantes y que ahora que los prusianos triunfaban se revolvían contra Gambetta y Garibaldi. Díjonos también que los tales jesuítas habían excitado al emperador a declarar la guerra, en la creencia de que ellos nada iban a perder, sino al contrario a ganar; que si los franceses salían vencedores podrían ellos aplastar a los luteranos; y que si los franceses quedaban vencidos, Chambord subiría al trono y devolvería al papa sus antiguos Estados pontificios.

Así pensaba nuestra prima Lisa, mujer ya entrada en años y de cabello completamente cano y amante de discurrir sobre todos los asuntos.

Pero Jorge, después de vaciar su vaso, le respondió que la verdadera causa de nuestras desgracias, era el ejército, pues este no era el de nación, sino el del emperador, quien repartía los grados, los honores, las pensiones y las subvenciones; que el interés de un ejército como el que teníamos es siempre contrario al interes de la nación y del pueblo, porque el ejército necesita la guerra para medrar, en tanto que el pueblo necesita la paz para trabajar, educar a sus hijos y sostenerse.

Desjardins dió la razón a Jorge.

En esto nos sirvieron el café y Lisa y sus hijos se salieron. Entonces encendimos nuestras pipas y prestamos oído a nuestro primo, quien nos puso al corriente de las últimas noticias.

Desjardins poseía muchos libros, como todos los calvinistas, y recibía periódicos de todas partes, tales como la "Independencia belga" y otros de Colonia, Francford, Berna, Ginebra, etc., etc. Tenía un hijo de treinta años, y no se ocupaba ya en la tintorería ni en el comercio, sinó que se pasaba el tiempo leyendo.

Era pues más instruído que nosotros, y en él podíamos depositar absoluta confian-

za. Por él supimos la valiente defensa de Chateaudun, el desembarco de Garibaldi en Marsella y su nombramiento de genegeneral en jefe del ejército de los Vosgos; la marcha de los bávaros de Von der Thann hacia el Loira y la llegada de los franco tiradores a nuestras montañas, por Epinal y Raon-l'Etape. Nos leyó la elocuente proclama de Gambetta al pueblo francés, exponiendo las grandes resolucionse de París, la organización de los ciudadanos en guardia nacional, la unión y la concordia de todos en tan solemnes momentos, y los aprovisionamientos de víveres para muchos meses que la ciudad había llevado a cabo, lo que debía llevar la tranquilidad a provincias y animar a estas a seguir su ejemplo.

Todavía recuerdo el siguiente período de la proclama que nos conmovió profundamente:

''Ciudadanos de los departamentos, esta situación os impone grandes deberes: el primero de todos, es que no penséis en otra cosa que en la guerra y en la lucha a todo trance; el segundo, es, hasta que se haya firmado la paz, aceptar fraternalmente el mando del poder republicano, nacido de la necesidad y del derecho. Sólo debe preocuparnos una cosa: arrancar nuestra patria del abismo en que la ha hundido la monarquía. Los hombres no faltan; lo que sí falta es la resolución, la decisión y la constancia en la ejecución de los proyectos; lo que falta, después de la vergonzosa capitulación de Sedán, son armas. Todas nuestras provisiones de este género habían sido enviadas a Sedán, Metz y Estrasburgo; y no parece sino que, por una última y criminal combinación, el autor de todos nuestros desastres ha querido, al caer, arrebatarnos todos los medios de reparar nuestras desgracias''.

—Muy capaz es de ello, dijo Jorge. Sí, seguro estoy de que el ''hombre honrado'' ha querido abrirse una puerta de escape del lado de Prusia.

Desjardins prosiguió.

''Ahora gracias a la intervención de hombre conocedores, se ha llevado a cabo contratos con objeto de acaparar todos los fusiles disponibles en los mercados del globo. Grandes eran las dificultades que ofrecía la realización de esta empresa; pero están vencidas. En cuanto al equipo, al vestuario, van a crearse nuevos talleres, y en caso necesario embargar las primeras materias; no faltan ni el brazo ni el celo de los trabajadores, como tampoco faltará el dinero. Es preciso en fin utilizar todos nuestros recursos, que son inmensos, sacudir el entorpecimiento de nuestros campesinos y multiplicar las guerrillas. Levantémonos pues como un solo hombre, y muramos antes que soportar la verguenza del desmembramiento''.

El entusiasmo de Jorge aumentaba a cada palabra.

—¡Bravo!, exclamaba, esto es hablar. Una vez dado el empuje, todo irá adelante. La juventud empuñará unánime las armas, y una sola victoria que alcancemos provocará el levantamiento de toda Francia. Entonces nos echaremos sobre los infames como menudo granizo, y les aguardaremos a la entrada de todos los bosques. ¡Ah! ¡ni uno va a escaparnos!

Desjardins dobló el periódico y permaneció silencioso.

—Y usted primo, le dije ¿no tiene usted confianza también?

Hasta al cabo de un minuto y después de haber sorbido un buen polvo de rapé para despejarse las ideas, no me respondió:

—No, Cristiano, dijo; no me anima ninguna buena esperanza; y no son los alemanes los que me espantan; estos se han apoderado de Estrasburgo, como dentro de algún tiempo, por la traición y por el hambre, se apoderarán de Metz: es negocio convenido de antemano. En la actualidad sitían Verdún; Soissons acaba de caer en sus manos; están cercando a París, y avanzan sobre Orleans. Pues bien, a pesar de todo, no son ellos los que me dan miedo.

—¿Quién pues?, preguntó Jorge.

Desjardins, sin escuchar a éste, prosiguió:

—Francia es tan poderosa, tan valiente, tan rica y tan inteligente, que dentro de algunos años habrá arrojado a esos bárbaros a la otra parte del Rhin; mas lo que me llena de espanto son los enemigos del interior.

—Nadie se mueve, le dije.

—Pues porque nadie se mueve los alemanes se encuentran en la línea del Loira, repuso Desjardins fijando en mí sus ojuelos vivos y claros. Si se tratase de poner en el trono a Chambord, Luis Felipe II y aun a Bonaparte IV, ya verían ustedes, a todos los consejeros generales y de distrito, a todos los prefectos, subprefectos, jueces de paz, comisarios de policía, recaudadores, registradores, guardas generales, alcaldes y adjuntos en campaña. Hablo por cualquiera de los tres, pues el gran negocio consiste en que haya un amo que reparta cruces, grados, pensiones y gratificaciones; que sea este o aquel, poco les da, mientras haya uno. Esa gente levantaría en pro de su ídolo, el país de arriba a

bajo; harían marchar a millares a los campesinos, cantarían la "Marsellesa" y no cesarían de repetir que la patria está en peligro. Los obispos, los sacerdotes, los párracos y los vicarios predicarían la guerra santa; Francia rechazaría y perseguiría a los alemanes hasta el riñón de Prusia, y se hallarían armas, municiones y provisiones en un abrir y cerrar de ojos. Mas como se trata de la República y la República quiere la separación de la Iglesia y del Estado, la instrucción gratuíta y el servicio militar obligatorio para todos; como esta declara que todas las plazas deben conquistarse por oposición, que un mismo no porque sea rico o noble, debe postergar al hombre capaz porque sea pobre, y como, según este principio, el mérito lo sería casi todo y la intriga y la bajeza casi nada, prefieren que Francia se desmembre antes de tener una república. ¿Qué serían bajo esta forma de gobierno, los apetitosos empleos de senador, de par de Francia, de prefecto, de chambelán, de caballerizo, de receptor general, de intendente, de mariscal, de diputado oficial y de obispo? Se daría al traste con ellos, y esto es lo que no quieren. En último extremo, preferirían el rey de Prusia a la república, si este se comprometiese a conservarles sus prebendas. Para ellos no existe más patria que los empleos de categoría y los sueldos crecidos. No es la primera vez que esos tipos cifran su esperanza en los alemanes para restablecer el orden en Francia. María Antonia había ya cedido la Alsacia para volver a ver sus antecámaras henchidas de servidores humildes y rastreros; y a eso aspiran hoy también los que sueñan en el restablecimiento del trono. En otros tiempos, los amantes de pensiones, los egoístas que no pensaban más que en sí y miraban al pueblo como una presa, se llamaban nobles; hoy han sustituído a estos los burgueses educados por los jesuítas. Mas entonces, los jefes de la república, decididos a hacer triunfar la justicia, no dejaron al frente del ejército a los funcionarios y generales de Luis XVI. Aquellos grandes patriotas, guiados por su buen sentido, establecieron municipalidades republicanas en todas las comunas; dieron el mando de nuestras fuerzas a generales republicanos; sentaron la mano sobre los reaccionarios, y una vez expulsados de nuestro territorio los alemanes, llamaron a la barra a los que los habían hecho venir. Así se salvó Francia. Hoy sucedería lo mismo a pesar de Bonaparte, quien, al ver perdida su dinastía, ha entregado nuestro último ejército en Sedán, a fin de impedir a la república vencer. Sí, a pesar de la traición de ese desdichado, todavía podríamos batir a los alemanes, si los egoistas no estuviesen al frente de nuestros asuntos; pero estos están desparramados por todas partes. En París forman los estados mayores de la guardia nacional y del ejército; en provincias forman esos famosos consejos generales, de los cuales sacaron los jurados que absolvieron a Pedro Bonaparte y condenarían a Gambetta a muerte si estuviesen reunidos en consejo para juzgarle. En vez de ayudar a este hombre de corazón, a este buen patriota a salvar nuestra patria, no harán más que crearle dificultades porque es republicano, le segarán la yerba bajo los piés, le impedirán que haga las levas necesarias y entibiarán el entusiasmo del pueblo. Y esto que digo declaránlo sin rebozo los periódicos alemanes, que emplean todo el católogo de las injurias contra Gambetta, que defiende a su patria y usan un lenguaje por demás melífluo al hablar de los consejos generales nombrados por el imperio.

—¿Entonces no cabe otro remedio que rendirse exclamó Jorge.

—No, aunque tengamos la seguridad de que vamos a ser vencidos, respondió Desjardins; hay que demostrar que todavía subsisten aquellos hombres que hicieron temblar a Europa; que no han muerto sus raíces y que el árbol volverá a ser frondoso. Si, después del desastre de Sedán no hubiésemos continuado la lucha, hubiéramos quedado sepultados bajo el desprecio del mundo entero. Tras ese funesto episodio, la nación se ha levantado de nuevo. Imposible parece que haya podido hacerlo, cuando carecía de ejército, cañones, fusiles, víveres y municiones y la traición y el engaño la rodeaban por todas partes. Sí, Francia se defiende; un solo hombre de corazón ha bastado para inspirarle confianza. ¿Qué otro pueblo hubiera hecho lo que el nuestro? A mi modo de ver, pues, la lucha debe continuar hasta el fin, y hacer que los alemanes se avergüencen hasta cierto punto de su victoria. Estos se han preparado durante cincuenta años; se han mezclado entre nosotros para espiarnos durante la paz, disimulando el odio que nos llevaban; han empleado todas sus fuerzas en la lucha, antes de emprender la cual la habían estudiado en todas sus fases, y nos han echado encima seis cientos mil hombres contra doscientos veinte mil al principio de la campaña. Ahora van a atacar a nuestros bisoños con sus tropas más aguerridas, siguiendo su sistema de oponer cinco o seis contra uno, y si a mano viene llamarán en su auxilio a los

rusos. Luego se darán el título de vencedores y no se avergozarán de decir que han sojuzgado a Francia y que por consiguiente son la primera nación del mundo.

—Posible es que suceda cuanto V. dice, repuso Jorge. Pero entretanto podemos alcanzar una victoria, y en este caso las cosas se presentarán bajo otro aspecto, recobraremos el valor, y los landwehr que envían a combatirnos, casi todos ellos padres de familia, pedirán volverse a sus casas.

—Los landwehr, dijo Desjardins, no piden nada ni para nada se les consulta; cando les ordenan que se pongan en marcha obedecen, y nada más. Son una máquina; pero su número es tal, que nos aplastan.

Entonces el primo Desjardins nos contó que en el curso de los muchos viajes comerciales que antes y después de 1848 hizo por Alemania, había podido convencerse de que los alemanes nos detestaban, nos tenían ojeriza y les inspirábamos recelos; que en las escuelas se imbuía a los muchachos el odio contra los franceses; que se creían superiores a nosotros, a causa de su religión, sencilla y natural, en tanto que la nuestra, con sus ceremonias, sus cánticos latinos, sus cirios y sus dorados, les hacía mirarnos como a seres inferiores, como a los negros, que se despepitan por el color encarnado y se ponen anillas en la nariz; que sobre todo consideraban a sus mujeres buena cosa más dignas y discretas que las nuestras, cuya superioridad atribuían también a su religión, que las retiene en el hogar, muy al revés de las francesas, que pierden el tiempo en ceremonias de toda clase.

Y aún respecto del particular Desjardins había sostenido una seria discusión con cierto maestro de escuela alemán, pues no pudo aguantar que abiertamente se profesase un desprecio semejante hacia las mujeres francesas, entre las cuales figuran Juana de Arco y otras heroínas, cuya grandeza apenas alcanzan a comprender las alemanas.

Añadió luego, el primo, que según este modo de ver, los alemanes, y en particular los prusianos, nos consideraban a nosotros, alsacianos y loreneses, como desterrados de la patria y gimiendo bajo la dominación de una raza embrutecida, mantenida en la ignorancia por los obispos.

Jorge, al oír esto, se puso furioso, y dijo que nosotros teníamos más ingenio y buen sentido que todos los alemanes reunidos.

—Lo creo, respondió Desjardins; pero lo que falta es que nos sirvamos de ellos. Hay que fundar escuelas en todas partes, y hacer que el francés más infeliz lea y escriba nuestra lengua; pero eso precisamente es lo que no quiere esa pandilla de sanguijuelas que disfrutan los primeros puestos de la nación. Si al pueblo se le hubiese instruído, hubiéramos sabido lo que pasaba al otro lado del Rhin; hubiéramos tenido ejércitos territoriales, buenos generales, una buena intendencia, una buena organización y diputados instruídos y concienzudos; en una palabra, cuanto nos falta, y no habríamos dado el derecho de paz y de guerra a un bruto, ni atacado tan tontamente a los alemanes, quienes, al vernos dispuestos a recibirles, se hubieran guardado muy bien de embestirnos. Nuestras derrotas, nuestras disensiones y agitaciones domésticas, nuestras revoluciones, las carnicerías en las calles, las deportaciones, los odios de clase, todo proviene de la ignorancia; y de esta ignorancia abominable son culpados los egoístas que nos gobiernan desde hace setenta años. El buen sentido, la justicia, el patriotismo les aconsejaban que instruyesen al pueblo, pero han preferido aliarse con los jesuítas para embrutecerlo: es la mayor de las traiciones.

Jorge, que hacía mucho tiempo que pensaba lo mismo, nada tenía que replicar; pero se mantenía firme en sostener que nosotros podíamos alcanzar una victoria y que entonces todo estaba salvado.

—Nuestras fuerzas son muy inferiores, replicaba Desjardins sacudiendo la cabeza; Gambetta no tendrá tiempo de organizarlas; y si los traidores abrigasen este temor, entregarían Metz al momento, para que el segundo ejército alemán, el de Federico Carlos, pudiese llegar a tiempo al Loira a fin de impedir que nuestras tropas pudiesen hacer levantar el bloqueo de París, pues entonces sí que todo estaría salvado. Pero no haya miedo de que esto suceda. Desde que he visto salir de Metz a algunos generales para ir a consultar con la emperatriz en Inglaterra, he comprendido que no había remedio para nosotros. Además, las fuerzas de Guillermo son inmensas. Los trescientos mil rusos que los diarios alemanes nos anuncian estar dispuestos a marchar sobre Constantinopla, aguardan el aviso del rey de Prusia para tomar el ferrocarril y venir a aplastarnos, si los alemanes creen que con un millón y doscientos mil hombres no son todavía bastantes para vencernos. No quieren república francesa en Europa, pues si la república se arraigaba aquí, todos los tronos bambolearían; los pueblos unos tras otro seguirían nuestro ejemplo, y concluirían

las guerras; tendríamos la confederación europea, y podría cada nación por sí licenciar sus reyes, emperadores, príncipes, cortesanos y soldados de profesión. Lo que nos preocuparía a todos, entonces, sería el comercio, la industria, las ciencias y las artes, y habría necesidad de saber algo para ser algo. El talento de colocar hombres en línea, para hacerlos caer a cañonazos y disparos de ametralladora. pasaría a formar en última fila, y dentro de un siglo los hombres no querrían creer que tal abomuación hubiese existido.

Luego Desjardins nos contó que en 1830, viajando por Polingen para comprar acero, había notado que los prusianos no pensaban más que en la lucha. Desde aquella época se arruinaban para sostener en pie de guerra y prontos a entrar en campaña cuatrocientos cincuenta mil hombres bien ejercitados. Después, con la reunión de las fuerzas de la Alemania del Norte, de Baviera, Wurtemberg y Baden, subió a un millón de hombres, sin contar la landsturn compuesta, es cierto, de viejos, pero todos licenciados del ejército y conocedores del manejo del fusil y del cañón y buenos ginetes.

—He aquí lo que Bonaparte nos ha echado encima, sin necesidad, prosiguió Desjardins; y sin embargo, contra una potencia semejante Gambetta se encarga de organizar apresuradamente a los mozos que nos quedan, la mayor parte de los cuales no han servido. Lo confieso, no tengo gran confianza. Dios quiera que me equivoque, pero me temo que Alsacia y Lorena van a pasar interinamente a formar parte de Alemania. La guerra va a sostenerse por espacio de algún tiempo; las defecciones se sucederán unas a otras, y a la postre y después de muchos sufrimientos, los antiguos ministros, los antiguos diputados oficiales y toda la cáfila que formaba el cortejo del imperio, se reunirán y dirán:

—Pongámonos de acuerdo con Bismark. Firmemos la paz a costa de Alsacia y de Lorena, y nombremos un rey, que nos repartirá buenos empleos. Francia será siempre bastante grande para pagarnos pingues sueldos.

Así habló el primo Desjardins.

Jorge, cada vez más indignado, dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—Lo que no acierto a comprender, es que los ingleses nos abandonen; que dejen a los prusianos extender cuanto quieran su dominio.

—¡Ah! dijo Desjardins sonriendo, los ingleses de hoy no son los de otros tiempos; se han hecho demasiado ricos y gustan con exceso de su comodidad; sus grandes políticos no se llaman ya Pitt y Chatam, que leían en lo porvenir y pensaban en el de su raza. No, con tal que las cosas marchen al día, las generaciones futuras y la grandeza británica les inquietan poco.

—Si V. hubiese navegado, como yo, repuso Jorge, por los mares del Norte y Báltico y hubiese visto qué gran potencia marítima puede llegar a ser en pocos años la Alemania del Norte, con sus ciento sesenta leguas de costas en las que hay puertos como el de Dantzique, Stettin, Hamburgo y Brema, a los que los más caudalosos ríos conducen los productos del centro de Europa, todas las materias primeras, no sólo de Alemania y de Polonia, sino también de Rusia; si usted hubiese visto esa población de marinos y comerciantes que de día en día se extiende, no se daría cuenta de la indiferencia de los ingleses. ¿Acaso se han vuelto ciegos? ¿Será que el amor a la religión luterana y el odio a la raza latina les turban el cerebro? No sé; sin embargo deben ver que si el rey Guillermo y Bismarck quieren señorearse de Alsacia y Lorena, no es de fijo por nuestra buena cara, sino por dominar el curso del Rhin desde sus fuentes, en los cantones alemanes de Suiza, hasta su desembocadura, en Rotterdam; y que siendo dueños de este caudaloso río, lo serán también de todo el comercio de nuestras industriales comarcas; que podrán alimentar las colonias holandesas con sus productos, lo que los convertirá en la primera nación marítima del continente, y que para llevar adelante su plan sin trabas de ninguna especie, mientras los rusos atacarán a Constantinopla, ellos se instalarán tranquilamente en los puertos de Holanda, como hicieron en Hanover en 1866, y nos ofrecerán Bélgica para asegurarse nuestra neutralidad. Esto cae por su propio peso.

—Sin duda, dijo Desjardins, y también creo que todas las faltas un día u otro se pagan; los ingleses pagarán las suyas, como nosotros pagamos ahora las nuestras; y a los alemanes, después de haber espantado a Europa y América con su ambición, les llegará también su vez y pagarán con creces su hipocresía, sus crueldades y sus rapiñas. Dios es justo. Pero mientras llega ese día, a nosotros se nos confisca, y de nada sirven nuestras observaciones.

Sobre este tema continuó la conversación, que no recuerdo por completo, pero de la cual he citado la más culminante.

(Continuará)

Que tengo distinto genio

continuó, y aquí su voz se descompuso en mil modulaciones, que parecían quejidos, gritos del alma y balbuceos de lo que escapa a la palabra de los obscuros dolores del amor.

Y otro modo de querer

y cuando podía creerse terminada la copla añadió con más bríos:

¡Ay! más cariñoso y más bueno

rematando la malagueña en un serie de lamentos y ayes sostenidos, como el gorjeo de pájaro cuando reclama a la hembra frente a su rival.

Los parroquianos del café, que conocían la historia del Perote y la Pura, oíanle, con la cara entre las manos, los ojos brillantes y dilatadas las ventanillas de la nariz, como para percibir más intensamente las ráfagas de pasión; celos y tristezas que parecían de vez en cuando pasar y remover la atmósfera impura de la sala.

Y el Perote seguía lanzando coplas, con los ojos entornados siempre, y el dedó pulgar metido en el bolsillo del chaleco, del cual iba tirando a medida que cantaba. La Pura, muy nerviosa, fingía oir los requiebros de Paco, pero en realidad, sintiendo cosas muy peregrinas, voces interiores confusas y roncas como las sinfonías del mar, escuchaba los contrastes de la prima y el bordón, y el "cante" apasionado del Perote.

—Puriya, ¿quieres que te diga una cosa? — exclamó repentinamente Paco Avila, echándose el ancho a la nuca.

—Te escucho.

—Me da el corazón que ése te "camela entoavía", y que tú...

—Malas "puñalás" me peguen si me acuerdo de ese "gachó". Lo quise más que a las niñas de mis ojos; pero tan mala sangre tuvo para mí, y tanto pasé por él, que ahora quisiera verlo arrastrando las tripas.

Y una expresión de fiereza salvaje le descompuso el lindo rostro.

—Entonces.. ¿por qué no te vienes a la "vera" mía?

La Pura sonrió y dijo:

—Para que al mes me dejases "plantá". A tí te gustan "toas".

—Escucha, Puriya. Que me coja un toro y me "ase a cornás" si lo que te digo no me sale de los redaños del alma — aseguró el torero, muy grave. — A ninguna la he dicho lo que a tí, y por ninguna he "pasao" lo que por tí estoy pasando. Desde que te "endiqué" sobre ese "tablao" me saben mal las "cañas" de vino que no bebo en tu compañía. Tuve muchos líos y corrí muchas juergas, ¡pero muchas! hazte la cuenta; el oficio lo pide: los toros dan di-

nero y cornás, y cuando se cobran las pesetas hace uno por olvidarse que es menester ir a buscarlas a la cara de los toros... y, vienen las hembras, los líos y lo demás; pero ninguna mujer me ha "quitao" el sueño, ni las ganas de comer, ni hasta la afición como tú, Puriya. Si hoy me "arrimo" y le doy a los toros de "patás", y "hecho más carne abajo" que ninguno de los que gastan coleta, no es por las palmas, sino porque quiero reunir un montón "mu gordo" de duros, "pa" satisfacer tus caprichos, quitarte del tablao y llevarte a la "vera" de mi madre.

Los firmes pechos de la Pura bajaban y subían aceleradamente.

—Eres mu requetebueno, Paco, pero me figuro que yo no soy la mujer que te conviene — y su rostro se obscureció como si lo empañase la sombra de una de esas penas que no tienen cura.

El león en su cueva
Rabia de celos

cantaba entretanto el Perote.

Al ver a su leona
En brazos ajenos
¡Ay, pobrecito
Ay, pobrecito!
También de celos rabia
El animalito.

"¡Ay! cómo me fríe la sangre" "ése" se dijo la Pura... — "y éste también" — agregó luego, notando la mirada inquisidora de

Paco Avila, el cual, haciendo un movimiento de impaciencia propuso:

—¿Quieres que nos vayamos ahí dentro, para bebernos dos cañas juntos y sin testigos? Tengo que hablarte seriamente. Anda, mujer, no me hagas pasar más fatigas.

La Pura dudó un instante, y luego, como si tomase una resolución repentina, dijo resueltamente:

—¡Voy!.. ¡aunque me rajen de abajo a arriba las malas lenguas!

Y salieron de la sala, hablándose al oído.

El Perote descendió del tablao, y sentándose en un rincón, echóse al coleto, una tras otra, hasta media docena de copas de aguardiente. Estaba lívido, los ojos le brillaban como si tuviera fiebre, y un gesto cruel le crispaba la boca, de labios finos y exangües.

Después de las malagueñas "serranas", "soleaes" y "polos", vinieron los "tangos" y "tientos", estos último recién salidos de la fragua popular. El Perote tuvo que subir otra vez al tablao y el cante nuevo adquirió en sus labios un acento dolorido, rayano a veces en la desesperación.

—¡Pero ¿qué tienes chiquillo? Mira, si cantas así, vamos a soltar el trapo "toas"! ¡Por éstas que hace daño! — exclamó una de las bailadoras.

—"Chipén — aseveró otra voz enronquecida, y gesto solemne.

El Perote continuó, sin abrir los ojos:

Te quiero te quiero,
Más que a mi mare te quiero
Es tanto lo que te quiero,
Que me ahoga la pasión.
Si me quieres por dinero
Yo me meteré a ladrón.

Sus lamentos y ayes llegaban como ecos lejanos a los oídos de la Pura la cual, sentada en frente del torero, bebía y bebía para aturdirse y no oir. Se había propuesto vengarse del Perote, hacerle sentir, las penas negras de los celos y acibarar su dolor con todos los tormentos que imaginaba su ciencia de pecadora; pero, a veces, mal grado suyo, extraña e impertinente ternura hacíala olvidar tales propósitos y solazarse en pensamientos de olvido y de perdón. De pronto, rabiando contra su propia flaqueza, le dijo a Paco:

—¡Ea! voy a hacerte el gusto; se acabó el tablao... no bailo

más. Esta misma noche me iré donde tú quieras llevarme — y se dirigió a la sala a buscar su mantón de "chinos", regalo del mismo torero.

Me ahogo, me ahogo
De pena, niña, me ahogo

cantó el Perote al verla, y la Pura, mirándolo con enojo más irritada contra ella por su "debiliá" que contra el cantor por el rendimiento que le demostraba, exclamó bastante alto para que todos la oyeran:

—¡Anda... y que te pelen — y salió taconeando con bríos.

El cuadro flamenco terminó su tarea; los parroquianos empezaron a irse, algunos haciendo eses, y a poco sólo quedaban en la sala el Perote, el chico, que dormía a pierna suelta, y el "Nañi", otro "cantaor", él rival, que no pudiendo arrancarle las palmas al Perote en el tablao, ni vencer su cante "hecho de peniyas hondas", obsequiábalo con solicita asiduidad y lo metía en líos y juergas para destruirle la voz y "darle en la cabeza" por medio del placer y el aguardiente.

El "Nañi" se echó la capa sobre los hombros, caló el ancho y, acercándose al Perote preguntóle:

—¿Te vienes?

—No.

—¿Tienes herramienta?

Perote hizo un gesto negativo.

—Toma... y buena suerte — agregó el otro dándole su navaja, y embozándose dirigióse hacia la puerta donde se detuvo un momento. Sus ojos grises, pequeños y escondidos en el fondo de las órbitas, brillaban como dos piedras pulidas. "Bueno está", se dijo, sonriendo sarcásticamente, y desapareció en la calle obscura.

El Perote afinó el oído. En medio del silencio del café solitario oía confusamente la conversación de Paco y la Pura. Bebióse el resto de la botella que tenía delante, pensando en las más disparatas cosas y, con sigilo, se deslizó hasta la puerta del gabinete donde Avila requebraba a la bailadora. Por el agujero de la llave la veía risueña, excitada, dispuesta a entregarse al feliz mortal que la tenía entre los brazos. Y la idea de que los besos "únicos" de ella serían para otro, y que otros labios voraces beberían en la boca que él había enseñado a besar, el néctar tibio que despierta como un afrodisiaco poderoso las furias eróticas, le estrujó el corazón, le hizo rechinar los dientes, y le puso un nudo en la garganta. "De otro, de otro", — decíase, y su sangre hervía a borbollones.

La Pura se entregaba, la cosa iba en serio. El Perote sabía

bien lo que querían decir aquellos ojos a medio abrir, y aquella boca de labios hinchados y convulsos. Rápida y dolorosamente recordó los mimos, caricias y zalamerías de la "bailaora", y los ataques de amor furioso que, de tiempo en tiempo, los estenuaba a los dos, y les ponía en el rostro la palidez mate y las ojeras de los tísicos. Y las hienas de los celos rugían en el alma de Perote.

—¡Pura, Puriya! — murmuraba apretándose el corazón con ambas manos — ¡Tú de otro! ¡no, no pue ser! ¡que no pue ser! — añadía retorciéndose desesperadamente. Vengan las penas, el presidio, el garrote: ¡tú no serás de otro, Puriya!

Mientras tanto, los novios, entre francas risotadas y besos, seguían jurándose eterno amor y combinando mil alegres planes para el porvenir.

—¡Ea! andando — exclamó la Pura por último; — ya no hay nadie en el café. Y ahora, Paco, a nuestra casita. Yo te tendré mi palabra; tú no olvides lo que me has prometido.

—Lo que te he dicho es más "verdá" que el Evangelio. Tu Paco será "too" pa tí, como quiero que la Pura sea "toa" pa Paco. Quiero, y lo haré, yo tengo una voluntá mu firme, Pura; quiero que en las verbenas nadie luzca mejores mantones que tú, ni más sortijas ni arracadas con más brillantes; quiero, cuando me corte la coleta, comprarme un cortijo en tu tierra, para criar reses bravas, pegar tiros y comer "gazpacho" en tu compañía sin acordarme de "na", ni desear "na"; quiero, en fin, que cuando las mujeres digan: "ahí va Pura la de Paco", sientan una envidia así como de dos o tres leguas de larga. Conque... — agregó con mucha zalamería, dándole a la Pura con el codo — te diré como Lamparilla a su Paloma: abre, Pura, el pico y pide más, si más quieres.

—¡Qué "salao" eres Paco! — exclamó ella, posando en el mozo una mirada lánguida y así como pegajosa, que le causó al Perote más daño que cuanto había oído y visto antes.

—Andando.

—Andando.

Convinieron; pero al abrir la puerta les hizo retroceder el rostro horriblemente pálido del Perote.

—¡Tú aquí!.. ¿Qué quieres? — balbuceó la Pura.

—En dos palabras te lo diré Pura.

—No oigo ni media. Vete, y déjanos en paz, que "pa" jaquecas tengo bastantes con las mías. Tú sabes que no quiero "na" de tí. Conque... no seas "guazón" ni metas la pata.

—Pues, mira, vengo dispuesto a meterla hasta el cuadril.

—Pero, tú ¿qué te has creído? — replicó la Pura, violenta-

mente y con mucho manoteo. — ¿Te debo "argo"? ¿No soy más libre que "er viento"? ¿Eres mi "pare" o cosa parecida para atravesarte en mi camino? Si me voy con Paco es porque me sale de adentro y porque lo quiero más que te quise a tí; ¿te has "enterao"?.. bueno, y ahora, ¿qué quieres... "pelmazo"?

—Escucha: de aquí no sales con "ese", como no sea pasando por encima de mi cuerpo — y, después agregó, mirando torvamente a su rival. — Ya lo oye usted, mal amigo y mal torero.

Paco Avila encogióse de hombros, sonriendo con irónica flema; dióle fuego a su pitillo, y ofreciéndole el brazo a la Pura, exclamó:

—¡Vamos, niña!

El "cantaor", con la navaja abierta abalanzóse sobre Avila repentinamente; pero un formidable garrotazo lo hizo rodar por tierra bañado en sangre.

—¡Sangre!.. ¡Sangre! — gritó la Pura sintiendo extraña conmoción.

Un momento después, los dos hombres reñían a brazo partido. Las manos de Avila, como dos tenazas, se clavaron en el cuello del Perote cuyo rostro empezó a amoratarse. Las luces temblaban, los vasos y las botellas caían con estrépito y la Pura, revolviéndose como una loca y articulando palabras ininteligibles, no acertaba a pedir socorro ni a tomar ninguna decisión. Sus ojos, espantados, sólo veían la sangre del Perote.

—¡Puriya! — gritó éste ahogándose y la "bailaora", fuera de sí, presa de una ternura repentina y apasionada, pudo leer en el rostro ensangrentado del Perote, de su "golfo", los dolores del amor, y las ansias de la muerte. Y el pasado surgió victorioso en el corazón de Pura.

—¡No lo mates "indino"!, ¡no lo mates! — gritó.

Los hombres no la escuchaban: reñían como fieras en celo, a arañazos y dentelladas. Los ojos del Perote salían de las órbitas; su lengua pendía como una piltrafa de carne escarlata en los dientes de un perro.

—¡Ay!.. ¡madre! — exclamó de pronto Paco, desplomándose pesadamente.

El Perote quedóse mirando a la Pura sin comprender el gesto heroico, ni la mirada trágica de ésta.

—¿Qué has hecho? — gritó luego temblando al ver en la diestra de la Pura la navaja que a él se le había caído y que ahora ella la mostraba teñida en sangre.

—¡Por tí, Perote! ¡por tí!.. y ahora puedes rematar mi perdición echándome a presidio — dijo con voz ronca la Pura.

—¡Por mí ¡por mí! — clamó él como delirando y, después de contemplarse atónitos y en silencio por breves segundos, corrieron el uno hacia el otro, con el alma abrasada por el viejo amor que revivía, que estallaba otra vez, como un incendio voraz.

—¡Pura!

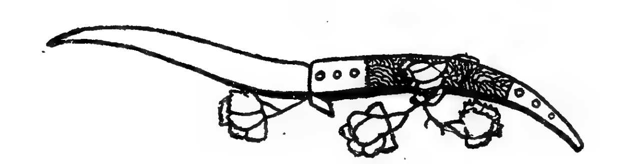
—¡Perote!

Y los dos se abrazaron apasionadamente sobre el cuerpo de Paco Avila.

El chico despertó.

"Bronca tenemos, phss... ya pasará", se dijo, y volvióse a dormir, mientras el Perote y la Pura, con su amor y su delito a cuestas, se perdían por las calles temerosas del barrio de Toledo.

Carlos Reyles.



EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ.
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá, Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.**
2. — **¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.**
3. — **Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.**
4. — **Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.**
5. — **El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.**
6. — **Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.**
7. — **El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.**
8. — **Un relato de amor, de Máximo Sáenz.**
9. — **Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.**
10. — **Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.**
11. — **La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.**
12. — **Ponchos y lanzas, de Santiago Maciel.**
13. — **El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.**
14. — **La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.**
15. — **Alma francesa, de Raúl Langlois.**
16. — **Un crimen impune, de Juana María Begino.**
17. — **El amor intelectual, de Albino Dardo López.**
18. — **Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.**
19. — **Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.**
20. — **Neurosis de amor, de Evil Thogorma.**
21. — **La Histérica, de Julio del Romero Leyva.**
22. — **Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.**
23. — **El Derrumbe, de Roberto Gache.**
24. — **El hijo gaucho, de A. Montiel Ballesteros.**
25. — **Rodolfo, de Alfonso Vázquez.**
26. — **El misterio del cuarto verde,** de Eduardo R. Archidona.
27. — **Ruth, de Nicolás Aguero Vera.**
28. — **Mi prima Lydia, de Jomer B. Villa.**
29. — **Arsenia Guillot,** de Próspero Mérimée.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ.
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá, Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — **Un drama en la selva**, de Horacio Quiroga.
2. — **¡Puerto Deseado!**, de Elsa Jerusalen.
3. — **Un sabandija**, de Víctor Pérez Petit.
4. — **Un idilio de estación**, de Ricardo Guiraldes.
5. — **El botón del calzoncillo**, de Eustaquio Pellicer.
6. — **Un hombre de acción**, de C. Martínez Payva.
7. — **El pecado de la virtud**, de Vicente A. Salaverri.
8. — **Un relato de amor**, de Máximo Sáenz.
9. — **Alma Doliente**, de Cyro de Azevedo.
10. — **Una mujer deshonesta**, de F. Defilippis Novoa.
11. — **La pipa del vagabundo**, de Edmundo Montagne.
12. — **Ponchos y lanzas**, de Santiago Maciel.
13. — **El escollo de arena**, de Arturo Giménez Pastor.
14. — **La Excelsa**, de Julio del Romero Leyva.
15. — **Alma francesa**, de Raúl Langlois.
16. — **Un crimen impune**, de Juana María Begino.
17. — **El amor intelectual**, de Albino Dardo López.
18. — **Las dos quimeras**, de Otto Miguel Cione.
19. — **Las rutas tenebrosas**, de Juan L. Páez.
20. — **Neurosis de amor**, de Evil Thogorma.
21. — **La Histérica**, de Julio del Romero Leyva.
22. — **Juan Sin Tierra**, de Miriam Miguens.
23. — **El Derrumbe**, de Roberto Gache.
24. — **El hijo gaucho**, de A. Montiel Ballesteros.
25. — **Rodolfo**, de Alfonso Vázquez.
26. — **El misterio del cuarto verde**, de Eduardo R. Archidona.
27. — **Ruth**, de Nicolás Aguero Vera.
28. — **Mi prima Lydia**, de Jomer B. Villa.
29. — **Arsenia Guillot**, de Próspero Mérimée.

El
MON
LA S
SANTIA

EL CUENTO ILUSTRADO

AÑO I BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 5 DE 1918 TOMO III - N.º 31

MONTARAZ

LA SIESTA

POR

SANTIAGO MACIEL

Ilustraciones de EUSEVI

10 Centavos

Apareció

la 4.ª edición

del drama de

Emilio Berisso

CON LAS ALAS ROTAS

El éxito teatral más resonante del pasado año.

Precio: 1 $ m/n.

Pedidos a esta Administración:

PERÚ 858

AÑO I BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 5 DE 1918 TOMO III N. 31

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

MONTARAZ

POR

SANTIAGO MACIEL

En lo más intrincado de la selva estaba su rancho, de modo que para llegar a él, había que internarse en un laberinto de sendas y atajos, que daban vueltas inverosímiles, obstruídos por troncos y mallas de enredaderas; y para que no faltase nada á aquel bosque de Hoffmann, el explorador tenía que sostener, al entrar, una batalla con los mosquitos y jejenes, — verdadera nube de bichos famélicos, nostálgicos de sangre. Se necesitaba ser un montaraz empedernido para vivir allí, sin temor a las alimañas que se arrastran o aletean, impelidas por voracidades extrañas, jamás satisfechas. La afición al retiro, a hundirse en el seno de la naturaleza, podría revelar un carácter huraño, pero se equivocaría quien pensara que don Juan Polonio era un hombre fiera, que huía de la luz y de sus congéneres, a imitación de Segismundo, o un tipo de gaucho nómade, habitante de la gruta, severo y reconcentrado como un burgrave. Todo lo contrario. Se le consideraba un ser hasta cierto punto alegre, aunque indomesticado y de una inocencia candorosa; un compuesto de selva florida, a base de zarza. El espinillo, — Cuasimodo del bosque, — de ramaje negro y retorcido, erizado de púas, ¿no esconde la aspereza de sus espinas bajo ramilletes de aromas? ¿No es un árbol que ríe, al contacto de estivales caricias? Y los pinoslimones, — esas plantas trepadoras de guías vertebradas, — pólipos vegetales que envuelven los gajos,

869.305
CUE
Apareció
No. 31
la 4.ª edición
del drama de
Emilio Berisso
CON LAS ALAS ROTAS
El éxito teatral
más resonante del
pasado año.
Precio: 1 $ m/n.
Pedidos a esta Administración:
PERÚ 858

AÑO I BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 5 DE 1918 TOMO III N. 31

EL CUENTO ILUSTRADO

REVISTA DE LAS FAMILIAS

Director: SANTIAGO MACIEL

Dirección y Administración: PERU, 858 — U. T. 1036 B. O.

MONTARAZ

POR

SANTIAGO MACIEL

En lo más intrincado de la selva estaba su rancho, de modo que para llegar a él, había que internarse en un laberinto de sendas y atajos, que daban vueltas inverosímiles, obstruídos por troncos y mallas de enredaderas; y para que no faltase nada a aquel bosque de Hoffmann, el explorador tenía que sostener, al entrar, una batalla con los mosquitos y jejenes, — verdadera nube de bichos famélicos, nostálgicos de sangre. Se necesitaba ser un montaraz empedernido para vivir allí, sin temor a las alimañas que se arrastran o aletean, impelidas por voracidades extrañas, jamás satisfechas. La afición al retiro, a hundirse en el seno de la naturaleza, podría revelar un carácter huraño, pero se equivocaría quien pensara que don Juan Polonio era un hombre fiera, que huía de la luz y de sus congéneres, a imitación de Segismundo, o un tipo de gaucho nómade, habitante de la gruta, severo y reconcentrado como un burgrave. Todo lo contrario. Se le consideraba un ser hasta cierto punto alegre, aunque indomesticado y de una inocencia candorosa; un compuesto de selva florida, a base de zarza. El espinillo, — Cuasimodo del bosque, — de ramaje negro y retorcido, erizado de púas, ¿no esconde la aspereza de sus espinas bajo ramilletes de aromas? ¿No es un árbol que ríe, al contacto de estivales caricias? Y los pinoslimones, — esas plantas trepadoras de guías vertebradas, — pólipos vegetales que envuelven los gajos,

oprimiéndolos y que salvan el vacío, extendiéndose triunfantes sobre las copas — ¿no matizan y adornan el verde, con sus frutos bermejos, lisos y brillantes como gotas de lacre? Así era el temperamento de este individuo, cultivado en el medio selvático.

Su progenitor le dejó en herencia, con una hermosa fracción de campo, aquella guarida ubicada en la maleza, sobre la margen del "Rosario", junto a un remanso, donde una porción de la corriente, siempre impetuosa, entra para morir en el seno de la linfa estancada. A pesar de lo recóndito del lugar, no faltaban atractivos al paisaje. La humedad del suelo nunca desaparecía, porque aun a la hora en que el sol calcinaba el ramaje, apenas una flecha de claridad mortecina se deslizaba por los intersticios de la fronda; pero en la barranca, donde el monte se abría para dejar espacio al arroyo que rugía espumante, al saltar por encima de los troncos volcados, la luz se difundía retozando en "brillazones" sobre las ondas, chispeando en las arenas de sílex, bruñidas por los desgastes del agua. Entonces, a la primer ráfaga que el verano arrojaba sobre el monte, se producía como un despertar insólito. Las cortezas se hinchaban de savia y estallaban en brotes. Las viejas películas de los gajos, se desprendían como pieles de víboras y un barniz untuoso satinaba los troncos y las hojas. Las flexibles lianas, — ateridas durante el invierno, — se vigorizaban de pronto; alargaban sus guías y se enredaban, formando una trama de filamentos, moteada de pétalos, y no quedaba una mísera rama que no se alzase, ostentando su corona de estío. Luego, venía la obertura de trinos y arrullos en las alcobas del follaje. Éste se movía imperceptiblemente y una cabeza tornasolada, asomaba bajo una hoja de laurel. Un rumor de notas límpidas, vibraba como una escala de risas que parecían gorjeos. La rama cimbraba y caía una pareja, agitando las alas, saltando sobre la alfombra de trébol salpicada de gotas y tornaba a volar, ascendiendo otra vez a la espesura; suspendía un momento los cantos, para continuar el nupcial alborozo, en un *scherzo* muriente...

Las "crecientes" no podían rebasar el álveo y sólo por una depresión del terreno, distante del rancho, cuando las lluvias eran torrenciales, el agua se explayaba, deteniéndose todo el tiempo necesario para ser absorbida o para volver a su cauce. La resaca se apilaba en los troncos o subía, quedando prendida en los gajos y un lodo blando y resbaladizo pegábase al terreno, pudriendo las vegetaciones enanas, transformándolas en fermentos, donde procreaban miriadas de insectos voladores, que llevan en sus trompas, gérmenes palúdicos. Se diría que el mismo rancho era un monstruoso ejemplar de aquella flora exuberante. Las campánulas y las yedras se

le habían trepado por la cumbrera, floreciendo, allá arriba, hasta cubrir el "mojinete". Un sarandí le atravesaba los cimientos, sacando la punta del gajo por un rincón del techo y los "claveles" del aire, prendidos unos a otros, formaban guirnaldas que flotaban sobre las

paredes y caían a lo largo de las tijeras. La naturaleza que construye las cavernas, encontró aquélla en boceto y no tuvo más trabajo, para concluirla, que darle un pedazo de su manto silvestre.

Su único habitante era aquel hombre, a quien faltaban escasos atributos para ser un viejo fauno, descansando de sus pasadas correrías a través de las planicies y de los bosques.

Era de elevada estatura, algo enclenque, de piel curtidá y amarillenta, de ojos claros, acostumbrados a reflejar el color esmeralda de la arboleda. Su melena recortada a cuchillo, había empezado a blanquear, atacada por los años y la intemperie, y nadie imaginaría, que aquel ambiente que dió fiereza al puma, podría resultar impotente para transformar las condiciones virtuales de su carácter, porque si bien en el corazón de la maraña era tosco, aunque no agresivo, fuera de él, el paisano se tornaba amable, torpe de inocente, manso, sin perder una sola ocasión el buen humor, que de adentro le salía, diluído en una eterna sonrisa. No tenía caballo, — lo cual quitaba gran prestigio a sus cualidades gauchescas, — pero él se bastaba para cruzar el llano, sin otro auxilio, y para salvar las distancias sin fatigas, porque no había ningún aliciente bastante poderoso para hacerle cambiar el paso, lento, seguro en el apoyo de sus pies, retorbados en un par de botas legendarias. Su vestimenta, como la moderna arquitectura, era una confusión de todos los estilos, pero en un estado tal de ruina, que daba lástima. ¿Qué capricho, o qué causa secreta le obligó a vivir de aquel modo? Pasiones nunca se le conocieron, al menos en el "pago", porque desde el "Pichinango" hasta el "Cufré" y desde "Rosario" hasta las sierras "Mal Abrigo", ninguna criolla podía jactarse de haber merecido sus preferencias. Identificado completamente con la selva, esperaba, quizá, tener vástagos con ella, por generación espontánea.

Don Anastasio Perdomo, el dueño de la "pulpería", a donde él solía concurrir para surtirse, cada vez que le veía, no podía menos que decirle, con sorna:

—Pero amigo don Juan, ¿no piensa ayuntarse? Mire que al fin se va a secar sin dejar semilla. Puaquí cerca anda una china, que se ha enamorao' del verde. Agacheselé.

El paisano se reía benévolamente, pues ya conocía al "pulpero"; bromista con los pobres gauchos, para engatuzarles y dejarles en cueros, — y apresuraba su compra de caña y tabaco en rollo, sin cesar de sonreir, mientras los tertulianos celebraban estrepitosamente la ocurrencia de "don Perdomo".

Don Juan Polonio se retiraba en seguida, sin querer entablar conversación con nadie, sin manifestar enojo por la chacota que le armaban, diciendo entre dientes:

—¡Casarme yo! Aurita nomás vi a cambiar de pilchas. Si hay

china, que se la larguen autro. El monte no se ha hecho pa las ovejas.

Y se reía, satisfecho de su resolución íntima, confiado en la firmeza de su voluntad, tomando el camino de su guarida, en donde entraba, apartando el ramaje con los brazos, — desnudos hasta más arriba de los codos, — unos brazos enflaquecidos, pero musculosos, en los que las venas, hinchadas al relieve, parecían ramazones, que se confundían con las otras. Luego, se sentaba a la puerta de su choza, con el perro al lado, — su último compañero, — un ejemplar silvestre que crió de cachorro, encontrado en el monte, hijo de cimarrón, probablemente. Allí, con las resacas que recogía, encendía el fuego y calentaba el agua para "matear". Cuando concluía su desayuno, permanecía mucho tiempo acostado en el suelo, mirando por los claros. Su mirada vivaz,—muy experta,—llegaba a gran distancia. Veía lejos, según su propia expresión— y percibía los rumores más sutiles. Un aleteo rápido y sonoro, le revelaba una "paloma canela" que regresaba al nido; un roce entre las ramas, acompañado de fractura, le indicaba al gato montés, persiguiendo a su presa y un frote, un deslizamiento breve entre la hojarasca, a una víbora que abandonaba su madriguera. — No confundía el tranco del perro salvaje, acompasado y torpe, que atropellaba impulsado por la rabia, con el del carpincho, que en dos saltos se arroja a la laguna, desde la orilla donde se agazapa, al sol, entre las hierbas. El, era el complemento de la selva, y si no se alimentaba de raíces, como el hombre primitivo, las frutas silvestres fueron, más de una vez, el único manjar de sus banquetes frugales. Conocía aquella riqueza de alimentación, que los demás ignoraban. Las frutas rojas y almibaradas del "chalchal" y "ñanga piré", las amarillas, en forma de peras diminutas, del "quebracho": las chauchas lustrosas del algarrobo, constituían el postre obligado, que caía al alcance de su mano, con rumor de lluvia, como si fuera el maná de la fronda.

Se encontraba tan a gusto en aquel rincón penumbroso, que no lo hubiera trocado por ningún lugar de la tierra. Era su paraíso, su imperio selvático.—Allí cerca, sus amigos le reverenciaban. El "molle", de cáscara negra, que se desprende sola, cuando el calor avanza; el "urunday", el "ñandubay" y el "quebracho", de maderas resistentes como el hierro, en cuyas carnes fibrosas, el hacha se mella y se perfuma; el "canelón", el árbol simpático que abre su ramaje, esparciendo las hojas para tejer los tapices del bosque; el "sombra de toro", espeso y redondeado, en cuya copa, que es un misterio de sombra, el zorzal se oculta para afinar su cavatina armoniosa; el "espinillo", que se cubre de botones de oro, un oro impregnado de fragancias; el "coronilla", de

corteza blanda, invadida por vegetaciones parásitas; el "tala" y el "tembetarí", los dos hijos pródigos de la selva, que brotan en las abras, con ansias de luz y de calor; el sauce, cuyas guirnaldas ondulantes, besan las barrancas y caen sobre el remanso, simbolizando las nostalgias; el "curupí", de hoja fina y prolongada; el "laurel miní", cuyos frutos aceitunados, se desprenden en el otoño, matizando la hojarasca; el "sarandí", el árbol regio, alto y coposo, que rompe la tierra con su poderosas raíces, lavándalas en el turbión de la corriente, al que parece querer detener poniéndole diques, que solamente sirven para acrecentar su cólera de espumas. Luego, toda esa vegetación gigantesca, que se apiña y se enreda; que entrelaza su ramaje y se besa con las hojas; que trenza sus raíces a flor de tierra y todavía las junta bajo el suelo, como si el contacto permanente, el eterno rozamiento, uniera con vínculo indisoluble el vegetal, a diferencia de los hombres, que necesitan, a veces, de la ausencia para amarse,—apenas pasaba el soplo cálido que llegaba del estero, sentían bullir la sávia dentro de las rugosas cortezas y era de ver cómo de aquellos troncos centenarios, empezaban a salir vástagos tiernos que tapaban las cicatrices de la cáscara, y los muñones que dejaron los hachazos. Había más frondosidad y más transparencia, al mismo tiempo. Amarilleaba el "rama negra", como si estuviera salpicado de ocre; el "arrayán" y el "blanquillo", se coronaban; el "árbol de la cruz" aguzaba las espinas de sus hojas y como si la selva celebrara, también, su fiesta del "primrose", se multiplicaban las florescencias, se esparcían los aromas, en sutiles emanaciones, como beleños que embargaban los sentidos. Había una confusión encantadora de pétalos; en las enredaderas de campanillas moradas, se veían "flores de patito", de "nápindá" y "coralina", porque las plantas, aunque estén separadas, se envían por medio de las brisas, las antenas y los élitros, el mensaje fecundo de sus amores.

Centinela a la entrada de la choza, un robusto "lapacho" parecía haberse acercado expresamente, para hacer compañía al extraño morador de la selva. Entre sus ramas, zumbaban las avispas en torno del "camoatí" y mucho antes de que el día se filtrara por las frondosidades, los cardenales azules, las calandrias y los "boyeros", se préparaban para dar principio a la *matinée* silvestre. Allí parecía estar la dirección de la orquesta; y no bien sonaban distintamente las primeras notas del preludio, rompía el concierto en una "sinfonía original", de variados motivos, como si todos los músicos alados estuvieran prontos para atacar la partitura. Se operaba, después una confusión melódica: los tonos graves se mezclaban a los agudos. Comprendíase que aquello era el himno de la vida agreste; la expan-

sión alegre de pequeños seres, que echaban a volar sus trinos, raudos como sus alas.

Cuando la luz caía a plomo sobre las copas, finalizaba la sinfonía, escuchándose, sin embargo, gorjeos de músicos rezagados, que no pudieron entrar, "a tiempo", por haberse entretenido en otros juegos, que son comunes entre los pájaros. El "lapacho", no obstante su aspecto de cacique del bosque, se animaba, igualmente, como los demás de su especie y se rejuvenecía bajo la opresión de la yedra. En lo más alto, un casal de horneros, fabricaba su deforme nido y la "pava de monte", se posaba, sin temor, conmoviendo el silencio de la siesta, con su graznido melancólico.

¿Cómo no iba a querer el gaucho a ese paraje sombrío? La naturaleza le brindaba, generosamente, sus dones y no tenía más que inclinarse, un poco, para gozar de su belleza y de sus ricos presentes. Lo demás ya nada le importaba. Por eso, no le preocupó gran cosa, que el "pulpero" se quedara con su campo, a pretexto de deudas que nunca hubo contraído. Obedeciendo a su pereza ingénita, prefirió dejarse robar, antes que alegar nada en defensa de sus derechos. Parte del monte,—la más hermosa,—también había ido a parar a manos de aquel explotador afortunado, que siempre encontraba expediente fácil para aprovecharse de su bondad y de su ignorancia.

Entretanto, el campo se transformaba, el alambre lo dividía, en "potreros". El arado desgarró las planicies, convirtiéndolas en manchas obscuras, que contrastaban con el verde pálido de las faldas; numerosas "haciendas" devoraban aquellos pastizales abundosos y por primera vez llegó a sus oídos el rumor de la lucha, para arrancar a la tierra los tesoros de fecundidad que, hasta entonces, ocultaba. Pronto los trigales ondularon como un mar, y en los incultos valles, donde el espartillo y la "chirca" crecían soberanos, no quedó sino el ombú, último vestigio de la vida salvaje, que, el mover sus ramas, impelido por el viento, parecía querer pelear con la mies que le cercaba. Pero todavía, el hombre, se consideraba dichoso. Su rancho empezaba a florecer. Del mojinete a las soleras se abría un quitasol de lianas; las yedras se abrazaban a los troncos para trepar a los últimos gajos; los helechos arborescentes, salían de las barrancas a la luz inclinados sobre el agua, siempre herborosa; y una multitud de culantrillos "arazaes", de matas olorosas, afiligranaban los declives; poblaban las hendiduras, mientras que, en los remansos, las algas tejían sus hilos gomosos y las achiras pasaban la otra orilla de la corriente, entrelazando sus hojas y sus tallos. En las noches serenas, latían otras existencias, no sospechadas. Los astros no podían distinguirse, bien, por los claros de la floresta y las copas

erguidas, solamente disfrutaban de sus encantos; pero abajo, la sombra semejaba un crespón, salpicando de chispas de oro. Los insectos luminosos, caían del follaje, se arremolineaban, surgían de las malezas, persiguiéndose, confundiendo sus luces, produciendo reflejos momentáneos, en los espesos matorrales. Mariposas nocturnas, libélulas extrañas, vagaban sin rumbo, aleteando en las hojas. Un rumor incesante; un frote de élitros, alteraba el silencio del bosque y se prolongaba hasta más allá de la llanura. A veces, parecía que los árboles conversaban, transmitiéndose secretas impresiones — porque se oían como frases entrecortadas y suspiros vagarosos. Luego, el rugido de las pequeñas fieras, dominaba todos los ecos, aplacándolos por un instante; pero continuaban después, en el mismo tono, como si aquellos huraños seres, tocaran, al unísono, mil instrumentos monocordes.

Todas las mañanas, el viejo montaraz, discurría al azar por sus dominios, aspirando el aire, saturado de emanaciones aromáticas, de esencias resinosas. Hacía su provisión de charamuscas y regresaba con la carga, encendiendo una fogata al pie del "lapacho", de tronco ennegrecido por el humo. Era su tarea habitual, que cumplía de un modo instintivo, gozoso, al verse dueño y señor de su retiro, sin que nadie osara disputárselo; porque, ¿quién, a no ser él, podría pernoctar en aquel lugar agreste? — ¿El matrero? Un hombre perseguido por enemigos implacables, que se guarece en la espesura, para salvar la vida; que acecha la ocasión para poder escapar, ávido de campo raso, atacado por la obsesión de espaciarse en la llanura infinita. El, no. La necesidad le obligaba a dejar su cueva, por breve tiempo, y cuando demoraba más de lo que tenía por costumbre, apresuraba la marcha, deseoso de llegar cuanto antes porque el campo sin un árbol, le ponía melancólico, nostálgico, enfermo y sentía que sus miembros se aflojaban, como si la vejez cayera de súbito sobre sus espaldas. Pero así que pisaba la hojarasca; en cuanto sentía el roce de un gajo en la cara, sus tristezas se desvanecían; experimentaba un rejuvenecimiento inexplicable; le venían ganas de reir y brincar, como si se hallara en pleno vigor de juventud.

Así transcurrieron los años. Una madrugada se despertó sorprendido. ¿Quién se atrevía a turbar su reposo? Porque no le quedaban dudas: alguien había tomado posesión del bosque. Aquel desgaje; aquel golpear en la madera, no era obra del viento huracanado, puesto que los más recios temporales, apenas lograron mecer los mástiles de las copas empinadas. El estrépito continuaba, repercutía sonoramente, como si los árboles se quejasen, al ser he-

ridos. A cada rato se percibía claramente el estruendo de un derrumbe. Un ruido de ramajes, un crujimiento de astillas, de troncos que se rajaban al caer. El paisano salió del rancho para inquirir la cusa de aquello, aunque vagamente lo sospechaba. Como a una cuadra de su choza, en lo más tupido del monte, donde los árboles añosos habían formado una muralla, la claridad penetraba como un torrente sin diques, invadiendo en aquellos rincones, en que nunca se vió más luz que el débil rayo, tamizado por las hojas. La arboleda había caído a los golpes del hacha del leñador y la obra de destrucción seguía empeñosamente, con ímpetu salvaje. Los quebrachos y los "ñandubays" mellaban los filos, pero el fin caían, lo mismo que los otros, desplomándose ruidosamente, como gigantes vencidos. Perfumes intensos, acres, se esparcían, y algunos pájaros, posados en los ramajes vecinos, callaban ante aquel ataque llevado a sus viviendas y a sus nidos.

De pronto, apareció el montaráz. Ya no sonreía como en sus tiempos felices. Temblaba de iracundia, como si él recibiera los hachazos, pero más que rabia, su semblante demostraba sufrimiento. Se encaró con todos aquellos hombres, que proseguían, delante de él, su obra de exterminio.

—¿Quién las ha dao permiso para montear? — les preguntó.

Uno de ellos, el capataz, se adelantó con el hacha en la mano y contestó visiblemente contrariado:

—Don Perdomo nos ha arrendao el monte pa hacer leña y carbón.

—Y ¿quién es el pulpero pa meterse en lo ajeno? Aquí mando yo ¡canejo!, y si no se van aura mesmo, priendo juego al monte pa que arda conmigo

Los otros vacilaron, temerosos de que fuera a cumplir la amenaza, pero instantes después rodoblaron el ataque y los golpes volvieron a sonar con violencia. ¿Qué hacer? El montaraz se sintió impotente para contrarrestar aquel avance. Pensó que era inútil evitar lo que tenía que suceder, a la fuerza. Le habían despojado del campo y ahora le arrojaban, también, del rincón donde vivía. Ignorante de todo lo que no se relacionase con sus hábitos, ni se imaginó que había una justicia que lo amparaba, porque la otra, la que administraba el comisario, nunca le protegería. Su fama de salvaje, le había colocado en la condición de un animal selvático, sin derechos, aunque libre en el seno de la Naturaleza. Poco a poco, fué apaciguándose su cólera y se sintió invadido por una profunda melancolía. Le vinieron ganas de llorar y se dió vuelta, sin oir ni pedir más explicaciones, pues tenía vergüenza de que sorprendieran sus lágrimas.

Pero cuando estuvo lejos; cuando se convenció de que nadie podía observarle, su llanto brotó abundosamente, experimentando una angustia inexplicable, lo mismo que si hubiera perdido, para siempre, a los seres de su amor, que fueron el único deleite de su vida. Los golpes de hacha le sonaban adentro, repercutían en su corazón.

Ya era mediodía y la tarea parecía no terminar. Pronto llegarían a su covacha y entonces ¿qué resolución tomaría? — Dejaría hacer lo que quisieran; solamente les pediría, como limosna, que no volteasen al viejo "lapacho", pues deseaba morir bajo sus ramas. Cuando cesó el ruído, tuvo la esperanza de que no cortarían más y salió a ver lo que habían hecho. Arboles grandes y chicos yacían en el suelo, unos sobre otros, aplastadas las copas, destilando resinas por las cortezas lastimadas. Las enredaderas de hojas tiernas y sensibles, se marchitaban al calor, que entraba, con la profusa claridad, desarrigadas al desplomarse con los troncos que las sostenían. Ahora se veía bien todo aquel mundo al descubierto; la hojarasca que esparcieron los otoños; el limo resbaladizo; la aglomeración de raíces, a flor de tierra; las vegetaciones microscópicas, invadidas por la clorosis de la eterna penumbra, y las telas de araña, enredadas

POR LAS TIERRAS DE ALSACIA

Por Erckmann-Chatrian

(Continuación)

XI

Todo aquel día lo pasamos en casa de Desjardins. Lisa hizo lavar y planchar nuestras camisas, lavar nuestros trajes, secar nuestros zapatos al calor del hogar después de haberlos llenado de ceniza caliente, y a la mañana siguiente nos despedimos de nuestros honrados parientes dándoles de corazón las gracias por los favores que nos habían dispensado.

Jorge y yo ardíamos en deseos de ver de nuevo nuestra tierra, de la que hacía un mes carecíamos de noticias, y sobre todo a nuestras pobres mujeres, que depían creernos perdidos.

El tiempo estaba húmedo; todo anunciaba que el invierno iba a ser riguroso.

Al llegar a Dieuze circulaban rumores de que Bazaine acababa de entregar a Metz, con todo su ejército, banderas, cañones, fusiles, municiones y heridos, "incondicionalmente".

Los oficiales prusianos bebían champaña en la hostería donde habíamos posado, y se reían que era un gusto.

Jorge estaba pálido; yo sentía oprimido el pecho.

Algunos ambulantes que se encontraban en la posada, judíos que seguían a los ejércitos alemanes con carretas para llenarlas de relojes, cacerolas, lienzo, muebles y cuanto les vendían oficiales y soldados después de haberlo robado en nuestras casas, contaban que en los alrededores de Metz daban los caballos casi de balde, hasta el extremo que por cinco francos podría uno adquirir uno árabe; pero que nadie los quería, porque era imposible alimentarlos dado el elevado precio a que estaba el forraje. Dijeron también que esas pobres bestias se comían unas a otras, devorándose las crines hasta la carne, y que roían las cortezas de los árboles a que las habían atado, que nuestros prisioneros se caían de hambre en las zanjas del camino, y que los prusianos les trataban de borrachos; que los habitantes de Metz, al saber las condiciones de la capitulación habían intentado sublevarse y asesinar a Bazaine; pero que éste, durante el tiempo que duró el sitio, había tenido tres ametralladoras delante de la puerta de su palacio y que la víspera de la rendición se había escapado.

Cuando oíamos nos parecía casi imposible: ¡Metz rendirse incondicionalmente! ¡Metz, la ciudad más inexpugnable de Francia, con un ejército de ciento cincuenta mil veteranos, el último que nos quedaba después de Sedán!

¡Sin embargo era verdad!

A pesar de cuanto puedan decir para explicar esta espantosa desgracia; a pesar de la ignorancia y la estolidez de los jefes, nadie me quitará de la cabeza que nuestro "hombre honrado" fué quien dictó órdenes hasta el último instante, órdenes que siguió Bazaine, y que este y aquel obraron de mancomún. Por otra parte, Bazaine fué inmediatamente a reunirse con él en Wilhemshoe, donde guisaban tan bien Allí ambos reposaron de sus fatigas, interín se presentaba la ocasión de empezar una nueva campaña por el estilo de la del 2 de Diciembre, en que de noche se echa la garra a los ciudadanos, en su propia cama, donde duermen tranquilos y confiados en la fe de un juramento; o por el estilo de la guerra de Méjico, donde se deja abandonados a aquellos a quienes se ha jurado defender. Para esta clase de campañas, ambos son maestros; y si el pueblo sigue fiando en ellos, como muchos pretenden, podrán volver a las andadas y aun hacerse entregar las llaves del Tesoro. De nuevo distribuirán cruces y sueldos a sus amigos y conocidos, y dentro de algunos años Bismarck descubrirá que los alemanes tienen derechos sobre la Champaña y la Borgoña.

Todo es posible, dado lo que hemos presenciado de veinte años a esta parte

En Frenetrange, por cuya ciudad pasamos a casa de las dos, nada sabían aún.

A las seis de la tarde llegamos a la meseta de Metting, cerca de la granja Donat, desde donde divisamos, sobre un cielo gris a dos leguas de nosotros, Falsburgo con sus murallas y bastiones, con su iglesia y sus calles incendiadas; los grandes repliegues de terreno que la circuían y detrás los cuales se escondían los alemanes; los cañones que coronaban la cuesta, y los centinelas apostados detrás de las canteras.

Todo yacía en silencio; no se oía ni el disparo de un fusil. El bloqueo se había establecido en toda regla. El hambre hacía poco a poco lo que no había podido hacer el bombardeo.

Entonces con la cabeza inclinada al pecho atravesamos el bosque que se hacía a la izquierda, lleno de hojas muertas, y por fin descubrimos nuestra pequeña aldea de Rothalp, a trescientos pasos más allá de los vergeles y de los campos: ¡también parecía muerta! La ruina había pasado por ella; las requisas habían acabado con todo; el invierno, con sus nieves, llamaba a todas las puertas.

Lo que me sorprendió fué ver funcionar el molino.

Jorge y yo nos estrechamos la mano en silencio, y cada cual nos dirigimos a nuestra respectiva casa con el corazón oprimido.

Algunos soldados prusianos descargaban una carreta de grano debajo de mi cobertizo, y al verlos me estremecí.

—¡Sí habrán echado de mi casa a mi mujer y a mi hija!, pensé.

Afortunadamente Catalina apareció en seguida a la puerta; me había visto venir y me tendía los brazos gritando:

—¡Ah! ¿eres tú, Cristiano? ¡Dios mío! ¡y cuánto hemos sufrido!

Y me echó los brazos al cuello llorando. Luego vino Gredel, y los tres formamos grupo y mezclamos nuestras lágrimas.

Los prusianos, que estaban a diez pasos de nosotros, nos miraban, y algunos vecinos al verme empezaron a gritar:

—¡Nuestro antiguo alcalde ha vuelto!

Luego entramos en el pequeño dormitorio, y me senté delante de la cama, mirando las antiguas cortinas, la rama de boj del fondo de la alcoba, las decrépitas paredes, las ennegrecidas vigas del techo, los pequeños cristales de la ventana, y a mi buena esposa y a mi hija que, aunque mala, la quiero. Todo me hablaba al alma.

—¡Ah! decía entre mí, todavía no nos hemos muerto. Si ahora pudiese abrazar a Jacobo mi dicha sería cumplida.

Mi mujer, que tenía la cabeza apoyada en mis rodillas, no cesaba de llorar. Gredel, de pie en medio del aposento, nos miraba en silencio, hasta que por fin me preguntó:

—¿Y los caballos y la carreta, dónde están?

—Allá abajo, hacia Montmedy, le respondí.

—¿Y el primo Jorge?

—Con Ana María. Todo lo hemos abandonado... Juntos hemos escapado. No podíamos con nuestra desdicha. Los alemanes nos dejaban morir de hambre.

—De fijo que le han maltratado a usted, padre.

—Sí, me han pegado.

—¡Pegado! ¡a usted!

—Sí... Me han arrancado la barba y dado de bofetadas.

Gredel, al oír esto se puso hecha una loca; abrió la ventana y dirigiéndose a los alemanes que había bajo el cobertizo, les dijo, blandiendo el puño:

—¡Ah bandidos! ¡Habéis pegado a mi padre, al mejor de los hombres!

Sólo entonces se puso a llorar.

—¡Todo nos lo pagarán, todo! dijo abrazándome y llenándome de besos el rostro.

Yo estaba enternecido.

Mi mujer, algo sosegada ya, me contó cuánto habían sufrido; su pesadumbre al no recibir más noticias de nosotros, después de las que les diera el vendedor de jabón, a los tres días de nuestra salida; mi sustitución en el cargo de alcalde por Placiard y las muchas requisas que éste había mandado hacer en mi casa a pretexto de que yo era republicano.

En cuanto a este, no iba más que con los prusianos; los recibía en su casa, les estrechaba la mano y aun les invitaba a su mesa, y no hablaba más que en alemán prusiano. Con el mismo fervor que sirvió al imperio servía ahora al rey Guillermo. En lugar de escribir a París en solicitud de administraciones de correos o de estancos, escribía a Bismark-Bohlen quien le había prometido pingües colocaciones para su yerno y sus hijos y aun a él mismo le ofreció nombrarle celador de algo con un buen sueldo.

Todo cuanto me decía mi mujer lo escuchaba yo sin admirarme, pues de antemano me lo sabía.

Lo que me satisfizo fué ver la acequia llena de agua, pues esto me demostraba que la arquilla continuaba en el sitio en que la deposité. Sin embargo, para cerciorarme de ello se lo pregunté a mi mujer tan pronto Gredel se hubo salido.

Catalina me respondió que nadie había tocado nada y que el agua de la acequia había permanecido siempre a igual altura. Entonces quedé tranquilo y dí gracias a Dios por habernos evitado nuestra completa ruina

Los alemanes se amasaban ellos mismos el pan desde hacía quince días y venían a moler el trigo a mi molino, aunque sin satisfacer un céntimo.

Nadie sabía dónde dar de cabeza; no se encontraban comestibles por un ojo de la cara. Afortunadamente los alemanes se habían acostumbrado pronto a nuestro pan blanco, y para obtenerlo daban de buena gana una porción de su ración de carne siempre abundante. También trocaban carneros muy gordos por gallinas y patos, hartos como estaban de carne de ganado lanar. Catalina había efectuado muchas veces con ellos esos cambios ventajosos. Además, en el Krapenfelz nos quedaba una vaca; pero había que ir todos los días a llevarle forraje y luego ordeñarla y volver cargado.

Gredel, cada día más envalentonada, iba allá con su pequeña hachá bajo el brazo.

—Una vez, me dijo esta riendo, un ale-

mán borracho me insultó y me amenazó con seguirme al bosque, pero de un hachazo dí cuenta de él y luego le arrojé al arroyo.

Nada de cuanto ocurría la atemorizaba; los landwehr que estaban alojados en mi casa, mocetones barbudos todos ellos, la temían como al fuego y la obedecían como criados.

—Hagan ustedes esto, les decía; ahora hagan aquello; den ustedes grasa a mis zapatos, pero no la coman como sus compañeros de Metting, o ¡ay de ustedes! No quiero que entren ustedes a calentarse al salir de la caballeriza, pues ya huelen ustedes bastante mal para que además añadan el tufo del fiemo. Todos ustedes son sucios como mendigos. Sin embargo el agua no escasea. Da verguenza... Vayan ustedes a lavarse a la fuente.

Y ellos obedecían.

También les había prohibido Gredel que subiesen la escalera.

—Este es mi cuarto, les dijo; al primero que suba le abro la cabeza con mi hacha.

Ni uno se atrevió a contravenir la orden.

Los alemanes, desde que hubieron establecido en nuestra casa su gobernador Bismark-Bohlen, habían sin duda recibido la orden de que nos trataran bien y nos prometieran que nos indemnizarían. El capitán Flægel seguía emborrachándose de un cabo al otro del día; pero en vez de llamarnos canallas y miserables, nos llamaba buenos alemanes y sus queridos hermanos de Alsacia y de Lorena, vaticinándonos todas las prosperidades del mundo para cuando viviésemos al amparo de las leyes de la madre patria.

Tratábase ya de despedir a todo los maestros de escuela franceses, y empezábamos a comprender la abominable negligencia de nuestros gobiernos respecto de la instrucción pública pues la mitad de nuestros campesinos no sabían una palabra en francés. Desde hacía dos siglos los habían dejado pudrirse en la ignorancia.

Hoy los alemanes los han amparado y les enseñan que los franceses son los enemigos de su sangre; que los han mantenido en la esclavitud para explotarlos, para vivir a sus expensas, y para hacerlos servir de muralla en el momento del peligro. ¿Quién vendrá a decirles lo contrario? Y si los alemanes dan a los campesinos la instrucción que todos nuestros gobiernos les han negado ¿no se aficionarán con sobrada razón a su nueva patria,

Sirva esto de lección a Francia, y sepa cada cual que el amor a la patria sólo descansa en el conocimiento de sus beneficios, el primero de los cuales es la instrucción gratuita de todos sus hijos.

Los alemanes, que habían modificado por completo su conducta para con nosotros, y buscaban ganarnos la voluntad, vivían en nuestras casas. Eran landwehrs que sólo pensaban en sus mujeres y sus hijos, deseaban la terminación de la guerra, y temían la aparición de los franco-tiradores.

Corría la voz de la llegada de Garibaldi con sus dos hijos, y a menudo Jorge, extendiendo, desde la puerta de su casa, el brazo hacia las cimas del Donon y del Schneeberga, cubiertas de nieve, me decía:

—En aquellas alturas se baten. ¡Ah! Cristiano, si nosotros fuésemos jóvenes, qué hazañas podríamos llevar a cabo en los desfiladeros de nuestras montañas!

Nuestra pena mayor era saber que en Falsburgo reinaba el hambre y estaban infestados de viruela, de cuya enfermedad, entre mli quinientos habitantes, había trescientos atacados, que llenaban el hospital que se había establecido en el colegio. Los sitiados carecían de sal, carne y tabaco, y, según nos decían los parlamentarios que iban y venían por el camino de Lutzelburgo, la plaza no podía sostenerse mucho tiempo más.

Se había hablado de trasladar a las líneas sitiadores los cañones de grueso calibre de Estrasburgo y de Metz, después de la rendición de estas dos plazas; pero recuerdo que el "hauptmann" decía en casa del párroco Daniel que no valía la pena que se llevase a cabo un nuevo bombardeo, pues este costaría tres millones a su majestad el rey Guillermo, y que era preferible dejar que los sitiados se fuesen muriendo por sí solos, como una lámpara se apaga por falta de aceite.

Ese "hauptmann" a que me refiero, al decir esto tomaba un aire de compunción, y repetía sin cesar que era bueno evitar el derramamiento de sangre humana y economizar las municiones.

¿Qué era de Jacobo en medio de tanta desdicha? ¿qué de Juan Bautista Werner? Me veo también obligado a hablar de ellos, porque Dios sabe de qué furor estaba poseída Gredel, al pensar que su prometido podía padecer hambre: no era ya un sér humano, sinó una especie de loca. Tan arrebatadamente y sin tino lo hacía todo, que a menudo admiré la paciencia de los landwehrs que vivían en mi casa. Cuando uno de ellos quería pedirle algo, mi hija les señalaba la puerta, diciendo:

—Sálgase V. de aquí, no es este su sitio.

Tampoco se recataba de decirles que su

mayor anhelo era que los degollasen a todos, a lo que luego añadía en tono de zumba:

—¿Por qué no atacan Vds. la ciudad? ¿por qué no la asaltan? Porque no se atreven, porque tienen Vds. demasiado apego al pellejo; prefieren matar de hambre a la gente, arrojar bombas sobre las mujeres y los niños e incendiar las casas de esos infelices, ocultos detrás de montones de tierra. ¡Ah!, se necesita ser muy cobarde para obrar de esta suerte. Si los nuestros se encontraran fuera y Vds. dentro, ya hubieran subido diez veces a las murallas; pero Vds. son tan prudentes que no quieren exponerse a que les quiebren las costillas.

Los landwehrs, que estaban sentados a la puerta, seguían fumando y hacían como que no la oían.

Un día, sin embargo, aquellos sujetos tan pacíficos se indignaron de veras, no precisamente contra Gredel ni contra nosotros, sino contra sus propios jefes.

Esto ocurrió poco después de haberse rendido Metz. El tiempo estaba frío y empezaban a caer las primeras nieves; nuestros landwehrs, al volver de montar su guardia, se colocaron en torno de la estufa, no pensando más que en comer y beber bien, cuando de improviso se oyó en la calle el toque prolongado de su trompeta.

Acababa de llegar la orden de ponerse las mochilas, empuñar el fusil y salir camino de Orleans.

Entonces era de ver el rostro que pusieron aquellos soldados, las exclamaciones que proferían diciendo que ellos eran landwehr y que no podían hacerles salir de las provincias alemanas. Estoy seguro que si en aquel momento salen de Falsburgo nada más que cincuenta hombres, se rinden todos para no moverse.

Pero como se presentó el capitán Floebel y les ordenó ponerse en marcha, no hubo más remedio que obedecer.

Se alinearon pues delante de nuestro molino, en número de tres o cuatrocientos, y luego emprendieron la marcha hacia Mittelbronn, pasando por la frontera cuesta.

Los habitantes de la aldea, que habían salido a las ventanas, gritaban todos:

—¡Qué desembarazo!

Todos creíamos que también iban a levantar el bloqueo de Falsburgo, y la mitad de la aldea preparaba ya banastas y sacos y cuanto era necesario para llevar víveres a los nuestros. Gredel, que obraba sin rebozo, había puesto aparte una cesta.

—¿Pero de dónde ha venido la orden de marcha? ¿qué significa la salida de los landwehr? nos preguntábamos unos a otros.

Me encontraba yo sentado a la puerta de mi casa pensando en esto, cuando llegó corriendo mi prima Ana-María, quien me dijo en voz baja:

—Hemos ganado una gran batalla; todos los de Metz se dirigen hacia el Loira.

—¿Y quién le ha dicho a V. eso?

—Un inglés que anoche ha venido a mi casa.

—¿Y en qué sitio se ha librado la batalla?

—En Coulmiers, cerca de Orleans. Los alemanes han quedado completamente derrotados; sus oficiales se presentan en las alcaldías y se rinden con sus soldados, para salvar la vida.

No hice ninguna otra pregunta a Ana-María, sinó que me dirigí corriendo a casa de Jorge, lleno de curiosidad por ver al inglés y oir de sus propios labios lo que pudiese decir.

Al entrar, mi primo estaba sentado a la mesa con el mentado extranjero; acababan de almorzar juntos y parecían estar de buen humor.

Ana-María se había venido tras mí.

—Ahí está mi primo, el antiguo alcalde de la aldea, dijo Jorge al verme abrir la puerta.

El inglés volvió el rostro inmediatamente. Era hombre de unos treinticinco años, seco, delgado, de nariz corva, ojos castaños muy vivos, sin barbas ni bigote, y llevaba un ajustado gabán ceniciento.

—¡Ah! dijo, hablando con la nariz y con los dientes apretados, como buen inglés, ¿V. era alcalde?

—Sí, señor.

—¿Y V. se negó a fijar los bandos del gobernador Bismark Bohlen?

—Sí, señor

—Perfectamente.

Me senté, y sin más preámbulos, el aludido inglés me hizo de carrera ocho o diez preguntas acerca de las requisas, de los robos, del número de carretas y de caballos que se habían llevado hacia el interior; cuantos habían entrado desde el principio de la invasión; cuántos quedaban todavía en Francia; qué pensábamos de los alemanes; si podíamos simpatizar con ellos, y si nos gustaría continuar siendo franceses, o si preferiríamos ser neutrales, como los suizos.

Yo respondí sin reflexionar en la singularidad de semejante interrogatorio.

(Continuará)

a los gajos, en copos blanquecinos y en hebras sutiles. — Pero lo que más le asombraba, era la luz que inundaba el inmenso espacio donde pocas horas antes, era monte impenetrable. Parecía que los rayos solares querían desquitarse de todo el tiempo en que lucharon, vanamente, por entrar en aquellos pabellones recónditos, en aquellas glorietas de la sombra. No obstante, el monte brotaría otra vez; se alzaría sobre la ruina del presente, empujado por la fuerza de su savia, pero antes de que eso pudiera suceder, él se habría extinguido, porque era viejo tronco, que tenía el corazón enfermo.

El corte de los árboles se repitió por muchos días y los monteros parecían incansables, pero poco tiempo después, lo que había sido bosque, estaba convertido en campo liso. Grandes montones de astillas se veían en distintos parajes. De una pila enorme de ramas, subía una columna de humo, y se oía chisporrotear la leña verde. Solamente el arroyo, indiferente a la devastación y al exterminio, seguía corriendo, como siempre, saltando por encima de los troncos volcados, irisando sus espumas bajo la onda de luz que inundaba hasta sus márgenes desiertas.

A mediados del siguiente invierno, un paisano que jugaba al "truco" en la "pulpería" de don Anastasio Perdomo, dijo, mientras cantaba "flor", golpeando el mostrador con los dedos:

—Don Juan Polonio, ¿se habrá caído en alguna vizcachera?

—Y mesmo, agregó Perdomo, — hace más de dos meses que no se le ve en el pago. Puede que esté enfermo.

A la tarde, terminadas las libaciones y los juegos, dos paisanos montaron a caballo y se dirigieron a la guarida del montaraz, movidos por un sentimiento de lástima. Doblando un recodo del camino, divisaron el grupo de árboles que había quedado alrededor del rancho. Al llegar, se apearon y no buscaron mucho, porque allí cerca, bajo las ramas, el gaucho infortunado, dormía el último sueño. Las lluvias habían formado un charco bajo su cuerpo y algunas manchas grasosas empañaban el agua. El perro aullaba desde la puerta del rancho y el viejo "lapacho", parecía haber enmudecido para siempre, sin nidos y sin hojas.

LA SIESTA

Pretextando una indisposición repentina, Laurencio salió del galpón, antes de terminar el almuerzo. Los peones de la estancia, que le vieron marchar tan a prisa, no creyeron en aquella enfermedad fulminante, y se miraron socarronamente, como sabe expresar el gaucho las picardías que le retozan por dentro. Uno de ellos, menos prudente que los otros,—por ser más joven,—se rió con ganas, mereciendo la desaprobación de sus compañeros. El, se excusó diciendo:

—Hay que reirse cuando se ve a un hombre encelao y por puro lujo, porque la china y él están uñidos guampa con guampa.

La frase, a pesar de todo, provocó hilaridad, y el viejo capataz, no pudo contenerse, riéndose también, despacio, para que el otro no fuera a caer en la cuenta de que allí se estaba haciendo mofa de sus tribulaciones. Todos conocían al historia de estos amores silvestres. Laurencio era un mozo fuerte, aficionado a los trabajos "camperos" y muy baquiano en todo lo que se relacionaba con la doma. Un lindo tipo de paisano; alto, delgado y ágil; sus ojos pequeños y obscuros revelaban viveza, y sus labios finos y apretados, acusaban un carácter firme y decidido.

En la "estancia", su obligación se reducía a la limpieza y adiestramiento de los caballos; por eso se le veía, a menudo, montando el "pingo" más bravo o el "redomón" que todavía se bolea cuando las "nazarenas" le rayan el cuero; pero siempre bien sentado en el animal, domándole sin castigo, largángole después en el potrero, dócil a la rienda, piafando y arrojando espuma por las fauces abiertas. Su contracción al trabajo, fué motivo para que el patrón le perdonara la mala acción de haber "alzado en ancas" a la hija del "puestero" que estaba al servicio de la casa, una muchacha bonitilla, de color trigueño despercudido, alegre y entusiasta por todo lo que hería su imaginación de criolla impresionable. Volun-

tariosa, sin que nadie la hubiera mimado nunca, no cejaba hasta conseguir lo que se proponía, y fué ella quien insinuó a Laurencio que la sacase de la "estancia", después de haberle dado celos con un joven que la perseguía tenazmente, estimulado por sus miradas provocativas. A tres leguas de las "casas",, se hallaba el rancho de su prenda, — pobre hogar que construyó en un retazo de campo ajeno, con adobes cubiertos de trébol y cumbreras de "coronilla" verde, porque, como gaucho poro *enrialao,* no podía hos-

pedar a su china en un palacio de terrón y paja, con soleras pintadas de blanco, resguardadas del sol por enredaderas de campanillas azules. La daba todo lo que tenía, — su alma, su existencia, y no era culpa suya si la puerta resultaba estrecha y si el dormitorio le llenaba de humo, cuando ardía el espinillo para calentar el agua o asar el "churrasco". El amor que hiere la fantasía, sabe dorar la pobreza, y mientras dura, las cosas más feas parecen hermosas, pues todo adquiere color de ilusiones, — un tinte que está en el iris del alma. El la quería locamente, pero la muchacha tenía un temperamento dabólico y aunque joven, conocía, por instinto, las coqueterías de su sexo, — y la mozada del "pago" hacía mentas de su carácter veleidoso. El pobre Laurencio, sospechaba algo, pero hasta entonces, no había podido descubrir nada. Del que recelaba mucho, era del hijo del patrón,—un mocetón, mi-

tad paisano, mitad pueblero, estudiante en vacaciones, aficionado al caballo y a tomar mate en los ranchos donde había "buenas mozas", dejando en todos, huellas indelebles de su bizarra persona. Ese día, Laurencio no vió al "niño", aunque le buscó por todas partes — y en la mesa, se le ocurrió que si no había salido, su caballo se encontraría en el pesebre. Por eso se levantó sin concluir de comer, decidido a saber la verdad, aun a costa de su dicha. El caballo no estaba y en el recado tampoco. Ya no tenía duda: ella le engañaba, porque, a esa hora, era imposible que el mozo no estuviese en su compañía. ¿Dónde podía hallarse no siendo allí? La certidumbre de su desgracia tomó la forma de obsesión y sólo la prueba en contra, le haría cambiar de creencia. Miró en torno de él, buscando algún dato, y sólo vió al viejo deschalador, sentado a la sombra de la ramada, entre un montón de espigas, trabajando pacientemente, como buey habituado a la coyunda. Aquel hombre podría decirle algo, pero no se animó a interrogarle, por temor de descubrirse y resolvió esperar a que todos se acostaran a dormir la siesta. Entonces, aprovechando el silencio, se pondría en su casa en una galopada, aunque el sol le derritiera en el camino. ¿Qué le importaba el calor de afuera, si él llevaba otro en el corazón, que le estaba quemando la vida? De ese modo, sabría con certeza lo que presentía, lo que había entrevisto en las miradas y en las bromas picantes de sus compañeros.

—A la fija, exclamaba, tiene que haber algo en tanto enriedo.

Sin hacer más investigaciones, inquieto, aunque aparentando perfecta tranquilidad, volvió al galpón y se puso a comer, sin apetito, el pedazo de carne asada, cubierta de grasa fría. Los amigos se miraron, y bajaron la cabeza, como culpables. El, los miró, también con fijeza, seguro de que estaban acupándose de su persona y por primera vez, experimentó rabia. No pudo reprimirse y se paró, gritando:

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué arrollan el lazo? Lárguelon, maulas, que el que tiene flor la canta, si no, es un zonzo.

Ninguno le contestó, para evitar explicaciones, pero él volvió a insistir, apostrofándoles, hiriéndoles con palabras duras.

—Son unos cobardes, lenguas largas, les dijo. Hablen si tienen qué. A ver, saquesen el freno.

El más joven, sin moverse de su asiento, le contestó:

—Mirá, hablábamos de vos, pero sin intención de ofenderte.

—¿Y qué decían?

—Decíamos que tu china te engaña.

—Mentís y lo vas a probar aura mesmo.

—No tenés más que agarrar el flete, y dir a tu rancho. Dispués me contarás cómo estuvo el baile.

Laurencio lo atropelló, pero los demás se interpusieron y el domador se echó en el banco, apretándose las sienes, resollando, todavía enfurecido.

Cuando los peones se levantaron, él permaneció sentado un rato. Les vió extender las "pilchas" en el suelo, dentro del cuarto, y en el patio, a la sombra de las paredes y acostarse, quedando dormidos inmediatamente, fatigados por la tarea de aquella mañana calurosa. En las casas, la familia del patrón se había recogido, igualmente, en los dormitorios y sólo quedaba en pie, la negra cocinera, dando la última mano al fregoteo de su monstruosa batería culinaria. En cuanto al viejo deschalador, roncaba estrepitosamente sobre las espigas; el sol le daba de lleno en los "tamangos", y el sudor le corría por la frente y el pescuezo rameado de arrugas. Pocos momentos después, la morena tomó el camino del rancho viejo, donde tenía su guarida, dispuesta a descansar en su camaranchón, revuelto como una vizcachera, — y la casa quedó silenciosa como si nadie la habitara. El corpulento ombú, resistiendo el fuego que caía a plomo de lo alto, ostentaba, victorioso, el verdeobscuro de su follaje, movido imperceptiblemente por el aletazo fugitivo de una racha. No había un rincón agradable donde poder reposar a gusto, pues la brisa que soplaba, venía caliente, cual si hubiera pasado por un incendio. La "chicharra", siempre invisible, oculta al parecer en la pila de leña, ensayaba su cavatina, a frote de élitros, del barril, lleno de agua, colocado en la "rastra", saliá un vapor blanquecino y el charco de los patos se consumía, absorbido por la tierra caldeada. Las gallinas con los picos abiertos, esponjadas las alas, las crestas encendidas, escarbaban el polvo, buscando la humedad, para darse un baño de frescura, — y en el chiquero, próximo a la cocina, un cerdo, acostado en el barro, dormitaba con agitado sueño, entreabriendo los ojos, sin despertarse, resollando fuertemente por los agujeros del hocico. Más allá, las "mangueras", con las porteras caídas, tenían el aspecto de circos abandonados, y en un palo a pique, un casal de "carpinteros", en pleno coloquio, daba la única nota de actividad, en medio del sopor que todo lo invadía. El pasto tierno y jugoso, de color esmeralda, que empezaba a brotar junto al rancho, provocaba una ilusión de oasis, creando en la imaginación visiones de cosas frescas, de hamacas vegetales tendidas en el bosque, de aguas cristalinas, corriendo sobre álveos de arena; de cardenales azules

cantando en las umbrías, — visiones que pronto se esfumaban bajo la impresión de aquella claridad profusa, que hacía insoportable hasta la misma sombra.

Laurencio ensilló precipitadamente su caballo: lo montó, haciéndolo caminar sobre el pasto, para amortiguar el ruido de las pisadas, y cuando calculó que se había alejado lo bastante, "le cerró piernas", en dirección a su choza, galopando por el camino reseco, levantando oleadas de polvo, en una carrera vertiginosa, que demostraba la ansiedad de su espíritu. A media legua, el caballo empezó a "aflojar", resoplando su fatiga, humedecido por la transpiración espumosa, atacado ferozmente por los tábanos, que le hincaban el aguijón en las ancas, sangrándole. Dos veces le pasó el mango del rebenque por el pescuezo, para desprenderle los insectos, pero convencido de que su trabajo era inútil, dejó que le chuparan, poniéndole al trote, para que resollara un poco. A los costados del camino, el campo se dilataba, ondulado, destacándose la mancha negra de las tierras labradas; la planicie amarilla de los rastrojos, los declives mullidos de las faldas, y lejos, el monte frondoso, como una franja movible que cortaba la llanura, velada a esa hora, por la bruma de la inmensa lejanía. La proximidad del "bañado" hizo relinchar al animal, atacado por la sed; él mismo tuvo deseos de echarse en aquella agua impura, que transparentaba la vegetación marchita del fondo, pero el propósito de llegar cuanto antes, era superior a todas las necesidades del momento y como para ahuyentar la tentación, castigó al caballo, lanzándole de nuevo al galope. El chasquido del rebencazo, espantó a un lagarto que tomaba el sol, a la orilla del camino, sobre el espartillo aplastado por su cuerpo, y un "carao" alzó el vuelo majestuoso, posándose, luego en medio del esteral, mientras que los "mangangáes", de trompa afelpada y élitros de oro, zumbaban, girando en torno de los postes del alambrado. Sobre su cabeza, como siguiéndole, un enjambre de hormigas con alas, flotaba en el aire y en todas partes; en los lienzos de gramillas y tréboles; en las colinas, en los altos pedregales de la sierra, reverberaba la luz intensa del mediodía, como si el calor volatilizara los jugos de la tierra, transformándolos en un éter vibrante.

—¡Día bravo! — dijo Laurencio — secándose con la mano el sudor de la cara, y miró a su alrededor, buscando instintivamente la sombra. Sobre una loma, a dos cuadras de distancia, en un ángulo del potrero, se divisaba un rancho, sin un árbol que lo cobijara, — una casa al descampado, sacudida en invierno por los temporales, y en verano, caliente como un horno. Así tenía la paja

del techo negra, y los adobes del muro, cuarteados. Otros ranchos se veían también diseminados, presentando, todos, aquel aspecto de desolación. En el llano, muy lejos, en el término del monte, subía una columna de humo, recta como un penacho blanco, porque el aire se había adormecido, como los moradores de aquellos hogares. Era un pajonal que ardía. Pronto estuvo junto al arroyo, angosto, pero profundo, con un poco de monte en las márgenes. Buscó la "picada" y pasó, apurado, no dejando beber al caballo, que, desviándose, se había internado en el remanso, estirando el pescuezo, para alcanzar el agua. Al azotarse, sintió un golpe tras un gruñido breve un carpincho que se arrojaba a la laguna; desde la orilla; y otros golpes más suaves: las tarariras, que saltaban, saliendo de los huecos barrosos, viéndoselas nadar, a favor de la luz que iluminaba el lecho de la corriente. Subió la barranca, por la senda abierta entre los pedregales de la sierra, cuyas puntas venían a morir en el paraje y siguió su marcha, inclinado el cuerpo hacia adelante, para librarse de las ramas punzantes de los "talas" y "espinillos" que allí crecen, aglomerados como islas entre las rocas. Encima de la más alta, un cuervo, con la cabeza caída sobre la pechuga, dormitaba, soñando, acaso, con un próximo festín de carne viva, y de lo más espeso del bosque surgían arrullos de palomas torcaces, preparando los últimos nidos. Conocía el rumbo: ¡lo había seguido tantas veces! Del otro lado, a una legua escasa, estaba su rancho, y éste que ahora seguía, era el camino que terminaba en la misma tranquera; para bifucarse, ramificándose, hasta los ranchos vecinos. En cuanto salvara el pedregal, desde allí le vería, a su diestra, más nuevo que todos los otros, recién quinchado, arrimado al cerco, con el horno a la entrada y el corral de las ovejas cerrando la chacra.

En todo el trecho que había recorrido, no encontró a nadie. Era la hora en que el paisanaje se guarece bajo techo y deja que el sol calcine los pastizales y madure los frutos. A la tarde, cuando la luz mortecina, proyecta la sombra de los picachos y de los montes sobre el tapiz del llano; y los rumores crepusculares pueblan el aire, aun tibio, y vienen de las barrancas emanaciones de plantas odoríferas, perfumes de margaritas blancas, esencias acres de vegetaciones esterales, volverían los paisanos a salir de sus viviendas, amodorrados por el sueño y por el calor, afanándose antes de que llegue la noche, para arrear las majadas y asegurar los bueyes en las estacas, junto a las *pirvas* de chala. Una melancolía indefinible, se apoderó de su espíritu y sintió como un espasmo interior; ansias de llorar, pero ni una lágrima llegó a nublar sus ojos. Era enérgico y ejercía poder sobre sus emociones. Ya a la vista

de su casa, tuvo la intención de volverse. Era mejor ignorarlo todo, que hallar la certidumbre de su desgracia; porque ahora, que había meditado fríamente, abrigaba el convencimiento de que ella le engañaba; recordaba las ocasiones en que la había sorprendido conversando con el estudiante, mientras le daba el mate, y las ardientes miradas que le dirigía, como respondiendo a sus palabras.

—¡La indina! dijo, de pronto, rebenqueando con rabia al caballo sudoriento. Me las ha de pagar tuitas juntas, y esta vez no le han de valer suspiros.

A una cuadra se apeó y ató el caballo por el cabestro, en un alambre. Con el rebenque colgado de la muñeca, siguió andando, agazapándose entre los cardales, para no ser descubierto; observando sin detenerse; no importándole las hincaduras de las espinas en las rodillas y en los brazos. Al abrir la portera, volvió a experimentar la misma angustia que le atacara en el camino y esta vez, sintió el calor de las lágrimas en el rostro y un nudo que le oprimía la garganta. Silencio absoluto imperaba allí y en las inmediaciones. La puerta del rancho se hallaba entreabierta y en el patio, el perro dormía con al cabeza entre las patas. A intervalos, interrumpía la calma, el canto monótono de un gallo, debilitado por la pereza. Un gato barcino, se frotaba la cara, encima de un banco de "ceibo", mientras que las hormigas coloradas, en marcha interminable, seguían su ruta, orillando el muro, y subiendo por el marco de la ventana. Nada extraordinario llamó su atención en el primer momento, pero, así que avanzó hasta el mismo centro del corral, vió en el "bajo", por el camino que iba al monte, a un jinete que huía. Se sintió acometido por la cólera, al verse traicionado tan miserablemente y atropelló a la puerta, abriéndola de un golpe. Se abalanzó a la cama y a la claridad escasa que penetraba por las rendijas, vió a su "china", que dormía la siesta, tranquilamente, con la placidez de una conciencia que no turbara el delito. Un brazo pequeño, pero bien formado, asomaba bajo la sábana y su boca de labios sensuales, estaba más encendida que nunca, como si fuera a estallar en una erupción de besos. El, ya fuera de sí, la despertó, apretándola el brazo, con un estrujón brutal, y ella aparentando sorpresa, se incorporó despavorida en el lecho.

—¿Quién estuvo aquí? Contestá aura mesmo y no negués la verdá, porque yo lo vide al dentrar, disparando p'al monte. Hablá, — repetía, y oprimiéndola las muñecas, impelido inconscientemente, por un vértigo de violencia.

Ella le respondió con voz desfallecida:

—Aquí no había naide; yo estaba sestiando.

—¿Estabas sestiando?, dijo; güeno, entonces seguí durmiendo — y sin que ella se diera cuenta, él levantó el brazo con ímpetu y le partió el corazón de una puñalada.

Momentos después, Laurencio montó en su caballo y partió al galope en dirección a la sierra. La luz seguía irradiando con más fuerza, y el viento, que entonces comenzaba a soplar, traía bocanadas de fuego, como si la tierra se hubiera convertido en un ascua. Era el sol de la siesta que enerva la vida y enciende la sangre.

Santiago Maciel.

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR
Por 6 meses: $ 2.50	Por 6 meses: oro 1.50
» un año: » 5.—	» un año: » 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ.
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá, Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas, de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.
20. — Neurosis de amor, de Evil Thogorma.
21. — La Histérica, de Julio del Romero Leyva.
22. — Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.
23. — El Derrumbe, de Roberto Gache.
24. — El hijo gaucho, de A. Montiel Ballesteros.
25. — Rodolfo, de Alfonso Vázquez.
26. — El misterio del cuarto verde, de Eduardo R. Archidona.
27. — Ruth, de Nicolás Aguero Vera.
28. — Mi prima Lydia, de Jomer B. Villa.
29. — Arsenia Guillot, de Próspero Mérimée.
30. — Capricho de Goya, de Carlos Reyles

EL CUENTO ILUSTRADO

APARECE LOS MARTES

En la imposibilidad de dirigirnos directamente a todos los escritores que cultivan el género, "EL CUENTO ILUSTRADO" solicita la colaboración de los cuentistas y novelistas nuestros y de América, pagando las obras que sean publicadas.

A fin de facilitar la colección, las páginas de "EL CUENTO ILUSTRADO" irán numeradas progresivamente, hasta completar un tomo de 300, cada tres meses. Un año entero, pues, comprenderá 4 grandes tomos de nuestros mejores cuentistas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL E INTERIOR		EXTERIOR	
Por 6 meses:	$ 2.50	Por 6 meses:	oro 1.50
» un año:	» 5.—	» un año:	» 3.—

Número suelto: 10 cts.

Unico concesionario para la venta en la Capital Federal: JULIO GOMEZ.
Unico concesionario en Montevideo: D. L. Torrá, Cerrito 718.
Agente en Chile: Enrique Vergara. — Viña del Mar.
Agente en Rosario: Merello Hnos.
Agente en Tucumán y Salta: Guzmán y Sánchez. — 25 de Mayo 217.
Agente en Córdoba: Elías Solari. — Buenos Aires 67.
Agente en Santa Fe: Alonso y Semper. — Av. Rivadavia 272.
Agente en Bahía Blanca: Máximo Gutiérrez. — Alsina 141.
Agente en Paraná: Apolonio Varela. — 25 de Mayo 79.
Agente en La Plata: Agencia Carbonell. — Calle 48 número 633.
Agente en Mendoza: U. Bertoletti.
Agente en Mar del Plata: S. Salvat. — La Capital.

NÚMEROS PUBLICADOS:

1. — Un drama en la selva, de Horacio Quiroga.
2. — ¡Puerto Deseado!, de Elsa Jerusalen.
3. — Un sabandija, de Víctor Pérez Petit.
4. — Un idilio de estación, de Ricardo Guiraldes.
5. — El botón del calzoncillo, de Eustaquio Pellicer.
6. — Un hombre de acción, de C. Martínez Payva.
7. — El pecado de la virtud, de Vicente A. Salaverri.
8. — Un relato de amor, de Máximo Sáenz.
9. — Alma Doliente, de Cyro de Azevedo.
10. — Una mujer deshonesta, de F. Defilippis Novoa.
11. — La pipa del vagabundo, de Edmundo Montagne.
12. — Ponchos y lanzas. de Santiago Maciel.
13. — El escollo de arena, de Arturo Giménez Pastor.
14. — La Excelsa, de Julio del Romero Leyva.
15. — Alma francesa, de Raúl Langlois.
16. — Un crimen impune, de Juana María Begino.
17. — El amor intelectual, de Albino Dardo López.
18. — Las dos quimeras, de Otto Miguel Cione.
19. — Las rutas tenebrosas, de Juan L. Páez.
20. — Neurosis de amor, de Evil Thogorma.
21. — La Histérica, de Julio del Romero Leyva.
22. — Juan Sin Tierra, de Miriam Miguens.
23. — El Derrumbe, de Roberto Gache.
24. — El hijo gaucho, de A. Montiel Ballesteros.
25. — Rodolfo, de Alfonso Vázquez.
26. — El misterio del cuarto verde, de Eduardo R. Archidona.
27. — Ruth, de Nicolás Aguero Vera.
28. — Mi prima Lydia, de Jomer B. Villa.
29. — Arsenia Guillot, de Próspero Mérimée.
30. — Capricho de Goya, de Carlos Reyles